


HISTORIA
DE
LOS ESTADOS-UNIDOS.



Es propiedad de los editores.



Washington Irving

R. 6134

XXVII-21

HISTORIA DE LOS ESTADOS-UNIDOS

DESDE SU PRIMER PERÍODO HASTA LA ADMINISTRACION DE JACOBO BUCHANAN,

POR

J. A. SPENCER,

CONTINUADA HASTA NUESTROS DIAS POR HORACIO GREELEY.

TRADUCCION DIRECTA DEL INGLÉS

POR

D. ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUILL.

716344
51313

— — — — —
TOMO III.
— — — — —

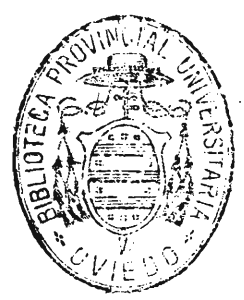


BARCELONA.

MONTANER Y SIMON, EDITORES,

RAMBLA Y PLAZA DE CATALUÑA, NÚMS. 18 Y 20.

1870.



LIBRO SESTO.

DESDE EL RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ EN 1815

HASTA EL FIN

DE LA ADMINISTRACION DE JUAN QUINCY ADAMS.

1815 á 1829.

CAPÍTULO PRIMERO.

1815 — 1817.

FIN DE LA PRESIDENCIA DE MADISON.

Restablecimiento de la paz.—Efectos que produjo.—El convenio comercial y sus resultados.—La matanza de Dartmoor.—Guerra con Argel.—Tributo pagado al Bey.—Su conducta con los americanos.—La escuadra marcha al Mediterráneo á las órdenes de Bainbridge y Decatur.—Medidas que adoptó este último.—El Bey acepta el tratado.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—Sus recomendaciones.—Observaciones de Mr. Dallas respecto á la hacienda.—Carta de Mr. Dallas recomendando un banco nacional.—Debate.—Condiciones del nuevo banco.—*Bill* referente á la manera de pagar á los miembros del Congreso.—Descontento.—Eleccion de candidatos para Presidente y Vicepresidente.—Monroe y Tompkins.—Resultado de las elecciones.—Nuevo sistema adoptado por el Secretario del Tesoro para pagar los créditos contra el Gobierno.—El banco de los Estados-Unidos comienza sus operaciones.—Sesion del Congreso.—Ultimo mensaje anual del Presidente.—Extracto de su contenido.—*Bill* para pagar la deuda nacional.—Observaciones de Calhoun.—Otros procedimientos del Congreso.—Fin de la carrera oficial de Madison.—Observaciones acerca de su carácter.

La paz, celebrada tan inesperadamente, pero aceptada por todos con la mayor satisfaccion, no dejó de producir disgustos en medio de la alegría general, pues si con ella salieron algunos de una situacion apurada para enriquecerse luego, en cambio hubo otros que se arruinaron completamente. Los artículos de lujo procedentes del extranjero, se habian encarecido durante el último año de la guerra, el algodón, el tabaco y los principales productos agrícolas habian bajado de precio notablemente, y las fábricas del pais, en las cuales se habian invertido grandes capitales, se hallaban en un estado floreciente; pero apenas se hubo restablecido la

paz, comprendióse bien pronto que los géneros americanos no podrian competir con los ingleses si no se protegía la fabricacion. Las cuestiones que surgieron sobre esto ocuparon naturalmente la atencion del Congreso y del pueblo, y las principales eminencias del pais comenzaron á discutir un asunto de tanta trascendencia, entrando en el análisis de los principios que deben observar las naciones para proteger su respectiva industria. Con esa versatilidad que caracteriza á los americanos, tan pronto como se presentó la ocasion, ninguno pensó sino en aquello que mas inmediatos beneficios podria producirle; el comercio adquirió nueva vida, cubrióse el

Océano con las velas de nuestros buques mercantes, el precio de algodón subió desde diez á veinte céntimos la libra; el tabaco que no podia venderse á mas de dos ó tres duros el fardo, subió á quince, veinte y hasta veinticinco duros, y en una palabra, el valor de los terrenos se aumentó notablemente y se exigieron jornales mas crecidos. Bien pronto afluyó la riqueza en el país; las personas acomodadas se dejaron seducir de nuevo por el lujo; el oro, la seda y la pedrería volvieron á recobrar su imperio; las casas se adornaron con mas gusto, buscándose el refinamiento de las comodidades de la vida; generalizóse la aficion á las artes; y á no ser por la escesiva cantidad de papel moneda que circulaba, puede decirse que era halagüeña la situacion del país. Ya veremos mas adelante como realizó el porvenir las esperanzas y aspiraciones de nuestros compatriotas.

Hablando ahora del tratado de paz, diremos que Mrs. Gallatin, Clay y Adams, marcharon al poco tiempo á Lóndres á fin de celebrar un convenio comercial, propuesto ya antes, exigiendo previamente que el Gobierno inglés renunciara al derecho de apresamiento que habia invocado hasta entonces. Los comisionados americanos quisieron tratar de los derechos neutrales al entablarse las negociaciones; pero como el Gobierno británico se negaba á discutir sobre este punto, solo se habló de las relaciones comerciales de ambos países. Despues de un prolongado y enojoso debate, se firmó en 3 de julio un contrato por cuatro años, y en resumen diremos que, segun aquel, se reanudaban las relaciones comerciales entre las dos naciones, imponiéndose como condicion que el tráfico con las posesiones inglesas de la India se haria solo en buques americanos, y que respecto al comercio entre los Estados-

Unidos y las posesiones británicas situadas mas allá del Atlántico, cada una de las partes contratantes conservaria sus respectivos derechos, lo cual equivalia á decir que la Union no podria comerciar en las citadas posesiones. A fin de año ratificó el Presidente el Convenio.

Al llegar á este punto, y por ser un hecho que ocurrió mientras se llevaban á cabo las negociaciones de la paz, hablaremos de la matanza de Dartmoor. Ya se recordará que muchos marinos americanos habian sido detenidos como prisioneros en los buques ingleses algunos años antes, al estallar la guerra, y añadiremos ahora que muchos de aquellos fueron reducidos á prision porque no querian servir contra su país. Destinóse á este objeto la cárcel de Dartmoor, situada á unas diez y siete millas de Porsmouth, y en aquellos lóbregos calabozos, sujetos á toda clase de privaciones y malos tratamientos, dificiles de describir, los valerosos hijos de América pasaron sufriendo los dias y las noches, sostenidos solo por la esperanza de que acaso no estaba lejana la hora en que su nacion, victoriosa, reclamaria su libertad. No es necesario pensar mucho para comprender que entre los prisioneros y sus guardianes no reinaba la mejor inteligencia, y no se estrañará fuese aumentando el enojo segun adelantaban los sucesos. Cuando llegó á conocimiento de los americanos prisioneros que se habia concluido un tratado de paz, y vieron que no se les ponía en libertad inmediatamente, prodújose entre ellos la mayor escitacion, y dejándose arrastrar por la cólera, concibieron proyectos de venganza, nada tranquilizadores seguramente para los que estaban encargados de la custodia de los prisioneros. En la cárcel de Dartmoor habia mas de cinco mil de aquellos desgraciados, muchos de los cuales, á pesar de estar ata-

cados de la viruela, tenían que sufrir la insolencia y malos tratamientos de sus guardianes, de tal modo, que habiendo empezado las disputas con éstos, temióse que ocurriera

algun conflicto. Exasperados los prisioneros al ver que no se les ponía en libertad, prorumpieron en amenazas violentas contra la guardia, declarando que se escaparían aunque fuese á riesgo de su vida. El día 4 de abril los prisioneros no recibieron pan, y esto les indujo al día siguiente á penetrar por fuerza en el depósito de provisiones á pesar de la oposicion de los centinelas. Entonces el comandante de la tropa que allí había, queriendo sin duda cortar una vez el motin y hacer entrar en órden á los furiosos prisioneros, mandó á sus soldados hacer fuego una y otra vez, resultando siete muertos y sesenta heridos entre aquel tropel de hombres indefensos.

Mrs. Clay y Gallatin, que se hallaban entonces en Lóndres, negociando el convenio comercial, dirigieron inmediatamente una comunicacion á lord Castlereagh, pidiendo esplicaciones sobre el hecho ocurrido, y poco despues, Mr. Carlos King, por parte del Gobierno americano, y Mr. Larpent por la del inglés, fueron elegidos comisionados para hacer una investigacion sobre el asunto de Dartmoor. El resultado fué que el príncipe regente dirigió una comunicacion á Mr. Monroe manifestándole que desaprobaba la conducta del comandante de la prision, y desearia proporcionar algun auxilio á las viudas y familias de las víctimas, proposicion que el Presidente rehusó aceptar. Ya hemos dicho como ocurrió la matanza de Dartmoor, y ahora nos complacemos en añadir, que aunque no era fácil olvidar aquel ultraje, este hecho no interrumpió la armonía y buenas relaciones entre nuestro pais é Inglaterra.

Mientras el pueblo de los Estados-Unidos se regocijaba por la celebracion de la paz, el Gobierno se vió en la precision de adoptar enérgicas medidas, á fin de proteger sus intereses en el Mediterráneo. Dos palabras bastarán para explicar como el Bey de Argel, á pesar de que no ignoraba cuanto era el valor de los americanos, se atrevió á cometer ciertos actos que exigían una cumplida satisfaccion.

Durante la administracion de Washington en 1795, se habia concluido un tratado con Argel, por el cual los Estados-Unidos se convinieron en pagar al Bey un tributo anual de veintiun mil seiscientos duros para disfrutar el privilegio de no ser molestados en el Mediterráneo, mas que los africanos tenían la insolencia de proclamar como suyo. Este tributo se habia pagado uno y otro año religiosamente con gran satisfaccion del Bey, pero aconsejado éste sin duda por alguna influencia estraña (*), cuando en 12 de julio llegó el *Alleghany* con el tributo, alegó que los géneros que se le enviaban no eran admisibles, ni por su cantidad ni por su calidad; declarando, en un momento de enojo, real ó fingido, que no los aceptaria. Acto continuo, y sin escuchar las razones del cónsul americano, dió órden para que éste abandonara inmediatamente la ciudad, embarcándose en el mismo buque portador del tributo. El Bey opuso luego otra objecion que demostraba bien á las claras su decidido empeño de buscar un pretesto para romper las hostilidades. El año de los mahometanos, como ya sabrán nuestros lectores, cons-

(*) En su *Historia naval*, vol. iv, pág. 8, Mr. Cooper espone ciertas razones para demostrar que los agentes ingleses que estaban en Argel, habian hecho creer al Bey que los Estados-Unidos no podrian oponer resistencia á las fuerzas marítimas de la Gran Bretaña, y que por lo tanto debia sostener sus exigencias. Véase tambien la *Vida de Decatur*, por Mackenzie, págs. 260-63.

ta solo de trescientos cincuenta y cuatro dias, y por lo tanto, en cualquier período dado, habria mas años de los suyos que de los nuestros: el Bey argelino insistió en que, al convenirse á recibir el tributo anual, sobreentendiese que los años habian de ser mahometanos y no cristianos, y que en su consecuencia, se le debian de atrasos por valor de veintisiete mil duros. El Bey envió entonces á decir al cónsul, Mr. Lear, que si no pagaba dicha cantidad inmediatamente, le pondria en la cárcel con grillos á los piés, despues de confiscar el buque anclado en el puerto, y que reduciria á la esclavitud á cuantos americanos se hallasen en el pais, declarando luego la guerra á los Estados-Unidos.

Viendo que era preciso someterse á semejante iniquidad, y á fin de no ser víctima de una violencia, el cónsul se vió obligado á pedir dinero á un judío, quien se lo prestó á un plazo de treinta dias con un interés de seis mil setecientos cincuenta duros; pero tan pronto como aquel funcionario hubo abandonado la ciudad á bordo del *Alleghany*, que se llevaba su cargamento, el Bey dió orden de perseguir á todos los buques americanos y se apoderó de cuantos le fué posible. Mr. Madison, ocupado entonces en asuntos de la mayor gravedad y trascendencia, trató de entablar una negociacion amistosa á fin de rescatar los prisioneros que estaban en poder del Bey, pero las exigencias del insolente africano eran tales, que no se pudo conseguir nada, y como empezaba la guerra con la Gran Bretaña, fué preciso que los prisioneros aguardaran á que se restableciese la paz para obtener la libertad.

Llegado el momento oportuno, y tan deseado, el Presidente no perdió tiempo en arreglar la cuestion pendiente con el Bey: reunió una escuadra lo mas numerosa posi-

ble, confiando el mando á Bainbridge, y el 20 de mayo se hicieron á la vela desde luego para el Mediterráneo, la *Guerrera*, la *Constelacion* y el *Macedoniano*, con otros seis buques pequeños, todos á las órdenes del comodoro Decatur. En poco mas de tres semanas llegó esta escuadrilla á Gibraltar, y allí recibió Decatur noticias que le indujeron á continuar su marcha en busca del enemigo.

El dia 17 de junio, el comodoro avistó al *Massouda*, buque de cuarenta y seis cañones, mandado por Rais Hammida, en otro tiempo jefe berberisco y entonces famoso capitán corsario y almirante de la corte del Bey: siguióse un combate que duró poco menos de media hora, y al fin, el buque argelino se rindió á la *Guerrera*, cuyas dos primeras andanadas decidieron la victoria, pues Hammida quedó muerto de un balazo, y no pudiendo los piratas resistir el nutrido fuego de los americanos, abandonaron el buque. Despues de haber enviado su presa á Cartagena, Decatur continuó su marcha, y dos dias despues divisó á un bergantin de veintidos cañones, al cual dió caza y atacó luego cerca de la costa española, apoderándose de él sin encontrar mucha resistencia.

El 28 de junio la escuadra dirigió el rumbo hácia Argel, tanto para interceptar el paso del resto de la flota del Bey, comò para ponerse en comunicacion con éste. Llegado á su destino, y tomando posicion fuera del alcance de las baterías, Decatur invitó por medio de una señal al cónsul sueco á que pasara á bordo, y habiéndolo hecho así este funcionario, en compañía del capitán del puerto, el comodoro propuso la celebracion de un tratado, imponiendo como primera condicion que renunciara el Bey al tributo que venian pagando los Estados-Unidos. El argelino rechazó la proposicion, y hasta se

burló de la exigencia, pero habiendo sabido luego la destruccion de sus dos buques y la muerte del almirante, y viendo que Decatur podia muy bien dictar cuantas condiciones se le antojasen, opuso primero algunas dificultades á ciertos artículos del tratado, y al fin aprobó la negociacion. En su consecuencia, todos los prisioneros americanos fueron puestos en libertad, y el tratado se firmó tres horas despues á satisfaccion del Bey, pues acababa de presentarse á la vista otro buque argelino, y una hora de retraso hubiera bastado á la escuadra americana para apoderarse de él. Así pues, segun dice Ingersoll, la supresion del tributo, la libertad de los prisioneros y una indemnizacion por los gastos y perjuicios, fueron las condiciones de aquel tratado, que sirvió de modelo para presentarlo al Bey de Túnez y al de Trípoli, obligándoles por fuerza á que se sometieran á sus condiciones.

Decatur devolvió al Bey con la mayor generosidad los dos buques apresados, y antes de hacerse á la vela, despachó á uno de los buques pequeños á los Estados-Unidos á fin de dar cuenta del éxito obtenido. La elección recayó en el *Epervier*, el cual enderezó el rumbo inmediatamente hácia América; pero no se volvió á saber nada de este buque, despues de haber atravesado el Estrecho de Gibraltar. A principios de julio, salió Decatur de Argel y arribó el 25 con su escuadra á la bahía de Túnez, donde habiendo sabido que un crucero inglés habia hecho dos presas en aquel puerto durante la última guerra, á despecho de las leyes de la neutralidad, y de las disposiciones de los tratados, pidió inmediatamente una satisfaccion por aquel hecho, y consiguió que se indemnizaran daños y perjuicios. El dia 5 de agosto Decatur llegó á Trípoli, y como se le dijera que el Bajá habia permitido que dos buques americanos

fuesen apresados bajo los mismos cañones del fuerte, rehusando prestar auxilio á un crucero, exigió tambien y obtuvo una compensacion, consiguiendo asimismo que se pusiera en libertad á varios súbditos napolitanos y dinamarqueses, á quienes se habia reducido á la esclavitud.

Poco despues de haber salido Decatur del puerto de Argel, llegó el comodoro Bainbridge á bordo de la *Independencia*, buque de setenta y cuatro cañones, seguido de otros mas pequeños, pero viendo que no quedaba nada que hacer para dejar á salvo el honor y los intereses de los Estados-Unidos, dejó parte de sus fuerzas en el Mediterráneo, y en el mes de octubre regresó á su pais, donde se hallaba ya Decatur que habia llegado á Nueva York el 12 de noviembre.

La primera legislatura del décimo cuarto Congreso, empezó sus sesiones en Washington el 4 de diciembre. Los federalistas eran mas numerosos en el Senado; pero el partido del Gobierno, obrando con la mayor actividad, consiguió que se aprobasen todos los proyectos de Mr. Madison y sus amigos. En la Cámara se presentaba tambien mas fuerte el partido democrático, pero la falta de un asunto de bastante importancia, y sobre todo la celebración de la paz, impedían que se organizase la oposicion. Gaillard fué elegido una vez más Presidente del Senado *pro tempore*, y Enrique Clay, uno de los cuatro candidatos á la presidencia de la Cámara, obtuvo el cargo por ochenta y siete votos contra treinta y dos.

El mensaje del Presidente hablaba primero de la guerra que se habia renovado con los argelinos, del tratado de Ghent, del contrato comercial, y de las guerras y tratados con los indios. El Presidente recomendaba luego al Congreso que fijara **1815.** el número de hombres de que debia constar

el ejército en tiempo de paz, y añadía que iba restableciéndose el crédito público; pero debemos confesar que era bastante precario el estado de la hacienda.

Durante los primeros nueve meses del año corriente, se habían recibido en el Tesoro doce millones quinientos mil duros, importe de las rentas; el Tesoro acababa de emitir catorce millones en bonos, y se había negociado un empréstito de nueve millones, seis en metálico y tres en papel, sin contar que existía ya un fondo de un millón quinientos mil duros. Del total de estas sumas se habían pagado treinta y tres millones quinientos mil duros, de modo que quedaban tres millones y pico. Calculábase que aun se podía apelar á otros recursos para pagar ciertos atrasos del interés de la deuda y cubrir varios gastos menores que tendrían que hacerse antes de fin de año. De la primitiva deuda faltaba todavía pagar treinta y nueve millones, á los cuales debían añadirse sesenta y cuatro millones de los empréstitos negociados para continuar la guerra, y diez y siete millones de la deuda flotante, lo cual componía un total de ciento veinte millones; pero, según el Presidente dijo, habíanse adoptado ya las disposiciones necesarias para satisfacer los primeros plazos. Mr. Madison indicó que la creación de un banco nacional sería muy conveniente para facilitar las operaciones.

El Presidente recomendaba luego al Congreso la defensa del país, la organización de la milicia y el aumento de la armada, añadiendo que era muy necesario no descuidar la instrucción pública, y que por lo tanto convendría crear una universidad nacional.

El informe presentado por Mr. Dallas, Secretario del Tesoro, convenía con lo dicho por el Presidente en su mensaje, pero contenía más detalles, daba más explicaciones, y recomendaba qué medidas debían adop-

tarse, aconsejando muy en particular que se redujera á una mitad la contribución directa, y se suprimiesen ó rebajaran ciertos derechos. Mr. Dallas proponía también, como medida urgente, la creación de un banco nacional.

El hábil hacendista, encargado del departamento del Tesoro, opinaba que se debían suprimir los impuestos poco productivos, y que mientras se allanaban los obstáculos que impedían el progreso de la fabricación del país, convendría imponer ciertos derechos permanentes, los cuales en su concepto no producirían menos de siete millones de duros anuales; Mr. Dallas aseguró que solo de las importaciones, pensaba obtener al menos veinte millones al año.

Mr. Lowndes, presidente del Comité de auxilios, presentó también un informe, recomendando eficazmente que se regularizara el sistema rentístico de modo que fuera dable extinguir lo más pronto posible la deuda pública. Respecto á los medios, dijo que se podía contar principalmente con los derechos sobre las importaciones, pero no de una manera exclusiva, y que las tarifas comerciales se debían modificar de la manera más conveniente para favorecer los productos del país. Mr. Clay sostuvo que en tiempo de paz podría considerarse la importación extranjera como una de las principales fuentes de riqueza, y que en tiempo de guerra era cuando convenía echar mano de los recursos de la nación. Mr. Calhoun dijo que los medios con que contaba la hacienda del país, serían cada vez más escasos si no se creaban impuestos más que sobre el comercio extranjero. El resultado de la discusión fué adoptar sustancialmente el plan de Mr. Dallas.

Respecto al banco nacional, lo mejor que podemos hacer, es reproducir el párrafo del informe del Secretario. Decía así: «El

establecimiento de un banco nacional puede considerarse como el mejor, ó acaso el único medio, de sacar al país y al Gobierno de su crítica situación. Autorizado para emitir billetes, con los cuales puede hacerse toda clase de pagos en los diversos puntos de los Estados-Unidos, quedará establecida bien pronto la circulación, se facilitarán las operaciones bursátiles, será mas sencillo recoger el importe de los impuestos, y ganarán también en ello las empresas particulares.

1816. Establecido el banco nacional por la autoridad de la Union, teniendo la garantía del Gobierno, del cual será depositario, y contando con los ingresos del Tesoro, independientemente de su capital inmediato, reunirá todas las condiciones de seguridad necesarias para inspirar confianza al público. Siendo un establecimiento de responsabilidad, pero organizado bajo principios independientes, el Banco nacional podrá obrar dentro de su legítima esfera de acción sin temer nada de los abusos de sus directores ni de las usurpaciones del Gobierno; y provisto de grandes recursos, le será fácil dirigir la marcha de los bancos de los demás Estados, en cuanto sea necesario para restablecer el crédito tanto público como particular. Dueño de un capital compuesto, tanto de acciones como de oro y plata, el banco nacional será muy conveniente para restablecer el crédito público facilitando la circulación.»

La proposición de Mr. Dallas se pasó á un Comité del que era presidente Mr. Calhoun, y poco después, es decir, á principios de enero, el proyecto del Secretario fué presentado á la Cámara sin modificación alguna. Por mas que parezca extraño, los federalistas combatieron la creación del banco, y hombres como Pickering y Webster se opusieron también al proyecto, pero en cambio Enrique Clay, que algunos años antes se había

distinguido al hablar en contra del banco nacional, lo apoyó entonces eficazmente, y tanto él como Mr. Calhoun no perdonaron esfuerzo alguno á fin de obtener que el Congreso aprobase tan importante medida.

No nos queda espacio suficiente en nuestro libro para reproducir los brillantes discursos que se pronunciaron sobre este asunto, y por lo tanto aconsejamos al lector que examine la obra de Benton donde se halla el resumen de los debates del Congreso. Los varios argumentos y poderosas razones que se alegaron por una y otra parte son dignos de estudio, especialmente en vista de lo ocurrido después en la hacienda en nuestro país.

El 14 de marzo, se aprobó el *bill* en la Cámara de representantes por ochenta votos contra setenta y uno, y en el Senado sucedió lo mismo por veintidos contra doce. El Presidente dió también su aprobación el 10 de abril, y entonces comenzó á funcionar el Banco de los Estados-Unidos, sin que podamos decir ahora, si para bien ó para mal.

Hé aquí cuáles eran las principales condiciones para el establecimiento del nuevo banco: su carta se concedía por veinte años; fijábase el capital en treinta y cinco millones de duros, de los cuales facilitaba el Gobierno la quinta parte como primer suscriptor, repartiéndose el resto en acciones de cien duros, títulos de la deuda diferida, y una cuarta parte en oro y plata; los pagos se harían en cuatro plazos, y tan pronto como estuviese satisfecho el primero de estos, se organizaría el banco para comenzar desde luego sus operaciones estableciéndose en Philadelphia, pero con sucursales en los Estados, dirigidas por trece personas que elegirían los directores. Para intervenir en las operaciones del banco se formó una Junta de veinticinco vocales, nombrados una quinta parte de estos por el Gobierno, y los demás por los

accionistas ; los vocales, que tenían el carácter de directores, designarían á uno de sus compañeros para Presidente, cargo que debía desempeñarse por anualidades, y para obtener el cual era condicion indispensable ser ciudadano residente. Los billetes serían admitidos para toda clase de pagos en la Union, y el banco debía considerarse como depositario de los intereses públicos, con la condicion de girar y satisfacer las cantidades que se le hubiesen confiado sin interés alguno. Los pagos en metálico no se suspenderían sin una autorizacion del Congreso ó del Presidente de los Estados-Unidos, y el banco satisfaría un millon quinientos duros en plazos de dos, tres y cuatro años, como pago por la carta del banco.

Próxima ya á terminarse la legislatura se presentó un *bill* pidiendo que se pagara en otra forma á los miembros del Congreso, *bill* que escitó no solo un gran interés, sino tambien las murmuraciones del pueblo. En vez de los seis duros diarios que hasta entonces habia recibido cada diputado, pedíase que se señalara un sueldo fijo de mil quinientos duros al año bien fuese la legislatura corta ó larga, pero tan mal recibida fué esta proposicion, que al reunirse luego el Congreso, se desechó el *bill* por una gran mayoría, acordándose que en vez de seis duros diarios se satisficiesen ocho, por considerarse esta variacion mas equitativa y razonable.

Además de las medidas de que ya hemos dado cuenta, el Congreso resolvió votar considerables cantidades para aumentar las fuerzas del ejército y armada, fortificar convenientemente los puertos, establecer aduanas en los principales de aquellos, reedificar el Capitolio y los edificios públicos de Washington, destruidos en la invasion, conceder un premio á las tripulaciones de algunos buques que se habian batido valerosamente en

la última guerra, y señalar pensiones á los inválidos y familias de los que murieron en el campo de honor. Despues vino la cuestion de ratificar el tratado comercial con Inglaterra, promoviéndose el antiguo debate de que ya dimos cuenta al hablar del tratado de Mr. Jay. Entre la Cámara y el Senado existía una gran divergencia de opiniones, en cuanto á la manera mas conveniente de cumplir con el contrato comercial; la discusion se sostuvo con mucho empeño por ambas partes, y al fin se acordó espedir una orden anulando ciertos derechos. A fin de diciembre de 1815, el Presidente remitió al Congreso la voluminosa é importante correspondencia que habia mediado entre el ministro español y Mr. Monroe, Secretario de Estado; un mes despues se presentaron los documentos relativos á la matanza de Dartmoor, en el mes de marzo Mr. Randolph obtuvo que se aprobara una orden por la que se disponia que el distrito de Columbia no fuera en lo sucesivo el centro para el tráfico de esclavos de los Estados vecinos, y el 30 de abril el Congreso dió por terminadas sus sesiones.

Antes de terminar la legislatura, se formó un Comité republicano con el objeto de elegir candidato para la presidencia, pues se pensaba que Mr. Madison, siguiendo el ejemplo de su antecesor, estaba resuelto á retirarse á la vida privada. La preponderancia de Virginia era aun evidente, y al parecer, no se presentaba muy numerosa la oposicion, para disputar á Jacobo Monroe el cargo de Presidente. Cierta es que una parte del partido democrático, deseaba apoyar á Daniel D. Tompkins, de Nueva-York, mas no habiendo conseguido nada á su favor, no quiso aceptar tampoco que se eligiera á su protegido como candidato para el cargo de Vice-presidente. Otros hombres del partido, que no estaban conformes con el sistema del antiguo

dominio, apoyaron á Guillermo H. Crawford, de Georgia, y á Simon Snyder, de Pennsylvania, prefiriéndolos á Monroe y á Tompkins, á pesar de que se habia presentado una proposicion pidiendo se declarase improcedente el nombramiento de aquellos miembros del Congreso. El resultado fué que Monroe obtuvo sesenta y cinco votos, Crawford cuarenta y cuatro, Tompkins ochenta y cinco, y Snyder solo treinta, de manera que Monroe y Tompkins quedaron elegidos candidatos. Aunque los federalistas no tenian esperanzas de conseguir nada, designaron nuevamente á Rufo King para candidato á la presidencia, dejando designar á los electores para vicepresidente á quien les pareciese mejor.

En el otoño se verificaron las elecciones, cuyo resultado fué el siguiente: por Monroe y Tompkins votaron, New-Hampshire, Vermont, Rhode-Island, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pennsylvania, Maryland, Virginia, las Carolinas, Georgia, Louisiana, Tennessee, Kentucky, Ohio é Indiana; Rufo King obtuvo los votos de Massachusetts, Connecticut y Delaware en número de cuarenta y cuatro; el primero de estos Estados dió veintidos votos á Juan E. Howard para la vicepresidencia; Connecticut cinco á Jacobo Ross y cuatro á Juan Marshall, y Delaware tres á Harper. En el colegio electoral de Maryland hubo tres vacantes, y dos en el de Delaware.

Uno de los principales fines de los que apoyaban el establecimiento de un banco nacional, era obligar á los bancos de los Estados á que hiciesen pagos en metálico, pues segun se recordará, se habian suspendido en todo el sur de Nueva-York, y en su consecuencia el Congreso dirigió una orden al Secretario del Tesoro, previniéndole adoptase las medidas que en su concepto fuesen necesarias, para conseguir el objeto apetecido. Todos los pagos á los Estados-Unidos deberian

hacerse en metálico ó en billetes del Tesoro ó de los bancos, y se anunció que despues del 20 de febrero de 1817, no admitiria el Gobierno pagos en otra forma. En el mes de julio el Secretario del Tesoro previno que pasado el primer dia de octubre, los bancos que no pagasen en metálico los billetes de cinco duros abajo, no serian admitidas sus letras, y que despues del 20 de febrero siguiente, no se recibirian tampoco los billetes de ningún banco que no los descontase á la vista y en metálico. Los bancos se opusieron á esta medida haciendo todo lo posible porque se aplazara hasta el año siguiente, pero el Secretario del Tesoro activó lo posible el establecimiento del banco de los Estados-Unidos, á fin de que comenzara cuanto antes sus operaciones y se pudiese contar con este seguro medio de circulacion.

En los primeros dias de la primavera, abriéronse los libros registros y se vió que aun quedaba un sobrante de acciones por valor de tres millones de duros, pero Estéban Girard, de Philadelphia, las tomó todas, y cubierta ya la suscripcion, resolvióse comenzar las operaciones, si era posible, en 1.º de enero de 1817, á cuyo efecto marchó un agente á Inglaterra con el objeto de tomar cinco millones en metálico por cuenta del banco.

La segunda legislatura del décimo cuarto Congreso comenzó el 2 de diciembre y al siguiente dia envió el Presidente su octavo y último mensaje, interesante documento que revelaba el acendrado patriotismo del hombre que por espacio de ocho años habia administrado los intereses de su pais. Mr. Madison anunciaba primeramente en su mensaje que las últimas cosechas no habian sido tan buenas como los años anteriores, que la industria fabril no adelantaba y que la navegacion languidecia, etc., etc., añadiendo luego, que las relaciones con el extranjero eran pa-

cíficas, y que las tribus indias marchaban por la senda de la civilización. Mr. Madison recomendaba particularmente al Congreso la organización de la milicia, la adopción de un sistema uniforme de pesos y medidas, la creación de una universidad nacional, y la revisión de las leyes de justicia. También dijo que era muy necesario perseguir el tráfico de esclavos y crear un nuevo departamento para activar el despacho de los asuntos públicos.

Al hablar de la hacienda, el Presidente dijo que era muy satisfactorio ver que en el corto período transcurrido desde la celebración de la paz, las rentas habían sido más que suficientes para cubrir todas las atenciones del Tesoro, con tanta más razón cuanto que á pesar de las vicisitudes del comercio quedaba una existencia considerable que se destinaria al pago de la deuda. Calculábase que los últimos ingresos incluso el fondo que aun quedaba del año anterior, y sin contar el importe de los empréstitos y de los bonos del Tesoro, ascendía á cuarenta y siete millones de duros, y como el total de las cantidades acabadas de pagar no excedía de treinta y ocho millones, quedaba un resto de nueve millones. El Presidente demostraba luego que el banco de los Estados-Únidos era una institución organizada bajo los más favorables auspicios, y que reportaría grandes utilidades. Mr. Madison esperaba que la deuda flotante se extinguiría muy pronto; dijo que la diferida no pasaba de ciento diez millones; que los gastos ordinarios se calculaban en menos de veinte millones al año; y que las rentas permanentes ascendían á veinticinco.

Recordando que iba á terminar el segundo plazo de su administración, el Presidente daba las más expresivas gracias por la confianza que en él había depositado su país, recomendando se respetase la Constitución, fiel protectora de las libertades patrias; y

después de aconsejar al pueblo americano prestase su apoyo al Gobierno, cuyo único objeto era asegurar la paz y felicidad del país, terminaba su mensaje con estas palabras: «Al retirarme á la vida privada, rogaré al Todopoderoso por el bienestar de mi querida patria y porque se conserven las sabias instituciones que rigen los destinos de la nación.»

Deseando el Congreso cumplir concienzudamente con todos los deberes que le imponía su situación, consagróse con el mayor celo al despacho de los asuntos públicos, y aprobó desde luego un *bill* disponiendo que empezara á pagarse la deuda nacional en plazos anuales de diez millones, pues ascendiendo aquella á ciento veinte millones, ni Mr. Madison, ni otro alguno que hubiera tomado parte en la administración de los negocios debía abandonar su puesto sin dictar antes las medidas más convenientes para extinguir la deuda. Según parece, á los esfuerzos de Lowndes, presidente del Comité de auxilios, se debió la aprobación del *bill* por el Congreso.

La cuestión de mejoras en el país promovió luego animados debates: á instancias de Juan C. Calhoun presentóse una proposición en diciembre de 1816, pidiendo se nombrara un Comité para que informase sobre la conveniencia de formar con los beneficios que reportara anualmente el banco, un fondo que debería destinarse á las mejoras públicas en el país. Aceptada la proposición por la Cámara, presentóse el 23 un *bill* que fué tomado en consideración en febrero de 1817, y en el cual se introdujeron ciertas enmiendas merced á la influencia de Mr. Pickering. El Senado propuso luego otras, y por último se aprobó el *bill* en 8 de febrero.

El discurso pronunciado por Mr. Calhoun era notable por su argumentación y elocuencia. La importancia de un buen sistema de comunicaciones por tierra y agua; la necesi-

dad de emprender grandes obras para llevar á cabo este proyecto; los beneficios que esto importaria tanto á las empresas públicas como privadas; el aumento de riqueza que se obtendria, facilitándose la comunicacion con los puertos y mercados; y la prosperidad del pais, eran otros tantos asuntos que el orador sometia á la consideracion de la Cámara cuando se discutia el proyecto. Mr. Calhoun terminaba su discurso recomendando la compra de Louisiana, y la construccion del camino Cumberland, como complemento del plan que proponia (*). El discurso de Enrique Clay en favor del *bill* contenia los mismos argumentos de Calhoun y otros que produjeron bastante efecto en la Cámara.

Aun cuando era llegado el último dia de la administracion de Mr. Madison, devolvió éste el *bill* al Congreso con ciertas objeciones, fundándose en que la Constitucion no conferia *espresamente* un derecho
1817. para hacer caminos y canales. Hízose un esfuerzo para que se aprobara el *bill* por dos terceras partes de los votos, mas no pudo conseguirse y al fin se desechó.

Las leyes de navegacion fueron revisadas poco despues, y se mejoraron en todo lo posible; regularizáronse los territorios de los Estados-Unidos, concediéndoles el privilegio de enviar cada cual un delegado al Congreso para tomar parte en los debates de la Cámara, pero sin voto; fijóse el número de ochocientos hombres para la armada en tiempo de paz, incluso los oficiales; se dispuso poner en libertad á las personas encarceladas por deudas, y se designó, en fin, el territorio de Alabama para castigar los crímenes cometidos en el pais de los indios. El 8 de diciembre de 1816, se admitió á Indiana

para formar parte de la Union, y en la misma legislatura se aprobó un acta autorizando á los habitantes de la parte occidental del Mississippi para que formasen una Constitucion preparatoria á fin de ser considerados luego como ciudadanos de la Union.

El 3 de marzo, terminó sus tareas el décimo cuarto Congreso, y en el mismo dia, Jacobo Madison presentó la dimision del cargo que desempeñara por espacio de ocho años. Por lo que hemos dicho de gobierno de este Presidente, el lector
1817. habrá podido ya juzgar de su carácter y circunstancias personales: que era un hombre de reconocido patriotismo, que trabajó con el mayor celo en favor de los intereses de su pais, es cosa que no se debe poner en duda; mas tampoco se negará por otra parte, que no era un hombre de genio ni de esclarecido talento, ni mucho menos, á propósito para empuñar las riendas del Gobierno en el tempestuoso período de la guerra, en que entró á desempeñar el primer cargo de la nacion. No obstante, aunque censurado por su falta de energía, aunque no era un héroe, aunque cedia con demasiada frecuencia á las instigaciones y consejos de los demás, y aun cuando era mas á propósito, en fin, para servir en tiempos de paz, su administracion no dejó de producir buenos resultados, y mereció la aprobacion del pueblo. Madison supo inspirar confianza á los americanos desde el dia mismo en que comenzó á regir los destinos de su pais, al hacer luego un estudio de su vida política no ha disminuido en nada la buena opinion que se tuvo de su rectitud, de sus buenas intenciones y de su patriotismo (*).

(*) En la *Elocuencia Americana*, por Frankchoore, vol. II, págs. 479-82, se reproduce el discurso que sobre este asunto pronunció Mr. Calhoun.

(*) El lector que desee conocer las elocuentes palabras que pronunció un notable orador al hablar del cuarto Presidente de los Estados-Unidos, puede leer el discurso dirigido por Juan Quincy Adams á las dos Cámaras del Congreso en 1833, poco despues de la muerte de Mr. Madison.

CAPÍTULO II.

1817—1819.

LOS DOS PRIMEROS AÑOS DE LA ADMINISTRACION DE MONROE.

El quinto Presidente entra en el desempeño de sus funciones.—Manifiesto inaugural.—El gabinete de Mr. Monroe.—Principios políticos de su administracion.—Viaje del Presidente á diversos Estados.—Primera legislatura del décimo quinto Congreso.—El mensaje del Presidente.—Extracto de su contenido.—Debates en el Congreso.—Supresion de contribuciones.—Situacion del pais.—Tarifas.—Mejoras.—Discusion.—La isla Amelia y Galveston.—M' Gregor y Aury.—Mississippi entra á formar parte de la Union.—Tratados con los indios.—La guerra de Seminola.—El general Gaines.—El general Jackson marcha á la Florida.—Arbuthnot y Ambrister.—Su causa y ejecucion.—Jackson marcha á Pensacola.—La autoridad española.—Escitacion que produjo la conducta de Jackson.—El Congreso se reune en sesion.—Mensaje del Presidente.—Quejas contra el banco de los Estados- Unidos.—Se nombra un comité para que informe.—Resultado de su investigacion.—Especulaciones y fraudes.—Se nombran nuevos directores.—El general Jackson y la guerra de Seminola.—Debates.—Illinois es admitido en la Union.—Alabama y Missouri.—Informe de Calhoun respecto á los caminos y canales.—Tratado con España y cesion de la Florida á los Estados- Unidos.—Reclamaciones.

El 4 de marzo de 1817, Jacobo Monroe, seguido de sus numerosos amigos y una multitud de los principales ciudadanos, se dirigió al Capitolio, donde iba á celebrarse la imponente ceremonia de prestar juramento el quinto Presidente de los Estados- Unidos.

1817. Tambien asistió al acto Mr. Madison, y con él, los jueces del Supremo Tribunal, los ministros estranjeros y otros dignatarios, ante los cuales iba á prometer solemnemente Mr. Monroe velar por los intereses y la prosperidad de su pais. El manifiesto inaugural que presentó, muy extenso y detallado, y que no reproducimos íntegro por no quedarnos suficiente espacio para ello, era una luminosa esposicion de los principios por los cuales pensaba regirse el Presidente en el desempeño de sus funciones. Un párrafo ó dos bastarán para que el lector forme una idea de tan notable documento.

«Es muy grato para mí ocupar este elevado cargo cuando en los Estados- Unidos reina ya una paz envidiable, tan necesaria para la prosperidad de nuestro pais, y que yo procuraré conservar por cuantos medios estén á mi alcance y con arreglo á nuestros principios, sin exigir lo que sea injusto, y dando á cada cual lo que se merezca.

»Tambien me es muy satisfactorio ver que reina entre nosotros la mejor armonía en punto á opiniones : la discordia es propia de nuestro sistema; la union se recomienda por sí sola, tanto por los benignos y libres principios del Gobierno que nos rige, como por otras ventajas harto conocidas de todos. El pueblo americano, que se ha visto en los mayores peligros y pasado por las mas rudas pruebas, constituye una gran familia cuyos intereses son comunes; la esperiencia nos ha ilustrado en algunas cuestiones de esencial





C. Hall

James Monroe

importancia para el país, mas el progreso ha sido lento y dictado por una justa reflexión, porque era preciso velar por nuestros intereses. Promover la armonía con arreglo á los principios de nuestro Gobierno republicano, á fin de que sigamos marchando por la senda del progreso, será el objeto de mis constantes y celosos esfuerzos.

»Nunca se ha inaugurado Gobierno alguno bajo tan favorables auspicios ni han sido tan ventajosos sus resultados: si repasamos la historia, tanto antigua como moderna, de las demás naciones, veremos que no hay ejemplo de un progreso tan rápido, tan gigantesco; de un pueblo cuyo estado sea tan próspero y feliz. Al reflexionar sobre lo que aun nos queda que hacer, el corazón de todo ciudadano debe henchirse de gozo, sobre todo si se tiene presente que nuestro Gobierno se aproxima mucho á la perfección; que el gran objeto es conservar los principios esenciales que le caracterizan, lo cual se conseguirá observando la virtud é ilustrando al pueblo, y que lo único que debemos hacer es adoptar los medios mas eficaces para asegurar nuestra dependencia, nuestros derechos y nuestra libertad. Si perseveramos en continuar en esta senda por donde tanto hemos adelantado, no dejaremos de alcanzar, con el auxilio de la Providencia, el elevado puesto que nos parece destinado.

»En las administraciones de los hombres ilustres que me han precedido en este importante cargo, y con algunos de los cuales me unen los lazos de la mas sincera amistad, se han visto ejemplos que siempre serán útiles é instructivos para sus sucesores.

»Yó procuraré aprovecharme de ellos: por lo que hace á mi dignísimo antecesor, que tan celosamente ha servido á su patria, me tomaré la libertad de decirle que deseo viva-

mente disfrute por largo tiempo en su retiro la dicha y la tranquilidad, á que le hacen merecedor los eminentes servicios prestados á su país. Contando con la eficaz cooperación de los jefes de los diversos departamentos, vengo á ocupar el elevado cargo que debo al sufragio de mis compatriotas, rogando al Todopoderoso que siga dispensándonos como hasta aquí su poderosa protección.»

Leído el manifiesto, Mr. Monroe remitió inmediatamente al Senado una nota con los nombres de los señores elegidos para formar su gabinete. Juan Quincy Adams, que estaba en Lóndres, y á quien se llamó acto continuo, recibió el nombramiento de Secretario de Estado; Guillermo H. Crawford, en otro tiempo representante de los Estados-Unidos en París, ocupó la vacante que por su muerte dejaba Mr. Dallas; Crowninshield continuó al frente del departamento de la armada, y Meigs siguió ocupando el cargo de administrador general de correos. Al gobernador Shelby, de Kentucky, se le ofreció la secretaría de la Guerra, pero considerándose de edad demasiado avanzada para desempeñar las funciones de este cargo, no quiso aceptar, y por esto no se cubrió la plaza hasta fin de año, en que la admitió Calhoun. Mr. Rush continuó hasta los últimos dias de diciembre al frente del departamento de hacienda, mas luego fué reemplazado por Guillermo Wirt. Así en este como en los demás nombramientos, Mr. Monroe tuvo cuidado de elegir hombres de ideas y principios republicanos, por manera que los federalistas no tenían nada que esperar del nuevo Presidente. El general Jackson, no obstante, escribió á este último una carta, en la que le recomendaba, que dejando á un lado el espíritu de partido, eligiese para los primeros cargos á personas de reconocida aptitud é integridad, fueran cuales fuesen sus opiniones políticas, pero



Mr. Monroe era demasiado astuto para fiarse de recomendaciones. Su contestación á la carta de Jackson es digna de la atención del lector.

Poco después de haber comenzado á desempeñar sus importantes funciones, el Presidente resolvió girar una visita de inspección á los diversos Estados, pues deseaba ver en qué situación se hallaban todas las fortificaciones de la costa del Atlántico, y elegir los puntos más convenientes donde levantar fuertes baterías, para el caso de una invasión, repartiendo al mismo tiempo las tropas regulares de la manera más adecuada para la defensa del país. Otra de las razones que impulsaban á Monroe á emprender este viaje era el deseo de conocer al pueblo, averiguar cuáles eran sus necesidades y cómo funcionaban los diversos gobiernos de los Estados, é informarse acerca de los recursos con que contaba el país y qué medios serían más convenientes para desarrollarlos. Mister Monroe dijo públicamente que, al hacer aquel viaje, se proponía enterarse de si se habían invertido debidamente las cantidades consignadas por el Congreso para fortificar las costas.

El Presidente pasó por Baltimore, Philadelphia, Nueva-York, las principales poblaciones de Connecticut, y Rhode-Island; y llegó el 2 de julio á Boston, desde donde atravesando por Massachussetts, Maine, New-Hampshire, y Vermont, dirigióse hácia el Oeste á fin de inspeccionar las obras del lago Ontario. Luego marchó á Detroit por el lago Erie, visitó á Michigan, Ohio, Pennsylvania y Maryland, y volvió por último á Washington el 18 de setiembre, después de haber estado ausente tres meses y medio y recorrido una distancia de más de dos mil
1817. millas. El Presidente fué recibido en todas partes con demostraciones del mayor

respeto y cordialidad, y en nuestro concepto, creemos que su viaje no podía ser más conveniente, tratándose de cumplir la sagrada promesa que hiciera antes en el Capitolio.

El décimo quinto Congreso, comenzó sus sesiones en la época acostumbrada, es decir, á principios de diciembre. Los republicanos estaban en mayoría, y solo se presentaron algunos de los más distinguidos federalistas, tales como, Rufo King y Harison Gray Otis, en el Senado, y Timoteo Pitkin, Enrique Shaw y Juan Sergeant, en la Cámara. Enrique Clay fué elegido presidente de esta, por ciento cuarenta y cuatro votos contra seis, y Juan Galliard ocupó *pro tempore* la presidencia del Senado.

Mr. Monroe remitió el 2 de diciembre su primer mensaje anual, en el que empezaba felicitándose de la situación lisonjera del país, pasando luego á dar cuenta de las diversas medidas adoptadas respecto á los armamentos navales, á la cuestión de límites, á las pesquerías y á las relaciones con España, Inglaterra, etc. Al esponer cuál era el estado de la hacienda, decia lo siguiente: «Después de cubiertas todas las atenciones del Gobierno, dejando á un lado las cantidades consignadas para el ejército y la marina, el aumento de fortificaciones y el pago del interés de la deuda pública, por cuenta de la cual se van á satisfacer ahora diez y ocho millones de duros, calcúlase que aun quedará en el Tesoro en 1.º de enero próximo, un sobrante de seis millones de duros, aplicables á los gastos del año próximo.» Los ingresos para 1818 se estimaban en veinticuatro millones quinientos mil duros, y los gastos en algo menos de veintidos millones, de modo que quedaria una existencia de dos millones setecientos cincuenta mil duros. Así pues, el estado de la hacienda podia considerarse como muy lisonjero.

El Presidente hacia luego varias observaciones acerca de la milicia, del ejército, de la armada, de los indios y de los terrenos públicos; y al hablar de las mejoras interiores, espresábase en estos términos: «Prescindiendo de ciertas consideraciones, me he dedicado á estudiar este asunto con la atencion y detenimiento que merece una cuestion de tal importancia, y mi opinion es, que el Congreso no tiene derecho para plantear dichas mejoras, pues los artículos de la Constitucion no confieren ese poder, ni puede interpretarse ninguno de aquellos en este sentido.» Mr. Monroe proponia por lo tanto una enmienda á la Constitucion, en la que se especificara asimismo que el Congreso tendria derecho para instituir seminarios en obsequio de la instruccion pública.

Mr. Monroe habló tambien de la industria fabril, de los edificios públicos y de los oficiales y soldados del ejército revolucionario que aun vivian; su mensaje terminaba con el siguiente párrafo: «Toda vez que la renta procedente de los impuestos, de los derechos sobre tonelaje y de la venta de las tierras públicas, bastará para cubrir las principales atenciones del Gobierno, sostener el ejército y armada, con el aumento que se acordó, pagar el interés de la deuda pública y extinguirla en el tiempo prefijado, creo de mi deber recomendar al Congreso que suprima la contribucion interior, pues en el caso de ocurrir circunstancias extraordinarias, que lo hiciesen necesario, el Gobierno podria volver á imponerla.»

Durante aquella legislatura, fueron muy empeñados los debates en el Congreso, pero tenemos la satisfaccion de decir que no hubo tanta acrimonia como en otras ocasiones, y que las principales medidas recomendadas por el Presidente, se aprobaron por la mayoría del Congreso.

Entre los diversos asuntos que primeramente se discutieron, contábase la supresion de las contribuciones interiores; los derechos por las licencias para vender licores destilados y otros, para la reventa de géneros, para tener carruajes de lujo, etc., fueron suprimidos inmediatamente; tambien se quiso hacer lo mismo respecto al derecho sobre la sal, mas no se aprobó la medida por haber manifestado el Secretario del Tesoro, que aun cuando era próspero el estado de la hacienda, podria resultar un déficit, en vez de tener un sobrante. Algunos de los miembros creyeron conveniente no suprimir algunas contribuciones, pero siendo difícil escoger á gusto de todos, fué aprobada la supresion en una de las primeras sesiones de la legislatura. 1817.

Los debates demostraron luego que bajo cierto punto de vista se exageraba algun tanto en el mensaje al pintar como sumamente lisonjera la situacion del pais. A no dudarlo mejoraba el estado de la hacienda y de los fondos públicos, mas el comercio no se habia recobrado aun de las pérdidas que le causaran los embargos y otras restricciones, que por sí solas, sin necesidad de la guerra, eran bastante vejatorias. Las excesivas importaciones aumentaban, es cierto, la renta pública, pero arruinaban á los comerciantes particulares. Tampoco era muy halagüeña la situacion de los bancos, pues muchos de ellos negociaban sus créditos con el fin de solventar cuentas atrasadas y cobrar cuanto se les debia, procedimiento que nunca es ventajoso, y que sin embargo se considera en ciertos casos indispensable, tanto para los bancos, como para el público en general. Respecto á la Gran Bretaña y á su política comercial, el Congreso resolvió tomar ciertas disposiciones que se creyeron necesarias para favorecer los intereses del

pais, y de que ya hablaremos mas adelante.

Con objeto de llenar el déficit que resultaba á consecuencia de haberse suprimido las contribuciones interiores, y tambien á fin de proteger en cierto modo las fábricas del pais, introdujéronse algunos cambios en las tarifas; pero fueron tantos los que se opusieron á esta medida, que por el pronto no se hizo nada respecto á proteger la industria manufacturera.

A pesar de las opiniones de Mr. Monroe sobre el asunto de mejoras públicas, discutióse luego con mucho calor esta cuestion, y el Comité nombrado al efecto presentó un informe sosteniendo que con arreglo á la Constitucion, el Congreso tenia derecho para consignar cantidades destinadas á construir

canales y caminos. Enrique Clay, **1818.** Mr. Lowndes, Mr. Tucker y otros, arguyeron en favor de la Constitucionalidad del sistema propuesto, y Mrs. Claggett, Orr, Johnson, Barbour y algunos mas, defendieron lo contrario. En la cuestion relativa á formar un fondo con los dividendos que recibiera el Gobierno por cuenta de sus acciones del Banco de los Estados-Unidos, hubo una mayoría en favor de este proyecto; pero como se supo pronto que el Presidente opondria su veto á todo *bill* que se presentara en este sentido, se aplazó la discusion de este asunto para otro dia.

A principios de enero, el Comité de la Cámara presentó un informe respecto á la isla Amelia y Galveston, en Tejas. Parece que un tal Gregor ó M'Gregor, quien aseguraba haber recibido el despacho de general en las provincias Unidas de Nueva-Granada y Venezuela, juntamente con un tal Luis Aury, acababa de posesionarse de la isla Amelia, en el límite de Georgia, con la reconocida intencion de emprender un ataque contra la Florida Oriental. Los hombres que

estaban á las órdenes de M'Gregor se titulaban patriotas, pero eran en su mayor parte desterrados de los Estados-Unidos, esclavos, contrabandistas y vagabundos procedentes de los puertos del Sur. El objeto de M'Gregor se reducía aparentemente á conquistar la provincia á fin de anexionarla á los Estados-Unidos.

En 30 de julio de 1813, segun dice Moneste, el gobernador español capituló para entregar la plaza á los patriotas, con lo cual quedaba escluida de nuevo la autoridad española, mas no era posible establecer un Gobierno permanente con aquella tropa de aventureros. Suscitáronse numerosas disensiones, y viéndose suplantado el general M'Gregor por las artificiosas intrigas de Hubbard, quien le hizo creer que peligraba su seguridad personal, abandonó el mando, y marchó á Inglaterra acompañado del capitán Woodbine. Poco despues Aury, que se titulaba almirante, así como M'Gregor general, perdió su influencia, y se retiró tambien dejando á Hubbard al frente de aquel Gobierno, que con una autoridad usurpada no podia ser de larga duracion. A fin de impedir que se concentrasen ilegalmente todos aquellos hombres cerca de la frontera de los Estados-Unidos, el Gobierno federal resolvió apoderarse del territorio que tenian en su poder hasta que á España le fuese posible mantener su autoridad, y en su consecuencia en 1.º de enero de 1818, en cumplimiento de instrucciones recibidas, el mayor J. Bankhead y el comodoro J. D. Henly marcharon con algunas fuerzas de mar y tierra de los Estados-Unidos, y espulsando á los patriotas, se apoderaron del pais (*).

(*) Antes de esto, en el verano de 1816, Luis Aury habia reunido una cuadrilla de bandidos y gente desesperada en la isla de las Serpientes, situada en la Costa de Tejas, á unas ciento treinta millas al Oeste de la embocadura del Mississippi. Hacer el contrabando, perseguir el comercio, y

Cuando habló de este movimiento, el Presidente tuvo buen cuidado de advertir que al espulsar á los aventureros del territorio que ocupaban, no era la intencion del Gobierno hacer una conquista ni perjudicar en manera alguna la causa de las colonias. Tambien el Secretario de Estado justificó este acto en su informe oficial, afirmando que así lo exigian tanto las leyes de las naciones como las de los Estados-Unidos.

En 10 de diciembre de 1817, fué admitido Mississippí á formar parte de la Union, y tambien los territorios de Illinois y Missouri tomaron sus disposiciones para seguir el ejemplo. Durante el otoño del mismo año, los comisionados nombrados por el Presidente de los Estados-Unidos, y los jefes de las tribus indias de Wyandot, Delaware, Shawanese, Séneca, Ottowas, Chippewa y Pottawattamie, concluyeron un tratado por el cual cedian estos últimos á la Union todas las tierras que se reclamaban dentro de los límites del Ohio, estipulándose que los indios que se quedaran en ellas habrian de sujetarse á las leyes de los Estados-Unidos.

El Congreso se ocupó luego de la cuestion de la ley de quiebras, de las negociaciones con España, de la guerra de Seminola, de enviar un ministro á la Plata, y de otros asuntos de menor importancia, de que no damos detalles por no quedarnos suficiente espacio para ello. Solo nos referiremos á los debates del Congreso y á los actos de oradores tan notables como Enrique Clay, Daniel Webster y Juan C. Calhoun. El 20 de abril, se terminó aquella atareada legislatura y se cerró el Congreso hasta el tercer lunes del mes de noviembre.

dedicarse al tráfico de esclavos, contraviniendo las leyes, eran las principales ocupaciones de aquella gente desalmada. En abril de 1817, Aury se corrió hácia el Oeste, dirigiéndose á Matagorda, donde permaneció muy poco tiempo, pues luego fué á reunirse con M'Gregor en la isla Amelia.

Mientras los aventureros de Galveston, en la isla Amelia, se ocupaban en llevar á cabo sus proyectos, estalló una guerra en la frontera de los Estados-Unidos y de la Florida. Aunque España se habia posesionado de la provincia en 1793, es lo cierto que aun no estaba ocupado el pais, y por lo tanto hallábase, por decirlo así, en poder de los filibusteros y otra gente de mal vivir, cuyos abusos nadie reprimia mientras no se acercaban á cualquier puesto militar. Los indios de Seminola, que ocupaban algunas tierras en los confines de la provincia, correspondientes en parte á la Florida y en parte á los Estados-Unidos, habian cometido varios excesos que dieron lugar á las quejas del pueblo de Georgia, y aunque el general Gaines, jefe militar de aquel distrito, reclamó á los indios del rio Flint la entrega de algunas personas reconocidas como delincuentes, rehusaron acceder á la peticion bajo el pretexto de que no eran ellos los agresores. A esta causa de queja, añadióse luego otra por haberse tenido que emplear cierta violencia al tomar posesion del territorio cedido á la Union, segun los últimos tratados de los Creeks, violencia de que se vengaron los indios en el mes de diciembre, atacando un barco cargado de víveres que cruzaba el Appalachi- **1817.**
cola, y matando las cuarenta personas que iban en él, entre las cuales habia varias mujeres y niños.

Tan pronto como se tuvo conocimiento de aquel suceso, el Gobierno autorizó al general Gaines para que marchase á la Florida *en caso necesario*, pero encargándole que si los indios se refugiaban en algun fuerte no lo atacase, y se limitara á *dar cuenta del hecho*; el general Jackson, que era el primer jefe militar del Sur, recibió tambien, á fin de diciembre, órden de ponerse al frente de las fuerzas, y se le autorizó para reunir toda la

milicia de un Estado, á la cual debian agregarse las fuerzas procedentes de Georgia.

En los primeros dias de enero, marchó el general Jackson hácia el teatro de la guerra á la cabeza de una numerosa tropa de voluntarios de Tennessee, y antes de terminar el mes concluyó un tratado con los Creeks que se conservaban fieles á la Union, á fin de poder contar con su auxilio en la guerra contra Seminola. En 1.º de marzo, llegó Jackson al fuerte Scott, situado junto al Appalachicola, y como contaba ya con cuatro mil hombres, fuerza superior á la del enemigo, resolvió atacarle inmediatamente. Sin embargo, viendo luego que escaseaban las provisiones, apresuró su marcha hácia el Sur, y habiendo ordenado á los indios aliados que explorasen el pais, se cogieron al enemigo una porcion de prisioneros. En frente de la fortificacion, de donde habian sido arrojados los negros en 1816, construyó luego Jackson un fuerte al que dió el nombre de Gadsden, destinándole á depósito de víveres y municiones.

El 1.º de abril, fueron destruidos los pueblos del lago Mickasukie y de Ocilla, donde se cogió mucho ganado y trigo en abundancia; en este último pueblo se encontró una lanza pintada de encarnado, de la cual pendian unas cincuenta pieles de cráneo, y poco despues halláronse doscientos mas de estos horribles trofeos, circunstancia que naturalmente llamó la atencion de Jackson y sus tropas.

El jefe americano no era hombre que se intimidaba fácilmente ante los obstáculos ó los peligros, y no dudando de la complicidad de los españoles con los Seminolas, dirigióse inmediatamente á San Márcos, pequeño fuerte que tenian los primeros en la bahía de Appalachicola, y se apoderó de él, despues de una escasa resistencia, ocupándolo acto continuo con sus tropas.

Hallándose en este punto, Jackson hizo prisioneros á un traficante escocés de Nueva-Providencia, llamado Alejandro Arbuthnot, y á un tal Roberto C. Ambrister, natural de la misma provincia, los cuales comerciaban con los indios y tenian el encargo de escitarles á las hostilidades. Seguramente muchos hubieran dudado sobre el partido que deberian tomar con aquellos dos hombres, pero Jackson no vaciló un momento y tomó su determinacion como si se tratara de una cosa que no admitia duda. Así, pues, el 20 de abril reunió un consejo de guerra, compuesto del general Gaines como presidente, y de los primeros oficiales, á fin de averiguar qué cargos resultaban contra Arbuthnot y Ambrister, y aplicarles el merecido castigo si no eran inocentes.

Arbuthnot fué acusado: 1.º, de instigar á los indios á la rebelion contra los Estados-Unidos y sus ciudadanos, siendo él súbdito de la Gran Bretaña, con quien la Union estaba en paz; 2.º, de haber sido espía, protegiendo y ocultando al enemigo, y facilitándole los medios de hacer la guerra; y 3.º, de escitar á los indios á que asesinasen á Guillermo Hambly y Edmundo Doyle, súbditos de España, con el objeto de apoderarse de sus bienes, y en venganza de los celosos esfuerzos que habian hecho aquellos para conservar la paz entre su nacion, los indios y los Estados-Unidos. Arbuthnot fué reconocido culpable respecto á los dos primeros cargos, y se le sentenció á ser ahorcado. **1818.**

Al dia siguiente se vió la causa de Ambrister á quien se acusaba: 1.º, de haber protegido y auxiliado al enemigo, facilitándole recursos para hacer la guerra, siendo el dicho Ambrister súbdito de la Gran Bretaña, con quien estaban en paz los Estados-Unidos; y 2.º, de haber capitaneado á los

indios hostiles en su guerra con esta última nacion. El consejo de guerra le reconoció culpable en ambos casos y le sentenció á ser pasado por las armas; pero examinada de nuevo la causa, conmutó esta pena, disponiendo se le dieran cincuenta palos, y se le condenara á trabajos forzados por un año. El 29 de abril, aprobó Jackson la sentencia del tribunal respecto á Arbuthnot, confirmando la primera que pronunció contra Ambrister, y dió orden para que se ejecutara á los dos acusados al dia siguiente.

Victorioso en la Florida Oriental, despues de haber muerto á mas, de sesenta indios, quemado setecientas cabañas, y mandado ejecutar á dos criminales, sin otras pérdidas que veinte Creeks aliados, el general Jackson se dirigió poco despues á Pensacola, donde, segun costumbre, se habian refugiado los indios al amparo de las autoridades de España. El gobernador de la plaza protestó contra aquella invasion, asegurando que se resistiria; pero como esta advertencia no detuvo á Jackson, retiróse aquel al fuerte de Barancas, y dejó que los americanos se apoderasen de Pensacola sin disparar un tiro. Tres dias despues, el ejército marchó sobre Barancas, levantó una fortificacion durante la noche, y bombardeando el fuerte, se apoderó de él en 27 de mayo. Las autoridades españolas, civil y militar, se trasladaron á la Habana y la provincia quedó ocupada por los americanos. El coronel King fué nombrado gobernador civil y militar; aboliéronse las leyes españolas, y despues de haber designado cuáles debian ser los funcionarios del nuevo Gobierno, Jackson volvió á Nashville, confiando el mando al general Gaines. Poco despues, á principios de agosto, envió una orden á dicho jefe para que se apoderara de San Agustin, bajo el pretexto de que los indios estaban reuniendo allí municiones con

objeto de continuar la guerra. Tan pronto como el Gobierno tuvo conocimiento de este hecho, envió una contraórden al general Gaines, mandándole no atacase á San Agustin.

La conducta del general Jackson habia escitado los ánimos en todo el pais, y se censuraron sus actos de diversos modos, por cuya razon, esperábase con ansia que se reuniera el Congreso para ver qué disposiciones adoptaria el Gobierno en esta cuestion.

Durante las vacaciones, Mr. Monroe visitó las poblaciones y costas de Chesapeake con objeto de examinar los fuertes de aquel punto, y elegir un sitio conveniente para establecer un depósito naval. El Presidente volvió por el interior de Virginia á Washington, hácia mediados de junio, y en 16 de noviembre comenzó la legislatura. Al dia siguiente remitió Mr. Monroe su mensaje, en el cual se daba cuenta del estado de los asuntos públicos, anunciando que la situacion del pais era halagüeña y abundantes las cosechas; que florecia el comercio; que las rentas iban aumentando, y que las relaciones con las potencias extranjeras, escepto España, eran amistosas. El Presidente dijo al hablar de la hacienda, que los ingresos del Tesoro durante los tres primeros meses del año, habian escedido de diez y siete millones de duros, que aun quedarian mas de dos millones de existencia para el primero de enero próximo, y que las rentas para 1819 se calculaban en veintiseis millones de duros.

El Banco de los Estados-**Unidos**, del cual se esperaba obtener tantas ventajas, no habia satisfecho las esperanzas del público, pues al poco tiempo, produjéronse varias quejas y se hicieron algunos cargos á los directores de aquel establecimiento. Al reunirse el Congreso, y cuando el Presidente anunció que era envidiable la situacion de los Estados-**Unidos**, ya empezaban á embrollarse los

asuntos del banco, y como todos temian verse perjudicados en sus intereses, nombróse un Comité, del cual era presidente Juan C. Spencer, para que averiguase lo que habia sobre el particular (*). Las causas que daban lugar al descontento público, merecen que fije en ellas su atencion el lector, tanto á causa de su importancia intrínseca, como porque dan á conocer las ventajas y desventajas del banco nacional, y hasta qué punto tenian razon algunos para oponerse á su establecimiento.

El capital efectivo del banco al comenzar sus operaciones, no pasaba de dos millones de duros, cantidad insuficiente para el objeto de la institucion, y por lo tanto se envió á Inglaterra un agente especial con el sueldo de veinte mil duros para que hiciese una negociacion. Al poco tiempo, es decir entre julio de 1817 y diciembre de 1818, recibíéronse en los Estados-Unidos, procedentes de Londres, siete millones doscientos cincuenta mil duros, pero el interés exigido por este adelanto fué enorme, pues escedia de medio millon.

Como era de esperar en aquellas circunstancias, el número de especuladores que tenian acciones en el banco excedia en mucho al de los capitalistas, y habiendo tomado parte los primeros en la direccion de los negocios, tuvieron buen cuidado de arreglarse de modo que asegurasen las ventajas para sí mismos, sin consideracion al legítimo objeto del banco y sin tener en cuenta que podrian perjudicarse los intereses de muchos accionistas. El sistema que se adoptó se reducía á una especie de reventa de las acciones del banco, cosa que hasta entonces no se habia hecho, y ahora vamos á decir de qué modo se hacian poco mas ó menos las operaciones por

aquellos que se habian propuesto esplotar las utilidades solo para sí. Se acordó descontar las acciones de los sócios para el pago de sus plazos, sin mas garantía que dejar aquellas en depósito, cuya operacion se hizo primeramente á la par y luego con un interés de veinticinco por ciento sobre el valor nominal, resultando de aquí que al cabo de poco tiempo, era tal el número de acciones adquiridas de este modo, que como consecuencia necesaria, llegó el dia en que pudieron comprarse sin adelantar un céntimo. En este caso, un especulador cualquiera que hubiese pedido cierto número de acciones, presentábase luego á los directores, negociaba un empréstito, ofreciendo dejar aquellas en garantía, y por una operacion simultánea, se le daba el papel, recibíalo el banco y se hacia luego el descuento con los beneficios correspondientes. Cuando las acciones estaban en alza, sacábalas su dueño para venderlas, embolsábase la diferencia y comenzaba de nuevo sus operaciones. Hasta principios de setiembre de 1817 las acciones se mantuvieron á ciento cincuenta y seis duros, y cincuenta céntimos, pero de pronto, y cuando el Congreso empezaba á tomar informes, bajaron, primero, á ciento diez duros, y luego á noventa, ocasionando sensibles pérdidas á los tenedores y no pocas quiebras.

La ciudad de Baltimore era el punto donde se hacian principalmente aquellas operaciones, á que se habian dedicado personas sin capital y sin principios. Dos ó tres casas en las cuales tenian intereses algunos directores, sacaron del banco un millon quinientos mil duros, y los desfalcos en Baltimore ascendian ya á un millon setecientos mil, poco mas ó menos la pérdida que habian sufrido las demás sucursales.

Ni era este el único perjuicio que ocasionaban aquellas especulaciones: uno de los

(*) El Comité se componia de Mrs. Spencer, Lowndes, Mr. Lane, Bryan y Tyler. Su informe, muy extenso y luminoso, fué presentado el 16 de enero de 1819.

principales beneficios que se esperaban del banco era establecer la circulacion de valores, único medio de facilitar las transacciones en todo el pais, y con este fin, necesitábase que los billetes ó letras giradas en cualquier banco fuesen pagaderos en todas las sucursales. Hasta julio de 1818 se observó este sistema, pero la mayor parte de la inmensa cantidad de papel emitida en los Estados occidentales y del Sur, por consecuencia de las operaciones comerciales, pasó luego al norte, y como las sucursales se vieron al fin obligadas á suspender los pagos, el banco nacional dispuso que no se descontasen las letras sino donde se hubieran girado, por cuyo motivo quedó de nuevo entorpecida la circulacion.

Sobre todo esto, complicábase la cuestion del banco, porque algunos de los principales directores tanto de los elegidos por los accionistas como por el Gobierno, habian tomado parte en la especulacion; y el mismo banco de Philadelphia siguió el deshonesto ejemplo del de Baltimore con perjuicio de los de Nueva-York y Boston.

El Comité de que ya hemos hablado hizo una minuciosa investigacion sobre el asunto, y despues de dar á conocer la verdadera causa de los apuros del banco y de las quejas suscitadas, propuso la adopcion de ciertas medidas para evitar en lo sucesivo lo que consideraba como violaciones de la carta del banco nacional (*). El resultado fué que el presidente, Mr. Guillermo Jones, y otros directores, presentaron su dimision; organizóse una nueva Junta, y se confirió la presi-

dencia á Mr. Langdon Cheves, reputado como uno de los mas hábiles hacendistas. Bajo aquella direccion inteligente, mudó la cosa de aspectó; las acciones pasaron á manos de verdaderos capilatistas, cotizándose á ciento veinte duros una; se regularizaron las operaciones, merced á una cuidadosa intervencion; se publicó un estado de la caja, y se adoptaron cuantas disposiciones parecieron necesarias para organizar debidamente las sucursales. De este modo, no solo se evitaron muchas quiebras, sino que el banco comenzó á recobrase de sus pérdidas y bien pronto mereció de nuevo la confianza del mundo mercantil.

En una de las primeras sesiones de la legislatura, el Presidente presentó al Congreso todos los documentos relativos á la guerra de Seminola: el Senado los pasó á un Comité compuesto de Mrs. Burrell, Lacock, Eppes, King y Eaton, y de estos señores, los tres primeros, censuraron severamente la conducta de Jackson por haber invadido la Florida y mandado ejecutar á Arbuthnot y Ambrister, mientras los otros dos sostenian por el contrario que estaban conformes con sus actos. Sin embargo, como se acercaba el término de la legislatura, no se pasó á la votacion. En la Cámara sucedió lo mismo: de los siete miembros de que se componia el Comité militar, cuatro condenaron la conducta de Jackson, y la defendieron los otros tres, declarando que el pais debia estarle agradecido. Los debates, que comenzaron el 18 de enero, duraron cerca de tres semanas y en ellos tomaron parte los mas notables oradores. El elocuente Enrique Clay, asombrado de las violentas medidas y de la osadía del general Jackson, pronunció un brillante discurso que terminaba con el siguiente párrafo: «Creo que estos señores meditarán detenidamente sobre el asunto

(*) Por una cláusula de la carta, disponiase que ningun sócio pudiera tener mas de treinta votos fuera cual fuese el número de sus acciones. Los especuladores de Baltimore eludieron esta disposicion suscribiéndose por varias acciones con nombres de otras personas, que les daban luego sus votos, llevándoles un tanto por su complicidad en este escandaloso fraude.

que nos ocupa; acaso sea numerosa la oposicion; quizás se trate de dar un voto de gracias al general; podrá suceder muy bien que se le lleve en triunfo; pero si esto sucede, veremos el triunfo del principio de insubordinacion, el triunfo de la autoridad militar sobre la civil, el triunfo sobre los poderes de la Cámara y la Constitucion del pais; y yo pediré al cielo que no sea, por último, un triunfo sobre las libertades del pueblo (*).

Mr. Cobb, Mr. Hopkinson, Mr. Nelson y otros, se unieron á Mr. Clay para condenar la conducta del general, mientras Mr. R. M. Johnson, Mr. Holmes y algunos mas, todos hombres notables, defendieron las medidas de Jackson, declarando que habia añadido nuevos laureles á los que conquistara tan valerosamente en Nueva-Orleans. Cuando se procedió á la votacion en la Cámara, respecto á censurar la conducta de Jackson, hubo muchos que se abstuvieron, lo cual demostraba que por mas que se dijera en contra acerca del proceder del general americano, y por muy dudosa que pareciese su conducta, el Congreso deseaba aprobarla, y el pueblo estaba dispuesto á ensalzar al hombre que por su carácter, energía y pericia militar, acababa de atraerse sus simpatías. El Presidente, y tambien el gabinete, dejándose dominar, segun se dice, por la influencia de Mr. Adams, aprobaron tácitamente la conducta del general Jackson.

Illinois fué admitido á formar parte de la Union, por un acuerdo del 3 de diciembre de 1818, la parte Sur del territorio de Missouri, dió los primeros pasos para organizarse en Estado, solicitando del Congreso que le concediera un Gobierno territorial, que se llamaria de Arkansas, y en febrero de 1819, los territorios de Alabama y Mis-

(*) Véase la *Elocuencia americana*, por Monroe, vol. II, págs. 273-86.

souri, pidieron ser admitidos como Estados de la Union. Mr. Tallmadge, miembro de la Cámara, propuso fijar un límite á la esclavitud, en el nuevo Estado de Missouri, prohibiendo la introduccion de esclavos y emancipando gradualmente á los que entonces servian como tales, proposicion que dió lugar á los mas acalorados debates sobre este trascendental asunto, si bien se aprobó el *bill*, y se remitió al Senado. Este, sin embargo, no quiso resolver nada contra la esclavitud, por veintidos votos contra diez y seis, y aun cuando la Cámara suprimió luego la cláusula por la cual se prohibia la esclavitud en general, negóse el Senado á prestar su aprobacion y se desechó el *bill*. Este asunto se aplazó, pues, para la próxima legislatura, en la que, segun veremos, la cuestion del Missouri fué otra manzana de la discordia y dió lugar á escenas violentas sin paralelo en los anales de la historia de nuestro pais.

Por lo tocante á Alabama, parece que no hubo gran divergencia de opiniones en el Congreso, y se convino sin dificultad en admitirlo como Estado esclavo, lo cual se hizo en 14 de diciembre de 1819. Con este motivo suscitóse tambien la cuestion de introducir restricciones á la esclavitud en el territorio de Arkansas, lo cual, como veremos, iba á complicar aquella tan asendereada cuestion.

A principios de enero, Mr. Calhoun, Secretario de la Guerra, presentó un luminoso informe sobre caminos y canales, en el cual manifestaba que no solo seria conveniente su construccion para el comercio y para la rapidez de las comunicaciones, sino que consideraba el proyecto como muy útil para facilitar las operaciones militares, para consolidar la Union, aumentar la riqueza y defender convenientemente el pais. Mr. Cal-

houn indicaba asimismo que podrian emplearse algunas brigadas militares en la construccion de varias líneas de las ya propuestas, y el Congreso, conformándose con este parecer,

1819. votó un presupuesto de diez mil duros para satisfacer el aumento de paga de los soldados que se empleasen, consignando al propio tiempo quinientos mil mas para la construccion del camino de Cumberland, proyecto que mereció luego la completa aprobacion de Enrique Clay.

Hácia fines del mes de enero, Mr. Lowndes presentó tambien un bien redactado informe sobre el proyecto de pesas y medidas, así como tambien sobre el valor de la moneda extranjera en los Estados-Unidos. Las observaciones del Comité acerca de este asunto son del mayor interés.

A pesar del mal giro que habian tomado los asuntos, á consecuencia de la invasion de la Florida por el general Jackson, activáronse las negociaciones con el ministro español, y se concluyó y firmó en 22 de febrero un tratado por el cual se cedia la Florida á los Estados-Unidos, mediante el pago de cinco millones de duros, estipulándose que no se promulgaria aquel hasta que lo ratificase España, y que la citada suma se aplicaria á indemnizar por daños y perjuicios á los ciudadanos de la Union que hubiesen sufrido espoliaciones de aquella potencia. Uno de los últimos actos de la legislatura fué aprobar un *bill* autorizando al Presidente para tomar posesion de las Floridas del Este y Oeste. El rey de España, sin embargo, no se convino á prestar su aprobacion, con gran disgusto de Mr. Forsyth, el enviado americano, y solo despues de haber trascurrido unos catorce meses, accedió su magestad á ratificar el tratado, lo cual se hizo en 24 de octubre de 1820.

El dia 3 de marzo terminó aquella legis-

latura sus árduas tareas y se cerró el décimo quinto Congreso.

Antes de concluir el presente capítulo, debemos ocuparnos de un asunto, del mayor interés entonces para muchos de nuestros compatriotas. El comercio americano se habia perjudicado tan gravemente á consecuencia de las espoliaciones de las potencias beligerantes de Europa, que al celebrarse la paz, tratóse de obtener una indemnizacion lo mas pronto posible. Merced al tratado de Ghent, habíase arreglado la cuestion de reclamaciones con la Gran Bretaña, pero aun faltaba hacer otras á Francia, España, Nápoles, Holanda y Dinamarca, siendo de advertir que las reclamaciones contra algunas de estas potencias databan del año 1800.

Mr. Guillermo Pinckney se encargó en 1816, por orden del Presidente, de una mision especial en Nápoles, la cual debia desempeñar antes de marchar á Rusia en clase de enviado de los Estados-Unidos. El **1816.** objeto era inducir al rey de Nápoles á que satisficase una indemnizacion por las pérdidas sufridas por nuestros comerciantes á consecuencia de haberseles confiscado sus bienes durante el reinado de Murat; pero el soberano que entonces ocupaba el trono, alegó que no se creia responsable de los actos de su antecesor, y por lo tanto Mr. Pinckney salió de aquella capital sin obtener nada. No fué mas afortunado Mr. Eustis en el Haya, pues allí tambien se creyó oportuno seguir el ejemplo de Nápoles, y el Gobierno contestó que nada tenia que ver con los actos de la dinastía napoleónica. En Dinamarca sucedió lo mismo.

Respecto á las reclamaciones contra el Gobierno español, baste decir que solo dieron lugar á enojosas negociaciones, y aun cuando en el mes de enero de 1818, se ofreció aceptar la Florida como compensacion,

tampoco se obtuvo un resultado favorable. El embajador español rehusó entablar negociaciones hasta que se devolviera aquella

1818. parte de la Florida de que ya habían tomado posesion los Estados- Unidos, y tambien se quejó, no sin razon en cierto modo, de las infracciones contra las leyes de neutralidad, toleradas por el Gobierno americano, y de la persecucion que sufría el comercio español por parte de algunos ciudadanos de los Estados- Unidos. Aunque no se pudo obtener indemnizacion alguna de aquella potencia, en vista de la representacion de su embajador, creyó oportuno el Presidente solicitar la aprobacion de un *bill*

contra los cruceros. Poco despues, segun ya hemos dicho, y en virtud del tratado con España, celebrado en febrero de 1819, se cedió la Florida á los Estados- Unidos, estipulándose el pago de cinco millones de duros para indemnizar al comercio americano.

Sentimos decir que Francia se mostró tan poco dispuesta como las demás potencias europeas antes citadas, á conceder una indemnizacion por las depredaciones cometidas contra nuestros compatriotas. Nada se obtuvo por entonces, y esto fué un motivo de queja y disgusto por muchos años. Mas adelante hablaremos de nuevo sobre este asunto.

CAPÍTULO III.

1819—1822.

ACONTECIMIENTOS DURANTE 1819—1822.

El Presidente visita los Estados del Sur.— La cuestion de esclavos.— Se reúne el Congreso.— El mensaje del Presidente.— La cuestion del Missouri.— Debates y personas notables que tomaron parte en ellos.— Resultado de la cuestion.— Procedimientos del Congreso.— Ley de quiebras, pensiones y venta de tierras públicas etc.— El comodoro Decatur es muerto en un duelo.— El cuarto censo.— Periodo critico.— El Congreso se reúne en noviembre de 1820.— Extracto del mensaje del Presidente.— La cuestion del Missouri.— Se renuevan los debates.— Esfuerzos de Clay.— Resultado de la eleccion presidencial.— Estado critico de la hacienda.— El tratado de la Florida.— Segunda administracion de Monroe.— Jackson es nombrado gobernador de la Florida.— Sus actos.— Proclama del Presidente respecto á la admision de Missouri.— El décimo séptimo Congreso.— El mensaje del Presidente.— Investigacion acerca de la conducta de Jackson.— Se rehusa el auxilio á las fábricas del pais.— El Congreso aplaza sus sesiones hasta el 8 de mayo.

Durante el verano de 1819, Mr. Monroe, persistiendo siempre en llevar á cabo su plan de examinar con la mayor detencion todo el pais, hizo un corto viaje á los Estados del Sur. Salió, pues, de Charleston, dirigióse á Savannah, Augusta y otros puntos, y atravesando luego al territorio de los Cherokees, pasó por Nashville, Louisville, Lexington y Kentucky, y volvió á Washington á principios de agosto.

La cuestion de la esclavitud, como era de esperar en vista de lo ocurrido en el último Congreso, empezó á tener mas importancia de lo que se creia, y tanto en el Norte como en el Sur, iban sobreescitándose los ánimos sobre este asunto. Los diversos intereses, así como los principios, las preocupaciones y el espíritu de partido, los recelos, el patriotismo y el amor á la Union, agitaban las pasiones de ciertos hombres, y una vez reunido el

Congreso, era evidente que se suscitarian discusiones graves y de un carácter violento. Con semejante estado de cosas, el pais esperaba inquieto y con cierta ansiedad á que empezara la legislatura.

La primera sesion del décimo sexto Congreso se celebró el 6 de diciembre de 1819: Mr. Clay fué reelegido sin oposicion Presidente de la Cámara, y al dia siguiente remitió Mr. Monroe su mensaje anual, en el que se daba cuenta en primer lugar del estado de nuestras relaciones con España y de la política adoptada por el Gobierno. El Presidente anunciaba además que el convenio comercial con la Gran Bretaña no era nada ventajoso, y que convendria adoptar alguna disposicion para prohibir el comercio con las colonias británicas. El Presidente decia al hablar de la hacienda, que escaseaban los recursos pecuniarios, y que era urgente adoptar algu-

nas medidas, conformes con la Constitucion, para aliviar las necesidades mas apremiantes; indicando que seria muy ventajoso proteger las fábricas del pais, y favorecer en lo posible los demás intereses de la nacion, con tanto mas motivo cuanto que se notaba que disminuian los ingresos del Tesoro á causa sin duda de la paralización del comercio. Segun lo espuesto en el mensaje, las rentas del año siguiente no producirian mas que veintitres millones de duros, y aun cuando se esperaba un aumento, era preciso no olvidar que debian pagarse las pensiones concedidas á los veteranos de la revolucion. Despues de hablar de las fortificaciones de las costas, del aumento de la armada, de la supresion del tráfico de esclavos, etc., el Presidente terminaba su mensaje con estas palabras: «Hechas mis observaciones sobre estos importantes asuntos, siento tener que

1819. anunciaros la pérdida que hemos sufrido por la muerte del comodoro Perry, que tantas pruebas de su valerosa intrepidez nos dió en la última guerra. Su muerte será considerada en todo el pais como una desgracia personal.»

La *cuestion del Missouri*, como era de esperar, fué el gran tema de la legislatura, y ya desde las primeras sesiones se comenzó á discutir este asunto que produjo la mayor escitacion, tanto dentro como fuera del Congreso. Los talentos mas notables, los mas elocuentes oradores del Congreso nacional, tomaron parte en aquellos importantísimos debates, cuyo objeto era resolver si la esclavitud seria tolerada con ciertas restricciones, impidiendo que se generalizara mas, ó si se permitiria que se extendiese sin oposicion alguna.

El estado de cosas en aquella época contribuia á la exasperacion de los ánimos: el Sur, envidiando el rápido progreso de los

Estados libres, venia insistiendo desde mucho tiempo antes para que el Congreso admitiera en la Union á los Estados esclavos, del mismo modo que admitia á los libres, y como ya se habia hecho esto con Alabama, que era de la clase de los primeros, sosteníase que tambien Missouri debia formar parte de la Union como Estado libre. En aquella fecha solo se contaban diez Estados esclavos, mientras que los libres ascendian á doce, y como ya habia otro de esta última clase que solicitaba la admision, los miembros del Sur comprendieron que si no se apoyaba á Missouri iba á extinguirse completamente la esclavitud por la accion del Congreso. Además de lo dicho, debe advertirse que como al año siguiente iba á formarse el nuevo censo, se haria una nueva distribucion de representantes, y habiendo ya ciento cinco miembros de los Estados libres y solo ochenta y ocho de los esclavos, si no se apoyaba á Missouri, los que se mostraban opuestos á la esclavitud, contando una mayoría absoluta en ambas Cámaras del Congreso, harian lo que tuvieran por conveniente, ya le pareciese bien ó mal al Sur. Como si esto no fuera bastante, y para embrollar mas

1819. la situacion, acercábase el dia de las elecciones, y si no se admitia á Missouri, habria votos perdidos ó ganados para algunos candidatos.

Seria imposible, no contando sino con un reducido espacio en nuestro libro, reproducir todos los argumentos que adujeron por una y otra parte los mas elocuentes oradores del Congreso al discutirse aquella enojosa cuestion: lo mas que podemos hacer es dar un breve extracto, aconsejando al lector examine los debates del Congreso y lea los discursos de hombres tales como Rufo King, Enrique Clay, Juan Randolph, Guillermo Pinckney, Juan Sergeant y otros. Mr. Ben-

ton, en su *Revista de los Treinta Años*, consagra un capítulo á este asunto, que merece la atención del lector.

Los hombres del Sur alegaron que el Congreso no estaba autorizado para introducir restricciones; que la Constitución, reconociendo la esclavitud como una cosa existente, la protegía; que los esclavos en su clase podían considerarse más felices que la hambrienta y miserable población de Irlanda; que aun admitiendo que la esclavitud fuese un mal, su abolición en el Sur sería una calamidad mayor; que el admitir á Missouri como Estado de la Unión no aumentaría el número de esclavos; y por último, que el pueblo de Missouri gozaba del derecho de tener esclavos, según la cláusula del tratado por el cual se cedió la Louisiana á los Estados-Unidos. Estos y otros argumentos, desarrollados con notable elocuencia, dieron á conocer que del resultado de esta cuestión iba á depender en gran manera en lo sucesivo la fuerza política de las diversas partes de la Unión.

Los que combatían la esclavitud refutaron los argumentos de los hombres del Sur con el mayor celo y energía, alegando entre otras cosas que por las tendencias del pueblo de los Estados-Unidos, era evidente que se miraba con disgusto la esclavitud; que ésta se oponía enteramente al genio de las instituciones libres; que no podía considerarse sino como un mal de que era preciso deshacerse tan pronto como fuese posible; que si bien la Constitución había reconocido la esclavitud, esto no se refería sino á los trece Estados primitivos, respecto á los cuales no debía establecerse ya diferencia; y finalmente, que proponerse extender la esclavitud sobre un territorio más vasto que el de los Estados-Unidos, y entre millones de habitantes, era cosa que no podía menos

de sublevar á los hombres verdaderamente libres. Los diputados del Norte y Occidente sostuvieron también que el Congreso tenía derecho de legislar en el asunto relativo á la admisión de nuevos Estados, así como también el de imponer las restricciones que creyese convenientes en aquellos que se formaran fuera del vasto territorio, que constituyendo el dominio público, se hallaban sometidos á la legislatura nacional. Díjose así mismo que el Congreso no solo estaba autorizado, sino que tenía el deber, por consideraciones á la justicia y á la libertad, de oponerse al progreso de la esclavitud, y aun hubo algunos que aseguraron que si continuaba el tráfico de esclavos, á despecho de las leyes humanas, se daría un paso más para que al fin se disolviera la Unión.

Ya podrá el lector figurarse cuán acalorados y violentos serían aquellos debates, pero no es fácil se forme una idea exacta solo con la lectura de nuestro extracto, de la escitación, del enojo y de la cólera que dominaba á unos y á otros mientras se estuvo debatiendo este asunto, que de tal modo llamaba la atención del Congreso. En el Senado, así como en la Cámara, no se discutía otra cosa, y los debates se complicaron al presentarse el *bill* para la admisión de Maine, cuando aun no se había resuelto la cuestión. Mister Guillermo Pinkney, de Maryland, fué uno de los más elocuentes defensores de su partido y Mr. Rufo King, de Nueva-York, abogó por los hombres del Norte, apoyando los principios de todos los que como él, deseaban fijar un límite al progreso de la esclavitud (*).

Como se habían prolongado los debates

(*) Los discursos de Mr. King y Mr. Pinkney sobre la cuestión de Missouri, se encuentran en la *Elocuencia Americana*, por Monroe, vol. II, págs. 44-51 y 114-29.

desde el principio de la legislatura hasta los primeros días de marzo, comenzó á dudar que fuera posible procurar una existencia independiente á Maine ó Missouri, en el tiempo hábil para que tomaran parte en la próxima eleccion. Maine se quejó, y con justo motivo, de que se retardara su admision por causa de otro Estado, con el cual nada tenia que ver, y á pesar de la enérgica representacion que se hizo al Congreso en su favor, no dió resultado alguno porque los hombres que se oponian á las restricciones, creian favorecer su causa, insistiendo en que se resolviese á la vez la cuestion de Maine y Missouri.

Enrique Clay, como es de suponer, se interesó mucho en aquel importante asunto, y mientras abogaba porque se admitiera á Missouri, declarando que en cuanto á la esclavitud doméstica, solo debia resolver dicho Estado, aseguraba por otra parte que si él fuera ciudadano de Missouri, no habria consentido nunca una Constitucion que no ordenara la estincion de la esclavitud. Clay predicaba la conciliacion creyendo que la seguridad de los Estados-Unidos exigia mútuas concesiones, y como dice muy bien Mr. Colton en su panegírico al hablar del distinguido orador: «El era el hombre que mas se interesaba en defender el honor nacional. Siempre tranquilo, pero no indiferente, levantóse mas de una vez para conjurar la tormenta y calmar los ánimos de los que se dejaban arrastrar por la violencia de los debates; era el mediador entre los dos partidos. En cierta ocasion estuvo hablando Mr. Clay cuatro horas y media durante las cuales asombró á todos con su poderosa elocuencia y sus persuasivos argumentos.»

Cansados ya de la lucha, é inquietos al ver el giro que iba tomando la discusion, unieronse varios diputados á Mr. Clay á fin

de proponer un arreglo que pusiera término á los debates, pues el Senado y la Cámara no convenian en ciertos puntos de la mayor importancia, insistiendo en sus diversas enmiendas y modificaciones. Formóse, 1820. pues, un Comité, el cual propuso que el Senado desistiera de sus enmiendas y que se suprimiese en el *bill* para la admision de Missouri, la cláusula que prohibia el aumento de esclavitud en aquel Estado, sustituyéndola con otra en que se previniera que en todo el territorio norte de Louisiana quedaria prohibida la esclavitud para siempre. Mister Jesse B. Thomas, de Illinois, fué el autor de esta proposicion, que puesta á votacion en el Senado, se aprobó en la primera parte por noventa votos contra ochenta y siete, y en la segunda por ciento treinta y cuatro contra cuarenta y dos (*).

El gabinete deliberó luego detenidamente sobre el arreglo acordado, y como por él quedaba prohibida la esclavitud para siempre en la línea norte de Louisiana, el Presidente y sus consejeros opinaron que la medida era constitucional; pero, segun nos dice el *Diario de Mr. Adams*, discutióse luego si la prohibicion deberia hacerse estensiva solo á los territorios, ó á los Estados que se formasen de ellos al cabo de cierto número de años. Sobre este punto hubo diversos pareceres, mas se consideró como un mal augurio el que se dejara una puerta abierta para resucitar las disensiones y promover otra discusion.

El 6 de marzo de 1820, se declaró ley el *bill* para la admision de Missouri; el de Maine se habia firmado tres días antes. Los escritores del Norte aseguran que la victoria en aquella lucha parlamentaria se declaró real-

(*) Véase la *Vida de Juan Randolph*, por Garland, vol. II, págs. 128-133, donde se censura la conducta de Mr. Clay respecto de la cuestion de Missouri.

mente en favor de los que apoyaban la esclavitud, y que sus contrarios convinieron en el arreglo de la cuestion con mucha repugnancia y no muy buena voluntad. El senador Benton (*), por otra parte, afirma que la ventaja estuvo de parte de los que combatian la esclavitud; que con la medida adoptada, se establecia una línea divisoria entre la poblacion libre y la esclava, mucho mas ventajosa que la fijada en la Ordenanza de 1787; que se abolia la esclavitud sobre una inmensa estension de territorio donde legítimamente podia existir, dejándola solo en la Florida y el territorio de Arkansas; y que era, en fin, una gran concesion para los Estados que se oponian á la esclavitud.

A pesar del mucho tiempo invertido en esta discusion, no dejó el Congreso de atender á otros asuntos de reconocida importancia. Las tarifas de 1816 no habian producido los beneficiosos resultados que esperaban todos aquellos que protegian la industria manufacturera; y como esto se debia en parte á que muchos, deseando llevar á cabo grandes operaciones sin ningun capital, se habian visto perdidos al ocurrir la primera crisis financiera por no contar sino con el crédito, el Presidente adoptó las mas oportunas disposiciones para favorecer la legislacion en este punto. Formáronse distintos Comités para estudiar la cuestion comercial y de la industria; el Presidente de la Cámara habló con mucho calor al proponer que se adoptara el *Sistema Americano*, y Mr. Baldwin, presidente del Comité de fábricas, presentó tres proposiciones, cuyo objeto era fomentar el progreso de la fabricacion del pais, revisar las tarifas, mejorándolas en lo posible, y abolir el crédito para los derechos sobre géneros de importacion. Merced á la influencia

de Mr. Clay, aprobáronse en la Cámara, por considerables mayorías, la primera y última de estas proposiciones, y la segunda fué desechada; pero como el Senado no tomó en consideracion el *bill* referente á las tarifas, por indicacion de Mr. Baldwin, se aplazó este asunto para la próxima legislatura.

Poco despues se presentaron numerosas solicitudes pidiendo que se hiciese una ley uniforme de quiebras. Los diputados del Norte y del Este apoyaron la peticion, con tanto mas motivo cuanto que sus constituyentes eran los que mas se habian perjudicado en la última crisis financiera del pais; pero como los miembros del Sur y del Occidente se negaron á votar semejante ley, no se llevó á cabo la medida.

Hácia mediados de febrero, Mr. Crawford, Secretario del Tesoro, presentó un informe acerca de la circulacion de valores, muy bien redactado y con observaciones muy oportunas en la situacion por que entonces atravesaba el pais. Como era muy considerable el número de personas á quienes se débían conceder pensiones, se propuso introducir una modificación en el sistema adoptado, encargándose al Secretario del Tesoro que averiguase hasta qué punto podria el Gobierno cumplir con este compromiso. A propuesta de Mr. Clay se asignó un presupuesto adicional, á fin de que el Presidente pudiera enviar delegados á los Gobiernos nuevamente establecidos en la América del Sur; se votó asimismo una cantidad para abrir el camino de Cumberland, y además aprobóse un *bill* por el cual se variaba el sistema adoptado para la venta de terrenos públicos, que hasta entonces habia dado lugar á especulaciones perjudiciales, tanto para los compradores como para la renta. Prevínose entre otras cosas que en lo sucesivo se fijara el precio de duros ciento veinte y cinco por

(*) *Revista de los Treinta Años*, por Benton, vol. I, pág. 5.

acre. Por una ley especial no solo se dispuso perseguir la piratería, sino tambien el tráfico extranjero de esclavos; hiciéronse los preparativos necesarios para formar el censo que debia ser mas completo que ninguno de los publicados hasta entonces y útil sobre todo para el reparto de contribucion; y llegado el término de la legislatura, cerróse el Congreso el 15 de mayo hasta el mes de noviembre siguiente.

Antes de esto reunióse un Comité á fin de elegir los candidatos para Presidente y Vicepresidente, mas habiéndose sabido que Monroe y Tompkins obtendrian la mayoría de los votos, designóseles desde luego para la reeleccion.

Al llegar aquí parécenos oportuno dar cuenta de la dolorosa muerte del comodoro Decatur, acaecida en un duelo, y con este motivo no podemos menos de repetir una vez mas, cuanta pena nos causa, tanto á nosotros como á todas las personas dignas y de sentimientos elevados, el que no se destierre esa detestable costumbre de batirse en duelo, que solo merece la reprobacion de la sociedad y que nosotros combatiremos siempre con todas nuestras fuerzas. En la *Vida de Decatur*, por Mackenzie; se refieren detalladamente los pormenores del hecho y de las causas que indujeron á Barron á enviar á Decatur un cartel de desafio; nosotros nos limitaremos á decir que el encuentro tuvo lugar en 22 de marzo en Bladensburg y que *el comodoro quedó muerto en el sitio*. El Congreso suspondió su sesion para honrar el funeral, y el Presidente, acompañado de todos los jefes de los departamentos, los ministros extranjeros, los miembros de la legislatura y un gran concurso de los principales ciudadanos, acompañó hasta el cementerio los restos mortales del intrépido marino, en prueba del sentimiento que á todos causaba

tan sensible é irreparable pérdida. Estraño parece por demás que no se tomase acta de aquel hecho tan escandaloso; aunque se habia infringido la ley abiertamente sin el menor escrúpulo, no se dió ningun paso para arrestar al culpable; no se hizo nada para vindicar el honor y la dignidad de las leyes del pais, y como si esta manera de ventilar las disputas fuese conveniente y natural, el Presidente y los demás hombres encargados de hacer respetar la justicia del pais, no dieron ningun paso para aplicar el debido correctivo al culpable. Doloroso es pensar que uno de los hombres mas bravos y caballerosos de nuestra marina, bajara á la tumba echando un borron sobre la última página de su brillante historia, y dando lugar á que el mundo pudiera decir: *ha muerto en desafio*.

Durante aquel verano se formó el cuarto censo de los Estados-Unidos, que dada á conocer cuál era la poblacion en 1.º de agosto de 1820. El número de blancos ascendia á cuatro millones mil sesenta y cuatro varones y tres millones ochocientos setenta y un mil seiscientos cuarenta y siete hembras, total siete millones ochocientos setenta y dos mil setecientos once; en la poblacion de color, contábanse ciento doce mil setecientos ochenta y tres varones y ciento veinte mil setecientos ochenta y tres hembras, total doscientos treinta y tres mil quinientos sesenta y seis; el número de esclavos era de setecientos noventa mil nuevecientos sesenta y cinco varones y setecientos cincuenta y dos mil setecientos veintitres hembras, total un millon quinientos cuarenta y tres mil seiscientos ochenta y ocho, resultando por consiguiente para toda la poblacion nueve millones seiscientos cuarenta y nueve mil nuevecientos sesenta y cinco.

Segun este censo aparecia tambien que se contaban en los Estados-Unidos cincuenta y



Comodoro Decatur.



tres mil seiscientos ochenta y siete extranjeros sin naturalizar; el número de personas dedicadas al comercio, era de setenta y dos mil cuatrocientas noventa y tres, el de las empleadas en la fabricacion, trescientas cuarenta y nueve mil quinientas seis, y en la agricultura dos millones setenta mil seiscientas cuarenta y seis. La segunda cifra basta para comprender cuán eficaces eran las medidas adoptadas para fomentar la fabricacion y proteger los intereses de los que se dedicaban á ella (*).

La descripcion que hace el senador Benton de la triste situacion del pais en los años 1819 y 1820, es digna de citarse aquí, si bien nos parece algo exagerada. Espresábase en estos términos: «Ya se habian agotado todos los recursos del pais; no quedaba oro ni plata ni cosa alguna que lo valiera, pues los bancos locales, escepto los de Nueva-Inglaterra, volvieron á suspender sus pagos, y por lo que hace al banco de los Estados-Unidos, instituido para hacer frente á la crisis y remediar los apuros del pais, nada podia hacer sino ir pagando poco á poco á sus acreedores, vendiendo cuanto tenia, á fin de prolongar su precaria existencia. Ya no se hacian compras ni ventas; la industria estaba paralizada; no se encontraba trabajo en ninguna parte; habia cesado el movimiento en las fábricas; todo se volvía leyes y mas leyes, y no se veian sino acreedores y deudores. Tal era el cuadro que presentaba en aquella época la mayor parte de la Union, es decir, todo el Sur y el Oeste de Nueva-Inglaterra. Lo único que circulaba en abundancia era un papel sin valor, endosado por algun comerciante, ó industrial, y que era sumamente

difícil cambiar porque á veces se exigia hasta un cincuenta por ciento. Todo el pueblo gritaba MISERIA; todos pedian SOCORRO.»

Pocos paises, como ha dicho muy bien un escritor moderno, podian haber atravesado por semejante crisis, y muchos menos aun hubieran creído, que precisamente en el período en que la mayor parte de las clases se hallaban en tan apurada situacion, los hombres que hasta entonces habian sido adversarios políticos, olvidando sus disensiones, y dejando á un lado el espíritu de partido, se unirían entre sí: para sostener la *politica Washington-Monroe*. Este es uno de los rasgos mas salientes de la historia de la administracion del quinto Presidente de los Estados-Unidos.

El 13 de noviembre se reunió el Congreso y comenzaron las tareas de la legislatura. Enrique Clay, que habia tenido que ausentarse para atender á sus asuntos particulares, dirigió una carta á la Cámara, rogando que se le aceptase la dimision del cargo de Presidente, y esto dió lugar á un debate, cuando se trató de reemplazar al elocuente orador. Presentábanse desde luego tres candidatos: Smith, de Maryland, Lowndes, de la Carolina del Sur, y Taylor, de Nueva-York; tambien se indicó á Sergeant, de Pennsylvania, pero los que le favorecian eran en tan corto número, que no podia tener esperanzas de ser elegido. La votacion duró tres dias: cinco veces consecutivas obtuvo Taylor una mayoría, aunque no suficiente, para conseguir la victoria, y lo mismo sucedió poco mas ó menos á Lowndes y Smith, hasta que al fin, los diputados del Norte unieron sus votos, y habiendo dado la preferencia al candidato de Nueva-York, fué elegido Mr. Lowndes solo por un voto.

Al dia siguiente se leyó en las dos Cámaras el mensaje de Mr. Monroe, interesante

(*) Véase la obra de Mr. Tucker titulada: *Progreso de los Estados-Unidos; aumento de poblacion y riqueza en el pais, en el espacio de cincuenta años, segun los datos tomados del censo*, págs. 29-35. Se encontrarán interesantes detalles sobre el particular.

documento en el que no se hacia una descripcion tan desconsoladora como la del senador

Benton, que ya hemos copiado antes.

1820. Despues de manifestar el Presidente que la situacion del pais en general era halagüeña, por mas que no hubiera terminado la crisis que se venia atravesando en algunos puntos, hablaba del estado de nuestras relaciones con los Gobiernos estranjeros y de los intereses de la Union, y decia, que si bien dependian las rentas de los recursos del pais, la facilidad con que hasta entonces se iban reuniendo las cantidades necesarias para cubrir los gastos, probaba que aquellos eran numerosos. Comparando luego la deuda de los Estados-Unidos en 30 de setiembre de 1815 con la del mismo mes en 1820, manifestaba que en el primero de dichos años ascendia á ciento cincuenta y ocho millones setecientos trece mil cuarenta y nueve duros, y en el segundo á noventa y un millon ciento noventa y tres mil ochocientos ochenta y tres, habiéndose pagado por lo tanto en un período de cinco años sesenta y seis millones ochocientos setenta y nueve mil ciento sesenta y cinco duros, sin que por eso se hubieran dejado de cubrir las demás atenciones del Gobierno. El Presidente añadia que el mero hecho de haberse pagado una parte tan considerable de la deuda pública y el haber llevado á cabo obras tan importantes, bastaba para probar hasta qué punto alcanzaban los recursos nacionales, y que esto era tanto mas satisfactorio, teniendo en cuenta que se habia suprimido la contribucion directa poco despues de terminarse la última guerra.

Los ingresos del Tesoro habian ascendido á diez y seis millones setecientos noventa y cuatro mil ciento siete duros y sesenta y seis céntimos; acababa de negociarse el empréstito de los tres millones de duros al interés del cinco por ciento, y aun debian ingresar en

caja por la venta de terrenos veintitres millones. El mensaje del Presidente terminaba dando cuenta de otros asuntos de interés, tales como la defensa de las costas, la organizacion del ejército, el progreso de la civilizacion entre los indios y los esfuerzos hechos para suprimir el tráfico de esclavos, etc.

El 16 de noviembre se presentó al Congreso una copia de la Constitucion de Missouri, formada poco tiempo antes, y al tomarse en consideracion, promovieron de nuevo los debates en ambas Cámaras. El Senado la pasó á un Comité especial, compuesto de tres diputados, los cuales emitieron luego su dictámen proponiendo que se admitiera á Missouri en la Union; y es probable que no se hubieran opuesto mas dificultades para aprobar la propuesta, si no se hubiese añadido una cláusula, por indicacion de Mr. Benton, prohibiendo que las personas libres de color pudieran residir ni entrar siquiera en dicho Estado. Esta circunstancia dió lugar á que se renovase la discusion con la misma acrimonia y violencia de otras veces; el Comité, sin embargo, fué de parecer que se sancionase la Constitucion á pesar de la cláusula, y el Senado en 11 de diciembre, despues de un animado debate, acordó admitir á Missouri por veintiseis votos contra diez y ocho, prévia la adiccion de una enmienda en el *bill*, por lo cual se prevenia que el Congreso no autorizaba con esto disposicion alguna en la Constitucion de Missouri, que contraviniese á la cláusula de la Constitucion de los Estados-Unidos, en la que se declaraba, *que los ciudadanos de cada Estado tendrán derecho á los privilegios é inmunidades de todos los demás.*

En la Cámara, sin embargo, los debates fueron mas empeñados: al principio se desechó por noventa y tres votos contra setenta

y nueve el *bill* referente á la admision del Missouri; luego se propuso aprobar esta con tal que se suprimiera la cláusula adicionada á su Constitucion, y por último, el 15 de enero de 1821, se pasó el *bill* al Comité, como habia hecho el Senado. Por espacio de algunas semanas no se adoptó ninguna resolucion definitiva, si bien se propusieron varias enmiendas á fin de resolver las diferencias, armonizando en lo posible las opiniones de los diversos miembros del Congreso.

1822. A principios de febrero, se presentó un acuerdo cuyo objeto era proponer á Missouri que suprimiera la cláusula por ser contraria á la Constitucion de los Estados-Unidos, por cuyo medio se le admitiria á formar parte como Estado; pero esta proposicion fué desechada tambien, y entonces Enrique Clay, que habia regresado ya de su viaje, se levantó para calmar los ánimos, y propuso se nombrara un Comité de trece individuos para que informase sobre la proposicion hecha últimamente.

Ni aun el gran talento de Enrique Clay bastaba apenas para llevar á cabo la árdua tarea que habia emprendido: á pesar del esquisito tacto con que consultó las opiniones de ambos partidos, á pesar de sus elocuentes y persuasivos discursos, que con frecuencia arrancaban lágrimas á los oyentes, y no obstante el tono profético con que recomendaba á los legisladores considerasen lo que debian á su pais, la proposicion fué desechada por dos votos. El 22 de febrero se nombró otro Comité, que debia unirse á uno del Senado, y en 26 del mismo mes, emitió aquel su dictámen, proponiendo que se admitiera á Missouri con la condicion de que la cuarta cláusula (la referente á los negros) no sirviera de precedente para autorizar la aprobacion de ninguna ley, por la que cualquier ciudadano de los Estados pudiera con-

siderarse como escludido del goce de los privilegios que le concedia la Constitucion, á no darse el caso de que la legislatura lo consintiese por acto público y solemne, transmitiendo una orden al Presidente, segun lo prevenido en la enmienda del Comité. Esta proposicion fué aprobada al fin por ochenta y siete votos contra ochenta y uno en la Cámara, y por veintiocho contra catorce en el Senado, y habiéndose convenido tambien Missouri, entró á formar parte de los Estados-Unidos de América.

El dia 14 de febrero, se reunieron las dos Cámaras á fin de contar los votos para Presidente y Vice-presidente, pero como aun no se habia zanjado la cuestion referente á Missouri, hubo encontradas opiniones sobre si se aceptarían y contarían ó nó los votos de aquel Estado. Suscitóse con este motivo un empeñado debate, pero despues de una corta deliberacion del Senado, se resolvió, por último, proceder al recuento sin incluir los de Missouri. Jacobo Monroe obtuvo para la Presidencia todos los votos electorales, (escepto uno de Massachusetts, que recayó en favor de Juan Quincy Adams) cuyo total era de doscientos treinta y uno. Daniel D. Tompkins alcanzó para la Vice-presidencia doscientos diez y ocho votos, es decir, los de todos los Estados, escepto New-Hampshire, Massachusetts, Delaware y Maryland. El primero de estos dió un voto á Rush, el segundo ocho á Stockton, Delaware cuatro á Rodney, y el último uno á Harper.

La situacion apurada del pais, fué naturalmente uno de los asuntos que mas ocuparon la atencion del Congreso; el Tesoro no podia cubrir sus atenciones, y el último empréstito no hubiera bastado al Secretario para efectuar los principales pagos hasta fin de año, á no haberse convenido á esperar los primeros acreedores. En su consecuencia se

propuso desde luego negociar un nuevo empréstito, y por indicacion de Mr. Crawford, se autorizó uno de cinco millones de duros, mas ya se comprenderá que esto no bastaba. Tratóse de rebajar los sueldos de los funcionarios de los departamentos ejecutivo y legislativo, pero semejante sacrificio era mayor del que podia esperarse de los miembros del Congreso, y así pues, rechazáronse todas las proposiciones en este sentido. El ejército, sin embargo, podia reducirse, pero la posibilidad de una nueva guerra con la Gran Bretaña, inquietaba á muchos, y además de esto, la gloria militar conquistada en Nueva-Orleans fascinaba al pueblo, sin contar que los oficiales, por otro lado, se resistirian á licenciar una parte del ejército. Sin embargo, la falta de recursos exigia que se prescindiese de ciertas consideraciones, y por lo tanto se redujeron á seis mil hombres los diez mil que segun lo acordado debia haber en tiempo de paz; varios oficiales presentaron su dimision, y para completar las economías, suprimióse la mitad de la cantidad consignada para la marina, reduciéndose asimismo las sumas que se destinaban á la construccion y armamento de las fortificaciones.

A propuesta de Mr. Clay se adicionó el presupuesto á fin de enviar un ministro á uno de los nuevos Estados de la América del Sur, lo cual indicaba claramente que tanto el Congreso como el pueblo, estaban dispuestos á reconocer la independenciam de aquellos Estados. Tambien se dieron los pasos necesarios para llevar á efecto el tratado por el cual se agregaba la Florida á las posesiones de los Estados-Unidos, y al efecto se organizó una junta de tres comisionados y se consignaron cien mil duros á fin de satisfacer las reclamaciones á que el tratado hubiese dado lugar. A invitacion del Presidente, se

adoptaron luego disposiciones para poner en libertad á los deudores por compra de terrenos públicos, y aunque de este modo se sacrificaban veintitres millones de duros que se debian al Gobierno, regularizóse el sistema de ventas para lo sucesivo, en favor de compradores y vendedores. En el Senado se presentó una proposicion pidiendo que se declarase inconstitucional la ley de sediciones de 1798, y se devolviera el importe de las multas satisfechas en aquella época, pero fué desechada por la mayoría, con lo cual se robustecia la autoridad de los tribunales federalistas. Otras proposiciones cuyo objeto era establecer un sistema de educacion nacional, y prohibir que los bancos que emitiesen billetes de menos de cinco duros, satisficiesen en letras los pedidos del Gobierno, fueron tambien desechadas por grandes mayorías.

El dia 3 de marzo terminó su segunda legislatura el décimosesto Congreso, en cuyo dia espiraba tambien el primer plazo de la administracion de Mr. Monroe. La unanimidad de la votacion al ser reelegido, demuestra que el pueblo en general estaba satisfecho de sus esfuerzos por favorecer los intereses de su pais.

Como el 4 de marzo siguiente caia en domingo, la ceremonia de tomar posesion el Presidente tuvo lugar el otro dia en presencia de un numeroso concurso. Mr. Monroe entregó acto continuo su segundo **1821.** mensaje anual, documento muy conciso en el que hacia un resúmen de los principales incidentes de su última administracion, indicando cuáles eran los recursos con que contaba el pais. La defensa de las costas; el aumento de la armada; la neutralidad respecto á los nuevos Estados de la América del Sur; las negociaciones con la Gran Bretaña, Francia y otras potencias europeas;

la traslacion de las tribus indias al territorio del Oeste, y el brillante porvenir de nuestro pais, eran los principales asuntos de que trataba el mensaje de Mr. Monroe, que fué muy bien recibido y mereció la aprobacion de todos.

Uno de los primeros actos del Presidente despues de la inauguracion, fué nombrar al general Jackson, gobernador del territorio recientemente adquirido en la Florida, revistiéndole de todos los poderes conferidos hasta entonces al capitán general é intendente de Cuba. A Elejius Fromentin, se le designó para el cargo de jefe de justicia del territorio. Hácia mediados de junio llegó á la Florida el general Jackson, y con las debidas formalidades tomó posesion en nombre de los Estados-Unidos.

El nuevo gobernador espidió acto contínuo sus proclamas y trató de organizar el Gobierno que se le habia encomendado, pero bien pronto observó que las autoridades españolas se mostraban poco dispuestas á salir del territorio y que se habian propuesto oponer dificultades por todos los medios posibles. Habiendo sabido, dice Monette, que se trataba de poner en juego las intrigas á que apelaron las autoridades españolas cuando tuvo lugar la rendicion del distrito de los Natchez, en 1798, el general americano resolvió adoptar eficaces medidas para atajar

el mal de una vez. Jackson supo bien pronto que el gobernador Calleva iba á remitir á la Habana ciertos documentos referentes á títulos de tierras, contraviniendo así al segundo artículo del tratado de cesion, y acto contínuo exigió que se le entregasen aquellos por ser propiedad de los Estados-Unidos. Como quiera que el exgobernador rehusase acceder á esta exigencia, Jackson espidió contra él una orden de arresto, y registrada su habitacion, encon-

tráronse los documentos, que estaban ya empaquetados para remitirlos. Entonces se puso en libertad á Calleva, y aunque éste habia apelado al juez Fromentin invocando el privilegio del *Habeas corpus*, Jackson no hizo ningun aprecio, y exigió al magistrado que se presentara para dar cuenta de su conducta en aquel asunto. Fromentin pretestó una indisposicion por no comparecer, y despues de enojosos altercados entre el gobernador y el juez, dióse por terminada la cuestion, y Jackson, Fromentin y Calleva publicaron varios comunicados, haciendo cada cual sus aclaraciones.

La conducta del general Jackson habia herido el amor propio de los españoles, y seis ó siete oficiales hicieron insertar en el diario de Pensacola un escrito censurando los actos del gobernador contra Calleva; pero considerando Jackson que aquello era un ataque contra su autoridad, espidió inmediatamente una orden disponiendo que los oficiales abandonaran el pais, bajo la pena de ser arrestados si se resistian. En su consecuencia, doce de aquellos salieron inmediatamente para la Habana, sin que se les hubiera dejado apenas tiempo para arreglar sus asuntos y hacer los preparativos de marcha.

Con el gobernador de la Florida del Este, ocurrió una cuestion semejante, respecto á los archivos de aquella provincia, pero el coronel Worthington la arregló del mismo modo en el mes de octubre. Recogieronse los documentos, y los españoles no tuvieron mas remedio que someterse á la ley. Diremos aquí de paso que el general Jackson desempeñó su cargo hasta el año siguiente, pues como la poblacion americana habia aumentado de una manera notable, la Florida se organizó en territorio, con el primer grado de Gobierno (*).

(*) Tres años despues, en 1825, se le concedió el segun-

En 18 de agosto, y con arreglo á lo dispuesto á Missouri, el Presidente espidió una proclama anunciando que dicho Estado quedaba admitido en la Union. Creíase en general que con esto quedaba terminada de una vez la enojosa controversia á que habia dado lugar el asunto relativo á la esclavitud, pero no faltaban hombres perspicaces que lo ponian en duda: los acontecimientos que luego han tenido lugar, demuestran que aun no está zanjada la cuestion y no falta quien opine que no terminará nunca satisfactoriamente.

El 3 de diciembre celebró su primera sesion el décimo séptimo Congreso: en el Senado se presentaron por primera vez Samuel L. Southard, de Nueva-Jersey, Martin Van Buren, de Nueva-York, Tomás H. Benton, de Missouri, y César A. Rodney, de Delaware; y en la Cámara, contábanse entre los mas distinguidos miembros del partido republicano, Taylor, Sergeant, Randolph, Barbour, Cambreling, Walworth y Lowndes. Enrique Clay no formaba parte de aquel Congreso, y Barbour fué elegido en su lugar por una escasa mayoría.

Al dia siguiente, remitió Mr. Monroe su quinto mensaje anual, en el que se trataban todas las cuestiones en que con preferencia debia fijar su atencion el Congreso. Decia además que el estado de los negocios públicos, tanto interior como esteriormente, era muy lisonjero, y que respecto á la deuda, habia un sobrante, gracias al empréstito de los cinco millones de duros, reconociendo, sin embargo, que seria preciso aumentar la renta, recargando un poco los derechos sobre ciertos artículos ().*

do grado. Las colonias de blancos se hallaban en su mayor parte cerca de Pensacola, San Marcos, Tallahassee, (elegido para la residencia del Gobierno) y San Agustin; pero la mayor parte del pais estaba aun ocupada por las tribus indias.

(*) Entre los hombres notables que murieron en aquella

Al principiarse la legislatura, se dictó un acuerdo para que el Presidente informase sobre la conducta del general Jackson en la Florida, y sus diferencias con el juez Fromentin, y en cumplimiento de lo dispuesto, Mr. Monroe contestó remitiendo los documentos á fines de enero de 1822; pero despues de un prolongado debate, la Cámara declaró que no tenia por conveniente haber investigacion alguna sobre la conducta de Jackson, ni menos censurar su actos. En el mes de febrero se procedió á fijar el número de representantes con arreglo al último censo, y despues de repetidas deliberaciones se acordó que hubiera un miembro por cada cuarenta mil almas, con lo cual se aumentaba el número de representantes hasta **1822.** doscientos trece. Tambien se propuso de nuevo hacer una ley de quiebras, mas habiéndose opuesto los diputados del Sur y del occidente, se desechó el *bill* por noventa y nueve votos contra setenta y dos. La cuestion de tarifas promovió así mismo acalorados debates, y el Comité respectivo presentó un informe demostrando la ineficacia de prestar proteccion á las fábricas del pais; y últimamente, se propuso recibir suscripciones para un empréstito de veintiseis millones de duros al interés del cinco por ciento, á fin de atender al pago de la deuda pública. Accediendo al deseo general, á principios de marzo el Congreso acordó por unanimidad votar un presupuesto de cien mil duros con el objeto de enviar representantes á la república de la América del Sur. Las dos Cámaras aprobaron luego un *bill* disponiendo se atendiese á la conservacion y reparacion del camino de Cumberland, pero en los primeros

fecha, contábanse Elias Boudinot, á la edad de ochenta y dos años; Guillermo Pinkney, á la de cincuenta y siete; Guillermo Lowndes, á la de cuarenta y dos, y el general Stark, á la de noventa y cuatro.

dias de mayo, y habiéndose negado á sancionarlo, el Presidente lo devolvió al Congreso con un dictámen muy extenso, esponiendo que la Constitucion no conferia derecho á la legislatura nacional para consignar cantidades destinadas á mejoras públicas. Al tomarse de nuevo en consideracion el *bill* con

las observaciones del Presidente, votaron en su favor sesenta y ocho diputados y setenta y dos en contra.

El 8 de mayo se cerró el Congreso para reunirse de nuevo el primer lunes de diciembre siguiente.



CAPÍTULO IV.

1822—1825.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE MONROE.

Nuevas combinaciones políticas.—Candidatos para la Presidencia.—Convenio con Francia.—Relaciones con Inglaterra.—Se reúne el Congreso.—El mensaje del Presidente.—Actos de la legislatura.—El complot A. B.—Las cuentas del Vice-presidente Tompkins.—Especiacion de Decoudray contra Puerto-Rico.—Piratería en los mares de la India Occidental.—Medidas de Porter.—El Congreso décimo octavo.—Mensaje del Presidente.—Las repúblicas de la América del Sur.—La doctrina de Monroe.—Enmiendas á la Constitucion.—Proyectos políticos.—Caminos, canales y ley de quiebras.—Revision de las tarifas.—Debates.—Simpatías con los griegos.—Crawford elegido por el Comité.—El general Lafayette visita á los Estados-Unidos.—Recepcion entusiasta.—Lafayette recorre el pais.—Honores que se le tributaron.—Conducta del Congreso.—La lucha presidencial.—Resultado de la votacion para los candidatos Andrés Jackson, Juan Q. Adams, W. H. Crawford y Enrique Clay.—Segunda legislatura del décimo octavo Congreso.—Estado de cosas al verificarse la eleccion de Presidente.—Clay influye en favor de Adams.—Cargos que se le hicieron.—Adams es elegido Presidente por la Cámara de Representantes.—La reclamacion de Beaumarchais.—Se aplaza el Congreso.—Ojeada retrospectiva sobre la administracion de Monroe.—Elogio de J. Q. Adams.

Durante la legislatura de que hemos dado cuenta, reconocióse que empezaban á formarse nuevas combinaciones entre los diversos partidos de la Union : la cuestion relativa á proteger la industria, y la referente al derecho que tendria el Congreso para introducir mejoras públicas, dividia á los políticos del pais, y el haberse unido la mayor parte de los federalistas con los demócratas podia dar lugar á que se formasen nuevos partidos tan pronto como hubiese una disidencia entre aquellos. Aun cuando faltaba todavía mucho tiempo para las elecciones de Presidente, hallábase ya de los seis candidatos siguientes : Juan Quincy Adams, á quien se consideraba el sucesor de Madison y Monroe; Andrés Jackson, quien por sus opiniones democráticas, y sobre todo por su triunfo en Nueva-Orleans, parecia ser el candidato popular, por mas que en un principio se mirara su nombramiento por el lado ridículo;

Enrique Clay, á quien, como diplomático eminente y notable orador, se le juzgaba digno de ocupar un elevado puesto; y Guillermo H. Crawford, Guillermo Lowndes (éste falleció en el año 1822) y Juan C. Calhoun, que representaban las ideas de ciertos Estados mas bien que las de un partido conocido. Adams, solo por su nombre, y Clay, por razon de su fama, y como adversario del nuevo partido democrático, fueron apoyados por los federalistas ó por los que lo habian sido, y Jackson fué favorecido por todos los demócratas en general. Observóse que Nueva-Inglaterra dispensaba sus simpatías á Mr. Adams, lo cual parecia muy natural; el Sur daba la preferencia á Crawford y Calhoun, y Jackson y Clay alcanzaban la supremacia en los Estados Occidentales. Es de notar que todos los candidatos pertenecian al antiguo partido republicano.

En el mes de junio, se celebró con Francia

un contrato comercial, y como sus condiciones se consideraban favorables, se continuó por dos años. Por un artículo del tratado de Ghent, los comisionados americano y británico, convinieron en que se corriera la línea norte del límite entre los Estados-Unidos y las posesiones inglesas. El sistema de represalias adoptado respecto al comercio de la India Occidental, dió lugar á muchas quejas en las islas británicas, y el Gobierno inglés creyó al fin mas conveniente entablar las relaciones comerciales entre sus colonias en América y los Estados-Unidos. Mr. Monroe espidió en 24 de agosto una proclama sobre este asunto.

El 2 de diciembre se reunió el Congreso, y al otro dia remitió el Presidente su acostumbrado mensaje, en el que se hablaba de los asuntos mas importantes, anunciando que era muy lisonjero el estado de los negocios tanto dentro como fuera del pais.

1822.

El Presidente no recomendaba ninguna medida de momento, sin duda por no creerla necesaria en el actual estado de cosas, y al hablar de la hacienda decia que los ingresos del Tesoro en los tres primeros trimestres del año, habian escedido de catorce millones setecientos cuarenta y cinco mil duros, que los gastos en el mismo período pasaban de doce millones doscientos setenta y nueve mil, quedando en el Tesoro un sobrante de cuatro millones ciento veintiocho mil. El importe total de los derechos en todo el año se calculaba en veintitres millones de duros.

En aquella legislatura no se adoptó ninguna medida de importancia, ni turbó la armonía tampoco ninguna cuestion política. El Gobierno procedió con la serena tranquilidad que caracteriza siempre á todo período en que se disfruta de una paz envidiable, tanto mas cuanto los ánimos no estaban esci-

tados como otras veces por ninguna grave cuestion. No se pudieron aumentar los derechos sobre los géneros de lana, ni tampoco suprimirse el encarcelamiento por deudas, pero se aprobó un *bill* disponiendo la reparacion del camino de Cumberland, y Monroe lo firmó, porque, segun ya dijo, estaba dispuesto á cooperar en cuanto tuviese relacion con las mejoras públicas. Tambien se propuso organizar una colonia cerca del Pacifico, en la embocadura del rio Columbia, proyecto, que si bien aprobó Mr. Floyd, diputado de Virginia, fué desechado por la mayoría de los miembros del Congreso, los cuales no creyeron conveniente ocuparse de una region tan apartada é inaccesible. El Congreso autorizó luego el aumento de las fuerzas de marina para perseguir á los piratas; el Estado de Ohio obtuvo que se le concediesen ciertos terrenos para abrir un camino desde las cataratas de Miami al límite occidental de la reserva de Connecticut, y se aprobó por último un reglamento para las aduanas. Habiéndose hecho varios cargos á Mr. Crawford, Secretario del Tesoro, á quien se acusaba de haber malversado los fondos públicos é infringido las leyes, abrióse una informacion, de la cual resultó probada evidentemente su inocencia, y como la acusacion contra Mr. Crawford provenia de Ninian Edwards, el cual habia firmado sus artículos con las iniciales A. B. en un periódico de Washington, se dió á esto el nombre de *el complot A. B.*

1823.

En aquella legislatura ocurrió un caso bastante estraño respecto á las cuentas del Vice-presidente Tompkins. En cumplimiento de lo prevenido en un *bill* aprobado en la legislatura anterior, habiase dispuesto no abonar su sueldo al Vice-presidente en atencion á que se hallaba en descubierto con el Tesoro por no haber pagado ciertos atrasos.

El hecho es que Tompkins se habia visto apurado por consecuencia de los adelantos que hizo para la defensa de Nueva-York, y las faltas cometidas por algunos de sus agentes, que dejaron de satisfacer ciertos pagos; pero del informe que se abrió en el tribunal de circuito, desprendiase que el Vice-presidente reclamaba al Gobierno cerca de ciento treinta y seis mil ochocientos duros, siendo así que el Comité de la Cámara de Representantes, que entendió en este asunto, demostró que solo se debían á Tompkins treinta y cinco mil ciento noventa duros. Hecho el saldo de sus cuentas, abonáronsele sus pagas y los atrasos inmediatamente, pues segun dijo el Comité habia hecho todo lo que podia y aun mas de lo que era de esperar. La defensa de la ciudad de Nueva-York y el feliz éxito de la campaña de 1814 en la frontera, se debian en parte á los esfuerzos de Tompkins.

El 3 de marzo de 1823 se cerró el Congreso y dió fin á sus tareas aquella legislatura, que fué una de las mas cortas.

En el año 1822 se organizó ilegalmente fuera de Nueva-York una expedicion cuyo objeto era apoderarse de Puerto-Rico, pero como no tuvo buen resultado, olvidóse bien pronto este hecho. El excesivo número de corsarios y piratas que recorrían los mares de la India Occidental llamó por fin la atención del Gobierno que se vió en la precision de adoptar medidas para poner coto á los abusos que se estaban cometiendo. Durante la lucha entre España y sus insubordinadas provincias, y como quiera que no se habia tenido tiempo para ocuparse de los piratas, comenzaron estos á cometer toda clase de atrocidades, de tal modo que el Congreso se vió por último obligado á enviar una parte de su flota á dichos mares á fin de proteger el comercio americano, continuamente perseguidos por aquellos audaces corsarios. En

1823, el comodoro Porter, en otro tiempo comandante del *Essex*, de cuyos triunfos ya tienen conocimiento nuestros lectores, fué nombrado jefe de la escuadrilla, y merced á sus vigorosas medidas, bien pronto ahuyentó á los piratas, si bien á costa de grandes pérdidas porque entonces hacia estragos la fiebre amarilla.

Al cabo de poco tiempo, temeroso Porter de ser á su vez víctima de la epidemia, regresó á su país; pero como no se le habia mandado esto, recibió orden inmediatamente de volver á encargarse del mando. Hízolo así, pero en octubre de 1824, obró con tan imprudente energía al atacar á Fojardo, ciudad de Puerto-Rico, donde se insultó á uno de sus oficiales que habia ido á dicho punto á desempeñar una comision sin estar autorizado para ello, que el Gobierno americano tuvo á bien retirarle el mando; y juzgado por un consejo de guerra, se le suspendió de sueldo y empleo por el término de seis meses. Entonces Porter entró al servicio de Méjico, aun cuando no podía hacerlo buenamente sin permiso de su Gobierno, y nombrado comandante en jefe de la escuadra mejicana, con veinticinco mil duros de sueldo anuales, observó respecto á los Estados-Unidos una conducta muy poco digna (*). El capitán Warrington obtuvo el mando en la India Occidental, donde veló con el mayor celo por los intereses del comercio de América.

El Congreso décimo octavo se reunió el 1.º de diciembre de 1823: la proximidad de las elecciones para el cargo de Presidente, ejerció, como era de esperar, mucha influencia en las de la Cámara de Representantes, pues muchos creian que á consecuencia del gran

(*) Porter permaneció al servicio de Méjico hasta 1829, en cuya época volvió á los Estados-Unidos. Poco despues fué nombrado cónsul general en Argel, y luego ministro en Turquía, y murió en Pera en 28 de marzo de 1843.

número de candidatos de aquella sección de la legislatura, tendría más preponderancia que el poder ejecutivo, y los amigos de los diversos aspirantes comenzaron á trabajar para alcanzar sus fines particulares.

Rufo King, Southard, Van Buren, W. R. King, Macon y otros continuaban aun en el Senado, y entre los nuevos miembros contábase Mr. Hayne, de la Carolina del Sur, y Andrés Jackson, del Tennessee. En la Cámara, Enrique Clay volvía á representar á Kentucky, Daniel Webster á Massachusetts, y tomaron asiento por primera vez en el Congreso, Samuel A. Foot, Juan Forsyth, Guillermo C. Rives y Eduardo Livingston. Según costumbre, la primera lucha parlamentaria tuvo lugar con motivo de la elección de Presidente de la Cámara, y una vez más predominó la influencia de Clay, quien obtuvo una mayoría de cerca de cien votos sobre Felipe P. Barbour.

Al día siguiente Mr. Monroe remitió al Congreso su séptimo mensaje anual, según el que, era lisonjero el estado de la hacienda y se podía contar con un sobrante de nueve millones de duros para fin de año. El Presidente recomendaba la revisión de las tarifas á fin de proteger la industria manufacturera, aumentando la prosperidad del país; y así mismo indicaba la conveniencia de construir un canal que se comunicase con el Chesapeake y el Ohio, por creerlo una obra de gran utilidad, que no perjudicaría á ninguno de los Estados por donde atravesara aquel.

El principal asunto de que se trataba en el mensaje era el relativo á la política de las potencias extranjeras con el continente de América. Como era natural, los Estados Unidos se interesaban mucho por la situación y progreso del pueblo de la América del Sur, y según ya hemos visto, deseábase vi-

vamente que saliese victorioso en su lucha por obtener la libertad y sacudir el yugo de los gobernantes extranjeros. Las potencias europeas, por otra parte, consideraban la cuestión bajo muy distinto aspecto, y España influyó con los soberanos aliados para que la ayudasen á someter á sus colonias rebeldes, prometiendo en cambio conceder privilegios comerciales. Es probable que España hubiera conseguido su objeto si la Gran Bretaña no hubiese opuesto su influencia, y sin duda decía por esto el Presidente en su mensaje, que acababan de entablarse negociaciones amistosas con Rusia é Inglaterra á fin de que se reconocieran los respectivos derechos de cada cual, favoreciendo sus mútuos intereses en la costa del Noroeste. El párrafo relativo á este punto estaba concebido en los términos siguientes: «En las discusiones á que la cuestión de que se trata ha dado lugar, y sea cual fuere su resultado, se ha creído conveniente sentar como un principio, en el cual van envueltos los derechos é intereses de los Estados Unidos, que los continentes americanos, por su situación libre é independiente, no deben considerarse como partes de la futura colonización de ninguna potencia europea.»

Al terminar el mensaje, y después de rendir un tributo de admiración á los griegos por su heroica lucha, hablaba el Presidente de los esfuerzos que se habían hecho en España y Portugal para mejorar la condición del pueblo, y se expresaba de este modo: «Respecto á los acontecimientos de aquella parte del globo, con la que estamos en continuas relaciones, y de la que se deriva nuestro origen, es notorio que siempre nos inspiraron el mayor interés por más que no hayamos sido sino meros espectadores. Los ciudadanos de los Estados Unidos desean sinceramente la dicha y libertad de sus com-

pañeros del otro lado del Atlántico, y si en las guerras de las potencias europeas no les han prestado auxilio, es porque nuestra política no nos permite hacerlo; solo cuando nuestros derechos están seriamente amenazados, nos preparamos á la defensa. El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto en este punto al de América, y la diferencia procede de la que existe en sus respectivos gobiernos. A la defensa del nuestro, cuya organizacion ha costado tanta sangre, tantos tesoros y los esfuerzos de nuestros mas ilustres ciudadanos, es á lo que se consagra principalmente toda la nacion, pues bajo el sistema que nos rige, disfrutamos de un envidiable bienestar. En consideracion pues, á las amistosas relaciones que existen entre los Estados-Unidos y esas potencias, debemos declarar que considerariamos toda tentativa de su parte, que tuviera por objeto estender su sistema á este hemisferio, como un verdadero peligro para nuestra paz y tranquilidad. Con las colonias existentes ó posesiones de cualquiera nacion europea, no hemos intervenido nunca ni lo haremos tampoco; pero tratándose de los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, la cual respetaremos siempre porque está conforme con nuestros principios, no podriamos menos de considerar como una tendencia hostil hácia los Estados-Unidos toda intervencion extranjera que tuviese por objeto la opresion de aquel. En la guerra entre esos nuevos gobiernos y España, declaramos nuestra neutralidad cuando fueron reconocidos, y no hemos faltado ni faltaremos á ella mientras no ocurra ningun cambio que á juicio de autoridades competentes, obligue á este Gobierno á variar su línea de conducta.

» Los últimos acontecimientos ocurridos en España y Portugal demuestran que no se

ha restablecido aun el orden en Europa, y la prueba mas evidente de esto es que las potencias aliadas han creido conveniente, con arreglo á sus principios, intervenir por la fuerza en los asuntos de España. Hasta qué punto podrá llegar esa intervencion es cosa que interesa saber á todas las naciones independientes, hasta las mas remotas, y sobre todo á los Estados-Unidos. La política que con respecto á Europa, nos pareció oportuno adoptar desde el principio de las guerras en aquella parte del globo, sigue siendo la misma y se reduce á no intervenir en los intereses de ninguna nacion, y á considerar todo Gobierno *de hecho* como Gobierno legitimo, manteniendo las relaciones amistosas y observando una política digna y enérgica, sin dejar por eso de satisfacer justas reclamaciones, aunque sin tolerar ofensas de nadie. Pero tratándose de estos continentes, las circunstancias son muy distintas: no es posible que las potencias aliadas estiendan su sistema político á ninguno de aquellos, sin poner en peligro nuestra paz y bienestar, ni es de creer tampoco que nuestros hermanos del Sur quisieran adoptarlo por su propio consentimiento, prescindiendo de que no veriamos con indiferencia semejante intervencion. Comparando la fuerza y recursos de España con la de esos nuevos Gobiernos, aparece óbvio que dicha potencia no podrá someterlos nunca, pero de todos modos, la verdadera política de los Estados-Unidos será respetar á unos y á otros, esperando que otras potencias imitarán nuestro ejemplo.»

Hemos reproducido íntegros estos párrafos con el objeto de que el lector comprenda exactamente lo que se queria entonces significar con la frase, *doctrina de Monroe*, muy atrevida á no dudarlo, si bien un deber de justicia nos obliga á consignar aquí que el pensamiento era de Juan

Quincy Adams y que Moroe lo desarrolló. Aunque es cuestionable si el Presidente debía ó no declarar tan abiertamente cuáles eran sus opiniones, adoptando para los Estados-Unidos una política tan nueva como audaz, el pueblo la aprobó desde luego, y aun cuando las potencias extranjeras lo estrañaron un poco, mostrándose en cierto modo dispuestas á protestar, la línea de política propuesta entonces por el Presidente, es la que ha seguido desde entonces nuestro Gobierno, tratándose de este importante asunto.

Propusieron luego y se apoyaron enérgicamente varias enmiendas á la Constitución, pero todas ellas se relacionaban mas ó menos directamente con la futura elección presidencial, y ninguna obtuvo suficientes votos para ser aprobada. La atención de los miembros del Congreso solo se fijaba entonces en formar proyectos y hacer combinaciones: unos concebían esperanzas y otros recelos al reflexionar sobre quién sería el futuro Presidente, y bien pronto comenzaron á ponerse en juego toda clase de intrigas, y los hombres mas notables ofrecieron desde luego sus votos á Mr. Adams, Jackson, Clay, Crawford y Calhoun. Renovóse el ataque contra Mr. Crawford, pero inútilmente, y **1824.** tambien los demás candidatos tuvieron que defenderse de los cargos é imputaciones que les dirigian sus adversarios políticos.

Habiéndose suscitado otra vez un acalorado debate sobre la cuestion de caminos y canales, se acordó consignar treinta mil duros para que se construyeran los que el Presidente creyese de mas necesidad é importancia. Tambien se trató de hacer una ley de quiebras y otra para suprimir el encarcelamiento por deudas, pero ninguna de estas mereció la aprobacion del Congreso.

Por recomendacion del Presidente, tomóse

luego en consideracion el proyecto relativo á la revision de tarifas, que fué discutido detenidamente, interviniendo en el debate Enrique Clay, por una parte, y Daniel Webster por otra. Los que se interesaban por la agricultura y la fabricacion en el Este y el Oeste, estaban unidos entre sí para pedir una tarifa que les protegiese, constituyendo una escasa mayoría en ambas Cámaras, y los que deseaban favorecer los intereses comerciales y de la navegacion en el Norte, unidos con los plantadores del Sur, componian una poderosa, inteligente y perseverante minoría que se mostraba opuesta á toda tarifa que no se relacionase directamente con la renta. Esta division contribuyó no poco á que se organizase uno de los nuevos partidos que entonces empezaban á germinar, es decir, el de los republicanos nacionales, ó *whigs*, segun se les llamó despues. La cuestion se estuvo debatiendo por espacio de diez semanas, y por último, aprobóse el *bill* en la Cámara el 16 de abril, por una mayoría de cinco, y tambien el Senado lo aceptó, pero modificándole considerablemente. El Senado prestó su aprobacion el 15 de mayo, y despues de una conferencia con la Cámara, firmó el Presidente y quedó adoptado el proyecto.

Secundando las indicaciones de Mr. Monroe, Daniel Webster fué mas lejos aun al proponer que se autorizara al Presidente para enviar un comisionado á Grecia cuando lo creyese oportuno. El discurso del gran orador en aquella ocasion (enero 19) fué uno de los mas elocuentes que se hayan oido, y todo el pais se asoció á su pensamiento; celebráronse *meetings*, se abrieron suscripciones, enviáronse provisiones y armas á Grecia, y muchos ciudadanos de América fueron á unirse con los heróicos patriotas que estaban luchando para alcanzar en su pais lo

que alcanzaran nuestros padres en el mundo Occidental. Mr. Clay y Mr. Poinsett propusieron que se hiciese una demostración en favor de los griegos que luchaban por su independencia, pero Juan Randolph se opuso enérgicamente, y se desechó la proposición bajo el pretexto de que no era necesaria (*).

Aun cuando aquella legislatura no fué una de las más largas, el Congreso no se cerró hasta el 27 de mayo, lo cual basta para demostrar cuán empeñados serían los debates;

1824. pero debe tenerse en cuenta que ninguna otra legislatura fué tan interesante ni tan atareada, pues se discutieron y aprobaron doscientos proyectos.

Poco después promovióse una acalorada discusión acerca del sistema de Comités que hasta entonces había venido rigiendo en las luchas electorales, pues se reconocía que era perjudicial á ciertos candidatos y aspirantes al primer cargo del Estado. La prensa había hablado ya en contra, y se influyó todo lo posible para inducir á las diversas legislaturas á que lo condenaran también. Al principiarse la legislatura habíase averiguado que muchos miembros del Congreso se inclinaban en favor de W. H. Crawford, el Secretario del Tesoro, que estuvo á punto de derrotar á Monroe en la reunión celebrada por el Comité de elecciones en 1816, y no se le ocultaba á nadie que estaba intrigando en todos sentidos. Los partidarios de los demás candidatos resolvieron últimamente, así como por convenio tácito, no reunirse en comité para favorecer á sus elegidos, pero los amigos de Crawford nombraron uno en el cual, aunque no asistieron más de sesenta y seis diputados, votaron todos menos dos en favor de aquel, si bien luego se concedieron dos votos á Mr. Adams, uno á Macon y otro

á Jackson. Los sesenta y cuatro miembros pertenecían en su mayor parte al antiguo partido republicano, pero es de notar que precisamente á la reunión que tuvieron se atribuyó luego la derrota de Crawford, aunque aseguraron algunos que la principal causa era su falta de salud, lo cual hizo temer que no le fuera posible desempeñar las funciones de Presidente en el caso de ser elegido. El mismo Comité de que hemos hablado designó para la Vice-presidencia á Gallatin, pero éste se escusó agradeciendo la deferencia.

A pesar de la celosa actividad de los hombres políticos y del empeño con que continuaba la lucha electoral, suspendióse esta en el verano de 1824 con motivo de la visita del ilustre Lafayette, *el héroe de ambos mundos*, según se le llamaba. Hacia ya tres años que este noble patriota había manifestado deseos de recorrer de nuevo el teatro de sus antiguas hazañas, y estrechar la mano de los pocos que aun sobrevivían á la revolución, y el Congreso acordó por lo tanto poner un buque á la disposición del noble marqués para que lo condujera á los Estados Unidos. Rehusando no obstante aceptar este obsequio, Lafayette se embarcó en el *Cadmus*, capitán Allen, que se hallaba en el Havre, acompañado de su hijo, quien tenía el mismo nombre que Washington, y llegó á Nueva-York en 15 de agosto.

Inútil nos parece hablar aquí de los banquetes, iluminaciones, bailes, serenatas y demás festejos con que comenzó á celebrarse la entrada del héroe, desde el momento en que pisó el suelo de América, hasta aquel en que se embarcó para volver á Francia: baste decir que su viaje por los Estados Unidos fué una prolongada ovación; que los habitantes de las diversas ciudades y pueblos salían á recibirle en masa con demostraciones

(*) Véase la *Vida de Juan Randolph*, por Garland, vol. II, págs. 196-200.

de júbilo y entusiasmo, y que Lafayette, cuyo corazón rebosaba de gratitud, tuvo la satisfacción de ver por do quiera la prosperidad, el progreso, el bienestar público, el triunfo de la libertad sobre el despotismo, y el respeto á las instituciones populares. De todo esto se hablaba en la bien escrita memoria de Mr. Levasseur, secretario de Lafayette.

El marqués marchó desde Nueva-York á Boston y Portsmouth, (New-Hampshire) y volviendo al punto de partida, visitó luego las ciudades del Hudson, incluso Albania. Desde aquí pasó á Nueva-Jersey, Philadelphia, Baltimore, Washington, Yorktown y Richmond, y regresó á la residencia del Gobierno al empezarse la legislatura, habiendo tenido el gusto de que saliera á recibirle una comision de las Cámaras. En febrero de 1825, Lafayette se dirigió al Sur, atravesando las Carolinas, Georgia, Alabama y Mississippi, hasta llegar á Nueva-Orleans; desde este punto marchó á San Luis, pasó por Kentucky, Ohio, Pennsylvania y Nueva-York, y llegó por último á Boston, á tiempo para tomar parte en la ceremonia de colocar la primera piedra del monumento de Monte Bunker. Lafayette visitó despues á Portland, (Maine) recorrió á Hampshire y Vermont, y de regreso á Nueva-York, tomó parte en la celebracion del 4 de julio. Habiendo vuelto á Washington, y despues de visitar la tumba de su antiguo compañero de armas, el gran padre de la patria, rindiendo así un doloroso tributo á la memoria del que en otro tiempo fuera su amigo mas sincero, Lafayette se presentó el 7 de setiembre de 1825 en el Capitolio, donde ante un inmenso concurso, le hizo el Presidente Adams los honores de la despedida en nombre de todo el pueblo de los Estados-Unidos.

Deseando el Congreso dar á Lafayette una prueba de aprecio por los sacrificios que ha-

bia hecho en favor de los Estados-Unidos, votó por unanimidad un donativo de doscientos mil duros en dinero y una considerable estension de terreno en la Florida, disponiendo además que en honor suyo se diese el nombre de *Bradwine* á una fragata que se acababa de construir. Poco despues, Lafayette volvió á Francia, no sin haber recibido antes las mas sinceras pruebas del cariño y afecto de millones de habitantes.

La lucha presidencial siguió su curso durante el verano y otoño de 1824, y los amigos y partidarios de cada candidato, no perdian las esperanzas de obtener la victoria; los nombres de Jackson, Adams, Crawford y Clay entraron en juego, y hé aquí cuál fué el resultado del escrutinio electoral: en favor de Andrés Jackson, como Presidente, votaron, por unanimidad, Nueva-Jersey, Pennsylvania, las Carolinas, Alabama, Mississippi, Tennessee é Indiana, y además obtuvo este candidato un voto de Nueva-York, siete de Maryland, tres de Louisiana y dos de Illinois, componiendo entre todos un total de noventa y nueve. Juan Quincy Adams consiguió todos los votos de Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Rhode-Island y Connecticut, con mas veintiseis de Nueva-York, uno de Delaware, tres de Maryland, dos de Louisiana y uno de Illinois, total ochenta y cuatro; Guillermo H. Crawford alcanzó los votos de Virginia y Georgia, y además cinco de Nueva-York, dos de Delaware y uno de Maryland, que sumaban entre todos cuarenta y uno. Ultimamente Enrique Clay obtuvo los de Kentucky, Ohio y Missouri con cuatro de Nueva-York, cuyo total era de treinta y siete. Como se contaban entre todos los votos doscientos sesenta y uno para la mayoría absoluta, necesitábanse este número ninguno de los candidatos, y en



cumplimiento de la disposición constitucional, pasóse la votación á la Cámara de Representantes.

Antes de saberse con seguridad este resultado probable, comenzó en 6 de diciembre la segunda legislatura del décimo octavo Congreso. En el mensaje del Presidente, que era el último, hablábase en primer lugar del estado próspero del país y de los progresos de la industria y de la agricultura, añadiéndose que la deuda pública quedaba reducida á ochenta y seis millones de duros; que las rentas eran suficientes para cubrir todas las atenciones del Gobierno, y que después de pagar unos once millones quinientos mil duros por cuenta de aquella, aun quedaria en el Tesoro un sobrante de tres millones. Después de dar cuenta del estado de las relaciones con los indios, y de hacer especial mención de la visita de Lafayette, y de las simpatías que inspiraban los griegos y los Estados del Sur de América, el Presidente terminaba su mensaje dando las más expresivas gracias por el apoyo y confianza que le habían dispensado sus compatriotas durante su larga carrera pública.

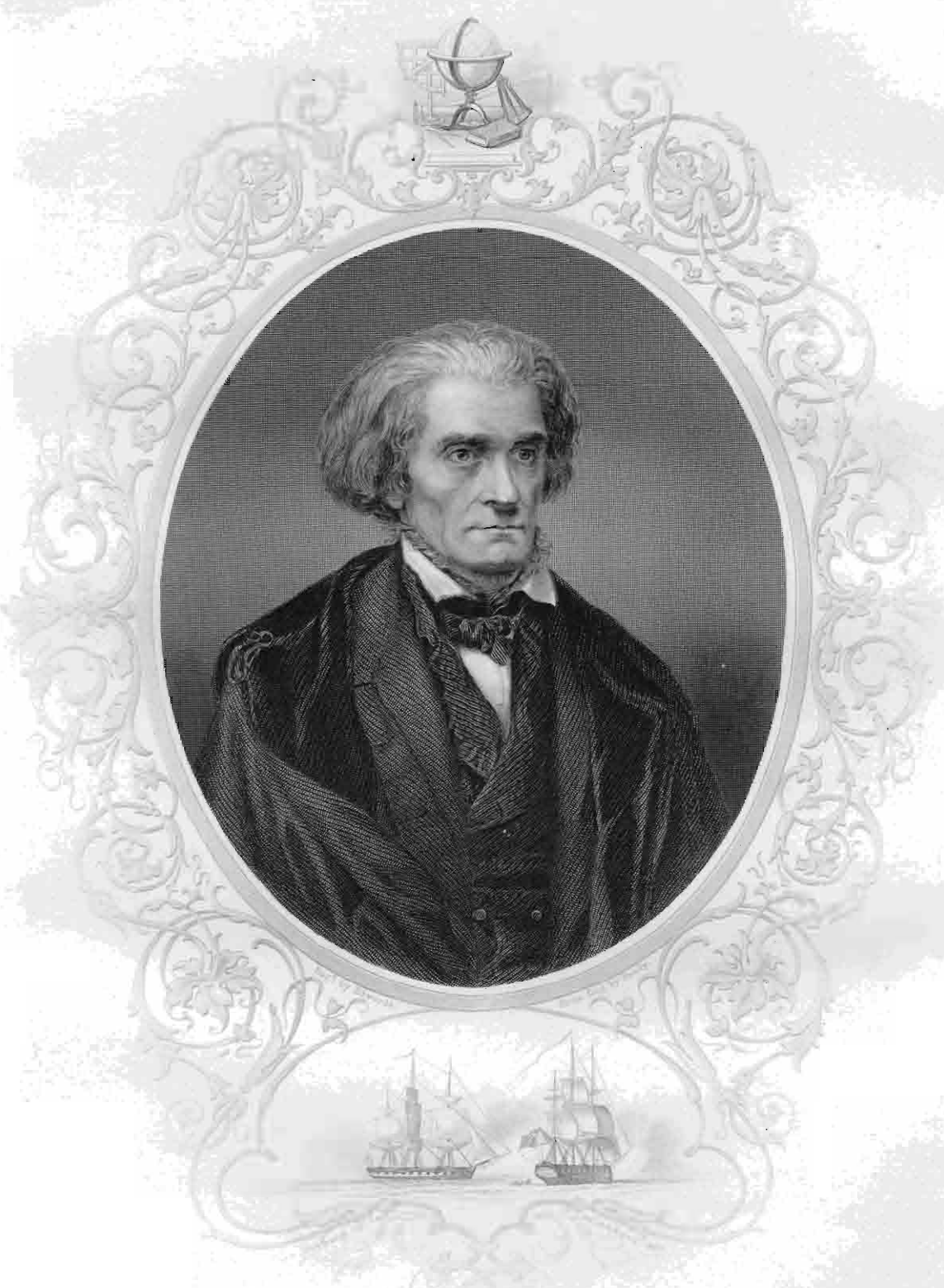
En aquella legislatura no se discutió ningún asunto de gran importancia: el 9 de diciembre se recibió á Lafayette en el Senado, y al día siguiente en la Cámara, con cuyo motivo ambos cuerpos colegisladores dieron al noble marqués las mayores pruebas de su respetuoso y sincero afecto. Poco después de comenzar la legislatura, supose el resultado de la votación en los colegios electorales, y todos esperaban con ansia el día de la elección decisiva, que debía tener lugar el 9 de febrero siguiente. En tal estado de cosas no podía hacerse mucho; regularizose el ramo de correos, se acordó que castigo debía imponerse por ciertos crímenes contra los Estados-Unidos y se adop-

taron algunas disposiciones para continuar el camino de Cumberland. Johnson no pudo conseguir que se aprobase el *bill* que presentó, en el cual pedía que no se encarcelara á nadie por deudas, ni Rufo King obtuvo que el Senado aprobara su plan, por el que, después de estinguida la deuda nacional, debía destinarse el importe de la venta de tierras públicas á la emancipación de esclavos y á trasladar la población de color á cualquiera territorio situado fuera de los límites de la Union.

No entraremos aquí en detalles acerca de las polémicas é intrigas que precedieron á la elección decisiva, pero sí nos parece oportuno consignar que viendo Enrique Clay que no podía esperar nada para sí, y pareciéndole más oportuno aguardar á otra ocasión, perseveró en su primera idea, que era influir en favor de Adams. A consecuencia de esto, cierto periódico acusó á Clay de soborno, acusación á que el gran orador (según dijeron todos sus amigos) tuvo la debilidad de dar importancia hablando de ella en la Cámara. Afortunadamente no se hizo aprecio de esto, pero el asunto, según veremos, debía tomar luego un carácter más grave (*).

Llegado el día 9 de febrero, la Cámara eligió los tres primeros candidatos de la lista y en el primer escrutinio, Juan Quincy Adams obtuvo los votos de trece Estados, Andrés Jackson de siete, y Guillermo H. Crawford de cuatro. En su consecuencia, resultando una mayoría en favor de Adams,

(*) En la vida política de Mr. Clay, ninguna circunstancia le perjudicó tanto para ser elegido Presidente como la de haber aceptado el cargo de Secretario de Estado. Si hubiese seguido su inspiración no habría cometido el error que fué un obstáculo para adelantar en su carrera, y aun cuando ninguno hubiese dado crédito á la acusación que se le dirigió, era tan cómoda y sencilla aquella manera de injuriar á un enemigo político, que no debía esperarse que no se recurriera á él cuantas veces se hablaba de Mr. Clay para la Presidencia.



J. C. Calhoun

se le declaró Presidente electo de los Estados Unidos; Juan C. Calhoun, que alcanzó ciento ochenta y dos votos en el colegio electoral, para el segundo cargo, fué designado Vice-presidente de los Estados Unidos.

Al poco tiempo se abrió un informe acerca de la reclamacion Beaumarchais, de que ya hemos hablado al referirnos á la guerra revolucionario, y se volvió á discutir este asunto en la Cámara. Sin entrar en pormenores, nos limitaremos á decir que volvió á negarse la peticion aun cuando esta se apoyaba en fuertes razones; pero arreglóse luego la cuestion al celebrarse el tratado que negoció Mr. Rives en 1835 (*).

El 3 de marzo de 1825 terminó sus sesiones el décimo octavo Congreso, y en dicha fecha tambien se cumplia el plazo de la segunda administracion de Mr. Monroe, el cual hizo dimision de su cargo de **1825.** Presidente de los Estados Unidos para retirarse á la vida privada, respetado de sus compatriotas, y con la conciencia de haber merecido bien de la patria.

Al echar una ojeada retrospectiva sobre la administracion del quinto Presidente, debe admitirse que durante aquella se obtuvieron grandes resultados y aumentó notablemente la prosperidad del pais. Monroe, segun aseguró su inmediato sucesor, era un hombre infatigable tratándose de servir á su patria; de reconocida rectitud, cortés aun en medio de los debates mas acalorados, enérgico, de elevado juicio y de muy buen criterio. Monroe no era sin embargo un hombre de genio ni de talento profundo; su aptitud no superpujaba en mucho á la de los demás hombres de su época, pero todos le reconocian como hombre muy atento, discreto, amante de la

(*) En la obra de Mr. Dé Loménie titulada: *Beaumarchais y su época, ó bosquejo de una sociedad francesa en el siglo XVIII*, se encuentran algunas curiosas observaciones acerca de este asunto.

paz y poco amigo de las medidas violentas. Su política, dirigida principalmente por su entendido Secretario de Estado, fué siempre digna, enérgica y aceptable para el pueblo, y su administracion se distinguió no solo por la adquisicion de la Florida, sino tambien por los rápidos adelantos del pais, á pesar de la crisis financiera que en parte se oponia á la prosperidad nacional. Para concluir, nos parece mas oportuno copiar las palabras de Juan Quincy Adams al hacer el elogio del quinto Presidente de los Estados Unidos, pues ellas dan á conocer la opinion del hombre que mejor que ningun otro podia apreciar sus virtudes y escelentes cualidades (*): «Supliquemos al que tiene en sus manos los destinos de los imperios, al Creador del universo, que dispense á vuestra posteridad los favores que os ha concedido, y roguémosle tambien que ilumine y guie los pasos de la generacion futura. Permita el cielo que en todos los peligros y desgracias que puedan acaecer á nuestra República Unida, sigamos teniendo hombres que nos iluminen con sus consejos, que defiendan las libertades del pais, y si es necesario, que conduzcan á nuestros ejércitos á la victoria. Si los infortunios del aciago período de la guerra de la independencia volviesen á oscurecer el horizonte de nuestra felicidad, y si de nuevo las metrópolis de nuestro vasto pais estuviesen destinadas á sucumbir bajo el yugo del invasor, quiera Dios que entre los hijos de vuestra nacion no falte nunca un guerrero que os defienda, un hombre de Estado que os aconseje, un gobernante que sepa conducir la nave del Estado, y á quien adornen las virtudes, el profundo talento y las escelentes cualidades que distinguieron á Jacobo Monroe.»

(*) El elogio hecho por Juan Quincy Adams fué presentado en la legislatura de Boston en 1831.

CAPITULO V.

1825 — 1829.

ADMINISTRACION DE JUAN QUINCY ADAMS.

Juan Quincy Adams toma posesion del cargo de Presidente.—Estracto de su manifiesto inaugural.—El Gabinete del nuevo Presidente.—Tratado con los Creeks.—Dificultades.—Otros tratados con los indios.—Jackson es elegido por la legislatura de Tennessee.—Oposicion organizada contra el Gobierno.—El canal de Erie.—El Congreso décimo nono.—Estracto del mensaje del Presidente.—El Congreso americano en Panamá.—Ataque de la oposicion.—Resultados.—Enmiendas á la Constitucion.—Proyectos politicos.—El tratado de los Creeks.—Cuestion del aumento de jueces —El Congreso recomienda las mejoras públicas.—Muerte de Tomás Jefferson y de Juan Adams.—Estracto del elogio de Daniel Webster.—Se reune el Congreso.—Mensaje del Presidente.—La gran conspiracion.—Su objeto.—Conducta de Enrique Clay.—Elecciones para miembros del Congreso.—El vigésimo Congreso.—Estracto del mensaje.—La cuestion de tarifas.—Debate acalorado.—Observaciones del Senador Benton.—La lucha presidencial de 1828.—El Congreso se reune en sesion.—Ultimo mensaje de Mr. Adams.—Cuestion proteccionista.—Accion del Congreso —Fin de la legislatura.—Revista critica de la administracion de Juan Quincy Adams.

El dia 4 de marzo de 1825, Juan Quincy Adams tomó posesion del cargo de sexto Presidente de los Estados-Unidos. La ceremonia fué imponente, y asistieron á ella muchos hombres notables y compatriotas de Mister Adams, quien vestia un traje de paño negro de fabricacion americana. Llegado el momento oportuno entregó el nuevo Presidente su manifiesto inaugural, documento muy bien redactado, que revelaba el patriotismo de su autor, y sus deseos de favorecer los intereses del pais, en todo lo que es bueno, puro y recto. En este notable escrito predominaban las ideas conciliadoras, y Mister Adams, despues de elogiar la administracion de Jacobo Monroe, terminaba con el siguiente párrafo, que nos parece oportuno reproducir, porque da á conocer sus opiniones sobre la disputada cuestion de las mejoras públicas, para resolver la cual, apelaba al apoyo é ilustracion de todos, cosas indis-

pensables tambien en el desempeño de las elevadas funciones de su importante cargo. Decia así :

«Hecho este ligero bosquejo de los actos y de la administracion de mi antecesor, queda trazada la línea de conducta que debo observar : llevar á cabo los planes que él se proponia, á fin de mejorar en lo posible nuestra situacion actual, y seguir al pié de la letra sus recomendaciones, será lo primero que yo me proponga en la esfera de mis deberes. Atender desde luego á las mejoras públicas, que con tanto afan deseaba llevar á cabo mi antecesor, es uno de los asuntos de que me ocuparé preferentemente con la mayor satisfaccion, porque estoy seguro que las generaciones futuras que han de poblar este continente, no solo agradecerán los esfuerzos de los fundadores de la Union, sino que tambien reconocerán cuan loables eran los deseos que animaban á los hombres del Go-



John Quincy Adams.



bierno. Las obras públicas de los romanos, por su magnificencia y esplendor, son otras tantas glorias imperecederas de los antiguos tiempos; los caminos y acueductos de Roma, han sido la admiración de todas las edades, y han sobrevivido miles de años, á pesar de la furia de los conquistadores, y de las incursiones de los bárbaros. Se ha opinado de distintos modos, respecto al derecho que tendría el Congreso para hacer obras é introducir mejoras en el país; pero cuando ocurren dudas que se originan por un exceso de patriotismo, deben tratarse con la mayor deferencia, tanto más, si proceden aquellas de reconocidas autoridades. Han pasado sin embargo cerca de veinte años desde que se abrió el primer camino nacional, sin que se cuestionara entonces si había ó no derecho para hacerlo, y yo pregunto ahora: ¿No ha sido esto útil á miles de nuestros conciudadanos? ¿Hay uno solo á quien haya perjudicado la medida? Las tranquilas deliberaciones de la legislatura han conciliado los sentimientos, ilustrando la opinión de nuestros gobernantes en las cuestiones referentes á la autoridad constitucional, y no puedo menos de esperar que por el mismo medio y después de una detenida discusión, se refutarán las objeciones que hasta ahora se venían haciendo. Yo confío en que á satisfacción de todos, se fijará cuál ha de ser el límite de los poderes del Gobierno general en un asunto de tanta trascendencia y de tan grande interés.

»Compatriotas: todos sabéis qué circunstancias han concurrido en la elección, á la que debo la oportunidad de dirigiros la palabra en este momento; habéis oído la exposición de los principios que me propongo observar en el desempeño de las solemnes funciones de mi elevado cargo, y no poseyendo vuestra confianza en tan alto grado como mis antecesores, debo reconocer, que más

que ellos necesitaré vuestro apoyo é indulgencia. Intenciones puras y rectas, el sincero deseo de labrar la felicidad de mi país, y un constante celo por favorecer los intereses del pueblo, es todo cuanto puedo prometer, para llevar á cabo la árdua tarea que me habéis impuesto. Con la inteligente cooperación de los consejos legislativos y de los diversos departamentos, con el auxilio de los respectivos Gobiernos de los Estados y con el generoso apoyo del pueblo, contaré siempre para desempeñar á satisfacción vuestra los sagrados deberes que me impone este cargo; y ahora solo me resta suplicar al Todopoderoso que nos siga dispensando su protección para que su providencia vele por los destinos de mi país.»

El nuevo Presidente prestó entonces el juramento exigido por la Constitución, y después de recibir las felicitaciones de los concurrentes, entre los cuales se hallaban Monroe y Jackson, tomó posesión de su cargo y remitió inmediatamente al Senado, para su aprobación, la lista de los señores que debían componer su Gabinete. A Enrique Clay se le nombraba Secretario de Estado, á Ricardo Rush, del Tesoro, á Jacobo Barbour, de la Guerra, á Samuel Southard, de la Armada, y á Guillermo Wirt, de Hacienda. Los dos últimos, así como Mr. Mc. Lean, administrador general de correos, habían servido los mismos cargos bajo la administración de Monroe. No se puso reparo alguno á estos nombramientos, excepto al de Mr. Clay, contra el cual se reprodujo la acusación que poco tiempo antes se le dirigiera; pero aun así, veintisiete diputados votaron en su favor y catorce en contra. Entre estos últimos se contaba Jackson.

Uno de los primeros asuntos de que se ocupó la nueva administración, fué de negociar un tratado con los Creeks de Georgia con el

objeto de que hicieran una cesion de sus tierras y se trasladaran á la parte Oeste del Mississippi. Segun parece, antes del año 1824, se habian comprado á los indios unos quince millones de acres que se agregaron al territorio de Georgia, pero aun quedaban otros nueve millones en poder de las tribus de los Cherokees y de los Creeks.

1825.

Nombráronse comisionados y se hicieron los mayores esfuerzos para inducir á los segundos á que cediesen sus tierras y se trasladaran; pero bien fuera porque los indios comenzaban ya á reconocer las ventajas de la civilizacion, ó por otra causa cualquiera, ello es que la tribu no se convino en hacer la cesión, ni quiso tampoco trasladarse al Mississippi. Uno de sus jefes, sin embargo, llamado M'Intosh, y otros compañeros suyos, celebráron un tratado el 12 de febrero en Indian Springs, y el Senado lo ratificó en nombre de los Estados-Unidos el último dia de la legislatura; pero los Creeks, al menos la mayor parte, llevaron muy á mal lo que se habia hecho, y en 30 de abril se vengaron, matando á M'Intosh, á Tustanuggee y á Hawkins, que habian sido los principales agentes que llevaron á efecto la negociacion. El Estado de Georgia, que se beneficiaba mucho con este tratado, insistió en que se celebrara, y el gobernador Troup dispuso que se procediera á la medicion de tierras á fin de repartirlas convenientemente entre el pueblo. Los Creeks, por su parte, estaban resueltos á resistir por la fuerza la accion del Gobierno, y dirigieron un mensaje á Washington, reclamando la proteccion de las autoridades federales.

Mr. Adams, dudando de la validez del tratado, envió al general Gaines al pais de los Creeks juntamente con un comisionado á fin de evitar un rompimiento y averiguar lo que hubiese sobre este asunto. Al ver el

informe, segun el cual aparecia claramente que se habia obrado de mala fé al celebrar el tratado, resolvió el Presidente que no se molestara á los Creeks, ni se tomase resolucion alguna hasta la legislatura próxima. El gobernador de Georgia se mostraba dispuesto á tomar cartas en el asunto, y dirigió al Gobierno un lenguaje tan irrespetuoso como poco digno, pero juzgando al fin que seria mejor obrar con prudencia, aguardó á que el Congreso resolviera sobre este punto.

Durante el verano del mismo año, se celebraron otros tratados con las tribus indias, con ventajosas condiciones: los Kansas cedieron á los Estados-Unidos todas las tierras que tenian dentro y fuera de los límites del Missouri, escepto una estension de poco mas de treinta millas, donde se hallaban sus pueblos, y que estaba situada cerca del rio Kansas. En cambio de esta cesion, los Estados-Unidos se convinieron á pagar veinte anualidades á razon de tres mil quinientos duros una; facilitar á los Kansas inmediatamente trescientas cabezas de ganado mayor, trescientos cerdos, quinientas gallinas, tres pares de bueyes, dos carros y los instrumentos de labranza que se creyeran necesarios. Además de esto se ofreció á los indios cederles un cerrajero y varios trabajadores para que les instruyesen en la agricultura. De las tierras cedidas, una gran parte quedaria á disposicion del Presidente á fin de venderla y fundar con el producto escuelas entre los Kansas. Tambien se estipuló que los indios no tomarian ninguna venganza privada, cuando se infringiesen sus derechos, sino que darian sus quejas al superintendente ó á cualquiera autoridad á fin de que se les hiciera justicia con arreglo á la ley; y asimismo se convino que los Kansas no dispondrian nunca de sus tierras sin el consentimiento de los Estados-Unidos y que estos tendrian

siempre el derecho de navegacion en las aguas de los Kansas.

A principios de junio se concluyó igualmente un tratado en San Luis de Missouri con los grandes y pequeños Osages. Las principales condiciones eran las mismas que las del tratado con los Kansas. Los indios cedían todas sus tierras de Arkansas, reservándose un pequeño territorio de cincuenta millas cuadradas, situado al Oeste del Missouri, y los Estados-Unidos tendrían el derecho de navegacion. El Gobierno se convino en pagar veinte anualidades á razon de siete mil duros, entregando además seiscientas cabezas de ganado mayor, seiscientos cerdos, mil gallinas, diez pares de bueyes, seis carros, y los instrumentos de labranza que se creyesen necesarios, comprometiéndose asimismo á enviar á los indios un cerajero y mandar que se construyesen cuatro pequeñas casas, para los cuatro principales jefes. Igualmente se acordó reunir un fondo destinado á fundar escuelas donde pudieran instruirse los hijos de los Osages. Los Estados-Unidos se encargaron de pagar ciertas deudas de algunos jefes de las tribus y entregar por valor de cuatro mil duros en mercancías y dos mil seiscientos en ganado caballar (*).

En el mes de octubre, y por votacion unánime, la legislatura de Tennessee dictó un acuerdo designando al general Jackson como candidato en la siguiente eleccion presidencial, y esto indujo al interesado á dimitir su cargo de senador, fundándose en que los electos para la Presidencia no debían ser miembros del Congreso. Consignaremos de paso que apenas hubo tomado Adams posesion de su cargo, todos los amigos de los candidatos desairados resolvieron unirse á fin de oponerse á la reelec-

cion, dando sus votos al general Jackson. Las diferencias personales se arreglaron bien pronto: Benton y Jackson que se habian desafiado á pistola y espada, olvidaron sus disensiones á fin de trabajar por la causa comun, y Crawford y Calhoun se pronunciaron tambien en favor de Jackson contra el Gobierno. Aconsejamos al lector que tenga presentes estas circunstancias, pues así comprenderá mejor cuáles serían los obstáculos y dificultades con que tuvo que luchar Adams durante los cuatro años de su administracion (*).

En el otoño de aquel año se terminaron las obras del canal de Erie, lo cual se celebró con una fiesta en la ciudad de Nueva-York. Esto demostró cuán sabia era la política que siempre habia defendido De Witt Clinton, y el éxito de la gran empresa, revela hasta qué punto llegaba la sagacidad política de aquel distinguido hijo de Nueva-York. Los primeros trabajos para abrir el canal se habian comenzado en 4 de julio de 1817, y el primer bote que recorrió aquella via, llegó á dicha ciudad el 4 de octubre de 1825. La longitud del canal era de trescientas millas.

El Congreso décimo nono comenzó sus sesiones en 5 de diciembre y al otro dia envió el Presidente su mensaje anual. El Senado contaba entre sus miembros á Woodbury, Van-Buren, Macon, Hayne, Eaton, Harrison, etc. (**); y en la Cámara estaban Eduardo Everett, Daniel Webster, C. C. Cambreling, Jacobo K. Polk; J. W. Tay-

(*) De Witt Clinton, á quien se ofreció el cargo de ministro en Lóndres, rehusó aceptar; Mr. Poinsett fué enviado á Méjico y Mr. Everett á Madrid.

(**) Juan Rondolph tomó asiento en el Senado á fines del mes de diciembre y fué elegido para llenar la vacante que dejaba Mr. Barbour, nombrado Secretario de la Guerra. En marzo de 1827, Juan Tyler ocupó la plaza de Randolph en el Senado y aquel volvió á la Cámara.

(*) *Anales*, por Holmes, vol. II, págs. 512-13.



lor, y otros de mas ó menos nombradía. Este último fué elegido Presidente de la Cámara al procederse á la segunda votacion.

El mensaje del Presidente era muy estenso, pero estaba muy bien redactado y trataba de asuntos muy importantes. Decíase entre otras cosas que el estado del pais no podia ser mas lisonjero, si bien debian arreglarse aun algunas cuestiones con las potencias extranjeras; se recomendaba la supresion de ciertos derechos, la revision de las leyes de justicia, el establecimiento de un observatorio y de una universidad nacional, y se indicaba por último la conveniencia de adoptar un sistema uniforme de pesas y medidas, de promover la afición á los viajes científicos y de atender cuanto antes á las mejoras públicas. Mr. Adams añadía despues: «La Constitucion que os rige es una carta de poderes limitados: si despues de haber discutido detenidamente acerca de los asuntos que en cumplimiento de mi deber someto á vuestra consideracion, dedujerais en consecuencia que por buenos que sean ciertos proyectos, no estais autorizados por las leyes actuales para ponerlos por obra, yo os aconsejo que, dejando á un lado ciertas consideraciones, entreis en el ejercicio de los poderes que no os ha conferido el pueblo.»

Al hablar de la hacienda decia Mr. Adams que se hallaba en un estado floreciente; que á principio de año habia quedado en el Tesoro un sobrante de dos millones, y que los ingresos en fin de setiembre se calculaban en diez y seis millones quinientos mil, mientras los del trimestre corriente se esperaba no bajarían de cinco millones, sin contar con otra cantidad igual procedente del empréstito autorizado por el Congreso. Los gastos del año no excederian á los ingresos en mas de dos millones, pero habíanse satisfecho ya ochó millones de duros por cuenta de

la deuda pública. Los ingresos para el año próximo se estimaban en veinticuatro millones, cantidad mayor que la de los gastos, y el total de la deuda á fines de año no ascenderia apenas á ochenta y un millones de duros. El Presidente terminaba su mensaje con el párrafo que sigue: «Compatriotas: confiando en que se realizarán mis esperanzas, aguardo el resultado de vuestras deliberaciones, seguro de que, sin usurpar los poderes conferidos á las autoridades de los diversos Estados, y en cumplimiento de los deberes sagrados que os impone el pais, adoptareis las medidas mas eficaces para promover su bienestar; y yo ruego al Todopoderoso que os ilumine y se conserve la paz y la felicidad de la nacion.» (*)

Las opiniones del Presidente respecto al Congreso americano de Panamá ofrecieron un buen punto de ataque á la oposicion que hacia la guerra al Gobierno. Parece que en 1823, Bolivar, Presidente en aquella época de Columbia, invitó á los Gobiernos de las provincias que habian sacudido el yugo de España á reunirse en Congreso general en Panamá, y al efecto practicáronse algunas diligencias que no dieron resultado alguno. A fines del año siguiente, renovóse la invitacion, que aceptaron todos los Gobiernos, menos el de Buenos-Aires y llegada la primavera, y habiéndose preguntado al Presidente de los Estados-Unidos si queria enviar representantes á Panamá, Juan Quincy Adams contestó, que aunque la nacion no iba á tomar parte en la guerra con España

(*) Este estenso y conciliatorio mensaje fué comentado por la prensa politica y por los numerosos enemigos del Gobierno con la mayor severidad, y como el Presidente se espresaba con mucha libertad al hablar de las mejoras públicas, y como habia llamado á los observatorios, haciendo uso de una figura algo impropia, *casas del cielo*, se trató de ridiculizar el mensaje para desprestigiar al Gobierno y preparar así el camino á Jackson.

ni necesitaba por lo tanto deliberar acerca del modo de hacerla, parecíale útil semejante Congreso para fijar ciertos principios de ley, promover los intereses del Nuevo mundo y entablar relaciones amistosas entre los diversos Gobiernos republicanos establecidos en América. Al hablar sobre este punto decia el Presidente en su mensaje, refiriéndose á la proposicion de Bolivar: «Aceptada la invitacion, se nombrarán enviados por parte de los Estados-Unidos, para que asistan á las deliberaciones y tomen parte en ellas, en cuanto sea compatible con esa neutralidad de que no es nuestro deseo, así como tampoco de los demás Estados americanos, separarnos

1825. nunca.» A consecuencia de esta medida se nombró á Ricardo C. Anderson y Juan Sergeant, comisionados para asistir á dicho Congreso, y á Guillermo B. Rochester, Secretario. Después de violentas discusiones en las que la oposicion atacó al Gobierno rudamente por haber adoptado semejante medida, aprobáronse al fin los nombramientos. Esto sucedia á fin de marzo de 1826: en la Cámara de Representantes

1826. se debatió tambien aquel asunto, y, aun cuando no era de esperar, la oposicion no se mostró tan tenaz (*). La oratoria é irresistibles argumentos de Daniel Webster pusieron fin á la discusion, y se votó la cantidad necesaria para los comisionados.

Es evidente que la violencia de aquel de-

(*) En el curso de aquellos debates fué cuando Juan Randolph, dejándose dominar por un acceso de cólera, se permitió ciertas espresiones, que aunque con el carácter de indirectas, ofendieron á Enrique Clay. Dándose éste por injuriado por las indignas imputaciones que en su concepto se dirigian á él, envió sus padrinos á Mr. Randolph para que le diese una satisfaccion. El encuentro tuvo lugar el domingo 8 de abril, cerca del Potomac; Clay tiró primero, pero no tocó á Randolph, el cual disparó su arma al aire; mas á pesar de no haberse vertido sangre, consideróse quedaba lavado el insulto y los dos enemigos renovaron luego sus amistosas relaciones.

bate se debió mas bien al encono de los enemigos del Gobierno, que al temor que pudieran inspirar á los Estados-Unidos tomar parte en el Congreso de Panamá, pero lo cierto es que ni unos ni otros ganaron nada con discutir tanto aquel asunto, pues debemos advertir que nunca se presentó en dicho Congreso ningun enviado de los Estados-Unidos. Los debates de la Cámara de Representantes fueron tan obstinados, que Sergeant no pudo llegar á tiempo á Panamá para tomar parte en la reunion, aun cuando esta se habia aplazado hasta el verano siguiente, y por lo que toca á Mr. Anderson, que entonces desempeñaba el cargo de ministro en Columbia, marchó á Panamá tan pronto como recibió instrucciones, mas al llegar á Cartagena, atacóle una fiebre maligna y murió. Poinsett, embajador en Méjico, fué nombrado entonces en su lugar, y en union de Sergeant se puso en camino á fin de presentarse en el Congreso, que debia reunirse en Tacubaya en febrero de 1827, pero como esto no tuvo lugar en el tiempo prefijado, Sergeant se volvió á los Estados-Unidos. Después ya no se habló mas de este proyecto, principalmente porque las disensiones intestinas de la América del Sur lo hicieron imposible, y tambien porque no se esperaba obtener de aquello ningun gran resultado (*).

Al empezarse la legislatura, es decir, el 20 de diciembre de 1825, la Cámara previno al Presidente que informara sobre el convenio celebrado entre Inglaterra y los Estados-Unidos respecto á la supresion del tráfico de esclavos, y el dia 27 Mr. Adams remitió la

(*) Al terminarse la administracion de Mr. Adams, y en cumplimiento de una orden superior, se remitieron copias de las instrucciones dadas á los comisionados de Panamá, á las dos Cámaras del Congreso, y poco después se publicaron. El lector que las examine podrá convencerse que ni era muy necesaria la medida, ni debia tampoco inspirar temor alguno á los que la combatieron.

correspondencia entablada entre Mr. Clay y Mr. Addington, el Encargado de negocios de Inglaterra, de la cual aparecía que no sería posible armonizar las opiniones de ambos Gobiernos.

A fin de que no cesara la oposicion contra el Gobierno, propusiéronse varias enmiendas á la Constitucion con el objeto de suprimir la intervencion de la Cámara de Representantes en la eleccion presidencial, pues asegurábase que Mr. Adams, aunque elegido constitucionalmente, no lo habia sido á gusto del pueblo. Mr. Benton se encargó el primero de dirigir el debate, lo cual hizo con el mayor empeño presentando luego un *bill*, cuyo

objeto era modificar la Constitucion. **1826.** En la Cámara Mr. M'Duffie, de la Carolina del Sur, propuso que se adoptara un sistema uniforme para elegir los funcionarios del departamento ejecutivo por distritos, fundándose en que si lo hacian las legislaturas de los diversos Estados podrian favorecerse ilegalmente los intereses de cualquier partido. Este diputado propuso tambien otras varias enmiendas, por una de las cuales se prohibia la tercera reeleccion de Presidente, y como se contaban ya diez ó doce de aquellas, sometidas á la consideracion del Congreso, la Cámara resolvió pasarlas á un Comité, compuesto de veinticuatro diputados, quienes despues de discutir mucho sin haber conseguido ponerse de acuerdo, pidieron que se disolviera el Comité. Así, pues, nada resultó de todo este movimiento como no fuera un aumento de impopularidad para el gobierno de Mr. Adams.

A fines de enero, se negoció otro tratado con los Creeks, y en 16 de abril, lo ratificó el Senado. Segun aquel, cedíanse á los Estados-Unidos algunas tierras de Georgia, y en cambio el Gobierno se convino á pagar doscientos diez y siete mil duros, que se repar-

tirian entre los jefes y guerreros de la tribu, comprometiéndose además á satisfacer una anualidad perpétua de veinte mil duros. Los amigos y compañeros de M'Intosh, que desearan emigrar, debian hacerlo en el término de dos años, en cuyo caso los Estados-Unidos sufragarian los gastos de viaje, haciéndoles además un donativo de cien mil duros. Algunos terrenos pertenecientes á los indios que aun quedaban en Georgia fueron comprados luego por el Gobierno mediante la cantidad de treinta mil duros, y la Cámara acordó por una inmensa mayoría destinar sesenta mil para costear la emigracion de una parte de los Creeks. Próximo ya el fin de la legislatura, Mr. Macon presentó una proposicion en el Senado respecto á la conveniencia de limitar las atribuciones del poder ejecutivo. El Comité, á quien se pasó aquella, redactó nada menos que seis *bills* para indicar qué sistema se debia seguir en su concepto, y aunque se adoptaron medios ilegales para escitar la opinion pública contra este proyecto, se dejó en suspenso con otros varios asuntos.

A pesar del aumento de poblacion en el Oeste, no se habia modificado en nada el sistema judicial en aquel departamento desde 1807, es decir, desde que se dispuso que Ohio, Kentucky y Tennessee formasen un solo circuito, siendo el resultado de esto el retraso consiguiente en la administracion de justicia. En 1819, tratóse de corregir la falta proponiendo la aprobacion de un *bill*, por el cual se adoptaba el sistema de tribunales de circuito, y otro cuyo objeto era aumentar el número de jueces del supremo tribunal, mas á pesar de esto nada se habia hecho. En vista de esto, Daniel Webster, nombrado Presidente del Comité de justicia, presentó un *bill* en el que proponia la creacion de tres plazas de jueces agregados, y el arreglo de los cir-

cuitos del Oeste, pero muchos le combatieron; unos bajo el pretexto de que con semejante medida seria demasiado numeroso el Supremo tribunal, y otros fundándose en que no era conveniente tener tantos jueces en el Oeste. A pesar de todo, aprobóse finalmente el *bill* en la Cámara por una considerable mayoría, pero el Senado lo modificó de tal modo, que se suscitaron diferencias entre ambos cuerpos colegisladores, y por muchos esfuerzos que se hicieron se desechó al fin el *bill*.

Por lo demás, el Congreso parecia dispuesto á favorecer las medidas que tenian por objeto introducir mejoras públicas, y durante aquella legislatura se votaron al efecto varias cantidades. Sin entrar aquí en mas pormenores, nos limitaremos á decir que la ejecucion de los planes que se propusieron, se confirió al departamento de la

1826. guerra. Aprobáronse luego los presupuestos ordinarios con arreglo al programa del Presidente, pero la oposicion consiguió que se dejara en suspenso un *bill* por el cual se consignaba cierta cantidad destinada á pensionar á los veteranos de la revolucion. No podia fundarse esto en el mal estado de la hacienda, y el haberse desechado semejante medida hasta para demostrar que la oposicion estaba resuelta á no perdonar medio alguno tratándose de combatir los proyectos del Gobierno.

El Congreso se cerró el 22 de mayo, aplazándose las sesiones hasta el primer lunes de diciembre siguiente.

Aquel año fué memorable en los anales de nuestra historia por la muerte de dos de aquellos hombres distinguidos que habian tomado parte en la gloriosa lucha por la libertad, y servido despues el mas elevado cargo de la nacion. Pero lo mas extraño, y lo que mas llamó la atencion, fué que Tomás Jefferson

y Juan Adams, el uno cuya pluma habia redactado la Declaracion de la Independencia y el otro cuya elocuente palabra la habia defendido en el Congreso constitucional, murieron en el mismo dia, precisamente en la misma fecha en que debia celebrarse el quincuagésimo aniversario de nuestra independencia nacional. El 4 de julio de 1826, fué pues un dia digno de recordarse, y no es de estrañar que toda la nacion se pusiera en movimiento, y que los hombres mas notables del pais discutieran en aquella ocasion acerca de los asombrosos acontecimientos que habian tenido lugar en el último medio siglo. No nos queda suficiente espacio para entrar en detalles acerca de las honras fúnebres que se hicieron á la memoria de Adams y de Jefferson, mas no podemos menos de dar un extracto del discurso que pronunció Daniel Webster en elogio de aquellos dos eminentes patriotas de nuestra moderna historia, discurso que se leyó en Boston el 2 de agosto de 1826 (*). Decia así:

«Nunca hombre alguno, amigos compatriotas, sirvió á su pais con tanto interés como aquellos á cuya memoria tributais ahora una prueba de respeto. Ni Adams ni Jefferson tuvieron nunca la idea de enriquecerse á costa de su pais cuando desempeñaron sus elevados cargos; jamás se dejaron dominar por la sórdida avaricia, y la prueba es que no han dejado á sus hijos mas herencia que su fama y su buen nombre. Amigos mios, no molestaré mas vuestra atencion al rendir este débil tributo de respeto á la memoria de los ilustres finados; su mas elevada, su mas grata recompensa debió ser para ellos el que re-

(*) Guillermo Wirt pronunció tambien un elocuente discurso, refiriendo á grandes rasgos la vida y hechos de aquellos dos hombres notables. Este discurso se dirigió á la Cámara de Representantes en 19 de octubre de 1826, á invitacion de los ciudadanos de Washington. Véase la *Elocuencia americana*, por Woore, vol. II, págs. 443-60.

Mr. Adams en su mensaje, sin repetir ninguna de las del anterior, de que tan poco caso se habia hecho, era la principal un proyecto para aumentar la armada y llevar á cabo ciertas obras de utilidad pública.

De nuevo se propuso la adopcion de una ley de quiebras, mas todo fué en vano, pues la mayoría alegó que si bien semejante ley beneficiaria á los comerciantes ricos de los puertos del Atlántico, perjudicaria en cambio á los demás. Otro *bill* cuyo objeto era aumentar los derechos sobre los géneros de lana que se importaran, á fin de proteger la fabricacion americana, fué aprobado en la Cámara de Representantes, pero lo desechó el Senado, solo por el voto decisivo del Vicepresidente. En cumplimiento de las recomendaciones del Presidente, se consignaron varias cantidades para mejoras públicas, acordándose asimismo que se satisficieran seis anualidades á razon de quinientos mil duros una, destinada al aumento de la armada. La cuestion de conceder pensiones á los que habian servido durante la revolucion no se resolvió como era de esperar; el asunto del comercio colonial de la Gran Bretaña, ocupó tambien la atencion de ambas Cámaras, y se presentaron varios *bills* á fin de hacer un arreglo satisfactorio, pero no se obtuvo resultado alguno y la cuestion quedó sin resolver. La verdad es, que como predominaba el espíritu de partido, se habló mucho y no se hizo nada. La legislatura dió por terminadas sus sesiones el 3 de marzo, dejando pendientes una infinidad de proyectos (*).

Poco despues de cerrarse el Congreso, se produjo cierta escitacion á consecuencia de

(*) Siendo Mr. Calhoun Secretario de la Guerra, se le dirigieron ciertos cargos, y habiendo solicitado que se abriese un informe por el comité de la Cámara, quedó completamente reconocida su probidad.

la calumnia que se fraguó contra Mr. Clay, á quien se acusaba de haber contribuido á la eleccion de Mr. Adams, valiéndose de medios ilícitos para beneficiarse á sí propio, y la oposicion, perfectamente organizada, se valió de aquel arma poderosa para atacar al Gobierno, favoreciendo al propio tiempo á Jackson, á quien, segun ya hemos dicho, apoyaba todo el partido democrático. No entraremos en los pormenores de esta *gran conspiracion*, como la llamaron los amigos de Mr. Clay; nos limitaremos por lo tanto á decir que el general Jackson trató de eludir la responsabilidad en una carta dirigida á Mr. Carter Beverley, de Virginia, y que poco despues, al hablar de Buchanan, (Presidente de los Estados-Unidos en 1857) dijo que era uno de los miembros respetables del Congreso, que le habia hecho proposiciones sobre nombrar á Mr. Clay Secretario de Estado en el caso de ejercer éste su influencia en favor de Jackson. Cuando se publicó la carta de Buchanan referente á este asunto, quedó probado hasta la evidencia, aun para los mas incrédulos, que Mr. Clay habia sido calumniado, y que en nada podian fundarse los indignos cargos que tan gratuitamente se le dirigieran. Sin embargo, como la falsía consigue muchas veces oscurecer la luz de la verdad, favoreciendo los propósitos de los que se valen de ella, perjudicaron mucho al Gobierno los ataques de sus enemigos, y Clay hubo de perder las esperanzas de adelantar en su carrera política (*).

Durante aquella empeñada lucha política, procedióse á la eleccion de diputados, y como era de esperar, el resultado **1827.** demostró que la oposicion iba ganando terreno en ambas Cámaras. En el Senado se ha-

(*) Mr. Clay publicó un folleto sobre este asunto, en el cual presentaba testimonios irrecusables para probar completamente su inocencia, justificando su conducta.

conocierais sus méritos, dispensándoles una afectuosa gratitud por sus eminentes y largos servicios. No es mi voz; es este silencio, este concurso inmenso, estas solemnes ceremonias, y ese pueblo que se agrupa á nuestro alrededor, lo que mas que todo hace el elogio de los hombres notables cuya pérdida deploramos. Su fama es imperecedera; nada ni nadie puede atentar contra ella!

«La altura á que nos hemos elevado, y el lugar que ocupamos en el mundo, es una cuestion que no debemos omitir aquí; ni los hombres ni las naciones, pueden cumplir debidamente la mision á que están destinados, si no comprenden su importancia y saben cumplir sus deberes. No es el deseo de infatuar la vanidad nacional, ni tampoco el de acrecentar vuestro orgullo, sino el de haceros comprender cuál es vuestra situacion entre las demás naciones de la tierra, lo que me obliga á dirigiros la palabra en este sentido. Nadie puede negar que en América ha comenzado una nueva era que se distingue por su Gobierno representativo, por su libertad religiosa, por su sistema de relaciones internacionales, por ese espíritu de investigacion que distingue á nuestro pueblo, y por esa difusion de los conocimientos humanos á que se deben los rápidos progresos del pais. América, amigos míos, tiene ahora grandes intereses que defender, y advertid que nuestro deber es hacerlo, pues cuando aquellos se pierdan, será inevitable nuestra ruina. Así pues, no olvidando jamás que de nosotros depende la prosperidad del pais, cumplamos noblemente los deberes que nuestra situacion nos impone. Si practicamos la virtud y los principios de nuestros padres, el cielo nos ayudará á llevar á cabo la grandiosa obra que nos está encomendada. Tenemos sublimes ejemplos ante nosotros: el brillante res-

plandor del firmamento ilumina la senda por donde debemos dirigir nuestros pasos; Washington es el astro que nos debe servir de norte, á él se han unido otras estrellas que forman la constelacion americana, que giran en su centro é irradian su brillante luz sobre nosotros; sigamos ese rastro luminoso hasta tanto que llegue el término de nuestra existencia, y entonces, encomendemos la suerte de nuestro querido pais á la proteccion del Altísimo.»

Mientras estaba cerrado el Congreso, celebróse en Washington un convenio de comercio y navegacion con la América central, bajo condiciones tan liberales como ventajosas. El contrato se hizo por doce años, y fué ratificado por el Presidente en 28 de octubre (*).

La segunda legislatura del décimo nono Congreso comenzó el 4 de diciembre y en el mismo dia, remitió el Presidente á la Cámara su segundo mensaje anual. Decíase en él que las relaciones extranjeras eran favorables con los Países-Bajos, Dinamarca y otras potencias, si bien debian resolverse aun ciertas cuestiones importantes con la Gran Bretaña y Francia. Al hablar de la hacienda, el Presidente anunciaba al Congreso que aunque las rentas del año anterior no habian ascendido á lo que se esperaba, habíanse aplicado siete millones de duros al pago de la deuda pública, además de cuatro millones destinados á satisfacer los intereses, y que el sobrante á fin de año se esperaba sería de un millon doscientos mil duros. Entre las diversas recomendaciones que hacia

1826.

(*) En el año 1826, fué cuando la conducta de Morgan dió lugar al movimiento anti-masónico, que produjo cierta escitacion por las medidas que fué preciso adoptar. Por espacio de tres ó cuatro años se estuvo hablando públicamente de la fraternidad masónica, y muchos politicos trataron de sacar partido de este asunto para sus fines particulares.

llaban, Webster, Hayne, Woodbury, Tyler, Harrison, Van Buren, Benton y otros, mientras en la Cámara, contábanse entre sus numerosos miembros hombres tales como Buchanan, Everett, Dwight, Cambreling, Rives, Polk, M'Duffie, Stevenson y Livingston. En aquel estado de cosas, no era muy lisonjera la perspectiva que se ofrecía al Gobierno.

El vigésimo Congreso celebró su primera sesión el 3 de diciembre de 1827: doscientos siete diputados contestaron á sus nombres al pasarse lista en la Cámara, resultando solo seis ausentes, mientras en el Senado no faltaron sino dos, lo cual basta para demostrar con qué ánsia se deseaba renovar la lucha parlamentaria. La primera discusión tuvo lugar cuando se trató de elegir el presidente de la Cámara, pero Mr. Stevenson, de Virginia, ganó al fin la votación, por una escasa mayoría, contra Mr. Taylor, á quien se consideraba como uno de los primeros diputados de la oposición.

Al día siguiente remitió Mr. Adams su mensaje anual, que como los demás era muy extenso y trataba de las cuestiones que con preferencia debía tomar en consideración la legislatura nacional. Hablábese en primer lugar de las relaciones éstrangeras, que según el Presidente eran favorables, y al dar cuenta del estado de la hacienda, se anunciaba que atendidas las circunstancias no podía ser este más lisonjero, pues aun cuando escedían un poco los gastos á los ingresos, debíase esto á que de los veintidos millones trescientos mil duros se habían pagado más de seis millones por cuenta de la deuda. Esperábase, sin embargo, que á fines de año quedaría en el Tesoro un sobrante de cinco millones quinientos mil duros. El Presidente manifestaba después que se habían apaciguado ya ciertos disturbios ocurridos

con los indios en la frontera Norte-Occidental, y se recomendaban al Congreso varios proyectos de mejoras públicas, el aumento de la armada y la creación de una escuela naval. Mr. Adams terminaba su mensaje indicando que más bien como un deber de justicia que de gratitud, convendría recompensar á los veteranos de la guerra de la revolución.

Durante aquella legislatura se discutió acerca de la cuestión de tarifas, y los proteccionistas y sus contrarios pusieron en juego su elocuencia para favorecer ó condenar el llamado *Sistema americano*. En el transcurso del verano, se reunieron convenciones en Harrisburg, y en Columbia (Carolina del Sur); en el primero de dichos puntos, los amigos de Mr. Clay apoyaron la revisión de las tarifas, con el objeto de favorecer los intereses del país, y en el segundo se combatió, alegando que semejante medida, si bien podría beneficiar á los capitalistas del Norte, perjudicaría gravemente á los del Sur. Esta trascendental cuestión ocupó á la Cámara exclusivamente desde 1.º de febrero hasta el 22 de abril en que se aprobó un *bill* presentado por el Comité respectivo, pero modificándolo de tal modo que no satisfacía los deseos de los proteccionistas. El Senado prestó también su aprobación en 13 mayo, por veintiseis votos contra veintinueve, con varias enmiendas que no alteraban esencialmente el proyecto. Todos los Estados del Sur, votaron contra el *bill*, y con ellos Maine, New-Hampshire, Massachusetts, Connecticut y Rhode-Island, pero en estos últimos hubo alguna división. Por este proyecto, según dice Mr. Pitkin, el sistema se aplicó esencialmente á las lanas, pues varias clases de tejidos se recargaron con un derecho de cuarenta y cinco ó cincuenta por ciento, sobre el minimum de su valor. También se

aumentaron los derechos sobre el hierro, el cobre y otros artículos, y el precio mínimo de los algodones se elevó á treinta y cinco céntimos la vara cuadrada. Muchos comerciantes del país combatieron la política de esta medida, y la mayor parte del pueblo discutió acerca de su constitucionalidad, y en resumen puede asegurarse que no fué satisfactoria para amigos ni enemigos.

Mr. Benton, en su *Revista de los treinta años*, consagra un capítulo al asunto de la revisión de tarifas, y al demostrar que era una medida que deseaban adoptar solo los fabricantes capitalistas y algunos políticos, se expresa en estos términos: «El Sur creyó que con aquel sistema se le empobrecía para enriquecer al Norte, y á la verdad que era muy extraño el resultado que había venido observándose en aquellos dos puntos de la Union. Cuando los Estados no eran sino colonias, las del Sur pasaban por las más ricas y de las que más se esperaba una vez proclamada la independencia; contaban con las esportaciones, y por decirlo así, tenían asegurada la prosperidad; mas no sucedía así al Norte, cuyos recursos agrícolas eran escasos, y que no esperaba sino privaciones cuando se le retirara el favor de Inglaterra. Sin embargo, en el medio siglo trascurrido después de la proclamación de la independencia se trocaron los papeles: la riqueza del Norte iba acrecentando, mientras disminuía la del Sur, y sus ciudades fueron engrandeciéndose mientras las otras decaían, de tal modo que Charleston, uno de los principales puertos del Sur, era menos importante últimamente que antes de la revolución. El Norte se convirtió en una especie de prestamista del Sur, cuyos ciudadanos hacían peregrinaciones al primero de dichos puntos, para tomar dinero, hipotecando sus fincas. Nadie hubiera dicho seguramente

que el Sur había esportado desde la revolución por valor de ochocientos millones de duros, es decir, una suma igual al producto de las minas de Méjico desde los tiempos de Cortés, y dos ó tres veces mayor que el producto de las mismas en cincuenta años! Los Estados del Sur atribuyeron este resultado á la acción del Gobierno federal, es decir, al sistema de imponer derechos sobre la industria en una parte de la Union y en la otra no, y especialmente á las tarifas protectoras; pero aun cuando esto fuera así en cierto modo, no debía achacarse solamente á la razón espuesta, y esto se prueba evidentemente por el hecho de que el sistema proteccionista no había estado en vigor sino muy poco tiempo, es decir, desde el año 1816, mucho después de haber variado la situación del Norte y del Sur. Otras causas pudieron influir en el cambio, mas ahora solo debemos fijarnos en la ya conocida, y aun no admitiendo que el sistema no hubiese causado todo el daño de que se quejaba el Sur, convengamos en que perjudicó lo bastante para que le condenaran los amantes de la justicia é igualdad entre los Estados, los que deseaban la armonía y estabilidad de la Union, los enemigos de las combinaciones maquiavélicas entre los partidarios políticos y la legislatura nacional. Esta era al menos la opinión en el grupo más numeroso del partido democrático que votó la tarifa de 1828, y que estaba dispuesto á obrar conforme á sus ideas cuando cayera del poder el partido político que apoyaba el sistema proteccionista, caída que se creía segura en la futura elección presidencial.»

Otra de las cuestiones que ocupó muy principalmente la atención del Congreso, fué la de economías, tema favorito de los aspirantes á políticos y que escitará siempre la atención del pueblo. Mr. Chilton, de Ken-

tucky, fué el que promovió el debate, y se nombró desde luego un Comité, cuya mayoría, despues de haberse discutido mucho, presentó un informe declarando que no se administraban prudentemente los intereses del Estado. Mrs. Everett y Sergeant, minoría del Comité, y los dos únicos amigos del Gobierno, presentaron un segundo informe, que como era de esperar, presentaba las cosas bajo distinto aspecto, probando que los intereses del pais se habian administrado económicamente y con el mayor acierto. Todo esto era puramente una cuestion política, pues así como la oposicion no tenia otro objeto que desacreditar al Gobierno, proponíanse solo los amigos de éste defenderle en aquel terreno.

Con el fin de corregir ciertos defectos en el modo de proceder de los tribunales federalistas de los Estados, admitidos en la Union desde 1789, aprobóse en el Senado, despues de una empeñada discusion, un *bill*, el cual pasó luego á la Cámara, que tambien lo aceptó con una ligera enmienda respecto á Louisiana. Despues se votó al fin cierta cantidad para pensionar á los veteranos de la revolucion (*), y otra para continuar el camino de Cumberland. Segun costumbre, se discutió largamente acerca de la constitucionalidad de las mejoras públicas, pero debemos confesar que los honorables miembros parecian atender mas á los compromisos con sus constituyentes y á sus miras políticas, que á fijarse en las medidas que convendria adoptar para resolver tan importante cuestion.

Tratóse tambien de otros asuntos, tales como la navegacion del San Lorenzo, la cuestion de limites, las reclamaciones de los

(*) Sobre este asunto pronunció Daniel Webster en abril de 1828, uno de sus discursos mas brillantes, digno de la atencion del lector.

ciudadanos de América por las pérdidas sufridas en su comercio, y otros proyectos de que no creemos necesario dar aqui pormenores. El Congreso se cerró el 26 de mayo, y los miembros volvieron á sus casas, preparados á continuar la empeñada lucha que ya habia empezado respecto á la eleccion presidencial (*).

Aquella debia ser una batalla en que iban á entrar en juego todos los elementos políticos, y en la que no escasearian seguramente los vergonzosos abusos, las indignas imputaciones y las mezquinas intrigas que deben repugnar á los hombres de reconocida rectitud, que solo se interesan por el bien de su patria. El resultado fué el mismo con que ya contaba el partido democrático: el general Jackson obtuvo ciento setenta y ocho votos entre los doscientos sesenta y uno que componian el total, y Juan Quincy Adams solo alcanzó ochenta y tres, es decir, menos de la mitad de los que resultaban á favor de su victorioso rival. Mr. Calhoun fué elegido de nuevo Vice-presidente.

La segunda legislatura del vigésimo Congreso comenzó en 1.º de diciembre de 1828, en cuyo dia se recibió el ménsaje del Presidente, que como los otros, y sobre todo por considerarlo el último, era muy extenso y hablaba de todos aquellos asuntos mas importantes de que se debia dar cuenta al Congreso

(*) El general Brown, que tenia el grado de comandante en jefe, murió en 24 de febrero de 1828; el general Scott y el general Gades, nombrados en la misma fecha, tenian igual derecho á ocupar la vacante, pero el Gobierno, no queriendo dar á ninguno la preferencia, designó para dicho cargo al general Macomb. La Cámara aprobó luego un *bill*, cuyo objeto era suprimir el cargo de mayor general, pero lo desechó el Senado. Entonces el general Scott, resentido por la conducta del Secretario de la Guerra, rehusó obedecer las órdenes de Macomb, y habiéndosele suspendido en su destino, hizo un viaje á Francia, donde vió á Lafayette, el cual le aconsejó que volviera al ejército. A la muerte de Macomb, ocurrida en 1841, Scott fué nombrado comandante en jefe del ejército de los Estados-Unidos.

en concepto del Poder Ejecutivo. Hablábase en primer lugar del estado de las relaciones con las potencias extranjeras, de la guerra que acababa de estallar entre Rusia y Turquía, de la probabilidad de obtener una indemnización de Francia por las depredaciones cometidas contra el comercio americano, de la cuestión de límites, y por último, de las relaciones con la Gran Bretaña. Sobre la hacienda, decía el Presidente que se hallaba en favorables condiciones; los ingresos habían producido dos millones más de lo que se esperaba, pero los gastos ascendían en un millón quinientos mil duros con motivo de haberse satisfecho nueve millones por cuenta de la deuda pública, calculándose no obstante que á fines del año corriente quedaria un sobrante de cinco millones, en cuya fecha quedaba reducida la deuda á cincuenta y ocho millones de duros.

Los amigos del Presidente, así como también sus enemigos, habían estrañado que en sus primeros mensajes no hablara éste de la cuestión de tarifas, pero Mr. Adams trató de remediar en el último este descuido.

1828. Tomando por ejemplo la política comercial de la Gran Bretaña, indicó que el Gobierno estaba en el deber de obrar conforme á los principios sancionados por el *bill* de tarifas aprobado en la legislatura anterior, al que esperaba se adhiriesen todas las autoridades de la Union. En el resto del mensaje se trataba de la situación de los indios que residían dentro del territorio de los Estados-Unidos; de la conveniencia de fortificar las costas y aumentar las fuerzas de la armada; de lo útil que sería perfeccionasen en la táctica los oficiales del ejército y la marina, y de la necesidad de comenzar los trabajos preparatorios para formar el cuarto censo de población. El Presidente concluía asegurando que deseaba que el

Congreso adoptase las medidas recomendadas, y que por su parte contribuiría por cuantos medios estuviesen á su alcance en todo aquello que tuviese por objeto el bienestar del país. Aun cuando se sabía de público, Mr. Adams no hizo alusión alguna al hecho de que aquella era la última vez que se dirigía al Congreso como Presidente de los Estados-Unidos.

Como aquella legislatura fué una de las más cortas, y se acercaba también el término de la primera administración de Mr. Adams, apenas se hizo nada de importancia. Aprobáronse en ambas Cámaras varios *bills* para favorecer los intereses de la navegación; otro que tenía por objeto suprimir ciertos derechos sobre los buques americanos y los de otras potencias que tuviesen tratados con los Estados-Unidos, se desechó en el Senado, y por último votáronse considerables cantidades para mejoras públicas, que al fin se aprobaron en ambas Cámaras por grandes mayorías. La continuación del camino de Cumberland y la cesión condicional del mismo á los diversos Estados por cuyos límites atravesara, promovió un debate que ocupó la mayor parte de su tiempo á la legislatura. Estos son los principales asuntos que tomó en consideración el Congreso; presentáronse también otros *bills*, y entre ellos, uno referente á las economías, pero no hubo tiempo de discutirlos y por lo tanto quedaron pendientes de resolución.

El 3 de marzo de 1829, se cerró el vigésimo Congreso, y en dicho día cumplíase también el primer plazo de la administración de Mr. Juan Quincy Adams. A causa de una enojosa correspondencia que éste había tenido con los hombres más notables de Boston, con motivo de la conducta observada por Mr. Adams cuando creyó que los federalistas trataban de conseguir que se disolviese la

Union, (Véase la página 493 del tomo II,) el ex-Presidente prefirió permanecer en la capital, donde residió algun tiempo.

Al pasar en revista la administracion del sexto Presidente, debe observarse que la cuestion de partidos dió lugar á que éste tuviera mas enemigos que ninguno de los Gobiernos anteriores. En la Cámara, la mayoría se pronunció contra él, y en el Senado la mitad de los miembros, cuando menos, se opuso siempre á sus medidas. Cualesquiera que fuesen las faltas y errores de Mr. Adams, es lo cierto que se condujo con rectitud y que obró con tanto acierto é inteligencia como sus predecesores; Mr. Adams habia trabajado siempre con el mayor celo en favor de los intereses de su pais, y esto lo sabian

todos sin escepcion; pero no era un hombre popular; su instruccion, su talento y su ardiente patriotismo, nunca produjeron el efecto que era de esperar, y no es extraño por lo tanto que al presentarse como rival suyo Andrés Jackson, á quien admiraba el pueblo por su valor, por su audacia y energia, saliese éste victorioso en la eleccion Presidencial. La futura conducta de Mr. Adams demostró cuánta era la pureza de sus principios y su deseo de servir al pais en cualquiera situacion que se hallase; en nuestro concepto, puede asegurarse sin temor á la contradiccion, que fué uno de esos nobles patriotas de que podian enorgullecerse los Estados-Unionados presentándolo como modelo á las futuras generaciones.



Andrew Jackson

LIBRO SÉPTIMO.

DESDE LA ADMINISTRACION DE ANDRÉS JACKSON

HASTA LA
ADMINISTRACION DE JACOBO BUCHANAN.

1829 á 1857.

CAPÍTULO PRIMERO.

1829 — 1832.

LOS PRIMEROS TRES AÑOS DE LA ADMINISTRACION DE JACKSON.

Andrés Jackson toma posesion de la Presidencia.—Su manifiesto.—El nuevo Gabinete.—Proyectos del Gobierno.—Economías y reformas.—Movimiento del personal de empleados.—Opiniones de Mr. Benton.—El Congreso vigésimo primero.—El mensaje del Presidente.—La cuestion de las tierras públicas.—La proposicion de M. Foot en el Senado.—Debates.—Discursos que se pronunciaron.—Revision de la tarifa.—Conducta del Senado respecto á los nombramientos del Presidente.—Proyecto económico.—Los indios se trasladan al territorio Oeste del Mississippi.—Cuestion del banco de los Estados-Unidos.—El quinto censo.—Se reúne el Congreso.—El mensaje.—Mejoras públicas.—Correspondencia entre Calhoun y Jackson.—Disturbios en el Gabinete.—Nombramiento de otro.—El Congreso vigésimo segundo.—El mensaje.—El Senado rehusa aprobar el nombramiento de Van-Buren como ministro en Inglaterra.—Resultado del censo.—Controversia sobre la cuestion del banco.—El Senado y la Cámara aprueban los *bills* para renovar la carta del banco.—El *veto* de Jackson.—Otras cuestiones.

La toma de posesion del séptimo Presidente de los Estados-Unidos, tuvo lugar con todas las ceremonias que dan mayor realce é interés á este importante acontecimiento de nuestra historia nacional. Habiendo llegado á Washington con un mes de anticipacion, y hechos todos los preparativos necesarios, Andrés Jackson se presentó el 4 de marzo en el Capitolio, y ante un inmenso concurso, entregó su manifiesto inaugural, que era breve, conciso, y espresaba con toda claridad cuáles eran las opiniones del Jefe del Poder Ejecutivo, y la política que se proponia observar al empuñar las riendas del Gobierno. No nos queda espacio para copiar sino dos ó tres párrafos, que bastarán para formar una idea de este documento.

«Ciudadanos : al tomar posesion del importante cargo que debo á la eleccion de un pueblo libre, aprovecho esta oportunidad, para espresaros mi agradecimiento por la confianza que habeis depositado en mí, y reconociendo cuánto me honrais al dispensarme vuestros favores, solo puedo aseguraros que en cambio contribuiré por cuantos medios estén á mi alcance á favorecer los intereses de la patria.

» Al adoptar ciertas medidas respecto á los derechos de los diversos Estados, procuraré siempre respetarlos, cuidando de que no se confundan con aquellos de la Confederacion.

» La administracion de las rentas públicas, ese ramo tan importante para todos los Go-



biernos, será uno de los primeros en que fije mi atención, teniendo en cuenta que la más estricta economía producirá seguramente los más felices resultados. Yo me ocuparé especialmente de este asunto, tanto porque así estinguiremos, cuanto antes, la deuda nacional, incompatible siempre con la verdadera independencia, como porque se evitarán los abusos, hijos del despilfarro de algunos Gobiernos. Las disposiciones adoptadas por la sabiduría de Congreso, me facilitarán los medios de llevar á cabo tan importante medida.

.....,

»El sentimiento público basta para dar á conocer que uno de los principales deberes del Poder Ejecutivo, es introducir una REFORMA, cuyo objeto será, especialmente, corregir ciertos abusos, que han puesto en peligro el patronato del Gobierno federal y la libertad de elecciones, impidiendo asimismo que ciertos cargos sean desempeñados por personas incompetentes ó de mala fe.

»Yo procuraré elegir hombres cuya actividad y talento sean una garantía de su eficaz cooperación en obsequio del servicio público, contando más con la integridad y celo de los funcionarios públicos, que con su número.

»Desconfiando, acaso con demasiada razón, de mi aptitud y de mis fuerzas, procuraré seguir el ejemplo que me han dejado mis ilustres antecesores, respetando el profundo talento de aquellos que reformaron nuestro sistema. Esta misma desconfianza me inducirá á solicitar el auxilio de los hombres del Gobierno, y el apoyo de mis compatriotas en general, confiando siempre en esa Divina Providencia que nos ha protegido siempre desde nuestra infancia en medio de las numerosas vicisitudes, por que atravesaron nuestros padres.»

Terminada la lectura del manifiesto, Jackson prestó el juramento de costumbre ante el Jefe de Justicia Marshall, que tantas veces había asistido á esta clase de ceremonias; y como el Senado estaba en sesión, el nuevo Presidente remitió acto continuo la lista de las personas que debían componer su Gabinete. A Martin Van Buren, entonces gobernador de Nueva-York, se le nombraba Secretario de Estado; á Samuel D. Ingham, de Pennsylvania, Secretario del Tesoro; á Juan H. Eaton, del Tennessee, de la Guerra; á Juan Branch, de la Carolina del Norte, de la Armada; á Juan M. Berrien, de Georgia, de Hacienda, y á Guillermo T. Barry, de Kentucky, director general de correos. Este último destino lo desempeñaba Mr. M. Lean, nombrado antes por Mr. Monroe, y partidario del nuevo Gobierno, por cuya razón, cuando ocurrió una vacante en el Tribunal Supremo por muerte de Mr. Trimble (*), se nombró á Mr. M. Lean para que la ocupara, previa la aprobación del Senado, que terminó sus sesiones extraordinarias el 18 de marzo, después de confirmar cuantos nombramientos se le presentaron.

El nuevo Gobierno entró en el desempeño de sus funciones bajo los más favorables auspicios: como el general Jackson se había dedicado muy poco tiempo á la vida pública, no tenía opinión fija sobre ninguna línea de política, pero sabíase que fué uno de los que aconsejó á Monroe, que dejando á un lado partidos y distinciones, obrase como Presidente absoluto de los Estados-Unidos. Era pues llegada la hora de adoptar una verdadera política nacional, gobernando bajo prin-

(*) Trimble murió en agosto de 1828. Al comenzarse la legislatura en diciembre de dicho año, Mr. Adams nombró á Mr. Crittenden de Kentucky para ocupar la vacante, pero la oposición, que estaba en mayoría en el Senado, rehusó aprobar el nombramiento.

cipios por los cuales se reconociesen los derechos y privilegios tanto de la mayoría como de la minoría entre el pueblo. Economía y reformas era lo que todos pedían en las últimas elecciones, y por lo tanto el nuevo Presidente debía satisfacer los deseos de su partido. Lo único que faltaba saber era si debía entenderse por esto la reducción de gastos en la administración de los intereses públicos, ó si se trataba de separar á honrados funcionarios, que no participasen de las opiniones del Gobierno, para poner en su lugar á otros que profesaran la misma política. Ya **1829.** se comprenderá que tanto los empleados como los que esperaban obtener un destino, esperaban con ánsia que se resolviese la cuestión de reforma de que había hablado Jackson en su manifiesto.

El Presidente no dejó mucho tiempo al país en la duda respecto á lo que tanto él como el partido democrático entendían por reformas y economías. El plan no era otro sino separar á todos los empleados públicos, que fueran amigos ó partidarios de Mr. Adams, ó que profesasen sus mismas ideas en política, colocando en su lugar otros de los que hubiesen apoyado al general Jackson en la última elección, por cuyo medio quedaba probado evidentemente, que los destinos del Gobierno serían en adelante la recompensa de los amigos de aquel; *que á los vencedores pertenecían los despojos*, y que desde el primero hasta el último cargo del Estado, ninguno podía esperar conservar su plaza como no fuese amigo y favorecedor del partido dominante. A fin de llevar á efecto su plan, hé aquí lo que hizo el Presidente antes de reunirse el Congreso en aquel año: nombráronse cuatro nuevos ministros plenipotenciarios; dos encargados de negocios, y cuatro Secretarios de legación; en diez y seis Estados se cambiaron las primeras autorida-

des y oficiales de hacienda, separáronse igualmente cuarenta y ocho recaudadores de contribuciones, una porción de oficiales de la armada y otros muchos funcionarios, á fin de colocar en su puesto nuevos empleados; también quedaron cesantes veintiseis registradores de la propiedad, nombráronse veintiun cónsules nuevos, y solo en el departamento de Washington, hubo cuarenta y seis separaciones. De este modo, mientras estuvo cerrado el Congreso, es decir, en el espacio de nueve meses, quedaron sin destino ciento sesenta y siete empleados, haciéndose otros tantos nombramientos en los cuales no podía intervenir el Senado.

Como el administrador general de correos fué considerado desde entonces con el carácter de miembro del Gabinete, comenzaron á efectuarse las *grandes reformas* en aquel departamento, y así es que en el trascurso de un año, quedaron sin destino cuatrocientos noventa administradores de correos, cuyas plazas ocuparon otros; y para que se vea cómo se llevaban á cabo las economías, añadiremos que en once Estados ó territorios de los que habían votado en favor de Adams, se contaron hasta trescientas diez y nueve separaciones, mientras que en diez y siete Estados de los que apoyaron á Jackson, solo hubo sesenta y una. Resulta pues, que durante el primer año de la nueva administración, hubo al pié de setecientas cesantías y con esto quedó plenamente demostrado lo que entendía el Presidente y su partido por *economías y reformas* (*).

(*) Será oportuno consignar aquí, al hablar de las economías de Mr. Jackson, que aunque Mr. Jefferson inauguró este sistema, que adoptaron luego los demás Presidentes, no dejó cesantes sino á treinta y nueve empleados en el espacio de ocho años. Juan Adams solo separó á diez durante cuatro años; Washington nueve; Madison cinco; Monroe nueve y Juan Quincy Adams, dos, lo cual hacía un total de setenta y cuatro separaciones entre los seis Presidentes, pero la mayor parte de ellas por una causa justificada.

Al hablar así, no nos proponemos sino dar cuenta del *hecho*: comprendemos perfectamente que era lícito lo que hizo el general Jackson, cuya conducta aprobó el partido democrático, y sabemos también que una de las primeras medidas que adoptan todos los partidos, cuando suben al poder, es cambiar todos los empleados de la administración. Sin embargo, permitásenos decir, que fué un error por parte del Presidente adoptar un plan que por desgracia se han apresurado á seguir cuantos le sucedieron.

El senador Benton, que nos da cuenta de todo esto, defiende por su parte la conducta y política de Andrés Jackson, de quien era partidario, y á fin de que el lector conozca sus opiniones copiaremos dos ó tres párrafos de su *Revista de los treinta años*.

Después de consignar que no obstante las muchas separaciones que se hicieron, el general Jackson dejó á miles de empleados en sus puestos, Mr. Benton dice lo que sigue: «El nuevo Presidente entró en el ejercicio de su cargo, bajo circunstancias que debían inducirle á separar á muchos funcionarios. En primer lugar, ninguno de sus amigos políticos, que formaban una gran mayoría del pueblo, había obtenido destino alguno con el anterior Gobierno, y semejante esclusión no podía justificarse por ningún concepto. La elección de Jackson fué en cierto modo una revolución de partidos, ó más bien, un restablecimiento de ellos en el sentido federal y democrático; aquel fué un cambio de administración, en el que era necesaria, é indispensable hasta cierto punto, la separación de funcionarios; mas aun prescindiendo de esto, debe tenerse en cuenta que muchos empleados no se quedaron sin destino por sus ideas políticas, sino porque real y verdaderamente había motivo suficiente para separarlos.»

Mr. Benton añade que los oficiales del Gobierno, amigos de Enrique Clay, se mostraron muy activos en las últimas elecciones, y dice con este motivo: «Al principio no eran combatientes, pero luego debieron considerarse como tales, al tomar parte en la elección, quedando por lo tanto sujetos á la ley de la victoria ó de la derrota; es decir, á obtener un ascenso ó perder el destino. Además de esto, al subir al poder el general Jackson, su posición era muy distinta con respecto á los partidos, que la de todos los demás Presidentes, desde los tiempos de Jefferson, á quien tomó por modelo, proponiéndose seguir la misma política. Jackson separó ciertamente á muchos, pero no á tantos que no dejara en su destino á una mayoría dispuesta á votar contra él en la primera ocasión, y esto sucedió hasta en el departamento ejecutivo de la ciudad de Washington.»

Tal es la defensa que del general Jackson hace Mr. Benton, y á no dudarle es la mejor que puede hacerse, pero aun el mismo no desconoce cuán perjudicial es la adopción de semejante sistema. La costumbre de separar á funcionarios solo por las opiniones que profesan, se ha generalizado mucho y convierte las elecciones, según dijo muy bien Mr. Jefferson, en una lucha de destinos y no de principios. «En mi concepto, dice Mr. Benton, ese sistema adoptado por los diversos partidos, que consiste en cambiar todos los empleados de la administración, es un gran mal político en nuestro país, perjudicial para los individuos, para el servicio público y las elecciones, así como también para la armonía y unión del pueblo..... La lucha electoral no tiene en este caso otro objeto que el de subir al poder para conceder destinos; el Gobierno se degrada, y el pueblo se divide en dos ó más partidos que están en lucha continuamente, para derribarse uno á

otro..... Yo he combatido siempre este sistema, porque sus consecuencias son deplorables en todos sentidos, tanto mas cuanto que con frecuencia la administracion de los negocios públicos encomendada á personas de reconocida aptitud, pasa á manos de otras del todo incompetentes para desempeñar sus respectivos cargos (*).»

El vigésimo primero Congreso celebró su primera sesion en 7 de diciembre de 1829. Habíanse reunido la mayor parte de los miembros en ambas Cámaras, reconociéndose bien pronto que la fuerza estaba de parte del Gobierno por el mero hecho de haberse reelegido á Mr. Andrés Stevenson como presidente de la Cámara por ciento cincuenta y dos votos contra veintiuno que obtuvo Guillermo D. Martin. Al otro dia remitió el Presidente Jackson su primer mensaje anual, que fué leído en ambas Cámaras, documento muy extenso y que redactado con mucha detencion trataba de las relaciones estrangeras y de los asuntos mas importantes para los Estados-Unidos. Entre las principales medidas recomendadas, figuraban en primer término, una enmienda á la Constitucion, respecto á elegir el Presidente, á fin de que esto se hiciera por el pueblo sin la intervencion de los electores, con la condicion de que no se pudiera desempeñar dicho cargo dos veces (**), la revision y modificacion del sistema judicial en los diversos Estados; la reduccion de derechos en los artículos de consumo que no fueran producto del pais, y la reorganizacion del departamento de Estado, etc. Algunos extractos de

(*) Véase la *Revista de los treinta años*, por Benton, vol. I, págs. 159-63, y tambien la *democracia en América*, por Tocqueville, donde se encuentran algunas interesantes sobre este asunto.

(**) Andrés Jackson, sin embargo, así como Tomás Jefferson, de cuyas opiniones parecia participar el sexto Presidente, consintió en ser elegido por segunda vez.

este mensaje, en el que se daba á conocer claramente cuál era la política de Jackson, bastarán para dar á conocer las opiniones del Presidente, sobre los mas importantes asuntos.

Al hablar de su propuesta enmienda á la Constitucion, Jackson emitia sus ideas sobre el asunto de las separaciones que tanto ruido habia hecho, espresándose en estos términos: «Hay pocos hombres acaso que puedan estar en el poder ó desempeñar un cargo por mucho tiempo, sin dejarse dominar por influencias poco favorables al cumplimiento de sus deberes, y no es de estrañar que su integridad y rectitud tenga que sufrir á veces rudas pruebas, prescindiendo de que es fácil adquieran la costumbre de mirar con indiferencia los intereses públicos, tolerando abusos que una persona estraña no consentiria. Los destinos se consideran como una especie de propiedad, y se cree que el Gobierno es mas bien un medio para promover los intereses individuales mas bien que un instrumento para resguardar los intereses del pueblo. Las funciones que deben **1829.** desempeñar los empleados públicos son, ó cuando menos deben ser tan sencillas, que cualquier hombre de inteligencia podria ponerse bien pronto al corriente en ellas, y yo no puedo menos de creer que mas se pierde teniendo á los funcionarios mucho tiempo en su destino que lo que puede ganarse por su esperiencia. Yo someto pues á vuestra consideracion, si no será mas conveniente para el Gobierno, y para los intereses de todos en general, hacer extensiva la ley por la cual se dispone que ciertos funcionarios no desempeñen sus cargos sino por espacio de cuatro años.

»En un pais donde los destinos se crean solo para beneficio del pueblo, ningun hombre puede considerarse con mas derecho que

otro para ocuparlos; los destinos no tienen por objeto á favorecer determinados hombres á espensas del público, y por lo tanto no hay separacion que cause un perjuicio individual, puesto que ni el nombramiento ni la continuacion en el destino debe considerarse como un derecho. El pueblo y solo el pueblo está autorizado para quejarse cuando se separa á un buen empleado para poner á otro que no sirve; el funcionario que se quede sin destino, tiene los mismos medios para ganar la subsistencia que los muchos millones de habitantes que viven sin empleo, y la limitacion que yo propongo desterraria la idea de la propiedad tan generalizada hasta ahora.»

Al hablar de la tarifa, decia el Presidente que no habia sido tan perjudicial para la agricultura y el comercio, ni tan beneficiosa para la industria manufacturera, como era de esperar, que las importaciones extranjeras no disminuian, y aumentaba la competencia en el pais, dando lugar á que el producto fuese mucho mayor, y que por lo tanto bajaban los precios de los artículos, lo cual ocasionaba pérdidas. Al hablar sobre este punto, recomendaba el Presidente que prescindiendo de las preocupaciones locales, se adoptaran medidas para favorecer los grandes intereses de la nacion.

Respecto á la hacienda, decia Jackson que en 1.º de enero de 1829 quedaba en el Tesoro un sobrante de seis millones de duros. Los ingresos durante el año se estimaban en veinticuatro millones seiscientos mil y creíase que los gastos ascenderian á poco mas de veintiseis millones, de modo que del balance se calculaba resultaria una diferencia de cuatro millones quinientos mil, habiéndose pagado doce millones cuatrocientos cinco mil por cuenta de la deuda pública, que no pasaba ya de cuarenta y ocho millones qui-

nientos sesenta y cinco mil cuatrocientos seis duros.

Segun manifestaba Jackson, el haberse sacado repentinamente de los bancos, donde se hallaban depositados, nueve millones de duros, precisamente cuando mas escaseaba el metálico en la plaza, podria perjudicar gravemente ciertos intereses, mal que sin embargo se evitaria por medio de una anticipacion del Tesoro y el auxilio del banco de los Estados-Unidos.

El Presidente indicó que cuando por el progreso del comercio, y sobre todo por la estension de la deuda pública, aumentara la renta, convendria que los sobrantes se repartieran entre los diversos Estados con arreglo á su representacion. Jackson propuso tambien, que haciendo un llamamiento al pueblo, se enmendara la *Carta nacional* en cuantos artículos se creyera conveniente. Al hacer sus observaciones sobre este asunto, dijo el Presidente: «Somos responsables al pais y á la gloriosa causa del Gobierno de la conservacion del bien público: el primitivo plan era que la legislacion respecto á nuestros asuntos interiores, residiese en los Gobiernos de los Estados..... Yo no puedo menos de recomendaros que os abstengais de toda usurpacion en la legítima esfera de la soberanía de los Estados: sostenido por su influencia en el sistema federal no caerá nunca.»

Jackson se estendia luego en observaciones respecto al departamento del Tesoro, hablando principalmente acerca del método empleado para la recaudacion, é indicando que convendria adoptar medidas para poner término á los fraudes que venian cometiéndose. «Llamo la atencion del Congreso sobre este punto, añadia el Presidente, para que, despues de tomados los informes necesarios, veamos qué cargos se pueden suprimir en

obsequio de la economía, y como podrá perfeccionarse la organizacion de ese departamento, regularizando sus operaciones despues de obtenidas las garantías mas convenientes de los agentes públicos.»

El Presidente recomendó además eficazmente que se estableciera la academia de West Point, aconsejando que los beneficios de las pensiones se hicieran estensivos á todos los veteranos de la revolucion sin exceptuar ninguno; hablaba luego de la traslacion de las tribus indias, como medida política, y terminaba su mensaje manifestando su opinion acerca de los bancos de los Estados-Unidos, y haciendo varias observaciones que copiamos á continuacion: «La carta del banco de los Estados-Unidos caduca en 1836, y los accionistas desearán probablemente que se renueve aquella. A fin de evitar los males que produciria la menor precipitacion al tratarse de adoptar una medida en que van envueltos tan importantes principios y considerables intereses, creo que por mucho que nos anticipemos no sobrará tiempo para deliberar sobre este asunto despues de tomarlo en consideracion la legislatura. Muchos de nuestros principales ciudadanos han discutido ya estensamente acerca de la constitucionalidad de la ley, en virtud de la cual se creó el banco; pero debe admitirse por todos que con aquel no se ha conseguido el gran objeto de establecer una circulacion uniforme.

»En este caso, si se cree esencialmente necesaria semejante institucion para las operaciones del Gobierno, la legislatura deberá resolver con su elevado criterio si no seria conveniente crear un banco nacional fundado solo sobre el crédito del Gobierno, del cual se obtendrian todas las utilidades que esperábamos del que existe.»

La cuestion de las tierras públicas, siem-

pre interesante, fué una de las primeras que tomó en consideracion el Congreso, dando lugar á una animada discusion. Debe tenerse en cuenta que á consecuencia de no haberse vendido muchos terrenos 1829. ajustados por los compradores, y á causa de no haber pagado otros sus respectivos plazos, habia aumentado de tal modo la cantidad que se debia al Gobierno en este concepto, que el Congreso aprobó un *bill* para que se declarase libre de todo compromiso á los insolventes, y se rebajara desde dos duros á uno el precio de cada acre, con tal de que el pago se hiciese en el acto de la compra. La práctica de vender á un precio mínimo las tierras que no se sacaban á pública subasta fué causa de que no se presentaran compradores para aquellas de poco valor, y los Gobiernos de los Estados se quejaron naturalmente del sistema adoptado por el Gobierno general, considerándolo como contrario al aumento de su poblacion y de su prosperidad.

Los Estados Occidentales eran los que principalmente se quejaban, pero en 1826 el senador Benton, que era representante de aquellos, propuso un sistema de precios graduales segun el valor de las tierras no vendidas, recomendando asimismo que se cediesen gratuitamente algunos terrenos de poca estension para los pobladores que quisieran establecerse en el país. La proposicion de Mr. Benton fué aprobada unánimemente por dichos Estados, que se mostraron dispuestos á proclamar su exclusiva soberanía sobre las tierras comprendidas en sus límites, segun se demostró claramente por la votacion de la Asamblea general de Indiana, en el mes de enero de 1829.

Parecia necesario que el Gobierno general adoptase algunas disposiciones sobre este asunto, y en consecuencia Mr. Foot de Con-



necticut sometió en 29 de diciembre una proposición al Senado, que después de enmendada decía así: «Acordamos que el Comité de tierras públicas informe acerca del número de las que están por vender en cada Estado ó territorio, y de si será conveniente limitar por un período determinado la venta de aquellas de precio *minimum*. También deberá manifestar si podrá suprimirse sin detrimento de los intereses públicos el cargo de agrimensor general, ó si será mas oportuno adoptar medidas para apresurar la venta de las tierras y nombrar otros empleados.»

El objeto de Mr. Foot al presentar su proposición, se comprendía perfectamente: por término medio vendíanse al año un millón de acres de tierras públicas y quedaban aun *cerca de cien millones sin vender, que estaban ya medidas*, lo cual en concepto de Foot era mas que suficiente para satisfacer las demandas, aun dado el caso de que subiese el precio durante toda una generación, de modo que, si se aprobaba su plan, podría resultar una considerable economía en los gastos sin que disminuyera en nada la renta.

Teníase por costumbre, cuando se presentaba una proposición, no discutirla hasta que informara el Comité respectivo, pero aquella vez no se procedió del mismo modo, porque el senador Benton rechazó desde luego la proposición, bajo el pretesto de que la consecuencia sería disminuir la emigración á los nuevos Estados que se convertirían bien pronto en exclusivo dominio de las fieras.

Mr. Benton pronunció su discurso en 28 de enero, y como el Presidente Mr. Calhoun le hiciera varias observaciones respecto al orden que se debía observar en los debates, el enérgico diputado de Missouri se tomó la libertad de decir todo cuanto le pareció conveniente en aquel asunto.

El día 19, Mr. Hayne de la Carolina del Sur, siguiendo el ejemplo de Benton, pronunció otro discurso, permitiéndose toda clase de *invectivas contra los Estados Occidentales*, é invocó los derechos de los Estados en términos que llamó la atención de todos los miembros. El día 20 Mr. Webster, aunque no pensaba hablar, tomó parte en el debate, pronunciando el primero de sus brillantes discursos.

No nos queda espacio suficiente en este libro para reproducir los que pronunciaron los diversos oradores en aquellos célebres debates. Tanto Mr. Benton como Mr. Hayne trataron de refutar los argumentos de Mr. Webster; mas el primero se espesó con alguna violencia, reiterando sus cargos contra Nueva-Inglaterra, y estendiéndose en *observaciones acerca de la soberanía é independencia de los Estados*. Daniel Webster, cuyo profundo talento y brillantes dotes como orador, eran de todos bien conocidas, y de quien se esperaba la defensa de la Constitución, no rehusó salir al encuentro del impetuoso carolino, y el 26 de enero pronunció aquel discurso memorable, cuyo contenido llegaron á conocer en todo el país, hombres, mujeres y niños, y que se consideró no solo como una refutación completa de los cargos que se habían dirigido á los Estados del Este á quienes se acusaba de hostilidad contra los del Oeste, sino también como una defensa de la Constitución. Imposible nos sería decir en pocas líneas hasta qué punto llegó la irresistible elocuencia, la poderosa argumentación de aquel rey de los oradores, y por lo tanto no intentaremos hacerlo; baste saber que las palabras de Webster hicieron vibrar la cuerda mas sensible en los corazones de miles de habitantes, de tal modo que la odiosa doctrina por la cual se proclamaba como necesaria la disolución, no halló eco entre nuestros

compatriotas. Nuestra divisa debía ser: ¡Libertad de union para siempre, una é indivisible!

El resultado de aquella acalorada discusion, fué aprobar un *bill* que presentó luego Mr. Benton en el Senado; pero se pasó demasiado tarde á la Cámara de Representantes, y como no quedaba tiempo para tomarlo en consideracion, se dejó como otros varios sobre el tapete.

El asunto mas importante de que se trató luego, fué á no dudarle la revision de la ley de tarifas (*). La principal discusion se originó por un *bill* presentado el 27 de enero por Mr. Mallory, presidente del Comité de fábricas, que tenia por objeto regularizar las importaciones de algodón; mas luego se agregaron otros *bills* y se introdujeron varias enmiendas, que ciertamente no favorecian en aquel caso al partido del Sur. Poco despues, fué aprobado por considerables mayorías un *bill* para reducir los derechos sobre la sal, el té, el café, etc.; los derechos de tonelaje y la cuestion de política recíproca, que segun Mr. Benton, era la mas conveniente para el comercio de la Union, promovieron tambien un empeñado debate; pero uno de los asuntos que mas llamó la atencion de la legislatura, fué el haberse descubierto que venian cometiéndose fraudes sobre la renta, por un valor de tres millones de duros al año.

Los nombramientos hechos mientras estuvo cerrado el Congreso, no se sometieron inmediatamente á la aprobacion del Senado, pues pasó lo menos un mes antes de que se remitiera una parte de la lista, y mas de dos, sin que se acabara de completar. Esta dilacion,

(*) Al pronunciar Mr. Hayne su discurso, respecto á la proposicion de Mr. Foot, censuró severamente á Daniel Webster por la contradiccion en que incurria al apoyar la tarifa de 1823, despues de haber combatido la de 1824. En el brillante discurso de que hemos hablado antes, se halla la defensa y contestacion de Mr. Webster.

que se atribuyó á ciertas desavenencias entre los amigos del Vice-presidente y los de Mr. Van Buren, Secretario de Estado, aunque á no dudarle contribuyó á consolidar la administracion, no bastó sin embargo para que se confirmaran en general los nombramientos. Si bien se opinaba de un modo muy distinto respecto al sistema de reforma que acababa de adoptar Jackson, al separar á tantos empleados de sus destinos, los pareceres estaban conformes en criticar que el Presidente se aprovechase de todas las oportunidades para recompensar los servicios de sus partidarios, y en su consecuencia desecháronse algunos nombramientos, siendo de advertir que en ciertos casos fué tal la mayoría que equivalió á una censura contra el Poder ejecutivo.

Respecto á la cuestion de economías, tema favorito del partido dominante, discutióse tambien con mucho empeño; mas aun cuando se presentaron en la Cámara diez *bills*, nada se resolvió sobre el particular, y lo mismo sucedió con otros, sometidos por Mr. Benton á la consideracion del Senado, y que se referian á ciertas reformas en el modo de publicar las leyes, al nombramiento de administradores de correos, y á la separacion de los funcionarios que faltasen á su deber, etc. La proposicion apoyada por el general Jackson, cuyo objeto era introducir en la Constitucion una enmienda acerca de la manera de elegir al Presidente y Vice-presidente, no fué tomada en consideracion tampoco, lo cual dió lugar á que la oposicion dijera irónicamente: «Conseguido el triunfo, van desapareciendo ya los motivos de queja del partido que está en el poder, el cual dejará á un lado como inútiles los instrumentos de que antes se valiera para conseguir sus fines.

Tambien se volvió á someter á la conside-

racion del Congreso el asunto referente á la traslacion de los indios desde el Sudoeste hasta mas allá del Mississippi, pues Georgia, sobre todo, lo pedia con insistencia, así como tambien la cesion de los terrenos de los indios. Las tribus aborígenes elevaron una solicitud al Congreso, pidiendo proteccion y justicia, pero la legislatura y el Poder ejecutivo rehusaron acceder á sus deseos, por cuyo motivo no les quedaba mas medio sino emigrar. En el mes de junio, el gobernador de Georgia espidió una proclama, en que declaraba que las leyes del Estado se hacian estensivas al territorio indio, amenazando con un severo castigo á cuantos las infringieran. El Congreso aprobó asimismo un *bill* para la compra de una parte del Oeste del Mississippi, situada mas allá del límite de los Estados, y organizó territorios, á los cuales debian trasladarse los indios en el término de un año, con la condicion de que serian protegidos en caso de hostilizarles las tribus vecinas. Para llevar á cabo este plan, se consiguió una suma de quinientos mil duros. Los disturbios que surgieron de la cuestion india, ocuparon la atencion del Congreso y del pueblo por muchos años despues.

La Cámara encargó al Comité de auxilios que informara sobre el párrafo del mensaje del Presidente que se referia al banco de los Estados-Unidos, pues las indicaciones del Poder ejecutivo eran de estrañar hasta cierto punto, atendido que aun faltaban siete años para que caducase la carta de aquella insti-

1830. tucion. Juiciosamente pensando, era difícil adivinar lo que el Congreso podria hacer en aquel caso, pero como el Presidente habia creído oportuno hablar de este asunto en su mensaje, los amigos del Gobierno no podian pasarlo en silencio. El Comité de auxilios, por lo tanto, del que era Presidente M'Duffie, informó contra el Po-

der ejecutivo, esponiendo que el banco habia cumplido fielmente con sus compromisos, que era esencial y necesario para la mejor administracion de la hacienda, y que respecto á la indicacion del general Jackson, de crear un banco nacional con los fondos del Gobierno, no seria conveniente porque así quedaba aquel revestido de un patronato de escesiva influencia, al encargarse de la direccion de todos los demás bancos, cuyo capital no bajaba de cincuenta millones de duros. Decíase en el informe que semejante medida podria dar lugar á muchos abusos en el gobierno, y que aquel proyecto financiero, altamente perjudicial, no tenia ejemplo alguno en la historia del mundo. Aunque no tan circunstanciado, Mr. Smith, de Maryland, presentó otro informe en el Senado, combatiendo la proposicion del Presidente, circunstancia que hubiera debido bastar por sí sola para que aquel vacilase respecto á la conducta que convendria observar. Pero Andrés Jackson no era un hombre vulgar, y cuando se fijaba en una cosa, nada bastaba para hacerle desistir, ni aun tratándose de una cuestion como aquella, en que la instruccion, la esperiencia y la práctica de los hombres de Estado y de los hacendistas de su propio partido, estaban evidentemente contra él.

Despues de despachar muchos asuntos, y aun cuando se habian prolongado mucho los debates, el Congreso dió por terminadas sus sesiones en 31 de mayo de 1830 (*).

En este año, formóse el quinto censo de

(*) Debemos consignar aqui que el general Jackson impuso cuatro veces el *veto* durante aquella legislatura. Washington solo hizo uso de este derecho dos, en los ocho años de su administracion; Juan Adams, Jefferson y Juan Quincy Adams, ninguna; Madison cuatro veces y Monroe once. De esto se deduce que el Poder ejecutivo en manos de Jackson lo era *realmente*, pues hizo uso de él segun le pareció mas oportuno.

los Estados-Unidos, que dió el siguiente resultado, segun los datos de Mr. Tucker:

Poblacion de los Estados-Unidos en el año de 1830.

	Varones.	Hembras.
Poblacion blanca de menos de 20 años.	2.996,405	2.907,347
Id. id. de 20 á 40 id.	1.548,697	1.473,648
Id. id. de 40 á 60 id.	597,009	579,456
Id. id. de mas de 60 id.	210,967	209,803
Suma.	5.353,078	5.170,254
Total de poblacion blanca.	10.523,332	
Poblacion de color.	319,599	
Esclavos.	2.009,043	
Total general de poblacion.	12.851,974	

El aumento de poblacion, comparadas estas cifras con las del año 1820 era de poco mas de un treinta y tres por ciento; pero haciendo la comparacion con las de 1790, este aumento ascendia á trescientos veintisiete por ciento. En los Estados del Atlántico, era de un veintinueve en 1830; en los Occidentales de sesenta y tres y medio, y en los libres, de treinta y cinco y tres cuartos.

Mientras estaba cerrado el Congreso surgió una disension entre los miembros del Gabinete y el Presidente, disension que fué adquiriendo cierta gravedad, reconociéndose bien pronto que las amistosas relaciones políticas entre Mr. Calhoun y el general Jackson tardarian poco en romperse, tanto mas cuanto que Van Buren, comprendiendo que se le presentaba una oportunidad de adelantar en su carrera, fomentó la discordia. Como no habria de ofrecer gran interés para el lector, no entraremos aquí en los pormenores de la historia secreta de aquel suceso.

La segunda legislatura del Congreso vigésimo primero, comenzó el 6 de diciembre: en el mensaje que se remitió al otro dia, hablaba el Presidente de los *bills* que habia conservado en su poder al terminarse la legislatura anterior, por no quedarle tiempo

para estudiarlos, y que devolvía aprobados. Indicando luego cuán necesario era adicionar una emienda á la Constitucion respecto á las elecciones de Presidente y Vice-presidente, espresábase en estos términos: «No puedo menos de recomendaros con la mayor eficacia que fijeis la atencion sobre este punto, porque es urgente introducir una enmienda en la Constitucion para que el cargo de Presidente no pueda desempeñarse dos veces.»

Después hablaba de la cuestion india, de la traslacion de las tribus y de la tarifa, acerca de la cual decia Jackson: «Conseguir que esta gran cuestion, que tanto agita el ánimo del público, se resuelva satisfactoriamente tanto para unos como para otros en beneficio de los intereses en general, es punto menos que imposible, y mi deber es encareceros que fijeis vuestra atencion sobre las consecuencias que pueden resultar de semejante política.»

En el párrafo referente á la hacienda, anunciábase que el estado de ésta era muy lisonjero: se esperaba que los ingresos del año excederian de veinticuatro millones ciento sesenta mil duros, es decir, trescientos mil mas de los que se esperaban segun el último informe; los gastos importaban trece millones setecientos cuarenta y dos mil, sin contar lo satisfecho por la deuda pública, que eran once millones quinientos mil, calculándose que del balance resultarian en favor del Tesoro cuatro millones ochocientos diez y nueve mil duros.

El Congreso tuvo á bien aplazar la discusion de los proyectos que recomendaba el mensaje, dando la preferencia á los que tenian por objeto introducir mejoras públicas, los cuales fueron aprobados á pesar de los escrúpulos del Presidente. No dejó sin embargo de tomarse en consideracion la resis-

tencia de Mr. Jackson, pues un Comité se encargó de refutar las objeciones con que trataba de justificar sus *vetos*, y el informe presentado condenaba las opiniones del Presidente, demostrando la conveniencia de introducir mejoras, para lo cual deberían consignarse algunas cantidades, abrir suscripciones y formar compañías en los Estados donde hubieran de realizarse aquellas, á juicio del Gobierno general.

Tan decisivas fueron las mayorías en ambas Cámaras de la legislatura cuando se trató de aprobar los *bills*, que el Presidente y su Gabinete se vieron obligados á ceder ante la opinion pública, y á prestar su aprobación, á pesar de la repugnancia que siempre habian demostrado cuando se trató de adoptar estas medidas. Considerábase que
 1831. esta política era la que mas satisfacía al país y que para seguirla debidamente, era necesario que se conservase la mejor armonía entre las diferentes secciones del Gobierno.

De los demás asuntos de que trató la legislatura, solo merecen especial mencion una ley para regularizar la concesion de privilegios, otra para poner en libertad á ciertos deudores insolventes de los Estados-Unidos, y otra, en fin, que tenia por objeto satisfacer ciertas reclamaciones de Jacobo Monroe, último Presidente de los Estados-Unidos (*). Tambien se votaron algunas cantidades para continuar el camino de Cumberland, y mejorar la navegacion del Ohio. La legislatura terminó sus sesiones en 3 de marzo de 1831.

Poco despues de cerrarse el Congreso, publicóse una correspondencia entablada desde poco antes entre el Presidente y el Vice-presidente, los cuales manifestaban con toda claridad que se acababa de declarar un

(*) Consignaremos aquí que Mr. Monroe murió el 4 de julio de 1831 á los setenta y dos años de edad.

cisma en el partido, y que de él resultarían varios cambios políticos. Los detalles no nos parecen importantes aquí; hablóse mucho pública y privadamente sobre el asunto, y hubo cargos y defensas por una y otra parte, pero el hecho es que, viendo el Presidente que los miembros de su Gabinete no se conformaban con su parecer en ciertas cuestiones, se mostró bastante disgustado, y como no era hombre que sufria ninguna oposicion, los señores asociados con él, como consejeros constitucionales, juzgaron oportuno renunciar sus cargos, como así lo hicieron en el mes de abril (*). En su consecuencia el general Jackson comenzó á reorganizar su Gabinete, y durante el verano lo completó del modo que sigue: Eduardo Livingston, Secretario de Estado; Luis M'Lane, del Tesoro; Lewis Cass, de la Guerra; Levi Woodbury, de la Armada, y Rogerio B. Taney, de Hacienda. De estos señores el primero era de Louisiana, el segundo de Delaware, el tercero de Ohio, el cuarto de New-Hampshire y el último de Maryland.

Gradualmente comenzó á formarse una oposicion, cuyo objeto era impedir que se reeligiese á Jackson, y que tomando el nombre de *partido republicano nacional*, resolvió designar á Enrique Clay, como candidato á la Presidencia.

El vigésimo segundo Congreso celebró su primera sesion el 5 de diciembre de 1831. Stevenson fué elegido presidente de la Cámara por una absoluta mayoría, y al dia siguiente se leyó el mensaje anual de Mr. Jackson, en el que se hablaba en primer lugar de las relaciones con las potencias extranjeras y de la cuestion india, acerca de la

(*) Mr. Van Buren, que habia dimitido el cargo de Secretario de Estado, fué nombrado por el Presidente ministro plenipotenciario en Lóndres, para donde se embarcó en agosto de 1831.

cual decia el Presidente: «Es de esperar que perseverando algunos años en la política adoptada por el Gobierno, se extinguirá el derecho que invocan los indios sobre las tierras comprendidas en los Estados que componen nuestra Union federal, y se conseguirá tambien espulsar de nuestros límites á los indios que no quieran someterse á las leyes del pais.»

El importe de la renta ascendia, segun el mensaje, á veintisiete millones setecientos mil duros, mientras que el total de los gastos no pasaba de catorce millones setecientos mil, habiéndose pagado mas de diez y seis millones quinientos mil por cuenta de la deuda pública y de su interés. Por lo tanto, durante los tres años que llevaba Jackson al frente del Gobierno, habíanse satisfecho ya por este concepto cuarenta millones de duros, lo cual era por cierto muy laudable.

En el mensaje recomendábanse al Congreso varios asuntos, pero los principales eran, la modificacion de la tarifa, **1832.** en beneficio de los intereses, así del comerciante, como del industrial; un proyecto para favorecer á los deudores del Gobierno, y una enmienda á la Constitucion, en el artículo relativo á las elecciones de Presidente y Vice-presidente. Tambien se hablaba del banco de los Estados-Unidos, del sistema de contabilidad, de la reorganizacion del distrito de Columbia y de los tribunales de circuito.

Los nombramientos hechos por el Presidente mientras estuvo cerrado el Congreso, se remitieron al Senado á principios de diciembre, y despues de una prolongada discusion, se confirmaron el 13 de enero de 1832, escepto el de Van Buren, designado para ministro en Inglaterra. Este nombramiento quedó sobre el tapete por el voto de-

cisivo del Vice-presidente, y se desechó al fin por el mismo. Hasta qué punto tendrian que ver con esto las consideraciones de partido, es cosa que no hemos tratado de averiguar, pero seguramente cometieron un grave error los adversarios del Gobierno al no consentir que Van Buren se quedase donde estaba, apresurando por el contrario su vuelta, pues así dieron lugar á que éste tuviese mayores exigencias entre el partido democrático. La consecuencia fué que el último Secretario de Estado contó con **1832.** una probabilidad mas de ser elegido Vice-presidente, y con esperanzas por lo tanto de suceder á Jackson.

La proposicion de Representantes con arreglo al censo de 1830, fué otra de las cuestiones que se debatieron acaloradamente. A principios de enero, el Comité del que era Presidente Mr. Polk, propuso que hubiera uno por cada cuarenta y ocho mil almas, y despues de muchas observaciones y enmiendas, pues unos querian mas y otros menos, se acordó por último en el mes de mayo, no sin haber discutido un dia y otro sobre el mismo asunto, fijar el número en cuarenta y siete mil almas por cada representante. El Senado tomó luego en consideracion el proyecto, y resolvió á su vez señalar el número de doscientos cincuenta y un miembros para constituir la Cámara, fijando luego la proporcion con arreglo á esta cifra; pero no habiéndose conformado aquella, el Senado rectificó su enmienda y se adoptó al fin la proposicion de la Cámara.

Como el Presidente habia dado á conocer al Congreso en cada uno de los tres mensajes anuales su prevencion contra el banco de los Estados-Unidos, los directores de este juzgaron oportuno anticiparse para solicitar la renovacion de su Carta, y de este modo se entabló de nuevo la discusion. Mr. Dallas

presentó en el Senado en 9 de enero, una solicitud del banco, y aunque sus adversarios deseaban que se aplazasen los debates, no lo pudieron conseguir. El 13 de marzo el Comité respectivo presentó su informe, recomendando que se renovase la Carta por quince años con algunas modificaciones, mediante las cuales desaparecerían ciertos inconvenientes; también se acompañaba un *bill* conforme con lo espuesto en aquel, pero á fin de armonizar la acción del Congreso, no se comenzó á discutir porque el Comité de investigación, nombrado por la Cámara, no había informado aun.

Mr. M'Duffie, de la Carolina del Sur, presentó la solicitud del banco en la Cámara de Representantes, que la pasó á su vez al Comité de auxilios, y este informó en 10 de febrero, proponiendo la renovación de la carta. Luego se formó otro Comité cuya mayoría se mostraba hostil al banco, y procediendo acto continuo al exámen detenido de este asunto, se presentó un segundo informe en que se pedía que se aplazara el debate hasta que se hubiese estinguído la deuda pública. La minoría se mostraba también favorable al banco y Juan Quincy Adams remitió un dictámen firmado con su nombre solo, en el cual defendía la institución, recomendando que se renovase la Carta.

Este asunto se comenzó á debatir luego en el Senado, donde se presentó un *bill* del Comité, proponiéndose varias enmiendas por los amigos y enemigos del banco nacional, y después de un empeñado debate, que duró tres semanas, se aprobó al fin el *bill* en 11 de junio, sin hacer muchas alteraciones, por veintiocho votos contra veinte (*). Acto con-

(*) Las observaciones de Mr. Benton sobre este asunto, merecen la atención del lector, pues él fué, durante su vida pública, uno de los que con mas actividad y energía combatieron la creación del banco. Véase la *Revista de los treinta años*, vol. I, págs. 153-9; 187-205; 220-265.

tinuo se remitió á la Cámara y Mr. M'Duffie propuso una enmienda, á fin de que el artículo por el cual se limitaba el número de sucursales en los diversos Estados, no se hiciera extensivo á las que ya existían. También se propusieron entonces otras enmiendas; hubo un reñido debate, cuyo resultado fué aprobar la proposición de Mr. M'Duffie, y conforme el Senado con el parecer de la Cámara, prestó su aprobación, adoptándose el proyecto por una mayoría de ciento siete votos contra ochenta y cinco. Esto sucedía el 3 de julio, pues la legislatura se había prolongado mas de lo regular; pero el Congreso acordó no dar por terminadas sus sesiones hasta diez días después de haberse entregado el *bill* al Presidente, con el objeto de terminar de una vez este asunto y no dejarlo en suspenso.

Andrés Jackson había tomado ya su resolución, y así es que á los seis días de haber recibido el *bill* que le fué entregado el 4 de julio, lo devolvió con su *veto*, haciendo un detenido exámen de la cuestión. No nos queda espacio para copiar sino el último párrafo, que decía así:

«He cumplido con el deber que me impone el país: si me apoyan mis compatriotas les quedaré agradecido, y si no, siempre estará tranquila mi conciencia. A pesar de los contratiempos que nos rodean y de los peligros que amenazan á nuestras instituciones, no hay motivo alguno para abatirnos ó alarmarnos, y debemos confiar en la bondad de la Providencia, que á no dudarlo vela sobre los destinos de nuestra república y sobre nuestra patria, para que se conserve la libertad y la unión entre nosotros.»

Mr. Webster y Mr. Clay hablaron muy seriamente en el Senado sobre este asunto cuando se devolvió el *bill* con el *veto* del Presidente, y de nuevo se comenzó á discutir sobre la renovación de la carta del banco;

pero como no se obtuvieron dos terceras partes de los votos en favor, se desechó el *bill*.

El asunto de las tierras públicas ocupó asimismo la atención del Congreso, pero á causa de estar ya muy adelantada la legislatura, no se tomó resolución alguna por entonces; hablóse mucho de las mejoras en el pais y se consignaron considerables cantidades con dicho objeto, **1832.** prévia la aprobación del Presidente, quien conservó en su poder, sin embargo, el *bill* relativo á puertos, siendo esto causa de que no se declarase entonces como ley. Igualmente se discutieron las tarifas que tanto recomendaba Jackson: este asunto fué tomado en consideración por los dos Comités de auxilios y fábricas, quienes presentaron dos informes y otros tantos *bills*; el del primero, cuyo presi-

dente era Mr. M' Duffie, fué desechado por la mayoría, aun cuando lo apoyaba el Secretario del Tesoro, y el del segundo, del que era presidente Juan Quincy Adams, se aprobó despues de un ligero debate y de introducir algunas enmiendas, por ciento treinta y dos votos contra sesenta y cinco. Este *bill* defendia el principio de protección, pero los derechos sobre muchos artículos de la fabricación del pais se rebajaban considerablemente, por cuyo motivo consideróse esta medida como una concesion que se hacia al partido que optaba por el libre comercio, con la esperanza de que así se apaciguaria la escitacion en la Carolina del Sur.

Esta atareada legislatura se terminó en 14 de julio de 1832.



CAPÍTULO II.

1832—1837.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE JACKSON.

El cólera y sus estragos.—Guerra con los indios.—Black Hawk.—Movimiento en la Carolina del Sur contra la ley de tarifas.—Se reúne el Congreso.—Extracto del mensaje del Presidente.—Accion del Congreso respectó á la cuestion de tarifas.—El discurso de Calhoun.—La resolucion de Clayton.—Dictámen de Enrique Clay.—Debates sobre la cuestion de depósitos.—Segunda administracion de Jackson.—Su viaje al Norte.—El Presidente resuelve retirar los depósitos.—Duane rehusa dar la órden.—Taney es nombrado Secretario del Tesoro.—Se retiran los depósitos.—Escitacion.—Se reúne el Congreso.—Sus actos.—Proposicion de censura contra el Presidente por haber retirado los depósitos.—Protesta de Jackson.—Debate tempestuoso.—Conflictos y apuros del comercio.—Accion de la Cámara respectó á la carta del banco.—Debate en el Senado.—Se desecha el nombramiento de Taney.—La oposicion *whig*.—Se reúne el Congreso.—Reclamaciones á Francia.—Jackson resuelve hacer un arreglo.—Resultado.—Otras reclamaciones de las potencias europeas.—Texas y sus asuntos.—Convencion democrática en Baltimore.—Nombramiento de Van Buren.—El vigésimo cuarto Congreso.—El mensaje —Conducta del Congreso respectó á los depósitos de los bancos.—Distribucion del sobrante de la renta.—Especulaciones y fraudes.—Discusion sobre la esclavitud.—Van Buren es elegido Presidente, y Johnson Vice-presidente.—Ultimo mensaje de Jackson.—Fin de su administracion.

Durante el verano de 1832, cundió la mayor alarma en todo el país á consecuencia de haberse declarado esa terrible epidemia, que conocida con el nombre de cólera morbo asiático, recorre á veces los pueblos y ciudades, causando sensibles estragos. Hacia fines de julio comenzaron á sentirse los efectos de la epidemia, y tanto por el terror y espanto de los habitantes, como por no conocer el modo de tratar la enfermedad, los resultados fueron mas fatales. En Nueva-York, hubo mas de tres mil casos desde el 4 de julio al 1.º de octubre; en Philadelphia se contaron hasta mil defunciones; en Baltimore seiscientas; en Washington cerca de doscientas; y en otras diversas poblaciones causó tambien la epidemia infinitas bajas. Pero en Nueva-Orleans sobre todo, fué donde mas se cebó el cólera, pues solo desde el 28 de octubre al 11

de noviembre, ocurrieron mil seiscientas sesenta y ocho defunciones. La naturaleza y circunstancias de aquella terrible epidemia, escitó la atencion universal, induciendo á muchas eminencias científicas á estudiar sus particularidades y los medios de combatirla. La carta que en aquella ocasion escribió el Dr. Francis nos parece muy curiosa, y por esto copiamos uno de sus párrafos. Hélo aquí: «Sea cual fuere el origen del cólera, no debe ponerse en duda que la atmósfera es el medio por el cual obra sus efectos; puede declararse en todos los climas y estaciones, existe en toda clase de terrenos: en las montañas, en los valles, en los pantanos, en las rocas; lo mismo en los países secos que en los húmedos. Así como sucede con otras enfermedades especiales, los estragos que causan independientes de los vientos y de las

corrientes de aire; ni el análisis de los gases de la atmósfera, ni las investigaciones barométricas ó termométricas bastan para averiguar cuál sea su origen, y nos perdemos en conjeturas al estudiar la especial influencia de las localidades donde se declara el mal.... Cuando esta terrible enfermedad haya desaparecido de entre nosotros, y el historiador refiera el hecho, no se echarán en olvido los esfuerzos que hicieron los hombres de la ciencia médica para combatir tan funesta epidemia.» (*)

En el Noroeste, y á principios de la primavera de 1832, las tribus indias de los Sacs y de los Foxes (zorros), que por un tratado se habian convenido á emigrar, se resistieron á cumplir lo estipulado, y como el gobernador de Illinois estaba resuelto á obligarles á marchar, dispuso que la milicia emplease si era necesario la fuerza de las armas. Black Hawk (el alcon negro), era entonces el jefe de los indios, y recurrió al único medio de venganza de que podia echar mano, es decir al saqueo de los pueblos de la frontera. En marzo de 1832, reunió á las tribus ya citadas, y á la de los Winnebagoes, y seguido de mil hombres, cruzó el Mississippi en direccion á Illinois. Bien pronto cundió la alarma; muchos pobladores huyeron aterrados al saber que se acercaban los invasores, y á pesar de haberse destacado un cuerpo de milicias, no se restableció la tranquilidad. En el mes de junio, sin embargo, las tropas de los Estados-Unidos que habia en aquel punto, uniéndose con tres mil voluntarios, se pusieron en marcha contra Black Hawk, el cual se retiró con sus guerreros á los bosques y guaridas, que eran sus fortalezas naturales, para continuar luego sus incursiones por los pueblos situados al Noroeste.

El general Scott recibió orden entonces de reunir las fuerzas necesarias para batir al enemigo, y encargándose del mando de once batallones de infantería y nueve brigadas de artillería, se puso inmediatamente en marcha con direccion á Chicago, sin que le arredrasen los estragos que estaba haciendo el cólera. Las tropas que habian salido antes á campaña, se hallaban tambien animadas del mejor espíritu, pues sin esperar á que llegasen los refuerzos de Scott, atacaron á los indios en 21 de julio, los derrotaron en las márgenes del Wisconsin, y persiguiéndoles de cerca, los dispersaron completamente cerca de la embocadura del Jowa, en la orilla izquierda del Mississippi. Black Hawk y su banda, ya muy reducida, se rindieron al fin, y del 15 al 21 de setiembre celebráronse tratados con las tres tribus ya citadas, estipulándose que estas cederian el territorio que aun les quedaba, abonando en cambio el Gobierno federal, veintisiete anualidades de á diez mil duros á los Winnebagoes, y treinta de veinte mil á los Sacs y á los Foxes, y comprometiéndose además á facilitarles los medios de promover la civilizacion entre sus tribus. De este modo se restableció de nuevo la paz en el Noroeste.

Poco despues de aprobarse el *bill* de tarifas, de que ya hemos hablado, los representantes de la Carolina del Sur conferenciaron con sus constituyentes sobre este asunto, recomendándoles que defendiesen los derechos soberanos de aquel Estado, que no se respetaban como debia hacerlo el Congreso. Con este motivo, celebráronse luego varios *meetings* en la Carolina del Sur, donde comenzaba á reinar cierta agitacion; el gobernador Hamilton convocó á la legislatura el Columbia el 22 de octubre, y se discutió largamente sobre la cuestion de tarifas. El resultado fué reunirse una convencion, que en 19 de

(*) *Carta sobre el cólera Asphyxia*, dirigida por el doctor Read, de Savannah, á Juan W. Francis M. D. Nueva-York 1832, pág. 35.

noviembre acordó recomendar la anulacion, en el sentido estricto de la palabra, del *bill* de tarifas aprobado por el Gobierno, y por su parte, la legislatura espidió órdenes para que se cumpliese lo dispuesto. De este modo, la Carolina del Sur se declaró en abierta oposicion contra las leyes del Gobierno, no permitiendo que se recaudase la renta, y con la firme intencion de resistirse por la fuerza si fuere necesario. Esto apresuraba naturalmente el desenlace; solo faltaba saber si el Presidente apelaria á las leyes de los Estados-Unidos, y si la Carolina del Sur se veria obligada á ceder y prestar obediencia.

El vigésimo segundo Congreso comenzó sus sesiones en 4 de diciembre de 1832: Hugo L. White, senador del Tennessee, fué elegido Presidente *pro tempore*, y el 28, Mr. Calhoun renunció su cargo de Vice-presidente de los Estados-Unidos para desempeñar el de senador de la Carolina del Sur, plaza que habia quedado vacante por haberse nombrado á Mr. Hayne gobernador de dicho Estado.

El Presidente recomendaba sobre todo al Congreso en su mensaje, la necesidad de revisar la tarifa, tanto para conseguir la nivelacion de los gastos con los ingresos, como para limitar la proteccion que se dispensaba á ciertos artículos del comercio. Jackson manifestaba que á muy pocos hombres de Estado en América se les habia ocurrido asegurar para siempre la proteccion por medio de una tarifa de crecidos derechos, y decia: «Lo mas que han hecho algunos, es favorecer una proteccion incidental que ha durado muy poco tiempo, sosteniendo que esto bastaba para que, al establecerse la competencia, se diesen los artículos del pais á mas bajo precio que los del extranjero. La práctica, sin embargo, que debe ser nuestro guia lo mismo en esto que en todo lo demás, nos induce

á creer que son tantos los perjuicios como las ventajas del sistema que rige, y conviene evitar además que entre nuestros conciudadanos haya una causa de descontento que pudiera poner en peligro la estabilidad de la Union.»

Como el Presidente acababa de recibir noticia de lo ocurrido en la Carolina del Sur, añadió resueltamente, pero con la mayor calma, «que en su concepto las leyes eran muy suficientes para reprimir cualquiera tentativa que tuviese por objeto favorecer las miras de algunos que apoyaban la soberanía absoluta de los Estados; pero que si aquellas no fuesen respetadas, y si lo exigiere el caso, se daria inmediatamente cuenta al Congreso, proponiendo las medidas que se juzgasen oportunas.»

Al hablar del banco de los Estados-Unidos, el Presidente se esplicaba con toda claridad, proponiendo sin rodeos que se aprobase una orden para recoger todas las acciones que tuviese el Gobierno tanto en los bancos de los Estados como en las sucursales, á fin de depositarlas en el Tesoro. Para fundar esta proposicion, el Presidente acusó al banco de haber hecho un convenio con los tenedores de las acciones del tres por ciento, con el objeto de prorogar la entrega de los respectivos certificados hasta el mes de octubre de 1833, lo cual podia perjudicar á los intereses del Gobierno, pues seria responsable de las operaciones del banco, en el caso de que este no pudiese cumplir sus compromisos. Jackson recomendaba por lo tanto al Congreso que tomara inmediatamente informes sobre aquel asunto, y averiguase si los depósitos públicos estarían completamente seguros en el banco. El Presidente terminaba su mensaje aconsejando que se redujera el precio de las tierras públicas á fin de que no se considerase este producto co-

mo una renta fija; proponia igualmente que se enmendara la Constitucion, para limitar los derechos del Gobierno en lo referente á introducir mejoras públicas; aplaudia la conducta observada con los indios, y aconsejaba por último que se hiciera extensivo á los nuevos Estados occidentales el sistema judicial.

Ya hemos dicho á qué extremo habia llegado la Carolina del Sur, é inútil nos parece añadir que el general Jackson estaba resuelto á dar una prueba mas de su energía en aquel conflicto. En efecto, acto continuo dispuso que las fuerzas militares que estaban á su disposicion hicieran preparativos de marcha, á fin de ir á proteger á los funcionarios públicos de Charleston, y en 10 de diciembre espidió una proclama, calificando los hechos ocurridos en dicho Estado de traicion palpable, y aconsejando á los carolinos que se mantuvieran fieles á la Union.

Entre tanto la Cámara de Representantes entabló de nuevo el debate sobre la cuestion de tarifas, que fué sometida á la consideracion del Comité de auxilios. En el Senado se aprobó una proposicion para que informara el Secretario del Tesoro, el cual habia indicado antes la conveniencia de reducir ciertos derechos, y en 27 de diciembre el Comité de auxilios presidido por Mr. Verplanck, de Nueva-York, aconsejó tambien la disminucion de derechos en todos los artículos protegidos, sin perjuicio de reducirlos mas, si se creyese necesario. Esta proposicion del Comité de la Cámara, parecia ser la contestacion al Senado.

A principios del año 1833, se entró de lleno en la discusion de este asunto, pero á los ocho dias de haberse empezado los debates, es decir el 16 de enero, el Presidente remitió al Congreso un mensaje especial en que daba cuenta de lo ocurrido en la Caro-

lina del Sur y acompañaba su proclama, proponiendo las medidas que en su concepto deberian adoptarse. El dia 21, presentó el Comité judicial del Senado un *bill* cuyo objeto era llevar á efecto la recaudacion de las rentas con arreglo á las leyes del pais, y de este modo, reuniéronse dos *bills* de primera importancia, los cuales deberian discutirse cuanto antes en el Congreso; pero es de advertir que mientras el *bill* del Senado tenia por objeto obligar á la Carolina del Sur á someterse á la tarifa de 1828, en el de la Cámara de Representantes pedíase precisamente la abolicion de aquella.

El *bill* referente á la Carolina del Sur, redactado de modo que no se reconociera en él ningun carácter hostil, se discutió con mucha lentitud en el Senado; pero el *bill* de tarifas sometido á la Cámara, desapareció, si así puede decirse, entre un sinnúmero de enmiendas. Entonces comenzaba á reinar una agitacion indescriptible en todo el pais, pues las legislaturas de los diversos Estados celebraban á la vez sus sesiones para discutir, como era natural, sobre el asunto del dia. Nueva-Inglaterra recordó la Convencion de Hartford y cuanto se habia dicho entonces, y el Sur por su parte, deseaba que se rebajase la tarifa, que se reconociera la soberanía del Estado, y sin embargo se conservara la Union, pues por mucho que se dijera ó se haya dicho sobre este asunto, es lo cierto que ni en el Norte ni en el Sur se ha dejado nunca de reconocer que la disolucion de la Union seria fatal desde luego para el Estado que la provocase.

Con el objeto, segun dijo, de analizar los principios en que se fundaba el *bill* de la Carolina del Sur, Mr. Calhoun pronunció un discurso en el que, desenvolviendo la antigua teoria sobre la soberanía de los Estados, proclamaba el principio de *nulificacion*, y sin

definir la Constitución como debiera, extendiéndose luego en observaciones cuyo objeto era demostrar que si bien ciertos poderes definidos se delegaban en el Gobierno general, cada Estado debía reservarse los suyos para obrar independientemente, y que cuando aquel se arrogase los que no le estuvieren conferidos, podrían considerarse sus disposiciones como nulas y sin ningún valor ni efecto, toda vez que cada Estado tenía igual derecho para juzgar por sí mismo en todas las cuestiones, por considerarse todos los

1833. Estados como *partes soberanas* sin un juez común. Mr. Calhoun terminaba su discurso combatiendo la teoría de los que alegaban que la Unión debía considerarse como una sociedad *compacta* del pueblo, sin autoridad para juzgar por sí propia en la esfera de los derechos que le estaban conferidos; y decía, «que la tendencia de doctrina semejante era subvertir la soberanía de los Estados, que de este modo no era posible que la Unión conservase su carácter federal, que el Gobierno consolidado quedaría al fin envuelto entre sus ruinas y que sin un límite constitucional iba á perderse necesariamente la libertad.»

Mr. Grundy tomó entonces la palabra para hablar en favor del Gobierno, y dijo entre otras cosas que los Estados-Unidos estaban suficientemente autorizados para imponer derechos sobre los artículos de importación, y que ninguno tenía derecho para oponerse á los actos del Congreso. El senador Clayton se levantó luego para combatir la doctrina de *nulificación*, y contestando á Calhoun, dijo que el pueblo de los Estados-Unidos debía considerarse constitucionalmente, como un solo pueblo y una nación única; que mientras la Constitución fuera una garantía para la seguridad é intereses de los Estados, no podrían arrogarse estos todos los dere-

chos de soberanía independiente, que el Supremo Tribunal de los Estados-Unidos era la única autoridad que en último lugar debía decidir en todos los casos de ley con arreglo á lo prevenido en la Constitución; y finalmente, que el Senado, en cumplimiento de uno de sus más sagrados deberes, no dejaría de apoyar al Poder ejecutivo para la mejor administración del Gobierno, confiriéndole todos los poderes constitucionales que se creyeran necesarios para la debida ejecución de las leyes y para conservar la Unión.

Aun cuando se acercaba el término de la legislatura, despachábanse con mucha lentitud los asuntos: la Carolina del Sur vacilaba en seguir adelante en su resistencia, y por su parte, el Gobierno quería retardar lo más posible las medidas de acción. En semejante estado de cosas, indicó Mr. Clay que podría hacerse un arreglo á fin de resolver la cuestión, evitando un conflicto entre ambas partes, y el 11 de febrero pidió permiso al Senado para someter una proposición cuyo objeto sería modificar los decretos por los cuales se imponían derechos sobre los artículos importados. Concedido el permiso, después de un ligero debate, Clay presentó un *bill* en el que se proponía que á fines del año corriente se redujeran á una décima parte todos los derechos *ad volorem* de más de un veinte por ciento, cuya reducción se continuaría haciendo periódicamente hasta 1839, y que á fin de 1841, aun cuando resultara exceso, se fijase el máximo de los citados derechos en un veinte por ciento. Pedíase también en el *bill* la supresión del crédito sobre aquellos y la entrega en los puertos de entrada del importe de los artículos importados, después del 30 de junio de 1842. Clay opinaba que de este modo podría conservarse mucho tiempo la tarifa protectora, y que volvería á restable-

cerse la tranquilidad y buena armonía (*).

Después de una detenida discusión, en la que Mr. Calhoun prestó su aprobación al proyecto, procedióse á la tercera lectura, y entonces manifestó Mr. Clay que se acababa de aprobar en la Cámara un *bill* análogo, y que probablemente se presentaría desde luego al Senado para su aprobación. El resultado fué que se dejó á un lado el proyecto del Gobierno; Roberto P. Letcher, de Kentucky, propuso que se comunicaran instrucciones al Comité para que informara solo sobre el *bill* de Clay, y hecho esto, aprobóse en 26 de febrero por una mayoría de ciento diez y nueve votos contra ochenta y cinco. Al día siguiente se remitió el *bill* al Senado, que se conformó con el parecer de la Cámara, prestando su aprobación el 1.º de marzo, por veintinueve votos contra diez y seis, y el día 2, que era el último de la legislatura, lo firmó el Presidente.

El *bill* referente al Sur se aprobó en el Senado el 20 de febrero por treinta y dos votos contra uno, que era el de Juan Tyler, y el 28 dió también su aprobación la Cámara por una mayoría de ciento cincuenta votos contra treinta y cinco. El Presidente lo firmó luego juntamente con el *bill* de tarifas (**).

Con este último relacionábase el *bill* sobre tierras públicas, presentado á principios de diciembre por Mr. Clay, y que no habiéndose discutido sino á intervalos en los tres meses que faltaban para terminarse la legislatura, no obtuvo la aprobación del Senado hasta fines de enero. La Cámara lo to-

(*) Véase la *Revista de los treinta años*, por Benton, donde se encontrarán algunas observaciones respecto á este asunto; vol. I, págs. 342-44.

(**) Las opiniones de Mr. Webster respecto á la cuestión de tarifas y de la renta, segun dice Mr. Benton, casi convenían con los que emitió el general Jackson al principio de la legislatura.

mó en consideración en 1.º de marzo, y después de adicionar una enmienda insignificante, lo aprobó también por 1833. veintitres votos contra cinco, remitiéndolo después al Presidente. Como ya estaba muy adelantada la legislatura, Jackson aprovechó la oportunidad para no devolverlo, que era su costumbre cuando no quería confirmar un *bill*, y esto bastó para dejar en suspenso el últimamente presentado.

El Presidente, segun ya hemos dicho, había puesto en duda que estuvieran seguros los depósitos en metálico que había en el banco de los Estados-Unidos, por lo cual recomendaba se vendiesen todas las acciones del Gobierno. El Comité de auxilios, del que era presidente Mr. Jacobo K. Polk, informó favorablemente acerca de la medida, pero esta fué desechada por ciento dos votos contra noventa y nueve. El mismo Comité presentó luego, por conducto de Mr. Verplanck, una proposición á la Cámara para que se declarase que los depósitos públicos estaban asegurados en el banco, y se aprobó por ciento nueve votos contra cuarenta y seis. Un agente nombrado por el Secretario del Tesoro, había dado ya también un informe en el que se manifestaba que aquel establecimiento contaba con un sobrante de fondos de más de siete millones de duros, después de cubiertas sus atenciones, además de su capital de treinta y cinco millones.

El vigésimo segundo Congreso, terminó sus sesiones el día 2 de marzo, por ser el siguiente domingo, y en la misma fecha, cumplíase también el primer plazo de la administración de Jackson, á quien se había reelegido por una inmensa mayoría en el otoño anterior, así como también se designó á Van Buren para el cargo de Vice-presidente. Jackson obtuvo doscientos diez y nueve votos, y Van Buren ciento ochenta y nueve,

mientras Enrique Clay y Juan Sergeant, solo alcanzaron cuarenta y ocho cada uno, lo cual demostraba claramente la influencia del partido democrático que apoyaba con la mayor decision la política del general Jackson (*).

El lunes 4 de marzo se celebró la ceremonia de la toma de posesion del Presidente, y Andrés Jackson entregó su segundo mensaje inaugural despues de haber prestado el juramento de costumbre. La escitacion política parecia haberse calmado algun tanto, y deseando el Presidente aprovechar esta oportunidad, resolvió hacer un viaje á los Estados del Centro y del Occidente, donde fué recibido con las mayores pruebas de estimacion y aprecio, que le dieron sobre todo aquellos que siempre defendian sus principios (**).

Aunque era conocida de todos la opinion del Congreso, Jackson no desistió de su resolucion respecto á retirar los depósitos del banco de los Estados-Unidos. Habiéndose nombrado á Mr. Livingston ministro en Francia, se confirió á Mr. M'Lane el cargo de Secretario de Estado, y Guillermo J. Duane ocupó la vacante que quedaba en la Secretaría del Tesoro. Jackson esperaba, á no dudar, que este funcionario no vacilaria en secundar las miras del Poder ejecutivo, pero segun vió luego, no reconocia al hombre con quien trataba, pues Duane no quiso obrar sin autorizacion del Congreso, y solo consintió en nombrar á Mr. Amos Kendall como comisionado para que averiguase bajo qué condiciones se obligarian los

bancos á recibir depósitos con una buena garantía.

Resuelto el Presidente á cargar con toda la responsabilidad, reunió á su Gabinete en 18 de setiembre, presentándole un dictámen en que daba á conocer sus opiniones sobre aquel asunto; mas no parece que el estenso documento cuidadosamente redactado por Jackson produjo mucho efecto entre los señores del Gabinete, pues hasta el mismo senador Benton, asegura que la mayor parte de ellos no estaban conformes con las ideas del Presidente (*). Mr. Duane se convino á retirar los depósitos si el Congreso se lo ordenaba así, pero el Presidente insistió en que tenia derecho para obrar sin intervencion de aquel, y como el Secretario persistiera en su negativa, Jackson le indicó que presentara su dimision, y nombró en su lugar á Rogerio B. Taney. El nuevo Secretario no tenia los mismos escrúpulos que el otro, y así es que en 1.º de octubre fueron retirados los depósitos, y se colocaron en diferentes bancos del pais elegidos de antemano.

Se necesitaria mucho mas espacio del que tenemos á nuestra disposicion para describir hasta qué punto llegó la escitacion y el disgusto que produjo la medida adoptada por

(*) Uno ó dos dias despues se publicó en *El Globo* aquel dictámen, que merece la atencion del lector. Jackson le terminaba del modo que sigue: «El Presidente ruega de nuevo á su Gabinete tome en consideracion que ha resuelto por sí propio adoptar esta medida, y que no exigirá que ninguno de los miembros de que aquel se compone, sacrifique sus opiniones y principios. La responsabilidad es tan solo del que suscribe, y cree que lo propuesto es necesario para conservar la moral entre el pueblo, la libertad en la prensa, y la imparcialidad en las elecciones, sin lo cual todos á una voz podrian decir que la sangre y tesoros empleados por nuestros abuelos, para establecer un gran sistema de Gobierno, han sido completamente inútiles. Convencido de esto el Presidente, no puede menos de reconocer que urge adoptar una medida tan importante para el pueblo americano, y por lo tanto señala el dia 1.º de octubre próximo para verificar el cambio de los depósitos, ó antes, si se hace el arreglo con los bancos de los Estados.

(*) A fines de junio de 1830, se embarcó para Europa Juan Randolph, nombrado ministro en Rusia. En el otoño de 1831 volvió á los Estados-Unidos y murió en Philadelphia en 24 de junio de 1833.

(**) En el otoño del año 1833, Mr. Clay hizo tambien un viaje como el de Jackson, y se le recibió con mucho mas entusiasmo y afecto que al Presidente de los Estados-Unidos.

Jackson, precisamente en el momento en que mas actividad reinaba en el pais. Los capitalistas, los comerciantes y los industriales, tenian entre sí la mayor confianza, por cuya razon hacíanse continuamente préstamos en el pais sin dificultad alguna; pero la medida de Jackson fué causa de que las cosas variasen de aspecto: resintióse el crédito público; se interrumpieron las negociaciones y predominó la desconfianza. Poco despues se reunió el Congreso, pero semejante estado de cosas debia aun durar ocho ó diez años produciendo sensibles consecuencias.

La primera legislatura del vigésimo tercero Congreso comenzó el 2 de diciembre de 1833: Mr. Stevenson fué reelegido Presidente de la Cámara por una gran mayoría y

1833. Mr. Van Buren ocupó el mismo cargo en el Senado, debiendo advertirse que en este último estaban en minoría los partidarios del Gobierno.

El mensaje del Presidente era un documento escrito con mucha detencion, en el que se daban á conocer las opiniones del Poder ejecutivo en los diversos asuntos que mas interesaban al pais. El Congreso tomó en consideracion las recomendaciones que se le hacian, muchas de las cuales promovieron empeñados debates, pero el principal asunto era naturalmente el de la traslacion de los depósitos, que ofreció una oportunidad á la oposicion para atacar rudamente al Gobierno. Esto sin embargo, solo sirvió por lo pronto para que obtuviera una nueva victoria, pues justificó la medida adoptada satisfactoriamente.

En una de las sesiones siguientes el Senado pidió el informe del Secretario del Tesoro, mas vióse que no contenia nada nuevo ni daba suficientes esplicaciones para discutir el asunto, y en vista de ello, pidió respetuo-

samente á Jackson en 11 de diciembre el documento leído á su Gabinete el 18 de setiembre y publicado en los periódicos pocos dias despues. El Presidente sin embargo no accedió á la peticion, y dejó que el Senado interpretase la negativa como quisiera, y dando lugar á que los amigos de Clay denunciaran el hecho como una usurpacion premeditada de las funciones y prerogativas del Congreso.

En el ataque contra el Gobierno, era natural que Enrique Clay dirigiese la oposicion, y por esto en 26 de diciembre presentó la proposicion siguiente que promovió un acalorado debate: «Declaramos que el Presidente se ha arrogado una autoridad y derechos que no le están conferidos por la Constitucion y las leyes del pais, al adoptar ciertas disposiciones respecto á la renta pública.» Esta proposicion se aprobó en 28 de marzo por veintiseis votos contra veinte, y esto indujo á Jackson á remitir al Congreso hácia mediados de abril, una enérgica protesta, negando que el Senado tuviese derecho para censurar sus actos, y suplicando respetuosamente que se insertara en el *Diario de sesiones* el documento que remitia. La lectura de la protesta es- **1834.** citó los ánimos en el Senado; inmediatamente se propuso que no se admitiera, y entonces fué cuando Mr. Benton, aprovechando la oportunidad, pronunció el discurso que ya tenia preparado en defensa del Poder ejecutivo.

Por espacio de tres semanas, continuaron los debates con la mayor violencia, hasta que el 7 de mayo, y por veintisiete votos contra diez y seis, se aprobó la siguiente proposicion: «La protesta comunicada al Senado en 17 de abril por el Presidente de los Estados-Unidos, supone poderes inconsistentes con la autoridad de ambas Cámaras del Congreso, así como tambien con la Constitucion;

y siendo la redaccion de semejante protesta privilegio esclusivo del Senado, acordamos que no se inserte en el *Diario de las sesiones.*»

Mr. Calhoun apeló á sus argumentos y elocuencia para combatir la política del Presidente, y Daniel Webster pronunció tambien uno de sus brillantes discursos para demostrar que la conducta de Jackson revelaba evidentes tendencias de estralimitarse en el ejercicio del Poder ejecutivo.

Mientras en la legislatura nacional continuaba la lucha parlamentaria, el pueblo de todas las grandes ciudades de la Union y de otras mas pequeñas, celebró reuniones y remitió al Congreso solicitudes, encargando á delegados especiales que se presentaran al Presidente á fin de suplicarle que recomendara alguna medida que aliviase su apurada situacion. Como la legislatura adelantaba, eran mas apremiantes las exigencias y mas numerosas las reclamaciones que se hacian al Congreso, pero á todas se contestó que el Gobierno no podia hacer nada porque solo era la cuestion de los bancos. El Senado recibió de la mejor voluntad todas las solicitudes que se le presentaron pidiendo auxilios, mas en la Cámara de Representantes donde la mayoría apoyaba al Presidente, no se hizo mucho aprecio de ellas. Mientras **1834.** estuvo abierto el Congreso, sin embargo, continuaron lloviendo las solicitudes sobre Washington, pues ninguno queria convencerse de que el pais debia pagar muy caro el empeño del Presidente.

En la Cámara de Representantes se adoptó luego una marcha muy distinta de la del Senado: el mensaje, el informe del Secretario, la solicitud del banco y otros varios documentos referentes al mismo asunto, se pasaron al Comité de auxilios, y en 4 de marzo presentó Mr. Polk, su Presidente, cuatro

proposiciones, aprobadas en 4 de abril, en las cuales se declaraba: que no se debia conceder otra carta al banco; que no era conveniente colocar de nuevo los depósitos; que estos se llevarian solo á los bancos de los Estados, pero que el Congreso (en esto se censuraba la conducta del Presidente con bastante severidad) se reservaba el derecho de elegirlos, prescribiendo las condiciones y garantías necesarias al hacerse la operacion; y que se debia abrir un informe acerca de los asuntos del banco de los Estados-Unidos, á fin de averiguar la causa de la crisis comercial y de la penuria de que se quejaban los ciudadanos de la Union (*).

Aun se estaban discutiendo estas proposiciones en la Cámara, cuando á principios de febrero, ocurrieron varios incidentes que debian agravar la cuestion. El dia 4 envió el Presidente un mensaje á las dos Cámaras del Congreso, censurando la conducta del banco, que habia rehusado entregarle los libros, documentos y fondos referentes á las pensiones de los veteranos de la revolucion. El Comité judicial del Senado emitió su informe en 17 de febrero, manifestando que la censura del Presidente era inmerecida, y en fin de mayo, acordó la Cámara alta declararlo así. Pronunciáronse muchos discursos por Mr. Clay, Mr. Webster y otros; en uno de ellos fué donde el primero de estos oradores, dirigiéndose á Van Buren, y rogándole notificara al Presidente cuál era la afflictiva situacion del pais y la obligacion en que estaba de remediar el mal, pronunció las siguientes

(*) Segun informe que se presentó en el Senado á fines de abril, referente á las solicitudes que se recibieron en contra y en favor de la traslacion de los depósitos públicos, parece que el número de las primeras ascendia á ciento catorce mil novecientos diez y ocho, mientras las segundas, es decir, las de aquellos que aprobaban la medida del Presidente, no pasaban de ocho mil setecientas veintiuna.

tes palabras : «Id á decir á Mr. Jackson que solo en su mano está aliviar los males que aquejan al pais en las actuales circunstancias; hacedle presente que si no abre sus ojos á la luz de la razon y corrige los errores en que ha incurrido, ninguno puede imaginarse, ni boca alguna espresar las funestas consecuencias que resultarán para nosotros. Id á rogarle que se detenga en la senda fatal por donde marcha, y reflexione que la paciencia humana tiene un límite, pues así reconocerá acaso que no es justo sumir á este pueblo patriótico y generoso en la miseria y la desesperacion.»

Habiéndose negado el Senado á tomar en consideracion la protesta del Presidente, Enrique Clay presentó dos proposiciones, que en su concepto serian aprobadas por la Cámara, y cuyo objeto era, declarar primero que las razones alegadas por el Secretario del Tesoro para justificar la traslacion de los depósitos, no parecian satisfactorias, y disponer luego que se volvieran á colocar los fondos públicos en el banco de los Estados- Unidos. Despues de un prolongado debate, en el cual no se dijo nada nuevo que valga la pena citar aquí, el Senado aprobó al fin las proposiciones en 4 de junio por veintiocho votos contra diez y seis, remitiéndolas acto continuo á la Cámara, donde, por dictámen de Mr. Polk, se acordó dejarlas sobre el tapete.

En los primeros dias de junio, Mr. Stevenson, nombrado ministro plenipotenciario en Inglaterra, renunció el cargo de Presidente de la Cámara, y despues de varias votaciones, fué elegido en su lugar Juan Bell, de Tennessee. El 23 de junio, precisamente

1834. cuando iba á terminarse la legislatura, remitió el Presidente á la aprobacion el nombramiento de Taney, designado para Secretario del Tesoro, mas el Senado acordó no confirmarlo por veintiocho votos

contra diez y ocho, y lo mismo sucedió con el de Stevenson. El dia 30 dió el Congreso por terminadas sus sesiones (*).

Las elecciones de 1834 demostraron que aunque Jackson era popular entre la gran masa del pueblo, que en general aprobaba su política, no sucedia lo mismo en los Estados comerciales donde reinaba el descontento y se organizaba una oposicion, á que se dió el nombre de *whig*, y que estaba resuelta á efectuar un cambio en la administracion.

El Congreso se reunió en 1.º de diciembre en sesion extraordinaria, y al otro dia se leyó el mensaje del Presidente, que hablaba primero de las relaciones estranjeras, ocupándose luego de los principales asuntos que mas interesaban al pais, tales como la circulacion de fondos, las rentas, y la cuestion de los bancos, etc. Tambien se tocaban otros puntos, y se recomendaba 1834. á la atencion del Congreso, el ejército, la armada, las negociaciones con los indios, el servicio de correos y el sistema judicial; pero no se hizo por entonces nada de importancia. Luego se presentó en el Senado el informe referente á las operaciones del banco de los Estados- Unidos, escrito por Juan Tyler, mas nada contenia importante, tanto mas cuanto que el asunto se habia discutido ya hasta la saciedad. Votáronse algunas cantidades para las mejoras públicas (**), y se

(*) Poco antes de terminarse la legislatura se recibió noticia de la muerte de Lafayette, ocurrida el 20 de mayo de 1834. En el Congreso se adoptaron con este motivo ciertas disposiciones el 24 de junio, y se encargó por unanimidad al venerable Juan Quincy Adams que redactase la oracion fúnebre para la próxima legislatura. El 31 de diciembre dirigió el elocuente anciano á las dos Cámaras su patético y brillante discurso sobre la vida y hechos de aquel noble y valeroso patriota, cuya sentida muerte affigia á todos nuestros conciudadanos.

(**) Mr. Calhoun pronunció en aquella ocasion un discurso, en el que haciendo algunas observaciones contra el

adoptaron varias disposiciones para regularizar los trabajos en las minas de oro de la Carolina del Norte, de Georgia y de Nueva-Orleans; pero no se hizo nada más, y cuando llegó el 3 de marzo, día en que se cerraba el Congreso, quedaron sin despachar muchos asuntos ya discutidos y del mayor interés, entre los cuales se contaban el *bill* de correos, el de aduanas, el judicial, el de depósitos públicos y el referente á la separación de empleados. También quedó otro en que se pedía la indemnización á ciertos ciudadanos por las pérdidas que habían sufrido á consecuencia de las espoliaciones de los franceses antes del año 1800.

Hemos hablado en diversas ocasiones de lo poco dispuesta que se mostraba Francia á indemnizarnos por los perjuicios que **1835.** había causado á nuestro comercio, y añadiremos ahora que envalentonadas las potencias europeas por la conducta de aquella nación, eludían siempre el satisfacer las justas demandas de los Estados-Unidos. Los Gobiernos anteriores habían hecho lo posible por celebrar un convenio con Francia sobre aquel asunto, aunque sin conseguir la menor cosa; pero el general Jackson parecía haber resuelto que no continuasen las cosas así, y al efecto tomó sus disposiciones para terminar de una vez aquella cuestión con Francia.

Mr. W. C. Rives, de Virginia, á quien se había nombrado ministro plenipotenciario y enviado extraordinario en París con objeto

partido dominante, dijo entre otras cosas lo que sigue: «El único principio de cohesión que une entre sí á los hombres del poderoso partido alistado bajo las banderas del general Jackson, es el patronato oficial. Su único objeto es obtener destinos y conservarlos, y su única máxima reconocida, según lo ha confesado aquí mismo uno de los primitivos senadores de Nueva-York, gobernador ahora de aquel Estado, es que á los vencedores pertenecen los despojos de la victoria.

de hacer las reclamaciones, consiguió negociar en 1831 con el Gobierno de Luis Felipe, el rey ciudadano, un tratado por el cual se comprometería aquel por veinticinco millones de francos (escepto millon y medio, destinados á satisfacer las reclamaciones de los ciudadanos franceses) en seis anualidades, para satisfacer todas las demandas del Gobierno americano, estipulándose además que se pagaría el cuatro por ciento después de canjeadas las ratificaciones. Esta suma no ascendía ni á la mitad del valor de las pérdidas sufridas, mas á pesar de todo se creyó prudente aceptar aquel arreglo, y tanto Jackson como el pueblo de los Estados-Unidos se felicitaron al ver que al fin quedaba terminado aquel asunto.

En febrero de 1832 se canjearon las ratificaciones del tratado, pero ni el rey ni sus ministros ni las Cámaras dieron paso alguno para cumplir lo prometido. El Congreso por su parte aprobó el decreto, y el 7 de julio de 1833, el Secretario del Tesoro giró una letra de cambio contra el ministro de hacienda de Francia, á fin de que se hiciera efectivo el primer plazo á la orden del cajero de los Estados-Unidos. Cuando llegó la letra á París no fué aceptada, y el Gobierno no pareció cuidarse mucho de que esto disgustara á los americanos.

En las Cámaras francesas se presentó un *bill* proponiendo el pago de la primera anualidad, pero fué desechado, porque ninguno se tomó gran interés en conseguir su aprobación, en vista de lo cual comunicáronse instrucciones á nuestro ministro, encargándole exigiera al Gobierno de Luis Felipe el cumplimiento del tratado, pues de lo contrario los Estados-Unidos pedirían una indemnización por no haber aceptado la letra. En su sexto mensaje anual, presentado en diciembre de 1834, decía el Presidente lo

que sigue: «Mi opinion es que los Estados- Unidos deben insistir en la pronta ejecucion del tratado, y en caso de negativa ó de retraso, hacernos justicia por nosotros mismos.

1834. Despues de haberse dilatado el arreglo de este asunto por espacio de veinte y tantos años, no debe tolerarse que pase otro tanto tiempo para que Francia esté negociando el pago. Las leyes de las naciones han previsto ya este caso, y es un principio harto reconocido en el Código internacional, que cuando una potencia debe á otra una cantidad convenida y se niega á pagarla, la parte agraviada estará en el derecho de apoderarse de los bienes y efectos de la deudora hasta dejar satisfecho el crédito, y sin que por esto sea necesario recurrir á las armas.»

Parece que Francia llevó á mal el proceder del Gobierno americano y no trató de ocultar su resentimiento, pues inmediatamente mandó llamar á su ministro en Washington, y se ofrecieron sus pasaportes á Mr. Livingston, que estaba en París. Mr. Clay presentó en el Senado un estenso informe sobre este asunto, desaprobando la medida del Presidente, que tenia por objeto tomar represalias, y en 14 de enero de 1835 aprobó la Cámara alta por unanimidad, una proposicion en la que se declaraba que era inoportuno adoptar por entonces resolucion alguna en la cuestion de Francia con los Estados- Unidos. La Cámara de Representantes no tomó en consideracion las indicaciones hechas en el mensaje del Presidente.

Aun cuando Francia deseaba pagar su deuda, creyó que para dejar á cubierto su dignidad, debia exigir algunas esplicaciones del Gobierno americano, y al efecto se adicionó una cláusula en el *bill* presentado para autorizar el pago. Acceder á una exigencia de semejante naturaleza, era cosa que ni debia discutirse siquiera, pues ni el Presi-

dente ni el pueblo se habrian rebajado hasta el punto de dar escusas por haber insistido en defender sus derechos. Hacia mediados de enero de 1836 el Presidente anunció al Congreso que el Gobierno francés se habia negado perentoriamente á cumplir lo prometido sino bajo condiciones incompatibles con la dignidad é independencia de la Union, pues acababa de exigir que se le dirigiese una comunicacion oficial, en la que el Gobierno americano manifestase que sentia lo ocurrido. El Presidente manifestó luego que podian considerarse como suspendidas las relaciones diplomáticas con Francia, y aconsejó al Congreso que prohibiera la entrada de los productos de esta nacion y la de sus buques, en los puertos americanos. Tambien se recomendó que se aumentase la escuadra y se activara la defensa de las costas, atendido que aquella potencia estaba preparando una espedicion á los mares de América.

Antes que el Comité de relaciones estranjeras tuviera tiempo de informar sobre lo referido, recibió el Congreso en 8 de febrero un nuevo mensaje, en el cual se anunciaba que la Gran Bretaña acababa de ofrecer su mediacion, que habia sido aceptada por Francia, y que por lo tanto deberian suspenderse las hostilidades, así como tambien los trabajos emprendidos para la defensa nacional. Al cabo de un mes de haberse recibido este mensaje, segun dice M. Benton, hallábanse pagados ya los cuatro primeros plazos de la indemnizacion, sin que hubiese sido necesario recurrir á la parte mediadora.

Ya que de este asunto hablamos y copian- do siempre los datos que nos da el senador Benton acerca de la política estranjera del general Jackson, consignaremos aquí qué resultado se obtuvo de las reclamaciones hechas á las demás potencias. Dinamarca accedió á indemnizar á los ciudadanos de los

Estados-Unidos por los perjuicios ocasionados á su comercio desde 1808 á 1811, abonando la cantidad de seiscientos cincuenta mil duros: el tratado que se celebró con dicha potencia, fué anterior al de Francia, y despues de este, Nápoles se convino tambien en satisfacer las justas demandas de nuestro Gobierno, comprometiéndose á pagar dos millones cincuenta mil ducados. Del mismo modo, España, que habia perjudicado mucho al comercio americano durante la época en que tratara, aunque inútilmente, de recobrar sus provincias rebeldes, consintió en satisfacer doce millones de reales, como justa compensacion, y conseguido esto, el Presidente renunció á todas las demás reclamaciones que buenamente no podian justificarse con arreglo á las leyes de toda nacion. En 1837 tambien pagó Portugal cierta suma por las presas que habia hecho en 1829 y 1830.

Al llegar aquí parécenos oportuno poner en conocimiento del lector, que en abril de 1833 se reunió en San Felipe de Texas una Convencion, cuyo objeto era declarar la independencia de aquel Estado ó provincia. El general Santa Ana, que se habia proclamado dictador en 1834, marchó á dicho punto en la primavera del año siguiente á fin de someter á los habitantes, pero en marzo de 1836 reuniéronse en Washington varios delegados, y se estableció un Gobierno republicano, nombrándose Presidente á David G. Burnet. En 21 de abril de 1836, ganó el general Houston la batalla de San Jacinto, y habiéndosele elegido luego Presidente de Texas, se trató de anexionar esta provincia á los Estados-Unidos. El ministro mejicano en Washington, protestó solemnemente contra esta medida y abandonó poco despues la ciudad, pero no se hizo mucho aprecio de este hecho, pues el anexionar á Texas solo era cuestion de tiempo, dándose como seguro que esto suce-

deria bien pronto. Por esta misma razon, y como medida preliminar, resolvió el Congreso en febrero de 1837 reconocer la independencia de aquel Estado, entablándose relaciones diplomáticas. En aquella época, constaba de veinte mil almas la poblacion de Texas, pero desde entonces fué aumentando rápidamente.

Habiendo indicado el general Jackson la conveniencia de organizar una Convencion nacional democrática, segun carta publicada por aquel en febrero de 1835, aprobóse inmediatamente la idea y en el mes de mayo reunióse en Baltimore dicha Convencion, á la que asistieron seiscientos delegados, los cuales eligieron unánimemente á Martin Van Buren, como candidato para la presidencia. A Ricardo M. Johnson se le **1835.** designó para el cargo de Vice-presidente. El partido opuesto á Van Buren eligió como candidato á Hugo L. White; los *wighs* contaban con tres que eran Guillermo E. Harrison, Juan M'Lean, y Daniel Webster (*).

En 7 de diciembre de 1835 celebró su primera sesion el vigésimo cuarto Congreso; Jacobo K. Polk fué elegido Presidente de la Cámara, y al otro dia remitió Jackson su acostumbrado mensaje. Despues de dar cuenta del estado de las relaciones estranjeras y otros asuntos importantes, manifestábase que la situacion de la hacienda era muy liasonjera, y que aumentaba la prosperidad en el pais; habíase estinguido la deuda pública, y del balance resultaban en favor del Tesoro diez y nueve millones de duros. Contando el Presidente que habria un sobrante de seis millones despues de cubiertos todos los gastos, proponia que se aplicara esta suma á la construccion de arsenales ú otras obras de

(*) El venerable jefe de justicia, Marshall, murió á una edad muy avanzada el 6 de julio de 1835. En marzo del año siguiente el Senado confirmó el nombramiento de Rogelio B. Taney, para ocupar la vacante que dejaba Marshall.

utilidad general, y manifestaba al propio tiempo que el producto de la venta de tierras públicas, ascendía á once millones de duros en aquel año, pero que era necesario introducir algunas reformas en las oficinas encargadas de este servicio, suprimiendo los destinos de comisionados de préstamos. El mensaje terminaba haciendo algunas observaciones sobre el ejército, la armada, etc., pero los detalles no son aquí necesarios por carecer de interés.

Aun cuando la legislatura se prolongó hasta el verano de 1836, puede decirse que nada se hizo en ella de importante (*). Uno de los mas principales asuntos fué el que tuvo por objeto regularizar las imposiciones de fondos en los bancos de los Estados, proyecto que apoyaron grandes mayorías, y que mereció la aprobacion del Presidente en junio de 1836. Aquella ley funesta, como la llama Mr. Ingersoll, disponia que se depositasen todos los sobrantes de mas de cinco millones de duros en las cajas del Tesoro de los Estados-Unidos el dia 1.º de enero de 1837, exigiéndose á estos que se comprometieran de una manera solemne á conservar las cantidades é irlas devolviendo poco á poco cuando se necesitasen. En virtud de esta ley, se sacaron del Tesoro nacional, para depositarlos en otra parte, treinta y siete millones de duros, cuya devolucion no era por cierto nada segura, y por la misma, disponíase que el Secretario del Tesoro eligiera los bancos de los Estados donde debieran depositarse los fondos de la Union. Felizmente, los apuros pecuniarios del Gobierno en 1837 impidieron que se hicieran mas depósitos y así se perdió menos dinero.

La consecuencia de distribuirse los sobrantes de las rentas entre los Estados, fué

(*) El primero de julio de 1835 el Congreso recibió la solemne promesa de Jacobo Smithson de Lóndres, quien se ofreció á emplear cien mil duros en el establecimiento de la *Institucion Smithsonian* en Washington, cuyo objeto era la difusion de los conocimientos humanos.

naturalmente la que muchos esperaban; creáronse infinidad de bancos con un capital nominal, y el pais se vió al momento lleno de papel; se hicieron especulaciones inconcebibles, y apenas se podria creer hasta qué punto llegaba el espíritu emprendedor de los que deseaban adquirir riquezas á toda costa. No habia proyecto por descabellado que fuera que no pareciese aceptable, y de tal manera se dejaban engañar unos y otros, que se cometieron fraudes prodigiosos sin que se produjeran esas conmociones que hacen peligrar muchas veces la existencia de todo cuerpo político bien organizado. De semejante situacion solo podia resultar algo calamitoso; y en efecto, al poco tiempo los hechos vinieron á probar de una manera dolorosa cuán fatal habia sido la política adoptada.

El banco de los Estados-Unidos obtuvo de la legislatura de Pennsylvania dos semanas antes de que caducara su carta, y prévio el pago de dos millones de duros, representados por un bono, una nueva carta en la que se figuraba el capital primitivo de treinta y cinco millones de duros; poco luego se vió que aquella institucion no conservaba su *prestigio* y que por lo tanto no podria ejercer la vasta influencia que tuvo en otro tiempo.

Las mejoras públicas, la ley de privilegios, la admision de Arkansas y Michigan, como Estados soberanos é independientes, y la academia militar (contra la que pronunció Franklin Pierce un discurso, copiado por Benton en su *Revista* de los treinta años), fueron los asuntos de mayor importancia discutidos por el Congreso. En 9 de junio se presentó un *bill* por el cual se trataba de señalar dia fijo para la apertura del Congreso y otro para cerrarlo, pero el general Jackson no quiso sancionarlo por creer que encerraba un principio anti-constitucional.

Luego se comenzó á discutir la cuestion de

la esclavitud, que produjo los mas acalorados debates, principalmente á causa de haberse presentado algunas solicitudes, pidiendo la abolicion de aquella en el distrito de Columbia. Mr. Adams tomó una parte muy activa en este asunto proclamando el derecho de peticion, mas era demasiado poderosa la influencia del Sur, para que los abolicionistas pudieran obtener nada. El Congreso rehusó intervenir en la cuestion en aquel distrito y dejó las solicitudes sobre el tapete, alegando que de ningun modo resolveria nada respecto á la abolicion de la esclavitud.

Tambien se quiso someter á la consideracion del Congreso otra cuestion semejante al tratarse de la admision de Arkansas y de variar el límite de Missouri, á propuesta de Mr. Benton; y aquí nos parece oportuno citar algunas observaciones que hacia el cono-cido senador. Hélas aquí: «Me refiero á un período en que empezó á considerarse de otra manera la cuestion de la esclavitud, á un tiempo en que se temia la disolucion de la Union, y en que se juzgaba que aquella era segura é inevitable. Este fué el punto de partida de la cuestion de la esclavitud que tanta agitacion produjo, y digo esto porque es muy justo que todos los ciudadanos puedan formar una idea exacta de cuál fué el origen y el progreso de aquella. Desde que comenzó la gran controversia sobre el Missouri hasta el año 1835, yo consideraba al Norte como el punto peligroso para la cuestion de la esclavitud, pero luego he creido que se debería temer mas bien del Sur, como pensaba Mr. Madison dos años hace» (*).

El Congreso terminó sus sesiones el 4 de julio de 1836, y en 11 del mismo mes espidió el Secretario del Tesoro, *por orden del Presidente*, una circular en la que se prevenia á los recaudadores de fondos públicos que no

tomasen sino oro y plata cuando se hiciere el pago de las tierras vendidas. En el mes de abril anterior habia propuesto ya Mr. Benton esta medida á las dos Cámaras del Congreso, pero el Senado la desechó, dejando que el Presidente obrara bajo su responsabilidad.

Gracias á las ventajas ofrecidas por los bancos de los Estados, y merced al espíritu de especulacion, habíanse comprado muchas tierras públicas, y el metálico abundaba en ciertos Estados donde eran mas numerosos los compradores, mientras en otros, escaseaba cada vez más, lo cual entorpecía hasta cierto punto las operaciones, perjudicando en particular á los industriales y traficantes. Todo esto era el resultado de las disposiciones adoptadas por el Presidente, que dieron lugar á la cuestion del banco de los Estados- Unidos, cuestion de cuyas consecuencias ya hemos hablado anteriormente.

Las elecciones para Presidente se verificaron durante el otoño, y se obtuvo el siguiente resultado: Martin Van Buren, recibió ciento setenta votos; el general Harrison, ciento setenta y tres; Hugo L. White, veintiseis; Daniel Webster, catorce, y W. P. Mangum, once. Para el cargo de Vice-presidente, obtuvo R. M. Johnson, ciento cuarenta y siete; Francisco Granger, setenta y siete; Juan Tyler, cuarenta y siete, y Guillermo Smith, veintitres, por manera; que siendo el que contaba con mas votos en la lista, quedó elegido Johnson para ocupar la silla vacante.

El vigésimo cuarto Congreso celebró su primera sesion en 5 de diciembre de 1836, y al dia siguiente remitió el general Jackson su último mensaje anual. Dábanse en él las mas favorables noticias acerca del estado del pais y de la hacienda, anunciándose que en 1.º de enero de 1837 quedaria en el Teso-

(*) Véase la Revista de los treinta años, vol. 1, pág. 263.

ro un sobrante de cuarenta y un millones de duros. El Presidente manifestaba luego que estaba muy satisfecho de las operaciones de los bancos; sometía á la consideración del Congreso varios asuntos y terminaba su mensaje dando gracias á todos sus compatriotas por su indulgencia y el apoyo que le habían prestado en las diversas situaciones críticas por que atravesara durante su carrera pública.

Una proposición del senador Benton, que tenía por objeto borrar del diario de las sesiones el acuerdo tomado antes por el Senado cuando había remitido el Presidente su protesta, promovió un debate animadísimo, mas al fin se aprobó aquella en 16 de enero de 1837. Como ya sabemos, cerca de tres años antes, (véase la página 89), el Senado tuvo por conveniente censurar la conducta del general Jackson por retirar los depósitos del banco de los Estados-Unidos, y Mr. Benton no perdonó esfuerzo alguno hasta obtener que se aprobara su proposición. Conseguido esto, y á pesar de la escitación de unos y otros, el Secretario del Senado cruzó con grandes rayas de tinta el acuerdo, escribiendo estas palabras encima: *Suprimido por orden del Senado en este día 16 de enero de 1837.* La proposición de Benton se aprobó por veinticuatro votos contra diez y nueve (*).

Hízose también un vigoroso esfuerzo para que se retirara la circular respecto á verificar el pago en metálico para la compra de

tierras públicas, y á este fin se pasó una proposición al Comité respectivo pidiendo que se admitiera papel en ciertos casos. Mr. Benton combatió esta medida enérgicamente, mas al fin se aprobó el *bill* por cuarenta y un votos contra cinco. En la Cámara se trató de adicionar una enmienda, pero no se consiguió, pues ciento cuarenta y tres Representantes votaron por el *bill* tal como vino del Senado y solo cincuenta y nueve en contra. El día antes de cerrarse el Congreso se remitió para que lo firmara el Presidente, pero éste lo conservó en su poder, según había hecho ya otras veces, impidiendo que se declarase ley, y pocos días después dió á conocer en el *Globo* las razones que le indujeran á obrar así.

Sin haber aprobado proyectos de gran interés durante aquella legislatura, el Congreso terminó sus sesiones el 3 de marzo de 1837, en cuya fecha se cumplían los ocho años de la administración de Jackson.

No es fácil juzgar imparcialmente los hechos ocurridos en aquel período, porque hace muy poco tiempo que tuvieron lugar, y esto podrá hacerlo seguramente con mas calma el futuro historiador de nuestro país; por lo mismo no intentaremos pasar una revista á la administración del general Jackson, con tanta mas razón cuanto que los partidarios y admiradores del héroe de Nueva-Orleans no quedarían satisfechos si no se le ensalzara, mientras que por otra parte sus enemigos políticos no encontrarían palabras suficientes para condenar sus actos y sus principios. El lector podrá juzgar, en vista de los hechos referidos en estas páginas, acerca del carácter y circunstancias del hombre á quien miles de americanos han admirado con un entusiasmo sin parangón en los anales de nuestra historia.

(*) El agradecimiento del general Jackson fué indecible; convidó á un gran banquete á todos los que habían votado á su favor y también á sus esposas, pero como estaba muy débil para sentarse á la mesa, no hizo mas que recibir á la reunión, y después de hacer sentar en su propia silla á Mr. Benton, se retiró á su cuarto. Aquella victoria era su último triunfo en la carrera civil, así como la guerra de Nueva-Orleans lo había sido en la militar. *Revista de los treinta años*, por Benton, vol. I, p. 731.



CAPÍTULO III.

1837—1841.

ADMINISTRACION DE VAN BUREN.

Martin Van Buren toma posesion del cargo de Presidente.— Su manifiesto inaugural.— Situacion del pais en aquella fecha.— Apuros y conflictos.— Marcha á Washington una diputacion de comerciantes.— Sesion extraordinaria del Congreso.— Las recomendaciones del Presidente.— El Congreso se reúne en diciembre.— Se discute el plan de la sub-tesorería.— Actas de la legislatura.— La guerra de los Seminolas en la Florida.— Resoluciones en favor de la anexion de Texas.— Tentativa revolucionaria en el Canadá.— Incendio de la Carolina.— Proclama del Presidente contra los insurrectos.— Procedimientos de la última legislatura del vigésimo quinto Congreso.— La oposicion se refuerza.— Apertura del vigésimo sexto Congreso.— Los diputados de Nueva-Jersey.— Convencion *Whig* en Harrisburg.— El general Harrison es nombrado Presidente.— La Convencion democrática designa á Van Buren para este cargo.— El mensaje del Presidente respecto á la hacienda.— Buen consejo.— Se establece el Tesoro independiente.— Sus condiciones.— El sexto censo.— La eleccion presidencial.— Eleccion de Harrison.— Fin de la administracion de Van Buren.

Martin Van Buren se presentó á tomar posesion del cargo de octavo Presidente de los Estados-Unidos el dia 4 de marzo de 1837, y despues de celebradas las acostumbradas ceremonias, y de entregar su manifiesto inaugural, prestó el juramento ante el jefe de justicia Taney. Solo diremos de aquel documento que estaba muy bien escrito y daba á conocer los principios y opiniones de Van Buren, el cual decia entre otras cosas: «Al ocupar la silla presidencial, me mostraré inflexible en lo tocante á oponerme á toda tentativa del Congreso que tenga por objeto abolir la esclavitud en el distrito de Columbia, contra los deseos de otros Estados, y asimismo no consentiré que se intervenga en aquellos tratándose de esta cuestion.» Van Buren terminaba su mensaje invocando el auxilio del Todopoderoso para nuestro pais.

El estado de los negocios comerciales al encargarse Van Buren de la presidencia, era por demás crítico y alarmante, atribuyéndose la causa de esto principalmente á la traslacion de los depósitos y á la circular sobre los pagos en metálico. Los hombres del comercio opinaban que el único medio de remediar los males y perjuicios que ocasionaba la falta de circulacion y la dificultad en los cambios, era crear un banco nacional. No pasó mucho tiempo sin que comenzaran á menudear las quiebras; en las tres primeras semanas del mes de abril suspendieron sus pagos doscientas cincuenta casas de Nueva-York; en Nueva-Orleans, solo en el espacio de dos dias, se declararon en quiebra varios comerciantes por valor de veintisiete millones de duros, y en otras ciudades otros casos análogos vinieron á demostrar cuán peligrosa era la crisis por que atravesaba el



J. W. New Brun

pais. Las demandas contra los bancos se repetian diariamente; estos no podian poner en circulacion sus billetes; la alarma se convirti6 en pánico y al fin, el 10 de mayo, todos los bancos de Nueva-York suspendieron sus pagos en metálico, y como si esto no fuera bastante, el Congreso espidi6 una 6rden el 16, por la cual autorizaba que la suspension durase un ańo. Los bancos de otros Estados siguieron el ejemplo de los de Nueva-York, y entonces pudieron ya reconocer todos anticipadamente que la ruina y la miseria serian la consecuencia de aquel aflictivo estado de cosas.

El 3 de mayo se reunieron los comerciantes y banqueros de Nueva-York, y se resolvi6 por unanimidad enviar una diputacion á Washington á fin de rogar al Presidente que anulara la circular sobre los pagos en metálico. Uno de los párrafos de la representacion que hacia el Comité, decia lo siguiente: «Deseando ser concisos en nuestras declaraciones, nos limitaremos á decir que nuestros capitales han sufrido en estos 6ltimos seis meses una disminucion de mas de cuarenta millones de duros (*). que la pérdida ocasionada por la baja de las diversas acciones representa un capital de veinte millones de duros, y por 6ltimo, que en pocas semanas ha sido preciso despedir á mas de veinte mil hombres que solo contaban con su trabajo para ganarse el sustento, y esto por no ser posible seguir pagándoles sus jornales.»

Otros pueblos y ciudades siguieron el ejemplo de Nueva-York apelando á la proteccion del Poder ejecutivo, pero Mr. Van Buren se neg6 á tomar en consideracion las peticiones,

y solo consintió en convocar al Congreso en sesion extraordinaria, á cuyo efecto espidi6 una circular en 15 de mayo á fin de que aquel se reuniera el primer lunes del mes de setiembre. Entre tanto, dirigiéronse repetidas recriminaciones los amigos y enemigos del Gobierno á quien se censuraba por haber dado lugar á tantos apuros y conflictos.

La primera sesion extraordinaria se celebr6 el 4 de setiembre, y por el tono del mensaje del Presidente, reconoci6se bien pronto que no se debia esperar auxilio del Gobierno. Van Buren atribuia aquel estado de cosas á las especulaciones de mala fe y á las negociaciones de los bancos, y declaraba que en su concepto todo lo que el Gobierno podia hacer era cuidar de sí propio, pues no podia esperarse que legislara en los asuntos pecuniarios del pueblo. Mr. Van Buren aconsejaba que para lo sucesivo guardase el Gobierno sus propios fondos, estableciendo una sub-Tesorería á fin de que hubiese una separacion completa entre los capitales de aquel y los bancos.

El Comité de hacienda, del Senado, present6 despues cuatro *bills*: el primero pidiendo se suspendiera el pago del cuarto plazo del sobrante de las rentas á los diversos Estados; el segundo autorizando la emision de bonos del Tesoro para cubrir cualquiera déficit que pudiera ocurrir, con cuatro millones como reserva; el tercero prorogando el pago de ciertos créditos, y el cuarto proponiendo la organizacion de la sub-Tesorería.

Este 6ltimo *bill* produjo no poca escitacion dentro y fuera del Congreso porque se consider6 como un ataque directo contra el sistema de crédito establecido ya, y como un plan cuyo objeto era acabar con todos los bancos; pero sea como fuera, el Senado lo aprob6 por veintiseis votos contra veinte, si bien lo desech6 la Cámara por ciento veinte

(*) En diciembre de 1835 estall6 en Nueva-York un espantoso incendio, en que fueron pasto de las llamas quinientas veinte y nueve casas 6 edificios, perdiéndose por valor de mas de veinte millones de duros.

contra ciento siete. Luego se discutieron otros asuntos, pero no se hizo nada sino autorizar la emision de diez millones de duros, en bonos del tesoro, para atender á los inmediatos gastos del Gobierno, y en 16 de octubre terminó la legislatura sus tareas sin haber hecho cosa alguna de provecho.

El Congreso se volvió á reunir en 4 de diciembre, y se procedió á la lectura del primer mensaje anual, que trataba de varios asuntos de interés público, mas como era de esperar, hablábase principalmente del proyecto relativo á establecer una sub-Tesorería. Mr. Calhoun apoyó en el Senado las ideas del Gobierno, mientras que Mr. Clay y Mr. Webster combatieron el plan propuesto. En el trascurso de los debates se modificó notablemente el *bill*, suprimiendo una cláusula por la cual se prohibia hacer los pagos al Gobierno en papel de los bancos, y con esta enmienda lo aprobó el Senado en el mes de junio, si bien por la escasa mayoría de dos votos. Sin embargo, cuando el **1838.** *bill* se recibió en la Cámara, presentóse una proposicion para dejarlo sobre el tapete, y fué aprobada por ciento veinticinco votos contra ciento once.

Entre los diversos proyectos que se discutieron despues, tratóse principalmente de conceder ciertos derechos á los pobladores, de organizar el territorio de Jowa, de autorizar varias mejoras públicas, de regularizar la navegacion de algunos rios de la Florida, y de aprobar, por último, la impresion de algunos escritos de Madisson. Tambien se habló del establecimiento de un banco nacional, mas no hubo debate sobre este asunto. La circular relativa á los pagos en metálico se aprobó en el Senado por treinta y cuatro votos contra nueve, y en la Cámara por ciento cincuenta y uno contra veintisiete, habiéndose dictado el siguiente acuerdo:

«*Resolvemos* que el Secretario del Tesoro no podrá espedir ninguna orden general que establezca diferencias en cuanto á la forma de hacer el pago de las rentas de los Estados-Unidos.»

La guerra de la Florida seguia aun su curso, dando lugar á numerosos conflictos é inmensos gastos, pues como las tribus indias se resistian á trasladarse, fué preciso apelar á la fuerza. La guerra con los Semínolas, que habia empezado en diciembre de 1835, duró cinco años, y en ella tomaron parte los hombres mas experimentados del ejército, tales como Scott, Jessup, Taylor, Worth y otros, pero teniendo que luchar con jefes como Osceola, Jumper y Tiger-Tail, y hallándose en un país lleno de pantanos y de lagunas, era mas difícil vencer á los indios, y por esto puede decirse que aquella guerra fué fatal para los blancos. Los salvajes no querian celebrar tratado alguno; aprovechaban todas las ocasiones de atacar á los americanos, y mas de una vez rechazaron á sus enemigos causándoles graves pérdidas. En julio de 1836, Jessup anunció oficialmente que la guerra estaba concluida, pero luego continuó con mas actividad que nunca, porque habiendo celebrado aquel general, en marzo de 1837, un tratado, por el que se estipulaba que cesarian las hostilidades, y que para el 10 de abril se trasladarian todos los indios á Tampa con sus familias, estos últimos no cumplieron lo estipulado, y se renovó la lucha. La captura y muerte de Osceola, ocurrida en el mes de enero de 1838, no dió fin á las hostilidades: en mayo de 1839 se convinieron los jefes en retirarse á Pease Creek, en la Florida, mas en el mes de julio siguiente, faltaron al tratado y comenzó la guerra de nuevo. Entonces mandáronse traer de Cuba, pagándolos á un precio considerable, y con gran disgusto de los hombres

civilizados, perros de presa para cazar á los indios, medida que no produjo resultado alguno. Los Estados-Unidos tenian en campaña nueve mil hombres; los gastos de la guerra escedieron en mucho de quince millones de duros, y hasta 1842 no cesaron los disturbios de la Florida (*).

Mr. Preston, de la Carolina del Sur, presentó en el Senado una proposicion pidiendo la anexion de Texas, pero no se hizo mucho aprecio de ella entonces. La independecia de aquella república habia sido reconocida en el último año de la administracion de Jackson, y el mayor deseo de sus habitantes, así como tambien de muchos ciudadanos de América, era que se verificase la anexion de Texas á los Estados-Unidos. En 9 de julio de 1838, se terminó la segunda legislatura del Congreso vigésimo quinto (**).

A fines de 1837 se hizo una tentativa para revolucionar el Canadá, proyecto en que se mostraron dispuestos á tomar parte muchos ciudadanos de los Estados-Unidos. Mackenzie, que se hallaba en el alto Canadá, y Papineau en el bajo, eran el alma de aquella revolucion, y como muchos americanos se unieron á los rebeldes, reconocióse bien pronto que iba á comenzar una lucha que comprometeria el buen nombre y dignidad de nuestro pais. Unos setecientos americanos, al mando de Van Rensselaer, de Albania, tomaron á poco posesion de Navy Island, en el Niágara, á unas dos millas de las cataratas; pero el coronel M'Nab, que se hallaba apostado á poca distancia con un cuerpo de

milicia, vigiló con la mayor atencion á los insurrectos, cuidando muy especialmente de no violar el territorio americano. Al observar, no obstante, que las provisiones que recibian los rebeldes en la isla donde se hallaban, eran conducidas por un pequeño vapor llamado *La Carolina*, que se abastecia en el fuerte Schlosser, M'Nab destacó en varios botes á una parte de su milicia, á fin de que se apoderaran de dicho vapor ó lo destruyesen, empresa que se llevó á cabo en la noche del 29 de diciembre despues de un breve pero sangriento combate. La milicia de M'Nab mató á la mayor parte de la tripulacion del buque, al cual pegó fuego echándole despues á pique, y aun cuando este acto se habia cometido en territorio americano, no produjo mucha escitacion en los Estados-Unidos.

El 5 de enero de 1838, espidió el Presidente una proclama en la que amenazaba con un castigo á los ciudadanos que tomaran parte en la invasion del Canadá, exhortando á todos á que desistieran de sus designios si no querian sufrir las consecuencias. El general Scott marchó luego á la frontera para encargarse del mando; el dia 14 de enero evacuaron los insurgentes á Navy Island, entregando todas sus armas y municiones; y Van Rensselaer fué arrestado, mas se le puso luego en libertad bajo fianza. Tambien se hicieron otras tentativas semejantes en Detroit, Sandusky-Bay y el territorio Nordeste del lago Ontario, y asimismo se trató en el mes de noviembre de tomar á Prescott, situado en el alto Canadá, pero fracasó la empresa y quedaron prisioneros unos ciento cincuenta ciudadanos de América, á quienes se condujo á Kingston para juzgarles por un consejo de guerra. Las autoridades inglesas, no obstante, procedieron con mas bondad de la que debieran, pues

(*) En la obra titulada *Origen, progreso y conclusion de la guerra de la Florida*, por el capitan J. T. Sprague, publicada en Nueva-York en 1848, pág. 557, se encontrarán los detalles relativos á esta guerra.

(**) Los seis buques de la espedicion que envió el Gobierno de los Estados-Unidos á las órdenes del teniente Wilkes para explorar los mares del Sur, se hicieron á la vela en agosto de 1838.

perdonaron á la mayor parte de los rebeldes, condenando á muy pocos á muerte.

La última legislatura del vigésimo quinto Congreso comenzó en 3 de diciembre de 1838, mas no se adoptaron medidas de gran importancia; la guerra de los Seminolas exigía que se votara un nuevo presupuesto, y se vió que los gastos escedían en mucho de lo que se calculaba. Aprobóse una acta suprimiendo la prision por deudas en ciertos casos: una proposicion que tenia por objeto prohibir que se discutiera sobre la esclavitud en el Congreso, promovió un acalorado debate, y tambien se volvió á tratar la cuestion de las tierras públicas, presentándose luego varias proposiciones para suprimir los derechos sobre la sal y las licencias de pesca. Habiendo ocurrido varias diferencias respecto á la enojosa cuestion de límites, se confirieron poderes extraordinarios al Presidente para atender á la defensa de los Estados-Unidos. El Congreso se cerró el 3 de marzo de 1839.

Como la política del Presidente no agradaba á muchos de los hombres del partido democrático, comenzó á ser mas numerosa la oposicion al Gobierno, por lo cual se hicieron por una y otra parte todos los esfuerzos imaginables para obtener la mayoría en el Congreso, resultando que al fin la alcanzaron los demócratas, aunque por muy pocos diputados. Este asunto no podia menos de escitar el mayor interés, pero aun debia tratarse otra cuestion mas importante cuando se abriera el Congreso, pues se esperaba que éste adoptase alguna medida con el objeto de remediar la crisis que ocasionaba la falta de circulacion de valores (*).

(*) Los bancos de Nueva-York comenzaron ya á verificar sus pagos en metálico el 16 de mayo de 1838. En el mes de marzo, Mr. Biddle renunció al cargo de Presidente del banco de Pennsylvania, que poco despues se vió bastante apurado, pues el 9 de octubre hubo de suspender sus pagos en me-

El vigésimo sexto Congreso se reunió en 2 de diciembre de 1839, y en la Cámara se suscitó desde luego una enojosa polémica respecto á los derechos de los nuevos diputados de Nueva-Jersey, que iban á tomar asiento en el Congreso. Estos señores, en número de cinco, eran *Whigs*, y llevaban sus certificaciones con el sello del Estado, para probar su derecho, pero se alegó, que no habiéndoseles elegido por mayoría, no debían tomar asiento en la Cámara. El 16 de diciembre se designó á R. M. T. Hunter para el cargo de Presidente de aquella, y el 24 remitió Mr. Van Buren su mensaje. El Comité nombrado al efecto, informó sobre la cuestion de Nueva-Jersey en julio de 1840, dando esto lugar á un debate violento; los *whigs* se negaron á emitir su voto, y este asunto se resolvió al fin en favor de los reclamantes, con lo cual obtuvo el Gobierno una mayoría, aunque demasiado tarde para que pudiera utilizarse de ella.

A principios de diciembre de 1839 reunióse una convencion *whig* en Harrisburg (Pennsylvania), á fin de elegir candidatos para la próxima eleccion presidencial, y desde luego se propusieron los nombres de Enrique Clay, el general Harrison y Winfield Scott, pues Daniel Webster no quiso tomar parte en la lucha. Al principio todas las probabilidades estaban en favor de Mr. Clay, quien obtuvo una mayoría de votos de los Estados, pero no de la Convencion, y despues de varias conferencias públicas y

tático, cuyo ejemplo siguieron no solo los bancos del Sur y Oeste de Nueva-York, sino tambien los de Rhode-Island. Al hacer sus observaciones sobre esta crisis, decia muy oportunamente Mr. Gallatin: «Los Directores de los bancos habian dejado de tener consideraciones de ninguna especie en cuanto á la seguridad de los intereses de los accionistas y del público en general, sin interesarse tampoco en las negociaciones para sostener la circulacion, tan esenciales á la prosperidad del pais.»

privadas, y de repetidos escrutinios, fué el último favorable al general Harrison, el cual alcanzó ciento cuarenta y ocho votos, mientras Clay solo pudo reunir noventa, y diez y seis Scott. Juan Tyler, designado para el cargo de Vice-presidente en la elección anterior, lo volvió á obtener de nuevo por unanimidad.

La Convención democrática se reunió en Baltimore el 5 de mayo de 1840 y reeligió á Van Buren para Presidente, sin resolver quién debería ocupar el segundo cargo, si bien figuraban como candidatos el coronel Jhonson y Mr. Polk.

El estado de la hacienda del país era el asunto de que se ocupaba principalmente Mr. Van Buren en su mensaje, y á no dudarlo, interesará al lector conocer las opiniones de aquel. Copiamos un párrafo cuya lectura podrá ser útil á nuestros conciudadanos: «No echemos en olvido que el buscar ahora medios para salir por lo pronto de apuros no mejorará nuestra situación, ni se disminuirá la deuda pidiendo mas dinero ó cambiando la forma del pago. El comercio no prosperará haciendo nuevas demandas, y no es de esperar tampoco que la circulación se restablezca creando nuevos bancos ó haciendo mas emisiones. Aun cuando parezca á veces que estas medidas alivian la situación, por el pronto no hacen sino agravarla al fin; solo de las economías y las reformas, de la reducción de los gastos, del pago de nuestras deudas y de la regularización del sistema de bancos, podemos esperar alivio en la actualidad y seguridad para lo futuro.»

El plan relativo á la creación de una sub-Tesorería se discutió largamente durante el resto de la legislatura, y los primeros oradores de uno y otro partido espusieron muy en detalle las ventajas y desventajas de la

medida. El *bill* se aprobó al fin en ambas Cámaras á principios de julio de 1840 y el 4 fué sancionado por el Presidente, declarándose luego como ley del país. Una de sus principales disposiciones era, que despues del 30 de junio, una cuarta parte de los pagos al Gobierno de los Estados-Unidos, se haria solo en oro ó plata, hasta fin de año, aumentándose periódicamente la proporción, de tal modo, que para el 30 de junio de 1843, no se hicieran ya sino en metálico los pagos de todas clases. Para el exacto cumplimiento de esta orden, y despues de aprobado el *bill*, se nombraron cuatro recaudadores generales, que debian desempeñar este cargo por espacio de cuatro años.

Mr. Webster propuso luego una ley de quiebras que se aprobó en el Senado, pero la Cámara resolvió dejarla sobre el tapete, sin tomarla en consideración, por ciento un votos contra ochenta y nueve. También se propuso la graduación de precios de las tierras públicas, aunque sin resultado, y despues de autorizarse una emisión de cinco millones de duros en bonos del Tesoro, cerróse el Congreso en 21 de julio (*).

Durante aquel año se formó el sexto censo de población, que resultaba dar para el 1.º de julio de 1840 un aumento de cuatro millones doscientos diez mil setecientos diez y ocho habitantes sobre el efectuado en el año 1830, es decir, diez años antes.

(*) Consignaremos aquí qué cambios hubo entonces en el Gabinete. En 1838, Jacobo K. Paulding fué nombrado Secretario de la armada en reemplazo de Mr. Dickerson, quien renunció en el mismo año; Felix Grundi se encargó de la Secretaría de hacienda, que habia dejado Mr. Butler y despues de la dimisión del primero, se nombró en su puesto á Enrique D. Gilpin. Diremos de paso que la deuda pública, estinguida al encargarse de la Presidencia Van Buren, y que en 1839 escedia de once millones de duros, quedó reducida á unos cuatro millones durante el año 1840.

POBLACION DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN EL AÑO DE 1840.

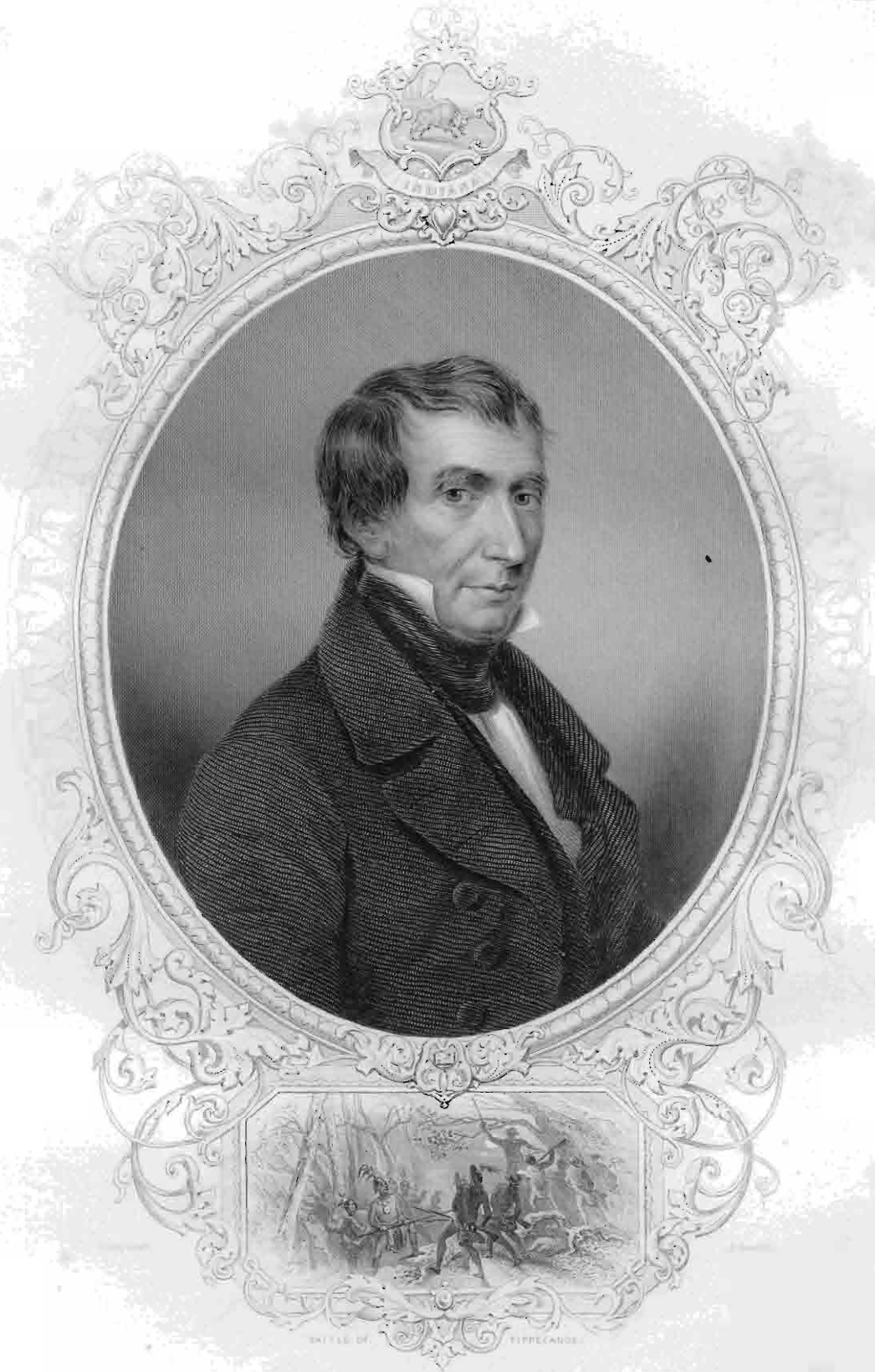
	Varones.	Hembras.
Poblacion blanca.	7.249,266	6.939,842
Id. de color, libre.	192,550	199,821
Esclavos.	1.240,408	1.240,805
Sumas.	8.682,224	8.380,468
Total de la poblacion blanca.	14.189,108	
Id. id. color, libre.	392,371	
Id. id. id., esclavos.	2.481,213	
Total general de poblacion.	17.062,692	

La eleccion Presidencial, verificada durante el otoño de 1840, produjo una gran escitacion, y todos se cuidaron, mas que de otra cosa, de las cuestiones políticas de ambos partidos, siendo innumerables las convenciones, los discursos, los folletos y los artículos de la prensa, que daban lugar á empeñados debates. El partido democrático deseaba reelegir á Mr. Van Buren; los *whigs* hacian los mayores esfuerzos para que triunfasen sus candidatos, y el resultado fué que el general Harrison y Juan Tyler obtuvieron cada uno doscientos treinta y cuatro votos,

Martin Van Buren sesenta y seis, y Ricardo M. Johnson cuarenta y ocho; por manera que Harrison y Tyler quedaron elegidos Presidente y Vice-presidente de la Union.

El Congreso se reunió en 7 de diciembre, mas la legislatura no fué fecunda en resultados; autorizóse otra emision del Tesoro, y se trataron varios proyectos discutidos anteriormente en las Cámaras. El asunto de mayor interés, á no dudarle, fué una proposicion presentada por Enrique Clay, pidiendo que se desechara el proyecto de la sub-Tesorería, mas el Senado tuvo por conveniente no tomarlo en consideracion.

1841.
El dia 3 de marzo de 1841, dió por terminadas sus sesiones la legislatura, y en dicha fecha concluia tambien la administracion de Martin Van Buren, de quien solo observaremos, que si numerosa habia sido la votacion que le proclamó Presidente, no lo fué menos la que luego se declaró contra él, y con esto no necesitamos decir si se realizarian las esperanzas de los que habian confiado mucho en el Presidente Van Buren.



W. H. Harrison

CAPÍTULO IV.

1841 — 1845.

ADMINISTRACION DE HARRISON Y TYLER.

El general Harrison toma posesion del cargo de Presidente.—Su Gabinete.—Su muerte.—Juan Tyler es elegido Presidente.—Su manifiesto al pueblo.—Sesion extraordinaria del vigésimo séptimo Congreso.—El mensaje de Tyler.—El Secretario del Tesoro recomienda el establecimiento de un banco nacional.—Conducta del Congreso.—La sub-tesoreria.—Se crea el banco fiscal.—El *veto* de Tyler.—Consulta al Presidente.—El segundo veto.—Los miembros del Gabinete, excepto Webster, presentan su dimision.—Politica de los *whigs* en el Congreso.—Actas de la sesion.—El Congreso se reune en diciembre.—Proyectos para establecer el banco.—El tratado de Washington.—Sus disposiciones.—Disturbios en Rhode-Island.—El Oregon.—Las elecciones.—Apertura del Congreso en diciembre de 1843.—Estado de los negocios.—Medidas que tomó Mr. Tyler respecto á la anexion de Texas.—Conducta del Congreso.—Candidatos á la Presidencia.—Resultado de las elecciones.—Polk y Dallas.—Ultima legislatura del Congreso.—El mensaje de Tyler.—Fin de su administracion.

El general Harrison llegó á Washington en el mes de febrero, y el 4 de marzo tomó posesion del cargo de noveno Presidente de los Estados-Unidos. Las ceremonias fueron importantes, hubo mucho entusiasmo, y todos esperaban que el nuevo jefe de la nacion podria desempeñar las funciones de su elevado cargo

á satisfaccion de sus conciudadanos.

1841. Su manifiesto inaugural, tan estenso como interesante, trataba las diversas cuestiones mas importantes para el pais, y el Presidente ofrecia no perdonar esfuerzo alguno que pudiera favorecer los intereses de su patria.

El Gabinete elegido por el general Harrison se componia de personas de reconocido talento, lo cual era una garantía para la buena administracion de los negocios públicos. Daniel Webster fué nombrado Secretario de Estado, Tomás Ewing del Tesoro, Juan Bell de la Guerra, Jorge E. Badger, de la Armada, Juan J. Crittenden, de Hacienda, y Francisco Granger, Administrador general

de correos. El Senado confirmó todos estos nombramientos, y acto continuo se cubrieron otras vacantes, espidiéndose en 17 de marzo una proclama por la cual se convocaba el Congreso para el 31 de mayo siguiente, á fin de celebrar algunas sesiones extraordinarias.

Esto es todo lo que podia hacer Harrison por el momento: aunque de edad avanzada, era un hombre enérgico y acostumbrado al trabajo, pero las penosas tareas del gobierno pronto agotaron sus fuerzas. Vióse rodeado de personas que solicitaban empleos; trató de complacer á los numerosos amigos y partidarios del Gobierno; consagróse incesantemente al despacho de los asuntos públicos, y trabajó de tal modo, que al concluirse el mes cayó enfermo. El domingo 4 de abril falleció el general Harrison, terminando así repentinamente su breve carrera como Presidente de los Estados-Unidos; sus últimas palabras, pronunciadas cuando ya empezaba á perder

el conocimiento, y como si se las dirigiera á un sucesor ó asociado, fueron las siguientes:

«Deseo, caballero, que os atengais á los principios del Gobierno..... y quiero que se observen..... es lo único que pido.»

Como aquel era el primer caso que se daba de morir un Presidente en el desempeño de sus funciones, prodújose la mayor alarma é inquietud al reflexionar sobre cuáles serían las consecuencias de tan inesperado acontecimiento. Para el partido que habia dado sus votos á Mr. Harrison, era aquel un golpe contundente, porque estando el general al frente del Gobierno, tenían la seguridad de administrar á satisfaccion de todos; pero tratándose del hombre, que en cumplimiento de lo prevenido por la Constitucion iba á ocupar la silla Presidencial, el partido *whig* no podia menos de experimentar fundados temores. Juan Tyler habia sido designado para Vice-presidente sin que se pensara mucho en sus principios políticos y aptitud, atendido que, tratándose de dicho cargo, no se miraba esto mucho; pero cuando por la muerte de Harrison se vió Tyler llamado á ocupar la silla Presidencial por espacio de cuatro años; el partido dominante esperó la mayor ansiedad respecto á la conducta que observaria en las muchas y graves cuestiones en que iba á tomar parte.

Juan Tyler llegó á Washington en 6 de abril; reunió desde luego á todos los jefes de los departamentos, invitándoles á que continuasen en el ejercicio de los cargos que les habia conferido su antecesor, y hecho esto, á fin de evitar cualquiera cuestion que pudiera suscitarse, prestó un nuevo juramento ante el jefe de justicia del distrito de Columbia. El día 7 se celebraron los funerales del general Harrison ante una multitud inmensa, que olvidando las cuestiones de partido, acudió presurosa á rendir el último tributo

al finado, cuya muerte era generalmente sentida. El 14 de mayo recomendó el nuevo Presidente que se consagrara un dia á la oracion y al ayuno, órden que se observó con la mayor religiosidad, teniendo con esto el pueblo una ocasion mas de mostrar su profundo sentimiento por la pérdida de Harrison, lamentando la inestabilidad de las grandezas humanas.

Dos dias despues de haberse celebrado esta triste solemnidad, Mr. Tyler publicó un manifiesto dando á conocer sus opiniones y sus ideas, de una manera algo ambigua, es verdad, pero en general satisfactoriamente. Los miembros principales del partido *whig* esperaban que el nuevo Presidente cooperaria con la mayoria del Congreso para llevar á efecto los proyectos de aquellos que le habian elegido.

El vigésimo séptimo Congreso se reunió en sesion extraordinaria el 31 de mayo, y al dia siguiente remitió Mr. Tyler su mensaje, en el que se decia primeramente, que las relaciones extranjeras eran satisfactorias, que acababa de ratificarse un tratado con Portugal, que las diferencias con España se arreglarían muy pronto, y que tambien iba á resolverse en breve la cuestion de M'Leod (*). Al hablar de los negocios del pais, Mr. Tyler decia: «Invitaremos á los habitantes de otros paises á que vengan á establecerse entre nosotros como miembros de nuestra numerosa familia, exigiéndoles tan solo que consideren á nuestro pais como el suyo pro-

(*) En el mes de enero de 1841, hallándose en Nueva-York para asuntos particulares, Alejandro M'Leod, habitante del alto Canadá, fué arrestado por las autoridades de Lockport porque se le acusaba de haber tomado parte en la destruccion de la *Carolina*. Este hecho produjo mucha escitacion, pues el gran jurado presentó luego un acta acusando tambien de asesinato á M'Leod, cuya causa comenzó á instruirse en el mes de octubre. Afortunadamente para todos, M'Leod probó la coartada, y habiéndosele puesto en libertad, dióse por terminado este enojoso asunto.

pio, y que coadyuven con nosotros á la conservacion de nuestras instituciones y libertades.» El Presidente decia tambien algo sobre el banco nacional y las mejoras públicas, pero de una manera tan vaga, que no era fácil adivinar sus intenciones. El partido *whig*, sin embargo, creyó que Mr. Tyler opinaba como él en estos puntos, si bien habia razones para dudar de la conducta que pensaba seguir.

El informe del Secretario del Tesoro, remitido con el mensaje, recomendaba eficazmente el establecimiento de un banco nacional, por creer que este reportaria grandes utilidades y beneficios al pais; entendiase que el Presidente se hallaba dispuesto á favorecer el plan, y Mr. Ewing, á invitacion de ambas Cámaras, presentó hácia mediados de junio un proyecto para crear el *Banco fiscal* de los Estados-Unidos. En la generalidad de los detalles, este proyecto no diferia mucho de los anteriores; solo se diferenciaba esencialmente en dos disposiciones, propuestas segun se creyó por el mismo Tyler, y que se reducian: la primera, á establecer el banco en el distrito de Columbia, y la segunda, á conferirle autorizacion para establecer sucursales solo en aquellos Estados cuyas legislaturas lo consintiesen.

1841. Tambien habia varios artículos por los cuales se esperaba cortar los abusos cometidos por los bancos anteriores.

El proyecto fué remitido por el Senado al Comité de que era Presidente Enrique Clay, y al fin de la semana informó aquel, acompañando un *bill* en el que se conformaba con el parecer del Secretario, difiriendo tan solo en ciertos detalles respecto á la administracion del banco y al establecimiento de sucursales en los Estados.

Empeñóse con este motivo un acalorado debate, y al fin se hizo un arreglo por el cual

se esperaba armonizar las encontradas opiniones, resolviendo de una vez la cuestion. El resultado fué que se aprobó el *bill* en el Senado por veintiseis votos contra veintitres, y en la Cámara por ciento veintiocho contra noventa y siete, de modo que el 6 de agosto se remitió el *bill* al Presidente para que lo firmara. Mr. Tyler lo tuvo en su poder hasta el 16, circunstancia que produjo desde luego tal escitacion, que una multitud de personas y muchos hombres notables de todos colores políticos acudieron presurosos á ver al Presidente á fin de averiguar si prestaría su aprobacion. El 9 de agosto fué desechada por ciento treinta y cuatro votos contra ochenta y siete la ley por la cual se creaba la sub-Tesorería, y entonces los *whigs* recomendaron eficazmente á Mr. Tyler que no defraudase las esperanzas del partido y del pais en general.

En 16 de agosto, sin embargo, el Presidente devolvió el *bill* con su *veto*, acompañando un mensaje donde manifestaba qué razones tenia para obrar así. Los *whigs* se pusieron furiosos; la oposicion pensó aprovecharse de aquel resultado; la cuestion del banco era el caballo de batalla, y como no podia conseguirse nada sin el auxilio de Mr. Tyler, los *whigs* se consagraron con el mayor celo á formar un proyecto bajo tales bases que no pudiera rechazarlo el Presidente. Dos de los principales diputados del Congreso, Mr. Berrien y Sergeant fueron á ver á Mr. Tyler á fin de averiguar cuáles eran sus deseos, y en 19 de agosto redactóse un *bill*, que para mayor seguridad se sometió, por conducto del Secretario de Estado, á la consideracion del Presidente, quien lo aprobó, devolviéndolo acto continuo. El dia 20 lo presentó Mr. Sergeant en la Cámara, y despues del correspondiente debate se aprobó, sin alterar ni una sílaba, por ciento veinti-

cinco votos contra noventa y cuatro, siendo de advertir, que tal era el afán del Congreso por satisfacer los deseos del Presidente, que en vez de dar á la nueva institucion el nombre de banco, le puso el de *Corporacion fiscal de los Estados-Unidos*. El Senado prestó tambien su aprobacion en 3 de setiembre, sin introducir enmienda alguna, por veintisiete votos contra veintidos.

Juan Tyler retuvo el *bill* seis dias en su poder, aun cuando, segun hemos dicho, lo habia aprobado antes, y bajo el pretesto de que encontraba ciertas palabras inconvenientes, si bien no seria otra la causa que haber mudado de parecer, lo devolvió en 9 de setiembre con un segundo *veto*. Inexplicable era conducta tan estraña; pero el hecho es, que no contando el partido con suficientes votos, se desechó el *bill*.

Dos dias despues, todo el Gabinete, excepto Mr. Webster presentó su dimision (*), y en 13 de setiembre, al terminarse la legislatura, los miembros *whigs* del Congreso dirigieron un manifiesto al pueblo dándole cuenta de su conducta, en términos poco lisonjeros para Mr. Tyler. Quizás hubiera sido mejor para los intereses del partido no haber llevado las cosas entonces á tal extremo.

Aunque aquella legislatura fué muy corta, se consideró como una de las mas importantes bajo la administracion de Juan Tyler. Señalóse una pension á la viuda del general Harrison, en testimonio del sentimiento que habia causado su muerte; se autorizó un empréstito de doce millones de duros para cubrir el déficit ocurrido durante el gobierno de Van Buren; se hizo una ley provisional de tarifas; establecióse un sistema uniforme

(*) Mr. Tyler nombró entonces á Walter Forward, Secretario del Tesoro, á Juan C. Spencer, de la Guerra, á Abel P. Upshur de la Armada, á Hugo S. Legare de Hacienda, y á C. A. Wickliffe, Administrador general de correos.

de quiebras, y se adoptaron varias disposiciones para la distribucion del producto de la venta de tierras públicas, con arreglo al sistema de Mr. Clay. En resumen: aprobáronse setenta y cinco proyectos, y el Presidente impuso el *veto* dos veces.

Las elecciones que tuvieron lugar durante el verano y el otoño, fueron desfavorables para los *whigs*, y esto hizo concebir á los demócratas esperanzas de que Mr. Tyler apoyaria mas bien su política que la del partido que le habia elevado al poder. La segunda legislatura del vigésimo séptimo Congreso comenzó en 6 de diciembre y no terminó hasta el 31 de agosto de 1842, siendo por consiguiente una de las mas largas que se habian conocido. Despacháronse una porcion de asuntos de interés, y se aprobaron nada menos que doscientas noventa y nueve actas, sin contar los diversos *bills* que se discutieron, y mil noventa y ocho informes que hubo de examinar el Congreso. Contábanse además ya unos cien *bills* especiales aprobados por la Cámara, pero á los cuales no se dió curso porque el Senado se ocupaba entonces esclusivamente del tratado de Washington y otros asuntos de importancia. El Presidente impuso el *veto* cuatro veces durante aquella legislatura, lo cual dió lugar, como se comprenderá, á empeñados debates y no pocas protestas.

Mr. Tyler indicó que en vez del banco podria crearse una *Junta inspectora*, pero el Congreso no aprobó este plan. La tarifa era uno de los principales asuntos de la discusion, y dos de los *bills* que se presentaron entonces fueron devueltos con el *veto* del Presidente (*), mas al fin aprobó un terce-

(*) Juan Quincy Adams redactó en aquella ocasion un informe en que censuraba severamente á Juan Tyler por haber abusado de su derecho al imponer cinco veces el *veto*, solo en quince meses.



Daniel Webster

ro en que se omitia la disposicion relativa á distribuir entre los diversos Estados el producto de la venta de tierras públicas. Esto sucedia en 30 de agosto de 1842.

Mr. Tyler propuso otro proyecto de banco que en su concepto debia facilitar las operaciones del Gobierno, estableciéndose una Junta que estuviese en relacion con el departamento del Tesoro. El Presidente calculaba que las acciones serian tan buscadas por los acreedores públicos, que la emision ascenderia en poco tiempo á quince millones de duros, pudiéndose así facilitar un aumento de diez millones á los recursos del Tesoro, sin que esto produjera el menor gasto. Los informes presentados en ambas Cámaras favorecian este plan, y se redactó un *bill* con el fin de crear dicha Junta, pero el Congreso creyó conveniente desecharlo.

Antes de cerrarse el Congreso, tuvo que ocuparse el Senado de la ratificacion del tratado que se llamó de Washington. Daniel Webster era el comisionado por parte de la Union, y como representante de la Gran Bretaña, llegó Lord Ashburton á Washington en 4 de abril de 1842. Además de la cuestion de límites, origen de tantas polémicas, debíanse resolver otras de no escasa importancia; una de ellas se referia á la indemnizacion por violacion del territorio de los Estados-Unidos cuando se destruyó la *Carolina*, y al pago del buque, si no se probaba que su dueño obraba de consuno con los insurgentes de Navy Island; y la otra trataba del derecho de pesquisa invocado por los cruceros británicos respecto á los buques empleados en el tráfico de esclavos (*).

Cuando Lord Ashburton se encargó de las

(*) Este asunto se discutió estensamente entre Mr. Stevenson, el ministro americano, Lord Palmerston y Lord Aberdeen. Mr. Stevenson dijo que era incuestionable que los Estados-Unidos no se someterian en ningun caso al derecho de pesquisa.

negociaciones, procedióse con mucha mas rapidez y mas satisfactoriamente que otras veces. El asunto de la *Carolina* se despachó al momento, y no tardaron en arreglarse tambien los demás puntos, que eran la cuestion de límites, el derecho de pesquisa, la estradicion de criminales, y la adopcion de medidas para suprimir el tráfico de esclavos.

El 9 de agosto de 1842, cuatro meses despues de la llegada de Lord Ashburton, se terminaron felizmente las negociaciones, firmandose acto continuo el tratado de Washington, por el cual quedó al fin definitivamente fijado el límite entre el Estado de Maine y las provincias Británicas. Aun cuando se opusieron al principio algunas objeciones por una y otra parte, tanto ingleses como americanos opinaron que el tratado era conveniente. La navegacion del rio S. Juan se declaró libre, considerándose como válidas todas las concesiones de terreno hechas hasta entonces, y los Estados-Unidos se obligaron á satisfacer las reclamaciones que pudieran hacer los Estados de Maine y Massachusetts.

Por el octavo artículo, estipulábase que la Gran Bretaña y América mantendrian en la costa de Africa una escuadra con fuerzas bastantes para hacer respetar respectivamente las leyes y derechos de ambas naciones en lo tocante á la supresion del tráfico de esclavos; y por otro artículo acordábase la mútua extradicion de criminales. El Senado ratificó el tratado por una mayoría de treinta y nueve votos contra nueve, contándose entre estos últimos el senador Benton, y el *bill* correspondiente se aprobó en la siguiente legislatura por ambas Cámaras.

Rhode-Island, que aun seguia rigiéndose por su antigua carta, otorgada por Carlos II, espidió una circular en el mes de enero de 1841 convocando una Convencion

para el mes de noviembre siguiente, con el objeto de hacer una nueva Constitucion para el Estado, cosa que habia intentado ya en 1824 y 1834 sin haberlo podido conseguir. El *partido del sufragio*, segun se le llamó, compuesto de aquellos que invocaban este derecho, sin consideracion al conferido por la primitiva carta, que exigia la posesion de un terreno evaluado en ciento treinta y cuatro duros, celebró una reunion en Providencia é hizo lo que se titulaba la *Constitucion del pueblo*, la cual se ratificó debidamente en la manera prescrita. Otra Convencion, que se reunió en el tiempo prefijado, hizo tambien su Constitucion en febrero de 1852; pero sometida al pueblo fué desechada por una escasa mayoría, y en tanto que el *partido del sufragio* nombraba gobernador en el mes de abril á Tomás W. Dorr, organizando su legislatura, el partido de la *ley y del orden*, segun se le llamaba, elegia gobernador á Samuel W. King, oponiéndose á las medidas de Dorr y sus partidarios. Todo esto produjo, como era natural, una gran escitacion, y ya parecia inevitable una sangrienta lucha, cuando Dorr huyó del Estado, pero volvió en el mes de mayo de 1843, y se hizo fuerte con unos setecientos hombres y cinco piezas de artillería en una colina situada en Chepachet. Inmediatamente se reunieron algunas tropas; los insurgentes abandonaron á Dorr, á quien se cogió y acusó de traidor, y por último, adoptóse una Constitucion nueva. Dorr fué puesto en libertad en 1845.

El 5 de diciembre comenzó la última legislatura del vigésimo séptimo Congreso, procediéndose acto continuo á la lectura del mensaje del Presidente, en el cual, despues de felicitarse por la celebracion del tratado de Washington, decia Mr. Tyler lo que sigue: «Seria aun mas satisfactorio para nosotros

que el tratado abrazase todos los puntos que pudieran dar lugar á una desavenencia entre ambos Gobiernos. El territorio de los Estados-Unidos, llamado comunmente del Oregon, que se estiende por el Océano Pacífico, á los cuarenta y dos grados de latitud Norte, y parte del cual reclama la Gran Bretaña, empieza á llamar la atencion de nuestros compatriotas, y los pobladores que han ocupado lo que antes era un páramo, se preparan á poblar los vastos distritos comprendidos entre Rocky Mountains (Montañas de roca) y el Océano Pacífico. A fin de fijar los derechos individuales sobre estas tierras, la sana política aconseja que ambos Gobiernos hagan todo lo posible para justificar sus respectivas reclamaciones.» Esta fué la primera noticia que se tuvo de aquel asunto, aun cuando hacia ya veinte años que se habia podidó tomar en consideracion por los hombres de Estado, tanto del pais como extranjeros.

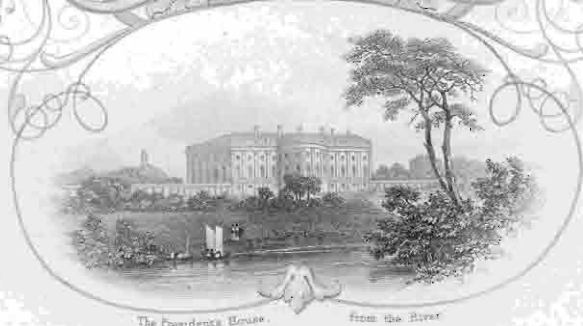
Al hablar de la hacienda, anunciaba el Presidente que resultaba un déficit de cinco millones de duros; aconsejaba al Congreso que se corrigieran los defectos de la tarifa; proponia la creacion de hospicios; y haciendo por último, varias observaciones acerca del estado afflictivo del crédito público; á consecuencia de la sensible quiebra del banco de Pennsylvania y de no haber satisfecho sus deudas varios Estados, recomendaba el Presidente que se tomara cuanto antes en consideracion este asunto.

Los actos de aquella legislatura no tuvieron gran interés, ni ocurrió nada notable, como no fuera el debate que suscitó la cuestion del Oregon, á la cual se quiso dar una gran importancia. El Presidente anunció al Congreso que iba á entablar negociaciones con la Gran Bretaña sobre este asunto, especialmente con el objeto de fijar los



Drawn by Geo. Fenwick

Engraved by Chas. Hill



The President's House

from the River

John Tyler

límites de cada cual, de la manera mas favorable; pero entre tanto, presentóse en el Senado un *bill*, que se aprobó solo por la mayoría de un voto, y por el cual se disponia que los Estados-Unidos tomaran posesion del territorio disputado toda vez que su dere-

cho era incontestable. La Cámara se

1843. negó, sin embargo, á intervenir en este asunto. El 3 de marzo de 1843 se cerró el Congreso, despues de haber adoptado las disposiciones necesarias para que el Gobierno de los Estados-Unidos se pusiera en relacion con el de China (*), y tambien se aprobó una acta disponiendo se ensayara el sistema de telégrafos electro-magnéticos.

Mr. Webster renunció á su cargo en el mes de mayo, lo cual produjo nuevos cambios en el Gabinete. Las elecciones verificadas durante el otoño resultaron en general desfavorables para el Gobierno, y cuando se reunió el Congreso vigésimo octavo, en 4 de diciembre, y aun cuando los *whigs* estaban en mayoría en el Senado, la oposicion hizo triunfar á su candidato para Presidente de la Cámara, por ciento veintiocho votos contra cincuenta y nueve (**). Mr. Tyler demostró en su mensaje que América tenia derecho á conservar el distrito de Oregon, pero manifestaba que se haria un arreglo satisfactorio

con la Gran Bretaña. El Presidente **1843.** se estendia luego en minuciosas observaciones respecto á la cuestion de Texas; manifestaba cuál era el estado de la hacien-

(*) Nombróse comisionado á Mr. Caleb Cushing en mayo de 1843, á fin de que marchara á la China para entablar negociaciones con aquel Gobierno. Hizolo así, y consiguió celebrar un tratado muy ventajoso con el Emperador.

(**) Los diputados *whigs* protestaron contra el derecho que alegaban para tomar asiento en la Cámara los miembros elegidos últimamente por New-Hampshire, Georgia, Mississippi y Missouri, sosteniendo que no se habia hecho la eleccion segun lo prevenido en el acta del último Congreso. La mayoría no quiso consentir que se leyese la protesta, y en su consecuencia tomaron asiento los miembros electos.

da, y recomendaba por último á la consideracion del Congreso otros varios asuntos de actualidad.

Puede decirse sin embargo que durante aquella legislatura no se hizo cosa alguna de importancia; aprobáronse varias actas ya discutidas; se votaron algunas cantidades para mejoras públicas, y se sancionaron ciertas leyes para administrar los territorios.

Deseoso Juan Tyler de distinguirse por algun acto á los ojos de sus compatriotas, habia hecho los mayores esfuerzos para conseguir la anexion de Texas, á cuyo efecto se negoció un tratado en abril de 1844, entre el Secretariõ de Estado y los comisionados por parte de aquella república; pero la

Cámara alta lo desechó en 8 de junio **1844.** por treinta y cinco votos contra diez y seis. Entonces Mr. Benton presentó un *bill* proponiendo la anexion de Texas previo el consentimiento de México, en tanto que el Presidente remitió un mensaje á la Cámara, en el cual anunciaba que el Senado no queria ratificar el tratado, mas decialo de un modo que se conocia su deseo de que se adoptara alguna medida para llevar á cabo su proyecto. La Cámara sin embargo no se mostró dispuesta á complacer al Presidente, y el senador Benton aprovechó aquella ocasion para censurar la conducta de Juan Tyler, diciendo entre otras cosas: «que los esfuerzos del Presidente no tenian otro fin sino el de atraerse votos para la reeleccion; que semejante conducta solo podia considerarse como un *fraude*, ó una *vil é indigna intriga presidencial*, fraguada con mezquinos fines, y que la apelacion que encerraba el mensaje de Tyler contra el Senado, debia considerarse como una injustificable infraccion de la Constitucion del pais, que merecia formacion de causa (*).»

(*) El origen y progreso de la estraña secta de los Mor-

La Convencion *whig* se reunió en Baltimore en 1.º de mayo y eligió con el mayor entusiasmo para los cargos de Presidente y Vice-presidente á Enrique Clay y Teodoro Frelinghuysen, en tanto que la Convencion democrática, que celebró sus sesiones en el mismo punto en 27 de mayo, designó para la Presidencia á Jacobo K. Polk, despues de varios escrutinios en que figuraron los nombres de Van Buren, Cass, Johnson y Calhoun. Jorge M. Dallas fué inscrito en lista como Vice-presidente. Mr. Tyler obtuvo los votos de algunos amigos suyos para la reeleccion, mas reconociendo luego que no debia tener esperanzas, resolvió retirarse, publicando antes un manifiesto cuyo último párrafo decia así: «Apelo á la imparcialidad de la historia contra aquellos que me han vituperado, en la confianza de que ni mis opiniones ni mis actos merecen la interpretacion que con siniestros fines se ha hecho.»

En el Comité de elecciones reinó la mayor animacion y se obtuvo el resultado siguiente: Mr. Polk y Mr. Dallas alcanzaron ciento setenta votos (*), y Mr. Clay y Mr. Frelinghuysen ciento cinco, por cuya razon quedaron elegidos los dos primeros para los cargos de Presidente y Vice-presidente.

El Congreso se reunió para su última le-

mones, es asunto de que se debe hablar mas estensamente de lo que nosotros podemos hacerlo aquí. Los actos cometidos por José Smith en 1833, con su banda de mil hombres reclutados en Missouri, y con otros mil que se le agregaron en Illinois en 1840; el asesinato de Smith y su hermano por una turba que asaltó su prision en el mes de julio de 1844, y la espulsion y emigracion de tan aborrecida secta, que se refugió en Rocky Mountains, donde aun en 1857 se hallaba pronunciada en abierta rebelion y resistencia contra la autoridad, son otros tantos hechos dignos de la atencion del lector. ¡Estraño es que semejantes imposturas puedan hallar eco en nuestra época!

(*) Los *whigs* atribuyeron la causa de su derrota al escandaloso número de votos ilegales que obtuvieron sus contrarios en diversos puntos del pais.

gislatura en 2 de diciembre de 1844, procediéndose desde luego á la lectura del mensaje final de Mr. Tyler, que trataba principalmente de la anexion de Texas, sobre la cual decia: «La gran mayoría del pueblo y de los Estados se ha declarado en favor de la anexion, y ya se han comunicado instrucciones al efecto á los respectivos constituyentes de ambas Cámaras del Congreso. Es la voluntad pues de la nacion toda, que Texas quede anexionada á la Union inmediatamente.» Tyler manifestaba luego cuál era el estado de la hacienda, anunciando que á fin de año habria en el Tesoro un sobrante de siete millones de duros, y terminaba su mensaje rogando se le dispensara por haber ejercido su derecho de imponer el *veto*, pues esperaba haber merecido la aprobacion del pueblo.

El 25 de enero de 1845, la Cámara de Representantes aprobó por ciento veinte votos contra noventa y ocho, una série de acuerdos á fin de que el Congreso consintiera en reconocer el territorio comprendido en la república de Texas, declarándolo como Estado, con objeto de organizar un Gobierno segun la regla establecida, para que pudiera ser admitido luego en la Union. Hiciéronse despues las cesiones de terreno en la forma acostumbrada, y se dispuso además que se organizaran otros Estados en el mismo territorio, segun venia haciéndose cuando se trataba de una considerable estension. El Senado aprobó algunas semanas despues los acuerdos, por veintisiete votos contra veinticinco, y en 1.º de marzo fueron sancionados por el Presidente.

De este modo llegó á ser Texas una parte integrante de la Union, sin haberse arreglado no obstante las diferencias suscitadas con motivo de las reclamaciones y amenazas de México. Todos los esfuerzos hechos para

inducir á esta nacion á que se conformara pacíficamente con las exigencias del caso, no habian producido resultado alguno, y era por lo tanto de esperar que se rompieran las hostilidades en la frontera sudoeste. En el capítulo siguiente veremos cómo se condujo el Gobierno en aquellas circunstancias.

No es necesario hablar aquí de otros actos de la legislatura: nos limitaremos á decir que se aprobó una ley admitiendo á la Florida á formar parte de la Union; que se

presentó un *bill*, proponiendo se votasen varias cantidades para hacer algunas obras en los puertos y rios, *bill* que retuvo en su poder el Presidente, lo cual equivalia á un *veto*; y por último, que el 3 de marzo terminó sus tareas el vigésimo octavo Congreso. Mr. Tyler cesó tambien entonces en el elevado cargo que habia entrado á ocupar por una de esas contingencias que dependen mas ó menos de los destinos humanos. El lector podrá juzgar de su Gobierno.



CAPÍTULO V.

1845—1847.

LA ADMINISTRACION DE POLK.

El Presidente Polk.—Su Gabinete.—Juan Tyler y los asuntos de Texas.—El Oregon.—Polémicas.—El Congreso vigésimo noveno.—El mensaje de Polk.—Debates.—Negociaciones con Inglaterra.—El General Taylor en el Rio Grande.—Principio de las hostilidades.—Declaracion de guerra.—Nuevo *bill* de tarifas.—Se establece la sub-Tesoreria.—Otros actos de la legislaturá.—Sumario de las actas de la segunda legislatura del vigésimo nono Congreso.—Asuntos de México.—Plan de campaña.—Taylor en Punta Isabel.—Batalla de Palo Alto.—Batalla de Resaca de la Palma.—Los mexicanos son rechazados hasta el Rio Grande.—Taylor penetra en el Matamoros.—El general Santa Ana.—Apuros de Taylor.—Avanza sobre Monterey.—Lucha sangrienta.—Toma de Monterey.—Armisticio.—El general Wool se pone en marcha.—Kearney y el ejército del Oeste.—Toma de Nueva-México.—Donithan avanza sobre Chihuahua.—Hazañas de Fremont.—Toma de California.—Se censura á Taylor por haber suspendido las hostilidades.—Santa Ana y su ejército.—Proyecto de ataque contra México.—Medidas de Scott.—Taylor se detiene en Buena Vista.—Victoria de Taylor.—Su regreso á los Estados-Unidos.

La toma de posesion de Jacobo Polk, undécimo Presidente de los Estados-Unidos, tuvo lugar en 4 de marzo de 1845, y á pesar de que el dia estaba bastante lluvioso, asistió al acto una numerosa concurrencia y la ceremonia fué tan imponente como de costumbre. El manifiesto inaugural daba á conocer las opiniones del victorioso candidato del partido demócrata, y hablaba sobre todo de la anexion de Texas y de la cuestion del Oregon, asuntos de tanto interés para nuestro pais como lo eran las relaciones con México y la Gran Bretaña.

Mr. Polk eligió acto continuo su Gabinete, y prévia la confirmacion del Senado, se nombró á Jacobo Buchanan, Secretario de Estado; á Roberto J. Walker, del Tesoro; á Guillermo L. Marcy, de la Guerra; á Jorge Bancroft, de la Armada; á Juan Y. Mason,

de Hacienda, y á Cave Johnson, Administrador general de correos.

Ya hemos dicho qué empeño habia tenido Tyler en llevar á cabo la anexion de Texas, y ahora añadiremos que este asunto se activó en los últimos dias de su Gobierno, y que el Congreso no se opuso á que la anexion se hiciera por medio de un tratado en la forma acostumbrada, en cuyo caso habria sido la gloria para Mr. Polk y los demócratas, ó que se efectuase inmediatamente, á tenor de los acuerdos aprobados á fines de febrero. Juan Tyler se aprovechó desde luego de la oportunidad que se le presentaba, y en 13 de marzo despachó un mensajero á Mr. Donelson, encargado de negocios en Texas, á fin de comunicarle los acuerdos del Congreso para la admision, manifestándole al propio tiempo que el Presidente de los Estados-Uni-



James M. Smith

dos habia optado por la anexion inmediata en vez de negociarla por un tratado. Como es de suponer, el partido demócrata llevó muy á mal la conducta observada en aquel caso por el Presidente.

En Texas se reunió entonces una Convencion, y en 4 de julio de 1845 se aprobaron los acuerdos, quedando por lo tanto aquella república incorporada á la Union. Autorizóse luego al Presidente, y se le previno no perdiera tiempo en establecer una línea de puestos fronterizos, á fin de ocupar militarmente todos los puntos que estuvieran espuestos en el límite occidental del nuevo Estado, y al efecto se puso en marcha un ejército de ocupacion á las órdenes del general Zacarias Taylor. El 26 de julio desembarcó tambien en Arkanssas Bay otro cuerpo de tropas de los Estados-Unidos, y en el mismo dia, fué izado por las autoridades y ondoó por primera vez el pabellon
1845. Americano al extremo Sur de la isla de San José, en prueba de que aquel territorio formaba ya parte de la gran república del Norte.

El general Almonte, ministro mexicano en Washington, habia pedido sus pasaportes en 6 de marzo, y á principios del mes siguiente, el Gobierno de México se negó á seguir reconociendo al ministro de los Estados-Unidos, fundándose en que la anexion de Texas deberia considerarse como un acto hostil, y que por lo tanto quedaba entendido que México mantendria su derecho por la fuerza de las armas. Las cosas quedaron así hasta el principio de las hostilidades, en 1846.

El asunto referente al territorio del Oregon era el mas importante que se ofrecia luego á la consideracion del Gobierno. Ya se recordará que en 1818 se hizo un convenio entre los Estados-Unidos y la Gran Bretaña, para ocupar aquel territorio durante los diez

años siguientes, y que por un segundo contrato, celebrado en 1827, se prorogó indefinidamente este arreglo con la condicion de que despues del 20 de octubre de 1828, cualquiera de las partes que no quisiese continuar con el convenio, lo anunciaria con doce meses de anticipacion.

Mr. Polk habia sido elegido con la condicion de que insistiera en obtener como límite del Oregon la línea que se estiende á los 54° 40', pero el Presidente creyó de su deber renovar la proposicion que ya se habia hecho respecto al límite del territorio de los Estados-Unidos. En el mes de julio, Mr. Buchanan hizo proposiciones al efecto á Mr. Pakenham, el ministro Británico, mas éste las escuchó de una manera tan poco satisfactoria, que en su comunicacion siguiente, y despues de reasumir la cuestion tal como la juzgaba su Gobierno, Mr. Buchanan retiró sus proposiciones, conservando no obstante el tono conciliatorio que empleara desde un principio, y diciendo que el Presidente esperaba se arreglasen pronta y amistosamente las diferencias.

La mayor parte de nuestros lectores, si no todos, recordará cuánta escitacion produjo aquel incidente, y á no ser porque la mayoría de nuestros compatriotas deseaba la paz y el orden, es muy probable que nos habriamos vuelto á empeñar en una sangrienta guerra contra la Gran Bretaña, con perjuicio de dos grandes naciones cristianas, las mas civilizadas del mundo. Afortunadamente habia hombres como Daniel Webster, que ejercieron su influencia para efectuar un arreglo en términos honrosos para ambas partes, reprimiendo el espíritu mas ó menos hostil que nos habria lanzado á la lucha por una causa indigna de nuestros compatriotas.

La legislatura del vigésimo nono Congreso comenzó en 1.º de diciembre de 1845.

Mr. Juan M. Davis fué elegido Presidente de la Cámara, y al otro dia se recibió el mensaje de Mr. Polk, que trataba varios asuntos del mayor interés y especialmente el relativo al Oregon y á nuestras relaciones

1845. con México. El Presidente recomendaba además la revision de las tarifas con objeto de reducir los derechos, aboliendo el sistema proteccionista; indicaba la conveniencia de crear una sub-Tesorería para la custodia de los caudales públicos; recomendaba la aplicacion del vapor á los buques, y terminaba por último su mensaje, haciendo el panegírico de Andrés Jackson muerto en 8 de julio de 1845.

La cuestion referente al Oregon se discutió en el Senado al principiarse la legislatura, y el general Cass pronunció un discurso en que indicaba las probabilidades de una guerra con la Gran Bretaña. Esteban A. Douglas y otros, se espresaron en el mismo sentido en la Cámara al hablar del Oregon, y poco despues el Congreso aprobó un acuerdo que tenia por objeto invitar á la Gran Bretaña á resolver el asunto relativo á la ocupacion del territorio en la forma recomendada por el Presidente.

No trataremos de entrar aquí en detalles acerca de las observaciones que se hicieron en aquellos violentos y acalorados debates; nos limitaremos á decir que se trató de escitar las pasiones populares, y á juzgar por lo que se manifestó en el mismo Congreso, era la opinion de muchos que los abusos y ultrajes de Inglaterra solo podian lavarse con sangre. Entre tanto habian dado principio las negociaciones entre el Secretario de Estado y el ministro inglés, y se continuaban con la actividad que lo permitia la naturaleza de aquel asunto.

El 23 de abril de 1846 se aprobó finalmente en ambas Cámaras por grandes mayorías

el acuerdo autorizando al Presidente para que, si lo juzgaba oportuno, comunicase lo resuelto al Gobierno de la Gran Bretaña, mas por fortuna, se arregló la cuestion sin que se interrumpiera la paz entre las dos naciones. Manteníase una activa correspondencia entre el ministro inglés en Washington, y Mr. M'Lane, el ministro americano en Lóndres, y por fin, el 10 de junio, se sometió al Congreso una proposicion presentada al Secretario de Estado por el ministro de S. M. B., que tenia por objeto el arreglo de las diferencias suscitadas sobre el Oregon. Discutida aquella suficientemente, la aprobó el Senado, el dia 12 por treinta y ocho votos contra trece, y tres dias despues se firmó y ratificó el convenio en la forma acostumbrada.

Con arreglo á este contrato, quedó ya fijado definitivamente el límite entre el territorio de los Estados-Unidos y las posesiones Británicas, pero se cedió á Inglaterra la isla de Vancouver; la navegacion de los estrechos de Fuca y del rio Columbia quedó libre, tanto para los navegantes ingleses como para los americanos, y ambas partes contratantes reconocieron los derechos de los poseedores de tierras. Podemos sin embargo esperar, como dijo Mr. M'Lane á la Cámara de Comercio de Nueva-York, cuando regresó de Inglaterra, «que la cuestion de límites del Oregon, será el punto de partida de esos ódios inveterados, que segun es notorio, ejercieron siempre su perniciosa influencia no solo sobre el pueblo, sino sobre los Consejos de ambas naciones.»

El General Taylor, jefe del ejército de ocupacion en Texas, recibió á principios de 1846 orden de dirigirse á Rio Grande, punto que se reclamaba como límite occidental del nuevo Estado, y en su consecuencia, se puso en marcha en el mes de marzo; llegó á Punta

Isabel el 25, y el 28 acampó frente á Matoros. Los mexicanos consideraron aquello como una invasion de su territorio, y á juzgar por lo que dijeron, se dedujo fácilmente que no tardarian en romperse las hostilidades. En cumplimiento de las órdenes recibidas, Taylor aguardaba á que el enemigo diese el primer golpe, como en efecto sucedió á fines de abril, pues los mexicanos atacaron á un escuadron de dragones, cogiendo prisionero á su jefe el capitán Thornton. En 9 de mayo se tuvo noticia en Washington de lo ocurrido, é inmediatamente se presentó y fué aprobado un *bill*, anunciando «que en vista del acto cometido por la República de México, quedaba declarada la guerra con los Estados-Unidos (*), y que se autorizaba al Presidente para disponer de todas las fuerzas de mar y tierra á fin de continuar aquella con vigor.» En 13 de mayo aprobó Mr. Polk el *bill* de guerra, así como otros por los cuales se concedía una autorizacion para llamar á las armas á tres mil voluntarios, consignándose diez millones para los gastos que ocurriesen.

Un nuevo *bill* de tarifas por el cual se pedía que se impusieran los derechos *ad valorem* en vez de los específicos, fué calurosamente discutido en el Congreso, mas al fin se aprobó por ciento quince votos contra noventa y tres, en la Cámara, y solo por la mayoría de un voto en el Senado, donde Mr. Webster se opuso enérgicamente, fundándose en que iba á establecerse una competencia con las fabricaciones de Europa, peligrosa para las del país. También se aprobó otro *bill* que tenía por objeto depositar los géneros de importacion en alma-

cenos públicos, por un tiempo determinado, sin exigirse el pago de derechos hasta que se sacaran para el consumo ó la re-exportacion; pero debemos advertir que tanto el primero como el segundo de estos *bills* produjeron un gran descontento en los Estados manufactureros, especialmente en Pennsylvania, donde se perjudicó mucho al comercio de hierro.

Conforme á las recomendaciones del Presidente, el Congreso tomó de nuevo en consideracion el proyecto de establecer la sub-Tesorería, que se adoptó despues de discutido, y solo se diferenciaba del propuesto durante el Gobierno de Van Buren en que se obviaban ciertos inconvenientes. A pesar de la oposicion de hombres como Daniel Webster, el sistema de la sub-Tesorería ha continuado hasta nuestra época.

Habiéndose presentado en la Cámara, cuando ya iba á terminarse la legislatura, un *bill* autorizando al Presidente para que dispusiese de la suma de tres millones de duros á fin de negociar la paz con México, si lo creia oportuno, David Wilmot, Representante de Pennsylvania, propuso que se adicionare la siguiente enmienda: «No habrá esclavitud ni servicio forzoso en ningun territorio del continente de América que se agregue ó anexe á los Estados-Unidos, como no se trate del castigo de algun crimen de que esté convicto el acusado, aun cuando éste proceda de otro territorio como fugitivo, pues en tal caso se le detendrá, hasta tanto que le reclamaren las autoridades del punto de donde se fugó.»

Esta enmienda no se discutió mucho, aun cuando produjo bastante escitacion; los diputados del Norte la apoyaron, en tanto que los del Sur se opusieron á ella, y el resultado fué, que despues de modificar el *bill*, se remitió al Senado, pero como no quedaba

(*) Como dice muy bien Mr. Benton, la verdad de la historia exige se declare que esto *no es cierto* y que la anexion de Texas era la verdadera causa de la guerra. *Revista de los treinta años*, vol. II, pág. 678.

tiempo para los debates no se habló mas del asunto.

Aprobáronse despues algunas actas preliminares para admitir á Yowa y Wisconsin en la Union, y por órdenes especiales se dispuso que los Senadores y Representantes de Texas tomaran asiento en el Congreso. El Presidente impuso el *veto* á dos *bills*; uno referente á los rios y puertos, y otro en

1846. que se pedia una indemnizacion para los que habian sufrido pérdidas en el comercio á consecuencia de las espoliaciones de los franceses. El 10 de agosto, despues de una legislatura bastante larga, el Congreso dió por terminadas sus tareas.

La segunda legislatura del vigésimo nono Congreso, comenzó en 7 de diciembre de 1846. El mensaje del Presidente se referia en particular á la guerra con México, sobre la cual podia seguramente decirse mucho (*). Mr. Polk anunciaba que los ingresos del último año económico ascendian próximamente á veintinueve millones quinientos mil duros, mientras que los gastos apenas pasaban de veintiocho millones, resultando del balance una existencia de nueve millones; la deuda pública escedia en mucho de veinticuatro millones, de los cuales habia satisfecho el Gobierno actual seis millones quinientos mil. El Presidente decia que era preciso negociar un empréstito de veintitres millones de duros, para continuar la guerra con México.

De los asuntos discutidos en aquella legislatura, eran los mas importantes el referente á la guerra y el relativo á la enmienda de Wilmot, de la cual diremos que si bien fué

aprobada por la Cámara, la desechó el Senado, por cuya razon, y viendo los Representantes que la Cámara alta estaba resuelta á no ceder, acordó aprobar el *bill* sin la enmienda. Luego se presentó otro pidiendo se votaran algunas cantidades, para hacer obras en los rios y puertos, pero aun cuando lo apoyaron ambas Cámaras, no lo sancionó el Presidente. La legislatura terminó en fin de marzo de 1847.

Entre tanto los asuntos de México iban siendo cada vez mas graves y empezaban naturalmente á llamar la atencion del pueblo. Se acababa de destituir á Herrera, y Paredes habia empuñado las riendas del Gobierno; Mr. Slidell, el enviado americano, no pudo conseguir que se le recibiera con su carácter de diplomático, y segun ya hemos dicho anteriormente, habia tenido lugar una colision entre los mexicanos y una parte de las fuerzas del general Taylor. A fines de marzo, Paredes anunció: «que no siendo la paz compatible con el mantenimiento de los derechos é independencia de la nacion, defenderia el territorio, hasta tanto que el Congreso nacional declarase en debida forma la guerra á los Estados-Unidos;» y hecho esto, espidió varias órdenes en el mes de abril, y en 6 de julio, el Congreso mexicano aprobó el siguiente decreto: «Se autoriza al Gobierno para que haga uso de los medios con que cuenta el pais á fin de rechazar la agresion cometida, anunciando á las naciones amigas las causas justificables que nos han obligado á defender nuestros derechos, rechazando la fuerza con la fuerza.»

Como el Congreso habia aprobado ya el *bill* de guerra, el Presidente y su Gabinete procedieron acto continuo á trazar el plan de operaciones contra México y segun aquel, se acordó organizar el ejército del Oeste, que

(*) El proyecto de nombrar un teniente general, que debia serlo el coronel Tomás H. Benton, y otros puntos que se relacionaban con esto, ocuparon principalmente la atencion de la legislatura. Véase la *Revista de los treinta años*, por Benton, vol. II, págs. 678-9.

á las órdenes del general Kearney, debía marchar desde el fuerte de Leavenworth, en el Missouri, contra Nueva-México, dirigiéndose luego hácia el Oeste, á fin de cooperar con la flota en el ataque de California. El ejército del centro, al mando del general Wool, invadiría Coahuila y Chihuahua, pero estas fuerzas deberian coadyuvar en caso necesario con el general Scott, á quien se dió orden de penetrar en el interior por la línea ocupada por Taylor, á fin de dar un golpe decisivo para hacer comprender á México que su verdadero interés estaba en obtener la paz en los términos que convinieran á los Estados-Unidos.

Como Punta Isabel se hallaba en peligro, el general Taylor dejó al mayor Brown en el campo atrincherado que habia frente á Matamoros, y marchó á socorrer la guarnición americana. Los jefes mexicanos creyeron entonces que aquel era un movimiento retrógrado; cruzaron Rio Grande con numerosas fuerzas y fueron á ocupar el camino por donde acababa de pasar Taylor, despues de lo cual, haciendo jugar las baterías situadas á la orilla derecha del rio, comenzaron á bombardear el fuerte Brown, aunque sin causar muchos daños. En Matamoros publicaron luego pomposos boletines, donde hablaban de sus proezas y de sus hechos de armas, declarando que estaban resueltos á destruir á los invasores del Norte.

Taylor, que habia tomado sus posiciones en Punta Isabel de modo que pudiera resistir cualquier ataque, resolvió despues forzar la línea del enemigo para ir al socorro de las fuerzas que habia dejado en Rio Grande, y al efecto en la noche del 7 de mayo abandonó á Punta Isabel con un cuerpo de tropas que no escedia de tres mil hombres, cuya marcha no podian menos de entorpecer los numerosos bagajes y carros

llenos de municiones, que fué preciso transportar.

El general Arista, con doble número de tropas que las de Taylor y doce piezas de artillería, se habia situado en un punto conocido bajo el nombre de Palo Alto, con sus dos flancos protegidos por espesos chaparros y matorrales, y un cuerpo de reserva en la retaguardia. A eso de las dos de la tarde presentáronse los americanos, é inmediatamente comenzaron á jugar las baterías mexicanas, á cuyo fuego contestó la artillería de Taylor causando grandes estragos en el enemigo. Los mexicanos intentaron entonces dar una carga de caballería, pero habiéndose introducido entre ellos la confusion antes de acercarse nuestras tropas, retiráronse apresuradamente, y lo mismo poco mas ó menos les sucedió cuando quisieron desbaratar el ala derecha del ejército de Taylor, pues éste, habia mandado colocar dos pedreros que enfilando la línea del enemigo les causó grandes destrozos.

Despues de dos horas de lucha se suspendió la batalla, y llegada la noche, retiráronse ambos ejércitos, aunque sin separarse mucho del lugar de la refriega. Nuestras pérdidas se redujeron á nueve muertos y cuarenta y cuatro heridos, y entre estos últimos estábalo mortalmente el intrépido mayor Ringols, quien por desgracia murió á los pocos dias. Segun los datos oficiales, los mexicanos perdieron doscientos cincuenta y dos hombres, pero como Arista abandonó el campo de batalla llevándose una porcion de heridos, hay motivos para creer que las pérdidas fueron mucho mayores.

El general mexicano, derrotado virtualmente, retrocedió entonces hasta el camino de Matamoros, y al otro dia tomó una fuerte posicion cerca de un barranco llamado Resaca de la Palma, donde recibió un re-

fuerzo de dos mil hombres. Tan pronto como supo esto el general Taylor, puso su ejército en movimiento, y en la noche del 9 de mayo, sus avanzadas cayeron sobre el enemigo; que tenia preparada una batería para resistir á nuestras tropas. Una brillante carga de caballería dirigida por el capitán May, bastó para que los mexicanos abandonasen sus piezas, y poco despues quedaba rota su línea por la parte del barranco, en tanto que nuestra infantería, atacando á la bayoneta, arrollaba al enemigo poniéndole en dispersion. Los derrotados mexicanos huieron entonces en todos sentidos; muchos se ahogaron en el rio al tratar de atravesarlo, y el campamento, donde se cogieron todos los papeles de Arista y muchas armas y municiones, quedó en poder del vencedor.

Así pues, con una fuerza de poco mas de dos mil hombres, el general Taylor derrotó completamente al enemigo, aun cuando sus tropas eran tres veces mas numerosas. En esta refriega tuvieron los americanos treinta y tres muertos y ochenta y nueve heridos; mientras que la de los mexicanos fué mucho mas numerosa. Es muy probable que si el general Taylor hubiese avanzado, habria caido en su poder Matamoros, pero se contentó con rechazar á los mexicanos hasta mas allá de Rio Grande, socorriendo el fuerte Brown. Este no sufrió mucho á causa del bombardeo, que duró desde el 3 hasta el 9 de mayo, pues solo hubo un muerto y nueve heridos, pero entre estos últimos contábase el intrépido mayor Brown que por desgracia falleció á los pocos dias.

Durante todo el dia 10, nuestros compatriotas se ocuparon en enterrar á los muertos, en tanto que los mexicanos se concentraban en Matamoros, despues de haber hecho el canje de prisioneros. El general Taylor, hizo entonces sus pre-

parativos para pasar el rio, tomó posesion de un pueblo situado en la orilla derecha, y el 17 ya estaba dispuesto á continuar las operaciones; pero entonces Arista propuso un armisticio para entablar negociaciones diplomáticas, á lo cual se negó Taylor, quien cruzando el dia siguiente el rio, sin encontrar resistencia, penetró en Matamoros de donde acababan de salir los mexicanos llevándose once cañones. Sus pérdidas en esta retirada fueron considerables, aun cuando no se les persiguió sino hasta una distancia de sesenta millas. El 19 hizo alto el enemigo en Linares, donde se retiró el mando al general Arista, confiándosele en su lugar á Mejía.

El Gobierno de Washington sabia que Santa Ana se hallaba en la Habana como refugiado, y presumiendo que si se trasladaba á México, podria favorecer los designios de Mr. Polk y su Gabinete, ó cuando menos hacer la contra á Paredes y á su Gobierno, recomendó al Secretario de la Armada, Mr. Bancroft, que espidiese órdenes para que se admitiera á Santa Ana en México tan pronto como quisiera ir. En su consecuencia se remitió una nota al comodoro Conner, jefe de la escuadra que bloqueaba á Veracruz, en la cual se decia solamente: «Si Santa Ana trata de penetrar en los puertos mexicanos, déjesele el paso libre.» El general no tardó en aprovecharse de la oportunidad que se le ofrecia; organizó un pronunciamiento contra Paredes en fin de julio, y en 5 de agosto quedó este último prisionero, mientras Santa Ana penetraba en Veracruz, donde, olvidando sus promesas y sin cuidarse de lo que el Gobierno americano esperaba de él, resolvió buscar su propio engrandecimiento poniéndose á la cabeza del ejército para rechazar á los insolentes invasores. Hiciéronse nuevas ofertas al Gobierno provisional de

México para terminar las hostilidades y negociar la paz, mas la proposición se comenzó á discutir en el Congreso de aquella república con tal lentitud é indiferencia, que se reconoció bien pronto que no se quería acceder á las condiciones propuestas por el Presidente de los Estados-Unidos y el partido dominante (*).

Hasta mediados de julio no continuó las operaciones contra México el ejército de ocupación, mas no por esto permaneció ocioso el general Taylor, y á fe que el desempeño de sus funciones fué mucho mas penoso de lo que en un principio se creyera, pues comenzó á reinar tal entusiasmo en el país, especialmente despues de las victorias de Palo Alto y Resaca de la Palma, que acudieron presurosos á Matamoros un sinnúmero de voluntarios, á quienes era preciso organizar porque ignoraban completamente la disciplina y el arte de la guerra. Además de esto, el intendente del ejército, llamado por primera vez al servicio activo, no podia atender debidamente á las demandas del Gobierno, de los oficiales y de los reclutas; pues era necesario reunir inmediatamente todo el material de campaña, buscar dinero, comprar vapores, construir wagoes de transporte y distribuir, en fin, las provisiones de guerra en el vasto territorio que se pensaba ocupar.

En 19 de julio recibieron los americanos orden de avanzar, y poco despues quedaron ocupados militarmente Remosa, Camargo, Mier, y otros puntos importantes de Rio

Grande, que se hallaban situados en el camino de Monterey. El dia 8 de agosto se estableció el cuartel general en Camargo, donde se organizó el depósito de víveres por ser aquel punto el mas conveniente para comunicarse con el rio y recibir refuerzos; y once dias despues las tropas se pusieron en marcha sin interrumpirla hasta el 13 de setiembre, dia en que llegaron cerca de Papagayas, donde ya empezaron á descubrirse las avanzadas del enemigo, que fué retirándose segun avanzaban nuestras fuerzas. El ejército de Taylor se concentró en Rio San Juan, á veinticinco millas de Monterey, el dia 15, y el 18 se aproximó á la ciudad.

Situado en la falda de la elevada cordillera de Sierra Madre, cerca del San Juan, que es un insignificante riachuelo, y rodeado por un fértil valle, se halla Monterey, pequeña poblacion de unas diez mil almas, que viene á ser el emporio del comercio entre la costa y el interior. En aquel punto era donde se hallaba el general Ampudia, á quien Santa Ana habia conferido el mando con mas de diez mil hombres, de los cuales siete mil pertenecian al ejército regular. El general Taylor empezó por hacer un reconocimiento en los alrededores, á fin de averiguar con qué fortificaciones contaba el enemigo, y habiendo resuelto dar un rodeo á fin de cortar las comunicaciones de la plaza con Saltillo y el interior, encargó este movimiento al general Worth, quien se situó el dia 20 junto á una larga cadena de montañas frente á una colina fortificada, conocida con el nombre de Loma de la Independencia, que se halla al Norte del rio, junto á otra llamada Loma de la Federacion. Establecido en aquel punto, el general Worth que no queria permanecer ocioso, intentó luego un ataque contra la parte oriental de la ciudad, mas aquel se convirtió bien pronto en un verdadero asalto

(*) Mr. Benton hace observaciones muy severas acerca de las intrigas que motivaron la vuelta á México de un hombre tal como Santa Ana, y se espresa del modo siguiente: «¿Qué podrá decir la historia de la moralidad de semejantes actos? ¿Qué podrá pensar el mundo del verdugo de los prisioneros americanos en San Patricio y en Alamo, del que derribó el Gobierno republicano, del dictador que aspiraba al poder Supremo, del hombre en fin que despues de ser protegido por la Union, solo pensó en satisfacer sus ambiciosas miras?» *Revista de los treinta años*, vol. II, pág. 682.

que dió por resultado la toma del fuerte Tenoría. A la mañana siguiente, renovado el ataque, continuó durante los días 21, 22 y 23 de setiembre, hasta que al fin el 24 capituló la guarnición.

La batalla del 21 comenzó con una carga de caballería en la parte extrema de la ciudad, cerca del camino de Saltillo, y habiendo conseguido Worth cortar las comunicaciones de Monterey con el interior, resolvió entonces apoderarse de la fortaleza de Loma de Federacion, situada al Sur de San Juan, lo cual se consiguió aunque no sin una obstinada lucha, pues los mexicanos se resistieron valerosamente. Durante aquella noche nuestras tropas atacaron la Loma de la Independencia, punto que se consideraba como la llave de Monterey, y del que se apoderaron á poco los americanos. Aunque Ampudia trató de recobrar la colina en la noche siguiente, fué rechazado con la mayor energía y tuvo que retirarse. Al otro día, los sitiadores avanzaron de nuevo desde ambos extremos de la ciudad, pero nuestras tropas, en vez de arriesgar su vida en las calles, ocupadas en toda su estension por la artillería, y á fin de evitar el fuego de los tiradores que disparaban impunemente desde los tejados de las casas, penetraron en estas, y rompiendo tabiques, abriéronse camino hasta llegar cerca de la gran plaza de Monterey.

Reconociendo los mexicanos que su ciudad se hallaba en peligro, y temerosos de las consecuencias que podrian resultar en el caso de tomarse aquella por asalto, propusieron en la mañana del 24 de setiembre una capitulación, cuyas condiciones se discutieron con bastante insistencia, hasta que al fin se permitió al general Ampudia evacuar la ciudad, y á sus tropas que conservaran sus armas sin llevarse mas tren de campaña que una batería de seis piezas y una suficiente

cantidad de municiones. Los vendedores debian conservar el resto del material de guerra y lo demás que contuviese la ciudad. Taylor consintió con menos dificultad en la suspension de hostilidades, porque Ampudia le dijo que Santa Ana acababa de anunciarle oficialmente que habia convenido en recibir comisionados de la Union, nombrando otros por parte de México para negociar la paz. A la mañana siguiente comenzó á avacuarse la plaza, y el 28 de setiembre la ciudad y la ciudadela con cuarenta piezas de artillería y considerable número de pertrechos militares, quedaron en poder de nuestro ejército. Las pérdidas del general Taylor, se redujeron á ciento veintinueve muertos y trescientos sesenta y ocho heridos; entre los mexicanos se contaron unas quinientas bajas.

Al llegar aquí parécenos conveniente conducir al lector á los demás puntos del continente donde se continuaba la guerra. Apenas se recibió la noticia de haberse roto las hostilidades en Rio Grande, dióse orden al general Wool para que organizara á los voluntarios conforme á lo dispuesto por el Congreso, y en su consecuencia á fin de mayo se puso desde luego en marcha; pasó por Ohio, Indiana, Illinois, Kentucky y Tennessee, en direccion al Mississippí; reunió á las fuerzas que allí habia, despues de inspeccionarlas debidamente, y en el mes de julio dispuso que se incorporaran doce mil hombres al ejército. De estos, nueve mil marcharon á Rio Grande para reforzar

1846.

á Taylor, y los demás se dirigieron á Béjar, en Texas, á fin de ponerse á las órdenes del mismo Wool, que con el ejército del centro, debia marchar sobre Chihuahua.

Wool salió de Béjar el 20 de setiembre, cruzó el Rio Grande por Presidio el 11 de octubre, y despues de una marcha de veinte dias á través de estrechos desfiladeros é in-

menos desiertos, en que hubo de sufrir el ejército las más rudas fatigas, llegó al fin á Monclova, donde supo por el general Taylor la toma de Monterey y la celebracion del armisticio con Ampudia, habiéndosele dicho asimismo que el camino por donde debia marchar á Chihuahua estaba impracticable, y que por otra parte, la toma de Nueva-Leon y Coahuila por Taylor, hacia innecesaria la expedicion contra la última plaza. A consecuencia de estas noticias, las fuerzas del general Wool se apostaron en Parras á fin de poder comunicarse con el ejército de ocupacion.

El mando del ejército del Oeste, organizado principalmente en Mississippi, se confió al coronel Kearney, quien hácia fines de julio, y aun cuando no contaba sino con dos mil hombres, se hallaba en el fuerte Bent (Arkansas) dispuesto á marchar contra Nueva-México. Aprovechando pues la salida de una caravana de los mercaderes de Santa Fe, que podian servirle de guia y á los cuales dió convoy, Kearney se puso en marcha, y despues de haber sufrido tantos trabajos y fatigas como los otros ejércitos, llegó por último á la citada plaza el 18 de agosto. Su gobernador, D. Manuel Armijo, habia pensado en un principio oponer resistencia, mas sin duda creyó luego mas prudente abandonar la ciudad, y cuatro dias despues, espidió Kearney una proclama en la que anunciaba que debiendo considerarse el pais como parte de los Estados-Unidos, los habitantes estaban en la obligacion de obedecer sus leyes. Como toda Nueva-México se sometió sin la menor resistencia, Kearney organizó un Gobierno territorial con sus correspondientes funcionarios, y marchó sobre California el 25 de setiembre con menos de mil hombres; pero despues de haber recorrido doscientas millas, recibió un espreso del capitán Fremont, procedente de California,

y en su vista, envió la mayor parte de sus tropas á Santa Fe.

A principios de diciembre, salió el coronel Doniphan de esta última plaza con ochocientos hombres en tres divisiones, á fin de ir á reforzar á Wool, á quien se suponía en marcha por el camino de Chihuahua. Como el jefe americano no conocia aquellas regiones, la marcha fué muy penosa para sus tropas, mas no desmayaron estas ni un solo instante; el 21 encontró Doniphan en Brazitos un numeroso destacamento de mexicanos, al que derrotó sin dificultad, y el 27 penetró en Paso del Norte, donde tuvo que permanecer un mes sin hacer nada, esperando siempre noticias del general Wool. A últimos de febrero de 1847, Doniphan salió de El Paso, y el 28 descubrió al enemigo en las inmediaciones de Rancho Sacramento, cerca del rio del mismo nombre. El arrojo é impetuosa bravura de las tropas americanas facilitó la victoria; el enemigo dejó en el campo trescientos muertos y otros tantos heridos, y se le cogieron cuarenta prisioneros y una porcion de pertrechos de guerra, mientras que Doniphan solo tuvo un escaso número de muertos y ocho heridos. Chihuahua cayó en poder de Doniphan en 1.º de marzo, y despues de haber permanecido seis semanas en este último punto, se puso de nuevo en marcha y llegó al campamento del general Taylor, cerca de Monterey, á fines de mayo de 1847 (*).

El capitán Fremont emprendió la marcha en la primavera de 1845 seguido de algunas fuerzas con objeto de cruzar las montañas y penetrar en el interior de California; mas como este oficial pertenecia á la brigada topográfica, su expedicion tenia mas bien un carácter científico. El 29 de enero de 1846,

(*) Véase la alocucion que dirigió Bentón á las tropas de Doniphan, *Revista de los treinta años*, vol. II, págs. 684-88.

llegó Fremont á las cercanías de Monterey (California), donde obtuvo permiso del gobernador mexicano, De Castro, para buscar forraje y víveres. Cuando se hallaba disfrutando de esta licencia, es decir, en marzo de 1846, algunos pobladores americanos notificaron á Fremont que De Castro se preparaba para atacarle bajo el pretexto de que, en vez de ocuparse de una mision científica, trataba de promover una insurreccion. Fremont no pensó ya entonces sino en su propia defensa; tomó posicion en una montaña frente á Monterey, y á la distancia de treinta millas de este punto; fortificóse lo mejor que le fué posible, izó el pabellon de los Estados-Unidos, y rodeado de sus hombres, en número de sesenta y dos, aguardó la llegada del general mexicano. Habiendo permanecido en esta posicion, desde el 7 al 10 de marzo sin que le molestara De Castro, Fremont continuó luego su marcha hácia el Oregon, donde fué atacado por algunos individuos, quienes, segun se dijo despues, habian sido enviados por De Castro; entonces supo que el general mexicano estaba resuelto á perseguirle, y en su consecuencia retrocedió con objeto de tomar parte en el ataque de California, dirigiéndose al efecto á Sacramento, mientras el teniente Gillespie (que se habia unido á Fremont con algunos marinos en el mes de mayo) remontaba el rio á fin de cooperar con la flota. Fremont comenzó sus operaciones, capturando un dia doscientos caballos, y apoderándose otro de Sonoma; poco despues derrotó á un escuadron de setenta dragones, y habiendo reunido bajo su bandera á unos doscientos hombres, en su mayor parte pobladores americanos, proclamó en 5 de julio la república en Sonoma.

El comodoro Sloat, jefe de la escuadrilla de observacion, habia recibido al principiarse

la guerra orden de apoderarse de San Francisco; pero antes de que hubiera terminado sus preparativos, es decir el 7 de junio, tuvo conocimiento de las batallas de Palo Alto y Resaca de la Palma, y al dia siguiente se hizo á la vela para Monterey. Sin mas que algunas proclamas en español é inglés, publicadas en 7 de julio, es decir dos dias despues de la llegada de Fremont, Monterey se hallaba en su poder, y el dia 9 lo estaba tambien San Francisco, por cuya razon el comodoro anunció que California debia considerarse como una parte de los Estados-Unidos. Stockton sucedió á Sloat en el mando, y habiéndosele agregado Fremont, entraron el 12 de agosto en la ciudad de los Angeles, que acababan de abandonar los americanos. Stockton tomó posesion del pais, del que nombró gobernador á Fremont, y de este modo la conquista de California, así como la de Nueva-México, se llevó á cabo sin que ni un solo hombre perdiese la vida en batalla campal (*).

Volvamos ahora al general Taylor: ya hemos dicho anteriormente que el comandante general habia convenido en una suspension de hostilidades en la persuasion de que el Gobierno de México se hallaba dispuesto á negociar la paz bajo condiciones aceptables para los Estados-Unidos, y que estos aplaudirian su conducta. Sin embargo, no sucedió así, y como dice muy bien Mr. Mayer: «ansioso el Gobierno de la Union de alcanzar nuevas victorias, ó dejándose dominar por la opinion pública, no aprobó el proceder de Taylor, á quien no obstante elogiará el historiador imparcial.»

(*) Véase lo que dice Mr. Benton sobre la conducta del Consejo de guerra con el coronel Fremont, á principios del año 1848. *Revista de los treinta años*, vol. II, págs. 715-19. Es cosa que merece la atencion del lector, y que le dará á conocer todos los asuntos relativos á California y á la guerra con México.

Así pues, acabóse el armisticio de Montorey y habiendo sabido el general americano, en 25 de noviembre, que Tampico estaba ocupado por las fuerzas navales de los Estados-Unidos, dejó á Worth y Butler en Montorey y Saltillo, y á mediados de diciembre marchó á Victoria, capital de Tamaulipas, donde pensaba concentrar una parte de su ejército.

Mientras que Taylor se hallaba ocupado en esta espedicion, notificóle Worth que Santa Ana estaba haciendo preparativos para espulsar á los americanos de México, y que despues de haber reflexionado sobre las probabilidades que resultaban á su favor, habia resuelto adoptar aquella política mas popular en México, que era la de resistir la agresion de los Estados-Unidos. Así, pues, en San Luis de Potosí, que es el corazon de México, y en todo el camino alto que se estiende desde Montorey hasta la capital, se habia concentrado un cuerpo de ejército de veinte mil hombres, ansiosos de lucha y confiados en la victoria. Los escasos destacamentos americanos no hubieran podido luchar seguramente contra semejantes fuerzas, pero Wool recibió orden de unirse con Worth en Saltillo, y viendo Taylor que no era probable se atacase á este punto, mandó al general Quitman que marchase con los voluntarios á Victoria, donde llegó él mismo en 4 de enero de 1847.

El Gobierno entretanto se convenció de que se hacia preciso cambiar el plan de operaciones contra México, pues no era probable que el proyecto de ataque combinado por Taylor produjera buen éxito, y como, siendo nuestros buques dueños del mar, era fácil desembarcar un ejército en cualquier punto de la costa que pareciese mas conveniente para las operaciones, se resolvió tomar á Veracruz y marchar desde allí sobre la capital. Trazado

este plan, llamóse al general Scott, y hácia fines de noviembre se le nombró general en jefe del ejército americano en México para que llevase á cabo este nuevo programa de ataque.

Scott se dedicó con la mayor actividad á tomar todas las disposiciones necesarias antes de salir de los Estados-Unidos, y entre otras cosas escribió inmediatamente al general Taylor, diciéndole que se veria en la dolorosa precision de privarle de las mejores tropas que tenia á sus órdenes porque juntamente con las de Worth, Patterson, Twiggs y Quitman, debian marchar á Veracruz, de modo que se dejaba á Taylor para que se arreglase como pudiera contra el proyectado ataque de Santa Ana y el grueso de las fuerzas del ejército mexicano. Taylor no contaba sino con cuatrocientos setenta y seis hombres de tropas regulares, incluso la artillería y caballería, y cuatro mil doscientos quince voluntarios, cuyas fuerzas debian hacer frente al ejército de Santa Ana, compuesto segun él mismo dijo, de veinte mil soldados. Parece no obstante que al darse la batalla de Buena Vista, habian tenido ya los mexicanos tres ó cuatro mil bajas por enfermedades y deserciones; mas aun admitiéndolo así, eran aquellos tres veces mas numerosos que las tropas de Taylor, y entre sus filas figuraban todos los veteranos y el mejor jefe que se conocia en el pais.

El general americano habia avanzado hasta mas allá de Saltillo por el camino de San Luis, mas cuando hubo llegado á un punto, conocido con el nombre de Agua Nueva, y supo con qué fuerzas contaba el enemigo, resolvió retroceder hasta un lugar cercano á la hacienda de Buena Vista, que se llamaba la *Angostura*. El camino en aquel sitio atravesaba una cadena de montañas, hallándose defendido al Oeste por profundos barrancos

cortados por torrentes invadeables, y al Este por un estrecho sendero rodeado de precipicios en cuyo fondo se deslizaban rápidas corrientes en ciertas estaciones del año. Al general Wool le llamó la atención aquel sitio, juzgándolo muy á propósito para hacer una buena defensa, y Taylor confirmó su opinión eligiéndolo sin vacilar para esperar allí á Santa Ana.

El ejército mexicano no estaba lejos, y desde el 21 de febrero, nuestros compatriotas tomaron sus disposiciones para hacerle frente en tanto que el jefe mexicano destacaba dos mil ginetes al mando del general Miñon, para que dando un rodeo sorprendiesen la retaguardia de nuestras tropas, amenazaran á Saltillo y cortasen la retirada. El general Urrea, por otra parte, debía marchar por el Oeste, con unos mil hombres á fin de cooperar con Miñon. Taylor había levantado en el ínterin una batería de ocho cañones al mando del capitán Washington, dispuesta de modo que dominase el desfiladero, y por el lado de los torrentes mandó colocar dos piezas apoyadas por suficientes fuerzas de infantería á las órdenes del capitán Bragg, repartiendo el resto de sus tropas convenientemente en los demás puntos. El capitán Sherman se encargó de la reserva con dos piezas y alguna caballería; á Warren y Webster se les confió la defensa de Saltillo y un reducto que había allí cerca, y para defender el tren de campaña y los bagajes, se destinó un cañon con dos compañías de tiradores. Así pues, las escasas fuerzas de Taylor quedaron aun mas reducidas por haber sido preciso repartirlas en los diversos puntos por donde podría atacar el enemigo.

El jefe mexicano dividió su ejército en tres columnas; la primera debía apoderarse de la batería mandada por Washington, for-

zando la línea, y las otras dos combinadas, recibieron orden de atacar á Taylor. Los mexicanos contaban además con veinte cañones de diversos calibres. Antes de comenzar el ataque, Santa Ana envió un parlamentario al general Taylor, asegurándole que si intentaba resistirse sería destruido completamente, é intimándole la rendición, proposición que por supuesto no quiso escuchar el heroico Taylor.

La batalla comenzó en la tarde del 22 de febrero, y prosiguió la lucha hasta el anochecer, hora en que Taylor se trasladó á Saltillo para socorrer aquel punto en caso necesario, mientras el general Santa Ana trataba de escitar el ardor de sus tropas haciendo que se tocara una música guerrera. El ataque se renovó al amanecer del 23 de febrero, y aunque el enemigo se batía con el mayor encarnizamiento, nuestros compatriotas sostuvieron el choque con sin igual bravura. No entraremos aquí en detalles; consúltense los historiadores de la guerra de México, y se reconocerá que solo merced al inflexible valor, á la perseverancia é intrepidez de nuestras tropas, se podía hacer frente y aun derrotar á un ejército como el del general Santa Ana. En un principio, cuando la caballería mexicana atacó la línea izquierda de los americanos, pareció imposible no perder la jornada, pero en aquel momento volvía Taylor de Saltillo; su presencia infundió nuevo vigor á las tropas; los impetuosos tiradores del Mississippi rechazaron valerosamente al enemigo, y la artillería jugó con tan admirable acierto que los mexicanos no pudieron seguir avanzando y se ganó la batalla. Cuando llegó la noche se hallaba el campo cubierto de cadáveres, y Taylor y sus tropas esperaban con la mayor ansiedad á que amaneciese para renovar la pelea, lo cual no tuvo efecto, porque

Santa Ana se retiró el 24 con todas sus tropas.

La retirada de los mexicanos fué desastrosa en extremo, pues á cada instante tenían que abandonar algunos de sus enfermos, heridos y moribundos, á pesar de no verse perseguidos por los americanos, que muy pocos en número, y rendidos además de cansancio, solo podían ocuparse en enterrar á los muertos y cuidar de los heridos. El total de las pérdidas por nuestra parte se redujo, en las tropas regulares, á ocho muertos y cincuenta y tres heridos, y entre los voluntarios á doscientos sesenta y cuatro de los primeros y trescientos treinta y cinco de los segundos; los mexicanos tuvieron unas dos mil quinientas bajas entre muertos y heridos sin contar, según lo dicho por ellos mismos, que en la retirada perdieron diez mil quinientos hombres. Cierto es que se apoderaron de tres cañones durante la batalla, pero fueron derrotados de una manera desastrosa. Hacia mediados de marzo quedaron restablecidas las comunicaciones entre los americanos, y en poder de nuestras tropas toda la frontera Norte de México.

El general Taylor no tenía ya mucho que

hacer según el nuevo plan de operaciones, y por lo tanto en el mes de noviembre, confió el mando al general Wool y llegó el primero de diciembre á Nueva-Orleans, donde se le recibió con el mayor entusiasmo, pues la voz del pueblo no dejaba de elogiar su bravura y su pericia como general.

No cabe duda que las eminentes cualidades de Taylor y las grandes disposiciones de que dió prueba durante sus campañas en México, fueron principalmente un motivo para recomendarle el partido *whig* como candidato á la silla presidencial, pues era seguro también que el voto popular estaría á su favor. Su profundo talento, su firmeza, su excelente carácter y sus opiniones políticas, sin contar su brillante reputación como bravo general, hacían esperar que podría obtener la victoria en la gran lucha política que se acercaba, y muchos miraban al héroe veterano como al futuro Presidente. Sus cartas al hablar sobre este asunto, revelan su esquisito tacto y el deseo de servir á su país en cualquier cargo que tuviera que desempeñar, obedeciendo á la voz de sus compatriotas.



CAPÍTULO VI.

1847—1849.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE POLK.

El general Scott en Veracruz.—Bombardeo de la ciudad y castillo.—Marcha á México.—Batalla de Cerro Gordo.—Scott y el ejército en Perote.—La mision de N. P. Trist.—Los mexicanos hacen esfuerzos para defender su capital.—Planes de Santa Ana.—Batalla de Contreras.—Armisticio de Tacubaya.—Resultado.—Asalto de Molino del Rey y Casa Mata.—Toma de Chapultepec.—Triunfo de las armas americanas.—Entrada en México.—El coronel Childs en Puebla.—Es atacado por Santa Ana.—Disensiones entre Scott y sus oficiales.—Negociaciones para la paz.—Extracto del tratado de Guadalupe Hidalgo.—Reflexiones sobre la guerra de México.—Se reúne el Congreso en Diciembre de 1847.—El mensaje de Mr. Polk.—Muerte de Juan Quincy Adams.—Eleccion de candidatos para Presidente y Vice-presidente.—Taylor y Fillmore quedan elegidos.—Segunda legislatura del trigésimo Congreso.—Ultimo mensaje de Mr. Polk.—Descubrimiento de la region del oro.—California y Nueva-México.—Aprobacion de actas.—Convencion de los miembros del Sur para tratar sobre la esclavitud.—Proyectos de comunicacion con la costa del Pacifico por la via-férrea.—Fin de la administracion de Mr. Polk.

Tan pronto como fué nombrado Scott general en jefe del ejército de México, apresuróse á encargarse del mando de la espedicion, y á su llegada á Tampico, activó cuanto le era posible las operaciones militares, espidiendo desde luego varias órdenes. á fin de reprimir los abusos y actos de violencia que se habian permitido algunas tropas sin que se les castigase. Segun ya hemos dicho, tambien llamó á todas las tropas regulares del general Taylor y á un gran número de voluntarios, á fin de aumentar en lo posible sus fuerzas, y fiado en el apoyo de su Gobierno comenzó las operaciones con el mayor celo y como convenia á un militar tan distinguido.

Lobos, pequeña isla situada al Sur de Tampico, á unas ciento veinticinco millas de Veracruz, fué el punto designado para reunirse todas las fuerzas que debian estenderse por la costa, lo mas cerca posible de la

capital, y á principios de marzo de 1847, hallábanse ya en aquel punto doce mil hombres y una flota de ciento sesenta y tres barcos para trasportar al ejército y todo el tren de campaña. El 7 de marzo se efectuó el embarque, y dos dias despues saltaron todas las tropas en tierra sin que se perdiese un solo hombre, ocupando la isla de Sacrificios, la mas próxima á Veracruz. El dia 18, y despues de haber intimado la rendicion de la ciudad, aunque inútilmente, Scott fijó un breve plazo para que saliesen de aquella todas las mujeres y niños, así como tambien los cónsules extranjeros, y el 22 comenzó el bombardeo, no sin haber intimado antes la rendicion por segunda vez. Auxiliado por la flota, que cooperaba admirablemente con las fuerzas de tierra, Scott estuvo lanzando por espacio de cuatro dias y cuatro noches un torrente de hierro sobre

1847.



Engraved by G. B. Hill

Engraved by G. B. Hill

Winfield Scott.

la ciudad, y tan espantoso era el fuego, que bien pronto quedó casi convertida en un monton de ruinas, sin contar que murió mucha gente.

Durante aquel bombardeo, cayeron sobre la ciudad tres mil bombas de noventa libras cada una, y otras tantas balas de cañon. La guarnicion mexicana, que habia en la ciudad, compuesta de unos tres mil hombres, y de otros mil que defendian el castillo de San Juan de Ulloa, desplegó gran valor en su resistencia, pero no contaban con una artillería que pudiese competir con la nuestra y hubieran necesitado una fuerza mucho mas numerosa para servir las baterías de la ciudadela. En la tarde del 24 los cónsules inglés, español y francés dirigieron una nota al general en jefe rogándole que suspendiera las hostilidades el tiempo suficiente para que sus respectivos compatriotas pudieran alejarse de la plaza con sus mujeres é hijos, pero el general Scott se creyó en el deber de negar esta peticion fundándose para ello en que ya habia concedido un plazo razonable antes de comenzar el bombardeo para que abandonasen la plaza todas las personas neutrales, incluso las mujeres y niños mexicanos, y que no habiéndose hecho caso de su intimacion, no se creia en la obligacion de conceder otra tregua. Diríase que semejante medida era demasiado rigurosa, y muchos historiadores de la guerra de México la han censurado severamente, pero otros muchos, sin embargo, opinan que Scott obró como debia, y que no se le puede tachar por su conducta. De la guarnicion de la plaza resultaron cuatrocientos muertos y seiscientos heridos, y tambien perecieron de cuatrocientos á quinientos habitantes. Despues de algunas negociaciones, fijáronse los artículos de la rendicion, y el 29 de marzo fueron entregados al ejército vencedor la ciudad y el famoso castillo de

San Juan de Ulloa, juntamente con todo el material de guerra, pero se dispensó la necesaria proteccion á los habitantes.

El general Worth fué nombrado interinamente gobernador de Veracruz, y tan pronto como el general Scott hubo adoptado sus disposiciones para que continuara el comercio del puerto, emprendió de nuevo la marcha, en 8 de abril, en direccion á la ciudad de México, y llegó el 14 con la mayor parte de su ejército á Plan del Rio. Allí supo que Santa Ana, despues de reunir el mayor número de fuerzas posible, habia tomado posicion mas allá de Jalapa, en un punto llamado Cerro Gordo, resuelto á oponerse al paso de los americanos, y en su consecuencia apresuró la marcha por el camino mas recto á fin de impedir cualquiera dilacion que pudiera ser perjudicial.

Despues de practicados varios reconocimientos á fin de averiguar cuáles eran las fuerzas del enemigo, resolvió Scott abrir un paso á través de los espesos chaparrales que se estendian á su derecha, á fin de aproximarse al flanco izquierdo del enemigo que obstruia el camino principal; y con el objeto de ocultar este movimiento, dióse órden en 17 de abril al general Twiggs para que atacase un puesto fortificado que estaba casi en frente de las trincheras. El coronel Harney, con algunas fuerzas de infantería y artillería, consiguió al poco tiempo apoderarse de aquel punto, é hizo colocar un par de cañones en la eminencia que le dominaba á fin de hostigar al enemigo. A primera hora de la mañana siguiente se pusieron en movimiento las columnas de ataque para asaltar la línea de los mexicanos; la brigada de Pillow, que cayó sobre el ala derecha de los enemigos, fué rechazada, mas entre tanto, la division de Twiggs desbarataba el centro, apoderándose de las fortificaciones, y la de Riley ponía

1847.



en dispersion el grueso de las fuerzas mexicanas, valiéndose de sus propios cañones para hacer fuego sobre ellas cuando huían. La brigada de Shield, por su parte, se apoderaba de la batería con que hubieran podido proteger su retirada los mexicanos, impidiendo así que se rehicieran.

Los americanos tuvieron sesenta y cuatro muertos y trescientos cincuenta y tres heridos; las pérdidas de los contrarios no se supieron nunca; pero nuestros compatriotas cogieron tres mil prisioneros entre los cuales se contaban cuatro ó cinco generales y otros tantos abanderados, habiéndose apoderado asimismo de cuarenta y tres cañones. El mismo Santa Ana pudo escaparse con dificultad y llegar á Orizaba, donde se ocupó con la mayor actividad en reunir fuerzas suficientes para oponerse á la marcha de Scott hácia la capital.

Conseguida aquella victoria, el ejército siguió avanzando sobre Jalapa y Perote, que se entregaron sin disparar un tiro; en Amazoque atacó Santa Ana á los americanos mas sin conseguir resultado alguno, y el 22 de mayo se apoderó de Puebla el general Worth en tanto que las tropas mexicanas se retiraban á la capital. Esta continuada

1847. derrota, despues del desastre de Cerro-Gordo encendió de nuevo en México la llama de la revolucion, y las diversas facciones que se agitaban en aquel desgraciado pais solo podian convenir en un punto, es decir, en que era preciso resistir á los invasores hasta el último trance, y en que no seria posible la paz mientras permaneciese el enemigo en el territorio mexicano.

El cuartel general del ejército se estableció luego en Puebla, donde permaneció Scott hasta primeros de agosto, tanto para reunir todas sus tropas como porque el Gobierno americano habia renovado con el de Mé-

xico las negociaciones tan pronto como se tuvo noticia en Washington de la victoria de Cerro-Gordo. Esta detencion, sin embargo, perjudicó en gran manera á la moral y á la salud del ejército, pues los hospitales se llenaron de enfermos de tal modo que llegó á figurar como baja la cuarta parte del ejército, y las deserciones fueron muchas frecuentes y numerosas que en ninguna otra ocasion. No entraremos en los pormenores de las diferencias que se suscitaron entre el general en jefe y el Gobierno de Washington con motivo de haberse propuesto reemplazar á Scott con un teniente general; ni es necesario tampoco hablar aquí de la mision de Mr. N. P. Trist á quien nombró el Presidente comisionado con plenos poderes para negociar la paz con México; los historiadores de la guerra, Ripley, Mansfield y otros, suministran cuantos detalles pueda apetecer el lector.

Reforzado al fin convenientemente, aun cuando quedaban ochocientos hombres en los hospitales, el general Scott emprendió la marcha en 7 de agosto con direccion á la capital de México, y á los cuatro dias llegaron las primeras avanzadas á Ayotla, pueblo situado á quince millas de la ciudad de los Motezumás. Reconociéndose luego, sin embargo, que por aquel camino era México inaccesible, se abrió otro al Sur del que conducía á Veracruz, y entre el 15 y el 18, dejando atrás los lagos Chalco y Xochimilco, el ejército llegó á San Agustín, situado en el camino de Acapulco y distante solo ocho millas del punto, objeto de aquel largo viaje. Nada podria probar mejor la desmoralizacion y abandono de aquel Gobierno, que el hecho de haber visto que solo once mil hombres de nuestras tropas avanzaban por un pais tan favorable para el sistema de guerrillas, sin que hubieran bastado los es-

fuerzos de los mexicanos para oponerse á la marcha de nuestro ejército.

Como era de suponer, los mexicanos no perdonaron esfuerzo alguno para defender su capital. En todos los caminos cercanos se levantaron baterías y fortificaciones, y la ciudad estaba materialmente circunvalada por los atrincheramientos. El enemigo no contaba sin embargo con suficiente artillería, ni disponia tampoco de mas de veinte mil hombres, si bien es cierto que aun le quedaba el recurso de aprovechar los servicios de otros diez mil de la milicia. De todos modos, debe convenirse (segun lo confesó el mismo Santa Ana despues de haber perdido la batalla) que los planes del jefe mexicano estaban mejor combinados que otras veces, pues su designio era retroceder ante Scott, á fin de atraerle al terreno donde mejor le convenia dar la batalla, para dominar con el número de sus tropas al reducido ejército de los invasores. El no haber cumplido el general Valencia con las órdenes que se le dieron, desconcertó completamente el plan del enemigo. Este oficial, que ansiaba sin duda ser el primero en atacar á las tropas americanas, olvidando del todo sus deberes como subordinado, sin tener en cuenta las consecuencias de su imprudencia, dejó su posicion de Coyoacan en Santo Angel, y avanzó hasta Contreras, por otro nombre Padierna, en cuyas alturas se atrincheró sin recibir orden alguna de Santa Ana, y hasta sin consultarle antes de efectuar el movimiento. De este modo debilitó las fuerzas que debian impedir el paso á Scott, y además no pudo oponerse á la marcha de aquel á causa de la naturaleza del terreno.

Habiase considerado sin embargo mas conveniente disponer de las fuerzas de Valencia, y por lo tanto, Worth, marchó con Harney y su caballería para amenazar á San

Antonio, mientras la division de Pillow, compuesta de las brigadas de Pierce y Cadwalader se dirigia contra Contreras, atravesando el Pedregal, sendero casi impracticable, donde habia abierto un camino la division de Twigg.

En la tarde del 19 de agosto llegaron estas dos divisiones hasta dar vista á los cañones de Valencia, á cuyo fuego contestaron las pequeñas baterías de montaña de Magruder y Callender, en tanto que nuestras tropas se estendian hácia la derecha de tal modo que apoyadas por la infantería de Morgan y los voluntarios de Shields, que acababan de llegar como refuerzo, pudieron apoderarse de la *rancheria* conocida con el nombre de Ansaldo, amenazando así interceptar las comunicaciones de Valencia. Terminado el breve combate que tuvo lugar, y que se suspendió principalmente á causa de la oscuridad y de la lluvia, el general Persifer F. Smith propuso un plan para atacar la posicion de Valencia, y Lee, capitán de ingenieros, marchó inmediatamente arrostrando el agua, que entonces caia á torrentes, para consultar con el general Scott, quien aprobó desde luego el proyecto. A eso de las tres de la madrugada del 20 de agosto, la brigada de Riley, seguida de las de Cadwallader y Smith, se puso en marcha silenciosamente, y al salir el sol llegó á una eminencia situada á espaldas de la posicion que ocupaban los mexicanos, desde donde pudieron atacar con tal ventaja al enemigo, que á los diez y siete minutos se apoderaron de los atrincheramientos. Scott, habia dispuesto que la division Twigg atacase las obras del centro, y mientras se hacia así, la brigada de Smith derrotaba á un cuerpo de la caballería mexicana, en tanto que Shields, no solo tenia en jaque á las demás fuerzas, sino que cogia una porcion de prisioneros. En esta brillante

accion solo tomaron parte cuatro mil quinientos americanos; el enemigo contaba con seis mil hombres, y es de advertir que á pesar de hallarse Santa Ana muy cerca con doble número, no pareció dispuesto á tomar parte en la refriega.

Ni fué esta decisiva victoria el único hecho de armas de aquel dia. Mientras las divisiones de que hemos hablado, peleaban en la izquierda, el general Worth, merced á un hábil y atrevido movimiento, consiguió forzar la posicion que ocupaba el enemigo en San Antonio, avanzando luego sobre otra fortificacion situada á la cabeza del puente de Cherubusco, hácia donde se dirigian tambien las demás divisiones procedentes de Contreras. Pierce y Shields cruzaron el rio por un puente que habia á la izquierda, y cayeron sobre las tropas de Santa Ana; Twiggs atacó y tomó las fortificaciones que habia al rededor de la iglesia de San Pablo, y las tropas de Worth y Pillow secundaron el movimiento. En todos los puntos se batian las tropas con inusitada furia, pero una vez mas quedó demostrado que las tropas mexicanas no podian luchar con ventaja contra los soldados de la Union; nuestros compatriotas triunfaron en todos los puntos y los intrépidos dragones fueron picando la retaguardia al enemigo hasta las mismas puertas de la ciudad.

No tenemos suficientes datos para apreciar con exactitud las pérdidas de los mexicanos en aquellos sangrientos combates, pero debieron ser muy considerables, pues baste decir que se cogieron mil seiscientos prisioneros entre los que se contaban tres generales, y asimismo se apoderaron nuestras tropas de siete piezas de artillería, una gran cantidad de municiones y unos mil caballos ó mulas. En las batallas del 19 y 20 de agosto tuvo el general Scott ciento treinta y

tres muertos y ochocientos sesenta y cinco heridos, mas debe advertirse que aquellos combates fueron los mas sangrientos á la par que los mas decisivos.

Obtenido este resultado, todo parecia favorable para entablar negociaciones de paz en términos aceptables para los Estados Unidos. El general Scott permaneció en su cuartel general de Tacubaya, distante solo tres millas de México, y arregló un armisticio á fin de dar tiempo á que se celebrase un tratado, dejando entrever la alternativa de un próximo asalto, que ninguno dudaba obtuviese buen éxito. El general americano deseaba tambien dar algun descanso á sus tropas fatigadas á consecuencia de una marcha penosa y de repetidos combates, y por espacio de algunos dias, despues del 24 de agosto, los comisionados nombrados por ambas partes hicieron lo posible por conciliar las cosas de modo que se pudiera celebrar **1847.** un tratado. Sin embargo, prescindiendo de que Scott estaba resuelto á obtener todo cuanto esperaba su pais, los mexicanos no sabian cómo proceder, pues no solo era su deseo que no apareciese que se habian sometido, sino que, divididos entre sí por sus opiniones y sus ideas, no podian convenir en una línea de política que satisfaciese el objeto. Mr. Trist, cuyas enojosas diferencias con el general Scott parecian olvidadas, trató de cumplir con las instrucciones de su Gobierno, mas el resultado demostró que no se podia confiar en Santa Ana ni conocer sus propósitos, y en resúmen diremos, que fracasaron todos los esfuerzos hechos para celebrar la paz satisfactoriamente. El general mexicano queria sin duda probar suerte una vez mas en una decisiva batalla con los victoriosos invasores.

Parece que el general Santa Ana se habia ocupado con la mayor actividad durante el

armisticio en aumentar sus fortificaciones, á pesar de haber estipulado no hacerlo así, y además se supo que se habian fundido varias campanas de las iglesias para haer cañones, reuniendo luego los restos dispersos del ejército con objeto de presentar otra vez la batalla. Entre tanto el general Scott no permaneció ocioso : habíase ocupado en organizar perfectamente sus tropas, utilizó la artillería cogida al enemigo y aumentó sus municiones de guerra, ya muy exhaustas, sin cuidarse no obstante de fortificar su posición, puesto que su objeto, dado el caso de no negociarse la paz, era ponerse desde luego en marcha para atacar al enemigo.

Como habian pasado ya dos semanas sin que hubiera probabilidades de celebrar un tratado, el general Scott notificó á Santa Ana en 6 de setiembre que no ignoraba habia infringido las condiciones del armisticio, y que esperaba una esplicacion antes de las doce del dia siguiente, pues de lo contrario declararía terminada la suspension de armas, á

fin de continuar las hostilidades. Por **1847.** la contestacion, que se recibió el dia 7, aceptábase la última alternativa, y se anunciaba que el jefe mexicano queria probar fortuna una vez mas. Antes de llegar la noche, Scott habia trazado ya su plan de ataque.

Habiendo averiguado que la parte occidental de la ciudad parecia menos fortificada que la del Sur, Scott resolvió dirigir por aquel punto su ataque, pero en aquella línea, hallábanse tres posiciones; el Molino del Rey, la Casa Mata y Chapultepec. El primero era una especie de castillo situado en una altura, y que en circunstancias ordinarias hubiera exigido un sitio en regla para tomarlo, pero conociendo el valor de su gente, y la insuficiencia del enemigo, Scott resolvió apoderarse de aquella posición por asalto y dió sus órdenes al efecto.

A eso de las cuatro de la madrugada del 8 de setiembre la division del general Worth se situó convenientemente en los puntos designados, y tan pronto como amaneció, Huguer mandó romper el fuego sobre el molino con sus cuarenta y cuatro cañones, á fin de apoderarse de una batería avanzada del enemigo, empresa que llevó á cabo el mayor Wright con tal arrojo é intrepidez, que á pesar del terrible fuego dirigido contra la columna de ataque, á pesar de que los mexicanos se batian con el furor de la desesperacion, y aunque de los catorce oficiales americanos, cayeron once en el campo de batalla, se tomó el Molino, y los cañones que allí se hallaban sirvieron para hacer fuego á los fugitivos, que atropellados y en el mayor desórden se refugiaron en los otros fuertes. Entre tanto, la brigada de Garland, sostenida por la artillería de Drum, atacaba la izquierda del enemigo, situada cerca del Molino, y despues de un obstinado combate le obligó á dejar su posición á la vista misma de los cañones de Chapultepec. La artillería americana se apostó luego junto al Molino y causó grandes destrozos al enemigo.

Mientras se atacaba de este modo el centro y el ala izquierda de los mexicanos, la batería de Duncan hacia fuego sobre la derecha, y el coronel M'Intosh recibió orden de atacar aquel punto. La Casa Mata, sin embargo, era un edificio de piedra rodeado de bastiones, fosos profundos y atrincheramientos, desde donde hicieron los mexicanos un fuego mortífero sobre nuestras tropas hasta que estas llegaron al parapeto que rodeaba la ciudadela. Una vez en aquel sitio, y á fin de evitar el fuego de los cañones, tuvieron que retirarse á la izquierda de la artillería de Duncan, donde acabó de formarse la columna para volver al asalto.

La caballería mexicana intentó un ataque

contra el ala izquierda de los americanos, pero fué rechazada por la artillería y por los dragones, mientras que las demás tropas, conducidas por el mayor Buchanan y el capitán M'Kenzie, por una parte y los capitanes Anderson y Ayres por otra, acababan de desalojar al enemigo del Molino del Rey. Entonces se llevaron todos los cañones á Casa Mata, que evacuaron muy pronto los mexicanos, no pudiendo resistir el fuego destructor de nuestras tropas. Los jefes enemigos intentaron dos veces reunir á sus soldados á fin de recobrar las posiciones perdidas, mas hubieron de retroceder ante nuestra artillería, y á las nueve de la mañana ya se habia acabado la batalla.

El general Scott no creyó conveniente continuar la victoria persiguiendo al enemigo, aun cuando Worth le rogó que se lo permitiese, y habiéndose volado la Casa Mata, volvieron las tropas á Tacubaya á fin de prepararse para la batalla del dia siguiente. Las fuerzas americanas que tomaron parte en aquella sangrienta refriega no escedian de tres mil cuatrocientos cincuenta hombres, mientras que los mexicanos contaban lo menos con diez mil, y se hallaban protegidos por imponentes fortificaciones. Nuestras pérdidas, entre muertos y heridos, fueron muy considerables, pues hubo cerca de ochocientas bajas, incluso cincuenta y nueve oficiales; las de los mexicanos no se pudieron averiguar, pero debieron ser tambien numerosas, y únicamente se supo que habian muerto dos generales.

De esta batalla no debian esperarse grandes resultados, y por lo tanto el general Scott hizo con la mayor actividad sus preparativos en el momento mas oportuno. Durante la noche del 11 y todo el dia siguiente se levantaron tres baterías; el general Pillow, tomó de nuevo posesion del Molino del

Rey, y el dia doce comenzó el bombardeo de la fortaleza de Chapultepec mientras se dirigia un ataque simulado contra las *garitas* de San Antonio y Niño Perdido. En la mañana del 13, tomadas ya todas las medidas necesarias entre el general en jefe y sus oficiales, se prosiguió el bombardeo con mas vigor que antes, hasta que á eso de las ocho, cesó repentinamente el fuego de las baterías, debiéndose esto á que la division de Pillow, abandonando su posicion y despues de vencer la resistencia que ofrecia el enemigo en sus obras avanzadas, subió rápidamente la colina en cuya cima se elevaba Chapultepec, mandó aplicar las escalas á la fortaleza, y penetró por último en las fortificaciones arrollándolo todo á su paso. Quitman, Shields y Smith avanzaron al mismo tiempo por la parte sudeste de la colina, y aun cuando tuvieron que vencer algunas dificultades y les molestaba mucho el fuego del enemigo, llegaron á la fortaleza á tiempo para ayudar á tomarla. Chapultepec se vió asaltada por todos los puntos á la vez; los oficiales encargados de pegar fuego á las minas, fueron muertos antes de que pudieran aplicar la mecha, y aunque la guarnicion se defendió obstinadamente, luchando cuerpo á cuerpo con sus enemigos, todo fué inútil, y los que sobrevivieron, incluso su jefe el general Bravo, quedaron prisioneros.

Mientras proseguia el combate alrededor de Chapultepec, el general Worth avanzó por el acueducto de San Cosme en direccion á México, y el general Quitman, por su parte, despues de la toma de la fortaleza, se dirigió hácia la *garita* de Belen, ahuyentando á su paso á los fugitivos. El nutrido fuego que se hacia desde las casas y calles de San Cosme detuvo la marcha de Worth, pero llegada la noche se apoderó del pueblo, en tanto que Quitman se posesionaba de la

garita á pesar de la resistencia que se le opuso, situándose luego bajo los mismos cañones de la ciudadela.

El resultado final no era ya dudoso, y por lo tanto, Santa Ana y sus oficiales se reunieron en consejo para acordar lo que convenia hacer en aquel estado de cosas. Lo mas urgente era retirarse al momento, y convencido de ello, el general mexicano puso en libertad á todos los criminales que habia en las cárceles, con el objeto de molestar mas al enemigo, y marchó por el camino de Guadalupe Hidalgo. Esta retirada, segun dice Mr. Meyer, tuvo lugar á media noche, y poco despues se presentó al general Scott una diputacion del Ayuntamiento para anunciarle que el Gobierno federal y las tropas habian huido de la capital, y que por lo tanto se esperaba que el general americano concederia una capitulacion en favor de los ciudadanos y de las autoridades municipales. Scott rehusó acceder á la peticion, y habiendo contestado que no admitia otras condiciones sino las que él impusiera, dió orden de avanzar á Quitman y Worth, previniéndoles que ocuparan los principales puntos de la ciudad y se resguardasen de una traicion. En su consecuencia, Worth fué á situarse en la Alameda; Quitman adelantó hasta la gran Plaza, enarbolando luego el pabellon americano en el palacio nacional, y á las nueve de la mañana del 14 de setiembre, el general en jefe, rodeado de su brillante estado mayor, pasó por delante de la gran catedral y del palacio entre las aclamaciones de entusiasmo de su valeroso ejército, cuya prudencia é intrepidez habia asegurado el triunfo de las armas americanas.

En estos últimos y decisivos combates resultaron ciento treinta muertos y setecientos heridos, pero los mexicanos quedaban der-

rotados completamente. El ejército del general Scott, que ascendia á once mil hombres cuando salió de Puebla, quedaba ya reducido á poco mas de la mitad á consecuencia de los combates, de las enfermedades, de las deserciones y de haber sido necesario guarnecer algunos puntos; pero los mexicanos en cambio, habian perdido mas de siete mil hombres, sin contar cuatro mil prisioneros que se hallaban en poder del vencedor. Nuestras tropas se apoderaron tambien de mas de veinte banderas y estandartes, setenta y cinco cañones, veinte mil fusiles y una considerable cantidad de municiones de guerra.

Con esta última y gloriosa victoria quedaba virtualmente concluida la guerra con México, aun cuando hubo algunas otras escaramuzas en diversos puntos. Ya hemos dicho que antes de marcharse, habia puesto Santa Ana en libertad á todos los presos de las cárceles, los cuales se entregaron por espacio de dos ó tres dias al robo y al asesinato. Cuando nuestras tropas abandonaron la gran plaza para alojarse en las casas de la ciudad, aquellos bribones tuvieron la osadía de hacer fuego á los americanos desde los tejados de las casas y desde las ventanas, pero la parte sensata de los habitantes prestó voluntariamente sus auxilios á Scott á fin de reprimir aquella insurreccion de asesinos, mas temible para el pueblo que para los americanos, y así pudieron adoptarse tan enérgicas medidas al publicar la ley marcial, que al momento se ahuyentó á los bandidos. El general Quitman fué nombrado luego gobernador de la ciudad, y bajo su administracion se vió aquella mas pacífica y segura que lo habia estado hacia muchos años. La contribucion que se impuso no escedió de ciento cincuenta mil duros, cuya cantidad se invirtió en su mayor parte en la compra de mantas y zapatos para la tro-



pa, y todo lo necesario para los heridos.

El coronel Childs habia quedado en Puebla cuando el general Scott marchó á la capital, y solo contaba con cuatrocientos hombres útiles, pues mas de mil ochocientos se hallaban en los hospitales. Conservábase sin embargo el órden, pero á poco se recibieron noticias falsas de lo ocurrido en Molino del Rey, y al momento se amotinó el pueblo y el general Rea, reuniendo acto continuo unos tres mil hombres, sitió á los americanos. El 22 de setiembre, el general Santa Ana, que al huir de México habia convocado al Congreso en Querétaro, resignando la presidencia en el jefe de justicia Peña y Peña, marchó tambien hácia Puebla, lo cual hizo ascender á ocho mil el número de los sitiadores, quienes no perdonaron esfuerzo alguno por espacio de seis dias y noches para desalojar á los americanos. El general Lane que se hallaba en Veracruz, y el mayor Lally en Jalapa, tuvieron bien pronto conocimiento de este hecho, y atravesando entre las infinitas cuadrillas de guerrilleros que infestaban al pais, cayeron sobre Santa Ana, quien habia avanzado hasta Huamantla para salirles al encuentro, y en 9 de octubre, aun cuando solo contaban con mil hombres, derrotaron al jefe mexicano despues de un obstinado combate. El dia 13 llegaron los americanos á Puebla, y todo mudó de aspecto: porque Rea se retiró á Atlixco perseguido por Lane, quien se apoderó de este último punto, despues de una hora de cañoneo, en la noche del 19 de octubre. Las pérdidas de los americanos en estos últimos combates fueron de cien hombres entre muertos y heridos, mas se puso en dispersion á los guerrilleros y se restablecieron las comunicaciones desde la capital al mar.

Las fuerzas navales americanas se ocupaban entre tanto en varias espediciones, prin-

cialmente en el Pacífico. Guyamas cayó en poder del capitan Lavallette en 20 de octubre, pues la guarnicion y el gobernador, abandonaron aquella plaza que no pudo recobrar luego el enemigo aun cuando lo intentó; Mazatlan quedó ocupada en 10 de noviembre por el comodoro Shubrick, quien se propuso establecer desde allí una línea de comunicaciones con los generales Scott y Taylor; y San Blas, San José, Mulejé, San Antonio y Todos Santos, fueron tambien el teatro de combates y escaramuzas que invariablemente terminaron con la victoria de nuestros compatriotas.

Sometida la ciudad de México, y no siendo ya probable una resistencia armada, solo faltaba negociar las condiciones de la paz en la forma que exigieran los Estados-Unidos. Los esfuerzos de Mr. Trist, no habian producido resultado alguno, segun ya hemos dicho, ni con el armisticio de Tacubaya se consiguió tampoco lo que esperaba el general Scott. Poco despues de la toma de México, Mr. Trist trató de sondear á Peña para saber lo que pensaba acerca de las negociaciones de la paz, pero hasta fines de octubre no dió á conocer aquel sagaz político sus opiniones, habiendo manifestado entonccs por conducto de su Secretario D. Luis de la Rosa, que deseaba cesaran las hostilidades. Cuando Anaya se encargó de la presidencia, y Peña y Peña no era sino un miembro del Gabinete, espresó el mismo deseo, y á fines de noviembre ofreció nombrar comisionados con el objeto de negociar la paz; pero al mismo tiempo y como quiera que el Presidente de los Estados-Unidos reconociese por el resultado del armisticio de Tacubaya, que Mr. Trist no alcanzaria probablemente un éxito satisfactorio, envió una órden para que volviera. El general Scott, á quien se acababa de autorizar para que obrase como



Frank Pierce

comisionado, notificó el hecho al Gabinete de México, y al mismo tiempo previno á Trist que anulase toda negociacion empezada, y se llevara á Washington cualquier tratado que hubiera concluido. Trist recibió á poco otra orden de su Gobierno que le llamaba de nuevo, pues parece que no satisfacía á nadie su conducta, mas á pesar de esto, tal era el deseo de Trist de alcanzar la gloria de celebrar el tratado de paz, que se aventuró á permanecer en México como comisionado de América.

En tal estado de cosas, llegaron á ser notorias las disensiones entre los jefes americanos. El general Scott disputó sériamente con tres de sus inmediatos subalternos, y á tal punto llegó la discusion que puso arrestados al general Pillow, á quien Mr. Trist consideraba como un enemigo personal, y al general Wortk, á quien los corresponsales de los periódicos habian ensalzado por su intrepidez y bravura. No entraremos aquí en los pormenores de esa polémica porque es demasiado reciente para que nos atrevamos á juzgarla, aun cuando tuviésemos datos para hacerlo (*).

Entretanto Mr. Trist continuó sin autorizacion alguna con sus negociaciones y en 2 de febrero de 1848, completóse el tratado de Guadalupe Hidalgo, que se firmó en el mismo dia en la ciudad de este nombre, por Mr. Trist, de parte del Gobierno americano, aun cuando habia cesado de representarle, y en nombre del Gobierno de México, que puede decirse no existia, atendida la perturbacion

que dominaba en el pais, por D. Luis G. Cuevas, D. Bernardo Conto y D. Miguel Atristain. Dicho tratado constaba de veintitres artículos y uno secreto adicional, segun el cual se estipulaba que la ratificacion por parte del Gobierno de Washington, podria diferirse cuatro meses mas de lo que se estipulaba por los otros artículos; las principales condiciones eran las siguientes: el restablecimiento de la paz, y la cesion, no solo de Texas, sino tambien de Nueva-México y de la alta California á los Estados- Unidos, previo el pago de quince millones de duros, debiendo asimismo satisfacerse tres millones doscientos cincuenta mil duros por las reclamaciones que contra el Gobierno de México presentaban los ciudadanos de la Union. Estipulábase además que se reprimirian los abusos de los indios en la frontera del Norte.

Este tratado se remitió inmediatamente á Washington, y á pesar de haberse negociado sin la debida autorizacion, Mr. Polk lo envió acto continuo al Senado, donde despues de algunos debates, ratificóse con algunas alteraciones, devolviéndose el 10 de marzo. El Congreso de México ratificó tambien en 30 de mayo, y en el verano de 1848 volvieron á su pais nuestras valerosas tropas. El Presidente proclamó la paz el 4 de julio de 1848 (*).

Mr. Benton hace en su *Revista de los treinta años*, algunas interesantes observaciones acerca de la guerra de México y de la negociacion que medió para celebrar el tratado de paz, y dice entre otras cosas lo siguiente: «No hay duda que los que sirvieron bien al Gobierno en la guerra contra México fueron muy mal recompensados; Taylor, vencedor en Palo Alto y Resaca de la Palma, en Monterey y en Buena Vista, solo

(*) El mayor Ripley consagra muchas páginas á discutir este asunto, opinando, segun lo que se desprendia de los procedimientos del consejo de guerra reunido en marzo y julio de 1849, que el verdadero origen de aquella disputa, provenia de las sospechas é injustos celos del general en jefe; y dice además que á los ojos del ejército y del pais, se dió un escándalo sin que hubiese la menor necesidad de ello. *Guerra de México*, vol. II, pág. 362.

(*) En el apéndice del presente capitulo se reproduce el tratado de paz con México y la proclama del Presidente.

recibió una reprension; Scott, que habia allanado los obstáculos para celebrar la paz sometiendo á los mexicanos, fué sustituido por otro jefe en el ejército; Fremont, que habia conseguido arrancar á California de las manos de los ingleses para dársela á los Estados-Unidos, tuvo que comparecer ante un consejo de guerra, y por último, Trist, á quien se debia la celebracion del tratado, quedó destituido (*).»

La guerra de México, sin embargo, por mas que sus resultados lisonjearan el orgullo nacional de nuestros compatriotas, da lugar á muchas y graves reflexiones. Cierto es que nuestras valerosas tropas tuvieron una oportunidad de probar una vez mas su arrojo é intrepidez, y que conducidas por sus entendidos jefes, fué su marcha una série de continuadas victorias; es verdad que se adquirieron grandes estensiones de territorio, y que además de Texas, Nueva-México y California llegaron á formar parte de los Estados-Unidos, habiendo figurado desde entonces nuestra nacion entre las primeras potencias del mundo, pero tambien debemos pensar en lo que costó aquella guerra, no solo en dinero, sino en hombres, que es lo mas sensible. En cuanto á lo primero, no es de gran importancia, pues por el territorio nuevamente adquirido solo se pagaron veinte millones de duros, mientras que los datos estadísticos demuestran que el total de gastos para el sostenimiento del ejército y la armada y las pensiones concedidas, no escedió de ciento cincuenta millones; pero aun cuando dicha cantidad sea considerable, esto no tiene gran importancia para una nacion de tan vastos recursos como la nuestra. Lo que mas debe lamentarse es que aquella guerra costara tanta sangre: el número de tropas regulares

que marcharon á México ascendia á veintisiete mil quinientos hombres, y á setenta y un mil trescientos el de los voluntarios, componiendo un total de noventa y nueve mil hombres; ahora bien: de éstos, unos cuarenta mil se retiraron ó fueron dados de baja, cuatro ó cinco mil desertaron, y las pérdidas, por muerte en los combates, por enfermedad ú otras causas, no bajaron de veinticinco mil hombres! Fácilmente comprenderá el lector cuántos sufrimientos, cuántas miserias y aflicciones y cuántos males resultarían de aquella sangrienta guerra que causó tantas víctimas. A los futuros historiadores les corresponde hacer sus observaciones sobre la *moralidad* de aquella terrible lucha demostrando si Dios, en sus altos fines, habria dispuesto que por ella se obtuviesen grandes resultados para la civilizacion y el progreso de la humana raza (*).

Terminada esta larga digresion, hablaremos de los asuntos de nuestro pais: el vigésimo nono Congreso se cerró, segun ya hemos dicho, en 3 de marzo de 1847, y poco despues comenzó seriamente la lucha política entre los miembros de la Cámara. El resultado de las elecciones demostró que las medidas del Gobierno de Mr. Polk le habian hecho perder la popularidad con que contaba en un principio, debiéndose esto principalmente á que mientras unos Estados se mostraban opuestos á la guerra con México, otros se hallaban resentidos por haberse desechado la tarifa que les favorecia, y de este modo al abrirse la legislatura del trigésimo Congreso, se reconoció desde luego que, aunque en el Senado dominaba aun la democracia, la ma-

(*) Cuando aun no se habia resuelto la cuestion de nuestras relaciones con México, el venerable Alberto Gallatin publicó un interesante folleto titulado *La paz con México*, el cual recomendamos al lector. Mr. G. habia dado antes á luz otro con el titulo de *Guerra con México*, que se distingue por el mismo espíritu de moderacion, justicia y franqueza.

(*) *Revista de los treinta años*, por Benton, vol. II, página 711.

yoría de la otra Cámara estaba en oposición.

Esto se vió claramente cuando se trató de elegir el Presidente de la Cámara en 6 de diciembre de 1847, pues Roberto C. Wintthrop, *whig* de Massachusetts, obtuvo el cargo al verificarse el tercer escrutinio, por una mayoría de ciento diez votos contra sesenta y cuatro, que alcanzó Linn Boyd, principal candidato democrático.

La mayor parte del mensaje de Mr. Polk, trataba de la guerra con México, y habia tambien un párrafo muy interesante, en el que se recomendaba el establecimiento de tribunales legalmente autorizados para castigar á los ciudadanos de los Estados-Unidos, mientras no se interrumpiesen las amistosas relaciones con aquella importante nacion. El Presidente hablaba luego de ciertos tratados con la Sublime Puerta, Trípoli, Tunez y Marruecos, los cuales solo esperaban la sancion del Senado, manifestando al propio tiempo que las relaciones diplomáticas con los Estados del Papa exigian ciertos gastos á que era preciso atender.

Los ingresos en el Tesoro durante el año que concluia en junio de 1847, habian ascendido á veintiseis millones trescientos cuarenta y seis mil setecientos noventa duros, pero los gastos no bajaban de cincuenta y nueve millones quinientos mil, siendo la deuda pública de cuarenta y cinco millones seiscientos sesenta mil duros. «Si la guerra con México continúa, decia el Presidente, calcúlase que hasta 30 de junio de 1849, se necesitará negociar un empréstito de veinte millones quinientos mil duros, dado el caso de que no se impongan derechos sobre el té y el café y se gradúen los precios de las tierras públicas, ni se apele á una contribucion militar en México; pero si se hiciese lo primero, bastará negociar diez y siete millones

de duros, y aun mucho menos si se adopta la última medida indicada.»

El Presidente decia luego que la tarifa era tan benefica como establecer la sub-tesorería, y al hacer sus observaciones sobre este punto espresábase en los términos siguientes: «Mientras las operaciones financieras del Gobierno se han practicado con tanta regularidad como sencillez bajo este sistema, ha producido un buen resultado en lo tocante á impedir á que circule con esceso el papel emitido por los bancos. Al exigirse que los pagos al Gobierno se hagan en oro ó plata, el principal objeto es evitar que los bancos emitan billetes que representan una cantidad desproporcionada con el valor del metálico que tienen en sus cajas, lo cual es causa de continuos apuros atendido que los poseedores del papel tienen siempre derecho á exigir el descuento en la forma prevenida. Conviene, pues, que los bancos hagan sus operaciones conservándose en los límites de la prudencia, á fin de que siempre puedan satisfacer las demandas y nunca se vean en la precision de suspender sus pagos, perdiendo de este modo su crédito.»

Además de estos asuntos, el Presidente recomendaba á la atencion del Congreso los referentes al Gobierno del territorio del Oregon, á la Armada, á los buques de vapor y al servicio de correos, y terminaba su extenso mensaje, recordando los sabios consejos de Washington, respecto á la desunion, é invocando al Todopoderoso para que iluminase á los Consejos de la patria.

Sentimos decir que no se hicieron grandes cosas en aquella legislatura, principalmente á causa de la escitacion política que predominaba, por hallarse ya muy cerca el dia de la eleccion presidencial. La enmienda de Wilmot se volvió á discutir con el mayor empeño cuando se presentó el *bill* referente á

establecer un Gobierno territorial en el Oregon, pero como la Cámara se negó á tomar en consideracion el último, el Senado desechó la enmienda por veintinueve votos contra veinticinco. Aprobóse además un empréstito de diez y seis millones de duros, y tambien un acta, con la cual se autorizaba la compra de los documentos de Mr. Madison, cuarto Presidente de los Estados- Unidos.

El venerable ex-Presidente Juan Quincy Adams, quien con raro patriotismo habia estado sirviendo á su pais, como miembro de la Cámara de Representantes, fué atacado de una parálisis cuando asistia á la sesion el 21 de febrero de 1848, los diputados suspendieron inmediatamente sus discusiones, y lo mismo se hizo en el Senado, y habiéndose trasladado á Mr. Adams á la habitacion del Presidente, el venerable anciano solo pronunció estas palabras: *esto es lo último en la tierra*, despues de lo cual perdió el conocimiento, y en 23 exhaló el último aliento. Como era natural, el pueblo todo le rindió el postrer tributo poseido de la mayor afliccion. Hé aquí lo que dice Benton sobre su muerte: «Juan Quincy Adams estuvo agonizando dos dias y murió en la noche del 23, precisamente al otro dia del aniversario de Washington, circunstancia que hacia mas digna de memoria su pérdida. Sus numerosos y eminentes servicios, su renombre entre los representantes de la nacion, su avanzada edad, y sobre todo el no habersele podido tachar en lo mas mínimo durante toda su vida política, eran otros tantos motivos, para que aquel esclarecido patriota viviera eternamente en la memoria de sus conciudadanos.»

En la primavera de 1848 el partido democrático se reunió en una Convencion el 22 de mayo en la ciudad de Baltimore, á fin de elegir los candidatos para Presidente y Vice-

presidente, y por espacio de varios dias estuvo celebrando prolongadas sesiones con el objeto de elegir los nombres que mas confianza pudieran inspirar á la mayoría del pueblo; presentáronse tambien dos delegados de Nueva-York para representar una fraccion de la democracia, y fueron desde luego admitidos, mas como no esperaban obtener sus deseos, retiráronse luego, y así es que aquel Estado no tuvo representantes en la Convencion. En el cuarto escrutinio fué designado para candidato á la Presidencia el general Lewis Cass, y para Vice-presidente el general Guillermo O. Butler (*).

La Convencion natural de los *whigs* se reunió en 7 de junio en Philadelphia y empleó dos ó tres dias en elegir un candidato entre los muchos que se presentaban, y sin fijarse en Daniel Webster y Enrique Clay, eminentes hombres de Estado así como tampoco en el general Scott, dieron sus votos para Presidente al general Taylor, que tanto se habia distinguido por sus servicios de México; Millard, Fillmore fué designado para la Vice-presidencia.

La eleccion tuvo lugar en el mes de noviembre, con el resultado siguiente: el general Taylor y Fillmore obtuvieron ciento noventa y tres votos cada uno, y quedaron por consiguiente elegidos, y los generales Cass y Butler alcanzaron ciento veintisiete. Por lo que hace á la eleccion popular, consignaremos aquí de paso que Taylor obtuvo un millon trescientos sesenta y dos mil veinticuatro votos, y Cass un millon doscientos veintidos mil cuatrocientos diez y nueve;

(*) La fraccion del partido que estaba descontento con este resultado se reunió en Convencion, en Utica y designó para Presidente á Mr. Van Buren. El partido que se componia principalmente de los abolicionistas organizó una Convencion en Búfalo en el mes de agosto, y eligieron tambien para la Presidencia á Martin Van Buren, y á Carlos Francisco Adams para la Vice-presidencia.

Van Buren solo reunió doscientos noventa y un mil seiscientos setenta y ocho, y entre cinco y seis mil los demás candidatos. De aquí se deduce que si la Convencion de Baltimore hubiera satisfecho al partido democrático en general, es muy probable que sus candidatos hubiesen sido elegidos para desempeñar los elevados cargos á que aspiraban. «El resultado de la eleccion, segun dice el senador Benton, muy oportunamente, no dejó de ser instructivo, pues todas las intrigas fracasaron y ni los partidarios de la anexion ni los de la guerra pudieron alcanzar el triunfo, pues un victorioso general los eclipsó á todos. Los que por espacio de cinco años habian cifrado sus esperanzas en la cuestion de Texas, se vieron escluidos de la Presidencia que habia sido objeto de tantas intrigas; hasta la cuestion de la esclavitud dejó de influir en las elecciones, y un soldado ajeno á toda intriga política, y que nunca se habia dedicado á ella, obtuvo el elevado cargo que tantos ambicionaban.» (*)

La segunda legislatura del trigésimo Congreso comenzó el 4 de diciembre de 1848, y al dia siguiente remitió Mr. Polk su cuarto y último mensaje anual, documento muy estenso en el que se trataban las cuestiones de mas interés é importancia que debian someterse á la consideracion de la legislatura nacional. Al hablar de las relaciones estranjeras, el Presidente hizo mencion de los ventajosos tratados de comercio, concluidos con Nueva-Granada, el Perú, las Dos Sicilias, Bélgica, Hanover, Oldenburgo y Mecklenburgo, y al mismo tiempo elogiaba á la Gran Bretaña por su nuevo sistema de política, ensalzando con mucho mas calor que lo habian hecho sus antecesores las instituciones del pais. Luego hacia algunas observaciones so-

bre la conclusion de la guerra con México, y al manifestar cuáles eran las fuerzas militares con que contaban los Estados-Unidos, se lisonjeaba de que la nacion poseyera un ejército de dos millones de ciudadanos armados.

El Presidente se estendia luego en observaciones acerca de los nuevos territorios adquiridos por el pais durante su Gobierno, y decia que su estension era mas de la mitad mayor que la de los Estados-Unidos, añadiendo que seria difícil calcular el valor de aquellas vastas regiones, con tanta mas razon cuanto que se habian descubierto en California minas de incalculable riqueza. (*) Mr. Polk aseguraba que de este modo se abria un ancho campo para la nueva poblacion y adquirian así los Estados-Unidos una preponderancia sobre los dos grandes Océanos que se estenden hasta ambos polos. Hé aquí cómo se espresaba el Presidente al **1848.** llegar á este punto: «La adquisicion de California y Nueva-México, el haberse fijado los límites de Oregon, y la anexion de Texas, son resultados de la mayor importancia que contribuirán al aumento de la riqueza del pais, mucho mas que los obtenidos hasta aquí desde que se adoptó la Constitucion.»

(*) Cavando la tierra para construir un molino, se descubrió por primera vez el oro en los terrenos del capitán Suter, por el mes de febrero de 1848; los rumores de que se acababa de encontrar el filon de aquel metal precioso, en el que habian soñado los primeros aventureros del mundo occidental, escitaron bien pronto la atencion de todos, y no solo desde los mas remotos puntos de los Estados-Unidos, sino tambien de todas las partes del mundo, acudieron en tropel todos aquellos que ansiaban buscar el oro en las entrañas de la tierra con una avidez que apenas podria espresar convenientemente el *auri sacra fames* del poeta. Durante el mes de diciembre de 1848 y enero de 1849, salieron de los puertos de los Estados-Unidos mas de cien buques con rumbo á California, y escitada por el deseo de hacerse rica, trasladóse á la costa del Pacífico, con extraordinaria rapidez, una poblacion inmensa mucho mas variada de lo que se habia visto en ninguna region del mundo.

(*) *Revista de los treinta años*, por Benton, vol. II, p. 724.

Mr. Polk recomendaba que se aumentara la estension de Missouri, desde el límite occidental de Texas hasta el Océano Pacífico, lo cual en su concepto seria decididamente ventajoso para el Sur. Al hablar de la hacienda, manifestaba que los ingresos del último año habian ascendido á poco menos de treinta y cinco millones quinientos mil duros, y que los gastos no bajaban de cuarenta y tres millones, pero que era de esperar que en el año próximo se recaudarian al menos cincuenta y siete millones de duros, importando los gastos tres millones menos. Despues de hablar favorablemente de la nueva tarifa, decia el Presidente que la deuda pública representaba la suma de sesenta y cinco millones setecientos setenta y ocho mil cuatrocientos cincuenta duros, y recomendando otros puntos á la consideracion del Congreso, terminaba su mensaje con una invocacion al Todopoderoso para que dispensara su proteccion al pais, concediéndole dias de gloria y de bienestar.

A pesar de que aquella fué una de las legislaturas más cortas, despacháronse muchos asuntos. El senador Douglas, del Illinois, presentó tan pronto como tuvo oportunidad un *bill* en el que pedia se admitiera á California como Estado sin que pasara por los diversos grados de Gobierno territorial, pero las diferencias suscitadas entre ambas Cámaras á consecuencia de los debates que promovió la *enmienda de Willmot*, impidió que se resolviera cosa alguna respecto á las nuevas regiones del territorio adquirido por la Union (*). Entre las diversas razones espuestas por Mr. Douglas para apoyar

(*) El dia 13 de diciembre, el senador Benton, cuyas opiniones sobre la cuestion de la esclavitud eran bien conocidas, presentó una peticion del pueblo de Nueva-México, en la que solicitaba un Gobierno territorial oponiéndose al desmembramiento del territorio en favor de Texas y tambien á la introduccion de la esclavitud doméstica. Despues de un em-

su *bill*, alegaba principalmente que la poblacion habia aumentado con tal rapidez, que debia prescindirse de los procedimientos acostumbrados; pero aunque se citaron como precedentes Louisiana y Texas, el Comité judicial informó contra este proyecto en 9 de enero, por cuya razon el senador del Illinois retiró su proposicion, presentando luego otra en la cual pedia se reconociesen de una vez como Estados Nueva-México y California, y se dejara á la eleccion de los habitantes el determinar si les convendria ó nó permitir la esclavitud entre sí. Este proyecto sin embargo, fué desechado como el otro, y en 2 de febrero aprobóse por la mayoría una proposicion para dejarlo sobre el tapete.

No habiendo probabilidad de aprobar un *bill* para la organizacion de los nuevos territorios, Mr. Walker, de Wisconsin, presentó en 29 de febrero en el Senado una enmienda al *bill* de los presupuestos, pidiendo que se aplicara el sistema rentístico á California y Nueva-México, disponiéndose tambien que dichos territorios se rigieran por la Constitucion de los Estados-Unidos. Esta enmienda se aprobó por una escasa mayoría, pero la Cámara quiso adicionar la de Wilmot, lo que promovió de nuevo un reñido debate, temiéndose al fin que no se aprobara ninguna enmienda. Sin embargo, á las cinco de la mañana del domingo 4 de marzo de 1849, y merced á Daniel Webster, que con su esquisito tacto é influencia evitó una cuestion desagradable, ambas Cámaras retiraron sus enmiendas y se aprobó el *bill*. El Senado aprobó además otro, por el cual se hacia estensivo á California el sistema de rentas, pero fracasaron todos los esfuerzos

peñado debate la proposicion que tenia por objeto imprimir esta solicitud se aprobó por treinta y tres votos contra catorce, contándose al mismo Mr. Benton entre la mayoría.

hechos con objeto de establecer un Gobierno temporal en California y Nueva-México.

Entre los principales actos de la legislatura, debemos hacer mencion aquí del establecimiento de un Gobierno territorial en Minnesota, de los trabajos del séptimo censo, de la organizacion del departamento del interior, del nombramiento de un Sub-secretario del Estado, de la fijacion de límites en el estado de Yowa, y de un proyecto autorizando al Secretario de la guerra para enviar emigrantes á Oregon, California y Nueva-México. Añadiremos aquí de paso, que tambien se hizo un convenio entre los Estados-Unidos y la Gran Bretaña para mejorar el servicio postal, entre los territorios de ambas naciones, cuyo convenio ó contrato se firmó en Lóndres el 15 de diciembre de 1848. El Senado lo confirmó en 5 de enero de 1849.

La perseverancia de los que deseaban que se suprimiese la esclavitud en el distrito de Columbia; alarmaba algun tanto á los miembros del Sur que formaban parte del Congreso, y habiendo determinado reunirse en una Convencion, á fin de trazarse la línea de conducta que mejor convendria seguir en aquellas circunstancias, sesenta y ocho diputados se reunieron en la Cámara alta en 23 de diciembre de 1848, nombrándose Presidente al Senador Metcalfe de Kentucky.

T. H. Bayley, de Virginia, presentó una série de acuerdos basados en los que redactó la legislatura de dicho Estado en 1798, y trasmitidos á un Comité en 15 de enero, presentó Mr. Calhoun un *Manifiesto de los delegados del Sur á sus constituyentes*, en cuyo documento, despues de hablar de las disposiciones constitucionales respecto á la esclavitud, y de las violaciones de los derechos de los Estados esclavos por los del Norte, hacia un llamamiento al Sur para que defendiese sus privilegios. Cerca de noven-

ta miembros asistieron á la segunda sesion, y en la tercera, celebrada en 22 de enero, se aprobó el manifiesto de Mr. Calhoun con preferencia á otro que se dirigia al *pueblo de los Estados-Unidos* presentado por Mr. Berrier, de Georgia, y que firmaban cuarenta y ocho diputados, entre los que figuraban cuarenta y seis demócratas y dos whig.

El descubrimiento de la region aurífera en las costas del Pacífico, dió lugar á que se presentaran varios proyectos para establecer una comunicacion por la via férrea entre el territorio oriental y occidental de nuestra República. Presentáronse al Congreso varios planes, pero el único que llamó la atencion fué uno por el cual se proponia la construccion de un camino de hierro á través del Istmo de Panamá, á fin de reducir la distancia desde los Estados del Atlántico á la California, que era de diez y siete mil millas por el cabo de Hornos, á menos de seis mil. El *bill* que presentó Mr. Benton en el Senado, para llevar á cabo aquel proyecto, no fué apoyado por la mayoría, bien es verdad que entonces no se consideraba practicable semejante via.

El 4 de marzo de 1849 terminó la legislatura, y cumplia al mismo tiempo el plazo de los cuatro años de la administracion de Mr. Polk, pudiendo asegurarse que aquellos cuatro años fueron fecundos en acontecimientos, y ofrecen por lo tanto ancho campo á los historiadores de nuestro pais. El senador Benton opina que los errores cometidos por el gobierno de Mr. Polk fueron mas bien de su Gabinete, y dice entre otras cosas lo que sigue: «La guerra con México, favorable para los especuladores, y debida á las intrigas de Santa Ana, es un baldon para el Gobierno y todo esto fué obra del Gabinete de Mr. Polk..... La adquisicion de Nueva-México y California, fruto de la guerra con Mé-



xico, fué el principal suceso durante aquel Gobierno, pero esto se habria conseguido sin esa guerra sangrienta, si el Presidente hubiera contado con un Gabinete menos intrigante y que dejando á un lado su egoismo y ambiciosas miras, se hubiese ocupado mas del bienestar y de los intereses del pais. Nosotros sin embargo, por razones que ya hemos espuesto, no juzgaremos aquí los actos de Mr. Polk y de sus consejeros, duran-

te los cuatro años de su gobierno, y en vez de elogiar ó censurar aquí su conducta, preferimos que lo haga la posteridad (*).

(*) Recomendamos al lector la obrita escrita por Luciano B. Chase, titulada *Historia de la administracion de Polk*. N. Y. 1850 pp. 512. Mr. Chase asegura que habla con la mayor imparcialidad, y como este volúmen contiene muchas copias de documentos, el lector puede consultarlo con ventaja. Consignaremos aquí de paso que Mr. Polk murió en Nashville (Tennessee) en 15 de junio de 1849.

APÉNDICE AL CAPÍTULO VI.

TRATADO DE PAZ CON MÉXICO.

PROCLAMA

DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA.

Entre los Estados-Unidos de América y la República mexicana se ha concluido y firmado en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, el día segundo de febrero de mil ochocientos cuarenta y ocho, un tratado, que escrito en inglés y español y ratificado por el Senado de la Union, dice á la letra lo que sigue:

En el nombre del Todopoderoso:

Los Estados-Unidos de América y la República de México, animados del sincero deseo de poner término á las calamidades de la guerra que desgraciadamente existe entre ambos paises, entablando bajo las mas sólidas bases las relaciones de paz y amistad que han de producir mútuos beneficios al restablecerse la concordia, armonía y confianza en que deben vivir ambos pueblos, han nombrado al efecto sus respectivos plenipotenciarios, á saber: en nombre del Presidente de los Estados-Unidos, al ciudadano Nicolás Prist, y por parte de la República mexicana, á D. Luis Gonzago Cuevas, D. Bernardo Conto y D. Miguel Atristain, ciudadanos de la dicha República, quienes despues de comunicarse reciprocamente sus respectivos poderes, han convenido y firmado el siguiente

TRATADO DE PAZ, AMISTAD
Y LÍMITES ENTRE LOS ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA
Y LA REPÚBLICA MEXICANA.

ARTÍCULO I.

Entre los Estados-Unidos de América y la República de México, así como tambien entre sus respectivos territorios,

villas, ciudades y pueblos, sin escepcion de lugares ó personas, queda declarada definitivamente la paz.

ARTÍCULO II.

Tan pronto como se firmare este tratado, los comisionados que nombre el general en jefe del ejército de los Estados-Unidos, y los que designare el Gobierno mexicano, se pondrán de acuerdo á fin de que se suspendan las hostilidades y se restablezca el orden en todos los puntos donde se hallen dichas fuerzas, en cuanto lo permitan las circunstancias de la ocupacion militar.

ARTÍCULO III.

Inmediatamente despues de ratificarse el presente tratado por el Gobierno de los Estados-Unidos, se transmitirán órdenes á los jefes de las fuerzas navales y de tierra á fin de que (siempre y cuando que se haya procedido al canje de las ratificaciones) cese inmediatamente el bloqueo de los puertos mexicanos, y se disponga, tan pronto como sea posible, la retirada de todas las tropas de los Estados-Unidos, que se hallan en el interior de la República de México, á los puntos que se designaren de comun acuerdo, y á una distancia de los puertos de mar que no esceda de treinta leguas. Esta evacuacion se verificará lo mas pronto posible. El Gobierno mexicano, por su parte, se compromete á facilitar todos los medios posibles para el transporte de las tropas, promoviendo la mejor inteligencia y armonía entre estas y los habitantes. Asimismo se expedirán órdenes para que las aduanas establecidas en los puertos ocupados por las fuerzas de los Estados-Unidos se entreguen con todos sus géneros y efectos á las personas á quienes autori-

zare el Gobierno mexicano. Para la debida formalidad se formará una cuenta exacta de las cantidades recaudadas sobre los artículos de importacion y esportacion, por las autoridades de los Estados-Unidos, en las citadas aduanas de México, desde el dia de la ratificacion de este tratado por el Gobierno de la República mexicana, debiendo entregarse á este el total, deducidos solo los gastos de recaudacion, á los tres meses de canjeadas las ratificaciones.

La evacuacion de la capital de la República mexicana por las tropas de los Estados-Unidos, en virtud de lo estipulado, deberá efectuarse en el término de un mes, despues de recibidas las órdenes por el jefe de dichas tropas, ó antes si fuere posible.

ARTÍCULO IV.

Inmediatamente despues de canjeadas las ratificaciones del presente tratado, todos los castillos, fortalezas, territorios, plazas, etc., que se hubieren ocupado por las fuerzas de los Estados-Unidos durante la presente guerra, y estuvieran comprendidos dentro de los límites de la República mexicana, se devolverán á ésta, juntamente con la artillería, armas, pertrechos de guerra, municiones y demás efectos que estaban en los citados castillos y fuertes en el momento de la ocupacion, los cuales deberán permanecer allí, hasta tanto que se ratifique debidamente este tratado por el Gobierno de la República de México. Tan pronto como se hubiere cumplido con esta formalidad, se expedirán las órdenes oportunas á los oficiales americanos encargados de la custodia de los castillos y fuertes á fin de que no se trasladen ni destruyan los pertrechos de guerra, artillería, municiones y demás efectos. La ciudad de México, á partir desde la línea interior de los atrincheramientos que la rodean, queda comprendida en este artículo, para los efectos de la devolucion.

La evacuacion completa de las tropas que se hallen en el territorio de la República mexicana deberá terminarse en tres meses, á contar desde la fecha en que se proceda al canje de las ratificaciones, ó antes si fuere posible, y el Gobierno de México, por su parte, se compromete á facilitar por todos los medios posibles la evacuacion, de la manera mas conveniente para las tropas, procurando se conserve la mejor inteligencia y armonia entre aquellas y los habitantes.

Si la ratificacion de este tratado por ambas partes no tuviera lugar, sin embargo, en tiempo oportuno para que se efectuase el embarque de las tropas de los Estados-Unidos antes de la estacion enfermiza, se hará un arreglo amistoso entre el general en jefe de dichas tropas y el Gobierno mexicano á fin de designar los puntos donde deberán residir las fuerzas americanas que no se hubieren embarcado, cuidando de elegir aquellos en que sea mejor el estado sanitario y que no disten mas de treinta leguas de los puertos de México. Debe advertirse que por estacion enfermiza se comprende el periodo que transcurre desde el 1.º de mayo hasta el 1.º de noviembre.

Todos los prisioneros de guerra que se hayan hecho por

una y otra parte, se devolverán tan pronto como sea posible despues de canjeadas las ratificaciones de este tratado. Queda tambien convenido que si se hallasen algunos prisioneros mexicanos en poder de cualquiera de las tribus indias residentes dentro de los límites de los Estados-Unidos, el Gobierno exigirá su libertad para que sean devueltos á su pais.

ARTÍCULO V.

La línea que ha de marcar el límite entre ambas Repúblicas comenzará en el Golfo de México, á tres leguas de tierra, frente á la embocadura del Rio Grande, por otro nombre Rio Bravo del Norte, ó frente á su brazo mas profundo si tuviere mas de uno que desagüe en el mar directamente, continuando desde allí hasta tocar con el límite Sur de Nueva-México. Desde este punto continúa la línea por el oeste hasta terminar en el límite occidental; luego se estiende por el norte y va á intersectarse con el primer brazo del rio Gila ó con el punto mas cercano á éste; sigue despues hasta el sitio en que dicho rio desagua en el Colorado, y continuando la línea divisoria entre la California superior y la inferior, termina, por último, en el Océano Pacifico.

Los límites Sur y Occidental á que este artículo se refiere son los mismos que se indican en el mapa titulado: *Mapa de los Estados Unidos Mexicanos, formado segun las diversas actas del Congreso de dicha República y con arreglo á lo convenido por las mejores autoridades. Edición revisada y publicada en Nueva-York, en 1847, por J. Disturnell*, del cual se acompaña una copia con las firmas y sellos de los plenipotenciarios. Con el fin de evitar cualquiera dificultad que pudiera ocurrir al trazarse el límite de separacion entre la California superior y la inferior, queda convenido que aquel se fijará por una línea tirada desde el centro del rio Gila, en el sitio donde se une con el Colorado, hasta un punto de la costa del Pacifico distante una legua marina de la parte mas al Sur del puerto de San Diego, segun el plano de éste, levantado en 1782 por D. Juan Pantoja y publicado en Madrid en el año 1802, de cuyo plano se acompaña asimismo adjunta una copia firmada y sellada por los plenipotenciarios respectivos.

A fin de fijar la línea divisoria con la debida precision en los mapas oficiales, y con el objeto tambien de que puedan colocarse desde luego los postes que han de marcar los límites de ambas Repúblicas, con arreglo á lo estipulado en el presente artículo, los dos Gobiernos nombrarán respectivamente un comisionado y un agrimensor, quienes, antes de terminar un año, despues de canjeadas las ratificaciones de este tratado, se reunirán en el puerto de San Diego para fijar dicha línea divisoria en toda su estension hasta la embocadura del Rio Bravo del Norte. Al efecto se levantarán por dichos funcionarios los planos correspondientes despues de practicadas las operaciones, y lo que convinieren aquellos se considerará como parte de este tratado y tendrá la misma fuerza que si se insertare en él. Los dos Gobiernos acordarán tambien amistosamente cómo se ha de remunerar á dichos comisionados y á las personas que emplearen.

La línea divisoria establecida por este artículo se respetará religiosamente por ambas Repúblicas, y no se hará alteracion alguna como no sea con el consentimiento de las dos naciones, concedido legalmente por el Gobierno general de cada una, de conformidad con su propia Constitucion.

ARTÍCULO VI.

Los buques de los Estados-Unidos podrán navegar libremente en todo tiempo por el Golfo de California y el Rio Colorado hasta mas abajo de su confluencia con el Gila, quedando autorizados para cruzar por todos los puntos situados al Norte de la línea divisoria á que se refiere el artículo anterior. Debe entenderse que este paso será solo por el Golfo de California y el Rio Colorado, y no por otro punto, á no ser que se estipulara así previamente.

Si se reconociese luego que seria practicable y ventajoso construir un camino, canal ó via-férrea, por cualquiera de las orillas del rio Gila, á la distancia de una legua marina de sus márgenes, los Gobiernos de ambas Repúblicas harán un convenio respecto á la construcción á fin de que esta pueda ser igualmente útil y ventajosa para los dos países.

ARTÍCULO VII.

Atendido que con arreglo al quinto artículo, queda dividido en partes iguales el Rio Gila y la parte del Rio Bravo del Norte que se estiende mas allá del limite Sur de Nueva-México, la navegacion por dichos puntos será libre para ambos países, y no se podrá construir sin mútuo consentimiento, ninguna obra que impida ó interrumpa el ejercicio de este derecho, ni aun cuando tenga por objeto favorecer nuevos sistemas de navegacion. Tampoco podrá imponerse ninguna contribucion ni derecho sobre los buques ó personas que naveguen, ni sobre las mercancías que se transporten, como no se desembarquen en cualquiera de sus orillas. Si con el fin de favorecer la navegacion en dichos rios, se creyese necesario ó ventajoso crear algun impuesto, no se hará sin el consentimiento de ambos Gobiernos.

Las condiciones contenidas en el presente artículo no alteran en nada los derechos territoriales de cualquiera de las Repúblicas contratantes dentro de los limites establecidos.

ARTÍCULO VIII.

Los mexicanos que residieren actualmente en los territorios que antes pertenecian á México, y que permanezcan en lo sucesivo dentro de los limites de los Estados-Unidos, quedarán en libertad de continuar su residencia allí donde se hallaren, ó de trasladarse en todo tiempo á la República mexicana, conservando los bienes que posean en dicho territorio, ó disponiendo de ellos como juzgaren mas conveniente sin quedar sujetos á ninguna contribucion ó impuesto.

Los que prefiriesen permanecer en dichos territorios, podrán conservar el titulo y derechos de ciudadanos de Méxi-

co, ó adquirir los que corresponden á los de los Estados-Unidos, pero quedan obligados á elegir en el término de un año, á contar desde la fecha en que sean canjeadas las ratificaciones de este tratado; y aquellos que permaneciesen en dichos territorios despues de espirar el plazo indicado, sin haber dado parte alguno, serán considerados como ciudadanos de los Estados-Unidos.

Todos los bienes de los mexicanos que se hallasen en dichos territorios, aun cuando no estuvieran establecidos allí, se respetarán religiosamente, y tanto los dueños, como sus herederos y todos los mexicanos que adquieran bienes por contrato, disfrutarán de las mismas garantías que los ciudadanos de los Estados-Unidos.

ARTÍCULO IX.

Los mexicanos que hallándose en dichos territorios no conserven el carácter de ciudadanos de su República, conformemente con lo estipulado en el artículo anterior, deberán considerarse como incorporados á los Estados-Unidos, cuyo Congreso les reconocerá los derechos de ciudadanos segun los principios de la Constitucion, protegiendo por lo tanto su libertad y sus bienes, y asegurándoles el libre ejercicio de su religion sin traba alguna.

ARTÍCULO X.

(Suprimido.)

ARTÍCULO XI.

Considerando que una gran parte de los territorios, que segun el presente tratado quedarán comprendidos en lo sucesivo dentro de los limites de la Union, se hallan ahora ocupados por tribus salvajes que de aqui en adelante estarán bajo el exclusivo dominio de los Estados-Unidos, y en atencion á que sus escursiones en el territorio mexicano podrian ser en extremo perjudiciales, el Gobierno de los Estados-Unidos promete solemnemente reprimir aquellas cuando fuere necesario ó castigar á los culpables en último caso, todo con la misma actividad y diligencia que si dichas incursiones se hicieran dentro del mismo territorio de la Union y contra sus propios ciudadanos.

No será permitido á ningun habitante de la Union bajo pretexto alguno, comprar ó adquirir en México cualquiera propiedad de que se hubieran apoderado los indios residentes en el territorio de una de las dos Repúblicas, ni comprar tampoco caballos, mulas ú otra clase de ganado, robado por los indios en territorio mexicano.

Y en el caso de que cualquiera persona ó personas cogidas por los indios en territorio mexicano fueran trasladadas al de la Union, el Gobierno de esta se compromete de una manera solemne á emplear toda su influencia y los medios de que dispone, tan pronto como sepa que los prisioneros se hallan en su territorio, para obtener su libertad y devolverlos á su país ó á cualquier representante del Gobierno de México. En su consecuencia, las autoridades mexicanas

cuidarán de avisar al Gobierno de la Union cuando tuvieren conocimiento de tales capturas, y el representante ó comisionado abonará los gastos de manutencion y traslacion de los prisioneros, quienes *entretanto, serán tratados con la mayor hospitalidad por las autoridades americanas del punto donde se hallaren.* En el caso de que el Gobierno de los Estados-Unidos llegase á saber por otro conducto antes de recibir noticia de México, que se hallaban en su territorio prisioneros mexicanos, exigirá desde luego su libertad para entregarlos al agente mexicano, segun ya se ha dicho.

A fin de asegurar mejor el cumplimiento de este convenio, y sean mas eficaces sus resultados, conforme á su espíritu y letra, el Gobierno de la Union dictará á la mayor brevedad posible las leyes que juzgare mas convenientes y que exija la naturaleza de este asunto. Cuando se trate de la traslacion de los indios de un territorio á otro, el Gobierno tendrá presente este sagrado compromiso, y por el contrario cuidará muy especialmente de no poner á las tribus salvajes en el caso de mudar de residencia, efectuando esas invasiones que los Estados-Unidos se comprometen solemnemente á reprimir.

ARTÍCULO XII.

En atencion al aumento de territorio que adquieren los Estados-Unidos, segun lo que previene el artículo quinto del presente tratado, el Gobierno de la Union se compromete á pagar á la República mexicana la suma de quince millones de duros.

Inmediatamente despues de ratificarse este tratado por el Gobierno de la República de México, satisfará á este el de la Union la suma de tres millones de duros, en oro ó plata, que se entregarán en la ciudad de México. Los otros doce millones han de pagarse en el mismo punto y en la misma clase de moneda en plazos anuales de tres millones de duros, además del interés correspondiente á razon del seis por ciento. Este interés comenzará á devengarse desde el dia mismo en que se ratifique este tratado por el Gobierno de México, y un año despues se abonará el primero de los citados plazos.

ARTÍCULO XIII.

Los Estados-Unidos se comprometen además á satisfacer todas las reclamaciones ó créditos que se presentaren, por cuenta de los ya reconocidos contra la República de México, segun los convenios entre ambos Gobiernos, formalmente concluidos en once de abril de mil ochocientos treinta y nueve y treinta de enero de mil ochocientos cuarenta y tres, de modo que la República mexicana quedará en lo sucesivo libre de todo gasto por lo que hace á las citadas reclamaciones.

ARTÍCULO XIV.

Los Estados-Unidos se encargan además de satisfacer todas las reclamaciones de sus ciudadanos que no hubieren

sido atendidas por el Gobierno de México antes de firmarse el presente tratado, obligándose á lo mismo en lo sucesivo, bien sean admitidas ó desechadas dichas reclamaciones por la Junta de comisionados que se nombrare.

ARTÍCULO XV.

Al encargarse los Estados-Unidos de atender á las reclamaciones y demandas de sus ciudadanos, segun previene el artículo anterior, y considerando que aquellas quedarán satisfechas para siempre, se obligan á satisfacer en este concepto tres millones y medio de duros. Para averiguar qué valor representan dichas reclamaciones y hasta qué punto son válidas, el Gobierno de los Estados-Unidos nombrará una Junta de comisionados, cuyos acuerdos serán concluyentes siempre y cuando que aquella se atenga en sus decisiones á los principios y reglas prescritas en el primero y quinto artículos del convenio celebrado en la ciudad de México el dia veinte de noviembre de mil ochocientos cuarenta y tres, y en ningun caso se atenderá reclamacion alguna separándose de esta regla.

Cuando á juicio de la Junta de comisionados ó de los reclamantes se creyese necesario consultar cualquier libro registro ó documento, que se hallara en poder del Gobierno de México, á fin de resolver cualquiera duda se notificará el caso al Congreso, dirigiéndose luego al ministro mexicano de negocios extranjeros una peticion por escrito, que será trasladada por conducto del Secretario de Estado de la Union, y el Gobierno de México se compromete á facilitar lo mas pronto posible los libros ó documentos que se le pidieren y estuvieran en su poder, (ó copias auténticas ó extractos) los cuales serán remitidos al dicho Secretario de Estado, quien los trasladará inmediatamente á la Junta, debiendo advertirse que antes de hacer la peticion deberá jurarse que son verdaderos los hechos que se tratan de probar por medio de los registros ó documentos citados.

ARTÍCULO XVI.

Cada una de las partes contratantes re reserva el derecho de fortificar cualquier punto de su territorio cuando asi lo creyese conveniente para atender á su defensa.

ARTÍCULO XVII.

El tratado de amistad, comercio y navegacion, concluido en la ciudad de México el cinco de abril de 1831 entre los Estados-Unidos de América y los Estados-Unidos de México, esceptuando el artículo adicional y los que fueren incompatibles con las condiciones del presente tratado, se prorroga por el término de ocho años, á contar desde el dia en que sean canjeadas las ratificaciones, debiendo entenderse que transcurrido este plazo, las partes contratantes se reservan el derecho de renunciar, si bien quedan obligadas á dar aviso un año antes.

ARTÍCULO XVIII.

Todos los víveres y provisiones destinados á las tropas de los Estados-Unidos, que se hallen en México, y que va-

yan llegando á los puertos ocupados por aquellos antes de la completa evacuacion, no pagarán derechos de ninguna clase; pero el Gobierno de los Estados-Unidos se compromete á observar la debida vigilancia para que no se perjudique en lo mas mínimo la renta de México ni se introduzcan, en cumplimiento de lo convenido, otros artículos que los estrictamente necesarios para el consumo de las tropas de los Estados-Unidos durante el tiempo que permanezcan en México. Al efecto, todos los oficiales y agentes de la Union denunciarán á las autoridades mexicanas en los respectivos puertos, cuantos abusos ó fraudes descubriesen ó sospecharan, prestándoles el auxilio necesario á fin de que un tribunal competente juzgue á los culpables despues de confiscar los artículos ó efectos fraudulentamente introducidos.

ARTÍCULO XIX.

Respecto á las mercancías, géneros y artículos de toda clase que se importen en los puertos de México por los ciudadanos de cualquiera de las dos Repúblicas ó por los súbditos de una nacion extranjera, antes de retirarse las tropas de ocupacion, se observarán las reglas siguientes:

1.—Todas las mercancías y artículos que se hubieren importado antes de verificarse la entrega de las aduanas á las autoridades de México, segun lo prevenido en el artículo tercero de este tratado, no podrán confiscarse aun cuando estuviere prohibida la importacion de las mismas segun la tarifa mexicana.

2.—La misma regla se aplicará á todas las mercancías, artículos y efectos importados despues de la entrega de las aduanas y antes de los sesenta dias fijados en el artículo siguiente para poner en vigor la tarifa mexicana en los respectivos puertos, entendiéndose que las dichas mercancías y artículos quedan sujetos al pago de los derechos que devengaren.

3.—Todas las mercancías, géneros y efectos á que se refieren los presentes artículos no pagarán impuesto alguno ó derecho mientras se hallen en el punto para donde fueron importadas, ni tampoco en el caso de que se trasladasen ó se procediera á su venta.

4.—Todas las mercancías, géneros y efectos comprendidos en esta regla, que se hubieren trasladado á cualquier punto del interior durante la ocupacion de las tropas de los Estados-Unidos, quedarán tambien libres del pago de todo derecho ó impuesto, aun cuando se procediese á su venta.

5.—Pero si dichas mercancías ó artículos se trasladasen á cualquier punto no ocupado por las tropas de los Estados-Unidos, cuando se introduzcan ó se proceda á su venta, quedarán sujetas al pago de los mismos derechos que habrian tenido que satisfacer, segun las leyes mexicanas, en tiempo de paz, y con arreglo á la tarifa que rige en las aduanas de México.

6.—Los dueños de las mercancías, géneros ó efectos á que se refieren estos artículos, y que se hallen en cualquier puerto de México, tendrán derecho de reembarcarlas sin quedar sujetos al pago de ningun derecho ó impuesto.

Respecto á los metales que se exportaren de cualquier puerto de México mientras estuviere ocupado por las fuerzas de los Estados-Unidos, y antes de verificarse la entrega de las aduanas, las autoridades mexicanas no podrán exigir á nadie el pago de ningun derecho ó impuesto.

ARTÍCULO XX.

Por consideracion á los intereses del comercio principalmente, se estipula, que si transcurriesen menos de sesenta dias entre la fecha del en que se firme este tratado, y la entrega de las aduanas, conforme á lo convenido en el artículo 3.º, todas las mercancías, géneros y efectos que llegaren á los puertos mexicanos despues de dicha entrega y antes de terminarse el indicado plazo de sesenta dias, serán admitidos sin pagar mas derechos que los indicados en la tarifa que rigiere en las aduanas al tiempo de hacerse la entrega.

ARTÍCULO XXI.

Si desgraciadamente se suscitara algun desacuerdo entre los Gobiernos de ambas Repúblicas, ya por mala interpretacion de cualquier artículo de este tratado, ó bien por cualquiera cuestion referente á la politica ó las relaciones comerciales de las dos Repúblicas, los Gobiernos respectivos prometen solemnemente que procurarán, sinceramente y por todos los medios posibles, arreglar las diferencias que surgieren, á fin de conservar la buena paz y amistad por medio de pacíficas negociaciones. Y en el caso de que no se llegara de este modo á un acuerdo, no se recurrirá á las represalias, á la agresion ó á las hostilidades de una República contra otra hasta que el Gobierno de la que se creyere agraviada, haya reflexionado maduramente si no convendria mejor nombrar comisionados por una y otra parte, ó por una nacion amiga, para que resolviesen las deferencias. Si una de las partes contratantes propusiera esta medida, deberá acceder la otra, á menos que la juzgase incompatible en la naturaleza de la deferencia ó las circunstancias del caso.

ARTÍCULO XXII.

Si desgraciadamente llegase á estallar la guerra, (lo cual no es de esperar que lo permita Dios) entre las dos Repúblicas, y para el caso de que ocurriese semejante calamidad, prometen aquellas solemnemente, á la faz del mundo, en cuanto las circunstancias lo permitieren y fuera posible, observar las siguientes reglas:

1.—Todos los comerciantes de una de las Repúblicas, que se hallasen residiendo en la otra al declararse la guerra, podrán permanecer doce meses (si habitan en el interior) en el mismo punto, y seis (si estuviesen en los puertos) para hacer sus liquidaciones y arreglar sus asuntos, durante cuyo tiempo se les dispensará la misma proteccion que si fuesen ciudadanos ó súbditos de las naciones mas amigas, estipulándose que al espirar dicho plazo se les permitirá marchar libremente con todos sus bienes y efectos. Al pe-



netrar los ejércitos de una de las dos Naciones en los territorios de la otra, las mujeres, niños, eclesiásticos, estudiantes de todas las facultades, cultivadores, comerciantes, artesanos, fabricantes y pescadores que habiten en los pueblos y ciudades no fortificadas, y en general, todas las personas cuyas ocupaciones son útiles y beneficiosas para la humanidad, podrán dedicarse á sus habituales tareas sin que nadie les moleste, y se respetarán sus casas y sus bienes, sus campos y sus ganados cuando cayeren en poder de la fuerza armada; pero si las circunstancias hicieren preciso tomar algo para el ejército, se pagará todo equitativamente. Asimismo se respetarán las iglesias, hospitales, escuelas, colegios, librerías y todos los establecimientos de beneficencia y cuantas personas estuvieren empleadas en ellos.

2. A fin de aliviar en lo posible la suerte de los prisioneros de guerra, se cuidará de no enviarlos á climas malos ó demasiado distantes, ni encerrarlos tampoco en estrechas prisiones. En su consecuencia, no se les arrojará en inmundos calabozos, ni en pontones, ni se les pondrán tampoco grillos en los piés ó las manos, y á los oficiales se les dejará en libertad bajo su palabra, acantonando á los soldados en puntos donde puedan hacer el ejercicio necesario y donde haya barracas cómodas y aseadas. Si algun oficial, ú otro cualquier prisionero, faltase á su palabra, abandonando el distrito que se le hubiere designado, quedará excluido de los beneficios que se conceden por el presente artículo, y si al que hubiere incurrido en la falta se le encontrase luego con las armas en la mano, sin haber mediado el canje de prisioneros, será juzgado con arreglo á las leyes de la guerra. A los oficiales se les suministrarán diariamente las mismas raciones y artículos de consumo que á los del ejército vencedor, y lo mismo se hará con los soldados, entendiéndose que el valor de los víveres y provisiones que se suministren, se abonará al terminarse la guerra segun lo que se convenga y acuerde entre los respectivos comandantes, formándose una cuenta de los gastos hechos para atender á la subsistencia de los prisioneros. Cada una de las partes contratantes podrá nombrar un comisario en cada uno de los Cantones donde hubiere prisioneros, el cual podrá revistarlos cuantas veces lo tenga por conveniente, pudiendo recibir para los mismos y distribuir cuantos efectos les fueren enviados por sus amigos ó parientes, así como tambien dar cuenta de sus reclamaciones si las hicieran.

Y se estipula que ni bajo el pretexto de que la guerra rompe todos los tratados, ni con otra excusa cualquiera,

se considerará nulo el solemne convenio contenido en este artículo, toda vez que precisamente en el estado de guerra es cuando deberá observarse con mas religiosidad como si se tratase de la mas sagrada ley de las naciones.

ARTÍCULO XXIII.

Este tratado se ratificará por el Presidente de los Estados-Unidos de América por y con el consentimiento del Senado, y por el Presidente de la República mexicana, previa la aprobacion de su Congreso general, debiendo canjearse las ratificaciones en la ciudad de Washington ó en la residencia del Gobierno de México, á los cuatro meses de la fecha en que se firme, ó antes si fuere posible.

En fe de lo cual, Nos, los respectivos plenipotenciarios firmamos este tratado de paz, amistad y límites, formalizándole con nuestros sellos.

Hecho por quintuplicado en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, el segundo dia de febrero del año de nuestro Señor de mil ochocientos cuarenta y ocho.

N. P. TRIST.

LUIS G. CUEVAS.

BERNARDO CONTO.

MIGUEL ATRISTAIN.

Y como quiera que el presente tratado se ha ratificado debidamente por ambas partes, canjeándose las respectivas ratificaciones en Querétaro el dia treinta de Mayo último, entre Ambrosio H. Sevier y Nataniel Clifford, comisarios por parte del Gobierno de los Estados-Unidos, y el Señor D. Luis de la Rosa, ministro de relaciones extranjeras de la República mexicana, en representacion de su Gobierno:

Téngase entendido que yo, Jacobo K. Polk, Presidente de los Estados-Unidos de América, he resuelto publicar este tratado á fin de que se cumplan y observen todas sus cláusulas y artículos con la mejor buena fe por el Gobierno y ciudadanos de los Estados-Unidos.

En testimonio de lo cual firmo de mi puño y letra el presente documento autorizándolo con el sello de los Estados-Unidos.

Hecho en la ciudad de Washington el cuarto dia de Julio de mil ochocientos cuarenta y ocho, septuagésimo tercero de la Independencia de los Estados-Unidos.

JACOBO K. POLK.

Por el Presidente,

JAIME BUCHANAN, *Secretario de Estado.*



J Taylor

CAPÍTULO VII.

1849 — 1853.

ADMINISTRACION DE TAYLOR Y FILLMORE.

Zacarias Taylor toma posesion de su cargo.—Ceremonias.—Manifiesto inaugural.—El Gabinete elegido por el Presidente Taylor.—Estado de la politica.—Cuestion de limites entre Texas y Nueva-México.—Medidas adoptadas por el Presidente.—El trigésimo primero Congreso.—El mensaje del Presidente.—Escitacion producida por la cuestion de la esclavitud.—Mensaje especial sobre California y Nueva-México.—Los acuerdos de Enrique Clay.—El discurso de Calhoun.—Su muerte.—El discurso de Webster.—El Comité de los trece.—Informe de Enrique Clay.—El *Bill omnibus*.—Debates y disturbios en el Sud-Oeste.—Enfermedad y muerte del general Taylor.—Millard Fillmore se encarga de la Presidencia.—Su Gabinete.—Mensaje sobre Texas y Nueva-México.—El séptimo censo.—Espediciones de los filibusteros contra Cuba.—Proclama del Presidente.—Espediciones de Lopez y su resultado.—Segunda legislatura del trigésimo primer Congreso.—Extracto del primer mensaje de Mr. Fillmore.—Discusiones en el Congreso.—La cuestion Húngara.—Carta de Webster al caballero Hulsemann.—Kossuth en los Estados-Unidos.—Estado de los negocios.—La primera espedicion de Grinnell.—La cuestion de Greytown.—Muerte de Enrique Clay.—La cuestion de pesquerias.—Convenciones.—Pierce y King.—Scott y Graham.—La cuestion Garay.—Muerte de Daniel Webster.—La eleccion presidencial.—Extracto de la carta de Mr. Everett.—Se reune el Congreso.—Extracto del mensaje.—Accion del Congreso.—Fin de la administracion de Mr. Fillmore.

El lunes 5 de marzo de 1849, Zacarias Taylor, el héroe de México, se presentó ante sus conciudadanos reunidos en Washington para tomar posesion del elevado cargo que iba á desempeñar por la eleccion de sus compatriotas. Segun costumbre, asistió una gran concurrencia y las ceremonias fueron tan imponentes como otras veces. A eso del medio dia, Zacarias Taylor, vestido completamente de negro, se presentó con la mayor dignidad ante los Senadores y hombres mas distinguidos del Gobierno, y fué á tomar asiento en el estrado que acababa de levantarse frente al gran pórtico del Capitolio, donde, en presencia de unas veinte mil almas, entregó su manifiesto inaugural, breve y conciso documento, tal como pudiera esperarse del hombre que estaba mas acostumbrado á manejar la espada que

la pluma, y en el cual se reconocian las cualidades que podian apeteecer sus compatriotas al confiarle las riendas del Gobierno.

Era tan breve el manifiesto inaugural del general Taylor, que podemos muy bien reproducirlo íntegro, seguros de que lo leerán con interés nuestros lectores. Hélo aquí:

«Elegido por el pueblo americano para ocupar el mas elevado puesto que reconocen nuestras leyes, me presento ante vosotros á fin de prestar el juramento prescrito por la Constitucion, y para dirigir la palabra á todos cuantos se hallan aquí reunidos segun antigua costumbre.

»La confianza que en mí depositan mis conciudadanos y su generosa deferencia al elegirme como jefe de una República que ocupa el mas elevado rango entre las naciones de la tierra, me inspira un sentimiento de pro-

funda gratitud, pero cuando reflexiono que la aceptacion impone los mas sagrados deberes y las mas árduas tareas, temo que mis fuerzas no sean suficientes para desempeñar un cargo que, aunque lisonjea y puede satisfacer la mayor ambicion, está sujeto á una grave responsabilidad.

»Felizmente podré contar con la mas eficaz cooperacion, pues tanto en el cuerpo legislativo como en todas las dependencias del Gobierno se cuentan hombres de profundos conocimientos y reconocida experiencia, y yo impetraré el auxilio de aquellas personas cuyo talento y rectitud sean una segura garantía del cumplimiento de sus deberes. De este modo, y con el firme propósito de hacer cuanto sea justo, espero poder cumplir imparcialmente y con la necesaria actividad, para el mejor servicio del pais, los sagrados deberes que se me han impuesto.

»Mi guia será siempre la Constitucion, cuya defensa voy á jurar ahora, y para interpretarla como es debido, apelaré á las decisiones del poder judicial y á las prácticas de los Gobiernos de los primeros Presidentes que contribuyeron á establecer nuestro sistema político, no olvidando el ejemplo de esos ilustres patriotas que siempre me inspiraron respeto, y sobre todo el de aquel que por tantos títulos mereció el nombre de *Padre de la patria*.

»Dirigir las operaciones del ejército y de la armada de los Estados-Unidos, prévio el consentimiento del Senado, que es el que debe autorizar tambien el nombramiento de embajadores y otros funcionarios públicos; dar cuenta al Congreso de la situacion del pais recomendando las medidas que se crean mas oportunas, y cuidar de que se respeten fielmente las leyes, son los deberes mas importantes que impone la Constitucion al Presidente, y puede esperarse con toda seguri-

dad que observaré los principios de aquella en el desempeño de mis funciones.

»Elegido por la mayoría del pueblo en la esperanza de que consagraria todos mis esfuerzos al bienestar del pais, y no al apoyo de ninguna fraccion ni de intereses locales, renuevo hoy la promesa que ya habia hecho, declarando que estoy resuelto en cuanto lo permitan mis fuerzas, á sostener al Gobierno bajo los mismos principios que nos han regido hasta aquí, adoptando como base de mi política esas grandes doctrinas republicanas que constituyen la fuerza de nuestra existencia nacional.

»Respecto al ejército y armada, que tanto se han distinguido hasta aquí en el servicio activo, se cuidará de mejorar sus condiciones, y al efecto, el Poder ejecutivo se ocupará preferentemente de las escuelas naval y militar.

»Como americanos libres, no podemos menos de interesarnos en todo cuanto tenga por objeto dar la estension posible á la libertad civil y política, pero al mismo tiempo, los ejemplos de la historia y los sabios consejos de nuestro querido Washington, bastan para que nos abstengamos de contraer alianzas con potencias extranjeras. Cuando ocurrieren disensiones entre los demás Gobiernos, nuestro deber y nuestros intereses nos obligan á observar la mas estricta neutralidad, mientras que nuestra situacion geográfica, el genio de nuestras instituciones y del pueblo, el espíritu de la civilizacion, y sobre todo, los sentimientos religiosos, nos inducen á mantener la paz y amistosas relaciones con todas las demás potencias. De esperar es que no se suscitará ninguna cuestion internacional, que cualquiera Gobierno resuelto á defender sus propios derechos no pueda zanjar por medio de sabias negociaciones, y tratándose de un Gobierno como el

nuestro, basado en la moralidad é inteligencia de sus ciudadanos, no cabe duda que pondremos en juego todos los resortes de la diplomacia antes de apelar á las armas. Por lo que hace á las relaciones extranjeras, observaré siempre este principio porque lo creo sumamente esencial para la conservacion de los intereses y dignidad del pais.

»La autoridad de que está revestido el Presidente, impone sagrados deberes; la honradez, la rectitud y la fidelidad, son cualidades indispensables para el desempeño de este cargo, y la falta de una sola de ellas es motivo suficiente para exigir la separacion.

»Deber mio será recomendar al Congreso las medidas constitucionales que se crean mas convenientes y necesarias para proteger los grandes intereses de la agricultura, del comercio y de la industria, para mejorar la navegacion de nuestros rios, para extinguir la deuda pública, y para introducir en fin, la mayor economía en todos los gastos. El Congreso, que es el que está revestido por la Constitucion de todos los poderes legislativos, deberá cuidarse muy especialmente de regularizar todos los asuntos de nuestra política doméstica. Yo confiaré siempre en el ilustrado patriotismo de ese cuerpo, seguro de que adoptará las medidas conciliatorias mas convenientes para armonizar los intereses y perpetuar la Union, que debe ser el principal objeto de nuestros esfuerzos.

»Terminaré felicitando á mis compatriotas por el estado de prosperidad en que se halla nuestro pais, merced á la proteccion de la Divina Providencia, á la que debemos dar gracias por haber guiado nuestros pasos hasta llegar á la altura que ocupamos hoy dia. Para seguir mereciendo sus favores debemos observar prudencia y moderacion en nuestros Consejos, evitando en lo posible las diferencias que producen inevitables disen-

siones; debemos atenernos á los principios mas justos y liberales, y dar una prueba de patriotismo, respetando nuestra República.»

Terminada la lectura del manifiesto, Taylor prestó el juramento de costumbre ante el Jefe de Justicia Taney, y hecho esto retiróse el duodécimo Presidente de los Estados- Unidos para recibir las felicitaciones de miles de sus compatriotas y entrar desde luego en el desempeño de sus funciones. Como el Senado estaba en sesion, Taylor remitió en 6 de marzo de 1849 la lista de las personas elegidas para formar su Gabinete, cuyos nombramientos confirmó la Cámara alta al siguiente dia sin ninguna dificultad. A Juan M. Clayton se le nombró Secretario de Estado, á Guillermo M. Meredith, del Tesoro, á Jorge W. Crawford, de la Guerra, á Guillermo B. Preston, de la Armada, á Tomás Ewing, del Interior, á Reverdy Johnson, de Hacienda, y á Jacobo Collamer, Administrador general de correos. El departamento del Interior quedaba encargado del despacho de los asuntos indios, de la venta de tierras públicas, de la concesion de privilegios, del censo, etc., de modo que segun vemos agregábase un miembro al Gabinete, quedando éste organizado de la manera que ya hemos dicho, antes de cerrarse el Congreso (*). Las sesiones extraordinarias del Senado se terminaron en 21 de marzo.

A pesar de la gran popularidad del general Taylor, reconocióse bien pronto que en ambas Cámaras del Congreso iba á organi-

(*) En aquella legislatura se presentó para tomar asiento el general Shields como Senador electo de Illinois, pero se le negó el derecho bajo el pretexto de que no estaba naturalizado con el suficiente número de años. El Comité nombrado para informar sobre su elegibilidad opinó luego que la eleccion del general Shields era nula, y el Senado entonces resolvió declarar la plaza vacante. La Cámara de Illinois volvió sin embargo á reelegirle, y el general tomó asiento en la legislatura siguiente.

zarse una gran mayoría para hacer la oposición al Gobierno, y tanto por la actitud de éste como por el descontento que había causado la separación de los demócratas de algunos destinos, y el nombramiento de varios *whigs*, el Presidente y su Gabinete tenían suficiente motivo para inquietarse según iba acercándose el día de la apertura del Congreso. Por otra parte, la situación de California y Nueva-México, á quienes no se había querido conceder gobierno territorial, y las diferencias suscitadas con motivo de haber reclamado Texas derecho de jurisdicción sobre una gran parte de Nueva-México, eran asuntos que molestaban en gran manera al Gobierno. El Presidente adoptó las disposiciones que creyó más oportunas en aquel caso, y envió desde luego á California á Mr. T. B. King con ciertos despachos, disponiendo también que marcharan varios oficiales á Nueva-México, en cuyo punto permaneció una fuerza suficiente para conservar la tranquilidad hasta que se arreglara la cuestión de límites entre esta última provincia y Texas. El general Taylor nombró asimismo un gobernador y otros funcionarios para el nuevo territorio del Oregon, y dispuso se terminase la medición de las costas del Pacífico (*).

Las cuestiones referentes á la tarifa, á las mejoras públicas y otras por el estilo que tanta agitación produjeran algún tiempo antes, parecían haberse olvidado por el pronto, y el país volvía á fijar con preferencia su atención en el asunto de la esclavitud, principalmente á causa del aumento de territorio debido á la reciente guerra con México. El Sur, como era natural, se regocijaba de la

adquisición de Texas (*), confiando en que así podrían formarse nuevos Estados esclavos, y también abrigaba esperanzas de que Nueva-México y California se comprendiesen en la misma categoría. El Norte, por otra parte, aunque reconocía la necesidad de que en Texas predominase la influencia de los defensores de la esclavitud, hacía todo lo posible para evitar que se propagara lo que en su concepto era un mal y un baldón para la patria; y como iba siendo cada vez más probable que se escluiría la esclavitud de California y Nueva-México, el Norte no podía menos de alegrarse ante semejante perspectiva, é intrigaba para que el Congreso adoptase medidas á fin de combatir la influencia del Sur en las posesiones del Pacífico.

En 21 de enero de 1850, el Presidente remitió á la Cámara un mensaje especial relativo á California y á Nueva-México, en el que anunciaba que había invitado al pueblo de aquellas regiones á formar su Constitución, á fin de solicitar luego que se les admitiese á formar parte de los Estados-Unidos. También hablaba de las dificultades que ocurrían respecto á los límites de Texas, manifestando que el pueblo de la parte occidental de California acababa de formar una Constitución que se sometería al Congreso (**). Algunos días antes, es decir, el 16 de enero, el senador Foote, del Mississippi, había presentado un *bill* pidiendo se concediera el gobierno territorial á

1850.

(*) Véase el interesante discurso que sobre este asunto pronunció el senador Benton. *Revista de los treinta años*, vol. II, págs. 72^o-2^o.

(*) Debemos consignar aquí que el magistrado Story se opuso por todos los medios posibles á la anexión de Texas, que consideraba, según dice su hijo, como una violación palpable de la Constitución y una indigna tentativa para aumentar los males que resultaban de la esclavitud. Véase la *Vida y cartas de José Story*, vol. II, págs. 508-15.

(**) Los habitantes quisieron que se llamase Deseret al nuevo Estado, que se organizó después como territorio bajo el nombre de Utah.

California, Deseret y Nueva-México, y se autorizase al pueblo de Jacinto, previo el consentimiento de Texas, para redactar su Constitucion y organizar su Gobierno con objeto de ser admitido despues á formar parte de los Estados-Unidos. Este asunto se comenzó á discutir el dia 22, dando lugar á un prolongado debate, y el 29 de enero presentó Mr. Enrique Clay una série de acuerdos por los cuales esperaba dejar arreglada para siempre la cuestion de la esclavitud. Su plan se reducía en resúmen á que se admitiera á California como Estado, á formar gobiernos territoriales en las nuevas regiones adquiridas, á fijar los límites de Nueva-México y Texas, á proponer que esta república pagase la deuda contraída antes de la anexion de los Estados-Unidos, á declarar improcedente la abolicion de la esclavitud en el distrito de Columbia mientras existiere en Maryland sin el consentimiento del pueblo, del Estado y del distrito, á vigorizar la ley referente á la captura de esclavos fugitivos, y á declarar por último, que el Congreso no tenia derecho á impedir el tráfico de esclavos en los Estados que se dedicaban á él.

Mr. Clay, cuya salud estaba ya quebrantada por los años y los asíduos trabajos de su larga carrera pública, comenzó á redactar en 5 de febrero una defensa del plan que proponía, y con afectuosas palabras rogó al Senado que le escuchara atentamente, pues quería demostrar cuán funestas consecuencias podrian originarse si llegaba á disolverse la Union. Su discurso fué oído religiosamente, y la mayoría del pueblo aprobó sus ideas y sentimientos. En 13 de febrero remitió el general Taylor al Congreso la Constitucion adoptada por California, pero este Estado, tan jóven y vigoroso, no fué admitido entonces, como se

esperaba, á formar parte de la Union.

Juan C. Calhoun, así como su compañero Enrique Clay, era ya de una edad muy avanzada, pero aunque habia perdido la salud y las fuerzas, presentó en el Senado en 14 de marzo un elocuenté discurso, que por hallarse aquel muy débil, fué leído por Mr. Mason de Virginia. Calhoun defendía lo contrario que Mr. Clay, y como era de esperar de sus conocidas opiniones sobre los derechos del Sur, sostenía que seria conveniente disolver la Union, emitiendo el parecer de que la política del Norte era tan agresiva é injusta, que justificaba suficientemente la medida. Por notoria que fuese la rectitud y sinceridad de Mr. Calhoun, no participaban de sus opiniones ni aun los principales hombres del Sur, y era imposible que el pueblo americano aprobase su proyecto para arreglar las diferencias existentes. Añadiremos aquí de paso, que el elocuente Senador de la Carolina del Sur, cuya salud iba decayendo rápidamente, falleció el 31 de marzo. Mr. Calhoun se habia consagrado la mayor parte de su vida al servicio de su país, y por poco aceptables que fueran sus opiniones entre la mayor parte de sus compatriotas, ninguna podia poner en duda su rectitud, su gran inteligencia y energía, y su sincero deseo de contribuir al bienestar de la patria (*).

Daniel Webster emitió tambien sus opiniones al tomar parte en los debates en 17 de marzo, y en términos que sentimos no poder trasladar aquí, combatió la esclavitud, dando á conocer que su mayor deseo era atenuar las consecuencias de aquella. Mr. Seward, de Nueva-York, y otros senadores tomaron parte en aquel importante debate.

Hácia fines de febrero, Mr. Foote de Mississippi presentó una proposicion, pidiendo

(*) Las obras de Juan C. Calhoun se coleccionaron y publicaron en seis volúmenes que no dejarán de ser útiles é interesantes para el aficionado á la historia.

que el asunto de los gobiernos territoriales para California, Utah, y Nueva-México, se discutiera por un Comité especial de trece individuos, el cual debería también indicar los medios más convenientes para arreglar de una vez las enojosas diferencias á que estaba dando lugar la cuestión de la esclavitud. La

proposición de Mr. Foote se discutió **1850.** varias veces, pero sin que se resolviera nada hasta el 18 de abril, en que se aprobó por treinta votos contra veintidos. Los acuerdos de Mr. Clay así como también otros presentados por Mr. Bell, del Tennessee, se pasaron al mismo Comité, el cual se componía de seis diputados del Norte y otros tantos del Sur, y de Mr. Clay que fué elegido Presidente.

El día 8 de mayo, Mr. Clay sometió á la consideración de sus compañeros, un proyecto para arreglar todas las diferencias, acompañando una serie de *bills* que tenían por objeto admitir á California como Estado, establecer gobiernos territoriales en Utah y Nueva-México, pagar á Texas una suma suficiente á fin de arreglar la cuestión de límites, dictar las órdenes más oportunas para la captura de esclavos fugitivos, y últimamente, abolir el tráfico de esclavos en el distrito de Columbia (*).

Al tratarse este asunto promoviéronse enojosos y prolongados debates que duraron varias semanas sin que se resolviese cosa alguna, hasta que á principios de agosto se reconoció que no sería fácil conseguir la aprobación del *bill omnibus*, como así se llamaron los presentados por Mr. Clay (**).

(*) El Senador Benton pronunció en aquella ocasión un notable discurso combatiendo el plan de esclavitud propuesto por Mr. Clay. En la *Revista de los treinta años* se encontrarán los principales párrafos, vol. II, págs. 749-65.

(**) Los debates que sobre este asunto tuvieron lugar en el Senado en 22 de julio de 1850, se encontrarán en la *Vida, correspondencia y discursos de Enrique Clay*, vol. VI, páginas 529-67.

Entre tanto ocurrían importantes acontecimientos: la Convención de Nashville, organizada por los partidarios de la esclavitud, se reunió á principios de junio, mas aunque parecía que iba á originarse algún conflicto, no sucedió así afortunadamente, pues las proposiciones que se presentaron para el arreglo de la cuestión que entonces agitaba al país, no eran nuevas, ni tampoco importantes. Texas por su parte, trataba de adoptar una política que en su concepto debía resolver favorablemente la cuestión de límites con Nueva-México, pero esto no era cosa fácil, y el Presidente tomó sus disposiciones para que las leyes se respetaran religiosamente.

En medio de esta escitación cayó enfermo el general Taylor y á los cinco días, es decir en 9 de julio de 1850, entregó su alma á Dios á los sesenta y seis años de edad, y sin que le hubiera quedado tiempo de llevar á cabo los planes que se había propuesto al ser nombrado Presidente de los Estados- Unidos. La muerte de aquel héroe fué en extremo sentida, y las honras fúnebres que se le hicieron, revelaban que aunque hubiese muchos que no participasen de sus opiniones políticas, ninguno ponía en duda que el general Taylor era un esclarecido ciudadano amante de su patria, y que había desempeñado siempre sus deberes con el mayor celo y rectitud.

Millard Fillmore dirigió en 10 de julio á las dos Cámaras del Congreso un breve, pero sentido mensaje deplorando sinceramente que la muerte del general Taylor, le elevase á la silla presidencial, y recomendando que se tributasen los debidos honores al **1850.** ilustre difunto. En el mismo día prestó Mr. Fillmore el juramento de costumbre, y el día 13 se verificaron los funerales. Mr. W. R. King fué elegido Presidente, *pro tempore*, del Senado, y habiendo



Millard Fillmore

dimitido todo el Gabinete cubriéronse las vacantes en el acto. Como Daniel Webster se encargó de la Secretaría de Estado (*), el nuevo Presidente se podia contar tan seguro, como si se le hubiere elegido por el voto particular.

En 6 de agosto remitió el Presidente á la Cámara un mensaje referente á la cuestion de límites entre Texas y Nueva-México, acompañando al propio tiempo copia de la contestacion de Mr. Webster á la carta del gobernador Bell, fechada el dia 5, en la cual se quejaba de la conducta del coronel Monroe en Nueva-México. La carta de Mr. Webster, es tan clara como concisa, y en ella alega que los Estados-Unidos no deben intervenir en los asuntos ajenos á dicha provincia, anunciando al propio tiempo que el Presidente estaba resuelto á defender los derechos y leyes de Nueva-México, así como de Texas, hasta que el Congreso resolviera sobre aquel asunto. A continuacion reproducimos un párrafo de dicha carta que da á conocer las ideas de su autor. Hélo aquí: «En una de las últimas comunicaciones, dirigida al Congreso con fecha 17 de junio último, declaraba el Presidente que no tenia derecho para resolver la cuestion de límites, ni deseaba tampoco intervenir en ella; y que la autorizacion para hacerlo, debia residir en otra parte. El objeto del Gobierno ejecutivo, ha sido, y puedo asegurar que aun lo es, conservar la paz del país, mantener en cuanto sea posible el estado de cosas del mismo modo que en la fecha del tratado, y defender los derechos de las partes respectivas hasta que se resuelva por una autoridad competente la importantísima cuestion de

(*) Tomás Corwin fué nombrado Secretario del Tesoro; C. M. Conrad, de la Guerra; W. A. Graham, de la Armada; Alejandro H. H. Stuart, del Interior; J. J. Crittenden, de Hacienda, y N. K. Hall, Administrador general de correos.

límites. Por este tratado, reconocido ahora como ley suprema del país, se estipula que los habitantes serán protegidos así en sus libertades como en el usufructo de sus bienes, permitiéndoseles el libre ejercicio de su religion; y dicho está con esto que es deber del Presidente proveer al cumplimiento de la citada ley en todas sus partes. Este es seguramente el único objeto que debe proponerse el Poder ejecutivo.»

1850.

Durante el mes de agosto las diversas medidas propuestas en el *bill omnibus* fueron aprobadas separadamente por el Congreso, y en el mes de setiembre las sancionó el Presidente Fillmore (*). Poco despues se resolvió definitivamente la cuestion de Texas y Nueva-México, habiéndose acordado satisfacer á la primera diez millones de duros para satisfacer sus demandas contra los Estados-Unidos. El dia 13 se aprobó en el Senado por treinta y cuatro votos contra diez y ocho el *bill* reconociendo á California como Estado, y otro por el cual se concedia el gobierno territorial á Nueva-México; y en 18 de setiembre recayó tambien la aprobacion sobre dos mas, el primero referente á los esclavos fugitivos, y el segundo para suprimir el tráfico de esclavos en el distrito de Columbia. Segun la Constitucion de California, prohibíase en este Estado la esclavitud, pero no se resolvía nada respecto á Nueva-México y Utah. Mrs. W. M. Gwinn y J. C. Fremont, señadores electos de California, tomaron luego asiento entre los miembros del gran Consejo de la nacion.

De este modo se dió por entonces fin á los violentos y enojosos debates suscitados al discutirse la enmienda de Wilmot, y espe-

(*) Mr. Benton hace varias observaciones respecto á la opinion de algunos senadores del Sur, al discutirse la admision de California como Estado de la Union, y reproduce tambien la protesta que firmaron diez miembros, insistiendo en que se insertara en el *Diario de las sesiones*.

rábase fundadamente por todos los verdaderos amantes de su patria que terminarían al fin las discordias á que habia dado lugar la cuestion de la esclavitud; pero sentimos decir que no fué así, y que en nuestro concepto es probable se pasen muchos años sin que se consiga tan apetecible resultado. Por lo que hace al *bill* referente á los esclavos fugitivos, declarado como ley en 1850, puede decirse que no satisfizo á ningun partido, pues mientras le irritaba al Norte el sistema propuesto para apoderarse de los esclavos fugitivos y lo restante del proyecto, exasperábase el Sur al ver que se aumentaban las dificultades de recobrar aquellos, y por esto era de presumir que se promovieran disturbios, que la ley llegara á ser odiosa, y por último, que no se pudiera poner en ejecucion (*). No se necesita mucha penetracion para comprender que en nuestro pais se halla este asunto muy lejos de tocar á su fin.

Los demás actos de la legislatura no eran de bastante importancia para que hablemos de ellos aquí; votáronse ciertas cantidades para gastos extraordinarios, se aceptaron varios buques ofrecidos por Mr. Enrique Grinnell, de Nueva-York, para enviarlos en busca de Sir Juan Franklin, se acordó aumentar las fuerzas del ejército, y en 30 de setiembre de 1850, cerróse el Congreso despues de una legislatura que habia durado trescientos dias, y que fué por consiguiente la mas larga desde la organizacion del Gobierno.

(*) A principios de 1851 se produjo no poca escitacion, por haberse cogido en Boston un esclavo fugitivo, en cumplimiento de la ley últimamente aprobada. Una turba compuesta en su mayor parte de personas de color, penetró en la habitacion donde se hallaba el fugitivo custodiado por varios oficiales, y se lo llevó por la fuerza. Inmediatamente se dió cuenta del hecho en Washington, y en 18 de febrero espidió el Presidente una proclama anunciando que estaba resuelto á que se cumpliera la ley. Tambien remitió un mensaje al Senado para notificar lo ocurrido.

El resultado del séptimo censo, formado aquel año, era el siguiente:

POBLACION DE LOS ESTADOS-UNIDOS EN EL AÑO DE 1850.

Poblacion blanca en los Estados libres. . .	13.434,559
Id. id. libre, en los Estados esclavos.	6.412,151
Id. de color, libre.	429,710
Suma.	20.276,420
Esclavos.	3.204,093
Total general de poblacion. . .	23.480,513

Comparando este censo con el de 1840, resultaba en los Estados esclavos una disminucion de setecientos setenta y ocho mil quinientos sesenta y ocho, desde el mencionado año mientras que en los Estados libres habia habido en el mismo período un aumento de tres millones setecientos setenta y nueve mil novecientos treinta y tres. Así pues, el total general de poblacion de los Estados-Unidos en 1850, era, como dejamos espresado, de veintitres millones cuatrocientos ochenta mil quinientos trece habitantes. En la nueva proporcion que se hizo para los representantes, los Estados libres obtuvieron uno mas, reuniéndose así el número de ciento cuarenta y tres, mientras los Estados esclavos le perdieron, quedando su cifra reducida á noventa.

La situacion de la hermosa Isla de Cuba y su proximidad á los Estados-Unidos, eran una razon para que la mirasen con el mayor interés nuestros compatriotas. En parte con fundados motivos, y á veces tambien por la ambicion de muchos de nuestros conciudadanos, hase hablado con frecuencia de proyectos y tentativas que tenian por objeto incorporar la Isla de Cuba á las posesiones de los Estados-Unidos, y España por su parte, siempre recelosa de su poderosa rival, ha ejercido el mayor rigor para que se respete su autoridad, persiguiendo á los fli-

busteros, y desbaratando todos los planes que se fraguaban para apoderarse de aquella fértil isla. Al llegar á esta parte de nuestra narracion, parécenos oportuno decir algo acerca de las piráticas expediciones que contra Cuba se emprendieron en 1850 y 51, pero citaremos los hechos lo mas concisamente posible.

Habiéndose circulado el rumor de que los mismos cubanos estaban dispuestos á insurreccionarse, hicieronse algunos esfuerzos en 1849 á fin de organizar una expedicion en los puertos de los Estados-Unidos, sabido lo cual por el general Taylor, que era entonces Presidente, espidió en 11 de agosto una proclama concebida en estos términos: «Hay motivos para creer que se está preparando una expedicion armada en los Estados-Unidos con objeto de invadir la Isla de Cuba ó algunas de las provincias de México; pero segun los informes mas autorizados, parece que el primero de dichos puntos es el principal á donde se dirigirá la citada expedicion. En semejante caso, deber es de este Gobierno observar el cumplimiento de los tratados é impedir una agresion de nuestros compatriotas contra los territorios de las naciones amigas, y por lo tanto he creido oportuno y conveniente espedir la presente proclama con el objeto de prevenir á todos los ciudadanos de la Union que tomasen parte en tamaña empresa, violando así nuestras leyes y tratados, que quedarán sujetos á las penas impuestas por los decretos del Congreso. Los que olvidaren hasta ese punto sus deberes, no deben esperar apoyo ni proteccion alguna de su Gobierno, sea cual fuere el extremo á que se viesen reducidos á consecuencia de su conducta, pues una empresa que tiene por objeto invadir el territorio de una nacion amiga, y que se organiza dentro de los mismos límites de la Union, es crimi-

nal en el mas alto grado y tiende á turbar la paz del pais, comprometiendo el honor de la nacion. Por lo tanto, exhorto á todos los buenos ciudadanos, á los que aprecian en algo su dignidad, á los que respetan sus leyes y las de las demás naciones y á los que desean en fin la conservacion de la paz y el bienestar del pais, que se opongán é impidan por cuantos medios estén á su alcance, la realizacion de semejante empresa; y yo invito á todos los oficiales de este Gobierno, tanto civiles como militares, á que no perdonen esfuerzo alguno para detener ó arrestar á todos aquellos que llegan hasta al punto de olvidar sus propias leyes y nuestros sagrados compromisos con las naciones amigas.»

A pesar de esta proclama continuaron los preparativos para la expedicion, que se organizó al fin militarmente en Nueva-Orleans, poniéndose al frente de ella un cubano, llamado Narciso Lopez, y hácia mediados de mayo, emprendieron la marcha los filibusteros, fingiéndose emigrantes. Lopez y los suyos, cuyo número no bajaba **1850.** de seiscientos, desembarcaron el 18 de mayo en Cárdenas, donde publicaron una pomposa proclama, pero en vez de encontrar partidarios, el pueblo se levantó contra los invasores, y Lopez, despues de un sangriento combate, durante el cual quemaron los filibusteros la casa del gobernador, apoderándose de varias talegas de dinero, volvió á embarcarse con su gente en el vapor *La Criolla*. Los secuaces de Lopez insistieron en que se les condujera á Key West, donde los recogió, apenas llegaron, el vapor de guerra *Pizarro*, mas aunque el comandante español exigió la devolucion del dinero robado y la entrega de los invasores, no obtuvo ni una cosa ni otra de las autoridades americanas. El mismo vapor recogió luego en la

isla de Contoy (costa de Yucatan), que era el punto de reunion de Lopez, unos cien hombres que fueron conducidos á Cuba, y como las fuerzas navales despachadas por el Presidente llegaron por desgracia demasiado tarde á fin de impedir la invasion de Lopez, faltó muy poco para que el gobernador español no condenara á muerte á todos los piratas.

Poco despues volvió á conspirar Lopez, pues no faltaba quien le animase á seguir adelante con sus proyectos contra Cuba. El general Quitman y otros, comparecieron en Nueva-Orleans ante el Gran Jurado, por acusárseles de haber tomado parte en una expedicion, y el general quedó detenido en 3 de febrero de 1851, pero no se le declaró culpable, aun cuando muchos creian que lo era. A fines de abril, J. O. Sullivan, el capitán Rogers, y otros, fueron arrestados en Nueva-York, habiendo embargado las autoridades el buque que tenian preparado, y el dia 25 publicó el Presidente Fillmore otra proclama, en la cual manifestaba estar persuadido que la expedicion contra Cuba habia sido proyectada principalmente por
1851. extranjeros, quienes fraguaban sus culpables planes en nuestras costas para atacar á una nacion amiga, sobornando á nuestros compatriotas, especialmente á los jóvenes sin esperiencia, para que los auxiliasen en sus inicuos proyectos. El Presidente añadía, que atendido que semejantes expediciones solo tendrian por objeto el robo y el pillaje, no podrian menos de ser condenadas por el mundo civilizado, considerándolas como una violacion palpable de la ley de las naciones, y que por lo tanto exhortaba á todos los buenos ciudadanos y hombres honrados á que se opusieran por todos los medios posibles á una tentativa que no podia menos de manchar nuestra reputacion,

dando lugar á las mas funestas consecuencias.

El atrevido jefe cubano, á quien favorecian las circunstancias, consiguió burlar la vigilancia del Gobierno, y en 3 de agosto se hizo á la vela en Nueva-Orleans á bordo del vapor *Pampero*, llevando consigo una fuerza de cuatrocientos hombres. El dia 11 llegó á la costa de Cuba frente á la Habana, y continuando la ruta hácia el oeste, avanzó hasta mas allá de la bahía de Honduras, en cuyo punto encalló el vapor en un arrecife de coral. Lopez desembarcó entonces en la isla de Playtas con todas sus tropas, y penetró tierra adentro con trescientos hombres, mientras el coronel Crittenden, su primer oficial, que se habia quedado atrás, era atacado por fuerzas considerables y derrotado completamente. Crittenden escapó con gran dificultad, y pudo hacerse á la mar en los botes; pero poco despues, él y los cincuenta hombres que le acompañaban, cayeron prisioneros, y conducidos á la Habana, condenóseles á muerte y se les fusiló el dia 16. Entre tanto, Lopez que habia avanzado á una distancia de diez millas, fué atacado en Las Pozas por ochocientos hombres de tropas españolas al mando del general Enna, y despues de un sangriento combate, en el que pereció mucha gente por una parte y otra, Lopez se retiró á las montañas, donde perseguido de cerca por los españoles, fué cogido con todos los que le seguian, y trasladado á la Habana en clase de prisionero, en cuyo punto sufrió la pena de garrote en 26 de agosto. Las autoridades españolas no recurrieron á los extremos con los demás prisioneros, contentándose con enviar unos ciento á España, y en 1852, por mediacion de nuestro Gobierno, permitióseles volver al fin á los Estados-Unidos (*).

(*) Siendo Presidente Mr. Polk, se ofreció á España com-

Durante el mes de noviembre, se celebraron en varios puntos del país *meetings* públicos, con objeto de dar á conocer el deseo del pueblo de que se conservara la Union, y tambien para inducir á los principales ciudadanos á que apoyasen las medidas adoptadas por el Congreso. Philadelphia, Boston, Cincinnati, Nashville y otras villas y ciudades, secundaron los esfuerzos de los verdaderos patriotas que deseaban favorecer la Union á todo trance, y las cartas de Clay, Webster, Cass, Poinsett y otros, influyeron no poco para que se tratase de alcanzar el objeto. Sin embargo, en varios puntos del Sur predominaba el espíritu de desunion, y no faltaban hombres tales como el general Jacobo Hamilton y otros, que escitaban á la Carolina del Sur á que meditase bien sobre aquel asunto.

La legislatura del Congreso trigésimo primero, comenzó el 2 de diciembre de 1850, en cuyo día se recibió el primer mensaje anual del Presidente Fillmore. Este bien redactado documento empezaba hablando de la sensible muerte del general Taylor, con cuyo motivo decia el Presidente que era su deseo tratar las grandes cuestiones de la política de su país con arreglo á las indicaciones de su digno antecesor. Mr. Fillmore declaraba luego que se proponia defender la Constitucion y que estaba resuelto á que se respetasen fielmente las leyes y á ejercer su autoridad con la mayor prudencia.

Anunciábase despues en el mensaje que el estado de las relaciones estranjeras no podia ser mas lisonjero, puesto que los Estados-Unidos estaban en paz con todas las potencias, incluso Chile y el Perú; se daba cuenta de haberse abierto los caminos de Nicaragua y Tehuantepec en direccion al

Océano pacífico, y al hablar de la Hacienda, decia el Presidente que los ingresos del Tesoro para el año que concluia en 30 de junio de 1850, representaban la cifra de cuarenta y siete millones cuatrocientos veintidos mil duros, ascendiendo los ingresos á poco mas de cuarenta y tres millones; la deuda pública quedaba reducida á quinientos millones, de los cuales debian satisfacerse ocho en el término de dos años.

Al tratar la cuestion de tarifas, espresábase el Presidente con la mayor libertad en los siguientes términos: «La esperiencia ha demostrado cuan útil y conveniente es destinar una gran parte de la renta que se obtiene de los impuestos sobre las importaciones para cubrir las atenciones del Gobierno; el derecho de hacerlo así es incuestionable, y el objeto es llenar las arcas del Tesoro; pero si al hacerlo así se obtiene tambien la ventaja de proteger la industria de nuestros conciudadanos, estamos en el deber de aprovecharnos de aquella.....
..... Una tarifa elevada no puede ser nunca permanente..... Todos los derechos deben ser específicos siempre que lo permite la naturaleza de los artículos; los derechos *ad valorem* fluctúan con el precio é incitan al fraude y al engaño, los derechos específicos por el contrario, son iguales y uniformes en todos los puertos y en todas las épocas, é inducen al que importa los artículos á traer lo mejor, puesto que no ha de pagar mas que por los de inferior calidad.» El Presidente hablaba luego de los asuntos indios, del ejército, de la armada y del servicio postal, manifestando entre otras cosas que el número de administraciones de correos existentes en los Estados-Unidos ascendia ya á diez y ocho mil cuatrocientas diez y siete, y que convendria reducir los derechos. Respecto á la cuestion de mejoras

par la Isla de Cuba por cien millones de duros, pero aquel Gobierno no quiso escuchar proposiciones.

públicas, Mr. Fillmore dió á conocer francamente sus ideas, demostrando que el Congreso estaba suficientemente autorizado para llevar á cabo las que tuviese por conveniente.

Al hablar del asunto de la esclavitud que de tal modo habia ocupado la atencion del Congreso, espresábase el Presidente en estos términos: «Apenas podia esperarse que las medidas aprobadas en la última legislatura con objeto de arreglar las diferencias á que habia dado lugar la cuestion territorial y la de la esclavitud, produjeran desde luego un

favorable resultado, pues las mútuas 1850. concesiones no son nunca bien recibidas por los hombres de ideas avanzadas, por mas que sin aquellas no se pueda observar debidamente la Constitucion, respetándola como es debido. Se han necesitado muchos meses de enojosos debates y discusiones para obtener que la mayoría del Congreso aprobara las medidas propuestas y hubiera sido á fé muy extraño que el pueblo y los Estados prestasen tambien su aprobacion, escitados como estaban por las violentas polémicas de los representantes.....

Yo considero la série de medidas á que aludo como un arreglo en principio y en sustancia: como un arreglo final de la peligrosa cuestion que se estaba debatiendo.....

De este modo ha cesado la agitacion que inquietaba los ánimos, y yo aprovecho esta oportunidad para exhortar á mis compatriotas á que no se aparten de esta política, porque es el único medio de restablecer la paz y la tranquilidad del pais, manteniendo la integridad de la Union.» El Presidente terminaba su mensaje con estas palabras: «Penetrado de gratitud por los favores de la

Divina Providencia, yo confío que 1850. lejos de retirarnos su proteccion, seguirá guiando nuestros pasos á fin de que se

asegure la paz de la patria y se fortalezca la union del Gobierno que nos rige.»

Los informes anuales de los jefes de los departamentos que se remitieron al Congreso con el mensaje del Presidente, contenian diversas indicaciones acerca de las mejoras que convendria introducir en los diversos ramos del servicio público. El Secretario de la Guerra anunciaba que el ejército, incluso los oficiales, constaba de doce mil trescientos hombres; el Secretario de la Armada decia que se contaban en esta siete navíos de línea, doce fragatas, veintiuna corbetas de guerra, cuatro bergantines, dos goletas, quince vapores, y otros varios buques pequeños; y por último, el Secretario del Interior hacia varias é interesantes observaciones respecto á las tierras públicas, proponiendo que se abriese una oficina especial para este ramo, y recomendando la construccion de una via férrea ó de otro camino cualquiera que llegase hasta el Pacífico.

En aquella legislatura se trataron varios asuntos del mayor interés é importancia, pero se perdió tanto tiempo inútilmente, que se dejaron sin discutir muchos *bills* del mayor interés sobre los cuales debian resolver ambas Cámaras con urgencia, y asimismo dejaron de aprobarse ciertas medidas de trascendencia, unas por falta de tiempo y otras por culpa de la oposicion. La 1850. mayoría de la Cámara aprobó un *bill*, para mejorar los rios y los puertos, pero no mereció la aprobacion del Senado, así como tampoco una proposicion pidiendo que se creara el cargo de teniente general del ejército, con el cual se queria obsequiar al general Scott en recompensa de sus servicios.

Los *bills* mas importantes que se aprobaron fueron: el relativo á los sueldos del cuerpo diplomático, el del ejército y arma-

da, el referente á construccion de faros, y uno en fin por el cual se reducian á tres céntimos los derechos de postaje sobre las cartas, siempre que no tuviesen que recorrer mas de tres mil millas de distancia. Tambien se aprobaron varias medidas respecto á reclamaciones de territorio en California; se dispuso la creacion de un hospital militar, y se autorizó en fin al Presidente para disponer de un buque del Gobierno, á fin de que recogiera y condujese á los Estados-Unidos al general Kossuth y otros húngaros desterrados (*).

Siendo Presidente el general Taylor, y con motivo de la lucha en Hungría, se nombró comisionado á Mr. A. Dudley Mann para que marchase á Viena á fin de observar la marcha de los acontecimientos, y reconocer en caso necesario la República húngara; pero tan pronto como supo esto aquel Gobierno, comunicó sus instrucciones al caballero Hulsemann, encargado de negocios de Austria en Washington, para que protestara contra la conducta de los Estados-Unidos por permitirse intervenir en asuntos con que nada teniamos que ver. En

1850. cumplimiento de lo que se le encargaba, Mr. Hulsemann dirigió con fecha 30 de setiembre una nota al Secretario de Estado, en términos tan acres como enérgicos, nota á que no pudo contestar Mr. Webster, por varias causas, hasta el 21

(*) Exigiendo las necesidades públicas que se mejorara algun tanto la ciudad de Washington, votóse una cantidad en aquella legislatura á fin de agrandar desde luego al Capitolio conforme al plan que pareciera mas oportuno al Presidente. Habiéndose aprobado un proyecto por el cual se aumentaba en una mitad mas el edificio, dióse inmediatamente principio á la obra, y el Presidente colocó la primera piedra el 4 de julio ante una inmensa concurrencia, mientras Daniel Webster pronunciaba un magnífico discurso digno de su fama y del país á cuyo servicio se habia consagrado tanto tiempo. Véase la *Vida y obras de Webster*, vol. II. págs. 595-620.

de diciembre, en cuyo dia envió al Encargado austriaco una respuesta que no era fácil olvidara aquel nunca. Mucho sentimos no tener suficiente espacio para reproducir aquí íntegra la carta, pero copiaremos uno ó dos párrafos para que se conozca cuáles eran las opiniones del Gobierno de los Estados-Unidos, en el asunto relativo á la cuestion de Hungría.

«El Gobierno y el pueblo de los Estados-Unidos, así como el de otras ilustradas naciones, se interesa vivamente en todos los acontecimientos de esta época notable, sea cual fuere la parte del mundo donde tienen lugar; pero el interés que demuestran los Estados-Unidos por esos acontecimientos, no suponen en modo alguno un deseo de separarse de esa neutralidad para con las potencias extranjeras, que es uno de los principios fundamentales, una de las mas arraigadas máximas en la historia política de la Union. Ese interés ha sido la consecuencia necesaria de la estraña marcha de los mismos acontecimientos, que no podian menos de llamar la atencion del mundo, por cuanto formarán una página memorable de la historia. Pero el infrascrito quiere ir aun mas lejos, y declara francamente que como esos acontecimientos estraordinarios reconocen por origen las grandes ideas de los Gobiernos populares sobre que están basadas las constituciones de América, no era posible que dejaran de inspirar la mas profunda simpatía al pueblo de este país. Merced á

1850. las conocidas circunstancias de nuestra historia, somos los representantes de los mas puros principios del Gobierno popular; con este carácter figuramos á los ojos del mundo; no podriamos ocultarlo aun cuando quisiéramos; no seria fácil ocultar á los ojos de la humanidad las causas á que debemos haber llegado á ocupar en nuestra breve car-

rera un lugar distinguido entre las naciones civilizadas del mundo, ni menos nos seria fácil combatir las ideas ó defraudar las esperanzas de hombres que en otros países ambicionan un Gobierno libre..... El poderío de esta República se estiende ahora sobre una de las regiones mas ricas y mas fértiles del globo, cuyo territorio es tan vasto, que comparado con el de la casa de Hapsburg, solo apareceria este como una mancha en la superficie de la tierra; su poblacion, que llega ya á veinticinco millones de habitantes, escederá á la del imperio de Austria dentro del período mismo en que es de esperar que Mr. Hulsemann siga aun desempeñando las honrosas funciones que le encomendó su Gobierno; por su navegacion y comercio, compete casi con la mas antigua y mas comercial de las naciones; sus fuerzas marítimas recorren todos los mares como sabe muy bien el Austria; la vida, la libertad y las propiedades de nuestros ciudadanos están protegidas por sabias leyes; y por último, el crédito público y privado se halla entre nosotros á tanta altura como el de cualquiera nacion de la Europa continental. Aun aquellos que profesan decididamente los principios del Gobierno absoluto, podrán perdonar á los Estados-Unidos el que esperimenten un ardiente afecto, una profunda simpatía hácia esas formas populares de la organizacion política á que debemos nuestros rápidos progresos, nuestra prosperidad y bienestar, y merced á la que hemos conseguido que nuestra Nacion sea respetada, y admirada por el mundo civilizado. Es notorio que los Estados-Unidos se abstuvieron siempre de intervenir en los cambios políticos de Europa, mas no por esto pueden dejar de interesarse vivamente por la suerte de las naciones que luchan para obtener un Gobierno libre. Esta simpatía, sin embargo, no debe considerar-

se como un sentimiento hostil hácia ninguna de las potencias que toman parte en esas grandes luchas nacionales, porque es compatible con las relaciones amistosas que con ellas mantenemos. El pueblo húngaro es tres ó cuatro veces mas numeroso que lo era el de los Estados-Unidos cuando estalló entre nosotros la gran revolución; posee además por su distinto lenguaje y otras circunstancias, importantes elementos de nacionalidad separada, con que no contaba ciertamente la raza anglo-sajona en este pais, y si los Estados-Unidos desean un feliz éxito á las naciones que luchan para regirse por instituciones populares, conservando su independencia nacional, es porque consideran que esas instituciones y esa independencia no son cosas imaginarias, sino la base del verdadero bienestar. Nosotros no reclamamos derecho alguno para tomar parte en las luchas de las potencias extranjeras á fin de que se alcancen esos fines, y al espresarse así el infrascrito, solo se ha propuesto defender su propio Gobierno y los principios por que se rige. Al ver los Estados-Unidos que el pueblo de un pais extranjero se lanza espontáneamente á la lucha con el objeto de adoptar instituciones como las nuestras, no debe esperarse seguramente que seamos espectadores indiferentes.

Al fin de su nota dice Mr. Hulsemann, *que si el Gobierno de los Estados-Unidos llegase á creer conveniente tomar una parte indirecta en los movimientos políticos de Europa, podria esponerse América á ciertas represalias inconvenientes que no dejarian de afectar al comercio y á la industria de ambos hemisferios.* En cuanto á estas hipotéticas represalias, el Gobierno y el pueblo de los Estados-Unidos no las teme ni las ha temido nunca, porque siempre estamos dis-

puestos á sufrir la suerte que nos haya deparado el destino. No tomando una parte directa ni indirecta en las luchas intestinas que puedan agitar á la Europa, no podemos temer actos como los que indica Mr. Hulsemann, é inútil seria discutir ahora sobre hechos que segun ese caballero solo son probables en un tiempo indefinido. Este es un asunto que podrá debatirse cuando llegase el caso, y entre tanto, Mr. Hulsemann y el Gabinete de Viena pueden estar seguros de que mientras se observe la mas estricta neutralidad, nada puede oponerse á que el Gobierno de los Estados-Unidos ejerza como hasta aquí los derechos que corresponden á una nacion independiente, ni menos habrá nada que nos impida espresar con toda libertad nuestras opiniones acerca de los acontecimientos políticos que puedan tener lugar entre las naciones civilizadas del mundo.»

Consignaremos aquí de paso que á fines del año siguiente de 1851, llegó á los Estados-Unidos Luis Kossuth, el famoso jefe Magyar, en cuyo favor se pronunció bien pronto la opinion pública. Poseidos de la mas sincera simpatía, todos escucharon su patriótico llamamiento; dispensáronse en todos los pueblos y ciudades por donde pasaba las atenciones y honores á que le creian acreedor; se hicieron suscripciones para facilitar recursos en favor de la causa que representaba, y tal era el interés que escitaban los húngaros, que todos nuestros compatriotas parecian dispuestos á volar en auxilio de los oprimidos para librarles del férreo yugo del Austria. Kossuth, sin embargo, debió convencerse bien pronto de que aquellas muestras de simpatía y entusiasmo del pueblo de América no eran el eco de la política que se proponia seguir el Gobierno, pues si bien el Presidente y sus consejeros, así como

todos los ciudadanos (*), experimentaban tambien una irresistible simpatía por sus esfuerzos para alcanzar la independencia, no les era posible tomar parte alguna en favor de los proyectos de Kossuth. La constante política de la Union habia sido siempre no contraer alianzas con los Estados europeos, y por lo tanto Kossuth hubo de contentarse con lo que se le ofrecia buenamente, desistiendo de sus esperanzas de ser auxiliado por el Gobierno. Así, pues, habiendo reunido unos cien mil duros destinados á sostener la causa que defendia, el general húngaro abandonó los Estados-Unidos para dirigirse á Inglaterra en el mes de mayo de 1852.

Durante el verano de 1851 reuniéronse las Convenciones de los diversos Estados, y cada partido trabajó cuanto le fué posible para influir en las próximas elecciones, pues aunque se reconocia que el partido democrático iba ganando terreno, no era fácil adivinar cuál seria el resultado de la futura eleccion presidencial (**). Entre tanto los periódicos daban á conocer que la estadística criminal iba presentando unas cifras alarmantes, lo cual se atribuia, y con mucha razon, al hecho de haber llegado á nuestras costas un gran número de emigrantes en el trascurso del año último, procedentes sobre todo de Inglaterra é Irlanda. **1851.** Los escesos en California, sin embargo, superaban á todo lo demás; declaróse

(*) Mr. Hulsemann se quejó de que Mr. Webster hubiera asistido á un banquete que se dió á Kossuth en Washington, en el cual dió á conocer sus simpatias por la causa de los húngaros, que luchaban en defensa de su libertad. En junio de 1852, el Secretario de Estado dirigió una carta á Mr. McCurdy, ministro americano en Austria, manifestándole cuál habia sido la petulante é impropia conducta del belicoso embajador.

(**) El célebre historiador americano y escritor distinguido J. Fenimore Cooper, murió en 14 de setiembre de 1851.

una guerra entre los ciudadanos y las partidas organizadas; durante cierto tiempo predominó la anarquía, y el Comité de vigilancia se encargó de aplicar las leyes y administrar los asuntos públicos (*).

A principios de agosto celebróse con los indios Sioux un tratado por el cual cedían aquellos á los Estados-Unidos veinte millones de acres de tierra en Minnesota, reservándose para sí solamente una corta estension de territorio. El Gobierno en cambio se comprometió á satisfacerles en el acto trescientos mil duros, pagándoles además sesenta y ocho mil anuales por espacio de cincuenta años.

En el mes de octubre llegaron sin contratiempo á Nueva-York los buques mandados por el teniente De Haven, que segun recordaremos, se debían á la munificencia de Mr. Enrique Grinnell, de Nueva-York, y que habían salido en busca de Sir Juan Franklin. Esta expedición llevaba ya año y medio recorriendo los mares, mas por desgracia sin obtener resultado alguno (**). El Dr. E. K. Kane, que acompañaba á la expedición como cirujano, no había perdido sin embargo las esperanzas, y merced principalmente, á sus esfuerzos y noble entusiasmo, organizóse luego una segunda expedición que debía marchar á las regiones Articas. Ya diremos mas adelante qué resultado se obtuvo en esta segunda tentativa.

La primera legislatura del trigésimo segundo Congreso, comenzó en 1.º de diciembre, habiéndose elegido Presidente de la Cámara á Mr. Linn Voyd. Al dia siguiente

(*) Como dato de interés consignaremos aquí, que desde febrero de 1848 hasta mayo de 1852 llegaron á San Francisco once mil novecientos cincuenta y tres emigrantes chinos, entre los cuales solo se contaban siete mujeres.

(**) Véase la *Expedición Grinnell de los Estados-Unidos en busca de Sir Juan Franklin*, narración por el Dr. Kent Kane. Nueva-York, pág. 552.

remitió Mr. Fillmore su acostumbrado mensaje en el que daba á conocer clara y detalladamente el estado de los negocios públicos, manifestando además que estaba resuelto á que se respetasen las leyes de los Estados-Unidos en todos los casos sin escepcion alguna, sin permitir se interviniese en ningun asunto de las potencias extranjeras, á fin de no poner en peligro la paz del país.

1851.
Al dar cuenta de la situación de la hacienda, espuso el Presidente que los ingresos del tesoro durante el año ascendían á cincuenta y dos millones trescientos doce mil novecientos setenta y siete duros, y los gastos á cuarenta y ocho millones seiscientos mil, habiéndose pagado unos siete millones quinientos mil por cuenta de la deuda pública, que en 20 de noviembre no escedía de sesenta y dos millones quinientos mil duros. El Presidente recomendaba luego en su mensaje con la mayor eficacia la cuestión de la tarifa, las mejoras interiores, la protección de las fronteras, etc., y terminaba diciendo que en su opinion todos los buenos ciudadanos debían apoyar las medidas adoptadas para efectuar el arreglo propuesto en 1850.

En 17 de diciembre, Enrique Clay dirigió una circular á la Asamblea de Kentucky, manifestando que no podía volver á tomar asiento en el Senado por hallarse su salud muy quebrantada y creer estaba muy próxima la hora de su muerte. En efecto, poco despues cayó peligrosamente enfermo el célebre orador, que por tantos años y tan celosamente había servido á su patria, y así como Calhoun, murió con la resignación de un buen cristiano el martes 29 de junio de 1852. Inútil nos parece decir que sus afligidos compatriotas le tributaron todos los honores á que era acreedor tan eminente patrio; su nombre está escrito con caracteres

indelebles en las páginas de la historia de nuestro país, y mientras exista la República, el noble, generoso y ardiente patriota Enrique Clay, será citado como un modelo para escitar la admiración de todos sus conciudadanos.

Habiendo surgido varias dificultades sobre la cuestión de las pesquerías establecidas fuera de la costa de la América inglesa, el Presidente creyó de su deber adoptar prontas medidas á fin de que se respetasen los derechos de los bravos marinos que se dedicaban á dicha industria. Parece ser que el Secretario inglés de negocios extranjeros, Sir Juan Pakington habia dado á las fuerzas navales de aquel punto ciertas instrucciones que materialmente restringian los privilegios que hasta entonces disfrutaban nuestros pescadores, instrucciones que en opinión de los Estados-Unidos eran contrarias á los términos del tratado. Este asunto promovió frecuentes debates en el Senado durante el mes de julio, y despues de haber presentado el Presidente todos los documentos y justificantes que se le pidieron, comenzóse una larga correspondencia en la que Mr. Webster dió nuevas pruebas de su profundo talento, y al fin pudo arreglarse un tratado recíproco con las colonias inglesas del Norte de América, terminándose así satisfactoriamente la cuestión de las pesquerías.

En 1.º de junio se reunió en Baltimore la Convencion democrática á fin de elegir sus candidatos para la Presidencia y la Vice-presidencia, y como llegaron á reunirse cerca de trescientos diputados, suscitóse un empeñadísimo debate. Los nombres del general Cass, Buchanan, Douglas, Marcy y otros, entraron desde luego en juego, y la votación duró cuatro dias, mas al procederse al último escrutinio, resultaron elegidos como candidatos democráticos para

ocupar los dos primeros cargos del país, Franklin Pierce de New-Hampshire y Guillermo R. King, de Alabama. Despues se adoptaron varias resoluciones respecto á la cuestión de la esclavitud, habiéndose acordado por último apoyar las medidas adoptadas por el último Congreso para efectuar un arreglo amistoso.

En 16 de junio se reunieron tambien en Baltimore los delegados de la Convencion *Wigh*, en número de unos trescientos, y no es de estrañar por lo tanto que figurando entre los primeros candidatos Mr. Fillmore, el general Scott y Daniel Webster, fuera difícil elegir el hombre á quien se debian confiar los destinos del país. Los acuerdos que se dictaron por el partido acerca de las grandes cuestiones que se consideraban entonces de la mayor importancia, incluso la referente á la ley de esclavos fugitivos, fueron aprobados por una gran mayoría, y habiéndose procedido luego á la votación, quedó elegido el general Winfield Scott para el cargo de Presidente, y Guillermo A. Graham, de la Carolina del Norte, para el de Vice-presidente. **1852.**

Los diputados que combatian la esclavitud celebraron igualmente una reunion en Pittsburg en el mes de agosto, y se propusieron varios candidatos, quedando al fin elegidos Juan P. Hale, de New-Hampshire, para Presidente, y Jorge W. Julian, de Indiana, para Vice-presidente.

Despues de una prolongada legislatura se cerró al fin el Congreso en 31 de agosto, y el dia antes Mr. Mason, de Virginia, presentó en el Senado un informe referente al privilegio otorgado á D. José Garay para abrir una via á través del istmo de Tehuantepec. Este privilegio se habia concedido á dicho señor por el general Santa Ana en marzo de 1842, pero el interesado cedió

sus derechos en 1846 á dos ingleses y en 1848 se transfirieron á Mr. Hargous, ciudadano de la Union. Los trabajos se habian comenzado desde luego, mas como el Gobierno mexicano se opuso á que se continuaran en 1851, tratábase de resolver qué conducta deberian observar los Estados-Unidos en aquel caso. En 1852 escribió el senador Benton sobre este asunto una estensa carta, condenando la intervencion del Gobierno en favor del privilegio.

Poco antes de comenzar las elecciones, el pueblo americano tuvo que lamentar la pérdida del eminente y noble patriota Enrique Clay. En el verano de 1852, Mr. Webster, cuya salud estaba muy delicada, abandonó á Washington á fin de entregarse al reposo en su hacienda de Marshfield, pero desgraciadamente poco despues sufrió una peligrosa caida á consecuencia de la cual comenzó á debilitarse de tal modo que el 21 de octubre se reconoció que su enfermedad era muy grave, y que el célebre orador se hallaba en su lecho de muerte. En efecto; en la madrugada del domingo 24 de octubre, poco antes de las tres, Daniel Webster exhaló el último aliento, y así como el ilustre padre de la patria, del mismo modo que el eminente patriota que le precediera en la tumba algunos meses antes, aquel rey de los oradores, que no temia la muerte, pudo recibir tranquila y resignadamente en sus últimos momentos los dulces consuelos de la religion cristiana. No es necesario que le tributemos aquí nuestros elogios; su fama es imperecedera, notoria su nombradía como el primero de los oradores americanos y célebres hombres de Estado. La historia de su carrera política llena las mas brillantes páginas en la de los Estados-Unidos, y segun vayan transcurriendo los años, se comprenderá mas y mas cuán eminentes fueron los

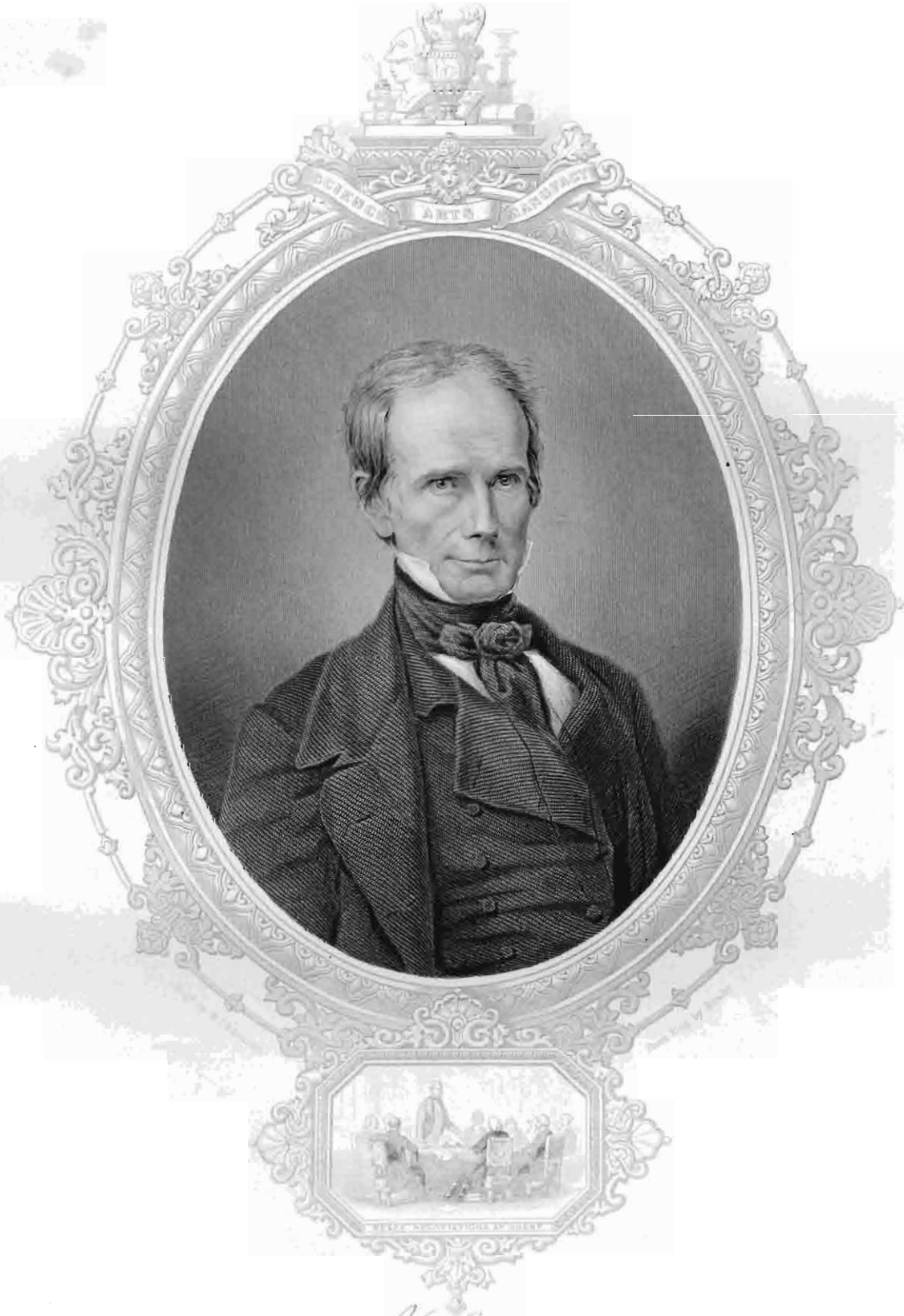
servicios del esclarecido patriota que con tanto celo y abnegacion sirvió á su pais (*).

En el mes de noviembre comenzó la eleccion presidencial, y por ambos partidos se hicieron los mayores esfuerzos para que triunfaran sus respectivos candidatos, pero el resultado probó que era mas fuerte y estaba mejor organizada la hueste democrática, pues Franklin Pierce fué elegido Presidente por una mayoría de doscientos catorce mil seiscientos noventa y cuatro votos.

Algunos meses antes de la muerte de Mr. Webster, los ministros de Inglaterra y Francia recibieron orden de invitar al Gobierno de los Estados-Unidos á tomar parte en un convenio en virtud del cual las tres potencias debian renunciar colectivamente por entonces y para lo futuro, á toda tentativa que tuviera por objeto apoderarse de la Isla de Cuba, comprometiéndose asimismo á oponerse á todo proyecto que con este fin formara cualquiera de las demás **1852.** potencias. Con este motivo dirigió

Mr. Crampton en el mes de julio una carta á Mr. Webster, manifestándole las ideas de su Gobierno sobre este punto, y el conde de Sartiges, en nombre de Francia, dió luego á conocer que opinaba del mismo modo que Mr. Crampton, espresándose del modo siguiente: «Es de esperar que el Gobierno de los Estados-Unidos aprobará el proyecto, asociándose con los de la Gran Bretaña y Francia para hacer esta importante declaracion, con la cual se asegura la tranquilidad del comercio del mundo en aquellos mares, evitando asimismo que se proyecten ilegales empresas contra Cuba. De este modo se estrecharán tambien los lazos de amis-

(*) Es digno de leerse el elocuente discurso que en elogio de Webster pronunció el honorable Rufo Choate ante la Facultad del colegio de estudiantes de Dartmouth en 27 de julio de 1853.



W. Clay

tad que unen á los Estados-Unidos con la Gran Bretaña y Francia, así como tambien con España.

La quebrantada salud de Mr. Webster impidió que éste pudiera hacerse cargo detenidamente de aquella comunicacion, y como quiera que su muerte ocurrió poco despues, el Presidente ofreció el cargo de Secretario de Estado á Mr. Eduardo Everett, quien habiéndolo aceptado, escribió en 1.º de diciembre al conde de Sartiges una carta notable en la que daba á conocer las opiniones de nuestro Gobierno en cuestion tan delicada. Nos parece muy oportuno reproducir aquí uno ó dos párrafos de dicho documento.

«El Presidente recuerda que sus predecesores, en mas de una ocasion, autorizaron la declaracion hecha á Mr. Turgot y Lord Malmesbury, por la cual se manifestaba que los Estados-Unidos no podian ver con indiferencia que la Isla de Cuba cayese en posesion de otra potencia europea que no fuere España, y entiéndase que no es esto

1852. porque pueda llevar á mal nunca un aumento natural de territorio tanto para Francia como para Inglaterra. La primera de estas dos naciones ha adquirido en un período de veinte años un estenso dominio en la costa norte de Africa; en el espacio de medio siglo Inglaterra ha conseguido aumentar estensamente su imperio, y sin embargo, estas adquisiciones no han inquietado en lo mas mínimo á los Estados-Unidos, cuyo territorio ha ido ensanchándose tambien en el mismo período de una manera notable, puesto que se anexionó Louisiana comprándosela á Francia. De presumir es que semejante aumento no ha causado inquietud alguna á las grandes potencias europeas, toda vez que aquel se debe á causas naturales y no han influido para nada las relaciones de los principales Estados.

La cuestion variaria no obstante, si estando Cuba en poder de España se transfiriese á otra potencia cualquiera europea, pues ya se comprenderá que esto no podria tener lugar sin que se alterase el sistema internacional existente en la actualidad, é indicaria cuando menos, respecto á este hemisferio, designios que pudieran alarmar á los Estados-Unidos.

»Prescindiendo de esto, el Presidente tiene que oponer aun otra objecion mas grave que le retraeria de tomar parte en la Convencion propuesta, y no puede menos de reconocer que la declaracion, aunque igual en los términos, no lo seria en el fondo. Francia é Inglaterra se comprometen tan solo á renunciar á la posesion de una isla que se halla muy lejana de la residencia de sus Gobiernos, y pertenece á otra potencia europea, cuyo derecho natural para poseerla es tan bueno cuando menos como el de otra nacion; á una isla distante en otro hemisferio que nunca podria pertenecer á ninguna de las dos citadas naciones, no alterándose la marcha natural de los sucesos. Pero si llegara á turbarse el equilibrio europeo, si España se viese en el caso de no poder conservar su isla, y si Francia é Inglaterra se empeñasen en una lucha á muerte, Cuba podria ser el premio del vencedor; sin mediar estos acontecimientos, el Presidente no cree que la citada isla pueda pertenecer á otra potencia sino á España. Debe tenerse además en cuenta que al tomar parte los Estados-Unidos en la Convencion citada, renunciarian á una adquisicion que podria tener lugar sin que se alterasen en lo mas mínimo las relaciones estranjeras en el órden natural de los sucesos. La Isla de Cuba se halla por decirlo así á nuestras puertas; domina las cercanías del golfo de México, cuyas aguas bañan las

costas de cinco de nuestros Estados; y encadena la embocadura de ese gran rio que cruza por el continente americano, y que con sus tributarios forma el mas gran sistema de comunicaciones por agua que se conoce en el mundo. Si una isla como la de Cuba, perteneciente á la corona de España, guardase la entrada del Támesis ó del Sena, y los Estados-Unidos propusieran una Convencion como la que proponen Francia é Inglaterra, estas potencias reconocieran seguramente que el contraer semejante compromiso era para nosotros mucho mas fácil que para ellas. Las opiniones de los hombres de Estado de América, han diferido en todos tiempos y en diversas circunstancias en cuanto á la conveniencia de que Cuba perteneciese á los Estados-Unidos. Por lo que hace á la cuestion de territorio y de comercio, esa isla seria para nosotros una gran adquisicion, y aun en ciertos casos podria considerarse como esencial á nuestra propia seguridad; mas á pesar de todo, por razones domésticas en cuya esplicacion no parece oportuno entrar ahora, el Presidente cree que incorporar la isla á la Union en las actuales circunstancias, aun cuando fuese con el consentimiento de España, seria una medida peligrosa, considerando además que su adquisicion por la fuerza, sin mediar una justa guerra con España, seria un mal para la civilizacion de la época.

.....

»Entretanto España solo ha conservado de sus dominios en este estenso hemisferio las dos islas de Cuba y Puerto-Rico; y una respetuosa simpatía hácia esa antigua aliada y su valeroso pueblo, con quien los Estados-Unidos mantuvieron siempre las mas amistosas relaciones, ya que no otra razon, nos impone el deber de no molestarla en la pacífica posesion de ese pequeño resto de su poderoso

imperio trasatlántico. El Presidente lo desea así; ni con sus palabras ni con sus actos tratará nunca de disputar á esa nacion sus justos títulos y derechos, pero ¿podrá esperarse que siempre sea así? ¿Será dable resistir la impetuosa corriente de los acontecimientos del mundo? ¿Estará siempre en el interés de España conservar una isla en la que es preciso mantener una guarnicion de veinticinco á treinta mil hombres y una fuerte escuadra, lo cual ocasiona un gasto anual que no baja de doce millones de duros? En la actualidad Cuba cuesta mas á España que al Gobierno federal el mantenimiento de sus fuerzas de mar y tierra, y lejos de ser un perjuicio para esa nacion la pérdida de la isla, es indudable que si se transfiriera pacíficamente á los Estados-Unidos, el próspero comercio que se estableceria luego entre Cuba y España, seria para esta doblemente ventajoso que el mas perfecto sistema de contribucion colonial. Esto es lo que ha sucedido precisamente con la Gran Bretaña á consecuencia de haberse proclamado la independencia de la Union. La decadencia de España desde la época de Cárlos V, coincide con la fundacion de su sistema colonial; pero desde que ha perdido la mayor parte de sus posesiones, ha empezado á recorrer rápidamente la senda del progreso.

.....

»Ninguna administracion de este Gobierno, por mucha que fuese la confianza que inspirara al pueblo, dejaria de merecer la reprobacion del pais si llegase á estipular con las grandes potencias europeas que en ninguna época, bajo ninguna circunstancia, por ningun arreglo amistoso, por ninguna ley de guerra, ni aun prévio el consentimiento de los habitantes de la isla, dado caso que ésta, así como otras potencias de España en el continente americano llegara á proclamarse

independiente, podrian los Estados-Unidos anexionarse la Isla de Cuba. Por todas estas razones, que atendida la importancia del asunto, he recibido la órden de esponer en detalle, se ve el Presidente en la precision de rehusar con el mayor respeto la invitacion de Francia é Inglaterra, persuadido de que estas potencias amigas no atribuirán su negativa al olvido de las ventajas que resultan de la conservacion de la paz y armonía entre los grandes Estados marítimos. No es de presumir tampoco que España interprete desfavorablemente nuestra contestacion; antes bien por el contrario, las declaraciones que hacemos en la presente nota respecto á nuestras ideas acerca de la Isla de Cuba, son una garantía, la única que podemos dar constitucionalmente, de que los Estados-Unidos así como Francia é Inglaterra no desean molestar á España en la pacífica posesion de su isla.»

El lunes 6 de diciembre comenzó la legislatura del trigésimo segundo Congreso, 1852. en cuyo dia el Presidente Fillmore remitió su último mensaje anual, en el que daba cuenta á las dos Cámaras clara y concisamente de la situacion del pais, manifestando su opinion acerca de los principales asuntos del dia. Mr. Fillmore manifestaba luego su profundo sentimiento por la muerte de Daniel Webster, hacia varias observaciones acerca de la cuestion de las pesquerías entre los Estados-Unidos é Inglaterra, y al hablar sobre los asuntos de Cuba y la proposicion de la Gran Bretaña y Francia para celebrar un convenio, espresábase el Presidente en estos términos: «Si esa isla contase con pocos habitantes ó estuvieran estos relacionados con nosotros por el lenguaje ó las costumbres, yo consideraria la adquisicion de Cuba, en el caso de que España nos la cediera voluntariamente, como muy ventajosa; pero en las

actuales circunstancias creo que incorporar-la á los Estados-Unidos seria peligroso, pues se introduciria entre nosotros una poblacion de muy opuesto carácter, que habla un lenguaje muy distinto, y que por lo tanto no armonizaria con nuestro pueblo. Esto perjudicaria además probablemente á los intereses industriales del Sur, y acaso renovara tambien esos conflictos entre nuestras diversas ciudades que últimamente pusieron en peligro á la Union, y que por fortuna pudieron reprimirse.»

El Presidente habló tambien del asunto relativo á la apertura de la via de Tehuantepec; de la reclamacion del Perú referente á las islas de Lobos y de las medidas adoptadas para escitar al Japon á que cambiare de política con las demás naciones. Despues de esponer cuál era el estado de la Hacienda, dijo Mr. Fillmore que el importe de las esportaciones estranjeras durante el año, se estimaban en doscientos siete millones doscientos cuarenta mil duros, á lo cual se podia agregar por las extraordinarias ciento sesenta y siete millones sesenta y seis mil duros; la cuestion de la tarifa, la de los límites de México y la de las tribus indias se recomendaban igualmente á la consideracion del Congreso, así como tambien las mejoras públicas y las fortificaciones de los puertos.

Despues de felicitar á la legislatura nacional por su sistema de política respecto á no intervenir en los asuntos de las demás potencias, Mr. Fillmore terminaba su mensaje declarando con la mayor modestia que habia hecho todo lo posible para desempeñar con celo las funciones de su elevado cargo, sin desear otra cosa sino el bienestar de su patria.

Los actos del Congreso durante aquella legislatura no fueron de gran interés é importancia, si bien hubo en el Senado anima-

dísimos debates acerca de la política de los Estados-Unidos con las demás potencias extranjeras. Discutióse el tratado de Clayton-Bulwer; el general Cass habló mucho sobre la *doctrina de Monroe*; Seward, Chase, Butler, Mason, Soulé y otros, tomaron parte en los debates, y todo el país en general se interesó vivamente en las importantes cuestiones que se ventilaban. Por su parte la Cámara se ocupó de varios asuntos de interés local, aprobando varios *bills* después de suficientemente discutidos, y en 11 de febrero, Mr. Mason, individuo del Comité de negocios extranjeros, presentó un informe referente á los tratados con la Gran Bretaña respecto á la América Central, en el que, al paso que aprobaba el establecimiento de las colonias británicas en aquel punto, esponsorizó que en su concepto no debían crearse otras nuevas.

1853. También se presentó de nuevo al debate el privilegio Garay, mas no se resolvió nada sobre el particular; el proyecto de una vía férrea desde el Mississippi al Pacífico se discutió repetidas veces en el Senado, y al fin se aprobó el *bill* con una en-

mienda autorizando al Presidente para que aplicara ciento cincuenta mil duros con destino á los gastos que originasen los trabajos. Poco después se aprobó otro *bill* creando un Gobierno territorial en una parte del Oregon que recibió el nombre de Territorio de Washington.

El día 3 de marzo terminó sus tareas aquella legislatura, y en dicho día se cumplió también el plazo de la administración de Millard Fillmore, quien presentó la dimisión del cargo que había estado desempeñando tan dignamente durante el espacio de tres años. Aquel fué un importante período de nuestra historia, y creemos se admitirá por todos los hombres de recto juicio que durante su Gobierno supo Fillmore conservar la dignidad y el honor de la nación en nuestras relaciones con las potencias extranjeras, procurando adoptar siempre las más acertadas disposiciones para la conservación de la paz y armonía de la Unión. Prueba de ello es que todo el país demostró su satisfacción tributándole los elogios que merecía.



CAPÍTULO VIII.

1853—1857.

ADMINISTRACION DE FRANKLIN PIERCE.

Manifiesto inaugural de Franklin Pierce.—Su Gabinete.—Muerte del Vice-presidente King.—El valle de Mesilla.—Segunda expedicion del Dr. Kane.—Otras expediciones.—Contestacion de Lord Juan Russell á la carta de Mr. Everett.—Kostza.—El trigésimo tercero Congreso.—Extracto del mensaje del Presidente.—El *bill* del Senador Douglas.—Kansas y Nebraska.—Debate en el Senado.—Política de la Cámara.—El tratado de Gadsden.—El comodoro Perry y la expedicion del Japon.—Los *vetos* de Mr. Pierce.—El coronel Kinney.—Emigracion á la costa de los mosquitos.—La conferencia de Ostende.—Esfuerzos en Nueva-York para reprimir la intemperancia.—Regreso del Dr. Kane de las regiones Articas.—Su muerte.—El trigésimo cuarto Congreso.—El mensaje.—La cuestion de Kansas.—Procedimientos en el territorio.—Conflicto.—Walker y la América Central.—Detalles.—Nuevos disturbios en Kansas.—Sumner y Brooks.—Convenciones.—Eleccion de candidatos.—Buchanan y Breckenridge son elegidos Presidente y Vice-presidente.—Se reune el Congreso.—Ultimo mensaje de Mr. Pierce.—Observaciones de Benton.—Actos de la legislatura.—Dred Scott.—Escitacion.—Se cierra el Congreso.—Fin de la administracion de Pierce.

Las ceremonias celebradas al tomar posesion de su cargo el décimo cuarto Presidente de los Estados-Unidos, fueron las de costumbre, y por eso no creemos necesario describirlas aquí de nuevo. El dia 4 de marzo de 1853 presentóse Franklin Pierce ante una numerosa concurrencia con la mayor dignidad y entregó el mensaje de inauguracion, en el que daba á conocer sus ideas y opiniones y la conducta que se proponia observar al encargarse del Gobierno. En uno de los párrafos de este documento, que no era muy extenso, decia el Presidente lo que sigue: «La política de mi administracion será constantemente la que acabo de indicaros: no puedo menos de reconocer que nuestra actitud como nacion y nuestra posicion en el globo, hacen que sea muy importante la adquisicion de ciertas posesiones, no solo para nuestra seguridad, sino para conservar tambien

los derechos del comercio y la paz del mundo; pero si hubieran de obtener aquellas, solo seria en beneficio de los intereses nacionales y de un modo conforme con la estricta observancia de nuestros principios.» Al hablar de los negocios del interior, Mr. Pierce hizo varias observaciones acerca de los funcionarios públicos del Gobierno, de las economías que podrian introducirse y que esperaba el pueblo, de los derechos y privilegios del Gobierno federal y del de los demás Estados, y de las muchas y delicadas cuestiones que podrian turbar la armonía de la Union.

El manifiesto inaugural fué muy bien recibido y parecia indicar que el nuevo Gobierno seria satisfactorio para todos si se guiaba por los principios que debian asegurar el apoyo de todo el pais. Despues de prestar el acostumbrado juramento, retiróse Mr. Pierce, recibiendo á su paso las felicitaciones de



miles de sus compatriotas que le deseaban un próspero Gobierno.

El día 7 de marzo, y como quiera que el Senado celebraba sesiones extraordinarias, el nuevo Presidente remitió la lista de las personas elegidas para formar su Gabinete, cuyos nombramientos fueron confirmados acto continuo. Nombrábase á Guillermo L. Marcy, Secretario de Estado, á Jacobo Guthrie, del Tesoro, á Roberto Mc. Clelland, del Interior, á Jefferson Davis, del de la Guerra, á Jacobo C. Dobbin, de la Armada, á Caleb Cushing, de Hacienda, y á Jacobo Campbell, Administrador general de correos.

Antes que se terminaran las sesiones extraordinarias del Senado, promovióse un empeñadísimo debate respecto á los asuntos de la América Central, y Mr. Clayton, Secretario que habia sido de Estado con el general Taylor y que acababa de tomar asiento en la alta Cámara, se encargó de la defensa del tratado concluido por él y Mr. Bulwer, discutiendo al mismo tiempo sobre la doctrina de Monroe, acerca de la cual afirmó que el Gobierno de los Estados-Unidos no la habia sancionado nunca. El día 14 de marzo Mr. Mason y Mr. Douglas contestaron á Mr. Clayton, habiendo pronunciado con este motivo el segundo de aquellos oradores un extenso y notable discurso. El día 21, Mr. Everett espresó con la mayor elocuencia cuáles eran sus opiniones sobre aquella cuestion, y recomendó la paz y la tolerancia demostrando que era la política mas conveniente para nuestro pais y el mejor modo de asegurar el bienestar de la nacion.

El Vice-presidente Guillermo R. King, que padecia de una afeccion pulmonar al empezarse las elecciones, marchó poco despues á la Habana en la creencia de que le aliviaria el benigno clima de Cuba, y en esta isla prestó el juramento de costumbre ante el cónsul

de los Estados-Unidos y en virtud de una orden especial; pero viendo al poco tiempo que no mejoraba su salud, Mr. King volvió á su pais á principios de abril, y falleció en su plantacion de Alabama en 18 del mismo mes. En su consecuencia Mr. Atchison, de Missouri, elegido Presidente del Senado *pro tempore*, comenzó á desempeñar las funciones del cargo de Vice-presidente de los Estados-Unidos.

Pocos dias despues se hicieron numerosos nombramientos diplomáticos. Jacobo Buchanan, fué enviado á Inglaterra; T. H. Seymour, á Rusia; Pedro A. Soulé, á España (*); P. D. Vroom, á Prusia; H. R. Jackson, al Austria; Solon Borland, á la América Central, y Jacobo Gadsden, á México. La embajada de Francia no se nombró tan pronto como las otras, pero en aquel mismo año marchó á desempeñarla Juan Y. Mason.

Al principiar el año, la comision mexicana de límites asignó á su República el valle de Mesilla, de ciento setenta y cinco millas de longitud por cuarenta de ancho; pero el gobernador Lane, de Nueva-México, alegando que aquella cesion era injusta, publicó una proclama y se posesionó de dicho valle hasta que se arreglara la cuestion de límites entre los Estados-Unidos y México. Tam- **1853.**
bien pidió tropas á la Union, pero no se le concedieron; el gobernador mexicano de Chihuahua publicó una contra-proclama, resuelto á resistir la accion del gobernador Lane hasta donde le fuese posible, y Santa Ana, que tenia entonces bastante autoridad

(*) De paso para España, á principios del otoño, Mr. Soulé cruzó por Nueva-York donde se detuvo algunos dias y recibió la visita de algunos desterrados de Cuba, quienes le felicitaron por su reciente nombramiento. Mr. Soulé les contestó con notable energía, declarando que estaba resuelto á hacer cuanto estuviera en su mano siempre que no se perjudicaran los intereses y la dignidad de los Estados-Unidos.

en México, se mostró muy hostil contra nuestro país, lo cual hizo creer por algún tiempo que todo esto originaría algún grave conflicto.

El último día de mayo se hizo á la vela en Nueva-York la segunda expedición bajo los auspicios de Mr. Grinnell, que iba en busca de Sir Juan Franklin y sus compañeros; componíase de un solo buque, el *Adelantado*, con una tripulación de diez y siete personas, incluso el Dr. Kane. Los atrevidos exploradores se provieron de víveres para dos años, pues contaban también con la caza, y se dirigieron desde luego á Smith's Sound, punto situado al Norte, y el más lejano donde habían llegado los expedicionarios. Una vez allí, y si el hielo lo permitía, proponíanse penetrar en las regiones no exploradas hasta entonces, y en el caso de que las masas flotantes les cerrasen el paso, pensaban convertir sus botes en trineos, llevando consigo perros de los más inteligentes á fin de registrar en todos sentidos aquella región y descubrir si era posible las huellas de los perdidos navegantes. Mas adelante diremos cuál fué el resultado de aquella arriesgada expedición dirigida por el intrépido y generoso Dr. Kane.

Añadiremos aquí que con arreglo á las disposiciones del Congreso se organizaron otras cuatro expediciones, con el objeto de explorar y elegir el mejor camino para construir una vía férrea entre el Atlántico y el Pacífico. La primera de aquellas, al mando del Mayor Stevens, debía marchar desde San Pablo (Minnesota) hasta el río Missouri, continuando desde allí su curso por la senda más practicable de Rocky Mountains (Montañas de Roca); la segunda expedición, á las órdenes del teniente Whipple, debía dirigirse desde el Mississippi hasta el río Peco, y penetrar en el valle del Río del Norte,

cerca de Albuquerque, atravesando luego el paso de Walker, en Rocky Mountains, hasta llegar al Pacífico, á un punto de la costa de la California del Sur; la tercera, dirigida por el capitán Gunnison, recibió orden de marchar por el Oeste del río Nicollet, encaminándose luego hácia el Norte del lago Utah, y la cuarta, por último, debía operar en California, en la región Oeste que se extiende desde el Colorado al Pacífico, examinando los pasos de Sierra Nevada para averiguar cuál sería la mejor vía entre Walker's Pass y la embocadura del Gila.

No necesitamos decir al lector cuánta era la importancia de aquellas expediciones, y ya se comprenderá que se esperaban grandes resultados de los trabajos de los expedicionarios, tanto en beneficio de la geografía como de la ciencia, por los descubrimientos que podrían hacerse en las vastas regiones occidentales de los Estados-Unidos.

Como asunto digno de recordarse, diremos aquí que la apertura de la exposición de la industria en el Palacio de Cristal de Nueva-York, tuvo lugar en 14 de julio, y á ella asistieron el Presidente de los Estados-Unidos y varios miembros de su Gabinete, así como también el conde Ellesmere, Sir Carlos Lyell, y otros personajes distinguidos, sin contar un gran número de ciudadanos notables. El acto fué imponente como lo exigían las circunstancias, y se esperaban los más felices resultados de aquella exposición, no solo en favor de nuestros compatriotas, sí que también de las naciones extranjeras.

Ya hemos dicho anteriormente que Inglaterra y Francia habían propuesto formar una Convención con los Estados-Unidos con el fin de asegurar para siempre á España en la posesión de Cuba, reproduciendo con este motivo algunos párrafos de la carta de Mr.

1853.

Everett sobre este asunto, en la cual se alegaban qué razones tenia el Gobierno americano para no aceptar la proposicion, y ahora añadiremos que en el trascurso del verano se publicó en los Estados-Unidos con fecha 16 de febrero de 1853 una carta de Lord Juan Russell, en contestacion á la de Mr. Everett. Iba dirigida á Mr. Crampton, el ministro inglés en Washington, y empezaba diciendo que el argumento presentado por el ministro americano con tanta habilidad y diplomacia, tenia evidentemente por objeto se admitiera la doctrina de que la Gran Bretaña y Francia no podrian pretender la Isla de Cuba con tanto derecho como los Estados-Unidos. Mr. Russell alegaba que si el objeto de la Union era lisa y llanamente evitar que la isla española cayera en poder de cualquiera potencia europea; la Convencion propuesta llenaba el fin cumplidamente; pero que si se trataba de sostener que las dos grandes potencias no podian interesarse en que Cuba siguiera perteneciendo á la misma nacion, y que solo los Estados-Unidos tenian derecho para intervenir en aquel asunto, el Gobierno inglés debia rechazar semejante aserto. Para probar esto; decia el ministro inglés que las posesiones de la India Occidental, sin contar los intereses de México y otros Estados amigos, bastaban para que la Gran Bretaña tuviese un verdadero interés en la cuestion, así como tambien la Francia, y su Señoría, haciendo gala de su ingenio para combatir los argumentos de Mr. Everett, terminaba su despacho manifestando que no podia menos de admitir que los Estados-Unidos estuviesen en su derecho al rechazar la proposicion, pero que la Gran Bretaña quedaria en libertad de obrar como lo tuviese por oportuno cuando lo exigiere el caso, bien por sí sola ó en union con otras potencias.

Este despacho y otro muy semejante remitido por el Gobierno francés, fué leído en el mes de abril por Mr. Marcy, el Secretario de Estado, quien prometió entregar ambos documentos al Presidente aun cuando era de parecer que no seria necesario continuar la discusion. Al publicarse esta carta, Mr. Everett escribió de nuevo á Lord Juan Russell para sostener lo que ya habia dicho y combatir las objeciones del ministro inglés. Su contestacion como podia esperarse, estaba muy bien escrita y llamó la **1853.** atencion de todos porque revelaba el profundo talento de su autor.

El hecho ocurrido con Kostza, refugiado húngaro, y la conducta observada por el capitán Ingraham para arrancarle del poder de Austria, escitaron mucho la atencion en aquella fecha. Parece ser que Kostza habia practicado las primeras diligencias para que se le reconociera como ciudadano de América, cuando se le mandó arrestar por el cónsul general austriaco de Smyrna, y habiendo exigido nuestro cónsul que se le pusiera en libertad, el capitán Ingraham amenazó con hacer fuego al bergantín en que se hallaba Kostza si no se le entregaba acto continuo el prisionero. Al contestar Mr. Marcy á la nota de Mr. Hulsemann en la que se pedia satisfaccion por el ultraje inferido al Austria, examinaba detenidamente la cuestion, y manifestando como acostumbraba á obrar el Gobierno de los Estados-Unidos en semejantes casos, demostraba que el Austria no debia tener motivo alguno de queja, puesto que la conducta del capitán Ingraham se justificaba suficientemente en aquellas circunstancias. La contestacion de Mr. Marcy se consideró como concluyente, y mereció la aprobacion del país.

El lunes 5 de diciembre comenzó la legislatura del trigésimo tercero Congreso. El

senador Atchison ocupó la Presidencia del Senado y Linn Boyd, de Kentucky, fué elegido Presidente de la Cámara. Mr. Pierce remitió al otro día su mensaje, documento notable por su estilo, que se leyó en ambas Cámaras y trataba los principales asuntos que merecían la preferencia de la legislatura nacional. Hablábale en él estensamente de las relaciones estranjeras de la Union, del estado de nuestros negocios con Cuba y España, de la cuestion Kostza, de las diferencias con México sobre la cuestion de límites, y de otros asuntos del mayor interés. El Presidente anunciaba tambien que nuestro comisionado en China no perdonaba esfuerzo alguno para favorecer los intereses de América, y daba cuenta de la llegada del comodoro Perry al Japon, manifestando no le era posible en aquel momento dar detalle alguno acerca del resultado obtenido.

El Presidente opinaba que el estado de los negocios interiores era por demás lisonjero y que no debían temerse ya las graves controversias y enojosas cuestiones que antes agitaban al país (*). Mr. Pierce hablaba luego de la Hacienda, anunciando que del último balance hecho en el Tesoro resultaban á favor de éste treinta y dos millones cuatrocientos veinticinco mil cuatrocientos cuarenta y siete duros, y que desde el 4 de marzo se habían pagado por cuenta de la deuda pública doce millones setecientos tres mil trescientos veintinueve duros, quedando ya solo por reintegrar cincuenta y seis millones cuatrocientos ochenta y seis mil setecientos ocho. Además de recomendar la reduccion

(*) Dice el senador Benton, que Mr. Pierce encontró el país al encargarse del Gobierno en el estado mas lisonjero que dar se puede, pues reinaba la paz y la prosperidad, y la cuestion de la esclavitud no agitaba ya los ánimos. Estas circunstancias indujeron al nuevo Presidente á felicitar por ello al Congreso en su primer mensaje anual, congratulándose de haberse encargado del Gobierno bajo tan felices auspicios.

de la tarifa, Mr. Pierce demostraba la conveniencia de continuar las mejoras públicas conforme á lo propuesto por los principales hombres del partido democrático, y despues de indicar la conveniencia de que se conservara entre el pueblo el espíritu de fraternidad y se hicieran las posibles economías en la administracion, Mr. Pierce terminaba su mensaje anunciando la muerte del Vice-presidente ocurrida en 18 de abril anterior.

Los informes que se acompañaban al mensaje, redactados por los jefes de los diversos departamentos, contenían interesantes datos respecto al Tesoro, al ejército, á la armada, etc., sometiéndose á la consideracion del Congreso varios asuntos del mayor interés.

Diremos ahora cuálés fueron los principales actos en aquella legislatura (*). A principios del año 1854, el senador Mr. Douglas presentó un *bill* referente al Gobierno territorial de Nebraska, proponiendo que cuando fuere admitido éste en la Union en clase de Estado, fuera con esclavitud ó sin ella, segun lo prescribiera su Constitucion cuando tuviese lugar la entrada. Por otro artículo se modificaba la ley referente á la entrega de esclavos fugitivos, y poco despues el mismo senador presentó otro *bill* proponiendo el establecimiento de dos territorios, uno llamado Nebraska y el otro Kansas, los cuales debían regirse por la Constitucion y las leyes de los Estados-Unidos, pero sin considerarse comprendidos en el decreto publicado para la admision de Missouri en 1820, uno de cuyos artículos quedaba anulado á consecuencia de las disposiciones adoptadas por la legislatura de 1850.

Como era de esperar, promoviése un ani-

(*) Segun los periódicos de aquella época, contábase entonces en el Senado treinta y seis demócratas y veintidos whigs, y en la Cámara había ciento cincuenta y nueve de los primeros y setenta y uno de los segundos.

mado debate sobre la antigua cuestion de la esclavitud, y los diversos miembros del Senado defendieron con el mayor celo sus respectivas opiniones sobre aquel asunto. En 7 de febrero, propuso Mr. Douglas retirar una enmienda que habia presentado antes y sustituirla con una cláusula en la cual se consignara que siendo el acta de Missouri *incompatible con los principios de no intervencion del Congreso en la esclavitud de los Estados y territorios, segun lo reconocido por la legislatura de 1850*, se declaraba nula y sin ningun valor, toda vez que segun el espíritu de dicha acta, era su principal objeto no legislar en la esclavitud en ningun territorio ni Estado, ni tampoco excluirla, sino dejar al pueblo en completa libertad de formar sus instituciones segun lo tuviera por conveniente, sujetándose solo á la Constitucion de los Estados-Unidos. Mrs. Dixon, Badger, Pettit, Butler, Cass, Norris y otros adujeron los argumentos, en su concepto mas convincentes para apoyar el *bill* de Mr. Douglas, mientras que Mrs. Everett, Wade, Houston, Sumner, Seward, Bell y algunos mas sostuvieron que era inconveniente la medida propuesta por dicho senador. El dia 14 de febrero no obstante, la enmienda de Mr. Douglas, por la cual se declaraba nula y sin efecto el acta de Missouri, fué aprobada por treinta y cinco votos contra nueve. La discusion continuó con el mayor empeño durante todo el mes, y se propusieron otras muchas enmiendas, en una de las cuales se prevenia no tomasen parte en la votacion los que padeciesen de alguna enajenacion mental, y en 3 de marzo, despues de prolongados debates y enojosas polémicas, se aprobó el proyecto en totalidad por treinta y siete votos contra catorce.

El dia 1.º de enero se presentó á la Cámara un *bill*, semejante al que tenia ya el Se-

nado, cuyo objeto era organizar los territorios de Nebraska y Kansas, mas aunque se empeñó el debate, nada se resolvió por entonces. A mediados de marzo sin embargo, y á petición de Mr. Cutting, de Nueva-York, se pasó á un Comité el *bill* de Nebraska no sin alguna oposicion, y si bien es cierto que al principio no se hizo de aquel aprecio alguno, el 25 de abril, Mr. Benton, que desde su salida del Senado asistia á la Cámara como representante de Missouri, pronunció un enérgico discurso contra el *bill*, protestando en términos no muy comedidos, contra la práctica de someter á la legislatura las opiniones del Presidente, y denunciando con la mayor vehemencia á los periódicos que trataban de dictar la ley al Congreso. El conocido veterano en la política, sostuvo que no debia anularse el acta de Missouri, porque era una de las que principalmente habia contribuido á conservar la paz y armonía en la Union, y añadió que estaba siempre dispuesto á defenderla aun cuando nadie se pusiera de su lado. Despues de demostrar que el acta citada tenia el carácter de un contrato y no podia desestimarse sin faltar á la buena fe, dijo Mr. Benton que la anulacion podria dar lugar á graves conflictos; que nadie habia solicitado semejante cosa al Congreso; que los Estados esclavos no ganarian nada con ello; que era absurdo sostener que fuese necesaria la medida para destruir el principio de no intervencion, y que por ningun concepto convenia aprobar el *bill*. A principios de mayo se encargó á un Comité que informara; presentáronse numerosas enmiendas, se hicieron interminables las discusiones y enojosas polémicas; el *bill* se presentó repetidas veces á la Cámara y al Comité, y al fin el 22 de mayo lo aprobó aquella por ciento trece votos contra ciento, y pocos dias despues lo adoptó tam-

bien el Senado, no sin que mediaran acalorados debates, por treinta y cinco votos contra trece (*).

Al principiarse el año, el general Gadsden concluyó un tratado con México y lo remitió para su confirmacion al Senado, el cual introdujo algunas importantes modificaciones, arreglándose al fin á satisfaccion de los respectivos Gobiernos. En el principal artículo de este tratado estipulábase que, en atencion á no quedar obligados á proteger

1854. la frontera mexicana de los ataques de los indios, y como compensacion por el territorio que cedia México, los Estados-Unidos pagarian la suma de diez millones de duros. Tambien se confirmaba el privilegio para construir una via férrea á través del istmo de Tehuantepec, y se concedian otras ventajas á nuestros compatriotas. Cierta es que se suscitaron varios debates acerca de este tratado, mas cercano ya el término de la legislatura, lo aprobó la Cámara por ciento dos votos contra sesenta y tres, y el Senado por treinta y cuatro contra seis, acordándose el pago de los diez millones ofrecidos (**).

Entre los asuntos de preferente interés que se discutieron luego, fué uno de ellos el relativo á la construccion de seis fragatas de vapor, habiéndose aprobado el *bill* por una gran mayoría. Tambien se discutió sobre la conveniencia de reunir una Convencion en

(*) El ex-senador Clemens, de Alabama publicó, en aquella ocasion, una carta vindicando su conducta al combatir el *bill* de Nebraska. Este escrito llamó la atencion porque en él se declaraba que la aprobacion del *bill* iba á ser muy perjudicial para el Sur, dando acaso lugar á graves disensiones.

(**) A fines de 1856 los habitantes del territorio nuevamente adquirido, enviaron un delegado á Washington en solicitud de que aquella parte de Nueva-México se erigiese en territorio bajo el nombre de Arizona. El Comité de la Cámara informó en contra de esta peticion, principalmente á causa de ser muy escasa la poblacion.

Charleston, á fin de ver por qué medios podrian favorecerse los intereses del Sur; se habló de las medidas adoptadas para la anexion de las islas de Sandwich, así como tambien de la proclama espedita por el Presidente en 31 de mayo, denunciando 1854. las tentativas de los filibusteros contra la Isla de Cuba; y añadiremos por último que Mr. Pierce impuso el *veto* á un *bill* en el cual se proponia la cesion á los diversos Estados de diez millones de acres de tierras públicas para aliviar á los pobres y dementes. El Congreso se cerró sin embargo en 7 de agosto dejando pendientes una porcion de asuntos.

El comodoro M. C. Perry, que habia hecho presente al Gobierno la importancia de celebrar un tratado con el Japon, consiguió al fin, despues de muchas contrariedades y dilaciones, organizar una expedicion con este importante objeto, y en 24 de noviembre de 1852 se hizo á la vela en Nueva-York en el vapor *Mississippi*, al cual se agregaron por órden superior otros que habia en el Oriente. La expedicion dobló el Cabo de Buena Esperanza á fines de febrero de 1853, llegó el 25 de marzo á Singapore, y el 4 de mayo á Shanghai, en cuyo punto el comodoro se trasladó al *Susquehanna*, contando ya con una flotilla de cuatro buques, sin contar con otros dos que debian reunírsele poco despues. Perry visitó las islas de Lew-Chew y á principios de julio, habiendo dirigido el rumbo hácia el Japon, llegó á la bahía de Yedo, donde causó no poca sorpresa y alarma ver que penetraba en aquella directamente, empeñándose en llevar á cabo las medidas que proyectaba. Merced á su energía y firmeza, el comodoro consiguió cumplir su mision: la carta del Presidente al Emperador fué entregada, comenzáronse las negociaciones, y finalmente, el 31 de marzo de 1854 se cele-

bró y firmó un tratado. El comodoro Perry se puso de nuevo en marcha para Nueva-York á donde llegó en 1855, y tuvo el gusto de que el Senado ratificara el tratado inmediatamente (*).

Durante el verano y el otoño se reunieron Convenciones políticas en diversos puntos del país, y comenzó á reinar la acostumbrada actividad con motivo de aproximarse la época de las elecciones. Los debates y encontrados pareceres respecto á la anulacion del acta de Missouri, y la aprobacion del *bill* referente á Nebraska y Kansas, parecieron indicar que iban á producirse ciertos cambios en alguno de los antiguos partidos, y desde esta fecha se comienza á notar en una gran parte de nuestros compatriotas, tendencias á formar un partido americano puro opuesto al de los extranjeros y especialmente á los ciudadanos naturalizados que eran irlandeses, católicos romanos y alemanes. No es fácil, ni acaso posible, adivinar lo que resultará de todo este movimiento, pero en opinion de muchos, quedan aun por arreglar graves cuestiones en cuanto á los respectivos derechos y privilegios de los ciudadanos naturales de los Estados-Unidos y de los naturalizados.

La segunda y breve legislatura del trigésimo tercero Congreso comenzó en 4 de diciembre, en cuyo mismo día remitió el Presidente Pierce su mensaje anual, que contenia el acostumbrado sumario acerca de la situacion del país y de las relaciones extranjeras, haciéndose además varias observaciones sobre todos los asuntos de mayor

(*) Los curiosos pormenores de este interesante viaje se encontrarán en la *Espedicion de una escuadrilla americana á los mares de la China y el Japon en 1851 por el comodoro M. C. Perry*, Nueva-York 1857, pág. 624. Esta obrita fué arreglada en vista de los documentos y diarios justificantes por el Rev. F. L. Hawks, de Nueva-York, á instancias del mismo comodoro Perry.

interés é importancia que debia tomar en consideracion el Congreso. Dábase cuenta despues del estado de la Hacienda, cada vez mas lisonjero, y se anunciaba que en el último balance resultaban á favor del Tesoro veinte millones ciento treinta y siete mil novecientos sesenta y siete duros, figurando la deuda pública solo por cuarenta y cinco millones que deberian satisfacerse en diversos plazos en el término de catorce años. Los informes de los jefes de los departamentos que acompañaban el mensaje del Presidente, contenian tambien numerosos datos y noticias bastantes para guiar al Congreso y facilitarle el camino para legislar sábia y acertadamente.

A principios del año 1855, el Presidente Pierce remitió al Congreso un mensaje especial en el que aducia numerosos argumentos contra la política de las mejoras interiores que se proponia seguir el Gobierno general, y asimismo trataba de vindicar su conducta al imponer el *veto* en el *bill* respectivo aprobado en la última legislatura. Ya hemos hablado bastante estensamente de este asunto en diversas páginas de nuestra historia, y por lo tanto no creemos necesario reproducir aquí nuestras observaciones. El Presidente Pierce no decia nada nuevo para el arreglo de la cuestion sobre la cual tanto entonces como ahora existen y existirán siempre encontradas opiniones.

Algunos dias despues el general Cass pronunció un discurso tomando por tema si deberia obedecer las instrucciones de la legislatura de su Estado, pues segun parece las opiniones de esta eran distintas de las del orador, y en conciencia, no podia el general Cass obedecer. En el caso de estar conformes, como sucedia al tomar asiento el general en el Senado, hallábase dispuesto á cumplimentar las instrucciones, pero entonces se

veía precisado á rehusar, por habérsele prevenido que apoyara la aprobacion de un *bill* prohibiendo la esclavitud en los territorios de Kansas y Nebraskas.

La espedicion de emigrantes dirigida por el coronel Kinney escitó en alto grado el interés general en aquella fecha. Parece ser que la intencion del coronel y sus compañeros era colonizar y establecerse en ciertos puntos del territorio de la costa de los Mosquitos en virtud de cierto privilegio, que segun alegaban se habia concedido á Sheppard y Haly, dos súbditos británicos, por el último rey de aquel pais. El Gobierno de Nicaragua protestó contra esta espedicion alegando que aquello era invadir su territorio, á lo cual contestó Mr. Marcy que segun tenia entendido, no se proponian los espedicionarios otra cosa sino establecerse pacíficamente para dedicarse al cultivo de las tierras. El ministro de Nicaragua, Sr. Marcoleta, dirigió al Secretario de Estado una estensa carta con este motivo, escitando al Gobierno de los Estados-Unidos á que no permitiese ningun movimiento que pudiera favorecer las pretensiones de los ingleses sobre la costa de los Mosquitos, ni estimulase tampoco un ataque contra los derechos de Nicaragua; pero entretanto el coronel Kinney siguió adelante en su proyecto, y hácia mediados de julio llegó á San Juan del Norte despues de un penoso viaje y numerosos contratiempos. Ansiosos los emigrantes de tomar posesion de los treinta y cinco millones de acres de tierras, concedidos por el privilegio Sheppard en el citado territorio, procedieron con la mayor actividad, de tal modo, que á principios de setiembre y despues de celebrar una Junta, eligióse al coronel, gobernador civil y militar, organizándose un consejo de cinco individuos para que le auxiliasen en el desempeño de sus funciones. Durante todo el

otoño y el invierno pareció que la colonia prosperaba, y es lo cierto que muchos emigraron de los Estados-Unidos para establecerse en el nuevo territorio. Sin embargo, á principios de 1856, el Gobierno de Nicaragua hizo una formal reclamacion, rehusando reconocer la validez de los derechos alegados por el coronel Kinney.

Habiéndose aprobado en ambas Cámaras un *bill* autorizando el nombramiento de una comision que investigara cuáles habian sido las pérdidas sufridas por algunos ciudadanos de América en el comercio á consecuencia de las espoliaciones de los franceses, el Presidente impuso de nuevo su veto en 17 de febrero, y aun cuando se trató de obtener á todo trance la aprobacion, no se consiguió reunir las dos terceras partes de los votos. Tambien se aprobó luego otro *bill* por el cual se aumentaba hasta ochocientos cincuenta mil duros la consignacion anual de trescientos ochenta y cinco mil señalada á la empresa de los vapores Collins por el servicio del correo, pero tanto en la Cámara como en el Senado fué muy escasa la mayoría. En 3 de marzo el Presidente impuso tambien su *veto* sobre este *bill*, alegando numerosas razones para justificar su negativa. 1855.

Las Cámaras aprobaron luego otros varios *bills*; asignáronse siete millones setecientos cincuenta mil duros para atender á las reclamaciones de los acreedores de Texas que tuvieran bonos cuyo pago debia hacerse con aplicacion á las rentas del Estado; se acordó dispensar proteccion á los emigrantes pasajeros, y se votaron veinticinco mil duros para el pago de las estátuas que debia hacer Hiram Powers. Un acuerdo de las Cámaras, aprobado en 15 de febrero, autorizaba al Presidente para conferir el título de teniente general, con despacho, y por una sola vez, para

recompensar eminentes servicios, y de este modo el general Scott obtuvo como premio este distinguido honor (*).

Próximo ya el fin de la legislatura, el Presidente Pierce remitió al Congreso una voluminosa correspondencia diplomática relativa á la conferencia de Ostende, celebrada en el mes de octubre del mismo año. El objeto de la reunion de los embajadores americanos de Inglaterra, Francia y España en dicha ciudad, se reducía principalmente á tratar de la Isla de Cuba, pues se creía sumamente necesaria su adquisicion y se querian adoptar medidas con este fin, entablado negociaciones para comprársela á España si se convenia á venderla por ciento veinte millones de duros. Como Franklin Pierce vacilaba en adoptar la política propuesta en España por Mr. Soulé, éste presentó su dimision en 17 de diciembre de 1854, alegando que si no se aprobaban sus planes, nada le quedaba ya que hacer en España. El dia 3 de marzo terminó sus sesiones el trigésimo tercero Congreso (**).

Las elecciones que luego tuvieron lugar en diversos puntos del pais indicaron que iba engrosándose el partido llamado *americano* y que la votacion no seria favorable para el Gobierno de Pierce. Entre

1855.

(*) Durante los meses de enero, febrero y marzo de 1854 la expedicion Darien, compuesta de veintisiete individuos á las órdenes del teniente Isaac Strain, de la armada, trató de averiguar si seria practicable abrir una via al través del istmo; pero estos trabajos no pudieron llevarse á cabo sin peligros, contratiempos y penalidades, que parecerian increíbles al describirse.

(**) Aprovechando las vacaciones, el Presidente Pierce fué en 21 de agosto á visitar las minas de azufre de Virginia, en cuyo punto salió á recibirle un Comité formado por el ex-presidente Tyler, quien dirigió un discurso al Presidente dándole la bienvenida y felicitándole por la prosperidad del pais. Pierce cumplimentó en cambio á Mr. Tyler por sus servicios mientras habia estado al frente del Gobierno, y le hizo además algunas observaciones respecto á los peligros que amenazaban turbar la paz del pais, principalmente por el espíritu de resistencia á las leyes.

los *naturales* y los *extranjeros*, es decir, entre los ciudadanos del pais y los naturalizados, comenzaron á suscitarse disturbios y conflictos que revelaban la sobrecitacion de los ánimos en la mayoría del pueblo. Segun ya hemos indicado anteriormente, el arreglo de esta enojosa disputa sobre los ciudadanos naturales y los naturalizados no se ha terminado aun ni es probable que se termine en mucho tiempo, y como ya se comprenderá es una causa de alarma é inquietud para aquellos que desean la paz y el bienestar de nuestra querida patria. Es de advertir tambien que en muchos puntos habia marcadas tendencias de organizar un nuevo partido político que se oponia á la anulacion del acta de Missouri y se hallaba dispuesto á resistir á lo que los Estados del Norte conceptuaban agresiones de los defensores de la esclavitud en el Sur. Los *whigs*, segun la opinion pública, favorecian cuanto les era posible este movimiento.

Deseando vivamente la legislatura de Nueva-York contener el proyecto de la intemperancia, del pauperismo y del crimen, aprobó en aquella legislatura una ley muy severa sobre la venta de licores espirituosos, lo cual no se consiguió sin embargo sin que mediara un prolongado y animadísimo debate. Considerando cuán loables eran las intenciones de la legislatura, que deseaba á toda costa oponer una barrera á los vicios y al crimen, teniendo en cuenta que el abuso de las bebidas conduce muchas veces á la ruina de las familias, á la mendicidad y á la miseria, y al reflexionar sobre los infinitos delitos que se han cometido por hombres degradados física, moral y socialmente por el vicio de la embriaguez, de sentir es que aquella ley que debió comenzar á regir desde el 4 de julio, no se pusiera en vigor. Lo peor es que segun todas probabilidades no se observará aquella nunca, al menos en

1855.

las metrópolis de los Estados-Unidos, porque es cosa que ha llegado á creerse imposible. Esta es una cuestion muy grave y delicada, y el lector, como filántropo, patriota y buen cristiano, comprenderá de cuánta importancia es el resolverla favorablemente.

En la primavera de aquel año, el Presidente notificó al Gobierno dinamarqués, haciendo referencia á los derechos impuestos sobre todos los buques que atravesaran el Sound, que el tratado de comercio por el cual se reconocia la autorizacion de fijar tales derechos, caducaria á fin de año, y que por lo tanto no seguirian los Estados-Unidos reconociendo aquellos. El Gobierno dinamarqués contestó quejándose de que se le comunicara tan imprevistamente la noticia y esponiendo que la terminacion del tratado le privaria de una renta que tanto necesitaba Dinamarca en el actual estado de Europa.

Ya hemos hablado antes de la expedicion emprendida con objeto de buscar á Sir Juan Franklin y á sus desgraciados compañeros. El Dr. Kane, que ya habia verificado el primer viaje, y á quien se le resistia creer que hubiere perecido Franklin con toda su gente, pudo organizar, merced al desprendimiento de Mr. Grinnell y al favor del Gobierno, una segunda expedicion, que compuesta de diez y siete bravos marinos, se hizo á la vela en Nueva-York en 30 de mayo de 1853 á bordo del *Adelantado*, sólido bergantin de ciento cuarenta y cuatro toneladas, provisto de todo cuanto se creyó necesario para tan peligroso viaje. El dia 10 de setiembre llegaron los expedicionarios á la costa de Groenlandia, y al punto mas al Norte al que nunca alcanzaran. Kane y sus diez y siete hombres pasaron allí su primer invierno ártico, y llegado el verano, comenzaron las exploraciones en todos sentidos,

ocupándose al mismo tiempo en la caza; el segundo invierno, es decir, el de 1854 á 1855, fué en extremo riguroso, tanto mas cuanto que los expedicionarios habian agotado ya sus provisiones de carbon, por cuyo motivo y haber trascurrido ya dos años en las exploraciones, reconoció el Dr. Kane que no era posible pasar un tercer invierno entre los hielos. En su consecuencia el buque fué abandonado el 20 de mayo de 1855; convertidos los botes en trineos; aquellos bravos emprendieron la marcha para volver á su pais, y despues de infinitas penalidades y fatigas, llegaron á primeros de agosto á las colonias dinamarquesas de Upernavik despues de recorrer mil trescientas millas en ochenta y un dias. La tardanza de Kane habia empezado á inspirar temores, y tanto es así, que en mayo de 1855 se dió orden al teniente Hartstene para que fuera con dos buques en busca de los expedicionarios. Este oficial llegó en los primeros dias de julio á Upernavik, y afortunadamente encontró al poco tiempo á los atrevidos exploradores, de los cuales solo habian muerto tres. Hácia mediados de setiembre se embarcaron todos en el *Disco*, y el 11 de octubre llegó la expedicion con toda felicidad á Nueva-York (*).

El jóven navegante (habia nacido en febrero de 1820) presentó su informe oficial al Secretario de la Armada, y esperábase que podria prestar aun muchos servicios á la humanidad y á su pais, pero los rigores del invierno pasado en Groenlandia, habian quebrantado su salud de tal manera, que no tardó en bajar á la tumba á reunirse con los tres compañeros que le habian precedido. Hízose sin embargo todo cuanto podia espe-

(*) Son escesivamente interesantes los volúmenes de la obra titulada «Exploraciones árticas de la expedicion Grinnell en busca de Sir Juan Franklin, 1853, por Elisha Kent Kane, 2 vols. Philadelphia, 1857.

rarse de la solicitud y cariño de sus amigos, mas no fué posible combatir los progresos de la enfermedad, y el 16 de febrero de 1857 Elisha Kent Kane, que se hallaba en la Isla de Cuba, entregó su alma á Dios. El Dr. Elder publicó poco despues la biografía de nuestro distinguido compatriota, que no deja de ser interesante.

Ya que hablamos de la pérdida de Sir Juan Franklin y sus compañeros, diremos de paso que una espedicion organizada por la compañía de la Bahía del Hudson, descubrió en las islas de Montreal, enterrado en la nieve, un zapato de forma inglesa, la parte de un bote donde se veia escrita claramente la palabra *Terror*, y otros efectos de menor importancia. A este descubrimiento dió mas interés la circunstancia de que á fines de 1855 un buque ballenero de Nueva-Lóndres tropezó con la barca inglesa *Resolucion*, que habia sido abandonada en los hielos árticos por el capitán Kellett, individuo de la espedicion de Sir Eduardo Belcher. La *Resolucion*, con su armamento y todos sus demás efectos, se habia separado unas mil millas del punto donde encallara, y los atrevidos balleneros de Nueva-Lóndres se encargaron de conducirla á seguro puerto. Entonces el Congreso votó cuarenta mil duros para comprar y recomponer la *Resolucion*, y en 12 de diciembre de 1856, se encargó al teniente Harstene que fuera á presentarla al Gobierno inglés. Creemos que tanto la reina como el pueblo de la Gran Bretaña recibirian con la mayor satisfaccion aquella prueba de la galantería de los americanos.

En el otoño siguiente empezó á temerse que se suscitaran diferencias con Inglaterra, pues no solo los periódicos usaban cierto estilo provocativo, sino que se decia de público que el Gobierno inglés acababa de reforzar su escuadra de la India Occidental bajo el

pretexto de reprimir las tentativas de los filibusteros que salian de los puertos de los Estados-Unidos. Probablemente 1855. te aquel envío de buques no tendria otro objeto sino el de vigilar los actos de varios cónsules británicos que, al reclutar soldados para Crimea, faltaban á las instrucciones comunicadas por Mr. Cushing. De todos modos nos alegramos poder decir que el Gobierno británico no adoptó ninguna medida hostil, y por lo tanto se disiparon los temores, como habia sucedido ya en muchas ocasiones (*).

El 3 de diciembre celebró su primera sesion el trigésimo cuarto Congreso, y en la Cámara se comenzaron desde luego los debates al procederse á la eleccion de Presidente. Mrs. Banks, Richardson, Campbell y otros dos ó tres figuraban como principales candidatos, pero hubo tantos escrutinios y se perdió tanto tiempo, que hasta el 2 de febrero de 1856, es decir al cabo de dos meses, no recayó la eleccion definitiva en Mr. N. P. Banks, quien obtuvo ciento tres votos contra solo ciento que alcanzó Mr. Aiken, de la Carolina del Sur. Cansado el Presidente Pierce de aguardar tanto tiempo á que se organizara la Cámara, adoptó una resolucion sin ejemplar, y en 31 de diciembre remitió al Senado su mensaje en el que, despues de analizar las cuestiones de interés preferente, manifestaba cuáles eran las opiniones del Gobierno británico res-

(*) A fines de agosto, los directores del telégrafo de Nueva-York y los de la Compañía del telégrafo sub-marino de Lóndres, fueron á presenciar la colocacion del cable entre el cabo Ray y el cabo Norte, en una distancia de sesenta millas. Uno de los extremos del cable quedó sujeto en la costa del cabo Ray, y comenzó la operacion, continuándose por espacio de treinta horas con buen éxito, pero á causa del tiempo fué preciso cortar el cable sin sumergir en el mar sino una longitud de cuarenta millas. Los Directores volvieron á Nueva-York el 5 de setiembre con el propósito de renovar los trabajos tan pronto como fuese posible.

pecto á la interpretacion del tratado de 1850 referente á los asuntos de la América Central. Mr. Pierce hablaba asimismo de los agentes ingleses que en los Estados-Unidos se ocupaban en reclutar gente para la guerra de Crimea; de los derechos dinamarqueses y de nuestras relaciones con España; daba cuenta del estado de la Hacienda, siempre floreciente, y recomendaba muy en particular se nombrase un comisionado que vigilase la línea comprendida entre el territorio de Washington y las posesiones británicas. En la última parte de su mensaje disertaba Mr. Pierce estensamente acerca de la cuestion de Kansas, los derechos de los Estados, la ley de esclavos fugitivos, etc., emitiendo la opinion de que el Sur no habia obtenido ventaja sobre el Norte en la administracion práctica del Gobierno general. Tambien defendia los principios del *bill* Kansas-Nebraska.

Hablaremos aquí sobre la cuestion de Kansas, una de las mas enojosas que podian haberse suscitado. Por la naturaleza del caso y el estado de los asuntos, era natural que surgiesen dificultades por la anulacion del acta de Missouri, y en efecto, casi inmediatamente comenzó la polémica discutiéndose si la influencia de los hombres del Sur ó los del Norte predominaria al formar y amoldar las instituciones y principios del territorio y del Estado que pronto debia ser admitido en la Union. En el mes de marzo hubo elecciones para elegir los miembros de la legislatura territorial, y los candidatos que estaban en favor de la esclavitud obtuvieron una decidida mayoría, si bien se alegó por la parte contraria que la votacion habia sido ilegal por haber tomado parte en ella personas procedentes de Missouri que no

1855.

tenian derecho para hacerlo. El gobernador Reeder visitó poco despues los Es-

tados orientales, y en un discurso que pronunció dijo que el territorio de Kansas se habia visto invadido, conquistado y subyugado por gente estraña animada de un espíritu fanático que no sabia respetar los derechos del sufragio.

Cada vez era mayor la violencia del espíritu de partido y consecuencia de esto fueron los disturbios y derramamiento de sangre, pues mientras los que se oponian á la entrada de esclavos elevaban una esposicion al Congreso, acusando á los habitantes de Missouri de haber entrado en su territorio y privádoles de sus derechos; los del partido contrario no querian tolerar que se adoptase medida alguna para suprimir la esclavitud. El dia 22 de mayo tuvieron lugar las elecciones para la primera legislatura, que se reunió el 2 de julio en Pawnee, convocada por el gobernador, componiéndose el Consejo de diez y seis individuos y de veintiseis la Cámara de Representantes. Los diputados comenzaron sus tareas con el mayor celo, y sin detallar cuáles fueron aquellas, solo diremos que la primera legislatura se declaró en cierto modo hostil hácia el gobernador Reeder, quien recibió á poco una carta del Secretario de Estado en la que se le hacian varios cargos contra su integridad oficial. La contestacion de Reeder al Presidente Pierce no fué sin duda muy satisfactoria, pues á fines de julio se le separó, nombrando en su lugar á Daniel Woodson, Secretario que era del territorio.

La legislatura parecia dispuesta á trabajar con el mayor celo para combatir las ideas anti-esclavas que predominaban en el territorio, y al efecto aprobó desde luego varias medidas que creyó necesarias para conseguir el fin propuesto. Por un decreto se dió el derecho de votar á todo aquel que pagara un duro, fuera cual fuese el punto de su re-

sidencia, pero con tal, sin embargo, que ju-
 1855. rará aprobar el *bill de Kansas* y la ley de esclavos fugitivos; también se espidieron órdenes prohibiendo que se enseñara á leer á éstos, así como también que se les permitiera reunirse en *meetings*, á no ser que les presidiera algun constable ó individuo de la autoridad; otro decreto disponia que toda persona opuesta á la esclavitud ó que no reconociese el derecho de tener esclavos en el territorio, no podria tener voto en ninguna cuestion relacionada con la esclavitud, y por último por otra orden se imponia la pena de muerte á todo aquel que escitara la rebelion entre los esclavos, hablando, escribiendo, ó imprimiendo cualquier folleto, ó aconsejándoles la fuga. Estas órdenes dieron lugar, como se comprenderá, á muchos abusos y fueron causa de que se aprisionara á varias personas solo por sospechar que combatian la esclavitud.

En 14 de agosto se reunió una numerosa Convencion de pobladores en Lawrence, y asistieron á la sesion unas seiscientas personas, deseosas de saber qué se haria al tomar en consideracion el estado alarmante del territorio. Adoptáronse varios acuerdos declarando que se rechazaria la accion de la legislatura, aconsejada por el pueblo de Missouri, y habiéndose formado una Convencion de representantes del pueblo del territorio, reunióse aquella el 5 de setiembre en Big Springs. Dictáronse enérgicos acuerdos declarando que el verdadero interés de Kansas dependia de ser un Estado libre, se combatió á la legislatura, y se propuso un llamamiento al pueblo aconsejándole no permitiese una usurpacion y se resistiera en caso necesario por la fuerza de las armas. El ex-gobernador Reeder fué elegido por los diputados libres en 9 de octubre, y se aseguró que contaba con mayor

número de votos que Whitfield, quien obtuvo el dia 1.º del mismo mes, dos mil setecientos sesenta, de los defensores de la esclavitud. Semejante estado de cosas, como era natural, hizo necesario que la Cámara de Representantes resolviera en la legislatura siguiente acerca de las reclamaciones de los respectivos contendientes, es decir de Reeder y Whitfield. Los diputados libres formaron luego una Convencion que se reunió en Topeka en 27 de octubre y terminó sus sesiones en 11 de noviembre, despues de haber redactado una Constitucion que debia someterse al pueblo en 15 de diciembre siguiente, y en cuyo principal artículo se declaraba que no se toleraria la esclavitud en el territorio despues del 4 de julio de 1857. Los que optaban por ella organizaron también una Convencion en Leavenworth el dia 14 de noviembre: el goberna-
 1855. dor Shannon fué elegido presidente, y los principales debates tuvieron por objeto condenar la política de los diputados anti-esclavos, declarando que si persistian en ella y la sancionaba el Congreso se daria lugar á una guerra civil.

Al llegar á este punto, parécenos necesario dar algunos detalles acerca de los movimientos del coronel ó general Walker en la América Central, aun cuando sus tentativas con los filibusteros no obtuvieron el éxito que muchos se prometian. A fines de agosto, Walker desembarcó con una partida de hombres armados en San Juan del Sur, y en 3 de setiembre sus fuerzas, en número de ciento cincuenta hombres, fueron atacadas en Bahía Virgen por unos cuatrocientos de las tropas del Gobierno. Despues de un
 1855. breve pero sangriento combate, Walker derrotó á sus enemigos, atacó en octubre á Granada, la capital, de la que pudo apoderarse por sorpresa, sin encontrar mu-

cha resistencia, y habiéndose rendido el general Corral, firmóse acto continuo un tratado de paz. Walker fué elegido Presidente de la República, pero dimitió en favor del general Rivas, y entretanto Corral, á quien juzgó un consejo de guerra, fué pasado por las armas. El coronel Wheeler, ministro americano, reconoció formalmente el Gobierno tal como acababa de constituirse.

Bien pronto llegaron refuerzos, principalmente de California, y el Gobierno de Rivas y Walker parecia vigorizarse á principios de 1856; el coronel P. H. French marchó en clase de embajador á los Estados-Unidos, pero nuestro Gobierno se negó á recibirle con este carácter. Los demás Estados de la América Central, resueltos á derribar á Walker, se unieron con este objeto, y en el mes de marzo Costa Rica declaró formalmente la guerra á Nicaragua, á lo que contestó Walker anunciando que invadiria el pais enemigo. Al poco tiempo se dieron varias batallas; el coronel Schlessinger, que mandaba trescientos hombres, fué derrotado completamente en Santa Rosa; los costa riqueños marcharon al territorio de Nicaragua en número de tres ó cuatro mil, y consiguieron apoderarse de la ciudad de Rivas, pero el 11 de abril se dió una sangrienta batalla en la que Walker se proclamó completamente victorioso. Entonces se retiraron los costa riqueños, y ya la accion de los demás Estados comenzó á ser vacilante é incierta; pero poco despues surgieron diferencias entre Rivas y Walker, á consecuencia segun parece de los celos que inspiraban al primero los americanos. Walker fué elegido Presidente en el mes de junio, y al aproximarse el otoño hizo sus preparativos para salir al encuentro del ejército con que los Estados confederados se proponian derrotarle de una

vez, espulsándolo luego de aquel pais. No entraremos aquí en mas detalles acerca de las operaciones de Walker; parécenos suficiente limitarnos á decir que sus negocios fueron empeorando en el trascurso del año, y que al fin, en abril de 1857, viéndose con muy pocas fuerzas, tuvo que capitular, y se le condujo con muchos de los suyos á los Estados-Unidos.

A fines de 1855 empezaron á ser mas numerosos los disturbios en Kansas: habia ocurrido una riña entre dos hombres que disputaban sobre la cuestion de la esclavitud, y uno de ellos mató á su contrario; hechos como este debian producir naturalmente la mayor efervescencia y agitacion, y los habitantes de Missouri, dispuestos á defender su causa, penetraron en Kansas en gran número, acampando cerca de Lawrence, como si intentasen atacar aquel punto. El gobernador Shannon hizo cuanto le fué posible por evitar un conflicto; de allí á poco los habitantes de Missouri se volvieron á su territorio, y en 22 de diciembre se reunió en Lawrence una Convencion de diputados libres á fin de elegir candidatos para la administracion de los negocios del Estado.

El dia 24 de enero de 1856, el Presidente remitió un mensaje al Senado en el que, al dar cuenta de los asuntos de Kansas, censuraba al último gobernador Reeder por haber desatendido sus deberes, y reconocia á la legislatura territorial como constituida legítimamente, desaprobando en un todo el que los diputados libres hubiesen formado una Constitucion, y proponiendo las medidas que en su concepto debian adoptarse en aquel caso. En 11 de febrero espidió el Presidente una proclama diciendo que en el territorio se habian formado combinaciones con objeto de oponerse á la ejecucion de las leyes; que se proyectaba una intervencion ar-

mada, y que en su vista acababa de adoptar las disposiciones oportunas para reprimir los desórdenes y conservar la paz en el país.

Fácilmente se comprenderá que la cuestion de Kansas ocupó con preferencia la atencion del Congreso: Mr. Whitfield y Mr. Reeder eran los delegados elegidos para representar á las dos partes contendientes, y el Comité respectivo informó sobre las reclamaciones, pero la mayoría de aquel se declaró en contra de Mr. Whitfield y de la autoridad territorial, y solicitaba autorizacion para exigir la presentacion de documentos y personas; la minoría emitió un informe muy distinto, y juzgaba mas oportuno enviar un comisionado á Kansas á fin de tomar las declaraciones necesarias. Despues de un enojoso debate, adoptóse en la Cámara la proposicion de la mayoría, y el senador Mr. Douglas sometió á la Cámara alta otro informe sosteniendo que los actos de la legislatura territorial eran legales, y recomendando que cuando la poblacion de Kansas ascendiera á noventa y tres mil trescientos cuarenta y tres habitantes, número exigido para tener representacion en el Congreso, se le autorizara para organizar el Gobierno del Estado. En este informe denunciábase tambien como ilegal la Convencion reunida en Topeka. Mr. Collamer presentó un informe de la minoría, rebatiendo los argumentos de Mr. Douglas, y como medio mas sencillo de arreglar las diferencias, recomendaba que se admitiera de una vez á Kansas á formar parte de la Union con su Constitución actual (*).

Una parte de la legislatura, la que se componia de los diputados libres, se reunió en Topeka en 14 de marzo, pero dispuso continuar mas tarde sus sesiones en Lawrence.

(*) El día 9 de abril, el senador Seward, de Nueva-York, pronunció un discurso notable en favor de la inmediata admision de Kansas como Estado.

Mr. Kass presentó luego en el Senado una solicitud de aquella que dió lugar á una discusion violenta, por lo cual se remitió al Comité de territorios, y esto fué causa de que se entablase una correspondencia muy desagradable entre Mr. Douglas y Mr. Lane, senador electo de Kansas. Durante los meses de abril y mayo continuaron los disturbios en este territorio donde parecia haberse declarado una especie de guerra civil, pues los escesos que diariamente se cometian á consecuencia de las frecuentes cuestiones sobre la esclavitud, daban asunto á los periódicos para llenar sus columnas, y á todos inquietaba el desenlace que mas ó menos pronto iba seguramente á tener lugar. Llegados á este punto no pasaremos en silencio un desagraciado incidente ocurrido en el Congreso.

Los debates del Senado iban siendo cada vez mas violentos, como era de esperar: Mr. Douglas, Mr. Butler, Mr. Mason y otros senadores, habian hablado mucho respecto á Kansas, y en contestacion, Mr. Sumner, de Massachusetts, pronunció en 19 de mayo un notable discurso, en el cual trató de combatir los argumentos de Butler y sus compañeros, revelando cuánta era la indignacion que le inspiraba su conducta, pero con una mordacidad sin ejemplo en los anales de la Cámara, y permitiéndose invectivas impropias en aquel sitio. A esto se siguieron palabras descompuestas y contestaciones violentas por una y otra parte, hasta que al fin, en la mañana del 22, tuvo el Senado por conveniente suspender sus sesiones. Al día siguiente hallándose Mr. Sumner en su despacho, presentósele Mr. P. S. Brooks, sobrino de Mr. Butler, y miembro de la Cámara de la Carolina del Sur, y diciéndole en tono brusco que era un infame libelista á quien se debia castigar, le dió un bastonazo en la cabeza, repitiendo los golpes hasta de-

járlo casi muerto. Este hecho produjo como era natural un tumulto en el Congreso, y en un principio se trató de castigar al delincuente espulsándole de la Cámara; pero los que, indignados ante semejante conducta, deseaban purgar nuestra legislatura nacional de todas aquellas pensiones que no saben ventilar sus cuestiones sino recurriendo á la violencia, no pudieron reunir en su favor suficientes votos, y por lo tanto Mr. Brooks y sus amigos Keitt y Edmonson continuaron en sus puestos. El primero fué condenado por el tribunal de Washington á pagar la multa de trescientos duros y el segundo sufrió una severa reprension de la Cámara.

Al poco tiempo, el Comité investigador de Kansas sometió al Congreso un minucioso informe emitiendo su parecer acerca de los diversos asuntos tomados en consideracion. El Comité opinaba, en vista de los informes obtenidos, que los habitantes de Missouri habian intervenido ilegalmente en la cuestion de Kansas, y que ese territorio podria llegar á ser un Estado libre si se alcanzaba el consentimiento de los que podian votar legalmente. En cuanto á Whitfield y á Reeder, creíase conveniente no admitirlos como delegados en la Cámara, y se recomendaba la adopcion de medidas para asegurar una eleccion libre en el territorio. Mrs. Howard y Sherman, mayoría del Comité, firmaron el informe; pero Mr. Oliver rehusó hacerlo y poco despues presentó otro informe de la minoría. El Comité de la Cámara sometió un *bill* pidiendo la inmediata admision de Kansas como Estado, con la Constitucion de Topeka, pero se desechó el 30 de junio por ciento seis votos contra ciento cinco, y habiéndose procedido á segunda votacion, se aprobó por último en 3 de julio por noventa y nueve votos contra noventa y siete.

1856.

El gobernador Shannon, á quien acababa de separar el Presidente, fué reemplazado por Mr. J. W. Geary, y comenzó á desempeñar sus funciones en los primeros dias del mes de setiembre, atendido que el territorio era teatro de una guerra civil y se ignoraba cuál seria el desenlace de aquella situacion tan angustiosa. Las enérgicas medidas del nuevo gobernador bastaron al parecer para reprimir los desórdenes y se creyó que al fin volveria á restablecerse la tranquilidad.

El dia 2 de junio se reunió la Convencion democrática en Cincinnati, y despues de aprobar varios acuerdos para dar á conocer las opiniones y principios del partido, se procedió á elegir los candidatos para la presidencia y vice-presidencia.

1856.

Mrs. Douglas, Pierce y Buchanan figuraban en primer término, pero el último obtuvo al fin todos los votos y por lo tanto quedó designado como primer candidato de los demócratas para ocupar el cargo de Presidente. J. C. Breckenridge obtuvo el mayor número de votos para la vice-presidencia. Dos semanas despues, la Convencion republicana reunida en Pittsburg elegia á Juan C. Fremont para Presidente, y á W. L. Dayton para Vice-presidente; el partido americano nombraba por su parte á Mr. Fillmore para el primero de dichos cargos, nombramiento que la Convencion *whig* aprobó sin vacilar en el mes de setiembre.

Terminada aquella larga legislatura en la que se habian discutido asuntos de la mayor trascendencia, cerróse el Congreso en 18 de agosto y los diputados se retiraron ansiosos de tomar parte en la lucha presidencial, ya muy próxima, lucha en que como sabemos menudeaban las intrigas, los discursos políticos y los artículos de los periódicos que apoyaban sus respectivos candidatos. Por

Jacobo Buchanan y J. C. Breckenridge votaron diez y nueve Estados; por J. C. Fremont y W. L. Dayton, once; por Fillmore y Donelson, solo uno, el de Maryland, y en su consecuencia Buchanan y Breckenridge quedaron elegidos para los cargos de Presidente y Vice-presidente. El número de votos populares para los respectivos candidatos fué el siguiente: para el democrático un millon ochocientos cincuenta y nueve mil trescientos treinta y siete; para el republicano, un millon trescientos cuarenta y un mil ochocientos doce, y para el americano ochocientos ochenta y ocho mil cincuenta y cinco.

La segunda legislatura del trigésimo cuarto Congreso comenzó en 1.º de diciembre, y al dia siguiente remitió Mr. Pierce su último mensaje anual, mas interesante que el de costumbre por cuanto se trataban en él con la mayor minuciosidad las grandes cuestiones origen de la hostilidad entre el Norte y el Sur. Mr. Pierce se esforzaba en defender las opiniones y principios por que se guiara su Gobierno al anular el acta de Missouri, y al tratar la cuestion de la esclavitud hacia recaer sin contemplacion alguna toda la culpa en los hombres del Norte y en aquellos que, conformándose en no intervenir en la esclavitud donde existiese, mostrábanse resueltos á impedir que se propagara. El senador Benton hizo la revista crítica de tan estenso mensaje y recomendamos al lector su lectura: se encontrará en su conocida obra citada con frecuencia por nosotros.

Mr. Pierce anunciaba luego que los ingresos del Tesoro en el año económico, habian ascendido á cerca de setenta y cuatro millones de duros, y á menos de setenta y tres millones los gastos, comprendiéndose en estos, tres millones pagados á México y

otros trece por cuenta de la deuda pública. Segun el Presidente, no habian escedido de cuarenta y ocho millones de duros los gastos de los cinco años anteriores, y calculando que esta suma bastaria para los cinco siguientes, recomendaba que se redujese la tarifa, de modo que pudieran percibirse por esta renta cincuenta millones de duros (*).

No cansaremos aquí al lector con el examen de los actos de aquella legislatura; bastará decir que tanto las recomendaciones del Poder ejecutivo como de los diversos jefes de los departamentos, fueron atendidas debidamente por ambas Cámaras. Para los gastos del Gobierno durante el año se consignaron diez y siete millones de duros, que unidos á las cantidades votadas para el ejército, la armada, el servicio de correos, etc., componian un total de setenta millones. Despues de introducir una enmienda se modificó la tarifa con aprobacion de la Cámara y el Senado, segun lo recomendaba el Presidente; el *bill* se aprobó en la Cámara alta por treinta y tres votos contra ocho, y en la otra por ciento veinticuatro contra setenta y uno, debiendo comenzar á regir desde el 2 de julio de 1857. Calculábase que de este modo habria en la renta una reduccion de veinte millones de duros. El *bill* del Telégrafo Atlántico, aprobado tambien, prevenia que la suma que se pagase á la compañía, no escediera de setenta mil duros al año hasta que los beneficios líquidos llegasen al seis por ciento, y que despues no pasaran de cincuenta mil; que la tarifa de precios se fijara por el Secretario del Tesoro y la Gran Bretaña; y que el Congreso podria terminar el contrato, cumplido el plazo de diez años, avisándolo con

1857.

(*) Véase el Apéndice de la obra de Benton, *Exámen de la cuestion Dred Scott*, págs. 184 y 185.

uno de anticipacion (*). Tambien se aprobaron varias actas referentes á la mejor organizacion de la armada; votáronse unos quinientos mil duros para construir vias férreas desde el fuerte Kearney por Rocky Mountains y el valle del Gran lago Salado, hasta California; se autorizó al pueblo de Minnesota para que formase una Constitucion y un Gobierno del Estado; concediéronse algunas tierras en Minnesota, Alabama y otros puntos para construir caminos de hierro, y se acordó finalmente, qué castigos debian imponerse por ciertos crímenes.

Recordaremos aquí que al terminarse el mes de diciembre de 1856, el Supremo Tribunal de justicia tuvo que entender en un caso de cierta importancia, sometido á su consideracion para que resolviera con arreglo á la ley, caso que llegó á conocerse en todo el pais con el nombre de *La cuestion Dred Scott*, que escitó el mayor interés en todos los puntos de los Estados-Unidos, siendo de advertir que en aquella ocasion fué cuando mas estuvieron espuestos á la crítica los procedimientos del jefe de justicia y de los magistrados auxiliares. Hé aquí el caso: Scott y su mujer eran esclavos pertenecientes al Dr. Emerson, cirujano del ejército de los Estados-Unidos, y habiéndoseles conducido á Illinois, residian en el Fuerte Snelling, en cuyo territorio se habia prohibido para siempre la esclavitud por la ordenanza de 1787. En 1838, Scott y su mujer fueron trasladados á Missouri, donde tuvieron dos hijos, los cuales, aun cuando se les consideraba como esclavos, reclamaron mas tarde su libertad, fundándose en que

por la accion de su amo se les habia conducido á un territorio libre. El tribunal resolvió contra su reclamacion alegando que los negros, ya sean esclavos ó libres, no eran ciudadanos de los Estados-Unidos segun la Constitucion del pais. La parte política de esta cuestion, los argumentos aducidos por el tribunal y las opiniones que emitió respecto al acta de Missouri sobre el asunto de la esclavitud, dieron á la cuestion Dred Scott un interés que era fácil explicar, y la resolucion del Tribunal, lejos de calmar los ánimos, solo sirvió para encender mas la discordia. Reproducimos en el Apéndice de este capítulo una parte del dictámen del Supremo Tribunal de los Estados-Unidos, cuya lectura no deja de ser interesante.

Si el lector desea estudiar esta cuestion tal como la presenta el jefe de justicia Tane y sus seis asociados, podrá comprender la fuerza de los argumentos aducidos por ambas partes, convenciéndose asimismo de que lo mas conveniente para todos seria arreglar la cuestion de la esclavitud en términos tan satisfactorios para el Norte como para el Sur, respetando los derechos de cada cual, pues de este modo cesarian de una vez las agitaciones, los disturbios, las disputas y las polémicas, y podria conservarse la paz y la tranquilidad en el pais, especialmente en el Sur (*). Nosotros estamos conformes con el Dr. Tucker, cuyas palabras al hablar de este asunto son dignas de tenerse en cuenta; dice así: «Causas imprevistas en la actualidad pudieran prolongar ó abreviar la existencia del Supremo Tribunal de los Estados-Unidos; pero nadie puede saber cual será su fin, y de esto podremos decir lo

(*) En agosto de 1857 se trató de colocar el cable para la compañía del Telégrafo Atlántico, pero desgraciadamente no salió bien la operacion, y fué preciso aplazar la grandiosa obra de reunir el nuevo mundo con el antiguo por este medio.

(*) Recomendamos al lector el *Exámen de la cuestion Dred Scott*. Es un escrito notable en que se combate la resolucion del Supremo Tribunal, y que no deja de ofrecer interés. Véase el apéndice del presente capítulo.



mismo que del hombre, que si bien ignora cuál será el día de su muerte, sabe muy bien que esta *es segura é irrevocable* (*).

El gobernador Geary, que habia hecho los mayores esfuerzos para restablecer la paz y el orden en Kansas, no pudo conseguir su objeto, y como por otra parte iba perdiendo la salud y reinaba el espíritu de oposicion contra sus medidas, creyó oportuno presentar la dimision de su cargo, lo cual hizo en el mes de marzo. El sucesor de Mr. Pierce nombró en su lugar, poco despues, á Mr. Roberto J. Walker, designando para Secretario á Mr. E. P. Stanton. La Convencion de los Estados libres y sus partidarios continuaron resistiéndose á la autoridad de la Asamblea legislativa y á sus actos, y era fácil comprender que segun adelantara el año 1857 aumentarian las dificultades. No está á nuestros alcancés pronosticar ahora cuál será el porvenir de Kansas ni cómo se resolverán las diversas cuestiones que se refieren á su Constitucion, mas esperamos que triunfarán la justicia y el derecho.

El día 3 de marzo de 1857 se cerró el trigésimo cuarto Congreso, y en el mismo día

(*) Véase la obrita de Mr. Tucker, titulada: *Progreso de los Estados- Unidos en poblacion y riqueza durante un periodo de cincuenta años*. Nueva-York, 1848.

dejó Franklin Pierce la silla presidencial de los Estados- Unidos para que la ocupara Mr. Buchanan. Poco podemos decir de su administracion: por muchos **1857.** conceptos dejó de satisfacer las aspiraciones del país, sin llenar las esperanzas que en un principio abrigaba el pueblo al encargarse este Presidente del Gobierno. Mr. Pierce subió al poder con mucho prestigio, como candidato democrático, que debia regirse solo por los principios de aquel partido; pero al retirarse de su elevado puesto, era opinion general que no habia hecho tanto como se esperaba de él, siendo el parecer de todos que ya era tiempo de entregar las riendas del Gobierno á otras manos, á fin sobre todo de que los demócratas pudieran conservar su ascendiente y llevar á cabo sus planes. Entiéndase que aqui hablamos solo de la carrera del Presidente, pues en todo lo demás, como hombre, como caballero y amante de su patria, de la justicia y de la verdad, Mr. Pierce es digno de elogio. Nosotros le concedemos todo esto, pero tambien debemos consignar que, á juicio del país, la administracion de Franklin Pierce no fué fecunda en resultados ni satisfizo tampoco los deseos y legítimas aspiraciones de todos sus compatriotas.

APÉNDICE AL CAPÍTULO VIII.

OPINION DEL JEFE DE JUSTICIA TANEY Y DEL TRIBUNAL RESPECTO Á LA CUESTION DRED SCOTT.

Es nuestro deber decidir si los hechos espuestos son ó no suficientes para demostrar que el reclamante no puede apelar como ciudadano á un tribunal de los Estados-Unidos.

Esta es seguramente una cuestion muy grave, y de aquellas que se han sometido por primera vez á la consideracion de este tribunal, mas no por eso nos creemos menos en el deber de resolver sobre ella.

El caso se reduce sencillamente á esta pregunta: ¿Puede un negro, cuyos antecesores fueron importados en este país y vendidos como esclavos, convertirse en miembro de esta comunidad política formada por la Constitucion de los Estados-Unidos, y adquirir todos los derechos, privilegios é inmunidades, asegurados por aquel instrumento á todo ciudadano? ¿Podrá considerársele con derecho á recurrir á un tribunal de los Estados-Unidos en los casos que especifica la Constitucion?

Debe observarse que en este caso se trata solo de personas cuyos antecesores eran negros de la raza africana, y que se importaron en este país donde se vendieron como esclavos, y por lo tanto el único punto que el tribunal debe discutir es, si los descendientes de tales esclavos, cuando se emancipen, ó hayan nacido de padres que llegaron á ser libres antes de ocurrir el nacimiento, deben considerarse como ciudadanos de un Estado en el sentido en que se interpreta la palabra en la Constitucion del país.

Las condiciones de esta poblacion no se asemejaban en nada á las de la raza india; cierto es que esta última no formaba parte de las comunidades coloniales ni se amalgamó nunca con ellas ni por las relaciones de sociedad ni tampoco por su Gobierno, pero aun cuando ese pueblo no estaba civilizado, considerábase como libre é independiente, asociándose entre sí por naciones ó tribus gobernadas por sus propias leyes. Muchas de estas comunidades políticas se hallaban en los territorios sobre los cuales reclamó la raza blanca el último derecho de dominio, mas al hacerse esta reclamacion no se dejó de reconocer el que tenian los

indios de ocupar el territorio cuanto tiempo quisieran; y ni los ingleses ni los Gobiernos coloniales reclamaron terrenos de ninguna tribu que los ocupara, ni mucho menos alegaron el derecho de posesion hasta que aquella hubiera consentido en ceder el territorio. Estos Gobiernos indios eran considerados y se les trataba como extranjeros, lo mismo enteramente que si el Océano separara al hombre rojo del blanco, y su libertad se ha reconocido siempre por los diferentes Gobiernos que se sucedieron de unos á otros desde la época de la primera emigracion á las colonias inglesas hasta la actualidad. Se han concluido tratados con los indios y se ha solicitado su alianza en la guerra, pero siempre se les consideró como extranjeros enteramente. extraños á nuestro Gobierno, y si bien es verdad que en el trascurso de los acontecimientos han llegado á encontrarse las tribus indias dentro de los límites de los Estados-Unidos, bajo la sujecion de la raza blanca, no lo es menos que los hemos considerado como una especie de huéspedes, aun cuando haya sido preciso, tanto por su bien como por el nuestro, legislar hasta cierto punto sobre el territorio que ocupaban. Es indudable, sin embargo, que así como los súbditos de otro Gobierno extranjero, pueden naturalizarse por la autoridad del Congreso y llegar á ser ciudadanos de un Estado y de la Union, y si un individuo dejara su nacion ó tribu para vivir con la poblacion blanca, tendria tambien derecho á todos los privilegios que correspondieran á un emigrado de cualquier pueblo extranjero.

Es preciso pues determinar quiénes eran los ciudadanos de los diversos Estados al adoptarse la Constitucion, y para esto debemos recurrir al Gobierno y á las instituciones de las trece colonias cuando se separaron de la Gran Bretaña para constituir nuevas soberanías y ocupar su puesto en la gran familia de las naciones independientes; debemos averiguar quiénes eran reconocidos en aquella época como ciudadanos de un Estado contra cuyos derechos y liberta-

des atentó el Gobierno inglés, y es preciso saber en fin quiénes fueron los que declararon su independencia arrojándose los poderes de un Gobierno para defender sus derechos por la fuerza de las armas.

En opinion del tribunal, la legislacion y la historia de aquellos tiempos, y el lenguaje usado en la Declaracion de la Independencia, demuestran, que ni los que se importaron como esclavos ni tampoco sus descendientes, ya llegaron ó no á ser libres, fueron reconocidos entonces como una parte del pueblo; ni tampoco se desprende que hubiera la intencion de comprenderlos en los términos generales de aquel notable documento.

Es muy difícil hoy dia asegurar cuál era en aquella época la opinion pública respecto á esta raza infortunada en las partes mas civilizadas del mundo, pero la historia pública de todas las naciones europeas nos lo indica de un modo que no da lugar á dudas.

Por espacio de mas de un siglo se consideraron esos seres como de un orden inferior que no podian asociarse con la raza blanca ni en sus relaciones sociales ni politicas, y tanto es así, que no se les reconocia derecho alguno que los blancos debieran respetar. El esclavo era comprado y vendido como cualquiera mercancia de la que podia sacarse alguna utilidad, y esta opinion, generalizada entre la raza blanca, considerábase como un axioma que nadie hubiera pensado en discutir.

Y en ningun pais predominaba esta idea con tanta uniformidad como en la Gran Bretaña y entre los ingleses, pues no solo cogian á los negros en la costa de África para venderlos ó conservarlos para su uso, sino que los esportaban como un género cualquiera á todos los paises donde esperaban sacar algun beneficio de ellos, consagrándose á este comercio mas que ninguna otra nacion del mundo.

Esta opinion que dominaba en Inglaterra se comunicó naturalmente á las colonias que los ingleses fundaron en este lado del Atlántico, y en su consecuencia, todo negro de la raza africana era considerado como un articulo de propiedad y comprado y vendido como tal en cada una de las trece colonias que tomaron parte en la Declaracion de la Independencia y formaron luego la Constitucion de los Estados-Unidos. Los esclavos eran mas ó menos numerosos en las diversas colonias, segun lo requeria el trabajo, pero no parece que ninguno haya puesto en duda la exactitud de la idea dominante en aquella época.

El lenguaje de la Declaracion de la Independencia no es menos concluyente; empieza así: «Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se ve un pueblo en la precision de disolver los lazos politicos que le unian con otro, para ejercer por sí solo los poderes de que debe hacer uso por el derecho que le conceden las leyes de la naturaleza y del mismo Dios, un sentimiento de respeto y de dignidad le impone el deber de manifestar al mundo qué causas le obligaron á proclamarse independiente.»

Y dice despues: «Para nosotros son verdades incontables que todos los hombres nacen iguales; que á todos les ha concedido el Criador ciertos derechos inherentes de

que nadie les puede despojar; que para proteger estos se instituyeron con el beneplácito y consentimiento de los hombres, los Gobiernos que debian regirlos, y que cuando uno de aquellos llega á ser perjudicial por no defender como debe las libertades de un pueblo, cuidándose de su felicidad, este tiene derecho para modificarlo ó abolirlo, formando otro, fundado en tales principios y organizado de tal manera que pueda contribuir al público bienestar.»

Segun estos términos generales parece que se quiere incluir á toda la familia humana, y si se emplearan hoy dia en un documento semejante, se entenderian con facilidad: pero es bien claro, y no cabe discusion sobre ello, que no se pensó incluir á la raza esclava de África, ni formaba esta parte del pueblo que adoptó la Declaracion, pues si el lenguaje, tal como se comprendia en aquella época, hubiera hecho referencia á los esclavos, la conducta de los hombres distinguidos que proclamaron la Independencia, hubiera sido inconsistente hasta la evidencia con los principios que sentaron, y en vez de las simpatias de la humanidad, en las que tanto confiaban, habrian merecido la reprobacion universal.

Esto nos induce á examinar por qué articulo de la Constitucion está autorizado el Gobierno federal para adquirir territorio fuera de los primitivos limites de los Estados-Unidos, y qué derechos puede ejercer sobre la persona ó los bienes de un ciudadano de la Union, residente en aquel, antes de admitirse como Estado á dicho territorio.

Seguramente que la Constitucion no autoriza al Gobierno federal para establecer ó mantener fuera del limite de los Estados-Unidos, colonias que puedan ser gobernadas á su antojo, ni tiene derecho tampoco para estender sus limites territoriales, como no sea por la admision de nuevos Estados. En este caso puede hacerlo evidentemente, y si un nuevo Estado es admitido, no necesita una nueva legislacion del Congreso, porque la Constitucion misma define los derechos relativos y los deberes del Estado, de los ciudadanos de este, y del Gobierno federal; pero no se autoriza la adquisicion de territorio para conservarlo y gobernarlo permanentemente con este carácter.

No cuestionaremos aquí el derecho del Congreso en este sentido, pues reconocemos que le tiene para estender el territorio de la Union, admitiendo nuevos Estados, los cuales sin embargo no deben entrar á formar parte de aquella hasta que les autorice á ello su aumento de poblacion y sus condiciones especiales. Esta cuestion, no obstante, corresponde al departamento político del Gobierno y no al judicial, y lo que el primero reconozca dentro del limite de los Estados-Unidos, debe reconocerlo tambien el segundo, administrando las leyes y manteniendo en el territorio la autoridad y derechos, no solo del Gobierno, sino tambien de los ciudadanos segun lo previene la Constitucion. Lo que nosotros tratamos de esponer sobre este punto, es que como no se definen en la Constitucion los derechos que el Gobierno general pueda tener sobre la persona ó bienes del ciudadano de un territorio adquirido, el tribunal debe necesariamente estudiar las disposiciones y principios de la

Constitucion respecto á la distribucion de los poderes para trazarse la linea de conducta que debe observar en este caso.

Guiándonos por esta regla, puede asegurarse desde luego que los ciudadanos de la Union que emigran á un territorio perteneciente á la misma, no pueden ser gobernados como meros colonos ni tampoco por leyes que se crea conveniente imponerles. El principio sobre que descansa nuestro Gobierno y por el cual solo existe, es la Union de los Estados soberanos é independientes dentro de sus propios limites respecto á su administracion interior, y enlazados como un pueblo por el Gobierno general que goza de ciertos derechos y atribuciones conferidos por el pueblo de los diversos Estados, ejerciendo suprema autoridad dentro de la esfera de aquellos. Si el Gobierno general, por lo tanto, estuviera autorizado para obtener y conservar colonias y territorios sobre los cuales pudiera legislar sin restriccion alguna, esto seria inconsistente con su propia existencia en su forma actual, pues todo cuanto adquiriera, es para el beneficio del pueblo de los diversos Estados, y se halla principalmente en el deber de velar por los intereses de la Union en el ejercicio de los poderes que le fueron conferidos.

En la época en que el territorio en cuestion fué obtenido por cesion de Francia, no contenia suficiente número de habitantes para ser admitido como Estado, y por lo tanto fué absolutamente preciso conservarlo como territorio perteneciente á los Estados-Unidos, hasta que estuviese poblado por una sociedad civilizada que pudiera regirse por un Gobierno, y se hallase en condicion de ser admitido como Estado á formar parte de la Union. Pero segun ya hemos dicho el territorio fué adquirido por el Gobierno general como representante del pueblo de los Estados-Unidos, y debe por lo tanto conservarse con este carácter para mútuo beneficio, porque fué el pueblo de los diversos Estados, representado por su agente, el Gobierno federal, quien de hecho adquirió el territorio en cuestion, que se debe conservar para el uso comun hasta que se asocie con los demás Estados como miembro de la Union

La autoridad del Congreso sobre la persona ó bienes de un ciudadano no puede ser nunca discrecional bajo nuestra Constitucion y forma de Gobierno; los poderes de este y los derechos y privilegios de aquel se hallan claramente definidos por la Constitucion misma, y cuando el territorio llega á ser una parte de los Estados-Unidos, el Gobierno federal entra en posesion con el carácter que le dieron aquellos que le organizaron. Sus atribuciones tienen un limite marcado por la Constitucion de la que deriva su propia existencia, y en virtud de la cual solamente continúa obrando como Gobierno y soberanía. No tiene otro poder sino el que le fué conferido, y al tomar posesion de un territorio de los Estados-Unidos, no le es posible despojarse de su carácter para ejercer un poder discrecional ó despótico que la Constitucion no concede. Siendo el territorio una parte de los Estados-Unidos, tanto el Gobierno como el ciudadano, entran en él bajo la autoridad de la Constitucion, con sus respectivos derechos señalados de antemano, y el primero no

tiene mas derecho sobre la persona ó bienes del segundo sino el que confiere aquel instrumento.

Nos referiremos á ciertos artículos de la Constitucion para confirmar este aserto.

Así pues, parecenos que no habrá quien sostenga que el Congreso pueda hacer cualquiera ley en un territorio para establecer una religion ó limitar la libertad de la palabra y de la prensa ó impedir al pueblo reunirse pacíficamente.

Ni tampoco puede negar el Congreso al pueblo el derecho de tener y llevar armas, ni el de que se le juzgue por un Jurado, ni puede obligar tampoco á ninguno á ser testigo contra si mismo en una causa criminal.

Estos derechos y otros, que están en relacion con los de la persona, y que no es necesario enumerar aquí, son precisamente aquellos que no puede ejercer el Gobierno general. Asi pues, los derechos de la propiedad están unidos con el del poseedor, y se consideran lo mismo por la quinta enmienda de la Constitucion, la cual previene que á ninguno se le privará de la vida, de la libertad ó de los bienes sin los procedimientos de la ley; y una órden del Congreso que despoje á un ciudadano de los Estados-Unidos de su libertad ó de sus bienes, solo porque se trasladó con estos á un territorio particular de los Estados-Unidos, sin haber faltado á las leyes, no puede dar lugar á un proceso.

Del mismo modo, tampoco podrá sostenerse que el Congreso esté autorizado por la ley para disponer que un soldado se aloje en una casa de cualquier territorio sin el consentimiento de su dueño en tiempo de paz, ni tampoco en caso de guerra, como no sea en la forma prescrita por la ley. Asimismo no podria confiscar los bienes de un ciudadano convicto de traicion por mas tiempo que el de la duracion de la vida, ni apoderarse de los bienes particulares para el uso público sin la debida compensacion.

No solamente no se conceden al Congreso los poderes de que venimos hablando sobre las personas y sus bienes, sino que le está terminantemente prohibido el ejercerlos, y esta prohibicion no se limita á los Estados, pues los términos son generales, sino que se estiende sobre todo el territorio en que se puede legislar con la Constitucion, incluso aquellas partes consideradas aun como Gobierno territorial. Y si el Congreso no puede hacer esto por sí mismo, si no tiene semejantes atribuciones el Gobierno federal, creemos se admitirá que no se puede autorizar á un Gobierno territorial para que lo haga, es decir, para que infrinja los artículos de la Constitucion.

Parece sin embargo que algunos suponen que cuando la propiedad es un esclavo varia el caso de especie, y que pueden aplicarse reglas muy distintas al interpretar la Constitucion de los Estados-Unidos; pero las leyes y usos de las naciones y los escritos de eminentes jurisconsultos al hablar del amo y del esclavo y de sus mútuos derechos y deberes, han ilustrado suficientemente este punto.

Al considerar esta cuestion, debe tenerse presente que ninguna ley de las naciones puede interponerse entre el pueblo de los Estados-Unidos y su Gobierno; los poderes de este y los derechos del ciudadano constituyen ya una práctica establecida, y así como el pueblo de la Union le ha con-

ferido ciertas atribuciones, tambien ha creido conveniente prohibirle el ejercicio de otras. En su consecuencia, ni las leyes ni las costumbres de otras naciones, ni los razonamientos de los diplomáticos ó jurisconsultos acerca de las relaciones que existen entre el amo y el esclavo, bastarán nunca para conferir nuevos poderes al Gobierno y despojar á los ciudadanos de sus respectivos privilegios. Si la Constitucion reconoce el derecho de propiedad en el amo del esclavo, y no establece diferencia acerca de la clase de los bienes que posee un ciudadano, ningun tribunal que se halle bajo la autoridad de los Estados-Unidos, bien sea la legislativa, la ejecutiva ó la judicial, está autorizado para establecer semejante distincion ó rehusar el beneficio de las garantías concedidas para la proteccion de los bienes particulares contra las usurpaciones del Gobierno.

Ahora bien, segun ya se ha dicho, el derecho de propiedad sobre un esclavo está espresa y terminantemente confirmado por la Constitucion, que tambien conferia á los ciudadanos de los Estados-Unidos, por espacio de veinte años, el derecho de traficar en la esclavitud lo mismo que en las demás mercancías. Esto se dice con demasiada claridad para que pueda interpretarse torcidamente el sentido de las palabras, y no podrá encontrarse ninguna frase en la Cons-

titucion por la cual pueda creerse el Congreso con mas derechos sobre la propiedad cuando esta se componga de esclavos, ni por la que pueda suponerse que esta clase de bienes no se deban *proteger tanto como los otros*.

En vista de estas consideraciones, opina el tribunal que el decreto del Congreso por el cual se prohíbe á todo ciudadano tener bienes de esta clase en territorio de los Estados-Unidos en la parte Norte, no está autorizado por la Constitucion, siendo por lo tanto nulo y sin efecto, y que ni el mismo Dred Scott ni ninguno de su familia debieron considerarse libres al ser conducidos á este territorio, aun cuando su amo hubiera tenido la intencion de proclamarse presidente.

Reasumiendo, y á juicio del tribunal, el reclamante no es ciudadano de Missouri en el sentido estricto en que se emplea esta palabra en la Constitucion, y es de parecer asimismo que el tribunal de circuito de los Estados-Unidos no tiene, por las razones espuestas, jurisdiccion alguna en este punto ni puede por lo tanto sentenciar sobre él. En su consecuencia procede expedir un mandato declarando no haber lugar por incompetencia en el presente caso.



James Buchanan

CAPÍTULO IX.

1857—1859.

ADMINISTRACION DE JACOBO BUCHANAN.

Ceremonias que tuvieron lugar al encargarse Mr. Buchanan de la Presidencia.—Su manifiesto inaugural.—Su Gabinete.—El Senado termina sus sesiones extraordinarias.—Se reúne el Congreso.—El primer mensaje anual de Mr. Buchanan.—Negocios extranjeros.—Espedicion á Nicaragua.—Procedimientos en Kansas.—Segunda legislatura del trigésimo quinto Congreso.—El mensaje.—Relaciones con las potencias extranjeras.—El célebre discurso del senador Hammond sobre la probable separacion de los Estados del Sur.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—La conspiracion de Juan Brown.—Apéndice al capitulo IX.—Estadística interesante.

El miércoles 4 de marzo de 1857, dia señalado para inaugurarse la nueva administracion, reinaba en Washington mas entusiasmo y animacion que de costumbre. Jacobo Buchanan llegó á la residencia del Gobierno en 3 de marzo y al dia siguiente presentóse en la Cámara del Senado, donde se hallaba ya el Vice-presidente, Juan C. Breckenridge, quien acababa de prestar el juramento de costumbre, los miembros de la Cámara alta, los jueces del Supremo Tribunal, el cuerpo diplomático y otros altos funcionarios del

1857. Gobierno. El ex-Presidente Mr. Pierce honraba tambien con su presencia el acto, y á eso de la una Mr. Buchanan seguido de un gran concurso de ciudadanos y de las autoridades civiles y militares, se dirigió al pórtico oriental del Capitolio donde segun la costumbre establecida entregó su manifiesto inaugural, cuyo contenido reproducimos íntegro á continuacion.

«Ciudadanos :

» Me presento hoy ante vosotros para jurar solemnemente que cumpliré con toda fide-

dad los deberes que me impone mi elevado cargo, sin perdonar esfuerzo alguno para conservar, proteger y defender la Constitucion de los Estados-Unidos de América. Al contraer tan sagrado compromiso, invoqué humildemente al Dios de nuestros padres á fin de que me conceda la suficiente sabiduría y firmeza en el desempeño de mi cometido. para restablecer la armonía y la tranquilidad entre el pueblo de los diversos Estados, conservando nuestras libres instituciones. Persuadido de que debo mi eleccion á mi constante amor á la patria y á los buenos deseos que animan al pueblo americano, yo me atreveré á pedirle su eficaz apoyo cuando se trate de adoptar las medidas mas oportunas para la dicha y prosperidad de esta Nacion. Resuelto ya á no presentarme como candidato en la reeleccion, no habrá motivo alguno que influya en mi conducta al dirigir la nave del Gobierno sino el deseo de servir fielmente á mi pais y dejar un grato recuerdo á mis compatriotas.

» Acaba de terminarse una lucha presi-

dencial en que las pasiones de nuestros compatriotas se escitaron en el mas alto grado al discutir cuestiones de una importancia vital; pero cuando el pueblo proclamó su libertad cesó la tormenta como por encanto y renació la calma, porque habló la voz de la mayoría en la forma prescrita por la Constitución, y esto bastaba para que cesaran los debates y las polémicas. ¡Solo en nuestro país se podría presenciar tan admirable espectáculo! ¡Qué feliz idea fué la del Congreso al establecer la sencilla regla de que la voluntad de la mayoría bastara para resolver la cuestion de la esclavitud doméstica en los territorios! De hoy mas el Congreso no legislará en este asunto, y en vez de establecer la esclavitud ó de escluir la de cualquier Estado, dejará al pueblo en perfecta libertad de formar sus instituciones segun tenga por conveniente, sujetándose solo á la Constitución de los Estados-Unidos. El Congreso ha dispuesto tambien que cuando se admita al territorio de Kansas como Estado se le reciba con esclavitud ó sin ella, segun lo prescriba su Constitución, en el momento de entrar á formar parte de los Estados-Unidos. Las opiniones no han estado conformes respecto á fijar la época en que el pueblo de un territorio deberá decidir esta cuestión por sí mismo; pero felizmente este es un asunto de poca importancia práctica y además es una cuestion judicial que legítimamente corresponde al Supremo Tribunal de los Estados-Unidos, quien es de esperar la resolverá bien pronto. De todos modos es un deber indispensable del Gobierno de la Union asegurar á todo habitante residente la libre emision de su voto; este sagrado derecho de cada individuo debe conservarse siempre, y una vez conseguido, nada mejor que dejar al pueblo de un territorio libre de toda intervencion estraña para que trace su línea de con-

ducta teniendo presentes las disposiciones de la Constitución de los Estados-Unidos. Resuelta la cuestion territorial bajo el principio de la soberanía del pueblo, principio tan antiguo como lo es el mismo Gobierno libre, pueden considerarse zanjadas todas las demás que corresponden á la práctica, y siendo así, ¿no podrá esperarse que cese la agitacion de los ánimos y se olviden las causas que á ello dieron lugar? ¡Feliz será nuestro país el dia en que el espíritu público deje al olvido esta cuestion para ocuparse de otras de mas importancia!

»Durante el largo período en que ha predominado esta agitacion, no ha resultado bien alguno para nadie, y ella ha sido el origen continuo de grandes males para el amo, para el esclavo y para el país en general, pues se ha introducido la discordia entre los Estados hermanos hasta el punto de poner en peligro la existencia misma de la Union. Lo peor de todo es que este peligro existe aun: bajo nuestro sistema hay un remedio para todos los males políticos, merced al criterio y recto juicio del pueblo; el tiempo es un gran correctivo: las cuestiones políticas que solo hace algunos años exasperaban el espíritu público, se han olvidado ya casi del todo; pero el asunto de la esclavitud doméstica es de mayor importancia que aquellas, porque si la agitacion continuase podria poner en peligro la seguridad personal de una gran parte de nuestros compatriotas allí donde la institucion existe. En este caso, ninguna forma de Gobierno compensaria la pérdida de la paz y de la seguridad en nuestra gran familia, y por lo mismo yo aconsejo á todos los hombres amantes de la Union no perdonen esfuerzo alguno para que cese esa agitacion que no tiene un objeto legítimo.

»Es un verdadero mal de la época que algunos hombres se hayan ocupado en hacer

cálculos acerca del valor material de la Union, razonando sobre los beneficios pecuniarios y ventajas locales que resultarían á los diversos Estados en el caso de disolverse, aunque sin olvidar los perjuicios que semejante suceso podría ocasionar. Aun descendiendo á este mezquino cálculo en cuestion de tamaña importancia, debe ser aquel naturalmente defectuoso, y una sencilla consideracion bastará para probarlo.

»En la actualidad disfrutamos en nuestro vastísimo pais de un comercio libre que admira el mundo, y este comercio se hace por vias férreas, por canales y por rios que unen entre sí al Norte y al Sur, al Este y al Oeste de nuestra Confederacion; ahora bien, aniquilad ese comercio, contened su libre curso por las líneas geográficas de Estados hostiles y envidiosos, y habreis destruido la prosperidad, habreis puesto fin á la dicha de todo el pais, envolviéndole en una ruina comun.

»Por importantes que sean en sí estas consideraciones, pierden su significancia cuando reflexionamos sobre los terribles males que para todos nosotros resultarían de la desunion, lo mismo para el Norte que para el Sur, lo mismo para el Este que para el Oeste. No trataré sin embargo de describirlos, porque confío en que esa Divina Providencia que inspiró á nuestros padres la suficiente sabiduría para fundar la mas perfecta forma de Gobierno que podia regir á los hombres, no consentirá que esto se destruya y aniquile, y que dejemos de ser un poderoso auxiliar para la estension de la libertad civil y religiosa en todo el mundo.

»Lo mas importante, despues de atender á la defensa de la Constitucion y al mantenimiento de la Union es combatir la inmoralidad, pues la virtud es el espíritu vital de las Repúblicas, y cuando aquella se pierde y es reemplazada por la pasion al dinero, se lle-

gan á perder del todo las formas de Gobierno libre aun cuando se conserven al principio por algun tiempo. Nuestra situacion financiera no tiene paralelo en la historia; ninguna nacion ha contado con tantos fondos en las arcas de su Tesoro, y esto necesariamente da lugar á una legislacion estravagante; hace concebir locos proyectos y produce una raza de especuladores cuyo ingenio solo se consagra á buscar medios para obtener el dinero público. Esto es ya en sí un gran mal, y para evitarlo, parece lo mas conveniente destinar los sobrantes del Tesoro á grandes objetos nacionales. Queda fuera de cuestion que el verdadero principio de nuestro Gobierno es no exigir al pueblo mas rentas que las necesarias para atender á los gastos de una sábia, económica y celosa administracion; para conseguir esto era necesario modificar la tarifa, y ya se ha hecho del modo que ha parecido mas conveniente para no perjudicar á nuestras fábricas especialmente aquellas que mas falta nos hacen para la defensa del pais.

»Ninguna nacion posee tan rica y vasta estension de terreno como la que tiene la nuestra, y aun cuando sea conveniente ir cediendo una parte de las tierras públicas para el aprovechamiento de las restantes, no debemos olvidar que uno de los principios de nuestra política es reservar parte de aquellas para los actuales pobladores, pues de este modo no solo se asegura la prosperidad de los nuevos Estados y se crea una raza independiente de honrados é industriosos ciudadanos, sino que conservamos un territorio para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, así como tambien para los desterrados que llegan á pedirnos hospitalidad desde lejanas tierras, deseosos de mejorar su condicion y disfrutar los beneficios de la libertad civil y religiosa. Estos han contribuido mu-

cho á los adelantos y prosperidad del pais; han sido fieles lo mismo en la paz que en la guerra, y despues de llegar á ser ciudadanos, adquieren por nuestra Constitucion y nuestras leyes, el derecho de que se les considere iguales á los que nacieron en el pais.

»Por la Constitucion federal conceden los Estados al Congreso ciertos poderes específicos, y la manera de interpretarlo ha dado lugar á una cuestion que divide mas ó menos á los partidos políticos desde hace algun tiempo. Sin entrar ahora á discutir sobre este punto, creo de mi deber manifestar aquí que una larga esperiencia y la observacion me han convencido de que, interpretar estrictamente y á la letra los poderes conferidos al Gobierno, es la verdadera teoría de la Constitucion, y obsérvese que cuando en nuestra pasada historia ha ejercido alguna vez el Congreso atribuciones dudosas, no han dejado nunca de resultar funestas consecuencias. Muchos ejemplos hemos tenido de esto, mas no me parece oportuno citarlos en esta ocasion. Convencido de tales verdades, considero sin embargo que al conferirse al Congreso autorizacion para declarar la guerra, la tiene tambien para disponer la construccion de un camino militar cuando sea absolutamente necesario para la defensa de cualquier Estado ó territorio de la Union en el caso de una invasion extranjera. Segun la Constitucion, el Congreso está autorizado para levantar ejércitos, mantener una escuadra, llamar á la milicia y rechazar á los invasores, debiendo tambien por consiguiente proteger á todos los Estados en general y á cada uno en particular; pero ¿cómo seria posible, por ejemplo, dispensar esta proteccion á California y á nuestras posesiones del Pacífico, si no hubiera un camino que cruzara el territorio de la Union y por el cual habian de transportarse rápidamente

hombres, armas y municiones para rechazar al enemigo? Es imposible concebir que mientras la Constitucion previene terminantemente que corresponde al Congreso atender á la defensa de los Estados, les privara de los únicos medios de defensa.

»Creo oportuno hacer aquí algunas breves observaciones respecto á nuestros derechos y deberes como hijos de un pais que forma parte de la gran familia de las naciones. En nuestras relaciones con ellas hay algunos principios aprobados por nuestra esperiencia de los cuales no debemos separarnos nunca, siendo uno de los principales cultivar la paz, y mantener el comercio y amistosas relaciones con todas las potencias, no solo para favorecer nuestros intereses nacionales, sino tambien por un espíritu de cristiana benevolencia hácia nuestros hermanos. Debemos obrar siempre con franqueza y lealtad, que esta es la mejor diplomacia, sin tratar de obtener mas ni menos de lo que nos corresponde; debemos desear y respetar la independenciam de todas las naciones sin intervenir nunca en los asuntos interiores de ninguna de ellas, á no ser que lo exigiere imperiosamente la gran ley de la propia conservacion; evitar toda clase de alianzas, ha sido una de nuestras máximas políticas desde los tiempos de Washington, cuya sabiduría nadie negará seguramente. En una palabra, debemos hacer justicia á todas las naciones y exigirla en cambio para nosotros. Es muy grato recordar que mientras otras potencias han extendido sus dominios por la fuerza de las armas, nosotros no hemos adquirido nunca un territorio sino comprándolo, ó por la voluntaria determinacion de un pueblo valeroso é independiente, como el de Texas, que solicitó unir su destino al nuestro. El haber adquirido algunas provincias de México no es tampoco

una escepcion, pues sabido es que en vez de aprovecharnos de las ventajas de la victoria en perjuicio de una República hermana, resolvimos comprar aquellas posesiones, en virtud del tratado de paz, por una suma que se consideró muy razonable. Nuestra pasada historia nos prohíbe adquirir territorios en lo futuro, á menos que la adquisicion se sancione por las leyes de la justicia y del honor; y obrando bajo este principio ninguna nacion tendrá derecho de intervenir ó quejarse si en el transcurso de los acontecimientos llegáramos á estender nuestro territorio. Hasta aquí, todos los que se hallan protegidos por el pabellon americano han disfrutado de la libertad civil y religiosa, rigiéndose por las sabias leyes á que debemos nuestra prosperidad y bienestar, y nuestro comercio aumenta tan rápidamente que todas las naciones que á él se dedican podrán disfrutar de sus muchos beneficios. He concluido, señores, y voy á prestar el juramento prescrito por la Constitucion, invocando antes humildemente al Todopoderoso para que siga protegiendo á este gran pueblo.»

Terminada la lectura del manifiesto inaugural, y despues de recibir las felicitaciones de todos los concurrentes, Buchanan prestó el juramento de costumbre ante el jefe de justicia Taney. Á este acto se siguieron los usuales regocijos, y la ciudad de Washington ofreció aquel dia un aspecto muy alegre en celebridad de tal acontecimiento.

De este modo entró en el desempeño de sus funciones el décimo quinto Presidente de los Estados-Unidos, que era un veterano en política, un hombre de Estado notable y un ardiente defensor de los principios del partido democrático, quien le habia elevado á la posicion que entonces ocupaba. Mr. Buchanan, á quien no le era posible leer en el porvenir, tenia suficientes motivos para

prometerse una administracion tan pacífica y próspera como satisfactoria; pero solo el tiempo, ese gran descubridor de verdades, debia revelar si se realizarian ó no tan halagüeñas esperanzas.

Mr. Buchanan eligió á los siguientes señores para formar su Gabinete : á Lewis Cass, de Michigan, se le nombró Secretario de Estado; á Howell Cobb, de Georgia, Secretario del Tesoro; á Juan B. Floyd, de Virginia, Secretario de la Guerra; á Isaac Toucey, de Connecticut, Secretario de la Armada; á Jacobo Thompson, de Mississippi, Secretario del Interior; á Jeremias S. Black, de Pennsylvania, Secretario de Hacienda, y á Aaron V. Brown, de Tennessee, Administrador general de correos. El Senado confirmó estos nombramientos sin la menor dificultad, y habiéndose prolongado las sesiones hasta el 14 de marzo, discutiéronse varios asuntos de interés preferente y se cerró el Congreso. Hiciéronse luego varios cambios en el personal diplomático así como tambien en el de otros funcionarios públicos, y una vez mas continuó su marcha la nave del Estado, que por espacio de cuatro años debia ser dirigida por nuevos pilotos.

Tales fueron los primeros actos de la administracion de Mr. Buchanan; pasó la primavera, llegó el verano, y parecia que los asuntos públicos seguirian su marcha acostumbrada, mas no obstante, no pasó mucho tiempo sin que se renovaran las murmuraciones respecto á la cuestion de Kansas, y fácilmente pudo conocerse que ella seria el caballo de batalla para el Poder ejecutivo y sus consejeros. Dejaremos para la última parte de la historia de nuestro pais el decir cuál debia ser el desenlace de aquella cuestion tan grave; y entonces tambien se verá si Jacobo Buchanan obró con esa prudencia, sabiduría, rectitud y patriotismo que el pue-

blo tiene derecho á esperar de aquel á quien eleva al supremo cargo de Jefe de la nacion.

La primera legislatura del trigésimo quinto Congreso se reunió en Washington el lunes 7 de diciembre de 1857, y habiéndose procedido en la Cámara á la eleccion de Presidente, fué designado para este cargo Jacobo L. Orr, de la Carolina del Sur. Al dia siguiente remitió Mr. Buchanan su primer mensaje anual, documento muy estenso y cuidadosamente redactado, en el que el nuevo Presidente empezaba manifestando que el pueblo de la Union podia felicitarse por el grado de prosperidad á que habia llegado el pais, debiéndose esto principalmente á la abundancia de las cosechas y á los rápidos progresos de la industria y de la agricultura. Á pesar de esto, segun indicaba Mr. Buchanan, las rentas iban disminuyendo notablemente, y empezaba á notarse la escasez de metálico, lo cual en su concepto debia atribuirse al exceso de papel que circulaba entonces. En opinion del Presidente, el único remedio para evitar este mal, era hacer una ley uniforme de quiebras aplicable á todos los bancos existentes en los Estados-Unidos, y que en el caso de no adoptarse esta medida, seria lo mas conveniente impedir á los mismos que emitieran papel y dejarlos reducidos á bancos de depósito y descuento.

El Presidente daba cuenta luego del estado de nuestras relaciones con las potencias extranjeras, manifestando al Congreso que eran en extremo satisfactorias, y que acababan de resolverse algunas ligeras diferencias con la Gran Bretaña, merced al nombramiento del ministro inglés Lord Napier, á quien se habia recibido cordialmente. Mr. Buchanan anunciaba además que se habian canjeado ya las ratificaciones del tratado concluido entre la Union y Persia, y que como el Shah deseaba cultivar las amistosas rela-

ciones con América, seria conveniente enviar á Teheran un ministro plenipotenciario que representase á los americanos. Despues de hablar sobre otros asuntos de interés preferente y de dar cuenta del estado de la Hacienda pública, el Presidente terminaba su mensaje recomendando se cultivaran las amistosas relaciones con las Repúblicas independientes del continente de América, con tanta mas razon cuanto que no contando aquellas con suficientes fuerzas, no les era tan fácil como á otras defender sus derechos. Mr. Buchanan recomendó tambien al Congreso la construccion de diez pequeños vapores de guerra, cuyo coste, segun dijo, no excederia de doscientos treinta mil duros cada uno, y concluyó diciendo que habia resuelto no aprobar ningun *bill* sin que se le concedieran dos dias para examinarlo, á no ser que se tratase de un asunto muy urgente.

Este mensaje, con el que se acompañaban los informes de los jefes de los departamentos, fué leído en ambas Cámaras, y habiéndose tomado en consideracion los puntos que abrazaba, comenzaron desde luego en el Congreso los debates á fin de discutir los asuntos de mas importancia.

Ya recordará el lector cuan enérgicas medidas tuvo que tomar el Gobierno de los Estados-Unidos para oponerse á las espediciones armadas, que contra Cuba se habian organizado en el pais; y ahora añadiremos, que habiéndose proyectado otra contra Nicaragua, los Secretarios de la Guerra y de la Armada espidieron órdenes á los diversos jefes de los departamentos, recomendándoles que vigilasen á fin de que no se infringieran las leyes de la neutralidad. A pesar de las precauciones tomadas, la espedicion se puso en marcha, mas se consiguió arrestar al jefe de ella en Orleans, si bien se le puso luego en libertad sin mas fianza que la de dos mil

duros. El Presidente remitió con este motivo un mensaje especial al Congreso, proponiendo que se adoptaran medidas eficaces para evitar en lo sucesivo semejantes atentados.

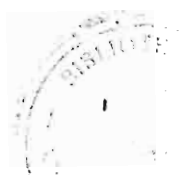
La cuestion de Kansas estaba muy lejos de haberse terminado: la agitacion iba en aumento; los partidos opuestos se mostraban cada vez mas hostiles, y reconocíase que el menor incidente podria encender la guerra civil con todas sus funestas consecuencias. La legislatura territorial, sin embargo, habia aprobado una ley para la eleccion de los delegados que debian redactar la Constitucion preparatoria á la admision en los Estados-Unidos. Ya diremos mas adelante cuál debia ser el desenlace de esta cuestion tan enojosa y que tanto escitaba los ánimos.

La segunda legislatura del trigésimo quinto Congreso comenzó en 6 de diciembre de 1858, y en el mismo dia se recibió el mensaje de Mr. Buchanan, quien hablaba principalmente de la cuestion de Kansas, anunciando al Congreso que la mayoría del pueblo de aquel territorio habia votado un gobernador y otros funcionarios, y elegido los miembros de la legislatura, pero que esto habia dado lugar á violentos y reñidos debates entre los dos partidos políticos de Kansas, porque la mayoría de los representantes pertenecian á la fraccion de los que antes se negaran á votar, y porque se daba el ascendiente á los enemigos de la esclavitud, quienes de este modo contaban con toda la influencia política. Mr. Buchanan daba luego estensos pormenores acerca de los disturbios que habian ocurrido en Utah, manifestando qué medidas se adoptaron para reprimir la naciente rebellion y obligar á los Mormones á prestar obediencia á las leyes. Brigham Young, principal jefe de los insurrectos, habia sido separado del cargo de

gobernador que desempeñaba, y era perseguido de cerca por las tropas del Gobierno, despues de ocupado militarmente aquel territorio. El Presidente elogiaba la conducta del nuevo gobernador Cumming y demás funcionarios de su Gobierno, quienes estaban desempeñando sus respectivas funciones en Utah, sin encontrar resistencia. La tranquilidad y la paz quedaban restablecidas, y no era de esperar que se turbase de nuevo el orden.

El estado de nuestras relaciones con las potencias extranjeras; la situacion de la Hacienda; la deuda pública; la construccion de una vía férrea hasta el Pacífico, y la cuestion de la esclavitud, eran los asuntos de mas importancia de que hablaba en su nuevo mensaje Mr. Buchanan, quien terminaba dando las mas espresivas gracias al Congreso por haber atendido á su recomendacion respecto á concederle tiempo suficiente para examinar los *bills* que se le presentaran.

Despues de haberse leído en ambas Cámaras el mensaje de Mr. Buchanan, dieron principio los debates, que como se comprenderá no podian menos de ser enojosos atendida la sobreescitacion de los ánimos, á causa principalmente de la cuestion de Kansas y Nebraska; pero nosotros no entraremos aquí en el detalle de aquellas prolongadas discusiones, limitándonos á estractar algunos párrafos del brillante y enérgico discurso pronunciado por Mr. Jacobo Hammond, senador de la Carolina del Sur, y defensor de la esclavitud, en contestacion á Mr. Guillermo H. Seward, de Nueva-York, representante del partido abolicionista. Nos parece de tanta mas importancia este estracto, porque en vista de él podrá formarse una idea de las causas que motivaron la separacion del Sur y del Norte al terminarse la administracion de Buchanan. Hé aquí cómo se espresaba Mr. Hammond:



«Cuando el honorable Mr. Seward habla ayer de la cuestion de la esclavitud, me extrañó oírle decir que su partido habia ganado la batalla, pero me alegro mucho saber ahora que he interpretado perfectamente sus palabras, y que su señoría piensa que el Sur es una provincia conquistada que debe ser gobernada por el Norte. El Senador de Nueva-York dijo entre otras cosas: *Supongamos que se admita á Kansas con la Constitucion que presente; ¿qué garantías tenemos de que el Congreso no intervendrá de nuevo en los asuntos de aquel territorio?* Con lo cual supongo querria decir, que si se suprimiese la esclavitud no hay una seguridad de que el Congreso no la estableciese de nuevo, y á esto contestaré yo: *¿qué garantías tendríamos nosotros si estuviésemos á la cabeza del Gobierno y si nos sometieramos á vuestras exigencias? ¿Qué seguridad de que no modificarais las tarifas á vuestro antojo, arruinándonos con vuestras mejoras públicas y dictando nuevas leyes para entorpecer la esportacion de los productos del Sur? ¿Qué garantías tenemos de que no crearais un nuevo banco para concentrar todos los recursos financieros en el Norte, y qué garantía, en fin, de que no emancipareis nuestros esclavos ó que tratareis al menos de hacerlo?* Nosotros no podemos confiar en vuestra buena fe cuando esteis en el poder porque siempre se ha faltado á ella, pero como mi mayor deseo es arreglar esta cuestion de una vez para siempre, creo oportuno despues de lo dicho por el Senador de Nueva-York, hacer aquí un ligero bosquejo de los recursos con que contais y de los que están á nuestro alcance.

»Aun cuando no adquiriésemos un palmo mas de terreno en el Sur, sepa su señoría que hoy tenemos una estension de ochocientas cincuenta mil millas cuadradas, es decir,

tanto como la Gran Bretaña, Francia, Austria ó Prusia! ¿No es este suficiente territorio para erigir un imperio que pueda dominar al mundo? Tenemos fértiles terrenos, un clima delicioso, todos los productos de la tierra que se puedan ambicionar; tenemos tres mil millas de costas, llenas de bahías y de islas, y á través de nuestro pais se desliza el gran Mississippí, ese padre de las aguas en el que van á desembocar mil corrientes tributarias. Mas allá tenemos desiertos inmensos; ¿qué mas podemos desear en nuestro territorio?
Nosotros tenemos el gran valle del Mississippí que es ahora y será reconocido algun dia como el asiento del imperio del mundo, y su importancia será bien pronto tan grande como la del valle del Nilo. En este vastísimo territorio contamos con una poblacion cuatro veces mayor que la que teniamos al separarnos de la madre patria; un sesenta por ciento mas numerosa que la de los Estados-Unidos cuando se empezó la segunda guerra de la Independencia, y nuestras esportaciones son tres veces mas numerosas que las de todos los Estados de la Union. Contamos además con un millon de hombres de la milicia, y en una guerra defensiva, ó en un caso de apuro, todos sin esceptuar uno saldrian á la defensa de su pais. En todo tiempo le es dable al Sur levantar, equipar y mantener un ejército mas numeroso del que pudiera enviar contra nosotros ninguna potencia del mundo!

»Pasando ahora á examinar la situacion del Norte, y aun comprendiendo en él á los dos grandes Estados de Kansas y Minnesota, veremos que su territorio tiene cien mil millas cuadradas menos que el nuestro, y no hablo de California y del Oregon porque no hay comparacion posible entre el Sur y esos paises ni la habrá tampoco nunca; la po-

blacion del Norte es un cincuenta por ciento mayor que la nuestra, no lo niego, y nada tengo que decir ni de su suelo ni de su pueblo, que es valeroso é inteligente; pero los productos del Norte no son tan ricos ni tan numerosos como los nuestros, y en cuanto á sus hombres notables, creo se me permitirá decir que no son ni han sido nunca superiores á los nuestros ni en el campo de batalla ni en las Cámaras del Congreso.

» Pero la fuerza de una nacion depende mas que todo de su riqueza, y la riqueza de una nacion así como la de un hombre, debe apreciarse por lo que produce. Si un hombre posee millones de duros y malgasta todo su patrimonio, ¿podremos decir que es rico? ¿Le será dable acometer ninguna empresa? ¿Podrá construir buques ó caminos de hierro, ni levantar un ejército para sostener una guerra? Podrá ser feliz, vivir con comodidad, disfrutar de lo que tiene mientras lo conserve, pero nunca será rico, nunca será fuerte.

» El Senador de Nueva-York dijo que el mundo entero habia abolido la esclavitud; ¡ah! habrá suprimido el *nombre*, pero no la *cosa*; todos los poderes de la tierra no podrian conseguirlo: solo Dios puede hacerlo! Nosotros creemos que los blancos no serian esclavos ni por ley ni por necesidad; nuestros esclavos son negros y una raza inferior, pero nosotros les hemos sacado de la triste condicion en que se hallaban, elevándolos, si así puede decirse. Ni uno solo de los individuos de esa raza diseminada en toda la estension del globo, podrá compararse nunca con los esclavos del Sur, porque ellos son felices, viven contentos, no ambicionan nada, y aunque de clara inteligencia, nunca tememos nada de sus aspiraciones.

» Circunstancias casuales os han favore-

cido hasta ahora; habeis aumentado vuestra poblacion con esas hordas de emigrantes semibárbaros que acuden numerosas al Norte un año y otro, y que dan lugar á un continuo movimiento. Á esto lo llamais progreso; lo es en efecto, pero nada envidiable. El Sur es quien mas ha contribuido á prestaros su apoyo; sois nuestros factores; traeis y llevais para nosotros; anualmente pasan por vuestras manos ciento cincuenta millones de duros de nuestro propio dinero, con una gran parte del cual os quedais, sirviendo lo demás para sostenéros en vuestra situacion. Suponed ahora que os retiráramos el apoyo; suponed que no os dejáramos tomar parte en nuestros negocios; ¿sabeis lo que sucederia entonces? Que quedariais sumidos en la pobreza.

» El Senador de Nueva-York dice que se trata de quitarnos el Gobierno, de que no tengamos participacion en él; quizás sea esto verdad, pero no olvidéis, porque esto está escrito en la página mas brillante de la historia humana, que nosotros, los defensores de la esclavitud en el Sur, hemos gobernado nuestro pais por espacio de setenta años, y os lo entregaremos puro y sin manchilla, próspero y vigoroso hasta el punto de escitar la admiracion del mundo. Con el tiempo veremos lo que hareis de él, pero nunca disminuirá nuestra gloria ni tampoco vuestra responsabilidad.»

Este discurso no hizo mas que escitar doblemente los ánimos sin evitar el conflicto, y dos años despues de pronunciadas estas palabras, estalló la lucha terrible que debia ser la admiracion del mundo.

La primera legislatura del trigésimo sexto Congreso comenzó sus tareas el primer lunes de diciembre de 1859; en la Cámara de Representantes comenzaron desde luego los debates para la eleccion de Presidente, cuyo cargo recayó en Mr. Galusha A. Grow, de

Pennsylvania. Al otro día remitió M. Buchanan su mensaje anual, tan extenso como los anteriores, y en cuyo primer párrafo se felicitaba á las Cámaras por el arreglo de la cuestión de la esclavitud en los territorios, reconociéndose en todo ciudadano el derecho de trasladar sus bienes, incluso los esclavos, á cualquiera de los Estados de la Confederación, protegidos como siempre por la Constitución del país. Pasando á dar cuenta del estado de las relaciones con todas las potencias, decía el Presidente que la conducta observada por nuestro Gobierno en el Celeste Imperio, al conservar la neutralidad en la guerra empeñada por la Gran Bretaña y Francia contra China, había sido muy conveniente, pues merced á esta circunstancia acababan de celebrarse tratados ventajosos con los respectivos ministros de dichas naciones. Mr. Buchanan añadía que las relaciones con los demás Gobiernos, escepto con España, eran satisfactorias, y que esperaba se arreglasen ciertas diferencias con la Gran Bretaña suscitadas á consecuencia del tratado Clayton-Bulwer. Por lo tocante á México habíanse suspendido las relaciones oficiales porque aquel país era presa de la guerra civil, si bien se había nombrado un agente para que representase á nuestro Gobierno. Con este motivo recomendaba el Presidente que se estableciera uno ó mas puestos militares en la línea mexicana de la Sonora y Chihuahua, indicando asimismo la conveniencia de organizar un Gobierno territorial en Arizona. Al poner en conocimiento del Congreso el estado de la Hacienda, manifestaba Mr. Buchanan que los ingresos en el Tesoro á fin del año que terminaba en 1859 habían sido de ochenta y un millones seiscientos noventa y dos mil cuatrocientos setenta y un duros, cuya suma componía con la existencia del año anterior un

total de ochenta y ocho millones noventa mil setecientos ochenta y siete duros. Los gastos representaban una cifra de ochenta y tres millones setecientos cincuenta y un mil quinientos once, de los cuales se habían pagado diez y siete millones cuatrocientos cincuenta mil doscientos ochenta y cinco para el pago del interés de la deuda pública y el descuento de los bonos del Tesoro. Mr. Buchanan trataba despues de otros asuntos que debería tomar en consideración el Congreso, y terminaba recomendando á este los intereses locales del distrito de Columbia.

Con el mensaje, á cuya lectura se procedió desde luego en ambas Cámaras, se acompañaban varios informes de los miembros del Gabinete, conteniendo todas las noticias necesarias para que el Congreso pudiera proceder con acierto al discutir y resolver las diversas é importantes cuestiones sometidas á su consideración.

Terminaremos el presente capítulo dando cuenta de un suceso importantísimo, que ejerció una poderosa influencia en los destinos de la Union. Nos referimos á la famosa conspiración de Juan Brown, cuyo objeto era revolucionar al Sur, tentativa que constituye uno de los mas sorprendentes episodios de la historia de los Estados-Unidos.

Juan Brown, natural de Kansas, enemigo fanático de la esclavitud, estimulado por las escitaciones de ciertos hombres, en desprecio de la Constitución y de las leyes del país, y sin escuchar la voz de la conciencia, fraguó una conspiración cuyo objeto era caer sobre el pueblo de Harper's Ferry, robar el arsenal, saquear las casas y promover la insurrección, habiéndose trazado al efecto un plan que ofrecía las mejores probabilidades de éxito. Los conspiradores alquilaron en el Estado de Maryland una hacienda situada á pocas millas de Harper's Ferry, en la que

permanecieron durante algunos meses, al parecer con el fin de ocuparse en sus asuntos particulares, pero en realidad para inspirar confianza á los habitantes del pueblo vecino y en particular á los de Harper's Ferry. De este modo pudieron reconocer perfectamente todas las localidades, las calles, las casas y las tiendas, de tal manera que en un momento dado, sin confusion y sin vacilaciones, pudieran llevar á cabo su proyecto. Los conspiradores no ignoraban que reinaba la mayor confianza, y sabian muy bien que no habia un solo hombre en todo el Estado de Virginia que se retirara á su casa por la noche con temor alguno, ni que sospechara mucho menos que pudiera ser atacado por ciudadanos de los Estados-Unidos. La seguridad, pues, era completa, pues no se temia nada de la poblacion esclava, y en esto no se engañaron los conspiradores segun veremos, de modo que todo contribuia á favorecer su proyecto.

Despues de haber cortado los alambres del telégrafo, Brown y los suyos, protegidos por la oscuridad de la noche, penetraron en el pueblo sin ser vistos; apoderáronse del único vigilante nocturno que habia en el arsenal, y ocuparon inmediatamente todos los edificios que contenian armas ó pudieran servir para una conveniente defensa. Hecho así, los conspiradores arrestaron por sorpresa á varios ciudadanos de los mas principales, á quienes ya conocian, y á los que encerraron en sitio seguro. Todo esto se llevó á cabo durante la noche, pero á la mañana siguiente, cuando se averiguó en parte lo que pasaba, el pueblo se dirigió hácia el arsenal donde empezaba á reinar la mayor confusion. Entonces los conspiradores hicieron fuego sobre los ciudadanos, y por la primera vez comprendióse por todos la enormidad de los designios de aquellos hombres, pero sin que se

hubiese notado, por extraño que esto parezca, que ningun ciudadano tuviese armas ni municiones para su defensa. A pesar de esto, reuniéronse bien pronto algunos mosquetes y rifles, y habiéndose armado inmediatamente algunos hombres de los alrededores, se contestó al fuego del enemigo con tan buen resultado que á las pocas horas se le desalojó de sus posiciones, con una gran pérdida entre muertos y heridos, y solo el jefe de la conspiracion pudo escapar con media docena de los suyos llevándose diez ó doce prisioneros con el fin de que los ciudadanos no hicieran fuego á la casa donde consiguieron refugiarse. En esto llegó la noticia de aquel acontecimiento á Washington; comenzaron á circular los mas exagerados detalles acerca del combate de Harper's Ferry, y en su vista adoptáronse inmediatamente cuantas disposiciones se creyeron necesarias, y se ordenó al coronel de caballeria Roberto E. Lee, que marchase en el acto al lugar de las ocurrencias con un destacamento de marineros, y dos compañías de voluntarios de Maryland, que ofrecieron espontáneamente sus servicios. Las tropas marcharon en tren especial, y á primera hora de la mañana siguiente, el coronel Lee dió orden de atacar la casa donde los conspiradores se habian fortificado, la cual fué tomada bien pronto sin mas pérdida que la de un muerto y un herido. Los conspiradores, entre los cuales se hallaba su jefe Juan Brown, fueron entregados á las autoridades de Virginia, y habiéndoseles juzgado por las leyes del pais, y reconocidos culpables, se les condenó á muerte y fueron ahorcados al otro dia.

Así terminó la conspiracion de Juan Brown, una de las mas atrevidas que se habian conocido en el pais, y cuyas consecuencias no debian conocerse hasta mas tarde.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IX.

ESTADÍSTICA INTERESANTE.

Conforme se hizo al final de la administración de Mr. Adams, comprendemos en un apéndice todos los datos estadísticos de importancia relacionados con la historia y progreso de los Estados-Unidos, desde el principio de la administración de Tomás Jefferson hasta los años 1856 y 1857.

I. — EL CONGRESO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

La legislatura nacional se compone de un Senado y Cámara de Representantes, y debe reunirse una vez al menos al año, el primer lunes de diciembre, á menos que se dis ponga otra cosa por medio de una ley.

El Senado se compone de dos miembros de cada Estado, y por lo tanto el número regular es de sesenta y dos; son elegidos por la legislatura de los diversos Estados por el término de seis años, pero una tercera parte de ellos se nombran cada bienio.

El Vice-presidente de los Estados-Unidos es el Presidente del Senado, en cuyo cuerpo no tiene mas que un voto que puede dar en caso de empate. En su ausencia se elige un Presidente *pro tempore*.

La Cámara de Representantes se compone de miembros de los diversos Estados elegidos por el pueblo, en distritos separados, por el término de dos años; su número se fija con arreglo al de la población. En 1856 se contaban doscientos treinta y cuatro Representantes, comprendiendo uno adicional asignado á California; habia además siete de legados pertenecientes á Oregon, Minnesota, Utah, Nueva-México, Washington, Kansas y Nebraska, los cuales podian hacer uso de la palabra, pero no votar.

Desde 4 de marzo de 1817 hasta cerrarse el trigésimo tercero Congreso (1855) la paga de los miembros era de ocho duros diarios, durante el tiempo de su asistencia á la Cámara, y otros ocho por cada veinte millas en su viaje de ida y vuelta de Washington; el Presidente de la Cámara y el Presidente *pro tempore* del Senado, recibian cada uno

diez y seis duros diarios; en la actualidad se les paga como antes, es decir, seis mil duros por cada Congreso; ahora se les paga como se hacia primeramente, abonando á cada uno de estos funcionarios doce mil duros por cada Congreso.

II. — ADMINISTRACIONES FEDERALES.

3.^a Administración: 1801 á 1809, ocho años.

Presidente. — Tomás Jefferson, de Virginia.

Vice-presidentes. — Aaron Burr, de Nueva-York y Jorge Clinton, de Nueva-York.

Secretario de Estado. — Jacobo Madison, de Virginia, marzo 5 de 1801.

Secretarios del Tesoro. — Samuel Dexter (continuó en el destino); Alberto Gallatin, de Pennsylvania, enero 26 de 1802.

Secretario de la Guerra. — Enrique Dearborn, de Massachusetts, marzo 5 de 1800.

Secretarios de la Armada. — Benjamin Stoddert (continuó en el destino); Roberto Smith, de Maryland, enero 26 de 1802.

Secretarios de Hacienda. — Levi Lincoln, de Massachusetts, marzo 5 de 1801; Juan Breckenridge, de Kentucky, diciembre 23 de 1805, y César A. Rodney, de Delaware, enero 20 de 1807.

Directores generales de Correos. — José Habersham (continuó en el destino), y Gideon Granger, de Connecticut, enero 26 de 1802.

4.^a Administración: 1809 á 1817, ocho años.

Presidente. — Jacobo Madison, de Virginia.

Vice-presidentes. — Jorge Clinton, de Nueva-York, y Elbridge Gerry, de Massachusetts.

Secretarios de Estado. — Roberto Smith, de Maryland, marzo 6 de 1809, y Jacobo Monroe, de Virginia, noviembre 25 de 1811.

Secretarios del Tesoro.—Alberto Gallatin (continuó en el destino); Jorge W. Campbell, de Tennessee, febrero 9 de 1814, y Alejandro J. Dallas, de Pennsylvania, octubre 6 de 1814.

Secretarios de la Guerra.—Guillermo Eustis, de Massachusetts, marzo 7, de 1809; Juan Armstrong, de Nueva-York, enero 13, de 1813; Jacobo Monroe, de Virginia, setiembre 26 de 1814, y Guillermo H. Crawford, de Georgia, marzo 2 de 1815.

Secretarios de la Armada.—Pablo Hamilton, de la Carolina del Sur, marzo 7 de 1809; Guillermo Jones, de Pennsylvania, enero 12 de 1813, y Benjamin W. Crowninshield, de Massachusetts, diciembre 19 de 1814.

Secretarios de Hacienda.—César A. Rodney (continuó en el destino); Guillermo Pinkney, de Maryland, diciembre 11 de 1811, y Ricardo Rush, de Pennsylvania, febrero 10 de 1814.

Directores generales de Correos.—Gideon Granger (continuó en el destino), y Return J. Meigs, de Ohio, marzo 17 de 1814.

5.^a Administración: 1817 á 1825, ocho años.

Presidente — Jacobo Monroe, de Virginia.

Vice-presidente.—Daniel D. Tompkins, de Nueva-York.

Secretario de Estado. — Juan Quincy Adams, de Massachusetts, marzo 5 de 1817.

Secretario del Tesoro.—Guillermo H. Crawford, de Georgia, marzo 5 de 1817.

Secretarios de la Guerra.—Isaac Schelby, de Kentucky, marzo 5 de 1817, y Juan C. Calhoun, de la Carolina del Sur, diciembre 16 de 1817.

Secretarios de la Armada.—Benjamin W. Crowninshield (continuó en el destino); Smith Thompson, de Nueva-York, noviembre 30 de 1818, y Samuel L. Southard, de Nueva-Jersey, diciembre 9 de 1823.

Secretarios de Hacienda.—Ricardo Rush (continuó en el destino), y Guillermo Wirt, de Virginia, diciembre 16 de 1817.

Directores generales de Correos.—Return J. Meigs (continuó en el destino), y Juan M'Lean, de Ohio, diciembre 9 de 1823.

6.^a Administración: 1825 á 1829, cuatro años.

Presidente. — Juan Quincy Adams, de Massachusetts.

Vice-presidente. — Juan C. Calhoun, de la Carolina del Sur.

Secretario de Estado. — Enrique Clay, de Kentucky, marzo 8 de 1825.

Secretario del Tesoro. — Ricardo Rush, de Pennsylvania, marzo 7 de 1825.

Secretarios de la Guerra. — Jacobo Barbour, de Virginia, marzo 7 de 1825, y Peter B. Porter, de Nueva-York, mayo 26 de 1828.

Secretario de la Armada. — Samuel L. Southard (continuó en el destino).

Secretario de Hacienda. — Guillermo Wirt (continuó en el destino).

Director general de Correos. — Juan M'Lean (continuó en el destino).

7.^a Administración: 1829 á 1837, ocho años.

Presidente. — Andrés Jackson, de Tennessee.

Vice-presidentes. — Juan C. Calhoun, de la Carolina del Sur, y Martin Van Buren, de Nueva-York.

Secretarios de Estado.—Martin Van Buren, de Nueva-York, marzo 6 de 1829; Eduardo Livingston, de Louisiana, 1831; Luis M'Lane, de Delaware, 1833, y Juan Forsyth, de Georgia, 1834.

Secretarios del Tesoro.—Samuel D. Ingham, de Pennsylvania, marzo 6 de 1829; Luis M'Lane, de Delaware, 1831; Guillermo J. Duane, de Pennsylvania, 1833; Rogerio B. Taney, de Maryland, 1833, y Levi Woodbury, de New-Hampshire, 1834.

Secretarios de la Guerra. — Juan H. Eaton, de Tennessee, marzo 9 de 1829, y Lewis Cass, de Ohio, 1831.

Secretarios de la Armada. — Juan Branch, de la Carolina del Norte, marzo 9 de 1829; Levi Woodbury, de New-Hampshire, 1831, y Mahlon Dickerson, de Nueva-Jersey, 1834.

Secretarios de Hacienda.—Juan M'Pherson Berrien, de Georgia, marzo 9, 1829; Rogerio B. Taney, de Maryland, diciembre, 1831, y Benjamin F. Butler, de Nueva-York, enero, 1834.

Directores generales de Correos.—Guillermo T. Barry, de Kentucky, marzo 9 de 1829, y Amos Kendall, de Kentucky, 1835.

8.^a Administración: 1837 á 1841, cuatro años.

Presidente. — Martin Van Buren, de Nueva-York.

Vice-presidente. — Ricardo M. Johnson, de Kentucky.

Secretario de Estado. — Juan Forsyth (continuó en el destino).

Secretario del Tesoro. — Levi Woodbury (continuó en el destino).

Secretario de la Guerra. — Joel R. Poinsett, de la Carolina del Sur, marzo 7 de 1837.

Secretarios de la Armada. — Mahlon Dickerson (continuó en el destino), y Jacobo K. Paulding, de Nueva-York, junio 30 de 1838.

Secretarios de Hacienda. — Félix Grundy, de Tennessee, agosto, 1838, y Enrique D. Gilpin, de Pennsylvania, enero, 1840.

Directores generales de Correos. — Amos Kendall (continuó en el destino), y Juan M. Niles, de Connecticut, mayo 25 de 1840.

9.^a Administración: 1841 á 1845, cuatro años.

Presidente. — Guillermo Henry Harrison, de Ohio (falleció en 4 de abril de 1841).

Vice-presidente. — Juan Tyler, de Virginia.

Presidente. — Juan Tyler, de Virginia (desde 4 de abril de 1841).

Secretarios de Estado. — Daniel Webster, de Massachusetts, marzo 5 de 1841; Hugo S. Legaré, de la Carolina del Sur, mayo 9 de 1843; Abel P. Upshur, de Virginia, junio 24 de 1843, y Juan C. Calhoun, marzo 6 de 1844.

Secretarios del Tesoro.—Tomás Ewing, de Ohio, marzo 5 de 1841; Walterio Forward, de Pennsylvania, setiembre 13 de 1841; Juan C. Spencer, de Nueva-York, marzo, 1843. y Jorge M. Bibb, de Kentucky, mayo, 1844.

Secretarios de la Guerra.—Juan Bell, de Tennessee, marzo 5 de 1841; Juan C. Spencer, de Nueva-York, octubre, 1841; Jacobo M. Porter, de Pennsylvania, marzo, 1843, y Guillermo Wilkins, de Pennsylvania, febrero, 1844.

Secretarios de la Armada.—Jorge E. Badger, de la Carolina del Sur, marzo 5 de 1841; Abel P. Upshur, de Virginia, setiembre, 1841; David Henshaw, de Massachusetts, julio, 1843; Tomás W. Gilmer, de Virginia, febrero, 1844, y Juan Y. Mason, de Virginia, marzo, 1844.

Secretarios de Hacienda.—Juan J. Crittenden, de Kentucky, marzo 5 de 1841; Hugo S. Legaré, de la Carolina del Sur, setiembre, 1841, y Juan Nelson, de Maryland, julio, 1843.

Directores generales de Correos.—Francisco Granger, de Nueva-York, marzo 6 de 1841, y Carlos A. Wickliffe, de Kentucky, setiembre, 1841.

10.^a Administración: 1845 á 1849, cuatro años.

Presidente.—Jacobo K. Polk, de Tennessee.

Vice-presidente.—Jorge M. Dallas, de Pennsylvania.

Secretario de Estado.—Jacobo Buchanan, de Pennsylvania, marzo 5 de 1845.

Secretario del Tesoro.—Roberto J. Walker, de Mississippi, marzo 5 de 1845.

Secretario de la Guerra.—Guillermo L. Marcy, de Nueva-York, marzo 5 de 1845.

Secretarios de la Armada.—Jorge Bancroft, de Massachusetts, marzo 5 de 1845, y Juan Y. Mason, de Virginia, 1845.

Secretarios de Hacienda.—Juan Y. Mason, de Virginia, marzo 5 de 1845; Nataniel Clifford, de Maine, 1846, é Isaac Toucey, de Connecticut, 1848.

Director general de Correos.—Cave Johnson, de Tennessee, marzo 5 de 1845.

11.^a Administración: 1849 á 1853, cuatro años.

Presidente.—Zacarias Taylor, de Louisiana (murió en 9 de julio de 1850).

Vice-presidente.—Millard Fillmore, de Nueva-York.

Presidente.—Millard Fillmore, de Nueva-York (desde 9 julio de 1850).

Secretarios de Estado.—Juan M. Clayton, de Delaware, marzo 7 de 1849; Daniel Webster, de Massachusetts, julio 20 de 1850, y Eduardo Everett, de Massachusetts, 1852.

Secretarios del Tesoro.—Guillermo M. Meredith, de Pennsylvania, marzo, 1849, y Tomás Corwin, de Ohio, julio 20 de 1850.

Secretarios de la Guerra.—Jorge W. Crawford, de Georgia, marzo 7 de 1849, y Carlos M. Conrad, de Louisiana, agosto 15 de 1850.

Secretarios de la Armada.—Guillermo B. Preston, de Virginia, marzo 7 de 1849; Guillermo A. Graham, de la Carolina del Norte, julio 20 de 1850, y Juan P. Kennedy, de Maryland.

Secretarios del Interior.—Tomás Ewing, de Ohio, marzo 7 de 1849, y Alejandro H. H. Stuart, setiembre 12 de 1850.

Secretarios de Hacienda.—Reverdy Johnson, de Maryland, marzo 7 de 1849, y Juan J. Crittenden, de Kentucky, julio 20 de 1850.

Directores generales de Correos.—Jacobo Collamer, de Vermont, marzo 7 de 1849; Nataniel K. Hall, de Nueva-York, julio 20 de 1850, y Samuel D. Hubbard, de Connecticut.

12.^a Administración: 1853 á 1857, cuatro años.

Presidente.—Franklin Pierce, de New-Hampshire.

Vice-presidente.—Guillermo R. King, de Alabama (murió en 18 de abril de 1853).

Secretario de Estado.—Guillermo L. Marcy, de Nueva-York, marzo, 1853.

Secretario del Tesoro.—Jacobo Guthrie, de Kentucky, marzo, 1853.

Secretario de la Guerra.—Jefferson Davis, de Mississippi, marzo, 1853.

Secretario de la Armada.—Jacobo C. Dobbin, de la Carolina del Norte, marzo, 1853.

Secretario del Interior.—Roberto Mc. Clelland, de Michigan, marzo, 1853.

Secretario de Hacienda.—Caleb Cushing, de Massachusetts, marzo, 1853.

Director general de Correos.—Jacobo Campbell, de Pennsylvania, marzo, 1853.

III.—SUPREMO TRIBUNAL.

Jefes de Justicia.—Juan Marshall, de Virginia, y Roger B. Taney, de Maryland, marzo 15 de 1836.

Jueces agregados.—Guillermo Johnson, de la Carolina del Sur, marzo 26 de 1804; Brockholst Livingston, de Nueva-York, enero 16 de 1807; Tomás Todd, de Virginia, marzo 3 de 1807; Levi Lincoln, de Massachusetts, enero 7 de 1811; Juan Quincy Adams, de Massachusetts, febrero 22 de 1811 (cedió el sueldo); Gabriel Duvall, de Maryland, noviembre 18 de 1811; José Story, de Massachusetts, noviembre 18 de 1811; Smith Thompson, de Nueva-York, diciembre 9 de 1823; Roberto Trimble, de Kentucky, marzo 9 de 1826; Juan McLean, de Ohio, marzo 7 de 1829; Enrique Baldwin, de Pennsylvania, enero 6 de 1830; Jacobo M. Wayne, de Georgia, enero, 1835; Felipe P. Barbour, de Virginia, marzo 15 de 1836; Guillermo Smith, de Alabama, marzo 8 de 1837 (cedió el sueldo); Juan Catron, de Tennessee, marzo 8 de 1837; Juan McKinley, de Alabama, setiembre, 1837; Pedro V. Daniel, de Virginia, marzo 3 de 1841; Samuel Nelson, de Nueva-York, febrero, 1845; Levi Woodbury, de New-Hampshire, enero, 1846; Roberto C. Grier, de Pennsylvania, 1846; Benjamin R. Curtis, de Massachusetts, 1851, y Juan A. Campbell, de Alabama, 1853.

IV.—MINISTROS EN LAS CORTES ESTRANJERAS.

En la Gran Bretaña.—Ministros plenipotenciarios y enviados extraordinarios: Jacobo Monroe, de Virginia, abril 18

de 1803; el mismo con Guillermo Pinkney, mayo 12 de 1806; Juan Quincy Adams, de Massachusetts, febrero 28 de 1815; Ricardo Rush, de Pennsylvania, diciembre 16 de 1817; Rufo King, de Nueva-York, mayo 5 de 1825; Alberto Gallatin, de Pennsylvania, mayo 10 de 1826; Jacobo Barbour, de Virginia, mayo 23 de 1828; Luis M^o Lane, de Delaware, febrero 10 de 1830; Martín Van Buren, de Nueva-York, 1831; Aaron Vail, de Nueva-York, encargado de negocios, 1836; Eduardo Everett, de Massachusetts, 1841; Luis M^o Lane, de Maryland, 1845; Jorge Bancroft, de Massachusetts, 1846; Abbot Lawrence, de Massachusetts, 1849; José R. Ingersoll, de Pennsylvania, 1853, y Jorge M. Dallas, de Pennsylvania, 1856.

De Francia.—Ministros plenipotenciarios y enviados extraordinarios: Roberto R. Livingston, de Nueva-York, octubre 2 de 1801; Juan Armstrong, de Nueva-York, junio 30 de 1804; Joel Barlow, de Connecticut, febrero 27 de 1811; Guillermo H. Crawford, de Georgia, abril 9 de 1813; Alberto Gallatin, de Pennsylvania, febrero 28 de 1815; Jacobo Brown, de Louisiana, diciembre 9 de 1823; Guillermo C. Rives, de Virginia, febrero 10 de 1830; Eduardo Livingston, de Louisiana, 1833; Lewis Cass, de Ohio, 1836; Guillermo R. King, de Alabama, 1844; Ricardo Rush, de Pennsylvania, 1847; Guillermo C. Rives, de Virginia, 1849, y Juan Y. Mason, de Virginia, 1853.

De España.—Ministros plenipotenciarios: Carlos Pinkney, de la Carolina del Sur, junio 6 de 1801; Jacobo Monroe, de Virginia, octubre 14 de 1804; Jacobo Bowdoin, de Massachusetts, noviembre 22 de 1804; Jorge W. Erving, de Massachusetts, agosto 10 de 1814; Juan Forsyth, de Georgia, febrero 16 de 1819; Hugo Nelson, de Virginia, junio 15 de 1823; Alejandro H. Everett, de Massachusetts, marzo 9 de 1825; Cornelio P. Van Ness, de Vermont, febrero 10 de 1830; Guillermo T. Barry, de Kentucky, 1835; Juan H. Eaton, de Tennessee, 1836; Aaron Vail, de Nueva-York, encargado de negocios, 1840; Washington Irving, de Nueva-York, 1842; Daniel M. Barringer, de la Carolina del Norte, 1849; Pedro Soulé, de Louisiana, 1853, y Augusto C. Dodge, de Yowa, 1855.

De Rusia.—Ministros plenipotenciarios: Juan Quincy Adams, de Massachusetts, junio 27 de 1809; Jacobo A. Bayard, de Delaware, febrero 28 de 1815; Guillermo Pinkney, de Maryland, abril 26, 1815; Jorge W. Campbell, de Tennessee, abril 16 de 1818; Enrique Middleton, de la Carolina del Sur, abril 6 de 1820; Juan Randolph, de Virginia, 1830; Jacobo Buchanan, de Pennsylvania, 1831; Guillermo Wilkins, de Pennsylvania, 1834; Juan Randolph Clay, de Pennsylvania, encargado de negocios, 1836; Jorge M. Dallas, de Pennsylvania, 1837; C. C. Cambreling, de Nueva-York, 1840; Carlos S. Todd, de Kentucky, 1841; Ralph J. Ingersoll, de Connecticut, 1846; Arturo P. Bagby, de Alabama, 1848; Neil S. Brown, de Tennessee, 1849, y Tomás H. Seymour, de Connecticut, 1853.

De Prusia.—Ministros plenipotenciarios: Enrique Clay, (Secretario de Estado) con plenos poderes para concluir un tratado, abril 18 de 1828; Enrique Wheaton, de Rhode-Island, 1837; Andrés J. Donelson, de Tennessee, 1846; Eduardo A. Hannegan, de Indiana, 1849; Daniel D. Barnard, de Nueva-York, 1850, y Pedro D. Vroom, de Nueva-Jersey, 1853.

De Austria.—Ministros plenipotenciarios: Enrique A. Muh-

lenberg, de Pennsylvania, 1838; Daniel Jenifer, de Maryland, 1841; Guillermo A. Stiles, de Georgia, encargado de negocios, 1845; Jacobo Watson Webb, de Nueva-York, encargado de negocios, 1849; Carlos J. Mc. Curdy, de Connecticut, encargado de negocios, 1851, y Enrique R. Jackson, de Georgia, encargado de negocios, 1853.

De Portugal.—Ministros plenipotenciarios: Tomás Sumpster, de la Carolina del Sur, marzo 7 de 1809; Juan Graham, de Virginia, enero 6 de 1819; Enrique Dearborn, de New-Hampshire, mayo 7 de 1822, encargado de negocios; Tomás L. L. Brent, de Virginia, marzo 9 de 1825; Eduardo Kavanagh, de Maine, 1835; Washington Barrow, 1841; Abraham Rencher, de la Carolina del Norte, 1843; Jorge W. Hopkins, de Virginia, 1847; Jacobo B. Clay, de Kentucky, 1849; Carlos B. Haddock, de New-Hampshire, 1851, y Juan L. O'Sullivan, de Nueva-York, 1853.

En los Países Bajos.—Guillermo Eustis, de Massachusetts, ministro plenipotenciario, diciembre 10 de 1814. Encargados de negocios: A. H. Everett, de Massachusetts, noviembre 30 de 1818; Cristóbal Hughes, de Maryland, marzo 9 de 1825; W. P. Preble, (ministro plenipotenciario) febrero 10 de 1830; Augusto Davezac, de Louisiana, 1831; Herman Bleeker, 1839; Cristóbal Hughes, 1842; Augusto Davezac, 1845; Jorge Folsom, de Nueva-York, 1850, y Augusto Belmont, 1853.

En Suecia.—Jonatan Russell, de Rhode-Island, ministro plenipotenciario, enero 18 de 1814. Encargados de negocios: Cristóbal Hughes, de Maryland, enero 21 de 1819; W. C. Somerville, de Maryland, marzo 9 de 1825; J. J. Appleton, de Massachusetts, mayo 2 de 1826; Cristóbal Hughes, marzo 3 de 1830; Jorge W. Lay, de Nueva-York, 1842; H. W. Ellsworth, de Indiana, 1845, y Francisco Schroeder, de Rhode-Island, 1849.

En Dinamarca.—Encargados de negocios: Enrique Wheaton, de Nueva-York, marzo 3 de 1827; J. F. Woodside, de Ohio, 1835; W. W. Irwin, de Pennsylvania, 1843; Walter Forward, de Pennsylvania, 1849; Miller Grieve, de Pennsylvania, 1852, y Enrique Bedinger, de Virginia, 1853.

En Bélgica.—Encargados de negocios: Hugh S. Legaré, 1832; Virgilio Maxcy, de Maryland, 1837; H. W. Hilliard, de Alabama, 1842; T. G. Clemson, de Pennsylvania, 1844; R. H. Bayard, de Delaware, 1851, y J. J. Seibels, de Alabama, 1853.

En las Dos Sicilias.—Encargados de negocios: Juan Nelson, de Maryland, 1831; Enos T. Throop, de Nueva-York, 1838; Guillermo Boulware, de Virginia, 1841; W. H. Polk, de Tennessee, 1845; E. J. Morris, de Pennsylvania, 1850, y R. D. Owen, de Indiana, 1853.

En Cerdeña.—Encargados de negocios: H. Y. Rogers, 1840; Ambrosio Baber, de Georgia, 1841; Roberto Wickliffe, de Kentucky, 1843; W. B. Kinney, de Nueva-Jersey, 1850, y J. M. Daniel, de Virginia, 1853.

En Turquía.—David Porter, de Maryland, encargado de negocios, 1831. Ministros residentes: David Porter, 1839; Dabney S. Carr, de Maryland, 1843; Jorge P. Marsh, de Vermont, 1849, y Carroll Spence, de Maryland, 1853.

En China.—Comisionados: Caleb Cushing, de Massachusetts, 1843; A. H. Everett, de Massachusetts, 1845; J. W. Davis, de Indiana, 1848; Tomás Nelson, de Tennessee, 1851;

H. Marshall, de Kentucky, 1852, y Roberto Mc Lane, de Maryland, 1853.

En México.—Ministros plenipotenciarios: Andrés Jackson, de Tennessee, enero 27 de 1823, (cedió su sueldo); Ninian Edwards, de Illinois, marzo 4 de 1824; J. R. Poinsett, de la Carolina del Sur, marzo 8 de 1825; Antonio Butler, de Mississippi, (encargado de negocios) marzo 12 de 1830; Powhattan Ellis, de Mississippi, 1837; Waddy Thompson, de la Carolina del Sur, 1842; Wilson Shannon, de Ohio, 1844; Juan Slidell, de Louisiana, 1845; N. P. Trist, de Virginia, (comisionado) 1847; Nathan Califford, de Maine, 1848; R. P. Letcher, de Kentucky, 1849; Alfredo Conkling, de Nueva-York, 1852; Jacobo Gadsden, de la Carolina del Sur, 1853, y Juan Forsyth, 1856.

En el Brasil.—Encargados de negocios: C. Raquet, de Pennsylvania, marzo 9 de 1825; W. Tudor, 1827; T. A. Brown, de Ohio, 1830; W. Hunter, de Rhode-Island, 1834. Ministros plenipotenciarios: W. Hunter, 1841; G. H. Proffit, de Indiana, 1843; H. A. Wise, de Virginia, 1844; David Tod, de Ohio, 1847; Roberto C. Schenck, de Ohio, 1851, y Guillermo Trousdale, de Tennessee, 1853.

En Chile.—Herman Allen, de Vermont, ministro plenipotenciario, enero 27 de 1823. Encargados de negocios: S. Larned, de Rhode-Island, febrero 9 de 1828; J. Harum, de Ohio, 1830; R. Pollard, de Virginia, 1834; J. S. Pendleton, de Virginia, 1841; W. Crump, de Virginia, 1844; Seth Barton, de Louisiana, 1847. Ministros plenipotenciarios: Bailie Peiton, de Louisiana, 1849, y Samuel Medary, de Ohio, 1853.

En el Perú.—Encargados de negocios: J. Cooley, de Ohio, mayo 2, 1826; S. Larned, diciembre 29 de 1828; E. J. West, de Illinois, marzo 12 de 1830; S. Larned, 1831; J. B. Thornton, de New-Hampshire, 1836; J. C. Pickett, de Virginia, 1838; A. G. Jewett, de Maine, 1845; J. R. Clay, de Pennsylvania, 1847; este mismo ministro plenipotenciario fué vuelto á nombrar en 1853.

En el año de 1857, los Estados-Unidos estaban representados del modo siguiente:

Enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios, con la fecha de su nombramiento y sueldo anual que disfrutaban.

G. M. Dallas, de Pennsylvania.	1856.	17,500 duros.	Gran Bretaña.
T. H. Seymour, de Connecticut.	1853.	12,000 »	Rusia.
Juan Y. Mason, de Virginia.	1853.	17,500 »	Francia.
A. C. Dodge, de Yowa.	1855.	12,000 »	España.
José A. Wrigh, de Indiana	1857.	12,000 »	Prusia.
Juan Forsyth, de Georgia.	1856.	12,000 »	México.
Ricardo K. Meade, de Virginia.	1857.	12,000 »	Brasil.
Juan Bigler, de California.	1857.	10,000 »	Chile.

Juan R. Clay, de Pennsylvania.	1853.	10,000 duros.	Perú.
Guillermo B. Reed, de Pennsylvania.	1857.	12,000 »	China.

Ministros residentes.

Carroll Spence, de Maryland.	1853.	7,500 duros.	Turquía.
T. S. Fay, de Massachusetts.	1853.	7,500 »	Suiza.
H. C. Murphy, de Nueva-York.	1857.	7,500 »	Paises-Bajos.
Juan M. Daniel, de Virginia.	1853.	7,500 »	Cerdeña.
Enrique Bedinger, de Virginia.	1853.	7,500 »	Dinamarca.
Enrique R. Jackson, de Georgia.	1853.	9,000 »	Austria.
Vacante.		7,500 »	Bélgica.
Roberto D. Owen, de Indiana.	1853.	7,500 »	Nápoles.
B. F. Angel, de Nueva-York.	1857.	7,500 »	Suecia y Noruega.
J. L. O'Sullivan, de Nueva-York.	1854.	7,500 »	Portugal.
Lewis Cass, de Michigan.	1849.	7,500 »	Roma.
Juan W. Dana, de Maine.	1853.	7,500 »	Bolivia.
Felipe White, de Wisconsin.	1853.	7,500 »	Ecuador.
B. Lamar, de Texas.	1857.	7,500 »	República Argentina.
Vacante.		7,500 »	N. Granada.
Cárlos Eames, del distrito de Columbia.	1854.	7,500 »	Venezuela.
Vacante.		7,500 »	Guatemala.
Vacante.		7,500 »	Nicaragua.

Comisionado.

David L. Greg, de Illinois.	1853.	7,500 duros.	Islas de Sandwich
-------------------------------------	-------	--------------	-------------------

V.—EJÉRCITO Y ARMADA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

En 1.º de enero de 1857 el número de oficiales en activo servicio del ejército regular era de 1,060 y 11,628 individuos de tropa, que componen un total de 12,688.

Las fuerzas de milicia, según aparece en el registro general, constaban de 50,000 oficiales y unos 2,000,000 de individuos de tropa, incluso los músicos.

El número total de cañones es de unos 2,000.

El cuerpo de marina se compone de unos 1,100 hombres entre oficiales y subalternos.

VI.—LAS TIERRAS PÚBLICAS.

Las que pertenecen al Gobierno general son las siguientes: 1.º Dentro de los límites de los Estados-Unidos, tales como se definen por el tratado de 1763, y forman una parte de los Estados de Ohio, Indiana, Illinois, Michigan, Wisconsin y un extremo de Minnesota que se halla al Este del río Mississippi, todos los cuales se organizaron en el territorio norte-occidental tal como se cedió á los Estados-Unidos, por Nueva-York en 1781, por Virginia en 1784, por Massachusetts en 1785, y por Connecticut en 1786; también se comprenden en estas tierras las que se hallan dentro de los límites de los Estados del Mississippi y Alabama, al 31º de latitud norte, cedidas á la Union por Georgia en 1802.

2.º Dentro de los territorios de Orleans y Louisiana, cedidos por Francia, según el tratado de 1803, y que comprenden parte de los Estados de Alabama y Mississippi, toda la Louisiana, Arkansas, Missouri, Iowa, el territorio indio y los de Kansas, Nebraska y Oregon

3.º Dentro del Estado de la Florida, tal como se obtuvo de España por el tratado de 1819.

4.º Dentro de Nueva-México y California, cedidas por México en virtud del tratado de 1848.

En los límites reconocidos por estos tratados y cesiones, las tierras públicas ocupaban un área de 1,584.000.000 de acres, pero en estos no se incluye ningún territorio adquirido en México por el tratado de 1853. Sin contar las tierras que se hallan en los territorios de Oregon, California, Nueva-México, Utah, Kansas y Nebraska, calculáse que el área del dominio público era de cuatrocientos setenta y un millones ochocientos noventa y dos mil cuatrocientos treinta y nueve acres, una cuarta parte de los cuales estaban ya vendidos en 30 de noviembre de 1850 por la cantidad de ciento treinta y cinco millones trescientos treinta y nueve mil noventa y dos duros. Los gastos de medición, de compra y venta, de empleados de las oficinas, etc., representaban una cifra de setenta y cuatro millones novecientos cincuenta y siete mil ochocientos setenta y nueve duros, quedando por lo tanto al Gobierno un beneficio líquido de sesenta millones trescientos ochenta y un mil doscientos trece. Si á esto se añadiese el valor de las tierras cedidas para escuelas y mejoras públicas, á razón de un duro veinticinco céntimos por acre, esta suma representaría un doble. Al Gobierno le cuesta el título de adquisición y demás diligencias á razón de catorce duros cuarenta y un céntimos por acre, dos duros siete céntimos por la medición, cinco duros treinta y dos céntimos por la comisión de venta, lo cual hace un total de veintinueve duros ochenta céntimos.

Todos cuantos detalles se pueden desear sobre esta estadística, se encontrarán en el almanaque americano de 1850, págs. 180-187.

Escuadra de los Estados-Unidos en 1857.

Navios de linea.	10
Fragatas.	13
Corbetas.	19
Vapores (de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase.)	19
Vapores de transporte.	3
Bergantines.	3
Goletas.	1
Gabarras.	5
Total.	73

VII.—POBLACION DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

III.—CENSO DE 1810.

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Maine.	227,736	969		228,705
New-Hampshire.	243,390	970		244,360
Vermont.	216,933	750		217,683
Massachusetts.	465,303	6,737		472,040
Rhode-Island.	73,314	3,609	108	77,031
Connecticut.	255,279	6,453	310	262,042
Nueva-York.	918,699	25,333	15,017	959,049
Nueva-Jersey.	216,861	7,843	10,851	245,555
Pennsylvania.	781,804	22,492	795	810,091
Delaware.	55,351	13,136	4,177	72,674
Maryland.	235,117	33,927	111,502	380,546
Virginia.	551,534	30,570	392,518	974,622
Carolina del Norte.	376,410	10,266	168,824	555,500
Carolina del Sur.	214,193	4,554	196,365	415,115
Georgia.	145,414	1,801	105,218	252,433
Kentucky.	324,237	1,713	80,561	406,511
Tennessee.	215,875	1,317	44,535	261,727
Mississippi.	23,024	249	17,088	40,352
Louisiana.	34,311	7,585	34,660	76,556
Missouri.	17,227	607	3,011	20,845
Ohio.	228,861	1,890		230,750
Indiana.	23,890	393	237	24,520
Illinois.	11,501	613	168	12,282
Michigan.	4,618	120	24	4,762
Distr. de Colombia.	16,079	2,549	5,395	24,023
	5,862,004	186,446	1,191,364	7,239,814

IV.—CENSO DE 1820.

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Maine.	297,240	995		298,335
New-Hampshire.	242,236	925		243,161
Vermont.	231,846	918		232,764
Massachusetts.	516,419	6,868		523,287
Rhode-Island.	79,443	3,598	48	83,059
Connecticut.	267,161	7,944	97	275,202
Nueva-York.	1,332,744	29,980	10,098	1,372,812
Nueva-Jersey.	257,409	12,609	7,557	277,575
Pennsylvania.	1,017,094	32,153	214	1,049,458
Delaware.	55,282	12,958	4,709	72,749
Maryland.	260,222	39,730	107,398	407,350
Virginia.	603,074	37,139	425,153	1,065,366
Carolina del Norte.	419,200	14,612	205,017	638,829
Carolina del Sur.	237,440	6,823	258,475	502,741
Georgia.	189,566	1,767	149,656	340,989
Kentucky.	434,644	2,941	126,732	564,317
Tennessee.	339,927	2,779	80,107	422,813
Mississippi.	42,173	458	32,814	75,448
Louisiana.	73,383	10,960	69,064	153,407
Alabama.	96,245	633	47,437	144,317
Arkansas.	12,579	77	1,617	14,373
Missouri.	55,988	376	10,222	66,586
Ohio.	576,572	4,862		581,434
Indiana.	145,758	1,230	190	147,178
Illinois.	53,788	506	917	55,211
Michigan.	8,591	305		8,896
Distr. de Colombia.	22,614	4,848	6,377	31,039
	7,872,711	238,197	1,543,688	9,654,596

V.—CENSO DE 1830.

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Maine.....	398,263	1,190	2	399,455
New-Hampshire...	268,721	604	3	269,328
Vermont.....	279,771	881	280,652
Massachusetts...	603,359	7,048	610,408
Rhode-Island.....	93,621	3,561	17	97,199
Connecticut.....	289,603	8,047	25	297,675
Nueva-York.....	1,873,663	44,870	75	1,918,608
Nueva-Jersey.....	300,266	18,303	2,254	320,823
Pennsylvania.....	1,309,900	37,930	403	1,348,233
Delaware.....	57,601	15,855	3,292	76,748
Maryland.....	291,108	52,938	102,994	447,040
Virginia.....	694,300	47,348	469,757	1,211,405
Carolina del Norte..	472,843	19,543	245,604	737,987
Carolina del Sur...	257,863	7,921	315,404	581,185
Georgia.....	296,806	2,486	217,531	516,823
Alabama.....	190,406	1,572	117,540	309,527
Mississippi.....	70,443	519	65,659	136,621
Louisiana.....	89,441	16,710	109,588	215,739
Tennessee.....	535,746	4,555	141,603	681,904
Kentucky.....	517,787	4,917	165,213	687,917
Ohio.....	928,329	9,568	6	937,903
Indiana.....	339,399	3,629	3	343,031
Illinois.....	155,061	1,637	747	157,445
Michigan.....	31,316	261	32	31,639
Missouri.....	114,795	569	25,091	140,455
Arkansas.....	25,671	141	4,576	30,388
Florida.....	18,385	844	15,011	34,300
Distr. de Colombia.	27,563	6,152	6,119	39,834
	10,537,378	319,599	2,009,043	12,856,020

VII.—CENSO DE 1850. (Continuacion.)

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Pennsylvania.....	2,258,463	53,323	2,311,786
Delaware.....	71,169	18,073	2,290	91,532
Maryland.....	417,943	74,723	90,368	583,034
Virginia.....	895,304	53,829	472,528	1,421,661
Carolina del Norte..	533,118	27,373	288,412	868,903
Carolina del Sur...	274,623	8,900	384,984	688,507
Georgia.....	521,438	2,880	381,681	905,999
Florida.....	47,167	925	39,309	87,401
Alabama.....	426,486	2,293	342,892	771,671
Mississippi.....	295,758	899	309,898	606,555
Louisiana.....	255,416	17,537	241,786	517,839
Texas.....	154,100	331	58,161	212,592
Arkansas.....	162,068	589	46,982	209,639
Tennessee.....	756,893	6,271	239,461	1,002,625
Kentucky.....	761,688	9,763	210,981	982,405
Missouri.....	592,077	2,514	87,422	682,043
Ohio.....	1,956,108	24,300	1,980,408
Michigan.....	395,097	2,557	397,654
Indiana.....	977,628	10,788	988,416
Illinois.....	846,404	5,361	851,470
Wisconsin.....	304,565	626	305,191
Iowa.....	191,879	335	192,214
California.....	91,632	965	92,597
Distr. de Colombia.	38,027	9,973	3,687	51,687
Minnesota.....	6,038	39	6,077
Nueva-México.....	61,530	17	61,547
Oregon.....	13,087	206	13,293
Utah.....	11,330	24	26	11,380
	19,557,271	429,710	3,204,093	23,191,074

VI.—CENSO DE 1840.

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Maine.....	500,433	1,355	501,793
New-Hampshire...	234,036	537	1	234,574
Vermont.....	291,218	730	291,948
Massachusetts...	729,030	8,683	737,699
Rhode-Island.....	105,587	3,238	5	108,830
Connecticut.....	301,856	8,105	17	309,978
Nueva-York.....	2,378,890	50,027	4	2,428,921
Nueva-Jersey.....	351,588	21,044	647	373,306
Pennsylvania.....	1,676,115	47,854	64	1,724,033
Delaware.....	58,559	16,919	2,605	78,085
Maryland.....	318,204	62,078	89,737	470,019
Virginia.....	740,968	49,842	448,987	1,239,797
Carolina del Norte..	484,870	22,732	245,817	753,419
Carolina del Sur...	259,084	8,276	327,038	594,398
Georgia.....	407,695	2,753	280,944	691,392
Florida.....	27,943	817	25,717	54,477
Alabama.....	335,185	2,039	253,532	590,756
Mississippi.....	179,074	1,369	195,211	375,654
Louisiana.....	158,457	25,502	168,432	352,411
Arkansas.....	75,574	465	19,935	97,574
Tennessee.....	640,627	5,524	183,059	829,210
Kentucky.....	590,253	7,317	182,258	779,828
Missouri.....	323,888	1,574	58,240	383,702
Ohio.....	1,502,122	17,342	3	1,519,467
Indiana.....	678,698	7,165	3	685,866
Illinois.....	472,254	3,593	331	476,183
Michigan.....	211,560	707	212,267
Wisconsin.....	30,749	185	11	31,112
Iowa.....	42,924	172	16	30,945
Distr. de Colombia..	30,657	8,361	4,694	43,712
	14,189,555	396,348	2,487,355	17,063,353
Marineros al servicio de los Estados-Unidos.				6,109
Total general.....				17,069,463

VII.—CENSO DE 1850.

ESTADOS.	BLANCOS libres.	DE color.	Esclavos.	TOTAL.
Maine.....	581,813	1,356	583,169
New-Hampshire...	317,456	520	317,976
Vermont.....	313,402	718	314,120
Massachusetts...	985,450	9,034	994,514
Rhode-Island.....	143,875	3,670	147,545
Connecticut.....	363,099	7,693	370,792
Nueva-York.....	3,049,457	47,937	3,097,394
Nueva-Jersey.....	465,523	23,807	225	489,561

VIII.—COMERCIO DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Años.	Importaciones.	Esportaciones.	Toneladas.
1801	Duros 111,363,511	Duros. 94,115,925	1,033,219
1802	76,333,333	72,483,160	892,101
1803	64,666,666	55,800,033	949,147
1804	85,000,000	77,099,074	1,042,404
1805	120,000,000	95,566,021	1,140,369
1806	129,000,000	101,536,963	1,208,735
1807	138,500,000	108,343,150	1,268,548
1808	56,990,000	22,439,960	1,242,595
1809	59,400,000	52,203,231	1,350,281
1810	85,400,000	66,757,974	1,424,783
1811	53,400,000	61,316,831	1,232,502
1812	77,030,000	38,527,236	1,269,997
1813	22,005,000	27,855,997	1,666,628
1814	12,965,000	6,927,441	1,159,209
1815	113,041,274	52,557,753	1,368,127
1816	147,103,000	81,920,452	1,372,218
1817	99,250,000	87,671,569	1,399,912
1818	121,750,000	93,281,133	1,225,184
1819	87,125,000	70,142,521	1,260,751
1820	74,450,000	69,691,669	1,280,166
1821	62,585,724	64,974,382	1,298,958
1822	83,241,541	72,160,281	1,324,699
1823	77,579,267	74,699,030	1,335,566
1824	80,549,007	75,986,657	1,399,103
1825	96,340,075	99,535,388	1,423,112
1826	84,974,477	77,505,322	1,534,191
1827	79,484,068	82,324,827	1,620,608
1828	88,509,824	72,264,686	1,741,392
1829	74,492,527	72,358,671	1,260,798
1830	70,876,920	73,849,508	1,191,776
1831	103,191,134	81,310,583	1,267,847
1832	101,029,266	87,176,943	1,439,450
1833	108,118,311	90,140,433	1,606,151
1834	126,521,332	104,336,973	1,758,907
1835	149,895,742	121,693,577	1,824,940
1836	189,980,035	128,663,040	1,882,103
1837	140,989,247	117,419,376	1,806,686
1838	108,486,616	113,717,404	1,995,640
1839	121,028,416	162,092,132	2,096,380
1840	131,571,950	101,805,891	2,180,764
1841	127,946,177	121,851,803	2,130,744
1842	100,162,087	104,691,534	2,092,391
1843	64,753,799	84,346,480	2,158,603
1844	108,435,053	111,200,046	2,280,095
1845	117,254,564	114,646,606	2,447,002
1846	121,691,797	113,488,516	2,532,085
1847	146,545,638	158,648,627	2,839,046
1848	154,977,928	154,036,436	3,154,042
1849	147,857,439	145,753,820	3,334,015
1850	178,138,318	136,946,912	3,531,454
1851	216,224,932	218,388,011	3,772,439
1852	212,613,282	209,641,625	4,138,441
1853	267,918,647	230,976,157	4,407,010
1854	304,562,381	278,244,064	4,802,903
1855	261,468,520	275,156,846	5,212,001
1856	314,639,942	326,964,908	4,891,652

* Solo nueve meses de 1853.

† Para el año que termina en 30 de junio.

IX.—INGRESOS, GASTOS Y DEUDA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

IX.—INGRESOS, GASTOS Y DEUDA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

PAGOS POR CUENTA DE LA DEUDA NO INCLUIDOS EN LOS GASTOS.

PAGOS POR CUENTA DE LA DEUDA NO INCLUIDOS EN LOS GASTOS.

(Continuacion.)

Años.	Ingresos.	Gastos.	Deuda.
1801	Duros. 12.500,882	Duros. 4.981,669	Duros. 83.038,051
1802	13.455,328	3.737,080	80.712,632
1803	10.932,158	4.002,825	77.054,685
1804	11.087,231	4.452,859	86.427,121
1805	13.520,312	6.357,224	82.312,150
1806	15.508,800	6.081,109	75.723,271
1807	16.359,469	4.984,572	69.218,399
1808	17.038,859	6.504,339	65.196,318
1809	7.749,835	7.414,672	57.023,192
1810	9.299,737	5.311,082	53.173,217
1811	14.365,423	5.592,604	48.005,588
1812	9.674,968	17.829,499	45.209,738
1813	14.068,839	28.082,397	55.962,828
1814	14.017,225	30.127,686	81.487,846
1815	15.411,634	26.953,571	99.833,660
1816	47.403,204	23.373,432	127.334,934
1817	32.786,862	15.454,610	123.491,965
1818	21.002,563	13.808,674	103.466,634
1819	23.871,276	16.300,273	95.529,648
1820	16.779,331	13.134,530	91.015,566
1821	14.315,790	10.723,479	89.987,428
1822	19.481,951	9.827,642	93.546,677
1823	20.040,536	9.784,155	90.875,877
1824	18.903,609	15.330,145	90.239,778
1825	21.342,906	11.490,459	83.788,433
1826	24.763,345	13.002,316	81.054,060
1827	21.230,641	12.254,397	73.987,357
1828	24.243,501	12.506,041	67.475,044
1829	24.224,979	12.651,489	58.421,414
1830	24.280,888	13.220,534	48.565,406
1831	27.452,697	13.863,768	39.123,192
1832	31.107,040	16.514,083	24.322,235
1833	33.003,344	22.049,298	7.001,699
1834	21.076,774	18.420,467	4.760,082
1835	34.163,635	17.005,419	37,733
1836	48.288,219	29.655,244	37,513
1837	18.032,846	31.793,587	1.878,221
1838	19.372,934	31.578,785	4.875,660
1839	30.399,043	25.488,547	11.983,738
1840	16.993,858	23.327,772	5.125,078
1841	15.957,512	26.196,840	6.737,398
1842	19.613,967	24.391,336	15.028,486
1843	* 8.065,326	10.608,391	26.898,953
1844	28.504,519	19.960,055	26.143,996
1845	29.769,134	21.370,049	16.801,647
1846	29.499,247	26.813,290	24.256,495

* Solo seis meses de 1843.

Años.	Ingresos.	Gastos.	Deuda.
1847	Duros. 26.346,790	Duros. 55.929,093	Duros. 45.659,659
1848	35.436,750	42.811,970	65.804,450
1849	31.074,347	57.631,667	64.704,693
1850	43.375,798	43.002,168	64.228,238
1851	52.312,979	48.005,879	62.560,395
1852	49.728,386	46.007,896	67.560,395
1853	61.337,574	43.543,263	56.338,157
1854	73.549,705	51.018,249	44.975,456
1855	65.003,930	56.365,393	39.969,731
1856	73.918,141	60.172,402	30.963,910

X.—IMPORTACIONES Y ESPORTACIONES DE CADA ESTADO,

DURANTE EL AÑO QUE TERMINA EN 30 DE JUNIO DE 1856.

ESTADOS.	VALOR de las esportaciones.	VALOR de las importaciones.
Maine.....	Duros. 2.963,644	Duros. 1.940,773
New-Hampshire.....	5,275	24,939
Vermont.....	1.031,450	1.560,118
Massachusetts.....	29.882,860	43.814,884
Rhode-Island.....	407,374	345,803
Connecticut.....	800,324	737,401
Nueva-York.....	119.111,500	210.160,454
Nueva-Jersey.....	390	2,788
Pennsylvania.....	7.232,572	16.590,045
Delaware.....	76,380	3,053
Maryland.....	11.121,398	9.119,907
Virginia.....	5.495,367	692,305
Carolina del Norte.....	376,174	274,960
Carolina del Sur.....	17.360,549	1.905,231
Georgia.....	8.041,688	574,240
Florida.....	1.976,323	86,014
Alabama.....	23.734,170	793,514
Louisiana.....	80.865,080	16.682,392
Ohio.....	1.045,052	463,473
Michigan.....	981,028	880,688
Wisconsin.....	315,493	27,694
Illinois.....	1.345,223	277,401
Texas.....	1.940,589	321,834
California.....	10.718,074	7.294,839
Distrito de Colombia.....	20,001	55,017
Territorio de Oregon.....	6,234	2,724
Territorio de Washington.....	91,299	3,955
	326.964,908	314.639,942



LIBRO OCTAVO.

DESDE LA ADMINISTRACION DE ABRAHAM LINCOLN

HASTA LA CONCLUSION DE LA GUERRA CIVIL

1860 á 1865.

CAPÍTULO PRIMERO.

1860—1861.

LA SEPARACION DE LOS ESTADOS.

La eleccion presidencial.— La Convencion republicana elije á Mr. Abraham Lincoln como candidato á la Presidencia.— Comités.— Elecciones.— La Carolina del Sur resuelve separarse de la Union.— Declaracion de su independencia.— Varios funcionarios dimiten sus cargos.— Se nombran delegados para representar al Sur en Washington.— Se guarnecen algunos fuertes.— Segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso.— Cuarto y último mensaje del Presidente Buchanan.— Observaciones sobre la crisis.— Relaciones extranjeras.— Se trata de conseguir una conciliacion.— El Comité de los diputados del Sur.— Propositiones.— Las enmiendas de Crittenden.— El discurso de Mr. Antony.— Cunde la alarma en el Sur.— Separacion de varios Estados.— Se organiza un Gobierno.— La Constitucion federal.— Jefferson Davis es elegido Presidente de la nueva Confederacion de América.— Apéndice al capitulo I.— Las enmiendas de Crittenden.— Historia de la Carolina del Sur.

Próximo ya el término de la administracion de Mr. Buchanan, comenzaron desde luego las elecciones para designar quien seria el nuevo Presidente, las mas importantes que nunca habian tenido lugar, si se tiene en cuenta cuál debia ser su resultado. El dia 6 de noviembre de 1860 habíanse reunido ya los principales hombres de los dos partidos que iban á tomar parte en aquella gran lucha política, es decir, el republicano nacional (anti-esclavo), representado por Abraham Lincoln, de Illinois, y Anibal Hamlin, de Maine, á quienes se designaba como candidatos para los cargos de Presidente y Vice-presidente, y el partido demo-

crático, defensor de la esclavitud, y cuyos principales miembros eran Estéban A. Douglas, de Illinois; Herschel V. Johnson, de Georgia; Juan C. Breckinridge, de Kentucky; José Lane, de Oregon; Juan Bell, de Tennessee, y Eduardo Everett, de Massachusetts.

La Convencion republicana se reunió en Chicago, el 16 de mayo, en un gran edificio elegido espresamente para el objeto; y abiertas las puertas á las once, llenáronse inmediatamente los salones y galerías de un inmenso concurso entre el que se veian muchas señoras. El interior del edificio estaba perfectamente decorado y ofrecia un gran golpe



Engraved by T. Knapp

From a Daguerotype



An incident in the life of W. Douglas

W. Douglas

de vista; mas de diez mil personas habian conseguido entrar, pero como ya no cabia mas gente, veíase en la parte exterior una multitud compacta que se apiñaba á las puertas del edificio.

Mr. Wilmot fué nombrado Presidente de la Convencion, y al dar gracias por el honor que se le concedia, hizo algunas observaciones acerca de la cuestion de la esclavitud, y dijo entre otras cosas que la mision del partido republicano era oponerse constantemente á ella, combatiendo el dogma de que debe existir allí donde rija la Constitucion. Añadió que el Padre de la independencia americana habia vivido y muerto en la creencia de que la esclavitud era un baldon para el pais, y que si se hubiera pensado que la revolucion tenia por objeto establecer un gran imperio de esclavos, ninguno habria sacado la espada para defender semejante causa.

Despues de haber nombrado varios Comités para que informaran sobre los diversos asuntos que se creian de mas importancia para el pais, la Convencion suspendió los debates de aquel dia, acordando reunirse de nuevo el viernes siguiente, á fin de proceder al escrutinio y elegir el candidato que debia reemplazar á Mr. Buchanan en la silla presidencial. En el dia y hora prefijados, comenzó en efecto la votacion, cuyo resultado, despues de varios escrutinios, fué el siguiente: Abraham Lincoln, obtuvo ciento ochenta votos; Breckinridge, setenta y dos; Bell, treinta y nueve, y Douglas doce. Para el cargo de Vice-presidente alcanzó Mr. Hamlin, de Maine, ciento noventa y cuatro votos, y quedó por lo tanto elegido por una decidida mayoría. El voto popular era el siguiente: en favor de Lincoln, un millon ochocientos cincuenta y siete mil seiscientos diez votos; en favor de Johnson, un millon

trescientos sesenta y cinco mil novecientos setenta y seis; para Breckinridge, ochocientos cuarenta y siete mil novecientos cincuenta y tres, y para Bell, quinientos noventa mil seiscientos treinta y uno.

Cuando se adquirieron suficientes datos para reconocer por el resultado de las elecciones que Abraham Lincoln seria el nuevo Presidente, hubo varios meetings en la ciudad de Charleston y en otros puntos de la Carolina del Sur, y se aprobaron varios acuerdos que tenian por objeto la separacion de dicho Estado de la Union. A. G. Magrath, magistrado del tribunal de los Estados-Unidos, presentó inmediatamente la dimision de su cargo, y lo mismo hicieron otros funcionarios públicos nombrados por el Gobierno; Mrs. Hammond y Chesnut renunciaron á sus cargos de senadores, y Mr. L. Bonham al de representante en la Cámara; el recaudador de contribuciones y el administrador de correos de Charleston manifestaron tambien su intencion de dimitir, si bien continuaron por entonces en sus respectivos destinos. La legislatura del Estado, que se habia reunido ya en 27 de noviembre, dispuso que se formara una Convencion para proceder á la eleccion de delegados, y entre tanto empezábase á pensar con mucho interés en los fuertes del puerto de Charleston, de los cuales, solo el de Moultrie tenia guarnicion, constando esta de unos sesenta á setenta hombres al mando del mayor Roberto Anderson. Los separatistas, que habian dado ya los primeros pasos para armar á todos los habitantes de Charleston que se hallaran en estado de salir á la defensa del pais, amenazaron con apoderarse de dichos fuertes, y al mismo tiempo se empezó á fortificar apresuradamente los de Sumter y Castle Pinkney. La Convencion se reunió en Colombia el dia

1860.

prefijado y se nombró Presidente de ella al general D. F. Jamison; pero como se acababa de declarar en aquel punto la epidemia de la viruela, resolvió trasladarse á Charleston al dia siguiente, y el 20 se aprobó por unanimidad el siguiente manifiesto sometido á la consideracion de los diputados:

MANIFIESTO PARA DISOLVER LA UNION ENTRE LA CAROLINA DEL SUR Y LOS DEMÁS ESTADOS, CON ARREGLO Á LO QUE PREVIENE LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

«Nos el pueblo de la Carolina del Sur, representado por nuestra Convencion, declaramos y hemos acordado lo siguiente:

«Que la ley aprobada por nosotros en 23 de mayo del año de nuestro Señor, de 1788, por la cual se ratificaba la Constitucion de los Estados-Unidos de América con las enmiendas introducidas, así como tambien todas las actas de la Asamblea general, sea considerada nula y sin ningun valor ni efecto, disolviéndose por lo tanto la Union existente hasta ahora entre la Carolina del Sur y otros Estados bajo el nombre de Estados-Unidos de América.»

Al dia siguiente Mrs. R. W: Barnwell, J. H. Adams y Jacobo L. Orr fueron elegidos para pasar á Washington en clase de comisionados á fin de que se procediera á la reparticion de los bienes públicos y á la entrega de los fuertes de Charleston, y en 24

de diciembre se aprobó la siguiente **1860.** declaracion de las causas que justificaban la separacion de la Carolina del Sur. Este es un documento de tal importancia, que no vacilamos en reproducirlo íntegro en obsequio á nuestros lectores. Es como sigue:

Declaracion de la independenciam de la Carolina del Sur, aprobada por la Convencion en 24 de diciembre de 1860.

«Habiendo resuelto el Estado de la Carolina del Sur ocupar un puesto separadamen-

te entre las demás naciones, cree de su deber declarar á los demás Estados de América y á todas las potencias del mundo, qué razones le han obligado á tomar esta determinacion.

»En el año 1765, la Gran Bretaña trató de hacer leyes para gobernar á las trece colonias americanas, y habiendo dado esto lugar á una lucha por la cuestion de derechos, terminó por fin aquella en 4 de julio de 1776, declarándose por las colonias, que eran y por derecho debian ser, *Estados independientes*, y que como tales estaban autorizadas para declarar la guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, mantener el comercio y hacer en fin todo aquello á que están autorizados los Estados independientes.

»Tambien se declaró de una manera solemne que cuando una forma de Gobierno no llena los fines para que se estableció, tiene el pueblo el derecho de alterarla ó suprimirla para instituir otra, y por esto mismo, en la conviccion de que el Gobierno de la Gran Bretaña no satisfacía al pais, declaráronse las colonias libres de toda alianza con Inglaterra, considerando disuelta su union con aquella potencia.

»Reconocida la declaracion de la independencia, cada uno de los trece Estados entró separadamente en el ejercicio de su soberanía; adoptó una Constitucion y nombró funcionarios para administrar el Gobierno en los departamentos legislativo, ejecutivo y judicial. Para atender á la comun defensa acordaron unir sus armas y sus consejos, y en 1778 formaron una liga conocida con el nombre de *Articulos de la Confederacion*, por la cual convinieron en confiar la administracion de las relaciones estranjeras á un agente comun, al que se llamó Congreso de los Estados-Unidos, declarándose terminantemente que cada Estado debería conservar su sobe-

rania, libertad é independencia, y todos los poderes y derechos no delegados en el Congreso de los Estados-Unidos.

»Entonces sobrevino la guerra de la revolucion, que terminó en 3 de diciembre de 1783 y la Gran Bretaña firmó un tratado en el cual reconocia la independencia de las colonias en los siguientes términos:

»ARTÍCULO 1.º Su Magestad Británica reconoce á los Estados de New-Hampshire, Massachusetts-Bay, Rhode-Island, Connecticut, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pennsylvania, Delaware, Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, como libres soberanos é independientes, obligándose á tratarles como á tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores, á toda reclamacion contra el Gobierno, propiedades y derechos territoriales de los mismos.

»De este modo quedaron reconocidos los dos grandes principios que invocaban las colonias, es decir, el derecho de un Estado para gobernarse por sí mismo y el derecho del pueblo para abolir todo Gobierno cuando no llena los fines para que se instituyó; y conforme á estos principios, quedaba consignado el hecho de que cada colonia seria reconocida por la madre patria como un Estado soberano libre é independiente.

»En 1787, nombráronse diputados por los Estados con el objeto de revisar los artículos de la confederacion, y en 17 de setiembre del mismo año, recomendaron aquellos se aprobasen los que se presentaron con el nombre de *Constitucion de los Estados-Unidos*.

»Los Estados á quienes fué sometida esta Constitucion pasaron á examinarla, y se convino que si nueve de ellos la aprobaban, quedaria adoptada entre los que hubieran dado su voto, organizándose desde luego el Gobierno general, revestido con los poderes necesarios.

»Si de los trece Estados hubieran concurrido solo nueve, dicho se está que los otros cuatro seguirian siendo Estados separados é independientes de la Constitucion, y sabido es que dos de aquellos no la reconocieron hasta mucho tiempo despues de haberla adoptado los otros once, en cuyo intérvalo obraron como nacion independiente.

»Por esta Constitucion se restringian ciertos poderes de los Estados, que podian afectar á su independencia; mas para evitar toda duda, adicionóse una enmienda, por la cual se declaraba que los poderes no delegados á los Estados-Unidos por la Constitucion, ni prohibidos por ellos á los Estados, se reservan para estos respectivamente ó para el pueblo. En 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, prévio el consentimiento del pueblo, aprobó una ordenanza reconociendo la Constitucion, y modificó luego la suya en conformidad con sus nuevos compromisos.

»Nosotros sostenemos que el Gobierno así establecido está sujeto á los dos grandes principios consignados en la Declaracion de la independencia, y reconocemos además que en todo convenio entre dos ó mas partes, la obligacion es mútua; que la falta de una de estas en cumplir estrictamente lo convenido, releva á la otra de su compromiso, y que á falta de un árbitro, cada una de las partes debe obrar á su juicio para resolver sobre el hecho y sus consecuencias.

»En el caso presente queda reconocida la falta hasta la evidencia: nosotros declaramos que desde hace mucho tiempo, quince Estados se han negado deliberadamente á cumplir sus deberes constitucionales, y para probarlo nos referiremos á sus propios estatutos.

»La Constitucion de los Estados-Unidos previene en su cuarto artículo lo que sigue:

» Todo aquel que estuviere obligado á pres-



tar un servicio ó trabajo en un Estado con arreglo á las leyes en él vigentes, y que hubiera á otro, jamás podrá en virtud de ley alguna ó reglamento de este último, ser absuelto de la obligacion de cumplir dicho servicio, sino que deberá ser entregado á la parte que lo reclamare.

»Esta condicion era tan importante en el contrato, que sin ella no se hubiera aceptado aquel, con tanta mas razon cuanto que la mayor parte de los Estados contratantes tenian esclavos, y Virginia habia declarado préviamente cuán importante era este punto, que exigió se respetara antes de ceder el territorio donde se hallan ahora los Estados del Norte de Ohio.

»El Gobierno general, como agente comun, aprobó leyes para que se cumpliera lo estipulado, y por espacio de muchos años se respetaron aquellas, pero la creciente hostilidad de los Estados del Norte hácia la esclavitud, les indujo á faltar á sus compromisos, y poco á poco se desatendieron las leyes del Gobierno general. Los Estados de Maine, New-Hampshire, Vermont, Massachusetts, Connecticut, Rhode-Island, Nueva-York, Pennsylvania, Illinois, Indiana, Ohio, Michigan, Wisconsin é Iowa, han espedido leyes que anulan las actas del Congreso, y en muchos de estos Estados se deja en libertad á los esclavos fugitivos, sin que se haya cumplido en ningun caso lo que previene la Constitucion del pais sobre el particular. En Nueva-York se ha llegado á negar á los esclavos hasta el derecho de tránsito, y en los Estados de Ohio é Yowa no se han querido entregar á la justicia fugitivos acusados de asesinato ó de rebelion. Vemos, pues, que el contrato constitucional se ha infringido deliberadamente por los Estados enemigos de la esclavitud, y de aquí se sigue naturalmente la consecuencia de que la Carolina

del Sur queda relevada de su compromiso.

»El objeto de la Constitucion era formar una Union mas perfecta, dispensar justicia, atender á la defensa comun, proteger los intereses públicos y asegurar los beneficios de la libertad tanto á nosotros como á nuestros descendientes.

»Del cumplimiento de todo esto debia encargarse el Gobierno federal, quedando cada Estado libre de regirse por sus propias instituciones; el derecho de propiedad de los esclavos se reconoció dando á las personas libres distintos derechos políticos, uno de los cuales es el de representacion, y tambien se autorizaba la importacion de esclavos por espacio de veinte años, estipulándose asimismo la entrega de los esclavos fugitivos.

»Nosotros afirmamos que el Gobierno no ha llenado los fines para que se instituyó ni ha respetado tampoco los principios constitucionales, principalmente por la accion de los Estados enemigos de la esclavitud, los cuales se han arrogado el derecho de intervenir en nuestras instituciones domésticas, negando el derecho de propiedad establecido en quince Estados y reconocido por la Constitucion. Además de esto han denunciado la esclavitud como criminal, permitiendo se establezcan entre ellos sociedades cuyo evidente objeto es turbar la tranquilidad, conservando en su poder los bienes de los ciudadanos de otros Estados; y como si esto no bastara, han contribuido á que miles de nuestros esclavos, abandonaran sus casas, escitándoles á la insurreccion.

»Por espacio de veinticinco años ha ido aumentándose esta agitacion, hasta que al fin se hace preciso recurrir al Gobierno comun. Observando las formas de la Constitucion en lo que previene el artículo por el cual se establece el departamento ejecutivo, los que se muestran contrarios nuestros, han

hallado medio de subvertir la Constitucion misma, y todos los Estados del Norte se han unido para elegir como Presidente de los Estados-Unidos á un hombre cuyas opiniones y principios son hostiles á la esclavitud. Ese hombre á quien se va á confiar la administracion del Gobierno comun, ha declarado *que no debe haber Estados esclavos y libres, y que todos debemos estar en la persuasion de que la esclavitud se extinguirá muy pronto.*

»Para llevar á cabo el plan que tenia por objeto subvertir la Constitucion, se ha recurrido en varios Estados al medio de reconocer como ciudadanos á personas que por la suprema ley del pais no podian serlo, y se ha hecho uso de sus votos para inaugurar una nueva política hostil al Sur y contraria á su tranquilidad y bienestar.

»El dia 4 de marzo próximo debe inaugurarse ese nuevo Gobierno, y ya se anuncia que el Sur será excluido del territorio comun, que los tribunales de justicia serán seccionales, y que se debe hacer la guerra á la esclavitud hasta que desaparezca de los Estados-Unidos.

»Cuando esto suceda dejarán de existir las garantías de la Constitucion; ya no habrá igualdad de derechos para los Estados, no podremos regirnos por nuestras instituciones, y el Gobierno federal se constituirá en enemigo nuestro.

»Los intereses locales y la animosidad aumentarán la irritacion, é inútil parece buscar un remedio, atendido que la opinion pública en el Norte favorece un grave error político, sancionado por una creencia religiosa de las mas erróneas.

»En su consecuencia pues, nos el pueblo de la Carolina del Sur á quien representan nuestros delegados de la Convencion, invocando al Supremo Juez del universo para que se reconozca la rectitud de nuestras in-

tenciones, declaramos solemnemente que la union que existia entre este Estado y los de la América del Norte, queda definitivamente disuelta, debiendo entenderse que la Carolina del Sur vuelve á ocupar su puesto entre las naciones del mundo como un Estado libre, soberano é independiente, que estará autorizado para hacer guerra, celebrar la paz, contraer alianzas, hacer el comercio, y todo aquello en fin á que tienen derecho los Estados libres.

»Y confiando en la proteccion de la Divina Providencia, ofrecemos mutuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente declaracion.»

El mismo dia que fué aprobado por la Convencion este documento, todos los representantes de la Carolina del Sur que habia en el Congreso, presentaron la dimision de sus cargos.

La segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso se reunió el lunes 3 de diciembre de 1860, y al otro dia remitió el Presidente Buchanan su último mensaje anual, del que extractaremos algunos párrafos porque se referian esclusivamente á la gran cuestion política que agitaba entonces al pais entero, es decir, á la cuestion de la esclavitud, en cuyo desenlace se preveia alguna cosa terrible, sobre todo desde que el resultado de las elecciones designaba á Mr. Lincoln para ocupar la silla presidencial. Mr. Buchanan comenzaba su mensaje manifestando que era envidiable la prosperidad del pais, tanto por la abundancia de las cosechas como por el gran movimiento comercial, y entraba luego de lleno en la cuestion de la esclavitud, expresándose en los siguientes términos:

»¿Cuál es la verdadera causa del descontento que reina en todo el pais, y por qué se piensa en disolver la Union, que es la fuente y origen de nuestra prosperidad? La in-

conveniente intervencion de los Estados del Norte en el asunto de la esclavitud, tan importante para los Estados del Sur, debia producir al fin sus naturales consecuencias; los diferentes Estados de la Union se muestran ahora hostiles entre sí, y ha llegado el dia tan temido por el Padre de la patria. Yo he previsto siempre este resultado y anuncié á mis compatriotas el peligro, pero este no procede solo de las reclamaciones del Congreso para suprimir la esclavitud en los territorios, ni tampoco de los esfuerzos de los diversos Estados para oponerse á la ejecucion de la ley sobre esclavos fugitivos.

»El Sur hubiera podido soportar estos males, en la esperanza de que mas tarde se habria encontrado el medio de satisfacer las exigencias de todos, con lo cual no era de temer una separacion, pues el verdadero peligro no depende tanto de las causas como del hecho de que la incesante y violenta agitacion que predomina en el Norte á consecuencia del asunto de la esclavitud, ha producido al fin su maligna influencia en los esclavos, inspirándoles vagas ideas de libertad. Por esto ha llegado á reinar la inquietud en el hogar de las familias; por esto no se confia ya en la paz, y todos temen á cada momento una insurreccion. Mas de una matrona del Sur se retirará á su casa por la noche poseida de inquietud al pensar que acaso ya no encuentre á sus hijos, y cuando esta inquietud, ya real ó imaginaria, llegue á estenderse por todo el pais, entonces la desunion será inevitable. La propia conservacion es una de las primeras leyes de la naturaleza, y la que el Creador hizo comprender desde luego al hombre; y ninguna union política es posible, por grandes que fueran sus beneficios, si una de sus consecuencias ha de ser la inquietud de las familias y su poca seguridad. Mas pronto ó mas

tarde se disolverian los lazos de semejante Union. Yo creo que este fatal período no ha llegado aun, y por mi parte rogaré á Dios que no se rompan los lazos que nos unen y que se conserve la Constitucion á través de las futuras generaciones.

»Debemos sin embargo tomar nuestras medidas con tiempo para evitar el peligro. No puede negarse que por espacio de veinticinco años, la hostilidad del Norte contra el Sur en la cuestion de la esclavitud, ha producido una agitacion incesante. En 1835 comenzaron á circularse en los Estados del último, manifiestos incendiarios, proclamas y otros escritos que tendian evidentemente á escitar las pasiones de los esclavos, y usando las mismas palabras del general Jackson, *á estimularles á la insurreccion, dando lugar á todos los horrores de una guerra servil*. Esta agitacion ha ido en aumento siempre, tanto por culpa de la prensa como por los procedimientos de los Estados y de las diversas Convenciones, y el Congreso se ha ocupado con preferencia en los violentos debates á que daba márgen la asendereada cuestion de la esclavitud, y se han hecho llamamientos y escrito folletos por personas distinguidas, sin mas objeto que el de sembrar la discordia en los diversos Estados de la Union.

»¡Cuán fácil seria para el pueblo americano arreglar satisfactoriamente de una vez esta cuestion y restablecer para siempre la buena paz y armonía en todo el pais!

»Él solo, él puede hacerlo: lo único que se necesita para conseguir tan laudable objeto, y todo lo que los Estados esclavos quieren, es que se les permita regirse por sus propias instituciones. Como Estados soberanos, ellos y solo ellos son responsables ante Dios y el mundo de su empeño en proteger la esclavitud, mientras el pueblo del Norte nada tiene

que ver con esto, ni le asiste tampoco derecho alguno para intervenir en semejante asunto. Yo confío mucho por lo tanto en su buen criterio y reconocido patriotismo.

.....

»¿Cuál es entre tanto la responsabilidad y verdadera posición del Poder ejecutivo? Por un juramento solemne está obligado ante Dios y su país á cuidar que las leyes se cumplan y observen fielmente, y de esta obligación no puede relevarle ningún poder humano. Pero, ¿cómo deberá obrar y llenar este deber cuando lo han hecho impracticable acontecimientos que no podía evitar? Este es precisamente el caso con la Carolina del Sur, pues todos los funcionarios públicos de la administración que allí había han renunciado sus cargos, y ahora no hay en dicho Estado ni jueces ni autoridades, de las que están encargadas del fiel cumplimiento de las leyes. La máquina del Gobierno federal ha sido destruida completamente, y será muy difícil hacerla funcionar de nuevo.

.....

»Ahora bien; la cuestión debe plantearse así: ¿ha conferido la Constitución al Congreso el derecho de someter á un Estado que trata de separarse ó se ha separado ya de la Confederación? En caso afirmativo, debe ser bajo el principio de haberse conferido al Congreso el derecho de declarar la guerra á un Estado; pero después de reflexionar detenidamente, vengo á sacar en conclusión que no se ha conferido semejante derecho al Congreso ni á ningún otro departamento del Gobierno federal. Es evidente, al examinar la Constitución del país, que entre los poderes específicos otorgados al Congreso, no se encuentra aquel, y es claro también que su ejercicio no es necesario para aquellos.»

El Presidente manifestaba luego que las relaciones con las potencias extranjeras eran

tan amistosas como se pudiera desear, y que solo con España se habían suscitado algunas diferencias, que iban á someterse á una comisión, que á no dudarlo las resolvería satisfactoriamente. Al dar cuenta del estado de la Hacienda decía Mr. Buchanan que, en su concepto, sería preciso modificar la tarifa á fin de aumentar la renta, é hizo presente que en el último tratado comercial celebrado entre Francia é Inglaterra, prevenía uno de los artículos que se suprimieran los derechos *ad valorem*, adoptando los específicos en el término de seis meses. El Presidente ponía asimismo en conocimiento del Congreso que los habitantes de varios puntos de Kansas se veían reducidos á la miseria por haberse perdido sus cosechas, al paso que las de otros Estados eran abundantísimas y que tal era la triste situación del pueblo, que ni aun podían comprar los artículos de primera necesidad. Mr. Buchanan escitaba al Congreso á que adoptara alguna medida para aliviar á los habitantes de Kansas, y terminaba su mensaje recomendando los intereses del pueblo del distrito de Colombia.

En ambas Cámaras se procedió acto continuo á la lectura del mensaje del Presidente, pero todas sus recomendaciones fueron desatendidas, é inútiles debían ser los esfuerzos de Mr. Buchanan para alejar la tormenta y conseguir una conciliación entre los representantes del Norte y los del Sur. Mr. Clingman, de la Carolina del Norte, atacó el mensaje tan pronto como se hubo leído, sosteniendo que era ya tarde para que ninguna concesión satisficiera al Sur y para entrar en negociaciones entre los Estados libres y los esclavos. Mrs. Alberto G. Brown, de Mississippi, Luis T. Wigfall, de Texas, y Alfredo Iverson, de Georgia, hablaron en el mismo sentido, y con tal energía, que dieron lugar á que se promovieran enojosos

y violentos debates. Mr. Crittenden, de Kentucky, y Mr. Saulsbury, de Delaware, hicieron los mayores esfuerzos para conseguir una conciliacion, mas no fueron atendidas sus razones. La cuestion de la esclavitud debia producir funestas consecuencias, y al parecer no era ya dable conjurar la tormenta ni calmar tampoco la creciente irritacion de los ánimos.

El 8 de diciembre se reunió una comision de diputados del Sur, pero lejos de proponerse ningun arreglo, no se hizo otra cosa sino trazar mas claramente la línea de conducta que se observaria entre unionistas y separatistas. Mrs. Alberto G. Brown, de Mississippi, y Juan Sildell, de Louisiana, hablaron con la mayor elocuencia y energía en favor de la separacion; Mrs. Jefferson Davis, de Mississippi, y Jacobo M. Mason, de Virginia, se opusieron tambien á un arreglo, y en el mismo sentido hablaron otros muchos senadores del Sur.

El dia 9 continuaron los debates y se presentaron varias proposiciones cuyo objeto era celebrar un arreglo para conservar la Union. Juan Sherman, de Ohio, propuso una nueva division de los territorios y que se observasen estrictamente los principios constitucionales; Juan Cochrane, de Nueva-York, recomendó la conveniencia de que se dividiesen los Estados en esclavos y libres; Mr. Noell, de Missouri, propuso la abolicion del cargo de Presidente de los Estados- Unidos, y que se formaran de la Union tres distritos, cada uno de los cuales eligiria un representante para que desempeñara las funciones de Presidente; Mr. Tomás C. Hindman, de Arkansas, dijo que convendria enmendar la Constitucion para proteger la esclavitud en los territorios donde existiese, proponiendo además que á todo Estado que aprobase una ley cualquiera para neutrali-

zar la de esclavos fugitivos, se le privase del derecho de representacion en el Congreso, y por último, Mr. Carlos H. Larrabee, de Wisconsin, recomendó una Convencion general de los Estados. Todas estas proposiciones se pasaron al Comité respectivo para que informase sobre ellas.

Al dia siguiente, el venerable Juan J. Crittenden, de Kentucky, hombre respetable, que hacia cuarenta y cuatro años era senador, habiendo desempeñado varios cargos de importancia bajo las administraciones del general Harrison y Mr. Fillmore, presentó en el Senado una proposicion cuyo objeto era resolver amistosamente la cuestion de la esclavitud, adicionando á la Constitucion ciertas enmiendas. Seguramente no hubiera podido tomar la palabra en el Congreso otra persona á quien los republicanos se hallasen dispuestos á escuchar con mas benevolencia, deseosos de encontrar aceptable su plan y compatible con los principios (*) que profesaban, y por esto sin duda, el Senado tomó en consideracion la proposicion de Crittenden. Los debates comenzaron pues, aquel mismo dia, y habiendo pedido la palabra Mr. Antony, de Rhode-Island, republicano moderado, se espresó en estos términos:

«Creo, señor Presidente, que si ha de conjurarse el peligro que nos amenaza, será solo por medio de la legislacion, que seguramente podrá ser mas eficaz y mas satisfactoria que las enmiendas constitucionales. La gran dificultad, la verdadera piedra de toque es la cuestion territorial: lo que desean los senadores del otro lado de la Cámara y aquellos á quienes representan, es que el territorio Sur de la línea de Missouri quede á su disposicion completamen-

(*) En el Apéndice de este capítulo podrá ver el lector las enmiendas propuestas por Mr. Crittenden.

te, y todo este territorio, excepto la parte reservada á los indios, está dentro de los límites de Nueva-México. Allí existe la esclavitud reconocida y protegida, y yo propongo que despues de haber admitido á Kansas, se vote tambien la admision de Nueva-México como Estado, con la Constitucion que el pueblo tenga por conveniente adoptar.

»Si nosotros podemos disponer de todo el territorio que tenemos, no debemos disputar sobre el que aun no es nuestro; evitemos el conflicto que nos amenaza ahora y no hablemos sobre otro que acaso no ocurra nunca. Dejad que se calmen los ánimos; olvidemos en medio de la prosperidad general y de la gloria comun de nuestro pais que hemos disputado nunca sobre la cuestion de la esclavitud, y acaso cuando en la marcha de los acontecimientos lleguen á estar las provincias del Norte bajo nuestro dominio, no tendremos ya temor de naufragar en el mar político cuyas tumultuosas olas amenazan envolvernos en un monton de ruinas!

»Al proponer el arreglo de la cuestion, admitiendo á Nueva-México, nosotros, los hombres del Norte, hacemos un inmenso sacrificio, aviniéndonos á una gran concesion, pues aceptamos como Estado á un territorio que no tiene poblacion suficiente, ni cuenta con muchos de los elementos necesarios para que se le admita por nuestro Gobierno; pero hacemos esto animados de la esperanza de resolver amistosamente nuestras diferencias, y confiando en que seremos correspondidos.

»Y ahora, señor Presidente, permitidme que me dirija á los senadores del otro lado de la Cámara y les pregunte: cuando nosotros recorremos las siete octavas partes del terrible abismo que nos separa, ¿os negareis vosotros á recorrer el camino que falta? Cuando con los brazos abiertos nos acerca-

mos á vosotros de tal modo que sin mas que alargar vuestras manos podreis estrechar las nuestras, dándonos un abrazo fraternal que debe unirnos para siempre, ¿permanecereis inmóviles é indiferentes exigiéndonos una cosa que sabeis no podemos conceder y en la cual no consentirian tampoco nuestros constituyentes?»

Los argumentos de Mr. Antony parecian concluyentes; contestar no era fácil, y así es que despues de un prolongado debate se desechó la proposicion de Crittenden por treinta votos contra veinticinco, habiendo quedado tambien sobre el tapete el *bill* relativo á la admision de Kansas.

Seria muy largo seguir el curso de los debates de aquella legislatura y dar cuenta aquí del diluvio de enmiendas y proposiciones que se presentaron en el Congreso. Los esfuerzos de los Comités para conseguir un arreglo fueron completamente inútiles, y esto no por falta de buena voluntad de la mayoría, sino porque todos los miembros del Sur se obstinaron en que los republicanos debian rechazar lo que era el principio vital de su partido. La guerra civil parecia inevitable; la alarma cundió en el Sur al saber que se trataba de abolir la esclavitud; empezóse á temer una insurreccion de los negros; dejó de reinar la tranquilidad entre las familias, y antes del tiempo fijado para la inauguracion del nuevo Gobierno, era tal la agitacion, y tan formidable la resistencia del Sur, que por el voto del pueblo y de la legislatura resolvieron separarse de la Union los siguientes Estados: la Carolina del Sur, en 20 de diciembre de 1860; Mississippi en 2 de enero de 1861; Alabama el dia 11 del mismo mes y año; la Florida el 12; Georgia el 19; Louisiana el 28, y Texas en 1.º de febrero siguiente.

En 4 de febrero de 1861, se reunieron en

Montgomery (Alabama), varios representantes de los Estados que acababan de separarse, á fin de organizar un Gobierno, y en 18 del mismo mes Mr. Jefferson Davis, de Mississippi, fué elegido Presidente de los Estados Confederados de América. Á los cuatro dias se aprobó una Constitucion federal para los Estados separatistas, la cual era muy análoga á la de la Union, con la diferencia de que se protegía mas la esclavitud, hacíase mas larga la duracion de las funciones presidenciales, es decir, se fijaban seis años en vez de cuatro, y se reservaba el derecho de separacion. Los primeros Estados confederados no eran al principio sino seis, á saber: la Carolina del Sur, Georgia, Florida, Alabama, Louisiana y Mississippi, pero bien pronto se les reunió Texas, y esperábase que seguirian el ejemplo, Virginia, la Carolina del Norte, Arkansas y Tennessee. Á juzgar por la actividad con que se procedía, parecia muy probable que entrasen á formar parte de la nueva Confederacion los Estados esclavos de Missouri, Kentucky, Maryland, Delaware y el distrito de Colombia, donde el partido democrático contaba con numerosos prosélitos.

El dia 18 de febrero Mr. Jefferson Davis, general y ministro de la guerra bajo la ad-

ministracion de Pierce, y Mr. Stephens, el elocuente orador, tomaron posesion de sus cargos de Presidente y Vice-presidente de la nueva Confederacion (*).

Terminaremos este capítulo repitiendo que los esfuerzos que hizo el Congreso en aquella legislatura para evitar un doloroso conflicto no produjeron el resultado apetecido, pues todos los miembros del Sur habian dejado de asistir á las Cámaras despues de renunciar sus cargos, de modo que los republicos constituyeron la absoluta mayoría. En la última sesion se aprobaron tres *bills* organizando los territorios de Colorado, Nevada y Dakota, pero nada se hablaba en ellos respecto á la esclavitud. La aprobacion de estos *bills* tenia por objeto sin duda calmar la efervescencia de los ánimos y fortalecer á los unionistas del Sur; mas no parece que esto produjera ningun efecto, pues no era de esperar *concesion alguna* despues de la retirada de los representantes del Sur. Evitar el conflicto parecia ya difícil: ¡era demasiado tarde!

(*) Mr. Jefferson Davis organizó su Gabinete del modo que sigue: Secretario de Estado, Mr. Toombs, de Georgia; del Tesoro, Mr. Memminger, de la Carolina del Sur; de la Guerra, Mr. Walker, de Alabama; de Marina, Mr. Mallory, de la Florida; de Hacienda, Mr. Benjamin, de Louisiana, y Director general de Correos Mr. Ulett, de Mississippi.

APÉNDICE AL CAPÍTULO I.

ENMIENDAS Á LA CONSTITUCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS PROPUESTAS POR EL SENADOR MR. CRITTENDEN.

Considerando el carácter alarmante de las disensiones que se han suscitado entre los Estados del Norte y los del Sur respecto á los derechos referentes á la esclavitud y especialmente á los del territorio comun de los Estados-Unidos, y como quiera que es de la mayor conveniencia é importancia para todos terminar amistosamente estas disensiones que amenazan la existencia misma de la Union, haciendo justicia á todos á fin de devolver al pueblo la paz y tranquilidad tan necesarias para todos los ciudadanos, tengo el honor de proponer las siguientes enmiendas á la Constitucion, que deberán ser sancionadas por el Senado y la Cámara de Representantes, y se considerarán como válidas despues que se rectifiquen por las Convenciones de tres cuartas partes de los diversos Estados.

ARTÍCULO PRIMERO.—En todo el territorio de los Estados-Unidos, adquirido ya ó que se pueda adquirir en la parte Norte hasta los 36° 30' de latitud, queda prohibida la esclavitud escepto en los casos de castigo de crímenes, en todos los puntos donde haya Gobierno territorial. En el territorio Sur de la misma linea de latitud se permitirá la esclavitud de la raza africana, y lejos de oponerse á ella el Congreso, cuidará que se respete en todos los departamentos del Gobierno territorial mientras exista. Cuando un territorio, ya sea del Norte ya del Sur, y se halle en los limites que fije el Congreso, contenga la poblacion necesaria para estar representado, segun la proporcion establecida, será admitido en la Union si su forma de Gobierno es republicana, bajo las mismas condiciones que los Estados primitivos, con esclavitud ó sin ella, segun lo previniese su Constitucion.

ARTÍCULO 2.º—El Congreso no podrá abolir la esclavitud en los Estados donde existe ahora aun cuando se hallen en los limites de su jurisdiccion.

ARTÍCULO 3.º—El Congreso no tendrá derecho para abolir la esclavitud en el distrito de Colombia, mientras exista en los Estados vecinos de Virginia y Maryland, ni con el consentimiento de los habitantes ni sin conceder la debida

compensacion á los poseedores de esclavos que se opongan á la abolicion de la esclavitud. El Congreso no podrá tampoco en ningun tiempo prohibir á sus miembros ni á los funcionarios del Gobierno federal, que deban permanecer en dicho distrito, llevar consigo sus esclavos y tenerlos mientras los necesiten, pudiendo luego conducirlos al punto donde se trasladaren.

ARTÍCULO 4.º—El Congreso no tendrá derecho para prohibir ú oponerse á la traslacion de esclavos de un Estado á otro, ó á un territorio donde la esclavitud esté permitida por la ley, bien se haga la traslacion por tierra ó por mar.

ARTÍCULO 5.º—En complemento de las disposiciones del tercer párrafo de la seccion segunda del cuarto artículo de la Constitucion de los Estados-Unidos, el Congreso dispondrá que se abone á todo ciudadano que lo reclame el valor de sus esclavos fugitivos, siempre y cuando se pruebe que la autoridad respectiva, cuyo deber era arrestar al culpable, no lo habia hecho así por violencia ó intimidacion, ó bien en el caso de que el fugitivo fuese libertado por fuerza y no pudiera el dueño reclamarlo. En cualquiera de estos casos, y cuando los Estados-Unidos se vieran en la precision de pagar el importe de un esclavo, tendrán derecho á exigir la responsabilidad al condado donde se cometió la violencia ó intimidacion, reclamando daños y perjuicios y la cantidad satisfecha; pero despues de reintegrarse esta al Gobierno, dicho condado podrá á su vez reclamar la indemnizacion, procesando á los que impidieron al dueño reclamar su esclavo.

ARTÍCULO 6.º—Ninguna enmienda de la Constitucion deberá afectar á los cinco artículos anteriores, ni se adicionará á la Constitucion ninguna por la cual se confiera al Congreso el derecho de abolir la esclavitud en cualquiera de los Estados cuyas leyes la consienten.

Considerando que además de las causas de disension á que se refieren las anteriores enmiendas, hay otras que el Congreso puede hacer desaparecer valiéndose de su autc-

ridad legislativa; y teniendo en cuenta que el mayor deseo de todos es conseguir que cese el descontento y la agitación que ahora turba la paz y tranquilidad del país, poniendo en peligro la estabilidad de sus instituciones:

Acordamos declarar: 1.º Que las leyes que ahora rigen para recobrar los esclavos fugitivos están conformes con las disposiciones de la Constitución y han sido sancionadas como válidas por el Supremo Tribunal de los Estados Unidos; que los Estados esclavos tienen derecho á la fiel observancia y ejecución de esas leyes, las cuales no deberán anularse ó modificarse, y que procede hacer otras para castigar á los que intentaren por violencia ú otros medios ilegales dar libertad á los esclavos.

2.º Que todas las leyes de los Estados que estén en contraposición con las actas del Congreso referentes á la esclavitud son nulas y sin ningún valor ni efecto, especialmente si se oponen á la entrega de esclavos fugitivos. El Congreso

por lo tanto, atendidas las críticas circunstancias por que atravesamos, cree oportuno recomendar eficazmente á los Estados que dictaron tales leyes, que las anulen ó modifiquen á fin de que no se subviertan intencionadamente.

3.º Que la ley de 18 de Diciembre de 1850, llamada de esclavos fugitivos, debe ser enmendada de modo que el comisionado á que se refiera perciba siempre el mismo premio ó gratificación en todos los casos en que resuelva, bien sea á favor ó en contra del reclamante. Asimismo debe limitarse la autoridad de las personas autorizadas para arrestar ó detener un esclavo fugitivo, reclamando el auxilio de los ciudadanos, en los casos en que hubiere resistencia ó peligro.

4.º Que las leyes sobre la supresión del tráfico de esclavos africanos, y especialmente las que prohíben la importación de aquellos en los Estados Unidos, deben ponerse en vigor á fin de que se observen fielmente, á cuyo efecto se adoptarán las disposiciones necesarias.

HISTORIA DE LA CAROLINA DEL SUR.

La resuelta actitud de la Carolina del Sur al tratar de defender sus derechos, la energía de que dió pruebas al romper por sí sola los lazos de la Unión, y la animosidad con que se atacaron sus *instituciones domésticas*, fomentada por la prensa y el púlpito, parecen motivos suficientes para hacer un ligero bosquejo de la historia de dicho Estado desde su fundación, á fin de aclarar varios puntos importantes de nuestra narración.

La primera colonia europea que se conoció en el continente norte-americano fué á establecerse en la Carolina del Sur, y su principal objeto era proteger la libertad religiosa. Durante las persecuciones contra los calvinistas, en el reinado de Carlos IX, varios franceses se establecieron en Charleston á las órdenes de su almirante Coligni, que llamó al país la Carolina, si bien nosotros no encontramos este nombre sino en un título otorgado por Carlos I, rey de la Gran Bretaña, á Sir Roberto Heath, á quien cedía una vasta extensión de terreno al Sur y Oeste de aquel país. Cuando tuvo lugar la restauración de Carlos II, este monarca, en 1763, otorgó aquel territorio á varios nobles, concediéndoles extraordinarios privilegios, según aparece de la carta de dicho soberano, á Eduardo, conde de Clarendon, Jorge, duque de Albermale, Guillermo Craven, Juan Berkeley, Lord Ashley, Sir Jorge Carteret, y Sir Juan Colleton, quienes fueron reconocidos como señores absolutos y propietarios de la Carolina. Los límites comprendían una vastísima extensión de territorio que se extendía desde el Atlántico al Pacífico entre las paralelas 29º y 36º 30'; después se dividió en Carolina del Sur y del Norte, y en 1671 llegó, procedente de Las Barbadas una pequeña colonia, cuyo jefe era Sir Juan Yeamans, y con la cual se introdujeron los primeros esclavos en la Carolina. La revocación del edicto de Nantes en 1685 contribuyó á que fueran muchas personas notables á la provincia, y poco después de haberla comprado el monarca, en 1729, se ofre-

cieron tierras y otros beneficios á los nuevos pobladores. por cuyo medio abrióse una puerta á los protestantes de todas las naciones, y muchos desgraciados de Alemania, Suiza Holanda, y aun súbditos de la Gran Bretaña, aceptaron gustosos los ofrecimientos que se hacían. Después de haberse reprimido las rebeliones de 1715 y 1745 en Escocia, muchos de los vencidos montañeses fueron á buscar un asilo en la Carolina del Sur, y todos los años llegaban también numerosos Palatinos, hasta que al fin el rey de Prusia prohibió que pasaran por sus dominios. Cuando comenzó la gran lucha de la independencia, la población de la Carolina del Sur ascendía ya á cuarenta mil blancos y noventa mil esclavos; y más tarde, los disturbios en Francia, la persecución contra los hombres libres y el degüello de los franceses en Santo Domingo, fué causa de que en los últimos años del siglo diez y ocho se refugiaran en la Carolina un sinnúmero de emigrados, que fueron recibidos cordialmente, y aliviados en sus apuros á espensas del público. Aquel fué el último grupo de pobladores que recibió el Estado de los países extranjeros.

El Gobierno establecido en la Carolina cuando llegó á ser provincia real, se organizó según el modelo de la Constitución Británica y se componía de un gobernador, un Consejo y una Asamblea; el rey nombraba á los dos primeros y la tercera era elegida por el pueblo. Antes de la revolución americana era ya muy próspero el estado de las provincias reales, y puede decirse que ninguna colonia estaba mejor gobernada; los primeros Jorges eran unos verdaderos padres de provincia, y su paternal afecto había merecido el cariño y amor de los súbditos de la Carolina, que satisfecha con su situación política no ambicionaba la independencia; si la proclamó luego fué solo para librarse de la tiranía. La primera medida que escitó la oposición contra el Gobierno Británico fué la ley del sello de 1765, y entonces la Carolina

del Sur, resolvió resistirse á la autoridad real. En 6 de julio de 1774 las Convenciones del pueblo reunidas en Charleston acordaron apoyar al pueblo de Boston y se nombraron diputados para que conferenciasen con las de otras colonias en el Congreso general. En 1774 no habia en la provincia sino tres mil libras de pólvora, y como se temia que hiciera falta mas, doce hombres autorizados por el Consejo de seguridad, se hicieron á la vela en Charleston, apresaron un barco cerca de la barra de San Agustin y despues de apoderarse de quince mil libras de pólvora, hicieron rumbo hácia la Carolina, á donde llegaron sin contratiempo. Merced á esta circunstancia, el pueblo de la Carolina del Sur pudo facilitar municiones de guerra al de Massachusetts que carecia absolutamente de ellas. En 28 de junio de 1776 se vertió la primera sangre en defensa de la libertad con motivo de haber sido atacado el fuerte de la isla de Sullivan por una escuadrilla inglesa que pudo ser rechazada. Este fuerte tomó luego el nombre de Moultrie, en honor del valeroso jefe que le defendió.

En 4 de julio de 1776, la Carolina del Sur fué uno de los trece Estados que proclamó la independencia americana. La guerra que habia empezado ya, no terminó hasta 1783, en cuyo año reconoció la Gran Bretaña la independencia de las colonias. El 23 de mayo de 1788, la Carolina del Sur, prévio el consentimiento de los representantes del pueblo, adoptó la Constitucion de los Estados-Unidos, y en 20 de diciembre de 1860, acordó separarse de la Union proclamando sus derechos como Estado libre, soberano é independiente.

Para comprender debidamente las causas que motivaron esta separacion y finalmente la guerra que devastó el pais, es preciso fijarse en otras cuestiones que nada tienen que ver con la de la esclavitud, la cual se cree equivocadamente que es la única que dió lugar á la guerra. La verdadera causa de tan sangrienta lucha se debe atribuir á la cuestion de derechos de los Estados.

Esta gran doctrina fundamental, derivada primitivamente de las cartas reales en virtud de las que se establecieron las primeras colonias por la Corona británica, era en concepto de los fundadores de la independencia americana la única base posible sobre la cual podia subsistir la libertad de la República. Un inmenso imperio territorial ó monarquia, estendiéndose sobre la mayor parte del continente, es posible aunque no de desear, porque su principio es la concentracion del poder y de la autoridad en un solo individuo, que es el jefe del ejército y gobierna con este al pueblo, exigiendo la obediencia á su voluntad suprema; pero una gran república territorial tan estensa como la de los Estados-Unidos en tiempo de Washington, con la libertad asegurada dentro de sus limites, no es posible sin la descentralizacion del poder. Hase creído siempre que la primera alianza de todo americano debe contraerse con el Estado de donde es natural, y tan arraigada está esta idea, que aun hoy dia ninguno puede convertirse en ciudadano de los Estados-Unidos. El que es natural de Massachusetts es ciudadano de este Estado y no de la Union, y el extranjero hoy emigrante que se establece en el pais debe elegir su Estado y calificarse por la re-

sidencia en él antes de que pueda tomar cartas de naturalizacion. Para considerarse como ciudadano de Nueva-York se necesitarian cinco años, pero se puede adquirir el derecho en seis meses en cualquiera de los nacientes Estados del Oeste, porque en ellos se necesita gente para poblar el territorio. Formar una liga entre los Estados que si bien se gobernaban por sí mismos se unian para rechazar toda invasion extranjera, especialmente de la Gran Bretaña á quien se creia capaz de dominar á sus colonias rebeldes si no se aunaban, era el principal objeto que se propusieron los hombres notables de la era *Washingtoniana* al proclamar la libertad é independencia de América. Asi pues cada Estado tenia su Constitucion, su propia legislatura, su jefe de justicia y su milicia, mientras que el Gobierno federal ó central, encerrado en los límites de la Constitucion por el Supremo Tribunal, solo tenia ciertos poderes en lo tocante á las relaciones extranjeras. Esteriormente la Union lo era todo; interiormente no era nada. Mientras predominó esta idea, las repúblicas americanas con su Gobierno nominal, eran libres y felices y reinaba la prosperidad, pero segun aumentaba el número de esclavos y se estendia la Union desde el Atlántico al Pacífico, era natural que se temiese una tentativa para centralizar el poder. Los Estados, como tales, eran enteramente libres; lo único que se les negaba por el convenio voluntario en que tomaron parte, era el derecho de hacerse la guerra uno á otro ó subvertir sus diversas Constituciones; en cuanto á todo lo demás cada uno era libre de hacer sus leyes segun las costumbres, necesidades y prácticas de su pueblo. Asi pues, Massachusetts y Nueva-York podian abolir la esclavitud dentro de sus limites, mientras que la Carolina del Sur y Georgia quedaban en libertad de mantenerla. En el último periodo, los territorios de Indiana é Illinois estaban en su derecho al prohibir el establecimiento de gente de color en sus limites, mas por ningun concepto debian considerarse como provincias de un imperio ó subdivisiones de una unidad, tal como los condados ingleses ó los departamentos de Francia en el dia. En Inglaterra, la ley de Northumberland es la ley de Devonshire, pero en América, la ley de Maine no es la de Pennsylvania, ni esta la de Nueva-York ó Nueva-Jersey. Si los Estados hubieran seguido respetando sus mútuos y sagrados derechos, es muy probable que todo el continente de la América del Norte se hubiese visto poblado al cabo de cierto tiempo de repúblicas libres y felices, y que el Canadá y las colonias británicas del Norte, México y los territorios del istmo en el Sur, habrian ido solicitando poco á poco formar parte de la Union Americana. Este hubiera sido un grande y poderoso Gobierno, y en el caso de llegar á perpetuarse la esclavitud de los negros se hubiera estinguido gradualmente al reconocerse que era tan inútil como inconveniente. De este modo no habia ya temor á la guerra á no ser con una potencia europea que tomase la ofensiva, lo cual no era probable tratándose de una nacion tan poderosa como América; el principio de Gobierno libre quedaba reconocido, y los diversos Estados habrían ofrecido al mundo el mas sublime espectáculo que pudiese recordar la historia, el espectáculo de un pueblo independiente, civilizado, rico y dichoso, que se des-

arrolla y progresa, resolviendo el gran problema de los destinos de la humanidad.

Pero este feliz porvenir no estaba reservado para el pueblo: la tercera generacion despues de Washington, lejos de interpretarla como debia, pervirtió la doctrina fundamental de la libertad republicana; aparecieron nuevos hombres y nuevas ideas; la escoria de los hombres de Europa, todos aquellos que nada podian obtener en el antiguo mundo, acudieron presurosos al nuevo á probar fortuna, y no comprendiendo el mecanismo de la delicada maquinaria, base de nuestro sistema politico, comenzaron á trabajar para destruirla. La guerra civil demostró evidentemente cuál ha sido el éxito de los esfuerzos de esos hombres, que sin comprender las ventajas de la Constitucion adoptada por un pueblo civilizado han persistido en sus malignos proyectos hasta conseguir que estallara la máquina política con un estruendo que debia asombrar al mundo. Los puritanos de Nueva-Inglaterra que se inspiraron en la literatura europea en una época en que América no tenia la suya propia, han prestado su auxilio á esos hombres, y como estos soñaban en la realizacion de un plan que tenia por objeto llegar á constituir un gran pueblo dominante mas bien que un pueblo feliz y libre, robustecieron al Gobierno federal siempre que hubo ocasión para ello, debilitando en cambio el poder de los Estados que es la mejor garantia de sus libertades. Los intereses fabriles de Nueva-Inglaterra y Pennsylvania, de los que dependia su riqueza, agitaron la cuestion de las tarifas y esta fué una de las primeras causas que hicieron pensar en la separacion. Despues de haber emancipado la Gran Bretaña los esclavos de la India Occidental, se trató de dar mas importancia á la esclavitud en América, y por espacio de treinta años se estuvo debatiendo esta cuestion; mas por la influencia de los elementos europeos y puritanos de la sociedad americana, solo se consiguió exasperar á los Estados del Sur contra los revolucionarios del Norte, empeñados en intervenir en asuntos que no les concernian. Todo esto se hizo en la creencia de que los Estados-Unidos eran una nacion y que el Gobierno federal tenia el derecho de intervenir en las Constituciones de los diversos Estados cuando lo tuviese por conveniente. Las cuestiones de libre comercio, de la tarifa, de la estension de territorio y de la abolicion de la esclavitud, son las que siempre se sacaron á la luz cuando se dis-

cutia el gran tema sobre la autoridad federal contra la del Estado; los hombres mas ilustrados y eminentes patriotas de América, preveian las inevitables consecuencias, lo cual les indujo á combatir la usurpacion con toda su energía y elocuencia, y como el Norte aumentaba su poblacion mas rápidamente que el Sur á causa de la afluencia de hombres ignorantes y sin principios que llegaban de Europa, y el Sur por otra parte se obstinaba en mantener sus derechos, esta fué una razon mas para que acreciese la animosidad y se comprendiera que la separacion era ya solo una cuestion de tiempo. El Norte no ha querido escuchar advertencias; fuerte en teoría, ha prescindido de la práctica, y el pueblo del Sur se vió en la precision de buscar un remedio eficaz separándose de los demás Estados para no verse privado de sus ventajas y á fin de quedar completamente libre del Norte. Este no podria abolir la esclavitud aun cuando lo deseara, pues si repentinamente se hubiese dado la libertad á cuatro millones de esclavos, habria sido peligroso para todos.

El Norte no comprendió la libertad ni los principios de su propio Gobierno en todo el curso de estas violentas polémicas y de la terrible guerra á que han dado lugar; el Norte no mantenía la esclavitud y esto debia haberle bastado; al apelar á la fuerza de las armas para exigir una cosa injusta no estaba en su derecho, pero su error debia costarle caro, pues el que á hierro mata á hierro muere, y ahora ha perdido sus propias libertades sin hacer ningun bien á los negros, á quienes queria poner en libertad, y sin remover ni uno solo de los obstáculos que se oponen á la emancipacion universal.

En el Norte hay veinte millones de hombres blancos gobernados por el despotismo, y en el Sur hay cuatro millones de negros que se hallan ahora lo mismo que antes de principiarse la guerra. Todo esto ha sucedido porque los norte-americanos querian ser una nacion cuando no lo eran, y atacaron el principio de la soberania del Estado y del libre Gobierno, que es la única base posible sobre la que puede subsistir la forma republicana. Sin embargo, aquel pueblo era orgulloso y necesitaba una leccion de humildad, leccion que no debia tardar en recibir con asombro del mundo, admirado de la gigantesca lucha que devastó á nuestro pais y en la que vertieron su sangre millones de ciudadanos.

CAPÍTULO II.

1861.

ADMINISTRACION DE ABRAHAM LINCOLN.

Viaje del nuevo Presidente á Washington.—Discurso que pronunció en Indianapolis.—Tentativa de asesinato.—Mr. Abraham Lincoln presta juramento y toma posesion del cargo de Presidente de los Estados-Unidos.—Su manifiesto inaugural.—El nuevo Gabinete.—Los representantes confederados.—Carta que dirigieron á Mr. Seward y contestacion de éste.—El general Beauregard y el mayor Anderson.—Primeras hostilidades.—Bombardeo del fuerte Sumter.—Regocijo de los separatistas.—Indignacion de los norte-americanos.—El parte del mayor Anderson.—Llamamiento á las armas.—Proclama del Presidente.—Reunion de los confederados en Montgomery.—Contestacion de algunos Estados al llamamiento del Presidente.—El teniente Jones evacua el arsenal de los federales en Harper's Ferry.—El motin de Baltimore.—Conferencia del Presidente con el mayor Brown.—El general Butler desembarca en Annapolis y recobra á Maryland.—Se abandona el arsenal de Norfolk.—Separacion de Virginia, Tennessee, la Carolina del Norte y Arkansas.—Apéndice al capítulo II.—Biografia de Abraham Lincoln.

El dia 11 de febrero, el nuevo Presidente electo, Mr. Abraham Lincoln, abandonó su modesto domicilio de Illinois y se puso en camino para Washington, atravesando los territorios de Indianapolis, Cincinnati, Pittsburgh, Cleveland, Erie, Buffalo, Albania, Trenton, Newark, Philadelphia, Lancaster y Harrisburg. En todas las estaciones en donde tenia que detenerse el tren especial donde iba Mr. Lincoln con su familia y algunos amigos, salió á esperarle una multitud inmensa, y en todas partes recibíasele con marcadas muestras de respeto y estimacion y como al jefe de un pueblo libre, que seguramente no creia que durante la nueva administracion que iba á inaugurarse, debia tener lugar una de las mas sangrientas catástrofes que se registran en los anales de la historia de las naciones. En cuantos puntos se detuvo Mr. Lincoln pronunció varios discursos notables en contestacion á las mani-

festaciones que se le dirigian, pero no reproduciremos aquí sino uno de ellos, que es en nuestro concepto el mas interesante y expresivo. Helo aquí:

«Ciudadanos del Estado de Indiana:

»Me presento á vosotros para daros gracias por vuestro lisonjero recibimiento, y muy especialmente por el generoso apoyo que presta vuestro Estado á la causa pública, que yo creo la mas justa, no solo en nuestro pais, sino en todo el mundo. Observo que en la actualidad se usan mucho las palabras *coercion é invasion*, algunas veces de un modo violento, y por esto debemos hacer lo posible para comprender debidamente la intencion de aquellos que las usan; es preciso buscar la definicion exacta de estas palabras, no en los diccionarios, sino en los hombres mismos, los cuales á no dudarlo reprueban los actos que aquellas indican. En efecto, ¿qué es *coer-*

cion? ¿qué es *invasión*? ¿Sería lo primero la marcha de un ejército á través de la Carolina del Sur, sin el consentimiento de su pueblo, y con una intencion hostil? Yo creo que á esto se le debe llamar *invasión*, y *coercion*, si los habitantes de la Carolina se vieren precisados á someterse. *Pero si los Estados-Unidos se limitaran á recuperar sus fuertes y otros bienes y á cobrar los derechos sobre las importaciones extranjeras, ¿podria llamarse á esto invasión ó coercion?* ¿Habrá alguno que se atreviese á calificarlo de *invasión* de un Estado? ¿En qué consiste la legitimidad de los derechos de un Estado? No hablo aquí del rango que este ocupe en la Union segun los principios Constitucionales, porque esto lo reconocemos todos, sino del derecho de dominar lo que es menos que él, tratando de destruir lo que es mas. Si un Estado y un condado, por ejemplo, fuesen iguales en estension de territorio y en el número de habitantes, ¿en qué, como principio, podria ser el primero mejor que el segundo? ¿Podria suponer el cambio de nombres y un cambio de derechos? ¿Con qué autorizacion y bajo qué principio podria un Estado que no forma mas que la quinta parte de una nacion, romper con esta y separarse de una manera arbitraria? ¿Qué misterioso derecho se confiere al distrito de un pais para erigirse en tirano, solo porque se le dió el nombre de Estado?

»Compatriotas; yo no defiendo aquí teorías; no hago mas que dirigiros preguntas para que reflexioneis, y deseando no molestaros mas, permitidme que me retire.»

Á pesar de todas estas ovaciones, cuando Mr. Lincoln llegó á Harrisburg, el dia 22, pudo observar que experimentaba un brusco cambio el barómetro político, pues allí abundaban los partidarios de la esclavitud. Habíase resuelto que el nuevo Presidente pasaria el 23 por Baltimore, como lo habia hecho

por otras grandes ciudades de los Estados libres, pero en Baltimore el espíritu público estaba en favor de la esclavitud, y aun puede decirse que en este punto se deseaba en general la separacion de los Estados. El Gobernador de la ciudad era Mr. Breckinridge, demócrata muy amigo de las reformas, y por esto no es de estrañar que en Baltimore hubiese muchos conspiradores y que allí se albergara la traicion, la cual era mucho mas de temer si se atiende á que se habia dicho en muchas partes y por diversos conductos que Mr. Lincoln no viviria para ser Presidente. El periódico titulado «*Republicano de Baltimore*» acababa de publicar por otra parte un artículo encaminado á escitar el tumulto y las violencias cuando llegara el nuevo Presidente (1). Todas estas circunstancias y el estado de irritacion de los ánimos, bastaron para que se mandara tomar algunas precauciones al jefe de policía Jorge P. Kane, con tanto mas motivo cuanto que se supo con certeza que se trataba de asesinar al Presidente, simulando una especie de motin. Pero Mr. Lincoln resolvió seguir el consejo que le dieron sus amigos, y en su consecuencia atravesó por Baltimore de incógnito en la noche del 22, y en la mañana del 23 llegó á Washington, precisamente á la hora en que se esperaba saldría de Harrisburg. La prudencia de esta medida salvó seguramente á Mr. Lincoln, pero hirió la susceptibilidad de muchos amigos suyos, los cuales hubieran preferido formarle una escolta de cien mil hombres mas bien que verle pasar como un fugitivo por la ciudad de Baltimore.

(1) El artículo del *Republicano de Baltimore* terminaba de este modo: «Mr. Lincoln, el Presidente electo de los Estados-Unidos, llegará á esta ciudad con su séquito á eso de medio dia en un tren especial procedente de Harrison, y seguirá directamente á Washington. De esperar es que no se le ofrecerá una oportunidad para dar á conocer entre nosotros las opiniones que emitió ayer en Philadelphia.

El día 4 de marzo, aunque la mañana había sido muy desapacible, comenzó á brillar el sol en toda su fuerza y se despejó la atmósfera, si bien no reinaba la animacion que era de esperar, á causa sin duda de la alarma que predominaba entre el público. Habíanse hecho amenazas de que nunca se permitiría al Presidente electo prestar el juramento de costumbre, y que se le asesinaría en el acto si no se encontraba otro modo de impedirlo. Como era natural esto hizo temer alguna violencia ó conato de motin, y por lo tanto el general Scott creyó oportuno tomar algunas precauciones militares, aunque no tenía mas que mil hombres á sus órdenes. La procesion cívica que escoltó á Mr. Lincoln hasta el Capitolio, fué sin embargo muy numerosa é iban en ella muchas personas respetables entre las que se veía al ex-Presidente Buchanan.

El Senado habia estado reunido en sesion hacia cuarenta y ocho horas, y pudo concluir sus trabajos á tiempo para admitir la renuncia al Vice-presidente Breckinridge y dar la posesion á Mr. Hamlin, y hecho esto juraron otros varios Senadores. Poco despues penetraba en la Cámara el cuerpo diplomático, que iba de rigurosa gala, los altos dignatarios y los jefes del Supremo Tribunal de Justicia, y al presentarse el Presidente, todos pasaron al espacioso pórtico del Capitolio donde se elevaba un estrado. Mr. Lincoln, conducido por el coronel Eduardo D. Baker, senador del Oregon, le presentó ante aquel inmenso concurso que le saludaba con ruidosas aclamaciones. Despues reinó el mas profundo silencio, y el nuevo Presidente, desarrollando un manuscrito, leyó con voz clara y penetrante su manifiesto inaugural concebido en estos términos:

«CIUDADANOS DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

»Cumpliendo con una costumbre tan an-

tigua como el Gobierno mismo, me presento á vosotros para dirigiros la palabra y prestar el juramento prescrito por la Constitucion de los Estados-Unidos antes de tomar posesion del cargo de Presidente.

»No creo necesario ahora discutir todos aquellos asuntos administrativos que no escitan un particular interés, y me limitaré por lo tanto á manifestar que entre el pueblo del Sur predomina al parecer el temor de que con la nueva administracion republicana peligrará la paz y la seguridad personal, sin que á mi modo de ver haya fundamento alguno para abrigar semejante inquietud. En mi concepto no hay motivos para pensar así, y esto podria probarse hasta la evidencia, pues sin ir mas allá, en todos los discursos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, se podrá haber comprendido que no tengo intencion de intervenir directa ó indirectamente en el asunto de la esclavitud, en los Estados en donde existe, pues no creo que tengo derecho para hacerlo, ni me inclino tampoco á ello. Los que me eligieron no ignoraban que yo habia hecho esta declaracion, y la prueba es que en el programa que me presentaron al ofrecermé sus votos, aparecia el siguiente acuerdo:

»El mantenimiento de los derechos de los Estados, y especialmente el de que cada uno de aquellos se rija por sus propias instituciones, es esencial para conservar el equilibrio de nuestro sistema político, y reprobamos la ilegítima invasion por la fuerza armada, de cualquier Estado ó territorio, como el mas grave de los crímenes.

»Yo apruebo en un todo esta declaracion, y al hacerlo así puedo asegurar que la tranquilidad y el bienestar de todos no se verá de ningun modo en peligro con el nuevo Gobierno. Debo añadir, de paso, que todos los Estados serán protegidos con arreglo á los

principios Constitucionales y á las leyes, siempre que lo reclamaren por una justa causa.

»Al prestar el juramento que me impone mi cargo, es mi ánimo observar estrictamente la Constitucion y las leyes, y mientras yo no recomiende otras nuevas al Congreso, creo que será mejor para todos conformarnos y regirnos por aquellas que no han sido anuladas.

»Setenta y dos años hace que tomó posesion el primer Presidente bajo nuestra Constitucion nacional: durante este período, quince Presidentes distintos, todos ciudadanos tan distinguidos como ilustres, han representado al Poder ejecutivo del Gobierno, á través de muchos peligros, pero siempre con feliz éxito, y á pesar de esto, y con tales precedentes, entro en el desempeño de mis elevadas funciones con tanta desconfianza como temor de que me falten las fuerzas.

»La separacion de los Estados de la Union, que no era hasta hace algun tiempo mas que una amenaza, es ahora segun parece un plan resuelto. Á mi juicio, la ley universal *de la Constitucion supone que la Union de los Estados ha de ser perpétua*, por mas que no se espese esta palabra en la ley fundamental de todos los Gobiernos nacionales. Si se cumple con todas las disposiciones de la Constitucion de nuestro pais, la Union existirá siempre, pues no es posible destruirla sin suprimir el instrumento, base de nuestro sistema político.

»Aun suponiendo que los Estados-Unidos no fueran un Gobierno propiamente dicho, sino una asociacion de Estados, con el carácter de un contrato solamente, ¿podrá anularlo una de las partes sin la aprobacion y el consentimiento de las demás?

»La Union es mucho mas antigua que la Constitucion; se formó por los artículos que

todos conocemos en 1774; trece Estados distintos se comprometieron á observarla en 1778, y por último en 1787, uno de los principales objetos al revisar la Constitucion, fué formar una union mas perfecta. Si aquella deja de observarse por uno ó mas Estados, y se considera que hay un derecho para hacerlo, entonces la Union es menos que antes porque la Constitucion habrá perdido el elemento vital de su perpetuidad. Se sigue de aquí que ningun Estado puede separarse legalmente de la Union por su propia iniciativa; que todas las órdenes y acuerdos que así lo prevengan deben considerarse nulas y sin ningun valor ni efecto, y que los actos de violencia cometidos en un Estado ó Estados contra la autoridad de la Union es una insurreccion ó revolucion, segun las circunstancias.

»Yo opino, pues, que en vista de la Constitucion y las leyes, la Union es inquebrantable, y en este concepto, no perdonaré esfuerzo alguno para que las leyes se cumplan fielmente en todos los Estados. Haciéndolo así habré cumplido con mi deber, y persistiré *en mi resolucion mientras me sea posible*, á no ser que mi jefe natural, que es el pueblo americano, disponga lo contrario retirándome el poder en debida forma. Confío en que no se interpretarán mis palabras como una amenaza, sino como el firme propósito de defender y mantener constitucionalmente la Union, pues de este modo no será necesario recurrir á las violencias ni verter sangre si no se obliga á ello á la autoridad nacional.

»Haré uso del poder que se me confiere *para conservar y defender los bienes y propiedades pertenecientes al Gobierno*, así como tambien para recaudar los derechos impuestos; mas por lo demás que no se refiere á esto, no habrá invasion ni fuerza armada contra el pueblo en ninguna parte.

»Donde la hostilidad á los Estados-Unidos fuese tan marcada y universal que impidiera que los ciudadanos residentes continuaran en el desempeño de sus respectivas funciones, no se tratará de reemplazarlos con extranjeros, pues el hacerlo así, mientras el Gobierno tenga un derecho legal para disponer que los funcionarios sigan en sus puestos, seria tan irritante como impracticable, y parece mejor suprimir por lo pronto tales destinos. En una palabra, el pueblo podrá vivir en todas partes con esa tranquila seguridad tan favorable y necesaria para la reflexion.

»Seguiremos la politica indicada, á no ser que la experiencia ó imprevistos acontecimientos aconsejen una modificacion ó cambio; pero en todos los casos y sean cuales fueren la exigencias, yo haré cuanto estuviere de mi parte para conservarme dentro de los límites de la prudencia, dando una solucion pacífica á los disturbios que ocurriesen á fin de restablecer las fraternales afecciones y simpatías.

»Que haya personas en un punto ú otro que trañan de disolver la Union á toda costa y que buscan un pretexto para hacerlo así, es cosa que ni afirmo ni niego; mas si en efecto existen esas personas, no es necesario que yo les dirija la palabra. Pero ¿no podré hablar á los verdaderos amantes de la Union? Antes de entrar á discutir tan grave asunto como lo es el de la destruccion de nuestro sistema nacional, con todos sus beneficios, sus recuerdos y sus esperanzas, ¿no seria prudente averiguar por qué lo hacemos? ¿Quién se atreveria á dar un paso tan osado mientras los males que nos aquejen no sean reales y verdaderos, mientras no tengamos la seguridad que al huir de unos no nos afligirán otros peores? Todos aseguran que estarán contentos en la Union si se mantienen los derechos constitucionales; ¿será cier-

to, pues, que se ha negado algun derecho escrito en la Constitucion? Yo creo que nó, y felizmente la humana inteligencia es tal, que ninguno tendria la audacia de hacerlo.

»Citadme, sino, un solo caso en que se haya negado alguna de las disposiciones escritas claramente en la Constitucion: si por la mera fuerza de los números una mayoría despojase á la minoría de cualquier derecho constitucional espresado á la letra en la Constitucion, se justificaria la revolucion bajo el punto de vista moral, pero aquí no existe este caso. Todos los derechos vitales de las minorías y de los individuos están tan bien asegurados por la Constitucion, que nunca se promueven controversias acerca de ellos, y es de desear que así sea, porque no es dable hacer ninguna ley orgánica con una disposicion especialmente aplicable á cada una de las cuestiones que puedan ocurrir en la administracion práctica. Nadie puede prever ni hay documento alguno que contenga artículos escritos solo para resolver todas las cuestiones posibles. ¿Deberán ser entregados los esclavos fugitivos por la autoridad nacional ó por la del Estado? La Constitucion no lo dice de una manera terminante. ¿Deberá el Congreso proteger la esclavitud en los territorios? ¿La Constitucion no lo dice espresamente? De puntos como este nacen nuestras controversias constitucionales dando lugar á que nos dividamos en mayorías y minorías. Si estas no ceden, la mayoría ó el Gobierno deben cesar; no hay alternativa, para que este último continúe en el poder sin la conformidad por una y otra parte. En este caso, si una minoría prefiere separarse á ceder, sienta un precedente que ha de perjudicarle á su vez, pues de su seno mismo saldrá otra minoría, cuando una mayoría rehuse aceptar lo que aquella desea. Todos los que ansian la desunion comprenden esto

muy bien; pero yo pregunto: ¿hay tan perfecta identidad de intereses entre los Estados para formar una nueva Union que produzca solo la armonía é impida otra separacion nueva? Hablemos francamente: la idea dominante de la separacion es la esencia de la anarquía.

» Una mayoría sujeta á los límites constitucionales y que fácilmente cambia por la opinion popular, es el verdadero soberano de un pueblo libre; el que la deseche cae en la anarquía; la unanimidad es imposible; rechazando el principio de la mayoría, solo queda ya el despotismo.

» Una parte de nuestro pais cree que la esclavitud es conveniente y que es preciso entenderla, mientras la otra opina que es un mal y debe suprimirse, y hé aquí el gran caballo de batalla que da origen á tantas disensiones, á pesar de que la ley relativa á los esclavos fugitivos y la referente á la supresion del tráfico de negros, están hoy en vigor como todos saben. Esta cuestion es difícil de resolver satisfactoriamente para todos, pero aun lo seria mucho mas separándose los Estados, pues por una parte el tráfico de aquellos, *suprimido ahora imperfectamente*, se haria de nuevo con la mayor actividad, y por otra los esclavos fugitivos que se devuelven ahora con frecuencia, no se entregarían ya nunca.

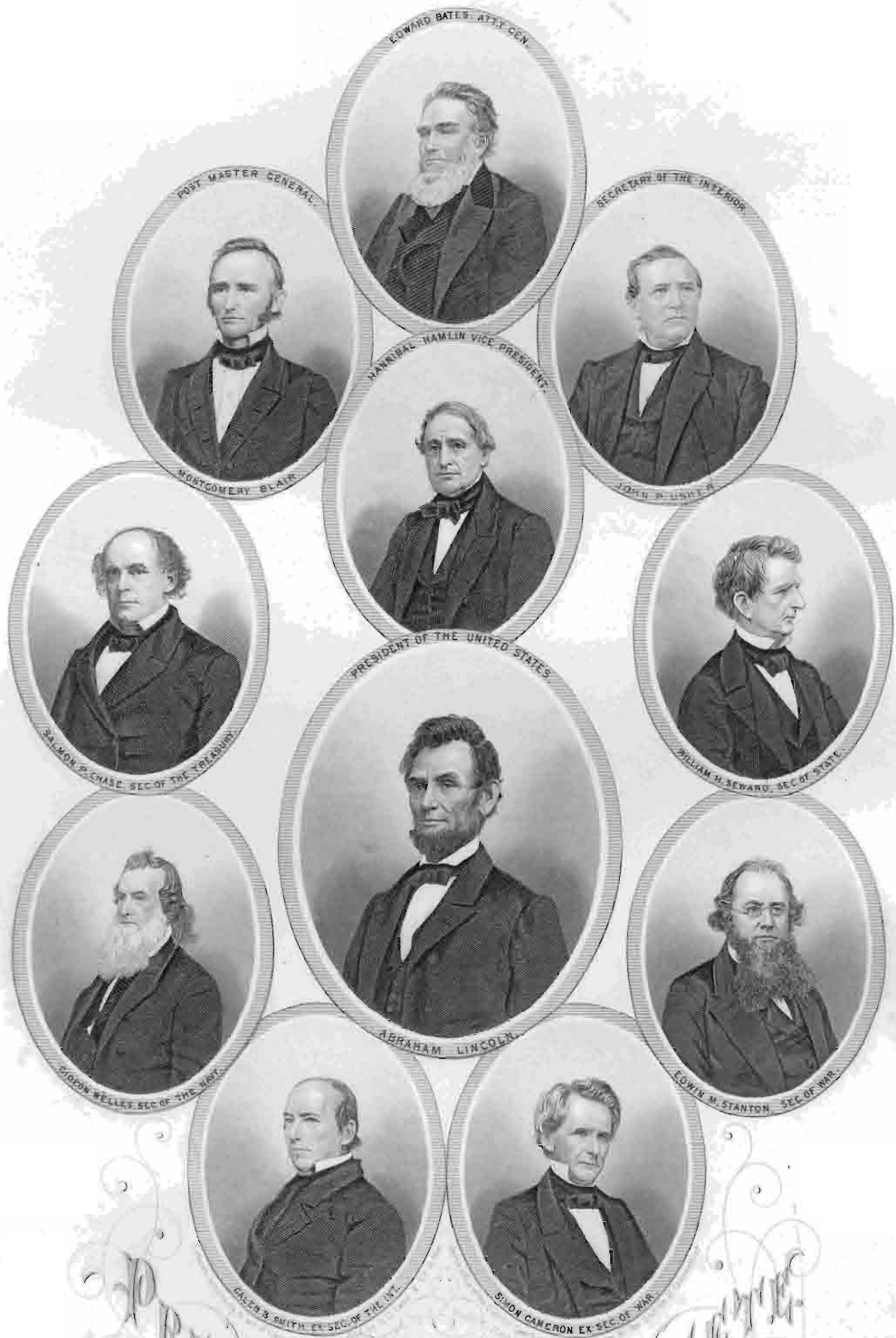
» Físicamente hablando no podemos separarnos; no podemos aislar nuestras respectivas secciones ni elevar entre ellas una insuperable barrera; un marido y su mujer están en el derecho de divorciarse alejándose despues uno de otro, pero las diferentes partes de la Union no pueden hacer esto; deben permanecer cara á cara y continuar en sus relaciones, bien sean estas amistosas ú hostiles. ¿Será posible que esas relaciones sean mas ventajosas ó satisfactorias despues de

la separacion que antes? ¿Podrán los estraños hacer tratados mejor que los amigos leyes? ¿Podrán observarse mejor aquellos y estas? Suponed que se va á la guerra; no siempre será posible luchar, y cuando despues de grandes pérdidas por ambas partes sin conseguir beneficio alguno, cese la contienda, todo serán dificultades respecto á la conducta que se deba observar.

» Este pais con sus instituciones pertenece al pueblo que lo habita, y cuando este no crea bueno el Gobierno existente, puede modificarlo en virtud de su derecho Constitucional, aun cuando para ello tenga que apelar á la revolucion. Yo no recomiendo enmienda alguna, pero reconozco el derecho del pueblo en este punto, y en vez de oponerme yo le apoyaria, sobre todo en las actuales circunstancias si se viera precisado á tomar alguna determinacion en este sentido.

» El jefe de la nacion obtiene su autoridad del pueblo, mas no se le ha conferido derecho alguno para fijar las condiciones con que deben separarse los Estados; el pueblo puede hacer esto si lo quiere; el Poder ejecutivo no tiene nada que ver con ello; su deber es *administrar el Gobierno que se le confió*, transmitiéndolo sin tacha á su sucesor. ¿Y por qué no ha de haber una ciega confianza en la justicia del pueblo? En nuestras actuales disensiones, ¿quereis decirme si hay alguno que crea que no esté de su parte la razon? Si el que rige los destinos de las naciones favoreciese al Norte ó al Sur, la razon y la justicia resplandecerian por el juicio de ese gran tribunal que se llama el pueblo americano. Mientras que el pueblo vigile y sea virtuoso, ninguna administracion por mala que sea, podrá perjudicar gravemente al Gobierno en el corto espacio de cuatro años.

» Compatriotas; yo os recomiendo con la mayor eficacia que mediteis tranquilamente



EL PRESIDENTE Y CABINETO

sobre este punto; nada se pierde por un exceso de reflexion. Una resolucioñ precipitada que á veces produce funestas consecuencias no se hubiera tomado acaso pensándolo antes maduramente; nada se pierde por reflexionar dos veces.

»Si se admitiera que vosotros los que estais descontentos con el Gobierno teneis toda la razon, aun en este caso no habria un motivo para precipitaros. La inteligencia, el patriotismo y la religion, y una firme confianza en ese Dios tan poderoso que siempre dispensó sus favores á este pais, es todo cuanto necesitamos para resolver satisfactoriamente nuestras diferencias. Y á vosotros, compatriotas míos, los que estais descontentos, permitidme os diga que solo de vosotros depende la paz ó la guerra civil. El Gobierno no os atacará seguramente. No habrá conflictos sin que seais los agresores; no existe ningun precepto divino que os autorice á destruir el Gobierno, en tanto que yo estoy ligado por un juramento solemne segun el que, debo *preservarle, protegerle y defenderle*.

»Voy á concluir: no somos enemigos ni debemos serlo; somos amigos, y aunque por un momento se hayan dejado dominar algunos por la cólera, no por esto se deben desatar los amistosos lazos que nos unen.»

Terminada la lectura de este notable documento, el nuevo Presidente de los Estados Unidos prestó el juramento de costumbre ante el jefe de justicia Taney, y despues de recibir los plácemes y felicitaciones de sus numerosos amigos, se retiró acompañado entre otros de Mr. Buchanan, quien deseándole un feliz Gobierno, se despidió de Mr. Lincoln para retirarse por entonces de la vida pública (*). Al dia siguiente, 5 de mar-

zo el Presidente remitió al Senado para su confirmacion los nombramientos de los jefes de los diversos departamentos, y aprobados que fueron, quedó constituido el nuevo Gabinete en esta forma: Secretario de Estado, Guillermo H. Seward, de Nueva-York; del Tesoro, Salmon P. Chase, de Ohio; de la Guerra, Simon Cameron, de Pennsylvania; de la Armada, Gideon Welles, de Connecticut; del Interior, Caleb B. Smith, de Indiana; de Hacienda, Eduardo Bates, de Missouri, y Director general de correos, Montgomery Blair, de Maryland.

Entre tanto, segun ya hemos dicho, Mr. Jefferson Davis habia formado tambien su Gabinete como tenemos indicado en el capítulo anterior, y de este modo quedaban organizados los dos Gobiernos dispuestos á ejercer sus respectivas funciones; mas era esto tan palpablemente incompatible, que dadas las circunstancias, puede decirse que era inevitable un conflicto peligroso para todo el continente. Sin embargo, confiábase, al menos en el Norte, en que no seria preciso romper las hostilidades; el Presidente y sus consejeros lo creian tambien así, y el mismo Secretario de Estado, Mr. Seward, habia predicho algun tiempo antes que en dos meses quedarian arregladas todas las diferencias y disensiones entre ambos partidos.

No obstante, antes de terminarse la semana en que tomó posesion de su cargo Mr. Lincoln, el Secretario de Estado recibió la

cluimos la biografia del Presidente Abraham Lincoln, como pudiera estrañar al lector no haber visto figurar su nombre sino hasta el momento de ser elegido para el elevado puesto que ocupó, consignaremos aqui que el Presidente Jackson tuvo á bien nombrarle Administrador de correos cuando se hallaba en Nueva Salem. Este fué el primer cargo público que desempeñó Mr. Lincoln, despues de haber sido escribiente en un almacén.

(*) Aun cuando en el Apéndice del presente capítulo in-

(N del T.)

siguiente carta suscrita por Mrs. Juan Forsyth y Martin J. Crawford.

«Washington, Marzo 12, 1861.

»AL HONORABLE GUILLERMO H. SEWARD,

»*Secretario de Estado de los Estados-Unidos.*

»Muy señor mio: los infrascritos, comisionados nombrados por el Gobierno de la Confederacion de América cerca del Gobierno de los Estados-Unidos, con arreglo á sus instrucciones, tienen el honor de ponerlo en conocimiento de V. para que se sirva indicar al señor Presidente de la Union el objeto de nuestra venida á esta ciudad.

»Habiendo resuelto siete Estados de la Union federal, en virtud del derecho que tiene todo pueblo libre para reformar ó cambiar sus instituciones políticas, separarse de los Estados-Unidos, acaba de reasumir las atribuciones del poder soberano, organizando un nuevo Gobierno. Los Estados confederados constituyen una nacion independiente *de facto y de jure* con un Gobierno perfecto que cuenta con todos los elementos necesarios de existencia.

»Con el fin de arreglar á la mayor brevedad posible todas las cuestiones que pudieran originarse de esta separacion política en los términos mas amistosos á la par que mas favorables para los intereses y futuro bienestar de ambas naciones, los infrascritos tienen orden de proceder á las primeras diligencias para entablar negociaciones con el Gobierno de los Estados-Unidos, asegurándole que el Presidente, el Congreso y el pueblo de los Estados confederados desean vivamente una solucion amistosa, y que no es su intencion, ni está tampoco en sus intereses, exigir cosa alguna que no se funde en la mas estricta justicia.

»Los infrascritos, en cumplimiento de las instrucciones de su Gobierno, tienen ahora

el honor de solicitar se sirva señalarles dia y hora á fin de entregar al Presidente de los Estados-Unidos las credenciales de que son portadores y manifestarle el objeto de la mision que les ha sido encomendada.

»Aprovechan esta ocasion para ofrecerse con el mayor respeto sus seguros servidores,

Juan Forsyth.

Martin J. Crawford.

En vez de una proposicion para entablar negociaciones de paz, este documento podia considerarse virtualmente como una declaracion de guerra; así lo comprendió el Secretario de Estado, y despues de consultar con el Presidente, contestó á Mrs. Juan Forsyth y Martin J. Crawford con una extensa carta en la cual les decia que no le era posible acceder á su peticion. Estractamos á continuacion los dos siguientes párrafos, que bastarán para formar una idea del estilo y contenido de la carta de Mr. Seward.

«Al Secretario de Estado no le es posible entablar discusion alguna sobre este punto, y debe por lo tanto limitarse á esponer las razones que le inducen á rehusar respetuosamente la proposicion de Mrs. Forsyth y Crawford.

»El dia 4 de marzo, el nuevo Presidente de los Estados-Unidos entró en el desempeño de sus funciones despues de haber leído su manifiesto inaugural al pueblo de la Union. El Secretario de Estado tiene el honor de acompañar una copia de este documento á Mrs. Forsyth y Crawford, á fin de que se sirvan examinarla.

»Á primera vista se podrá comprender que el Secretario de Estado, que profesa esos principios, no debe admitir que un Estado cualquiera pueda de hecho ó de derecho separarse de la Union federal, sin el consentimiento de una Convencion nacional en re-

presentacion del pueblo. El Secretario de Estado no puede pues reconocer de ningun modo que los Estados confederados constituyen una potencia extranjera con quien deban entablarse relaciones diplomáticas.»

La contestacion de Mr. Seward, tan pacífica como esplicita, revelaba la esperanza de que no se rompieran las hostilidades, limitándose el Secretario de Estado á decir que solo podia reconocer á Mrs. Forsyth y Crawford como ciudadanos de los Estados-Unidos y no como plenipotenciarios de una nacion extranjera; que la separacion de los siete Estados no podia tampoco ser reconocida por el Gobierno como válida, toda vez que aquella debia considerarse como implícitamente prohibida por la Constitucion federal, y no era posible adoptar semejante medida sin reunir una Convencion nacional; que solo esta podia atender á sus supuestas reclamaciones, y que consultado el Presidente sobre el particular, estaba conforme en estos puntos.

Esta contestacion hacia ya inútil la presencia de los comisionados en Washington, y reconociéndolo así, resolvieron retirarse; mas antes de hacerlo escribieron al Secretario de Estado una segunda carta cuyo principal párrafo estaba concebido en estos términos:

«Los infrascritos comprenden claramente que el no concederles una audiencia para esponer el objeto de la mision que se les confió cerca del Presidente de los Estados-Unidos, es porque hacerlo así seria reconocer la independencia y separada nacionalidad de los Estados de la Confederacion. La verdad de la historia exige que quede consignado que los infrascritos *no pidieron al Gobierno de los Estados-Unidos que reconociese la independencia* de la Confederacion, sino solo que se les señalase dia y hora para entablar bajo

un pié de paz y amistad *las nuevas relaciones que deben seguirse en este nuevo estado de cosas* con el Gobierno de la Union federal. Vuestra negativa para acordar esta solucion pacífica, los preparativos militares del Gobierno, y el haberse anunciado al jefe de las fuerzas confederadas en Charleston que el Presidente trata de aumentar la guarnicion del fuerte Sumter, recurriendo á la fuerza si es necesario, son hechos que indican claramente una declaracion de guerra contra la Confederacion, pues el Presidente de los Estados-Unidos sabe muy bien que no podria aumentarse la guarnicion del fuerte Sumter sin la efusion de sangre. Los infrascritos, pues, en nombre de su Gobierno y de su pueblo aceptan el reto que se les dirige, y apelando al juicio del Todopoderoso y del mundo que ve la justicia de su causa, prometen solemnemente defender hasta lo último sus libertades contra los ataques del poder.»

Pocos dias despues de haberse encargado del Gobierno Mr. Lincoln, comenzó á reinar cierta agitacion en el pais porque se ignoraba qué resolucion adoptaria el Presidente respecto á los fuertes del Sur, sobre todo los de Moultrie y Sumter, el último de los cuales contaba con una escasa guarnicion al mando del mayor Anderson. Algunos corresponsales de los periódicos de Washington, que solo se ocupaban en adquirir noticias, escribieron á poco manifestando que el fuerte Sumter se evacuaria pacíficamente por haber creído el general Scott que esta medida militar era de todo punto necesaria, atendido que dicha fortaleza se hallaba rodeada por las fuerzas de la Confederacion y no seria posible aumentar el número de tropas que la guarnecian sin un injustificable derramamiento de sangre.

En el Senado, que habia estado reunido desde el 4 de mayo, y donde era muy poco

numerosa la oposicion al Gobierno, con motivo de la separacion de los Estados, se deseaba que el Presidente manifestase cuáles eran sus intenciones, y Mrs. T. L. Clingman, de la Carolina del Norte, Bayard, de Delaware, y Breckinridge, de Kentucky, insistieron sobre todo en obtener una declaracion esplicita para que se les dijera si debia esperarse la guerra civil ó la paz. Mr. Douglas, de Illinois, pronunció un largo discurso, demostrando que no seria una medida prudente empeñarse en conservar los fuertes del Sur ni mucho menos en recobrar los que se hubiesen tomado, á menos que se tratara de someter aquellos Estados, atendido que la Confederacion existia de hecho en su capital de Montgomery. Los republicanos no pudieron ó no tuvieron por conveniente declarar nada acerca de las intenciones del Poder ejecutivo, y en lo único en que se manifestaban conformes era en que debia mantenerse la Union.

Bien fueran las vacilaciones del Presidente Lincoln verdaderas ó aparentes, respecto á las medidas que deberia adoptar en la cuestion de los fuertes del Sur, justificábase suficientemente su reserva por muchas razones, siendo la principal de ellas que no contaba con medios bastantes para hacer frente á la situacion. En el último período de ocho años, habian estado encargados del departamento de la guerra, Jefferson Davis y el general Floy, ardientes defensores del Sur, y este último, poco antes de dimitir su cargo habia adoptado una infinidad de medidas militares, favorables todas á la causa de que era uno de los mas decididos campeones. Por su actividad y energía, los arsenales del Norte quedaron desprovistos en beneficio de los del Sur; el pequeño ejército de tropas regulares habia sido enviado á Texas; los fuertes del Sur quedaron sin ocupar á pesar de las rei-

teradas advertencias del general en jefe Scott; la escuadra se diseminó por todos los mares, y en cuanto á los fondos, todo el metálico pasó al Sur quedando en el Norte el papel. Todo esto se habia hecho seguramente con el objeto de que al entrar en el poder el nuevo Gobierno no encontrara un ejército, ni marina, ni material de guerra. En una palabra, puede decirse que el Gobierno mismo de los Estados-Unidos habia favorecido sin saberlo las medidas que debian asegurar la separacion. No obstante, á pesar de todo esto, el Gabinete del Presidente 'acordó en 21 de marzo, despues de una sesion muy **1861.** acalorada, que no se entregaria el fuerte Sumter sin oponer una enérgica resistencia, y en su vista, Mr. Lincoln envió como agente á Charleston al coronel Ward H. Lamon, quien con permiso de las autoridades confederadas tuvo una conferencia con el mayor Anderson, comandante del fuerte Sumter, el cual le manifestó que no tenia provisiones sino hasta mediados de abril. Lamon volvió inmediatamente á Washington para dar cuenta de su cometido, y dijo que en opinion del mayor Anderson no era posible reforzar la guarnicion.

Á los pocos dias comenzó á reinar una gran actividad en todos los puertos que aun conservaba la Union: armáronse todos los buques de guerra que se hallaban en buen estado para el servicio, se procedió á reunir la mayor cantidad posible de provisiones, y el dia 6 ó 7 de abril ya habian salido de Nueva-York y otros puertos del Norte una porcion de vapores destinados á varios puntos. El teniente Talbot, que habia llegado á Washington el 6, procedente del fuerte Sumter, con un parte del mayor Anderson en que manifestaba éste que se le habian cortado las comunicaciones y que tendria que entregarse si no se le auxiliaba, volvió á Charleston el 8

para notificar al gobernador Pickens que se iba á socorrer el fuerte á toda costa. El general Beauregard, jefe de las fuerzas confederadas, telegrafió inmediatamente á Montgomery al saber esto, y el dia 10 se le comunicaron órdenes del Secretario de la Guerra Mr. Walker, previniéndole que exigiera la rendicion del fuerte, y en caso de negativa que lo tomara. En su consecuencia Beauregard intimó la entrega al mayor Anderson, quien rehusó cortesmente; pero habiéndose recibido luego nuevas instrucciones de Montgomery, con motivo de anunciar Mr. Anderson que tendria que abandonar su posicion si no se le socorria, Beauregard envió á preguntarle de nuevo que cuándo pensaba evacuar el fuerte Sumter, á lo cual contestó el mayor que lo haria el 15 si antes no recibia contra orden de su Gobierno. Semejante respuesta no pareció satisfactoria, y por lo tanto el dia 12 se notificó que se romperia el fuego contra el fuerte Sumter dentro de una hora.

Cumplido este término, el estampido de un cañonazo disparado en la isla de Sullivan, anunciaba al mundo que habian terminado las negociaciones diplomáticas y que la Confederacion apelaba al último argumento de los reyes. Bien pronto cincuenta bocas de fuego comenzaron á lanzar sus proyectiles contra el fuerte Sumter que apareció á poco envuelto en un círculo de fuego, dando á conocer á los sitiados que su permanencia en el fuerte no podia ser de larga duracion. Á no venir en auxilio una poderosa flota, de que carecia entonces el Gobierno, era completamente imposible la defensa. El mayor Anderson que contaba con un considerable material de guerra, no tenia sin embargo á sus órdenes mas que ochenta y seis soldados; pero contestó vigorosamente al fuego de los sitiadores que, haciendo jugar las baterías de

Moultrie y la isla de Sullivan, lanzaban sobre el fuerte un torrente de balas. La flota de Nueva-York cargada de provisiones para la guarnicion, habia aparecido poco mas allá de la barra á las doce del dia en que rompió el fuego; mas no pareció prudente acercarse, porque el tratar de socorrer el fuerte hubiera costado mucha sangre, acaso sin conseguir el objeto, y así lo hizo comprender el jefe de la escuadrilla por medio de señales á los que defendian el fuerte Sumter. En su consecuencia, el mayor Anderson se vió precisado á capitular despues de treinta y tantas horas de bombardeo, con tanto mas motivo cuanto que se habia declarado un incendio en la fortaleza. Admitidas las condiciones propuestas por el mayor, se permitió á la guarnicion salir con todas sus armas y los honores de la guerra, lo cual no dejaba de ser halagüeño para Anderson. Á consecuencia de la esplosion ocurrida en la fortaleza resultaron cuatro heridos y un muerto, mas no se contaron otras desgracias. Á la mañana siguiente llegó el vapor *Isabel* para recoger á los sitiados, que se trasladaron luego á bordo del *Báltico* para ser conducidos á Nueva-York. Al llegar á esta ciudad, el mayor Anderson redactó para su Gobierno el siguiente parte:

«Á bordo del *Báltico* en Sandy Hook.

»Abril 18, 1861.

»AL HONORABLE SIR CAMERON,

»Secretario de la Guerra, en Washington.

»Señor: habiendo defendido el fuerte Sumter por espacio de treinta y cuatro horas hasta que las puertas estaban destruidas completamente, acribilladas las murallas, y rodeado de llamas el depósito de municiones de guerra, sin tener ya tampoco provisiones de boca, acepté las condiciones del general

Beauregard, que eran las mismas que me sometió antes de romperse las hostilidades, y abandoné el fuerte el día 14 con todos los honores de la guerra, habiendo sido saludado el pabellon con cincuenta salvas de artillería.

»El mayor, *Roberto Anderson.*»

Apenas hubo circulado la noticia del hecho de armas de Charleston, llegó á su colmo la agitacion en toda la América; los ciudadanos del Sur lanzaron á la vez un grito de júbilo, al que contestó otro de indignacion en los Estados del Norte. Muchos no quisieron creer al principio la noticia, pero la prensa se encargó de convencerles. La lucha era inevitable, y por algun tiempo, las discusiones no tendrían mas objeto que resolver en favor de quien iban á inclinarse los Estados intermediarios que no se habían declarado aun ni por el Norte ni por el Sur. El día 15 de Abril todos los diarios de la Union publicaron una proclama del Presidente Lincoln llamando á las armas á setenta y cinco mil hombres para defender la propiedad federal contra los siete Estados separatistas; recomendábase además á todos que reconociesen la legalidad en el término de veinte días, y se invocaba el apoyo de todos los ciudadanos leales á fin de proteger á las autoridades, asegurando la integridad de la nacion. El Presidente convocó al Congreso en sesion extraordinaria para el 4 de Julio, con objeto de adoptar las disposiciones mas oportunas en interés de la seguridad pública. Hé aquí ahora en que términos estaba concebida la proclama del Presidente Lincoln:

«PROCLAMA.

»Considerando que de algun tiempo á esta parte no pueden ponerse en ejecucion las leyes de los Estados-Unidos por la resistencia

de los Estados de la Carolina del Sur, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, Louisiana y Texas, en los cuales existen combinaciones demasiado poderosas para ser reprimidas por los procedimientos ordinarios de la justicia ó por los poderes de que está revestida la autoridad por la ley; yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados-Unidos de América, en virtud de los poderes que me confiere la Constitucion, he tenido por conveniente hacer un llamamiento á la milicia de los diversos Estados á fin de reunir setenta y cinco mil hombres para que sean respetadas las leyes debidamente.

» Á dicho efecto se comunicarán acto continuo instrucciones á las autoridades de los diversos Estados por conducto del departamento de la guerra (*), y yo apelo á todos los leales ciudadanos para que por cuantos medios estén á su alcance contribuyan al mantenimiento de la integridad y conservacion de nuestra Union nacional, corrigiendo abusos demasiado tiempo tolerados. Creo oportuno advertir que el primer servicio de las fuerzas reunidas será recobrar los fuertes y plazas que han sido tomadas á la Union, mas

(*) La circular del Secretario de la Guerra á los gobernadores, que acompañaba á la proclama del Presidente, daba las instrucciones necesarias para llevar á cabo esta primera leva, fijando el número de regimientos y el contingente de cada Estado en la forma que sigue:

Maine.	1	Virginia.	3
New-Hampshire.	1	Carolina del Norte.	2
Vermont.	1	Kentucky.	4
Massachusetts.	2	Arkansas.	4
Rhode-Island.	1	Missouri.	4
Connecticut.	1	Ohio.	13
Nueva-York.	17	Indiana.	6
Nueva-Jersey.	4	Illinois.	6
Pennsylvania.	16	Michigan.	1
Delaware.	1	Iowa.	1
Tennessee.	2	Minnesota.	1
Maryland.	4	Wisconsin.	1

Los noventa y cuatro regimientos deberian tener 780 plazas cada uno lo cual, con el contingente del distrito de Columbia, compondria el total de los 75,000 hombres pedidos

procurando siempre evitar que se destruyana y mucho menos los bienes y propiedades de los pacíficos ciudadanos de cualquier punto del país. Por lo tanto aconsejo á todos aquellos que hayan tomado parte en cualquier movimiento no autorizado por las leyes, que se retiren tranquilamente á sus hogares en el término de veinte días á contar desde la publicación de la presente proclama.

»En vista de las especiales circunstancias y de la situación por que atraviesa el país, y en virtud de los poderes que me confiere la Constitución, he resuelto convocar las dos Cámaras del Congreso, debiendo reunirse los senadores y representantes el 4 de julio próximo, á fin de adoptar las disposiciones necesarias que exijan los intereses y la seguridad pública.

»En cumplimiento de lo cual firmo la presente, autorizándola con el sello de los Estados-Unidos.

»Hecho en la ciudad de Washington el día 15 de abril del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y uno, octogésimo quinto de la independencia de los Estados-Unidos.

»ABRAHAM LINCOLN.

»Por el Presidente,

»GUILLERMO H. SEWARD, *Secretario de Estado.*»

Esta proclama mereció la aprobación de todos los Estados libres y produjo mucho entusiasmo, sobre todo en los que se hallan en el territorio de Rocky Mountains, pues allí todos los gobernadores eran republicanos, así como también las legislaturas, y por lo tanto rivalizaron en suministrar hombres, municiones y dinero y todo cuanto se necesitara para mantener la integridad de la Union. El único gobernador no elegido como republicano, era Guillermo Sprague de Rhode-Island, pero aun éste no solo reunió en el acto el contingente que se le exigía,

sino que se ofreció á conducirlo él mismo á Washington. Ningun Estado contestó tan pronto al llamamiento de Mr. Lincoln, ninguno envió las tropas tan bien equipadas y armadas, y baste decir que entre los voluntarios había uno que contaba con un capital de un millón de duros, y que rompió un billete que acababa de tomar para dirigirse á Europa, prefiriendo cojer el fusil para salir á la defensa de su país y de sus leyes.

No era, sin embargo, cosa fácil satisfacer prontamente la demanda del Secretario de la Guerra, pero el entusiasmo de las poblaciones lo suplió todo. El llamamiento del Presidente Lincoln levantó un verdadero huracán de patriotismo, y en todas partes las legislaturas de los Estados, y los Consejos municipales, se reunieron en sesiones extraordinarias; los diarios aparecieron llenos de proclamas, acuerdos, órdenes del día y llamamientos á las armas, y todos se apresuraban á suministrar fondos. Nueva-York, la gran ciudad, con su millón de habitantes, apareció de pronto transformada; en pocas horas se completaron todos los regimientos de la milicia, y fué preciso organizar otros nuevos para satisfacer las demandas de los ciudadanos; cada barrio, cada club, cada sociedad, quiso facilitar su regimiento; los alemanes, irlandeses, franceses, italianos, húngaros y demás extranjeros, rivalizaron con los americanos mismos, y durante algunos días, la población entera, hombres, mujeres y niños, acudió á la plaza pública luciendo los colores nacionales. Los coches, los caballos, los barcos, las ventanas, todo se llenó de flores en honor de la Union, y en 20 de abril se reunieron en la gran plaza, al rededor de la estatua ecuestre de Washington mas de ciento cincuenta mil almas. Eleváronse cinco tribunas desde las que se pronunciaron elocuentes discursos frenéti-

camente aplaudidos por la multitud, y se aprobó un acuerdo en favor del mantenimiento de la Constitución y de la defensa de la autoridad del Gobierno contra la anarquía. La Cámara del comercio, que disponía de un inmenso crédito, ofreció hacer toda clase de sacrificios para auxiliar al Gobierno, y facilitó desde luego nueve millones de duros; la ciudad votó otro para los gastos de equipo, y la legislatura del Estado tres mas.

En Pennsylvania, Philadelphia y Boston, sucedió poco más ó menos lo mismo, y Ohio que debía facilitar trece regimientos, se distinguió también por su celo. La legislatura votó tres millones, y la villa de Cincinnati doscientos mil duros, habiendo organizado además una guardia nacional compuesta de diez mil hombres. Illinois, otro de los grandes Estados del Oeste, facilitó asimismo su contingente en dos ó tres días, y la legislatura votó tres millones y medio de duros. Los demás Estados del Oeste, Indiana, Michigan, Wisconsin, Iowa y Kansas, así como también los Estados de Nueva-Inglaterra, contestaron presurosos al llamamiento del Presidente; Nueva-Jersey y Delaware, de quienes se dudaba, facilitaron bien pronto hombres y dinero.

Entretanto el Sur miraba con la mayor indiferencia todos estos preparativos, y no es extraño que así fuese, pues contaba con numerosos recursos y no podía intimidarle un ejército de setenta y cinco mil milicianos. Solo en los seis primeros Estados separatistas escedia mucho de esta cifra el número de hombres dispuestos al combate; mas á pesar de esto, el Gobierno de Mr. Jefferson Davis no perdió el tiempo en organizar su ejército, y á fin de adoptar desde luego las disposiciones necesarias, convocó al Congreso en sesión extraordinaria para el 29 de

abril, y reunidos los confederados en Montgomery, aprobóse un *bill* disponiendo la organización de un cuerpo de treinta y dos mil hombres, habiéndose acordado que se irían formando otros según lo exigiesen las circunstancias.

Algunos Estados, sin embargo, que no se habían decidido aun en favor del Norte ni del Sur, rehusaron facilitar el contingente pedido: el gobernador de Virginia contestó al Presidente en estos términos:

«No me es posible ni sería oportuno disponer de la milicia para el objeto indicado, que no es otro que el de someter á los Estados del Sur, lo cual en mi concepto no está prevenido por la Constitución.» El gobernador Ellis, de la Carolina del Norte, contestó al llamamiento del modo que sigue:

«Raleigh, 15 abril, 1861.

» AL HONORABLE SIMON CAMERON,

» *Secretario de la Guerra.*

» Considero que la leva de tropas dispuesta por el Gobierno con el objeto de someter á los Estados del Sur es una violación de la Constitución, y por mi parte no infringiré las leyes del país, tomando parte en una guerra contra las libertades de un pueblo libre. La Carolina del Norte por lo tanto, está resuelta á no facilitar las tropas que se piden.

» El gobernador de la Carolina del Norte,

» *Juan Ellis.*»

Por último, el gobernador Harris, de Tennessee, contestó en estos términos:

«No facilitaremos un solo hombre tratándose de adoptar medidas coercitivas, pero contad con cincuenta mil si es necesario para la defensa de nuestros derechos y de nuestros hermanos.»

Al día siguiente de haberse reunido los

confederados en Montgomery, marcharon á Baltimore varios emisarios de Charleston á fin de escitar á las autoridades á que no permitieran el paso de las tropas del Gobierno federal por aquel Estado, recomendando asimismo que no se consintiera en que sacasen las municiones de Harper's Ferry. Acto continuo se celebró un *meeting*, en el que hubo un animadísimo debate, y si bien ninguno de los oradores aprobó que se atacase á las tropas del Norte, todos estuvieron conformes en que debía organizarse la resistencia armada contra las medidas coercitivas. Á la mañana siguiente, y como si no estuviesen bastante exasperados los ánimos, se recibió noticia de que el teniente Jones, encargado de la custodia del arsenal federal de Harper's Ferry, lo habia abandonado al saber que dos mil quinientos hombres de la milicia confederada avanzaban para apoderarse de dicho punto. El teniente Jones habia tratado antes de destruir un depósito donde habia quince mil fusiles; mas no habiéndolo conseguido sino en parte, huyó por la noche, perdiendo tres hombres, y fué á refugiarse en Hagerstown, que se hallaba á treinta millas de distancia.

La situacion iba siendo ya demasiado tirante; la efervescencia llegaba á su colmo, y los acontecimientos se sucedian con una rapidez tal, que de un momento á otro esperaba un sangriento desenlace. En Baltimore, por donde atraviesa el camino de hierro de Philadelphia á Washington, se habia organizado una conjuracion para oponerse al paso de las tropas federales, y aquella vez se tomaron mejor las medidas que en el mes de febrero anterior cuando se intentó detener á Lincoln. El jefe de la autoridad Mr. Brown y el gobernador del Estado Mr. Hicks, con quienes habia tenido una conferencia el Presidente de los Estados-Unidos para saber si

podrian pasar por allí las tropas sin oposicion alguna, burlaron las esperanzas que en ellos fundaba el Gobierno y se mostraron muy complacientes con los conjurados, lo cual produjo funestas consecuencias segun vamos á ver. El 18 de abril, las primeras tropas federales, en número de quinientos hombres de Pennsylvania, fueron apedreadas al pasar el tren por Baltimore, si bien pudieron continuar su camino; pero al dia siguiente, al llegar el sexto regimiento de Massachusetts, fué tratado mucho peor, pues habiendo sido necesario el trasbordo desde la estacion del Norte á la de Washington, al pasar las tropas por las calles de la ciudad, viéronse acometidas á pedradas y á tiros, y los soldados tuvieron que recurrir á la bayoneta para abrirse camino. En aquella refriega resultaron diez muertos y unos veinte heridos. Sin embargo, como lo mas importante para las autoridades federales era reunir tropas en la capital, no se quiso perder el tiempo para hacer entrar en razon al populacho de Baltimore, y el Secretario de la Guerra dispuso al momento que se cambiase el itinerario que debian seguir las tropas, y que en lo sucesivo marcharan por Annapolis ó por la bahía de Chesapeake. Esta muestra de debilidad dió mas ánimo á los revoltosos de Baltimore, quienes declarándose en abierta rebelion, organizaron á su modo la defensa de la via férrea, destruyeron los rails y los hilos telegráficos, construyeron barricadas, y durante algunos dias reinó el terror en la capital de Maryland. Sin embargo, el 25 de abril se hallaban ya reunidos en Washington unos doce mil **1861.** hombres; debian llegar pronto otros regimientos del Norte, y además de esto, Virginia, que debia cooperar á un golpe de mano, se negaba á tomar parte en el movimiento. Así pues, la reaccion se obró por sí sola en



Baltimore, donde el comercio se resentía mucho de aquel estado de cosas; los separatistas resolvieron pasar á Virginia, y á principios de mayo quedó restablecida la tranquilidad. Entonces se reunió la legislatura en Frederick-City, pero dudábase mucho qué partido tomar; hiciéronse nuevas tentativas de reconciliacion, y se emitieron diversos votos en favor del Sur; mas al fin declaróse que la separacion de Maryland era materialmente imposible, y se acordó que sus cuatro regimientos de voluntarios federales acudieran á la defensa de los Estados-Unidos. Como no se exigia mas que esto, no se habló ya de los incidentes ocurridos, y merced á la actividad del general Butler, jefe de un cuerpo de tropas enviado por Lincoln, y que habia desembarcado en Annapolis, no solo se restablecieron las comunicaciones ordinarias y se ocupó el fuerte Mac Henry, sino que puede decirse que Maryland debia considerarse ya como un Estado del Norte.

Ya hemos dicho que algunos Estados intermediarios no se habian decidido aun ni en favor del Norte ni del Sur; pero como la situacion era ya demasiado violenta y se habian roto las primeras hostilidades, esperábase que de un momento á otro tomarian aquellos su partido. En efecto, en 17 de

1861. abril, reunióse la Convencion de Virginia, y despues de obstinados debates se acordó la separacion de este Estado, prévio el consentimiento del pueblo, que ratificó la votacion en 23 de mayo siguiente. Sin perder tiempo, el gobernador Letcher se posesionó de todos los establecimientos federales inclusa la fundicion de cañones de Richmond; destacáronse algunas tropas para que fueran á ocupar el arsenal y la fábrica de armas que tenia la Confederacion en Harper's Ferry, y otras fuerzas se pusieron en marcha inmediatamente con el objeto de

apoderarse del arsenal marítimo de Norfolk, que fué abandonado por el capitán Cauley, encargado de su custodia, aun cuando hubiera podido defenderlo porque contaba con algunos centenares de hombres resueltos, y varios buques de guerra de primera clase tales como el *Merrimac*, el *Cumberland*, el *Germantown*, el *Plymouth*, el *Raritan* y otros, componiendo en todo un total de cerca de dos mil cañones con un considerable material de guerra. La Carolina del Norte y Arkansas no tardaron en seguir el ejemplo de Virginia: el primero de estos Estados reunió una Convencion, y despues de un prolongado debate se dictó el siguiente acuerdo:

«*Considerando* que el Gobierno de los Estados-Unidos de América ha faltado á los principios constitucionales, cometiendo una usurpacion del poder, sin ejemplo en nuestra historia;

»*Considerando* que el honor, dignidad y bienestar del pueblo de la Carolina del Norte exigen imperiosamente que se resista semejante usurpacion;

»*Considerando* que Virginia hace causa comun con la Carolina del Norte, donde domina el principio revolucionario por vernos amenazados de una invasion del Gobierno;

»*Resolvemos*: que se autorice á su excelencia el gobernador para que facilite al Gobierno de los Estados de la Confederacion cuantas fuerzas de voluntarios reclame y no sean necesarias para la inmediata defensa de la Carolina del Norte.»

En Arkansas sucedió poco mas ó menos lo mismo, y tanto este Estado como el otro, no solo se negaron á facilitar los contingentes pedidos por el Presidente Lincoln, sino que hicieron todos los preparativos de guerra para unirse con el Sur, que habiéndose posesionado ya del arsenal de Little-Rock, se apoderó luego del fuerte Smith. El Estado

de Tennessee se mostró mas rehacio, pues el gobernador rehusó en un principio facilitar el contingente federal, y quiso concluir un tratado particular con el Congreso separatista, exigiendo varias restituciones y la sancion del pueblo. Votáronse, sin embargo, dos millones de duros para poner en pié de guerra cincuenta mil hombres que debian ir, segun se dijo, á reforzar las tropas del Sur. Estas medidas no dejaron de promover violentas discusiones suscitadas por la oposicion unionista, á cuya cabeza figuraba el senador Johnson; pero los miembros del Sur no dejaban por esto de contar menos con la victoria. En Kentucky sucedió con corta diferencia lo mismo: las autoridades, incluso el gobernador Magoffin, se inclinaban en favor del Sur y se negaron á facilitar el contingente á los federales, pero el pueblo se empeñó en lo contrario y organizó un cuerpo de tropas entre las cuales se contaban hábiles tiradores de carabina, cuyo valor hubo ocasion de apreciar luego. Otras compañías sueltas fueron por su parte á reunirse con los confederados. Tambien el Estado de Missouri se dividió en separatistas y unionistas, contándose entre estos últimos los numerosos alemanes de San Luis, de Hermann, y de otras localidades del Estado, así como tambien una parte del pueblo. Así pues, en tanto que el gobernador Jackson remitia un telégrama al Secretario de la Guerra de los Estados-Unidos, manifestándole que no podia acceder á su demanda de enviarle tropas, porque la creia inconstitucional, revolucionaria é inhumana, Mr. Blair, jefe de los republicanos, telegrafiaba á Washington anunciando que los cuatro regimientos pedidos á Missouri y mas si era necesario, se facilitarían por los ciudadanos leales. El comandante del departamento, general Harney, auxiliado del capitán Lyon, se encargó de organizar los

voluntarios federales, mientras el gobernador por su parte daba una comision semejante al general Price, de tal modo que ambos partidos quedaron así en observacion uno de otro; pero esta neutralidad transitoria se inclinaba mas bien en favor de los defensores de la esclavitud, atendido que la connivencia de las principales autoridades hacia inclinar la balanza de parte de los separatistas.

Á todas estas circunstancias ventajosas para el Sur, uníase otra que lo era mucho mas para su Gobierno y sus amigos. En tanto que la residencia principal de los separatistas estaba protegida por los Estados intermediarios formando una red compacta, la Union del Norte, cuyos miembros estaban diseminados desde Kansas á Maine, en una circunferencia de un millar de leguas, cortada en varios puntos por regiones hostiles, tenia su capital en pleno país enemigo. La poblacion del distrito de Colombia y de Washington no era muy segura, y por otra parte, del lado de Potomac, los Virginios, sin salir de su residencia podian cañonear la capital, separada de los centros del Norte por Maryland y la ciudad de Baltimore, donde la opinion pública, dominada por osados y ardientes tribunos, se pronunciaba cada vez mas en favor de la separacion. Lisonjeábase el Sur de que le seria fácil apoderarse de Washington, interceptando los socorros que llegaran de Nueva-York, y el Secretario de la Guerra de la Confederacion, lo habia manifestado así públicamente en un *meeting* celebrado en Montgomery al dia siguiente de la toma del fuerte Sumter.

Entre tanto iban afluyendo las milicias á Washington, y el general Scott comenzaba á disponer de un verdadero ejército. El Presidente Lincoln habia hecho un nuevo llamamiento de tropas el 3 de mayo, disponien-

do que el ejército regular se aumentara con ocho regimientos de infantería, uno de caballería, otro de artillería y cuarenta y dos mil hombres, no ya de milicias, sino de voluntarios enganchados por tres años (*). El Gobierno federal no descuidaba tampoco la organización de las fuerzas de mar, y al saber que el Sur había dispuesto dar patentes en corso, decretó el bloqueo de la costa de los Estados separatistas, llamando al propio tiempo al servicio diez y ocho mil marinos á fin de formar una flota respetable. Esto era tanto mas necesario cuanto que, al encargarse del Gobierno el Presidente Lincoln, no había encontrado disponibles mas que una docena

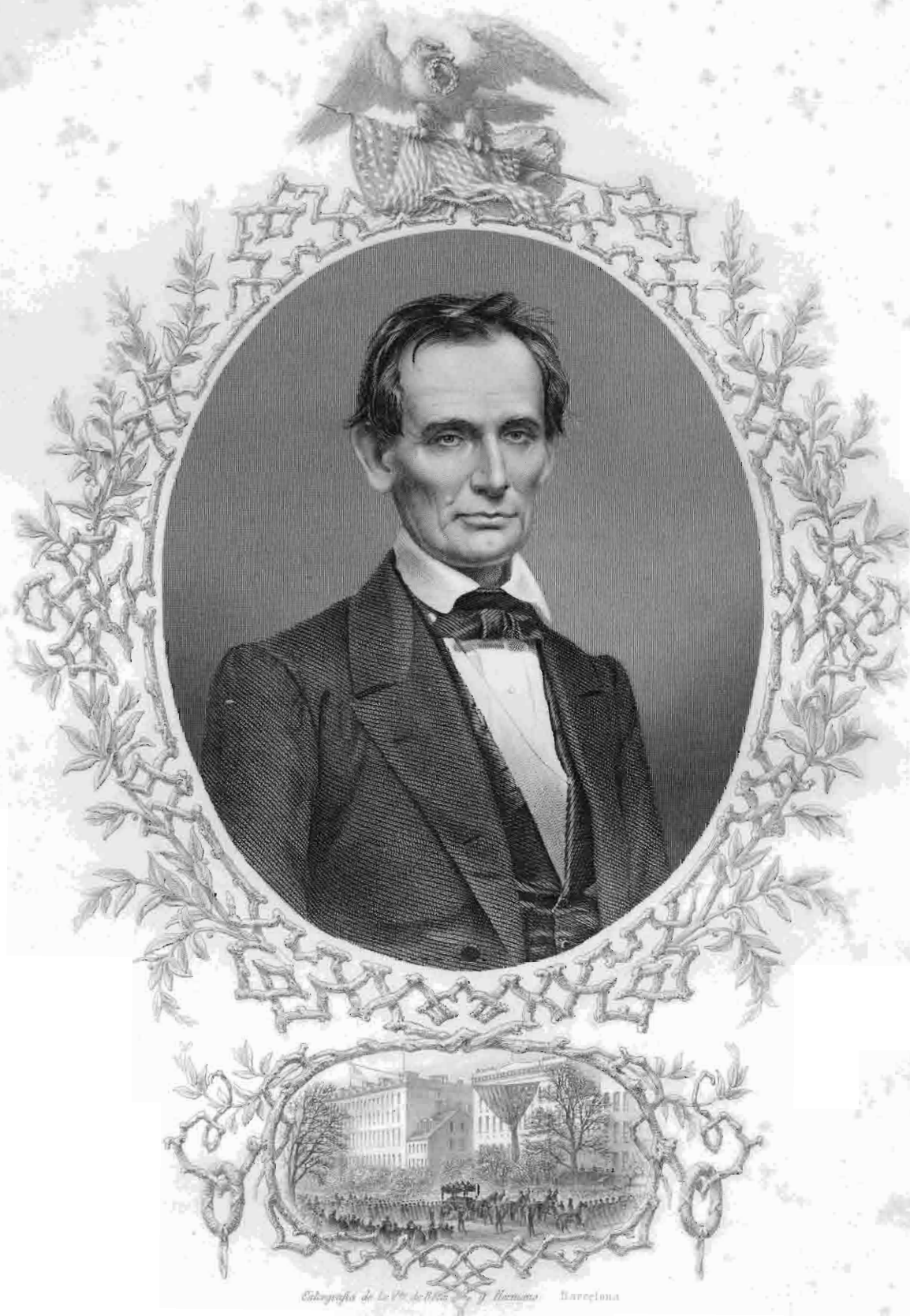
de buques, pues si bien el Congreso tuvo á bien votar bajo la administración de Mr. Buchanan la construcción de algunas cañoneras, estas no se hallaban aun corrientes, y á este contratiempo uníase otro que era un verdadero desastre. El comodoro federal que se hallaba en Norfolk, y que no había podido hacerse á la mar oportunamente al saber que se acercaban las tropas de Virginia, de que ya hemos hablado antes, tuvo que resignarse á destruir su flotilla, y en su consecuencia quemó el arsenal y echó á pique once buques entre los cuales contábanse varias fragatas de gran precio. La pérdida se evaluó en catorce millones de duros. Los separatistas consiguieron recobrar algunos de aquellos buques, y entre ellos uno que debía representar mas tarde un papel importante.

Hacia mediados del mes de mayo, se abrió decididamente la campaña, habiendo tomado la ofensiva los federales en **1861.** varios puntos á la vez; pero antes de dar cuenta de los principales hechos en aquel primer período de la guerra, parécenos oportuno decir algunas palabras en el capítulo siguiente acerca de las fuerzas comparativas de los dos partidos que iban á empeñarse en una lucha mortal.

(*) Esta segunda leva se repartió del modo siguiente :

Nueva-York.	11 reg.	New-Hampshire. . .	1 reg.
Pennsylvania.	10	Vermont.	1
Ohio.	9	Nueva-Jersey.	3
Illinois.	6	Kentucky.	2
Massachusetts.	5	Wisconsin.	2
Indiana.	4	Iowa.	2
Missouri	4	Rhode-Island.	1
Michigan.	3	Minnesota.	1
Virginia.	2	Delaware.	1
Maine.	1	Kansas.	1
Maryland.	1	Nebraska.	1
Connecticut.	1		

Todos los regimientos llevaban el nombre del Estado á que correspondían; así por ejemplo, decíase: el 7.º de Nueva-York, el 4.º de Ohio, etc.



Estadografía de la Vta. de México y Alemania Barcelona

Presidente Lincoln

APÉNDICE AL CAPÍTULO II.

BIOGRAFÍA DE ABRAHAM LINCOLN.

Abraham Lincoln, Presidente electo de los Estados- Unidos, cuyo advenimiento al poder dió lugar á la horrorosa lucha que ensangrentó su país, nació en 12 de febrero de 1809 en Hardin, condado de Kentucky. Su padre, Tomás Lincoln, no habia recibido educacion alguna, pudiéndose decir que solo sabia firmar. El jóven Abraham, que solo habia heredado de sus padres una complexion robusta y una honrada pobreza, fué enviado á la escuela durante su infancia y despues de haberse trasladado su padre á Indiana, pero no asistió á ella mas que un año escaso.

En el otoño de 1816 su padre abandonó á Kentucky para trasladarse al condado de Spencer (Indiana), mudanza que se atribuyó á cierta cuestion acerca de su propiedad de Kentucky. Abraham era ya por entonces un robusto muchacho que sabia muy bien trabajar la tierra, y hasta la edad de veintitres años no dejó nunca el azadon ó la segadera sino cuando se entregaba al descanso. La familia de los Lincolns continuó viviendo en el condado de Spencer hasta 1830, y nada vino á interrumpir la tranquila vida de Abraham sino una pequeña aventura que le ocurrió cuando apenas tenia diez y nueve años. El jóven Lincoln solia acompañar á un amigo suyo, que como traficante se veia con frecuencia en la precision de ir á Nueva-Orleans, viaje que se hacia en una pequeña barca. Cierta noche en que los dos amigos acababan de amarrar su bote cerca de una solitaria plantacion que se estiende á las orillas del rio, fueron atacados por siete negros de formas hercúleas, pero Lincoln y su camarada, despues de una tenaz resistencia que les costó quedar heridos, vencieron á sus contrarios, que no creyeron prudente volver al ataque. Esta fué la única aventura que turbó por un momento la tranquila vida de Abraham en Indiana.

En marzo de 1830, su padre resolvió emigrar de nuevo, y abandonando la choza donde habia vivido tanto tiempo, toda la familia se trasladó á Illinois, traslacion que se hizo en carretas, una de las cuales iba conducida por el mismo Abraham Lincoln. Al cabo de un mes llegaron á Macon, condado de Illinois, y fueron á establecerse en una tierra situada á diez millas al Noroeste de Decatur, en la orilla Norte

del rio Sangamon. Una vez allí, el padre y el hijo construyeron una cabaña y algunos instrumentos de labranza para trabajar aquellos terrenos, pues en aquella época, segun se decia en todo el condado, no solo era Abraham un perfecto labrador; sino que se ocupaba tambien en cortar leña, manejando el hacha con tanta destreza como la azada. Aquel país era muy pobre, y los jóvenes que en él habitaban no tenian mas remedio que entregarse á los mas rudos trabajos para ganarse el sustento.

En 1831, un tal Denton Offatt, que traficaba con Nueva-Orleans, preguntó al jóven Abraham y á dos de sus amigos si querian encargarse de conducir una espedicion desde Beardstown á Crescent-City, oferta que aceptaron gustosos Lincoln y sus camaradas; y habiendo tomado una canoa remontaron el rio Sangamon hasta Springfield, en cuyo punto se hallaba Offatt. Éste les dijo que no habia podido encontrar el barco que necesitaba, y ofreció á Lincoln y sus compañeros doce duros mensuales durante el tiempo que emplearan en construir una barca. Aceptado el ofrecimiento, el hacha comenzó su obra: reuniéronse suficientes planchas de madera, y terminado el trabajo se hizo la espedicion felizmente.

Al volver á Illinois, supo Abraham que su padre se habia trasladado al condado de Coles, de modo que Nueva-Salem, pueblo situado á la orilla del rio Sangamon, fué en lo sucesivo la residencia del que algun día iba á ser Presidente de los Estados- Unidos.

En Nueva-Salem tuvo Abraham una oportunidad de continuar su educacion, y lo primero que hizo fué consagrarse al estudio de la gramática inglesa; pero como no le era posible encontrar este libro en el pueblo donde estaba, hizo un viaje de siete ú ocho millas para sacar una copia de él. Lincoln se aplicó al trabajo con toda la energia que le caracterizaba, y á las tres semanas, segun dice su biógrafo, sabia ya perfectamente la gramática.

Al poco tiempo el Presidente Jackson nombró á Lincoln administrador de correos de Nueva-Salem, cargo que por su poco sueldo no tenia ninguna importancia política. Seguramente era Lincoln la única persona que hubiera podido des-

empeñar el destino, y el nuevo administrador, á quien gustaba mucho la política y los debates, acostumbraba á recorrer todos los días de seis á siete millas, solamente para tener el gusto de tomar parte en las discusiones, que nunca faltaban en las cercanías. De este modo, á no dudarlo, se desarrolló su inteligencia y adquirió cierta instrucción, que bastó para que aumentase su popularidad. Supónese que en Nueva-Salem, hallándose Lincoln colocado de escribiente en los almacenes de Offatt, fué cuando conoció á Estéban A. Douglas, con quien continuó mas tarde sus relaciones amistosas, siendo ya dueño de una tienda que habia comprado allí (1).

En 1834 fué elegido por numerosos votos para representar al pueblo en la legislatura, y en 1836 recayó en él otra vez la mayoría del voto popular. Como la legislatura de Illinois celebraba entonces sus sesiones en Vandalia, Lincoln hacia entonces sus viajes á pié desde Nueva-Salem. Durante las elecciones de 1834, Juan D. Stuart, aconsejó á Lincoln que estudiase leyes, y además tuvo la bondad de prestarle algunos de sus libros para que los fuese leyendo. Otros sinceros é influyentes amigos suyos resolvieron también protegerle, y con su auxilio acabó de estudiar leyes y pudo adquirir el título de abogado. Apenas comenzó á ejercer, de tal modo afluia el trabajo á su bufete, que abandonando á Nueva-Salem trasladó su residencia á Springfield y formó una sociedad con Mr. Stuart, también abogado de fama, con quien estuvo hasta que este último tuvo que ir á ocupar su puesto en el Congreso. Lincoln formó entonces sociedad con el juez Logan, uno de los primeros jurisconsultos del país, y continuó ejerciendo su carrera de abogado, en la que adquirió una elevada reputación. En 1842 se trató de reelegirle en la legislatura del Estado; pero como habia servido ya ocho años, rehusó la oferta respetuosamente. En la campaña de 1844, Lincoln fué uno de los mas celosos é infatigables partidarios de los *whigs*; se opuso enérgicamente á la anexión de Texas y compartió la derrota del famoso orador Enrique Clay, derrota que debia precipitar la guerra con México.

En 1846 se le eligió para tomar asiento en el Congreso, y él fué el único *whig* de Illinois que ganó la votación; en 1848, cuando tuvieron lugar las elecciones, apoyó la del general Taylor, pronunciando brillantes discursos en su favor, por cuyo medio pudo alcanzar una mayoría de mil quinientos votos; en 1849 se retiró del Congreso para consagrarse exclusivamente á su profesión; pero llegada de nuevo la época de la elección presidencial de 1852, Lincoln se presentó otra vez al pueblo para favorecer á Scott.

En la Convención nacional republicana de 1856, Abraham Lincoln obtuvo ciento dos votos para el cargo de Vice-presidente, si bien no alcanzó entonces la victoria, y en 1858

(1) En los debates que tuvieron lugar en la legislatura de 1858, contestando Mr. Lincoln á una alusión irónica de Douglas, manifestó que él no habia tenido nunca tienda de comestibles. En el Oeste se entiende por esto un establecimiento donde se vende principalmente «whisky», pero en los Estados Occidentales, en tiendas tales como la que tenia Lincoln, vendiase té, café, azúcar y otros varios artículos.

se le proclamó como el primer campeón del partido. La Convención republicana que se reunió en Chicago en 1860 dió todos sus votos á Mr. Abraham Lincoln para la Presidencia, y el colegio electoral le declaró, en 13 de febrero de 1861, Presidente electo de los Estados- Unidos.

Cuando en 1858 trabajaba el honorable Estéban A. Douglas para que se le eligiera senador de Illinois, y hallándose Mr. Lincoln en las filas de la oposición, pronunció aquel un discurso en el cual decia entre otras cosas: «He conocido á Lincoln hace cerca de veinticinco años, y ya desde niños habia entre nosotros muchos puntos de simpatía, pues ambos éramos pobres y nos hallábamos en una tierra extraña. Yo era maestro de escuela en la ciudad de Winchester, y él tenia una tienda en Nueva-Salem, por lo cual ganaba mas, y era mas afortunado que yo, y digo esto porque Lincoln, que es uno de aquellos hombres de reconocida perseverancia que saben vencer toda clase de dificultades para conseguir el fin propuesto, logró entrar en la legislatura antes que yo. En ella le volví á encontrar, y siempre escitaba mis simpatías por su rectitud, su imparcialidad, su despejada inteligencia y sus buenos sentimientos.»

El honorable Mr. Isaac N. Morris, de Illinois, en un discurso que pronunció en la Cámara de Representantes de los Estados- Unidos en 19 de junio de 1860, dijo entre otras cosas lo que sigue: «Se me ha preguntado con frecuencia si conozco á Mr. Lincoln y qué clase de hombre es. Á lo primero he contestado ya afirmativamente, y ahora diré qué concepto me merece. Como abogado, nunca se le consideró en Illinois de los primeros, pues siempre figuraba en segunda línea; como orador me parece algo mas que una mediocridad, pero de ningún modo superior; su argumentación es poderosa y no carece de elocuencia, mas tiene el defecto de oscurecer sus ideas con una superabundancia de lenguaje. Mi colega habla de sus triunfos como abogado y sin embargo nos dice que es pobre: si poseyera ese conocimiento intuitivo de las leyes y esa habilidad que se le supone, ¿por qué no ha reunido riquezas, como suelen hacerlo los abogados de nombradía? Ninguno le ha creído grande, aunque mi colega se cree un hombre de imaginación profunda cuando habla de su conocimiento intuitivo, de su genio brillante y de su superior inteligencia. Por lo demás tiene buenas cualidades, y puede decirse que es un hombre de disposición; por esto se le tiene y nada mas.» En otra parte de su discurso decia Mr. Morris: «Cuando se comunicó á Lincoln que la Convención republicana de Chicago le habia elegido Presidente de la Union, estaba jugando una partida de pelota con los muchachos! Elegidle; anunciad despues que ha desembarcado algun enemigo hostil en nuestras costas, ó que algunos Estados se niegan á reconocer la autoridad del Gobierno general, y es muy probable que vaya á terminar alguna partida empezada, antes de averiguar si el hecho es cierto.»

Hemos reproducido estos dos párrafos para que vea el lector que lejos de estar acordes todos los pareceres respecto á la persona de Mr. Abraham Lincoln, se pensaba de muy distinto modo acerca de sus cualidades morales y de sus dotes como hombre público.

CAPÍTULO III.

1861.

PRIMERA CAMPAÑA.

Fuerzas con que contaban los Estados del Sur y los del Norte.—El ejército de Washington.—Su campamento.—El fuerte Monroe y el coronel Demmick.—El general Butler llega al fuerte Monroe.—El campamento de los confederados.—El Sur ocupa á los negros en los trabajos de fortificacion y defensa.—El general Butler se niega á devolver los esclavos fugitivos.—Ataque contra Big-Bethel.—Derrota de los federales.—Muerte del mayor Winthrop y del teniente Greble.—El general Johnston abandona su posicion de Harper's Ferry.—Patterson atraviesa el Potomac.—Las autoridades de Virginia se declaran contra la Confederacion.—Se organiza un nuevo Gobierno.—Los unionistas atacan á los confederados en Philippi.—Rendicion de Pegram.—Muerte de Garnett.—El parte del general Mc Clellan.—Derrota de Tyler y de Rosecrans.—El general Lee se encarga del mando de las tropas confederadas.—La gran batalla de Bull Run.—Se reune el Congreso.—El mensaje del Presidente.—Se aprueban varios *bills* referentes á la guerra.—El Congreso termina sus sesiones.—Los generales Jackson y Price establecen su campamento en Bonnevillle.—El general Lyon marcha en su persecucion.—Batalla del Wilson's Creek.—Muerte del general Lyon.—El general Fremont es nombrado jefe del Departamento Occidental.—Derrota de Mulligan.—Retirada de Price.—Se releva del mando á Fremont y se nombra en su lugar al general Hunter.—Batalla de Belmonte.—Espediciones marítimas.—Toma de Hilton Read por el general Sherman.—La legislatura de Kentucky aprueba un *bill* proponiendo la separacion.—Los combates de Ball's Bluff y Dranesville.—Situacion de los beligerantes á fines de 1861.

La indecision de la mayor parte de los Estados intermediarios impedia que se pudiera hacer un cálculo exacto de las fuerzas que tenia á su disposicion cada partido; pero de todos modos, dejando á un lado á Missouri, Kentucky, Tennessee y parte de Maryland, puede decirse que los Estados del Norte contaban con una poblacion de unos diez y ocho millones de habitantes, y los del Sur con unos ocho millones, de los cuales tres correspondian á la poblacion esclava. La riqueza del pais, que seria ilusorio calcular en cifras exactas, era proporcionalmente mas grande en el Norte que en el Sur, y tenia tambien mas recursos industriales y una multitud de fábricas y almacenes militares de primera clase. En la marina era tambien mucha su preponderancia, pues contaba con treinta buques de guerra, en tanto que el Sur no podia disponer sino de ocho, de los cuales solo dos podian figurar en primera línea. En el Norte habia además numerosos arse-

nales, y su flota iba aumentándose cada mes con uno ó dos buques.

Difícil seria decir con exactitud cuál era el estado comparativo de las fuerzas beligerantes á principios de mayo, pues si bien el Norte tenia mas poblacion, el Sur podia poner en pié de guerra mayor número de soldados. Componíase el ejército federal movilizad de unos cuatro mil hombres de tropas regulares, la mitad de ellos reclutas; setenta ú ochenta mil de la milicia, y algunos regimientos de voluntarios que iban aumentándose de dia en dia, y además se estaban organizando otros en varios Estados, de modo que el efectivo de las fuerzas dispuestas para entrar en campaña podia evaluarse en unos ciento treinta mil hombres, que se distribuyeron como diremos mas adelante. El Sur, despues de haberse agregado Virginia, la Carolina del Norte y Arkansas, y en el momento en que los federales se preparaban á tomar la ofensiva, te-

1861.

nia en pié de guerra unos doscientos mil hombres, pero si el Norte estaba por lo general mejor organizado que el Sur, no contaba con tan buen armamento, pues por los manejos del antiguo ministro de la Guerra Mr. Floyd, y por la captura de los arsenales de Harper's Ferry, de Little-Rock, de Monte Vernon, de Augusta, de Richmond y otros, el Sur pudo reunir un gran número de armas de que se habia despojado al Norte, que por esta circunstancia, y á fin de atender á las primeras necesidades, tuvo que comprar fusiles y cañones de todas clases y calibres, muchos de los cuales eran muy malos.

En cuanto al espíritu de las tropas, era mucho mejor el de los regimientos confederados que el de los federales; pero tambien es cierto que el Sur se batia para defender sus derechos y propiedad, en tanto que sus adversarios luchaban por una causa menos palpable. Además de esto, los plantadores del Sur, por su género de vida, tenian mas aptitud militar que los negociantes é industriales del Norte; pero en medio de todo en ambos ejércitos beligerantes existian muchos puntos de contacto, tanto por sus cualidades como por sus defectos.

La iniciativa habia partido de los confederados, entre los que habia llegado á su colmo la exasperacion, principalmente porque bajo el Gobierno de Mr. Buchanan, y durante las primeras semanas de la administracion de Mr. Lincoln, se habian dejado tomar un gran número de fuertes que hubiera sido fácil conservar á poca costa, y que iba á ser muy difícil recobrar mas tarde. Así pues, merced á esta circunstancia, el Norte tenia ya en su poder los fuertes Macon, Johnson y Caswell, en la Carolina del Norte; Pulas-ki, cerca de Savannah; Morgan en Mobila; Jackson, San Felipe, Picke y Macomb, cer-

ca de Nueva-Orleans; Barrancas y Mac Rae, en Panzacola, y Harper's Ferry en Norfolk. El general Scott, sin embargo, habia conseguido que se ocupasen varios puntos de la mayor importancia, tales como la fortaleza Monroe en la estremidad de la casi isla de York-town, indispensable para operar por esta parte contra Richmond; el fuerte Washington, en el bajo Potomac; el arsenal de San Luis; el fuerte Mac Henry, en Baltimore, necesario para la seguridad de la línea de comunicacion de Washington con el Norte, y otros varios puntos de menor importancia.

El objeto de los confederados era fácil de comprender; si tomaban la ofensiva, tratarian de reunirse con los demócratas del Norte para dirigirse á Washington, y por esto se adoptaron algunas disposiciones para fortificar algun tanto la ciudad. El objeto de los federales por otra parte, era, á no dudarlo, apoderarse de Richmond, capital de Virginia y la mas importante del Sur; mas para esto era preciso que Missouri, Kentucky y Tennessee se declarasen neutrales ó se inclinaran en favor del Norte. En vista de este doble objeto, el general Scott repartió sus fuerzas en seis divisiones, á saber: una en Washington y sus alrededores, que se estenderia á lo largo del Potomac, á las órdenes de los generales Mac Dowell y Patterson; una en el fuerte Monroe, á las órdenes del general Butler; otra en Baltimore y Maryland, á lo largo del camino de hierro, mandada por el general Banks; otra en la Virginia Occidental, á las órdenes del general Mc Clellan; otra cerca de Kentucky, á las de Prentiss, y la última, en fin, en el Missouri, que se confió al general Harney. El objeto del general Scott era, al parecer, rodear al Sur con varios ejércitos que penetraran por todos lados y simultáneamente hasta llegar al centro mismo de la Confede-

ración, y en cuanto á Virginia especialmente, queria lanzar cuatro regimientos á la vez sobre Richmond, donde deberian reunirse para dar un golpe decisivo. De estas columnas marcharia la primera de frente por Manassas, la segunda por el valle de Shenandoah, la tercera cruzaria por Alleghany, al Norte de Richmond, y por último el general Butler avanzaria desde el fuerte Monroe hasta la casi isla de Yorktown. Fácilmente se comprenderá que este plan era fundamentalmente defectuoso, pues si bien no le faltaba mas que una cosa, era esta la principal, es decir, se necesitaba tener la seguridad de que el enemigo, ignorando la ventaja de una posicion central, esperaria tranquilamente en Richmond á que se reunieran las cuatro columnas separadas unas de otras por diez ó doce dias de marcha y una infinidad de obstáculos naturales.

Como quiera que sea, tomáronse las disposiciones necesarias para llevar á cabo este plan; y al efecto, el ejército principal de Washington compuesto de unos quince mil hombres, cruzó el Potomac en la noche del

1861. 23 al 24 de mayo, dividido en tres

columnas, de las cuales la de la derecha marchó por Georgetown y la tercera se dirigió sobre Alejandría, cuya ciudad fué ocupada militarmente, así como tambien las alturas de Arlington, frente á Washington, habiéndose comenzado inmediatamente los trabajos para formar un campo atrincherado. En poco mas de tres dias, merced á la actividad con que se trabajó, quedaron terminadas las obras sin que los federales opusieran resistencia alguna. Las avanzadas de los separatistas se habian replegado oportunamente, y solo se sorprendió un destacamento de caballería que constaba de unos treinta hombres, mas este encuentro costó la vida al jóven coronel Mr. Ellsworth. Una

vez establecidas en su campamento las tropas federales, ejercitáronse diariamente en las maniobras, y al mismo tiempo se practicaban reconocimientos que dieron lugar á dos ó tres escaramuzas. Á medida que iban llegando nuevos regimientos del Norte, se les repartia en el campo atrincherado para instruirles convenientemente ú ocuparlos en las obras de defensa.

Dejando ahora el ejército de Washington, veamos cuáles eran las operaciones de las columnas de Virginia.

Á la izquierda del fuerte Monroe formábase un campo atrincherado semejante al de Washington: en este fuerte, muy sólido y bien armado, habia trescientos setenta cañones con una guarnicion de dos mil quinientos hombres, y formaba una base tanto mas poderosa cuanto que dominaba todos los alrededores de la bahía de Hampton. La conservacion de tan importante plaza, principal comunicacion entre los rios York y James, debíanla los federales á la energía y firmeza de su comandante el coronel Demmick. En el momento de romperse las hostilidades, este jefe no contaba sino con cuatrocientos hombres, pero redobló su vigilancia, y un cuerpo de confederados que se presentó frente á la fortaleza, no creyó prudente intentar un ataque.

En 20 de abril la guarnicion fué reforzada con un regimiento de la milicia de Massachusetts, al que siguieron poco **1861.** despues otros varios, y á poco llegó el mismo general Butler, que esperaba reunir allí doce regimientos con los cuales se proponia formar cuatro brigadas. Sin embargo, bien pronto se reconoció que el fuerte Monroe no podia contener tanta gente, y fué preciso establecer un nuevo campamento en Hampton, cerca del rio James, lo que solo costó algunas escaramuzas con el enemigo. Cuando hu-

bieron llegado las fuerzas que esperaba Butler, dispuso este jefe que se practicaran algunos reconocimientos, los cuales dieron por resultado averiguar que los separatistas estaban fortificados perfectamente en Big-Bethel. Entre tanto los jefes del Sur, que no descuidaban tampoco la defensa, ocupaban los alrededores de Richmond; en Williamsburg hallábanse mas de mil hombres; en Yorktown otros tres ó cuatro mil; habíanse utilizado además varias obras que aun se conservaban desde la guerra de la Independencia, y se construian otras apresuradamente. Desde aquella zona, que podia considerarse como la base de operaciones, los confederados estendian sus avanzadas en la direccion de Monroe hasta Bethel y Hampton, y entre Gloucester y la bahía de Chesapeake, estableciéronse varios puestos militares. Al otro lado del rio James, las guarniciones confederadas ocupaban la ciudad de Norfolk, Portsmouth y sus alrededores y estaban en comunicacion directa con Richmond por el camino de hierro de Petersburg.

Á los hombres del Sur les repugnaba ocupar á los negros en los trabajos de fortificacion y defensa, pues aquello era en su concepto elevarlos demasiado; mas como eran robustos y fuertes, y bien mirado, se hacia la guerra por ellos, justo era que prestaran su auxilio, y así es que se les empleó como criados, destinándolos á conducir las caballerías, á trabajar en las obras de defensa y á todo aquello en que se podian utilizar sus fuerzas. De este modo construyéronse numerosas fortificaciones tales como las de Yorktown, Gloucester y Big-Bethel; pero todo esto tenia sus inconvenientes, y la prueba es que muchos negros huyeron: los mas atrevidos se deslizaron en el campamento de los federales, y al ver que no se les echaba, hi-

cieron venir á sus mujeres y á sus hijos y á muchos de sus compañeros. Ciertamente es que despues se presentaron los amos á reclamar su propiedad en nombre de la ley, mas el general Butler, despues de consultar al Gobierno de Washington y de haber recibido plenos poderes, se negó á entregar por la fuerza á ningun negro. Viendo los esclavos que se les protegia, eran cada vez mas numerosas las deserciones, y en su consecuencia se les dió madera para construir chozas, y se levantó además una gran barraca que les sirvió á la vez de hospital y de refugio, verdadero castillo feudal al rededor del que se agruparon poco á poco una infinidad de chozas, formándose así bajo los muros mismos del fuerte Monroe dos ó tres pueblecillos que se citarán sin duda mas tarde como la cuna soñada de una nueva era en la historia de la civilizacion.

Por algunos fugitivos negros supo Butler que el enemigo, despues de replegarse en Hampton, habia ido á situarse detrás de los atrincheramientos de Little-Bethel, cerca de la iglesia de Big-Bethel, y no se ignoraba que tenia allí cañones y dos reductos, pero las noticias referentes á las fuerzas con que contaba eran muy contradictorias, suponiendo unos que no pasaban de cuatrocientos hombres y cuatro cañones, mientras aseguraban otros que escedian de cinco mil y treinta piezas de artillería. Á pesar de esto, resolvió el general Butler en los primeros dias de junio atacar aquella posicion, **1861.** y el 9 de dicho mes, á primera hora de la mañana se pusieron las tropas en marcha mandadas por el coronel Phelps. Desgraciadamente la oscuridad de la noche introdujo cierta confusion entre las tropas, pues llegadas al punto en que debian reunirse, y creyendo haber encontrado al enemigo, se hicieron fuego mutuamente, lo cual

les costó perder treinta ó cuarenta hombres entre muertos y heridos antes de reconocer su error.

Sin embargo, á eso de las diez de la mañana el general Pierce avanzó hácia Big-Bethel, cuyas fortificaciones se hallaban defendidas por mil ochocientos confederados á las órdenes del coronel J. B. Magruder, antiguo oficial del ejército regular. El general Pierce, que no debía ser muy entendido en el arte de la guerra, dió desde luego la orden de ataque mandando colocar algunos cañones á la distancia de media milla de las baterías de los confederados; pero como era de esperar, el fuego de las tropas del Norte no hizo daño alguno á los confederados, cuyas descargas eran en cambio mortíferas para los que atacaban. La accion continuó por espacio de cuatro horas, con pérdidas muy considerables entre las tropas del Norte é insignificantes en las del Sur, hasta que al fin el mayor Teodoro Winthrop, ayudante del general Butler, atacó resueltamente con parte de la infantería; pero este jefe cayó muerto de un balazo en el momento en que estaba animando á sus hombres al combate. Su bravura y serenidad escitaron la admiracion hasta de sus mismos enemigos. Tambien perdió la vida el teniente Juan T. Greble, de la artillería regular: una bala le atravesó la cabeza en el momento de apuntar un cañon contra los enemigos. La pérdida total de los federales ascendió á unos cien hombres, en tanto que el coronel Magruder solo tuvo un muerto y siete heridos. El general Pierce, cuya inesperienza é incapacidad fueron en parte causa de este descalabro, dió al fin la orden de retirada, que se hizo en el mejor orden. Los confederados abandonaron luego aquella posicion y se retiraron á Yorktown, sin que por entonces ocurriera ningun otro encuentro en aquel departamento. El ge-

neral Butler fué reemplazado por el general Wool en 16 de agosto.

Á la derecha del campo de operaciones formado por el general Scott, estendiase el valle de Shenandoah, que termina en Harper's Ferry, y está separado de la zona del centro por Rocky Mountains. En este sitio hay numerosas sendas, fáciles de recorrer, y como no podia abandonarse este punto, los separatistas habian situado allí al general Johnston del ejército regular, con fuerzas respetables, que forrajeaban en los campos de Virginia y Maryland aprovisionándose de todo lo que necesitaban. El general Scott resolvió apoderarse de la posicion que ocupaba Johnston, ó por lo menos oponerse á sus movimientos, y en su consecuencia hizo formar en Hagerstown un cuerpo de tropas de cuatro ó cinco mil hombres al mando de Patterson, general de milicias de Pennsylvania. Este cuerpo de ejército, que iba aumentándose poco á poco, contaba con dos divisiones hácia mediados de junio, y entonces se dispuso que avanzara. La division de la derecha, compuesta de tres brigadas al mando del general Cadwalader, marchó contra Harper's Ferry, y la de la izquierda, á las órdenes de Stone, fué á situarse en Pooleswille, donde estableció su cuartel general, preparándose luego á cruzar el rio, no muy ancho en aquel punto, y que tenia además cómodos vados. El general Johnston, que contaba ya con cerca de quince mil hombres, creyó prudente replegarse para evitar el riesgo de que le cortaran las comunicaciones, y alegando que los distritos limítrofes de Maryland eran por otra parte demasiado unionistas para que pudiera hacerse allí nada bueno, abandonó el punto que ocupaba, no sin destruir antes todos los barcos que encontró en el canal de Baltimore-Ohio, cortando asimismo el magnífico puente del ca-

mino de hierro de Harper's Ferry, después de lo cual se retiró á Winchester el 14 de Junio. El 17, el general Patterson marchó en su persecucion, y atravesando el Potomac por el vado de Williamsport, se dirigió lentamente hácia Martinsburg, pero volvió á poco para buscar una posicion cerca del rio. Habiendo recibido sin embargo la órden de tomar la ofensiva, Patterson avanzó el 2 de Julio, y una de sus brigadas al mando del coronel Abererombie, tuvo un encuentro en Hainesville con la vanguardia de Johnston. En esta escaramuza perdieron los confederados treinta hombres y los federales quince; mas á los pocos dias, un escuadron de caballería de Virginia tomó la revancha sorprendiendo al regimiento número quince de Pennsylvania, al que mató quince hombres haciéndole cuarenta prisioneros. Fuera de esto, nada mas notable ocurrió en aquel punto por entonces; los confederados se atrincheraron en Winchester, y en Martinsburg los federales, desde cuyos puntos se vigilaron atentamente, esperando nuevas órdenes.

Digamos ahora lo que pasaba en la Virginia Occidental.

Los habitantes de Wheeling y sus alrededores, habian resuelto á principios de mayo no someterse á las autoridades de Virginia que acababan de rebelarse contra la Confederacion, y con este motivo se reunieron dos Convenciones especiales, una el 13 de mayo y otra el 11 de junio, para discutir si seria conveniente crear un Gobierno aparte; pero habiéndose reconocido que este procedimiento seria ilegal, espidióse en 19 de julio una órden para reorganizar el de Virginia. En su consecuencia se nombró gobernador á Mr. Franck Pierpont; eligióse un Comité consultivo de cinco miembros, y la Convencion se puso en relaciones con el Gobierno de Washington, en nombre de Virginia.

El Presidente Lincoln se apresuró á reconocer á las autoridades de Virginia como las mas legítimas, y ofreció facilitar las armas y municiones necesarias. Los confederados, sin embargo, no parecian dispuestos á ceder tan fácilmente aquella zona, pues tenia para ellos una gran importancia estratégica, porque podia interceptarse la mejor via de comunicacion por el Ohio y el camino de hierro de Baltimore, entre las regiones del Oeste y Washington. Por este motivo, el general Johnston destacó dos mil hombres á fin de proteger aquel punto, especialmente por la parte de Grafton, y otras tropas confederadas se situaron en la izquierda, al pié de unas colinas, donde construyeron varios atrincheramientos cerca de Bewerley á fin de estenderse desde allí hasta el Ohio. El coronel Porterfield era el jefe de aquellas fuerzas.

El 13 de mayo se dió órden al coronel Kelly para que marchase con algunas fuerzas federales á Wheeling, y al dia siguiente dos regimientos de Ohio al mando de los coroneles Irvine y Steedman, fueron á ocupar á Packersburg, situado al extremo de Baltimore. Algunas tropas del Sur que entonces se hallaban en Grafton, intentaban tambien dirigirse á Wheeling; pero viendo que sus enemigos se habian anticipado y que sus fuerzas eran mas numerosas, destruyeron el caminod de hierro, por cuya razon no pudieron llegar los unionistas al primero de dichos puntos hasta el dia 30. En la mañana del 31, y reparada ya la via, reuniéronse en aquel punto siete ú ocho mil hombres á las inmediatas órdenes del general Morris, quien hizo retroceder á los separatistas hasta Philippi, á unas cincuenta millas de la línea férrea. El coronel Porterfield, quien segun ya hemos dicho, mandaba las tropas del Sur, espidió en este último punto la siguiente proclama:

«Conciudadanos: he venido aquí en virtud de una orden de las autoridades legalmente constituidas, con objeto de rechazar la invasion de fuerzas extranjeras y proteger al pueblo en el legítimo goce de sus derechos civiles, religiosos y políticos. En cumplimiento de mis deberes, procuraré obrar siempre con la mayor templanza, y en vez de averiguar qué ciudadanos de Virginia han votado en pró ó en contra de la separacion, solo preguntaré quiénes son los enemigos de nuestro Estado. A estos se les tratará como á tales juzgándolos por sus propias leyes.

» ¡Virginios! A vosotros apelo en nombre de nuestra madre comun para que seais fieles á vuestro Estado y rechaceis la invasion que os amenaza; los que no lo hagan así, serán considerados como enemigos de Virginia. ¡Ciudadanos: sed fieles y leales, y Dios protegerá nuestra causa.

» Muchos de vosotros han salido presurosos á la defensa de su Estado y de sus libertades; ¿querreis continuar siendo hombres libres, ó someteros como esclavos? ¿Permitireis que el pueblo de otros Estados os gobierne á su antojo? ¿Habeis olvidado los preceptos de Jefferson y Madison? Virginia no ha declarado la guerra: se ha visto en la precision de hacerla; ¿obtendrán una recompensa nuestros esfuerzos para mantener las libertades del pueblo, ó deberemos doblar la cerviz ante las aras del despotismo y la tiranía? Creo que en este punto no puede vacilar el verdadero amante de sus libertades. ¡Corred pues á las armas, compañeros: defended vuestros privilegios y no consintais nunca la opresion!»

Habiendo resuelto el general Mc Clellan (*)

(*) El general Mc Clellan, nombrado en aquella ocasion mayor general, no tenia sino treinta y cinco años, pero ya podia considerársele como un veterano, pues habia sido capitán de ingenieros y de caballeria del ejército regular que tanto se distinguió en la campaña de México y otras espe-

apoderarse de Philippi por sorpresa, proyectóse el ataque para el 2 de junio, y al efecto dos brigadas de dos regimientos **1861.** cada una, se aproximaron al campamento de los separatistas por diferentes caminos, con el objeto de rodear al enemigo; pero el piso estaba muy malo, el tiempo era tempestuoso, y la division al mando del coronel Kelly, que tenia que recorrer veintidos millas, no pudo llegar á tiempo. Los confederados, no obstante, que únicamente contaban con seiscientos ú ochocientos hombres, no podian resistir á las fuerzas, y por lo tanto preparáronse á la retirada, precisamente cuando los unionistas, á las órdenes de los coroneles Dumont y Lander, ordenaban el ataque, rompiendo el fuego la artillería. Los confederados emprendieron la fuga apresuradamente; pero entonces llegó el coronel Kelly, y cayendo sobre el enemigo, le puso en completa dispersion, si bien cayó á poco mortalmente herido de un balazo. Los confederados perdieron veintiseis hombres entre muertos y heridos, sus bagajes y municiones y casi todas sus armas. Porterfield reunió como pudo sus dispersas fuerzas, se retiró precipitadamente á Beverly y desde este punto á Huttonsville.

El general Mc Clellan llegó á Grafton el 23; espidió desde luego una proclama condenando el sistema de guerrillas adoptado por los jefes del Sur, y el 25 dirigió otra á sus soldados exhortándoles á que no se entregaran al pillaje y al saqueo, porque el pueblo era su amigo. Las fuerzas del jefe unionista se aumentaron rápidamente, y ya el 4 de julio

diciones. La actividad que desplegó al organizar las milicias de Ohio satisfizo las esperanzas que se habian fundado en él por su gran reputacion, y esto le valió el grado de mayor general del ejército regular, es decir, el grado mas alto despues del general Scott. Su vigor y resolucion al entrar en campaña bastaron para que se granjease la estimacion de todos.

ascendian á treinta mil hombres, mientras los confederados apenas contaban con diez mil. Mc Clellan resolvió por lo tanto avanzar contra el enemigo, que al mando del general Roberto S. Garnett, estaba fuertemente atrincherado en Laurel Hill, (colina del laurel) á pocas millas de Beverly; en la cima de otra eminencia contigua, conocida con el nombre de Rich Mountain, se hallaba tambien muy bien fortificado el coronel Juan Pegram. Despues de haber reconocido suficientemente la posicion que ocupaba el enemigo, Mc Clellan resolvió atacar primero á Pegram, y al efecto dispuso que el general Rosecrans hiciera un rodeo de ocho millas á través de las montañas para sorprender la retaguardia de Pegram, cuyo movimiento se llevó á cabo felizmente; mas por desgracia, un dragon que llevaba un parte del jefe unionista á Rosecrans, fué cogido prisionero y se descubrió el plan de ataque. Las tropas del Sur estaban atrincheradas en la cima de la montaña con tres cañones, mientras Rosecrans, que habia estado todo el dia cruzando bosques y barrancos, con un tiempo muy lluvioso, no llevaba artillería, como era natural. Á pesar de esto avanzó desde luego contra el enemigo, que hizo fuego con sus tres cañones, aunque sin gran efecto, y poco despues se rompió el de fusilería por ambas partes; pero como los unionistas contaban con mayor número de fuerzas, dispuso el general Rosecrans que se atacara á la bayoneta. Los separatistas abandonaron entonces su posicion precipitadamente, dejando en poder de los vencedores sus cañones, tiendas de campaña y bagajes, y ciento treinta y cinco muertos en el campo. El general Mc Clellan vigilaba en tanto á Pegram que seguia ocupando su posicion; mas llegada la noche, y temiendo el jefe separatista ser sorprendido, intentó escapar y con este fin se ocultó en el bosque, donde habiendo sido luego descubierto tuvo que entregarse con los seiscientos hombres que estaban á sus órdenes.

El general Mc Clellan avanzó entonces hácia Beverly, en cuyo punto penetró á la mañana siguiente flanqueando la posicion que ocupaba el general Garnett en Laurel Hill y obligándole á que la abandonara retirándose hácia el Norte. Seis cañones, doscientas tiendas de campaña, sesenta wagoes y unos cien prisioneros fueron los trofeos de esta victoria: las tropas del Sur perdieron además entre muertos y heridos ciento cincuenta hombres, y solo cincuenta los unionistas. Perseguido de cerca el general Garnett, y dominado por la superioridad del número, cruzó por Laurel Mountains, (montañas del laurel) se introdujo en un estrecho sendero, que cubrió de troncos de árboles á fin de retardar la marcha de sus enemigos, y se dirigió luego apresuradamente hácia la cordillera de Alleghanies. Por último, despues de haber cruzado por Carrick's Ford, Garnett encontró una admirable posicion para la defensa, hizo frente al enemigo, aun cuando este era muy numeroso, y consiguió contenerle por algun tiempo; mas á poco llegó el coronel Dumont con el regimiento de Indiana, y atacando á su vez la posicion del enemigo, la desalojó á pesar de los desesperados esfuerzos de Garnett, que en vano trataba de reunir sus dispersas tropas. La persecucion duró aun algun tiempo, hasta que al fin, desesperado Garnett, intentó por última vez oponer resistencia, con una bravura digna de mejor causa; pues apenas se hubo empeñado de nuevo la accion, el sargento Burlingame atravesó de un balazo al intrépido general, que cayó herido de muerte sin proferir una sola queja. Entre tanto el general Mc Clellan se dirigia con el grueso de sus fuerzas á Huttonsville, desde donde

remitió á Washington un telégrama concebido en estos términos:

«Las tropas del general Garnett han sido derrotadas, habiendo caído en nuestro poder todos los bagajes y un cañon. El general fué muerto en Carrick's Ford, cerca de San Jorge, cuando trataba de reunir á sus dispersas fuerzas.

»Hemos aniquilado al enemigo en la Virginia Occidental.

»Nuestras pérdidas se reducen á trece muertos y cuarenta heridos, mientras que las del enemigo esceden de doscientos de los primeros y mil de los segundos. Tambien hemos cogido siete cañones.

»Las fuerzas del general Garnett van en retirada, pero se les persigue de cerca.»

Las tropas federales, sin embargo, no persiguieron al enemigo sino en un espacio de dos millas, pues estaban sumamente fatigadas, é hicieron alto mientras que los separatistas fugitivos, á las órdenes del coronel Ramsey, se internaron en las montañas y fueron á reunirse con las tropas del general Jackson que estaban en Monterey.

Entre tanto el general Cox avanzó sobre Beverly, juntamente con el general McClellan, y despues de una corta escaramuza, las tropas federales se apoderaron de Barboursville. En Scarytown, mil quinientos hombres de la milicia del Ohio, al mando del coronel Lowe, tuvieron un encuentro con algunas fuerzas del Sur mandadas por el capitán Patton, quien fué rechazado con pérdida de cincuenta y siete hombres entre muertos y heridos. Cinco oficiales, incluso dos coroneles, que sin órden alguna se acercaron á las líneas enemigas para observar la lucha mas de cerca, quedaron prisioneros. El general Cox continuó luego su marcha hácia Charleston, á cuyo punto llegó el dia 25. El general Wise, que mandaba allí las tropas del Sur,

pensaba haberse detenido en dicha ciudad; mas al recibir la noticia de la derrota de Garnett continuó su camino hasta el rio, no habiéndole podido perseguir el general Cox porque Wise tuvo buen cuidado de destruir el puente. El jefe separatista consiguió al fin llegar á Lewisburg, uno de los condados que se hallan al oeste del Alleghanyes, y que era favorable á la causa del Sur. Wise fué reforzado allí en 1.º de agosto por el general Juan B. Floyd, quien muy pronto se halló en estado de tomar la ofensiva. En efecto, al dia siguiente se puso en marcha en direccion á New-River, y al llegar cerca de Kanawha, sorprendió el regimiento de Ohio, número siete, á las órdenes de Tyler, á quien derrotó completamente cogiéndole doscientos prisioneros. Floyd se dirigió luego á Carnifex Ferry con objeto de caer sobre la retaguardia de Cox; pero se vió él mismo atacado por el general Rosecrans, que á la cabeza de diez mil hombres llegaba de Clarksburg. Las tropas del general unionista estaban muy cansadas, mas á pesar de esto dispuso el jefe que se hiciera un reconocimiento, dando este por resultado un encarnizado combate en el que fueron muy considerables las pérdidas del ejército federal, al paso que insignificantes las de los confederados, que ocupaban una fuerte posicion. El coronel Lowe, del regimiento de Ohio, quedó muerto en el campo de batalla, y gravemente heridos los coroneles Lytle y White. Á pesar de haber obtenido esta victoria, Floyd, viendo que no recibia refuerzos de Wise y que las fuerzas enemigas eran mucho mas numerosas, abandonó su posicion durante la noche, retirándose rápidamente á Big Sewell Mountain, y de allí á Meadow Bluff, punto que se hallaba á treinta millas de distancia.

Á los pocos dias llegó el general confede-

1861.

rado Lee con numerosas fuerzas, y habiéndose encargado del mando de las tropas de Floyd y de Wise, reunió un ejército de veinte mil hombres. Rosecrans se retiró entonces á Gauley sin que se pensara en perseguirle; Lee tuvo que volver á la costa, y Wise recibió orden de trasladarse á Richmond.

Cuando se hubo marchado el general Lee, Floyd y Wise tomaron posición cerca del río, desde donde hostilizaban á los barcos que conducían víveres para el general Rosecrans, quien se había situado á su vez á la orilla opuesta, frente á los dos generales separatistas. Rosecrans trató de sorprender á sus enemigos dos veces consecutivas, mas no pudo conseguirlo, la primera por una avenida del río y la segunda por no haber cumplido el general Benham la orden que se le dió de cortar la retirada á Floyd. Por entonces no hubo en aquel punto más encuentros. En el Noroeste, el general Kelly, que guardaba el Alleghany y el camino de Ohio, salió una noche de New-Creek, y avanzando rápidamente hácia Romney, capital del condado de Hampshire, derrotó un batallón de confederados, cogiéndoles dos cañones, sesenta prisioneros y muchas armas, sin contar los bagajes y una considerable cantidad de víveres. Con estos combates, se terminó la campaña en la Virginia Occidental, y quedó en poder de la Union toda la parte del Estado situada al Oeste del Alleghany. Johnston, que desde su campamento de Winchester quiso socorrer al general Garnett no pudo hacerlo, pues sucesos de más interés reclamaban su presencia en la importante zona de Richmond.

El ejército de Mc Dowell, el *grande ejército* como se le llamaba, contaba ya con cinco divisiones (*), formando un total de cin-

(*) El ejército del general Mc Dowell se componía de trece brigadas en la forma siguiente:

cuenta mil hombres; el número de tropas regulares figuraba por diez compañías de infantería, nueve de caballería y seis baterías, sin contar la magnífica brigada del general Blenker, compuesta toda de alemanes, que eran en su mayor parte soldados de Europa. El 17 de julio, el ejército **1861.** salió del campamento atrincherado, dividido en tres columnas principales, dejando en reserva para custodiar las obras de defensa á la division Runyon; las tropas se concentraron por la noche en Vienna y Fairfax-Court-House, y el día siguiente prosiguieron su marcha hácia Centerville, á cuyo punto llegaron sin que ocurriese novedad alguna; pero un poco más lejos, en las orillas de Bull Run, hallábanse los confederados ocupando una fuerte posición. Bull Run es un pequeño río de unos treinta metros de longitud y uno ó dos de profundidad en tiempo ordinario; sus aguas se vierten en el Ocoquan y el Potomac, y sus orillas, muy escarpadas, están cubiertas de maleza. Los confederados, á las órdenes del general Beauregard, se estendían en una inmensa línea detrás del río en un espacio de diez millas, y un poco más allá en una eminencia natural, muy favorable para la defensa, se hallaba la reserva. El número de tropas del jefe separatista no excedía de treinta mil hombres.

La division federal Tyler, encargada de reconocer la posición del enemigo, hizo jugar su artillería el 18 de julio, mas sin que esto diera otro resultado sino demostrar que los separatistas no pensaban abandonar el

Division *Tyler*: brigadas Keyes, Shenk, Sherman y Richardson.

Division *Hunter*: brigadas Porter y Burnside.

Division *Heintzelman*: brigadas Franklin, Wilson y Howard.

Division *Miles*: brigadas Blenker y Davies.

Division *Runyon*: dos brigadas de reserva.

campo sin combate. La brigada Bonham, entre otras, contestó con un vivo fuego á la division Tyler, rechazando á éste varias veces cuando intentó atravesar el Bull Run por el vado Mitchell. Habiendo concentrado por la noche sus cuatro divisiones mas allá de Centerville, el general Mc Dowell empleó el dia siguiente en reconocer el terreno y la posicion del enemigo, y acto continuo tomó sus disposiciones para dar una batalla decisiva el 21 de julio. El general unionista quiso atacar primeramente el ala derecha de Beauregard, á fin de separarle de su centro y de la via férrea, mas aquel punto estaba muy bien defendido, y por lo tanto Mc Dowell se decidió por el ala izquierda, pues si bien las ventajas estratégicas no eran tantas, presentábanse menos dificultades. En su consecuencia, Mc Dowell dispuso que el 21, á las dos de la madrugada, se pusieran las tropas en marcha con raciones para cuatro dias; la division Tyler debia dirigirse hácia Mitchell's-Ford para entretener al enemigo por su frente y su derecha; las divisiones Hunter y Heintzelman recibieron orden de atacar el ala izquierda del enemigo, y la division Miles quedaria de reserva entre Centerville y Bull Run. Estas disposiciones, muy bien entendidas, no produjeron por desgracia el resultado que era de esperar, pues por una parte la ejecucion fué muy lenta, y por otra ocurrió un incidente con el que á buen seguro no contaba el general Mc Dowell.

El dia 20, habíase reunido á Beauregard el general Johnston con una parte de sus tropas, que habian burlado la vigilancia de Patterson; las demás fuerzas marchaban por Manassas-Gap, y no tardarian en llegar para incorporarse al grueso del ejército. Así pues, reunidos los dos generales confederados, contaban con ocho brigadas, que

eran las de Ewell, Jones, Longstreet, Bonham, Cocke, Evans, Holmes y Early; estas dos últimas quedaban en reserva y las otras se escalonaron detrás del rio. Ambos jefes habian resuelto tomar la ofensiva el dia 21, cuando vieron que avanzaban las tropas de Mc Dowell; los federales atravesaron desde luego el rio por varios puntos del centro, haciendo lo posible por ocultar al enemigo cuál seria el principal punto de ataque, pero desde las alturas que rodeaban el cuartel general, y gracias á las nubes de polvo que levantaban las tropas unionistas, no les costó mucho á los generales confederados reconocer que sobre la izquierda estaba el verdadero peligro, por cuyo motivo fijaron en aquel punto toda su atencion.

El combate no fué muy encarnizado al principio, pues la mayor parte de las tropas federales estaban en ayunas, sedientas y fatigadas por la marcha y una temperatura abrasadora; pero poco á poco y despues de algunas peripecias, empezó formalmente la lucha, y las divisiones Hunter y Heintzelman comenzaron á ganar terreno sobre sus adversarios. Sin embargo, á cada momento llegaban nuevos refuerzos del ejército de Johnston: la brigada Jackson contuvo cual si fuera un muro de piedra la retirada de los confederados, en tanto que la brigada Kirby Smith, que acababa de entrar en línea, atacaba de frente y de flanco el ala derecha de Mc Dowell. Smith cayó á poco herido, pero inmediatamente le sustituyó en el mando el coronel Arnold Elzey, que continuó el ataque haciendo un fuego horroroso sobre los batallones federales á quienes puso en dispersion. Poco despues, la retirada se convirtió en una completa derrota: una multitud de curiosos, que introduciéndose por entre los carros de los bagajes, se habian aproximado al campo de batalla para ver la accion

mas de cerca, obstruían el camino por donde podían retirarse las tropas federales, y esto fué causa de que se desbandaran: dos ó tres balas que fueron á caer entre aquella multitud y la aparición de algunos ginetes, sembraron el pánico entre la muchedumbre de curiosos, y al tratar de huir para ponerse á salvo hubo infinitas desgracias, perdiendo muchos la vida. Los confederados no persiguieron á los federales por carecer de caballería; mas aun cuando lo hubieran hecho, esto ofrecía sus inconvenientes, porque el regimiento de tropas regulares y los otros cuatro de la brigada Blenker, ocupaban el camino de Centerville y cubrieron perfectamente la retirada. Jefferson Davis, que habia salido á las primeras horas de la mañana de Richmond, llegó al campo de batalla precisamente á tiempo para presenciar la retirada de los batallones enemigos, y aquella misma noche remitió á su Congreso un telégrama concebido en estos términos:

«Manassas, sábado por la noche.

» Acaba de terminar la batalla que ha sido muy reñida: nuestras tropas han alcanzado la victoria. El enemigo, derrotado, huyó precipitadamente abandonando una porción de armas, municiones y bagajes; el campo de batalla estaba cubierto de cadáveres y las casas de campo de los alrededores llenas de heridos.

» Nuestras tropas han perseguido á los fugitivos hasta Leesburg y Centerville, apoderándose de varias baterías y banderas, así como tambien de una porción de prisioneros. No puedo menos de elogiar el arrojo de nuestros oficiales y el valor de las tropas.

» *Jefferson Davis.*»

Esta sangrienta batalla costó á los unionistas unos cuatro mil hombres, habiendo

quedado muertos en el campo mas de seiscientos, y mil quinientos prisioneros; los confederados se apoderaron de veintiocho cañones, cinco mil fusiles y muchos bagajes, pero sus pérdidas no bajaron de quinientos muertos y mil quinientos heridos; por una y otra parte sucumbieron muchos oficiales de distincion, lo cual probaba que unos y otros se habian batido con la mayor brayura. Entre las víctimas de aquel dia contábase tambien muchos curiosos, y aquí debemos añadir que entre ellos habia varias señoras, que habian venido de Washington para ver la batalla como si se tratara de alguna carrera de caballos. Entre tanto, el general Patterson permanecía de brazos cruzados en los alrededores de Harper's Ferry, y el general Butler no habia hecho nada notable en su posicion de Yorktown, bien es verdad que la victoria de los confederados en Manassas bastaba para anular todas las ventajas que se hubiesen podido obtener.

Las consecuencias de la derrota de los federales fueron harto funestas, pues como de los setenta y cinco mil hombres pedidos por Abraham Lincoln, casi todos ellos terminaban su servicio á las tres semanas despues de la accion, todos se apresuraban á dejar el servicio para retirarse á sus casas, de tal modo que las fuerzas del ejército unionista comenzaron á disminuir rápidamente. Además de esto, la impresion que causó la victoria de Bull Run fué muy profunda, sobre todo en el Norte, donde al entusiasmo que precedió á las primeras operaciones militares, sucedió súbitamente una dolorosa humillacion, que sin embargo sirvió de leccion saludable para obrar en lo sucesivo con mas prudencia. Reconociábase claramente que el Sur no estaba dispuesto á ceder y sí resuelto á batirse; la victoria acababa de enorgullecerle, y ya iba siendo necesaria una gran

guerra. Sin embargo, todo el Norte se mostró decidido á proseguir la lucha antes que renunciar á sus ideas unionistas. Los primeros momentos fueron duros y penosos para el Gobierno de Washington, y se hizo preciso tomar desde luego enérgicas medidas para evitar las deserciones y restablecer el orden que se habia alterado en el ejército despues de la derrota de Bull Run.

El trigésimo séptimo Congreso se reunió el 4 de julio en sesion extraordinaria, convocado por el Presidente Lincoln. Todos los senadores y representantes asistieron puntualmente á sus respectivas Cámaras, y además se presentaron comisiones de Kentucky, Missouri, Maryland y Delaware. De los Estados separatistas, solo Arkansas habia elegido representantes en 1860, pero estos renunciaron á sus cargos al unirse con la Confederacion del Sur. En la Cámara alta ascendia á cuarenta y cuatro el número de senadores; de los representantes, ciento cuarenta y siete contestaron á sus nombres, y habiéndose procedido á la eleccion de Presidente, ganó la votacion Galusha A. Grow, republicano de Pennsylvania. Al otro dia remitió el Presidente Lincoln su mensaje anual que fué atentamente leido en ambas Cámaras; pero como este documento se referia casi en su mayor parte á dar cuenta de los sucesos de que ya hemos hablado, solo reproduciremos aquí uno ó dos párrafos que nos parecen los mas notables. Al hablar de las medidas que seria necesario adoptar para continuar la lucha, espresábase en estos términos :

«No puedo menos de recomendar al Congreso eficazmente que facilite los medios necesarios á fin de que esta lucha sea breve y decisiva, y para esto es necesario que el Gobierno pueda contar con cuatrocientos mil hombres y cuatrocientos millones de duros.

Este número de hombres vendrá á ser la décima parte de los que tienen la edad conveniente para empuñar las armas y desean salir á la defensa de la nacion, y esa cantidad representa menos de una vigésima parte de la que podrán reunir todos aquellos que se muestran dispuestos á sacrificar sus bienes en defensa de tan justa causa. Una deuda de seiscientos millones de duros, debe ser *ahora* menos gravosa que en tiempo de la revolucion, y seguramente todos tenemos en la *actualidad* un poderoso motivo para *conservar* nuestras libertades, como entonces lo teníamos para establecerlas. Un buen resultado en estos momentos valdrá para el mundo diez veces mas de lo que representan ese número de hombres y esa cantidad.»

El Presidente terminaba su mensaje con estas notables palabras :

«El Poder ejecutivo se convenció, poseido del mayor sentimiento, que era preciso recurrir á las armas para atender á la defensa del Gobierno, pues de no hacerlo así, hubiera terminado su existencia. Ya no era posible arreglo alguno, no porque este medio no sea preferible con frecuencia, sino porque el Gobierno popular no podia sentar el precedente de que solo los que ganan una eleccion pueden salvarle de una ruina inmediata.

» Como buen ciudadano, el Presidente no podia consentir que nuestras instituciones perecieran, ni mucho menos que se perjudicasen los sagrados intereses que le confió el pueblo. El Poder ejecutivo se hallaba en este caso en el deber de sacrificar su propia vida si era necesario, y para dejar á cubierto su responsabilidad, y sin pensar en las consecuencias, ha obrado como en su concepto tenia obligacion de hacerlo. Yo espero con fiadamente que vuestras opiniones y vuestros medios de accion, conformándose con las mias, os inducirán á dictar las medidas nece-

sarias para que se respeten los derechos de los fieles ciudadanos con arreglo á la Constitucion y las leyes.

»Trazada ya la senda que debemos recorrer, y conocidas nuestras buenas intenciones, sigamos adelante con ánimo fuerte y corazon valeroso confiando en la proteccion del Altísimo.»

Durante los primeros dias que siguieron á la apertura de las Cámaras, se tomaron en consideracion varias reclamaciones pendientes de Oregon, Nebraska y el primer distrito de Pennsylvania, y el dia 9, Mr. Lovejoy, de Illinois, presentó una proposicion que decia así :

«Considerando que se ha formado una conspiracion contra la paz, la Union y libertades del pueblo, y el Gobierno de los Estados-Unidos;

» Considerando que muchos habitantes de Virginia, la Carolina del Norte y del Sur, Tennessee, Arkansas y Texas, han tratado de separar á dichos Estados de la Union, haciendo armas contra el Gobierno;

» Considerando que los senadores de dichos Estados no han tenido á bien presentarse en la Cámara á fin de prestar su auxilio en la grave crisis por que atravesamos, y siendo aparente que esos señores han tomado parte en la citada conspiración, en el mero hecho de no haber dado cuenta de ella al Gobierno;

» *Resolvemos*: que Mrs. Mason, Hunter, Clingman, Bragg, Chesnut, Nicholson, Sebastian, Mitchell, Hemphill y Wigfall, sean dados de baja en la lista de senadores de los Estados-Unidos.»

Esta proposicion promovió un empeñado debate ; Mr. Mallory, de Kentucky, presentó otra pidiendo que no se tomara en consideracion; pero se desechó por ochenta y un votos contra sesenta y seis, y discutido el punto suficientemente, se aprobó al fin la de Mr. Lovejoy por noventa y dos votos contra

cincuenta y cinco. El dia 10, Mr. Washburne, de Illinois, presentó un *bill* adoptando ciertas disposiciones relativas á la recaudacion de derechos impuestos, y autorizando al Presidente para que publicase una proclama por la cual se suspendieran las relaciones con los Estados separatistas. Este *bill* se aprobó despues de un ligero debate por ciento treinta y seis votos contra diez. En el mismo dia se aprobó tambien en la Cámara otro *bill* autorizando al Secretario del Tesoro para negociar un empréstito de doscientos cincuenta millones de duros. Mr. Vallandigham, de Ohio, pronunció un brillante discurso para combatirlo; mas fueron inútiles sus esfuerzos, pues así como los otros, se aprobó este *bill* por ciento cincuenta votos contra seis ó siete. No hablaremos aquí de otros muchos que se presentaron, ni tampoco de las numerosas proposiciones y enmiendas que menudeaban en ambas Cámaras, pues todas se referian á las medidas que convendria adoptar para continuar la guerra, y ya las citaremos mas adelante. Baste decir que el grito general, el santo y seña de los hombres políticos, la divisa de todos los clubs, se reducía á estas palabras: *¡Adelante sobre Richmond!* Las sesiones de aquella legislatura extraordinaria se terminaron el 6 de agosto, por manera que duraron treinta y tres dias.

Sin embargo hacíase urgente adoptar enérgicas disposiciones á fin de continuar la lucha, y convencido de ello el Gobierno, habia ya dispuesto, antes de terminarse las sesiones extraordinarias del Congreso, que se confiara el mando del ejército del Potomac al general Mc Clellan en reemplazo de Mc Dowell, y ya el 22 por la noche recibió éste un telégrama en Bewerley, previniéndole entregase el mando de la Virginia Occidental al general Rosecrans y se trasladara inmediatamente á Washington. El nuevo jefe en-

tró el día 27 en el desempeño de sus funciones, y sin pérdida de tiempo comenzó á organizar su ejército. El general Patterson fué sustituido á su vez por el general Banks.

Para terminar ahora la narracion de este primer período de la guerra, réstanos solo decir lo que pasaba en el Oeste.

Hemos dejado á Missouri dividido en dos campamentos vigilándose atentamente con aire amenazador: ahora añadiremos que el general unionista Harney, hombre de poca energía, fué reemplazado por el jóven general Lyon, el cual desplegó tal actividad, que bien pronto tomaron un aspecto muy distinto los asuntos de los unionistas en San Luis y todo el Estado. El gobernador Jackson y el general Price, que no se habian podido avenir con los unionistas, se declararon abiertamente en favor de la separacion, y el primero espidió una proclama con fecha 13 de junio llamando á las armas á cincuenta mil hombres de la milicia para resistir á la opresion de los agentes del Gobierno central. Hecho esto, Jackson y Price que temian un ataque de las fuerzas federales, reunieron en

San Luis todas las tropas que pudieron, y en 18 de junio marcharon á Booneville (Missouri) á fin de establecer allí su campamento. Price se trasladó en un vapor á Lexington por haberse resentido su salud. Tan pronto como supo esto el general Lyon, abandonó á San Luis el 13 á la cabeza de su ejército y llegó á Jefferson-City en en la mañana del 15, mas no encontró ya á los jefes confederados y supo que se habian alejado bastante. Lyon volvió pues á embarcarse el 16, y á la mañana siguiente hallábase ya en Rockport, casi en frente de Booneville, donde segun ya hemos dicho se hallaba el campamento de los confederados; mas como éstos no contaban sino con dos ó tres mil hombres, la mitad de ellos sin ar-

mas, al mando del coronel Marmaduke, Jackson creyó mas prudente desbandarlos y no oponer resistencia. Marmaduke, sin embargo, estaba resuelto á batirse, y marchó contra los unionistas, esperando sorprenderlos en el momento del desembarco, pero encontró á Lyon que avanzaba en buen orden, y trabado el combate, Lyon obtuvo fácilmente la victoria, apoderándose de dos cañones y un gran tren de campaña. Marmaduke pudo evitar una derrota completa merced á su numerosa caballería.

Jackson huyó á Warsaw, situado á la distancia de unas ochenta millas al Sudoeste; allí se le reunió el coronel O'Kane con algunas fuerzas, y al llegar estos dos jefes á Montevallo, en el condado de Vernon, agregóseles el general Price con toda la milicia que habia podido reunir en Lexington. De este modo halláronse á la cabeza de un cuerpo de ejército de unos tres mil seiscientos hombres, pero como Lyon seguia persiguiéndoles, continuaron la retirada al día siguiente y se detuvieron en Jasper County algunas horas. Al otro día, mil quinientos hombres de las fuerzas unionistas al mando del coronel Sigel, llegaron tambien á Vernon á fin de impedir que las tropas de Jackson se reunieran con las de otros jefes. Sigel en contró á poco á las tropas separatistas ocupando una buena posicion y muy superiores en número, pero resolvió atacarlas, confiando demasiado en sus propias fuerzas, pues la caballería y la artillería del enemigo avanzaron por izquierda y derecha y le hicieron retroceder bien pronto. Sigel emprendió entonces la retirada con el mayor orden, guardando siempre una distancia respetable entre sus tropas y las del enemigo, y de este modo llegó á Cartagena, donde se empeñó al fin un combate en el que perdieron los unionistas cuarenta y cuatro hombres entre

muertos y heridos, y los confederados unos cincuenta. Sigel pudo continuar luego su marcha por Monte Vermon y se dirigió á Springfield, en cuyo punto se le reunió el general Lyon.

Entre tanto los separatistas, que habian recibido nuevos refuerzos del Sur, y sobre todo mucha caballería, recorrieron bien pronto toda la parte Sur de Missouri, obligando á Lyon á permanecer en Springfield. Conociendo la superioridad numérica del enemigo, Lyon esperó para recibir refuerzos, pero con el desastre de Bull Run perdió las esperanzas, y habiendo sabido que los separatistas avanzaban en dos fuertes columnas, una que venia por la parte de Cassville y otra por Sarcoxie, resolvió hacer un esfuerzo á fin de impedir que se reuniesen, y en su consecuencia, salió de Springfield en 1.º de agosto

1861. con cinco mil quinientos infantes, cuatrocientos caballos y diez y ocho cañones, y á la mañana siguiente puso en dispersion un destacamento enemigo derrotándolo completamente. Los separatistas, entre tanto, mandados por Price, su mejor general, avanzaban con lentitud, y llegaron el 7 á Wilson's Creek, á diez millas de Springfield. Lyon concertó un ataque nocturno, mas cuando todo estaba dispuesto, era ya tan tarde que difirió la ejecucion de su plan hasta el 9, en que avanzó de nuevo en dos columnas con la intencion de atacar al enemigo de frente, en tanto que Sigel con mil doscientos hombres, caeria sobre la retaguardia.

Price habia dispuesto tambien sorprender el campamento de los federales por la noche; pero habiéndose suscitado algunas disensiones, confió el mando superior á Mc Culloch, quien dió una contra-órden á causa de la oscuridad de la noche. Á las cinco de la madrugada del 10 de agosto, Lyon atacó á los

confederados de frente, en tanto que Sigel con sus mil doscientos hombres y seis cañones caia sobre la retaguardia del enemigo, y bien pronto se generalizó la batalla, que fué tan obstinada como sangrienta, pero la desproporcion en el número, debia producir sus naturales resultados. Sorprendidos al principio los separatistas por el imprevisto ataque de Sigel, comenzaron á retroceder; pero una vez que se hubo visto con qué fuerzas contaba el jefe federal, vióse éste acometido por dos baterías y una fuerte columna de infantería, que hizo retroceder apresuradamente á los mil doscientos hombres de Sigel, de los cuales no quedaban al poco tiempo sino cuatrocientos, atendido que el mortífero fuego de los confederados habia puesto á los demás fuera de combate.

El general Lyon por su parte atacaba entre tanto de frente al ejército separatista, y al principio hizo retroceder á sus enemigos; mas viendo al fin estos cuán superiores eran en número, los oficiales confederados consiguieron fácilmente que sus tropas volvieran á la carga. Entónces fué cuando el general Lyon que estaba herido ya, recibió un balazo en la cabeza que pareció dejarle aturdido por algunos momentos, pero reponiéndose luego, dió algunos pasos hácia su ayudante, el mayor Schofield, y le dijo estas palabras: «Temo que se ha perdido la jornada,» á lo cual contestó el mayor: «Aun nó, general: probemos una vez mas.» Así diciendo, ofreció su caballo á Lyon, quien montó inmediatamente, y aunque corria la sangre por sus heridas, dió la órden de cargar á la bayoneta, y se lanzó de nuevo en lo mas recio de la pelea agitando en el aire su sombrero y gritando á sus soldados: «¡Seguidme valientes, yo os conduciré á la victoria!» Aquellas fueron sus últimas palabras: una tercera bala le atravesó el pecho hiriéndole de muerte, y

poco despues caia tambien á su lado para no volver á levantarse mas el intrépido coronel Mitchell. Sin embargo, la batalla no estaba aun concluida, pues los unionistas siguieron algun tiempo resistiendo el ataque de sus enemigos, si bien emprendieron luego la retirada. Federales y confederados proclamaron luego como suya la victoria, y sin inclinarnos ni en favor de unos ni de otros, diremos aquí solamente que las pérdidas de los primeros fueron mucho mas considerables que las de los segundos, pues tuvieron doscientos sesenta y cinco muertos y ochocientos heridos, viéndose además precisados á emprender la retirada apresuradamente.

El general Fremont habia sido nombrado en 9 de julio comandante del distrito occidental que comprendia los Estados de Illinois, Kentucky, Missouri y Kansas, pero se hallaba aun en Nueva-York reuniendo armas y municiones cuando llegó á su noticia la derrota de Bull Run, y entonces sin perder tiempo, abandonó dicha ciudad dirigiéndose á San Luis, á cuyo punto llegó en 25 de julio. Fremont encontró que todo **1861.** estaba en desórden: en la mayor parte de los condados predominaba la insurreccion; los soldados unionistas que en su mayor parte terminaban el tiempo de servicio, se iban retirando á sus casas apresuradamente, con tanta mas razon cuanto que no se les pagaba; no habia armas, dinero ni municiones, y sobre todo esto, empezaba á cundir el desaliento á consecuencia de las últimas derrotas sufridas por los federales. Era necesario adoptar enérgicas disposiciones para remediar todos estos contratiempos, y Fremont no perdonó esfuerzo alguno para salir de aquella situacion tan crítica. Al saber la muerte del general Lyon, resolvió fortificar desde luego la ciudad de San Luis, á fin de establecer allí el centro de

operaciones, y asimismo puso una guarnicion en Cabo Girardeau, Ironton, Rolla y Jefferson-City.

El general Price, como fácilmente se comprenderá, no esperó á que Fremont acabara de tomar sus disposiciones, y cuando Mc. Culloch habia marchado ya con el grueso de las fuerzas confederadas, dirigióse al Norte de Springfield á mediados de agosto; mas no por esto dejaba de recibir continuamente refuerzos, y antes de llegar al punto de su destino, derrotó algunas tropas federales que encontró á su paso. El jefe separatista avanzó luego sobre Warrensburg, en cuyo punto se hallaba ya el 10, y en la mañana del 11 se dirigió á Lexington, donde estaba el coronel Mulligan á la cabeza de dos mil setecientos ochenta unionistas, quienes en la esperanza de recibir pronto refuerzos, opusieron resistencia á los confederados, á los cuales acababa de incorporarse el general Harris con fuerzas considerables y trece cañones. La posicion que ocupaba Mulligan era muy fuerte y merced á esto pudo resistir al principio el cañoneo del enemigo y su primer ataque, pero segun ya veremos despues, la lucha era demasiado desigual para que durase mucho tiempo.

El general Fremont, quien segun ya hemos dicho se hallaba en San Luis, supo el 13 la llegada de Mulligan á Lexington, y un parte recibido el mismo dia le anunciaba que Price iba acercándose á Warrensburg con unos quince mil hombres. Á la mañana siguiente, Fremont recibió asimismo un telégrama del general Grant, comandante del Cairo, quien pedia refuerzos; el general Scott remitió tambien una órden pidiendo que se enviasen á Washington cinco mil hombres de infantería, y el general Roberto Anderson, de Kentucky, hacia una demanda semejante, anunciando que Louisville iba á caer en poder de

los separatistas si no se aumentaba su guarnicion. Fremont tenia entonces repartidos en su departamento cincuenta y cinco mil seiscientos noventa y tres hombres, de los cuales once mil ocupaban el fuerte Holt y Paducah; diez mil se hallaban en el Cairo y sus alrededores; el general Pope, jefe del distrito Norte del Missouri, tenia á sus órdenes cinco mil quinientos; el general Davis, en Jefferson-City, nueve mil seiscientos, y en Rolla habia cuatro mil setecientos, tres mil en Ironton, y unos siete mil en San Luis, sin contar otros dos mil doscientos que á las órdenes del general Lane, ocupaban la frontera de Kansas. Fremont dispuso desde luego que dos regimientos de San Luis pasaran á Jefferson-City y otros dos á Lexington, pero estos últimos no pudieron llegar oportunamente al punto de su destino, á causa del mal tiempo y del estado de los caminos, y entre tanto el coronel Mulligan, á quien habian atacado vigorosamente los confederados, asaltando sus posiciones, no tuvo mas remedio que rendirse despues de haber sido herido dos veces. Las pérdidas de los federales en esta refriega fueron muy considerables, y segun el general Price, muy insignificantes las suyas.

El general Fremont, confiando en que Mulligan habia recibido los refuerzos necesarios, remitió el 18 un telégrama á Davis, ordenándole que marchara con cinco mil hombres á fin de interceptar la retirada á Price, mas al recibir la triste noticia de la rendicion de Mulligan, dirigióse inmediatamente á Jefferson-City en la esperanza de que el jefe separatista habria tomado posicion en algun punto de Missouri. Price, sin embargo, no era hombre para dejarse despojar fácilmente de las ventajas obtenidas, y así es que una vez alcanzada la victoria, emprendió una prudente retirada destruyendo á su paso todos los puentes y medios de comu-

nicacion para impedir que le alcanzasen sus perseguidores. Poco despues llegaba á Neosho, donde encontró á Mc Culloch con cinco mil confederados de Arkansas; mas al saber que Fremont continuaba persiguiéndole, se retiró á Pineville, á fin de dar algun descanso á sus tropas.

El general Fremont siguió avanzando hasta Jefferson-City, en cuya ciudad se detuvo para acabar de organizar su ejército, y allí recibió á los pocos dias la visita del general Cameron, Secretario de la Guerra, á quien acompañaba el ayudante general Thomas con su séquito. El Secretario de la Guerra, que pareció muy disgustado al saber que el ejército de Fremont, compuesto de treinta mil hombres con ochenta y seis piezas de artillería, no tenia medios de transporte, llevaba una orden relevando de su cargo al general, pues habia producido muy mal efecto una proclama que publicara algun tiempo antes en que disponia la emancipacion de los esclavos del Sur, y esto habia dado lugar á muchas reclamaciones y quejas que exigian se retirara el mando á Fremont.

Algunos dias despues se recibió de Washington una segunda orden del general Scott, en la que se prevenia á Fremont que resignara el mando en manos del general Hunter; mas éste no llegó cuando se le esperaba, y como se sabia positivamente que los confederados estaban muy cerca, celebróse un consejo de guerra, y se acordó marchar á su encuentro, lo cual no se hizo sin embargo, porque aquella misma noche llegó el general Hunter y dió una contra-orden. Fremont marchó á la mañana siguiente á San Luis seguido de su escolta, y sentimos tener que decir que aunque esta se componia de muy buena gente y estaba alistada por tres años, el general Mc Clellan tuvo por conveniente

darla de baja en el servicio. Que el general Fremont incurrió en algunos errores, es cosa que no puede negarse, pero ninguno de ellos se puede comparar con el que se cometió mas tarde por Hunter al disponer cinco dias despues que el ejército se retirara de Springfield para situarse en Rolla.

El general Ulises Grant, que mandaba en el Cairo, habia hecho una demostracion contra Belmonte, situado cerca del Mississippi frente á Colombo, donde se hallaba entonces el cuartel general de los separatistas. Despues de encargar al general Smith, jefe de la guarnicion de Paducah, que simulase un ataque contra Colombo, el general Grant destacó una pequeña fuerza á Ellicott's Mills, disponiendo se embarcasen al mismo tiempo dos mil ochocientos cincuenta hombres en cuatro vapores, á los que debian dar convoy las cañoneras *Tyler* y *Lexington*. Esta expedicion llegó poco despues á Hunter's Point, punto que dista dos ó tres millas de Colombo, y avanzó entonces con la mayor rapidez posible á fin de atacar á los confederados en su campamento de Belmonte. Un destacamento de separatistas trató de oponerse á la marcha del enemigo, mas no pudo conseguirlo, y poco despues los confederados tuvieron que abandonar sus posiciones. Sin embargo, el general Polk, jefe militar en Colombo, á quien se acababa de notificar la llegada de los unionistas, observando que estos acababan de apoderarse del campamento, acudió presuroso con algunas piezas de artillería á fin de recobrarlo si le era posible y reunir de nuevo las tropas dispersas; el mismo Polk cruzó el rio con cinco mil hombres, y entonces se trabó de nuevo el combate que no duró mucho tiempo, porque los unionistas no pudieron hacer frente á los numerosos refuerzos que iban llegando. En esta refriega perdieron

los confederados de seiscientos á mil hombres entre muertos y heridos, y los federales tuvieron unas cuatrocientas bajas, pero entre ellas figuraba un gran número de oficiales de distincion.

El general Mc Clellan, que se ocupaba con sin igual celo en reunir el mayor número posible de fuerzas de tierra, no descuidaba por eso las de mar, pues comprendia cuán poderoso auxilio podria prestar la escuadra al ejército tanto directa como indirectamente. En su consecuencia, habia propuesto la formacion de un cuerpo especial compuesto de algunos regimientos de marina y soldados de Nueva-Inglaterra para llevar á cabo ciertas empresas en las costas, y una vez formado este cuerpo, reunióse el mayor número de buques posible con el objeto de apoderarse de diferentes puntos del Sur en el Atlántico. En 26 de agosto, el general Benjamin F. Butler se hizo á la vela en las aguas del fuerte Monroe, como jefe de una fuerza naval y militar que marchaba á una expedicion secreta, compuesta de tres fragatas, *Minnesota*, *Wabash* y *Cumberland*, de cincuenta y dos cañones cada una, cuatro buques mas pequeños y dos transportes que conducian ochocientos soldados. La escuadrilla iba al mando del comandante Stringham. El 27 por la noche llegaron los expedicionarios á la isleta de Hatteras, que conduce á Pamlico Sound, y se vió que estaba defendida por los nuevos fuertes llamados de Hatteras y Clark; el primero de estos tenia solo cinco cañones y el otro diez, reuniendo entrambos un total de setecientos hombres al mando del comandante Barron y del coronel Martin. Estos fuertes eran á no dudarlo mucho menos formidables de lo que lo hubieran sido algunas semanas despues, y por lo tanto se comenzó el bombardeo á las diez de la mañana del dia 28. El

1861.

fuerte Hatteras contestó al fuego, pero tan débilmente que no causó el menor daño y el fuerte Clark fué abandonado al otro día. Un gran transporte del enemigo, aprovechando la oscuridad de la noche, llevó un refuerzo al fuerte Hatteras, pero esto no sirvió de nada, y habiendo continuado el bombardeo en la mañana del 29, reconocióse bien pronto que el proseguir la lucha seria sacrificar inútilmente la vida de algunos hombres. Persuadido de esto el comandante Barron izó una bandera blanca, ofreciendo entregar el fuerte con todo cuanto contenia si se dejaba en libertad á la guarnicion, pero el general Butler no aceptó estas condiciones y propuso en cambio respetar á los oficiales y soldados como prisioneros de guerra. Barron se convino al fin en ello, y de este modo quedaron en poder de los federales setecientos quince individuos de tropa, algunos cañones y una considerable cantidad de pertrechos de guerra. Los unionistas solo perdieron uno ó dos hombres, y el secreto de la expedicion se guardó tan bien que no se supo nada por el pronto.

Como quiera que los confederados no adoptaron luego medida alguna para recobrar tan fuerte posicion, el general Butler marchó á desempeñar otro servicio con la mayor parte de los buques dejando al coronel Hawkins encargado de la custodia del fuerte.

El fuerte Pickens, situado en el extremo Occidental de la isla de Santa Rosa, y que habia quedado en poder de la Union, merced á la fidelidad y energia del teniente Slemmer, fué reforzado en los últimos dias del mes de setiembre, y en 9 de octubre, un cuerpo de tropas confederadas procedentes de Panzacola se presentó en la isla de Santa Rosa con objeto de sorprender y destruir el campamento que tenia el sexto regimiento de Nueva-York (Zuavos de Wilson), á dos mi-

llas del fuerte Pickens. El ataque estaba muy bien combinado y el éxito fué completo, pues los zuavos tuvieron que abandonar su campamento, que destruyó al momento el enemigo; pero la misma oscuridad, que habia favorecido la sorpresa, fué despues un peligro para los confederados, y al rayar el día, se vieron en la precision de retirarse apresuradamente á sus botes, que estaban muy distantes, y no pudieron llegar á ellos sin haber perdido antes unos cincuenta hombres de los cuales veinte fueron muertos. Los unionistas tuvieron sesenta bajas.

En 29 de octubre se hizo á la vela con direccion á Hampton Roads otra expedicion naval y militar: las fuerzas de tierra iban á las órdenes del general Sherman, y las componian trece regimientos de voluntarios con un total de diez mil hombres, y el jefe de la flota, que constaba de la fragata de vapor *Wabash*, catorce cañoneras, doce vapores pequeños, y veinticinco barcos menores, era el comandante Samuel F. Dupont. Despues de atravesar los cabos de Virginia, donde se perdieron cuatro transportes á consecuencia de haber estallado una furiosa tormenta, Dupont llegó al fin á Puerto Real en la noche del 4 de noviembre. y despues de haber practicado un reconocimiento, y visto que habia dos nuevos fuertes, rompió el fuego de sus buques, al que contestaron inmediatamente las baterías de Bay Point y las de Hilton Head. Felizmente los buques de la escuadrilla federal no se habian estacionado ante el enemigo y por esto no sufrieron averías, y á pesar de creerse generalmente que las baterías bien dirigidas son superiores á los buques cuando estos no están blindados, aquella vez se probó lo contrario, pues tal era la lluvia de balas y metralla que lanzaba la escuadrilla sobre los fuertes, que al fin consiguió apagar sus fue-

1861.

gos. El combate duró cinco horas y las pérdidas fueron tan considerables entre los confederados como insignificantes entre los unionistas, habiéndose visto obligado por último los primeros á huir de los fuertes. La guarnicion de estos se componia de mil setecientos carolinos, sin contar una multitud de negros, muchos de los cuales fueron luego á solicitar que se les admitiera en los buques de la Union.

Si despues de esta victoria hubiesen marchado los espedicionarios sobre Charleston ó Savannah, es probable que una de estas plazas, si no las dos, hubiesen caido en poder de los unionistas, pues cundió de tal modo el pánico entre los confederados al saber la toma de los fuertes, que fácilmente se habria obtenido una segunda victoria. El general Sherman, sin embargo, no habia recibido instrucciones para pasar adelante, ni contaba tampoco con medios suficientes para una segunda espedicion, y tanto es así, que no ocupó á Beaufort hasta el 6 de diciembre. Entre tanto, todos los propietarios y familias del Sur que habitaban en las islas cercanas, se deshicieron de sus esclavos y ganados, quemaron sus cosechas de algodón y otras que no podian llevar consigo, y huyeron á Charleston y otros puntos del interior. A pesar de que el general Sherman espidió una proclama aconsejándoles que no se trasladaran ni temiesen nada, ni siquiera quisieron leerla aquellos á quienes se dirigia.

Ya hemos dicho que el Estado de Kentucky, declarándose neutral, no se habia inclinado en favor del Norte ni del Sur; pero á consecuencia de haber dispuesto el Presidente de los Estados-Unidos que numerosas tropas de su ejército ocuparan militarmente la parte central de dicho Estado, comenzóse á notar cierta agitacion en los ánimos, y al reunirse la legislatura de Kentucky en 3 de

setiembre, hubo violentos debates, combatiendo la mayor parte de los diputados la medida adoptada por Mr. Lincoln. El gobernador Magoffin envió dos comisionados á Washington para que solicitaran que se retirasen las tropas de ocupacion; mas habiendo contestado el Presidente que no le era posible acceder á la demanda por no creer conveniente semejante medida, renováronse los debates en la legislatura del Estado, y aun cuando la mayoría se declaraba en favor de la Union, de tal modo trabajaban los Comités separatistas, que por último en el mes de diciembre se aprobó un *bill* pidiendo se admitiera á Kentucky en la Confederacion.

El general Mc Clellan, á quien se habia confiado el mando de las fuerzas militares en Washington, encontró que el ejército, á consecuencia de las deserciones, de los combates y de las enfermedades, se hallaba reducido á cincuenta mil hombres de infantería, mil de caballería y seiscientos cincuenta de artillería con treinta cañones. La ciudad se hallaba protegida hácia la parte de Virginia por imponentes fortificaciones y poderosas baterías; pero si los confederados hubieran querido atravesar el Potomac por cualquier punto á pocas millas de la ciudad, fácil les hubiese sido apoderarse de Washington en el caso de que consiguieran derrotar antes en campo abierto al ejército enemigo. Los separatistas no juzgaron sin embargo prudente ejecutar tan atrevido movimiento, por mas que muchos creyesen entonces que semejante empresa ofrecia probabilidades de éxito durante las dos semanas que siguieron á la victoria de Bull Run. Una de las primeras medidas de Mc Clellan fué llamar á todos los oficiales é individuos de la clase de tropa que se hallaban con licencia fuera de Washington; poco despues

se llevó á efecto la organizacion del ejército en brigadas y divisiones; se organizaron nuevos regimientos, y se construyeron numerosas baterías á fin de continuar la lucha con ventaja. Todos los Estados del Norte contribuyeron con el mayor celo á la obra, y de este modo, á mediados de octubre hallábase el general Mc Clellan á la cabeza de un ejército de ciento cincuenta mil hombres, el mas numeroso que se habia visto desde entonces en el continente. El general Mc Clellan pasó revista á fines de setiembre á setenta mil hombres de todas armas, á quienes hizo maniobrar, quedando muy satisfecho del espíritu que animaba á las tropas. Habíase temido que los confederados intentarian por entonces un ataque, pero no contaban con suficientes fuerzas para ello, y era esto tanto mas difícil cuanto que diariamente llegaban á Washington nuevos regimientos que eran enviados acto continuo á reforzar los diversos campamentos establecidos á uno y otro lado del Potomac. Lewinsville fué ocupado militarmente por el ejército federal **1861.** en 9 de octubre, Vienna en 16 y Fairfax-Court-House en 17, mientras los confederados se reconcentraban sin disparar un tiro en Centerville y Manassas. El dia 16, el general Geary se apoderó de Bolivar Heights, frente á Harper's Ferry, y entre el 19 y el 20 el general Mc Call practicó dos reconocimientos en direccion de Leesburg, que segun se dijo habia sido abandonado por los separatistas. Creyendo esta noticia cierta Mc Clellan, prévio el parecer del general Stowny dispuso que el coronel Devens marchase con cinco compañías para apoderarse de Leesburg, mas al llegar estas tropas á un punto llamado Ball's Bluff, fueron atacadas repentinamente por numerosas fuerzas de infantería y caballería de los confederados, á

quienes no se habia visto antes por hallarse ocultas en un bosque. Aun cuando llegó muy pronto en auxilio del coronel Devens el coronel Baker con mil novecientos hombres, era muy superior el número de los confederados, y tan imprevisto fué su ataque y tan mortífero el fuego que hicieron sobre sus enemigos, que rotas las filas de los unionistas é introducida la confusion, comenzaron á retroceder desordenadamente y huyeron por último en completa dispersion. Esta sangrienta refriega costó á los unionistas cerca de mil hombres, de los cuales trescientos quedaron muertos en el campo y mas de quinientos prisioneros. Á los pocos dias no obstante, los unionistas, al mando del general Ord, tomaron en cierto modo la revancha, batiendo á un cuerpo de tropas confederadas y matándoles doscientos treinta hombres, despues de haberse apoderado de un gran número de prisioneros.

Terminaremos este capítulo haciendo un ligero bosquejo acerca de la situacion de las fuerzas beligerantes á fin de 1861.

Los unionistas habian adquirido á no dudarlo, al terminarse la primera campaña, una preponderancia decidida: la victoria alcanzada por Butler en Stringham y Hatteras, y el triunfo de Dupont en Puerto Real, eran golpes contundentes para los confederados; en la Virginia del Oeste tenian tambien mucho prestigio las tropas; y en el Missouri, el general Fremont, aunque sin obrar con toda la actividad que debiera, habia organizado una columna volante compuesta de cuarenta mil hombres, con la cual consiguió rechazar á Price, uno de los mejores jefes separatistas, hasta los últimos confines del Estado en donde se hallaba. Por lo que hace al general Mc Clellan, á quien se habia conferido el mando de las tropas en Washington el mismo dia en que Fremont



J.B. Fremont

salió de Nueva-York, su situacion era un tanto crítica, pues los rebeldes habian obstruido la navegacion en la parte inferior del Potomac, destruyendo luego los caminos de hierro de Baltimore y Ohio y dejando así á Washington sin mas que una via de comunicacion, precisamente cuando se acercaba el invierno y seria necesario trasportar una considerable cantidad de víveres y provisiones. Los confederados por su parte no habian recurrido aun al alistamiento forzoso, pues hasta entonces se presentaban muchos voluntarios, pero como los Estados del Sur

no contaban con tanta poblacion como los del Norte, sus ejércitos no podian ser naturalmente tan numerosos. Sin embargo, segun Mc Clellan, habia en la Virginia Occidental ciento cincuenta mil hombres, pero si se ha de creer lo que dijeron algunos desertores, el Sur no contaba sino con sesenta mil en dicho punto. Aun siendo así, y á pesar de la aparente superioridad del Norte, ya veremos que no estaban de su parte todas las ventajas, y que no debia contar como segura la victoria en la sangrienta lucha en que se habia empeñado.



CAPÍTULO IV.

1862.

SEGUNDA CAMPAÑA.—TEXAS Y NUEVA-MÉXICO EN 1862.

La traicion de Twigg.—La Convencion de Texas vota la separacion.—Canby se encarga del mando de las tropas.—La brigada Sibley.—El fuerte Craig.—Batalla de Valverde.—Muerte de Mc Rae.—Combate de Apache.—Los confederados ocupan á Santa Fe y abandonan á Nueva-México.—Missouri y Arkansas en 1862.—Price vuelve á Missouri.—Guerri-llas.—Derrota de Rains y Stein.—Toma de Millord.—Price se retira á Arkansas.—Retirada de Sigel de Bentonville.—Batalla de Pea Ridges.—Los indios toman parte en la guerra.—Combates de Cache y Newtonia.—Hindman es rechazado hasta Arkansas.—Cooper derrotado en Maysville.—Batalla de Prairie Grove.—Kentucky, Tennessee y Alabama.—Batalla de Mill Springs.—Toma del fuerte Enrique.—Bombardeo del fuerte Donelson.—Fuga de Floyd y Pillow.—Rendicion de Buckner.—Retirada de Johnston.—Los confederados abandonan á Nueva-Madrid.—La isla Número diez.—Primer sitio de Vicksburg.—Grant se dirige á Pittsburg.—Sidney Johnston avanza desde Corinto y ataca á Grant.—La batalla de Shiloh.—Las divisiones de Sherman y Mc Clernand son derrotadas.—Muerte del general Johnston.—Llegada de Buell y Lew Wallace.—Los separatistas retroceden.—Beauregard abandona á Corinto.—Halleck toma posesion de la ciudad.—Mitchel recobra á Huntsville.—Apéndice al capitulo iv.—Biografia del general Beauregard.

Antes de la separacion de los Estados, la frontera de Texas se hallaba resguardada por una línea de fuertes ó puestos militares que se estendian desde Brownsville, frente á Matamoros, hasta Rio Colorado; estos fuertes estaban separados entre sí por una distancia de cien millas, y custodiados por destacamentos de cincuenta á ciento cincuenta hombres del ejército regular; el cuartel general del departamento era San Antonio, y el número total de las fuézas distribuidas de este modo en el territorio, ascendia á dos mil seiscientos doce hombres.

Poco despues de la eleccion presidencial que favoreció á Lincoln, pero algun tiempo antes de que éste se encargara del Gobierno como Presidente, el Secretario de la Guerra, Mr. Floyd, confió al general David Twigg, que estaba en Nueva-Orleans, el mando del departamento de San Antonio, y segun se supo mas tarde, habiale dado instrucciones

reservadas para que pusiera todas las tropas ó el mayor número posible á la disposicion de tres agentes con quienes Floyd trataba en secreto. Twigg no tuvo inconveniente en aceptar semejante comision, y á los tres meses de su llegada á Indianola habia puesto todas las tropas con sus armas, municiones y bagajes á las órdenes de los tres agentes que se titulaban miembros del Comité de Seguridad pública, que se habia propuesto separar á Texas de la Union. El coronel White, que despues de salir Floyd del Gabinete habia marchado á San Antonio con algunas fuerzas con objeto de reemplazar á Twigg en el mando, se encontró con que todo el material de guerra se hallaba en poder de los agentes del Sur, y como se viese dominado por fuerzas superiores no pudo oponer resistencia alguna. White se hallaba aun en San Antonio cuando llegó á Indianola la noticia de la rendicion del fuerte Sumter, y al mismo tiempo

se presentó el coronel Van Dorn con tres vapores armados, procedentes de Galveston, con instrucciones para detener en clase de prisioneros á todos los oficiales y soldados unionistas que se hallasen en Texas. El mayor Sibley, que se preparaba á marchar con algunas de sus fuerzas, así como tambien el coronel White, fueron pues arrestados en San Antonio por orden del mayor Macklin, sin que pudieran hacer otra cosa sino protestar contra aquella violencia; y dicho se está que los puestos militares, que además de contar con una escasa guarnición no podían comunicarse ya con Texas, cayeron fácilmente en poder de los confederados.

Á todo esto, la Convencion de Texas habia votado la separacion, y en Nueva-México se hacían todos los esfuerzos imaginables para conseguir lo mismo. De los mil doscientos hombres de tropas regulares que habia en este territorio, solo desertó un soldado, y aun éste no fué á reunirse con el enemigo, pero en cambio, muchos oficiales, sobornados por sus jefes Loring y Crittenden, se trasladaron al fuerte Fillmore, á veinte millas de Texas, y merced á sus intrigas consiguieron atraer á su partido á otros oficiales á pesar de la oposicion del mayor Lynde, comandante del fuerte. Poco despues, al trasladarse este jefe con cuatrocientos ochenta hombres al pueblo de Mesilla, cayó en una emboscada de doscientos hombres del ejército de Texas; mas afortunadamente consiguió refugiarse en el fuerte. Al otro dia, fuerzas considerables procedentes de Texas, intimaron la rendicion del fuerte Fillmore, y reunido el consejo de guerra, se acordó oponer un enérgica resistencia, presentando la batalla al enemigo en campo abierto; mas apenas hubo salido la guarnición, ordenaron los oficiales á sus soldados que entregaran las armas, despues de lo cual se les permitió

dirigirse á donde tuvieran por conveniente. De este modo quedó Nueva-México sin la mitad de sus defensores, y esto indujo á creer á los confederados que les seria fácil apoderarse de aquel territorio, cuya poblacion, ignorante, tímida y supersticiosa, ya saben nuestros lectores se habia agregado á la Union algunos años antes, no precisamente por su gusto sino á consecuencia de la conquista de México. Sin embargo, el gobernador Abraham Rencher, al tener noticia de la rendicion de Lynde, espidió una proclama haciendo un llamamiento á todas las fuerzas de la milicia del territorio, dando esto por resultado que se presentaran al coronel Canby, jefe del departamento y pundonoroso militar, numerosos voluntarios que se mostraban resueltos á salir en defensa de la nueva causa. Canby comenzó á organizar por lo tanto su milicia, y el gobernador del territorio de Colorado le envió desde luego un regimiento de voluntarios, por cuyo medio pudo formar un pequeño cuerpo de ejército, precisamente cuando las fuerzas de Texas se preparaban al ataque.

El general Sibley habia encontrado las mismas dificultades para organizar y armar en Texas la brigada de su nombre, designada para marchar contra Nueva-México. Cuando ambos jefes tuvieron preparadas sus fuerzas, ocurrieron dos ó tres escaramuzas; en la primera, una compañía de voluntarios de Nueva-México fué derrotada completamente por un cuerpo de milicia de Texas, pero este fué batido despues por unos cien hombres de tropas regulares, que obligaron á su enemigo á retirarse á Mesilla. Canby ocupó luego varios puntos de la frontera, hasta el fuerte Staunton, y dejó el fuerte Fillmore en poder del enemigo. El general Sibley, que habia querido empezar sus operaciones en el otoño de 1861, se hallaba aun en el fuerte Bliss en 1.º de enero; pero pocos dias despues, avanzó

con dos mil trescientos hombres, y á mediados de febrero dió vista al fuerte Crig, **1862.** donde se hallaba Canby con todos sus fuerzas. Despues de practicar cuidadosamente un reconocimiento, comprendió Sibley que seria una locura sitiar á su enemigo no contando con cañones de grueso calibre; pero como por otra parte le parecia mas peligroso retroceder, resolvió presentar la batalla en campo abierto, y á este fin atravesó el Rio Grande por un vado que estaba á la distancia de una milla del fuerte, y acampó luego frente á este en una buena posicion. Al dia siguiente, la vanguardia, compuesta de unos doscientos cincuenta hombres al mando del mayor Pyron, llegó á Valverde á eso de las ocho de la mañana, y allí encontró un cuerpo de caballería confederada al mando del teniente coronel Roberts, con dos poderosas baterías y numerosas fuerzas de tropas regulares á las órdenes del capitán Mc Rae y del teniente Hall. Las baterías de los unionistas rompieron el fuego acto continuo, y al ver Pyron que las fuerzas enemigas eran doblemente numerosas, emprendió la retirada, mientras que los confederados cruzaban el rio para ir á situarse en la otra orilla, precisamente á la entrada de un bosque donde se hallaba concentrado el grueso de las fuerzas de los confederados. Sibley, que estaba enfermo, confió el mando al coronel Tomás Green, y entonces continuó el fuego; pero como la superioridad de los federales era incontestable tanto por su artillería como por el número de sus tropas, y retardar una batalla decisiva no daba otro resultado sino esponer inútilmente á sus hombres, Canby, que consideraba ya la jornada como suya, empezó á dar sus órdenes para un ataque general, cuando se vió de pronto acometido por los soldados del general Green, *los cuales, armados en su mayor parte de re-*

wolvers, salieron del fondo del bosque antes de que se les viese, y atacaron furiosamente la batería de Mc Rae. Los cañones lanzaron entonces una lluvia de metralla, sembrando la muerte entre los confederados, que en pocos minutos perdieron cien hombres; mas estos continuaron avanzando resueltamente y se apoderaron de la batería, en tanto que Mc Rae, el teniente Michler y otros oficiales, prefiriendo la muerte á huir, caian sin vida al pié de sus cañones. La infantería federal, aun cuando era dos ó tres veces mas numerosa que la de Texas, pareció sobreco-gida de un pánico, y huyó cobardemente á la desbandada, dispersándose en todos sentidos. Muchos de los que no quedaron muertos en el campo, fueron víctimas al atravesar el rio. Mientras se daba este ataque de frente, el mayor Raguet, jefe militar de Texas, cargaba sobre la derecha de los confederados, mas era tal la superioridad numérica, que se le rechazó fácilmente. Sin embargo, roto el centro de los unionistas, cuyos cañones utilizó á su vez el enemigo para hacer un nutrido fuego, no pasó mucho tiempo sin que los federales, completamente derrotados, buscasen su salvacion en la fuga. Seis magníficos cañones y otras muchas armas, fueron los trofeos de la victoria; la pérdida de hombres fué poco mas ó menos igual por ambas partes, reduciéndose á sesenta muertos y á unos ciento cuarenta heridos.

El fuerte Craig, sin embargo, no habia sido tomado, y al volver á él Canby, mandó izar una bandera blanca pidiendo una tregua de dos dias, que fué concedida desde luego, pues hacíase preciso enterrar á los muertos y cuidar de los heridos mas graves. Los separatistas acordaron entonces en consejo de guerra no asaltar el fuerte y penetrar hasta el centro del territorio, lo cual hicieron sin que nadie se les opusiera despues de haber

dejado sus heridos en Socorro. Hecho esto, los separatistas continuaron avanzando hasta Albuquerque, de cuyo punto se apoderaron sin resistencia; en Cubero, situado á unas sesenta millas mas allá, se abastecieron de víveres y municiones, y avanzando siempre en direccion á Santa Fe, encontraron en un sitio llamado Paso de Apache, á quince millas de dicha poblacion, un cuerpo de tropas federales de mil trescientos hombres, que se dispersaron apenas dió la órden de romper el fuego el coronel Scurry. Los confederados se detuvieron entonces, formáronse en línea de batalla, y sin perder un momento, atacaron al grueso de las fuerzas enemigas que se habian situado un poco mas allá. El combate que se siguió fué tan corto como sangriento, mas habiendo empezado á retroceder la infantería federal, alcanzaron los confederados una señalada victoria, si bien tuvieron treinta y seis muertos y sesenta heridos, entre los cuales se contaban los mayores Shropshire y Raguet.

Sibley entró triunfalmente poco despues en Santa Fe, y reunido su pequeño ejército, apoderóse de todos los víveres y ganado que pudo encontrar, pero vió que la poblacion se mostraba en su mayor parte indiferente, si no hostil, y despues de haber permanecido un mes en la ciudad, tuvo que evacuarla, convencido de que no era posible agregar Nueva-México á la Confederacion. Sibley abandonó pues á Santa Fe en 12 de abril,

1862.

dirigiéndose desde luego á Peralto, donde encontró á Canby, que hacia tiempo le buscaba. Federales y confederados tuvieron un choque poco despues, mas viendo Sibley que las fuerzas enemigas eran mas numerosas, cruzó el rio Lunal durante la noche, seguido de cerca por Canby. Ambos ejércitos acamparon al dia siguiente á la vista uno de otro.

Como las fuerzas con que contaba Sibley eran muy escasas, no le parecia nada conveniente estar tan cerca de su enemigo, y por lo tanto, llegada la noche del dia siguiente, hizo que sus tropas se pusieran en marcha con el mayor silencio, en direccion á las montañas, abandonando la mayor parte de sus wagones, y sin llevar víveres sino para siete dias. Esta penosa marcha duró mas de una semana, mas al fin llegaron los confederados á un punto del rio donde debian encontrar víveres, y una vez fuera de las montañas pudieron continuar su marcha sin contratiempo alguno en direccion á Texas, donde Sibley volvió á ocupar el fuerte Bliss. El coronel Canby no creyó prudente aventurarse á una persecucion inútil, y volvió á Santa Fe.

Entre tanto el general Price avanzaba con sus fuerzas hácia Osceola, y despues de recorrer casi toda la parte occidental de Missouri, fué á ocupar á Lexington y otros puntos del rio Osage, donde habia bastantes fuerzas confederadas. El pueblo de Warsaw habia sido incendiado por las guerrillas, despues de varias escaramuzas insignificantes en Salem, Rogers' Mill, Potosí y Lexington.

El general Pope, jefe militar del distrito central de Missouri, acababa de organizar un numeroso cuerpo de tropas, y habiendo marchado sobre Lexington, ocupado por los separatistas al mando de Rains y Stein, obligóles á que se retiraran hácia el Sur, cogiéndoles trescientos prisioneros y muchos bagajes, incluso setenta wagones cargados de víveres y con destino á Price. Entre tanto, un cuerpo de tropas de Pope, á las órdenes del coronel Davis, sorprendia el campamento de Milford, no lejos de Warrensburg, del cual se apoderó, cogiendo mil prisioneros, mil caballos y un considerable número de

bagajes como trofeo de aquella fácil victoria. Pope solo perdió en estos encuentros unos cien hombres, pero el enemigo le hizo dos mil quinientos prisioneros. Perseguido tan de cerca Price, antes de que tuviera tiempo de concentrar sus fuerzas, no quiso arriesgar una batalla decisiva, sino que, retirándose apresuradamente hácia Springfield y Cassville, cruzó por la línea de Arkansas, y fué á unirse cerca de Boston Mountains (montañas de Boston), con el general Ben Mc Culloch, jefe de una division de Texas. De este modo las fuerzas confederadas fueron tan numerosas como las de sus perseguidores, y bien pronto se aumentaron por haber llegado el mayor general Van Dorn y el general Alberto Pike, de Arkansas, con una multitud de indios, lo cual hizo subir el ejército de Price á veinte mil hombres.

Van Dorn resolvió presentar inmediatamente la batalla, pues deseaba aniquilar de una vez á los unionistas, y en su consecuencia, avanzó rápidamente desde su campamento de Cross Hollows, con la intencion de atacar al general Sigel, que se hallaba en Bentonville, posicion situada á ocho ó diez millas al Sur del punto ocupado por el general Curtis. Sigel comprendió que el enemigo trataba de coparle aislándole completamente, y por lo tanto emprendió la retirada sin perder tiempo, cubriéndola con su artillería é infantería, de tal modo, que contuvo á sus perseguidores durante algunas horas sin perder mas que unos cien hombres. Sigel recibió luego un refuerzo del general Curtis y entonces acampó resueltamente en Leetown cerca de un sitio llamado Pea Ridge, que es donde tuvo lugar la sangrienta batalla de que vamos á dar cuenta.

Sabiendo el general Curtis cuán numerosas eran las fuerzas de su enemigo, acababa de elegir una fuerte posicion donde pudiera

concentrarse en el caso de que le atacaran los confederados, como así lo esperaba, y como todo aquel territorio estaba cubierto de bosque, tuvo buen cuidado de obstruir los caminos laterales con troncos de árboles, situando su artillería é infantería por la parte de Fayetteville, punto medio entre Texas y Keytesville. Pero Van Dorn no creyó necesario ni prudente marchar en aquella direccion, y persiguiendo siempre á Sigel, empleó la noche siguiente en situar su ejército á lo largo del camino que conduce de Bentonville á Keytesville, amenazando el flanco y la retaguardia de su enemigo, y de este modo, todos los preparativos que habia hecho Curtis para recibir á los confederados en Fayetteville, fueron completamente inútiles. En la mañana del 7 de marzo **1862.** comprendió Curtis cuán crítica era su situacion, pues tenia á sus espaldas un enemigo que le cortaba la retirada, obligándole á que aceptase la batalla en otro terreno que seguramente no conocia tan bien como sus contrarios. No obstante, comprendiendo que los momentos eran preciosos y que Van Dorn se iria atrincherando cada vez mas, Curtis formó su línea de batalla, confiando el ala izquierda á los generales Sigel y Asboth, la derecha al coronel Carr, y el centro al coronel Davis; por parte de los confederados, Price mandaba la derecha, Mc Culloch la izquierda y Mc Intosh el centro. Tomadas estas disposiciones, á eso de las diez y media, el general Curtis ordenó al coronel Osterhaus que avanzase con la caballería y artillería de montaña, pero ya en aquel momento, el general Mc Culloch caia con todas sus fuerzas sobre la division Carr. Osterhaus avanzó con la mayor rapidez desde Leetown al camino de Bentonville, donde vió que Mc Culloch atacaba resueltamente á Carr, pero acometido á su vez por fuerzas muy superio-

res, tuvo que retroceder desordenadamente despues de haber perdido su batería. El coronel Davis, que habia recibido primeramente órden de ir en auxilio de Carr, marchó entonces hácia Leetown para reforzar á Osterhaus, lo cual hizo con tanto denuedo que, aunque dominado por fuerzas superiores, contuvo el ímpetu de su enemigo, si bien perdió dos cañones de la batería Davidson, recobrados mas tarde por el regimiento de Indiana, cuyo coronel, el intrépido Mr. Hendricks, perdió la vida en esta sangrienta refriega. Llegada la noche, el campamento estaba cubierto de sangre, y los generales Mc Culloch y Mc Intosh acababan de retirarse mortalmente heridos.

Carr se hallaba tan agobiado por el número de sus enemigos, que empezó á ceder el terreno palmo á palmo, y entonces envió un mensaje al general Curtis manifestándole que si no se le socorria no podia resistir mucho tiempo. Curtis comenzó á enviar poco á poco algunos refuerzos, hasta que al fin, viendo que el ala izquierda no tenia nada que temer, ordenó al general Asboth que fuese en auxilio de Carr, mientras el general Sigel reforzaba á Davis. El general Curtis, con la division Asboth, marchó enseguida al sitio donde era mas recio el combate y halló á Carr que aun seguia batiéndose valerosamente á pesar de haber sido herido tres veces, una de ellas de mucha gravedad; á su lado habian caido tambien muchos oficiales distinguidos. Curtis vió asimismo que el regimiento de Iowa se retiraba en buen órden, y al momento mandó que marchase contra el enemigo, mas habiéndole manifestado el coronel Dodge que los soldados no tenian ya municiones, dióse órden de cargar á la bayoneta.

Entre tanto el general Asboth acababa de situar su artillería en el camino mientras la

infanteria se lanzaba al ataque, y bien pronto llegó á ser horroroso el fuego por ambas partes. El general Asboth fué herido mortalmente, y poco despues cayeron muertos á su lado dos ayudantes del general Curtis. Al estenderse las sombras de la noche, un mensajero anunció que Sigel avanzaba sobre la izquierda, por cuyo motivo se retiraron las baterías de Asboth que no tenian ya municiones. Los confederados seguian aun haciendo fuego, pero poco despues de oscurecer, unionistas y separatistas se entregaron al reposo en aquel sangriento campo de batalla, y durmieron entre los muertos y moribundos.

Van Dorn pernoctó aquella noche en Elkhorn Tavern, de donde habia desalojado á Davis haciendo un desesperado esfuerzo, y á la mañana siguiente continuó la batalla; mas al poco tiempo emprendieron los confederados la retirada, desapareciendo por desfiladeros y barrancos tan impracticables que no les pudo perseguir la caballería. El general Curtis supo luego que el enemigo habia tomado la direccion de Huntsville.

Segun el parte oficial del general unionista, sus pérdidas ascendieron á mil trescientos cincuenta y un hombres entre muertos y heridos, calculando que no bajarían de esta cifra las de los confederados, pues murieron los generales Mc Culloch y Mc Intosh y quedaron heridos Price y Slack. El general Van Dorn, que se habia retirado á Bentonville, envió una bandera de parlamentario á Curtis, pidiendo una tregua para enterrar á los muertos, la cual fué concedida en el acto.

En la sangrienta batalla de Pea Ridge se proclamaron victoriosos los federales, si bien no cogieron prisioneros, ni bagajes ni botin alguno. Pollard dice que Van Dorn tuvo que retirarse por habersele agotado las municiones, y añade que el mero hecho de haberse

visto obligado el general Curtis á concentrarse en Missouri, abandonando su proyecto de someter á Arkansas, es la prueba mas concluyente de que el general Van Dorn venció á los federales.

Como esta fué la única batalla importante en que tomaron parte los indios en número considerable, y como todos ellos se batian en favor de los confederados, no estará demás dar alguna esplicacion sobre este hecho.

Ya hemos dicho que las importantes tribus aborígenes, conocidas con los nombres de Creeks y Cherokees, conservaban en su poder desde tiempo inmemorial estensos territorios situados principalmente en los Estados de la Carolina del Norte y Georgia, pero que se estendian tambien hasta el Tennessee y Alabama. Obligados, sin embargo, los indios á ceder aquellas tierras á los blancos, tuvieron que emigrar al otro lado del Mississippi, y fueron á establecerse con otras pequeñas tribus á una region que se estiende al Oeste de Arkansas y al Norte del rio Colorado, á la que se llamó territorio indio. Aun cuando la traslacion se habia verificado hacia ya veinticinco años, es lo cierto que los indios recordaban aun con indignacion los abusos de que eran víctimas, echando de menos las cristalinas corrientes y deliciosos valles del Alleghanies, de donde se les habia expulsado tan injustamente; pero los jefes de las tribus, tomando ejemplo de sus vecinos los blancos, se aficionaron á los esclavos, cosa enteramente nueva para ellos, y la cual se avenia muy bien con su natural indolencia y orgulloso carácter. En su consecuencia, y desde el momento en que comprendieron que tener esclavos era una prueba de riqueza é importancia, casi todos los jefes que por cualquier medio obtenian recursos, compraban uno ó mas negros, los cuales, si no aumentaban la riqueza de sus amos, ser-

vian en cambio para lisonjear su amor propio. De este modo, pues, las tribus indias mas civilizadas entablaron amistosas relaciones con los emisarios confederados y los diversos agentes que servian de intermediarios entre el Gobierno federal y los jefes indios, y como era natural, no tuvieron mucho que hacer los primeros para persuadir á los últimos que, habiéndose disuelto la Union, estaba en sus intereses aliarse con los confederados, de los cuales dependia la conservacion de la esclavitud. Algunos jefes aseguraron luego que les habian engañado los emisarios; pero lo cierto es que despues de recibirse la noticia de las victorias de Bull Run y Wilson's Creek, corroboradas por la muerte de Lyon, los jefes de la mayor parte de las tribus hicieron una alianza ofensiva y defensiva con los confederados. Se ha dicho por algunos, sin embargo, que despues de la muerte de Lyon, la brigada del general Mc Culloch marchó al territorio indio para exigir á los Creeks y Cherokees que se decidieran en favor del Norte ó del Sur, y á consecuencia de esta intimacion, muchos indios se declararon en favor del jefe Opothleyolo, permaneciendo fieles al Gobierno federal. Á consecuencia de esta division entre las tribus, se dió poco despues una batalla entre los indios unionistas y los indios separatistas, mandados los primeros por Opothleyolo, y los segundos por el coronel Cooper, y aunque el resultado no fué decisivo, parece que la ventaja estuvo de parte de los confederados, pues los unionistas se vieron poco despues en la precision de retirarse al Norte de Kansas, donde Opothleyolo y cuantos le seguian celebraron un tratado de alianza con el coronel Dole, representante y comisionado de los Estados-Unidos. De este modo quedaron los confederados dueños del territorio indio, del cual sacaron los cuatro ó cinco mil guerreros

que tomaron parte en la batalla de Pea Ridge. Sin embargo, aunque el terreno era accidentado y estaba cubierto de bosque, lo cual era una ventaja para su favorito sistema de guerrillas y emboscadas, no parece que los indios sirvieron de mucho en aquella sangrienta acción, como no fuera para consumir las raciones y degollar á los heridos del ejército unionista, que fueron víctimas de sus acostumbradas atrocidades.

Después de haber dado algún descanso á sus tropas y vuelto á organizar su ejército, el general Curtis se puso de nuevo en movimiento, avanzando hacia la parte norte occidental de Arkansas en dirección á Batesville, punto situado cerca de White River, (rio blanco) donde esperaba encontrar algunas cañoneras con víveres; pero como estas no hubiesen llegado, y no se creyera con suficientes fuerzas para avanzar hasta Little Rock, capital de Arkansas, vióse en la precisión de cruzar el rio Big Black, y al llegar á Jacksonport, reuniósele el general Washburne con el tercer regimiento de caballería de Wisconsin. Desde este último punto marchó Curtis hacia Augusta, y tomando la dirección Sudoeste, aproximóse á Cache, donde encontró mil quinientos hombres de la caballería confederada, los cuales le tuvieron en jaque por espacio de una hora, hasta que habiendo llegado el resto de las tropas de Curtis y la artillería, el jefe unionista atacó resueltamente al enemigo y le puso en completa dispersión, matándole ciento diez hombres. En este encuentro perdieron por su parte los federales tan solo cincuenta y tres hombres, mas entre ellos se contaba el mayor Glendennin, que atravesado el pecho de un balazo, cayó mortalmente herido al dar la primera carga. El general Curtis resolvió entonces volver otra vez á Rio Blanco; pero allí supo con disgusto

que las cañoneras y transportes que esperaba habian remontado el rio veinticuatro horas antes, y por lo tanto, hallándose escaso de provisiones, no tuvo mas remedio que dirigirse á Elena, que distaba sesenta y cinco millas. La marcha se hizo en el mejor orden y sin que se perdieran mas que algunos wagones cargados de víveres, de que se apoderaron las guerrillas de los confederados.

El general Schofield se habia encargado del mando de la milicia del Missouri por orden del general Halleck, y hacia mediados de abril habia conseguido reunir trece mil ochocientos hombres, en su mayor parte de caballería, á los cuales se confió la defensa del Estado, mientras que otras tropas federales marcharon hacia Arkansas y Tennessee. Los movimientos del general Curtis hacia el Este, dieron lugar á que se aumentara el número de guerrillas de confederados, mientras los agentes de Price trabajaban activamente para organizar otras. Al saber esto Schofield se propuso formar un cuerpo de milicias de cincuenta mil hombres, y ya **1862.** contaba con veinte mil, cuando á fines de julio, la noticia de la derrota de Mc Clellan, combinada con otras circunstancias, fué causa de que empezaran á circular por el interior del Estado numerosas partidas confederadas. Una de estas al mando del coronel Porter, compuesta de dos ó tres mil hombres, fué atacada en Kirksville por el coronel Mc Neil, con mil ginetes y seis cañones, y después de un encarnizado combate que duró cuatro horas, los separatistas fueron derrotados, con pérdida de unos seiscientos ochenta hombres. Cuatro dias después el coronel Poindexter, que mandaba mil doscientos separatistas, fué atacado al cruzar el rio Chariton por el coronel Odin Guitar, y derrotado tambien, habiendo de-

jado en poder del enemigo muchos caballos y armas. Poindexter huyó entonces hácia el Norte á fin de reunirse con Porter, pero tropezó con la columna del general Loan y las fuerzas de Guitar, quienes dispersaron completamente á las tropas confederadas. Poindexter anduvo errante por los bosques durante algunos dias, mientras que Porter, rechazado por Mc Neil, se vió en la precision de dispersar sus tropas para que no fuesen destruidas. Esta fué la última fuerza considerable de confederados que se presentó por entonces en el Norte del rio Missouri.

Al poco tiempo, el general Schofield fué sustituido en el mando del departamento por el general Curtis, quien se puso inmediatamente á la cabeza de las tropas que se hallaban en el Sudoeste, donde los confederados, al mando del general Hindman, amenazaban una invasion. Al marchar desde Springfield á Sarcoxie, á fin de reconocer las posiciones del enemigo, la vanguardia del general Salomon se vió precisada á retroceder al llegar á Newtonia, pues la atacaron siete mil separatistas; mas entonces el general Schofield, reforzado con las tropas de Blunt, pudo reunir diez mil hombres, y aun cuando se calculaba que los confederados tenian en Newtonia, de trece á veinte mil, resolvió avanzar aquella misma noche contra ellos. El general Blunt, seguido del general Totten, marchó pues hácia Newtonia; pero al llegar vió que el enemigo empezaba á retirarse, y habiendo dado una carga con la artillería y caballería, los confederados huyeron sin oponer resistencia. Parece ser que la mayor parte de ellos no tenian armas á causa de haber sido apresado un buque que las llevaba, y á esto se debió principalmente que se retirasen sin aceptar el combate. Schofield continuó avanzando siempre en direccion á Pea Ridge, y como

viase que parte de las fuerzas enemigas á las órdenes de Cooper se habia dirigido á Maysville, destacó en su persecucion al general Blunt, quien despues de una noche de penosa marcha le encontró en el citado punto y le atacó desde luego, cogiéndole cuatro cañones y obligándole á refugiarse en el fuerte Gibson.

El general Schofield se dirigió acto continuo á marchas forzadas hácia Huntsville, y habiendo sabido allí que el general confederado Rains se habia internado en las montañas porque no contaba con suficientes fuerzas para dar una batalla, retrocedió por Bentonville, disponiendo que el general Herron marchase con mil hombres para atacar tres ó cuatro mil separatistas que se hallaban acampados á ocho millas de Fayetteville. Herron cumplió esta orden sin pérdida de tiempo, y apenas divisó al enemigo atacóle resueltamente, obligándole á que se retirara hácia las montañas, no sin dejar en manos de los vencedores la mayor parte de sus bagajes. El general Schofield, cuya salud se habia resentido gravemente, resignó á poco el mando, pero ya Missouri quedaba pacificado en parte.

El general Hindman, jefe de las fuerzas confederadas de Arkansas, no estaba muy satisfecho del giro que iba tomando la campaña, y habiendo reunido unos nueve mil hombres, incluso dos mil ginetes y la artillería, cruzó el rio por la parte de Van Buren, y avanzó rápidamente en busca del enemigo. Blunt, jefe de las fuerzas de Kansas, que no escedian de cinco mil hombres, se hallaba en Cane Hill cuando supo que se aproximaba Hindman, y resuelto á no abandonar su posicion de Arkansas, telegrafió inmediatamente al general Herron pidiéndole refuerzos. Entre tanto hizo lo posible para entretener la vanguardia de Hindman, y retardar

la llegada de éste. Herron se hallaba en Wilson Creek cuando recibió el telégrama; á las tres horas puso sus columnas en movimiento, y destacó desde luego al coronel Wickersham con tres mil ginetes á fin de que llegaran antes en auxilio de Blunt. El general unionista avistó á Fayetteville al dia siguiente, y despues de dar algun descanso á sus tropas continuó avanzando; mas aun no habria recorrido cinco ó seis millas, cuando vió que volvia una parte de las tropas que él enviara antes en socorro de Blunt, las cuales habian sido dispersadas por la caballería de Marmaduke, jefe de la vanguardia del ejército de Hindman.

El general Blunt habia estado escaramuceando por espacio de dos dias, con lo que á su juicio era la vanguardia del ejército enemigo, pero supo luego que Hindman se habia interpuesto entre él y la infantería de Herron, y como el coronel Wickersham manifestó á Blunt que el jefe federal llegaria á Fayetteville á la mañana siguiente, adoptáronse las medidas mas oportunas para que pudieran reunirse los dos generales de la Union. Poco despues se supo que Hindman, en vez de seguir avanzando se habia detenido en un punto llamado Prairie Grove, donde acababa de comenzar el combate con las tropas de Herron.

No entraremos en los pormenores de esta batalla, que, aunque muy empeñada y sangrienta, no fué de las mas importantes de aquella campaña: nos limitaremos á decir que habiendo llegado la noche sin que se terminara la refriega, él general Hindman emprendió la retirada al otro dia, despues de haberse concedido una tregua para enterar los cadáveres. Las pérdidas de los federales ascendieron á ciento sesenta y siete muertos y setecientos noventa y ocho heridos, segun el parte oficial de Hindman; los

separatistas tuvieron ciento sesenta y cuatro de los primeros y ochocientos diez y siete de los segundos; pero se apoderaron de doscientos setenta y cinco prisioneros, cinco banderas y quinientos fusiles.

Trasladémonos ahora á los Estados de Kentucky, Tennessee y Alabama, y veremos cómo se dirigian allí las operaciones militares.

Los ingenieros confederados habian mandado construir en un punto situado á pocas millas de la línea de Kentucky y al Norte de Louisville, dos poderosos fuertes, llamados, el primero Enrique, y el segundo Donelson, los cuales dominaban el paso de Cumberland por el pequeño pueblo de Dover. Un estrecho sendero los ponía en comunicacion con el objeto de que pudieran socorrerse las dos guarniciones en caso de sitio. El fuerte Enrique estaba situado en un extremo del rio, ocupaba dos ó tres acres de terreno, y tenia once cañones de grueso calibre, con espaciosas trincheras y una fuerte empalizada. La guarnicion se componia de dos mil seiscientos hombres al mando del general Lloyd Tilghman.

Grant, brigadier general de los Estados- Unidos, que habia recibido orden de apoderarse de dichos fuertes con auxilio del comodoro Foote, jefe de una flotilla de siete cañoneras, cuatro de las cuales eran blindadas, salió del Cairo con unos quince mil hombres, que fueron embarcados en varios transportes, y se dirigió á la embocadura de Tennessee, llegando á un punto que solo distaba diez millas del fuerte Enrique. Entretanto el comodoro Foote remontó el rio con sus cañoneras, y practicó un minucioso reconocimiento en ambas orillas del rio con objeto de ver si encontraba alguna batería oculta. Hecho esto, el general Grant se convenció de que el sitio mas á propósito para desem-

barcar se hallaba á cuatro millas del fuerte Enrique, y en su consecuencia mandó á su gente que saltase en tierra é hizo los preparativos necesarios para comenzar el ataque al dia siguiente. El general Grant puso á disposicion del general Mc Clernand el grueso de las fuerzas, ordenándole que ocupase el camino que se estiende entre el fuerte Donelson y Dover, mientras el general Smith avanzaria con su brigada por la orilla Oeste del rio. El comodoro Foote debia atacar con sus cañoneras, y al efecto las formó en dos líneas, en una de las cuales iban solo las blíndadas, situándolas de modo que estuvieran fuera del alcance de los cañones del fuerte. Formado así en órden de batalla, el comodoro fué avanzando lentamente despues de haber roto el fuego, y aun cuando al principio pareció que no era muy vigoroso el ataque, al cabo de una hora de cañoneo, una bala de á veinticuatro atravesó la cañonera *Essex* por la banda de estribor, y fué á estrellarse contra la caldera, que se abrió como una granada, inundando de agua hirviendo al capitán Porter y á cuarenta hombres, despues de matar á los dos pilotos. Fué preciso retirar esta cañonera de la línea del combate, con gran alegría de los confederados, quienes por un momento contóron como segura la victoria, pero las demás no cesaron de hacer fuego por espacio de veinte minutos, consiguiendo apagar al fin el de siete cañones de los once con que contaba el enemigo.

El general Mc Clernand, segun averiguó despues el comodoro Foote, no habia podido ocupar aun el camino á fin de cortar la comunicacion entre los fuertes Enrique y Donelson, principalmente por haber tenido que luchar con muchas dificultades al atravesar los bosques. Entre tanto el general Tilghman, viendo por una parte que no era fácil defenderse, y aconsejado por otra por sus

oficiales, izó la bandera de parlamento, mas no habiéndola visto los sitiadores á causa del humo que rodeaba el fuerte, cinco minutos despues cesó el fuego de los confederados y bajaron la bandera, con lo cual se indicaba que se rendian á discrecion. Las pérdidas de los federales se redujeron á un muerto y nueve heridos, pero segun el comodoro Foote se cogieron sesenta prisioneros además del general con su estado mayor y numerosas barracas y tiendas de campaña.

El fuerte Donelson, que se encuentra á dos millas antes de llegar á Dover, era mucho mayor y estaba mejor defendido que el fuerte Enrique, pues ocupaba una estension de cerca de cien acres, y tenia además dos poderosas baterías protegidas por fortificaciones muy bien construidas. El general Gideon Pillow acababa de ser reemplazado en el mando del fuerte por el general Floyd, con el cual llegaron numerosas fuerzas (*). Hallábase la fortaleza cercada además por una porcion de colinas, algunas de ellas de trescientos piés de altura, y separadas por profundos barrancos ó espesos bosques, lo cual facilitaba en gran manera la defensa. Rodeada la fortaleza de una fuerte empalizada, era casi imposible el asalto por algunos puntos.

El general Grant hizo cruzar el Tennessee á la division Smith, y despues de destacar algunas fuerzas á fin de impedir el paso á cualquier buque que llegara con viveres ó tropas, cruzó desde el fuerte Enrique hasta las cercanías de Donelson, estendiendo sus líneas gradualmente para rodear al enemigo. No tardó mucho en llegar el comodoro Foote con sus cañoneras, y se convino

(*) Parece ser que en el fuerte Donelson se llegaron á reunir entonces quince mil hombres. El número de las fuerzas confederadas, segun la carta escrita por un oficial, ascendia á diez y ocho mil. El *Patriota de Nashville* hace una reseña de los regimientos que tomaron parte en el ataque.

que tratara de apagar el fuego de las baterías que dominaban el río. Al día siguiente,

1862. 3 de octubre, avanzó la escuadrilla hasta situarse á la distancia de cuatrocientas varas de los cañones del fuerte, y roto el fuego, al cabo de una hora de lucha desesperada, la mayor parte de los artilleros enemigos tuvieron que abandonar sus piezas. El éxito parecia ya seguro, cuando de pronto una bala atravesó la rueda de la cañonera *San Luis*, destrozó la caña del timon de otra que estaba á su lado, é inutilizó así á las dos por completo, pues la *San Luis* habia recibido además cincuenta y nueve balazos, y la *Louisville* cincuenta y cuatro. La batería del fuerte Donelson se acababa de reforzar con otras veinte piezas de gran calibre, y era tan horroroso el fuego de los confederados, que reconociendo el comodoro Foote la imposibilidad de alcanzar la victoria, retiróse con sus botes y cañoneras acribilladas á balazos.

El general Grant parecia sin embargo resuelto á proseguir el ataque, al menos por la parte de tierra, hasta tanto que se recompusiesen las cañoneras, mas segun parece, no le convenia esto á Floyd, pues resolvió atacar á su vez vigorosamente. Tomadas pues sus disposiciones, formó su ejército en orden de batalla; confió el mando del ala izquierda á Pillow y el centro á Buckner, y atacó con la mayor resolucion á las tropas de Grant á fin de apoderarse del camino de Nashville, para el caso de que le fuera necesario emprender la retirada. Pillow cayó con tal ímpetu sobre el ala derecha del ejército federal, mandada por Mc Clernand, que éste retrocedió hácia el centro y se vió en la precision de enviar á buscar refuerzos inmediatamente; dos ó tres regimientos federales quedaron destrozados, y otros varios tuvieron que ceder el terreno por habérseles ago-

tado las municiones. Entre tanto Pillow, aunque victorioso, avanzaba lentamente, y habiéndose reunido con Buckner en el centro, encargóse del mando de todas las fuerzas, precisamente en el momento en que la caballería de Forrest cargaba sobre la infantería federal, apoderándose de una batería de seis cañones.

El general Grant, que no esperaba semejante prueba de vigor por parte de los confederados, se hallaba á pocas millas de distancia conferenciando en una cañonera con el general Foote, cuando recibió el parte de Mc Clernand pidiendo auxilio. El general Wallace, que mandaba el centro del ejército unionista, destacó al momento al coronel Crust con su brigada para que fuese en auxilio de Mc Clernand, y detrás de él marchó el coronel Thayer, cuyas tropas de refresco, uniéndose con las de Crust, pudieron contener el ímpetu de los confederados. No tardó en llegar el general Grant al lugar del combate, y despues de examinar las respectivas posiciones, dispuso que avanzaran todas las fuerzas. El general Wallace atacó el ala izquierda del enemigo, el general Smith la derecha, y merced á este esfuerzo combinado, bien pronto se ganó el terreno perdido, pues algunas horas mas tarde hallábanse los federales situados á ciento cincuenta varas de los atrincheramientos.

Desde que empezó el sitio, habia cambiado repentinamente el tiempo; hacia mucho frio, y la nieve y el viento Noroeste que soplabá, hicieron sufrir mucho á los soldados de ambas partes. Los federales no tenian tiendas ni tampoco fuego, y los separatistas, peor equipados aun, tiritaban de frio en sus trincheras; hubo muchos que no pudiendo resistirlo tuvieron que retirarse, y se asegura que una infinidad de heridos murieron helados por no habérseles podido socor-

rer á tiempo. El general Grant contaba ya á la noche siguiente del dia en que ocurrió el combate de que hemos hablado, con un ejército de poco menos de cuarenta mil hombres, pues iban llegando á cada momento transportes con nuevos refuerzos, y de este modo, no habiéndoles sido posible á los separatistas asegurar su retirada, hallábanse en una posicion muy crítica. Buckner declaró que el enemigo atacaria sus posiciones aquella misma mañana y que no le seria posible sostenerse mas de media hora; en su opinion, podria intentarse una salida, perdiendo unas tres cuartas partes de su gente, mas no le parecia justo sacrificar tantas vidas. Ante tan poderosa razon, convencieronse muchos de que iba á ser preciso rendirse, pero Floyd alegó que él no lo haria, y como quiera que antes de amanecer llegaran dos vapores confederados, embarcó en ellos á casi toda su brigada, burlando la vigilancia del enemigo, y poco despues remontaba el rio, abandonando á su suerte á las demás tropas. El coronel Forrest, seguido de ochocientos ginetes, huyó tambien por la orilla del rio, cruzando unos pantanos por donde no era posible que le persiguiese la infanteria enemiga.

Durante la noche, un negro, escapado de la línea de los separatistas, anunció que la guarnicion del fuerte no podria sostenerse mucho tiempo, y así es que el general Grant no se sorprendió al recibir poco antes de romper el dia la comunicacion siguiente:

«*Cuartel general del fuerte Donelson.*

»*Febrero 16. 1862.*

»SEÑOR: En atencion á las circunstancias por que atravesamos ahora, propongo al general en jefe de las fuerzas federales se nombren comisionados para fijar las condiciones

de la capitulacion, y al efecto solicito un armisticio hasta el medio dia.

»Soy vuestro afectísimo y S. S.

»*S. B. Buckner,*

»Brigadier general del ejército confederado.

»Al general Grant, jefe de las fuerzas situadas cerca del fuerte Donelson.»

Á esto contestó el general unionista lo siguiente:

«*Campamento del fuerte Donelson, 16 de febrero de 1862.*

»Al general S. B. Buckner.

»SEÑOR: He recibido vuestra comunicacion de esta fecha, proponiendo un armisticio y el nombramiento de comisionados para fijar las condiciones de la capitulacion.

»No puedo aceptar otras condiciones sino una rendición inmediata, y debo advertiros que me propongo marchar en el acto sobre vuestras fortificaciones.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo S. S.

»*Grant.*»

La correspondencia terminó con la comunicacion siguiente:

«*Cuartel general de Dover, 16 de febrero de 1862.*

»Al general Grant, jefe de las fuerzas de los Estados-Unidos.

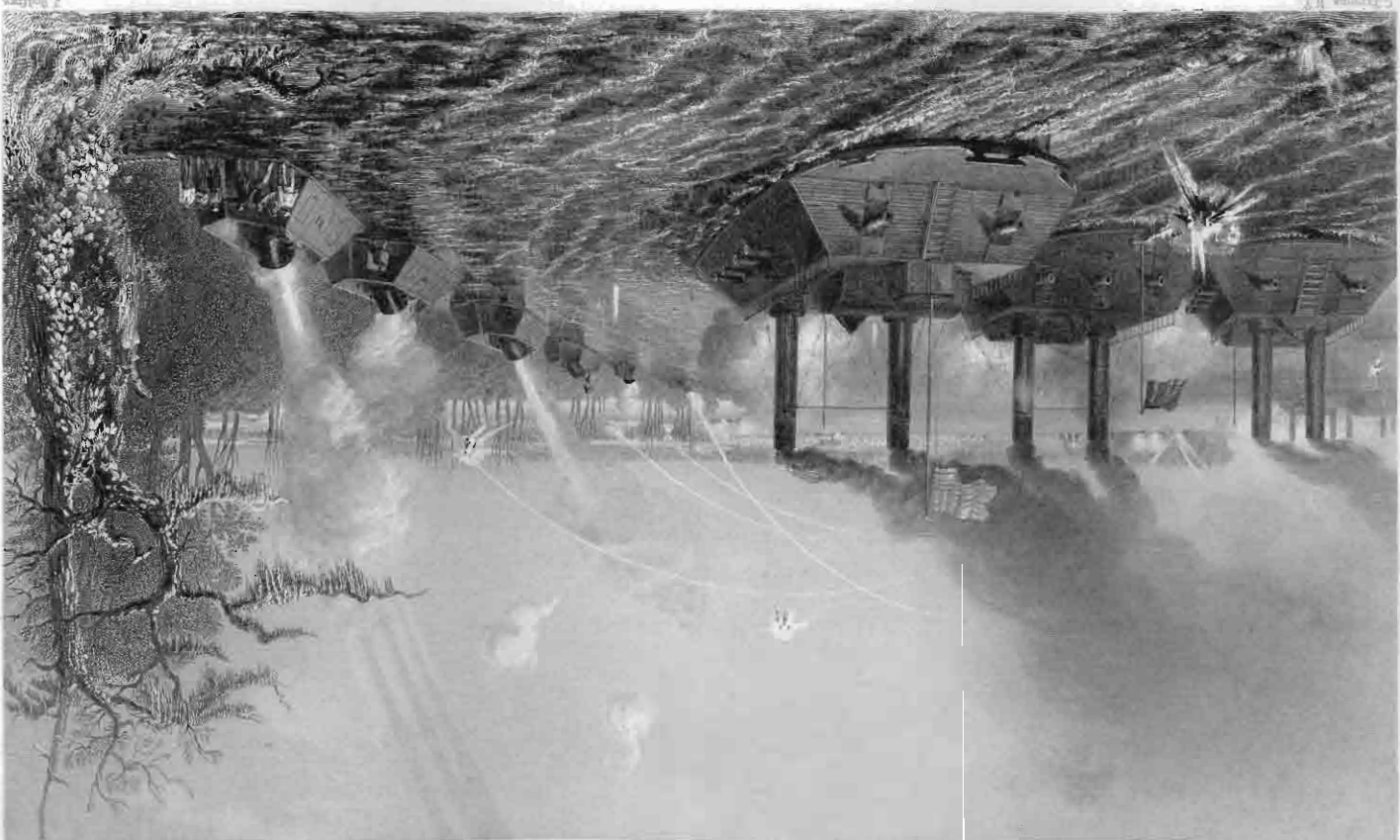
»SEÑOR: La marcha de una parte de nuestras fuerzas y vuestra inmensa superioridad numérica, me obligan, á pesar del éxito de nuestras armas, á que acepte las poco generosas condiciones que se me imponen y que me parecen impropias de un caballero.

»Me repito vuestro afectísimo S. S.

»*S. B. Buckner,*

»Brigadier general del ejército confederado.»

TOHA DE LA ISLA NUMERO DIEZ.



Historia de los Estados Unidos, IV

La pérdida de los separatistas debió ser de diez mil hombres, incluso dos mil muertos y heridos, pero seguramente fueron mucho mas numerosas las bajas en el ejército federal.

À la victoria alcanzada en Donelson, siguieron otras de menos importancia obtenidas en Kentucky y Tennessee. El general Buell, que habia sido nombrado jefe militar del departamento de Ohio, así como tambien de Tennessee y Kentucky, tenia su cuartel general en Louisville, donde aun se hallaba cuando su vanguardia compuesta de unos diez y seis mil hombres, á las órdenes del general Mitchel, avanzó sobre Bowling Green, punto fortificado que ocupaban los separatistas en Kentucky, al mando del general Johnston. La fuerza de éste, aun cuando se habia creído muy numerosa, solo constaba de veinticinco mil hombres, parte de los cuales se hallaban en el fuerte Donelson, sitiado entonces por el general Grant. Al saber que Mitchel avanzaba desde su campamento, Johnston comenzó á retirarse hácia Nashville, de modo que al llegar los unionistas al punto donde debian encontrar al enemigo, vieron que la estacion de la via férrea estaba ardiendo y que los confederados acababan de retirarse en un tren que tenian dispuesto, despues de haber destruido todos los puentes que cruzaban el rio por aquel sitio. Así pues, Mitchel habia recorrido cuarenta y dos millas en treinta y siete horas inútilmente, pero se calculaba que los confederados se vieron en la precision de destruir por valor de medio millon de duros.

El dia 15 de febrero habíase recibido en Nashville un telégrama anunciando que los confederados acababan de obtener
1862. una victoria, aun cuando Johnston tenia que abandonar sus posiciones; pero á la mañana siguiente súpuse la toma del fuerte

Donelson, noticia que causó tanto asombro como consternacion. Las iglesias se cerraron; hiciéronse toda clase de comentarios; el gobernador Harris y todos los diputados se trasladaron á Memphis llevándose los archivos y los fondos del Tesoro, y los oficiales confederados trasladaban con la mayor rapidez los almacenes militares y depósitos de municiones. Dos cañoneras en construccion fueron tambien quemadas, y á los dos ó tres dias se destruyeron los magníficos puentes colgantes del Cumberland y la costosa via férrea de Nashville.

El comodoro Foote marchó á Clarksville á los dos ó tres dias de la toma del fuerte Donelson con las cañoneras *Cenestoga* y *Cairo*, y al llegar á dicho punto, encontró destruido el puente y supo que todos los habitantes habian huido. Como consideraba absurdo atacar á Nashville con tan poca fuerza, volvió al Cairo en busca de otros barcos; pero entre tanto seguia avanzando el general Smith con su victorioso ejército, y poco despues llegaron á Nashville el general Nelson y el teniente Bryant con siete transportes, habiéndose apoderado de dicha ciudad sin resistencia alguna, toda vez que estaba casi abandonada. De allí á pocos dias se presentó tambien el general Buell, y resolvió establecer en Nashville su cuartel general, disponiendo que acampase el ejército en los alrededores de la ciudad. El coronel Stanley Matthews fué nombrado prevoste, y no tardó en restablecerse el orden, interrumpido por algunos dias; reparáronse los puentes y caminos y se renovó la comunicacion por la via férrea.

La isla Número diez, situada á pocas millas de Nueva-Madrid, en la orilla del Missouri, habia sido muy bien fortificada por los confederados con cañones de grueso calibre, en la confianza de que seria fácil de este modo im-

pedir el paso de los unionistas por aquel punto. En 3 de marzo, no obstante, el **1862.** general Pope, seguido de cuarenta mil hombres, atacó á Nueva-Madrid; pero viendo que estaba defendida por numerosas fortificaciones con piezas de grueso calibre, sin contar que habia ancladas en el puerto seis grandes cañoneras, dispuso que el coronel Plummer se atrincherase con una parte de sus tropas en Point Pleasant, á tres millas de la isla, y despachó un mensajero al Cairo para que le enviasen artillería de sitio. Los confederados trataron de desalojar á Plummer con sus cañoneras, mas no consiguieron su objeto, y habiendo recibido Pope el dia 12 el tren de campaña que pidiera, hizo levantar desde luego las baterías á la distancia de media milla de las obras avanzadas del enemigo, que rompió un nutrido fuego. La guarnicion de los confederados constaba entonces de nueve mil infantes á las órdenes del mayor Mc Cown, y de nueve cañoneras mandadas por el comandante Hollins. El cañoneo duró todo el dia, aunque sin grandes pérdidas por ninguna de ambas partes, pero llegada la noche, estalló una espantosa tormenta, y al romper el dia, se observó que los separatistas habian abandonado la plaza dejando en ella treinta y tres cañones y muchas armas, cartuchos y víveres, que sin duda no quisieron destruir. Así, pues, sin mas pérdidas que cincuenta y un hombres entre muertos y heridos, quedó Nueva-Madrid en poder de los unionistas, quienes á los pocos dias se posesionaron tambien de la isla Número diez, abandonada por el general Mc Cown con parte de sus tropas, cuando el general Pope hacia sus preparativos para un ataque general. El general Makall trató de emprender la retirada con el resto de las fuerzas, atravesando los pantanos, mas tuvo que rendirse luego

con algunos miles de hombres que le acompañaban.

El comodoro Foote, que habia reparado ya las averías de su flotilla, embarcó parte de las tropas del general Pope que habian recibido orden de atacar el fuerte Pillow, situado en Chickasaw Bluffs, y entre tanto los federales desembarcaron sus morteros en la orilla del Arkansas, y comenzaron el bombardeo situándose á tres cuartos de milla del fuerte. Los confederados contestaron al fuego con el mayor vigor, y aquel cañoneo duró dos semanas sin que se obtuvieran ventajas por una ú otra parte.

Un mes mas tarde, los confederados evacuaron los fuertes Pillow y Randolph, donde fueron hallados algunos cañones de poco valor, y en 5 de junio el comodoro **1862.** Davis ancló á un tiro de fusil de Memphis con cinco cañoneras, aproximándose luego lentamente á la ciudad. Al poco tiempo vióse avanzar en orden de batalla una flotilla confederada compuesta de ocho cañoneras, y habiendo roto el fuego cuando se hallaba á distancia de su enemigo, trabóse un reñido combate que duró mas de una hora y terminó con la derrota de los separatistas, quienes sufrieron algunas pérdidas, mientras los federales no tuvieron ninguna baja. Memphis, cuya poblacion habia estado presenciando el combate, se entregó entonces sin resistencia á los unionistas.

Otra expedicion compuesta de cuatro cañoneras y un transporte en el que iba el regimiento de Indiana á las órdenes del coronel Fitch, marchó poco despues en direccion de Arkansas y del Rio Blanco, á fin de establecer una comunicacion con el general Curtis que se iba aproximando por el Oeste. Al llegar á San Cárlos, una de las cañoneras de los federales, que formaba la vanguardia, se vió espuesta repentinamente al fuego de

dos baterías ocultas del enemigo, y en tanto que desembarcaban los unionistas para apoderarse de ellas, una bala de mayor calibre que las anteriores atravesó el tambor y la rueda de la citada cañonera, destrozando la caldera de vapor. De los ciento setenta y cinco hombres que montaban el barco, solo se salvaron veintitres; muchos se arrojaron al mar, donde perecieron ahogados, y al llegar los botes para salvar una parte de las víctimas, sufrieron un nutrido fuego de metralla que aumentó el número de aquellas. Poco despues, sin embargo, el coronel Fitch se apoderaba de la posicion enemiga, cogiendo nueve cañones y treinta prisioneros, incluso su jefe el comandante Frye. Esta expedicion no pudo llevar á cabo su objeto.

La flotilla unionista continuó su marcha por el rio sin encontrar ningun obstáculo hasta llegar á Vicksburg, en cuyo punto se puso en comunicacion con el comandante Farragut, cuya flota estaba anclada cerca de dicha plaza para cooperar en union con el general Williams que mandaba cuatro regimientos de infantería. Las fortificaciones de los separatistas fueron bombardeadas por espacio de algunas horas, y entretanto el teniente coronel Ellet remontó el rio Yazoo con el objeto de capturar tres cañoneras, cuyos tripulantes, al ver que se acercaba el enemigo, las pegaron fuego, lanzándolas luego en la corriente con la intencion sin duda de incendiar los buques de los federales. Afortunadamente no hubo que lamentar desgracia alguna, porque se consiguió destruir dichas cañoneras.

La flota unionista continuó el sitio de Vicksburg, y en 1.º de julio, los federales atacaron resueltamente la plaza, pero fueron rechazados con no pocas pérdidas. La cañonera *Arkansas*, perteneciente á los confederados, que se habia ido

acercando á la plaza, atravesó rápidamente entre los buques de la flota unionista, con asombro de todos, y fué á refugiarse bajo las baterías de Vicksburg, habiendo sido inútiles cuantos esfuerzos hicieron los federales para echarla á pique. El 24 de julio fué preciso levantar el sitio: el coronel Farragut y el general Williams marcharon á desempeñar otro servicio, y el comodoro Davis con su flota se dirigió á la embocadura del Yazoo, abandonando por entonces el proyecto de establecer la comunicacion con el Mississippi.

El ejército del general Grant se detuvo algun tiempo en el fuerte Donelson, y luego, considerablemente reforzado, atravesó el Tennessee dirigiéndose al fuerte Enrique, donde esperaban ya varias cañoneras y un gran número de transportes para recoger las tropas que iban á emprender una nueva expedicion. El general Carlos Smith era el encargado de dirigir en aquella ocasion las operaciones militares, mas habiendo fallecido poco despues de llegar á Savannah á causa de hallarse muy quebrantada su salud, encargóse nuevamente del mando el general Grant. El punto designado para reunirse las tropas expedicionarias, era una pequeña poblacion llamada Danville, por donde cruza el camino de hierro que conduce desde Memphis á Clarkesville y Louisville, y ya las cañoneras *Tyler* y *Lexington* acababan de practicar un reconocimiento, sin haber encontrado resistencia hasta llegar á Pittsburg Landing, insignificante caserío que dista ocho millas de Savannah y veinte de Corinto, y se halla en la confluencia de Memphis y Charleston. El pais, en aquel sitio, está cubierto de bosque; hácia el Sur, á una distancia de tres millas, se halla la iglesia de Shiloh, y un poco mas allá se encuentra el camino de Monterey, donde

hay una media docena de casas. Aquel terreno está cortado por numerosas caletas, cuyas aguas van á perderse en el Tennessee.

En Pittsburg Landing, la cañonera *Tyler* tuvo que sufrir el fuego de una batería de seis piezas, que consiguió apagar al cabo de dos horas, y habiendo vuelto á Danville para dar el parté, los transportes prosiguieron su rumbo hácia el Sur hasta llegar á Savannah, donde desembarcaron las tropas y se situaron militarmente. Los transportes, en número de sesenta y nueve, conducían cuarenta mil hombres, que estuvieron muy pronto en tierra con todo el tren de campaña, y entonces la division del general Wallace marchó á Purdy, punto situado á diez y seis millas de distancia, con objeto de destruir la vía férrea; la primera division del general Sherman se dirigió á Tyler's Landing para practicar la misma operacion en los caminos de Memphis y Charleston, y hecho esto volvieron los espedicionarios á Savannah sin contratiempo alguno.

Esta circunstancia, y el hecho de no haberse presentado á la vista ningun enemigo para hostilizar á los unionistas, indujo sin duda á los jefes á creer que los confederados no contaban con fuerzas suficientes para resistirles, sobre todo si se atiende á que hubieran podido oponerse en cierto modo al desembarque de las tropas teniendo, como tenían, su cuartel general en Corinto. Una de las seis divisiones federales, á las órdenes del general Wallace, se acampó casi enfrente de Savannah; las otras cinco se situaron formando una especie de semicírculo en la parte Sudoeste de Pittsburg Landing; la division del general Prentiss ocupó el camino que conduce directamente á Corinto, teniendo al general Mc Clernand y á Sherman á su derecha, con la iglesia de Shiloh enfrente;

la division del general Hurlbut permaneció á la retaguardia de Prentiss, y por último la division Smith de que se habia encargado Wallace por muerte de aquel, se hallaba detrás de Mc Clernand, con su ala derecha cerca de Pittsburg Landing, protegida por dos riachuelos que iban á desaguar en la ensenada de las Culebras.

Aun cuando no se ignoraba que el enemigo estaba muy cerca, no se habia construido atrincheramiento alguno ni enviado tampoco partidas sueltas á fin de reconocer el terreno para observar los movimientos del ejército confederado, y hasta los piquetes no se hallaban mas que á un tiro de fusil de las tiendas de campaña, siendo de notar que la mayor parte de aquellos apenas tenían municiones, á pesar de haberse averiguado que en los bosques contiguos circulaban numerosos batidores y destacamentos del ejército separatista, que impedían se practicara un reconocimiento (*). Como quiera que fuese, lo cierto es que muchos esperaban un atrevido golpe de mano, y hasta se recibieron avisos anunciando el peligro; mas los jefes unionistas no hicieron aprecio, y en cuanto al general Grant, hallábase en Savannah inspeccionando el desembarque de víveres. Tal era la situacion del ejército federal en la noche del sábado 5 de abril. 1862.

Entre tanto el general Johnston, que sin disputa era uno de los jefes militares mas entendidos de la Confederacion, habia ido concentrando en Corinto el mayor número de fuerzas posible con objeto de arrollar al ejército unionista, tan descuidadamente

(*) Los unionistas estuvieron tres semanas en Pittsburg Landing, á veinte millas del cuartel general de los confederados, cuyo ataque se esperaba de un momento á otro, sin levantar una sola empalizada ni construir obra alguna de defensa, que tan necesaria pudo haber sido para proteger las baterías.

acampado en las inmediaciones, para acabar de una vez con él, y como contaba con numerosos espías, sabia muy bien que el mando del ejército se habia confiado al general Grant por muerte de Smith, militar muy entendido. Johnston esperaba confiadamente conseguir su objeto, y á este fin pidió á los gobernadores de Tennessee, Mississippi y Louisiana cuantas tropas pudieran enviarle, y reforzado además con la division del general Braxton Bragg, consiguió reunir en 1.º de abril un ejército de unos cincuenta mil hombres (*). En la madrugada del 3 de julio, la vanguardia de la infantería, oculta por un cuerpo de caballería, se puso en marcha con la intencion de atacar al enemigo en la mañana del 5; mas llovió de tal manera durante todo el dia 4, que el camino estaba intransitable, y por esta razon el ejército se concentró en Monterey, continuando luego su marcha hasta que, no hallándose ya sino á tres millas de las avanzadas unionistas, no era posible avanzar sin esponerse á quedar en descubierto (**). En su consecuencia, Johnston mandó hacer alto, puso centinelas dobles en los alrededores, ordenándoles que tirasen sobre el primero que tratase de pasar, y reunido el consejo de guerra, se acordó adoptar las disposicio-

nes necesarias para atacar á la mañana siguiente, y entre tanto se prohibió á los soldados que encendieran hogueras á fin de no dar á conocer al enemigo el punto en que se hallaban.

Al romper el dia formóse la vanguardia en orden de batalla, confiándose el mando á los generales Hardee, Bragg y Polk; el general Breckinridge mandaba la reserva, pero luego se cambió este orden por las peripecias de la lucha.

El viernes, 4 de abril, comenzaron ya á circular en el campamento de los federales vagos rumores de que avanzaban los separatistas; poco despues se supo que acababan de caer prisioneros algunos oficiales, y habiéndose destacado á la brigada de Ohio á fin de que practicara un reconocimiento, tuvo un encuentro con un destacamento enemigo, al que hizo retroceder hasta una pequeña batería situada cerca de las líneas federales. Al tener conocimiento de este hecho, la division del general Wallace recibió orden de avanzar hasta Adamsville, en el camino de Purdy; mas no habiendo encontrado enemigo alguno, despues de pasar la noche en dicho punto, volvió al campamento. Durante todo el sábado se oyó un nutrido tiroteo, que hubiera debido producir alguna alarma, mas no se hizo tampoco aprecio de estas circunstancias.

Al amanecer del dia 6 de abril, los piquetes de la division Prentiss penetraron desordenadamente en el campamento perseguidos ya de cerca por los separatistas, cuyas balas atravesaban poco despues las tiendas de campaña de los federales. Algunos soldados estaban vistiéndose, otros almorzaban tranquilamente, y muchos oficiales no se habian levantado aun, pero bien pronto tuvieron que ponerse en movimiento, pues á los pocos instantes desembo-

(*) Segun los partes de Beauregard, su ejército, antes y despues de la batalla de Shiloh solo constaba de cuarenta mil trescientos cincuenta y cinco hombres, de los cuales cuatro mil trescientos ochenta y dos eran de caballería, la cual segun dicho jefe no pudo operar en el campo de batalla por hallarse este cubierto de bosque en su mayor parte.

(**) Uno de los oficiales del estado mayor del general Beauregard, escribió en una carta lo siguiente: «Sin que sea mi ánimo criticar las operaciones militares del ejército de la Union, debo consignar que el hecho de no haberse encontrado piquetes de la caballería del general Grant, causó no poca admiracion á los oficiales separatistas, pues de este modo pudieron avanzar hasta muy cerca del enemigo sin ser vistos. Los generales del Sur acostumbraban á establecer piquetes á la distancia de varias millas, aun cuando se supiera que el enemigo estaba á mucha distancia.

caron del bosque estensas líneas de infantería que, á paso de carga, avanzaron sobre el campamento federal, haciendo un fuego mortífero sobre sus descuidados enemigos y atacándoles luego á la bayoneta. De este modo quedó destrozada, antes de que tuviera tiempo de formarse en línea, toda la division del general Prentiss; á la brigada de Hildebrand, que estaba á la derecha de Sherman, le sucedió lo mismo, á pesar de los esfuerzos de este último jefe, y Buckland y McDowell, que se sostuvieron algun tiempo mas, tuvieron que retroceder á su vez, dejando su campamento y todas sus tiendas de campaña en poder del enemigo.

La division Mc Clernand, compuesta de diez regimientos y cuatro baterías, iba á ser sorprendida á su vez, pero antes de esto marchó en auxilio de Sherman, cuya division empezaba á desbandarse, despues de haber visto morir á sus mejores oficiales y de perder sus baterías. La brigada de Buckland, que habia ido en auxilio de Hildebrand, se vió precisada á retroceder igualmente para evitar una destruccion completa, y á eso de las ocho de la mañana, á pesar de los desesperados esfuerzos de Sherman, la division de éste se habia dispersado en todos sentidos. Milagroso parece que saliera ileso de aquella primera refriega el general Sherman, á quien se vió siempre en lo mas recio de la pelea.

Prentiss formó su division con la mayor celeridad posible, y sostuvo el fuego por algun tiempo, pero atacado á poco furiosamente por ambos flancos, y viendo que se sacrificaban las vidas inútilmente, comenzó á retirarse; á las diez de la mañana, el mismo Prentiss con tres regimientos volvió á ocupar otra posicion, mas dominado al fin por el número de sus enemigos tuvo que rendirse con los dos mil hombres que se batian á su lado, y se le envió inmediatamente en clase

de prisionero con el resto de sus tropas al camino de Corinto.

Mc Clernand se mantuvo firme por algun tiempo, pero á causa de haber sido derrotadas las divisiones de los generales Sherman y Prentiss, tenia que luchar con un enemigo cuyas fuerzas aumentaban á cada instante. Los regimientos de Iowa acababan de emprender la retirada desordenadamente; Mc Clernand consiguió entonces colocar sus baterías de manera que pudiese dominar el camino de Corinto, y de este modo contuvo por algun tiempo el ímpetu de los confederados, pero su division no podia resistirse á los continuos refuerzos que recibia el enemigo, y Mc Clernand, despues de rechazar varios ataques, avanzando algunas veces, y retrocediendo las mas, lo cual le costó perder tres coroneles y otros tres oficiales de su estado mayor, retrocedió apresuradamente llevando á su derecha los restos de la division Sherman.

Mientras los federales eran derrotados por esta parte, el coronel David Stuart, que mandaba una de las divisiones de la brigada Sherman y se habia situado en el camino de Hamburgo, era atacado á su vez por el enemigo que le obligó á retroceder á toda prisa, y aunque á poco llegó la brigada de Mc Arthur en auxilio de Stuart, tuvo que empeñar á su vez la lucha con otras tropas confederadas, cuyo ataque resistió al principio aunque estaba herido gravemente. Como Stuart no recibia refuerzo alguno y habian muerto varios de sus oficiales, no pasó mucho tiempo sin que emprendiese tambien la retirada. Así, pues, de las seis divisiones que componian el ejército federal, tres quedaron completamente derrotadas antes del medio dia.

El general Grant habia llegado al campamento á las ocho de la mañana, mas al ver

que ya estaba derrotado su ejército, envió un parte al general Wallace para que avanzase con su division; reformó sus brigadas, organizó de nuevo sus apagadas baterías, y estableció en fin otras líneas de defensa. Las divisiones de Hurlbut y Wallace estaban aun intactas: el primero de estos jefes, que ocupaba el camino de Corinto, llevaba ya cinco horas batiéndose con ventaja contra sus enemigos, pues aunque estos le atacaron sucesivamente tres veces, otras tantas les rechazó, obligándoles por último á retroceder y protegerse con la retaguardia. En aquella sangrienta refriega fué donde cayó mortalmente herido por un casco de metralla el general confederado Alberto Sidney Johnston, que exhaló el último aliento en el momento en que le retiraban del campo de batalla. Beauregard se encargó entonces del mando, mas se hizo lo posible para ocultar la muerte de Johnston hasta que el ejército volviera á Corinto. Una hora despues, la division Hurlbut, no pudiendo resistir á las numerosas fuerzas enemigas que llegaban de fresco, retrocedió á la distancia de media milla y fué á ocupar otra posicion.

La division Wallace se vió tambien muy espuesta al ser atacada por los confederados á eso de las diez de la mañana, y por espacio de seis horas se estuyo batiendo sin descanso. Cuatro veces consecutivas cargó el enemigo y otras tantas fué rechazado con pérdidas considerables por ambas partes, pero cuando Wallace vió que se retiraba la division Hurlbut, tuvo que hacer lo mismo á fin de no verse cercado como le habia sucedido á Prentiss, y acto continuo se dirigió á Crump's Landing, donde dispuso que sus fuerzas se estendieran por el camino de Purdy. Á las once de la mañana, Wallace recibió una orden de Grant previniéndole que entrase con sus tropas en línea, y como ya hacia tiempo

que este jefe la esperaba, se puso inmediatamente en movimiento. Sin embargo, antes de llegar á su destino encontró á varios mensajeros de Grant, quienes le anunciaron que las divisiones unionistas se habian visto obligadas á retroceder, y que si seguia por aquel camino iba á caer en el centro del enemigo, que fácilmente le arrollaria. Entonces Wallace volvió rápidamente hácia la izquierda, en direccion de la ensenada de las Culebras, pero esta contramarcha impidió que pudiera reunirse con el resto del ejército federal, y por lo tanto, pasó todo el dia sin que entrasen en accion once regimientos de infantería, dos baterías y dos escuadrones. Á las cuatro de la tarde, todo el ejército federal, menos la division Wallace, se hallaba estrechado en un semicírculo de tres á cuatrocientos acres, sin que le fuera posible retirarse mas allá, pues tenia á su retaguardia un rio profundo, de rápida corriente, que solo podria cruzarse esponiendo la vida de la mitad de los soldados (*). De las cinco divisiones, dos habian tenido que retroceder y las otras tres fueron derrotadas; la mayor parte de los cañones estaban perdidos ó inutilizados; las tiendas y el tren de campaña en manos de los vencedores; las pérdidas eran enormes; y los destrozados regimientos, sin querer escuchar las órdenes de sus oficiales, se resistian á entrar en línea.

Los confederados, no obstante, cuyas pérdidas eran tambien considerables, temiendo un ardid, vacilaron por algunos minutos en seguir á la division Wallace, que abandonaba la posicion que tan bien defendiera, y como los momentos eran preciosos, Webs-

(*) Dícese que á los dos ó tres dias de la batalla, al hacer el general Buell sus observaciones, censurando que se hubiera dejado al ejército ocupar una posicion tan peligrosa, preguntó al general Grant: «¿Por dónde hubierais emprendido la retirada?— ¡Oh! por el rio, repuso Grant.— Pero no hubierais podido embarcar sino diez mil hombres, replicó Buell.— Bien; no hubieran pasado mas, contestó Grant.» La temeridad era entonces cosa tan rara entre los generales unionistas, que se tenia por una virtud.

ter, jefe del estado mayor del general Grant, aprovechando aquella oportunidad, recogió todos los cañones dispersos, en número de veintidos, y los situó inmediatamente en semicírculo á fin de dominar el camino por donde podrían avanzar los separatistas. Como faltaban artilleros, ofreciéronse á servir las piezas algunos voluntarios, y entre ellos el Dr. Cornyn, cirujano del regimiento de Missouri, quien se distinguió por su valor y habilidad.

Serian apenas las seis de la tarde, cuando las baterías de los confederados rompieron de nuevo el fuego sobre la última posición en que acababan de concentrarse los federales. Los cañones de Webster contestaron enérgicamente, y en aquel momento las cañoneras *Tyler* y *Lexington*, que habían estado todo el día surcando las aguas sin que les fuese posible contribuir con su auxilio, pudieron al fin entrar en liza, y merced á su bien dirigido fuego, se evitó que los separatistas cayeran sobre la artillería de Webster y acabaran de completar su triunfo copando á la infantería. El resultado fué que antes de llegar la noche, habíase apagado el fuego de las baterías confederadas, y comenzaban sus batallones á retroceder para ponerse fuera del alcance de la metralla. Antes de entregarse al descanso en la pequeña iglesia de Shiloh, el general Beauregard espidió á Richmond el siguiente telégrama:

«Campo de batalla de Shiloh.—Via Corinto y Chattanooga.

»Abril 6, 1862.

»Al general S. Cooper.

»Hemos atacado esta mañana al enemigo en sus fuertes posiciones de Pittsburg, y despues de una reñida batalla que duró diez horas, hemos alcanzado, gracias al Todopoderoso, una señalada victoria.

»Las pérdidas por ambas partes son considerables, y entre ellas hay que lamentar

la muerte del intrépido general Alberto Sidney Johnston, quien cayó mortalmente herido al lanzarse con sus tropas en lo mas recio del combate.

»*El general Beauregard,*

»Comandante en jefe.»

La tropas del mayor general Buell, esperadas con impaciencia, llegaron por fin en la noche del 5 de abril precedidas de la vanguardia al mando del general Nelson. Al saber lo ocurrido, Buell se dirigió directamente al cuartel general de Grant, pero éste acababa de marchar á Landing, dejando sin embargo orden de que avanzaran las tropas por la orilla derecha del rio, sin los cañones, por no ser fácil conducirlos á causa del mal estado de los caminos. En cumplimiento de lo que se le prevenia, el general Buell espidió una orden para que avanzara el resto de sus tropas á marchas forzadas, y tomando un vapor, fué á buscar á Grant á fin de ponerse de acuerdo antes de comenzar el ataque. Á la una y media de la madrugada llegó el general Nelson con su division y fué á ponerse en línea á la derecha de Webster; á las siete estaban ya reunidas todas las fuerzas, y el general Buell dió sus órdenes para atacar á la mañana siguiente. La division Crittenden, que acababa de llegar, formó el ala derecha del general Nelson.

La batalla comenzó de nuevo en toda la línea en la madrugada del 7, con favorables condiciones para los unionistas, pues acababan de recibir un refuerzo de veinticinco mil hombres de tropas de refresco, mientras que Beauregard, cuyos soldados habían estado de pié diez y seis horas y batiéndose la mayor parte del tiempo, no contaba sino con una reserva de tres mil hombres. El jefe separatista esperaba los refuerzos de los generales Price y Van Dorn, con treinta mil hombres, pero en vez de aquellos solo llegó

el general Buell en auxilio de los federales. Sin embargo, la batalla que se siguió fué reñidísima y sangrienta; los separatistas retrocedieron hasta las alturas de la iglesia de Shiloh, y allí pareció la lucha aun mas obstinada, pues los confederados oponian una enérgica resistencia en su ala derecha y su centro. La llegada de las tropas del general Buell les obligó á emprender la retirada, mas esta se efectuó en buen orden. La retaguardia iba mandada por el general Braxton Bragg. Á las cuatro de la tarde los federales ocupaban toda la línea que habian tenido que abandonar treinta y cuatro horas antes, y á las cinco, el ejército confederado volvía á ocupar sus líneas de Corinto, sin que se tratara de perseguirle. Á la mañana siguiente, el general Sherman, seguido de dos brigadas y la caballería, marchó al camino de Corinto y tuvo un encuentro con un destacamento enemigo, al que obligó á retroceder, destruyendo un campamento y apoderándose de un hospital donde se hallaban doscientos ochenta confederados y cincuenta unionistas heridos.

Uno de los párrafos del parte que redactó el general Beauregard decia lo siguiente :

«Los batallones enemigos recibian á cada momento nuevos refuerzos, y nuestras fatigadas tropas, que habian estado batiéndose diez y ocho horas, apenas podian ya sostener el ataque, tanto mas cuanto que ya no me quedaban mas reservas. En su consecuencia, á eso de la una de la tarde, no siéndome posible sostener una lucha tan desigual, dí la orden de retirada que se efectuó en el mejor orden.

»Nuestras pérdidas en esta batalla ascienden á mil setecientos veintiocho muertos, ocho mil doce heridos y novecientos cincuenta y siete estraviados: total, diez mil seiscientos noventa y siete (*).»

(*) Al dar cuenta el general Beauregard de la heroica muerte del general en jefe Alberto Sidney Johnston, refe-

Segun el parte oficial del general Grant, las pérdidas de los federales figuraban por mil setecientos treinta y cinco muertos, siete mil ochocientos y dos heridos y tres mil novecientos cincuenta y seis prisioneros: total, trece mil quinientos setenta y tres, pero si á esto se añaden las pérdidas de Prentiss y Mc Clermand, resulta que aquella desesperada y sangrienta batalla no costó á los federales menos de quince mil hombres.

Puede decirse que los unionistas alcanzaron una señalada victoria (*), pero las pér-

riase tambien á la de otros oficiales distinguidos, y decia lo siguiente: «El Gobernador militar de Kentucky cayó muerto de un balazo juntamente con su caballo; el brigadier Gladding, el general Hardee, el general Breckinridge, el general Cheatham y otros varios, quedaron mas ó menos gravemente heridos, habiendo perdido casi todos ellos sus caballos. El general Hardee, cuya herida era muy leve, tenia la levita literalmente acribillada á balazos; el general Hindman se elevó con su caballo á diez piés del suelo á consecuencia de haber estallado á su lado una granada; el caballo quedó hecho trizas, y al caer el ginete todos creyeron que habia muerto; pero de pronto, vióse que se levantaba agitando su sombrero y pidiendo á voz en grito otro caballo para lanzarse de nuevo al combate.

(*) Juiciosamente pensando no se puede menos de poner en duda que la victoria se declarase de parte de los federales en la sangrienta batalla de Shiloh, y desde luego se reconoce alguna parcialidad en el autor al asegurarlo así. Basta leer la narracion y fijarse en los detalles de la jornada para comprender que el triunfo fué mas bien de los separatistas, pues empezada la accion al rayar el alba, ya habian derrotado al medio dia tres divisiones de las seis de que se componia el ejército contrario, quedando inutilizada la mayor parte de la artilleria de los unionistas y tomadas sus posiciones. Prescindiendo de esto, y de la notable diferencia que hubo entre las pérdidas de unos y otros, el mero hecho de reconocer el autor que los separatistas quedaron dueños del campo, apoderándose de un rico botin, induce á creer naturalmente que la victoria estuvo de parte de los separatistas. La prudente retirada de Beauregard, cuyos soldados se habian batido por espacio de diez y ocho horas y no podian resistir el impetu de los veinticinco mil hombres de refresco que acababa de recibir el enemigo, no puede suponer una derrota. Fernando Lecomte, teniente coronel del estado mayor federal de Suiza, que ha escrito sin duda imparcialmente la historia de aquella guerra, dice al hablar de la batalla de Shiloh: «Unionistas y confederados se atribuyeron la victoria, pero seguramente con mucha mas razon los segundos que los primeros.»—(N. del T.)

didadas fueron poco mas ó menos las mismas, si bien los confederados se apoderaron de un rico botin, quedando en el primer dia dueños del campo.

Apenas hubo recibido el general Halleck la noticia de la batalla de Shiloh, salió inmediatamente de San Luis, y llegó dos ó tres dias despues á Pittsburg Landing. Durante un mes no se emprendió operacion alguna contra el ejército separatista acuartelado en Corinto, y aunque el general Pope llegó el 22 de Missouri con un refuerzo de veinticinco mil hombres, no se ocupó á Monterey hasta el 1.º de mayo, en cuya fecha el ejército del general Hale ascendia ya á mas de cien mil hombres. Entre tanto el general Beauregard se fortificaba del mejor modo posible, rodeando á Corinto con una línea de atrincheramientos de quince millas de longitud, bien provista de artillería; y para mayor seguridad, obstruyó los caminos é inutilizó los puentes, protegiendo las obras de defensa con una fuerte empalizada. El general Halleck no creyó oportuno atacar de pronto aquellas formidables fortificaciones y prefirió hacer los aproches lentamente, sin dejar por esto de hostilizar el enemigo con frecuentes escaramuzas. Al cabo de tres semanas, las baterías de los federales se hallaban á tres millas de Corinto, y en un reconocimiento practicado por el general Paine ocurrió una escaramuza en que el jefe unionista cogió doscientos prisioneros. En la noche del 27 de mayo, el coronel Elliott marchó con

dos regimientos á fin de flanquear á **1862.** Corinto y cortar la via férrea del Sur para dejar interceptada esta comunicacion con la plaza. Elliott llegó á Booneville el 30, pero fué solo para ver con asombro que se retiraba el ejército confederado, abandonando la ciudad. Beauregard se habia sostenido cuanto le era posible contra las numerosísi-

mas fuerzas de Halleck, y al fin resolvió evacuar la plaza haciendo que se sacasen primero los enfermos y heridos. El dia 29 cesó completamente el fuego, y las hogueras que luego se vieron durante la noche, revelaron bien claramente que se alejaba el enemigo. Algunos oficiales unionistas penetraron en Corinto pocas horas despues y vieron que se habia pegado fuego á una considerable cantidad de provisiones, pero no encontraron arma alguna. Beauregard se retiró á Tupelo perseguido al principio por el general Pope, y el ejército federal se estendió en la línea de Memphis y de Charleston.

Entre tanto el general Mitchel salia de Nashville con una division del ejército de Buell, y marchó contra Huntsville, cuya plaza fué atacada por sorpresa al amanecer del dia 9 de abril. Mitchel se apoderó de diez y siete locomotoras, además de un **1862.** tren en que iban ciento cincuenta y nueve prisioneros, y continuando luego su marcha hasta Tuscumbia, tomó á Bridgeport sin mas fuerza que cinco regimientos, atacando al enemigo por donde menos se le esperaba. Poco despues, habiéndose reunido un gran número de fuerzas confederadas, tuvo que abandonar á Tuscumbia, mas antes de hacerlo, destruyó las vias férreas de Decatur y Bridgeport. Mitchel quedó, sin embargo, dueño de toda la parte norte del Alabama, y si hubiese contado con mas fuerzas, habria podido destruir los depósitos de armas y fundiciones de Georgia. Vista la actividad y energía del general Mitchel, no parecia bien que estuviese bajo la dependencia de Buell, y por esto en el mes de junio se le confió el mando en Puerto-Real, donde murió al poco tiempo; el general Halleck marchó igualmente á Washington para servir como general en jefe, y Grant permaneció en Corinto.

APÉNDICE AL CAPÍTULO IV.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL BEAUREGARD.

Pedro Gustavo Toutant Beauregard se habia distinguido ya como ingeniero cuando estuvo al servicio de los Estados-Unidos. Nació en la plantacion de su padre cerca de Nueva-Orleans y su verdadero apellido es Toutant, pues Beauregard es el nombre de la posesion, que se agregó al patronímico por un mero capricho. Cuando jóven fué admitido como cadete en West Point, donde se le inscribió con el apellido de Toutant de Beauregard, mas esto solo significaba que procedia de aquella plantacion. El jóven no se cuidó de corregir el error, acaso porque no le disgustara llamarse así, y desde entonces el nombre de Beauregard apareció siempre como el suyo propio.

Era su padre un rico criollo, descendiente de una respetable familia francesa, que poseia estensas tierras en Louisiana, y su madre, descendiente de una casa ducal de Italia, pertenecia á la familia de los Reggio. En 1834 el jóven Beauregard entró en la academia militar de West Point, donde se calificó en 1838 y obtuvo el segundo lugar entre los cuarenta y cinco cadetes que componian la clase. Poco despues recibió el nombramiento de segundo teniente del primer regimiento de artilleria, pero al cabo de una semana se le trasladó al cuerpo de ingenieros. En junio de 1839 elevósele al grado de primer teniente y como tal servia cuando estalló la guerra con México, en la cual se distinguió Beauregard hasta la conquista de la capital del imperio de los Motezumás.

El jóven oficial dió á conocer desde luego esas cualidades que le distinguieron siempre como entendido militar; tenia un golpe de vista seguro, profundos conocimientos en el arte de la guerra, un recto juicio y muy buen criterio.

Por su valerosa conducta en Contreras y Cherubusco, Beauregard recibió el despacho de capitán en 20 de agosto de 1847, y por los servicios que prestó en Chapultepec se le promovió al grado de mayor en 13 de setiembre del mismo año.

En el asalto de la puerta de Belén, en la ciudad de México, Beauregard quedó herido, y mientras duró la campaña, no solo se distinguió como el mas bravo, sino tambien como el mas entendido de los oficiales. Al redactar el general Scott su parte oficial en la ciudad de Méjico, en la que acababa de penetrar como conquistador, decia lo siguiente al hablar de Beauregard: «Es uno de nuestros mas distinguidos ingenieros, y merced á su eficaz auxilio se ha obtenido la victoria de Molino del Rey.» Scott decia además que el jóven oficial habia escitado la admiracion de todos en el asalto de la fortaleza de Chapultepec y en los combates que

hubo á las puertas de la capital. Para que se comprenda cuán recto era su juicio y elevado su criterio, basta citar la siguiente anécdota.

Ya delante de México, y una ó dos noches antes del ataque, se reunió un consejo de guerra al que asistieron todos los oficiales desde el primero hasta el último. Este consejo duró algunas horas; todos los oficiales menos uno habian hablado, y unánimemente apoyaban un plan de operaciones que no estaba conforme con el del general Scott, cuando el general Pierce, cruzando al otro lado de la sala acercóse á Beauregard y le dijo:—«Veo que no habeis manifestado vuestra opinion.»—«No se me ha preguntado nada, repuso el jóven.» Al oír esto Pierce volvió á ocupar su asiento, anunciando que el teniente Beauregard no habia emitido su parecer y que conveñdria escucharle. En efecto tomó la palabra, y manifestó sin vacilar que si se adoptaba el plan que aprobaban todos menos el general en jefe, serian las consecuencias funestas. Entonces espuso sus razones, pensando las ventajas y desventajas, y de tal modo llevó la conviccion al ánimo de sus oyentes que se desechó el proyecto. La ciudad de México fué tomada segun el plan propuesto por el jóven teniente. Algunos días despues el general Scott, en presencia de un gran número de oficiales, recordó este hecho que no podia menos de lisonjear á Beauregard.

Al volver á Louisiana el jóven héroe, regaláronle una costosa espada y el Gobierno de los Estados-Unidos le nombró ingeniero jefe para inspeccionar las obras de Nueva-Orleans y las fortificaciones de la emboñadura del Mississippi.

Beauregard cuenta ahora cuarenta y tres años de edad; es un hombre vigoroso y de salud robusta, y su actividad y energia, sus profundos conocimientos como ingeniero, justifican la admiracion de los que le reconocen como un buen general. **1862.**

Nacido en Louisiana, y hallándose allí toda su familia, era natural que abrazase la causa que defendia, pero se supone que tambien su cuñado Juan Slidell, senador de los Estados-Unidos, influyó en su ánimo para que se inclinase en favor de la Confederacion.

Las obras de defensa de Charleston, hechas bajo la direccion del general Beauregard, revelan bien á las claras sus profundos conocimientos estratégicos, y aun sus mismos enemigos admiten que esto solo bastaba para que ocupase un puesto distinguido entre los mas eminentes defensores de su pais.

CAPÍTULO V.

1862.

CONTINUACION DE LA CAMPAÑA DE 1862.

Espedicion de Burnside á la Carolina del Norte.—Toma de la isla de Roanoke.—Rendicion de Newbern.—Toma del fuerte Macon.—Combate de South Mills.—Espedicion secreta del general Butler.—Viaje á Ship-Island.—Defensas de Nueva-Orleans.—Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe.—La flota unionista trata de forzar el paso de los fuertes.—Derrota de la flotilla confederada.—El mayor Monroe.—Rendicion de los fuertes.—Patriotismo de las mujeres de Nueva-Orleans.—Rendicion de Nueva-Orleans.—Ejecucion de Mumford.—Farragut y el general Williams avanzan sobre Vicksburg.—Breckinridge ataca á Baton Rouge.—Muerte de Williams.—Los separatistas son rechazados.—Weitzel somete el pais de Lafourche.—Butler es reemplazado por Banks.—Despedida del general Butler y su manifiesto.—Apéndice al capítulo V.—Biografia del general Burnside.

El general Ambrosio Burnside y el comodoro Goldsborough, jefes de una espedicion militar organizada en Nueva-York, habian abandonado el fuerte Monroe el dia 12 de enero, y despues de doblar el Cabo

1862. Enrique dirigiéronse hácia la isla de Hatteras, ocupada por las tropas federales cinco meses antes. La parte naval de esta espedicion constaba de treinta y una cañoneras de vapor con noventa y cuatro piezas, y las fuerzas de tierra ascendian á quince mil hombres, en su mayor parte de Nueva-Inglaterra, organizados en tres brigadas al mando de los generales Foster, Reno y Parke. El dia 13 llegó la espedicion á la isla de Hatteras, donde permaneció tres semanas para reparar ciertas averías, y continuando luego su marcha, tocó en Pamlico y Croatan Sound, en 5 de febrero, en cuyo punto, habiéndose agregado algunos transportes mas, se organizó una flota de sesenta y cinco buques. Cercano ya el punto

adonde se dirigia la espedicion, adoptáronse las medidas necesarias para asegurar el éxito: dejáronse cincuenta transportes en la isla, y haciéndose de nuevo á la vela la flota, avistó á poco la isla Roanoke, y se detuvo á diez millas de distancia. Á la mañana siguiente, se dispuso que avanzara parte de la flota por el estrecho paso conocido con el nombre de isleta de Roanoke, donde se encontraron siete cañoneras de los separatistas, que fueron dispersadas por los espedicionarios, y á las pocas horas todas las fuerzas federales se hallaban frente al fuerte Bartow, defendido por los confederados. Estos habian obstruido en parte el canal á fin de impedir el paso al enemigo, pero bien pronto se venció esta dificultad y se hicieron los preparativos para desembarcar en Ashby's Harbor, (muelle de Ashby) á dos millas del fuerte, que ya estaba ardiendo á consecuencia del bombardeo de los unionistas. Sin embargo, no se tardó en apagar las



MIEMBROS EMINENTES DEL CONGRESO DE LA UNION.

llamas, y entonces continuó el cañoneo por ambas partes hasta que llegó la noche. Las barracas de los unionistas que habia detrás del fuerte, quedaron destruidas; á las pocas horas acabaron de pasar todos los transportes federales, y comenzó el desembarque, protegido por el fuego de la flotilla. El dia 8, el general Burnside atacó un reducto de los confederados del que se apoderó á viva fuerza; la flota obligó al enemigo á que evacuara otros dos que habia en la costa, y de todos estos puntos se retiraron los separatistas, despues de haber clavado sus piezas para refugiarse en el campamento principal, situado en la costa Norte de la isla. Burnside marchó sin perder tiempo sobre este campamento, le rodeó con sus tropas, y consiguió apoderarse de él. De este modo en dos dias de combate, la importante posicion de la isla de Roanoke, que es la llave de los dos estrechos Albermale y Currituck, así como tambien de cuatro canales y dos caminos de hierro, y que era indispensable para cubrir á Norfolk, cayó en poder de los federales con todas sus fortificaciones, que habian costado millones de duros, un inmenso material de guerra y algunos miles de prisioneros. En descargo del general Wise, que mandaba las fuerzas confederadas, debe consignarse que este jefe habia manifestado ya al ministro de la guerra de la Confederacion, en qué estado tan crítico se hallaba; mas á pesar de esto no recibió refuerzo alguno. Hubiera sido mejor evacuar la plaza, como se hizo con Norfolk, y mucho mas prudente aun no malgastar tantos recursos para la defensa de un punto que no se podia sostener mucho tiempo.

El general Burnside concentró despues sus fuerzas en la isleta de Hatteras con objeto de atacar á Newbern, que se halla en la confluencia de los rios Neuse y Trent, cerca de Pamlico Sound, y es el más importante

puerto de la Carolina del Norte. En la mañana del 12 de marzo, salió la flota de Hatteras á las órdenes del comandante Rowan, y antes de ponerse el sol, llegó á la ensenada de Slocum, en la parte Sur del rio, á diez y ocho millas mas abajo de Newbern, donde se verificó el desembarco al dia siguiente, habiendo avanzado las tropas hasta no distar sino milla y media de las obras avanzadas de los separatistas. Las cañoneras precedian á las fuerzas de tierra para proteger su marcha. Las tropas, sin embargo, no hallaron ninguna resistencia, pero la flotilla vió que el canal de Neuse estaba en parte obstruido por veinticuatro buques que se habian echado á pique, varios torpedos y gruesas vigas que se habian lanzado en la corriente. Vencido este obstáculo, la *Delaware* apagó el fuego de dos ó tres baterías que habia en la orilla opuesta, y entonces la flota ancló á poca distancia del sitio donde acababan de acampar las fuerzas de tierra. Á la mañana siguiente, 14 de marzo, habíase estendido una densa niebla sobre la tierra y el agua, pero como la flota federal no tenia ya que vencer mas obstáculos en su marcha, dirigióse inmediatamente hácia los fuertes Thompson y Ellis, que evacuaron los confederados acto continuo. Al aproximarse la flota al fuerte Lane, la última y mas fuerte defensa de Newbern por la parte del agua, se observó la mayor prudencia, por creerse que la lucha iba á ser sangrienta y obstinada; pero tambien lo evacuaron los separatistas sin oponer resistencia, y de este modo la flota federal pudo dirigirse directamente á los muelles para hostigar al enemigo en su retirada. Las obras de defensa de los confederados se componian de un fuerte parapeto que se corria en la distancia de milla y media desde el Neuse, cruzando la via fér-

1862.

1862.



rea hasta un pantano impenetrable que une á Newbern con Morehead-City; cerca del rio levantábase tambien una batería de trece cañones de grueso calibre, varios reductos, tres baterías de artillería de montaña y ocho regimientos de infantería, con un total de cinco mil hombres al mando del general Luis O' B. Branch.

El general Burnside se puso en movimiento á las siete de la mañana, y dirigiéndose á los atrincheramientos del enemigo, formó sus tropas en órden de batalla, y mandó romper el fuego. Una batería formaba el centro de los federales; la brigada del general Reno el ala derecha, y la del general Foster la izquierda, y en este órden comenzó el ataque con el mayor vigor. Las fuerzas federales eran tres veces mas numerosas que las confederadas, mas debe tenerse en cuenta que se habian de tomar fuertes atrincheramientos bien provistos de artillería, por cuya razon las pérdidas de los unionistas fueron mucho mayores. Despues de una hora de un nutrido tiroteo, el coronel Clark y el general Reno recibieron órden de avanzar sobre la empalizada, pero fueron rechazados vigorosamente; el capitán Frazer, herido en el primer encuentro, quedó prisionero, si bien consiguió escaparse poco despues, y entre tanto el regimiento de Rhode-Island, que atacaba á una batería de cinco cañones, se apoderó de ella á viva fuerza. Una vez dentro de la fortificacion, el coronel Clark formó su ala derecha en línea, y despues de haber desalojado al enemigo de su posicion, clavó su bandera en el parapeto. Por su parte el general Reno, que mandaba el ala derecha, viendo que perdía mucha gente por el nutrido fuego de una batería enemiga, hizo adelantar á los regimientos de Pennsylvania, Massachusetts y Nueva-York para que se apoderaran de ella, lo cual se consiguió muy pronto.

No siéndole posible al enemigo resistir por mas tiempo, el general Burnside hizo avanzar todas las fuerzas á fin de perseguirle; mas se habia emprendido la retirada tan precipitadamente, que cuando la vanguardia de los federales llegó á la orilla del Trent frente á Newbern, vióse que la ciudad estaba ardiendo por siete puntos distintos; el magnífico puente del camino de hierro se hallaba convertido en una inmensa hoguera, y las tropas confederadas, con todas las locomotoras que habia dentro y fuera de Newbern, se alejaban por la parte de Goldsboro. Los marinos unionistas consiguieron pronto apagar el fuego de algunos edificios, pero el puente, el mercado y una docena de casas, quedaron reducidos á cenizas. Los confederados se apoderaron de sesenta y nueve cañones, dos vapores, una considerable cantidad de víveres y material de guerra y unos quinientos prisioneros; las pérdidas se redujeron á cien muertos y quinientos heridos, contándose entre los primeros el teniente coronel Enrique Merritt, el mayor Carlos Le Gendre, el ayudante Frazer, y otros varios oficiales; los confederados no tuvieron sino doscientas bajas, sin contar sus prisioneros.

Dueño ya Burnside de Newbern, destacó al general Parke, en 20 de marzo, con su brigada compuesta de tres mil quinientos hombres á fin de que ocupara **1862.** á Morehead-City, lo cual se consiguió sin resistencia, y asimismo se tomó posesion de la ciudad mas importante de Beaufort, que se encuentra en aquel punto conocida con el nombre de Newport. Desde aquí dirigióse el general Parke al fuerte Macon, situado en una especie de isleta, y aunque era muy difícil acercarse á él por la parte de tierra, le puso sitio, hizo levantar varias baterías con cañones de grueso calibre, y rompió el fuego

desde una distancia de mil cien piés, en tanto que la flotilla, compuesta de tres cañoneras, contribuía eficazmente al ataque. En la tarde del mismo día en que empezó el fuego, y como quiera que los confederados contasen ya siete muertos y diez y ocho heridos, el coronel White, gobernador del fuerte, izó una bandera blanca, y al día siguiente se rindió con su guarnición compuesta de quinientos hombres. Washington, Plymouth y otras pequeñas poblaciones de la costa quedaron también ocupadas sin resistencia por los federales, que remontaron el río Chohan sin encontrar resistencia hasta llegar á Wilton.

El general Burnside dispuso que el general Reno pasara desde Newbern á la isla de Roanoke, y de allí marchara en dirección de Albermale Sound, siguiendo hácia el Norte á fin de sorprender á un destacamento separatista que debía trasladarse desde Elizabeth-City (ciudad de Isabel) á Norfolk; pero el coronel Hawkins, jefe de la vanguardia, equivocó el camino y tuvo que retroceder después de haber andado diez millas. Este fué un sensible contratiempo, pues al regresar los federales, rendidos de cansancio, encontráronse con el enemigo que buscaban, el cual, aunque mucho menos numeroso, estaba muy bien atrincherado en un punto conocido con el nombre de South Mills (Molinos del Sur). Al acercarse las tropas unionistas, saludáronlas con un nutrido fuego de metralla, y aunque atacaron al momento la posición, fueron rechazadas vigorosamente. Sin embargo, como el número de los unionistas era muy superior, consiguieron estos al fin desalojar al enemigo, quien no dejó en el campo sino algunos muertos, pero les costó perder ciento trece hombres, incluso el ayudante de zuavos Gadsden, que cayó mortalmente herido. El general Reno concedió á sus tro-

pas seis horas de descanso, y dispuso luego que se embarcaran. Como cerca del sitio en que se dió el combate se hallaba el pueblo de Camden, esta acción se conoce también con dicho nombre. La división del general Burnside, que nunca escediera de quince mil hombres, se hallaba entonces tan diseminada, por ser preciso atender á la defensa de muchos puntos importantes, que no le era posible tomar la ofensiva; y como por otra parte Burnside no tenía ya mucho que hacer en su departamento, el Gobierno de Washington le ordenó que marchase con el mayor número de tropas posible al fuerte Monroe, al que llegó tres días después.

El general Foster quedó encargado del departamento de la Carolina del Norte, con tropas insuficientes para defender las importantes posiciones que le confiara el general Burnside, pero en el otoño, habiendo recibido un refuerzo de varios regimientos, resolvió tomar la ofensiva, y al efecto se dirigió hácia Hamilton, donde esperaba destruir algunas cañoneras. Como no encontrase ninguna, prosiguió su marcha en dirección á Tarboro, con la intención de sorprender tres regimientos confederados apostados allí, mas habiendo sabido que estos acababan de recibir un refuerzo considerable, retiróse prudentemente, sin haber hecho otra cosa sino poner en libertad á una porción de esclavos.

Algunas semanas después, el general Foster salió de Newbern seguido de numerosas tropas con la intención de ocupar el camino de Goldsboro, pero al llegar á la ensenada del Sudoeste vió que se había destruido el puente, y que en la orilla opuesta se hallaba apostado un regimiento enemigo con tres piezas de artillería. Foster se apoderó de una de estas, desalojando á los separatistas, y continuó su marcha hácia Kiston, en cuyo

punto se habia fortificado el general confederado Evans, quien á su vez tuvo que abandonar la posicion despues de un empeñado combate. El general unionista avanzó desde luego hácia Goldsboro, aunque sin llegar á esta poblacion, pues acababan de concentrarse allí numerosas fuerzas confederadas, y en su consecuencia, despues de destruir el puente del Neuse, Foster se retiró rápidamente á Newbern. Sus pérdidas en esta expedicion ascendieron á noventa muertos, incluso el coronel Gray, cuatrocientos setenta y ocho heridos y nueve estraviados. Segun el parte oficial del general Smith, los confederados tuvieron setenta y uno de los primeros y doscientos setenta y ocho de los segundos. Con estos combates terminó en la Carolina del Norte la campaña de 1862.

Veamos ahora lo que hacia entre tanto el general Butler: este jefe, despues de la toma del fuerte Hatteras, marchó directamente al Norte, y obtuvo permiso del departamento de la guerra para organizar seis regimientos mas de voluntarios. Butler tuvo que luchar con muchas dificultades y contratiempos para conseguir esto, pero merced á su infatigable energía y actividad, pudo realizar sus fines, y cuando tuvo reunidos los seis mil hombres que necesitaba, destacó una parte de ellos, á las órdenes del general Phelps, previniendo á éste fuera á esperarle á Ship-Island (Isla de los Buques). Butler no queria marchar entonces porque acababan de surgir ciertas diferencias con el Gobierno de la Gran Bretaña, y deseaba saber cómo se resolverian. El haber sustituido Mr. Edwin M. Stanton á Mr. Cameron en el departamento de la guerra, retrasó tambien algun tanto la marcha de Butler.

Ship-Island está situada entre las embocaduras del Mississippi y de la bahía de Mobila; tiene siete millas de longitud por tres

cuartos de milla de anchura, y aunque su terreno es muy accidentado, posee un muelle muy bueno, espesos pinares y muchas corrientes. Abundan tambien allí las ostras y el pescado, y en invierno es el clima muy suave. Tal era el sitio donde desembarcó el general Phelps con su brigada, y una de sus primeras medidas fué espedir una proclama á los leales ciudadanos del Sudoeste, declarando que la esclavitud era incompatible con las instituciones libres y contraria á los principios establecidos por el Gobierno. De esta proclama se repartieron muchas copias en el territorio del Mississippi con el objeto de que aumentase la hostilidad contra la esclavitud.

Suponíase que apoderarse de Mobila era el objeto de la misteriosa expedicion del general Butler, pero nada se sabia de cierto sobre el particular, habiéndose averiguado tan solo que se trataba de conseguir otra vez la anexion de Texas. En una conferencia celebrada entre el Secretario de la Guerra, Stanton y el general Butler, se resolvió atacar resueltamente á Nueva-Orleans, y aun cuando al pedir su opinion al general Mc Clellan, manifestó éste que no se podria acometer semejante empresa con menos de cincuenta mil hombres, y que de poco servian los quince mil con que contaba Butler, oido luego el parecer del Presidente Lincoln, se acordó seguir adelante con el proyecto. Quince dias despues, el general Butler se puso en marcha para ir á inspeccionar el embarque de sus regimientos organizados en Nueva-Inglaterra, que componian un total de ocho mil quinientos hombres; Mc Clellan facilitó otros tres regimientos, y así pudo reunir Butler catorce mil cuatrocientos infantes, quinientos ochenta artilleros y doscientos setenta y cinco ginetes, á cuyo total de quince mil doscientos cincuenta y cinco, se espe-

raba agregar otros dos regimientos, con lo que se obtendría un ejército de diez y ocho mil hombres. El general Butler salió de Hampton Roads el día 25 de febrero, á bordo del vapor *Mississippi*, con su estado mayor, su esposa y mil cuatrocientos hombres, mas á la noche siguiente estuvo á punto de naufragar entre los arrecifes de la isleta de Hatteras, y al otro día varó en un banco de arena á cinco millas de tierra. El capitán, aturdido sin duda, ó bien porque no era entendido, equivocó las órdenes, y bien pronto se vió el buque en inminente peligro, pues empezó á llenarse de agua, mientras en la costa opuesta veíase al enemigo ocupar una fuerte posición, siendo de advertir que cualquier crucero que se hubiese acercado entonces, habría podido apoderarse fácilmente del vapor. Afortunadamente divisóse á poco una embarcación, que según se vió luego era la cañonera de los Estados-Unidos *Monte-Vernon*, perteneciente á la escuadrilla que bloqueaba á Wilmington, y enterado de lo acaecido su comandante S. Glisson, ofreció sus servicios al general Butler. Inmediatamente trasladáronse á la cañonera trescientos soldados, se arrojó al mar una gran cantidad de lastre, y por fin, cuando ya se creía perdido el buque, comenzó á soplar el viento, agitáronse las olas, se pudo sacar á flote el vapor, y remolcado por el *Monte-Vernon*, pudo anclar á media noche en Cabo Fear, donde se procedió á reparar las averías. Al cabo de un mes de su salida de Hampton Roads, llegó Butler al término de aquel viaje en que habían ocurrido tantas peripecias, y sin perder tiempo, celebró una conferencia con los capitanes de marina Farragut y Bailey y otros jefes militares que, conociendo bien el país, pudieron darle los informes que necesitaba. El general Butler nombró ingeniero jefe al teniente Godofredo Weitzel.

Reunido luego el consejo de guerra, se acordó que la flota atacase primeramente los fuertes que defendían el paso del Mississippi por mas abajo de Nueva-Orleans, y en su consecuencia se ordenó al capitán Porter que comenzara el bombardeo con sus veintiuna goletas; el capitán Farragut formaría la reserva con los buques mayores, sin entrar en fuego hasta tanto que se viera el resultado del bombardeo, y en el caso de no conseguirse nada con este, trataría de forzar el paso á fin de ahuyentar del río á la flota enemiga, aislar los fuertes, y avanzar hasta donde lo permitiesen las circunstancias. Tan pronto como el capitán Farragut hubiese pasado, el general Butler desembarcaría sus tropas detrás del fuerte San Felipe, tomándolo por asalto si era posible, mientras el ejército enemigo, que era probable no sospechase el ataque por aquel lado, se ocuparía solo de la flota. Una vez reducidos los fuertes, toda la expedición avanzaría sobre la ciudad de la manera que pareciese mas conveniente, y tomadas bien todas las disposiciones, el capitán Farragut se dirigió á la embocadura del río á fin de preparar su flota para el ataque.

Las fuerzas de tierra se organizaron en tres brigadas al mando de los generales Phelps, Williams y el coronel Shepley; cien carpinteros se ocuparon en construir las escalas de asalto; cien botes bien tripulados debían dirigirse al fuerte San Felipe, y á los seis días estaban embarcados ya siete regimientos con el tren de batir, esperándose solo la orden de marcha que debía dar el capitán Farragut. Sin embargo, los vientos huracanados y las mareas bajas impidieron á la flota maniobrar, y los buques mas grandes no pudieron atravesar la barra, de modo que el general Butler tuvo que desembarcar sus tropas y perder otros quince días antes de emprender las operaciones.

Entre tanto los separatistas, á quienes no se ocultaba que el enemigo proyectaba un ataque contra Nueva-Orleans, adoptaban todas las disposiciones que parecieron mas convenientes para oponer una enérgica resistencia, mas no podian disponer de muchas tropas porque una gran parte de ellas habia tenido que marchar al Tennessee para hacer frente á Grant y á Buell. Por fin, habiendo mejorado el tiempo, toda la flota federal atravesó la barra, y dos dias despues el general Butler se hallaba con sus ocho mil hombres en la embocadura del rio.

La ciudad de Nueva-Orleans, situada en la orilla izquierda del Mississippi, á cien millas de sus embocaduras, con su estensa sábana de agua conocida con el nombre de lago Pontchartrain, y el pequeño lago Borgne, que se estiende por la parte oriental, era á no dudar la ciudad mas grande é importante de la Confederacion (*). Nueva-Orleans tiene una poblacion de ciento setenta mil almas, y su comercio de esportacion era el mayor que se conocia en el mundo antes de comenzarse aquella guerra; hallábase virtualmente en el centro de la Confederacion, y sus inmensas riquezas y sus productos circulaban en todos sentidos, para atender á los gastos de las operaciones militares dispuestas por el Gabinete de Richmond. Los separatistas habian ido organizando poco á poco sus regimientos; pero cuando llegó la hora del peligro no todos se presentaron, de modo que para resistir á los invasores, con-

(*) El Mississippi está fortificado de tal modo que no lo podria atravesar fácilmente una flota enemiga: los fuertes Jackson y San Felipe están armados con ciento setenta cañones de grueso calibre, y hay en el rio una presa que dista solo un cuarto de milla de dichos fuertes é impide la navegacion por aquella parte: ninguna flota del mundo podria forzar esta presa en menos de dos horas, y en este tiempo los buques se verian espuestos al fuego cruzado de ciento setenta piezas de artillería de gran calibre, cargadas casi siempre con metralla enrojecida.

tábase con una escasa fuerza y aun esta muy mal armada y mal equipada.

El general Twiggs, que hasta algun tiempo antes estuvo encargado de la defensa de Nueva-Orleans, habia sido reemplazado por el general Mansfield Lovell, quien habia hecho dimision de un buen destino en Nueva-York para pasarse á los confederados.

Al encargarse del mando, Lovell vió que las obras de defensa eran mas pomposas que formidables: hacíase preciso, en primer lugar, defender los aproches por agua, es decir por los lagos Pontchartrain, Borgne, Barataria y Lafourche, tratándose de un enemigo que contaba con una gran fuerza naval, y aun era preciso fortificar el Mississippi para asegurar del todo la ciudad. No podia prescindirse de la artillería, y aunque es cierto que habia muchos cañones cogidos en el arsenal de Norfolk, la mayor parte de ellos, de escaso calibre, viejos y sin rayar, no satisfacian las exigencias del moderno sistema de guerra. Lovell, pues, telegrafió á Richmond, Mobila y otros puntos para que le mandaran el necesario tren de campaña, pero no obtuvo sino algunos cañones mas. Conociendo, sin embargo, mucho mejor que los jefes unionistas, lo crítico de su situacion, y persuadido de que el peligro era inminente por haberse concentrado las tropas enemigas en Ship-Island, Lovell hizo cuanto le era posible para corregir las faltas. Fortificó las paralelas lo mejor posible, pero no ocultándosele cuál era el verdadero punto por donde comenzaria el ataque, concentró principalmente todas sus tropas y medios de defensa en los fuertes Jackson y San Felipe, que desde la orilla opuesta dominan el paso del rio á setenta y cinco millas mas abajo de Nueva-Orleans. Además de atender á la defensa de estas fortalezas de ladrillo y tierra, bien construidas y artilladas, Lovell

y los demás jefes obstruyeron los aproches por agua con grandes troncos de árboles, fuertes maderos enlazados entre sí, y todo aquello de que se pudo echar mano para entorpecer la marcha de los buques; pidiéronse al gobernador de Louisiana diez mil hombres de milicia, de los cuales solo se facilitaron tres mil por haber ido los demás al Tennessee; publicóse la ley marcial en 15 de marzo, y el jefe separatista solo se ocupó entonces de la defensa por el Mississippi. Ya era tiempo.

Habiéndose construido una gran balsa con troncos de cuarenta piés de largo por cuatro ó cinco de ancho, se les sujetó por medio de cadenas á través del rio, precisamente bajo los fuertes Jackson y San Felipe, echándose encima una porcion de árboles cortados, anclas, etc.; pero por desgracia para los defensores de Nueva-Orleans, comenzaba la inundacion anual del Mississippi; la superficie de este rio se ensanchó, y de tal modo crecia la violencia de su corriente, que bien pronto las aguas arrastraron la balsa, las áncoras, los troncos y cuantos objetos entorpecian el paso. Á no mediar esta circunstancia, es de creer que el paso del Mississippi hubiera sido una verdadera dificultad para la flota federal. Lovell, no obstante, envió al coronel Higgins para que tratara de obstruir de un modo ú otro el paso del Mississippi, y en efecto construyóse otra balsa, y se echaron en el rio gran número de troncos y algunos barcos viejos unidos entre sí por cadenas, mas no se obtuvo tampoco ningun resultado; el rio siguió creciendo hasta dejar sumergidos todos los alrededores; las casamatas del fuerte Jackson quedaron cubiertas por diez y ocho pulgadas de agua, y solo se pudo impedir que esta llegase á los depósitos de pólvora, recurriendo á las bombas.

El comodoro Whittle habia reemplazado á Hollins en el mando de la flotilla, compuesta principalmente de dos grandes buques blindados, el *Louisiana* y el *Manassas*, que situados detrás de los fuertes debian contribuir á defender el paso, y de trece cañoneras, mas bien vapores de comercio, convertidos de pronto en buques de guerra. Además contábase con otros barcos pequeños que en caso necesario podian servir de brulotes. El general Duncan, á quien se habia encargado de la defensa de las costas, se ocupaba dia y noche en mejorar las fortificaciones, cuyo trabajo se terminaba cuando la flota federal apareció por primera vez.

La escuadra unionista se componia de cuarenta y siete buques bien armados, ocho de ellos corbetas; diez y siete cañoneras de vapor; dos goletas, y veintiun buques mas pequeños armados de morteros, reuniendo un total de trescientos diez cañones de gran calibre y muy buenos. El capitán Farragut, hombre enérgico, que contaba ya cincuenta y dos años en la armada, pues ya á los once empezó á servir en clase de guardia marina, se habia ocupado varias semanas, con sus oficiales, en preparar todo lo necesario para el combate, y así es que las hachas, las cuerdas, los cohetes y todo cuanto pudiera exigirse para un sitio en regla, se hallaba dispuesto y á mano para el ataque.

Al amanecer del dia siguiente, 18 de abril, se pusieron en movimiento las fuerzas federales: el plan del capitán Farragut era tan sencillo como atrevido; queria forzar el paso, aun cuando le costara la cuarta parte de su flota, y con la restante desembarcar debajo de los fuertes, mientras que las tropas del general Butler llegarían por el golfo, y unidades todas se dirigirían sobre la ciudad. Al efecto, Farragut formó con su flota dos divisiones: la de la derecha, que debia atacar

el fuerte San Felipe, y la de la izquierda el fuerte Jackson; la primera, á las órdenes del comodoro Bailey, constaba de seis cañoneras: *Cayuga*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo*, *Wissahickon*, y dos buques mayores, el *Mississippi* y el *Pensacola*; la de la izquierda, á las órdenes del capitán Bell, contaba otras seis cañoneras, *Scioto*, *Iroquois*, *Kennebec*, *Pinola*, *Itasca*, *Winona*, y tres buques, el *Hartford*, el *Brooklyn* y el *Richmond*. Otros cuatro buques menores con los morteros, conducidos por el capitán Porter, formaban la reserva. Á fin de ocultar el mayor tiempo posible la marcha de la escuadra, cubriéronse los buques con grandes ramas de árboles cuyo espeso follaje impedía que se pudieran distinguir bien, como no fuera desde los bosques que empezaban en las márgenes del río.

Á eso de las nueve de la mañana, y antes de que estuvieran en línea los buques donde iban los morteros, los cañones del fuerte Jackson rompieron el fuego, pero las balas cayeron á cien varas de distancia de la cañonera *Owasco* que iba de avanzada, mientras el capitán Porter, provisto de su antejo daba sus órdenes á fin de dirigir debidamente la puntería de las piezas. Á eso de las diez de la mañana se generalizó el fuego, y aunque á poco se vió que la corriente arrasaba tres balsas con sus cadenas, las cañoneras pudieron evitar el choque. Á las cuatro de la tarde, un vaporcito que se había puesto á disposición del general Butler, trajo la noticia de que el ejército acababa de llegar y de que un monitor había desmantelado al *Merrimac* en Hampton Roads; á las cinco, vióse que salían llamas del fuerte Jackson, donde seguramente se había declarado un incendio, y entonces cesó el fuego de los fuertes, precisamente cuando empezaba á oscurecer. El incendio del fuerte Jackson no

se apagó hasta eso de las dos de la madrugada. Al amanecer, sin embargo, las baterías de los confederados rompieron el fuego vigorosamente, y á las once y media de la mañana, una bala atravesó el casco de una de las goletas federales, que se fué á pique á los veinte minutos, en tanto que la *Oneida* recibió otros dos que desmontaron tres cañones hiriendo á nueve hombres. Por la tarde llegó el general Butler y fué á revisar la escuadra en un bote.

El bombardeo duraba ya tres días sin que se hubiese obtenido la menor ventaja, y en su vista el capitán Farragut reunió un consejo de oficiales, y oída su opinion, acordóse forzar el paso de los fuertes si era posible. Para esto era esencial cortar la cadena del puerto, y el capitán Bell se encargó de esta peligrosa misión sin llevar mas fuerzas que las cañoneras *Pinola*, *Itasca*, *Iroquois*, *Kennebec* y *Winona*. Esta difícil cuanto arriesgada operación se llevó á cabo, aprovechando la oscuridad de la noche, con el mejor éxito, aun cuando los cañones del fuerte hicieron fuego durante algun tiempo contra los atrevidos espedicionarios.

El bombardeo continuó aun dos días mas, para dar tiempo á que se reparasen dos cañoneras que estaban muy averiadas, pero al anochecer del día 24 ya había hecho Farragut todos sus preparativos, y se adoptó el plan siguiente. Los buques que llevaban los morteros, debían cubrir la marcha de la vanguardia haciendo un nutrido fuego; seis vapores pequeños, el *Harriet Lane*, *Westfield*, *Owasco*, *Clinton*, *Miami* y *Jackson*, debían situarse frente á la batería que estaba á la entrada del fuerte Jackson, y entre tanto el mismo capitán Farragut, con los tres buques mayores, el *Hartford*, el *Richmond* y el *Brooklyn* se estacionaria en la orilla oriental. El capitán Bailey recibió orden de atacar el

fuerte San Felipe con las cañoneras *Cayuga*, *Pensacola*, *Mississippi*, *Oneida*, *Varuna*, *Katahdin*, *Kineo* y *Wissahickon*, y se previno al capitán Bell que con la tercera división guardase el centro del río para atacar á la flota confederada. Dispuesto así el plan de batalla, el general Butler y su estado mayor pasaron á bordo del vaporcito *Sajon*; todos los oficiales de la flota ocuparon sus puestos, y la escuadra se puso en movimiento en medio de la oscuridad de la noche. La corriente era tan rápida y la atmósfera tan pesada, que los buques no podían recorrer sino cuatro millas por hora.

Poco después interrumpióse el silencio de la noche; se oyó una detonación, y un torrente de metralla, dirigido contra el fuerte Jackson, anunció á los separatistas que era llegada la hora del combate. Como los buques federales iban muy unidos, la *Cayuga* fué la primera cañonera que se vió espuesta al fuego de los fuertes, mas no quiso contestar, para que no conociese el enemigo su posición, y aproximándose al fuerte Felipe, pasó por debajo de sus cañones lanzándole de paso una andanada; las cañoneras *Pensacola*, *Mississippi* y *Varuna* seguían detrás, y de este modo pasó toda aquella división sin sufrir apenas averías.

El capitán Bell fué menos afortunado: la *Pinola*, *Scioto*, é *Iroquois* pasaron por delante de los fuertes sin sufrir apenas daño alguno, pero cuando la *Itasca* estuvo frente al fuerte San Felipe, cayó sobre ella una lluvia de balas, una de las cuales atravesó la caldera de vapor, inutilizándola completamente; la *Winona* no pudo cruzar sin una gran exposición, y la *Kennebec*, que se había enredado en el cable, perdió luego el rumbo y tuvo que volver á su primer anclaje.

Entre tanto el capitán Farragut que observaba atentamente todos los movimientos,

provisto de su antejo, había avanzado hasta situarse á un cuarto de milla del fuerte Jackson, y á eso de las tres de la mañana se generalizó el combate, no solo contra los fuertes, sino también contra la flota separatista, llamada de Montgomery. Poco después el fuego era espantoso por una y otra parte; los confederados habían sido sorprendidos y necesitaban algunos momentos para reponerse, mas una vez conseguido esto, defendiéronse con la mayor energía. Bien pronto se vió el río cubierto de restos de buques; una espesa humareda, que rasgaba de vez en cuando la llamarada de un cañonazo, envolvió todos los objetos, y después de dos horas de combate comenzó á reinar una espantosa confusión. Para dar una idea de ella, basta decir que el mismo capitán Farragut declaraba en su parte oficial que llegó un momento en que no pudo dar órdenes en medio de aquel indescriptible tumulto, en que los soldados se veían espuestos á tirar sobre sus mismos compañeros. El hecho es que ya al medio día la mayor parte de los buques unionistas habían forzado el paso. Unos treinta de ellos no podían maniobrar bien á causa de sus muchas averías; algunos tenían que ir remolcados, y de diez ó doce que se habían ido á pique, solo se veía el extremo de los mástiles en la superficie del agua. Los confederados perdieron cuatro buques, y seis quedaron en muy mal estado, contándose entre las tripulaciones treinta muertos y ciento diez y nueve heridos, incluso el médico de la armada. No pudo averiguarse entonces cuáles eran las pérdidas de los unionistas, porque estos quemaron varios de sus buques.

El general Lovell, que había presenciado el combate de la flota unionista con los fuertes y la flotilla confederada, viendo que la victoria se declaraba en favor del enemigo, montó á caballo y se dirigió rápidamente á

la ciudad á fin de prevenir al general Smith que se resistiese todo lo posible por la parte de tierra. Sin embargo, habia subido tanto el agua, que los cañones de los buques federales, podian dominar las fortificaciones, y reconociendo esto, tratóse de reunir mil voluntarios, que cercando la flota federal se lanzaran resueltamente al abordaje, pero no se ofrecieron sino ciento, y entonces se comprendió que una vez forzado el paso estaba perdida la ciudad. Persuadido tambien de esto el general Lovell, y despues de consultar con las autoridades, dispuso que se embarcasen en un vapor todos los víveres y municiones, y como una parte de la milicia se habia desbandado ya, dispuso que la que habia permanecido fiel marchase á Campo Moore, situado á setenta millas de la via ferrea de Jackson. Sin embargo, antes de abandonar la ciudad, el jefe separatista pegó fuego á todos los almacenes militares; incendiáronse los docks y los depósitos de algodón y carbon, así como tambien un gran número de buques, y hecho esto los confederados emprendieron la retirada por el camino de hierro.

Poco despues el capitán Bailey marchó á exigir la rendicion de la ciudad, mas como al llegar á las puertas le recibiese la multitud á silbidos, pidió que le escoltaran los principales ciudadanos hasta la Casa de la Ciudad. Al llegar á ella, Bailey exigió que se pusiese la bandera federal en todos los edificios públicos, mas habiendo manifestado el mayor Monroe que no tenia suficiente autoridad para hacerlo, envióse un parte al general Lovell, quien espuso á su vez que al evacuar la ciudad resignaba el mando en las autoridades municipales, y que por lo tanto podrian estas obrar como lo tuviesen por conveniente. El capitán Bailey volvió entonces á dar cuenta de su cometido, y entre tanto el

mayor Monroe, que se mostraba resuelto á no quitar la bandera del Estado, envió un mensaje al Consejo, que estaba en sesion, recomendándole se contestara al capitán Farragut, que no siéndole posible á la ciudad oponer resistencia alguna, se habia visto en la precision de ceder á la fuerza, mas que no debia entenderse por esto que renunciaba á su alianza con el Gobierno de la Confederacion. La conducta de las autoridades municipales pudo dar lugar á que ocurriera un conflicto, que felizmente se evitó. Algunas fuerzas, desembarcadas en Panzacola, izaron sin oposicion alguna la bandera federal en el Mint, y allí permaneció hasta que algunos jóvenes confederados la arrancaron de donde estaba, arrastrándola por las calles. El capitán Farragut habria podido exigir de la autoridad que volviera á colocarla, so pena de destruir á Nueva-Orleans, y aconsejó al mayor Monroe que lo hiciera, mas como éste se negara rotundamente, á fin de terminar de una vez tan enojosa cuestion, Farragut hizo desembarcar parte de sus tropas, y al fin se verificó la operacion, quedando este asunto concluido.

El general Butler, testigo de la victoria alcanzada por Farragut, fué á unirse inmediatamente con las tropas de tierra y con ellas se dirigió al fuerte San Felipe, situando sus fuerzas de modo que pudiera aislar las dos guarniciones. Por su parte, el comandante Porter, seguido de sus cañoneras, continuó el bombardeo, y luego envió una bandera de parlamentario, exigiendo la rendicion del fuerte, á lo cual no accedieron los sitiados. Sin embargo, al dia siguiente, 28 de abril, doscientos cincuenta hom- **1862.** bres del fuerte Jackson, á cuyo conocimiento llegó la toma de Nueva-Orleans, rehusaron batirse mas tiempo, y despues de clavar algunos cañones, se rindieron á los

destacamentos del general Butler. El teniente coronel Higgins, viendo entonces que todo estaba perdido, no vaciló en aceptar las condiciones de la capitulación ofrecida por el comandante Porter, y entregados los fuertes confiése al general Phelps su custodia, procediéndose desde luego á reparar los desperfectos causados por la artillería de la escuadra. Butler marchó desde luego con el general Williams á tomar posesion de los fuertes Pike y Wood, situados á la entrada del lago Pontchartrain, y seguido de dos vapores con dos mil hombres de tropas, dirigióse acto continuo á la ciudad (*). En las conferencias que entonces tuvieron lugar entre el jefe unionista, la municipalidad y el mayor Monroe, sostuvo el primero que Nueva-Orleans debia considerarse ya como una ciudad de los Estados-Unidos, en la que, vencida la rebellion, comenzaba á ejercer de nuevo su autoridad el Gobierno federal; pero Monroe, Mr. Soulé y la multitud, insistian en lo contrario, alegando que los federales no eran en su juicio sino unos invasores, y que antes de tomar medida alguna se debia consultar á los patrióticos ciudadanos del Sur. No siendo posible una avenencia, y despues de haber sabido por el capitán Farragut cuanto ocurrió en la ciudad al presentarse la flota por primera vez, Butler dispuso que desembarcasen sus tropas, las cuales avanzaron entonces, obligando á la colérica multitud á que dejara el paso libre á fin de que se formaran los regimientos. Butler y su estado mayor recorrieron despues las calles á pié, seguidos del regimiento de Massa-

(*) En el bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe, tuvieron los confederados once muertos y treinta y nueve heridos, y se les cogieron trescientos noventa y tres prisioneros, sin contar los del regimiento Chalmette que se rindió al capitán Bailey. Segun el parte oficial, parece que la verdadera pérdida de los federales ascendió á cuarenta muertos y ciento setenta y siete heridos.

chusetts, cuya música iba tocando un himno patriótico al que servian á veces de acompañamiento los silbidos de la multitud. Cuando hubo llegado Butler al edificio de la Aduana, dispuso que se situara convenientemente la artillería, acuarteló parte de sus tropas y volvió á bordo de su vapor.

Aquella misma tarde Butler acabó de redactar una proclama y la envió á la redaccion del *True Delta*, á fin de que se imprimiera y repartiase al público, pero como se negase á obedecer el editor, una compañía de soldados rodeó el edificio, y seis de ellos que eran cajistas se ocuparon en imprimir el escrito. El editor protestó contra esta violencia, pero entonces Butler suspendió la publicación del periódico, hasta que por último el dia 6 de mayo apareció en sus columnas la proclama. 1862.

El gran palacio de San Carlos se habia cerrado repentinamente, pero Butler lo mandó abrir para establecer en él su cuartel general, y despues invitó al mayor y á los miembros del Consejo á que pasaran á verle al siguiente dia. Hiciéronlo así en efecto, y el general les hizo presente que él era el dueño de la situacion, que tenia derecho para castigar á todo aquel que no reconociese su autoridad, y que si bien podia la multitud silbar y gritar, no debia sin embargo permitir que se cometiese ninguna violencia, pues de lo contrario haria uso de sus cañones para barrer las calles y castigar á los culpables. Costó algun trabajo persuadir de esto á los furiosos confederados, pero al fin entraron en razon: restablecióse el orden y no se cometió ningun ultraje ni violencia que mereciese castigo.

Para que se comprenda, sin embargo, hasta qué punto llegaba la exasperacion de los ánimos en la ciudad, citaremos un solo caso.

Las mujeres de Nueva-Orleans, es decir,

aquella parte de ellas que se titulaban señoras, eran ardientes partidarias de la Confederacion, y como las tendencias aristocráticas son mucho mas poderosas en el bello sexo que en los hombres, la esclavitud, por mas que rebajase á estos y degradara á las mujeres del Sur, era considerada por ellas como la primera patente de nobleza, y por esto querian conservarla, y no hubieran perdonado sacrificio alguno para conseguirlo. Decian en alta voz que si era necesario, estaban dispuestas á verter su sangre por la Confederacion; escitaban á sus amigos contra los federales, negándose á tener trato alguno con aquellos que no se alistaran en el ejército separatista; llegaron hasta el punto de insultarlos cuando no lo hacian así, y trataron con el mayor desprecio y desden á todos los oficiales y soldados unionistas. Constituia uno de sus principales adornos una banderita en miniatura con los colores de la Confederacion, y cuando encontraban á un oficial unionista en la calle, pasaban á la otra acera como para evitar su contacto, sin contar que si por casualidad se veian en la precision de hablar con alguno, usaban de un lenguaje tan insultante, que se necesitaba mucha paciencia para guardar las consideraciones que se merece el bello sexo. En Nueva-Orleans llegó hasta el caso de que una señora escupiese á la cara á dos oficiales que se paseaban tranquilamente por una calle, y este hecho, apurando la paciencia de los jefes unionistas, fué el que indujo al general Butler á publicar su famosa orden, cuyo contenido es el siguiente :

«Cuartel general del departamento de Nueva-Orleans, 15 de mayo de 1862.

» *Orden general, núm. 28.*

» Como quiera que los oficiales y soldados de la Union han sufrido repetidos insultos de

las mujeres (que se titulan señoras) de Nueva-Orleans, aun cuando se les ha tratado con la mayor finura y cortesía, he resuelto que en lo sucesivo, cuando una mujer insulte á cualquier oficial ó soldado de la Union, con palabras ó gestos, ó de otro modo cualquiera, sea tratada y considerada como una mujer pública.

» Por orden del mayor-general Butler,
» *C. Strong,*

» Jefe de estado mayor.»

Esta orden hizo poner el grito en el cielo, no solo al mayor Monroe y á sus amigos, sino tambien el gobernador de Louisiana, y á todos los separatistas en general, y hasta el mismo Lord Palmerston la censuró severamente en la Cámara de los Comunes. Agotada ya su paciencia por tantas provocaciones y enojosas polémicas, el general Butler se vió al fin precisado á encerrar al mayor Monroe en una prision, suprimiendo la municipalidad, y tambien tuvo por conveniente desterrar á Pedro Soulé, y dispuso que se encargase el coronel Shepley del mando militar de Nueva-Orleans.

Otro de los actos del general Butler, que escitó la mas severa censura por parte de sus enemigos, fué el siguiente. Guillermo B. Mumford, ciudadano de Nueva-Orleans, era el que habia conducido á las turbas para arrancar la bandera federal que ondeaba en el Mint, y este hecho habia ocurrido despues de la evacuacion de la ciudad por Lovell, y cuando esta estaba ya ocupada por las tropas unionistas. Semejante ultraje, aplaudido por el pueblo, hubiera justificado suficientemente una sangrienta represalia, tanto mas cuanto que las autoridades de Nueva-Orleans lo aprobaron tácitamente, permitiendo que el diario, *El Picayune*, elogiara el valor y patriotismo del hombre que habia llevado su arrojo hasta el punto de arrancar la bandera ene-

miga. Cuando la ciudad llegó á estar ocupada completamente, y la autoridad restablecida, el general Butler mandó arrestar á Mumford; formósele causa, y probado el delito de rebelion, se le sentenció á morir en la horca, lo cual se verificó al dia siguiente, aun cuando se dijo que Butler no se atreveria á tanto.

Ocupada Nueva-Orleans, y reparadas las fortificaciones, el comandante Porter volvió á Ship-Island con una parte de la flota; algunos buques se estacionaron cerca de Nueva-Orleans para atender á su defensa, y los demás, al mando del capitan Craven, marcharon á recorrer el rio. Baton Rouge, capital del Estado, fué tomada sin resistencia el dia 7 de mayo: el jefe militar rehusaba rendirse, pero el comandante Palmer desembarcó las fuerzas que llevaba en la cañonera *Iroquois*, tomó posesion del arsenal, y el capitan Farragut, que llegó poco despues, adoptó las disposiciones mas oportunas para conservar aquel punto.

La escuadrilla al mando del comandante Lee, no encontró oposicion alguna hasta llegar á Vicksburg, y cuando en 18 de mayo se intimó la rendicion, los defensores de la plaza se negaron á escuchar proposiciones en este sentido. Como los unionistas no contaban con fuerzas suficientes para comenzar el ataque, hubo que esperar la llegada de mas tropas, y en efecto, de allí á poco se presentó el capitan Farragut con cuatro mil hombres al mando del general Tomás Williams. Sin embargo, como Vicksburg es una plaza muy fuerte y estaba muy bien defendida, no se comenzó el bombardeo hasta que se presentó la flotilla del comandante Porter, pero aun con este refuerzo nada se pudo conseguir por ser muy formidables las baterías de los confederados. El 28 de mayo llegó el capitan Davis con su flotilla de

cañoneras, mas aun no era aquello suficiente para emprender el asalto, sobre todo si se atiende á que el general Williams tenia diariamente bajas en sus tropas por causa de las enfermedades, de tal modo que aquellas se habian quedado reducidas á la mitad. El capitan Farragut bombardeó entonces á Donaldsonville, desde cuyo punto hacian los confederados un fuego continuo contra los unionistas, y consiguió destruirlo en parte, pero como el rio iba bajando rápidamente, y esto era una gran desventaja para la flota, se levantó el sitio de Vicksburg en virtud de instrucciones recibidas de Washington, y el capitan Farragut volvió á Nueva-Orleans á fines de mayo con la mayor parte de los buques.

El general Williams desembarcaba entre tanto cerca de Baton Rouge con las tropas de su mando, y como circulaba el rumor de que los confederados proyectaban un ataque con numerosas fuerzas, Williams ordenó á sus oficiales que estuvieran alerta para no ser sorprendidos á la mañana siguiente. Los separatistas habian averiguado por sus espías que la mayor parte de los soldados de Williams estaban en los hospitales, y sin duda por esto intentaban dar un golpe de mano.

Los separatistas se acababan de concentrar en Tangipahoa, á sesenta millas al Noroeste de Nueva-Orleans, y sus fuerzas constaban de trece regimientos, en tanto que los federales solo contaban con nueve. El ejército confederado, al mando del general Juan Breckinridge, se formó en dos alas; la de la izquierda á las órdenes del general Daniel Ruggles, y la de la derecha conducida por el brigadier general Carlos Clarke, y el 25 de agosto atacaron estas fuerzas simultánea y vigorosamente á tres regimientos federales que ocupaban el

1862.

1862.

1862.

1862.

camino que conduce á Baton Rouge, obligándoles á retroceder despues de haberse apoderado de dos baterías. Una densa niebla impidió que se pudiese reconocer la posicion de los separatistas, y á esta circunstancia se debió tambien que el regimiento federal de Vermont hiciese fuego sobre el de Indiana, tomándole por enemigo. Las líneas de los unionistas se hallaban á dos millas del rio, y por esta razon las cañoneras no pudieron prestar entonces su auxilio. La batalla fué encarnizada por espacio de dos horas, durante las cuales el ala derecha de los confederados hizo retroceder al regimiento de Maine, apoderándose de su campamento en tanto que el general Clarke hacia un poderoso esfuerzo para flanquear la izquierda del enemigo y caer sobre su retaguardia. El general Williams, adivinando la intencion de su contrario, acababa de situar una batería, protegida por dos regimientos para rechazar el ataque, y merced á este movimiento fueron rechazados los separatistas por aquel punto con pérdidas considerables. Entre tanto el regimiento de Indiana se batia desesperadamente, pero la mayor parte de sus oficiales, incluso el teniente coronel Keith, el mayor Hayes y el ayudante Latham, habian muerto ó estaban mortalmente heridos. Al ver caer á Latham, gritó el general Williams: «¡Bravos compañeros, vuestros oficiales han muerto, pero yo ocuparé su lugar!» Así diciendo, lanzóse Williams en lo mas recio de la pelea, pero en el mismo momento, atravesóle el pecho una bala y quedó muerto en el acto.

El coronel Cahill se encargó entonces del mando; pero puede decirse que la batalla estaba ya ganada, pues los separatistas habian apurado todos sus esfuerzos sin conseguir su objeto, principalmente porque la cañonera *Arkansas* con cuya cooperacion contaban, y que llevaba á bordo ciento ochenta hombres,

no habia llegado á tiempo para contribuir al ataque, así como tampoco otras dos que la acompañaban. Merced á esta circunstancia, las cañoneras federales, *Kineo*, *Katahdin*, *Essex* y *Cayuga*, pudieron luego auxiliar á las tropas unionistas, tirando sobre el enemigo aun cuando se hallaba á una gran distancia. Breckinridge emprendió pues la retirada con una pérdida de trescientos hombres, incluso el general Clarke que estaba gravemente herido.

Además de los oficiales muertos, tuvieron los federales trescientas bajas, pero cogieron cien prisioneros.

Á la mañana siguiente, el comandante Porter, seguido de la cañonera *Essex*, de siete cañones, de la *Cayuga* y de la *Sumter*, salió en busca de la cañonera confederada *Arkansas*, mas como esta tenia averiada su máquina, no le era posible oponer gran resistencia, y así pues, cuando la *Essex* estaba á cuatrocientas varas de distancia, el teniente Stevens pegó fuego á la *Arkansas*, huyendo en los botes con la tripulacion. El comandante Porter permaneció en Baton Rouge hasta la evacuacion de las tropas federales que se concentraron luego para rechazar un proyectado ataque contra Nueva-Orleans.

Como los preparativos que habia hecho el general Butler, hacian perder á los confederados la esperanza de recobrar la ciudad, desistieron de su proyecto, resolviendo destinar á otro servicio las tropas que con este objeto tenian reunidas, y al saberse esto, dióse orden al general Weitzel para marchar á Lafourche, rico distrito que se halla situado al Sudoeste de Nueva-Orleans entre la ciudad y el golfo, á fin de restablecer allí la autoridad de la Union. En aquel distrito habia una gran riqueza; ejerciase en él principalmente la industria azucarera, y mas de la

mitad de su poblacion se componia de esclavos, pero su guarnicion militar siempre escasa, lo era entonces mucho mas por hallarse empleada en otro servicio. Merced á esta circunstancia principalmente, el general Weitzel, se apoderó sin dificultad de toda

1862. aquella region en 29 de octubre, despues de dos ó tres encuentros, en los cuales no sufrió grandes pérdidas. Todas las familias acomodadas huyeron al aproximarse el enemigo; pero los negros proclamaron alegremente á Weitzel como su libertador. El general Butler creyó de su deber secuestrar el distrito citado á fin de que no se destruyese la cosecha de caña de azúcar y pudiera utilizarse para remediar la miseria de muchos infelices, y á este efecto nombró una comision para que se encargase de la propiedad y se vendiera en pública subasta, destinando una parte á socorrer las necesidades de los leales ciudadanos, y otra á los gastos de campaña. Recobrados, pues, dos distritos principales, dispuso el Congreso que se procediera á la eleccion de dos representantes, y habiendo obtenido el mayor número de votos Mrs. Benjamin F. Flanders y Michael Hahn, tomaron asiento en la Cámara á principios de diciembre siguiente.

Hácia fines de noviembre, el general Butler supo por sus espías que se acababa de nombrar para reemplazarle en el mando al general Banks, quien segun era de creer se habia puesto ya en camino. Pocos dias antes de llegar esta noticia á conocimiento de los federales, los separatistas de Nueva-Orleans apostaban á que antes de terminarse el año seria llamado el general Butler por su Gobierno, y es de advertir que el Presidente de la Confederacion Mr. Jefferson Davis lo supo, no solo antes de nombrarse al general Banks, sino tambien antes que se le comunicara la orden al general Butler. Es de pre-

sumir que disgustado el ministro francés por la conducta del general unionista en Nueva-Orleans, influyera en este cambio; nosotros solo diremos que el nombramiento de Banks llevaba la fecha del 9 y no se le comunicó hasta algunas semanas despues.

El general Banks llegó á Nueva-Orleans en 14 de diciembre, donde fué recibido 1862. con todas las consideraciones que se merecia por su elevado cargo, y el dia 23, el general Butler se despidió de sus numerosos amigos para dirigirse á Nueva-York, mas no sin espedir antes una proclama al pueblo de Nueva-Orleans. Butler ignoraba seguramente que Mr. Jefferson Davis habia publicado otra el dia antes, tratándole de villano, de renegado y de enemigo de la humanidad. El Presidente de la Confederacion prevenia asimismo que si algun oficial confederado se apoderaba del general, lo mandara ahorcar inmediatamente sin formacion de causa, y encargaba igualmente que á todos los subordinados de Butler se les considerase como criminales (que solo merecian la pena de muerte (*). Mr. Ricardo Yeadon, de Char-

(*) La ejecucion de Mumford, el encarcelamiento de muchas personas que no se habian batido, la orden referente á las señoras de Nueva-Orleans y el secuestro en el distrito de Lafourche, ordenado por Butler, fueron las principales causas en que se fundó Jefferson Davis para publicar su proclama, cuyos articulos estaban concebidos en los siguientes términos:

PRIMERO. Todos los oficiales al mando de Benjamin Butler no serán considerados como militares, sino como criminales que merecen la muerte, y cuando alguno de ellos llegue á ser cogido, se procederá inmediatamente á su ejecucion.

SEGUNDO. Los oficiales auxiliares y agentes del ejército de Butler, se considerarán solo como ciegos instrumentos de aquel, y por lo tanto se les tratará, en caso de ser habidos, como prisioneros de guerra, enviándoles á sus casas bajo palabra de que no vuelvan á tomar las armas en favor de los Estados-Unidos.

TERCERO. Todos los esclavos cogidos con las armas en la mano serán sometidos á los autoridades para que se les juzgue con arreglo á nuestras leyes.

CUARTO. Lo mismo se hará con todos los oficiales de los

leston, puso una nota en esta proclama, ofreciendo una recompensa de diez mil duros por la captura y entrega del llamado Benjamin Butler, muerto ó vivo, á cualquiera autoridad confederada.

El general Butler habia tomado á Nueva-Orleans con trece mil setecientos soldados, y sin haber recibido refuerzos, ponía á disposicion de su sucesor diez y siete mil ochocientos hombres disciplinados convenientemente, incluso tres regimientos de negros y dos baterías servidas por los mismos. Además de esto acababa de remitir al Tesoro la suma de trescientos cuarenta y cinco mil

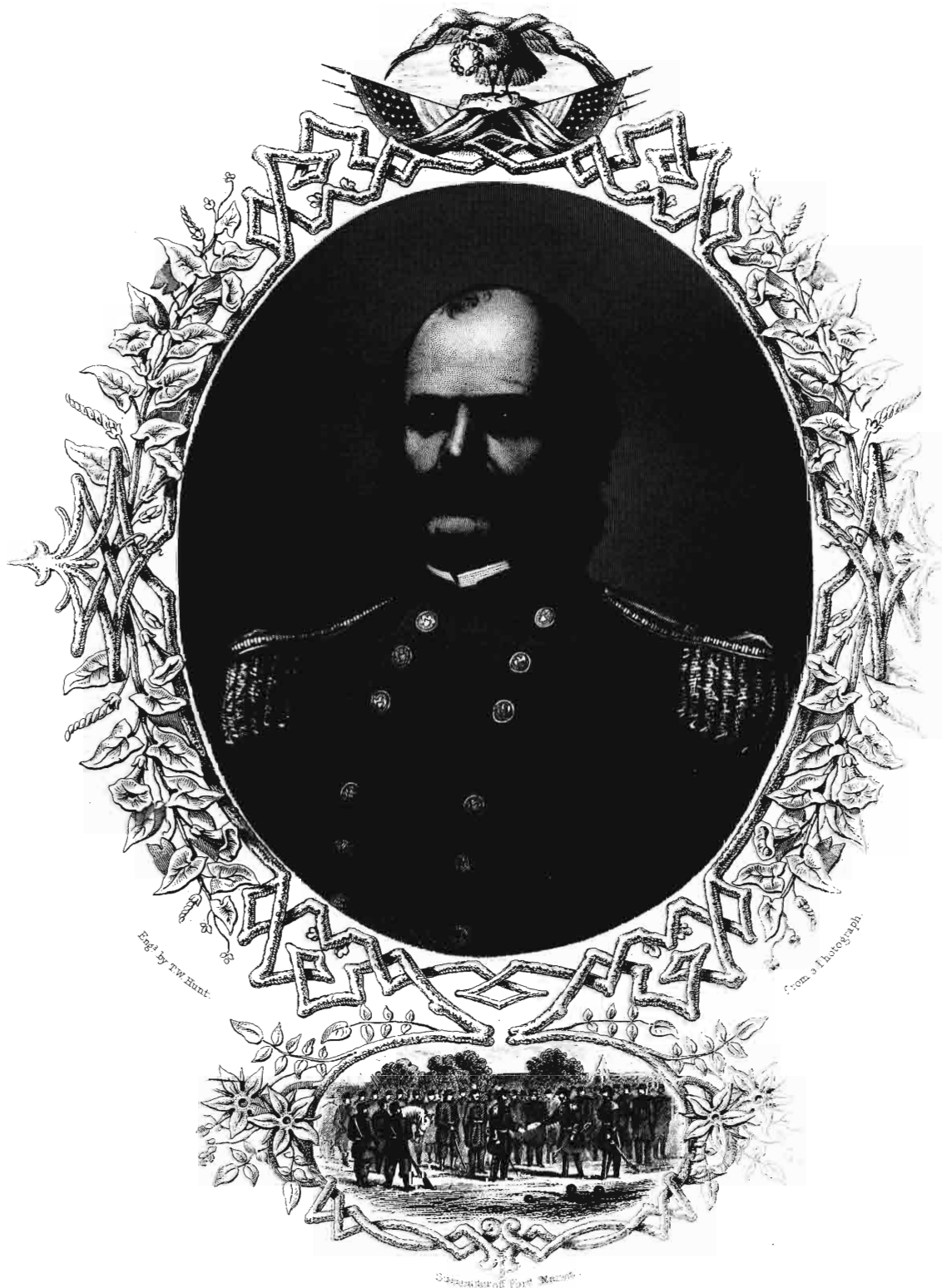
Estados-Unidos cuando promuevan alguna insurreccion entre los negros contra las autoridades de los diversos Estados de la Confederacion.

Firmado y sellado en Richmond, en 23 de diciembre de 1862.

Jefferson Davis.

duros, despues de gastar quinientos veinticinco mil para socorrer á los pobres de Nueva-Orleans, y el producto de los impuestos, multas y confiscaciones, que ascendia á un millon ochenta y ocho mil duros, habíase aplicado al servicio público. Inútil parece decir que el general Butler era odiado por todos los separatistas y sobre todo por aquellos extranjeros influyentes que, aunque consagraran sus recursos á favorecer la causa de la Confederacion, no habian tomado las armas y no merecian por lo tanto que se les tratara con la dureza con que les trató el general Butler.

Hemos dado ya cuenta de las principales operaciones en la Carolina del Norte y en el capítulo siguiente hablaremos de las de Virginia, que no dejaron de ser importantes por todos conceptos.



Engr'd by T.W. Hunt.

From a Heliograph.

Surrender of Fort Mifflin.

Major General Burnside.

APÉNDICE AL CAPÍTULO V.

BIOGRAFÍA DEL GENERAL BURNSIDE.

El general Ambrosio Everett Burnside, nació en Libertad, condado de la Union, en 23 de mayo de 1824. En 1842, á la edad de diez y nueve años, ingresó en la academia militar de West Point, donde se graduó en 1847, habiéndosele conferido despues el despacho de teniente segundo del cuerpo de artillería de los Estados-Unidos. En el mes de setiembre del mismo año, pasó al tercer regimiento para servir bajo las órdenes del capitán Bragg, quien fué mas tarde uno de los primeros generales de la Confederacion, y despues marchó con la division del general Patterson á Mexico donde permaneció hasta la conclusion de la guerra. En esta campaña tuvo que marchar muchas veces contra los indios de Nueva-México, y en agosto de 1849, distinguióse en una escaramuza con los Apaches, ocurrida en el sitio llamado de Las Vegas. Por su valor y arrojo en aquella ocasion se le ascendió á primer teniente.

En la comision elegida para fijar los limites entre México y los Estados-Unidos, Burnside fué nombrado inspector, y en 1851, siendo portador de unos despachos del coronel Graham al Presidente Fillmore, realizó el memorable hecho de haber recorrido á caballo, sin mas escolta que tres hombres, una distancia de mil doscientas millas, en solo diez y siete dias, atravesando una region poblada de indios hostiles. Burnside se encargó luego de la custodia del fuerte Adams, pero así como muchos de nuestros oficiales, era de carácter emprendedor, y no gustándole una vida tan poco activa, dimitió su cargo en 1853 para buscar en la carrera civil una ocupacion mas de su agrado.

Habiendo inventado al poco tiempo un nuevo rifle de los que se cargan por la culata, consagróse esclusivamente á perfeccionarlo durante la Administracion de Buchanan, pues el Secretario de la Guerra, Floyd, le habia prometido que lo adoptaria el Gobierno, si bien es verdad que aquel poco escrupuloso ministro hizo luego un contrato con otro inventor que le ofreció una parte en las ganancias, y por esta razon no adoptó el Gobierno el rifle de Burnside. Esto privó al futuro general de las utilidades que esperaba obtener, causando grandes pérdidas, pero en cambio su hermano tuvo mas suerte y fué favorecido por el Gobierno, quien le compró un considerable número de rifles.

Burnside desempeñó luego el cargo de Presidente de la Junta de ferro-carriles de Illinois, y entonces hizo que su esposa con quien se habia casado en Bristol, se traslada-

ra á Chicago, donde reanudó sus relaciones con el general Mc Clellan, asociado tambien en la Compañía del camino de hierro de Illinois. Burnside fué nombrado poco despues tesorero de esta, y se trasladó á Nueva-York, donde residía cuando el gobernador Sprague, de Rhode-Island, le invitó á encargarse del mando del primer regimiento de voluntarios de aquel Estado. Habiendo servido ya como mayor general de la milicia cuando se hallaba en Bristol, Burnside aceptó desde luego la oferta y marchó con su regimiento á Washington; durante los dias de ansiedad y alarma en que la capital estuvo en peligro, distinguióse, no solo por su actividad y energía, sino por lo bien que sabia disciplinar sus tropas. En la desastrosa batalla de Bull Run mandaba la vanguardia como brigadier general, dando pruebas de una gran intrepidez, y si todos hubieran seguido su ejemplo, acaso la derrota se hubiese convertido en una victoria. Supónese que él fué quien insistió en demostrar que el ejército del Potomac no reunia suficientes condiciones para atacar á un enemigo atrincherado.

Reconociendo el Gobierno desde luego el mérito de Burnside, confirióle á poco el grado de mayor general, y á no dudarlo no hubiera podido confiarse el mando de la tercera expedicion contra los separatistas á un hombre mas competente que él.

Burnside tiene todas las cualidades del héroe popular; alto, de agradable aspecto y marcial continente, es tan hábil jinete como valeroso guerrero, y todo en él revela un hombre enérgico y activo; aunque de afable conversacion y amigo de la sociedad, habla siempre con cierto énfasis, y al emitir sus opiniones parece que su único deseo es convencer y no buscar el aplauso de sus oyentes. Su frente despejada y su entrecejo dan á conocer al hombre de reflexion, y su prematura calvez, comunicando mayor gravedad á sus facciones, le dan un aire mas respetable; solo tiene treinta y ocho años, pero se le creeria de mucha mas edad.

El general Burnside se encargó en el mes de enero de 1862 del mando de la tercera expedicion que enviaba el Gobierno federal á la costa del Sur, y que terminó con la toma de la isla de Roanoke, Elizabeth-City y Newbern. Sabido es que entonces alcanzó una gran victoria, haciéndose acreedor á las consideraciones de su Gobierno.

CAPÍTULO VI.

1862.

OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA DURANTE EL AÑO 1862.

Debates sobre el plan de campaña.—Desacuerdo entre el Gobierno federal y el comandante en jefe.—Los caminos de Richmond.—Se acuerda que el ejército federal avance por la península.—Batalla de Kernstown.—El *Merrimac*.—El *Monitor*.—Combate del *Merrimac* con el *Monitor*.—El general Mc Clellan pone sitio á Yorktown.—La batalla de Williamsburg.—Combate de West Point.—Los separatistas evacuan á Norfolk.—Quejas de Mc Clellan.—Correspondencia de Mc Clellan con el Presidente.—Combate de Mc Dowell.—El general Banks es rechazado por los separatistas.—Jackson sorprende á Front Royal.—Retirada de Jackson.—Captura del coronel Kane.—Muerte del general Ashby.—Combate de Croos-Keys.—Jackson derrota á Tyler en Port Republic (Puerto República).—Heth derrotado por Crook en Lewisburg.—Apéndice al capítulo VI.—Biografía del comodoro Foote.

Ya hemos dicho que el Secretario de la Guerra, el general Simon Cameron, habia sido reemplazado en 13 de enero por el honorable Mr. Edwin, M. Stanton, abogado eminente, sin conocimientos militares y de limitada experiencia en los asuntos públicos, pero de una energía á toda prueba, y en extremo celoso en el servicio de la causa que defendia. Dos semanas despues de su nombramiento, es decir, el 27 de enero, el Presidente Lincoln espidió una orden disponiendo que el 22 de febrero siguiente se avanzase desde todos los puntos sobre el enemigo, y asimismo anunciaba que los Secretarios de la Guerra y de la Armada, con todos sus subordinados, así como el general en jefe y sus oficiales serian responsables de la pronta ejecucion de esta orden. Cuatro dias mas tarde se comunicó otra especial al general Mc Clellan, previniéndole que para el 22 de febrero, ó antes si era posible, pusiera en movimiento todas las fuerzas disponibles del ejército del

Potomac á fin de ocupar inmediatamente un punto en la via férrea del sitio conocido con el nombre de Confluencia de Manassas. Aunque firmaba esta orden el Presidente Abraham Lincoln, es de presumir que fué aconsejada por el nuevo Secretario de la Guerra, quien ya habia escitado al general Mc Clellan á que adoptase las disposiciones oportunas para restablecer las comunicaciones de Baltimore y Ohio, y obligar á los separatistas á retirar de las orillas de bajo Potomac las baterías que molestaban el paso de los buques. El Presidente habia encargado ya antes al general unionista que organizara su ejército en cuatro ó cinco distintos cuerpos, al mando de jefes de su eleccion, pero aquel manifestó que deseaba primero probar á sus oficiales para resolver despues quiénes serian los mas á propósito para desempeñar el mando. Al fin en 8 de marzo, el Presidente Lincoln espidió otra orden organizando el ejército del Po-
1862.
tomac en cuatro divisiones mandadas por

los generales Mc Dowell, Sumner, Heintzelman y Keyes, sin contar las fuerzas destinadas á la defensa de Washington, á las órdenes del brigadier general Jacobo Wadsworth, quien seguiria desempeñando el cargo de gobernador militar del distrito de Colombia, y un quinto cuerpo formado con las fuerzas del alto Potomac que estaria á las órdenes del general Nath'l P. Banks. El general Mc Clellan tomó entonces sus disposiciones para dar cumplimiento á la orden del Departamento de la Guerra.

Parece ser que el primitivo plan del general en jefe consistia en avanzar sobre Richmond por el Rappahannock, desembarcar en Urbana, y establecer en West Point, cerca del rio York, el centro de operaciones, proyecto que parecia mucho mas preferible al adoptado despues y cuyo objeto era elegir por centro el fuerte Monroe. Sin embargo, cualquiera de estos planes, ú otro que tuviese por objeto acercarse á Richmond por distinto camino que el del Norte, ofrecia el gran inconveniente de dividir y dispersar las fuerzas, dejando las metrópolis con sus grandes depósitos de armas, municiones y víveres á merced de los separatistas, que no dejarían seguramente de saquearlos y destruirlos si el gran ejército federal se dividia para concentrarse luego en la península de Virginia. Teniendo en cuenta estas razones, el Presidente, antes de aprobar el proyecto del general Mc Clellan le dirigió la siguiente carta:

« *Washington; Departamento ejecutivo.*

» *Febrero 3, 1862.*

»Muy señor mio: no somos del mismo parecer respecto á la direccion que debe seguir el ejército del Potomac; opinais que vaya por el Chesapeake y Rappahannock á Urbana, á fin de establecer el centro de operaciones cerca del rio York, pero yo creo seria

mejor que se encaminara directamente hácia la via férrea al Sudoeste de Manassas.

»Si contestais satisfactoriamente á las siguientes preguntas que os dirijo, adoptaré vuestro plan con preferencia al mio.

»Primera. ¿No costaria vuestro proyecto mucho mas *tiempo* y *dinero* que el mio?

»Segunda. ¿Cómo creeis la victoria mas segura, con vuestro proyecto ó el que propongo?

»Tercera. ¿Con cuál de los dos la creeis mas probable y útil?

»Cuarta. ¿No os parece que con vuestro plan nõ se conseguiria cortar del todo las comunicaciones del enemigo y con el mio sí?

»Quinta. ¿En caso de un desastre, no seria mas difícil una retirada con vuestro plan?

»Vuestro afectísimo;

» *Abraham Lincoln.*»

Estas preguntas no fueron contestadas directamente, pero en una estensa carta dirigida despues al Secretario de la Guerra, manifestábale el general Mc Clellan que la posicion de los confederados era muy fuerte; que los vados del Occoquan se hallaban muy bien defendidos por baterías ocultas, situadas en las alturas en medio de grandes atrincheramientos; que cuando el ejército federal avanzara desde Accotink á Occoquan, el ala derecha quedaria espuesta á ser atacada en Fairfax Station, Sangster's y Union Mills; que no seria conveniente dividir el ejército dejando una parte al frente de Centerville mientras el resto cruzaba el rio, y finalmente, que los caminos en aquel punto estarian intransitables aun por espacio de muchas semanas para el paso de las tropas, á causa de las lluvias y de las nieves. El general Mc Clellan terminaba su carta de este modo:

«Dando por seguro el éxito de las operaciones y el triunfo de las tropas federales, queda reducida la cuestion á saber cuál será

la importancia de los resultados obtenidos. Yo creo que estos se limitarían á posesionarnos del campo de batalla, á la evacuación de la línea del alto Potomac por el enemigo y al efecto moral de la victoria; importantes resultados, es cierto, pero que no son decisivos en estas guerras ni aseguran la destrucción del ejército enemigo, toda vez que este podría tomar otras posiciones y batirnos una y otra vez siempre que se lo permitiese el estado de sus tropas. Si no se hallara en disposición de aceptar la lucha fuera de los atrincheramientos de Richmond, sería muy difícil y enojoso seguirle allí, porque destruiría sus vías férreas, puentes y demás medios de comunicación en todo aquel país en que los caminos son malísimos, y es muy probable que nos viéramos obligados á trasladar á otro punto el teatro de la guerra, ó á buscar un camino mas corto para ir á Richmond con mucha menos fuerza y empleando mucho mas tiempo. De este modo también habríamos obligado al enemigo á concentrar sus fuerzas y perfeccionar sus medios de defensa, en aquellos puntos precisamente en que mas nos conviene cojerle desprevenido.

»Adoptando mi plan, seguiremos el camino mas corto que conduce á Richmond, llegando directamente al centro del enemigo, pues los caminos en aquella region son intransitables en todas las estaciones del año.

»El terreno es además mucho mas favorable que el que se halla frente á Washington, para las operaciones ofensivas, porque hay mas llanura, los bosques no son tan espesos, el terreno es arenoso y la primavera comienza dos ó tres semanas antes. Un acertado movimiento en aquella línea bastará para que el enemigo abandone sus atrincheramientos de Manassas á fin de cubrir apresuradamente á Richmond y Nor-

folk, y no puede prescindir de hacerlo, porque si nos permitiera ocupar el primero de dichos puntos, no le quedaria mas remedio, á fin de evitar su destrucción, sino derrotarnos en una batalla en que tomara la ofensiva. Si el movimiento que yo propongo obtuviese un buen resultado, caerian en nuestro poder la capital, las comunicaciones, los víveres del enemigo, Norfolk, las aguas del Chesapeake y toda la Virginia, viéndose entonces el enemigo en la dura precisión de abandonar el Tennessee y la Carolina del Norte. Así no le quedaba tampoco al enemigo mas alternativa que batirnos en una posición elegida por nosotros, dispersarse, ó pasar por las horcas Caudinas.

»Dado caso de que se nos derrotase en una batalla, podemos asegurar la retirada en dirección al fuerte Monroe con nuestros flancos protegidos por la flota, y durante la marcha, el izquierdo estará escudado por el río, y en cuanto al derecho también está seguro, porque el enemigo se hallará demasiado distante para alcanzarnos á tiempo.»

Pasaron algunos días antes de que el Presidente tomara en consideración estas observaciones, á pesar de que se necesitaba tiempo y hacer grandes gastos para transportar por agua tan numeroso ejército. El Subsecretario de la Guerra, Juan Tucker, fué el encargado de llenar este servicio, y recibida la orden, en poco mas de treinta días, hizo transportar desde Perryville, Alejandría y Washington, al fuerte Monroe ciento veintiun mil quinientos hombres, catorce mil quinientas noventa y dos cabezas de ganado, mil ciento cincuenta wagones, cuarenta y cuatro baterías, y setenta y cuatro ambulancias, además de los pertrechos militares, telégrafos, barcas y todo el inmenso material de guerra que se necesitaba

para emprender una campaña semejante.

La causa de haber combatido Mc Clellan el primer plan propuesto por el general Lincoln, era principalmente el haber creído que las fuerzas de los confederados no bajaban de ochenta á cien mil hombres, con trescientas piezas de artillería, si bien, los que deseaban que se diera un golpe decisivo, insistían en asegurar que el ejército enemigo solo constaba de sesenta mil hombres ó acaso menos (*).

Como el general Beauregard tenía que ir á encargarse del mando del ejército del Oeste, confirióse el de Virginia al general José Johnston, quien desde luego comenzó á evacuar tranquila y cuidadosamente sus cuarteles de invierno, de tal modo que ya el 8 de marzo se había situado detrás del Rapidan,

1862. sin dejar detrás de sí nada que pudiera ser de alguna utilidad á los federales. Este atrevido cuanto peligroso movimiento de tropas se llevó á cabo de una manera tan admirable, y tan mala era por otra parte la policía secreta de Mc Clellan, que, según parece, nada supo el general hasta el día después de haber quedado terminada la evacuación. Cuando llegó esta noticia á conocimiento del general en jefe del ejército federal, dispuso que éste avanzara sobre Centerville y Manassas, por no haber llegado aun los transportes que debían conducir las tropas al Chesapeake, y también con el fin de acostumbrar á sus soldados á las marchas y contramarchas y á la vida del campamento. La vanguardia de caballería, al mando del coronel Averill, llegó al día siguiente á las desiertas líneas de Cen-

terville, abandonadas por el enemigo, y como era de esperar, no había allí confederados ni se encontraron tampoco, hasta dar vista á un punto llamado Warrenton Junction (confluencia del Warrenton), donde el general Stoneman, que mandaba la caballería, descubrió una numerosa fuerza de confederados, y volvió grupas sin querer atacarles. El grueso del ejército unionista regresó al Potomac en 11 de marzo, en cuyo día el Presidente espidió otra orden relevando al general Mc Clellan del mando de todos los departamentos militares excepto el del Potomac, y disponiendo que la autoridad del general Halleck se extendiera al valle del Mississippi y á la línea Norte y Sur de Knoxville, donde debería crearse un nuevo departamento llamado de la *Montaña*, del que se encargaría el general Fremont.

1862. Á no dudarlo, esta orden indicaba claramente que Mr. Lincoln no tenía absoluta confianza en su general en jefe: por nuestra parte solo diremos que si bien es cierto que el jefe de un gran ejército que operara contra Richmond no podía dirigir debidamente los movimientos de otras tropas diseminadas por todo el país, ni aun recurriendo á las comunicaciones telegráficas, no lo es menos que hubiera sido ventajoso que una sola cabeza dirigiera todas las operaciones militares, saliendo responsable de la distribución y concentración de las fuerzas. Un Secretario de la Guerra, por muy inteligente y entendido que sea, tiene que atender á demasiados asuntos para desempeñar á la vez el cargo de generalísimo.

Dos días después, celebraron los jefes militares una conferencia en Fairfax-Court-House, y se acordó, por razones que ignoramos, desembarcar el ejército federal en Old Point Comfort, entre los ríos York y James, y no en Urbana como se había dispuesto al prin-

(*) Al hablar sobre este punto los escritores del Sur y los oficiales ingleses que sirvieron en el ejército separatista ó fueron á visitarle durante aquella campaña, aseguran unánimemente que las fuerzas efectivas de los confederados durante aquel invierno apenas ascendían á cincuenta mil hombres.

cipio. Esta desgraciada resolución (*), y la llamamos así por los infelices resultados que tuvo, fué comunicada inmediatamente al Departamento de la Guerra, que trasladó al general Mc Clellan una orden concebida en estos términos:

«*Departamento de la Guerra,*
marzo 13, 1862.»

» Al mayor general Mc CLELLAN.

» Habiendo tomado en consideracion el Presidente el plan de operaciones que habeis concertado con los diversos jefes del ejército, ha tenido á bien aprobarlo, aunque previniendo se observen las siguientes instrucciones:

» Primero. Dejar en la confluencia de Manassas el número de fuerzas suficientes para que el enemigo no pueda recobrar de ningun modo este punto.

» Segundo. Protejer convenientemente á Washington.

» Tercero. Marchar con el resto de las fuerzas por el Potomac y establecer un nuevo centro de operaciones en el fuerte Monroe ó el punto que pareciere mas oportuno, á fin de que sea posible luego perseguir al enemigo.

» *Edwin M. Stanton,*
» Secretario de la Guerra.»

(*) Parece que este acuerdo tenia por objeto:

Primero. Neutralizar el auxilio del buque de guerra enemigo, llamado *Merrimac*.

Segundo. Facilitar los medios de trasporte al nuevo centro de operaciones.

Tercero. Reunir una fuerza naval bastante poderosa para apagar el fuego de las baterias enemigas en el rio York.

Cuarto. Dejar en Washington el necesario número de fuerzas para protejer la ciudad en caso de ataque.

Los fuertes situados á la orilla derecha del Potomac deberian guarnecerse fuertemente, ocupando asimismo los de la izquierda, y de este modo se tendria en frente de Virginia una línea de veinticinco mil hombres al mando de los generales Keyes, Heintzelman y Mc Dowell. Cuarenta mil hombres bastarian para la defensa de la ciudad.

En cumplimiento de lo que se le prevenia, Mc Clellan dispuso que el general Banks marchase con dos divisiones desde el valle de Shenandoah á Manassas, á fin de atrincherarse y reparar las vias férreas y puentes, ocupando á Warrenton y dejando en Winchester dos regimientos de caballería.

Banks habia ya hecho atravesar el Potomac por Harper's Ferry al regimiento de Pennsylvania, á las órdenes del coronel Geary, y bien pronto se apoderó de Bolivar, Leesburg, Charlestown, Martinsburg y las alturas de Loudon, obligando á los confederados á retroceder hasta Winchester, cuya poblacion evacuó Jackson sin disparar un tiro, en 19 de marzo. El general Shields le persiguió hasta Newmarket, pero en **1862.** controlé allí fuertemente atrincherado y con ánimo de aceptar el combate, por cuya razon retiróse rápidamente, perseguido á su vez de cerca por la caballería de Jackson mandada por Turner Ashby. En la tarde del 22 de marzo, y habiendo destacado el general Banks una division en direccion á Centerville, los espías de Jackson le anunciaron que Shields solo contaba entonces con cuatro regimientos que seria fácil destruir, y en su consecuencia, Ashby recibió la orden de atacarle, lo cual hizo resueltamente. En la escaramuza que se siguió, un fragmento de metralla fracturó el brazo al general Shields, y recibió otras dos heridas de tal gravedad en la espalda, que se vió en la precision de retirarse del combate. Segun parece, Jackson contaba con tres mil ochenta y siete infantes, veintisiete cañones y doscientos noventa ginetes, y el general Shields con seis mil hombres de infantería, setecientos cincuenta de caballería y veinticuatro piezas, cuyas fuerzas se hallaban situadas á tres millas de Winchester y á media de un pueblecillo llamado Kernstown.

El general Banks habia permanecido con Shields hasta las diez de la mañana del domingo 23 de marzo, en cuyo dia, habiéndose practicado un cuidadoso reconocimiento, sin descubrir de frente mas que á la caballería de Ashby, creyóse que Jackson no contaba con suficientes fuerzas para arriesgar un ataque, ó no lo creia conveniente, y por lo tanto Banks marchó á Washington por la via de Harper's Ferry. Antes del medio dia, no obstante, el coronel Kimball avisó á Shields que acababa de descubrirse una batería enemiga apoyada por fuerzas considerables de infantería, y con este motivo dióse orden de avanzar á la brigada de Sullivan á fin de que auxiliara á Kimball, y la artillería federal rompió entonces el fuego contra dos baterías del enemigo, pero á tal distancia que no resultó ninguna pérdida. Al poco tiempo, sin embargo, se presentaron numerosas tropas de Jackson é hicieron un esfuerzo para sorprender el ala izquierda de los federales, mas la brigada de Sullivan opuso una enérgica resistencia, y aun cuando Jackson reforzó su izquierda con dos baterías mas y parte de la reserva, llegó oportunamente la brigada de Tyler con cuatro regimientos. Siendo ya los federales mucho mas numerosos que los separatistas, fuéles preciso á estos retroceder hasta la posicion que ocupaban antes, donde se trabó un encarnizado combate. El fuego era mortífero, pero la vanguardia unionista cargó con tal ímpetu, que al fin desalojó á sus contrarios de sus posiciones, apoderándose de dos piezas y muchas armas. Merced á la oscuridad de la noche, los separatistas, que se retiraban en buen orden, no pudieron ser perseguidos.

Jackson atribuyó en parte su derrota á un error del general Garnett, quien dispuso la retirada en vez de hacer frente al enemigo,

pero el verdadero error fué de Jackson por haber aceptado el combate cuando apenas contaba con cinco mil hombres, mientras el enemigo disponia de once mil. Las pérdidas de los confederados ascendieron á unos ochenta muertos, trescientos cuarenta y dos heridos y doscientos sesenta y nueve estraviados, la mayor parte de ellos prisioneros, lo que hace un total de seiscientos noventa y uno; los federales tuvieron ciento tres de los primeros, incluso el coronel Murray, cuatrocientos cuarenta y uno de los segundos, y veinticuatro de los terceros.

Persuadido el general Shields de que Jackson recibiria bien pronto refuerzos, envió á buscar la division de Williams, mas el general Banks, á quien ya se habia dado cuenta de la batalla por telégrafo desde Winchester, se habia anticipado á esta orden, y él mismo fué á reunirse con Shields á la mañana siguiente á fin de perseguir á Jackson, pero ya era demasiado tarde.

Hemos visto que el consejo de oficiales del general Mc Clellan habia acordado en 13 de mayo no desembarcar en Urbana por el Rappahannock, y avanzar sobre Richmond por West Point, estableciendo cerca del rio York el centro de operaciones. Esta malhadada resolucion dió lugar á un desastroso combate naval en Hampton Roads, combate que seguramente hubiera podido evitarse, y con él sus funestas consecuencias. Ya hemos hablado del cobarde abandono del arsenal de Norfolk por un oficial unionista, al principiarse la lucha, y ahora recordaremos que entre los buques que allí quedaron en poder del enemigo contábase la fragata blindada *Merrimac*, que aunque sumergida en parte por orden del capitán Mc Cauley, fué sacada á flote por los separatistas, quienes resolvieron comenzar con ella sus operaciones navales. El ingenie-

ro Williamson, y el constructor de la armada Porter, juntamente con el teniente Brooke, convirtieron luego este buque en una terrible máquina de destrucción; y aquí nos parece oportuno dar una cuenta detallada de este hecho y de sus consecuencias, porque seguramente inauguró una nueva era en la marina de guerra.

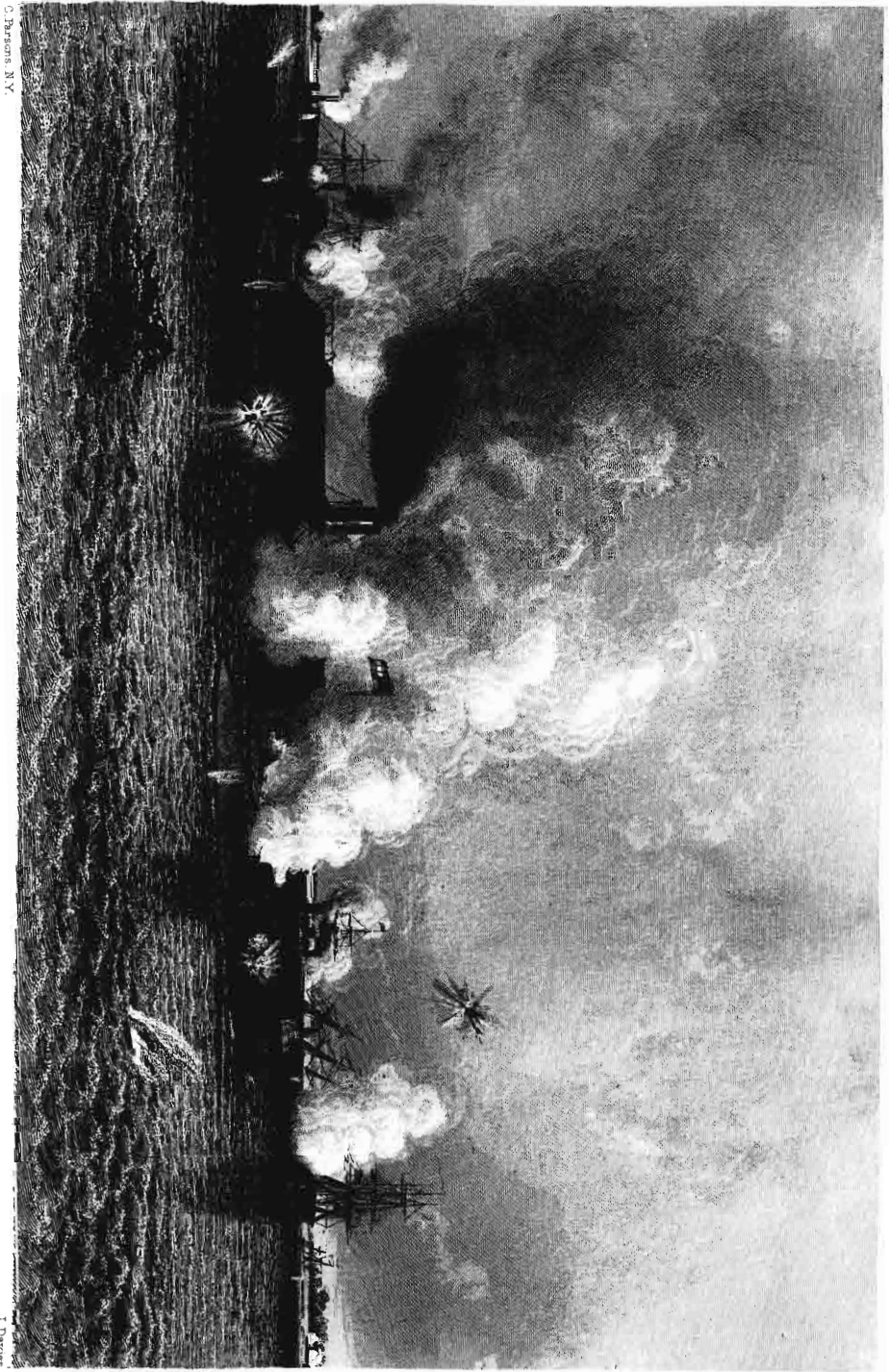
Los federales, que se habían creído dueños absolutos de las aguas, supieron luego de pronto que un extraño buque llamado el *Merrimac* había salido del fuerte Norfolk, sembrando el terror por todas partes, si bien tuvo que ceder luego á otro rival digno de él llamado el *Monitor*. El *Merrimac* llevaba cañones Armstrong de á ciento, sin contar otras piezas de menor calibre, y su proa estaba armada de un gran espolon de

1862.

hierro como las antiguas galeras. El 8 de marzo, salió el *Merrimac* de Rio Isabel escoltado por varias cañoneras blindadas, y se dirigió á la entrada del rio Jacobo, en el cual hallábanse dos viejas fragatas de vela de la marina federal, llamadas *Cumberland* y *Congreso*. Estos dos buques hicieron fuego con todos sus cañones contra el inesperado enemigo que se aproximaba, mas no consiguieron causarle daño alguno, pues las balas resbalaban en una especie de escudo de hierro, que ligeramente inclinado, le protegía perfectamente. El *Merrimac* continuó entonces su marcha, aunque con lentitud, y cuando estuvo bastante cerca, clavó su espolon en el costado del *Cumberland*. El choque, por mas que parezca extraño, no se sintió apenas en ninguno de los dos buques, pero había bastado para herir de muerte á la fragata federal que comenzó á sumergirse magestuosamente, arrebatando consigo doscientos hombres de su tripulación, que hasta el último instante habían estado haciendo fuego con su poderosa

artillería. Aquel fué un espectáculo imponente, pero en tan terrible choque habíase roto el espolon del *Merrimac*, y sin duda por esta razón, en vez de hacer lo mismo con el *Congreso*, limitóse á romper contra la fragata un fuego tan nutrido, que al poco tiempo vióse precisada á desplegar todas las velas para escapar. Llena su cubierta de muertos y moribundos, encalló luego cerca de la orilla, en el momento en que se declaraba el fuego á bordo. Al emprender la persecución para coger algunos prisioneros, los marinos del *Merrimac* quedaron espuestos á un mortífero fuego de fusilería, que partió de la costa, y una bala hirió á su intrépido capitán Mr. Buchanan.

Entretanto la escuadra de los federales, reunida en Hampton-Roads, se había puesto en movimiento para ir en auxilio de los buques que se hallaban en el rio Jacobo; pero aquella no podía servir de mucho, pues no constaba sino de tres fragatas, de las cuales solo la *Minnesota*, que era de hélice y de las mismas dimensiones que el *Merrimac*, se hallaba en estado de oponer alguna resistencia. Las otras dos, la *Roanoke*, también fragata de hélice, pero que había perdido parte de su arboladura, y la *San Lorenzo*, vieja fragata de vela, no servían absolutamente para nada, y no es de extrañar por lo tanto que después de haber hecho estos dos buques esfuerzos infructuosos para trasladarse al lugar del combate, tuvieran que volver al punto donde se hallaban anclados. En cuanto á la *Minnesota*, que acaso hubiera podido hacer frente al *Merrimac*, no con su artillería, sino aprovechándose de su ligereza para abordar al enemigo, navegaba tan mal cuando no tenía bastante agua bajo la quilla, que no tardó en hallarse en una posición muy crítica y espuesta á los mayores peligros. Es indudable que si en



C. Parsons, N.Y.

COMBATE MARITIMO DE MONROVIA Y DEL MARIPOSA.

aquel momento hubiera llegado el *Merrimac*, la *Minnesota* habria sufrido la misma suerte que el *Cumberland* y el *Congreso*; mas la tripulacion del buque enemigo, queriendo sin duda vengar á su capitan, permaneció cañoneando el campamento y baterías de Newport-News, de donde habia partido la bala que hirió á Mr. Buchanan, y poco despues penetró en Norfolk, cuando ya era de noche, con la intencion, á no dudarlo, de terminar al dia siguiente su obra destructora. Al otro dia, sin embargo, llegó el *Monitor*, que segun veremos era un digno rival del *Merrimac*, y aquí nos parece oportuno hacer una descripcion del *Monitor*, que seguramente no dejará de interesar á nuestros lectores, ayudándole á comprender bien la estructura de aquel estraño buque, pero perdónesenos el hacer uso de una comparacion muy familiar. Pocas personas habrá que no hayan visto esos bizcochos cilindros llamados de Saboya, cubiertos de una capa de chocolate, y que constituyen uno de los principales adornos de las pastelerías; ahora bien, figúrese el lector uno de esos bizcochos colocado verticalmente en el centro de una bandeja oblonga, y podrá formar una idea exacta del aspecto exterior del *Monitor*. El bizcocho de Saboya, á que aludimos, es una torre de hierro con dos aberturas por las cuales asoman la boca sus dos enormes cañones, pero es de advertir que dicha torre es giratoria, y por lo tanto tiene la propiedad de dar vueltas sobre su eje por medio de un aparato muy ingenioso, de manera que puede dirigir sus piezas á cualquier punto del horizonte. En cuanto á la bandeja oblonga, es una especie de cubierta que está casi á flor de agua y que contiene la máquina, las municiones, la tripulacion, etc. Desde lejos no se ve mas que la torre, y esta torre flotante, de un aspecto tan estraño, fué la pri-

mera cosa que llamó la atencion del *Merrimac* y sus compañeros, cuando en la mañana del 9 de marzo volvieron para concluir con la *Minnesota*, siempre embarrancada, y continuar de paso su obra destructora. Los dos buques confederados, el *James-Town* y el *York-Town*, avanzaron los primeros hácia el *Monitor* con esa curiosidad que naturalmente suelen sentir todos ante un peligro desconocido, mas no tuvieron que aguardar mucho tiempo, pues bien pronto brillaron dos relámpagos en la torre, y dos balas de á ciento veinte pasaron silbando junto al *James-Town* y el *York-Town*. No fué necesario mas para que retrocedieran los dos buques, pero el *Merrimac*, reconociendo al momento con quien tenia que habérselas, salió valerosamente al encuentro de aquel adversario, que seguramente no esperaba hallar á su paso. Entonces comenzó aquel duelo terrible de que tanto se ha hablado, y que segun parece hará una gran revolucion en el arte naval. Ambos adversarios conocieron sin duda que era necesario batirse de cerca, mas aun cuando no se hallaban sino á unos cuantos metros de distancia uno de otro, parecian igualmente invulnerables, pues las balas, por mas que algunas de ellas pesaban ciento veinte libras, y las de Armstrong, de ciento, eran cónicas, rebotaban ó se aplastaban sin dejar mas que lijeras señales en aquellas terribles máquinas de guerra. Entonces el *Merrimac*, queriendo aprovecharse de su gran masa, trató de echar á pique á su adversario abordándole violentamente por uno de sus costados, pero no podia tomar ímpetu, mientras el *Monitor*, muy corto y ágil, y dirigido con mucha destreza, daba vueltas al rededor de su enemigo, evitando los golpes con una rapidez á que no podia alcanzar el *Merrimac* por su escesiva longitud. Nada mas curioso

que ver aquellos dos extraños buques dando vueltas el uno al rededor del otro, ansiando encontrar un punto débil para lanzar en seguida á boca de jarro uno de sus enormes proyectiles. La lucha se prolongó así sin resultado aparente por espacio de algunas horas: una sola vez el *Merrimac* dió un golpe con su proa en el costado del *Monitor*, pero este no hizo mas que girar sobre sí mismo sin que le dejara apenas mas que una ligera señal el formidable choque del *Merrimac*. El cansancio y la fatiga pusieron al fin un término á la terrible lucha; los confederados volvieron á Norfolk, y como el *Monitor* quedaba dueño del campo de batalla, salvóse la *Minnesota* y toda la escuadrilla de Hampton Roade: el pigmeo se habia resistido al gigante, mas faltaba saber si este haria otra tentativa cuando se tratase de alguna empresa de importancia, por ejemplo, oponerse al desembarco de un ejército invasor en vez de tratar de destruir uno ó dos buques de guerra.

En este memorable combate sin embargo, no dejaron de causarse algunas averías los dos encarnizados combatientes, pues la torre del *Monitor* recibió nueve balazos y uno de estos hizo saltar varios fragmentos de cemento que hirieron al teniente Worden en la cara, y uno de los tres hombres que manejaban la torre giratoria, quedó tambien ligeramente herido. La proa del *Merrimac* quedó torcida y tronchado su palo mayor, contándose además en su tripulacion dos muertos y ocho heridos. Los federales perdieron por su parte, á consecuencia de la destruccion de los buques *Cumberland* y *Congreso* unos cuatrocientos hombres, incluso veintitres prisioneros que se llevó la cañonera *Beauford*.

El general Mc Clellan salió de Washington el 1.º de abril y llegó al dia siguiente á

la fortaleza Monroe con cincuenta y ocho mil hombres y cien piezas de artillería, sin contar las fuerzas del general Wool encargado de la custodia de la fortaleza. 1862.

El general Magruder que defendia á Yorktown, sin mas fuerza que once mil hombres de tropas confederadas, parte de las cuales tenian que guarnecer á Gloucester Point, Yorktown y Mulberry-Island, vigilaba atentamente aquella concentracion de tropas enemigas con alguna inquietud, pues solo le quedaban cinco mil soldados para proteger una línea de trece millas de estension. El general Mc Clellan calculaba que Magruder podia disponer de quince ó veinte mil hombres además de las fuerzas del general Flusser, que en su concepto no bajaban de veinte mil infantes. Reconociendo cuán importante era atacar al general separatista antes que recibiera refuerzos de Johnston, Mc Clellan dispuso que marcharan contra el enemigo en la mañana del 4, los generales Heintzelman y Keyes, debiendo el primero atacar á Yorktown, y el segundo á Winn's Mill (Molino de Winn), cerca de Warwick (*). Parece que

(*) Al dar cuenta de esta accion dice el historiador Pollard lo siguiente:

«El general Magruder, el héroe de Bethel, jefe capaz de llevar á cabo grandes empresas, no contaba sino con siete mil quinientos hombres para oponerse á un ejército, que concentrándose detrás del Rapidan, podia disponer de un número de tropas diez veces mayor que el suyo. Los federales habian comenzado ya á cañonear las lineas, y reunido el consejo de oficiales, discutirse si el pequeño ejército de siete mil quinientos hombres deberia defender á todo trance la posicion que ocupaba, ó retirarse desde luego. Todos los oficiales opinaron por esto último, á escepcion de uno solo, cual sostuvo con la mayor energía, que era preferible morir en los atrincheramientos que emprender la retirada. ¡Vive Dios que así se hará! exclamó el general Magruder, entusiasmado ante el valor de su oficial, y así diciendo, hizose la distribucion de las tropas, situándolas de modo que parecieran mucho mas numerosas al enemigo. Aquella resolucion demostraba á no dudarle un heroismo y valor á toda prueba. Si los federales hubieran sabido cuán escasas eran las fuerzas de sus adversarios habria podido costarles á es-

el general Mc Clellan no habia recibido informes exactos acerca de la topografía del pais, informes que por lo demás fueron facilitados por los ingenieros del general Wool, pero que seguramente pudieron muy bien rectificar los negros que estaban en la fortaleza. Los buques de guerra que habian quedado libres de su lucha con el *Merrimac*, vigilaban atentamente para ver si aparecia de nuevo por el rio Isabel aquel mónstruo marino y sus tres satélites, es decir las cañoneras de que ya hemos hablado, y por esto el comodoro Goldsborough no creyó prudente deshacerse de una parte de su flotilla para tomar las baterías de Yorktown y Gloucester. Por su parte Magruder no contaba tampoco con que le auxiliara en lo mas mínimo la flotilla confederada.

Mc Clellan atacó las líneas del enemigo por distintos puntos á la vez, mas no juzgó prudente, aun cuando el tiempo era precioso por lo mismo que podian llegar refuerzos de un momento á otro, lanzarse con sus tropas al asalto (*). Muy lejos de esto permaneció observando las líneas de Magruder, hizo que se construyeran nuevas obras de defensa, y envió á buscar á Washington la artillería de sitio. Una vez que los sitiadores se acercaron demasiado á Yorktown, fueron rechazados

tos muy cara su temeridad, pero ello es que los separatistas defendieron valerosamente su posicion hasta que al fin llegaron las tropas del general Johnston á reforzar á los sitiados.

(*) Al hablar sobre este punto, escribia Magruder lo siguiente :

« En toda la estension de nuestras líneas el enemigo rompió un fuego mortífero, á que contestaron nuestras baterías y las tropas de línea. Los guerrilleros nos atacaron tambien con indecible furia, mas fueron rechazados en todos los puntos merced al arrojó de las tropas. Así pues, sin mas que cinco mil hombres, además de la guarnicion, tuvimos en jaque á un ejército de cien mil. Los soldados dormian en las trincheras junto á sus armas, pero con gran sorpresa ví que el general Mc Clellan dejaba pasar un dia y otro sin intentar un asalto general.»

por una brillante carga de dos regimientos al mando del coronel Ward, y el dia 16 de abril, al intentar un reconocimiento la division del general Smith por la parte de Warwick, tuvo que emprender la retirada con pérdida de cien hombres. **1862.**

El general Mc Clellan habia estado treinta dias frente á Yorktown, y como ya estaba en su poder el tren de batir, hizo sus preparativos para comenzar el sitio en regla, pero dos dias antes de dar la orden, vió que Magruder habia abandonado sus líneas de defensa, incluso Yorktown, aprovechando la oscuridad de la noche.

El general Mc Clellan dispuso que se persiguiera sin pérdida de tiempo al enemigo, y al efecto se previno al general Stoneman que marchara á Williamsburg con cuatro regimientos de infantería, un escuadron de caballería y cuatro baterías de montaña, en tanto que las divisiones de Hooker y Kearny se dirigian á Winn's Mill. Mc Clellan permaneció en Yorktown para presenciar el embarque de las tropas del general Franklin, que marchaban á West Point.

El fuerte Magruder, situado frente á Williamsburg, en la confluencia de varios caminos, no podia resistir por mucho tiempo un sitio, pero tenia en cambio una fuerte empalizada con un foso de nueve piés de profundidad. Al dar vista al fuerte, el general Stoneman se vió obligado á retroceder para ponerse fuera del alcance de las baterías, y á fin de esperar los nuevos refuerzos del general Smith, pero como habia llovido mucho, estaban los caminos intransitables, y los mensajeros de Stoneman no pudieron desempeñar su cometido tan pronto como se esperaba. Por su parte el general Hooker, que avanzaba en direccion á Williamsburg, encontró, á cinco ó seis millas de la poblacion, á la division del general Smith, y esto le obligó

á retrasar su marcha, mas impacientado al fin, pidió permiso al general Heintzelman para dirigirse á Hampton, y obtenido aquel, puso á sus tropas en movimiento: á las doce de la noche hizo alto para descansar un poco, y á la madrugada del dia siguiente, hallábase frente á la fortaleza de Magruder y á las fortificaciones de Williamsburg, es decir en la confluencia de los caminos de Yorktown y Hampton, y ante una línea de trece reductos que iban ensanchándose gradualmente hácia la ciudad. Aquel terreno era muy ventajoso para los separatistas, pues en la estension de cerca de media milla, encontrábase un espeso bosque que dificultaba la marcha de la infantería federal, y en ciertos puntos era además muy accidentado el terreno. Despues de un cuidadoso reconocimiento, y sabiendo que á dos millas habia un cuerpo de ejército de treinta mil hombres, Hooker resolvió atacar á los separatistas, á fin de entretenerlos hasta que llegasen las demás fuerzas, y para ello destacó al regimiento de Massachusetts por la izquierda y al de New-Hampshire por la derecha de la posicion del enemigo con el objeto de que escaramucearan, disponiendo que otros dos regimientos formasen el centro y avanzaran hasta el camino de Yorktown; acto continuo destacó la artillería de montaña, y en este orden comenzó el ataque. El sexto regimiento de la caballería federal se lanzó valerosamente sobre la de los confederados bajo el fuego cruzado de los reductos, y entonces tuvo lugar uno de esos combates al arma blanca, tan raros en el dia, pero todo aquello era completamente inútil para los federales, pues sobre la ventaja del número, tenian sus enemigos la de la posicion, é intentar apoderarse, solo con la caballería, de aquellas obras formidables, era una cosa imposible. Los unionistas empezaban á perder mucha gente, y al ver esto se dió la orden de emprender la retirada para dar tiempo á que llegasen mas refuerzos y comenzar de nuevo el ataque. Quiso la mala suerte de los federales que al atravesar un pantano se hundiese uno de los caballos que llevaban las piezas de montaña, y aun cuando se hicieron todos los esfuerzos posibles para sacarlo, como el enemigo empezó á concentrar en aquel punto su nutrido fuego, que mataba una porcion de caballos, fué preciso abandonar la pieza, la primera por cierto que perdió el ejército del Potomac. Por la noche hiciéronse nuevos esfuerzos para recobrar el cañon perdido, pero los reductos estaban atestados de tiradores, y era materialmente imposible aproximarse. El refuerzo de infantería que esperaban los federales llegó muy tarde, pues todos los caminos estrechos estaban obstruidos, mas al acercarse la noche, el general Sumner, que se habia encargado del mando, quiso atacar á viva fuerza las obras de defensa del enemigo, lo cual no pudo conseguir porque la oscuridad era completa cuando todas las tropas desembocaron de los bosques. Fué por lo tanto preciso aguardar hasta el dia siguiente, pero entonces ocurrió uno de esos contratiempos enojosos, harto comunes en aquella guerra y que molestaron mucho á las tropas durante el curso de tan penosa campaña: comenzó á llover á torrentes, y como el agua cayó sin intermision por espacio de treinta horas, convirtiósese el pais en un inmenso lago. Los unionistas se vieron en la precision de concentrarse en los bosques á fin de pasar allí la noche, y al dia siguiente se renovó el combate, mas como es de presumir, en condiciones muy desfavorables para el ejército federal; los dos caminos que conducen á Williamsburg estaban completamente ocupados por las tropas: en el de la izquierda, llamado de Lee's-Mill hallábanse las divisiones Hoo-

ker y Kearney, del cuerpo de ejército de Heintzelman, pero separadas por una masa enorme de wagones cargados de bagajes, y por el de la derecha, ocupado ya por una parte de las fuerzas de Smith, avanzaban penosamente las divisiones Couch y Casey. Tal era el estado del terreno, que los cañones se hundían completamente en el barro líquido que se había formado, y de aquella masa de hombres, de wagones y de bagajes, que obstruían estrechos caminos, resultaba una espantosa confusión.

La division Hooker que formaba la cabeza de la columna en el camino de la izquierda, y que la víspera había recibido orden de marchar sobre Williamsburg, avanzó resueltamente contra el enemigo, y á pesar del fuego mortífero de éste, desplegóse en ala y comenzó la acción. Como los separatistas contaban con quince ó veinte mil hombres fuertemente atrincherados, Hooker tuvo que ceder y replegarse dejando en aquellas terribles trincheras dos mil hombres entre muertos y heridos, con algunos cañones que fué imposible sacar del lodo porque los caballos habían muerto. Los separatistas comenzaron á perseguir á Hooker, mas en aquel momento llegó la division Kearney, que marchaba á paso de carga y se empeñó de nuevo el combate en el bosque, combate encarnizado y sangriento porque los separatistas recibían refuerzos á cada instante. Los federales, sin embargo, se batían obstinadamente electrizados por la energía de sus jefes, Heintzelman, Hooker y Kearney, y de este último sobre todo, que despues de haber perdido un brazo en México, y de haber asistido con el ejército francés á las campañas de Mouzaia y Solferino, se batía entonces con sin igual arrojo á pesar de que habían caído ya á su alrededor casi todos sus oficiales.

La division Casey acababa de llegar, pero

los generales no se atrevían á emplearla antes de que se presentasen las tropas que la debían apoyar, y las cuales estaban detenidas en el camino porque no les era posible abrirse paso. Oíase, sin embargo, la nutrida fusilería de las tropas de Hooker que diezmadas completamente se batían en retirada, y á cada momento las balas de cañon llegaban hasta el centro de aquellos soldados inmóviles, tronchando á su paso los árboles del camino. No era posible seguir así; hacíase preciso obrar enérgicamente, y á fin de salir de una vez de situación tan angustiosa, se dispuso que una division penetrara en el bosque para atacar á los regimientos separatistas que perseguían á Hooker, en tanto que una brigada se dirigía por la derecha para ocupar un molino cuya defensa se había descuidado, y que desembocaba sobre el flanco de las obras que cubrían á Williamsburg. Los separatistas no esperaban se les atacase por este lado, y comprendiendo que si no rechazaban al enemigo en aquel punto, iba á quedar en descubierto toda su posición, destacaron al momento dos brigadas á las cuales se vió avanzar resueltamente para bati- r á los federales. Estos permanecieron impasibles al principio, mas cuando el enemigo estuvo bien cerca, rompieron un fuego terrible de artillería, y aunque los confederados siguieron adelante hasta situarse á cincuenta metros de la boca de los cañones, comenzaron luego á vacilar y á retroceder poco á poco, dejando á su paso numerosos muertos y heridos. En el mismo momento apareció en el campo de batalla el general en jefe, detenido hasta entonces en Yorktown para presenciar el embarque de las divisiones Franklin y Porter, que debían marchar por agua para cortar la retirada á los defensores de Williamsburg, y entonces, aunque se acercaba la noche y seguía el agua cayendo

á torrentes, continuó la lucha con el mayor encarnizamiento y obstinacion. El último ataque de los unionistas habia sido no obstante decisivo, y las reservas del general en jefe completaron la victoria; cesó el fuego, y la noche puso fin á la sangrienta refriega que se conoce en América con el nombre de batalla de Williamsburg. Las tropas federales que habian perdido dos mil hombres, permanecieron en el lugar del combate mientras los confederados abandonaban sus fortificaciones, y al dia siguiente, 6 de mayo, **1862.** los vencedores entraron triunfalmente en Williamsburg. Todas las tiendas se hallaban cerradas, pero la mayor parte de los habitantes estaban á la puerta de sus casas ó detrás de las ventanas, observando á las tropas con aire inquieto y sombrío. En todas las iglesias y edificios públicos, llenos de heridos abandonados por el ejército separatista, ondeaba el pabellon amarillo. No se pudo averiguar entonces con exactitud cuáles eran las pérdidas del enemigo, pero segun el parte del general Mc Clellan, calculóse que no bajarían aquellas de mil hombres, entre los que se contaban muchos oficiales muertos y heridos.

Las divisiones que habian combatido en Williamsburg permanecieron en este punto tres dias, tanto para esperar los víveres y bagajes como para enterrar los muertos; los heridos fueron embarcados en grandes vapores con direccion á los Estados del Norte. El general Mc Clellan dispuso que algunos escuadrones de su caballería persiguieran á los confederados, y esto dió lugar á que ocurrieran varias escaramuzas con la retaguardia, sin resultado alguno notable, si bien el primer dia se apoderaron los unionistas de siete ú ocho cañones, en cambio de los muchos que se llevaba el enemigo.

Sosteniéndose dos dias en Williamsburg,

el general separatista Johnston habia conseguido ganar tiempo para asegurar la retirada del grueso de sus tropas, y á pesar de que los caminos estaban literalmente intransitables por causa de la lluvia, llegó á York River dos dias despues de la batalla, aunque á tiempo para empeñar con las tropas de Franklin, que se hallaba en West Point, un encarnizado combate en el que obtuvo la victoria, y merced al que, acabó Johnston de cubrir su retirada hácia **1862.** Richmond. El 7 de mayo llegó á West Point el general Porter, quien precedía á otras dos divisiones.

El último triunfo alcanzado por las tropas federales juntamente con las victorias de Burnside, hacian imposible que los confederados pudieran conservar á Norfolk, y convencido de esto, el general Wool, comandante del fuerte Monroe, acababa de organizar una espedicion á fin de apoderarse de aquella importante ciudad. El dia 10 de mayo marchó á dicho punto, donde no halló enemigos que combatir, y así pudo tomar posesion de Norfolk pacíficamente. Los separatistas habian quemado sin embargo, antes de marcharse, todo cuanto les fué posible, destruyendo entre otras cosas su famoso buque de guerra el *Merrimac*. En el arsenal se encontraron doscientos cañones, entre los cuales habia treinta y nueve de grueso calibre, y algunos, aunque clavados, pudieron utilizarse. Parece ser que pocos dias antes de abandonar á Norfolk se habia acordado ya, en consejo de guerra, no adoptar disposicion alguna para defender la ciudad.

Al llegar aquí, creemos necesario decir dos palabras acerca de las diferencias ocurridas entre el Gobierno de Washington y el general Mc Clellan, respecto á las fuerzas de que debia componerse su ejército. Para

llevar á cabo todas las operaciones militares encomendadas al general en jefe del ejército del Potomac, habia pedido Mc Clellan doscientos setenta y tres mil hombres de todas armas, pareciéndole que aun este número no seria suficiente sin el auxilio de una poderosa flota. Tres meses despues, Mc Clellan escribió una carta al Secretario de la Guerra manifestándole que podria tomar desde luego la ofensiva con doscientos mil hombres, y ya estaba haciendo sus preparativos para comenzar la campaña, cuando el Presidente Lincoln dispuso que no se pusiera en movimiento el ejército del Potomac sin dejar en Washington el número de fuerzas que el general en jefe y los demás oficiales juzgaran suficiente para dejar en completa seguridad la capital. Poco despues espidió Mr. Lincoln una segunda orden, disponiendo que la division Blenker se pusiera á las órdenes del general Fremont; y como en virtud de estas dos órdenes se disminuia lo menos en cincuenta mil hombres el efectivo del ejército del Potomac, Mc Clellan no pudo menos de hacer sus reclamaciones al Gobierno de Washington, demostrando que no era posible llevar á cabo el plan trazado primeramente. Con este motivo, mediaron algunas cartas entre el Presidente Lincoln y Mc Clellan, y el general Keyes escribió una tan eficaz á un senador amigo suyo, que al fin fueron atendidas las quejas del general en jefe del ejército del Potomac, prometiéndosele poner á sus órdenes la division Franklin, mientras las tropas de Mc Dowell avanzarian por Aquia-Creek hácia el Rappahannock, á fin de prestar su apoyo luego al ejército. Creíase que de este modo podria prestar los mismos servicios, contribuyendo á cubrir á Washington en su frente, mas esto no era verdad sino en parte, pues en aquella zona

se hallarian las fuerzas de Mc Dowell separadas del cuerpo principal de ejército por dos ó tres corrientes de agua y por el enemigo, en tanto que por los rios Severn y York, habria sido mas fácil estar en comunicacion continua con el grueso de las fuerzas, merced á la flota. Embarcóse, pues, la division Franklin; se envió un numeroso material de guerra para armar las baterías, y á la acostumbrada lentitud de las operaciones de un sitio, sucedió la marcha rápida, que desde luego hubiera debido seguir el ejército del Potomac hasta llegar á Richmond, á fin de asegurar el éxito. Por esto puede muy bien decirse que la campaña habia fracasado ya bajo el punto de vista estratégico, como hubiera sucedido indudablemente á Bonaparte en Italia, si en 1800 se hubiera detenido tres ó cuatro semanas ante el fuerte de Bard para conseguir su rendicion.

Al dia siguiente del combate de Kernstown, el general separatista Jackson habia emprendido la retirada hácia Harrisonburg perseguido de cerca por Shields, y despues de haberse situado durante algunos dias cerca de Monte Jackson, cruzó South Fork por el Shenandoah, y fué á tomar otra posicion en el valle de Elk Run, mas allí supo á poco que el general Milroy, con una avanzada de la division Fremont, amenazaba á los separatistas por la parte de Monterey, y en su consecuencia, dejando á Ewell, cuya brigada acababa de agregársele á fin de hacer frente al general Banks, Jackson se dirigió rápidamente á Staunton, reforzado con algunas tropas del general Eduardo Johnson, para buscar á Milroy. Como éste no contaba con tropas suficientes para resistir á su enemigo, emprendió la retirada por las montañas de Shenandoah, concentrándose luego en Mc Dowell, desde donde envió á pedir auxilio

al general Schenck. Este jefe se hallaba en Franklin, á la distancia de treinta y cuatro millas al Norte, cuya distancia atravesó con su brigada en veintitres horas, y fué á reunirse con Milroy, pero no llevaba consigo sino dos mil hombres. La columna de Jackson era mucho mas numerosa, por mas que se diga que solo tomaron parte en la lucha seis regimientos.

Los confederados acababan de situarse en una loma que se encuentra en Bull Pasture Mountain, y bien pronto vió Schenck que aquella posicion era insostenible, por cuanto estaba dominada por las alturas en distintas direcciones. Schenck, sin embargo, no podia abandonar el punto que ocupaba sino aprovechando la oscuridad de la noche, para hacerlo sin esposicion, mas como llegara á su noticia que los confederados iban á colocar una batería en la montaña, dispuso que Milroy acometiera al enemigo con unos dos mil hombres. Los unionistas atacaron valerosamente la montaña, arrostrando el fuego de sus contrarios que eran muy superiores en número, y despues de un combate de dos horas, que no dió ningun resultado, se ordenó la retirada. Las pérdidas de los federales en aquella reñida accion fueron doscientos cincuenta y seis hombres, incluso ciento cuarenta y cinco heridos; parece que las del general Jackson no bajaron de cuatrocientos hombres, contándose entre estos tres coroneles y dos mayores heridos. Los unionistas se retiraron á Franklin durante la noche, quemando antes una parte de sus bagajes.

Jackson prosiguió al dia siguiente su marcha hácia Franklin, mas no juzgando prudente atacar, volvió á Mc Dowell, cruzó las montañas de Shenandoah, donde hizo alto para que descansaran sus tropas algunas horas, y acto continuo dirigióse hácia Har-

risonburg, en cuyo punto supo que el general Banks se hallaba en Strasburg. Poco despues, y habiendo llegado la division de Ewell, encaminóse Jackson hácia Front Royal, ocultando su vanguardia con la caballería de Ashby, y de este modo pudo atacar repentinamente á una fuerza de unionistas apostada allí al mando del coronel Kenly, quien, á pesar de la resistencia que opuso, tuvo que retroceder con pérdidas considerables, abandonando la ciudad. Al retirarse Kenly trató de hacer frente al enemigo por segunda vez, y derrotado de nuevo, atravesó apresuradamente el rio, no sin intentar destruir el puente, lo cual pudieron impedir los separatistas, atendido que perseguian muy de cerca á los fugitivos. La caballería de Ashby sorprendió luego al coronel Kane en Flournoy, y le derrotó completamente apoderándose de setecientos prisioneros, varios cañones y considerable número de pertrechos militares.

El general Banks permanecia entre tanto muy tranquilo en Strasburg, sin sospechar que tuviera tan cerca al enemigo, hasta que en la tarde del 23 de mayo llegó á su noticia la derrota de Kenly, habiéndosele asegurado al mismo tiempo que los separatistas, en número de quince ó veinte mil hombres, se dirigian á Winchester con la intencion de caer sobre su retaguardia. Como la division de Shields acababa de marchar al Rappahannock, solo contaba Banks con cinco mil hombres, de los cuales dos ó tres mil se hallaban diseminados en el valle, mientras las fuerzas de Jackson no bajarían seguramente de veinte mil. Á la primera noticia, Banks destacó una pequeña columna en auxilio de Kenly, pero poco despues dispuso que volviera y marchase á Winchester á las órdenes del general Hatch, con la caballería y seis cañones. Esta columna se

1862.

puso acto continuo en movimiento, pero antes de haber recorrido tres millas, supo que los separatistas ocupaban el camino de Middletown, noticia que se confirmó bien pronto por haber llegado una porcion de fugitivos. En su consecuencia, se reorganizó la columna con parte de la retaguardia, y al llegar á Middletown, el coronel Donnelly encontró á una escasa fuerza de separatistas, á quienes rechazó fácilmente; el coronel Brodhead despejó con su caballería el camino de Winchester, y se hizo adelantar la infantería; pero antes que acabara de pasar el ejército federal, avanzaron los separatistas con fuerzas tan numerosas, que despues de ocupar todo el camino de Front Royal, obligaron á sus enemigos á retirarse desde Middletown á Strasburg. En este último punto, así como tambien en Newtown, se renovó luego el combate, si bien los unionistas se fueron retirando poco á poco para concentrarse en Winchester; la artillería enemiga llegó poco despues, y bien pronto rompió el fuego.

Banks no tenia entonces á su disposicion sino siete mil hombres para oponerse á veinte mil, quienes contaban seguramente derrotar el pequeño ejército. El coronel Gordon mandaba el ala derecha, el coronel Donnelly la izquierda, y como en aquel momento llegaba el general Hatch con la caballería, los unionistas hicieron frente á sus contrarios por espacio de cinco horas, aunque sufriendo pérdidas considerables; poco despues, y como llegara Jackson con todo su ejército, reconocióse que era una locura resistir por mas tiempo, y en su consecuencia dióse la orden de retirada hácia Winchester, la cual se efectuó en el mejor orden, aunque los confederados perseguian de cerca á los fugitivos. A la caida de la tarde, llegaron los federales á Martinsburg, distante veintidos millas, descansaron algunas horas, y poco despues

dieron vista á Potomac por la parte de Williamsport.

Ségun el parte oficial, el general Banks tuvo en esta retirada treinta y ocho muertos, ciento cincuenta y cinco heridos y setecientos once estraviados, sin contar las pérdidas sufridas por el coronel Kenly en Front Royal, ni los enfermos y heridos que fué preciso dejar en los hospitales de Strasburg y Winchester. Segun parece, las pérdidas de Jackson se redujeron á trescientos noventa y siete hombres entre muertos y heridos, y se apoderó de dos cañones, nueve mil trescientas cincuenta y cuatro armas pequeñas y tres mil cincuenta prisioneros.

Despues de haber intentado un ataque contra Harper's Ferry, punto defendido por el general Rufó Saxton, Jackson reunió todas sus tropas y comenzó á retirarse rápidamente, y muy á tiempo por cierto, pues la division del general Shields acababa de unirse á la de Mc Dowell con el fin de avanzar sobre Richmond, en tanto que el general Fremont, que habia concentrado su pequeño ejército en Franklin, situado á veinticuatro millas de Monterey, emprendia tambien la marcha, en virtud de un telégrama recibido de Washington, con el objeto de dirigirse hácia Harrisonburg para cortar la retirada á Jackson por el valle, cooperando con los generales Mc Dowell y Shields.

Hay un camino directo que conduce desde Franklin hasta Harrisonburg, pero como atraviesa las montañas, y se encuentran allí varios desfiladeros, el marchar por allí era esponer á sus tropas á que pereciesen de hambre, y por lo tanto Fremont prefirió dar un rodeo de veinte millas con el fin de buscar una senda mas practicable. Así pues, Fremont salió de Franklin, y cruzando por los Alleghanies, descendió al valle y fué á ocupar á Strasburg en la noche del 1.º de

junio, mas ya era tarde para alcanzar á Jackson, quien acababa de pasar por allí algunas horas antes. Shields, sin embargo, avanzó por South Fork, en la esperanza de alcanzar al general separatista, seguido de cerca por Fremont, quien se dirigia á su vez hácia Harrisonburg, pero las tropas federales no podian adelantar mucho á causa de las numerosas corrientes que cruzaban el camino, muy crecidas entonces á causa de las continuadas lluvias, sin contar que Jackson iba destruyendo á su paso todos los puentes á fin de entorpecer la marcha de sus perseguidores. El general confederado resolvió atravesar por South Fork en Port Republic, mas como el enemigo alcanzase allí su retaguardia, protegida por la caballería del general Ashby, este jefe envió á pedir un refuerzo de infantería, y poco despues, habiendo llegado la brigada del general Stewart, se trabó un empeñado combate en el cual quedó prisionero y herido el coronel Kane, uno de los jefes federales. Los separatistas no tuvieron seguramente tantas pérdidas como sus enemigos, pero entre los muertos figuraba el general Ashby, que valia por todo un regimiento. Batiéndose siempre á la cabeza de sus soldados con el mayor arrojo y esponiendo continuamente su vida, no debia ser otra la suerte del intrépido Ashby, quien como guerrillero y militar entendido, no tenia igual en ninguno de ambos ejércitos.

Hallándose ya á pocas millas de Port Republic, y como quiera que era preciso pasar por un puente toda la artillería, Jackson tuvo que hacer alto y batirse á fin de ganar tiempo, y en su consecuencia el mayor general Ewell se situó con parte de las tropas cerca de Union Church (Iglesia de la Union), cuidando de fortificarse lo mejor posible, pues no contaba en aquel momento sino con

cinco mil hombres, si bien es cierto que el resto del ejército de Jackson se hallaba solo á cuatro millas de distancia y podia llegar muy pronto. El general Fremont salió entonces de Harrisonburg, y en la mañana del 7 de junio su vanguardia empeñó el combate cerca de un pueblecillo llamado Croos-Keys, con las tres brigadas de Ewell á las órdenes de Trimble, Elzey, y Stewart, apoyadas por la artillería. Despues de haberse formado en orden de batalla las tropas del general Fremont, á las inmediatas órdenes de los generales Milroy, Stahl y Bohlen, avanzaron resueltamente al ataque bajo un nutrido fuego que dieztaba sus filas, mas sin arredrarse por esto, los unionistas siguieron ganando terreno gradualmente, hasta que al llegar á un bosque, una descarga cerrada del enemigo, que causó un destrozo espantoso, les obligó á detenerse. Entre tanto el general Schenck avanzaba por la derecha, mas á poco recibió orden de hacer alto porque Milroy se dirigia por la izquierda. Dos horas despues, los separatistas le cañoneaban en su nueva posicion, pero no tardaron en ser desalojados por el enemigo.

Las pérdidas de los federales en aquella sangrienta accion se redujeron á seiscientos sesenta y cuatro hombres, y á trescientos veintinueve las de los separatistas, contándose entre los heridos los generales Elzey y Stewart. Mientras se daba la accion de Croos-Keys, hallábase Jackson en Port Republic vigilando atentamente, porque no ignoraba que la columna del general Shields estaba solo á quince millas de distancia, y que su vanguardia al mando del coronel Carroll se presentaria de un momento á otro. Habiendo sabido este jefe que los bagajes de Jackson estaban en Port Republic custodiados solo por doscientos ó trescientos

ginetes, marchó con algunas fuerzas y dos cañones, con la esperanza de apoderarse fácilmente de aquellos; pero como ya habia llegado Jackson con dos divisiones y tres baterías, Carroll fué batido en veinte minutos y tuvo que retroceder dos millas y media á fin de reunirse con la brigada de Tyler, fuerte de dos mil hombres.

Tyler, que avanzaba rápidamente, en auxilio de Carroll, debió haberse detenido al llegar este último, mas en vez de hacerlo, ambos jefes fueron á practicar un reconocimiento, y pudieron averiguar que el enemigo no habia avanzado durante la noche y que solo se veian algunos de sus piquetes. Tyler se apresuró entonces á comunicar esta noticia á Shields, pero antes de haber concluido de redactar el parte, supo que los separatistas se acercaban con la intencion manifiesta de atacar su flanco izquierdo. El combate que se siguió fué de corta duracion, pues los unionistas tenian que luchar con doble número de enemigos, mas á pesar de esto se sostuvieron vigorosamente al principio, hasta que al fin una brigada al mando de Dick Taylor atacó resueltamente á los federales por el flanco izquierdo, y cayendo sobre la batería del coronel Candy se apoderó de ella. Poco despues los unionistas emprendian la retirada, cubierta admirablemente por el coronel Carroll, aunque siempre

perseguidos de cerca por sus enemigos, que cogieron unos cuatrocientos cincuenta prisioneros y ochocientos fusiles.

Fremont, que no tenia ya enemigos que combatir donde se hallaba, marchó en persecucion de los separatistas á Port Republic, mas no llegó á tiempo sino para ver á las últimas fuerzas confederadas atravesar tranquilamente el rio despues de haber incendiado el puente.

Segun su parte oficial, Jackson tuvo en aquellos combates ciento treinta y tres muertos, novecientos veintinueve heridos y treinta y cuatro estraviados, total mil noventa y seis, pero en cambio tenia en su poder novecientos setenta y cinco prisioneros. Considerando los peligros que arrostró, y teniendo en cuenta las dificultades que hubo que vencer, su campaña fué á no dudarlo una de las mas brillantes de la guerra, y revela no solo su valor y arrojo, sino que demuestra tambien cuán profundo era su genio militar.

Fremont y Shields recibieron á poco una órden de su Gobierno previniéndoles marcharan á Washington, dejando de perseguir al enemigo, y en su consecuencia Jackson, dueño de la situacion, volvió á cruzar por South Fork en 12 de junio, y fué á establecer su campamento en Weyer's Cave, desde donde se trasladó el 17 á Richmond con el grueso de sus fuerzas. **1862.**

APÉNDICE AL CAPÍTULO VI.

BIOGRAFÍA DEL COMODORO FOOTE.

Andrés H. Foote, nombre glorioso en los acontecimientos de la guerra ocurridos en Kentucky y Tennessee, nació en Connecticut, y su padre, senador de dicho Estado, era el mismo á quien el célebre orador Daniel Webster contestó una vez en la Cámara pronunciando uno de sus mas brillantes discursos. El jóven Foote entró á servir en la armada como guardia marina en 4 de diciembre de 1822, y en 19 del mismo mes de 1852, hasta cuya fecha no dejó un momento el servicio activo, fué nombrado comandante con motivo del ataque que dieron los americanos á los fuertes de China en 1856. Foote mandaba la escuadrilla, y demostró su arrojo, situándose con su buque bajo la boca de los cañones enemigos. En aquella ocasion se probó tambien que nuestro sistema en la guerra marítima era mejor que el de nuestros aliados, quienes tenian la costumbre de formar sus buques en linea.

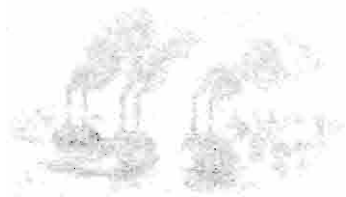
Despues de haber servido mucho tiempo como marino y unos diez años en tierra, pero siempre en clase de empleado del departamento naval, se le nombró jefe del arsenal de Brooklyn en Nueva-York; al principiarse la guerra, confiriósele el grado de capitán y se le encargó que organizase la flotilla de cañoneras en San Luis y el Cairo, pues urgía emprender las operaciones en los rios de Occidente. Para cumplimentar esta orden era preciso vencer numerosas dificultades y obstáculos, pero Foote demostró en esto tanta actividad como energia, y el buen éxito que se obtuvo fué un triunfo para él, pues se le debieron todas las ventajas obtenidas luego. El comodoro Foote no tendrá **1862.** ahora mas de setenta y dos años, y aunque se han encanecido sus cabellos en el servicio de la patria, aun conserva todo su vigor y energia, que son cualidades tan apreciadas en todo jefe militar.

Ocuparia demasiado espacio seguir aquí paso á paso la brillante carrera del comodoro Foote y reproducir en deta-

lle todos los hechos de armas en que tomó parte mientras estuvo al servicio de su pais, pues de los principales tienen ya conocimiento nuestros lectores. Uno de los combates que mas contribuyeron á su nombradía fué seguramente el que tuvo lugar á principios de 1862 en la toma del fuerte Enrique, plaza que se hallaba en poder de los confederados, y cuya adquisicion creyó necesaria el Gabinete de Abraham Lincoln. Al hablar de este hecho de armas, citaremos un incidente que basta para que nuestros lectores puedan apreciar lo que valia este jefe y cuánta era su energia. Sin entrar aquí en los pormenores de la toma del fuerte Enrique, referidos en otro lugar, citaremos el siguiente caso:

Cuando los separatistas quitaron la bandera de la fortaleza, un ayudante general y un capitán de ingenieros pasaron al campamento enemigo en clase de parlamentarios para manifestar que el general Tilghman, comandante del fuerte, deseaba hablar con el jefe de la flota, y entonces Foote dió orden á los comandantes Stembel y Phelps para que fueran á poner la bandera de la Union donde flotaba antes la de los separatistas, previniéndoles anunciaran al general Tilghman que podria pasar al buque del jefe. Poco despues llegó el gobernador del fuerte, y entregando su espada á Foote le dijo: «Capitán, tengo una satisfaccion en rendir mi acero á tan valeroso oficial;» á lo cual contestó el comodoro: «Haceis muy bien en rendiros, caballero; pero yo os aseguro que antes de hacer yo lo mismo, hubiera sido preciso que volarais todos mis buques.» Foote, sin embargo, al estender su parte oficial, habló en términos muy lisonjeros del general Tilghman, elogiando su valor en la defensa del fuerte.

Aquella victoria alcanzada por Foote dejó espedito el paso por el Tennessee á la flota federal, facilitando asi las operaciones militares en las márgenes del Alabama.





GOBERNADORES EMINENTES DE LA UNIÓN.

CAPÍTULO VII.

1862.

EL GENERAL MC CLELLAN DELANTÉ DE RICHMOND.

El ejército federal marcha sobre Richmond.—Combate en Hanover-Court-House.—Batalla de Fair Oaks ó de los Siete Pinos.—El general Mc Clellan recibe nuevos refuerzos.—Stonewall Jackson se une á Lee.—Hill ataca el ala derecha de los federales en Mechanicsville.—Vacilaciones de Mc Clellan.—Batalla de Gaines's Mill.—Derrota de Porter.—Retirada de Mc Clellan.—El combate de Glendale.—Los separatistas atacan á los federales y son rechazados en Malvern Hill.—El general en jefe unionista se retira con su ejército á Harrison's Bar.—Hooker vuelve á Malvern.—El general Mc Clellan se retira al fuerte Monroe y embarca sus tropas para Alejandria.

La toma de Norfolk y la destruccion del *Merrimac* dejaban espedito para la flota federal el paso del rio Jacobo, y en su consecuencia, el comandante Juan Rodgers se hizo á la vela con una escuadrilla, en direccion á Richmond, pero á ocho millas de la ciudad vió que el canal se hallaba obstruido por dos estacadas, y defendidas las orillas por una batería de cañones de grueso calibre colocada á la altura de veinte piés sobre el nivel del agua. El rio era en aquel sitio tan estrecho, que el comandante Rodgers se vió en la precision de anclar, lo cual hizo á la distancia de seiscientas varas de la batería enemiga, con la cual sostuvo el fuego durante tres horas y media, y hasta que, agotadas las municiones, vióse obligado á remontar el rio. Á bordo del *Galena* resultaron á consecuencia de este combate trece muertos y once heridos; en el *Naugatuck*, dos de los segundos, y en el *Port Royal* uno; pero el haberse reventado una granada de cien libras en el

segundo de dichos buques estuvo á punto de causar una verdadera catástrofe, que felizmente se pudo evitar. El capitán Farrand, jefe de la batería confederada, no tuvo en esta refriega mas que quince bajas, es decir, siete muertos y ocho heridos.

El general Mc Clellan, despues de hacer sus preparativos, acababa de ponerse en marcha en direccion á Richmond, adoptando antes todas las medidas que la prudencia aconseja. Tratábase de tomar posicion en el Chickahominy, lo cual no era difícil, pues el general en jefe era ya dueño de ambas orillas; pero como aquella corriente cenagosa, en vez de estenderse en línea regular se recodaba á cada instante, esto ofrecia un grave obstáculo para los movimientos del ejército, complicando su situacion porque no se podia formar una línea recta. Sin embargo, para mantenerse á la defensiva, no dejaba de ser ventajosa la posicion del Chickahominy, pero hacíase preciso tener un gran número

de puentes, y de esto se ocupó en primer lugar el general Mc Clellan. Señalados los puntos en que deberian echarse, comenzó la construcción el 20 de mayo, si bien con **1862.** mucha lentitud, principalmente á causa de las frecuentes lluvias, que hicieron subir la corriente del rio, convirtiendo los alrededores en vastos pantanos, donde los obreros trabajaban á veces con agua hasta la cintura. Era pues evidente que pasaria bastante tiempo antes de concluirse aquel trabajo tan necesario, y por esta razon no podia Mc Clellan tomar la ofensiva sin cometer una grave falta, aun cuando reconociese que el enemigo se aprovechaba sin duda de aquella dilacion para terminar sus obras de defensa.

Digamos ahora cómo estaba situado el **1862.** ejército federal el 30 de mayo: las divisiones de Keyes y Heintzelman ocupaban la orilla derecha del Chickahominy, y las avanzadas de la division Casey estaban cerca de la via férrea y del camino principal, con atrincheramientos á la derecha, en la estacion de Fair Oaks, y tambien á la izquierda, en un punto conocido con el nombre de los Siete Pinos. El resto del ejército se habia desplegado en ala al otro lado del Chickahominy; á la derecha, es decir, cerca de New-Bridge, hallábase Porter, en el centro Franklin, y á la izquierda Sumner, quien ocupaba con sus fuerzas las cercanías del camino de hierro de York River. Habíase establecido el cuartel general cerca de New-Bridge; la caballería se situó en el extremo derecho, y entre estas dos líneas ó dos alas del ejército, el Chickahominy ofrecia un grave obstáculo, porque no habia mas que un punto de comunicacion, que era Bottom's Bridge. Ya estaban terminados varios puentes, y se habian dado las órdenes oportunas para su colocacion, pero segun veremos, el

ejército enemigo, cuyos espías le tenian al corriente de todos los movimientos de los federales, no dió tiempo para hacerlo.

El primer encuentro entre las avanzadas del ejército de Mc Clellan y los separatistas, tuvo lugar cerca de New-Bridge, donde el coronel Woodbury, atravesando una corriente, acometió á un destacamento de los confederados sin perder sino ocho hombres, en cambio de lo cual apoderóse de treinta y siete prisioneros de los cuales quince estaban heridos. Poco despues, el general Juan Porter recibió órden de avanzar desde New-Bridge hácia Mechanicsville y Hanover-Court-House, á fin de apoyar al general Mc Dowell, y en cumplimiento de lo mandado, se puso en marcha en 24 de mayo, y llegó por la tarde á un punto que se encuentra á dos millas de Court-House, donde se hallaba el enemigo perfectamente situado para oponerse al paso de las tropas federales. El general unionista Emory dispuso entonces que sus fuerzas se desplegasen en ala, y situando en el centro una batería, mandó avanzar al ataque, que dió por resultado dispersar al enemigo, despues de cogerle un cañon. La caballería, y la infantería de Morell, persiguieron á los fugitivos, mientras la brigada Martindale con una seccion de artillería avanzaba por el camino de Ashland, y hacia retroceder á las fuerzas confederadas hasta la via férrea de Court-House.

El general Porter, que se hallaba en aquel momento en dicho punto, y acababa de saber que su retaguardia era atacada por fuerzas numerosas, se puso en movimiento con su columna para ir en auxilio del general Martindale, destacando antes cuatro regimientos á fin de que sorprendiesen al enemigo por su flanco. Estas tropas se internaron por los bosques, y cayeron de improviso sobre los confederados, los dispersaron completamen-

te, mataron doscientos hombres y cogieron unos setecientos treinta prisioneros. Los unionistas por su parte tuvieron cincuenta y tres muertos, y trescientos cuarenta y cuatro heridos.

Tres días después del combate de Court-House, el general Naglee, de la división Casey, practicó un reconocimiento hacia Richmond, mientras la división Couch tomaba posición en el punto llamado Siete Pinos, donde se fortificó apresuradamente construyendo varias estacadas y un fuerte reducto. El resto de las tropas de Casey acampó luego cerca de la estación conocida con el nombre de Fair Oaks, frente al camino de hierro de York, y parte de la división Heintzelman se situó á la retaguardia para vigilar los caminos que desembocan por la parte de White Oak Swamp, por donde podría acometer de pronto el enemigo. El general McClellan con Porter y el cuerpo de ejército de Franklin habían ido á situarse cerca de New-Bridge á unas diez millas de Bottom's Bridge.

Poco después, y como se observase que el enemigo se hallaba solo á una milla de distancia, los piquetes de Casey se alejaron algún tanto de las líneas para observar mejor los movimientos de los separatistas.

Durante toda la noche del 30 de mayo llovió de tal modo que el río Chickahominy creció extraordinariamente, hasta el punto de que las aguas cubrieran los puentes nuevamente construidos, y por esto sin duda, el general Johnston, jefe del ejército separatista, viendo en ello una circunstancia favorable, trató de aprovechar la oportunidad. Los caminos de aquella región que conducen á Richmond, forman una figura semejante al varillaje de un abanico, y esto ofrece una ventaja para las maniobras á los que son dueños de la ciudad: teniendo esto en cuenta, y habiéndole anunciado sus es-

trategias que el cuerpo de ejército de Keyes estaba aislado, Johnston resolvió acometerle sin dar tiempo á que llegaran refuerzos, y al efecto dispuso que los generales Longstreet y Hill marcharan con sus divisiones por el camino de Williamsburg, á fin de atacar de frente, en tanto que el general Huger avanzaba por la derecha por el camino de Charles-City para caer sobre el flanco izquierdo del enemigo; el general Smith recibió orden de dirigirse á la estación de Fair Oaks con el objeto de sorprender la derecha de los unionistas. Todo el ejército confederado que defendía á Richmond, compuesto de unos cuarenta ó cincuenta mil hombres, se ocupaba entre tanto en apoyar este movimiento bajo la dirección de Jefferson Davis, el general Lee y otros jefes principales.

Las columnas de ataque habían recibido orden de ponerse en movimiento en la madrugada del 31 de mayo, mas **1862.** había llovido tan copiosamente toda la noche anterior, que los caminos se hallaban convertidos en un inmenso pantano, lo cual dificultaba en gran manera la marcha de la artillería, puesto que aun á los mismos soldados les llegaba á veces hasta la rodilla el agua ó el lodo. Sin embargo, aun no había verificado su movimiento el general Huger, cuando Hill, que le esperaba con impaciencia, dió orden á la una de la tarde para que sus tropas avanzaran al ataque.

Poco después, y antes de que los piquetes tuvieran tiempo de avisar que se acercaba el enemigo, la división Casey se vió rodeada por numerosas fuerzas separatistas, é inmediatamente, aunque sorprendidos de improviso, formáronse los federales en orden de batalla y comenzó el combate. Casey dispuso en el acto que la batería de Spratt se situara convenientemente y que rompiera el fuego apoyada por tres regi-



mientos, mientras que otros siete, con tres baterías iban á ocupar el reducto que acababa de construir, y en el cual esperaba sostenerse hasta que llegaran refuerzos. Pero el ejército enemigo era demasiado numeroso; las tres brigadas separatistas de Rhodes, Garland y Anderson atacaron de frente con la mayor resolución, mientras que la de Rains, por un movimiento de flanco, caía sobre el ala izquierda de Casey. En aquel instante el regimiento de Pennsylvania que había ido á reforzar los piquetes, volvió en la mayor confusión y fué á unirse con la retaguardia desordenadamente, después de haber sufrido pérdidas inmensas, y aunque el fuego de fusilería y artillería de los federales era de los más mortíferos, reconocióse bien pronto que no sería posible resistir al enemigo. Viendo entonces que los separatistas, no solo cargaban de frente, sino también por la izquierda y la derecha, el general Casey ordenó á Naglee que atacase á la bayoneta, lo cual se hizo á pesar del espantoso fuego que diezmaba las filas de los unionistas, y entonces fué cuando cayeron heridos de muerte los coroneles Brown y Davis, así como también el mayor del regimiento de Pennsylvania. Media hora después, Rains asaltaba el reducto de los federales, y desbaratando el flanco de la infantería de la división Casey, obligaba á éste á retirarse en gran desorden hasta el sitio en que se hallaba Couch, después de haber perdido seis cañones. El coronel Bailey, el mayor Van Valkenburg y el ayudante Ramsey, del primer regimiento de artillería de Nueva-York, murieron también en aquella espantosa refriega, en el momento en que trataban de salvar los cañones del reducto, cañones de que se apoderaba á los pocos momentos el coronel Rhodes para asestarlos sobre las fugitivas columnas de los unionistas. Bien

pronto, sin embargo, llegaron refuerzos en auxilio de Casey, pero tuvieron que retroceder, dominados por el número de los enemigos, hasta la estación de Fair Oaks, en cuyo punto, uniéndose los federales con las tropas del coronel Cochrane, pudieron resistirse hasta la llegada de la división del general Sumner, que con gran dificultad había conseguido atravesar el Chickahominy.

El general Heintzelman recibió orden de ir inmediatamente en auxilio de Couch, mas por una mala inteligencia no todos sus regimientos llegaron tan oportunamente como era de desear, y pasó mucho tiempo antes de que Heintzelman pudiera entrar en línea y tomar parte en la lucha. El ataque del general separatista Smith se había retardado por orden de Johnston, que esperaba la llegada de Longstreet, y merced á esta circunstancia, pudieron oponer una enérgica resistencia los federales parapetándose detrás de una fuerte empalizada, donde se batieron con el mayor denuedo. Entre tanto, el general Abercrombie, que se hallaba en Fair Oaks con cinco regimientos, recibía orden de conservar su posición á todo trance, y así se hizo en efecto, mas el conseguirlo costó la vida á los coroneles Rippey y Spear, al mayor Smith y á otros muchos oficiales, sin contar al general Devens que cayó también gravemente herido. El general confederado Johnston no tuvo mejor suerte, pues al dirigir una carga, un casco de metralla le hirió en un costado, y como al caer del caballo se rompiese dos costillas, fué preciso retirarle del campo de batalla y quedó inútil para algunos meses. El general Smith se encargó entonces del mando, pero un ataque de parálisis le obligó á dejar el puesto á otro jefe. Diremos aquí de paso que uno de los últimos ataques de los separatistas iba dirigido por su Presidente Mr. Jefferson Davis.

Cuando el general Mc Clellan, quien segun ya hemos dicho, estaba en New-Bridge, supo lo que pasaba en el ala izquierda de su ejército, dispuso al momento que Sumner marchase con dos divisiones en auxilio de Couch, precedido de Sedgwick, quien llegó al campo de batalla hora y media antes de ponerse el sol, y precisamente en el momento en que los triunfantes separatistas caian sobre el ala izquierda de Couch, interponiéndose entre esta y Heintzelman con el objeto de coronar su victoria con la completa derrota de los dos cuerpos de ejército que se hallaban en la parte Sur del Chickahominy. Sedgwick, sin embargo, que avanzaba rápidamente, llegó en el momento crítico, y formando en línea de batalla á la orilla de un bosque, frente á un campo abierto, hizo jugar sus veinticuatro piezas de artillería sobre la cabeza de la columna que avanzaba, y poniendo en movimiento á toda su division, recobró á poco parte del terreno que se habia perdido. Al oscurecer, la division Richardson, que llegaba en aquel momento, se reunió con la de Sedgwick y la brigada de Birney, y de este modo no pasó mucho tiempo sin que mudara de aspecto el combate.

Sin embargo, Abercrombie, que seguia aun batiéndose á la desesperada, se habia visto precisado á retroceder, y ya iba á verse envuelto por fuerzas muy superiores, cuando llegó el socorro que esperaba para sacarle del apuro. La brigada de Gorman se desplegó al momento en orden de batalla en la falda de una colina situada cerca de Fair Oaks, y adelantó rápidamente para tomar parte en la refriega, mas en aquel instante, un espantoso fuego de fusilería introdujo cierta confusion en el ala derecha de los unionistas, y bien pronto se comprendió que el enemigo pugnaba por desbaratar un flanco, como lo habia hecho con la division Casey. El gene-

ral Sedgwick, no obstante, conociendo que el tiempo era precioso, dispuso que el general Burns fuese con dos regimientos á reforzar á Gorman, y aunque los separatistas atacaron furiosamente, y de tal modo que por un momento se creyó no seria posible resistirles, la calma y serenidad de Burns, y sobre todo su arrojo é intrepidez, entusiasmó de tal modo á los unionistas, que arrojándose desesperadamente á la carga, en tanto que los cañones lanzaban un torrente de metralla sobre el enemigo, se consiguió al fin rechazar á este hasta el otro extremo del bosque.

La oscuridad puso fin á tan encarnizado combate; nadie sabia del éxito de la batalla sino lo que habia visto, y amigos y enemigos, perdidos en aquellos bosques que no conocian, se entregaron al descanso entre los muertos y moribundos. La fatiga ocasionada por aquella terrible lucha, así como las densas tinieblas de la noche, habia impuesto á los combatientes una de esas treguas tácitas tan frecuentes en la guerra.

Evidentemente Johnston se habia lisonjeadado de que, lanzando todas sus fuerzas sobre las cuatro divisiones del ala izquierda de los federales, podria fácilmente aniquilarlas antes de que recibiesen socorros del resto del ejército que permanecia en la orilla izquierda del Chickahominy; pero seguramente no contaba ni con la enérgica resistencia de aquellas cuatro divisiones ni tampoco con el furioso é imprevisto ataque de las fuerzas de Sumner. Mucho debieron sentir los federales que á los quince mil hombres de este último jefe no hubieran podido reunirse los otros cuarenta mil que permanecian ociosos en la orilla izquierda del rio, pues de este modo habrian obtenido acaso una victoria decisiva. Es verdad que para esto faltaban los puentes, y puede ponerse en duda que se trabajara en aquellos con la



suficiente actividad, pues en nuestro juicio, debió tratarse de concluir aquellos trabajos oportunamente, sin omitir sacrificio alguno. Al romper el día se renovó la batalla con inusitada furia en la orilla izquierda, y los separatistas atacaron en masa, pero sin orden ni método, á los federales, quienes conociendo que eran inferiores en número, y sin esperanza de que se les apoyara, no trataban sino de conservar su posición. Unos y otros se batían con una energía salvaje, sin ruido y sin gritos, y de vez en cuando atacábanse á la bayoneta y luchaban cuerpo á cuerpo. La artillería tiraba por encima de los combatientes, pero antes de la tarde cesó gradualmente el fuego y los separatistas comenzaron á retirarse, llevándose consigo á su general en jefe, quien, según ya hemos dicho antes, estaba herido de gravedad. Á esta circunstancia, se debió, á no dudarlo, que dejara de ser ordenado y eficaz el ataque de los separatistas. Júzguese ahora qué hubiera sucedido si se hubiesen presentado en aquel momento ante las fuerzas confederadas, que iban retirándose, los treinta y cinco mil hombres de tropas de refresco que permanecían ociosas en el otro lado del Chickahominy.

Según el parte oficial de Johnston, sus pérdidas no bajaron de cuatro mil doscientos treinta hombres, sin contar los muchos oficiales que se recogieron en el campo de batalla muertos ó heridos, pero sus tropas se apoderaron de diez cañones, seis mil fusiles y algunos centenares de prisioneros, la mayor parte de los cuales estaban heridos. Por lo que hace al general Mc Clellan, decía en el parte que sus pérdidas ascendían á cinco mil setecientos cuarenta hombres, entre los que contábanse ochocientos noventa muertos, figurando entre estos últimos el coronel Bailey, el mayor Van Valkenburg, el ayudante Ramsey, y los coroneles Riker,

Brown, Rippey y Miller; los generales Naglee, Devens, Howard, Maine y Wessells, y el coronel Cross, quedaron heridos de más ó menos gravedad (*).

Á la mañana siguiente de haberse retirado los separatistas, es decir, en 2 de junio, el general Hooker hizo un reconocimiento por orden de Heintzelman, y avanzó unas cuatro millas, mas al saberlo el general Mc Clellan dispuso que volviera Hooker á Fair Oaks, y escribió acto continuo una nota al Secretario de la Guerra manifestándole que esperaba algunos refuerzos para dar un ataque general.

Cuando llegaron á conocimiento del Presidente los detalles de la sangrienta batalla de los Siete Pinos, mandó que las fuerzas disponibles que se hallaban en el fuerte Monroe se pusieran á las órdenes del general Mc Clellan, y además de esto destacó cinco regimientos mas de Baltimore, anunciando al general en jefe que las divisiones de Mc Call y Mc Dowell marcharían lo mas pronto posible. Mc Clellan escribió entonces al Presidente Lincoln lo que sigue:

«Me alegro saber que activais el envío de fuerzas: me pondré en movimiento para tomar á Richmond tan pronto como llegue Mc Call y esté el terreno mas seco á fin de que sea posible arrastrar la artillería. Mis piquetes han avanzado hoy una milla, rechazando á los del enemigo, y ahora ocupamos una posición muy buena.»

Poco despues, Mc Clellan espidió á su Gobierno un telégrama concebido en estos términos:

(*) En un despacho confidencial fechado el 4 de junio de 1862, decía Mc Clellan que las pérdidas sufridas en las batallas del 31 de mayo anterior y de 1.º de junio no bajaban de siete mil hombres. Aun cuando esta cifra no sea del todo exacta, puede asegurarse que se aproxima mucho á la verdad.

«No puedo emprender ahora movimiento alguno á causa del mal tiempo, pues los caminos y los campos están literalmente intransitables, no solo para la artillería, sino tambien para la infantería. El Chickahominy ha crecido estraordinariamente con motivo de haber estallado una espantosa tormenta, pero atacaré al enemigo tan pronto como me lo permitan las circunstancias. Aprovecho esta ocasion para manifestarle que seria conveniente destacar el mayor número de tropas posible del ejército de Halleck á fin de reforzar el mio, pues creo que este jefe no las necesita tanto como yo. Aun cuando el contingente no llegara á tiempo para tomar parte en el ataque de Richmond, el efecto moral que produciria en el ejército seria muy bueno y además podria prestar luego su auxilio en otras operaciones militares. Téngase por entendido que tan pronto como lo permita el tiempo atacaré al enemigo con las fuerzas que se hallen á mi disposicion, pero cuantas mas tenga mas ventajosos serán los resultados. En mi concepto será mejor enviar por agua la infantería de Mc Call sin esperar á la artillería y caballería.»

Á los dos dias de haber recibido el Gobierno esta parte, es decir el 12 de junio, llegó la division del general Mc Call.

1862. Á la mañana siguiente el general confederado Stuart, seguido de mil quinientos ginetes y cuatro piezas de artillería, atacó y dispersó dos escuadrones unionistas cerca de Hanover Old Church, y dando luego un rodeo, marchó rápidamente hácia la estacion de Tunstall, donde despues de quemar dos goletas cargadas de forraje y catorce wagones, cogió ciento sesenta y cinco prisioneros y doscientos sesenta caballos, cruzó el Chickahominy por la parte de Long Bridge, y pudo llegar á Richmond

á la mañana siguiente sin ser molestado. Esta fué una de las mas notables espediciones que se habian hecho desde que se adoptara el sistema de guerrillas, pero si algunas como esta última daban buen resultado, en cambio otras eran desastrosas para los que se arriesgaban solo con el objeto de cometer depredaciones, no siempre favorables para los mismos que las llevaban á cabo.

Cuando comenzaron á llegar los refuerzos pedidos por Mc Clellan, ocupaba su ejército las dos orillas del Chickahominy, y el grueso de las fuerzas se hallaba en la de la derecha con el cuartel general, establecido un poco mas allá de Alexander Bridge; en la de la izquierda habíanse situado las divisiones Porter y Mc Call y la caballería de Stonman. En semejante situacion, podia muy bien el ejército aceptar la batalla, y el Chickahominy, que dejaba de ser un obstáculo desde el momento en que podia cruzarse por los puentes, iba á ser probablemente una dificultad para el enemigo.

Mc Clellan, pues, que contaba ya con un efectivo de ciento quince mil hombres de todas armas, debia considerarse con suficientes fuerzas para marchar desde luego contra el enemigo y atacar á Richmond, pero como la cualidad dominante del general en jefe era la prevision, dejóse llevar de ciertas vacilaciones, y antes de ponerse en marcha dirigió varios telégramas al Gobierno manifestando cuál era su situacion, pidiendo nuevos refuerzos, ó haciendo consultas, hasta que al fin el Presidente Lincoln contestó á Mc Clellan con fecha 26 de junio en los términos siguientes:

« Washington 26 de junio de 1862.

»He recibido vuestras tres últimas comunicaciones en que me manifestais cuál es la posicion que ocupa el ejército, indicándome

que necesitareis mas refuerzos porque es probable que os ataquen doscientos mil hombres, en cuyo caso, segun decís, no recaeria sobre vos toda la responsabilidad. Yo os envío cuantos refuerzos puedo, y entiendo que hareis cuanto os sea posible con las tropas que se hallen á vuestra disposicion. ¿Tendreis la poca generosidad de creer que podria enviaros mas refuerzos si quisiera? No he omitido ni omitiré oportunidad alguna para facilitaros cuantos medios y recursos se hallen á mi alcance.»

Entre tanto el general Roberto Lee, á quien se habia confiado el mando del ejército separatista, habia resuelto, despues de celebrar una conferencia con los principales jefes, dar un golpe decisivo á los federales; á este fin, habíanse enviado á buscar refuerzos con el mayor sigilo, y en pocos dias ascendió á setenta mil hombres el ejército separatista. Con el objeto de ocultar esta concentracion, las brigadas de Whiting y Hood salieron de Richmond para reforzar á Jackson, y cuando se hubieron adoptado las disposiciones necesarias, este jefe se dirigió hácia Ashland, con el fin de sorprender el ala derecha de los unionistas que se extendia hasta Mechanicsville, y al mismo tiempo se dió orden al general Branch, para que, cruzando el Chickahominy, avanzara sobre el mismo punto mientras el general Hill, de concierto con los otros dos jefes se dirigiria por Meadow Bridge. La division de Longstreet debia apoyar al mismo tiempo á Hill y á Jackson, y las divisiones de Huger y Magruder se situaron cerca del ala izquierda de los unionistas.

Jackson no pudo llegar á Ashland tan pronto como se esperaba, y por esta razon se vió precisado Hill á retardar su ataque, con tanto mas motivo cuanto que el enemigo, habiendo observado ya su movimiento,

comenzaba á replegarse. Las tropas de Mc Call, que acababan de llegar para reforzar á Mc Clellan, ocupaban una fuerte posicion con la division Morrell y la de Sykes, componiendo entre todas un total de veintisiete mil hombres. Avanzando rápida y resueltamente, á pesar del fuego destructor de los unionistas, las divisiones de P. Hill, H. Hill y Longstreet, atacaron al enemigo por su flanco izquierdo, pero como Jackson no llegaba para sorprender el derecho é iba acercándose la noche, los confederados no consiguieron su objeto. Las pérdidas de los federales en esta refriega no bajaron de cuatrocientos hombres, pero es de presumir que fueron mucho mayores las de los separatistas.

Antes de amanecer, sin embargo, el general Mc Clellan, á quien se acababa de anunciar que se aproximaba Jackson, espidió inmediatamente una orden para que los unionistas evacuaran su fuerte posicion y se retirasen á Gaines's Mill, orden fácil de ejecutar si hubiera llegado tres ó cuatro horas antes, pero muy difícil de llevar á efecto entonces, porque el enemigo renovó el ataque algunos minutos despues. Los separatistas, no obstante, fueron rechazados, y los federales comenzaron su retirada en el mejor orden despues de enterrar á sus muertos. Antes de la tarde, todas las tropas unionistas ocupaban su nueva posicion en Gaines's Mill, hallándose dispuestas á recibir al enemigo. Durante la noche se trasladó desde la orilla opuesta del Chickahominy el tren de batir que se creyó necesario, pues era evidente que los jefes del ejército separatista estaban resueltos á lanzar el grueso de sus tropas sobre el ala derecha de los federales á fin de introducir luego la confusion en el centro con las columnas de ataque.

El general Mc Clellan creia como siempre

que los confederados intentaban atacarle con doble número de fuerzas, es decir con doscientos mil hombres, siendo así que desde el principio hasta el fin de la guerra nunca llegaron á tener mas de cien mil soldados en un solo ejército. Aun dado el caso de que sus adversarios contaran con la superioridad numérica, el general Mc Clellan debió concentrarse rápidamente y atacar de improviso á una parte del ejército enemigo sin dejarle tiempo de ser socorrido por la otra; y si en la mañana del 26 hubiera asaltado á Richmond, previniendo antes á Porter que entretuviera á las divisiones separatistas que le atacaban, atrayéndolas á la otra orilla del Chickahominy, fácil le habria sido derrotar á los veinticinco mil hombres que se hallaban cerca de Richmond, tomar la ciudad y volver luego á socorrer á Porter. Mc Clellan, sin embargo, no pensó así, y ya por debilidad ó porque creyese real y efectivamente que el enemigo tenia á su disposicion fuerzas muy superiores, solo adoptó disposiciones para rechazar el ataque que en su concepto se proyectaba sobre el ala derecha. Siempre perplejo y vacilante, y alarmado con las noticias que recibia á cada momento, dió lugar á que dos terceras partes de las tropas de Lee derrotasen á un número inferior de unionistas, mientras sesenta mil hombres permanecian ociosos entre el Chickahominy y Richmond, vigilando á veinticinco mil confederados. Solo una division de Sumner fué enviada á tiempo para socorrer á Porter, y de este modo treinta y cinco mil hombres tuvieron que resistir los desesperados esfuerzos de cincuenta mil, mandados por Lee, Longstreet, Hill, Jackson y Ewell.

Aunque los separatistas habian perseguido de cerca á los federales, cuando estos se retiraron de su posicion de Mechanicsville, como Hill esperaba la llegada de Jackson, no

comenzó el ataque hasta algunas horas despues. Las tropas de Sykes opusieron una enérgica resistencia, de tal modo que el general Longstreet á quien se habia dado orden de simular un ataque, se vió en la precision de cargar sobre el enemigo resueltamente; mas en aquel momento llegaba Jackson con su division para reforzar el ala izquierda de Longstreet, mientras que H. Hill y Ewell acudian á su vez presurosos á fin de tomar parte en la accion. Reunidas todas las tropas del general Lee, dióse la orden de avanzar de izquierda á derecha entre el nutrido fuego de fusilería que acababa de romperse por ambas partes.

El general Porter, que ocupaba una fuerte posicion, tenia á su derecha á la division Sykes, á su izquierda á la division Morrell, que se estendia hasta la orilla del Chickahominy, las tropas de Mc Call formaban la reserva con la brigada Reynolds, que ocupaba el camino de Coal-Harbord. La brigada Meade y la de Seymour se hallaban en el centro en segunda línea y un poco mas abajo habíanse situado doce escuadrones de caballería á las órdenes del general Cooke. Por lo que hace á la artillería, se tuvo cuidado de colocar los cañones convenientemente; una batería montada protegia el ala izquierda en el valle de Chickahominy, y al otro lado del rio hallábanse tambien otras dos baterías.

Al ver el general Porter que los separatistas avanzaban resueltamente, y reconociendo que era su intencion atacar á la vez toda la línea, envió á buscar refuerzos al general en jefe; poco despues llegó en su auxilio la division Slocum, y á eso de las tres de la tarde, habia arreciado de tal modo la pelea, y en tal manera aumentaba el número de los enemigos, que Porter tuvo que echar mano de todas sus reservas. Cuando la division Slocum entró en línea, batíanse los separa-

tistas encarnizadamente con el ala izquierda de los federales, deseando unos y otros ocupar una senda del bosque que descendía en ángulo recto hasta el Chickahominy; en la derecha, las tropas regulares de Sykes, firmes en su puesto como una muralla de bronce, acababan de rechazar varias acometidas, pero las pérdidas que sufrían eran enormes, y viendo esto el general Porter, espidió un parte á Mc Clellan para que se le enviasen refuerzos. Desgraciadamente se temía también un ataque por otro punto, y hasta las cinco de la tarde no recibió Porter ningún auxilio. En dicha hora llegaron las brigadas French y Meagher, de la division Richardson, muy á tiempo por cierto, pues los federales emprendían apresuradamente la retirada porque los confederados acababan de apoderarse de un bosquecillo despues de rechazar una carga de la caballería federal, que sufrió en aquella ocasion dolorosas pérdidas. La brigada Reynolds, completamente arrollada por el enemigo, y prisionero su jefe, habia quedado reducida á la mitad, é iba replegándose en la mayor confusion. Hé aquí lo que dice un testigo ocular al referir los detalles de aquella espantosa refriega: «Entre los vencidos no predominaba el pánico ni el temor, pero sordos los soldados á los llamamientos de sus jefes, alejábanse con el fusil al hombro como hombres que desesperan ya de todo. En vano los generales y oficiales del estado mayor, se lanzan en lo mas recio del combate sable en mano para contener aquel desordenado movimiento: ¡todo es inútil! la batalla de Gaines's Mill está perdida ya; solo se trata de impedir que el desastre sea mayor. En efecto, el enemigo sigue avanzando siempre en el mejor orden, con su infantería desplegada en regimientos escalonados, que á cada momento van estrechando mas y mas la masa confusa

de las tropas federales. El fuego de fusilería y de cañon son tales, que la lluvia de balas que rebotan en el suelo, levanta espesas nubes de polvo, y entonces se da á la caballería orden de cargar: yo me encontraba por casualidad cerca de aquel sitio, y ví á los soldados lanzarse al combate sable en mano, con ese entusiasmo propio de los hombres resueltos que no vacilan en verter su sangre por la causa que defienden. Al pasar á mi lado un jóven oficial, y como yo le preguntase el nombre de su regimiento, me contestó blandiendo su espada con ese orgullo que infunde el espíritu de cuerpo: «¡El quinto de caballería!» Y así diciendo, picó espuelas á su caballo y le ví desaparecer entre una nube de polvo seguido de todo el escuadron. ¡Desventurado jóven! Al dia siguiente llegaron los restos de su regimiento, y solo habian vuelto dos oficiales. En efecto, aquella carga contra los compactos batallones de la infantería enemiga no podia dar buen resultado, y los ginetes, galopando entre nubes de polvo, en medio de los cañones y de los fugitivos, no hicieron mas que aumentar la confusion; los caballos de la artillería habian muerto, y ví á los hombres servir las piezas con un valor desesperado, pero caian uno á uno para no volverse á levantar jamás. La bruma de la tarde que iba estendiéndose sobre aquel sangriento campo de batalla cubierto de cadáveres, no me permitió ver mas. El general Butterfield, á quien acababan de matar el caballo, hizo esfuerzos sobrehumanos para salvar los cañones; un casco de metralla le llevó el sombrero, su sable estaba doblado de un balazo, y rodeado de sus ayudantes de campo, que iban cayendo uno á uno, habia tratado de reunir toda la infantería al rededor de su bandera, mas si bien lo consiguió al principio, vióse luego arrastrado por los batallones

que huían á la desbandada y en la mayor confusion.»

Los federales habian perdido la batalla mas no sin defender el terreno palmo á palmo, y debe tenerse en cuenta, que la mayor parte del ejército federal permanecia entre tanto ociosa en la orilla opuesta del Chickahominy, pues temiendo un ataque por aquel punto, ninguno de los jefes creyó prudente desprenderse de sus tropas, á pesar de que cinco ó seis brigadas mas, hubieran acaso evitado la derrota de Porter. Tambien es de estrañar que despues de alcanzada aquella ruidosa victoria, no intentaran cosa alguna los confederados en la orilla derecha.

Las bajas que sufrió el ejército federal en aquella tremenda batalla no bajaron de ocho mil hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros muchos distinguidos y valerosos oficiales; es de presumir que los separatistas perdieron muchos menos.

En vista del fatal resultado de la accion de Gaines's Mill, y no creyéndose con suficientes fuerzas para tomar por entonces la revancha, el general Mc Clellan juzgó que lo mas prudente seria emprender la retirada sin esponerse á un nuevo descalabro. En su consecuencia reunió á los jefes del ejército en

consejo de guerra el dia 27 de junio, **1862.** á fin de esponerles su plan y los detalles de la ejecucion y se acordó que el cuerpo de ejército de Keyes, formando la vanguardia, marcharia á la mañana siguiente hácia White Oak Swamp con toda su artillería y bagajes y algunos ingenieros para reparar y construir los puentes necesarios, á fin de asegurar el paso de las demás tropas y de los trenes. En el mismo dia 28, y llegada la noche, el general Porter iria á reunirse con Keyes, cuidando de cubrir los flancos del ejército, así por la parte de Richmond y de

New-Market como por el Chickahominy y Long Bridge. Mc Call seguiria á Porter, y los generales Sumner y Heintzelman, abandonando poco á poco sus posiciones, seguirian la misma direccion; la division Slocum se quedaria á retaguardia en Savage-Station, y los jefes de los diversos cuerpos recibieron órden de cargar convenientemente de víveres sus wagones y de quemar lo que no pudieran llevarse; los enfermos y los heridos se quedarían en los hospitales al cuidado de los cirujanos, y bajo la salvaguardia de la bandera amarilla y de la humanidad.

El dia 28 se pasó conforme á lo indicado en el programa, y no se perdió tiempo en cumplir todas las órdenes del general en jefe. Á medio dia habian ya tomado las tropas la posicion que se les indicara, y los ingenieros, que trabajaron toda la noche para destruir los puentes tan penosamente contruidos, hicieron luego esfuerzos sobrehumanos para asegurar el paso de los wagones; despues Keyes, Porter y Mc Call, con una parte de los trenes, llegaron sin obstáculo al punto de su destino.

Mientras se efectuaba esta importante operacion en la orilla derecha del Chickahominy, el general Lee buscaba al ejército federal en todos aquellos sitios en que seguramente no debia encontrarle; no podia suponer ni remotamente que Mc Clellan abandonaria su centro de operaciones, y por lo tanto, parecióle suficiente concentrar sus fuerzas en los caminos que conducen al Chickahominy á fin de vigilar al enemigo. Entre tanto dispuso que sus avanzadas se apoderasen de todo aquello que los federales no pudieron quemar ó llevarse, por cuyo medio se hizo dueño de un rico botin, pero ya en la noche del 28 ó 29 y despues de algunas escaramuzas en Old-Tavern, Lee comenzó á tener algunas sospechas que bien pronto se

convirtieron en realidad. Entonces trató de reparar los puentes destruidos, hizo retroceder hasta Mechanicsville á una parte de las tropas de Jackson y de Longstreet, á fin de atravesar el rio y bajar luego por la orilla derecha, y dió orden á Magruder de salir de sus posiciones para estrechar á los federales por el flanco derecho; el resto de las fuerzas debia bajar por la orilla izquierda con el objeto de vadear el Chickahominy por Long Bridge y caer sobre el flanco izquierdo de las columnas enemigas, cortándoles la retirada si era posible.

Desgraciadamente para Lee, tropezaba con la misma dificultad que encontró el general Mc Clellan en la batalla de Fair Oaks: entre las dos divisiones de su ejército estendiase todo el valle de Chickahominy, y este valle estaba ocupado aun por tres cuerpos de ejército federales á las órdenes de Heintzelman, Sumner y Franklin. En la mañana del 29 el general Mc Clellan abandonó á Savage-Station con todos sus trenes y bagajes, atravesó felizmente el rio, y al medio dia se mandó al general Keyes que fuera á tomar posicion en las alturas de Malvern Hill, seguido del general Porter, quien debia situarse á la izquierda de Keyes á fin de apoyarle. Las cañoneras que habian llegado ya á este punto, y que anunciaban la proximidad de un gran número de buques, apoyarían las dos alas del ejército, sobre todo la derecha; el general Mc Call se hallaba aun en los desfiladeros de White Oak Swamp en el mismo sitio ocupado antes por Keyes y Porter, y se le habia prevenido que vigilara por la parte de Richmond hasta que le relevaran Sumner y Heintzelman. Estos tenian orden de marchar en el mismo dia por dos caminos distintos; el primero por el camino principal, y el otro por un sendero que se halla mas al Norte.

Pero no era de esperar que pudieran terminarse todas las operaciones del ejército unionista sin contratiempo alguno y sin otro combate, y en efecto, en la mañana del 29, los confederados atacaron de nuevo con el furor de hombres que ven que se les escapa una presa segura.

El general Sumner habia abandonado las obras de defensa de Fair Oaks en la madrugada del 29 á fin de replegarse en Savage-Station, situándose luego cerca de la estacion de Orchard; las divisiones Richardson y Sedgwick se hallaban á la derecha del camino de hierro, frente á Richmond, y el cuerpo de ejército de Heintzelman, se extendia por el camino de Williamsburg. Hacia las nueve de la mañana del dia 29, estas posiciones fueron atacadas por varios puntos á la vez: Sumner, que era el mas avanzado, rompió un nutrido fuego de fusilería y artillería, que contuvo al enemigo durante dos horas, pero á eso del medio dia tuvo que replegarse hácia Savage-Station, donde se concentraba tambien, viniendo de la derecha, la division Smith, del cuerpo de ejército de Franklin, que habia empeñado el combate con el enemigo. Heintzelman retrocedió igualmente, pero bien fuese por una mala inteligencia ó por otra causa cualquiera, en vez de ocupar de nuevo su posicion á la izquierda, se retiró atravesando los pantanos, guiado por un ayudante de campo del general en jefe que acababa de llegar con el objeto de indicarle el camino que debia seguir para atravesar el vado de Brackett.

La inesperada marcha de Heintzelman no podia menos de contrariar á Sumner, pues su ala izquierda, ocupando la direccion de la línea de retirada, quedaba á descubierto y espuesta á un ataque de las nuevas columnas enemigas que iban llegando de Richmond. Además de esto, Franklin, que acaba-

ba de unirse á él, le anunció que el enemigo avanzaba con fuerzas numerosas por la derecha y se disponia á franquear el Chickahominy. Á pesar de todo, Sumner y Franklin, resueltos á luchar, tomaron sus disposiciones á fin de sostenerse hasta la noche, en cumplimiento de las órdenes que recibieran poco antes, y á eso de las cuatro de la tarde empeñóse la accion al rededor de la via férrea y cerca de un bosque desde donde se dominaba ventajosamente la posicion. Cuatro baterías colocadas convenientemente sembraron la muerte en las filas del enemigo, y al mismo tiempo la brigada Hancock dió varias cargas con el mejor resultado, mientras la brigada Burns, situada á la derecha de Williamsburg, defendió obstinadamente el terreno palmo á palmo. La noche puso fin al combate, pero el fuego de fusilería continuó hasta eso de las diez, hora en que los confederados, cuyas pérdidas eran sensibles, comenzaron á retirarse para renovar el combate al dia siguiente con las tropas de refresco que traeria Magruder. Sumner no obstante emprendió la retirada sin pérdida de tiempo, dejando en la retaguardia á la

1862. brigada French; á media noche todas las tropas se habian puesto en marcha, y á las cinco de la madrugada del 30 de junio, se hallaba el ejército en masa al otro lado del rio.

No habia acabado todo sin embargo: la otra ala del ejército debia cumplir las órdenes del general Mc Clellan á fin de ocupar la posicion que se le indicara al rededor de Malvern Hill, y ya el 29 habian ocurrido algunas escaramuzas entre la caballería cerca de New-Markett, de tal modo que sin la precaucion que se tuvo de formar vanguardias muy numerosas, acaso se habrian perdido los trenes y bagajes. En la mañana del 30, las tropas de Porter y de Keyes se pu-

sieron en marcha con direccion al rio Jacobo, y los demás cuerpos se apostaron cerca de los diversos caminos de Richmond; Franklin, que ocupaba la derecha y vigilaba atentamente los movimientos del enemigo, se reunió á poco con la division Richardson y la brigada Naglee, mientras Heintzelman se situaba frente á Richmond, y Mc Call ocupaba el camino de New-Markett, cerca de la iglesia de los Cuáqueros. Á la derecha de este último jefe se hallaba Kearney, á la izquierda Hooker, en la retaguardia Slocum y Sedgwick formaba con sus dos cuerpos la reserva.

En esta posicion, y mientras que los trenes y bagajes eran conducidos hácia el rio Jacobo, fueron atacados los federales por numerosas fuerzas del enemigo. Los separatistas empeñaron á la vez el combate con Franklin y Mc Call, y poco despues de medio dia, el primero de estos jefes no pudiendo resistir á la superioridad numérica de sus contrarios, quedaba derrotado despues de dos horas de combate, perdiendo su artilleria y bagajes, sin contar que el mismo Mc Call quedó prisionero. Hooker y Kearney consiguieron restablecer por un momento el equilibrio, pero Franklin y Sumner, incapaces de resistir el mortífero fuego de la artillería confederada que diezmaba sus filas, comenzaron á retroceder, aunque batiéndose siempre y haciendo jugar sus baterías. Este movimiento facilitó á Heintzelman el medio de acercarse al rio, y durante la noche, por orden de Mc Clellan, fué á situarse en las pendientes de Malvern Hill, en una fuerte posicion preparada por el general Bernard (*).

(*) En el parte oficial del general separatista Lee, decíase lo siguiente al dar cuenta de este combate, que se llamó de Glendale: «La superioridad del número y la ventaja de la posicion estaban de parte del enemigo, y la batalla fué encarnizada y sangrienta; mas al fin se consiguió desalojarle de todos los puntos que ocupaba, escepto uno, que

Las pérdidas que sufrieron los federales en este terrible combate, fueron inmensas; basta decir que en el campo de batalla quedó herida ó muerta una cuarta parte de la division de Mc Call.

À eso de las cinco de la tarde los separatistas atacaron á Porter en sus nuevas líneas de defensa, pero unas treinta piezas, situadas convenientemente, hicieron un fuego tan certero sobre el enemigo, que éste se vió en la precision de retroceder; algunas andanadas de las cañoneras y una salida del regimiento de Warren, le hicieron desaparecer bien pronto de aquel campo de batalla cubierto de cadáveres.

Así pues, en la mañana del 1.º de julio, despues de la llegada de Heintzelman, todo el ejército federal se hallaba acampado cerca del rio Jacobo con su material de guerra y sus bagajes, y en comunicacion directa con la flotilla de cañoneras y los transportes. En semejante posicion era ya mas fácil atrincherarse, y en su consecuencia, levantáronse algunas fortificaciones con sus correspondientes baterías, se dispuso que el ala izquierda y el centro del ejército se escalonaran en las alturas de Malvern Hill, y la derecha, menos protegida, debia estenderse hasta el rio, flanqueada por los cañones de la flotilla al mando del comodoro Rodgers. Las tropas se repartieron en toda la línea del modo siguiente: á la izquierda, que probablemente seria el primer blanco del enemigo, puesto que se hallaba en la direccion de los caminos de Richmond y

evacuó mas tarde aprovechando la oscuridad de la noche. Al terminarse la lucha, éramos dueños de casi todo el campo de batalla, cubierto entonces de cadáveres y heridos. Se han hecho muchos prisioneros, incluso el general de division Mc Call, y tambien nos hemos apoderado de varias baterías y algunos miles de armas pequeñas. Si hubieran podido cooperar las demás fuerzas, no hay duda que la derrota del enemigo habria sido completa.»

de White Oak Swamp, se situó el cuerpo de ejército de Porter, con las tropas regulares de Sykes á un extremo, y la division Morrell al otro; la artillería, reforzada con la reserva, se colocó de modo que pudiera dominar casi todos los puntos el fuego de unos sesenta cañones; á la derecha de Morrell tomaron posicion las divisiones Couch, Kearney y Hooker, estendiéndose poco mas allá las de Sedgwick, Richardson, Smith y Slocum, y por último, el resto de las tropas de Keyes, con parte de la division Casey, y lo que quedaba de la division Mc Call, formaban la reserva, que se situó entre las fuerzas de Couch y Porter.

Como era de esperar, no tardó el enemigo en atacar aquella. posicion, cargando con todas sus fuerzas, segun ya se suponía, sobre el flanco izquierdo, que era el mas fuerte, y el dia 1.º de julio, la artillería confederada y los tiradores, dirigieron un fuego muy certero sobre las pendientes de Malvern Hill, fuego que fué contestado vigorosamente y duró unas cuatro horas. Hacia las dos de la tarde, como se observase que una fuerte columna de separatistas se dirigia sobre la derecha, el general Mc Clellan dispuso que se reforzara, pero se vió luego que aquello no era sino un ataque simulado. Poco antes de las tres, en el momento mismo en que comenzaba á oirse por la derecha un fuego graneado de fusilería, Couch y Kearney, los cuales segun ya hemos dicho estaban en el centro, fueron atacados por numerosas columnas de infantería que se lanzaron sobre los federales con inusitada furia. Los artilleros y tiradores, ocultos detrás de una rampa, no se dejaron ver hasta que el enemigo estuvo bien cerca, y entonces levantándose de pronto, hicieron dos ó tres descargas tan mortíferas que el campo se cubrió al momento de muertos y heridos, vién-

dose obligados los separatistas á retroceder precipitadamente, si bien no fué sino con el objeto de preparar un ataque mucho mas formidable. Como desde las alturas de Malvern Hill se podian observar todos los movimientos, y se viese que los separatistas amenazaban siempre el centro, Mc Clellan dispuso que se reforzara con algunos regimientos mas, mientras la brigada Caldwell iba á prestar su auxilio á Porter, y de este modo, cuando algunas horas despues llegaron los confederados, lanzando contra Couch y Porter tres columnas de infantería, fueron recibidos como la primera vez y tuvieron que retroceder. Sin embargo, no tardaron en llegar nuevos refuerzos para apoyar á dichas brigadas, mas la metralla por una parte y el fuego de fusilería por otra, contuvieron la marcha de las compactas columnas del enemigo. Los separatistas, no obstante, no se desanimaban á pesar de sus pérdidas, y reconociendo que si se apoderaban de la cima de la colina su victoria seria completa, contentáronse por entonces con entretener á los federales, y atacaron poco despues al cuerpo de ejército de Porter. Este rechazó tambien á sus contrarios diversas veces, pero como se iban agotando sus municiones, pidió que relevaran una parte de sus tropas, y el general en jefe le envió entonces dos regimientos de Sumner y de Heintzelman. Desde aquel momento, todos los esfuerzos del enemigo se estrellaron en sangrientos choques; la noche puso fin al combate, y los federales, que no creyeron prudente perseguir al enemigo, se limitaron á continuar las descargas de artillería, lo cual bastó para que los separatistas se retirasen á una respetable distancia. Las bombas de cien libras, lanzadas por la *Galena* y el *Monitor* contribuyeron mucho á la derrota del enemigo, haciéndole comprender que nada podia inten-

tarse contra una posicion tan fuerte y tan bien defendida. El ejército unionista, cuya destruccion contaban como segura los confederados, se escapaba de sus manos, y podria ya desafiar todas sus amenazas.

Conseguida esta victoria, el ejército federal comenzó á evacuar á toda prisa sus fuertes posiciones, desordenadamente y sin enterar á los muertos ni recoger los heridos (*), pues el general en jefe deseaba trasladarse á toda prisa á Harrison's Bar, á fin de ocupar otra posicion mas segura. Las fuerzas de Keyes cubrieron el movimiento juntamente con la caballería, que no salió de Malvern hasta la madrugada del 2 de julio, y el 3 llegaron á su destino todos las wagones, los bagajes y la retaguardia. **1862.**

El general Mc Clellan anunciaba en sus partes que sus pérdidas durante aquellos siete dias de lucha, es decir desde el 26 de junio hasta el 1.º de julio, ascendian á mil quinientos ochenta y dos muertos, siete mil setecientos nueve heridos, y cinco mil novecientos cincuenta y ocho estraviados, total quince mil doscientos cuarenta y nueve, pero en estas cifras no se incluian los hombres que se dejaron en los hospitales á merced del enemigo. El general Lee no indicaba con exactitud cuáles eran sus pérdidas, pero es de creer que fueron tambien considerables aunque no tanto como las de los unionistas (**).

(*) Aun el mismo Porter, que apreciaba mucho á Mc Clellan, no pudo menos de indignarse y protestar cuando se dió la órden de no enterrar á los muertos.

(**) Al hablar el general Lee del resultado de las operaciones militares en aquel año decia lo siguiente :

«El enemigo se ha visto en la precision de levantar el sitio de Richmond, teniendo el sentimiento de ver frustrada una campaña que se habia estado preparando durante muchos meses, y que ha ocasionado un gasto enorme de hombres y dinero. Mas de diez mil prisioneros, incluso muchos oficiales de alta graduacion, cincuenta y dos piezas de ar-

Apenas llegado á Harrison's Bar, el general Mc Clellan espidió un telégrama á su Gobierno, concebido en estos términos:

«Como era de esperar, ha tenido lugar ayer una reñida batalla, y presumo que apenas quedan cincuenta mil hombres en mi ejército. Para llevar á cabo la gran empresa de apoderarnos de Richmond y poner término á esta guerra, necesito al menos un refuerzo de cien mil hombres mas.» El Presidente Lincoln contestó acto continuo al general en jefe manifestándole que el número de tropas con que se contaba en el Alleghanies, incluidas las que estaban á las órdenes del general Wool en el fuerte Monroe, apenas ascendia á setenta y cinco mil hombres y que por lo tanto no era posible enviarle ni aun cincuenta mil. Pocos dias despues, el Presidente Lincoln se trasladó á Harrison's Bar para inspeccionar el ejército, y viendo que solo habia ochenta y seis mil hombres, pidió nota de las fuerzas que se hallaban á disposicion del general Mc Clellan, la cual fué presentada al dia siguiente. De esta nota resultaba que en 1.º de julio habia en activo servicio ciento un mil seiscientos noventa y un combatientes; entre enfermos y arrestados, diez y siete mil ochocientos veintiocho; ausentes, treinta y ocho mil setecientos noventa y cinco, total ciento cincuenta y ocho mil trescientos catorce, sin comprenderse en estas fuerzas las del general Wool y Burnside que se hallaban en el fuerte Monroe.

Habiéndose recibido en Washington la noticia de que los separatistas, dejando una escasa fuerza en Richmond, se dirigian hácia el Sur del rio Jacobo, el general Mc Clellan

tillería y treinta y cinco mil armas pequeñas, sin contar un considerable número de bagajes, han sido los trofeos de la victoria. La pérdida de hombres en los diversos combates ha sido mucho mayor por parte de los unionistas que por la nuestra, como lo prueban los miles de muertos y heridos tallados en los campos de batalla.»

dispuso que Hooker marchase con su division para apoderarse de Malvern Hill, lo cual consiguió fácilmente el jefe unionista desalojando á los separatistas de su posicion, despues de cogerles cien prisioneros. El coronel Averill con algunas fuerzas de caballería avanzó entonces hácia White Oak Swamp é hizo retroceder á su vez á las fuerzas enemigas que allí encontró, apoderándose de ventiocho prisioneros y algunos caballos. Si Mc Clellan hubiera entonces seguido adelante con todo su ejército, acaso le habria sido fácil apoderarse de Richmond, pero el general en jefe, en cumplimiento de las órdenes recibidas, por las cuales se le prevenia que marchara al fuerte Monroe, comenzó á embarcar sus tropas y sus baterías y bagajes para dirigirse al punto indicado. El general Porter habia recibido orden de permanecer en Williamsburg hasta que se acabara de trasladar todo el ejército, mas como quiera que llegase á sorprender una carta donde se anunciaba que el enemigo iba concentrándose rápidamente con la intencion de atacar á Pope antes de que pudiera recibir refuerzos, resolvió dirigirse, bajo su responsabilidad, á Newport-News, donde llegó el 18 de julio, despues de recorrer sesenta millas en tres dias. El general Mc Clellan y su estado mayor abandonaron el fuerte Monroe el dia 23, embarcándose con direccion á Alejandría para ir en auxilio de Pope, contra el cual parecia que iban á dirigirse todos los ataques del enemigo.

De este modo terminó la desgraciada campaña del brillante ejército del Potomac, mas debe tenerse en cuenta que su mal éxito dependió en gran parte de que casi siempre tuvieron lugar los combates en lugares elegidos por el enemigo, y aun cuando su número era inferior, siempre conseguia no empeñar la batalla sino cuando contaba con

una superioridad numérica. El general en jefe Mc Clellan, por otra parte, que no pensaba sino en pedir refuerzos, nunca hizo entrar en acción á la mayor parte de sus tropas, y sus vacilaciones y sus alarmas merecieron una justa censura. Ciertamente es que nunca ejército alguno necesitó como aquel un numeroso refuerzo, pero no lo es menos, que lo que mas falta le hacia, era que le dirigiera un solo jefe, un buen general, y no que intervinieran á cada momento otros hombres en las operaciones militares, en que solo deben tomar la iniciativa aquellos que conocen el arte de la guerra.



CAPÍTULO VIII.

1862.

CAMPAÑA DEL GENERAL POPE EN VIRGINIA.

Pope es nombrado general en jefe del ejército de Virginia.—Se pone en marcha con dirección al Rapidan.—El general Banks es derrotado por Jackson en la montaña de Cedar.—Pope cruza el Rappahannock, y emprende la retirada perseguido por Jackson.—Atrevida expedición del general Stuart.—Derrota de Scammon y de Taylor.—Llegan los refuerzos de Longstreet.—La gran batalla de Gainesville.—Derrota de Pope y su retirada á Centerville.—Jackson ataca á Kearney en Chantilly.—Muerte de los generales Stevens y Kearney.—Se retira el mando á Pope y se confiere á Mc Clellan.—Las pérdidas de Pope en la campaña de Virginia.

El general Pope, quien según sabemos estaba en el Oeste, había sido llamado por el Presidente Lincoln con el objeto de confiarle, previa consulta con el general Scott, el mando del ejército llamado de Virginia, compuesto de todas las tropas que entonces cubrían á Washington ú ocupaban el extremo inferior del valle de Shenandoah. Este ejército debía constar de tres cuerpos al mando de los generales Fremont, Banks y Mc Dowell, mas el primero renunció el cargo, negándose á servir bajo las órdenes de un jefe á quien consideraba de menos categoría, y con este motivo se le substituyó con el general Sigel. El número de tropas que se pusieron á la disposición de Pope ascendía á unos cincuenta mil hombres, de los cuales cuarenta mil podían entrar desde luego en campaña, y con estas fuerzas encargóle el Gobierno que cubriera á Washington y protegiera á Maryland, amenazando al propio tiempo á Richmond desde el Norte. Pope pensaba al principio avanzar

hacia dicha ciudad á fin de cooperar con Mc Clellan en el ataque, pero como fué nombrado en 26 de julio, es decir el mismo día en que el general Lee tomaba sus disposiciones para atacar el ala derecha del ejército de Mc Clellan, y atendido, por otra parte, que no tenía concentradas todas sus fuerzas, creyó inútil esponerse á una derrota toda vez que el ejército de Mc Clellan acababa de emprender la retirada por White Oak Swamp. Deseando no obstante simular un ataque á fin de favorecer la retirada de las tropas de Mc Clellan, destacó á Sigel en dirección á Sperryville, cerca de Blue Ridge, encargando al general Banks se dirigiera al valle, y á Ricketts que marchase con su división hacia la confluencia de Manassas. Pope escribió entonces á Mc Clellan ofreciéndole su cooperación, mas el general en jefe del Potomac contestó de una manera muy fria y nada cordial (*),

(*) Parece que Mc Clellan y sus oficiales estaban resentidos con Pope por la proclama que dirigiera á su ejército,

pues no ignoraba que por influencia de aquel se habia relevado del mando en el Oeste al general Halleck, quien fué trasladado á Washington, como general en jefe de aquel distrito.

Antes de salir de Washington para emprender la campaña, Pope ordenó al general King que avanzara con algunos destacamentos de su caballería hasta la via férrea de Virginia, con objeto de cortar las comunicaciones del enemigo entre Richmond y el valle, y al mismo tiempo dispuso que Banks marchara con una brigada de infantería y todos sus ginetes á Culpepper-Court-House, adelantando despues como para amenazar á Gordonsville. Hecho esto, sin haber encontrado resistencia, ordenóse luego á Banks que destacara al general Hatch con toda su caballería á fin de apoderarse de Gordonsville, destruyendo la via férrea en una estension de diez á quince millas, en tanto que un destacamento se dirigiria á Charlottesville para cortar los puentes y demás comunicaciones hasta donde fuese posible. Sin embargo, como Hatch llevaba consigo mucha artillería y bagajes, y los caminos estaban muy malos, cuando llegó á Madison-Court-House, ya habia ocupado el general Ewell á Gordonsville con una division del ejército de Lee, siendo ya por lo tanto muy difícil tomar aquel punto. Entonces Pope mandó á Hatch que marchara hácia Blue Ridge con dos mil hombres á fin de destruir la via férrea, pero este jefe, que habia ya empezado á efectuar el movimiento, se dejó dominar por el temor, y en vez de seguir adelante volvió á Madison. Á consecuencia de esto Pope le retiró el mando, nombrando en su lugar al general Buford.

y que en concepto de aquellos envolvía cierta crítica contra el general en jefe del Potomac, aun cuando Pope lo negaba.

Cuando Pope se hubo reunido con su ejército, este se puso en marcha, siguiendo la direccion de la via férrea de Orange, sin que en las primeras jornadas se encontrase un solo enemigo, lo cual no dejaba de inspirar confianza. Sin detenerse mas que el tiempo preciso, la vanguardia de Pope llegó el 17 de julio á Orange-Court-House á cinco
1862.
 ó seis millas de Gordonsville, y aun cuando se acababan de divisar las avanzadas enemigas, el ejército continuó sin embargo su marcha hácia el citado punto, pero poco despues fué preciso hacer alto, porque volvieron apresuradamente los batidores perseguidos por la caballería confederada. El general Pope, que pensaba atacar con todas sus tropas á Gordonsville, recibió aquel mismo dia la noticia de que numerosas fuerzas confederadas avanzaban contra él, y entonces, temiendo verse envuelto por el enemigo, retiróse á la distancia de algunas millas y fué á situarse detrás del Rapidan, donde esperaba obtener noticias mas seguras acerca de los proyectos de su adversario. Entre tanto, Jackson, que con su cuerpo de ejército parecia estar en todas partes, y que acababa de llegar de Richmond, observando que el ejército federal presentaba un centro muy estenso, y no contando ni con mucho con tantas fuerzas como su contrario, hizo atravesar el Rapidan á varios destacamentos á fin de simular un ataque contra Pope, en tanto que él, siguiendo su táctica acostumbrada, tomaba por otro punto la ofensiva.

Pope, que esperaba un ataque por la derecha, habia situado á Sigel cerca de Madison para que estuviese en observacion, pero despues inclinóse á creer que el enemigo avanzaria por el camino principal que conduce desde Orange á Culpepper, y persuadido de ello, concentró su ejército en este último punto, estableciendo en él su cuartel gene-

ral mientras que la division Banks avanzaba hácia el Rapidan. El dia 9 de agosto, Banks continuó lentamente su movimiento, **1862.** apoyado por las fuerzas de Mc Dowell, y en el intervalo, Jackson reunió á todas sus tropas al otro lado del rio y fué á ocupar una colina conocida con el nombre de Montaña de Cedar. El general separatista situó á su gente en la parte septentrional de la colina, ocupando unas suaves pendientes desde donde podian observarse perfectamente los movimientos del ejército federal. El general Banks no tenia orden de atacar, pero como sus tiradores habian roto ya el fuego con los del enemigo, siguió el movimiento, y entonces se generalizó el combate en la posicion elegida por los confederados, lo cual era seguramente anticiparse al deseo de estos. Despues de una hora de lucha, viéronse los federales rechazados por todos los puntos, y en aquel momento el general Jackson, avanzando rápidamente, sorprendió y derrotó á una division mandada por el general Prince, á quien hizo prisionero. La noche puso fin al combate, que habia empezado á las seis de la tarde, y el general Pope, quien llegó poco antes de terminarse la accion, hizo acampar á las tropas de Banks lo mas cerca posible del lugar del combate á fin de continuarle al dia siguiente. Las pérdidas de los federales en aquel encuentro no bajaron de dos mil hombres entre muertos y heridos; Jackson manifestaba en su parte oficial que habia cogido cuatrocientos prisioneros, un cañon y cinco mil trescientas dos armas pequeñas, sin tener por su parte mas que doscientos veintitres muertos y mil sesenta heridos, entre los cuales figuraban los coroneles Williams y Sheffield.

Jackson volvió á ocupar su colina, cuya posicion le parecia bastante ventajosa, mas habiendo sabido por la noche que la division

King acababa de llegar de Fredericksburg y que Pope trataba de cortar las comunicaciones para obligarle á luchar con fuerzas iguales, emprendió la retirada cruzando el Rapidan, sin sufrir pérdida alguna aun cuando le persiguió por algun tiempo la caballería unionista. Poco despues se reunió á Pope el general Reno con ocho mil hombres de la division de Burnside, y entonces el general en jefe hizo avanzar á su infantería hasta la montaña Cedar, así como tambien á la caballería, con el objeto de cerrar el paso al enemigo, pero habiéndosele anunciado que todo el ejército separatista estaba concentrándose para atacarle en masa, abandonó sus posiciones y emprendió la retirada cruzando el Rappahannock, sin experimentar pérdida alguna. La caballería enemiga persiguió á los federales como era de esperar, mas cuando en la mañana del 20 llegó á los vados, vió que se hallaban estos tan bien defendidos que no seria posible desalojar al enemigo sin sufrir grandes pérdidas, y por lo tanto se retiró sin intentar cosa alguna.

El general Pope, que tenia orden de mantener sus comunicaciones con Fredericksburg, no podia estender mas allá su línea sin esponer demasiado el centro, y en su consecuencia espidió un telégrama á Washington para que le enviaran refuerzos, manifestando que de lo contrario tendria que retirarse. El Presidente le contestó el dia 21 que si le era dable sostenerse dos dias mas se le enviaria un refuerzo considerable que le permitiese tomar la ofensiva, pero llegó el 25 sin que recibiera Pope mas que siete mil hombres. Á pesar de esto, resolvió cruzar de nuevo el Rappahannock en la noche del 22 con el objeto de atacar el flanco y la retaguardia de la columna enemiga que se dirigia por el rio, pero comenzó á llover tan

copiosamente que á las pocas horas se hallaban cubiertos de agua todos los vados é inutilizados los puentes, de tal modo que ya no le era posible llevar á cabo la empresa.

Sin embargo, en la misma noche del 22 el general separatista Stuart, á la cabeza de mil quinientos ginetes con dos piezas de montaña, cruzó el Rappahannock por Waterloo Bridge, y aproximándose á Warrenton sin ser visto, sorprendió el cuartel general que tenia Pope cerca de la estacion de Catlet, hizo prisionero á su secretario, de cuyos registros y papeles se apoderó, cogió un considerable número de bagajes y uniformes, y no habiéndole sido posible quemar los wagones porque caia el agua á torrentes, Stuart volvió al punto de partida al dia siguiente con trescientos prisioneros y muchos caballos, y sin sufrir contratiempo alguno. Cuando ocurrió este hecho, Pope se hallaba cerca de la estacion de Rappahannock, pero los trenes y bagajes estaban en Catlet custodiados por mil quinientos hombres de infantería y cinco escuadrones, por manera que la feliz expedicion de Stuart debió ser mas sensible para los federales por su descuido que por el perjuicio que causó, toda vez que ni la oscuridad ni la lluvia podian dispensar su falta.

El enemigo entre tanto iba concentrando fuerzas en la estacion de Rappahannock, en Sulphur Springs, y Waterloo Bridge con la intencion manifiesta de caer sobre el flanco derecho de los federales, y persuadido de esto el general Pope resolvió estenderse hasta Gainesville y presentar allí la batalla de una vez. La division Heintzelman del ejército de Mc Clellan acababa de llegar á Warrenton, Porter se acercaba á Bealton, y el Gobierno habia espedido un telégrama previniendo que Sturgis, Cox y Franklin prestaran el auxilio necesario, por manera que Pope creyó, y con

mucha razon, que se veria apoyado por cuarenta ó cincuenta mil veteranos del ejército del Potomac. En su consecuencia, despues de haber tomado sus disposiciones, hizo que Franklin marchase inmediatamente á Gainesville, espidió órdenes á Manassas á fin de que la primera division que llegase á dicho punto se situara en las obras defensivas, destacando la caballería para vigilar los movimientos del enemigo, y previno por último al general Sturgis que hiciera ocupar la via férrea de Manassas para cuidar de que se cumpliesen aquellas órdenes.

Sigel, que iba avanzando lentamente hácia el Rappahannock, encontró una escasa fuerza de separatistas en Great Run, á dos millas de Sulphur Springs, y bien pronto la hizo retroceder, mas no sin que antes destruyera algunos puentes, lo cual le obligó á detenerse para componerlos. Apoyado por los generales Reno y Banks, llegó á la mañana siguiente á Sulphur Springs, cuyo punto consiguió ocupar á pesar del nutrido fuego de las baterías levantadas por los separatistas en Rappahannock. Los demás jefes fueron llegando sucesivamente y ocuparon los diversos puntos designados de antemano, pero desgraciadamente, las frecuentes escaramuzas y encuentros habian reducido sus fuerzas; Sigel no tenia á su disposicion mas que nueve mil hombres, Banks cinco mil, Mc Dwell, inclusa la division Reynolds, quince mil, y Reno siete mil, sin contar unos cuatro mil ginetes de las avanzadas de Pope, por manera que apenas podian entrar en accion unos cuarenta mil hombres; añádanse á estos las tropas de Heintzelman y Porter, procedentes del ejército de Mc Clellan, y tendremos que solo resultaba un total de sesenta mil soldados.

El general separatista Lee, que por entonces tenia concentrado casi todo su ejército en

el Rappahannock, habia desistido de su primera idea respecto á forzar el paso del rio, y resolvió hacer un movimiento de flanco para sorprender al enemigo por la derecha, á cuyo efecto dispuso que Jackson cruzase por Waterloo dando un gran rodeo, mientras Longstreet amenazaria el centro del ejército unionista con el objeto de distraer la atencion de Pope. Este nuevo plan dió lugar á que se llevara á cabo una de esas sorpresas que han hecho célebre el nombre de Stuart, y en que tambien se distinguió siempre el general Jackson. Este jefe, cuyo cuerpo de ejército constaba de tres divisiones de á seis mil hombres cada una, se dirigió al punto designado en cumplimiento de las órdenes recibidas, y remontando el rio sin que los federales sospecharan aquella contramarcha,

llegó el 25 de agosto á las Montañas

1862. Azules, y á una comarca habitada por pacíficos colonos que no habian tomado parte en la guerra. Como el general separatista no llevaba consigo sino los carros destinados al transporte de municiones y muy pocas piezas, nada se oponia á la rapidez de su marcha, y así es que muy pronto atravesó la pequeña poblacion de Orleans, cruzó el distrito montañoso de Fauquier, así como la region que se estiende entre las Montañas Azules y las de Bull Run, y á la noche siguiente avistó la via férrea de Manassas-Gap en la estacion de Salem. Al otro dia siguió la direccion de la línea férrea hasta cierto punto, é inclinándose luego un poco á la derecha, encaminóse directamente hácia el pequeño pueblo de Gainesville y poco despues llegando á la estacion de Bristow, la tomó por asalto, apoderándose de ocho cañones, trescientos prisioneros, ciento setenta y cinco caballos, doscientas tiendas de campaña enteramente nuevas, diez locomotoras, siete trenes cargados de víveres y un consi-

derable número de bagajes y pertrechos militares.

Mientras sucedia esto, el coronel Scammon, con una parte de la brigada del general Cox, se estacionaba en Union Mills, (Molinos de la Union) cerca de Bull Run, donde acababan de llegar algunos fugitivos de Manassas dando la alarma. Scammon dió entonces orden de avanzar, y el 27 **1862.** de agosto tuvo un encuentro con los separatistas, que le derrotaron completamente obligándole á retirarse hácia el camino de Alejandría, en tanto que la caballería confederada quemaba todo cuanto encontraba á su paso. Algunas horas despues llegó el general Taylor con cuatro regimientos de la division Franklin, deseoso de tomar la revancha, y desembocando cerca de Centerville, avanzó resueltamente contra el enemigo, pero ya entonces Jackson, para quien los momentos eran preciosos, habia mandado llamar á las divisiones Hill, compuestas de diez brigadas y doce baterías, y á su vez Taylor sufrió una espantosa derrota despues de perder una pierna en el encuentro.

El general Pope comenzó á comprender que su posicion era algun tanto crítica, y conociendo que se hacia preciso dar una batalla decisiva dispuso que Mc Dowell se dirigiera rápidamente á Gainesville con Sigel y Reynolds, mientras que Reno, seguido de la division Kearney marchaba á Greenwich para unirse allí con Mc Dowell y apoyarle en caso necesario; el mismo Pope con la division Hooker, se encaminó directamente á Manassas, dando orden á Porter de permanecer en Warrenton hasta la llegada de Banks.

Al acercarse á la estacion de Bristow Hooker, encontró allí á la division Ewell con la que empeñó un reñido combate obligándole á retroceder con pérdida de trescientos

hombres; Ewell emprendió la retirada hacia Manassas, mas no sin quemar antes el puente y destruir la via férrea. Hooker no pudo perseguirle por carecer de municiones.

Temeroso Jackson de ser atacado por todo el ejército de Pope, creyó prudente evacuar á Manassas á fin de reunirse antes con el general Longstreet, que debia estar ya cerca, y así lo hizo en efecto despues de quemar varios barriles de harina y una porcion de víveres. Ya entrada la noche, los generales Mc Dowell, Kearney y Reno ocuparon las posiciones indicadas por Pope.

Jackson entre tanto, que no acostumbraba á dormirse, se dirigia hacia Centerville, deseando reunirse cuanto antes con las avanzadas del general Longstreet, y por su parte Pope llegó á Manassas con la division Kearney y la de Reno. Al saber que su enemigo se encaminaba á Centerville mandó á Mc Dowell que avanzara con toda la rapidez posible, mas como este jefe habia destacado en otra direccion á la brigada Rickett, no fué posible efectuar aquel movimiento.

No se ocultaba á Jackson que su posicion era crítica, pues al fin y al cabo, hallábase entre el ejército de Pope y el de Mc Clellan que iba á desembarcar de un momento á otro en Alejandría, y ya el enemigo comenzaba á perseguirle por el camino de Warrenton con la intencion de aislarle y cortarle la comunicacion con Manassas-Gap. Sin embargo, el general separatista ocupó luego una fuerte posicion cerca del camino, y allí érale fácil defenderse con ventaja; pero felizmente para él todo se redujo á un encuentro, aunque algo serio, que tuvo lugar entre la vanguardia de la columna federal y el ala derecha de Jackson.

En la mañana del 29 de agosto, el general

separatista tenia sus tres divisiones reunidas casi sobre el mismo terreno que ocupara Mc Dowell en la mañana en **1862.** que tuvo lugar la primera batalla de Bull-Run; su ala izquierda á las órdenes de Ewell se estendia hasta los alrededores de Centerville; el centro, formado de su division veterana, estaba bajo su mando inmediato, y el ala derecha se habia situado detrás del rio en la direccion de Manassas-Gap. En esta division, cuyo jefe era el general Hill, se confiaba principalmente para asegurar el éxito de la jornada de aquel dia. No ignoraba Jackson que Longstreet avanzaba rápidamente en su auxilio y por este mismo motivo tenia empeño en conservar una posicion que flanquease el camino por donde las tropas de Pope debian desembocar, es decir, por la parte del Potomac; esta posicion le permitia tambien tender la mano á los separatistas que fueran á unirse con él viniendo de la montaña. El general Pope trataba á su vez de acorralar á su adversario antes de que recibiese socorros, haciéndole retroceder hasta las montañas, y contaba con un éxito completo si conseguia abrirse paso por donde deseaba; sus tropas, que ya la víspera habian penetrado en Centerville, acababan de asegurar las comunicaciones de esta plaza con Alejandría, mas desgraciadamente para los federales, no le faltaron medios al enemigo para interceptar el camino de Warrenton á Centerville.

Poco despues Heintzelman avanzó sobre la izquierda de Jackson, y Sigel sobre su centro, en tanto que Mc Dowell, sostenido por el general Porter, debia maniobrar de modo que sorprendiera la derecha del enemigo; esta maniobra no se pudo ejecutar, pues Porter, á quien se habia dado orden de atacar de flanco á la division del general Hill, tropezó con varias dificultades y no consiguió



efectuar el movimiento, por cuyo motivo fué acusado de desobediencia; el hecho es que este contratiempo decidió del éxito de la jornada. Jackson, despues de haber rechazado todos los ataques contra sus atrincheramientos, comenzó á retirarse lentamente en el mejor órden, causando al enemigo que le seguía de cerca graves pérdidas, pero al ver que el general separatista se replegaba, Pope se apresuró á espedir un parte á Washington anunciando que acababa de alcanzar una victoria. Sin embargo, aquella misma noche un destacamento de Jackson, que estaba encargado de custodiar las cercanías de Manassas-Gap, cayó sobre la avanzada federal que guardaba aquel paso, y dejó este espedito para la vanguardia de Longstreet, que bajaba de las colinas con un refuerzo considerable de tropas, y que habia seguido exactamente el mismo camino que Jackson.

El ejército federal no contaba ya apenas con víveres ni municiones, pues el general en jefe no estaba conforme aun con Mc Clellan acerca el modo de aprovisionar á las tropas para que pudiesen continuar la lucha; estas se hallaban desanimadas en extremo; los generales de division no tenian confianza alguna en su jefe; muchos ni aun estaban dispuestos á obedecerle, y en una palabra, el ejército todo reconocia cuán humillante seria una retirada. Habia circulado ya el rumor de que los separatistas acababan de recibir refuerzos considerables, y que los generales Hill y Longstreet iban á ponerse á la cabeza de doscientos mil hombres para atacar de flanco al ejército federal y cortarle la retirada por Alejandría. Prescindiendo de esto, hallábanse poseidos los separatistas del mayor ardimiento y confianza; las tres divisiones del general Jackson que tantas victorias alcanzaran, habian encontrado en

los depósitos sorprendidos todos los víveres y municiones que necesitaban, y no es por lo tanto de estrañar que á la vista de nuevos refuerzos, ardiesen los separatistas en deseos de renovar una lucha que debia asegurarles la victoria.

Bajo estas condiciones tuvo lugar la segunda batalla de Bull-Run llamada tambien de Gainesville, batalla que por lo demás ganaron los separatistas sin encuentros muy sangrientos. Lee acababa de llegar tambien para encargarse del mando, y en la mañana del 30 de agosto, mandó á sus tiradores comenzar el ataque á fin de 1862. ocultar el movimiento del general Longstreet, cuya division, moviéndose hácia la izquierda sobre la derecha de Jackson, habia efectuado su evolucion antes de medio dia, formando con sus tropas una especie de horquilla en el flanco de los federales. La batalla no se generalizó hasta la una de la tarde, y ya á las primeras descargas, el ejército federal que no habia tomado aun posicion, comenzó á ceder sufriendo grandes pérdidas á causa del fuego cruzado del enemigo; la division de Porter sobre todo, que formaba aquel dia el ala izquierda, esperimentó sensibles bajas, pero felizmente todo el terreno de la parte occidental de Centerville, en la direccion del Potomac, estaba libre, y podia por lo tanto asegurarse la retirada. Á la noche siguiente, los unionistas se replegaron en el mayor desórden sobre el terreno muy accidentado que rodea á Centerville, precisamente en el mismo sitio donde un puñado de valientes habia cubierto la retirada de los vencidos en la primera batalla de Bull-Run. Franklin y Sumner llegaron casi al mismo tiempo con unos veinte mil hombres de refuerzo, pero este número apenas bastaba, segun confesó el mismo Pope, para reparar las pérdidas sufridas en los dias anteriores.

Á escepcion de Sumner y de Kearney, quienes no podian soportar la idea de una retirada, los demás generales opinaban que era preferible suspender la lucha, por mas que los separatistas se hallasen tambien en estremo fatigados.

El general Lee dejó pasar todo el dia 31 sin hacer ninguna tentativa para obtener nuevas ventajas, pero á la mañana siguiente hizo avanzar á la division de Jackson á través de las colinas, con objeto de obligar á Pope á continuar su retirada si queria evitar ser atacado por el flanco; el general unionista, no queriendo esponerse á semejante eventualidad, emprendió la retirada por Fairfax, limitándose á insignificantes escaramuzas.

El general Lee, sin embargo, iba estrechando cada vez mas á los unionistas, quienes, á pesar de las graves pérdidas que habian experimentado, se batieron aun valerosamente, dando esto lugar á numerosos actos de abnegacion y arrojo. En las cercanías de Chantilly, varios destacamentos federales, reunidos bajo su bandera, opusieron una resistencia enérgica, pero allí tambien murieron dos de los mejores generales unionistas, Stevens y Kearney, cuando trataban de ordenar su gente para tomar la ofensiva. El impetuoso Kearney, de cuyo arrojo ya hemos hablado, cayó como un héroe en medio de los suyos, y aunque agonizando á consecuencia del balazo que le habia atravesado el pecho de parte á parte, sin soltar las bridas de su caballo ni su espada, pedia á gritos que volvieran á colocarle en la silla. Su muerte fué sentida vivamente por todas las tropas, pues destruia grandes esperanzas poniendo fin á la gloriosa carrera de aquel que habia combatido con la mayor intrepidez en tres partes del mundo.

La retirada del ejército federal continuó sin interrupcion, y el 2 de setiembre ocuparon las obras defensivas de Alejandría y del Potomac los restos del ejército unionista. **1862.**

En el parte oficial remitido por el general Lee á su Gobierno, manifestaba este jefe que durante su campaña contra el general Pope habia cogido mas de siete mil prisioneros, sin contar unos dos mil heridos que dejaron los unionistas en su poder. Lee se apoderó además de treinta piezas de artillería, veinte mil armas pequeñas y un número considerable de tiendas de campaña y pertrechos militares. Las pérdidas de los separatistas en los combates que mediaron desde la montaña de Cedar hasta Chantilly, no bajarían probablemente de quince mil hombres, pero los federales tuvieron lo menos treinta mil bajas. Entre los muertos figuraban, además de los generales unionistas Stevens y Kearney, los coroneles Fletcher y Webster, O'Connor, Cantwell, Brown y otros oficiales distinguidos de elevada graduacion.

En aquella ocasion pudo apreciarse la prevision del general Mc Clellan, quien durante el otoño anterior no habia omitido sacrificios de ninguna especie para fortificar las líneas de defensa de Washington. Sin estas, nada hubiera impedido al general Lee penetrar en la capital para dar un golpe contundente al Gobierno unionista, y aun acaso, á pesar de las fortificaciones, menos sólidas en realidad de lo que parecian, si el general confederado hubiese sido mas emprendedor, habríale sido fácil cercar á Washington. Lee, sin embargo, se limitó á rechazar á su enemigo llegando casi hasta las alturas de Arlington.

Como es de presumir, todos estos acontecimientos sembraron la alarma en la capital de la Union, y el estampido de los cañones del Sur, causó la mayor inquietud al Poder

ejecutivo. El Presidente y su Consejo debieron convencerse que el general en quien confiaban no era á propósito para el caso, y que sus partes inexactos no habian servido sino para hacer mas penosa la realidad de la derrota; era preciso elegir inmediatamente otro jefe que supiera reorganizar el ejército, y el Gobierno no pudo menos de pensar en el hombre que por mas que se dijera habia hecho ya sus pruebas en la península, y sabido crearse en poco tiempo cierta reputacion.

El general Mc Clellan á su regreso de Harrison's Bar, se habia quedado solo con doscientos ó trescientos hombres, para inspeccionar los trabajos en Alejandría y Washington, y hasta se pensaba retirarle el mando tan pronto como Pope hubiese terminado felizmente su campaña. Entre tanto y por

decreto de 29 de agosto, las fuerzas **1862.**

que estaban delante de Washington se repartieron en tres cuerpos al mando de Pope, de Burnside y de Mc Clellan, pero estos dos últimos debian limitarse á sostener el primero, y durante algunos dias las funciones del jefe del ejército del Potomac se redujeron á destacar sus tropas para reforzar las líneas del general Pope. En pocos dias, no obstante, dió tales vueltas la rueda de la fortuna, que Mc Clellan, segun iban aumentando los reveses de Pope, iba saliendo de su desgracia para convertirse en un áncora de salvacion. El Gobierno se veia moralmente en la obligacion de ponerle otra vez á la cabeza del ejército, tanto mas cuanto que en opinion del público era el único general capaz de reparar los desastres sufridos. La simpatía que inspiraba Mc Clellan á los veteranos de la península, parecia haberse comunicado á las demás tropas, y nunca como entonces hubiera podido imponer condiciones. Mc Clellan, sin embargo, solo aceptó pura y simplemente el cargo de

general en jefe de todas las fuerzas reunidas alrededor de la capital, cargo que se le ofreció autorizándole para echar mano de cuantos medios creyese necesarios para la defensa de Washington. Mc Clellan se encargó pues del mando el dia 2 de setiembre, sin **1862.** mas que una orden verbal del general Halleck, y viendo despues que el Gobierno no se daba prisa en manifestarle oficialmente qué línea de conducta debia seguir, obró de la manera que creyó mas oportuna, y durante algun tiempo, se dió el estraño espectáculo en una nacion libre, de ver á Mc Clellan revestido de poderes absolutos como generalísimo, no debiendo esta autoridad suprema sino al descuido del Gobierno y á la confianza de las tropas. No obstante, antes de pensar en la reorganizacion completa de su ejército, era preciso arreglar sus movimientos con los de su enemigo, y á esto es á lo que se consagró Mc Clellan desde luego.

El desgraciado Pope fué destituido bruscamente y se le envió al Noroeste á desempeñar una mision oscura contra los indios del Minnesota que acababan de insurreccionarse despues de cometer crímenes horribles. Mc Dowell, que habia auxiliado á Pope lo mejor que pudo, del mismo modo que lo hiciera antes con Mc Clellan, y que se habia distinguido en la última batalla de Bull-Run, no escapó tampoco de la censura, y se le acusó con tal persistencia de ineptitud, de traicion y de cobardía, que se creyó obligado á resignar el mando, exigiendo que se abriese una informacion sobre su conducta. Las declaraciones que hizo con este motivo, fueron las que podian esperarse de un bravo militar y de un hombre de honor, é inútil parece decir que le rehabilitaron completamente, y se le repuso en su cargo por el general Hooker.

Al general Reno, oficial del antiguo ejército regular de Burnside, quien se habia distinguido por su actividad en la retirada, se le confió el mando de un cuerpo de tropas. Los oficiales que antes sirvieron á las órdenes de Mc Clellan, Stoneman y Keyes, se acababan de retirar del servicio por motivos de salud; las tropas de su mando se repartieron entre otros cuerpos, y la caballería se confió á Pleasanton, jóven oficial de notable energía, que seguramente iba á encontrar en el general Stuart un terrible adversario.

El Gobierno dispuso que se hicieran nuevas levadas y se organizaran otras divisiones: el 2 de julio se habian ya enganchado trescientos mil voluntarios por tres años **1862.** y el 4 de agosto otros trescientos mil por nueve meses, pero esta medida disgustó á la mayor parte de los Estados. Mas adelante veremos cómo se repartió el nuevo ejército del general Mc Clellan y entre tanto volvamos á los separatistas que se disponian á continuar la ofensiva invadiendo el Estado de Maryland.



CAPÍTULO IX.

LA INVASION DE MARYLAND.

1862.

El general Mc Clellan atraviesa el Potomac y avanza hácia Frederick.—Manifiesto de general separatista Lee.—Se descubren los proyectos del general Lee.—Tentativa para apoderarse de Harper's Ferry.—Batalla de South Mountain.—Combate de Crampton's Gap.—El general Stonewall Jackson se apodera de Harper's Ferry.—Mc Clellan y Hooker avanzan sobre Antietam.—Batalla de Antietam.—Pérdidas.—El general Lee emprende la retirada cruzando el Potomac y seguido de Porter.—Espedicion de Stuart.—Mc Clellan se dirige al Rappahannock y es relevado por Burnside.—Los generales Bragg y Kirby Smith invaden el Estado de Kentucky.—Los separatistas derrotan á Manson y Nelson en Richmond.—Bragg coge cuatro mil prisioneros en Munfordsville.—Ricardo Hawes es nombrado gobernador de Kentucky.—El general Buell avanza contra Bragg.—Batalla de Perryville.—Muerte del general Jackson.—El general Bragg emprende la retirada.—Rosecrans ataca á Price en Iuka.—Price retrocede hasta Ripley.—Vandorn ataca á Rosecrans en Corinto.—Derrota de los separatistas.—Sus pérdidas.—Vandorn es perseguido hasta Ripley.

Detenido en su impetuosa carrera por las líneas fortificadas de Alejandría, el general en jefe separatista no renunció esta vez como en 1861 á utilizarse de las ventajas que acababa de obtener, con tanta mas razon cuanto que Lee y su Gobierno juzgaban que era llegado el momento de abandonar el sistema de defensa seguido hasta entonces, á fin de penetrar en el interior del pais hácia el Norte de Washington. Era de esperar que se le recibiera bien allí donde se presentase, y en el caso de fracasar el movimiento contra el Norte, seria fácil apoderarse de Maryland. Bajo el punto de vista militar, no dejaba de ser muy ventajoso ocupar la via férrea de la orilla izquierda del Potomac, pues de este modo, las numerosas tropas reunidas en los alrededores de Harper's Ferry y en Shenandoah, con todos sus almacenes militares,

quedarian aisladas de Washington y de Baltimore, siendo entonces fácil cercarlas y vencerlas. La principal dificultad consistia en la prolongacion de la línea de comunicaciones, que estaria tanto mas espuesta cuanto mas se avanzara por la parte del Norte, pero los separatistas confiaban en hallar en Maryland todos los víveres necesarios, y no creian que el ejército federal, rechazado hasta Washington, donde tendria que atender á la defensa de la capital, se hallara en estado de molestarles.

El ejército federal, completamente desmoralizado, acababa de abandonar su posicion de Manassas y hasta sus heridos; los separatistas, segun ya hemos dicho, se habian apoderado en los diversos combates de seis mil prisioneros y 30 piezas de artillería, y el entusiasmo que les inspiraban sus re-

cientes victorias, hacíales considerar como una empresa fácil la conquista de Maryland y de una parte de Pennsylvania; al fin iba á realizarse el plan concebido en las primeras semanas de la crisis y que consistia en aislar la capital del resto de los Estados del Norte.

Con esta idea, el general Lee adoptó desde luego sus disposiciones para atravesar el Potomac, pues como Hill acababa de llegar con la reserva y algunas brigadas sueltas, las fuerzas del jefe separatista ascendian ya á unos ochenta mil hombres. Lee emprendió la marcha por Drainsville hácia Leesburg, atravesó el Potomac, cuyas aguas estaban muy bajas, por diferentes vados, y dispuso que otros destacamentos cruzaran á su vez por la parte de Williamsport. Este movimiento se verificó del 5 al 6 de setiembre,

1862. y una vez en el territorio de Maryland, los confederados se apoderaron inmediatamente del camino de hierro, situándose principalmente en Point Rocks, (Punta de Roca) por cuya ocupacion, las fuerzas federales que se hallaban alrededor de Harper's Ferry y en el bajo Shenandoah, quedaron aisladas del grueso de su ejército.

La caballería separatista marchó rápidamente hácia Frederick-City, y el mismo Lee hizo su entrada en esta plaza el 8 de setiembre, pero los habitantes se mostraron por lo general indiferentes absteniéndose de toda demostracion. Lee, no obstante, á fin de escitar su celo y atraerles á su causa, publicó una proclama concebida en los términos siguientes:

«Cuartel general del ejército de la Virginia del Norte.

»Setiembre 8, de 1862.

»*Al pueblo de Maryland.*

»Nada mas justo que sepais cual es mi objeto al presentarme en los límites de vuestro

Estado con el ejército de mi mando, cuando menos por lo que pueda tener relacion con vuestros intereses.

»El pueblo de los Estados de la Confederacion ha deplorado siempre con la mayor sinceridad los perjuicios y ultrajes de que han sido víctimas los ciudadanos de un Estado unido con el Sur por los mas fuertes vínculos sociales y políticos, y siente mucho mas verle reducido á la situacion de una provincia conquistada.

»Bajo el pretesto de defender la Constitucion, pero infringiendo sus mas sagrados artículos, vuestros ciudadanos se han visto reducidos á prision sin que pesara sobre ellos cargo alguno y contrariamente á lo que previenen las leyes del pais.

»Una enérgica protesta presentada con este motivo por un venerable é ilustre hijo de Maryland (*) á quien en mejores dias ninguno apeló en vano, tratándose de obtener justicia, fué rechazada con el mayor desprecio por los mismos que debieron tomarla en consideracion.

»El Gobierno de vuestra capital ha sido usurpado por extranjeros armados; vuestra legislatura ha sido disuelta por el arresto ilegal de sus miembros; la libertad de la prensa y de la palabra no existen ya; un decreto arbitrario del Poder ejecutivo declara ofensivas cualesquiera clase de palabras cuando así lo tiene por conveniente, y se ha dispuesto en fin que las comisiones militares juzguen á los ciudadanos cuando se atreven á emitir libremente sus opiniones.

»Creyendo que el pueblo de Maryland tiene suficiente elevacion de espíritu para no someterse á semejante Gobierno, el pueblo del Sur ha deseado siempre prestaros su auxilio para que sacudais el yugo extranjero

(*) Rogerio B. Taney.

á fin de que os sea dable gozar de los derechos de los hombres libres, proclamando la independencia y soberanía de vuestro Estado.

»En cumplimiento de este deseo, nuestro ejército se presenta ante vosotros para prestaros auxilio con sus armas si quereis reconquistar los derechos de que se os ha despojado tan injustamente.

»Ciudadanos de Maryland: esta es nuestra misión por lo que á vosotros toca; no se trata de violentar vuestra voluntad; no es nuestro ánimo intimidaros con la presencia de nuestro ejército; nuestro único deseo es que se proclame entre vosotros la libertad del pensamiento y de la palabra. Entre vosotros no conocemos enemigos: lo único que queremos es protegeros.

»Á vosotros toca decidir sobre vuestro destino, seguros de que este ejército respetará la voluntad del pueblo sea cual fuere; y si el Sur ha de regocijarse al veros proclamar vuestra independencia, aun mayor será su satisfacción si la obteneis por vuestra propia voluntad.

»El general en jefe,
»*R. Lee.*»

Esta proclama no produjo el efecto que esperaba el general separatista, pues si bien los habitantes de Maryland no tenían grandes deseos de batirse en favor de la Union, tampoco se mostraban dispuestos á esponer sus vidas para apoyar á los confederados, y los que en un principio se inclinaron por estos últimos, hacia ya tiempo que se hallában en las filas del ejército separatista.

No tardó en saber el general Mc Clellan que los separatistas se dirigian hácia Maryland, y por esta razón dispuso en 7 de setiembre que los diversos cuerpos de
1862. tropas cruzaran el Potomac y fuesen á situarse en el Norte de Washington, cuya ciudad quedó custodiada por el cuerpo de

ejército del general Banks. Mc Clellan emprendió la marcha acto continuo, y en la misma noche del día 7 llegó á Rockville, desde donde continuó avanzando, si bien con ciertas precauciones por si acaso era simulado el movimiento de los separatistas. Después de alguna escaramuza insignificante, la vanguardia del ejército federal penetró en Frederick, que acababan de evacuar los separatistas, y allí tuvo Mc Clellan la suerte de encontrar la copia de una orden general del día espedida por Lee poco antes, por manera que merced á esta casualidad, el general en jefe pudo enterarse de todos los pormenores del plan de campaña adoptado por su enemigo, plan que era ya demasiado tarde para cambiar, y del que, poco podia suponer por otra parte el jefe separatista, que hubiese llegado á conocimiento de su adversario. Lee se habia aventurado en la peligrosa maniobra de dividir su ejército en un país que le era completamente hostil, sin tener en cuenta que un enemigo superior en número seguía de cerca su retaguardia, y al obrar así, fué seguramente porque no le daba importancia ó porque quiso prescindir en aquella ocasión de las más conocidas reglas de la guerra.

Segun la orden que se hallaba en poder de Mc Clellan, comprendíase claramente, no solo que Harper's Ferry era el primer punto amenazado por Lee, sino que los cuerpos de ejército de Jackson y Walker marchaban con el objeto de apoderarse de aquel, y que el general Mc Laws, con solo veinte mil hombres se hallaba entonces entre el ejército federal y Harper's Ferry. La mayor parte de las tropas unionistas estaban concentradas en aquel momento cerca del Frederick, pero la division Franklin, compuesta de unos diez y siete mil hombres, se acercaba al punto amenazado por el enemigo, y si

Mc Clellan hubiese puesto en movimiento acto continuo á todo su ejército, dando órden de avanzar á Franklin y de empeñar el combate si era necesario á fin de ganar tiempo hasta la llegada de todas las fuerzas, es seguro que Mc Laws habria sido derrotado, evitándose de este modo que Harper's Ferry cayese en poder del enemigo. No se explica, pues, que en vez de hacer esto, avanzara Mc Clellan con el grueso de sus fuerzas hácia Turner's Gap, Boonsborough y Hagerstown.

El general Lee, quien, segun ya hemos dicho, habia dividido su ejército, dando órden de avanzar sobre Harper's Ferry, se veia perseguido tan de cerca por Mc Clellan, que no tenia otro remedio sino presentar la batalla á todo el ejército federal, sin contar mas que con la mitad del suyo, pues era evidente que si el general unionista no encontraba obstáculos en su marcha, le seria muy fácil impedir que el enemigo se apoderara de Harper's Ferry. Así se explica que el general Pleasanton, jefe de la caballería federal, encontrase resistencia en el camino de

Hagerstown, donde ocurrió una escaramuza el 13 de setiembre al cruzar el valle de Catocin, pero los federales siguieron avanzando hasta un punto llamado Turner's Gap, que se halla cerca de la montaña del Sur.

El general Lee, que no pensaba sino en apoderarse de Harper's Ferry, y creia que Mc Clellan, siguiendo su costumbre, no andaria sino seis ó siete millas diarias, acababa de dar la órden de avanzar hácia Hagerstown, á los generales Longstreet y Jackson, pues en dicho punto habia ya seis brigadas al mando de Anderson, las cuales debian apoyar á Mc Laws en el ataque de Harper's Ferry. La division del general H. Hill se hallaba en Turner's Gap con la ca-

ballería del general Stuart. Los separatistas, pues, no pudieron menos de estrañarse al ver á la mañana siguiente que la division de Cox avanzaba por la parte de Middletown, precedida de la caballería de Pleasanton y algunos cañones con los que rompieron acto continuo el fuego, mientras que por otra parte veíase á lo lejos el grueso de las fuerzas del ejército del Potomac que marchaba rápidamente por el valle.

Así pues cuando la brigada de Garland, destacada por Hill, cuya division apenas contaba con cinco mil hombres, salió al encuentro de la avanzada federal, fué dispersada al momento, habiendo perecido su jefe cuando las tropas se retiraban en desórden, pero bien pronto llegaron las divisiones de Anderson, Rhodes y Ripley, que defendieron el terreno palmo á palmo y consiguieron contener resueltamente el ímpetu de los regimientos de Cox. Sin embargo, los unionistas, muy superiores en número, fueron avanzando, sin que bastaran á contenerles los desesperados esfuerzos de sus enemigos.

El fuego de fusilería cesó á eso de la una de la tarde, pues por ambas partes se esperaban refuerzos: solo habian tomado parte hasta entonces en el combate la division Reno, de los federales, y la division Hill, de los separatistas, pero dos horas despues, el general Hooker ocupó el camino de Hagerstown con el objeto de atacar á los confederados por el flanco, y formada la línea de batalla, volvió á jugar de nuevo la artillería. No tardaron tampoco en llegar nueve brigadas al mando del general Longstreet, y con este refuerzo ascendian ya las fuerzas de los separatistas á unos veinticinco ó treinta mil hombres, es decir, doble número del que podian oponer en aquel momento los federales, si bien animaba á estos la confianza de que



el grueso del ejército no tardaría á llegar en su auxilio.

En su consecuencia, los unionistas se batieron obstinadamente; el general Hatch, herido de gravedad, tuvo que retirarse, cediendo su puesto al general Doubleday, y lo mismo sucedió al coronel Wainwright, pero Hooker habia conseguido desbaratar el ala izquierda de los separatistas, cuando la noche puso fin al combate. En este encuentro cayó tambien mortalmente herido, cuando observaba atentamente con un antejo los movimientos del enemigo, el general unionista José Reno.

Á la mañana siguiente se renovó la lucha con la mayor obstinacion por una y otra parte, sin que cesara esta hasta las cuatro de la tarde, hora en que empezaron á llegar nuevas divisiones del ejército unionista con todos los trenes y la artillería, por cuya razon Mc Clellan, que tenia ya á mano la mayor parte de su ejército, adoptó sus disposiciones para dar una accion decisiva al dia siguiente. Sin embargo, el general Lee, para quien lo mas importante era ganar tiempo á fin de apoderarse de Harper's Ferry, retiró todas sus fuerzas durante la noche, por manera que al otro dia, las avanzadas federales solo encontraron los muertos y heridos abandonados por los separatistas.

Mc Clellan asegura que en esta refriega solo tuvo trescientos doce muertos, mil doscientos treinta y cuatro heridos y veintidos estraviados, total mil quinientos sesenta y ocho, pero hizo en cambio mil quinientos prisioneros. En el parte del general en jefe unionista se decia que las pérdidas de los confederados eran mucho mayores, pero esto no es creible, toda vez que los últimos tenian la ventaja tanto en la posicion como en el número, y se retiraron en el mejor orden sin que les causara grandes bajas el fuego del enemigo.

Mientras se daba este combate, el general Franklin avanzaba por la orilla Norte del Potomac, atravesando por Tenallytown, Darnestown y Poolesville, y en la tarde del 14 de setiembre llegó á Crampton's Gap cerca de la montaña del Sur, **1862.** poco mas allá de Burkettsville, en cuyo punto encontró dos ó tres divisiones del ejército separatista al mando de Howell Cobb, las cuales ocupaban una fuerte posicion. Acto continuo se trabó el combate, pero eran tan superiores en número los federales, que despues de una obstinada lucha de cuatro ó cinco horas, vióse Cobb en la precision de emprender la retirada, sufriendo considerables pérdidas. Si Franklin hubiera sabido entonces cuán preciosos eran los momentos, aun le habria quedado tiempo para salvar á Harper's Ferry, pues no se hallaba sino á seis millas de distancia de dicho punto.

Entre tanto el general Stonewall Jackson, que habia salido de Frederick el dia 10, avanzaba rápidamente hácia Williamsport; una vez en este punto, volvió á cruzar el Potomac, y poco despues llegaba á Martinsburg, punto defendido por el general White con unos dos mil unionistas, pero prevenido este jefe oportunamente de que se acercaba Jackson con fuerzas muy superiores, huyó en la noche del 11 á Harpers' Ferry á fin de reunirse con el coronel Miles, que defendia esta plaza con diez mil hombres. White era de superior graduacion á Miles y debió haberse encargado del mando, pero cedió de su derecho por deferencias á este último jefe, y se ofreció á servir bajo sus órdenes, lo cual fué aceptado.

Como Harpers' Ferry se eleva en una especie de gargaña ó desfiladero dominado por tres partes por altas montañas, y solo defendible desde dos ó tres de estas, el general en jefe Mc Clellan habia recomendádose muy es-

pecialmente á Miles y á White que estrechasen sus posiciones, concentrándose en las orillas mismas del rio alrededor de los puentes, y adoptando luego todas las medidas que creyeran mas oportunas para rechazar un ataque, á fin de poder defenderse hasta que recibiesen refuerzos. La mision de estos dos jefes no era de las mas fáciles, atendida la posicion del terreno que tenian el encargo de conservar, mas con un poco de inteligencia y de ingenio, y contando con el valor de sus tropas, hubieran podido hacer frente al peligro, al menos durante algunos dias. Desgraciadamente, ambos probaron en aquella ocasion su ineptitud, pues no solo no siguieron las instrucciones del general Mc Clellan, sino que no hicieron nada como debian, olvidando hasta el asegurar sus comunicaciones de modo que el ejército pudiera socorrerles, y de este modo Jackson pudo sitiar la plaza á su gusto. El general separatista se situó en la orilla derecha, mientras un destacamento de las tropas de Longstreet, á las órdenes de Mc Laws, ocupaba el camino de Maryland, debiendo advertirse que estas tropas que llegaban directamente de Frederick-City aparecieron delante de Harper's Ferry en el momento en que Jackson formaba su línea de batalla. Con tal acierto se habia practicado este movimiento que la guarnicion federal se vió bloqueada antes de poderse dar cuenta de cuanto estaba pasando, y aun cuando entonces se trató de abrir una comunicacion con Washington, vióse que era demasiado tarde para ello. Solo la caballería del coronel Davis, que permanecia ociosa detrás de las obras de defensa, trató de abrirse paso y al fin lo consiguió, flanqueando el Potomac por Williamsport, en cuyo punto se apoderó al paso de algunos bagajes de Lee. White y Miles no debian ya pensar sino en defenderse de los ataques de

Jackson, el cual acababa de situar sus baterías en el camino de Maryland de modo que dominasen completamente las líneas federales, cuidando tambien de colocar algunas piezas en todas las alturas. Urgíale al general separatista activar lo mas posible las operaciones porque de un momento á otro podia cambiar mucho la situacion.

En la madrugada del 15 de setiembre, las baterías de los confederados rompieron el fuego por siete puntos á la vez, dirigiendo principalmente sus tiros contra las alturas de Bolivar. Á las siete de la mañana, Miles manifestó á White que era inevitable la rendicion porque se iban acortando las municiones, y reconocido así por todos los jefes, izóse una bandera blanca, mas no habiéndolo observado los sitiadores, continuaron el fuego media hora mas, y esto costó la vida á Miles, quien cayó á poco mortalmente herido de un balazo en el pecho. Jackson se disponia ya á lanzarse al ataque con la infantería cuando supo que el enemigo pedia una capitulacion, y acordada esta, quedaron prisioneros once mil quinientos ochenta y tres hombres, apoderándose además el enemigo de setenta y tres cañones, trece mil armas pequeñas, doscientos wago-nes y numerosas tiendas y efectos de campaña. Jackson, que sabia apreciar como nadie el valor del tiempo, no quiso aguardar á que se hiciese la entrega, y confiando esta mision á Hill, se puso en marcha con la mayor parte de sus tropas á fin de reunirse cuanto antes con el general Lee, y á marchas forzadas llegó á Antietam á la mañana siguiente. Se resiste uno á creer que Miles no obrara en aquella ocasion como un traidor, pues no solo dejó de fortificar las alturas de Maryland como se le habia prevenido, sino que incurrió en otras faltas graves que no debe nunca cometer un hombre que sirve

1862.

fielmente su causa. Por lo que hace á Mc Clellan su mayor falta en aquella ocasion fué haber confiado la defensa de un punto tan importante como Harper's Ferry al coronel Miles, sobre todo despues de su vergonzosa conducta en la batalla de Bull-Run.

Era demasiado tarde para salvar á Harper's Ferry, mas no para tomar la revancha, y con la intencion de obtenerla cuanto antes, dióse órden al ejército de ponerse en marcha, y la caballería del general Pleasanton avanzó sobre Boonsborough, donde pudo alcanzar la retaguardia separatista, á la que hizo doscientos cincuenta prisioneros. La division Sumner seguia de cerca, y despues de una marcha de diez ó doce millas, descubrió al enemigo que ocupaba una fuerte posicion junto al rio Antietam, frente á un pueblecillo llamado Sharpsburg. Entonces el general Richardson hizo alto, formando sus tropas á la derecha del camino que conduce desde Keedysville al punto antes citado; Sykes, con su division de tropas regulares, se situó á la derecha, y á poco llegó el general Mc Clellan con las fuerzas de su mando.

Lee, como es de presumir, habia elegido una fuerte posicion, pero necesitaba algun tiempo para fortificarse bien y contener á su enemigo hasta la llegada de Jackson, Walker y Mc Laws, quienes se hallaban aun en Harper's Ferry. Si Mc Clellan hubiese resuelto atacar en la madrugada del 16 de setiembre, antes de la tarde habria podido lanzar sus sesenta mil hombres contra un enemigo que solo contaba con la mitad de este número, mas en vez de hacerlo así, difirió el ataque hasta el dia siguiente, por manera que cuando las columnas del ejército federal recibieron la órden de avanzar, veíanse ya las cimas de las colinas erizadas de cañones, y ocupados todos

los puntos por donde habria sido mas fácil escalar las alturas.

La corriente del Antietam, rio que separaba á los ejércitos, es en extremo rápida y su profundidad impide que pueda atravesarse fácilmente: en ambas orillas es el terreno muy accidentado, y en la derecha sobre todo, elévase bruscamente, formando una série de rampas que se estienden entre el pueblecillo de Sharpsburg y el rio. Hay cuatro puentes de piedra para cruzar de una á otra orilla; el primero está en el camino de Keedysville á Williamsport, el segundo á dos millas y media de este último punto, el tercero cerca de Rohrsersville, y el cuarto á unas tres millas mas allá en el camino de Harper's Ferry, cerca de la embocadura del rio. En las elevaciones de terreno que bordean los tres primeros puentes, habia situado sus tropas el general Lee, y si bien era fácil el asalto por estos tres puntos, éralo mucho mas por el cuarto puente.

La mayor parte del dia 16 se invirtió pues en practicar reconocimientos, y en un tiroteo que no produjo resultado alguno, mas al fin el general Mc Clellan adoptó el plan siguiente. El ala derecha debia forzar el paso del rio por el primer puente, y cortando la retirada al enemigo por Hagerstown atacaria despues su flanco izquierdo; en el caso de obtener buen resultado este movimiento, se dirigiria luego hácia Sharpsburg á fin de cerrar el paso á Lee. Hooker fué el designado para llevar á cabo esta maniobra con el auxilio de los generales Mansfield, Sumner y Franklin. Mc Clellan no creyó prudente hacer avanzar su centro, porque la posicion del enemigo le parecia muy fuerte y el terreno estaba muy descubierto, y por lo tanto confió á Porter la reserva, y dispuso se rompiera el fuego de cañon á fin de que no observara el enemigo las manio-

bras de la derecha. Mansfield acababa de reunirse con Hooker, y el ala derecha de Franklin apoyaba la izquierda de Sumner; Burnside, situado frente al tercer puente, debía atacarle con el vigor posible á fin de sorprender luego al enemigo por uno de sus flancos. Á eso de las tres de la tarde comenzaron las tropas á practicar estos movimientos, lo cual dió lugar á un vivísimo fuego por una y otra parte; algunos cañones Parrott, colocados en ventajosas posiciones, se distinguieron por sus certeros tiros.

En aquellas críticas circunstancias, veíase Lee en la precision de resolver un problema sumamente delicado, que exigia un rápido exámen y una pronta resolucio: ¿qué hacer en presencia de un enemigo muy superior en número y que deliberadamente se proponia atacar á la vez las dos alas de su ejército? Si hubiese tenido mas fuerzas, lo mas sencillo era acometer el centro de los federales, pero Lee no se atrevió á ello y creyó mejor limitarse á los términos medios; reforzó pues poco á poco su izquierda, é hizo ocupar por sus tiradores los bosques y otros puntos ventajosos, con el único objeto de entretener á los federales hasta tanto que llegasen los refuerzos que esperaba de Harper's Ferry.

Hácia las cuatro de la tarde Hooker habia conseguido atravesar el rio por diversos vados y á poca distancia del primer puente, de modo que pudo situarse en el punto mas á propósito para sorprender el flanco izquierdo de Lee, y despues comenzó á practicar su maniobra con la mayor resolucio. Los confederados sostuvieron el fuego de los tiradores de Hooker con sin igual arroj, pero la noche vino al fin á poner término á este primer encuentro, y para que se comprenda cuán cerca estaban ya los federales de los separatistas, basta decir que las avan-

zadas de las divisiones Hooker y Longstreet hubieran podido hablarse, por lo cual, durante aquella noche ocurrieron frecuentes colisiones al relevarse los centinelas por una y otra parte. Mucho antes de la madrugada llegó el general Jackson, quien habia caminado á marchas forzadas, y desembocó en las líneas tan precipitadamente, que por un momento se creyó que los federales comenzaban el ataque; segun lo convenido de antemano, fué á tomar posicion en el ala derecha donde reemplazó á Hood á fin de que éste pasara á reforzar las posiciones del centro.

Un sol magnífico, que brillaba en todo su esplendor, anunció la jornada del 17 de setiembre, tan notable por sus resultados: aquella era la primera vez que **1862.** dos ejércitos tan numerosos iban á empeñar en el Nuevo Mundo una lucha sangrienta que debia decidir, ya la retirada de los invasores mas allá de sus fronteras, ó bien el progreso de su invasion en los pacíficos Estados del Norte, acompañado quizás de sensibles represalias por los excesos cometidos en Alabama ó por los inútiles rigores ejercidos en Nueva-Orleans.

Hooker marchaba á la cabeza de sus columnas con ese aire de bravura y de buena fe que le era propio, seguido de sus soldados á quienes inspiraba tan ciega confianza, que habrian ido con él hasta el fin del mundo. Conociendo Hooker la importancia de la mision que le habia confiado el general en jefe, tuvo buen cuidado de tomar todas las disposiciones mas oportunas para llevarla á buen fin, y sin detenerse ante el fuego de los tiradores enemigos, continuó su marcha resueltamente. Despues de algunas horas de repetidos combates, todos ellos de escasa significacion, Hooker llegó frente á otras líneas mas resistentes, compuestas sobre todo de

las tropas de Jackson, y entonces dió orden á la division Rickett de atacar á la de Mc Laws, la cual fué rechazada, si bien poco despues los separatistas recobraron el terreno perdido. Sumner y Mansfield llegaron á su vez para sostener á Hooker, y al poco tiempo de nuevo estuvo la ventaja por parte de los federales, quienes se apoderaron de dos ó tres baterías. Hubo momentos en que el fuego era vivísimo; una nube de balas levantaba continuamente espesas nubes de polvo, rematando á los heridos y moribundos; el general Mansfield fué uno de los primeros que perdió la vida en aquel encuentro, y el mismo Hooker, que se esponia demasiado al fuego del enemigo, cayó poco despues herido de un balazo en el pié y fué preciso retirarle del campo de batalla, lo cual se hizo muy á pesar suyo porque la jornada iba tomando un aspecto favorable, y esperaba rechazar hasta el Potomac á todo el ejército de Lee si le secundaban bien las demás tropas. Esto no dejaba de ser probable y acaso hubiera podido realizarse si las divisiones hubiesen estado mas unidas entre sí, pero desgraciadamente, la falta de Mansfield y de Hooker, muerto el uno y herido el otro, aumentó el desorden de los federales. Sumner continuó el combate con la mayor obstinacion, dando nuevas pruebas de su valor y arrojo, mas su cuerpo de ejército, así como el de Hooker, experimentó considerables bajas por el fuego certero del enemigo. Hacia el medio dia, Jackson, que acababa de recibir nuevos refuerzos, dispuso se diese una carga general, con la cual obtuvo los mejores resultados, pues se introdujo la confusion en las filas de la division Sedgwick, y Sumner se vió en la dura precision de abandonar sus cañones, retrocediendo algun tanto á fin de restablecer un poco el orden y disciplina entre sus tropas.

Á eso de la una de la tarde, los federales

se hallaban en los mismos bosques que les sirvieron de abrigo la noche anterior, y por lo tanto no habian ganado sino muy poco terreno, mas en cambio contaban con tropas de refresco, puesto que no todas las divisiones habian entrado en fuego. Franklin acababa de atravesar el rio con su cuerpo de ejército á fin de tomar posicion en el ala izquierda de Sumner, y desplegando despues sus líneas, hizo un movimiento ofensivo contra Jackson, con tal acierto y energía, que los federales debieron sentir que no se hubiera hecho antes, es decir, cuando Hooker y Mansfield se hallaban aun en el campo de batalla. Cierto es que el general Jackson habia agotado ya todas sus fuerzas, y seguramente no se le podia recriminar despues de los brillantes hechos de armas llevados á cabo en los dias anteriores; además de esto, escaseaban ya sus municiones, y no siéndole posible resistir un nuevo choque, hubo de retirarse y ceder por último el terreno por tanto tiempo disputado. Franklin hizo retroceder á los separatistas hasta media milla mas allá de sus líneas, mas no viéndose apoyado por las demás divisiones, no creyó prudente avanzar sobre Sharpsburg, por manera que hacia las dos ó tres de la tarde habia cesado casi la lucha por aquella parte, continuándose solo un inútil cañoneo.

Tambien el general Lee, que mandaba el centro, tenia á su disposicion tropas de reserva, pues no habia tenido lugar el ataque que aquel esperaba por aquel punto, atendido que el general Mc Clellan no lo creyó conveniente; solo Porter hizo cañonear las líneas enemigas con toda su artillería, pero no produjo esto efecto alguno, pues en toda aquella estension, sobre todo en la ocupada por los separatistas, era muy accidentado el terreno, y lo único que se consiguió fué ina-

movilizar cuerpos de infantería que hubieran podido utilizarse mejor en otra parte.

En el ala izquierda habia sucedido poco mas ó menos lo mismo: tan pronto como Hooker hubo comenzado su ataque, Mc Clellan hizo avanzar al general Burnside con su cuerpo de ejército compuesto de diez y seis mil hombres á fin de maniobrar sobre la derecha del enemigo en los alrededores del tercer puente, que era en realidad el punto decisivo, pues por allí podia retirarse el enemigo, y si el movimiento de Burnside daba buen resultado, el general Lee se veria en una posicion muy crítica. El jefe confederado, no obstante, comprendia tambien cuán importante era conservar aquel punto, y por lo tanto habia confiado su custodia al general Longstreet con fuerzas poco mas ó menos iguales á las de Burnside. El ataque, pues, comenzó con mucha lentitud, porque los separatistas pudieron aprovechar todos los accidentes del terreno para defender los alrededores del puente, y por esta razon, hasta las dos de la tarde no consiguió Burnside pasar el rio y dirigirse mas allá de las alturas que le rodean. Sus divisiones continuaban avanzando algun tanto, mas al fin llegaron ante una posicion donde el general Hill, con tropas de refresco, acababa de reunirse al general Longstreet.

Los dos jefes separatistas, con todas sus fuerzas, atacaron entonces resueltamente á Burnside, y obligándole á retroceder hasta el puente, recobraron así la media milla del terreno perdido, poniéndole en el caso de que se limitara á la defensiva. En aquel mismo momento, el general Mc Clellan, que acababa de dar una orden para que el ala derecha vigorizase el ataque dirigido por Franklin, recibió de Sumner un parte anunciando que no le era posible ejecutar este movimiento sin esponerse á un grave

peligro, puesto que ninguna division de sus tropas se hallaba en estado de sostenerlo. De este modo, los dos ataques de los federales quedaban completamente neutralizados; las fuerzas no eran bastante numerosas para aquella doble ofensiva en una línea tan estensa, y seguramente hubiera sido mejor limitarse á un vigoroso ataque del puente y á una diversion en el ala de Hooker, en vez de emplear sucesivamente cuatro cuerpos de ejército en aquel mismo punto. Ciertamente es que Mc Clellan contaba con las divisiones de Porter compuestas de unos quince mil hombres de tropas de refresco, mas el general en jefe no queria desprenderse de aquella reserva, por si el enemigo atacaba su centro, pues veia que tambien este tenia á su disposicion un numeroso cuerpo de ejército que no habia tomado parte en la batalla. En la izquierda, así como en la derecha, no ocurrieron en el resto del dia sino encuentros parciales que nada podian decidir; unos y otros esperaban el ataque, y llegada la noche restablecióse la calma, y solo interrumpieron el silencio los gritos de dolor de los heridos y moribundos.

Contrariamente á las previsiones de Mc Clellan, el general Lee estaba muy lejos de pensar en la ofensiva, pues no ignoraba que las dos alas de su ejército apenas podian resistir mas, y los refuerzos que habia tenido que enviar á Jackson, dejaban reducidas sus fuerzas al número estrictamente necesario para defender su centro, prescindiendo de que tambien empezaban á escasear las municiones, lo cual sucedia con mucha frecuencia á los ejércitos americanos.

Al dia siguiente, federales y separatistas ocupaban aun las mismas posiciones, pues Mc Clellan, que solo podia disponer de Porter para un ataque formal, no juzgaba prudente apresurar las cosas, sobre todo porque esperaba la llegada de dos nuevas

divisiones que segun se le dijo estaban en marcha. Por su parte los separatistas, á consecuencia de las pérdidas experimentadas no contaban ya sino con sesenta mil hombres, y es evidente que con fuerzas numéricas tan inferiores, y sin ninguna esperanza de recibir refuerzos, carecian de medios para tomar la ofensiva. Sabiendo además que las levas que se hacian entonces en Pennsylvania y los Estados vecinos facilitarían á Mc Clellan abundantes refuerzos para su ejército, era este otro motivo para no esponerse al peligro de verse acorralado en el Potomac, en cuyo caso se vería en la necesidad de emprender la retirada por un punto situado un poco mas allá del rio.

Lee hizo inmediatamente sus preparativos, comenzando por enviar sus pertrechos militares y sus bagajes, lo cual le ocupó todo el dia 18 y una parte de la noche, de modo que hasta el 19 no abandonó su posicion ni levantó su campamento para cruzar de nuevo el Potomac por la parte Shepherds-town. Habíase convenido un armisticio la víspera con el objeto de enterrar los muertos, y se dejaron al cuidado de los federales trescientos heridos de gravedad. Á escepcion de estos desgraciados, llevóse á cabo la retirada sin otras pérdidas. El ejército del general Mc Clellan se habia repuesto muy difícilmente de la confusion y del desórden que introdujera entre las tropas la batalla de Antietam, una de las mas importantes que se librara hasta entonces, y el general en jefe se veía al fin obligado á renunciar á sus esperanzas despues de haber asegurado los diarios del Norte que el Potomac iba á ser la tumba del gran ejército separatista. Sin embargo, habíase alcanzado en parte el objeto, pues no solo quedaba defendido el territorio de la Union, sino que, frustrada la invasion de Maryland, salvábase Pennsyl-

vania de la invasion que la amenazaba y el Gobierno de Washington podia ya reposar un poco y hacer sus preparativos con mas desahogo. Tales eran, en una palabra, las ventajas obtenidas, ventajas reales y positivas á no dudarlo. Federales y separatistas proclamaron la victoria, como sucediera en otras varias ocasiones segun ya hemos visto, mas si se tiene en cuenta que los confederados se vieron en la precision de abandonar sus posiciones, que el ala derecha de los federales no perdió el terreno conquistado por la division Franklin, y que Hooker y Sumner cogieron una porcion de banderas y una docena de cañones, no puede negarse que Mc Clellan tuviera derecho de atribuirse la victoria, si bien debe censurársele por no haberse aprovechado de ella tanto como pudo. Es verdad que el triste incidente de Harper's Ferry y el estado incompleto y heterogéneo de un ejército improvisado apresuradamente, le imponía una prudencia, acaso escesiva, pero que llenaba el objeto principal del Gobierno, cual era el de proteger la capital de la Union.

En cuanto al general separatista, que habia sabido conservar su primera posicion por espacio de cuarenta y ocho horas durante las cuales tuvo lugar la captura de Harper's Ferry, y que se habia retirado al fin sin dejar en poder del enemigo sino algunos cañones y un corto número de heridos, tambien merecia el elogio de sus mismos adversarios, aun cuando no se hubiese llevado á cabo el objeto que motivara la invasion.

El general Mc Clellan asegura que el número de sus fuerzas en la batalla de Antietam, no pasaba de ochenta y siete mil ciento sesenta y cuatro hombres, incluso cuatro mil trescientos veinte caballos, que de poco podian servir en semejante terreno y en

aquella batalla, y calcula que las tropas de Lee no bajaban de noventa y siete mil cuatrocientos hombres, incluso seis mil de artillería y seis mil cuatrocientos caballos. Sin embargo, el jefe separatista dice que no tenia sino cuarenta mil hombres (*), en los cuales no se comprenden probablemente ni la caballería ni la division de P. Hill.

Mc Clellan calcula que sus pérdidas en la batalla de Antietam figuraban por doce mil cuatrocientos sesenta y nueve hombres, es decir, dos mil diez muertos, nueve mil cuatrocientos diez y seis heridos y mil cuarenta y tres estraviados, y asegura que sus soldados enterraron unos dos mil setecientos cadáveres del enemigo, sin contar los que se encontraron luego en otra parte del campamento, lo cual le hace suponer que las pérdidas de los separatistas fueron *aun mayores* que las de los federales. Como los primeros se batieron siempre protegidos por los bosques, y en terreno que dominaba la artillería, la suposicion de Mc Clellan no tiene visos de probable ni merece crédito tampoco.

El general Lee habia dispuesto se situaran ocho baterías á cierta distancia del Potomac, apoyadas por seiscientos infantes á las órdenes de Pendleton, mas en la mañana del 19 de setiembre, el general Porter, que tenia orden de perseguir hasta cierta distancia al enemigo con su division y la de Barnes, atacó valerosamente á los separatistas y pudo apoderarse de cuatro cañones. Al dia siguiente no obstante, la mayor parte de la division Porter cayó en una emboscada de Hill al practicar un reconocimiento y fué derrotada completamente despues de

sufrir considerables pérdidas. Los separatistas cogieron doscientos prisioneros, y ocuparon aquella orilla hasta el dia siguiente.

El general Lee emprendió la marcha por el Oeste con el grueso de sus fuerzas dirigiéndose hácia Martinsburg, mientras la caballería al mando de Stuart volvia á cruzar el Potomac por la parte de Williamsport. Las vias férreas de Baltimore y Ohio estaban completamente destruidas en una gran estension. El general Mc Clellan destacó á Williams con el suficiente número de fuerzas para que se apoderara de las alturas de Maryland, lo cual hizo sin hallar resistencia, mientras el general Sumner se posesionaba tambien pacíficamente de Harper's Ferry.

Lee acababa de retirarse á los alrededores de Bunker Hill (Monte Bunker) y Winchester, donde, viendo que no era perseguido por Mc Clellan, destacó al general Stuart en 20 de setiembre **1862.** con mil ochocientos caballos, con el objeto de que emprendiera en Pennsylvania una de sus atrevidas escursiones. Cruzando el Potomac por mas arriba de Williamsport, Stuart avanzó rápidamente sobre Chambersburg, en cuyo punto destruyó una considerable cantidad de víveres y municiones, y despues de esto, dando un rodeo á fin de pasar cerca del ejército de Mc Clellan, volvió á Virginia sin perder un solo hombre, segun su costumbre. Al saber el general en jefe unionista que Stuart habia emprendido aquella atrevida espedicion, y deseando apoderarse del arrojado guerrillero, tomó todas sus disposiciones al efecto, pero sus planes se frustraron por falta de energía y de celo. Se nos olvidaba decir que en Chambersburg Stuart quemó los depósitos de la via férrea, una porcion de máquinas, cinco mil fusiles y un numeroso equipo.

(*) El escritor Pollard, en su *Historia de la guerra*, dice lo siguiente al hablar sobre esta batalla: «Las fuerzas confederadas que tomaron parte en la accion durante la primera mitad del dia, no pasaron de cuarenta y cinco mil hombres, ni se aumentaron luego en mas de setenta mil.»

Este hecho dió lugar á que se renovaran las polémicas entre el general en jefe del ejército federal y su Gobierno, con motivo de haber pedido el primero con insistencia que se le enviaran refuerzos, caballos y equipo, cosa que ofrecia hacer inmediatamente el general Halleck, y que tardaba mucho en cumplir.

Mc Clellan cruzó al fin el Potomac entre el 26 de octubre y el 2 de noviembre, y dirigiéndose sin oposicion alguna hácia Blue Ridge (Lee marchaba en direccion paralela), ocupó á Snicker's Gap y Manassas, y habia avanzado hasta Warrenton cuando fué relevado del mando, que se acababa de conferir al general Burnside. De este modo terminó Mc Clellan su activa participacion en la guerra.

Trasladándonos ahora á los Estados de Tennessee, Kentucky y Mississippi, donde los jefes separatistas se ocupaban activamente en organizar guerrillas para hostigar por todos los medios posibles al ejército unionista, referiremos los acontecimientos de la guerra que allí tenian lugar mientras se daban los sangrientos combates cuyos pormenores acabamos de referir.

Lebanon (Kentucky), Murfreesboro, (Tennessee) y Henderson (Ohio) habian caído por sorpresa en poder de los separatistas, que hicieron prisioneros á los generales Duffield y Crittenden con gran parte de sus tropas; el coronel Juan Morgan, que ya iba haciéndose notable como guerrillero, se apoderó tambien de Cynthiana en 2 de julio, pero tuvo luego que abandonar este punto, al verse perseguido de cerca por una fuerza muy superior de caballería á las órdenes del general Green Clay Smith. Las guerrillas confederadas, por lo demás, tan pronto estaban en Kentucky como en Tennessee, pero sus jefes sabian conducir las

tan acertadamente, que con frecuencia se apoderaban de un considerable número de efectos de campaña, municiones ó víveres, haciendo á veces numerosos prisioneros en sus respectivos encuentros.

El general unionista Buell habia salido de Corinto en el mes de junio, con la intencion al parecer de dirigirse hácia Chattanooga, mas el general Bragg, á quien se acababa de confiar el mando de los separatistas, se encaminó al mismo punto á marchas forzadas, y pudo llegar antes que la vanguardia de Buell para defender dicho punto. El ejército de Bragg ascendia entonces á unos cuarenta y cinco mil hombres, organizados en tres cuerpos al mando de Hardee, Bishop Polk, y Kirby Smith respectivamente, el último de los cuales fué enviado á Knoxville, mientras los dos primeros se encargaron de proteger á Chattanooga en caso de que atacara Buell.

Como la campaña de Mc Clellan en Richmond se habia frustrado completamente al paso que iba aumentándose la fuerza del ejército separatista, Bragg proyectó un atrevido golpe de mano á fin de recobrar á Tennessee y posesionarse completamente de Kentucky, y no ignorando que en Louisville podia encontrar abundantes recursos, apoderarse de este punto fué el primer objeto de su atrevida expedicion. Al efecto el dia 4 de agosto, cruzó por Harrison (Tennessee, á pocas millas de Chattanooga con treinta y seis regimientos de infantería, cinco de caballería y cuarenta cañones, é internándose por las ásperas montañas que rodean el valle de Sequatchie á fin de que no descubriera el enemigo su movimiento, pasó por Dunlap, Pikeville y Crossville, llegando á Kentucky el dia 5 de setiembre.

Entre tanto el general Kirby Smith, con

su division de Knoxville, avanzaba por Jacksonborough, cruzando por Big Creek Gap con toda la rapidez posible, á pesar de que sus soldados apenas tenian para alimentarse otra cosa que los granos de trigo, que por cierto es muy escaso en aquella region. Su primera avanzada, compuesta de novecien-

1862.

tos ginetes al mando del coronel Scott, sorprendió el 17 de agosto cerca de Monticello á un escuadron de caballería unionista matándole treinta hombres y cogiendo ciento once prisioneros, despues de lo cual prosiguió su marcha hácia Richmond, y retrocedió á poco para reunirse de nuevo con su jefe.

Kirby Smith se dirigió entonces apresuradamente hácia el Norte y al llegar á Richmond Ky encontró un cuerpo de ejército federal á las órdenes del general Manson, quien avanzó inmediatamente para presentarle la batalla despues de tomar posicion en una cadena de colinas que se extiende al Sur de dicha ciudad. Manson contaba con el mismo número de fuerzas que su adversario, pero no tan disciplinadas y aguerridas, y no es de estrañar por lo tanto que al poco tiempo de trabarse la batalla fuese derrotado por Kirby Smith, viéndose en la precision de emprender la retirada apresuradamente. El general separatista Cleburne, que tanto se distinguió mas tarde en la guerra, quedó herido de alguna gravedad en la cara y le sucedió en el mando el general Smith. Poco despues, habiendo llegado de refuerzo tres regimientos federales, Manson trató de hacerse fuerte cerca de Rogersville, mas como reconociese que allí no podria defenderse con ventaja, se retiró á su primera posicion, precisamente cuando llegaba un parte del general unionista Nelson, anunciando á Manson que de un momento á otro llegaria en su auxilio. En efecto, poco despues apa-

recieron las tropas de Nelson, mas antes de que tuviera tiempo este jefe de tomar posicion ó desplegar sus fuerzas en línea de batalla, fué acometido por los separatistas, que en menos de media hora le derrotaron con la misma facilidad que á Manson, quedando herido en este encuentro el mismo general Nelson y otros oficiales de distincion. Á fin de cortar á su enemigo la retirada, el general Smith habia destacado á Scott con su caballería previniéndole atacara la retaguardia de los federales; Manson, á quien Nelson acababa de conferir el mando, contuvo durante algun tiempo á sus perseguidores; pero al llegar á cuatro millas de Richmond, apareció la caballería de Scott, que estaba oculta en un bosque, y trabado de nuevo el combate, los federales hubieron de apelar á la fuga desordenadamente á través de campos y bosques. El general Manson, que con otros oficiales trataba de huir, cayó de su caballo herido de un balazo, y fué hecho prisionero con la mayor parte de los que le seguian. En este encuentro tuvieron los federales doscientos muertos y setecientos heridos, y el enemigo le hizo dos mil prisioneros, apoderándose además de nueve cañones, muchas armas pequeñas y una considerable cantidad de víveres.

Tres dias despues, es decir, en 1.º de setiembre, el general Kirby Smith entró triunfalmente en Lexington, saludado por las frenéticas aclamaciones de los numerosos partidarios de la Confederacion que habitan aquel pais. El jefe separatista marchó en seguida á Cynthiana, que se halla á igual distancia de Cincinnati y Louisville, de cuyos puntos le hubiera sido fácil apoderarse aun cuando se iba reuniendo una numerosa milicia para su defensa y se construian apresuradamente algunas fortificaciones.

El general Bragg habia conseguido entre

tanto flanquear el ala izquierda de Buell, pasando muy cerca de sus tropas sin trabar el combate, y despues de tocar en Nashville y Louisville, entró el 13 de setiembre en el territorio de Kentucky, donde su avanzada al mando del general Chalmes encontró á un numeroso cuerpo de federales que ocupaba una fuerte posicion en Munfordsville. Chalmes habia destacado ya alguna caballería á fin de intimar la rendicion al general Wilder, encargado de la defensa de aquel punto, mas habiéndose negado este jefe á escuchar proposiciones, los separatistas hicieron inmediatamente sus preparativos para apoderarse de Munfordsville. Á las nueve y media de la

1862. mañana del 16 de setiembre, Bragg rodeó la plaza con nada menos que veinticinco mil hombres, á quienes dió orden de comenzar el ataque, y poco despues envió un parlamentario intimando de nuevo la rendicion. Como el general Buell no se hallaba allí, ni se esperaban refuerzos, ni conducia tampoco á nada sacrificar inútilmente á sus tropas, Wilder, prévia una consulta con sus oficiales, entregó la plaza con la condicion de que se hiciesen á sus fuerzas los honores de la guerra, lo cual fué concedido. Desde Munfordsville, el general Bragg continuó su marcha hácia el Norte sin encontrar oposicion, y atravesando por Bardstown, llegó á Frankfort, donde ya se hallaba Smith.

El general Buell, por su parte, despues de haber dejado una fuerte guarnicion en Nashville, encaminábase á Louisville, distante ciento setenta millas, á cuyo punto

1862. llegó el 29 de octubre su ejército, compuesto entonces de unos cien mil hombres, pero no tan aguerridos ni tan bien disciplinados como los separatistas. Reconociéndolo así, Buell se ocupó primeramente en instruir y organizar sus tropas, pero en-

tre tanto los separatistas recorrian libremente todo el territorio, apoderándose de los ganados y de todo aquello que podia serles útil, y habiendo llegado esto á noticia del Gobierno de Washington, espidióse una órden para relevar á Buell del mando, la cual, sin embargo, no se llevó á ejecucion por haberlo solicitado así los principales jefes del ejército. La indirecta, no obstante, era demasiado significativa para que Buell no comprendiese que era preciso marchar contra el enemigo, y en su consecuencia, se puso en movimiento con su ejército con el objeto de concentrarse en Bardstown, donde se suponía que se hallaba Bragg con el grueso de sus fuerzas. El 6 de octubre, Buell pasó por este último punto y Spring-

1862. field, á sesenta y dos millas de Louisville, y sabido esto por Bragg, comenzó á retirarse lentamente á fin de ganar tiempo para poner en salvo sus numerosos trenes y wagones cargados de despojos y del botin cogido á los federales. Al llegar á Kentucky, supo Buell que el general Kirby Smith habia cruzado por Kentucky y que Bragg iba á concentrar sus fuerzas en Harrodsburg ó Perryville, y por lo tanto, dirigióse con sus tropas á este último punto, donde las avanzadas federales encontraron un fuerte destacamento del enemigo en órden de batalla, al que hicieron retroceder despues de una ligera escaramuza. Como Buell esperaba que se empeñaria pronto la accion, envió una órden á los coroneles Mc Cook y Crittenden para que avanzaran inmediatamente, mas habiendo ocurrido ciertos contratiempos, estos dos jefes no pudieron llegar á Perryville hasta algunas horas despues, y á la mañana siguiente, 24 de octubre, comenzó el **1862.** enemigo el ataque contra la brigada del coronel Mc Cook, encargada de la defensa de un puesto avanzado. El mismo gene-

ral Bragg marchaba á la cabeza de los separatistas, pero se confió el mando inmediato al general Bishop Polk, quien tenia á su disposicion cinco divisiones, dos al mando de Hardee y las otras tres á las órdenes de Anderson, Cheatham y Buckner. El general unionista Mc Cook formó sus tropas en orden de batalla, con la division Rousseau á la derecha y las de los generales Gilbert y Jacobo Jackson á la izquierda, y dadas las órdenes oportunas, rompióse el fuego por una y otra parte y bien pronto se generalizó la batalla. Antes de que trascurriese media hora, no obstante, el ala izquierda de los federales se vió atacada de pronto por numerosas masas de infantería y artillería que se hallaban ocultas en los bosques y barrancos, y que aparecieron como si saliesen de la tierra, y entre tanto la division Cheatham, cayendo sobre la derecha, hizo un fuego tan mortífero sobre los federales, que comenzaron á retroceder en el mayor desórden cuando vieron caer herido de muerte al mayor Jacobo Jackson y al general Terrill, quien trataba en vano de reunir á los fugitivos. Puesta en dispersion la brigada de este último jefe, y despues de apoderarse de la batería de Parson, el grueso de las fuerzas separatistas atacó á la division Rousseau, mas como éste se hallaba dispuesto á recibir al enemigo, pudo contenerle por espacio de dos ó tres horas, al cabo de las cuales comenzó á retirarse porque iban escaseando las municiones. En el centro y la derecha de la division Rousseau estaban las brigadas de Harris y Lytle, quienes á pesar de haberse batido valerosamente, iban perdiendo terreno poco á poco á causa de hallarse desbaratada el ala izquierda, y al fin dieron los separatistas una carga tan impetuosa, que los federales tuvieron que retroceder mal de su grado. En aquel momento, Lytle caia herido mortal-

mente, y conociéndolo así, no quiso que le retirasen del campo de batalla.

Los separatistas atacaron despues el flanco izquierdo del cuerpo de ejército de Gilbert, que formando el grueso de la division, estaba mandado por los generales Mitchell y Sheridan, el último de los cuales habia rechazado ya un ataque del enemigo. En este punto fué mucho mas encarnizado el combate, pues los federales opusieron tan obstinada resistencia, que á la media hora de lucha hicieron retroceder al enemigo hasta Perryville, cogiéndole dos carros llenos de municiones y una porcion de caballos. Sin embargo, la brigada del general separatista Wood vino pronto en auxilio de sus compañeros, y por espacio de dos horas se batió desesperadamente contra fuerzas muy superiores, hasta que la noche puso fin al combate. Entonces el coronel Goodig marchó con algunas fuerzas á fin de practicar un reconocimiento y ver qué posicion ocupaban los separatistas, pero de repente fué sorprendido por un destacamento enemigo, y habiéndole matado el caballo le hicieron prisionero; su brigada retrocedió precipitadamente despues de perder quinientos cuarenta y nueve hombres de los mil cuatrocientos veintitres de que se componia, y fué á tomar posicion donde se hallaban las fuerzas del general Mc Cook.

El general Buell no supo que se habia empeñado la lucha hasta dos horas despues de empezada esta, ni mucho menos que Mc Cook se estaba batiendo desesperadamente para rechazar al enemigo, y por lo tanto á la primera noticia envió numerosos refuerzos, dando al mismo tiempo orden de avanzar al general Crittenden con toda su division, á fin de atacar inmediatamente el flanco izquierdo de los separatistas. Este jefe, no obstante, no llegó al campo de ba-

talla hasta el anochecer, precisamente cuando la oscuridad ponía fin á la refriega. A las seis de la mañana siguiente, el cuerpo de ejército de Gilbert avanzó para atacar á los separatistas por el centro, mientras Crittenden lo haría por el flanco izquierdo, pero ya no encontraron los federales enemigos que combatir, pues el general Bragg se había retirado durante la noche, marchando hácia Harrodsburg, donde se unió con el general Kirby Smith y Withers.

Bragg dice que tuvo en esta batalla dos mil quinientas bajas, pero que en cambio cogió quince cañones y cuatrocientos prisioneros; en el informe de Buell se asegura que los federales tuvieron novecientos diez y seis muertos, dos mil novecientos cuarenta y tres heridos y cuatrocientos ochenta y nueve estraviados, total cuatro mil trescientos cuarenta y ocho, pero niega que perdiese mas de diez cañones. En esta acción, según los informes de los respectivos jefes, tomaron parte cincuenta y ocho mil hombres del ejército federal, y cincuenta y cinco mil del separatista, si bien solo las dos terceras partes entraron en fuego; y es de advertir que á pesar de que en ambos ejércitos se contaban muchas tropas bisoñas, batiéronse estas con notable arrojo, sobre todo las de los confederados, esplicándose así que los unionistas sufrieran mayores pérdidas desde el principio de la lucha.

El general Bishop Polk se encargó de conducir la retirada, que cubrió la caballería de Wheeler, mientras la division Sill, que iba siguiendo á Kirby Smith desde Frankfort, llegaba á Perryville á la caída de la tarde del 11 de octubre. Este jefe dispuso
1862. que se practicara un reconocimiento al otro día hasta el río Dick, mas no encontró enemigos, y solo dos días después supo en Danville que el general Bragg se

hallaba ya á bastante distancia. Á pesar de esto mandó que salieran en su persecución algunas divisiones, y aun cuando estas avisaron á la mañana siguiente la retaguardia de los separatistas, no se consiguió alcanzarla porque el enemigo había cuidado de obstruir el camino con troncos de árboles y otros obstáculos que entorpecían la marcha de las tropas. Poco satisfecho el Gobierno de Washington al saber la conclusión de esta campaña, espidió una orden en 30 de octubre, por la cual retiraba el mando **1862.** del ejército al general Buell, nombrando en su lugar al general Rosecrans.

Referidos ya los acontecimientos de la campaña en el Estado de Kentucky, veamos ahora lo que pasaba en el Tennessee.

Á consecuencia de haberse trasladado el general Halleck á Washington, habíase conferido el mando en el distrito Occidental de Tennessee al general Grant, quien tenía su cuartel general en Jackson y Bolivar, mientras el general Rosecrans ejercía el mando en el departamento Norte del Mississippi y Alabama. Rosecrans se hallaba el 1.º de setiembre en Tuscumbia, cuando recibió un telégrama del general Grant anunciándole que numerosas fuerzas separatistas avanzaban por el Norte y habían atacado ya á Bolivar, cortando la vía férrea entre este punto y Jackson. En su consecuencia, Rosecrans, dejando á Iuka bajo la custodia del coronel Murphy, se puso en marcha con la division Stanley hácia su antiguo campamento de Clear Creek, que dista solo algunas millas de Corinto, mas antes de que se hubiese alejado á mucha distancia, Murphy abandonó precipitadamente su puesto al saber que se acercaba la caballería separatista, dejando en poder del enemigo una porción de pertrechos militares y seiscientos ochenta barriles de harina. Ha-

biendo sabido Rosecrans, despues de practicar un minucioso reconocimiento, que el ejército separatista se hallaba en Iuka, lo notificó inmediatamente al general Grant, quien dispuso un ataque combinado, destacando al efecto al general Ord con cinco mil hombres. Este jefe debia marchar á Burnsville, distante siete millas de Iuka, seguido de las tropas que se creyesen necesarias para hacer frente al enemigo. Mientras Ord hacia este movimiento por la parte del Norte, Rosecrans y Stanley se dirigirian á Jacinto, situado á nueve millas al Sur de Burnsville, avanzando luego hasta encontrar á Price. Esta concentracion se hizo sin contratiempo alguno, y cuando el general Grant hubo llegado hasta el último punto, anuncióse que Rosecrans atacaria á Iuka al dia siguiente.

El dia 19 de setiembre emprendió la marcha el jefe unionista con direccion á Iuka; pero estrañando no oír tiroteó alguno **1862.** por parte de la columna de Ord, en vez de hacer avanzar sus brigadas contra un ejército, seguramente mas numeroso que el suyo, comenzó á marchar poco á poco hasta llegar á un punto que dista dos millas de Iuka, donde avistó á los separatistas ocupando una fuerte posicion detrás de una colina. Al acercarse los federales fueron saludados con un nutrido fuego de fusilería y tambien de metralla, de tal modo que les costó no poco trabajo colocar una batería á la izquierda del camino con objeto de apagar el fuego del enemigo si era posible; y como por otra parte, la naturaleza del terreno no permitia á los federales desplegar su frente, una sola brigada tuvo que sostener el combate contra un enemigo tres veces superior. Al dirigir una atrevida carga contra los separatistas, el coronel Eddy cayó mortalmente herido, y poco despues todo su regimiento retrocedia en la mayor confu-

sion y desórden, dejando en poder del enemigo una batería, aunque no sin que hubieran perdido antes todos los artilleros y oficiales que la servian. Acto continuo se ordenó una carga para recuperar los cañones, y en efecto se recobraron y se volvieron á tomar, mas al fin quedaron en poder de los separatistas.

Entre tanto, acercábase la division Stanley, y cuando hubo llegado al lugar del combate, fué ya mas fácil contener á los separatistas, y aun rechazarlos hasta su primera posicion, pero la noche puso fin al combate, y los federales se entregaron durante algunas horas al descanso para continuar la lucha al dia siguiente. El general Ord habia estado de observacion cerca de Corinto, y en la tarde del 19 de setiembre volvió á Burnsville, donde el general Grant le **1862.** dió órden de dirigirse hácia Iuka con la division Ross, que acababa de llegar, mas al divisar estas fuerzas el punto citado, vieron elevarse una densa columna de humo, la cual les hizo comprender que Price quemaba sus depósitos y todo aquello que no le era posible llevarse. Á la mañana siguiente llegó á Iuka, donde no encontrando enemigos que combatir, confió la custodia de dicha plaza á la brigada de Crocker, y sin perder tiempo se puso en marcha hácia Corinto, mientras Rosecrans perseguia á los confederados, á quienes no pudo dar alcance.

Rosecrans asegura que en el combate de Iuka se redujeron sus pérdidas á setecientos ochenta y dos hombres, es decir, ciento cuarenta y cuatro muertos, quinientos noventa y ocho heridos y cuarenta estraviados, y calcula que los separatistas tuvieron al menos mil cuatrocientas treinta y ocho bajas, habiéndoseles cogido trece mil cartuchos y un gran número de pertrechos militares (*).

(*) El historiador Pollard asegura que los separatistas

El general separatista Price acababa de retirarse á Ripley donde se reunió con una numerosa fuerza al mando de Van Dorn, quien habia estado amenazando á Corinto mientras tenia lugar el combate de Iuka, si bien creyó conveniente retirarse luego en la direccion de Memphis, á fin de dar un rodeo, simulando una retirada para sorprender luego á Corinto con mas probabilidades de éxito. Rosecrans, á quien el general Grant acababa de conferir el mando en esta última plaza, tenia á su disposicion unos veinte mil hombres, apenas suficientes para ocupar las numerosas fortificaciones construidas algun tiempo antes por Beauregard cuando tuvo que defender este punto contra el ejército de Halleck, y reconociéndolo así, mandó construir apresuradamente otras obras de defensa poco distantes del centro del pueblo y que cubrieran á Corinto principalmente por la parte del Oeste. Avisado al momento de que los separatistas se dirigian con numerosas fuerzas hácia el Norte, creyó Resecrans que trataban de apoderarse de Bolivar ó Jackson, y que solo simularian un ataque contra Corinto, pero de todos modos, adoptó sus disposiciones para rechazar al enemigo dado el caso de que este resolviera acometerle. El general Hamilton se encargó del ala derecha del ejército, Davies del centro y Mc. Kean de la izquierda, y al mismo tiempo se dió orden al coronel Oliver para que marchara con tres regimientos á ocupar el camino de Chewalla, por donde se presumia que podrian avanzar los confederados.

Van Dorn, sin embargo, acababa de poner sus tropas en movimiento, formándolas en orden de batalla á cierta distancia de las fortificaciones de Corinto, y bien pronto avistó al coronel Oliver, que con sus tres regimien-

no perdieron en este combate sino ochocientos hombres entre muertos y heridos.

tos acababa de tomar posicion en una colina con orden de conservarla á todo trance para obligar al enemigo á desplegar todas sus fuerzas en ala. Rosecrans, no obstante, creyendo aun que aquello era un ataque simulado, y que el único objeto del enemigo era apoderarse de Jackson ó Bolivar, dispuso que el general Mc Arthur marchase con algunas fuerzas á cubrir dichos puntos. Este jefe se vió á poco acometido con tal ímpetu por los separatistas, que mandó á pedir un refuerzo de cuatro regimientos de la division Mc Kean, con los cuales continuó el combate, que ya iba siendo encarnizado, hasta que una carga desesperada del enemigo obligó al general unionista á retirarse precipitadamente despues de perder dos cañones que no se pudieron recobrar.

Era ya evidente que no se trataba de un ataque simulado, sino de apoderarse de Corinto con sus inmensos depósitos militares, y en su consecuencia, Rosecrans dictó las órdenes oportunas para rechazar á los invasores. La division Mc Kean, que estaba en el ala izquierda, fué á situarse mas allá de los atrincheramientos interiores, junto á la izquierda de Davies; la division Hamilton se corrió á la derecha y Stanley se apostó entre Corinto y la posicion que ocupaba Mc Kean. Todo este movimiento se hizo á pesar del vigoroso ataque de los separatistas sobre el centro de los federales, ataque que obligó á Davies á retroceder algun tanto pidiendo auxilio. El coronel Mower llegó al momento con una brigada de Stanley para apoyar á Davies, pero á la media hora la noche vino á poner término á la lucha.

Á las tres de la madrugada del sábado 4 de octubre renovaron los separatistas el ataque haciendo jugar una batería **1862.** colocada durante la noche á doscientas varas del fuerte Robinett, dominando el camino

que conduce desde Corinto á Chevallá. Entonces empezaron á caer dentro de la ciudad numerosas bombas y granadas que introdujeron la alarma entre los habitantes, pero hasta el amanecer no contestaron las baterías federales, y á eso de las seis el capitán Williams rompió el fuego desde el fuerte con sus cañones Parrott, apagando á los pocos minutos el del enemigo, una de cuyas piezas quedó desmontada. Entre tanto las avanzadas de una y otra parte habian comenzado un nutrido tiroteo, pero poco á poco oyéronse descargas cerradas y empezaron á jugar las baterías con horrísono estruendo, siendo de estrañar que no se divisasen aun los batallones enemigos. Á eso de las nueve y media de la mañana, sin embargo, vióse brillar un bosque de bayonetas hácia el camino Bolívar, y bien pronto estuvieron los separatistas á medio tiro de fusil de los federales. Hé aquí como describe un testigo ocular esta sangrienta batalla:

«De repente viéronse adelantar por el camino de Bolívar los compactos batallones de los separatistas, que en columnas cerradas avanzaban sobre Corinto con la impetuosidad de una tromba. Las baterías de los federales rompieron al momento un fuego tan mortífero que diezmaba las filas del enemigo, pero estas volvian á cerrarse inmediatamente y los bravos separatistas avanzaban siempre impávidos á paso de carga. Como el general Rosecrans sabia de antemano por dónde se pensaba atacarle, habia situado ventajosamente su artillería de modo que pudiera barrer todo el terreno con un fuego de enfilada que debia aniquilar á los separatistas. Estos seguian avanzando siempre, y al llegar á cierta distancia de las fortificaciones, desplegaronse en ala arrostrando el fuego de las baterías que se generalizaba en toda la línea, sin que esto bastase para hacer

retroceder á los confederados, quienes *parecian desafiar la muerte con una estoicidad enteramente espartana*. Los tiradores federales situados en sus imponentes fortificaciones, lanzaban tambien una espesa lluvia de balas sobre las compactas columnas, pero ni aun esto bastaba para contenerlas á pesar de que la muerte diezaba sus filas, y al fin el enemigo llegó á la cima de una colina situada á la derecha del fuerte Richardson, y arrojándose impetuosamente sobre las divisiones del general Davies, las obligó á retroceder en el mayor desórden y confusion. El general Rosecrans, que habia estado observando atentamente el movimiento de las tropas y que, segun se dijo, se estaba regocijando por haber hecho caer al general Price en aquella emboscada, vió al momento la derrota del general Davies, y poseido de la mayor indignacion, lanzóse en lo mas recio del combate, y reuniendo á los fugitivos, entusiasmados con su ejemplo hizoles volver á la carga; pero todo fué inútil porque los federales habian perdido demasiado terreno y era ya inminente la pérdida del fuerte Jackson. El ala derecha del general Price se dirigió rápidamente al cuartel general de Rosecrans, se apoderó de él, y guareciéndose junto al edificio, rompió á su vez un nutrido fuego contra los federales.

» Desde aquel momento empeñóse el combate con sin igual saña y encarnizamiento alrededor del fuerte Richardson: el general de este nombre hizo prodigios de valor, mas no pudo conseguir que los separatistas abandonaran la cima de la colina sin una obstinada lucha. Poco despues, sin embargo, volvieron á la carga como tigres furiosos; en aquel momento fué cuando el valeroso general Richardson cayó para no volverse á levantar mas, y á la media hora los gritos de victoria de los confederados anunciaban

que habian vuelto á ocupar de nuevo la posicion, apoderándose de los cañones de sus enemigos. No obstante, el triunfo de los separatistas no fué de larga duracion, pues antes de que tuvieran tiempo de prepararse á la defensa, viéronse atacados por dos regimientos federales que les pusieron en dispersion.

»Como Price habia convenido con el general Van Dorn en que el ataque sobre Corinto seria simultáneo, este último jefe se dirigia entre tanto hácia el fuerte Robinett á fin de apoderarse de él, mas tuvo que luchar con graves inconvenientes, no solo por hallarse obstruido en parte el camino con estacadas, sino tambien porque fué preciso arrostrar el fuego del fuerte Williams, cuyos cañones Parrott dominaban perfectamente los caminos contiguos. Por fin, despues de salvar todos los obstáculos, el general Van Dorn llegó con sus tropas al frente del fuerte Robinett, pero los federales estaban preparados á recibir al enemigo, porque apenas apareció este, y cuando hacia sus preparativos para lanzarse al ataque, arrojaron sobre él un torrente de metralla que sembró la muerte entre sus filas, sin que esto bastara para contener á los confederados, los cuales con un arrojo y un valor dignos de mejor suerte, acometieron á sus enemigos con el furor de la desesperacion, trabándose un combate cuerpo á cuerpo que duró quince ó veinte minutos en medio de la mas espantosa carnicería. Al cabo de media hora los separatistas comenzaron á retroceder en desórden, dejando el campo cubierto de cadáveres, pues no era posible resistir por mas tiempo el fuego de las baterías unionistas que sembraba por do quiera la destruccion y la muerte; hubo muchos que agitando sus pañuelos pidieron cuartel, mas á pesar de esto, la matanza fué terrible, y baste decir

que en el espacio de muy pocas varas cayeron sin vida mas de cuatrocientos hombres. Derrotados completamente los separatistas, el general Van Dorn hubo de emprender la retirada renunciando á tomar el fuerte Robinett, cuya defensa costó tambien á los federales considerables pérdidas.

»Poco despues un grito de triunfo anunció que los unionistas, vencedores en todos los puntos, habian ganado la batalla, y entonces todas las tropas que tomaron parte en la accion se entregaron algunas horas al descanso en aquel campo cubierto de sangre, de cadáveres y moribundos.»

Al dia siguiente dispuso Rosecrans que marchasen en persecucion del enemigo numerosas fuerzas, pero habiendo llegado el general Mc. Pherson con cinco regimientos de refresco, trasladósele la orden y marchó en seguimiento de los separatistas, con cuya retaguardia escaramuceó en la noche del 5 de octubre. La vanguardia de los confederados, que cruzó el rio Hatchie, tuvo tambien un encuentro con las tropas del general Ord, mas continuó su retirada con tal precipitacion que no tuvo tiempo de quemar el puente, y Ord pudo así apoderarse de dos baterías y trescientos prisioneros aun cuando sufrió pérdidas mucho mas considerables que las del enemigo. **1862.**

El general Van Dorn cruzó el rio Hatchie aquella misma noche por la parte de Crumm's Mill (Molino de las Migas), y tuvo la precaucion de quemar despues el puente, pero Mc Pherson lo mandó construir de nuevo, y el dia 6 prosiguió su marcha hácia Ripley seguido de la mayor parte del ejército de Rosecrans, deseoso de alcanzar al enemigo. El jefe unionista queria continuar á toda costa la persecucion, en la creencia de que el ejército confederado no podria resistirse, pero habiendo pedido

permiso á Grant, éste le dió orden de volver á Corinto. Nueve dias despues de su regreso, Rosecrans recibió orden de trasladarse á Cincinnati, donde se le dió un despacho por el cual se le prevenia que reemplazara á Buell en el mando del ejército del Ohio y del departamento de Cumberland, inclusa la parte oriental del Tennessee.

Segun el parte oficial del general Rosecrans, las pérdidas de los federales en Corinto figuraban por dos mil trescientos cincuenta y nueve hombres, es decir, trescientos quince muertos, mil ochocientos doce heridos y doscientos treinta y dos estraviados, y asegura que los separatis-

tas tuvieron de los primeros mil cuatrocientos veintitres y cinco mil seiscientos noventa y dos de los segundos, añadiendo que los prisioneros fueron numerosísimos. Los trofeos de la victoria se redujeron á catorce banderas, dos cañones, tres mil trescientas armas pequeñas y una considerable cantidad de tiendas de campaña y municiones de guerra. Por parte de los federales perdieron la vida en esta batalla el general Pleasant, Hackleman, el coronel Smith, el ayudante Clark, del estado mayor de Rosecrans, y otros varios oficiales de distincion; los brigadieres separatistas Rogers, Johnston y Martin perecieron tambien en la refriega.



CAPÍTULO X.

1862—1863.

LA CAMPAÑA DE INVIERNO DE ROSECRANS.

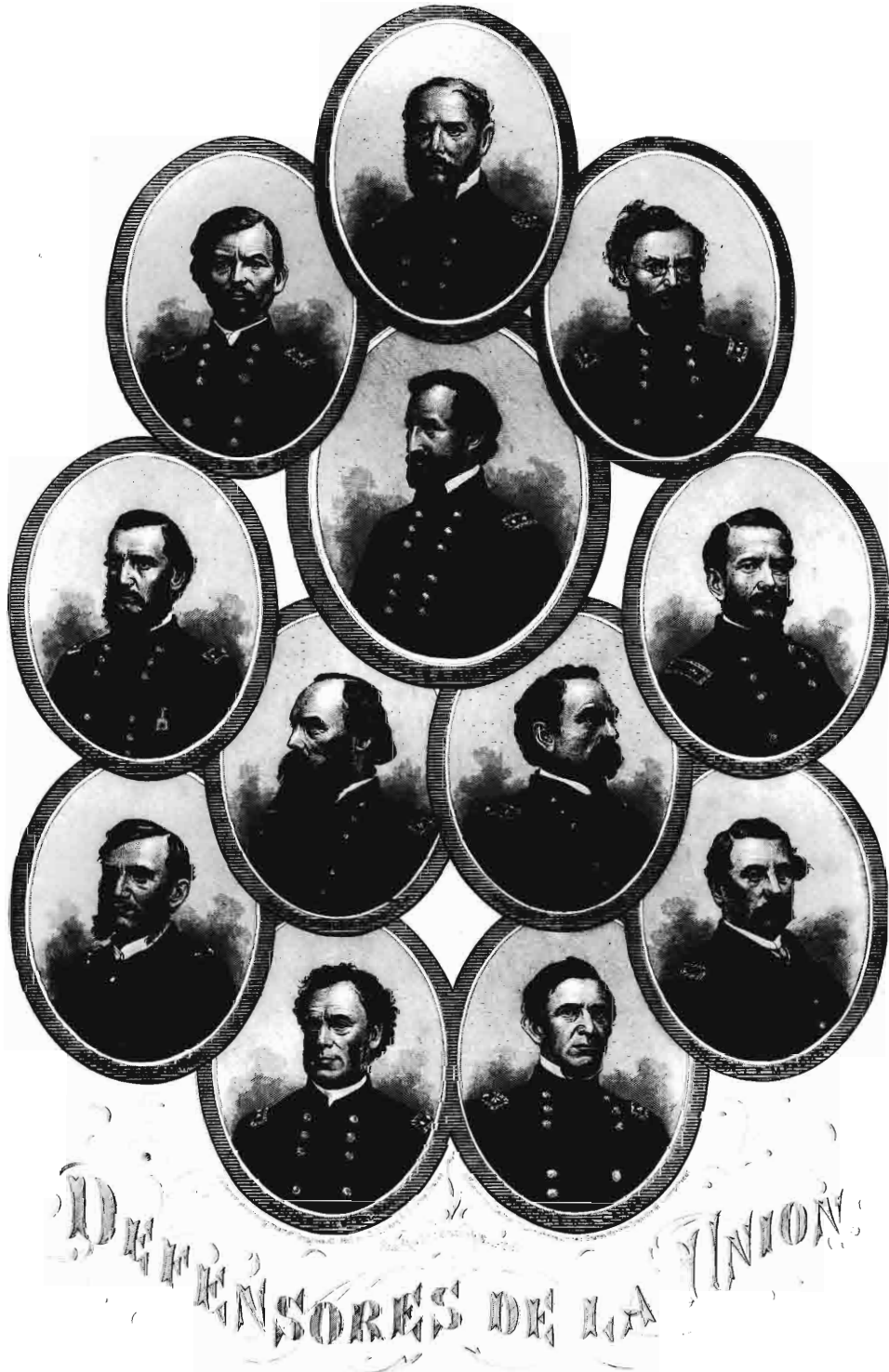
El general Rosecrans comienza á reorganizar el ejército.—Las correrías de Morgan.—Sorpresa de Moore en Hartsville.—Las tropas avanzan hácia Nashville.—Batalla de Murfreesboro.—Retirada de Bragg.—La caballería separatista ataca la retaguardia de los federales.—Defensa de Lavergne.—Pérdidas.—Forrest es derrotado por Sullivan en Parker's Cross Roads.—Morgan se apodera de Elizabethtown.—Correrías de Carter y Wheeler.—El coronel Harding derrota á Wheeler.—Van Dorn se apodera de mil quinientos unionistas en Spring Hill.—Morgan batido por el coronel Holl en Vaught's Hill.—Gordon Granger rechaza á Van Dorn en Franklin.—Correrías de Streight en el Norte de Georgia.—Los federales derrotan á Streight cerca de Roma.

Al encargarse el general Rosecrans del mando del ejército de Ohio en reemplazo del general Buell, vió que estaba completamente desmoralizado y que lo mas urgente era disciplinar las tropas. Estrañóle mucho tambien, que siendo el número de estas suficiente para derrotar á las fuerzas con que Bragg y Kirby Smith invadieron á Kentucky se hubiese visto asolado este territorio por un enemigo que despues de hacer sus correrías se retiró tranquilamente por las montañas de Cumberland para volver como en triunfo al Tennessee Oriental. De los cien mil hombres de que constaba el ejército de Ohio segun los registros, veintiseis mil cuatrocientos ochenta y dos estaban ausentes, si bien es verdad que la mayor parte de estos se hallaban en los hospitales, y seis mil cuatrocientos ochenta y cuatro habian desertado, por manera que el ejército quedaba reducido á unos sesenta y cinco mil hombres, mientras la caballería era tan escasa que las avanzadas

separatistas de Forrest y Morgan se entregaban á sus correrías casi á la vista de los federales con la mayor osadía y como si no temiesen ser perseguidos.

Despues de tomar sus medidas para corregir los defectos que notaba en la organizacion del ejército de Ohio, Rosecrans formó de él tres grandes divisiones; la de la derecha al mando del mayor general Mc Cook con las brigadas correspondientes: la del centro á las órdenes del general H. Thomas, y la de la izquierda encomendada á Crittenden, tambien con sus respectivas brigadas. El mando de la escasa caballería con que se contaba se confió al general Stanley, y el teniente coronel Julio Garethe, oficial de mucho mérito, fué designado para jefe de estado mayor.

Terminadas las reparaciones del camino de hierro de Louisville á Nashville, Rosecrans salió de Bowling Green en un tren especial, y desde Mitchellsville se dirigió al



segundo de los puntos antes citados á fin de revistar la guarnicion que allí habia á las órdenes del general Negley, y las divisiones del ejército que cubrian los caminos. Como faltaba aun concluir un trozo de la via férrea, las tropas no podian pasar adelante, por manera que el ejército de Bragg tuvo tiempo para llegar á Murfreesboro antes de que Rosecrans se hallase dispuesto á tomar la ofensiva.

Entre tanto, el guerrillero Morgan, con su acostumbrada audacia habia hecho varias correrías por los alrededores de Mitchellsville, y consiguió apoderarse de una porcion de wagones de los federales, haciéndoles además ciento cincuenta prisioneros. Sin embargo, el general Stanley y el coronel Kennett se encargaron de perseguir á los espedicionarios, con los cuales tuvieron un encuentro cerca de Lavergne, del cual resultó herido el jefe separatista Wheeler. En otra escaramuza, ocurrida pocos dias despues, el coronel Sheridan rechazó á los confederados hasta Nolensville sin sufrir pérdida alguna, y el mayor Hill batió luego á un cuerpo de separatistas, que cruzaba por Cumberland, recobrando todo el terreno de que se habia apoderado el enemigo. El general Rosecrans dió las gracias á este oficial por su valerosa conducta, y habiendo sabido que muchos de sus soldados se rendian cobardemente solo con el objeto de que una vez prisioneros se les mandara luego á sus casas, dispuso que á cincuenta de los culpables se les cubriera la cabeza con gorros de dormir y se les paseara entre sus camaradas por las calles de Nashville al compás de una música burlesca. La leccion produjo su efecto y no fué necesario repetirla.

El dia 7 de diciembre una brigada compuesta de dos mil unionistas, que al mando de Moore se hallaba en Hartsville, fué sor-

prendida y hecha prisionera por Morgan, que á la cabeza de mil quinientos ginetes y alguna infantería acometió de **1862.** improviso á los federales. Moore no habia tomado la precaucion de fortificarse; sus centinelas avanzadas fueron sorprendidas, y como Morgan se aproximó á la retaguardia sin que se diera la voz de alarma, vióse á poco cercado Moore por los separatistas, y se rindió con su gente sin haber intentado siquiera defenderse. Dos dias mas tarde, el coronel separatista Wheeler, con una numerosa fuerza de caballería, atacó á una brigada del coronel Stanley Matthews, que estaba forrajeando entre los dos ejércitos, mas no solo se le opuso una enérgica resistencia, sino que se le rechazó con pérdida de cien hombres.

Transcurridos ya dos meses desde que Rosecrans se encargara del mando del ejército de Ohio, y hechos todos los preparativos necesarios despues de reunir una considerable cantidad de víveres, el jefe unionista resolvió ponerse en marcha con su ejército compuesto entonces de cuarenta y seis mil novecientos diez hombres, de los cuales cuarenta y un mil cuatrocientos veintiuno eran de infantería, dos mil doscientos veintitres de artillería y tres mil doscientos sesenta y seis de caballería, la mayor parte de esta bisoña, no comprendiéndose en dichas fuerzas la brigada de ingenieros mandada por Morton, que constaba de mil setecientos hombres. Este ejército, que se habia concentrado frente á Nashville, emprendió la marcha el 26 de diciembre; las tres **1862.** grandes divisiones cubrian una gran estension de terreno, y por algun tiempo no ocurrió la menor novedad, mas á poco comenzó á llover á torrentes, y el general Mc Cook se vió bien pronto rodeado de una niebla tan densa que le fué preciso hacer alto. Como si

esto no fuera bastante, al hallarse el ejército á dos millas de la ciudad, numerosas partidas de caballería é infantería comenzaron á hostigar á los federales aprovechándose de los accidentes del terreno y de la proximidad de los espesos bosques que bordeaban el camino. Mc Cook se quedó aquella noche con su division en Nolensville; Crittenden con la suya avanzó hasta Lavergne, y como Rosecrans esperaba que los separatistas le presentarian allí la batalla, dispuso que las tropas descansaran todo el dia en atencion á ser domingo.

Por su parte el general separatista Braxton Bragg, que contaba con seis divisiones repartidas en tres cuerpos de ejército á las órdenes de los generales Kirby Smith, Polk y Hardee, habia resuelto tomar la ofensiva, y al efecto adoptó sus disposiciones para concentrarse, y el 28 formó sus tropas en orden de batalla á milla y media de distancia del Stone, rio tributario del Cumberland, que describe varias curvas por la parte de Murfreesboro, y que por lo mismo sirvió para reforzar la posicion de los separatistas. *La izquierda de estos, formada de las dos divisiones Winters y Cheatham del cuerpo de ejército de Polk, se extendia desde el camino de Nashville al de Salem, ocupando una distancia de unas seis millas; el ala derecha, con las divisiones Breckenridge y Cleburne, al mando de Hardee, estaba situada entre los caminos de Nashville y Lebanon, y una parte de las tropas de Smith, inclusa la division Mc Cown, formaba la reserva.*

El general Rosecrans, entre tanto, avanzaba lentamente y con mucha prudencia, limitándose á escaramucear con su caballería y á disparar algunos tiros con el objeto de descubrir si era posible la verdadera posicion del enemigo. El dia 30 los separatistas hi-

cieron tambien jugar su artillería apenas descubrieron á los federales, y estos se lanzaron dos veces al ataque, pero en ambas fueron rechazados con pérdidas considerables, habiéndose suspendido entonces la lucha porque además de llover copiosamente, era llegada la noche.

Al dia siguiente, 31 de diciembre, apenas comenzó á despuntar la aurora, dió principio la gran batalla que vamos á describir. Mientras que el ala izquierda de los separatistas, al mando de Polk, se limitaba á rechazar los ataques de la derecha federal á las órdenes de Mc Cook, el cuerpo de ejército de Hardee cayó sobre el flanco izquierdo de los unionistas, que, acometidos de improviso, tuvieron que retroceder en el mayor desorden. Perseguido entonces de cerca Mc Cook por Hardee y el mismo Polk, fuéle preciso romper sus líneas, dejando tras sí mucho material de campaña, treinta cañones y una infinidad de muertos y heridos, sin contar dos ó tres mil prisioneros entre los que se hallaba el general Willeh, antiguo oficial de la artillería prusiana. *Al medio día, desbaratada el ala derecha de los federales, quedaron derrotados completamente, y tan brusco y vigoroso habia sido el ataque, que Rosecrans no tuvo ni siquiera tiempo de enviar refuerzos, por manera que Mc Cook se habia visto precisado á batirse contra cinco divisiones confederadas.*

Rosecrans hubo pues de resignarse á la pérdida de su ala derecha, pero en vez de esponer tambien su izquierda y su centro en aquella accion, prefirió ponerse á la defensiva ante el nuevo frente que acababa de formarse despues del primer ataque de los confederados. Al efecto, hizo levantar apresuradamente empalizadas, mandó construir algunos reductos para la infantería y artille-

1862.

ría con toda la precipitación posible, é improvisó en fin como por encanto un conjunto de fortificaciones que nada dejaban que desear atendidas las circunstancias y la urgencia del caso. Ciertamente es que de un bosque contiguo se pudo sacar toda la madera necesaria para estas obras, pero no lo es menos, que ni aun los mismos romanos tuvieron nunca tanta disposición para esta clase de obras como los voluntarios de la América del Oeste, acostumbrados desde la infancia á la vida de los bosques y á toda clase de fatigas.

Los separatistas acometieron luego á los federales en su nueva posición, pero á su vez se vieron rechazados, y llegada la noche, retiráronse á un espeso bosque que había á pocos pasos de distancia; en la esperanza de que Rosecrans levantaría el campo al día siguiente, hicieron también sus preparativos para emprender la retirada, pero el jefe unionista, lejos de pensar en esto, continuaba fortificándose mejor, con la intención sin duda de sostener un sitio en toda regla si fuese necesario.

El 1.º de enero se pasó tranquilamente, pues Rosecrans esperaba que se le acometiese, y Bragg que se retiraran los federales, pero habiendo pasado toda la mañana del 2 sin que los unionistas pareciesen dispuestos á dejar su posición, Bragg dió la orden de atacar á las tres de la tarde por la parte del río. Un vivísimo fuego contuvo el primer ímpetu de los separatistas, y lo mismo sucedió cuando intentaron por segunda vez asaltar la posición enemiga; la división Breckenridge sufrió considerables pérdidas al arrojarse imprudentemente sobre un atrinchamiento de los federales, y rechazados en toda la línea, viéronse precisados los separatistas á desistir de su ataque. Entonces Bragg pensó á su vez en la retirada; duran-

te la noche se replegó sobre Murfreesboro, y todo el día 3, durante el cual cayó la lluvia á torrentes, se pasó en la expectativa, hasta que, pareciéndole que los federales trataban de avanzar, Bragg evacuó á Murfreesboro en la noche del 4, replegándose en la posición de Tullahoma, donde podía resistir por el pronto cualquier ataque.

Al reflexionar sobre esta sangrienta refriega, en que las tropas se batieron con la mayor obstinación y encarnizamiento, no cabe la menor duda que la batalla se ganó después de haberse perdido, y á nadie se debió esto sino al general Rosecrans, por más que le ayudasen eficazmente sus bravos compañeros, Thomas, Sheridan, Wood, Rousseau, Palmer y otros. Rosecrans fué el primero que al saber la derrota del ala derecha, destacó inmediatamente refuerzos para contener al enemigo; Rosecrans fué el primero que, dando ejemplo á sus soldados, cargó desesperadamente á los separatistas, haciendo dudosa su victoria, y en todos los puntos donde más arreciaba la lucha, vióse siempre á Rosecrans estimulando, dirigiendo y dando ejemplo á sus tropas. En el momento de acercarse á un punto amenazado más que otros por el enemigo, una bala de cañón hizo pedazos á Garesché, el jefe de su estado mayor, que iba precisamente á su lado, y otros tres ó cuatro oficiales cayeron también heridos. Rosecrans profesaba la más tierna amistad á Garesché, porque, como él, era católico romano, pero en aquellos momentos solo pensaba en los medios de alcanzar la victoria y no en su querido amigo, y cuando fueron á decirle: «Garesché ha muerto,» contestó lacónicamente: «Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo.» Poco después anunciáronle, aunque equivocadamente, que Mc. Cook ya no existía, á lo cual repuso: «¡Cómo ha de ser, es preciso de to-

dos modos ganar la accion;» y se ganó en efecto, si bien á costa de considerables pérdidas.

Mientras se libraba la gran batalla de Murfreesboro, el guerrillero Wheeler, seguido de su caballería y despues de rechazar á un destacamento enemigo, alcanzó la retaguardia del ejército federal, y apoderándose de Lavergne, cogió setecientos prisioneros, destruyendo una porcion de almacenes militares. Despues se trasladó á Rock Spring (Nolensville), en cuyo punto cogió tambien algunos prisioneros, y hecho esto marchó á reunirse con Bragg precisamente en el momento en que éste atacaba al general Mc. Cook.

En resumen, las ventajas parciales obtenidas por el enemigo no compensaron seguramente su derrota, pues de los dos mil prisioneros que hizo en diferentes correrías, la mayor parte eran desertores ó fugitivos, y su captura en nada perjudicaba á Rosecrans.

Dice el general unionista que las fuerzas de su ejército que tomaron parte en aquella batalla ascendian á cuarenta y tres mil cuatrocientos hombres de todas armas, y que sus pérdidas se redujeron á mil quinientos treinta y tres muertos y siete mil doscientos cuarenta y cinco heridos, total ocho mil setecientos setenta y ocho. Añade que los separatistas contaban con ciento treinta y dos regimientos de infantería, veinte de caballería, doce batallones de tiradores y veintitres de baterías, todo lo cual representa segun su cálculo unos sesenta y dos mil setecientos hombres; pero Bragg asegura que solo tenia á su disposicion treinta y cinco mil hombres al empezarse la batalla, es decir, treinta mil infantes y cinco mil caballos, de cuyas fuerzas perdió unos diez mil hombres entre muertos y heridos, cogiendo en cambio seis mil doscientos setenta y tres

prisioneros. El general confederado calcula que los federales perdieron al menos veinticuatro mil hombres.

El mismo dia en que se dió la gran batalla de Murfreesboro, el general Forrest, á quien Bragg habia destacado con tres mil quinientos caballos á fin de llevar á cabo algunas operaciones en el Tennessee Occidental, y que por espacio de dos semanas estuvo haciendo varias correrías, las cuales dieron por resultado apoderarse de Trenton, Humboldt y otros pueblecillos, y coger unos mil prisioneros, tuvo un encuentro entre Huntingdon y Lexington con algunas fuerzas federales al mando del coronel Dunham, quien, cercado ya por el enemigo, iba á rendirse cuando llegó en su auxilio el general Sullivan con dos brigadas y consiguió dispersar á los confederados. El mismo Forrest estuvo á punto de caer prisionero y huyó, dejando en poder de los unionistas cuatro cañones, cuatrocientos prisioneros, incluso su ayudante, y muchas armas y caballos; sus pérdidas ascendieron, segun se vió despues, á cincuenta muertos y ciento cincuenta heridos. El coronel Dunham tuvo doscientas veinte bajas.

El general Juan Morgan, que por orden de Bragg hizo otra excursion de concierto con Forrest, fué mas afortunado: penetrando en el interior de Kentucky, y sin mas contratiempo que algunas escaramuzas en Upton y Nolin, se apoderó de Elizabethtown sin gran resistencia, y despues de coger algunos centenares de prisioneros y no pocos depósitos de armas, destruyó la via férrea en una estension de varias millas, hasta que, amenazado por fuerzas superiores, volvió al Tennessee sin haber sufrido ninguna pérdida de consideracion. Tambien los federales hicieron á poco una expedicion de esta clase: el general Carter se dirigió á la parte Oriental

del Tennessee seguido de algunas fuerzas, y sin disparar un solo tiro se apoderó de muchos prisioneros, setecientas armas de todas clases y mucho material de campaña, despues de lo cual volvió al punto de partida sin haber perdido mas que veinte hombres.

El general Wheeler, jefe de la caballería de Bragg, compuesta de cuatro mil quinientos ginetes, tenia concentradas sus fuerzas en Franklin, y poco despues de la batalla de Murfreesboro, es decir, en 3 de febrero, se di-

1863. rigió á Dover, mas halló la plaza defendida por seiscientos hombres á las órdenes del coronel Harding, quien á pesar de no tener á su disposicion una sola batería, tomó sus medidas para oponer una enérgica resistencia al enemigo, contra el que rompía el fuego con los dos únicos cañones que le quedaban, apenas estuvo á distancia. Merced á su energía consiguió rechazar á los confederados varias veces, negándose siempre á entregarse cuando se le intimaba la rendicion. Harding habia mandado pedir refuerzos al fuerte Enrique, y como estos no llegaban, comenzaba ya á verse en una situacion bastante crítica cuando en la mañana del 4 de febrero vió que remontaban el rio

1863. cinco cañoneras con el tan esperado auxilio. Harding conservaba aun su posicion resueltamente, aunque se le iban agotando las municiones, mas las cosas mudaron de aspecto cuando los buques rompieron el fuego en toda la línea. Desconcertados los separatistas, emprendieron la retirada con la mayor precipitacion, dejando en el campo de batalla ciento cincuenta muertos é igual número de prisioneros. Harding calcula que sus pérdidas no bajaron de cuatrocientos heridos y diez y seis muertos. El general Wheeler volvió tranquilamente á Franklin como si hubiese alcanzado una victoria. Rosecrans, á quien se habia dado no-

ticia de este movimiento, destacó al general Davis con su division de infantería y dos escuadrones á las órdenes del coronel Minty, á fin de cortar la retirada á Wheeler, pero los espedicionarios solo consiguieron capturar ciento cuarenta y un prisioneros, incluso dos coroneles, y volvieron á Murfreesboro sin haberse batido y por lo tanto sin sufrir pérdida alguna.

El general Sheridan hizo otra escursion semejante en 4 de marzo, dirigiéndose á Shelbyville y desde este punto á Franklin, en cuyas cercanías tuvo un encuentro con fuerzas inferiores al mando de Forrest y Van Dorn, las cuales se pronunciaron en retirada, dejando en poder del enemigo unos cien prisioneros. Sheridan volvió á Murfreesboro despues de una ausencia de diez dias.

Mientras se llevaban á efecto todas estas operaciones parciales, Van Dorn habia dado un atrevido golpe de mano en Spring Hill, situado á diez millas al Sur de Franklin y á treinta de Nashville, adonde se dirigia el coronel Juan Coburn con dos mil federales, incluso seiscientos caballos y una pequeña batería, simultáneamente con una avanzada de Sheridan procedente de Murfreesboro. El enemigo vigilaba la marcha de estas fuerzas, y á la mañana siguiente, 5 de marzo, las cercó de tal modo, que despues de una empeñada lucha Coburn hubo de entregarse con los mil trescientos seis hombres que aun le quedaban, si bien la caballería y artillería pudieron ponerse en salvo. Van Dorn llevaba solo consigo seis escuadrones y alguna fuerza de infantería. Quince dias despues, el coronel unionista Hall, con cuatro regimientos, trató de apoderarse por sorpresa de un campamento confederado que habia en Gainesville, mas no pudo conseguir su objeto, pues se vió atacado de pronto por

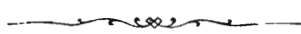


algunas fuerzas de caballería enemiga, ante las que se fué retirando hasta situarse convenientemente en Vaught's Hill. Apenas hubo tomado posición, atacóle vigorosamente el general Morgan, quien, no obstante, fué rechazado por los federales con una pérdida de sesenta y tres muertos y unos doscientos heridos.

El coronel Streight, á quien Rosecrans habia dado orden de aproximarse á la retaguardia de Bragg á fin de cortar la vía férrea en la mayor extensión posible, destruyendo todos los almacenes militares y depósitos de armas que pudiera, se embarcó en 29 **1863.** de abril con una fuerza respetable, y despues de haberse reunido en Eastport con alguna infantería al mando del general Dodge, ambos jefes se apoderaron de Tuscumbia, causando pérdidas considerables á los separatistas. Terminada esta primera parte de la expedición, Dodge marchó hácia el Norte de Alabama para hacer una correría, y el coronel Streight se dirigió hácia el Norte de Georgia con el mismo objeto, tocando á poco en Roma y Atlanta, donde destruyó una porción

de fábricas. Sin embargo, los generales separatistas Forrest y Roddy, que les seguían desde muy lejos, consiguieron al fin darles alcance, y despues de un encarnizado combate, hubieron de rendirse los unionistas, cuyos oficiales, incluso el mismo Streight, fueron reducidos á prisión por demanda del gobernador de Georgia, Brown, quien les acusaba de haber escitado á los negros á tomar las armas, alegando como prueba que entre los prisioneros se encontraban varios esclavos vestidos de uniforme. Despues de haber estado prisionero mucho tiempo, Streight consiguió escaparse con otros ciento siete oficiales, y se reunió al fin al ejército federal.

Unionistas y confederados llevaron á cabo muchas otras expediciones de esta especie, cuyo objeto fué siempre la destrucción ó captura de prisioneros, pero nosotros no entraremos en el detalle de ellas, porque sobre carecer de gran importancia, basta ya con lo dicho para dar una idea del sistema de guerrillas adoptado durante aquella guerra memorable, primeramente por los separatistas y despues por los federales.



CAPÍTULO XI.

1862—1863.

EL SITIO DE VICKSBURG.—OPERACIONES MILITARES.

Posicion é importancia de Vicksburg.—El general Grant se pone en marcha con su ejército y avanza sobre Oxford.—Van Dorn se apodera de Holly-Springs.—Cobardía del coronel Murphy.—Grant se ve obligado á retroceder.—Hovey y Washburn.—El general Sherman se embarca con treinta mil hombres en Memphis.—Desembarca en el Yazoo.—Las cañoneras del comodoro Porter.—Sherman es rechazado por los separatistas con pérdidas considerables.—El general Mc Clelland sustituye á Sherman en el mando y se apodera del puesto militar de Arkansas.—El general Grant se encarga del mando.—Desembarco de las tropas.—Los federales tratan de abrir un nuevo canal.—Espedicion de Yazoo.—Su mal éxito.—Nuevos planes de Grant.—Operaciones maritimas.—Apresamiento de la *Indianola* por el *Webb* y la *Reina del Oeste*.—Correrías de Porter y de Grierson alrededor de Vicksburg.—Porter ataca las baterías del Gran Golfo.—El general Grant se dirige hácia Bruinsburg.—Ataque simulado de Sherman.—Cruza el Mississippi por Hankinson's Ferry.—Combates en Puerto Gibson y en Raymond.—Toma del *Jackson*.—La batalla de Champion Hills.—El combate de Big Black.—El gran asalto de Vicksburg.—Los federales son rechazados.—Se activan las operaciones de sitio.—Pemberton capitula y se entrega.—Grant desaloja á Johnston de Jackson.—El combate de Milliken's Bend.—Holmes asalta á Helena y es rechazado.

En la ardiente region del Mississippi inferior, al contrario de lo que sucedia en Virginia y en Tennessee, los federales hacian con la mayor actividad sus preparativos para aprovechar la estacion de invierno y adelantar sus operaciones militares. Vicksburg, que en un principio era una plaza de poco valor, habia acabado por adquirir mucha importancia, segun lo habian predicho de antemano el general Butler y el almirante Farragut.

Poco despues de la toma de Nueva-Orleans y de Baton Rouge, en la primavera de 1862, el almirante Farragut habia remontado atrevidamente el rio con una escuadra, y aunque arrostró en varias ocasiones el fuego del enemigo, no se vió precisado á detenerse hasta llegar á Vicksburg, pues aun cuando los confederados no podian disponer sino de una

docena de cañones, su situacion dominante era muy ventajosa. Farragut intimó la rendicion, pero inútilmente, y no teniendo tropas de desembarco, fuéle forzoso volver á Nueva-Orleans. Dos semanas despues, volvió á presentarse ante la plaza seguido de algunas tropas al mando del general Williams, en tanto que otras fuerzas á las órdenes del coronel Ellet y del comodoro Davis avanzaban por Memphis, pero situado Vicksburg entre las vias férreas del Sur de Mississippi y de Texas, nada mas fácil que reforzar la guarnicion, y así se hizo en efecto, siendo desde entonces infructuosos los esfuerzos de los federales para desembarcar y apoderarse de las baterías confederadas. Los unionistas trataron de abrir un canal á fin de dar otra direccion á la corriente del gran rio, obra digna de los tiempos fabulosos, y que solo los

americanos se hubieran atrevido á emprender, mas era llegada la época de los grandes calores y de las fiebres y fué preciso levantar el sitio. La flota y las tropas se retiraron pues, y los defensores de Vicksburg, no viéndose ya molestados, pudieron continuar tranquilamente sus trabajos de fortificacion.

Los separatistas se aprovecharon todo lo posible de la tregua que se les concedia, y guarnecieron con fuertes baterías, no solo la ciudad, sino tambien otros puntos avanzados, muy ventajosos para la defensa, y de este modo el Gran Golfo y Puerto Hudson se convirtieron en imponentes fortificaciones; cerca de Jackson, capital del estado del Mississippi, se trabajaba en las fundiciones dia y noche para facilitar el material necesario.

La parte baja del gran rio era para la confederacion del Sur de un precio inestimable, pues desde la pérdida de Nueva-Orleans, y desde que se estableciera el bloqueo en todas las costas, solo por el Texas, ribereño del Mississippi inferior, por Rio Colorado, uno de sus afluyentes, y por Matamoros en el Rio Grande, era por donde los confederados podian comunicarse mas regularmente con el exterior. Por esto hicieron todos los esfuerzos imaginables para conservar dichas aguas y las de Texas, y sobre todo el puerto Galveston; la situacion de México, que se hallaba entonces en manos de la anarquía y de la intervencion armada de Europa, inspiraba á los separatistas la confianza de encontrar mas pronto ó mas tarde numerosos aliados en el imperio de los Motezumás.

Otra razon no menos poderosa inducia á los confederados á no perdonar esfuerzo alguno para conservarse dueños de aquellos parajes. Los Estados de la Union del Oeste comenzaban á cansarse de las cargas que les imponia aquella guerra lenta y ruinosa, y una de las cosas que les perjudicaba mas, era

el no poder aprovecharse de la navegacion del Mississippi, una de las primeras vias por donde transportaban sus productos, ya que no la principal. Por este motivo seguramente, amenazaban al Norte con una nueva separacion sin ocultar sus deseos de hacer un arreglo pacífico con el Sur, pero á fin de evitar este peligro real y verdadero, habíase impuesto el Gobierno de Washington grandes sacrificios para adelantar las operaciones del Mississippi á fin de que se restableciese lo mas pronto posible la circulacion en todo el rio, mientras los confederados, con la misma mira, pero en sentido inverso, ocupábanse en erizar de fortificaciones la parte del Mississippi que aun conservaban en su poder.

La pequeña ciudad de Vicksburg, era muy apropósito para el objeto, no solo por la ventajosa posicion que ocupaba cerca del rio, sino porque dominábanse desde ella todos los alrededores, y unas cuantas baterías situadas convenientemente bastaban para mantener un fuego cruzado y enfilear el rio desde la embocadura. Algunos afluyentes tales como el Yazoo y el Big Black, que van á desaguar en el Mississippi, ofrecian tambien no pocas ventajas para establecer una buena línea de defensa. Estas corrientes de agua, no obstante, podian en cambio ofrecer mas facilidad á los sitiadores para aproximarse con sus cañoneras, pues debe tenerse en cuenta que el Yazoo, por uno de sus tributarios que es el Tallahatchie, y por medio de canales naturales, va á reunirse con otros afluyentes del Mississippi de tal modo, que en casi toda la longitud inferior del gran rio se puede navegar en pequeños buques en sentido paralelo á la direccion que siguen aquellos.

Durante el estío y el otoño, los confederados bajo la direccion del general Pemberton y otros oficiales, habian construido en Vicks-

burg unas treinta baterías mas ó menos enlazadas entre sí y algunos fuertes que se estendian á lo largo del Yazoo, uno de los cuales hallábase en la confluencia del Tallahatchie y del Yelloshba y otro en las alturas de Haynes. Los separatistas disponian asimismo de una treintena de vapores mas ó menos bien armados y protegidos por las baterías; los cañones de los buques, en número de noventa y dos, habian llegado poco á poco, recibéndose además otros cuarenta y siete de todos calibres, destinados á los fuertes. El Gran Golfo, y Puerto Hudson, sobre todo, estaban muy bien fortificados, y ya se comprenderá que la empresa del general Grant no era nada fácil. Los reconocimientos practicados durante el otoño anterior dieron á conocer al jefe unionista que era preciso organizar las operaciones en grande escala. La flota de Porter y un ejército de desembarco á las órdenes de Sherman deberian dirigirse por el rio sobre Vicksburg y establecer su centro de operaciones en Milliken's Bend, á diez millas de la plaza, sobre la orilla derecha, y desde allí, atravesando el Mississippi, irian á desembarcar en la embocadura del Yazoo á fin de operar contra la plaza por la parte del Norte ó Nordeste á la vez que por agua. El general Grant, por su parte, con el grueso de las fuerzas, marcharia en sentido paralelo á través del Estado del Mississippi para caer sobre Jackson, la capital, y el general Banks y el almirante Farragut, procedentes de

1862. Nueva-Orleans con sus fuerzas combinadas, irian á reunirse con otras dos columnas en los alrededores de Vicksburg, debiendo comenzarse las operaciones el 15 de diciembre.

El plan, segun vemos, no estaba mal ideado, por mas que con él se dejara al enemigo conservar la posicion central, pero esto no importaba mucho si se atiende á que los se-

paratistas no contaban con fuerzas suficientes para aprovecharse de aquella ventaja. Habrian necesitado cuando menos un efectivo de fuerzas igual á las de su enemigo, y como no le tenian, los confederados debian limitarse á sus obras defensivas y aguardar á pié firme á sus adversarios.

Los separatistas á quienes se habia encomendado la campaña del Mississippi se hallaban entonces repartidos en cuatro cuerpos de ejército principales: en Vicksburg y sus alrededores hallábanse quince mil hombres á las órdenes del general Pemberton; en Puerto Hudson habia cinco ó seis mil mandados por el general Gardner; en Jackson unos veinte mil cuyo jefe era Johnston, y entre Jackson y la frontera del Tennessee estaba el cuerpo de ejército de Van Dorn, compuesto de diez mil hombres con una numerosa fuerza de caballería. Teniendo Sherman treinta mil hombres, Grant cincuenta mil y Banks veinte mil secundados por las escuadras, no eran de temer las fuerzas de los separatistas hasta el punto de impedir á Grant el fijar su punto de reunion en el corazon mismo del pais enemigo, por mas que los recursos con que este contaba, utilizados acertadamente, pudieran dar que sentir á los federales.

Lo dicho bastará para que comprendan nuestros lectores cuál era la verdadera situacion de Vicksburg antes de comenzar el memorable sitio de que vamos á dar cuenta, y ahora referimos en detalle las operaciones militares que tuvieron lugar durante la campaña del Mississippi.

El general Grant se hallaba aun con el grueso de sus fuerzas en Oxford, preparándose para marchar á Jackson y Vicksburg, cuando Van Dorn dió en de 20 diciembre un golpe de mano que perjudicó **1862.** muchísimo á los federales. Como ya estaba terminada la via férrea hasta Holly Springs,

habíase destinado esta ciudad para depósito de armas, víveres y municiones, que se fueron acumulando poco á poco en dicho punto de tal modo, que el valor de las existencias ascendía ya, según el cálculo del enemigo, á unos cuatro millones de duros. El coronel Murphy, que estaba encargado de la custodia de Holly-Spring, tenía á sus órdenes mil hombres, y además contaba con suficientes medios para resistir un ataque en caso de haberlo intentado el enemigo. Prescindiendo de esto, el general Grant había encargado á Murphy muy especialmente que estuviera alerta, sin imaginar siquiera que fuera posible apoderarse de la ciudad, pero ignoraba sin duda que no se había adoptado medida alguna para rechazar un asalto, ni tomado siquiera la precaución de interceptar las calles con barricadas. Fué pues el caso que en la madrugada del 20 de diciembre,

1862. Van Dorn, seguido de una numerosa fuerza de caballería, se apoderó por sorpresa de la ciudad, así como también del coronel Murphy, quien debió haberla defendido á todo trance, y pegó fuego á todo aquello que sus tropas no pudieron llevarse, incluso á un gran hospital lleno de enfermos y heridos del ejército unionista. La caballería que estaba en Holly-Springs no quiso rendirse y se abrió paso dando una impetuosa carga que solo le costó perder siete hombres, en tanto que Murphy colmaba la medida de su infamia aceptando la libertad bajo palabra, juntamente con su tropa, como para evitar el peligro de caer otra vez prisionero. Según el mismo parte de los separatistas, (*)

(*) En uno de los párrafos del parte que se recibió en Richmond con fecha 15 de enero de 1863 léase lo siguiente:

«El aspecto que presentaba la ciudad á los pocos momentos de haber penetrado en ella el general Van Dorn con su caballería era imponente: veíase á los habitantes correr de un punto á otro como aturdidos y fuera de sí; reinaba un desorden espantoso; veíanse arder las tiendas de cam-

estos hicieron mil ochocientos prisioneros, incluso ciento cincuenta oficiales, mas sin duda se comprenden en este número á los enfermos y heridos que se hallaban en el hospital. Los confederados, después de rociar las paredes de algunos edificios con espíritus inflamables para que ardiesen antes, pegaron fuego al arsenal, siendo tal la explosión que se produjo, que se hundieron varios edificios y resultaron muchos heridos por las balas y la metralla que volaban por los aires. Los separatistas estuvieron diez horas en Holly-Springs, y después se dirigieron hácia Coldwater, Davis's Mill, Middleburg y Bolivar, con objeto de apoderarse de dichos puntos, mas aunque sus defensores no eran tan numerosos como los que tenía Murphy á su disposición, supieron rechazar á los invasores. Inútil nos parece decir que este oficial fué separado inmediatamente del servicio por orden del general Grant, habiéndosele puesto en su hoja la nota de cobarde.

Tal era la importancia de Holly-Springs, que el general Grant había destacado cuatro mil hombres para reforzar la guarnición, pero á causa de ciertos obstáculos que encontraron en el camino, no les fué posible llegar hasta dos horas después de haber abandonado la ciudad el enemigo. Así pues, por la cobardía é indigna conducta de un hombre, no solo se perdieron dos mil soldados y valor de algunos millones, sino que se

pañía, los separatistas lanzaban gritos atronadores; algunos corrían por las calles de la ciudad con teas encendidas cuyas llamas iban á reflejarse en los brillantes sables de los soldados, que galopaban de un punto á otro atropellándolo todo á su paso; algunos habitantes imploraban la merced del enemigo; y hasta muchas mujeres que medio desnudas gritaban con loco frenesí: «¡Matarlos! ¡Matarlos!» Algunas señoras que salieron á sus balcones gritaban también: «¡No haya cuartel! ¡Acabad de una vez con ellos!» Todo aquello, en fin, formaba un conjunto indescriptible, una escena de horror, de confusión y espantoso tumulto, digna de figurar en el lienzo de alguno de nuestros célebres pintores.

comprometió de una manera grave el resultado de la importante expedición que se proyectaba contra Vicksburg.

El día 21 de diciembre habíase puesto en marcha el general Sherman con su ejército, y abandonando á Memphis y Helena, em-

1862. barcóse en los trasportes que le esperaban. Este ejército, llamado del

Tennessee, y que se componía de cuatro divisiones al mando de los generales Steele, Morgan, A. Smith y L. Smith, desembarcó dos días después en su mayor parte en Milliken's Bend, y entonces el general Sherman, sin perder un instante, dispuso que se practicaran reconocimientos en diversas direcciones, é hizo destruir un gran trozo de la vía férrea de Texas. En la misma noche de Navidad dió la orden de marcha para el día siguiente: su plan consistía en atravesar desde luego el río, desembarcando en el punto que pareciese más conveniente para atacar á Vicksburg sin pérdida de tiempo, y en su consecuencia, el día 26, antes de la tarde, hallándose ya los buques junto á la orilla izquierda del Yazoo, comenzó el desembarco de las tropas, formáronse las tiendas de campaña, y se situaron las avanzadas en la dirección de Haine's Bluff y Chickasaw Bluff, que eran las posiciones más próximas al enemigo. Todo esto pudo hacerse sin disparar apenas un tiro, y tan tranquilamente como en 1854 desembarcaron los ejércitos aliados en las playas de Alma.

Haine's Bluff, donde había entonces un fuerte con una batería de ocho piezas de gran calibre, estaba á demasiada distancia para que fuera de temer, y además, la escuadra se encargó de distraer á la guarnición. En

1862. los días 26 y 27 de diciembre comenzó el cañoneo, aunque sin gran resultado, mientras el grueso de las tropas se formaba en línea de batalla cerca del puerto

improvisado y á lo largo de las profundas lagunas que hay en aquel sitio; una parte de la división Steele se trasladó por agua á Chickasaw Bluff, con objeto de tomar una batería que amenazaba de frente á las tropas de desembarco. El 27 por la tarde, las avanzadas separatistas tuvieron que retroceder una milla, y el 28 se empeñó el combate más seriamente, si bien se redujo luego á un mero tiroteo entre las baterías levantadas por los confederados durante la noche y las que tenían los unionistas en su campamento. El 29 dió el general Sherman la orden de atacar en toda la línea, mas á pesar del valor de sus tropas, fué rechazado con pérdidas considerables, y después de pedir una tregua para enterrar á los muertos, la cual le fué concedida en el acto, resolvió retirarse á sus líneas, donde se ocupó de reorganizar sus fuerzas.

Si se tiene en cuenta que Sherman se había batido contra cinco ó seis mil hombres bien parapetados en sus atrincheramientos, no es de extrañar que el enemigo le derrotara en esta primera acción, matándole á lo menos dos mil hombres, pero algunos le acusaron, acaso justamente, de lentitud, por más que su ataque no fuera en realidad sino un golpe de mano. Es de presumir que si hubiera hecho la tentativa el 26 por la noche en vez del 27 por la mañana, acaso habría tenido mejor resultado, pues hasta dicho día los confederados tuvieron tiempo de reforzarse en el punto amenazado, y el camino de hierro de Jackson transportaba con la mayor actividad nuevas tropas de refresco, material de campaña, víveres y municiones, preparándose así de una manera formidable á recibir á sus enemigos. La primera tentativa para apoderarse de Vicksburg costó á los federales, según ya hemos dicho, unos dos mil hombres, mientras los separatistas no tuvie-

ron sino sesenta y tres muertos, ciento treinta y cuatro heridos y diez estraviados, es decir, doscientas siete bajas.

Sherman había sido derrotado, mas no quiso darse por vencido: en la noche del día siguiente, 30 de diciembre, practicó un minucioso reconocimiento á fin de examinar la posición del enemigo, y convencido de que no era posible romper sus líneas por aquel punto, fué á visitar al comodoro Porter, con quien tuvo una larga conferencia, en la cual le propuso un nuevo plan de ataque. El objeto de Sherman era asaltar las baterías por el extremo derecho, es decir, por Drumgould's Bluff, y para esto deseaba que el comodoro las bombardease, aproximándose á ellas todo lo posible, mientras él con diez mil hombres de tropas escogidas, trataría de tomarlas á viva fuerza, en tanto que el resto del ejército simularía un ataque por el centro.

El comodoro Porter, deseoso como siempre de prestar su eficaz cooperación, aprobó el plan propuesto, y en la noche del 31 de diciembre embarcáronse las tropas necesarias y se dispuso que las cañoneras se encaminaran lenta y silenciosamente hácia Drumgould's Bluff con el objeto de comenzar desde luego el bombardeo, para apagar, si era posible, el fuego de las baterías del enemigo, mientras desembarcaban las fuerzas. Una vez tomadas aquellas, se haría fuerte en dicho punto todo el ejército, y ya le sería mas fácil ir apoderándose poco á poco de todos los reductos y obras de defensa hasta ocupar las alturas de Vicksburg.

La division de Steele y una brigada del general L. Smith se embarcaron prontamente; Sherman, que se había separado de estas tropas á media noche, tenía á las suyas convenientemente situadas á las cuatro de la mañana, y esperó por algun tiempo, aunque

inútilmente, á que el comodoro Porter rompiera el fuego con sus cañoneras. Al amanecer, el general Sherman recibió un parte anunciándole que la niebla era tan densa en el río que el comodoro no había podido moverse, de modo que la empresa debería aplazarse para la noche siguiente. No quedaba mas remedio que conformarse, pero llegada esta, comenzó á brillar la luna con tal claridad, que pareció muy aventurado emprender el ataque, con tanta mas razón, cuanto que de un momento á otro podría sospechar el enemigo lo que se proponían los federales, y entonces era muy de temer un segundo descalabro. Además de esto, temíase que el sitio donde se hallaban acampadas las tropas se vería inundado al día siguiente, y por otra parte, circulaban rumores de que el general Grant acababa de retroceder, dejando á los confederados en libertad de concentrar cuarenta mil hombres en Vicksburg. Hacíase pues preciso desistir de la empresa, y por lo tanto á la mañana siguiente, 2 de enero, diéronse las órdenes oportunas para volver á Milliken's Bend, pero cuando iban á ponerse las tropas en marcha, el comodoro Porter anunció que el Gobierno acababa de expedir una orden disponiendo que Mc Clernand se encargara como general en jefe de las tropas de Sherman, y que éste se limitase al mando de su cuerpo de ejército. Semejante medida no era de extrañar si se atiende á que el general Mc Clernand había ya sido jefe del departamento el otoño anterior, y tenía en el servicio mas antigüedad que Sherman, mas entre ambos generales existía una gran diferencia respecto á capacidad y conocimientos militares. Mc Clernand había llegado á tan alta graduación por la vía política; no era hombre entendido en el arte de la guerra, ni demostró nunca afición á la carrera de las armas, pero, ambicioso y há-

bil, no perdonaba medio alguno para dar á conocer su mérito fuera como fuese.

El general Sherman ofrecia un tipo enteramente opuesto: antiguo alumno de West Point, veterano de la guerra de México, y anteriormente director del colegio militar de Louisiana, distinguíase tanto por sus vastos y profundos conocimientos como por la firmeza de su carácter, su reconocido talento y su valor á toda prueba. Exclusivamente militar, é intrépido hasta la temeridad, cuidábase muy poco de ser ó no popular. Sherman sufrió sin llevarlo muy á mal la humillacion que acababa de imponérsele, y tan pronto como hubo llegado el general Mc Clernand resignó en sus manos el mando, despues de anunciar esta variacion á las tropas por medio del siguiente documento, harto característico para que no lo reproduzcamos aquí, traducido testualmente:

«Cuartel general del ala derecha del ejército del Tennessee; á bordo del vapor *Forest-Queen*.

»*Milliken's Bend, 4 de enero de 1863.*

»ÓRDEN GENERAL NÚMERO 5.

» En cumplimiento de la orden general número 1, espedida hoy por el general Mc Clernand, se muda el título de nuestro ejército, que se llamará en lo sucesivo, *del Mississippi*, y se compondrá de dos cuerpos, uno á las órdenes del general Morgan, y el otro á las mías. Al dejar el mando en jefe de las tropas, limitándome al de las que se hallan bajo mis inmediatas órdenes, no puedo menos de dirigirme á todos los jefes, oficiales y soldados que han tomado parte en el ataque de Vicksburg, á fin de darles las mas expresivas gracias por el celo, la actividad y el valor de que han dado prueba en esta ocasion. Nuestra primera tentativa para apoderarnos de dicha plaza ha tenido mal éxito,

pero debe tenerse en cuenta que no éramos sino la parte de un ejército, que nuestro primer movimiento no era sino el principio de la empresa que debia llevarse á cabo con auxilio de todos. Incidentes imprevistos habrán retardado sin duda la llegada de nuestros compañeros: hay contratiempos que no siempre se pueden evitar.

» Hemos destruido una parte de la via férrea; hemos atacado las fortificaciones de Vicksburg hasta donde lo permitia la prudencia, pero como las obras de defensa del enemigo eran demasiado fuertes para que nuestras tropas se apoderasen de ellas, forzoso nos ha sido retirarnos, aunque en buen orden y en las mejores disposiciones de ánimo para renovar el combate. Ahora ha llegado un nuevo general en jefe, elegido por el Presidente de los Estados-Unidos, que como encargado de conservar la Constitucion y defenderla, tiene el derecho incontestable de nombrar á todos los funcionarios del Gobierno y á los jefes del ejército. Yo sé que todo buen oficial y todo buen soldado prestarán á mi sucesor el mismo cordial apoyo, la misma fiel obediencia que me han prestado á mí: hay suficientes honores para todos y no faltan ocasiones para contraer méritos; que cada uno ponga de su parte lo que pueda, y la nacion saldrá al fin de este conflicto purificada y ennoblecida.

» Todos los oficiales del estado mayor general que no estén á mi servicio particular, se pondrán acto continuo á las órdenes del general Mc Clernand, jefe del ejército del Mississippi, que se halla á bordo del vapor *Tigre*, trasladándose sin demora á nuestro punto de reunion, en Gaines Landing y Montgomery Point.

» Por orden del mayor general Sherman,

» Firmado: T. H. HAMMOND. »

No podían tomarse las cosas con más conformidad, y por lo demás, Sherman nada tenía que hacer ya por el momento; el porvenir se encargaría de justificarle. Una de las principales causas á que debía seguramente que se le hubiese retirado el mando de general en jefe, fué el haber adoptado ciertas medidas que desencadenaron contra él á toda la prensa del Noroeste. Poco antes de embarcarse para Memphis, Sherman había dictado las más severas órdenes con el objeto de corregir ciertos defectos y abusos que se cometían en el ejército, y dispuso entre otras cosas que todo individuo que se encontrara entre las tropas sin autorización, fuera considerado como combatiente, marino ó doméstico, y que á todo aquel que circulase rumores alarmantes en el ejército, se le tratara como espía. Los periodistas americanos que siempre andaban con el estado mayor, molestando no pocas veces con sus exigencias, no perdonaron á Sherman aquel exceso de severidad, y organizando una conspiración en toda regla, criticaron sistemáticamente todas sus medidas, todas sus operaciones militares, de tal modo, que después del descalabro de 29 de diciembre,

la opinión pública se declaró también en contra de Sherman. El Gobierno de Abraham Lincoln, atendiendo entonces á los clamores que se elevaban, aprovechó aquella ocasión para adelantar en su carrera al general Mc Clernand, que era uno de sus más apasionados amigos políticos, y le nombró general en jefe.

Por lo demás, preciso es convenir en que Mc Clernand no se dió mala maña en el desempeño de su nuevo cargo: durante su viaje había madurado un plan, que se reducía á comenzar las operaciones apoderándose desde luego del fuerte Hindman, conocido también con el nombre de *Puesto de Arkansas*,

situado á cincuenta millas del Mississippi. Este fuerte, defendido por los separatistas, tenía un elevado parapeto, fuertes casamatas y una línea de reductos, pero muy pocos cañones y de escaso calibre, por manera que el general Churchill, que era el gobernador, no podría resistir, con sus cinco mil hombres de guarnición, al ejército que entonces avanzaba, compuesto de cincuenta y cuatro regimientos, es decir, unos veinticinco á treinta mil hombres. Vemos pues que el general Mc Clernand no quería exponerse en un segundo asalto contra las baterías de Vicksburg, y que prefirió limitarse á ciertos preliminares, en su concepto indispensables para atacar de otro modo la plaza.

Los sitiadores acampados en Milliken's Bend no se contaban muy seguros en este punto, pues su retaguardia podría ser sorprendida fácilmente, atendido que los separatistas eran dueños de dos afluyentes del Mississippi, el Arkansas y Rio Blanco, donde tenían arsenales y buques, y donde organizaban á veces expediciones armadas. Los federales temían verlos aparecer en el momento menos pensado, dispuestos á dar algún atrevido golpe, y aun tenían muy presente lo ocurrido con el *Merrimac* en el rio Jacobo, y más tarde con el *Arkansas*, que fué destruido al fin por la cañonera federal *Essex*. Era pues preciso, para asegurar el éxito de la empresa, establecer un centro de operaciones que estuviese á cubierto de las temerarias tentativas del enemigo. Había además otra razón que inducía á los federales á internarse lo más posible en el Estado de Arkansas: sabíase que en este se formaban á cada momento nuevas guerrillas tan pronto como circulaba una falsa noticia respecto á las derrotas del Norte, y era por lo mismo urgente tener allí las fuerzas necesarias para evitar un conflicto. Hasta los in-

dios tomaban á veces parte en el movimiento, y la tribu de los Cherokees, entre otras, se habia sublevado por las intrigas de los emisarios del Sur para tomar parte en la guerra, de modo que casi todo el Oeste se hallaba entregado á la anarquía, hasta el punto de haberse abandonado por completo la colonizacion y la agricultura. En concepto de Mc Clermand, una expedicion hácia el Rio Blanco y Arkansas no podia menos de producir buen efecto para la pacificacion del Oeste y para asegurar la navegacion del Mississippí, y era oportuna la ocasion, porque como no se pensaba emprender nuevas operaciones contra Vicksburg hasta la llegada del general Grant, podian utilizarse entre tanto ventajosamente las tropas que estaban delante de dicha plaza. Al mismo tiempo se las acostumbraba á la fatiga y á las maniobras, lo cual era preferible á dejarlas ociosas en la insana playa de Milliken's Bend. En su consecuencia, la expedicion se puso en marcha el 4 de enero, llegó el 8 á la

1863. embocadura de Rio Blanco, y la escuadra continuó avanzando por uno de los brazos de este que va á desaguar en el Mississippí.

El primer objeto era apoderarse del fuerte Hindman, situado en la orilla izquierda del Arkansas; este fuerte, que era cuadrado, estaba provisto de veinte piezas y ocupaba una posicion muy ventajosa para sus baterías exteriores; su guarnicion no escedia de seis mil hombres. Por medio de canales de comunicacion, los expedicionarios pasaron desde el Rio Blanco al Arkansas, y fueron á desembarcar en la noche del 9 á pocas millas del fuerte en tanto que las cañoneras comenzaban el bombardeo. Á pesar de los obstáculos que interrumpian á veces la marcha, las tropas unionistas al mando de los generales Sherman, Morgan, Steele, D. Stuart,

A. J. Smith y Osterhaus, avanzaron rápidamente hasta hallarse á muy corta distancia de la fortaleza, y allí pasaron la noche, teniendo la precaucion de no encender hogueras, ni armar las tiendas de campaña, á fin de no llamar la atencion del enemigo. Las brigadas Hovey, Thayer, Giles y Smith se situaron á la mañana siguiente en un bosque, y apoyadas por las fuerzas del general Blair, atacaron las primeras obras defensivas del enemigo, que por su parte habia ya roto el fuego. En este primer encuentro quedó herido de alguna gravedad el general Hovey, y la misma suerte sufrió el general Thayer, á quien mataron el caballo, pero las cañoneras federales y las baterías de Morgan cubrieron la marcha de las tropas, apagando en parte los fuegos enemigos. Un destacamento de separatistas que se habia hecho fuerte en unas chozas situadas cerca de los atrincheramientos fué desalojado á viva fuerza, y media hora despues, el general Smith envió un parte á Mc Clermand manifestándole que se hallaba solo á doscientas varas del fuerte y que no se esperaba sino la señal de ataque.

Á las tres y media de la tarde del 11 de enero, y apagado el fuego de los cañones del fuerte por la artillería federal, el general Mc Clermand dió la orden de **1863.** asalto, que se llevó á efecto por cuatro columnas, dos de Sherman por la derecha, y dos de Morgan por la izquierda. Los sitiados no podian oponer una gran resistencia ante fuerzas tan numerosas, y por lo tanto no es de estrañar que al cabo de una hora se rindiera el fuerte, precisamente cuando el general Burbridge se apoderaba ya de los primeros atrincheramientos.

Parece que el general Churchill, gobernador de la fortaleza, habia recibido orden de conservarla á todo trance hasta recibir re-

fuerzos, pero el jefe separatista debió comprender que era tan inútil la resistencia como sacrificar la vida de sus soldados sin beneficio alguno.

Segun el parte de Churchill, sus pérdidas no escedieron de sesenta muertos y setenta y cinco á ochenta heridos, y añadía que él calculaba en mil quinientas á dos mil las bajas de los federales. Mc Clernand asegura que cogió cinco mil prisioneros, diez y siete cañones, tres mil armas de todas clases y una considerable cantidad de bagajes y víveres, y dice que no tuvo sino ciento veintinueve muertos, ochocientos treinta y un heridos y diez y siete estraviados, total novecientos setenta y siete (*).

Todo el ejército esperaba que se establecería en el fuerte Hindman un seguro centro de operaciones para seguir con la expedición mas adelante, pero con gran asombro suyo, recibió orden de desmantelarlo, destruyendo todas las fortificaciones, y de volver á Milliken's Bend. En su consecuencia, el ejército se puso de nuevo en marcha el día 17 con dirección al Mississippi, dejando á medio concluir la obra comenzada en el estado de Arkansas; las cañoneras permanecieron sin embargo uno ó dos días mas en el Rio Blanco. La causa de habersè dictado esta disposición era que el general Grant, ansioso por tomar la revancha del primer descalabro sufrido ante la plaza de Vicksburg, acababa de llamar la atención de Mc Clernand con el objeto de concentrar las tropas en Milliken's Bend, adonde llegó él mismo á fines de enero. Acto continuo estableció su cuartel general en Young's Point, y bien pronto tuvo á su alrededor á todo el ejército y una nume-

(*) Casi toda la caballería de Texas que formaba parte de la guarnición del fuerte, pudo escapar, llevándose consigo numerosos bagajes y pertrechos militares, y antes de que se pensara en perseguirla, se hallaba ya fuera del alcance de las balas enemigas.

rosa escuadra. Improvisáronse con la mayor rapidez un puerto muy animado y una plaza de guerra, y las fuerzas unionistas, que ascendían á sesenta mil hombres, se repartieron en tres cuerpos al mando de Sherman, Mc Ferson y Mc Clernand; la división Hurlbut se quedó por entonces en el Sur de Tennessee con su cuartel general en La Grange.

Después de practicar los primeros reconocimientos en los alrededores de Vicksburg, el general Grant se convenció de que la plaza no era fácil de tomar ni por la parte que daba frente al río, ni por aquella donde Sherman había sido derrotado; el punto débil se hallaba en el Sur, y atacando por este lado, se tendría acaso la ventaja de mantener la comunicación con Farragut, quien se hallaba ya delante de Puerto Hudson. Sin embargo, para ir á dicho punto era preciso remontar el río con la flota, cosa que no podía hacerse sin una gran exposición á causa de las baterías que tenía en la costa el enemigo. El general unionista debió pues recurrir á los grandes medios, y entonces pudo admirarse la fecundidad de genio de los americanos.

En primer lugar el general Grant volvió á fijarse en la idea de construir el canal comenzado ya un año antes, y sin más tardanza emprendióse aquella obra gigantesca, mucho mas difícil aun por las abundantes lluvias que impedían llevar á cabo los trabajos con la rapidez necesaria. El canal, sin embargo, quedó al poco tiempo abierto, y ya se confiaba en su feliz terminación cuando una repentina avenida del río rompió el dique principal el día 8 de marzo, y todas las canteras se convirtieron en vastas lagunas. Cierta es que se estableció una corriente en el canal, pero el lecho no se hallaba á bastante profundidad para que pudieran navegar buques de alguna importancia; en vez de ahondarse el canal fué obstru-

yéndose cada vez mas, y despues de algunos esfuerzos infructuosos para reparar los daños, hubo de abandonarse el proyecto.

No obstante, la elevacion extraordinaria de las aguas ofrecia un medio para hacer tentativas de otro género: el ingeniero jefe de estado mayor, capitan Prime, y un ayudante de campo, coronel Pride, habian encontrado un paso por los vados de la orilla occidental, y reconocido asimismo que partiendo desde un punto cercano á Milliken's Bend, y entrando en el rio Tansas era fácil penetrar en el Mississippi por la parte de Nueva-Cartago, á unas veinte millas mas allá de Vicksburg. Hecho este descubrimiento, hicieron funcionar las dragas con el objeto de facilitar el paso á los grandes buques, y se adelantaron los trabajos lo bastante para que pudiesen circular por el canal un pequeño vapor y varias barcas, mas á mediados de abril bajó repentinamente el nivel de las aguas, cambiándose del todo el aspecto del pais. En vez de canales, descubriéronse vias de tierra para ir de Milliken's Bend á Nueva-Cartago, y en este caso, si se conseguia darles alguna consistencia, era preferible utilizarlas.

Entre tanto continuaban las exploraciones, y se hizo aun una tentativa en mayor escala para llevar á cabo aquella navegacion semi-artificial; tambien se estudió otra via para penetrar por el Mississippi en el Yazoo, por medio del Coldwater y del Tallahatchie, pues conseguido esto, las cañoneras podrian remontar el Yazoo hasta Haines Bluff, pero este camino no dejaba de ofrecer dificultades, principalmente por causa del enemigo, á quien le era fácil interceptar el paso por Greenwood. En todas estas direcciones se practicaron reconocimientos y se hicieron trabajos verdaderamente gigantescos á los ojos de aquellas personas que no

están acostumbradas á ver mas que las construcciones europeas, pero cuya grandeza no llamaba la atencion de los ingenieros americanos.

El general Grant no esperaba mucho á la verdad de las obras emprendidas, mas le servian, no obstante, para distraer la vigilancia del enemigo y para ejercitar al mismo tiempo á sus tropas hasta que llegase el momento de obrar con energía. En cuanto á la flotilla del bravo comodoro Porter, habiase mostrado infatigable, compitiendo en celo con el ejército: desde los primeros dias comenzó sus operaciones con el mayor ardimiento; las cañoneras bombardearon por espacio de algunas horas las baterías de la costa, aunque sin resultado alguno, y varios buques que intentaron valerosamente forzar el paso de la línea enemiga arrostrando todos sus fuegos, consiguieron al fin su objeto, mas no sin que algunos fueron destruidos. La espedicion de la *Reina del Oeste*, verdaderamente notable, tuvo un fin muy trágico: montado este buque por un valeroso y hábil ingeniero mecánico, el coronel Ellet, con cien voluntarios y un armamento de seis cañones, consiguió deslizarse á lo largo de la orilla derecha, seguido de otro pequeño llamado *De Soto*, y en la noche del 2 de febrero, forzó el paso despues de sufrir un nutridísimo fuego de las baterías enemigas y de la cañonera de los confederados *Vicksburg*. Despues de reparar las averías que le causaron doce balazos recibidos en la popa, la *Reina del Oeste* destruyó una porcion de trasportes de los separatistas, y luego quiso apoderarse del fuerte Russy, en Rio Colorado, pero allí, por causa de la traicion de su piloto, quedó embarrancada el 14 de febrero á poca distancia de la fortaleza. Habiendo comenzado el enemigo á cañonear el buque, la tripulacion se

1863.

1863.

salvó en el *De Soto*, si bien algunos cayeron en poder de los separatistas, quienes apoderándose despues de la *Reina del Oeste*, repararon perfectamente sus averías, aumentando así con un buque mas la fuerza de su escuadra.

Otro buque del comodoro Porter, la cañonera acorazada *Indianola*, forzó tambien el paso de Vicksburg en la noche del 13 de febrero, sin sufrir grandes averías: habiendo encontrado poco despues al *De Soto*, supo el triste fin de la *Reina del Oeste*, y con la intencion de recobrar el buque, dirigióse hácia Rio Colorado, mas al llegar allí vió ya á la *Reina del Oeste* con pabellon confederado y seguida de otros tres buques. La *Indianola* emprendió la retirada al momento, pero perseguida de cerca, hubo de aceptar

el combate el 24 de febrero, delante de las baterías del Gran Golfo, y despues de una obstinada lucha, el buque unionista, rodeado por todas partes, se vió precisado á rendirse. El enemigo utilizó al momento la *Indianola* para su flota.

Á pesar de estos contratiempos, no se desanimó el comodoro Porter, y muy lejos de ello, hizo otras tentativas, una de las cuales tuvo un singular resultado. Con el objeto de facilitar el paso, alarimar continuamente á los separatistas y hacerles gastar sus municiones, echábanse en la corriente troncos de árboles, imitando cañoneras, y barcos viejos cargados de carbon con blindajes simulados, y todo esto arrastrado por la corriente, llegaba hasta el pié de las baterías, que al momento dirigian sus tiros contra los troncos y los barcos, destruyendo unos y otros entre los frenéticos aplausos de los artilleros de la plaza. El comodoro Porter dispuso que se habilitara una barca destinada al transporte de combustible, de tal modo, que parecia una terrible máquina de guerra, y hecho esto,

mandó que la pusieran en la corriente: arrastrada por las aguas esta especie de cañonera de artificio, llegó hasta las baterías de Vicksburg á través de una lluvia de fuego, pero engañados los separatistas, enviaron aviso al comandante de la *Reina del Oeste* para que se pusiera en salvo y evitase un encuentro con el nuevo buque, que todos creyeron en efecto seria una máquina infernal. El capitán de la *Indianola*, que se hallaba cerca del mismo sitio donde la apresaron los confederados, reparando sus averías, recibió tambien aviso del supuesto peligro que le amenazaba, y órden de quemar el buque si no podia evitar el encuentro con aquel monstruo marino. La *Reina del Oeste* se puso inmediatamente en salvo, y cuando algunas horas despues se descubrió la jugarreta de los federales, envióse una contraórden á la *Indianola*, mas ya era tarde, pues su comandante habia pegado fuego al buque sin salvar siquiera los magníficos y costosos cañones que montaba.

Entre los buques de Porter que intentaron forzar el paso, no olvidaremos las cañoneras *Lancaster* y *Switzerland*, que se dejaron arrastrar por la corriente hasta las mismas baterías de Vicksburg, en la noche del 25 de marzo. Por desgracia ya era muy entrado el dia cuando llegaron al frente de la plaza, y así pudo el enemigo fácilmente dirigir sus certeros tiros contra estos dos buques, uno de los cuales, el *Lancaster*, recibió cuarenta balazos y se fué á pique, mientras el *Switzerland*, aunque con la popa muy averiada, pudo escapar y fué socorrido oportunamente por otro buque de los federales.

Mientras se llevaban á cabo estas operaciones frente á Vicksburg, el comodoro Porter, de concierto con el estado mayor del general Grant, no habia dejado de buscar

otros medios para conducir las tropas ante la plaza por la parte de tierra. Practicáronse una infinidad de reconocimientos, aunque sin resultado alguno, mas por fin, habiéndose descubierto que el rio Yazoo era mas vadeable en ciertos puntos de lo que en un principio se creyera, organizóse una expedicion que se puso en marcha á principios del mes de marzo. Una division del cuerpo de ejército de Mc Clernand, bajo las inmediatas órdenes del general Rod, con algunas fuerzas de Sherman, se embarcó en Helena, penetró en el Coldwater y pasó luego al Tallahatchie, pero en la confluencia de este con el Yallobusha, hallábase por la parte de Greenwood una posicion que los confederados acababan de reforzar considerablemente. Alzábase allí entre otros el fuerte Pemberton, que con sus cañones de grueso calibre dominaba los alrededores, de tal modo, que las cañoneras federales no pudieron resistir su nutrido fuego; una segunda division al mando del general Quimby, que habia seguido á la primera, renovó el ataque, pero sin obtener tampoco resultado alguno.

Al mismo tiempo hacíase otra tentativa para penetrar en el Yazoo por los vados Steele, Black, Rolling-fork y Sunflower, pues si se conseguia esto, era fácil bloquear á Greenwood, donde habia una treintena de vapores confederados que se podrian inutilizar. El comodoro Porter y el general Sherman, con una de sus divisiones, se lanzaron por esta nueva via, pero se hallaban tan obstruidos los canales con troncos de árboles y piedras, que los espedicionarios no pudieron aproximarse al Yazoo hasta que el enemigo, enterado ya de este movimiento, habia hecho los preparativos necesarios para recibir á los unionistas. El comodoro Porter se vió pues en la precision de hacer alto á quinientos pasos del Yazoo, y á fines de

marzo los espedicionarios recibieron orden de volver á sus primeras líneas.

Como los terrenos contiguos al rio se habian ya secado un poco, el general Grant intentó el 29 de marzo internar mas su ejército por la via de tierra, ha- **1863.** ciéndole pasar por innumerables vados y lagunas. El cuerpo de ejército del general Mc Clernand se puso en marcha el primero á fin de ocupar á Nueva-Cartago, y despues de heróicos esfuerzos y de dar infinitos rodeos, los cuales no evitaban que las tropas tuviesen que caminar muchas veces con el agua ó el lodo hasta la cintura, Mc Clernand llegó con sus fuerzas á la citada poblacion á los pocos dias. El camino que conduce desde Milliken's Bend á Nueva-Cartago se reparó del mejor modo posible; el general Mc Pherson no tardó en llegar para reunirse con su compañero, y hácia mediados de abril, estos dos cuerpos de ejército se hallaban establecidos en la orilla derecha mas acá de Vicksburg; despues se estendieron desde Nueva-Cartago á Hard Times, cuyo camino no tendria menos de cuarenta millas.

Por su parte, el comodoro Porter, que no queria quedarse atrás, y prévio el consentimiento de Grant, hizo sus preparativos para pasar delante de las baterías de Vicksburg con sus buques blindados y tres transportes, lo cual se llevó á efecto con el mejor éxito. Las cañoneras *Benton*, *Lafayette*, *Price*, *Louisville*, *Carondelet*, *Pittsburg*, *Tuscumbia* y *Mound City*, se deslizaron silenciosamente por el rio protegidas por la oscuridad de la noche, y ya empezaban á creer las tripulaciones que el enemigo tendria sus razones para no atacar, cuando de pronto, y precisamente cuando las cañoneras se hallaban frente á la plaza, rompieron las baterías un vivísimo fuego que iluminó las

aguas, los fuertes y las líneas de defensa de los confederados. La flotilla contestó en el acto con indecible vigor, y gracias á esto pudo efectuarse felizmente el paso de las cañoneras, si bien dos de ellas quedaron muy averiadas, y otra llamada *Enrique Clay*, se fué á pique despues de haberse incendiado, en tanto que su tripulacion ganaba la opuesta orilla en un bote. Los federales tuvieron solo un muerto y dos heridos á bordo de la cañonera *Benton*.

Satisfecho de este resultado, el general Grant mandó que se repitiera la operacion con seis transportes montados por voluntarios, de los cuales se ofrecieron muchísimos que deseaban tomar parte en tan arriesgada empresa. De estos seis buques, cinco franquearon el peligroso paso en la noche del 22 de abril, pues uno de ellos, el *Tigre*, recibió un balazo bajo la línea de flotacion y poco despues se fué á pique.

Llegados á Nueva-Cartago y á Hard Times, los espedicionarios se ocuparon primeramente en reparar las averías de los buques, y hecho esto, reuniéronse todos los barcos y lanchas de los alrededores por orden del general Grant, quien tenia el mayor empeño en cruzar el rio para conducir su ejército por la orilla izquierda y operar directamente contra Vicksburg. Para esto era necesario apagar antes las baterías del Gran Golfo, que dominaban los puntos por donde podria efectuarse el desembarco de las tropas, y al efecto, en 29 de abril, el comodoro Porter lanzó contra ellas su flotilla de guerra, mientras las tropas se embarcaban en los transportes que debian conducir las al asalto tan pronto como se hubiese conseguido apagar el fuego del enemigo. Sin embargo, la fuerza de las cañoneras no alcanzaba á tanto, pues las baterías confederadas se hallaban á una elevacion tal y eran tan po-

derosas, que no parecia fácil dominarlas por la parte del agua. En su consecuencia, el general Grant se vió obligado á elegir otro sitio para el desembarco, y entonces designó un pueblo llamado Bruinsburg, situado al Sur del Gran Golfo; saltaron de nuevo en tierra las tropas para dirigirse al citado punto, y aquella misma noche las cañoneras hicieron jugar su artillería, mientras que los transportes bajaban por el rio arrojando la metralla de las baterías del Gran Golfo. Un numeroso cuerpo de tropas se trasladó despues á la orilla izquierda, y la vanguardia protegió el desembarco, que se hizo con la mayor actividad, porque urgia apoderarse de Puerto Gibson, importante posicion que se encontraba á pocas millas de distancia.

El 1.º de mayo por la tarde la vanguardia de los federales llegó al punto indicado, y una vez en presencia del enemigo, concentráronse las cuatro divisiones, Hovey, Carr, Smith, y Osterhaus, y empeñaron el combate contra la division separatista Bowon, compuesta de ocho mil hombres. Reforzados á poco los federales con las divisiones Logan y Quimby, rechazaron á los confederados en todos los puntos, y al dia siguiente, trabada de nuevo la accion, el enemigo evacuó á Puerto Gibson y Gran Golfo. El general Grant hizo ocupar inmediatamente este punto, donde estableció su nuevo centro de operaciones, en tanto que los buques procedentes de Bruinsburg anclaban bajo las antiguas baterías enemigas.

El cuerpo de ejército de Sherman, que durante este tiempo habia permanecido en Milliken's Bend, hostilizando con frecuencia á los defensores de Vicksburg, recibió entonces una orden del general Grant para ir á reunirse con el grueso del ejército en Gran Golfo, y entre tanto practicáronse recono-

cimientos en todas direcciones, pues el general Grant queria atacar desde luego á Jackson, la capital del Estado. El 6 de mayo, hechos ya todos los preparativos y adoptadas las disposiciones necesarias al efecto, se dió la órden de marcha: el dia 7, el cuerpo de ejército de Mc Pherson tomó por la derecha el camino de Rocky Springs á lo largo de Black River (Rio Negro); el general Mc Clernand siguió por la izquierda el camino montuoso de Willew Springs, y Sherman se quedó con la reserva para marchar á retaguardia vigilando los dos caminos. El objeto de esta disposicion era que Mc Clernand y Sherman ocupasen cualquier punto de la via férrea entre Bolton y Edwards Station, mientras Mc. Pherson se dirigia á Jackson por Utica y Raymond con el fin de destruir todos los establecimientos del enemigo, volviendo luego á reunirse con las fuerzas del ejército.

El 12 de mayo Mc Pherson encontró en Raymond dos brigadas separatistas al mando de los generales Gregg y Walker, las cuales despues de un combate de una hora hubieron de retroceder hasta Jackson, en cuya ciudad se disponia el enemigo á concentrar todas sus fuerzas al mando del general Johnston. Al saberlo Grant dió órden de que todas sus tropas se pusieran en marcha hácia dicho punto; el 13 las avanzadas escaramucearon en toda la línea, y el 14 se empeñó un combate delante de la ciudad misma. Los generales Sherman y Mc Pherson bastaron para desalojar á Johnston, cuyas fuerzas eran muy inferiores en número; el jefe separatista habia pedido auxilio á Pemberton, previniéndole que marchara á Jackson con todas las fuerzas que no fueran estrictamente necesarias para la defensa de Vicksburg, es decir, con unos veinte mil hombres, mas Pemberton se negó, manifes-

tándole que el Gobierno le habia confiado el mando de dicha plaza y que no le era posible contravenir á las órdenes que recibiera. Mientras que los federales al mando de Sherman ocupaban la ciudad de Jackson, donde quemaron una multitud de edificios sin cuidarse mucho de si eran establecimientos militares, casas particulares ó iglesias católicas, los otros dos cuerpos de ejército se dirigian sobre Clinton y Bolton, y desde aquí mas hácia el Norte, á fin de impedir la reunion de Pemberton y Johnston en las cercanías de Vicksburg. Este último jefe se habia replegado hácia Canton para concentrar allí todas sus fuerzas, mientras Pemberton avanzaba al encuentro del enemigo, resuelto á presentarle la batalla. El general Grant supo oportunamente que se practicaba este movimiento, así como tambien que Pemberton contaba con unos veinticinco mil hombres y diez baterías, y deseando asimismo empeñar el combate y evitar que los separatistas cayesen de improviso sobre su retaguardia, destacó contra su enemigo á los generales Blair, Mc Clernand, Osterhaus y Mc Person con sus respectivas divisiones.

El general Pemberton, que se habia situado en Edwards Station, recibió el 16 de mayo un parte de Johnston proponiéndole un ataque combinado contra Mc Pherson, y oido el parecer de su consejo acordó acometer á los federales á la mañana siguiente, mas habiendo ocurrido varias dificultades, los confederados avanzaron aun cuatro ó cinco millas mas y fueron á tomar posicion en Champion Hills, punto situado al Sur de la via férrea, entre Jackson y Vicksburg. Aquí recibió Pemberton otro parte de Johnston previniéndole que marchase hácia el Norte á fin de concentrar todas las fuerzas, y en su consecuencia dió las órdenes oportunas para practicar este nuevo movimiento,

pero ya era demasiado tarde, pues se vieron aparecer las divisiones de Hovey, Mc Clernand y Mc Pherson, que avanzaban rápidamente.

Cuando se estaban formando las tropas en línea de batalla llegó el general Grant, quien dictó desde luego las disposiciones mas convenientes para atacar al enemigo, el cual ocupaba una fuerte posición con su flanco izquierdo protegido por un espeso bosque. El cuerpo de ejército de Mc Pherson se dirigió hacia la derecha, como amenazando la retaguardia del enemigo, pero como aun no se habia reunido el suficiente número de tropas, Grant suspendió el ataque hasta que llegara Mc Clernand de Bolton Station con dos divisiones. Sin embargo, como quiera que tardara en llegar el refuerzo esperado, y visto que iba generalizándose el fuego entre la division Hovey y las avanzadas separatistas hasta convertirse en un verdadero combate, Grant dispuso que dos brigadas de la division Crocker marcharan en auxilio de Hovey mientras que algunas fuerzas al mando de Logan atacaban el ala izquierda y la retaguardia de los confederados, debilitando así su centro. Cuando llegó Mc Clernand con sus dos divisiones, las tropas de Pemberton acababan de ser desalojadas de sus posiciones con pérdidas considerables despues de un reñidísimo combate, y de tal modo se habia acercado la division Logan al camino de Vicksburg, que consiguió aislar á una parte de las fuerzas de Pemberton, que á duras penas pudieron evitar el caer prisioneras, abandonando todos sus cañones.

Los honores de esta victoria se debieron principalmente á la division Hovey, que por espacio de algunas horas estuvo combatiendo contra fuerzas muy superiores en número que ocupaban una fuerte posición. No es de estrañar pues que este jefe sufriera mas pér-

didias que ningun otro, pérdidas que no bajaron de mil doscientos hombres, es decir, una tercera parte de la division. El cuerpo de ejército de Mc Pherson se batió tambien con la mayor bravura, y la caballería de Stevenson dió una brillante carga cuyo resultado fué apoderarse de siete cañones y algunos centenares de prisioneros.

El cuerpo de ejército de Sherman no tomó parte en esta batalla, pues aun no habia llegado de Jackson cuando se terminó, y la division de Mc Pherson acudia presurosa precisamente cuando el enemigo empezaba á retirarse. Así pues, no cabe la menor duda que el número de las fuerzas federales que tomaron parte en esta accion era muy inferior al de los separatistas.

El general Grant manifestaba en su parte oficial que sus pérdidas en esta encarnizada refriega ascendian á cuatrocientos veintiseis muertos, mil ochocientos cuarenta y dos heridos y ciento ochenta y nueve estraviados, total dos mil cuatrocientos cincuenta y siete; los separatistas tuvieron poco mas ó menos el mismo número de bajas y se les hicieron además dos mil prisioneros, cogiéndoseles quince ó veinte cañones y una infinidad de armas pequeñas. Entre sus muertos se contaba el general Lloyd Tilghman, de Maryland.

Á la mañana siguiente, 17 de mayo, los federales comenzaron á perseguir al enemigo, que se habia retirado en el mejor orden y á quien encontraron á poco ocupando una fuerte posición detrás de Black River. Como por allí no habia ningun vado, la division Carr, de los federales, tuvo que detenerse dos ó tres horas sin poder atacar, hasta que al fin el general Lawler, habiendo descubierto un sitio por donde era fácil aproximarse al enemigo, dió inmediatamente la orden de ataque. La primera descarga de los separatistas costó á los

1863.

federales ciento cincuenta hombres, pero lejos de desanimarse, contestaron á su vez con un nutrido fuego, y atacando acto continuo á la bayoneta, desalojaron á los separatistas, quienes emprendieron la retirada desordenadamente por un puente de barcas mandado construir de antemano por el general Pemberton. Los separatistas dejaron en poder de los vencedores, quienes no tuvieron en este encuentro sino veintinueve muertos y doscientos cuarenta y dos heridos, diez y ocho cañones, mil quinientos prisioneros, muchas armas pequeñas y un número considerable de efectos de campaña. Inútil parece decir que los fugitivos quemaron despues el puente, y como el rio era muy profundo por aquella parte y comenzó á jugar la artillería enemiga desde la orilla opuesta, mientras los tiradores hacian repetidas descargas, no fué posible perseguir al enemigo, que se retiró luego á sus fortificaciones de Vicksburg.

Durante la noche, Sherman, que acababa de llegar de Jackson, atravesó el rio por un puente de barcas mandado construir al efecto, y el 18, los tres cuerpos de ejército continuaron su marcha sobre la plaza de Vicksburg. Sherman se apoderó al paso de Walnut Hills, ocupando la orilla del Yazoo, donde estableció una nueva base de operaciones en direccion opuesta á la elegida en el mes de diciembre anterior; el cuerpo de ejército de Mc Pherson se corrió hácia la izquierda y el de Mc. Clernand fué á situarse en los alrededores de St-Alban frente á Warrenton Bluff. El comodoro Porter, que ha-

1863. bia vuelto del Yazoo en 16 de mayo, restableció entonces sus comunicaciones con Grant y Sherman, y pudo enviarles los víveres necesarios, haciendo al mismo tiempo sus preparativos para atacar las baterías de Haines's Bluff, que los separatistas

habian comenzado á evacuar, y que abandonaron completamente al presentarse las cañoneras de los federales, dejando en poder del enemigo los cañones, los víveres, las tiendas de campaña y un considerable número de pertrechos militares. Apenas se creeria, si no lo hubiese declarado el mismo comodoro Porter, que se destruyó todo aquel inestimable material de guerra, aun cuando se sabia que el ejército de Grant, y sobre todo la division de Sherman, estaban á mano y hubieran podido utilizar perfectamente todos los efectos abandonados por el enemigo. La toma de Haines's Bluff dejaba sin defensa la ciudad de Yazoo, así como todo el valle, y en su consecuencia, el comodoro Porter destacó inmediatamente al teniente Walker con cinco cañoneras para que atacara desde luego dichos puntos. Cuando llegó Walker á Yazoo, vió que estaba ya ardiendo el arsenal y la ciudad dispuesta á rendirse; en el astillero habia varios buques en construccion, y entre ellos uno llamado el *Mobila* de trescientos diez piés de largo por setenta y cinco de ancho, que estaba ya dispuesto para botarse al agua, pero todo esto fué quemado así como tambien otros muchos efectos de valor. Walker encontró en el hospital mil quinientos enfermos separatistas, á quienes dejó en libertad bajo palabra, y á su regreso, cayó en una emboscada de doscientos tiradores, pero no tuvo mas pérdidas que un muerto y nueve heridos.

Todos estos combates y escaramuzas ocasionaron numerosas bajas á los separatistas, quienes habian llevado siempre la peor parte, y conociendo el general Grant que las tropas de Pemberton estarian desmoralizadas, resolvió, despues de un vivo cañoneo, que sus tropas se lanzaran al asalto á las dos de la tarde del dia 19. Las divisiones de los generales Blair y Giles Smith,

seguidas de varias columnas, atacaron vigorosamente las líneas enemigas, y hasta la entrada de la noche sostuvieron el fuego sin retroceder, pero á costa de pérdidas considerables. Viendo al fin Sherman que las baterías de la plaza diezmaban sus filas, dió la orden de retirada á fin de que sus tropas se pusieran fuera del alcance de las balas enemigas.

Los dos dias siguientes se emplearon en distribuir víveres, abrir caminos y situar convenientemente los cañones, mientras el enemigo aprovechaba tambien el tiempo para reforzar sus líneas de defensa. Hechos todos los preparativos necesarios, el general Grant, con la firmeza que le caracterizaba, dió órden para que el 22 de mayo se atacara de nuevo la plaza por todos los puntos á la vez, pues necesitaba acabar de convencerse que era preciso establecer un sitio en toda regla, con lo cual no se apuraria la paciencia de los soldados. Grant deseaba además concluir pronto en Vicksburg para acometer acto continuo á Johnston, que reorganizaba entonces un nuevo ejército en Canton.

Llegado el momento, los federales se aproximaron de nuevo á las fortificaciones del enemigo, arrojando el mortífero fuego de sus baterías, al que se contestó con el de otras cinco que habian situado convenientemente los unionistas, pero todos los esfuerzos fueron tambien inútiles aquella vez, pues no habia tropas que pudiesen resistir aquel torrente de metralla y de balas que sembraba la muerte entre las columnas de asalto.

Á pesar de este primer descalabro, no se desistió del ataque, que se continuó en la izquierda de las líneas enemigas: la brigada de Ewing cruzó el foso, que se acababa de cegar poraquella parte, seguida de la division Smith y mientras se hacia jugar la artillería, la in-

fantería trató de tomar el parapeto por asalto, pero tambien esta vez se vieron rechazados los federales con pérdidas inmensas.

Entre tanto la division Steele, que habia avanzado sobre la derecha, estaba luchando desesperadamente sin obtener ventaja alguna, mas como en aquel momento se recibiese un parte de Mc Clernand á Grant anunciando que sus tropas acababan de apoderarse de tres fuertes, el general Sherman ordenó á Tuttle que renovase el asalto en la izquierda, en tanto que Mower iba á reforzar á Ewing. Estos dos jefes marcharon inmediatamente al auxilio de sus compañeros, y de este modo se sostuvo la lucha hasta que hubo llegado la noche, pero sin que se consiguiera con esto otra cosa sino aumentar las pérdidas de los federales sin obtener ventaja alguna. El asalto de Mc Pherson en el centro se dió asimismo con el mayor arrojó, y si bien se obtuvo al principio alguna pequeña ventaja, fué á costa de una espantosa carnicería, pues baste decir que por cada separatista perdian la vida diez federales, y estos tuvieron al fin que retirarse cuando llegó la noche.

En el ala izquierda, el ataque dirigido por Mc Clernand parecia ser mas eficaz, ó al menos así lo creia el jefe: á las diez de la mañana, las brigadas de Lawler y Landrum, lanzadas al asalto, se apoderaban del primer bastion del fuerte que atacaban, en el cual clavaron su bandera los federales, mientras que las brigadas de Benton y Burbridge, electrizadas por este ejemplo, tomaban á viva fuerza otra obra defensiva despues de atravesar el foso.

Persuadido Mc Clernand de que aquello equivalia á obtener una gran victoria, remitió al general Grant un parte en que le decia: «Nos hemos apoderado de los atrinchamientos del enemigo en diferentes puntos,

pero tenemos que detenernos por no contar con suficientes fuerzas.» Al recibir Grant este despacho, mandó á Sherman repetir el ataque, y aunque no contaba mucho con la exactitud de aquel, dispuso que la division Quimby, del cuerpo de ejército de Mc Pherson, marchase inmediatamente en auxilio de Mc Clernand á fin de estrechar al enemigo en su centro é impedirle que se concentrase en la izquierda.

Todo esto no condujo á otra cosa sino á sacrificar mas vidas inútilmente, pues las grandes ventajas de Mc Clernand se reducian á que muchos de sus soldados habian penetrado en el fuerte enemigo, pero es el caso que ya no podian salir, y para esto mas les hubiera valido no entrar nunca. Dos horas despues, Mc Clernand decia en un parte: «No he perdido terreno; parte de mis soldados se hallan en dos fuertes del enemigo, (Esto era en cierto modo verdad, pero no manifestaba el general que aquellos soldados habian muerto) y hemos hecho algunos prisioneros. En este momento me veo atacado de cerca.» Á esto se redujeron las ventajas obtenidas en aquel punto: el ataque de las divisiones de Hovey y Osterhaus, fué rechazado con pérdidas considerables por parte de los unionistas; Mc Arthur no llegó á tiempo para auxiliar á Mc Clernand, y al retirarse las brigadas de Quimby, cercana ya la noche, perdieron á uno de sus jefes, el coronel Boomer. Finalmente á eso de las ocho de la misma se mandó á las tropas que se retirasen de sus peligrosas posiciones, y el ejército federal se entregó al descanso despues de haber perdido tres mil hombres en inútiles ataques, la tercera parte de ellos por haber supuesto Mc Clernand que se hallaban en su poder dos fuertes del enemigo (*).

(*) Al referir un ciudadano de Vicksburg los detalles de la lucha durante aquel dia memorable, espresábase en los tér-

En vista del resultado obtenido, convenciónse el general Grant de que era imprescindible establecer un sitio en toda regla, y al efecto comenzáronse desde luego los trabajos bajo la direccion del capitán de ingenieros Prime, y del coronel Wilson, del estado mayor, haciendo todo esperar que al fin conseguirian los federales la recompensa de sus afanes y fatigas. Á pesar de los descalabros sufridos, puede decirse que la plaza de Vicksburg estaba cercada completamente, pues las cañoneras del comodoro Porter vigilaban el rio de un extremo á otro á fin de impedir que los sitiados recibiesen auxilio ó socorro de ninguna especie, y además de esto sabíase, no solo que iban escaseando los víveres en la plaza, sino que Pemberton no podia contar sino con quince mil hombres útiles para el servicio, pues mas de seis mil se hallaban en los hospitales, heridos ó enfermos. Respecto á recibir refuerzos, no debian confiar mucho en esto los separatistas, atendido que los federales ocupaban fuertes posiciones y un campamento perfectamente atrincherado donde los soldados disfrutaban de la comodidad necesaria, mientras los separatistas sufrían toda clase de privaciones en la ciudad.

Hasta entonces todas las operaciones militares se habian practicado con la debida prevision y con el acierto que era de esperar de una direccion tan entendida como la del general Grant. Al hablar en Europa del sitio de

minos siguientes: «Difícil seria describir el imponente y terrible espectáculo que acabo de presenciar: la ciudad era atacada por tres puntos á la vez, es decir, por la parte donde estaban los reductos, por el centro y por el sitio donde se elevaban las baterías, y yo dudo que nunca se haya visto un fuego tan espantoso ni oído un estruendo semejante. No se podia estar absolutamente en ninguna de las calles de la ciudad, pues por todos los puntos caía una verdadera lluvia de balas y de metralla; aquello parecia un verdadero huracán de hierro. Se necesitaria la pluma de un poeta para describir la terrible sublimidad del cuadro.»

Vicksburg, se ha dicho por algunos que los federales procedieron con mucha lentitud, alegándose que los movimientos del ejército, que comenzaron á practicarse en Memphis en el mes de enero, no terminaron hasta el 28 de marzo; pero si bien estamos dispuestos á reconocer que la historia de las guerras

1863. ofrece ejemplos de una estrategia mas rápida, no deben echar en olvido los censores demasiado severos cuál era la naturaleza del terreno donde tuvieron que operar los federales. La distancia que hubieron de recorrer estos al atravesar por Milliken's Bend, Vicksburg, Nueva-Cartago, Hard Times, Bruinsburg, Gran Golfo, Jackson y Walnut Hills, no escederia acaso de unas cincuenta millas, pero si se atiende á los muchos rodeos que debieron hacer los unionistas, se triplica con creces este trayecto. Teniendo además en cuenta los numerosos embarcos y desembarcos que fueron indispensables, y sin olvidar que se construyeron muchos puentes, que se hizo necesario formar tres centros de operaciones y librar cinco combates, no podrá menos de reconocerse que no faltó actividad.

En cambio podrán estrañar muchos y con fundado motivo que los confederados no opusieran una resistencia mas enérgica á la peligrosa agresion del general Grant, y que no tratasen por ningun medio de impedir sus movimientos, tomando la ofensiva contra el enemigo antes de que se estableciese en la orilla izquierda. Desde lo alto de las casas de Vicksburg, ó bien por medio de reconocimientos, les habria sido muy fácil á los separatistas penetrar los designios de Grant, y solo con unos veinte mil hombres hubieran podido entorpecer sus operaciones, impidiendo sobre todo el desembarco. En una palabra, diremos que Pemberton y Johnston se mantuvieron en un sistema de defensa pasi-

va que á no dudarlos les hizo ganar tiempo, pero nada mas.

Es verdad que los continuos ataques del general Sherman y de una parte de la escuadra, se dirigieron con destreza suma; cierto es tambien que por la parte del Norte quedaban aun en Holly-Springs y en los alrededores numerosas fuerzas federales al mando del general Hurlbut, que podian infundir una fundada alarma, y no debe olvidarse, en fin, que las frecuentes correrías de algunos atrevidos jefes tenian en continua inquietud á los separatistas. Aquí no podemos menos de hacer una ligera digresion para dar cuenta de una de las mas arriesgadas y notables expediciones que se hicieron durante aquella guerra, y cuya direccion confió el general Grant al coronel Grierson, de Nueva-York.

Este valeroso oficial, seguido de tres regimientos de caballería y algunas fuerzas de infantería, partió el 17 de abril de 1863. La Grange, al Sur de Tennessee, y dirigiéndose desde luego sobre Ripley, atravesó por este punto el 18 con direccion á New-Albany, (Nueva-Albania) desde donde cruzó el rio Tallahatchie. Habiendo hecho varios prisioneros, destacó acto continuo algunas avanzadas á fin de practicar un reconocimiento á izquierda y derecha, y el 19, mientras el grueso de las fuerzas avanzaba hasta llegar á seis millas de Pohontoc, Grierson hizo alto en la plantacion misma de un jefe enemigo. Entre el 18 y 19, el coronel recorrió con sus fuerzas unas sesenta millas.

El 20 de abril emprendieron de nuevo la marcha los expedicionarios antes de romper el dia, dejando en su campamento una pequeña guarnicion de doscientos hombres, que debian explorar aquellos contornos y volver despues hácia La Grange. En este dia recorrió Grierson unas cuarenta millas há-

cia el Sur, tocando en Clear-Springs y evitando á Houston, ocupado por numerosas fuerzas enemigas.

El 21, el grueso de los dos regimientos continúa su marcha en direccion á Starksville y mas hácia el Sur, mientras el resto de la tropa, á las órdenes del coronel Hatch, se dirige hácia Colombo con orden de destruir una parte de la via férrea de Mobila-Ohio. Cerca de Okolona, sin embargo, Hatch cae en medio de un campamento de separatistas, donde habiéndose trabado un reñido combate, queda herido y prisionero con una parte de su regimiento. Los que pueden escapar vuelven á La Grange algunos dias despues. El 22, un destacamento mandado por el capitán Forbes marcha á Macon para hostigar al enemigo; algunas patrullas aisladas se dirigen á destruir la via férrea y los hilos telegráficos cerca de Okolona; otro destacamento bate la campiña en los alrededores de Starkville, y despues de quemar una gran fábrica de zapatos, apoderándose de un prisionero, el grueso de la tropa establece luego su campamento á diez millas de distancia de Louisville, haciendo una marcha muy penosa á través de los pantanos de Okanoxubee, donde se ahogan veinte caballos con gran peligro de sus ginetes.

El 23, 24 y 25, la expedicion atraviesa por Pearl-River (Rio de las Perlas) despues de haber rechazado un piquete enemigo que comenzaba á destruir el puente; se dirige á Decatur y de aquí á Newton Station, donde captura setenta y cinco hombres y detiene dos trenes del camino de hierro cargados de víveres y municiones. Grierson continúa luego su marcha sobre Garlandsville, y á pesar de no haber recorrido sino veinte millas, como hombres y caballos se hallan rendidos de fatiga, establece su campamento en la plantacion de Dores, á ocho millas al Este

de Raleigh, donde se hace preciso dejar algunos enfermos.

Entre el 26 y 27, Grierson atraviesa este último punto, cruza el rio Strong por Westerville, y acampa cerca de la plantacion Smith despues de haber recorrido una distancia de cuarenta y una millas. Habiendo descansado algunas horas, los expedicionarios marchan sobre Georgetown-Ferry; una numerosa vanguardia de voluntarios á las órdenes del coronel Price se adelanta á las demás tropas y consigue apoderarse de varios puentes cuya destruccion hubiera entorpecido la marcha de la columna; en Hazlehurst Station destruyen los federales varios wagoes cargados de víveres, y viendo que se acerca una numerosa fuerza enemiga, el capitán Forbes se pone en salvo con toda su tropa, compuesta solo de treinta y cinco hombres. Del 28 al 30, el coronel Grierson recorre otros varios puntos, donde quema algunos establecimientos del Gobierno confederado, cogiendo mas de treinta prisioneros, y el 1.º de marzo marcha hácia el Sudoeste á través de los bosques, hasta el camino que conduce desde Clinton á Oskya. Al llegar aquí encontrará un rio cuyo puente está custodiado por un piquete de sesenta separatistas; la vanguardia federal se lanza desde luego al ataque, y tiene que retroceder ante un vivo fuego de fusilería, mientras el teniente coronel Blackburn cae mortalmente herido, pero el coronel Prince, que manda la cabeza de la columna, conduce á sus hombres de nuevo al combate, y despues de una sangrienta refriega, los federales cruzan el puente á paso de carga en persecucion del enemigo. Á las diez de la noche atraviesan á nado el rio Amite y sorprenden un puesto de separatistas que dormian tranquilamente en la orilla opuesta.

Por último, el 2 de mayo, al amanecer, la

vanguardia del coronel Grierson cae de improviso sobre un pequeño campamento enemigo establecido en Sandy-Creek-Bridge, cogiendo cuarenta prisioneros, incluso un coronel; hácia el medio día, la columna avista las avanzadas del general unionista Augur, encargado de la custodia de Baton Rouge, y poco después hace su entrada en la capital de la Louisiana, en medio de las entusiastas aclamaciones de todos los federales y hasta de la misma población confederada.

Ya era tiempo de que Grierson llegase al puerto de salvación, pues sus tropas apenas podían ya sostenerse; basta decir que en las últimas noches la mayor parte de los ginetes dormían á caballo, sin que apenas bastase á interrumpir su sueño el ruido de los disparos. En el trascurso de diez y seis días, el coronel Grierson había recorrido con su escasa tropa una distancia de quinientas millas, atravesando todo el estado de Mississippi entre dos ejércitos enemigos.

Volvamos ahora al sitio de Vicksburg: el general Grant comenzaba á reconocer cuánto era el peso de la árdua tarea que acababa de imponerse, sin ocultársele que el sitio de semejante plaza no era cosa tan fácil. Las líneas de defensa del enemigo tenían al menos una extensión de doce millas, y había pocos puntos naturalmente favorables para establecer baterías de brecha, por cuya razón era preciso activar los trabajos de zapa y situar aquellas arrostrando el fuego de los sitiados. El número de oficiales que podían dirigir semejantes operaciones era muy limitado en el ejército, pues si bien abundaban en este excelentes peones é ingenieros prácticos, muy hábiles para trazar planos de campaña é improvisar puentes, faltaban en cambio hombres que dirigiesen con el necesario acierto los trabajos regulares de trinchera y de sitio. El ejército del general

Grant tuvo pues que someterse á un aprendizaje en aquella ocasión, y así lo hizo con el mayor éxito, bajo la dirección de algunos oficiales subalternos.

Presentábase además otra dificultad: era preciso hacer frente á dos enemigos; Pemberton en la plaza por un lado, y por otro Johnston, que organizaba en Canton un cuerpo de cuarenta mil hombres, siendo por lo tanto necesario formar un ejército de sitio y otro de operaciones, cosa que buenamente no podía hacer Grant con las fuerzas que tenía á su disposición. El general unionista, sin embargo, hizo circunvalar desde luego á Big Bayou y Clear Creek desde las alturas de Warrenton hasta las de Haines's Bluff, y al mismo tiempo dispuso que se reuniesen todos los refuerzos de que podía disponer, pidiendo inmediatamente otros al Gobierno. Formáronse además algunos destacamentos de negros que se enviaron á Memphis para su instrucción, y á este refuerzo se añadieron luego otros mas importantes, de tal modo, que á fines del mes de junio disponía Grant de seis nuevas divisiones á las órdenes de Lauman, Smith, Rimball, Hewon, y Parke, quien se encargó de dos. Estas tropas se pusieron á las órdenes de Sherman, que concentró el grueso de sus fuerzas en Haines's Bluff para vigilar á Johnston, mientras que el resto del ejército se consagró esclusivamente al sitio de la plaza. Ya hemos dicho que la flotilla ocupaba el río á fin de impedir que los sitiados recibiesen víveres ó socorros de ninguna especie.

Segun parece, Pemberton veía á los sitiadores hacer todos aquellos preparativos con mucha tranquilidad, sin tratar en lo mas mínimo de oponerse á ellos, confiando sin duda en la solidez de su centro, ó en la protección de la Providencia, que jamás abandona la buena causa, ó quizás también en Johns-

ton, que en su concepto proyectaba un ataque contra el ejército sitiador. En cuanto á tomar la ofensiva por sí mismo, hacer una salida formal á fin de paralizar los trabajos de los sitiadores y sorprender los puestos enemigos, cuya vigilancia no era á veces mucha, ó tratar en fin de reunirse con Johnston, son cosas estas que por lo visto no le ocurrieron nunca.

El general Johnston por su parte no contaba con suficientes fuerzas para acometer á Grant en sus atrincheramientos, y las tentativas para socorrer la plaza se limitaron á varios combates de poca importancia. El día

1863. 6 de junio los generales separatistas Taylor y Mc. Culloch, que operaban en la orilla derecha, atacaron á Milliken's Bend con cinco ó seis mil hombres, principalmente con la intencion de reforzar la plaza de Vicksburg é introducir algunos víveres, pero la brigada negra, al mando del coronel Dennes, rechazó á los confederados, causándoles muchas pérdidas. Solo dos buques del general Taylor consiguieron desembarcar algunas tropas y víveres para la plaza; el 12 de junio hubo un encuentro por el mismo estilo sin resultado alguno, y despues ya no ocurrieron sino algunas escaramuzas insignificantes.

Por lo que hace á Johnston, que ocupaba la orilla izquierda, avanzó varias veces hasta avistar las líneas federales: el 24 de junio atravesó el Big Black, y del 25 al 26, se le vió por un momento avanzar en son de ataque, pero limitóse luego á un inútil cañoneo y á varias escaramuzas. El general Pemberton, que debió hacer en aquel momento una vigorosa salida, no se atrevió á ello, y Johnston, que no vió llegar á nadie de la plaza, renunció á la ofensiva por entonces. Por lo demás, los confederados tenian muy buenas razones para limitarse á la expectativa

durante algunos dias mas: las plaza acababa de sufrir un bombardeo mas fuerte que de costumbre, que obligó á los habitantes y á los defensores á construir casamatas en las cuevas, y además de esto, una mina de los federales habia hecho tal efecto, que despues de destrozarse todo el lado de uno de los fuertes mas importantes, practicó una brecha por donde Pemberton esperaba á cada instante un nuevo asalto. En su consecuencia dispuso del mejor modo sus fuerzas para la defensa de este punto especial, y pensó menos que nunca en la ofensiva; en cuanto á Johnston, su principal objeto, cuando supo que los federales estaban alerta, fué reconocer sus líneas lo mejor posible á fin de aprovecharse mas tarde, pues meditaba una accion decisiva tan pronto como recibiera el refuerzo de algunas divisiones que debian llegar al mando del general Kirby Smith. Antes de replegarse mas allá de Black River, Johnston envió un parte á Pemberton, manifestándole su intencion, mas por desgracia, este último no recibió tan importante mensaje, que interceptaron los federales, y así pues, no pudo ocultar su enojo contra Johnston, cuando desde las alturas de Cox le vió alejarse el 27 sin haber empeñado la batalla.

Por su parte, los federales, enterados perfectamente de los proyectos del enemigo, redoblaron sus esfuerzos para conseguir una solucion favorable, y durante los últimos dias de junio y primeros de julio habianse abierto otras minas que dieron el mejor resultado, de tal modo, que comenzaron á levantarse baterías en varios puntos á la vez, las cuales se calculaba serian muy eficaces para batir la plaza en brecha. En **1863.** esta persuasion, Grant resolvió dar el asalto general el 6 de julio, en cuyo día, despues de cañonear vigorosamente las obras de defensa, y tan pronto como hubiesen re-

ventado las minas, deberian lanzarse al ataque seis columnas principales, apoyadas convenientemente. Solo Sherman se quedaria con la reserva con el objeto de contener á Johnston si era necesario, y tan pronto como se hubiese tomado la plaza de Vicksburg, era la intencion de Grant atacar á dicho jefe de una vez. Con este motivo escribió una carta á Sherman diciéndole, que puesto que los sitiados no tenian ya confianza sino en Dios y en Johnston, solo dependia la victoria de tener á éste en jaque á la distancia de quince millas.

Estaban ya terminándose los preparativos para dar el gran ataque, cuando en 3 de julio, despues de 45 dias de haberse comenzado el sitio en toda regla, Pemberton, no contando ya recibir auxilio alguno y careciendo de los recursos necesarios para sostenerse por mas tiempo, izó una bandera blanca frente á la posicion ocupada por la division del general Smith, á quien se anunció poco despues que el general Bowen y el coronel Montgomery, del estado mayor de Pemberton, eran portadores de una comunicacion para Grant. Despues de vendar los ojos convenientemente á los dos mensajeros se les condujo á la tienda del general Burbridge, donde se entregó el parte á Grant, á quien se pedia un armisticio para arreglar las condiciones de la capitulacion. El general unionista contestó al momento que la rendicion debia ser incondicional, mas habiendò insistido Bowen en que deseaba conversar con el mismo Grant, éste repuso que conferenciaria en todo caso con el general Pemberton, si así lo deseaba, para lo cual podia fijarse la hora desde luego. El jefe unionista señaló las tres de la tarde de aquel mismo dia, y llegada esta hora, celebróse la entrevista. Pemberton iba acompañado de Bowen y Montgomery, y Grant, de Mc Pherson, Ord, Logan y J. A.

Smith, además de su estado mayor. El jefe separatista exigió que se dejara á sus oficiales y soldados en libertad bajo palabra, que se permitiese á estos últimos llevar raciones para ocho dias, y que se concediera á los primeros conservar su propiedad y su servidumbre, proposicion que escuchó Grant atentamente, habiendo contestado al fin que enviaria su respuesta antes de la noche, con lo cual se dió por terminada la conferencia. Cuando se hubo retirado Pemberton, Grant reunió inmediatamente su consejo de oficiales, y oido su parecer, redactó la siguiente carta, que llevaron inmediatamente á su destino el general Logan y el teniente coronel Wilson:

«Cuartel general del Tennessee, cerca de Vicksburg, á 3 de julio de 1863.

»Á. J. C. PEMBERTON,

» general en jefe de las fuerzas confederadas.

»General: en cumplimiento de lo convenido esta mañana, me apresuro á someteros las siguientes proposiciones para la rendicion de la plaza de Vicksburg, y en el caso de ser aceptadas, marcharé inmediatamente con una de mis divisiones á fin de tomar posesion de la plaza mañana á las ocho de la misma. Tan pronto como se hayan llenado las formalidades de costumbre, se os permitirá salir de las líneas con vuestros oficiales y soldados, concediéndose á los primeros que conserven sus uniformes y tambien sus monturas á los que pertenezcan al cuerpo de caballería, pero ninguna otra clase de propiedad. Convenido este primer punto, podreis tambien tomar de vuestros almacenes las raciones que juzgueis necesarias, así como los utensilios precisos para preparar los alimentos, y treinta wagones, para conducirlos. Á todos los oficiales y soldados heridos se les concederá lá misma gracia tan pronto como se hallen en estado de abandonar la ciudad.

»Con este motivo tiene el gusto de ofrecerse como vuestro mas respetuoso servidor,
 »El general *Grant*.»

Pemberton contestó á esta carta en los términos siguientes :

«Cuartel general de Vicksburg, 3 de julio de 1863.

»Á V. S. GRANT,

»general en jefe de las fuerzas unionistas.

»General : tengo el gusto de acusaros recibo de vuestra comunicacion de esta fecha, proponiéndome condiciones para la rendicion de la plaza, las cuales acepto en su generalidad, si bien tengo el honor de someteros las siguientes enmiendas, con las que cerraremos el trato en el caso de merecer vuestra aprobacion. Mañana á las diez me propongo evacuar las líneas de defensa dentro y fuera de Vicksburg despues de haber entregado la plaza, pero se entiende que ha de ser con los honores de la guerra. Hecho esto tomareis posesion de la ciudad, y los oficiales podrán conservar sus espadas y sus propios bienes. Tambien deberán respetarse los derechos y propiedades de los ciudadanos.

»Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme vuestro mas respetuoso servidor,

»El general *J. C. Pemberton*.»

El general Grant volvió á escribir manifestando que no era su ánimo estipular condiciones respecto á los ciudadanos, y con este motivo suscitáronse algunas diferencias, pero al fin se firmó una capitulacion, y el dia 4, á las diez de la mañana, el general Grant, seguido de su estado mayor, hizo su entrada en la plaza, donde se izó al momento la bandera federal, celebrándose solemnemente el aniversario de la Independencia, que de seguro no habria podido tener lugar en circunstancias mas felices.

Los trofeos del vencedor fueron treinta mil prisioneros, ochenta y nueve piezas de sitio, ciento veintiseis de campaña, cincuenta mil fusiles y numerosos almacenes militares; todos los prisioneros quedaron en libertad bajo palabra, permitiéndoseles, segun lo convenido, tomar las raciones necesarias y carros para su transporte : á los oficiales se les permitió conservar sus espadas y sus monturas. Las pérdidas de los federales en aquella memorable campaña desde el dia en que desembarcaron las tropas en Bruinsburg, ascendieron, segun el general Grant, á novecientos cuarenta y tres muertos, siete mil noventa y cinco heridos y quinientos treinta y siete estraviados, total ocho mil quinientos setenta y cinco, de los cuales cuatro mil doscientos treinta y seis cayeron delante de Vicksburg, la mayor parte en el ataque del 22 de mayo (*).

Así terminó el sitio, ó mas bien las operaciones militares de Vicksburg, de ese Sebastopol americano, segun se le llamó, y que duraron cerca de un año con cuarenta y seis dias de sitio propiamente dicho (**).

(*) Segun Fernando Lecomte, uno de los historiadores de aquella guerra, las pérdidas de los federales no bajaron de quince á veinte mil hombres entre muertos, heridos y estraviados, sin contar que los separatistas se apoderaron de unos veinte buques de guerra y de transporte.

(**) El historiador Lecomte dice lo siguiente al hablar del sitio de Vicksburg:

« Se ha llamado heróica la defensa de la plaza, y nosotros creemos que no lo fué en lo mas mínimo, pues los separatistas se limitaron á rechazar tan solo un verdadero asalto, que fue el del dia 22 de mayo. En cuanto al débil ataque de Sherman del 29 de diciembre y al golpe de mano que intentó Grant en 19 de mayo, tampoco puede decirse que tuvo mucho mérito obtener un triunfo. Tanto Pemberton como Grant pasaron la mayor parte del tiempo en hacer preparativos, y la plaza se rindió cuando aun hubiera podido sostenerse dos meses mas. En cambio diremos que las fortificaciones de la plaza, y sobre todo la colocacion de las baterias que contuvieron los primeros esfuerzos de Sherman y Grant, honran bajo el punto de vista militar, tanto al gobierno confederado como á los oficiales de ingenieros y artillería que se encargaron de dirigir los trabajos de arma-

Ya hemos dicho que mientras se ocupaban los federales en los trabajos del sitio de la plaza de Vicksburg, el general separatista Johnston se hallaba muy cerca organizando un ejército suficientemente numeroso para atacar con ventaja á los sitiadores, y ahora añadiremos que apenas estuvieron terminados todos los preparativos para el gran asalto, el general Grant, á quien se acababa de notificar que Johnston habia atravesado el Big Black por la parte de Canton, dispuso que el general Sherman marchase á su encuentro con cinco brigadas para cerrarle el paso. Sherman se puso en movimiento acto continuo, y habiendo recibido luego refuerzos, construyó una línea de defensa que se estendia desde el Yazoo al Big Black, y que no era fácil tomar, ni aun por fuerzas superiores, sin sufrir considerables pérdidas. El general Johnston no lo intentó tampoco, pues, segun se supo luego, estaba operando mas lejos, probablemente con la intencion de abrir un camino á fin de unirse con Pemberton por la parte Sur de la ciudad. Esto sucedia precisamente cuando ya el jefe separatista habia resuelto capitular, y apenas se entregó la plaza, Grant envió nuevos refuerzos á Sherman, que llegaron á su destino el

1863. dia 5 de julio, de modo que el cuerpo de ejército de los federales, en número de unos cincuenta mil hombres, pudo cruzar el Big Black el dia 6. Sherman siguió avanzando sin perder un momento en persecucion de Johnston, á quien obligó á refugiarse en Jackson, cuyos atrincheramientos atacaron los federales acto continuo rompiendo el fuego con cien cañones de grueso calibre.

Johnston, quien, segun parece, solo tenia

mento y defensa de la plaza. Por lo que hace al ataque no escita tampoco nuestra admiracion hasta el punto de no reconocer ciertos defectos de principio.

á sus órdenes unos veinticuatro mil hombres, se resistió al principio enérgicamente, y en el primer ataque el general unionista Lauman, quien por desgracia interpretó mal una orden, se aproximó tanto á las obras defensivas de los confederados, que toda su division quedó completamente destrozada. Sin embargo, como la artillería de los federales, situada en las colinas contiguas, dominaba toda la ciudad, no era posible resistirse mucho tiempo, y conociéndolo así Johnston, evacuó á Jackson en la noche del 16 al 17 de julio, retirándose por Pearl-River hácia Morton, no sin quemar los puentes, segun costumbre. La capital del Mississippi fué por lo tanto ocupada de nuevo por las tropas de Sherman, las cuales destruyeron todo cuanto podia ser útil al enemigo, retirándose despues hácia Clinton. Johnston manifestó en su parte oficial que habia perdido en el ataque de Jackson quinientos setenta y cinco hombres, á saber, setenta y un muertos y los demás heridos ó estraviados.

Ocupada la plaza de Vicksburg por los federales, el general Grant organizó una expedicion al mando de Herron con objeto de ir á reforzar al general Banks, que sitiaba á Puerto Hudson, mas apenas se hubieron embarcado las tropas, recibióse la noticia de que el general Gardner, despues de rechazar vigorosamente tres ataques del enemigo, acababa de rendir la plaza al saber la toma de Vicksburg. En su consecuencia el general Grant dió contraórden y dispuso que Herron, embarcando sus tropas en otros buques mas ligeros, marchase á prestar otro servicio, cuyo principal objeto era apoderarse de una flotilla de vapores que no habia podido alcanzar antes el comodoro Porter. Cuando los expedicionarios llegaron á su destino, vieron que la flotilla enemiga em-

prendia apresuradamente la retirada al divisar á los federales, y así no fué posible apresar mas que un buque. No obstante, se consiguió en parte el objeto, pues el Yazoo quedó libre de enemigos, y Herron pudo apoderarse además de trescientos prisioneros, seis cañones de grueso calibre, doscientas cincuenta armas de todas clases, ochocientos caballos y dos mil balas de algodón, por manera que, según vemos, no fué infructuosa para los expedicionarios aquella correría.

Cuando el general Grant tomó la resolución de reunir todas sus fuerzas á fin de dar el gran asalto á la plaza de Vicksburg, la custodia de Milliken's Bend se confió al general Dennis, quien no contaba para la defensa de aquel punto sino con mil sesenta hombres, parte de los cuales eran negros, y habiendo llegado á conocimiento de los separatistas esta circunstancia, determinaron atacar la plaza, á cuyo efecto el general Mc Culloch salió de Richmond á la cabeza de dos ó tres mil hombres con el objeto de apoderarse de Milliken's Bend. Poco antes de llegar los confederados, encontraron dos escuadrones de caballería, á quienes persiguieron hasta las mismas líneas de defensa de los federales, mas como era llegada la noche, acamparon muy cerca de la ciudad con intención de asaltarla á la mañana siguiente.

El general Dennis, sin embargo, tuvo ocasión de enviar un parte al comodoro Porter, pidiéndole auxilio, pero antes de amanecer, los separatistas se lanzaron al asalto de la plaza á los gritos de *¡no hay cuartel!* y poco después se trabó en las trincheras una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo en la que llevaron la peor parte los unionistas, quienes tuvieron que retroceder para evitar en lo posible el mortífero fuego de los sitiadores. La situación del general Dennis empezaba á ser muy crítica, cuando por for-

tuna llegaron dos cañoneras federales, la *Choctaw* y la *Lexington*, que al momento hicieron jugar sus piezas, obligando á su vez á los confederados á ponerse fuera del alcance de las balas enemigas. De este modo se sostuvo la refriega sin considerables pérdidas hasta llegada la tarde, hora en que los separatistas comenzaron á retirarse sufriendo un nutrido fuego aunque sin ser perseguidos. Al dar cuenta de sus pérdidas manifestaba el general Dennis que estas no excedían de ciento veintisiete muertos, doscientos ochenta y siete heridos y trescientos estraviados, es decir, poco mas ó menos que las del enemigo, pero es de advertir que el fuego de las cañoneras hizo al principio mas víctimas entre los defensores de la plaza que entre los que la atacaban.

Desde que el general Washburne ocupaba á Helena, (Arkansas), los federales habian continuado en pacífica posesion de este punto, donde se estableció la base de operaciones del Sur, siendo de paso la guarnicion una continua amenaza para los separatistas que aun ocupaban la mayor parte de Arkansas. Á pesar de esto, nada se habia intentado contra Helena hasta la terminacion del sitio de Vicksburg, y entonces el general Holmes solicitó del general Kirby Smith, jefe del departamento del Mississippi, permiso para atacar dicho punto, á lo cual accedió aquel sin vacilar, con tanto mas motivo cuanto que el Secretario de la Guerra de la Confederacion, no solo habia sancionado la empresa, sino que la recomendaba. En su consecuencia el general Holmes salió de Little-Rock en 26 de junio, con direccion á Clarendon, en cuyo punto debian reunirse todas sus fuerzas; el coronel Fagan llegó en efecto á poco con sus tropas, pero Sterling Price no pudo presentarse hasta cuatro dias después, á causa de las lluvias. Gracias á esto, **1863.**

el general Prentiss, jefe de la guarnición de Helena, que sabía el peligro que le amenazaba, pudo evitar una sorpresa y hacer sus preparativos para rechazar al enemigo. Aunque Helena ocupa un terreno llano cerca del río, las obras de defensa, construidas perfectamente, se hallaban situadas de modo que no hubiera podido el enemigo valerse de su artillería, á causa de los profundos barrancos y elevadas colinas que rodeaban la posición.

El general Holmes, á quien se había informado mal acerca de los medios con que contaban los federales para defender la plaza, llegó en la mañana del 3 de julio á un punto situado á cinco millas de Helena y ya de noche,

hizo descansar á sus tropas hasta las doce de la misma, en cuya hora se puso de nuevo en marcha y mandó hacer alto á una milla de las fortificaciones del enemigo.

El general Price, con las brigadas de Parson y Mc Rae, compuestas de tres mil noventa hombres, recibió orden de asaltar una batería situada en la colina de Graveyard, y así lo hizo, consiguiendo, á pesar del fuego de metralla y fusilería del enemigo, rechazar á los federales y apoderarse de alguno de sus cañones, mas como no le fuera posible hacer avanzar á sus tropas con bastante rapidez, esto dió tiempo al enemigo para maniobrar con sus baterías con tal acierto, que causó un gran destrozo en las filas de los separatistas, que al fin hubieron de retroceder con pérdidas considerables y dejando una multitud de prisioneros en poder de los defensores de la plaza.

El general Fagan, que debía atacar un fuerte situado en la colina de Hindman, no tuvo mejor suerte que su compañero: como no le era posible hacer uso de su artillería,

hizo adelantar á sus hombres por barrancos y precipicios, arrostrando un fuego mortífero, y llegado al frente de la fortaleza, intentó apoderarse de ella por asalto, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles y únicamente sirvieron para aumentar el número de víctimas. Solo el regimiento de Arkansas, el primero que atacó, perdió su coronel y unos cien hombres entre muertos y heridos, y los sitiadores tuvieron al fin que retirarse para ponerse fuera del alcance de los cañones. Poco después el general Fagan, persuadido de que no era posible obtener la menor ventaja, mandó á sus tropas abandonar el campo.

Por su parte el general Marmaduke, que con mil setecientos cincuenta hombres tenía orden de asaltar el fuerte situado en la colina de Righton, no consiguió tampoco su objeto, y fué rechazado después de una empeñada refriega, pero sus pérdidas eran insignificantes, pues no escedían de sesenta y siete hombres. El general Holmes confesó francamente su derrota y manifestaba en su parte que había tenido mil seiscientas treinta y seis bajas, es decir, ciento setenta y tres muertos, seiscientos ochenta y siete heridos y setecientos setenta y seis estraviados. Según Prentiss, los federales no perdieron sino doscientos cincuenta hombres. Los defensores de la plaza no creyeron prudente perseguir al enemigo porque sus fuerzas eran inferiores, pero Helena quedó por entonces libre de nuevos ataques.

Hemos dado cuenta de las operaciones militares del ejército de Grant desde que se proyectó la toma de Vicksburg, y ahora debemos referir lo que pasaba entre tanto en otros teatros secundarios de la guerra: este será el objeto del capítulo siguiente.



CAPÍTULO XII.

TEXAS Y LOUISIANA.—PUERTO HUDSON.

1862—1863.

Operaciones en las costas.—Galveston.—Magruder se apodera de esta plaza por sorpresa.—Derrota de la flota unionista.—El desastre de Sabine Pass.—El *Alabama* apresado al *Hatteras*.—El general Banks en Nueva-Orleans.—Combate de Carny's Bridge.—Farragut cruza por delante de las baterías de Puerto Hudson.—Banks vuelve á Berwick's Bay, cruza el Mississippi y asalta á Puerto Hudson.—Ataque combinado.—Los separatistas rechazan á los sitiadores.—Banks estrecha el sitio.—Segundo ataque.—Rendicion del general Gardner.—Dick Taylor sorprende á Brashear-City.—Combate de Donaldsonville.—Franklin ataca á Sabine Pass y es rechazado.—Dana es sorprendido en organzia Burbridge, cerca de Opelousas.—El general Banks se embarca para Rio Grande, desembarca en Brazos de Santiago y se apodera de Brownsville.—El fuerte Esperanza abandonado.—Indianola en poder de los federales.—Banks vuelve á Nueva-Orleans.

No se podría formar una idea exacta de la gran guerra civil americana, de ese vastísimo y ardiente foco donde se agitaban tantas y tan diversas pasiones, si no se conociesen los detalles de las numerosas operaciones secundarias, que á veces quedaban oscurecidas por otras de mayor importancia. Con frecuencia estas empresas, sobre todo las costeras, partieron solo de la iniciativa de algun particular que deseaba favorecer á su Gobierno; debiéronse otras veces á las exigencias del bloqueo, y en algunas ocasiones podian considerarse como accesorias de una expedicion importante, pero no por esto dejaron de ocupar menos la atencion pública ni de costar grandes sumas al Gobierno.

Cuando en 19 de abril de 1861 ordenó Lincoln el bloqueo de las costas de los separatistas, no le fué posible en el momento vigorizarle, y en los cuatro puertos de Charleston, de Savannah, de Mobila y de Nueva-

Orleans, lo mas que hicieron los federales fué estar en observacion, pero á medida que el Secretario de la Armada de la Union pudo ir reuniendo los buques diseminados en varios puntos, ó construir otros nuevos, lo primero que se hizo fué reforzar las escuadras.

Ya en octubre de 1861 una flota de setenta y cinco buques al mando del comodoro Dupont, con unos veinte mil hombres de tropas de desembarco á las órdenes del general Tomás Sherman, (1) se hizo á la vela junto al fuerte Monroe y fué á establecer su base de operaciones en Port Royal y Beaufort, al Sur de la Carolina, entre Charleston y Savannah. De este modo se pudo estrechar el bloqueo de los dos puertos citados, y se organizaron expediciones para recorrer todos los puntos de la costa; una de ellas al mando del comodoro Stringham y del general But-

(1) Debe advertirse que habia dos generales unionistas del nombre de Sherman.

ler, se apoderó, según ya recordarán nuestros lectores, de las islas de Hatteras en la Carolina del Norte, ocupando así todo aquel estenso río. Varios puntos de Georgia y de la Florida, tales como Brunswick, San Agustín, Jacksonville, etc., se hallaban en poder de los federales, quienes tenían asimismo perfectamente custodiados los fuertes de Pickens, en la bahía de Panzacola, Pulasky, en la de Savannah, y Macon, en la de Beaufort, (Carolina del Norte). Desde fines de mayo de 1862 se hallaban los federales tan bien fortificados en los puertos de Nueva-Orleans, Puerto Real y Beaufort, (Carolina del Norte), que desde 1.º de junio se levantó el bloqueo de los puertos enemigos en virtud de un decreto presidencial.

Los confederados por su parte habían organizado un nuevo ejército para la defensa especial de Charleston, ejército que al mando de Beauregard, jefe del departamento militar de la Carolina del Sur y de Georgia, no hubiera sido fácil batir sino con un cuerpo de tropas muy numeroso, cosa punto menos que imposible de encontrar en aquel momento en que la Union estaba amenazada y no podía diseminar sus tropas ni atacar por todos los puntos á la vez. Sin embargo, el mero hecho de verse obligados los separatistas á mantener una guarnición en la ciudad, así como también una parte de la escuadra, era una ventaja para los federales, pues de este modo se distraía un número considerable de fuerzas que hubieran podido darles mucho que hacer en otros puntos.

Consignados ya estos detalles, veamos ahora cómo se conducían las operaciones militares en el Golfo de México, en Texas, donde los confederados habían tomado también la ofensiva.

Galveston es, á no dudarlo, uno de los principales puertos que se encuentran en la

línea continental del Golfo Mexicano; el abundante caudal de aguas de los ríos Trinidad y San Jacinto surte la bahía de Galveston, y la ciudad de este nombre es el foco natural del comercio de la parte mas grande, mas fértil y mas populosa de Texas. En 1860, una línea de vapores hacia el servicio desde Galveston á Nueva-York, á Nueva-Orleans y á los puertos pequeños de Texas que se encontraban en la costa, y aunque la población no escedía de cinco mil almas, esportábase cuando menos al año medio millón de balas de algodón, siendo por lo general el comercio muy considerable. En Galveston residían muchos unionistas que se alegraron en extremo cuando en 8 de octubre ocuparon los federales la plaza, que se entregó sin resistencia, **1862.**

mientras que la escuadrilla, compuesta de cuatro buques de guerra al mando del comodoro Renshaw, tomaba posesión del puerto, obligando á las autoridades confederadas á que se retirasen acto continuo.

Esta plaza, adquirida con tanta facilidad, se conservó pacíficamente hasta fin de año, en cuya fecha el general Banks, por recomendación de Renshaw, envió algunos refuerzos á las órdenes del coronel Burrill para el caso de que el enemigo intentara algun ataque; las cañoneras *Westfield*, *Clifton*, *Harriet Lane*, *Owasco*, *Coryphaeus* y *Salem*, se hallaban ancladas en el puerto, y algunas de ellas habían recorrido la costa durante el verano anterior, tiroteándose con las baterías confederadas de Corpus Christi y Lavaca, pero sin que esto ocasionara pérdidas por una ni otra parte. Desde entonces la escuadrilla permaneció estacionada en el puerto, y su jefe conservaba relaciones amistosas con algunos jefes separatistas que entraban y salían de Galveston sin que nadie se opusiera á ello.

El general Magruder, que por aquella época fué nombrado comandante en jefe del departamento de Texas, no estaba muy satisfecho de aquel estado de cosas, pues no le parecia bien que los federales estuvieran en posesion de la parte de costa que se estiende desde Sabine á Corpus Christi hasta el valle del Rio Grande. Resuelto pues á espulsar á los federales si era posible, marchó á Houston, donde se detuvo uno ó dos dias, pasó luego á Virginia Point, frente á Galveston, y desde aquí se dirigió á la ciudad, seguido de ochenta hombres, aprovechando la oscuridad de la noche, con el objeto de inspeccionar detenidamente las fortificaciones, lo cual pudo hacer sin encontrar resistencia. De este modo supo Magruder que no se ejercia mucha vigilancia en los alrededores de la ciudad, y por lo tanto érale mucho mas fácil llevar á cabo el proyecto que meditaba, pero prefirió operar con una escuadrilla, pues acababa de recibir noticia de que los federales iban á enviar refuerzos de Nueva-Orleans. Al efecto reunió el mayor número de cañones posible, una respetable fuerza de tropas regulares y voluntarios, y todas las cañoneras diseminadas en los rios contiguos, y hecho esto dictó las disposiciones oportunas para comenzar el ataque.

Parece que Magruder habia cambiado perfectamente su plan y que tenia á su disposicion numerosas fuerzas, pero sus cañones, de escaso calibre y ya muy usados, no valian nada, así como tampoco sus buques, que eran unos vapores ordinarios empleados antes para el transporte de balas de algodón, y por este motivo todo induce á creer, no solo que Renshaw fué un traidor, sino que Magruder obró con entero conocimiento de causa. De otro modo, hubiera sido una locura acometer tamaña empresa sin contar con otros medios. Que los separatistas hacian

preparativos para espulsar á los federales de la ciudad y del puerto, es cosa que no se ocultaba á los habitantes de Galveston, al menos el dia antes del ataque, y hubiera bastado quejarse un poco para comprender que los separatistas residentes en la ciudad esperaban un cambio de bandera. Á pesar de esto no se adoptó ninguna medida para oponer resistencia, ni se organizaron patrullas, ni se mandó vigilar ó destruir el puente, ni se hizo nada, en fin, para rechazar un ataque, de modo que Magruder pudo avanzar á eso de la media noche con todas sus fuerzas y artillería y atravesar la ciudad, llegando hasta muy cerca del muelle, donde se hallaban las tropas llegadas últimamente de Nueva-Orleans. Magruder situó sus cañones de la manera mas conveniente, no quiso comenzar el ataque hasta que llegaran sus buques, pero como á las cuatro de la madrugada no hubiesen llegado aun, y no pudiera contener por mas tiempo su impaciencia, el jefe separatista dió la señal de ataque, disponiendo que quinientos hombres, al mando del coronel Cook, apoyados por un batallon de tiradores, atacasen á las tropas federales acampadas en el muelle.

Los unionistas, sin embargo, que sabian ya á qué atenerse, hicieron apresuradamente los preparativos para la defensa, y bien pronto levantaron una barricada á fin de contener el primer ataque del enemigo, mientras las cañoneras rompian á la vez un nutrido fuego sobre los sitiadores, muchos de los cuales se arrojaron en el agua con escalas á fin de asaltar por varios puntos á la vez la posicion de los unionistas. La profundidad del agua, no obstante, era tal por aquel punto, que los confederados no pudieron conseguir su objeto, y despues de una breve lucha se parapetaron detrás de unos edificios, en tanto que las cañoneras federales apaga-

ban el fuego de las baterías enemigas. Falta ya muy poco para amanecer, y por un momento se creyó que la victoria se inclinaria en favor de la union, pero en aquel momento llegaron dos vapores en auxilio de los separatistas y varió el aspecto de la batalla: estos dos buques, cuyas tripulaciones se parapetaban con balas de algodón hábilmente colocadas en la proa, en la popa y en los costados, avanzaron rápidamente contra las cañoneras enemigas, trabando desde luego un reñido combate contra la *Harriet Lane*, que hubo de rendirse al fin despues de oponer una vigorosa resistencia, mas no antes de que pereciera su comandante, el valeroso Wainwright y quedar herido mortalmente.

La cañonera *Owasco* se hallaba anclada á cierta distancia de la ciudad, mas apenas observó su comandante que se habia empeñado el combate con los buques separatistas, dirigióse con toda la rapidez posible á prestar auxilio á sus compañeros. Al acercarse á la *Harriet Lane*, esta acababa de caer en poder del enemigo, y no siéndole posible maniobrar á causa del nutrido fuego de fusilería que sufrió de los confederados, el comandante de la *Owasco* resolvió volver á sus aguas para cañonear las baterías de la costa. Entre tanto la cañonera *Westfield*, mandada por el mismo Renshaw, avanzaba tambien á toda máquina á fin de tomar parte en la lucha, pero como á causa de la marea no le era posible entrar en las aguas de los buques enemigos, fuéle preciso retroceder, y lo mismo sucedió á la *Clifton*, que llegaba con el mismo objeto. Á eso de las siete de la mañana, los separatistas, que se consideraban ya vencedores, izaron una bandera blanca en un bote y enviaron un parlamentario á la *Clifton*, concediendo una tregua si se entregaba la escuadrilla (*), á lo cual se negó

(*) Dicese por algunos que lo de la tregua no es exacto,

primeramente Law, su comandante, y despues el mismo Renshaw, quien dispuso que las cañoneras emprendiesen la retirada, mientras él pegaba fuego á la *Westfield*, pasando con su tripulacion á bordo de un transporte. Resuelto á cumplir su amenaza, el comodoro hizo pegar fuego á su cañonera, pero sin duda la esplosion tuvo lugar antes de lo que esperaba, pues el mismo Renshaw, con el teniente Zimmerman, el ingeniero Green y otros diez ó doce hombres de la tripulacion, fueron víctimas de su arrojo (*).

Entre tanto las tropas que se hallaban en el muelle, no teniendo artillería ni fuerzas suficientes para resistirse, se rindieron á la primera intimacion del general Scurry, en tanto que el comandante Law, persuadido de que era inútil la resistencia y de que no podia contar con mas buque útil que la *Owasco*, se retiró precipitadamente, dirigiéndose hácia Nueva-Orleans con los pobres restos de la flota unionista.

Magruder dice que en este combate solo tuvo veintiseis muertos y ciento diez y siete heridos, y que se apoderó de dos buques, el *Harriet Lane* con todo su armamento y trescientos cincuenta prisioneros, y el *Westfield* con su magnífica batería de ocho cañones rayados, siendo de advertir que faltó muy poco para que se apoderara asimismo del vapor *Cambria*, que iba á llegar de un momento á otro con algun refuerzo de tropas. El capitan de este buque fué avisado

y que si efectivamente se concedió fué violada, pues continuó en algunos puntos el combate con el mismo empeño que al principio. Hay quien asegura que los separatistas exigen únicamente que las cañoneras federales abandonasen el puerto en el término de tres horas, y siendo así se comprenderia mejor que el comodoro Renshaw se condujera de aquel modo.

(*) En su parte oficial manifestaba Magruder que habia concedido á Renshaw tres horas de tregua, y que el comodoro se convino en rendirse, pero esto no es creible por ningun concepto, sobre todo en vista de los hechos que tuvieron lugar.

á tiempo, y merced á esto pudo evitar el caer en manos del enemigo. Tan pronto como el comodoro Farragut tuvo noticia del atrevido golpe de mano de Magruder, envió algunos buques para bloquear á Galveston antes de que los separatistas tuvieran tiempo de armar en corso á la *Harriet Lane*.

Al poco tiempo sufrieron los federales en Sabine Pass otro descalabro no menos sensible que el ocurrido en Galveston. La embocadura del Sabine se hallaba bloqueada por dos buques unionistas, la *Aurora*, de diez cañones, y el *Veloz*, de tres, mas el 21

de enero, cuando menos se esperaba, fueron atacados por dos cañoneras de los separatistas al mando del mayor Watkins, armadas de antemano con este objeto. Watkins dió caza á los federales y consiguió apresarlos despues de un breve combate, apoderándose de trece cañones, ciento veintinueve prisioneros y por valor de un millon de efectos militares. No era esta la única pérdida que debian sufrir los federales entonces: algunos dias despues, el comodoro Bell, á quien se habia confiado el bloqueo de Galveston, divisó una vela hácia el Sudoeste, y deseando saber si el que se aproximaba era amigo ó enemigo, dispuso que el teniente Blake marchase con la *Hatteras* á su encuentro para averiguarlo; el buque desconocido aparentó huir, pero bien pronto conoció Blake que no tenia intencion de hacerlo, pues tan pronto como hubo tomado sus disposiciones para el combate, vió que aquel á quien pensaba perseguir permanecia estacionario. Blake, cuyos cañones eran de poco alcance, se aproximó todo lo mas posible, y empuñando su bocina, hizo las preguntas de costumbre, á lo cual se le contestó izando el pabellon británico. Entonces Blake ofreció enviar un bote, y ya ordenaba la maniobra para tomar mejor po-

sicion, cuando del buque desconocido partió una voz y se oyeron estas palabras: «Este es el *Alabama*, que está al servicio de la Confederacion,» y al mismo tiempo, el buque enemigo rompió el fuego, al que contestó inmediatamente el teniente Blake.

El *Alabama*, sin embargo, era un buque muy superior, (*) y persuadido de esto Blake, comprendió que no le quedaba mas esperanza que lanzarse al abordaje, lo cual intentó hacer, pero como su enemigo era mas rápido en sus movimientos, consiguió fácilmente burlar á su perseguidor. Ambos buques

(*) El buque *Alabama* apareció en los mares en el verano de 1862, y era un magnífico vapor de hélice, construido en el invierno de 1861 en Inglaterra, en uno de los principales astilleros, por cuenta del emperador de la China. Este complaciente soberano, á quien ya se iba á enviar el buque, tuvo por conveniente venderlo á un caballero llamado Semmes, el cual queria armarlo con ocho cañones cuando el ministro americano en Lóndres se tomó la libertad de indicar al Gobierno de la reina que el vapor chino podria muy bien ser un nuevo corsario separatista. En virtud de esta indicacion se abrió el correspondiente informe, dándose orden para que el citado buque no se hiciera á la mar hasta ver lo que resultaba, y habiéndose probado poco despues que la reclamacion del ministro era fundada, se mandó secuestrar el buque. Sin embargo, para cumplir con todas estas formalidades se emplearon algunos dias, y cuando en 29 de julio de 1862 llegó á Liverpool la orden de secuestro, hacia ya tres horas que el *Alabama* habia abandonado el puerto. Merced á su gran velocidad pudo evitar un encuentro con dos cruceros federales que le acechaban en el canal de la Mancha, y se dirigió á las islas Azores á fin de reparar algunas averías. Una vez allí, se le reunieron el vapor inglés *Bahama* y un barco pequeño que le llevaba armas y su tripulacion, y entonces, á pesar de que las autoridades portuguesas intimaron á los tres buques la orden de salir inmediatamente del puerto, el *Alabama* pudo hacerse á la vela completamente armado para el objeto que se proponia su capitan. Semmes mandó izar solemnemente el pabellon confederado delante del puerto, arengó á su tripulacion, compuesta en su mayor parte de ingleses, y declaró abierta la campaña. Aquel mismo dia, 17 de setiembre, comenzó sus operaciones haciendo algunas presas. El 1.º de noviembre siguiente llevaba ya capturados veintidos buques; el 7 de diciembre se apoderó cerca de Cuba, del magnífico vapor *Ariel*, que hacia el servicio en la linea Californiana de Nueva-York al Istmo de Panamá, y desde entonces no hubo semana en que la marina mercante no tuviera que registrar algun desastre.

continuaron por algun tiempo descargando sus andanadas, hasta que al fin, habiendo penetrado dos balas por la línea de flotacion de la *Hatteras*, declaróse el fuego á bordo, mientras una tercera bala atravesaba su cilindro, destrozando completamente la máquina. Desde aquel momento el buque federal podia considerarse perdido, y en efecto, poco despues, viendo el capitán del *Alabama* que su enemigo empezaba á sumergirse, envió sus botes para recoger á la tripulacion, compuesta de ciento diez y ocho hombres, entre los cuales habia seis heridos. El *Alabama* quedó tambien bastante averiado, hasta el punto de tener que dirigirse á Kingston para reparar sus desperfectos, pero en este combate no tuvo sino un herido. Como el armamento del buque separatista era muy superior, y sus cañones de mucho mas calibre, no es de estrañar que la victoria se decidiese en su favor.

El general Banks, á quien se habia confiado el mando del departamento del Golfo, se hallaba á la cabeza de treinta mil hombres, y con este respetable ejército, contando además con la cooperacion de Grant, esperaba restablecer las comunicaciones en el Mississippi, espulsar á los separatistas de la Louisiana y tomar posesion del pais que se estiende junto al Rio Colorado, con objeto de recobrar á Texas, cuyo gobernador interino, Andrés Hamilton, rodeado de numerosos partidarios de la Union, ansiaba tomar parte en dicha empresa. Estas esperanzas debian desvanecerse, segun ya hemos visto, á causa de los desastres de Galveston y Sabine Pass, mas entre tanto el general Banks destacó al general Cuvier Grover con diez mil hombres para recobrar á Baton Rouge, de cuya plaza tomaron posesion los separatistas sin disparar un tiro.

Desde Nueva-Orleans, solo una via férrea

llega por el Oeste á Brashear-City, punto situado cerca del Atchafalaya, donde desagua el Bayou Teche, que se comunica con Rio Colorado. Todo el pais que se estiende al Sur del Atchafalaya, puede decirse que era de los federales, pero no completamente, pues aun conservaban los separatistas algunas fortificaciones en Butte á la Rose, y eran tambien dueños del fuerte Bisland, rodeado en parte por peligrosos pantanos y profundas lagunas, sin contar que la guarnicion ascendia, segun el cálculo de Banks, á unos doce mil hombres. Como para atender convenientemente á la defensa de Nueva-Orleans, con sus muchos fuertes, en Key West, Panzacola, Ship-Island, etc., se necesitaban bastantes tropas y era además preciso rechazar cualquier ataque que se intentara por Alabama ó Mississippi, hallábanse las fuerzas de Banks muy divididas, y solo tenia á su alrededor unos catorce mil hombres, por lo cual no le era posible intentar el sitio de Puerto Hudson, donde segun se calculaba habia diez y ocho mil separatistas. En su consecuencia se fijó primeramente en la línea del Atchafalaya, pues el principal objeto del general Banks era apoderarse de Butte á la Rose, en cuya empresa se empleó inútilmente un mes sin que ocurriera ningun encuentro de importancia, como no fuese el combate de Carney's Bridge, con el cual no se adelantó mucho por haber sido dudosa la victoria.

Cuando el comodoro Farragut supo que la *Reina del Oeste* y el *De Soto* habian caido en poder del enemigo delante de Vicksburg, creyó conveniente atacar las baterías de los separatistas en Puerto Hudson, á fin de posesionarse si era posible de la parte superior del rio, y al efecto, habiendo pedido su cooperacion al general Banks, se dió orden de avanzar á todas las tropas que se hallaban en Atchafalaya, á fin de concentrarlas en Ba-

ton Rouge, desde donde se pusieron los federales en marcha en número de doce mil hombres. Farragut deseaba que se simulase un ataque por tierra para asaltar entre tanto las baterías, pero viendo despues que la noche estaba muy oscura, creyó mejor anticipar el ataque de Banks, y por su parte dió la órden de marcha á su flotilla y llegó á la vista de las baterías del enemigo poco antes de media noche.

Farragut esperaba sin duda que podria pasar sin ser observado, gracias á la oscuridad, pero bien pronto pudo desengañarse, pues apenas estuvo al alcance de los cañones de la fortificacion, cuando vió brillar varias luces de las empleadas para hacer señales, y bien pronto las llamas de una inmensa hoguera encendida frente á los fuertes iluminó el rio de una orilla á otra con una claridad que podia competir con la del dia. Entonces comenzaron á silbar las balas por el aire; hubiérase dicho que el estampido de los cañonazos hacia temblar la tierra, y no tardó en caer una lluvia de metralla sobre la flota unionista, compuesta de las fragatas *Hartford*, *Mississippi*, *Richmond* y *Monongahela*, y de las cañoneras *Albatross*, *Genesee*, *Kineo*, *Essex* y *Sachem*, que por su parte lanzaban sus andanadas contra el enemigo. Al cabo de poco tiempo era tan espeso el humo de la pólvora, que los comandantes de los buques hubieron de proceder con suma cautela á fin de no hacerse fuego uno á otro y de dirigir solo sus tiros contra las baterías, cuyos cañones barrian las cubiertas de los buques con sus mortíferas descargas. No tardó en apagarse la hoguera encendida por los separatistas; entonces volvió á reinar una profunda oscuridad, y fué preciso suspender el combate, pues á no darle, la escuadra federal debia haber sufrido grandes averías, sin haber conseguido su ob-

jeto: solo la fragata *Hartford* y la cañonera *Albatross* consiguieron forzar el paso; los demás buques, escepto dos ó tres, aprovechando una fresca brisa, volvieron á su anclaje. La fragata *Mississippi*, arrastrada hácia la batería central, y descubierta por el enemigo, sirvió de blanco á sus tiros, y despues de media hora de combate, su comandante, el capitán Smith, no tuvo mas remedio que abandonarla y pegarla fuego; de su tripulacion, compuesta de doscientos treinta y tres hombres, incluso los oficiales, perecieron veintinueve en aquella desesperada lucha. La fragata *Richmond* recibió un balazo que atravesó la caldera, matando á ocho hombres é hiriendo á siete; la *Kineo* perdió parte de su arboladura; el capitán de la *Monongahela* quedó gravemente herido, y los demás buques sufrieron averías de consideracion, pero lo mas sensible de todo fué la pérdida de la *Mississippi*, que sobre ser un magnífico buque, estaba armado de veintiun grandes cañones de primera clase.

El general Banks volvió entonces á Baton Rouge para continuar sus operaciones, y las columnas federales se pusieron en marcha hácia Brashear-City en 9 de abril, **1863.** dirigiéndose luego el grueso de las tropas á Franklin, mientras la division del general Grover se encaminaba por el Atchafalaya al fuerte Bisland, cerca del cual desembarcó aunque con gran dificultad (*). Al dia siguiente fué atacado por los separatistas, mas consiguió defender su terreno, rechazando al enemigo; esta escaramuza dió tiempo al general Dick Taylor para evacuar el fuerte Bisland, como así lo hizo, retirándose á Opelousas despues de quemar va-

(*) Creiase que los separatistas tenian en Puerto Hudson de diez y ocho á veinte mil hombres, pero luego se supo con certeza que la guarnicion no constaba sino de diez y seis mil hombres en la noche del 14 de marzo de 1863.

rias cañoneras. Taylor asegura que él no contaba sino con cuatro mil hombres entre todos y censura al general Sibley por no haber cumplimentado las órdenes que se le dieron. Durante su retirada, las cañoneras federales asaltaron á la *Reina del Oeste*, destruyéndola completamente y haciendo prisionera á su tripulación.

El general Banks no pudo acelerar su marcha á causa de haber destruido Taylor todos los puentes, tan necesarios en aquella region para atravesar las numerosas corrientes de agua que allí existen, pero entró triunfalmente en Opelousas en 20 de abril, es decir, el mismo dia en que la es-

1863. cuadrilla federal, al mando del teniente Cook, se apoderaba de Butte á la Rose, estableciendo las comunicaciones entre el Atchafalaya y Rio Colorado. De este modo fué ya fácil avanzar rápidamente, y en 5 de mayo se puso el ejército en marcha hácia Alejandria en tanto que Taylor evacuaba el fuerte De Russy, retirándose hácia Shreveport sin disparar un tiro. El comodoro Porter llegó á poco con su flota, y toda la Louisiana, excepto la parte Noroeste, quedó de nuevo en poder de los federales. El general Banks destacó á Weitzel con una parte de su ejército en persecucion de los separatistas, mas al llegar los federales á Grand Ecore, era ya tan reducido el número de las tropas de Taylor, que se creyó inútil continuar mas adelante, toda vez que el general confederado no podia reponerse en algunas semanas.

Hallándose Banks en Brashear-City, hábiale notificado el almirante Farragut que

1863. el general Grant, ocupado entonces en el sitio de Vicksburg, le enviaria veinte mil hombres para operar contra Puerto Hudson. Este refuerzo debia hallarse en Bayou Sara el 25 de mayo, pero los sucesos

de la campaña no lo permitieron, y como por otra parte tampoco le era posible á Banks abandonar á Nueva-Orleans, dejando á la Louisiana á merced de los separatistas, el general Grant, que conocia cuál era su situacion, accedió á enviarle un refuerzo de cinco mil hombres tan pronto como le fuese posible disponer de ellos.

En su consecuencia, el 14 de mayo, Banks puso en movimiento á su ejército, y haciendo embarcar la mayor parte del material de campaña, marchó con sus tropas hácia Simmsport, en cuyo punto cruzó el Atchafalaya, encaminándose luego por la orilla derecha del Mississippi hasta llegar á Bayou Sara. Al dia siguiente, 28 de mayo, avanzaron las tropas hácia Puerto Hud-

1863. son á fin de asaltar la plaza por la parte del Norte, en tanto que el general Augur, con tres mil quinientos hombres procedentes de Baton Rouge, atacaria por el Sur.

El general Gardner, comandante militar de Puerto Hudson, destacó al coronel Miles á fin de que impidiera se reuniesen las fuerzas federales, pero fué rechazado con pérdida de ciento cincuenta hombres, mientras que las tropas al mando de los generales Weitzel, Grover y Dwight libraban un combate con la guarnicion de la plaza en la linea exterior de los atrincheramientos. Al dia siguiente, 25 de mayo, llegó el general Augur y se acabó de cercar la plaza, excepto por la parte del rio. Apenas estuvieron terminados los preparativos necesarios, y como se anunciase á Banks que detrás de las obras de defensa no habia mas que un puñado de hombres, dispuso el jefe unionista que se practicara un minucioso reconocimiento, y acto continuo dió la orden de asalto, el cual se llevó á cabo con la mayor energía y resolucion, si bien el resultado fué el mismo que siempre se obtiene cuando se atacan forti-

ficaciones hábilmente dispuestas, donde los sitiados no se hallan nunca tan espuestos como los sitiadores. Tratábase de que el ataque fuese simultáneo, mas no se pudo conseguir así: las baterías federales rompieron el fuego por la mañana, y despues de un vigoroso bombardeo, los generales Weitzel, Grover y Paine asaltaron la plaza á las diez de la mañana con todas sus tropas, secundadas mas tarde por los generales Augur y Tomás Sherman. Entre tanto la fragata *Hartford*, la cañonera *Albatross* y los buques *Monongahela*, *Richmond*, *Genesee* y *Essex*, al mando del almirante Farragut, rompieron el fuego sobre los sitiados, los cuales se habian visto ya en la precision de abandonar la parte mas al Sur de la batería despues de clavar sus cañones. En este primer dia fué cuando mas servicios prestó la flota, pues los separatistas se fijaban sobre todo en el ataque por tierra.

Nunca se habia visto combate tan heróico como aquel, en que los federales atacaban á igual número de fuerzas parapetadas en imponentes fortificaciones, pero preciso es confesar que tambien los separatistas se batieron con un arrojo y valor á toda prueba. En aquel sangriento combate se hicieron notar dos regimientos de negros, que compitieron en bravura con las tropas mas veteranas, lanzándose tres veces consecutivas al ataque de las baterías, aunque sufrieron considerables pérdidas.

En esta sangrienta refriega, que terminó al ponerse el sol, tuvieron los federales doscientos noventa y tres muertos, incluso los coroneles Clarke y Cowles, y mil quinientos cuarenta y nueve heridos, entre los cuales se contaban los generales Tomás Sherman y Neal Dow; los separatistas solo perdieron unos trescientos hombres (*).

Al dia siguiente se convino una tregua para enterrar á los muertos, y entonces los unionistas se entregaron con ardor á los trabajos del sitio, lo cual no dejaba de ser una árdua tarea bajo el sol abrasador del mes de junio. Los soldados, no obstante, no se desanimaban por esto, y bien pronto la piqueta y el azadon abrieron profundas trincheras que llegaban hasta las mismas obras de defensa del enemigo, mientras las baterías federales y la flota protegian con su fuego á los trabajadores.

La situacion del general Banks, sin embargo, no era nada envidiable, pues no solo era muy reducido su ejército, que solo constaba entonces de doce mil hombres, sino que se hallaba aislado en una region enteramente hostil, y sobre todo esto, llegaba el término de servicio de muchos de sus soldados que ansiaban volver á sus casas. Además de este contratiempo, tenia que combatir de frente á seis mil hombres y á otros dos mil quinientos de caballería que amenazaban la retaguardia, sin contar que la concentracion de tropas para aquel sitio dejaba casi toda la Louisiana á disposicion de Dick Taylor, el cual podia volver de un momento á otro con nuevos refuerzos y reunir un número de tropas acaso suficiente para tomar la misma ciudad de Orleans. El general Johnston podia salir tambien de Jackson con sus batallones cuando menos se pensara; Alabama y Georgia contaban seguramente con suficientes fuerzas para hacer levantar el sitio, atacando con ventaja á los federales, y añádase á esto que al general Lee no le seria difícil destacar un numeroso refuerzo de tropas veteranas para auxiliar á Gardner. Las líneas defensivas de los confederados me-

el regimiento de Arkansas habia perdido ciento treinta y dos hombres, de los doscientos noventa y dos que le componian.

(*) El general Banks manifestaba en su parte que solo

dian cuando menos cuatro millas de longitud, y como es natural, las de los federales eran mucho mas estensas, de modo que si se concentraba la guarnicion en un punto dado, estando muy diseminados los unionistas, seria en extremo dificil rechazar con ventaja un ataque. Vemos, pues, que las probabilidades no estaban seguramente en favor de los sitiadores.

Despues de quince dias de tiroteo y de penosos trabajos, los federales intentaron de nuevo atacar la plaza en 10 de junio. arrostrando el nutrido fuego de las baterías, á fin de aproximarse mas á las obras defensivas y tomar una posicion para no estar tan espuestos á las balas enemigas: los federales avanzaron á las tres de la madrugada, en buen órden y con el mayor silencio, pero los confederados, que estaban alerta, observaron el movimiento y pudieron rechazar á los sitiadores causándoles considerables pérdidas. Cuatro dias despues, es decir, el 14 de junio, se dió un segundo ataque: el general Dwight avanzó por la izquierda para asaltar las obras defensivas, mientras que los generales Grover y Weitzel lo hacian por la derecha, pero ninguno de estos ataques dió un resultado del todo satisfactorio; lo único que se adelantó fué acercarse algunas varas mas á la plaza, de modo que las tropas unionistas pudieron ocupar mejor posicion y atrincherarse convenientemente para levantar nuevas baterías. En la izquierda, los federales se apoderaron de una eminencia conocida con el nombre de la Ciudadela, que era un punto muy importante por estar situado tan solo á unas diez varas de las líneas enemigas, y el general Banks aseguró que estaba muy satisfecho de haber obtenido aquella ventaja, pero como esto no se alcanzó sin sufrir numerosas pérdidas, el jefe unionista no creyó oportuno adquirir

nuevas posiciones á tanta costa, limitándose por lo tanto á los trabajos de trinchera y á levantar baterías. Por lo que hace á la guarnicion, estaba ya fatigada y hambrienta, pues una granada habia incendiado el molino y reducido á cenizas unos dos mil sacos de trigo; muchos de los cañones de la plaza estaban desmontados, de tal modo, que los sitiados no contaban sino con quince útiles; las municiones iban agotándose rápidamente, pues apenas le quedaban veinte cartuchos á cada hombre, y en cuanto á los víveres, despues de haber echado mano de las mulas, los soldados tuvieron que comer ratas, que cogian y guisaban como les parecia.

Á pesar de estas privaciones los sitiados seguian sosteniéndose, y no pasaba dia sin que los federales sufriesen nuevas pérdidas, mas en cambio iban adelantando terreno, y ya se habia abierto una mina donde se pensaba colocar treinta barriles de pólvora á fin de destruir la Ciudadela. Aun cuando la guarnicion hubiese tenido abundantes víveres y todo lo necesario, no le habria sido posible sostenerse una semana mas, á no darse el caso de algunas brillantes salidas que obligaran á los federales á levantar el sitio, pero no debe olvidarse que los sitiados estaban rendidos de fatiga, hambrientos y faltos de sueño, y que en los hospitales apenas cabian ya los enfermos.

Llegado el dia 6 de julio, sin embargo, las baterías y los buques federales atronaron el espacio con sus descargas y todos los soldados lanzaron de pronto un grito de triunfo, pues acababa de recibirse la noticia de la rendicion de Vicksburg, y si esto era cierto, no quedaba la menor duda de que no seria posible se resistiese por mas tiempo Puerto Hudson. Aquella misma noche reunió el general Gardner en consejo de guerra á sus oficiales, y se acordó entregar

la plaza, mas no sin escribir antes á Banks preguntándole si la noticia era cierta. El jefe unionista contestó incluyendo la carta de Grant en la que se anunciaba la rendicion de Vicksburg; entonces Gardner manifestó sus deseos de capitular, y arregladas las condiciones, se declaró á la guarnicion prisionera de guerra: á la mañana siguiente, 9 de julio, los federales tomaron posesion de la plaza, siendo de advertir que vencedores y vencidos fraternizaron como buenos amigos que hubiesen estado separados por algun tiempo, mas bien que como enemigos empeñados poco antes en una lucha mortal.

El general Banks no manifestó cuáles habian sido sus pérdidas en aquel sitio, pero en los cuarenta y cinco dias que duró este, no bajaron seguramente de tres mil hombres, incluso varios oficiales de distincion, entre los que se contaba el general Paine, herido en el asalto del dia 14. Banks dice que los separatistas no reconocieron sino una pérdida de seiscientos diez hombres, pero, á no dudarlo, debió ser de unos ochocientos si se atiende á que en los hospitales se encontraron lo menos quinientos heridos durante el sitio. Banks asegura además que solo en Puerto Hudson hizo seis mil cuatrocientos ocho prisioneros (inclusos los enfermos y heridos), de los cuales cuatrocientos cincuenta y cinco eran oficiales, resultando que al fin de la campaña habia cogido diez mil quinientos ochenta y cuatro prisioneros, setenta y tres cañones, seis mil armas de todas clases, tres cañoneras, ocho vapores y una considerable cantidad de algodon.

La repentina marcha de Banks y el haber tenido éste que concentrar todas sus fuerzas, parte de las cuales se hallaban en Alejandría, para el sitio de Puerto Hudson, ofrecieron á Dick Taylor una oportunidad que tuvo muy buen cuidado de aprovechar. El general

separatista reunió en la Louisiana superior algunos miles de hombres, incluso varios regimientos de caballería de Texas, y á principios de junio volvió á ocupar á Alejandría y Opelousas, remontando despues rápidamente el Atchafalaya, como si se dirigiera á Nueva-Orleans. El objeto del general Taylor, sin embargo, era apoderarse de Brashear-City, de cuya defensa se acababa de encargar el coronel Stickney, pero antes interceptó las comunicaciones por Lafourche y se posesionó sin resistencia alguna de Terre Bonne y Bayou Bœuf, capturando á los pocos hombres que guardaban estos puestos militares, mientras que otras fuerzas al mando de los generales Mouton y Green se presentaban repentinamente entre las ruinas de Berwick, amenazando atacar á Brashear. La guarnicion de este punto, desorganizada y sin disciplina, no era de esperar que opusiese gran resistencia, y en efecto, apenas se hubo trabado el combate, conocióse ya de qué lado se decidiria la victoria: el mayor Hunter, á la cabeza de un batallon de Texas, apoyado por el coronel Majors, que venia de Lafourche, se apoderó al momento del fuerte Buchanan, cuyos diez cañones no bastaron para contener al enemigo, y en la mañana del 23 de julio, los generales Taylor, Mouton y Greene se hallaban ya en Brashear-City, donde hicieron mil prisioneros, apoderándose de un fuerte con diez cañones, muchas armas pequeñas y tiendas de campaña y una considerable cantidad de víveres y municiones, cuyo valor apreció el enemigo en seis millones de duros, si bien no les costaria á los federales mas que la tercera parte. Miles de negros, que habian sido puestos en libertad por el general Banks al entrar triunfante en Alejandría, quedaron reducidos por este y otros reveses á una esclavitud mucho mas dura que la que sufrían antes.

1863.

El camino de Nueva-Orleans quedaba espedito, pues los federales acababan de evacuar á Lafourche despues de haber defendido la plaza hasta donde les fué posible, pero Taylor no contaba con suficientes fuerzas para acometer ninguna empresa de importancia, y necesitaba al menos ocho mil hombres, es decir, el doble de los que entonces tenia á su disposicion, para atacar á Nueva-Oleans (*). Así pues, el general Taylor dispuso que su vanguardia, al mando de Green, marchara hácia Donaldsonville, y entre tanto una escasa fuerza de Texas se dirigió hácia Plaquemine, donde los separatistas quemaron dos vapores anclados allí, haciendo sesenta y ocho prisioneros que estaban convalecientes en el hospital. Green trató de tomar á Donaldsonville por asalto, pero Farragut, á quien se habia dado oportunamente noticia de los movimientos del enemigo, pudo enviar un refuerzo á tiempo para rechazar á los separatistas, que hubieron de emprender la retirada perdiendo unos doscientos hombres entre muertos y heridos, y otros ciento veinticuatro que como prisioneros quedaron en poder de los defensores de Donaldsonville. El escritor Pollard habla de otro combate ocurrido el 12 de julio á seis mil 1863. llas de Donaldsonville en el que, mil doscientos soldados de Texas al mando de Green, vencieron á cuatro mil federales, causándoles quinientos muertos ó heridos y cogiendo muchas armas pequeñas y una bandera del regimiento de Nueva-York, pero Banks guarda silencio sobre este punto, si bien parece ser verdad que tuvo lugar un encuentro entre separatistas y federales hallándose estos últimos á las órdenes del ge-

(*) Banks dice que Nueva-Orleans no contenia entonces sino cuatro mil hombres para atender á su defensa, pero debe advertirse que la flota y el rio eran sus principales defensas.

neral Dudley, que sufrió pérdidas considerables, es decir, unos cuatrocientos cincuenta hombres entre muertos y heridos. Es de extrañar tambien que el Gobierno de la Union no haya hecho tampoco nunca mencion sobre este particular.

Como el general Banks podia disponer de todas sus tropas desde la toma de Puerto Hudson, Taylor y sus oficiales no tardaron en abandonar el pais que se estiende al Este del Atchafalaya, evacuando Brashear-City un mes despues de haber tomado esta plaza, no sin haberse apoderado antes de cuanto habia en ella de algun valor. Poco despues el general Banks propuso, en union con Grant, un ataque combinado sobre Mobila, mas como el Gobierno de Washington no aprobara la idea y manifestase que seria mas oportuno un movimiento por Rio Colorado contra Natchitoches ó Shreveport, organizóse inmediatamente en Nueva-Orleans una espedicion de cuatro mil hombres que debia marchar hácia Houston por Sabine, atendido que en aquella estacion estaban impracticables los caminos por Rio Colorado. El mando en jefe de la espedicion se confió al general Franklin, y la escuadrilla, compuesta de las cañoneras *Clifton*, *Sachem*, *Arizona* y *Granite City*, se puso á las órdenes del teniente Crocker; Banks dió á Franklin sus instrucciones por escrito, previniéndole que desembarcase sus tropas á diez ó doce millas de Sabine Pass y que se dirigiera rápidamente sobre las fortificaciones de los separatistas á fin de tomarlas por asalto, á menos que, practicados los oportunos reconocimientos, se viese que la plaza estaba desocupada ó que por su escasa guarnicion bastaria para apoderarse de ella un sencillo bombardeo.

Bien dirigido este movimiento no podia menos de dar un buen resultado, pues las

tropas eran numerosas y aguerridas, el tiempo magnífico, el mar estaba tranquilo y el enemigo no esperaba seguramente el ataque, pero Franklin y Crocker resolvieron tomar las fortificaciones por medio de un ataque naval sin desembarcar las fuerzas de tierra, y después de haber estado por espacio de veinticuatro horas á la vista del enemigo, dándole con esto tiempo para que se preparase á la resistencia, dirigieron resueltamente contra los separatistas para empeñar el combate. El resultado fué el mismo que era de esperar: las cañoneras eran viejos vapores mercantes, y sus cañones de escaso calibre no hicieron daño alguno en la fortificación, mientras el continuado fuego de las baterías causó grandes destrozos en la flotilla; Crocker, que se hallaba á bordo de la *Clifton*, y el teniente Johnson, que montaba la *Sachem*, se vieron bien pronto obligados á rendirse, pues no les era posible maniobrar á causa de sus averías; la *Arizona* recibió un balazo que destruyó su máquina, y fué preciso que las demás cañoneras se alejaran del lugar del combate para no estar al alcance del fuego del enemigo. Crocker y Johnson dieron sin embargo pruebas de valor, haciendo todos los esfuerzos posibles para evitar una completa derrota, pero todo fué inútil, pues con semejantes buques habria sido imposible apagar el fuego de las baterías confederadas. Las pérdidas de los unionistas en este desgraciado combate figuraban por cincuenta hombres entre muertos y heridos, y unos doscientos prisioneros, sin contar dos buques con quince cañones rayados de grueso calibre. Los separatistas no tuvieron ni un solo muerto ó herido, y en aquella ocasión dióse por primera vez el caso de que un general unionista quedase derrotado con su flota ante las baterías de una fortaleza.

Franklin contaba aun con cuatro mil hombres, sus transportes y dos cañoneras, y aun cuando sabia que los separatistas no podrian recibir pronto refuerzos, porque Dick Taylor se hallaba bastante lejos, y que en Houston, distante solo cuarenta millas, se hallaba el general Washburne, que hubiera podido prestar su cooperacion, no quiso atacar de nuevo la posición del enemigo, defendida solo por doscientos cincuenta hombres, y se retiró tranquilamente á Nueva-Orleans, dejando á los separatistas que se regocijasen por la victoria que acababan de obtener contra un enemigo veinte veces mas numeroso.

Á los pocos dias, el general Banks concentró todas sus fuerzas en el Atchafalaya con la intencion de avanzar directamente sobre Shreveport, pero vió luego que esto no podia hacerse, pues todo el pais, tanto al Oeste como al Noroeste de Brashear, se hallaba completamente devastado y no era posible encontrar alimentos ni forraje, prescindiendo de que los caminos eran pocos y malos, haciéndose preciso con frecuencia atravesar espesos bosques que ofrecian grandes dificultades para el transporte de bagajes, víveres y municiones. Sin embargo, era preciso emprender algun movimiento contra Texas para satisfacer los deseos del Gobierno, y no quedando mas medio que una expedicion marítima, procedióse desde luego á organizarla. Interinamente, el general Herron habia marchado con numerosas fuerzas á Morganzia, frente á Puerto Hudson, donde los separatistas tenian la costumbre de reunirse en un estrecho paso á fin de hostigar á los buques que remontaban el Mississippi, y aunque por aquella vez no encontraron los federales quien les opusiera resistencia alguna, establecieron un puesto militar con ochocientos

hombres al mando del mayor Montgomery y dos piezas de artillería. Sabíase que el general Green, con numerosas fuerzas confederadas, se hallaba al otro lado del Atchafalaya, mas á pesar de esto no se tuvo la precaucion de ejercer la debida vigilancia, resultando de aquí que á las tres semanas cruzó Green el rio sin ser visto, merced á la oscuridad de la noche, cercó el puesto militar de los unionistas, y despues de un breve combate, hizo prisioneros á cuatrocientos hombres, incluso sus jefes, los coroneles Leake y Rose. La caballería pudo escapar sin mas pérdida que cinco hombres, pero entre las demás tropas hubo catorce muertos y cuarenta heridos. El general Dana acababa de reemplazar á Herron en el mando de Morganzia.

Con objeto de ocultar su movimiento por mar sobre Texas, el general Banks destacó á Washburne, con numerosas fuerzas, previéndole se aproximara á Opelousas, á cuyo punto llegaron los federales, sin tener ningun encuentro, pero cuando Washburne, en cumplimiento de órdenes que acababa de recibir, comenzó á retirarse, los separatistas, á las órdenes de los generales Taylor y Green, se lanzaron en su persecucion con toda la rapidez posible y cayendo sobre el ala derecha, mandada por el general Burbridge, se empeñó un obstinado combate en que los unionistas fueron derrotados completamente. Baste decir que del batallon de Wisconsin, que contaba doscientas veintiseis plazas, solo quedaron noventa y ocho hombres, y de una brigada de mil, solo contestaron luego á la lista trescientos sesenta y uno. Los separatistas, que habian atacado con indecible ímpetu, pusieron en dispersion á sus enemigos, cogiéndoles un cañon, que no pudo recobrase, y otros efectos de campaña, pero á esta fácil victoria no contribuyó poco el

haber rendido las armas todo el regimiento de Indiana sin oponer apenas resistencia. Washburne anunció en su parte oficial que sus pérdidas figuraban por veintiseis muertos, ciento veinticuatro heridos y quinientos sesenta y seis prisioneros ó estraviados, total setecientos diez y seis. Los confederados tuvieron sesenta muertos, sesenta y cinco heridos y trescientos prisioneros.

La expedicion organizada por el general Banks, compuesta de seis mil hombres y dirigida por él mismo, aunque á las inmediatas órdenes del general Dana, se puso en marcha el 26 de octubre con direccion á Rio Grande, y en 2 de noviembre desembarcó en Brazos de Santiago, rechazando á su paso á la escasa fuerza de caballería **1863.** reunida allí, y persiguiéndola hasta Brownsville, en cuyo punto penetró la vanguardia unionista el 16, del mismo modo que lo hizo en Punta Isabel dos dias despues. Las fortificaciones enemigas de Aransas Pass (Paso de Aransas) fueron tomadas por asalto, y trasladándose luego á un punto llamado Paso del Caballo, que domina la parte occidental de la bahía de Matagorda, los federales embistieron el fuerte Esperanza, que abandonaron los separatistas, huyendo al interior del pais. Banks tuvo al principio intencion de seguir adelante, pues deseaba quedar dueño de la costa que se estiende desde Rio Grande á Brazos, mas teniendo presente que el enemigo podria presentarse con fuerzas superiores reunidas en Texas, y no creyéndose con suficientes tropas para aceptar la batalla, parecióle lo mas prudente volver á Nueva-Orleans.

El general Dana, á quien Banks habia dejado en Brownsville, organizó luego dos expediciones, una que marchó hácia Roma y otra en direccion á Corpus Christi, sin que ninguna de ellas encontrara enemigos para

combatir, pues los separatistas se habian dirigido á Eagle Pass (Paso del Aguila), punto situado á trescientas millas de distancia, y adonde Dana no creyó prudente seguirlos. El general unionista estuvo aun algun tiempo ocupando el territorio Oeste del Colorado, del que eran virtualmente dueños los federales, y ya proyectaba emprender un movimiento para asegurar la posesion del terreno conquistado, cuando recibió una orden de Washington por la cual se le relevaba del mando.

— c. 12. 27. 18. —



CAPÍTULO XIII.

1862—1863.

EL EJÉRCITO DEL POTOMAC BAJO LAS ÓRDENES DE LOS GENERALES BURNSIDE Y HOOKER.

El general Burnside se encarga del mando del ejército del Potomac.—Los federales cambian el centro de operaciones.—Burnside cruza el Rappahannock y ataca al ejército de Lee.—Derrota de los unionistas.—Vuelven á cruzar el río.—Heróico ataque en las alturas de Marye.—Especiones de los separatistas en Virginia.—El general Burnside es reemplazado por Hooker.—Especion de Stoneman.—Hooker cruza el Rappahannock y avanza sobre Chancellorsville.—La gran batalla de Fredericksburg.—Los separatistas alcanzan la victoria.—Pérdidas de los federales.—Pleasanton contiene al enemigo.—Jackson derrota al general Howard.—Muerte del general Stonewall Jackson.—Combate desesperado en Chancellorsville.—Hooker es derrotado.—Los federales se repliegan.—El general Sedgwick asalta las alturas de Marye y ataca la retaguardia de los separatistas.—La orden del día del general Lee.—Segunda especion de Stoneman.—El general Longstreet acomete á Peck en Suffolk y es rechazado con pérdidas.

El general Burnside, que se veía de pronto llamado á encargarse del mando del ejército del Potomac, en reemplazo de McClellan, no estaba muy satisfecho de este cambio, pues no se le ocultaba que su predecesor era muy querido de toda la oficialidad entre la que tuvo siempre gran influencia, así como también entre el ejército; pero la orden del Gobierno era terminante, y no habiendo mas remedio que cumplimentarla ó desobedecer, el general hubo de resignarse. Por lo demás, Burnside, aunque tenia tres ó cuatro años mas que su antecesor, era mas jóven que la mayor parte de los primeros generales, y también procedia del ejército regular, donde habia servido con un grado subalterno. Burnside era de aspecto algun tanto grave y altamente militar; distinguíase por su rostro agradable y su mirada espresiva; no carecia de conocimientos, de inteligencia ni de bravura, pero su principal mérito á los ojos del

Gobierno era el no haber tenido parte en los reveses que sufriera el primer ejército del Potomac. Burnside, segun ya sabemos, no pertenecia á él, pero esto en cambio era una razon para que no inspirase grandes simpatías á las tropas. De todos modos, tomó posesion de su nuevo cargo el 8 de noviembre, é inmediatamente hizo sus preparativos para cruzar el Rappahannock, en direccion á Fredericksburg, donde pensaba establecer el principal centro de operaciones entre Washington y Richmond. Á fin de ocultar al enemigo su proyecto, Burnside simuló una marcha hácia Gordonsville, pero el general Lee comprendió bien pronto su intencion y comenzó también á moverse en sentido paralelo; para mayor seguridad, el jefe separatista dispuso que Stuart marchara á Warrenton-Springs con objeto de adquirir nuevos informes, y una vez confirmadas sus sospechas, el cuer-

1862.

po de ejército del general Longstreet se encaminó rápidamente hacia el Este. Entre tanto el general Sumner llegaba á Falmouth, desde donde trató de pasar á Fredericksburg, mas no pudo conseguirlo, no solo porque le rechazó el enemigo, sino porque estaban destruidos todos los puentes; una mala inteligencia en el cumplimiento de cierta orden espedida por los generales Halleck y Burnside habia sido causa de que las demás tropas federales no se pusieran en camino antes y no se reuniesen por lo tanto en Falmouth hasta que la mayor parte del ejército de Lee se hubo concentrado en las alturas que dominan el rio con el objeto de disputar el paso á los federales.

Reunido al fin el ejército unionista en las inmediaciones de Fredericksburg, el general Sumner intimó la rendicion de la plaza, pero las autoridades declararon que estaban dispuestas á resistirse; casi todos los habitantes, sin embargo, se alejaron en distintas direcciones, y poco despues el general Barksdale con su brigada del Mississippi se parapetó en las casas mientras los ingenieros de Lee completaban la fortificacion de las alturas situadas detrás de la ciudad. El general Wade Hampton cruzó luego el rio seguido de algunas fuerzas separatistas, y llegando hasta Dumfries y Occoquan, capturó doscientos caballos y algunos wagones, retirándose despues por Puerto Real. Las cañoneras federales hicieron una excursion hasta este último punto el dia 5 de diciembre, 1862. pero el fuego de las baterías del general H. Hill obligó al jefe de la escuadrilla á retirarse sin intentar cosa alguna.

El general en jefe del ejército separatista ocupaba una fuerte posicion en las alturas que se elevan detrás de Fredericksburg, en las cuales se habian levantado varias baterías y construido numerosos atrinche-

ramientos para la infantería; el centro se hallaba protegido por el Rappahannock y además por la ciudad de Fredericksburg, muchas de cuyas casas podian servir de reductos avanzados, y por último, hacia la derecha estendiase la via férrea, que tambien podia utilizarse situando en ella convenientemente las tropas necesarias. Las líneas de defensa estaban á una milla ó poco mas de la ciudad, y á lo largo de las alturas deslizábase un riachuelo llamado el Massaponax, que va á desaguar en el Rappahannock, á unas cinco millas de Fredericksburg. Tal era la posicion donde Lee habia reunido su ejército formado en dos cuerpos, uno al mando de Jackson para operar en la derecha, y otro á las órdenes de Longstreet, á quien se habia confiado el ala izquierda. Á fin de poner en comunicacion estos dos cuerpos, habíase construido un camino transversal, y á poca distancia de este, varios atrincheramientos convenientemente dispuestos; un gran muro de piedra, resto sin duda de algun antiguo edificio, constituia un parapeto que pudo utilizarse perfectamente. La defensa, pues, presentaba por todas partes dos líneas, y en algunos puntos tres ó cuatro; las alturas de Marye, que se encuentran á una milla poco mas ó menos de la ciudad, y otras dos que se elevan mas hacia el Sur, veíanse coronadas de imponentes baterías, dispuestas de tal modo, que por medio de un fuego convergente muy cerrado, era fácil batir á Fredericksburg y sus cercanías, así como tambien toda la llanura que se estendia entre la ciudad y la posicion de los confederados.

El cuartel general de Lee se hallaba, al comenzarse la accion de que vamos á dar cuenta, un poco hacia la derecha, es decir, en las alturas de Garnett, cerca del Massaponax, mientras el de Jackson estaba junto á la via férrea, y el de Longstreet cerca de las altu-

ras del telégrafo, al Sur de Fredericksburg. Este último jefe tenía sus tropas escalonadas hasta el río, por las colinas de Stansbury, y la caballería de Stuart formaba en orden de batalla detrás de su artillería. El ejército de Lee constaba de unos ochenta mil hombres, y tenía además magníficos cañones de grueso calibre y una caballería excelente, sin contar sus imponentes baterías y su posición casi inespugnable. En resumen, el general separatista, como hábil ingeniero, había sabido improvisar en Fredericksburg líneas verdaderamente formidables, de las que debería ser muy difícil apoderarse.

Por su parte, el general Burnside no había perdido tampoco el tiempo, y reunido ya todo su material de campaña, incluso el tren de batir, hizo levantar baterías en todas las alturas de la orilla izquierda, sobre todo en las de Stafford y de Forrest, y ya el 10 de diciembre disponía de unas ciento cincuenta piezas para romper el fuego cuando lo creyese oportuno. Su objeto era forzar el paso por las inmediaciones de Fredericksburg y atacar después de frente y de flanco las posiciones del enemigo, para cuya peligrosa empresa contaba con la superioridad de su artillería rayada y con el entusiasmo de sus ciento cuarenta mil hombres, dispuestos á lanzarse á la pelea en favor de la causa cuya defensa habían abrazado. El ataque de la derecha fué confiado al general Sumner, cuyas tropas juntamente con las del general Hooker, que mandaba el centro, componían un total de sesenta mil hombres, cuando menos, mientras que Franklin, encargado del ala izquierda, tenía á su disposición unos cuarenta mil.

En la noche del 10 al 11 de diciembre se comenzó la construcción de seis puentes, á fin de que las tropas pudiesen atravesar el río con toda facilidad; los tres primeros pudieron

echarse sin oposición del enemigo, gracias á un ataque simulado, mas no sucedió lo mismo con los otros, pues un gran número de diestros tiradores emboscados en las primeras casas de Fredericksburg, obligaron á los pontoneros á dejar su trabajo, y entonces fué preciso dirigir contra la ciudad el fuego de las baterías de la orilla izquierda, siguiéndose un gran bombardeo al que no contestaron los separatistas sino débilmente. Sin embargo, los tiradores que se habían hecho fuertes en Fredericksburg, lejos de intimidarse ante las balas enemigas, continuaron haciendo un fuego mortífero, y á no dudarlo iban á impedir la construcción de los demás puentes, cuando se presentó el general Burnside preguntando si habría voluntarios para franquear el río y despejar la orilla derecha. Todo el regimiento de Michigan y dos de Massachusetts se ofrecieron al momento; dirigiéronse con el mayor arrojo hácia los tiradores enemigos, dispersáronlos por completo, y los pontoneros pudieron comenzar de nuevo su trabajo, que se terminó á eso de las once de la noche. Esto costó trescientos hombres á los federales, que en cambio hicieron treinta y cinco prisioneros al enemigo (*).

Poco después comenzó á pasar una parte de las tropas federales, á cuya cabeza iba el general Franklin; las avanzadas se reunieron luego y rechazaron los primeros piquetes del enemigo que encontraron al paso, pero las baterías del enemigo no hicieron por esto un fuego muy nutrido: hubiérase dicho que el general Lee temía abusar demasiado pronto de su fuerza y de su posición, y que no quería desanimar á los federales, á fin de

(*) Entre los voluntarios que se ofrecieron para cruzar el río, hallábase el reverendo Arturo B. Fuller, capellán del regimiento de Massachusetts, el cual cayó muerto de un balazo al atacar la orilla opuesta.

atraerles mejor á lo que para él era un lazo hábilmente tendido.

Aunque el tiempo era algo frio y la tierra se hallaba cubierta de escarcha, amaneció el dia 12 templado, y en el valle de Rappahannock fué estendiéndose poco á poco una densa niebla, que impidió por algun tiempo se formaran las columnas de asalto, pero á eso de las once de la mañana un sol brillante despejó la atmósfera, y entonces el general Sumner lanzó al ataque de las alturas de Marye á toda la division Cook, en tanto que la division Hancock desembocaba atrevidamente por la parte de la ciudad, bajo la proteccion de las baterías de la orilla izquierda del rio, proteccion que por cierto no fué muy eficaz.

Era de ver la bravura, la admirable serenidad con que los batallones federales avanzaban al ataque de las alturas de Marye en aquel dia de fatal recuerdo! Recibidos por una lluvia de balas y proyectiles de todas clases, hicieron alto un momento, se desplegaron en ala, avanzaron de nuevo, volvieron á detenerse un instante y se replegaron al fin dejando á su paso montones de cadáveres; aquello era una carnicería espantosa, y á buen seguro que no se habrá visto á ningun hombre arrostrar la muerte con tanta intrepidez como aquellos bravos, pero todo era completamente inútil. La brigada irlandesa de Meagher, sobre todo, avanzó resueltamente contra el muro de piedra que servia de parapeto á los separatistas, é hizo esfuerzos sobrehumanos para desalojar al enemigo, pero á las primeras descargas perdió la mayor parte de su gente, y hubo de retirarse para dejar su puesto á otras divisiones (*). Las brigadas de

Hancock y de French avanzaron sucesivamente contra aquellas fatales alturas erizadas de baterías, mas por desgracia esto solo sirvió para aumentar el número de las víctimas, pues la brigada Barksdale, perfectamente parapetada, hacia impunemente fuego sobre sus enemigos, sembrando entre ellos la muerte y el esterminio. Despues de cuatro ó cinco ataques consecutivos, el cuerpo de ejército de Franklin, las divisiones de Howard y de Wilcox, y cuantas habian tomado parte en el primer encuentro, se replegaron, y llegada la noche, las diezmadadas tropas de Sumner se retiraron á la ciudad, llena ya de muertos, de heridos y de ruinas.

El general Franklin, quien segun ya hemos dicho mandaba el ala izquierda con numerosas tropas, habia recibido la noche antes un refuerzo de dos divisiones, de modo que contaba ya con cincuenta y cinco mil hombres, es decir, casi la mitad del ejército federal. Parece ser que Burnside deseaba que Franklin atacase con el grueso de las fuer-

gravemente heridos los coroneles Heenan, Mulholland, Bardwell y otros muchos oficiales de distincion.»

El corresponsal del *Times*, que se hallaba en las alturas de Marye observando las peripecias de la batalla, escribió en el cuartel general de Lee curiosos detalles para su periódico, y decia entre otras cosas:

«Á la division irlandesa, mandada por el general Meagher, se confió principalmente la empresa desesperada de atacar las alturas de Marye, despues de haberse formado en órden de batalla bajo el mortífero fuego de las baterías de los separatistas. Ni en Fontenoy ni en Waterloo se batieron nunca con tan indomable intrepidez los hijos de la verde Erin, ni se concibe mayor arrojo que el que mostraron al atacar seis veces consecutivas la casi inespugnable posicion de sus enemigos.

»No creo que á mortal alguno le hubiera sido dable apoderarse de aquella posicion, tal como estaba defendida, y delante de la cual perdieron inútilmente su vida tantos hombres. Los montones de cadáveres que se veian á cuarenta varas de distancia de los cañones, bastaban para probar qué clase de hombres eran los que habian desafiado á la muerte con la indomable bravura de una raza que se ha cubierto de gloria en miles de batallas y que dió una prueba mas de su intrepidez sublime en las alturas de Marye el 13 de diciembre de 1862.»

(*) El general Meagher decia en su parte oficial: «De los mil doscientos hombres que entraron en fuego, solo doscientos ochenta contestaron á la lista al dia siguiente, y en este primer encuentro perdieron además la vida ó quedaron

zas, pero es el caso que este jefe no recibió la orden sino despues del fatal encuentro, y si con ella se queria indicar á Franklin definitivamente que atacara con el grueso de sus fuerzas, debió dictarse la orden con la claridad y precision que exige el servicio militar, tratándose sobre todo de comunicaciones importantes en que es preciso evitar á toda costa la vaguedad y dar los detalles lo mas minuciosamente posible (*). Un Massena ó un Blucher hubiera tenido seguramente bastante con esta orden para atacar de una vez con todas sus fuerzas, dejando que las tropas de Hooker defendieran los puntos y formasen la reserva, mas para un Franklin era preciso explicarse en términos menos equívocos. Basta decir, que aun hoy dia y despues de los muchos comentarios que se han hecho, seria difícil explicar exactamente cuál era el

(*) La orden de Burnside decia así :

«El general Hardie, que permanecerá con vos todo el dia, es el portador de este despacho, por el cual se os previene que tengais preparadas todas vuestras tropas para efectuar un rápido movimiento, bajando por el antiguo camino de Richmond, desde donde destacareis inmediatamente una division cuando menos, que pasando por Smithfield, deberá apoderarse si es posible de las alturas conocidas con el nombre de Capt. Hamilton, situadas cerca de Massaponax. Esta division irá convenientemente apoyada y cuidará de asegurar la retirada. Se ha dado orden tambien al general Sumner para que avance á lo menos con una division por el camino de Planchas hasta el punto donde se intersecta con el camino del telégrafo, siendo el principal objeto apoderarse de las alturas que dominan estas dos vías, pues de este modo se obligará al enemigo á evacuar toda la zona de colinas que se estiende entre estos puntos. Sumner marchará en columnas á una distancia respetable para evitar toda colision que pudiera ocurrir en un movimiento general. Dos divisiones del general Hooker marcharán á vuestra retaguardia para apoyaros, y pronto se enviarán copias de las instrucciones para los generales Sumner y Hooker. Tened todas las tropas dispuestas á fin de que puedan ponerse en marcha tan pronto como se disipe la niebla. El santo y seña que debe darse á todas las compañías si es posible será la palabra *Scott*.

»Tengo el honor de ofrecermos con el mayor respeto nuestro afectísimo servidor,

»Firmado: *Juan G. Parker*, jefe de estado mayor.

»Al mayor general Franklin, comandante en jefe de la gran division del ejército del Potomac.»

proyecto de Burnside; de todos modos, el hecho es que sus generales no lo supieron, resultando de aquí que no se obrara con la precision que era de esperar. Segun el contenido de la orden, las tropas debian ponerse en movimiento tan pronto como se disipase la niebla, y cada uno de los generales debia lanzar sobre dos puntos designados *una division al menos*, bien apoyada para asegurar la retirada, etc.; ahora bien, preciso es convenir que prescripciones de semejante naturaleza hacen vacilar á los que las reciben, sin permitirles que se fijen con seguridad; nada mas natural que se tratase de averiguar cuáles eran las fuerzas del enemigo con dos divisiones de vanguardia, mas para esto hubiera sido necesario dictar al mismo tiempo algunas disposiciones eventuales para el caso de trabarse una accion general. Nada decia de esto la orden dirigida á Franklin, pues en ella, al mismo tiempo que se le prevenia se apoderase inmediatamente, *con una division al menos*, de las alturas de Capt. Hamilton, prescribíasele que preparara todas sus tropas *para un rápido movimiento, bajando por el antiguo camino de Richmond*, y esto equivalia á darle dos órdenes enteramente distintas, poniéndole en el caso de vacilar en la eleccion. Además de esto, no se fijaban las horas de ataque de las columnas, y no habia medio de saber si su accion debia ser sucesiva ó simultánea, pues podian admitirse ambas hipótesis; tampoco era fácil comprender el cómo, operando vigorosamente en la estrema derecha al mismo tiempo que sobre la izquierda del enemigo, se llegaria á cortar su centro, segun lo indicaba el general Burnside. Vemos pues que enojosos contratiempos precedieron á la batalla de Fredericksburg, tan funesta para los federales. Hecha esta digresion, acabaremos de referir cómo terminó tan sangrienta jornada.

La gran division de Franklin, que, segun ya hemos dicho, constaba de cuarenta mil hombres, se componia de dos cuerpos de ejército, uno al mando de Reynolds con diez y seis mil infantes, otro á las órdenes de W. F. Smith, con veintiun mil, y la caballería mandada por Bayard. Á eso de las nueve de la mañana Reynolds avanzó sobre la izquierda en tanto que Meade lo hacia por el centro sufriendo el fuego de las baterías del enemigo, que le obligaron á detenerse, si bien continuó luego adelantando en tanto que una de las divisiones de Hooker llegaba en su apoyo seguida de las tropas de Birney y de Gibbon. Una vez formado en línea de batalla todo el cuerpo de ejército de Reynolds, Meade se aproximó resueltamente á las alturas mas cercanas que se veian al frente, y á los pocos momentos trababa el combate con las tropas del general A. P. Hill, cuyas dos primeras brigadas retrocedieron, dejando en poder del enemigo unos doscientos prisioneros. En aquel breve combate cayó herido de muerte el general unionista Gregg, cuando trataba de formar en línea á los dispersos tiradores de Orr.

Los separatistas, sin embargo, iban reuniendo todas sus fuerzas: bien pronto llegó la division de Early, compuesta de las brigadas de Lawton y Trimble, en apoyo del general Hill, y entonces la division Meade, así como las demás tropas que la apoyaban, no pudiendo resistir á la superioridad del número, comenzaron á retirarse, no sin sufrir considerables pérdidas; al llegar á la via férrea, los federales trataron de hacer frente á sus perseguidores, pero de nuevo se vieron precisados á ceder el terreno ante una impetuosa carga de los confederados, quienes cogieron entonces una infinidad de prisioneros.

El general Meade, que habia mandado á pedir auxilio, fué reforzado á poco por el ge-

neral Gibbon, el cual avanzaba sobre su derecha mientras una de las brigadas de Birney lo hacia por la izquierda, por cuyo medio fué ya posible, no solo contener, sino rechazar al enemigo. Entonces la division Meade, que habia perdido mil setecientos sesenta hombres de los seis mil que tomaron parte en la accion, en la cual murió C. F. Jackson, uno de sus generales, quedando gravemente herido el coronel Sinclair, comenzó á retirarse en buen orden, mientras que algunos soldados sacaban del campo de batalla al general Gibbon, herido igualmente de un casco de metralla.

La division Sickles, que seguia de cerca á la de Birney, entró á su vez en línea, y aun cuando el cuerpo de ejército de Smith, compuesto de veintiun mil hombres, se habia quedado cerca de Fredericksburg, sin tomar parte en la lucha de una manera decisiva, los federales presentaban un centro tan compacto en su nueva posicion, que Stonewall Jackson no creyó prudente tomar la ofensiva hasta llegada la noche, en cuya hora tampoco le pareció conveniente atacar (*). Los federales por su parte no avanzaron desde un principio, porque el ala izquierda del cuerpo de ejército de Reynolds tenia ante sí á la caballería de Stuart y una

(*) El general Jackson decia ingenuamente en su parte oficial:

«Rechazado en su izquierda y derecha, así como tambien en el centro, el enemigo reforzó poco despues sus lineas, pareciendo dispuesto á renovar el ataque. Yo esperé á pié firme, pero como los federales no avanzaban, pensé por un momento tomar la ofensiva, aun cuando la artillería del enemigo estaba situada de tal modo, que era muy peligroso para nuestras tropas avanzar por la llanura. Á fin de asegurar el éxito, evitando un desastre, aplacé el movimiento hasta la noche, á fin de aprovecharme de la oscuridad en el caso de ser necesario emprender la retirada. Contratiempos imprevistos impidieron que todo estuviese dispuesto para la hora prefijada, y como á poco rompiera el fuego la artillería del enemigo, barriendo todo el terreno que ocupábamos, desistí por completo del ataque.»



batería enemiga cuyos fuegos cruzados molestaban mucho á las tropas que llegaban desde el Rappahannock. Un regimiento de Nueva-York recibió al momento órden de apoderarse de la batería á toda costa, pero fueron inútiles todos sus esfuerzos, así como tambien los del general Tyler, que se vió rechazado con numerosas pérdidas. El fuego mortífero de los separatistas contuvo una tercera carga, pero como en aquel momento llegasen numerosas tropas de refresco, el enemigo fué concentrándose gradualmente hácia el Massaponax, donde se mantuvo firme hasta que, llegada la noche, cesó el fuego y el combate.

Las pérdidas de los federales en aquella encarnizada y sangrienta batalla no bajaron de quince mil hombres, por mas que en el parte oficial no aparezcan sino trece mil setecientos setenta y uno en la forma siguiente:

	Muertos.	Heridos.	Estraviados.	TOTAL.
Division Hooker. . .	327,	2,469,	752,	3,548
Cuerpo de ejército de Franklin. . .	338,	2,430,	1,911,	4,679
Division Sumner. . .	480,	4,159,	855,	5,494
Ingenieros. . . .	7,	43,	"	50
Total. . . .	<u>1,152,</u>	<u>9,101,</u>	<u>3,518,</u>	<u>13,771</u>

De todas estas pérdidas ninguna fué seguramente tan sentida como la del mayor general Jorge D. Bayard, jefe de la caballería unionista, que, herido mortalmente de un casco de metralla, murió aquella misma noche á los veintiocho años de edad, y en vísperas de casarse ventajosamente. Su muerte causó un dolor profundo á muchas personas que le profesaban la mas tierna amistad.

El general Lee aseguraba en su parte oficial no haber perdido sino mil ochocientos hombres, pero esto no debe ser exacto, pues solo de los partes de Longstreet y de Jackson resultan cinco mil bajas, que sin

temor de engañarse mucho, pueden calcularse en seis mil, contando quinientos prisioneros no heridos. Lee anunciaba haber cogido por su parte novecientos de estos últimos y nueve mil armas de todas clases (*).

Así terminó lo que el corresponsal del *Times*, que tomaba sus apuntes en el cuartel general de Lee, llamó *un dia memorable para la historia de la decadencia de la república americana*, pero que realmente no fué sino un dia de luto en que se vertió sangre preciosa que debia, no obstante, regenerar una república engrandeciéndola á los ojos del mundo!

Si no mediase su propio testimonio, parecería increíble que al dia siguiente de una sangrienta derrota resolviese el general Burnside atacar de nuevo al enemigo por el mismo punto donde se habian perdido diez mil hombres al tratar de apoderarse de una posicion casi inespugnable (**). Segura-

(*) El general Longstreet manifestaba en el parte que sus pérdidas eran las siguientes:

Muertos.	251
Heridos.	1,516
Estraviados.	127
Total	<u>1,894</u>

El general Jackson daba las siguientes cifras:

Muertos.	344
Heridos.	2,545
Estraviados.	526
Total	<u>3,415</u>

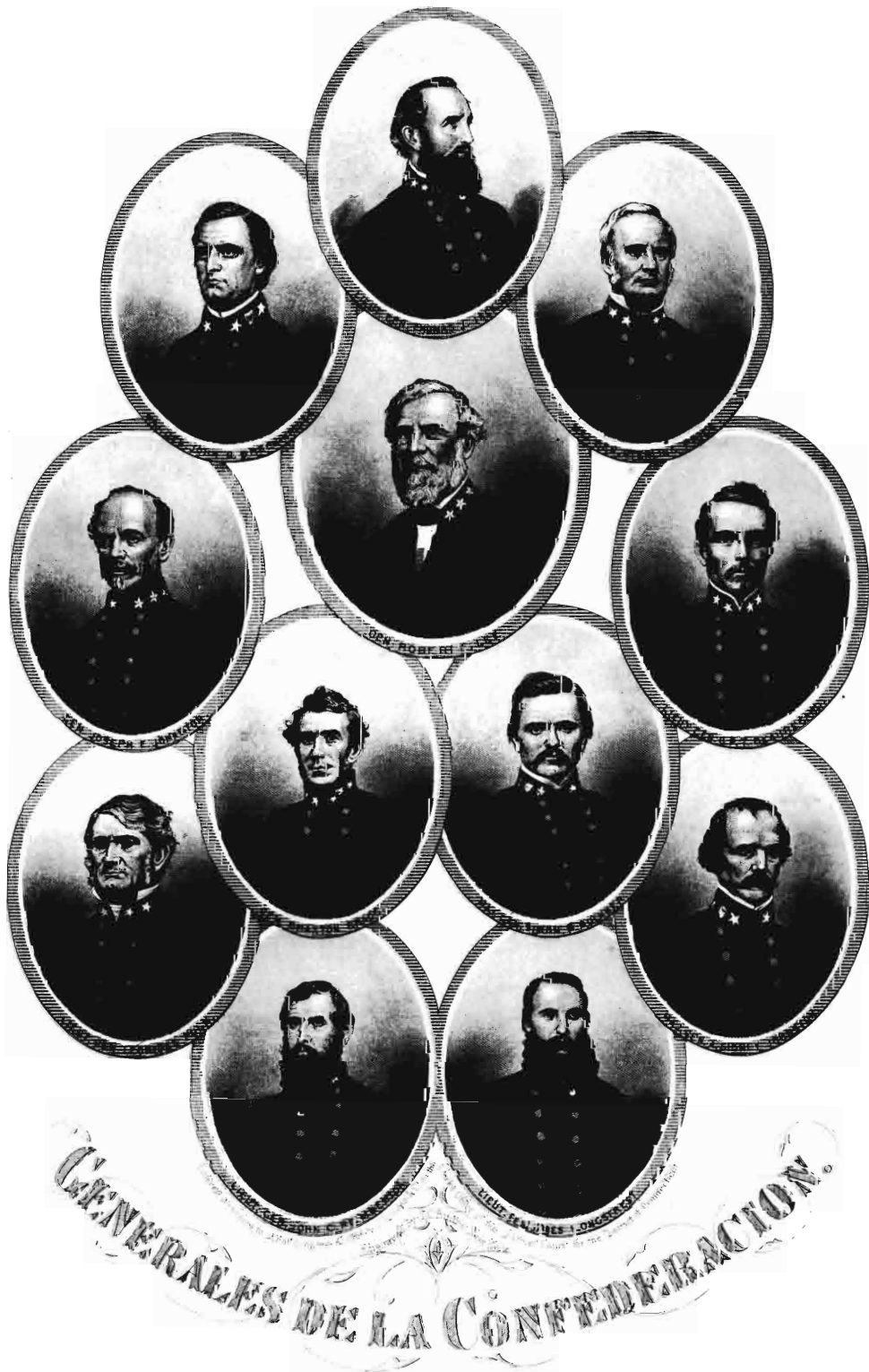
Lo cual da para ambos jefes una pérdida de cinco mil trescientos nueve hombres entre los cuales se contaban varios oficiales de distincion.

(**) En el testimonio presentado por Burnside ante la comision de guerra para dar cuenta de su conducta, decia lo siguiente, entre otras cosas:

«Nuestros dos primeros ataques fueron rechazados, si bien pudimos conservar una parte del terreno donde se trabó el combate.

»Aquella misma noche recorria el campamento, y como estuve con los oficiales y soldados hasta el amanecer, pude observar que por lo general no se deseaba renovar el ataque á la mañana siguiente.

»Entrado ya el dia volvi á mis cuarteles, y despues de



mente se hubiera presenciado una segunda carnicería tan espantosa como la primera, pero gracias á las prudentes y oportunas advertencias del general Sumner, que nunca se quedaba atrás cuando se trataba de atacar al enemigo, y merced igualmente á las protestas de todos los jefes del ejército, no se incurrió en semejante locura, y Burnside cedió, evitándose así un sacrificio inútil que hubiera costado mucha sangre.

En los dias 14 y 15 ambos ejércitos continuaron en sus respectivas posiciones, uno en presencia de otro: Lee se fortificaba cada vez mas, por si acaso le atacaba el enemigo, pero al fin Burnside resolvió cruzar el rio con todas sus tropas, escepto el cuerpo de ejército de Hooker, á fin de seguir ocupando á Fredericksburg. Sin embargo, habiéndole indicado este último jefe que no seria posible conservar la ciudad, Burnside resolvió retirarse con todas sus tropas, cuyo movimiento

conversar largamente con el general Sumner, manifestéle que deseaba que á la mañana siguiente se formase en columnas de ataque el cuerpo de ejército que yo mandaba antes, compuesto de unos diez y ocho regimientos, á fin de asaltar las líneas del enemigo. En mi concepto, estos regimientos, sucediéndose rápidamente unos á otros en el ataque, podrian apoderarse del muro de piedra y de las baterías mas próximas, obligando al enemigo á pasar á su segunda línea de defensa sin darle tiempo para romper el fuego. Dicho esto me separé del general Sumner en esta inteligencia, previniéndole diese la orden, que en efecto fué comunicada, formándose al efecto la columna de ataque.

»A la mañana siguiente, poco antes de que la columna se pusiera en marcha, acercóse á mí Sumner y me dijo: «General, yo espero que desistireis del ataque, pues tengo entendido que no lo aprueba ninguno de los jefes, y por mi parte creo que podrá ocurrir un segundo desastre.» Semejante advertencia hecha por un hombre como Sumner, que siempre deseaba ser el primero en acometer al enemigo, cuando era posible, me hizo vacilar, y dando orden para que no avanzase la columna, mandé llamar á los demás jefes á fin de consultarlos. Todos ellos se declararon unánimemente en contra del ataque, incluso el mismo general Frankin, y en vista de ello, desisté de mi proyecto, comprendiendo que no debía yo cargar solo con toda la responsabilidad, aun cuando creyera que nuestras tropas podrian apoderarse de la posicion del enemigo.»

se llevó á cabo durante la noche del 15 sin sufrir pérdida alguna de consideracion. En la plaza solo quedaron algunos heridos de gravedad y una considerable cantidad de municiones, de cuya custodia se encargaron varios piquetes, pero Franklin no perdió un solo hombre ni abandonó un cañon que pudiera servir de trofeo de aquella sangrienta victoria. Los federales tuvieron tambien la precaucion de recoger sus puentes á fin de evitar que el enemigo pudiera utilizarse de ellos. Al dia siguiente los separatistas volvieron á ocupar á Fredericksburg, dispersando á los piquetes federales, y desde entonces ambos ejércitos quedaron separados por el Rappahannock, que siempre habia sido el límite y la línea divisoria de dos reinos hostiles.

Antes de efectuar este movimiento, los federales esperaban ser acometidos por los separatistas, pero Lee no creyó prudente abandonar su posicion ni atacar las baterías enemigas situadas en la orilla izquierda, esponiéndose á un desastre, como el de que fueron víctimas los unionistas. Seguramente ignoraba el general Lee cuán numerosas eran las pérdidas de sus enemigos, pero aun cuando lo hubiese sabido, era natural que no quisiera arriesgarse á sufrir una derrota despues de obtener tan ruidosa victoria. El general Jackson lo aconsejó así, y este consejo era tan acertado como prudente: hacer avanzar á las tropas, arrostrando el fuego de la artillería enemiga, convenientemente situada en la orilla opuesta del Rappahannock, era imitar la torpeza en que incurrió Burnside, y Lee no podia aventurarse á perder quince mil hombres como lo hicieron los federales (*). Así pues, el jefe

(*) La orden general del dia publicada por Lee con fecha 21 de diciembre, en la cual felicitaba al ejército por su victoria, decia entre otras cosas lo siguiente:

separatista no se opuso á que el enemigo emprendiera la retirada por sus frágiles puentes sin molestarle en lo mas mínimo, y bien hubiera podido decirse que Lee sabia mejor vencer que aprovecharse de la victoria. De todos modos, preciso es reconocer que su reciente triunfo bastaba por el pronto para satisfacer su amor propio, pues además de la gloria de haber desbaratado los grandes proyectos del general unionista, sus pérdidas eran insignificantes comparadas con las que sufriera el enemigo.

La derrota de los federales, precisamente cuando se acababa de confiar el mando del ejército á Burnside, causó en el Norte una profunda sensacion, y como es natural, las Cámaras federales se ocuparon del hecho, disponiéndose acto continuo que se abriera un informe á fin de averiguar de parte de quién estaba la falta. Al principio se designaba á Franklin, á quien se acusó de no haber obedecido las órdenes del general en jefe, dando lugar con esto á que el ejército quedara derrotado en vez de obtener una brillante victoria. Ahora bien, esta acusacion, que comenzó á circular desde el dia siguiente á la batalla y se publicó en los periódicos, carecia de fundamento, como ya comprenderán nuestros lectores, pues sabido es que Franklin no faltó á la obediencia ni dejó de tener energía; la falta, si falta se habia cometido, y en el caso de no achacarla á inci-

«El numeroso ejército enemigo terminó sus preparativos de ataque sin interrupcion alguna, y dió la batalla en la hora que le pareció mas conveniente y en el terreno *elegido por sus jefes*.

»Veinte mil hombres de nuestro valeroso ejército sostuvieron el choque, y las columnas enemigas, destrozadas y desbaratadas, retrocedieron en desórden en medio de una carnicería tan espantosa, que se dieron por muy contentos con evitar la muerte todos aquellos que avanzaron contando como segura la victoria.»

Vemos que esto no es del todo exacto y nos parece que estas erróneas apreciaciones no dicen bien en un gran soldado y jefe de tanta nota como Lee.

dentes imprevistos, debia recaer sobre el mismo general en jefe. No era preciso de ningun modo atacar de frente una posicion tan fuerte como la de los separatistas, pues prescindiendo de que no se aseguraba la retirada á todas las tropas que tomaran parte en la accion, hacíase preciso dejar muchas fuerzas ociosas para guardar los puentes, y tampoco era posible emplear convenientemente la artillería. El general Burnside debió haberse propuesto desalojar á Lee maniobrando sobre sus flancos, y al decir esto, no es nuestro propósito acusar á este jefe, cuyos errores mas bien parecen proceder de una falta de esperiencia para conducir un gran ejército, que de una falta de celo, de energía ó de valor. Burnside habia preparado su ataque bastante de antemano, y una vez comenzada la accion, dió pruebas de actividad, de valor y de sangre fria, pero esto no podia compensar el defecto de sus primeras disposiciones, ó mas bien la ausencia de estas: aun cuando se tenga el mejor telégrafo del mundo, no bastaria para dirigir la accion de catorce divisiones formadas en dos grandes columnas, cuando los jefes no saben exactamente lo que se espera de ellos y lo que deben hacer.

Por lo demás, Burnside no trató de echar la culpa á nadie, y muy lejos de esto, cargó con toda la responsabilidad al redactar su informe para el general Halleck, si bien se asegura que en cartas confidenciales dirigidas al Gobierno, se quejó de algunos de sus oficiales, especialmente del general Hooker, que parecia empeñado en hacerle la contra. Semejante estado de cosas no podia menos de ocasionar una crisis entre los diversos jefes, y en efecto, estaba muy cercano el dia en que Burnside debia dejar el mando del ejército del Potomac. Mientras que las tropas se reorganizaban y su jefe formaba nue-

vos planes de campaña, continuábanse las averiguaciones, tanto oficial como oficiosamente, acerca de la conducta de Burnside, y llegó el caso de que todos los oficiales superiores del ejército, en uso de su derecho, hicieran al Gobierno sus observaciones por escrito, hasta el punto de que, molestado ya el Presidente, mandó llamar á Burnside á Washington á fin de que manifestara cuál era el espíritu que predominaba en el ejército. Á consecuencia de esto, celebraron ambos una larga conferencia, y al dia siguiente volvió el general á reunirse con sus tropas, pero no quiso continuar las operaciones militares sin purgar á su ejército de los elementos de oposicion é indisciplina que paralizaban sus esfuerzos poniéndole en mal lugar con el Gobierno de Washington. Esto sobre todo fué lo que le indujo á redactar su órden general, número 8, por la que relevaba del servicio á ciertos jefes, entre los que se contaban los generales Hooker, Brooks, Newton, Franklin, Smith, Cochrane, y Taylor, pero antes de publicarla, y siguiendo el consejo de un amigo, quiso someterla al Presidente para su aprobacion.

Disgustado por el mal giro que iba tomando este asunto, aunque convencido de la oposicion sistemática que se hacia contra Burnside, incompatible con la unidad y armonía que deben existir en todo ejército, el Presidente Lincoln reflexionó durante algunos dias, pero persuadiéndose al fin de que el general en jefe no conseguiria triunfar de los obstáculos que podrian presentársele, decidióse á sacrificar á Burnside, y en 25 de **1863.** enero le notificó que no se aprobaba su órden, número 8, y que por lo tanto *quedaba aceptada su dimision.* El general Burnside quiso protestar y hacer público que él no dimitia, mas le aconsejaron que no diese ningun paso, y al fin se convino á servir

donde el Gobierno tuviera á bien enviarle. De este modo cesó Burnside en el mando del ejército del Potomac. Tambien Franklin fué relevado de sus funciones, mientras el general Hooker, que no habia tomado parte en la jornada del 13 de diciembre, obtuvo **1862.** el mando en jefe del ejército del Potomac. El general Sumner pidió permiso para retirarse del servicio, y poco despues murió en Syracusa á los setenta y dos años de edad.

El nombramiento del general Hooker, uno de los veteranos del ejército regular y tambien de los voluntarios, fué acogido favorablemente por las tropas y por el pais, y de este modo el Gobierno, que como era natural, atendia sobre todo á sus intereses, llegó á desembarazarse sin gran esfuerzo de cuatro generales de encontradas opiniones y diversa popularidad, es decir, de Mc Clellan, Porter, Burnside y Franklin, quedando en lugar de estos el general Hooker, quien, segun dicen, participaba de las opiniones del Presidente en las cuestiones políticas que comenzaban á dividir al Norte. La reputacion de este jefe era entonces muy grande, acaso un poco exagerada; escelente táctico y buen soldado, nadie dirigia mejor que él un ataque contra el enemigo, pero el mando supremo exige otras cualidades que Hooker no poseia en alto grado. No obstante, esperábase de él prodigios, y sobre todo que continuaria con vigor las operaciones de la campaña, lo cual parecia dispuesto á cumplir el nuevo general en jefe, separado solo entonces de su enemigo por **1863** el Rappahannock, en cuyas orillas establecieron ambos ejércitos sus cuarteles de invierno hasta fin de abril.

Cuando el general Hooker se encargó del mando del ejército del Potomac, vió que estaba completamente desmoralizado y que era

preciso restablecer la disciplina entre las tropas, pues no pasaba dia sin que desertaran cuando menos doscientos hombres, atendido que muchos soldados recibian clandestinamente trajes de paisano de sus parientes y amigos á fin de facilitar su fuga y retirarse de un servicio de que ya se iban cansando. Segun los registros de filiaciones, resultaban ausentes nada menos que dos mil novecientos veintidos oficiales y ochenta y un mil novecientos sesenta y cuatro subalternos entre sargentos y soldados, muchos de los cuales se hallaban seguramente enfermos en su hospital respectivo, si bien era de creer que la mayoría habia desertado (*). El general Hooker consagró los dos primeros meses á restablecer la disciplina, perfeccionar la organizacion y enardecer el espíritu de sus tropas, y en esto procedió con tal tino, que muy pronto tuvo un ejército, que tanto por el número de soldados como por sus buenas disposiciones, era superior á cuantos se habian visto en aquel continente, escepto, no obstante, el que mandaba Mc Clellan durante los tres primeros meses de 1861. Este ejército se componia de unos cien mil infantes, diez mil artilleros y trece mil ginetes, siendo de advertir que hasta entonces no se habia visto un cuerpo de caballería mas lucido en todo el territorio americano, pues como en el Sur empezaban á ser muy escasos los caballos y el forraje, no era fácil organizar un cuerpo de este arma que pudiera competir con el del Norte.

Terminados ya todos los preparativos, Hooker destacó á Stoneman en 13 de **1863.** abril con la mayor parte de su caballería, previniéndole cruzara el rio por mas

(*) Así se consignaba en el informe del general Hooker, pero es de creer que en este enorme total se comprendian todos aquellos que desertaron del ejército desde la organizacion de este, así como tambien los enfermos y heridos que se hallaban en los hospitales.

allá de la via férrea de Orange y Alejandría, á fin de atacar á la caballería separatista al mando de Hugo Lee, que en su concepto constaba de unos dos mil ginetes. Hecho esto se apoderaria de Gordonsville, en cuyo punto, así como en todo el espacio que se estiende entre Fredericksburg y Richmond, debia cortar los telégrafos, interceptar las comunicaciones y destruir los puentes, hostigando lo mas posible al ejército enemigo, que á no dudarlo se retiraba entonces hácia Richmond. El espíritu de las instrucciones comunicadas á Stoneman podia traducirse del modo siguiente:

«Sea siempre vuestra divisa pelear, y no abandoneis un momento la lucha, teniendo presente que el tiempo es precioso para nuestros jefes.

«Á vos corresponde, general, tomar la iniciativa de las operaciones de ese grande ejército, y de vuestro acertado mando y reconocida pericia, dependerá seguramente el éxito de la campaña. No olvidéis que la celeridad, la audacia y la resolucion son el todo en la guerra, especialmente tratándose de empresas como la que teneis ahora el encargo de acometer.»

La caballería unionista se puso inmediatamente en marcha en direccion al Oeste, destacando de vanguardia una division, pero habiendo empezado á llover copiosamente, creció de tal modo el rio, que fué preciso enviar un parte para que volviera; una série de esas tempestades, tan comunes en el mes de abril, puso en tal estado los caminos, á causa sobre todo de la impetuosidad de las corrientes, que se creyó necesario aplazar el movimiento hasta el 28, lo cual fué muy acertado, pues entonces precisamente, el general separatista Longstreet, destacado por Lee con tres divisiones, se dirigia contra el general Peck, situado cerca del rio Jacobo.

El día 28, pues, las columnas franquearon el Rappahannock por el vado de Kelly, á cuatro ó cinco millas mas allá de la confluencia de este rio con el Rapidan; desde este punto el ala derecha se dirigió hácia el Sur marchando siempre en dos columnas, Meade por la izquierda, y Howard y Slocum por la derecha. El primero cruzó el Rapidan por el vado de Ely's, el segundo por el de Germania Mills, y ambos se reunieron luego en Chancellorsville. Entre tanto el cuerpo de ejército de Couch se aproximó, cuidando de ocultar su movimiento lo mas posible, á los vados de la Union y de Banks, dispuesto á cruzar cuando los protegiese la vanguardia, y llegado el momento, sin que ocurriese contratiempo alguno, Couch pasó á la orilla opuesta por un puente de barcas sin perder un solo hombre. El general Hooker inspeccionaba desde Morrisville este movimiento.

Chancellorsville, que ni siquiera puede llamarse pueblo, pues no se encuentra allí mas que una sola casa, que es un magnífico edificio de ladrillo con varias dependencias, se hallaba á unas doce millas al Oeste de Fredericksburg; dos malos caminos conducen á los vados de la Union y de Banks, y en los alrededores se estienden vastísimos bosques muy distintos entre sí, pues mientras los unos son muy espesos, los otros pueden cruzarse fácilmente.

Alrededor de la casa de Chancellorsville hay una llanura cultivada que se estiende hácia el Oeste; en la direccion de los vados se elevan algunas colinas, y entre estas serpentea un riachuelo afluyente del Rappahannock. Tal era el punto que Hooker habia elegido para establecer el centro de una posicion defensiva, así como tambien su cuartel general.

El importante movimiento de los federales se habia llevado á cabo con el mayor acierto,

pues se hizo creer al enemigo que se trataba de cruzar por mas abajo de Fredericksburg: la division Sedgwick se encargó de echar los puentes, protegida por las de Reynolds y Sickles, y terminada la operacion al amanecer del día 29, cruzó primeramente la division Brooks, la cual dispersó los piquetes que luego encontró al paso, despejándose el camino para las demás tropas. Acto continuo se recogieron los puentes, y sin mas novedad que haber cambiado algunos tiros con el enemigo, reuniéronse todas las fuerzas en la orilla opuesta, de modo que Hooker se vió al fin al frente de unos setenta mil hombres concentrados en Chancellorsville y sus alrededores. Solo Sedgwick tenia á sus órdenes veintidos mil infantes, mientras el general Gibbon, que seguia en su campamento de Falmouth, custodiando los depósitos de armas y municiones, contaba lo menos con seis mil, de modo que en aquel punto reunian los federales un ejército de cerca de treinta mil hombres.

No puede negarse que Hooker habia procedido con mucho tino y acierto en esta primera operacion, pues con tal sigilo se practicó el movimiento, que Lee no tuvo tiempo de apercibirse, y el paso del Rappahannock se efectuó sin perder un solo hombre. El general Hooker estaba tan contento como si hubiese alcanzado una gran victoria; tanto es así, que se le oyó decir: «Tengo al ejército de Lee en una mano y al de Richmond en otra,» y para dar á conocer al ejército su satisfaccion, publicó la siguiente orden del día:

«Cuartel general del ejército del Potomac.

» *Campamento cerca de Falmouth,*

» Abril 30 de 1863.

»El general en jefe tiene el gusto de anunciar al ejército que las operaciones de estos

tres últimos dias nos aseguran la victoria, pues el enemigo se verá precisado á retirarse sin aceptar la lucha ó á salir de sus líneas de defensa para presentarnos la batalla en el terreno elegido por nosotros, en cuyo caso es segura su destruccion. El movimiento llevado á cabo equivale casi á una brillante victoria.

» Por orden del general Hooker,
 » El Ayudante general,
S. Guillermo. Asst.»

No se comprende, sin embargo, por qué Hooker, que contaba con un ejército tan numeroso, se detenía en Chancellorsville, donde por orden suya se construían á toda prisa atrincheramientos. ¿Por qué ponerse á la defensiva en vez de marchar contra Lee para acometerle en sus líneas mismas antes de dejarle tiempo de prepararse al ataque y á la defensa? Parece ser que Hooker estaba persuadido de que en aquella posición tenía estrechados á los separatistas de tal modo, que estos se verían obligados á batirse con desventaja ó á emprender la retirada apresuradamente; esto es á lo menos lo que se desprende de su orden del 30 de abril.

Los vados del Rappahannock, que se hallan hácia Fredericksburg, estaban custodiados por el general Anderson con tres brigadas compuestas de ocho mil hombres, pero Hooker había tomado sus medidas tan acertadamente, que no dió tiempo á los separatistas para pedir refuerzos, y de este modo Anderson hubo de retirarse rápidamente por no contar con suficientes fuerzas para oponerse al paso del enemigo.

El general Lee, no obstante, vigilaba atentamente á sus contrarios, y hasta averiguar cuáles serían los designios de Hooker permaneció tranquilamente en sus líneas, limitándose á practicar reconocimientos en los

alrededores. Ya el 29 supo lo que proyectaban los federales, así como también que estos se habían dividido en dos grandes columnas con objeto de cogerle entre dos fuegos de frente, acometiéndole al mismo tiempo por la izquierda, y entonces, con esa prontitud y esa rapidez de comprensión que le distinguió, el general separatista no perdió tiempo en aprovecharse de las ventajas que le ofrecía su posición central. El 29 reforzó su izquierda, al mando del general Anderson, con dos columnas que debían replegarse á la mitad del camino de Chancellorsville, y el 30 marchó sobre este punto con todas sus fuerzas, compuestas de unos cincuenta mil hombres, sin dejar en las alturas de Fredericksburg más que algunos cañones y una escasa fuerza á las órdenes del general Barksdale. Cuando supo Lee que los federales ocupaban una buena posición en Chancellorsville, resolvió no dirigir el ataque principal por su frente, y pareciéndole que para contener al enemigo bastarían dos divisiones, dispuso que el general Jackson, con el grueso de las fuerzas, diese un rodeo para acometerle de improviso por su flanco, rechazándole hasta el río.

Esta maniobra, tan hábilmente combinada como llevada á cabo, obtuvo el mejor éxito: en la noche del 30 comenzó el general Jackson su movimiento con las tres divisiones de A. Hill, Rhodes y Trimble, en tanto que Lee desplegaba en ala delante de Chancellorsville las divisiones de Anderson y Mc Laws. El 2 de mayo por la mañana se hallaba ya Jackson ocupando sus posiciones, donde esperaba solo la orden de atacar al enemigo.

Habiendo practicado los federales un reconocimiento en dirección á Fredericksburg, sin encontrar á enemigo alguno, el general Hooker dispuso que avanzara la tercera di-

vision de Sykes, apoyada por otras fuerzas que, separándose un poco, se dirigieran hácia la parte Oeste de Chancellorsville. Sykes resolvió entonces avanzar dos ó tres millas hácia la ciudad, pero apenas hubo recorrido una, cuando encontró numerosas fuerzas enemigas, y se trabó una obstinada refriega en la que resultaron numerosas pérdidas por ambas partes. Los separatistas estendieron su línea con la intencion de flanquear á los federales, mientras Sykes trataba, aunque en vano, de reunirse con la division Slocum por su derecha, mas no pudiendo conseguirlo, y habiéndose destacado al general Warren para que llevara un parte á Hooker, éste envió á Sykes orden de retirarse, lo cual se hizo sin sufrir grandes pérdidas, á pesar de que el enemigo seguia de cerca á la retaguardia de los federales. Vemos pues que en el primer encuentro no era á Hooker á quien tocaba proclamar la victoria, y á fe que no era este muy buen precedente para conservar su prestigio. Apenas llegada la noche, los bosques que se estendian frente á la posicion de los federales se hallaban literalmente infestados por los tiradores del ejército separatista, y en la cima de las colinas veíanse sus baterías, que

1863. rompieron el fuego sobre Chancellorsville en la mañana del sábado 2 de mayo.

La division Sickles, que acababa de llegar de Fredericksburg, habia pasado á reforzar el centro del ejército federal, pero como á las ocho de la mañana llegase Birney con una division y manifestara que los separatistas adelantaban como para atacar el centro, Hooker dió orden de avanzar á Sickles y su division, apoyada por algunas fuerzas mas, á fin de hacer frente al enemigo en caso necesario. Á las diez de la mañana dispuso Birney que la batería de Clark rom-

piese el fuego sobre los tiradores del enemigo, los cuales se dispersaron bien pronto desordenadamente, y una hora despues Sickles mandó á Birney que atacara á la primera columna de los confederados; dos baterías, convenientemente situadas, y una vigorosa carga, bastaron para rechazar á la columna enemiga, que dejó quinientos prisioneros en poder de los federales. La noche puso fin al combate, pero ya una parte de las tropas unionistas ocupaba todo el camino por donde poco antes pasaran las tropas de Lee.

De repente, numerosos fugitivos, procedentes de la retaguardia de Birney, trajeron la noticia de que acababa de ocurrir un gran desastre. Un movimiento simulado de los separatistas habia hecho creer al general Howard que estos se retiraban hácia Richmond, pero bien pronto debieron convencerse los federales de lo contrario. El general Stonewall Jackson acababa de desembocar del bosque repentinamente á la cabeza de veinticinco mil hombres, y sus columnas de ataque invadieron en un abrir y cerrar de ojos el campamento enemigo, lanzando gritos atronadores. La division Devens, que formaba la estrema derecha de los unionistas, sorprendida ante aquel imprevisto ataque, apenas tuvo tiempo para replegarse despues de las primeras descargas, en una de las cuales quedó gravemente herido su jefe, y en el mayor desorden comenzó á retirarse hácia el camino de Chancellorsville con objeto de reunirse al general Schurz, pero esta division ya no estaba en su puesto, acaso por haber tenido que retirarse tambien. El regimiento de Connecticut, uno de los que mas se resistieron, sufrió considerables bajas, entre las cuales se contaban dos coroneles y otros oficiales distinguidos; el desorden era espantoso, comenzaba á cundir el pánico, y á pesar

de los sobrehumanos esfuerzos de los jefes, no fué posible contener á las tropas y reunir á los fugitivos, que en la mayor confusion se dirigieron á Chancellorsville, alarmando con esto á todo el resto del ejército.

Sickles se estaba preparando para un gran ataque, y ya habia obtenido que Hooker le enviara un refuerzo de mil ginetes de la caballería de Pleasanton, cuando recibió la noticia de la derrota de Howard, noticia á que no queria dar crédito porque no habia oido descarga alguna, pero de cuya certeza pudo convencerse bien pronto. No solo estaban derrotadas las tropas de Howard, sino que los triunfantes separatistas se dirigian ya sobre su retaguardia, de tal modo, que cuando envió á pedir refuerzos á Hooker, éste le contestó que no era posible, pues los necesitaba él para hacer frente al enemigo é impedirle que se apoderara de Chancellorsville.

La situacion de Sickles era verdaderamente crítica, aun cuando contaba con sus dos divisiones y su artillería, pero en aquel momento llegaba Pleasanton con parte de su caballería, reuniendo á los fugitivos, y habiéndosele dicho que era preciso dar una carga, volviése Pleasanton hácia el mayor Keenan, y le dijo: «Mayor, no podemos disponer sino de quinientos ginetes para contener á los veinticinco mil hombres de Jackson, pero es preciso que acometais al enemigo en esos bosques y que ganeis tiempo mientras yo sitúo algunos cañones; es preciso que lo hagais cueste lo que cueste.» El noble patriota comprendia harto bien que aquella era su sentencia de muerte, pero sonriendo con calma, no contestó mas que estas dos palabras: *¡Lo haré!* Diez minutos despues el mayor Keenan, acribillado de heridas, exhalaba el último aliento en el campo del honor, y á su lado caia tambien la mayor parte del regimiento, completamente destrozado, pero la

carga contuvo por algunos momentos á los separatistas, dando tiempo á Pleasanton para formar una batería, sobre la cual esperaba que avanzase el enemigo.

No tardó este en hacerse esperar: los batallones confederados ocupaban el bosque, y como iba aproximándose la noche, recurrieron aquellos á la reconocida estratagema (harto frecuente por una y otra parte) de desplegar una bandera para hacer creer que eran amigos. El general Pleasanton envió un ayudante para que averiguara si era cierto, pero un momento despues los árboles del bosque parecieron agitarse al estruendo de la fusilería, y los separatistas se lanzaban á la carga á fin de apoderarse de los cañones, que sembraban la muerte en sus filas, sin que les fuera posible conseguir su objeto.

Enfrente de la batería de Pleasanton cayó mortalmente herido el intrépido general Stonewall Jackson, y segun se dice, por sus propios soldados, pero como eran tan repetidos los disparos de la artillería y tan densa la oscuridad, es probable fuera víctima, como otros muchos, de las balas enemigas (*). Los

(*) En la vida de Stonewall Jackson, escrita por un ciudadano de Virginia, se dice lo siguiente al referir su desgraciado fin:

«El general Jackson ordenó á Hill que avanzara con su division, reservando sus tiros á *menos que avanzara la caballería enemiga*, y entonces, con ese ardiente entusiasmo, con ese espíritu guerrero que encubria su aparente calma, lanzóse en lo mas recio de la pelea. Tal era su ardor en aquel critico momento, y tal su ansiedad por observar los movimientos del enemigo, á quien ocultaba la espesura del bosque y la densa oscuridad de la noche, que se adelantó á sus soldados, esponiéndose al peligroso fuego de los tiradores federales.

«Tan grave era el peligro en aquellos instantes, que uno de los oficiales de su estado mayor exclamó acercándose á él: «General, ¿no os parece que seria mejor retiraros de este sitio?—El peligro está en todas partes, contestó Jackson; id á decir á Hill que avance á paso de carga!»

Poco despues de haber dado esta órden, Jackson, seguido de su estado mayor y de su escolta, volvía á reunirse con el grueso de las fuerzas, pero desgraciadamente era tal la oscuridad (esto sucedió entre nueve y diez de la noche).

prisioneros cogidos por la caballería de Pleasanton le dijeron bien pronto que Jackson estaba mortalmente herido, haciendo mencion de otros oficiales notables que cayeron á su lado. Puede ser muy bien, no obstante, que efectivamente los soldados de Jackson hicieran fuego sobre su escolta creyendo que era una avanzada del enemigo. De todos modos, semejante pérdida era la mayor que podia sufrir cualquiera de los dos partidos tratándose de un solo hombre, pues si bien el general Sidney Johnston era hombre de profundos conocimientos militares y raro talento, no ejercia, sin embargo, sobre sus tropas esa influencia que tuvo siempre Jackson, ese don especial de enardecer á sus soldados, que admiraban, no solo su claro juicio

y buen criterio, sino tambien su heróica intrepidez. Los ataques de Jackson estaban siempre bien calculados, y aquel cuidaba muy especialmente de no esponer las vidas de sus hombres en empresas inútiles ó dudosas. En sus brillantes hechos de armas, la casualidad parecia favorecerle á veces, pero esto generalmente sucede con aquellos que, como Jackson, nunca se duermen cuando conviene estar despierto y que pueden hacer andar á sus tropas cuarenta millas en un dia. Seguramente que todas las ventajas obtenidas por los separatistas en la ruda batalla de Chancellorsville no podian compensar la pérdida de un hombre como el general Stonewall Jackson.

Entre tanto, Pleasanton, á quien no podia ya molestar tanto el enemigo, continuaba arreglando sus baterías, y al fin consiguió situar ventajosamente unos cuarenta cañones de tal modo, que con el apoyo de Sickles érale fácil sostenerse en su nueva posicion. Sickles, que se habia puesto ya en comunicacion con Hooker, hizo avanzar á media noche á la division Birney, la cual rechazó al enemigo recobrando parte del terreno abandonado por Howard, despues de lo cual fué á reunirse con las demás fuerzas de Chancellorsville, pues no habia allí suficiente número de tropas para hacer frente al enemigo. Parece que este movimiento no fué muy conveniente, atendido que los separatistas siguieron de cerca á los federales, cuya infantería llenaba todo el bosque, hostigándoles de tal modo, que hubieron de retroceder con la mayor precipitacion, abandonando una pieza de artillería.

El ejército de Lee se hallaba concentrado casi en su mayor parte al frente de Hooker, siendo de advertir que el jefe separatista se hallaba protegido por los bosques que ocultaban la inferioridad del número de sus tro-

que los separatistas creyeron que aquellos ginetes eran enemigos, y en su consecuencia, los tiradores, que estaban á derecha é izquierda del camino, hicieron fuego, resultando de esta equivocacion un triste desenlace. El capitán Boswell, del estado mayor de Jackson, cayó muerto, y su caballo le arrastró hasta las líneas confederadas; el coronel Crutchfield quedó herido de gravedad, y con él dos ayudantes que fallecieron á las pocas horas, y el general Jackson recibió tres heridas, de las cuales dos eran mortales. La primera bala le atravesó el brazo izquierdo, dos pulgadas mas abajo del hombro, destrozando el hueso y rompiendo la arteria principal; la segunda le pasó de parte á parte el mismo brazo entre el codo y la muñeca, destrozándole la mano, y la tercera, en fin, penetrando por la palma de la mano derecha, le rompió dos ó tres huesos.

Jackson cayó de su caballo, y al acercarse el capitán Wormly para cogerle en sus brazos, exclamó: «¡Todas estas heridas me las han hecho mis soldados!»

En aquel momento el enemigo avanzó de improviso, y los confederados hubieron de abandonar el cuerpo de Jackson, pero no se le descubrió, y poco despues cargaron los separatistas, que entonces pudieron ya retirarle del campo de batalla sufriendo un fuego mortífero del enemigo. Uno de los que conducian la litera cayó muerto de un balazo, y Jackson cayó en el suelo, recibiendo una grave contusion que empeoró aun mucho mas su estado. El fuego del enemigo era tan terrible, que Jackson estuvo aun cinco minutos mas espuesto á sus tiros, mas al fin se le pudo recoger y conducirle al hospital de Wilderness Run.

El general Jackson murió ocho dias despues en Guineas Station, á cinco millas del sitio en que cayó herido. Sus restos mortales descansan en Lexington.



pas, en tanto que Hooker, desanimado por la derrota de Howard, y no sabiendo á punto fijo si entre la espesura habia solo un regimiento ó una division, no se atrevia á esponer á su ejército á un segundo descalabro.

Al romper el dia, los confederados hicieron adelantar fuertes columnas sobre los puntos mas débiles, destacando al mismo tiempo sus batallones de tiradores, que amenazaban á cada momento un ataque, pero luego se vió que su principal objeto era avanzar directamente sobre Chancellorsville por el punto donde acababa de ser derrotado Howard. Nunca se habia visto á ningun cuerpo de ejército cargar con tanta impetuosidad y temerario arrojo como el que mostraron los separatistas aquella mañana conducidos por el general Stuart: despreciando con la mayor indiferencia la muerte, arrojáronse sobre las tropas de Sickles, cuyos cañones sembraban la muerte en las filas enemigas, y aunque los soldados caian á centenares, eran reemplazados al instante por nuevos regimientos hasta que al fin Sickles, á quien se le iban acabando las municiones, envió un parte á Hooker pidiéndole refuerzos á fin de no perder su posicion.

El mayor Tremaine, portador del mensaje, no pudo hablar al general en jefe porque éste acababa de perder el conocimiento: una bala de cañon habia partido pocos momentos antes una de las columnas de la casa de Chancellorsville, sobre la cual se apoyaba Hooker, quien cayó al suelo sin sentido, permaneciendo inmóvil, lo cual hizo creer á su estado mayor que estaba muerto ó espirando, y á causa de este contratiempo no pudo llevar la respuesta del mensaje. Al ver Sickles que no llegaban refuerzos, y falto ya de municiones, vióse precisado á retirarse á su segunda línea de defensa, temiendo que seria

necesario luchar cuerpo á cuerpo si le perseguia el enemigo, pero éste habia sufrido tales pérdidas, que pasó media hora antes de que renovara el ataque.

De este modo se perdió un tiempo precioso, y durante una hora estuvo el ejército federal sin jefe: el general Couch, que era el mas antiguo, pudo haberse encargado del mando hasta que Hooker volviera en sí, pero vaciló en hacerlo, y aunque French y Hancock acababan de atacar la izquierda del enemigo, que amenazaba el frente de Meade, á fin de auxiliar al paso á Sickles si era preciso, como este último no recibió refuerzos, tuvo que replegarse despues de haber rechazado cinco ataques consecutivos. Poco despues el ejército federal comenzó á retirarse hácia el Rappahannock, dejando á Chancellorsville en poder del enemigo, cuyos cañones habian convertido su única casa en un monton de ruinas.

Sickles declaró luego ante la comision de guerra que solo su cuerpo de ejército y el de Slocum sostenian la posicion cuando envió á pedir auxilios á Hooker, asegurando asimismo, que solo con diez mil hombres mas habria podido alcanzar la victoria. Si se tiene en cuenta el hecho de que Sickles hizo una infinidad de prisioneros y de que sus fuerzas eran inferiores, fácil es deducir que la posicion se perdió por un contratiempo imprevisto ó por una mala direccion, pero no por falta de valor en los unionistas (*).

(*) Sickles decia en su parte oficial:

«Al terminarse la batalla del domingo, la bateria del capitán Seeley, que fué la que hizo los últimos disparos en la batalla de Chancellorsville, habia perdido cuarenta y cinco caballos, y sobre unos cuarenta hombres entre muertos y heridos, pero como este oficial era hombre muy orgulloso y de gran ambicion, y tuvo suficiente tiempo para tomar sus dos posiciones, cuidó en primer lugar de recoger todos los arneses de los caballos, que mandó conducir á las cañoneras, y aun él mismo se llevó en el brazo algunos arreos que los soldados descuidaron recoger. Este hecho basta para

Cuando el general Hooker hubo recobrado el sentido, volvió á encargarse del mando, pero ya habia cesado casi el combate en aquel punto, pues el general Lee solo se ocupaba entonces de Sedgwick, que proyectaba un ataque contra su retaguardia, ataque que no se llevó á efecto por haber enviado Hooker una órden previniendo á este jefe que cruzara por Fredericksburg, y avanzase luego por el camino de Chancellorsville, batiendo á todas las fuerzas que tratasen de oponerse á su paso á fin de caer sobre la retaguardia del general Lee mientras Hooker atacaba el centro.

Sedgwick se hallaba ya á mitad del camino cuando llegó el capitán Warren con un parte, manifestando que Hooker se hallaba en una situacion crítica y necesitaba de su auxilio, por cuya razon dió órden de contramarchar, pero al poco tiempo, una numerosa fuerza del ejército de Lee atacó las tropas de Sedgwick, impidiéndole que efectuara el movimiento proyectado, de modo que al amanecer entraba en Fredericksburg, en vez de aproximarse á Chancellorsville. Gibbon se

acercaba tambien con su division á la ciudad, y gracias á esto, pudo Sedgwick reunir una fuerza de treinta mil hombres. Los separatistas, entre tanto, se concentraban en la colina de Marye, donde colocaron varios cañones despues de haber quitado los puentes echados antes sobre un canal que protegía su izquierda.

Los federales trataron desde luego de apoderarse de la falda de esta colina, y fueron rechazados, pero cuando Sedgwick hubo hecho todos los preparativos que creyó indispensables, hizo avanzar de nuevo sus columnas al mando de los generales Howe y Neill, y de los coroneles Grant y Seaver, los cuales se lanzaron sobre el enemigo con tal resolucion, que á pesar del nutrido fuego de la artillería, eran ya dueños al poco tiempo de la posicion, donde se cogieron doscientos prisioneros, algunos cañones y tren de campaña.

Habiendo reforzado aun mas sus brigadas, Sedgwick dejó á Gibbon en Fredericksburg y se puso en marcha por el camino de Chancellorsville en persecucion de Barksdale, mas al llegar á la iglesia de Salem, los separatistas aguardaron á pié firme al ver que avanzaba Wilcox con refuerzos, y se trabó un combate encarnizado en que fueron inútiles los esfuerzos de los federales para desalojar al enemigo de su posicion. El general Lee, por su parte, habia destacado á la division de Mc Laws, á fin de que cerrara el paso á Sedgwick, como así se hizo, y de este modo continuó la lucha hasta entrada la noche, pero como la posicion del enemigo era mejor y el número de sus tropas iba aumentando á cada momento, los federales desistieron de su empeño de reunirse con Hooker, despues de haber sufrido considerables pérdidas.

Al amanecer del dia siguiente, 4 de mayo, la situacion de Sedgwick era crítica por de-

probar que el enemigo no se hallaba en estado de perseguir á los federales.»

El general Hancock decia á su vez lo siguiente, al dar cuenta de la retirada del ejército de Chancellorsville:

«Apostado cerca de la casa de Chancellorsville, pude presenciar la batalla perfectamente, aunque mis tropas se batian por el lado opuesto. Cuando se dió la órden de retirada, vi pasar sucesivamente las diversas divisiones, á las que yo no debia seguir por el pronto, pues se me habia mandado que conservase la posicion hasta que todas las tropas se hubiesen alejado, por cuyo motivo me vi en la precision de sostener el combate algun tiempo mas. Como tenia muchos cañones, el enemigo que se iba concentrando en los bosques no se atrevió á tomar la ofensiva sobre mi retaguardia, y creo que á causa de la fatiga de sus tropas no le fué posible atacar. Llegada la hora me puse en marcha hácia la nueva posicion que se me designó, que estaba á unos tres cuartos de milla del vado de la Union.

»Inmediatamente comenzamos á fortificar nuestras lineas de defensa, mientras el enemigo se posesionaba de los bosques, con la intencion, segun se vió luego, de atacar á Sedgwick cuando pasara.»

más, pues no solo eran numerosos sus contrarios por su frente, sino también por su ala izquierda, sin contar que las alturas de Fredericksburg iban coronándose de enemigos hasta el punto de componer un número al cual no podría seguramente resistirse. Sedgwick recibió durante el día varios partes del general en jefe, pero sobre ser aquellos muy vagos, y hasta puede decirse contradictorios, revelaban que Hooker estaba indeciso acerca del partido que tomaría (*), sin reflexionar acaso que aquellas vacilaciones iban á costarle caras. En efecto, á eso de las seis de la tarde, los separatistas no temiendo ya la ofensiva, y dueños otra vez de las alturas de Fredericksburg, atacaron resueltamente á las tropas avanzadas de Sedgwick obligándolas á retroceder hasta las mismas orillas del Rappahannock, donde los federales defendieron su terreno desesperadamente. Este último combate costó á Sedgwick cinco mil hombres cuando menos (**).

(*) Á la una de la mañana del 5 de mayo remitió Hooker á Sedgwick el siguiente parte: «Recibido despacho en este momento: retiraos, cubrid el río é impedid que cruce ninguna fuerza. Acúseme recibo.»

Sedgwick obró en consecuencia de esta orden, arrojando un fuego mortífero, pero á las tres de la tarde recibió otro parte en que se le decía: «Podreis conservar la posición del río hácia el Sur si es necesario.»

(**) El historiador Pollard dice lo siguiente al hablar de este último combate:

«El enemigo no estaba aun completamente derrotado; era preciso luchar una vez más, y reconociéndolo así los federales, reunieron durante la noche numerosas fuerzas para atacar el ala izquierda de Mc Laws á fin de establecer la comunicación con Hooker por el camino del río. El general Anderson marchó apresuradamente, recorriendo una distancia de quince millas con el objeto de apoyar á Mc Laws, y entre tanto el general Lee dispuso que el primero de estos jefes diese la vuelta á la iglesia de Salem y formase sus tropas á la izquierda de la división Early.

»La señal de ataque no se hizo hasta poco antes de ponerse el sol, en cuya hora nuestras columnas cayeron sobre el enemigo como un huracán, aun cuando aquel opuso poca resistencia, retirándose á poco en la mayor confusión y desorden hácia el vado de Banks. Entrada ya la noche, cesó

Libre ya de Sedgwick, el general Lee marchó con todas sus fuerzas contra Hooker, quien se hallaba aun en sus poco temibles fortificaciones, construidas apresuradamente entre Chancellorsville y el Rappahannock, pero los separatistas se hallaban ya muy fatigados de tantas marchas y combates, y por más que se hallasen dispuestos á pelear, Lee mudó de parecer y no quiso atacar de nuevo, limitándose á varias escaramuzas sin consecuencia. Llegada la noche, Hooker reunió el consejo de oficiales y se acordó pasar á la orilla opuesta del río. El general unionista aseguró luego que sus pérdidas no eran tan grandes como las del enemigo, pero esto no debe ser exacto si se atiende á que solo en la última jornada y en el paso de Rappahannock se contaron en el ejército federal diez y siete mil ciento noventa y siete bajas en la forma siguiente:

Division Sedgwick..	4,601	Sickles..	4,039
Slocum.	2,883	Howard.	2,508
Couch.	2,025	Meade.	699
Reynolds.	292	Caballería.	150

Hooker dijo que un cirujano de los separatistas manifestó que las pérdidas de estos no bajaban de diez y ocho mil hombres (*), mas sea como fuere, parece extraño que Lee no publicase el parte oficial y que Pollard guarde silencio sobre este punto. Las frecuentes tempestades y las continuas avenidas del río escusan por una parte la retirada de Hooker, y por otra el que Lee no tratara de perseguirle.

Cuando el ejército federal hubo ocupado su primitivo campamento al Norte del Rappahannock, el general Hooker publicó una orden del día concebida en estos términos:

por algun tiempo el combate, mas apenas iluminó el campo de batalla la pálida luz de la luna, los confederados comenzaron á perseguir al enemigo, y en la noche del 4 de mayo terminó aquella notable serie de batallas en las orillas del Rappahannock.»

(*) Entre los muertos se contaba el general Paxton y entre los heridos el general Heath.

«El general en jefe se complace en dar á este ejército las mas expresivas gracias por su valerosa conducta en estos últimos siete dias, pues aun cuando no se haya hecho todo cuando se deseaba, esto depende de circunstancias imprevistas harto conocidas de todos. Baste decir, que atendido el carácter de aquellas, no era fácil preverlas ni impedir las por mucha que sea la sagacidad del hombre.

»Al retirarse de la orilla Sur del Rappahannock antes de librar una batalla general á nuestros enemigos, el ejército ha dado pruebas de su confianza en sí mismo y de su fidelidad á los principios que representa, pues aceptando el combate con desventaja, hubiéramos faltado á nuestra causa y á nuestro pais, perjudicándonos sin utilidad alguna. Siempre leal, y persuadido de su fuerza, el ejército del Potomac aceptará ó rehusará la batalla cuando su honor ó intereses así lo exijan. Este ejército será tambien siempre el mas fiel guardian de sus principios y de su dignidad.

»Merced á la celeridad de nuestros movimientos y á nuestro sigilo, hemos cruzado los rios sin que nadie nos dispute el paso, y á nuestra vuelta, ni un solo enemigo se atrevió á marchar en nuestra persecucion.

»Los acontecimientos de la semana última bastan para henchir de orgullo á todos los oficiales y soldados de este valeroso ejército, que acaba de adquirir un nuevo lauro en las gloriosas jornadas de estos dias. Hemos hecho largas y penosas marchas, cruzado anchos rios, sorprendido al enemigo en sus atrincheramientos, y do quiera que hemos peleado, siempre fueron mayores las pérdidas de nuestros contrarios. Hemos hecho además cinco mil prisioneros, cogido quince banderas y siete cañones, y hemos puesto, en fin, fuera de combate á diez y ocho mil

hombres de tropas escogidas, destruyendo luego grandes depósitos militares, é interceptando todas las comunicaciones; hasta en fortalezas enemigas nos hemos apoderado de muchos prisioneros, sembrando por todo el pais el terror y la consternacion. No nos queda mas sentimiento que el haber perdido muchos bravos compañeros y hermanos de armas, pero de esto debemos consolarnos al reflexionar que han muerto en defensa de la mas santa de las causas que pudieran someterse al arbitrio del Dios de las batallas.»

El general Lee, por su parte, publicó otra orden del dia, en la cual, espresándose con la *misma modestia*, decia lo que sigue:

«El general en jefe se cree en el deber de manifestar al ejército su profundo agradecimiento por la heroica conducta de los oficiales y soldados en las sangrientas refriegas en que acaba de tomar parte.

»Arrostrando el furor de los elementos y toda clase de fatigas, atacasteis al enemigo, fuertemente atrincherado en sus diversas posiciones, y sobre todo en las colinas de Fredericksburg, y con ese valor y temerario arrojo merced al cual habeis alcanzado la victoria en tantas batallas, le obligasteis á refugiarse una vez mas en la opuesta orilla del Rappahannock. Al paso que este brillante triunfo os hace acreedores á los elogios y gratitud de la nacion, tambien por vuestra parte quedais obligados á tributar una accion de gracias al Todopoderoso, que es el único que puede concederos la victoria, y por lo tanto recomiendo que todas las tropas se reunan el sábado próximo en el templo del Señor, que es el que rige los destinos del mundo.

»En medio de la alegría del triunfo, no olvideis á los bravos compañeros que murieron en defensa de su pais, y lamentando siempre su pérdida, no vacilemos en seguir su noble

ejemplo. El ejército y la patria entera tendrán que llorar también una pérdida dolorosa, la pérdida del intrépido general Jackson, á cuya bravura, energía y profundos conocimientos, hemos debido muchas veces las más brillantes victorias, los más señalados triunfos. El hueco que deja en el ejército el general Jackson será difícil de llenar, y yo os recomiendo que no olvidéis al héroe al elevar vuestras oraciones al Altísimo.»

En la empeñada lucha cuyos detalles acabamos de referir figuró muy poco la caballería federal; solo la brigada de Pleasanton tomó parte en la acción, pues los demás escuadrones, al mando de Stoneman y Averill, habían emprendido una expedición que les separó del grueso de las fuerzas del ejército, para obrar independientemente. Averill marchó á Culpepper-Court-House, y de allí al Rapidan, donde permaneció sin intentar movimiento alguno, hasta que una orden del general Hooker le previno que volviera á la parte Norte del Rappahannock, lo cual hizo poniéndose inmediatamente en marcha.

El general Stoneman se dirigió por su parte á Louisa-Court-House, Yanceyville y Thompson's Cross-Roads, no sin haber enviado antes al coronel Wyndham con un destacamento á Colombia, donde se destruyó una parte de la vía férrea, obstruyendo por algunos puntos el canal de Kanawha. El general Gregg, con algunas tropas de Maine y Nueva-York, trató de destruir el puente del camino de Fredericksburg por la parte de Ashland, mas no pudo conseguirlo, y hubo de contentarse con quemar dos ó tres molinos, después de lo cual volvió á reunirse con Stoneman. Entre tanto el coronel Judson Kilpatrick, que había ido á Harris Light, se ocupaba en cortar varios trozos de la vía férrea hácia el Norte de Richmond, marchando luego hácia el camino de Fredericksburg y

el de la Virginia central, donde después de hacer algunos desperfectos recibió orden de volver á las líneas, atravesando por Pamunkey, Mattapony y Aylett. El coronel Davis marchaba al mismo tiempo hácia Ashland, en cuyo punto hizo poco más ó menos lo que sus compañeros, apoderándose además de un tren lleno de heridos, á quienes dejó en libertad bajo palabra; Davis se dirigió luego hácia Richmond por la parte de Williamsburg, mas allí tuvo que dar un rodeo para evitar un encuentro con los separatistas, y torciendo hácia el Norte fué á reunirse con Kilpatrick, que se hallaba cerca de King y Queen-Court-House, y ambos jefes se encaminaron después á Gloucester Point. Stoneman con Gregg y Buford, regresó de Yanceyville el 8 de mayo, cruzando los vados del Rapidan, del Raccoon y del Rappahannock.

Se ha dicho por muchos que la expedición de Stoneman fué muy ventajosa, pero en realidad no puede calificarse de tal, aun cuando en efecto pudo dar muy buenos resultados. Las fuerzas con que contaba este jefe eran muy suficientes para haber interceptado las comunicaciones entre Richmond y el ejército del general Lee, cerrando al mismo tiempo el paso por el camino de Fredericksburg, y además de esto habríale sido fácil á Stoneman destruir los principales puentes en ambos caminos, de tal modo que no se pudiese transitar por ellos en algunas semanas; pero en vez de hacerlo así, el jefe unionista diseminó sus fuerzas de manera que no pudo atacar en un punto dado al enemigo, del cual se vió precisado á huir en vez de perseguirle. Los desperfectos que hicieron sus soldados en las vías férreas, se repararon fácilmente, y los trescientos caballos ó mulas de que se apoderó, apenas bastaron para reemplazar los que reventaron sus soldados durante aquella infructuosa correría.

1863.

Mientras el general Hooker cruzaba el Rappahannock, Longstreet, con una numerosa fuerza de separatistas, amenazaba atacar una de las posiciones federales de Virginia, donde el general Juan Peck se hallaba ocupando el pequeño pueblo de Suffolk con unos catorce mil hombres, auxiliado por tres cañoneras ancladas en el Blackwater (Rio negro.) Como de Suffolk partía la mas importante via férrea que conduce á Norfolk, dominando la parte de la Carolina del Norte que se estiende al Este de Chowan, habíase ocupado y fortificado aquel pueblo poco despues de recobrar los federales á Norfolk, sin que desde entonces tuviera lugar con los separatistas sino un combate insignificante entre algunas fuerzas á las órdenes del general confederado Roger y los federales al mando de M. Corcoran. Las pérdidas de estos últimos se redujeron á veinticuatro muertos y ochenta heridos, mientras los primeros solo tuvieron al parecer cincuenta bajas, una de ellas el capitán Dobbins, que murió en el encuentro.

Suffolk no se vió atacado sériamente hasta la primavera de 1863, en cuya época avanzó el general Longstreet con intencion de apoderarse de este punto, con una fuerza que segun Peck no bajaba de cuarenta mil hombres, es decir, tres divisiones del ejército de Lee, y otra á las órdenes de Hill, procedente de la Carolina del Norte. Cuando los separatistas se acercaron á Suffolk, libráronse durante una semana obstinados combates, pero gracias á las ventajas de la posicion y al auxilio de las cañoneras, se pudo contrabalancear la superioridad numérica del enemigo, cuyos esfuerzos fueron inútiles. Una batería que situaron cerca de Nansemond cayó en poder de algunas fuerzas federales al mando del general Getty, quien cogió además al enemigo seis cañones y doscientos

prisioneros. Á pesar de todo, los confederados continuaron delante de la plaza hasta los primeros dias de mayo, despues de lo cual levantó el sitio el general Longstreet, sin duda por haber recibido órden del general Lee para volver al Rappahannock. Peck calcula que los separatistas perdieron durante el sitio unos dos mil hombres.

Tales fueron en resúmen las operaciones militares durante los últimos dias de abril y los primeros del mes de mayo de 1863, á las cuales se ha dado el nombre general de batalla de Chancellorsville. Puede decirse que hubo tres acciones distintas, á saber, la de Hooker, la de Sedgwick y la de Stoneman, y por esto precisamente se puede censurar al general en jefe, quien debió reasumirlas en una sola batalla. En primer lugar podrá comprenderse que la espedicion de Stoneman no conducia á nada como operacion estratégica; hubiera podido justificarse antes de tomar la ofensiva los federales, pero desde el momento en que Hooker se proponia atacar con el grueso de sus fuerzas al enemigo, flanqueándole por izquierda y derecha, no era ya necesario cortarle las comunicaciones por donde intentó hacerlo la caballería federal, que hubiera podido emplearse mucho mejor en el campo de batalla.

Prescindiendo de esto, el plan estaba bien concebido, y se comenzó á ejecutar con el mejor acierto, pero desde el segundo dia todo cambió completamente; los movimientos se hicieron con demasiada lentitud, y luego el ejército se detuvo en Chancellorsville para tomar posiciones, sin que se comprenda qué motivo hubo para ello. Hooker pensó acaso que el amenazar el flanco izquierdo del enemigo bastaria para obligar á Lee á salir de sus líneas de Fredericksburg, lo cual seguramente no carecia de lógica, pero el jefe unionista debió vigilar con mas atencion los

movimientos de su enemigo, así como lo hacia este, protegiendo sus flancos lo mismo que su centro. Acaso creeria Hooker que su posicion de Chancellorsville cortaba de tal modo las comunicaciones al enemigo, que no le quedaria á este mas remedio que abrirse camino á viva fuerza á través de las líneas federales, pero en este caso, el estado mayor general incurrió en un error grave, pues la posicion de los unionistas en Chancellorsville no cortaba á Lee mas que un camino, dejándole libres los dos que conducen directamente á Richmond. Jackson probó suficientemente que los confederados no tenian cortada la comunicacion. En la accion del dia 2, sobre todo, se tocaron las consecuencias de este error: las tropas no se ocuparon sino en defender el centro, fortificándose lo mejor posible, pero cuando se vieron atacadas por el flanco, desmoralizáronse completamente, y el desorden llegó á tal punto, que no fué ya posible hacer un cambio en el orden de la batalla tal como convenia. De este modo, las numerosas fuerzas de Hooker fueron en parte inútiles, y mas de tres cuerpos de su ejército no pudieron maniobrar.

En cuanto á Lee y á Stonewall Jackson, revelaron en aquella ocasion su genio de grandes capitanes y sus profundos conocimientos en el arte de la guerra. Se ha dicho que el no haber conseguido su objeto los federales consistió en que estos querian coger al enemigo entre dos fuegos, pero esta esplicacion no puede satisfacer de ningun modo: semejante táctica es á no dudarlo muy buena, mas para ello es necesario que los dos fuegos puedan cruzarse batiendo el mismo punto ó la misma zona, cosa que no es dable conseguir si entre aquellos media una distancia de quince millas. En este caso, y sin tener ninguna ventaja ó táctica, se incurre en la falta estratégica de fraccionarse ante un enemigo concentrado que cuenta con la superioridad de las líneas interiores por medio de las cuales puede agobiar sucesivamente á sus adversarios. Esto es precisamente lo que sucedió en Chancellorsville.

En el capítulo siguiente daremos cuenta de los nuevos planes de campaña que se proponian llevar á cabo los separatistas en el Rappahannock.

CAPÍTULO XIV.

1863.

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES EN EL RAPPAHANNOCK. GETTYSBURG.

Nuevos planes de los federales en el Rappahannock.— Combate de caballería cerca de Fairfax.— Milroy es sorprendido en Winchester por los separatistas y rechazado hasta el Potomac con pérdidas considerables.— Proclama del Presidente.— Encuentros y escaramuzas en Blue Ridge.— Escursion de Jenkins á Chambersburg.— El general Lee cruza el Potomac.— Hooker y Halleck.— Hooker es reemplazado por Meade.— Despedida de Hooker.— Ewell en York.— Encuentro de las vanguardias en Gettysburg.— Muerte del general Reynolds.— Derrota de los unionistas.— Howard se detiene en Cemetery Hill.— Llega Sickles con refuerzos.— Hancock se encarga del mando.— Llegada de Meade.— Los dos ejércitos se encuentran.— Sickles es rechazado con pérdidas.— La batalla de Gettysburg.— La division Pickett.— Los federales son rechazados.— Lee emprende la retirada.— Pérdidas considerables.— El general Lee cruza el Potomac.— Kilpatrick derrota á la retaguardia de los separatistas.— El general Meade se dirige al Rappahannock.— Combate en Manassas-Gap.— Dix avanza sobre Richmond.— Pleasanton cruza el Rapidan.— El general Lee ataca á Meade por su flanco y le obliga á retirarse á Centerville.— Hill derrotado por Warren.— El general Lee se retira por el Rappahannock.— Imboden sorprende á Charleston.— El general Russell destruye la estacion del Rappahannock y se apodera de mil seiscientos prisioneros.— Meade cruza el Rapidan.— El combate de Mine Run.— Escursion de Tolland á Wytheville.— Averill marcha á Lewisburg.— Combate en Droop Mountain.— Apéndice al Capitulo XIV.— Extracto del diario de M. X..... coronel al servicio de S. M. Británica.

Mientras el general Hooker y su ejército, que habian ya vuelto á sus primitivos cuarteles de Falmouth, se entretenian aun en practicar reconocimientos y hacer escursiones por los bosques y por las alturas, regadas tan inútilmente con la sangre de los unionistas, el general Lee hacia sus preparativos para tomar de nuevo la ofensiva con un atrevido golpe de mano. Al jefe confederado no se le ocultaba que las fuerzas del ejército federal habian disminuido mucho despues del sangriento choque de Chancellorsville, mientras el número de sus tropas iba en aumento por haber regresado Longstreet despues de levantar el sitio de Suffolk, así como tambien otros regimientos diseminados en diversos puntos. Seguramente la superioridad numérica estaba entonces de parte de Lee, y por

esto no se explica qué razones tendria para no atacar de una vez á su enemigo provocando una accion decisiva. Grant empezaba á triunfar en Mississippí, y se hallaria pronto á las puertas de Vicksburg; Dick Taylor, espulsado casi de Louisiana por Banks, no podia ya intentar nada por sí solo, y en este caso, ¿por qué en vez de enviar á Longstreet á sitiar inútilmente una plaza insignificante, no le destacó contra Grant y Banks á fin de devolver á la Confederacion su ascendiente en el Mississippí? ¿No hubiera sido esto mejor que permanecer en el Rappahannock, donde por el pronto no se debia temer nada de los federales, apenas repuestos de las terribles derrotas de Fredericksburg y Chancellorsville?

Aun no habria trascurrido un mes desde

que Hooker cruzara el Rappahannock, cuando Lee puso sus columnas en movimiento hácia la parte Sur del rio, marchando á la cabeza de las tropas la division Mc Laws, seguida del cuerpo de ejército de Ewell, mientras que Hood se dirigia por el Rapidan, á fin de concentrarse con la caballería de Stuart en Culpepper-Court-House. El cuerpo de ejército de Hill quedó en Fredericksburg y sus alrededores á fin de ocultar al enemigo el movimiento de Lee, pero Hooker, comprendiendo bien pronto que pasaba alguna cosa, destacó á la division del general Howe á fin de que averiguara si los separatistas habian dejado muchas fuerzas en la plaza. Hill se compuso de modo que hizo creer á los federales que no habian disminuido las fuerzas de aquella, mas como no era su objeto trabar una batalla, ni Howe se hallaba tampoco dispuesto á la lucha, no ocurrió ningun encuentro de consecuencia, y sí algunas escaramuzas con pérdidas insignificantes por una y otra parte.

Sin embargo, convencido al fin Hooker de que el enemigo operaba por su derecha, reunió toda la caballería cerca de Catlett's Station, confiando el mando al general Pleasanton, el cual cruzó el Rappahannock inmediatamente á fin de áveriguar en qué punto se hallaban las tropas separatistas. Apenas hubo recorrido cierta distancia el general Pleasanton, agregáronsele dos brigadas de infantería veterana á las órdenes de Hames y Russell, los cuales acababan de apoderarse de dos baterías enemigas; estos dos jefes se dirigieron luego rápidamente á los vados de Kelly, y Beverly, por donde debian cruzar á fin de atacar en Culpepper al general Stuart, quien, segun noticias recibidas poco antes, debia estar en dicho punto. Pero tan pronto como hubo cruzado el rio la caballería de Buford, apoyada por la infantería de

Hames, los separatistas que guardaban el vado de Beverly y á quienes esperaban sorprender los federales, se replegaron hasta el sitio donde se hallaba la caballería enemiga y cerraron el paso á los unionistas, trabándose con este motivo un breve combate en el que perdió la vida el coronel federal F. Davis (*). Poco despues, no obstante, la caballería de Stuart dió una carga á los confederados haciéndoles retroceder en desorden, mientras que Russell y Pleasanton atacaban de frente y Buford por el flanco, mas al llegar las tropas cerca de los cañones, dos regimientos de caballería confederada ocultos en el bosque, cargaron de pronto á los federales, obligándoles á retroceder á su vez despues de causarles numerosas pérdidas.

La situacion de Pleasanton empezó entonces á ser bastante crítica, atendido que las fuerzas enemigas aumentaban cada vez mas; Gregg, á quien se esperaba hacia tiempo, no se presentó hasta la tarde, por haber estado batiéndose en Brandy Station, donde hizo ciento cincuenta prisioneros, si bien á costa de numerosas bajas, y como por otra parte llegó el coronel Wyndham anunciando que los confederados iban á recibir aun mas refuerzos de un momento á otro, comprendió Pleasanton que debia retirarse ó combatir con la mitad del ejército de Lee, por cuya razon se dirigió rápidamente hácia los vados, dejando en el campo quinientos hombres, si bien se llevaba en cambio cien prisioneros.

Por su parte, el general Stuart, quien, como es de suponer, se proclamaba victorioso, reconoció una pérdida de seiscientos hombres, incluso el coronel Saul Williams y el teniente coronel Frank, que

(*) Este oficial fué el mismo que escapó con su caballería de Harper's Ferry antes de que Miles rindiera la plaza, apoderándose luego de un tren de municiones perteneciente al general Longstreet.

perecieron en aquel encuentro, quedando heridos los coroneles Butler y Harman. Stuart dice que cogió tres cañones, muchas armas de todas clases y trescientos treinta y seis prisioneros.

Considerada como un reconocimiento, la expedición de Pleasanton fué ventajosa por todos conceptos, pues cuando menos sabíase ya positivamente que el ejército separatista maniobraba hácia el Oeste, y que pocos días antes habia tenido lugar una revista de toda la caballería enemiga en Culpepper-Court-House, en presencia del general Lee y de su estado mayor. Pleasanton envió al día siguiente un mensajero al lugar del combate con objeto de averiguar cuál habia sido la suerte de algunos oficiales que le faltaban, y al instante recibió contestación de que se les habia tratado con todas las consideraciones posibles.

Poco despues se supo tambien que una columna de infantería confederada acababa de pasar por Sperryville, cerca de Blue Ridge, (Cordillera azul) no quedando por lo tanto la menor duda de que el ejército separatista se dirigia una vez mas al valle de Shenandoah. Dos días mas tarde, doscientos cincuenta ginetes de la caballería confederada cruzaron el Potomac por Edward's Ferry rechazando á un escuadrón de la caballería de Michigan, á cuyo campamento prendieron fuego. Así, pues, era evidente que no tardarian en comenzar las hostilidades por aquella parte.

Aun cuando se reconociese así, la división de Howe permanecia en el Rappahannock inferior, convenientemente atrincherada, frente á otra posición de los separatistas, y á pesar de que el general Hooker habia empezado en 12 de junio á enviar sus enfermos y heridos á Washington, seguia tambien ocupando sus posiciones en

el río como si dudara sobre los verdaderos proyectos de Lee. El jefe unionista esperaba ver avanzar á su enemigo hácia Bull-Run por la parte de Warrenton, pero un nuevo golpe de mano de los separatistas disipó todas las dudas.

El general Milroy se hallaba de guarnición en Winchester con el general Schenck, jefe del departamento de Baltimore, á quien Halleck habia indicado que la posición de Milroy era peligrosa, pues no tenia á sus órdenes sino diez mil hombres, de los cuales solo podia disponer de siete mil. El día 13, el coronel Mc Reynolds, que ocupaba á Berryville con mil quinientos federales, hubo de replegarse sobre Winchester, acosado de cerca por una división confederada, y al mismo tiempo aproximábase á la ciudad el general Ewell, que iba desalojando sucesivamente al enemigo de sus puestos avanzados. Durante la noche y la mañana del día siguiente preparáronse de una y otra parte para una acción decisiva; Milroy formó sus piquetes con la brigada Elliott; la de Mc Reynolds ocupó dos lunetas que defendian la entrada de la ciudad por la parte del Sur, y la tercera, á las órdenes del general Elly, permaneció dentro de la plaza.

Despues de algunas escaramuzas, y á eso de las cuatro de la tarde, los confederados que llegaban por el camino de Front Royal, atacaron por la parte del Norte, asaltando la ciudad con numerosas fuerzas, y aunque en un principio fueron rechazados, volvieron á la carga con una batería de ocho cañones, cuya metralla barrió bien pronto las obras defensivas, causando á los sitiados numerosas pérdidas. Al mismo tiempo era embestida la plaza por los demás puntos, y bien pronto quedó en poder de los separatistas, que izaron sus banderas en las fortificaciones.

Poco antes de esto, el general Milroy habia reunido en consejo á sus oficiales, y se acordó evacuar la ciudad y huir, pero ya era demasiado tarde, y aunque se habian clavado los cañones despues de arrojar la pólvora al agua, no quedó tiempo para otra cosa sino para defenderse de los sitiadores. El encuentro que entonces tuvo lugar no pudo calificarse de combate, pues fué mas bien una caza de hombres; á cuatro millas de Winchester, una division separatista cerró el paso á los fugitivos, que, como es de suponer, fueron derrotados sin dificultad alguna, cayendo la mayor parte de ellos en poder de sus perseguidores. Muchos de los que escaparon cruzaron el Potomac, sin detenerse luego hasta llegar al condado de Bedford (Pennsylvania), y no pocos se dirigieron á Harper's Ferry, poniéndose asi bien pronto fuera del alcance de sus enemigos. Milroy asegura que unos cinco mil de sus soldados consiguieron llegar á Bloody Run, y esperaba que se presentasen mil mas, pero sus esperanzas, como era de suponer, quedaron frustradas. Lee manifestó luego en su parte que el general Rhodes habia cogido setecientos prisioneros y cinco cañones en Martinsburg, añadiendo que el total de aquellos en las últimas operaciones ascendia á cuatro mil, y que los trofeos de la victoria eran veintinueve piezas, doscientos setenta y siete wagoes y cuatrocientos caballos. El gran error de Milroy consistió principalmente en no abandonar sus posiciones un dia antes como se lo habia indicado Halleck al general Schenck. Este nuevo triunfo de los confederados les dejaba en posesion de toda aquella parte del pais, y una vez dueños de Winchester, érales fácil cruzar el Potomac para llevar á cabo sus planes.

El Gobierno de Washington se alarmó en

cierto modo con estas noticias: en 9 de junio el Secretario de la Guerra habia espedido una orden cuyo objeto era **1863.** organizar en Pennsylvania dos departamentos militares, el de Susquehanna, á las órdenes del general Couch, y el de Monongahela, cuyo mando se confió al general Brooks, y en 12 del mismo mes, el gobernador Curtin hizo un llamamiento á la milicia del Estado, sin que aquel produjera mucho efecto, ni mucho menos el entusiasmo de otras veces. El Presidente Lincoln, por una proclama espedita el 15, se dirigió de nuevo al pais, y sin ocultarle su verdadera situacion, reclamábale nuevos sacrificios y mas contingentes para rechazar la agresion de los separatistas, manifestando que desde luego deberia hacerse una leva en la forma siguiente:

	Hombres.	Hombres.
Maryland.	10,000	Nueva-York. 20,000
Pennsylvania.	50,000	Ohio. 30,000
	Virginia Occidental. 10,000.	

Los gobernadores repitieron el llamamiento, mas no se obtuvo el resultado que se esperaba; solo los regimientos de Nueva-York estuvieron dispuestos prontamente, y el Secretario Stanton dió públicamente gracias al gobernador Seymour; en los Estados de Pennsylvania, Maryland y Virginia no parecia reinar mucho entusiasmo, ó mejor dicho, el pais estaba completamente desanimado, pues del ejército habian desaparecido ya los hombres mas valerosos y patrióticos de su milicia. Á continuacion se espresa qué Estados contestaron entonces al llamamiento y qué contingente facilitaron:

	Hombres.	Hombres.
Nueva-York.	15,000	Pennsylvania. 25,000
Nueva-Jersey.	3,000	Delaware. 2,000
	Maryland. 5,000.	

El general Hooker se puso en movimiento el 13 de junio, y se dirigió con su ejército

hacia el Norte, evacuando el valle de Rappahannock; despues siguió la direccion Noroeste cuidando de proteger los flancos de su ejército con la caballería, que vigilaba atentamente los pasos de Blue Ridge, y últimamente del 14 al 15 pasó por Dumfries con direccion á Centerville, donde esperaba saber á punto fijo cuáles eran los últimos movimientos de los separatistas.

Entre tanto la caballería al mando de Pleasanton no perdía de vista á la del general Lee, conducida por Stuart, y apenas pasaba dia sin que hubiera alguna escaramuza, hasta que al fin en 21 de junio tuvo lugar un combate formal en el camino de Alejandría á Winchester, cerca de Upperville, de cuyo punto fué rechazada la caballería separatista por la brigada de Kilpatrick, quien obligó á su enemigo á retirarse hasta Ashby's Gap despues de una encarnizada refriega en la cual perdieron los federales cien hombres y ciento cincuenta los separatistas, incluso el coronel Lewis del regimiento de Virginia, muerto en el campo de batalla.

El general Jenkins, con su brigada de caballería separatista, habia emprendido una expedicion por el Potomac y Maryland, y habiendo llegado á Chambersburg, penetró en la poblacion sin resistencia alguna, apoderándose de una porcion de caballos, ganado, etc., así como tambien de unos cincuenta negros, no sin haber destruido antes parte de la via férrea. Entre tanto el general Ewell, con su cuerpo de ejército marchaba sobre Maryland por Williamsport, siguiendo de cerca á los fugitivos de Milroy, y poco despues llegó sin oposicion á Chambersburg, mientras que los federales que habia en Harper's Ferry se retiraban en direccion á las alturas de Maryland cruzando el rio. La division Early se dirigia por su parte á York,

Johnson avanzaba hacia Carlisle, é Imboden con su brigada remontaba la orilla del Potomac, destruyendo los puentes y las vias férreas hasta Cumberland. Parece ser que el general Lee meditaba un ataque contra Washington, pero como el ejército de Hooker permanecia en su posicion, en vez de marchar á Maryland, no se presentaba una oportunidad, y en su consecuencia todo el ejército separatista vadeó el Potomac en los dias 24 y 25 de junio. El cuerpo de ejército de P. Hill, que estaba en Shepherdstown, así como las tropas de Lee y Longstreet en Williamsport, avanzaron hacia Hagerstown, á fin de reunirse con Ewell, que debia hallarse ya en Chambersburg, y que se apoderó de Carlisle sin resistencia; y entre tanto se reunia la milicia nuevamente organizada por orden del Gobierno federal, quien dispuso que estas fuerzas se pusieran á las órdenes de Couch. El general Brooks, auxiliado por los repetidos esfuerzos de muchos patrióticos ciudadanos, se apresuró por su parte á formar una línea de defensa para cubrir á Pittsburg.

No podia ya quedar duda alguna acerca de las intenciones del enemigo; su proyecto era evidentemente invadir de nuevo los Estados de Maryland y Pennsylvania, y persuadido de esto, el general Hooker cruzó el Potomac en 26 de junio por la parte de Edwards Ferry, y avanzó hacia Frederick; al llegar á las alturas de Maryland, encontró allí al general French con once mil hombres, los cuales agregó á su ejército, temiendo que le hicieran falta muy pronto si el enemigo le presentaba la batalla. El ejército federal, aunque reforzado con quince mil hombres sacados de Washington y dos mil ciento que suministró Schenck del departamento central, apenas contaba cien mil hombres, mientras el de Lee, segun los

datos exactos obtenidos cuando su ejército pasaba por Hagerstown, ascendía á noventa y un mil infantes, y seis mil ginetes, sin contar los cinco mil de Stuart, y doscientos ochenta cañones. Teniendo en cuenta que los separatistas contaban entonces con el mejor y mas numeroso ejército que hasta entonces presentaran en campaña, y considerando por otra parte que una derrota en el territorio del Norte perjudicaria mucho al Gobierno federal, hacíase preciso que el heroico aunque infortunado ejército del Potomac reuniera el suficiente número de fuerzas para contrarestar las de su enemigo y no esponerse á un nuevo descalabro. Hubiera sido criminal prescindir de una brigada precisamente en los momentos en que un puñado de hombres mas ó menos podia decidir de los destinos del continente.

Hooker habia sacado ya de la guarnicion de Washington todas las tropas que Halleck pudo cederle buenamente, no dejando en la capital sino once mil hombres al mando de Heintzelman, lo cual no era demasiado, mas cuando hubo cruzado el Potomac, pareciéndole al general en jefe que convendría abandonar las alturas de Maryland, espidió un telégrama á Halleck en 27 de junio preguntando si habria inconveniente en hacerlo tan pronto como estuviesen trasladados todos los bagajes y material de campaña. Esto, como veremos, debia ser la causa de una polémica cuyo desenlace era fácil de prever recordando el mal efecto que habia producido en Washington el descalabro de Chancellorsville. El general Halleck, que, segun se vió, no opinaba como Hooker, contestó al telégrama de éste con otro concebido en estos términos:

«Las alturas de Maryland se han considerado siempre como un punto importante que

nos conviene conservar, y por esto se ha gastado tanto en fortificarle. No puedo aprobar, pues, la evacuacion sino en el caso de absoluta necesidad.»

El argumento, segun vemos, no era muy fuerte, ni tampoco se daban razones en que fundar esta negativa, y por lo mismo Hooker espidió otro parte en que decia:

«He recibido vuestro telégrama y me apresuro á contestarlo para daros algunas esplicaciones. Encuentro aquí diez mil hombres que pueden serme muy útiles en una batalla y que apenas servirán de nada en la posicion que ahora ocupan, pues no pueden defender un vado del rio, y por lo tanto es casi inútil su presencia en Harper's Ferry. En cuanto á las fortificaciones, obra de nuestros soldados, pueden dejarse tal como están, pues el enemigo no se apoderará seguramente de ellas. Esta es al menos mi opinion. Todos los efectos de valor podrian haber sido transportados esta noche, mientras las tropas se ponian en marcha hácia el punto donde pueden prestar mas útiles servicios. Confio en que este parte será presentado al Secretario de la Guerra y á S. E. el Presidente.

»El general en jefe, *José Hooker.*»

No se puede negar que en este punto estaba la razon de parte de Hooker, pero nos parece que no hizo bien en espedir á renglon seguido el siguiente despacho:

«AL MAYOR GENERAL H. W. HALLECK,
comandante en jefe.

»Mis primeras instrucciones previenen que cubra á Harper's Ferry y Washington, y ahora tengo de frente un enemigo cuya fuerza numérica es superior á la mia. Me veo, pues, en la precision de manifestar respetuo-

samente que no me es posible por ningun concepto cumplir mi cometido con los medios que se han puesto á mi disposicion, y por lo tanto insistiré con la mayor firmeza en que se me releve del cargo que desempeño.

» El general en jefe, *José Hooker.*»

Ahora bien, debemos hacer presente que Halleck no habia considerado nunca á Hooker como un jefe á propósito para el mando del ejército del Potomac, por cuyo motivo no accedió gustoso á conferirle el cargo que desempeñaba Mc Clellan, y esta opinion se robusteció despues de la derrota de Chancellorsville. Presentábase, pues, una oportunidad para conferir el mando del ejército á otro jefe, y Halleck la aprovechó al momento, pues al dia siguiente el coronel Hardie marchó al cuartel general de Fredericksburg con instrucciones para relevar á Hooker, á quien debia sustituir el general Meade. Éste recibió luego una orden en que se le anunciaba que podria disponer como gustase de las tropas de Harper's Ferry, y que además se pondria á sus órdenes el general Couch con veinte mil hombres de la milicia.

Hooker se despidió desde luego del ejército cuya suerte habia compartido por espacio de tanto tiempo, y el dia antes de cesar en el mando publicó la siguiente orden del dia :

«Cuartel general del ejército del Potomac.

» *Frederick 28 de junio de 1863.*

» En cumplimiento de las órdenes del Departamento de la guerra, de fecha 27 de junio de 1863, ceso en el mando del ejército del Potomac, por haberse conferido este cargo al mayor general Jorge Meade, valeroso y entendido oficial que ha sabido captarse el aprecio y confianza del ejército en mas de

una batalla. Aun cuando esté convencido de mi inutilidad para desempeñar el cargo de general en jefe de este ejército, no puedo separarme de vosotros sin experimentar la emocion mas profunda, sin sentirme dominado por la tristeza al alejarme de aquellos que fueron mis compañeros en tantas batallas. Lo único que me consuela es la conviccion de que estas tropas seguirán siendo siempre valerosas y leales, prestando á mi sucesor el apoyo que en todas ocasiones me prestaron. En la confianza de que este ejército alcanzará triunfos dignos de la nacion, se despide de todos vosotros el general en jefe,

» *José Hooker.*»

Al dia siguiente de publicar esta orden, Hooker se despidió apresuradamente de su estado mayor y de todos sus oficiales, á quienes trató, sin embargo, con el mayor afecto, y sin perder un instante, partió para Baltimore, donde debia esperar nuevas órdenes, segun las instrucciones recibidas del ayudante general. Sin embargo, como pasaron tres dias sin que llegase ninguna, Hooker marchó á Washington, donde fué arrestado por orden de Halleck, bajo el pretesto de que habia ido á la capital sin permiso, y en contravencion á las órdenes que prohibian á todos los oficiales hacerlo así. De este modo terminó Hooker sus servicios en el ejército del Potomac.

El general Meade, que apenas podia volver de su asombro al saber que se le conferia tan elevado cargo, anunció al ejército que lo aceptaba, publicando una orden concebida en los siguientes términos:

«Cuartel general del Potomac.

Junio 28, de 1863.

» Con arreglo á las órdenes del Presidente de los Estados-Unidos, me encargo desde

hoy del mando del ejército del Potomac: como soldado, y obedeciendo á esta disposicion tan inesperada para mí por cuanto nada habia solicitado, no es necesario haceros promesas ni tampoco mi profesion de fé; me bastará recordaros que la patria confia en este ejército para que la libre de los males de una invasion enemiga. Por muchas que sean las fatigas y sacrificios que debamos sufrir, no perdamos nunca de vista los intereses de la gran causa que estamos llamados á defender; que cada uno cumpla con sus deberes, y por lo demás, confiemos en la protección de la divina Providencia.

»Con la mayor desconfianza en mí mismo, sustituyo en el mando de este ejército á un eminente é ilustre soldado cuyo nombre ocupará un puesto preferente en nuestra historia, pero confío en el cordial apoyo de mis hermanos de armas, que me ayudarán á cumplir los deberes del importante cargo que se me acaba de conferir.

»El general en jefe, *Jorge G. Meade.*»

Semejante cambio de jefes por una cuestion casi insignificante, precisamente en visperas de una batalla, es cosa que no tiene ejemplo en la historia: cualesquiera que fuesen sus faltas, Hooker éra muy apreciado de sus tropas, que conocian menos á Meade, y tenian menos fé en él, y es bien seguro que si se hubiese consultado al ejército, hubiera preferido batirse en la primera accion, bajo las órdenes de Hooker y sin el auxilio de los once mil hombres de French, mas bien que batirse á las órdenes de Meade con este refuerzo. El nuevo general en jefe, no obstante, se encargaba del mando en circunstancias muy poco satisfactorias, pero sin inquietarse por la inmensa responsabilidad que iba á contraer, y sin tener en cuenta que muy pronto debia empeñarse una lucha mortal, el gene-

ral Meade, que á no dudarlo, acariciaba las mas halagüeñas esperanzas, resolvió salir al encuentro del enemigo, y ya el 29 se puso en marcha con su ejército.

El general Lee cruzaba entonces con sus tropas por la parte Sudeste de Pennsylvania, sin encontrar oposicion alguna, é inútil parece decir que se destruyeron las vias férreas y los telégrafos, y se quemaron los puentes, al paso que se imponian contribuciones para atender á las necesidades del ejército. El coronel White habia llegado á Susquehanna en 28 de junio, en cuyo dia el general Ewell, de la division Early, ocupó á York, y habiéndose presentado la primera autoridad de dicho punto para someterse al jefe **1863.** separatista, éste exigió que, además de las raciones y efectos de vestuario, se le facilitaran cien mil duros en metálico, de los cuales se satisficieron veintiocho mil á las pocas horas (*). Si semejantes gravámenes en una plaza que siempre se habia distinguido por su neutralidad puede ser justificable por las leyes de la guerra, no puede censurarse de ningun modo ni da lugar á quejas la conducta observada par Butler en Nueva-Orleans.

(*) El pedido que se hizo para la division Early, era el siguiente:

165	barriles de harina ó	28,000	libras de pan cocido.
3,500	libras de azúcar.		
1,650	id. de café.		
1,200	id. de sal.		
32,000	id. de vaca fresca.		
21,000	id. de tocino.		

«Estos articulos serán entregados á las cuatro de la tarde del dia de hoy.

»El capitan, *W. Thornton.*»

Además de esto se pedian 2,000 pares de botas ó zapatos, 1,000 pares de medias, y 100,000 duros en metálico, y al pié del pedido veíase una nota que decia asi:

«28 de junio de 1863. Aprobado; las autoridades de York facilitarán los citados articulos y el metálico, prévio el correspondiente recibo.

»El mayor general, *J. A. Early*»

Cuando el general Hooker cruzó por última vez el Potomac, el general Stuart se hallaba con una numerosa fuerza de caballería separatista vigilando el flanco izquierdo del enemigo, pero luego se dirigió á Westminster, quemando á su paso diez y siete botes y ciento setenta y ocho wagones cargados de efectos militares, cogiendo al mismo tiempo varios oficiales que iban á incorporarse con su regimiento. Desde Westminster Stuart pasó á Carlisle, evacuado ya por el enemigo, y marchando luego en busca de la infantería de Longstreet, llegó á tiempo á Gettysburg, donde Lee, al saber que los federales cruzaban el Potomac con numerosas fuerzas, acababa de concentrar todas sus tropas. Precisamente cuando Hooker fué reemplazado, proponíase interceptar la línea de comunicaciones de Lee, lo cual le obligaría seguramente á concentrarse y aceptar la batalla; pero Meade dispuso que algunas tropas se movieran mas hácia la derecha, como si fuera también GETTYSBURG su punto de concentracion. Sin embargo, conociendo que Lee debía presentar la batalla, el nuevo general en jefe espidió una oportuna orden del dia dirigida á sus oficiales (*), y continuó avanzando con la mayor

prudencia á fin de buscar una posicion ventajosa para combatir á su enemigo. Meade acababa de fijarse en un punto llamado Pipe Creek (Ensenada de las Pipas), situado á quince millas de Gettysburg, cuando un encuentro imprevisto precipitó el momento de la gran batalla.

Gettysburg, capital del condado de Adams, es una poblacion rural de unos tres mil habitantes, que se encuentra en la region montañosa y fértil de las corrientes del Monocacy, cerca del gran camino que se estiende entre Philadelphia y Pittsburg. El pueblo está situado en un valle ó mas bien en la pendiente de una colina, y hay en él un colegio, una iglesia y otros varios edificios.

Por la parte del Sur, es decir, por donde avanzaban los federales, hay tres caminos que llegan hasta el pueblo: uno á la derecha, llamado de Baltimore, otro en el centro, conocido con el nombre de Taneytown, y el tercero en fin que se llama de Emmittsburg. Entre los dos primeros caminos y casi en su confluencia se halla la colina mas elevada de la region, que es la del cementerio de Gettysburg, situado á tres ó cuatro millas del pueblo; al otro lado del camino de Baltimore se ve otra colina de la misma altura poco mas ó menos que la anterior, y por la parte opuesta del valle desembocan tres vias principales, que son: la de York al Nordeste, la de Heidlesburg al Norte, y la de Cashtown al Oeste; en la primera de estas está el camino de hierro. Gettysburg, segun ya hemos dicho, tiene varios edificios y entre ellos uno mayor que los demás, que es el Seminario; los alrededor-

defender. Recomiendo, pues, á todos los jefes y oficiales que manden pasar inmediatamente por las armas á todo soldado que no cumpla en esta ocasion con sus deberes.

»Por orden del general en jefe Meade,

»El ayudante general, S. Williams.»

(*) Hé aquí la orden:

«Cuartel general del ejército del Potomac, junio 30, de 1863.

»Antes de que se comience la batalla que se espera de un momento á otro, el general en jefe cree de su deber prevenir á todos sus oficiales, que convendrá espliquen sucintamente á sus tropas qué circunstancias concurrirán en esta accion. El enemigo se halla en nuestro territorio; todo el pais ha depositado su confianza en este ejército, esperando que le libre de la presencia de aquel, y nuestra victoria seria recompensada, no solo con la bendicion de millones de habitantes, sino tambien con la gloria que adquiriria este ejército. En la inminente batalla en que vamos á esponer nuestras vidas están comprometidos muchos intereses, y del éxito depende la tranquilidad del hogar doméstico, el bienestar de nuestras familias. El ejército se ha batido bien hasta aqui y es de esperar que luche ahora con mayor bravura si se le hace comprender cuál es su situacion y el valor de los intereses que debe

res son agradables y de aspecto risueño, y la cima de las colinas, sobre todo por la parte del Norte, están coronadas de espesos bosques de pinos.

Una parte de la caballería federal á las órdenes del general Kilpatrick salió de Freder-

1863. rick el 28 de junio, y pasando por Libertad y Taneytown, avanzó hasta

Hannover, en cuyo punto, y aun cuando esperaba no encontrar allí enemigos, fué atacada el 30 por el general Stuart. En el breve combate que se siguió, la brigada del general Farnsworth, acosada al principio por todas partes, perdió en poco tiempo cien hombres, mas á poco llegó en auxilio de los unionistas el general Custer, y entonces los confederados tuvieron que retirarse á su vez despues de sufrir algunas pérdidas. Otra escaramuza semejante tenia lugar al mismo tiempo en Littlestown, al paso que el general Buford, que con otra division se dirigia á Gettysburg, encontraba á la vanguardia separatista al mando de Hill, á la que obligó á batirse en retirada el 1.º de julio. Una

1863. avanzada del general Reynolds á las órdenes de Wadsworth, se aproximaba en tanto desde Emmitsburg al lugar del combate, y lanzándose en auxilio de sus compañeros, contribuyó á rechazar la vanguardia separatista, ocupando una cordillera que domina todos aquellos alrededores por el Noroeste.

El general Juan F. Reynolds, jefe de la reserva de Pennsylvania, acababa de desplegar en ala su primera division y avanzaba rápidamente á la cabeza de veintidos mil hombres á fin de reunirse con Wadsworth, quien formaba sus tropas en orden de batalla, cuando cayó mortalmente herido. Reynolds, que se habia detenido para practicar un reconocimiento, al divisar á cierta distancia una numerosa fuerza enemiga, desmontó

con la intencion de observar sin ser visto, pero una bala enemiga le atravesó el cuello de parte á parte, causándole la muerte á los pocos minutos. El general Reynolds, nacido en Lancaster en 1820, habia entrado á servir en el ejército en el año 1846 y tomó parte en la guerra de México, y en todas las acciones mas notables que se dieron en Virginia, muriendo en 1863 en el territorio de su propio Estado y casi á la vista de la casa donde vivia.

El general Doubleday llegó media hora despues y se encargó del mando en reemplazo de Reynolds, mas no venian los demás refuerzos que se esperaban, y como acababa de tomar parte en el combate el general Hill con todas sus fuerzas, la division Wadsworth se pronunció en retirada, perseguida de cerca por el enemigo. Sin embargo, como este se aproximaba demasiado, una parte de la vanguardia al mando de Archer, se vió de pronto cercada por el ala derecha de los federales, que hicieron ochocientos prisioneros, incluso el jefe citado. El general Doubleday se retiró entonces al Seminario, donde se le reunieron otras fuerzas á las órdenes de Schourz y de Howard, quien se encargó del mando en jefe, pero entonces se renovó el combate con el mayor encarnizamiento, atendido que el general separatista Ewell avanzaba rápidamente con un número considerable de tropas. La division Rhodes atacó resueltamente al enemigo por su frente mientras que Early lo hacia por el flanco derecho, y no pudiendo los federales resistir el ímpetu de los separatistas, ni tampoco á la superioridad del número, retrocedieron en el mayor desorden hasta Gettysburg, acosados de cerca por sus perseguidores hasta las mismas calles del pueblo, donde muchos cayeron prisioneros en medio de una espantosa carnicería. Los heridos que se hallaban de-

positados en Gettysburg, quedaron como es consiguiente en poder de los confederados. Los unionistas se concentraron en la colina del cementerio, mientras el general Buford con sus ginetes protegía la retirada, preparándose para recibir al enemigo, pero este no avanzó aun cuando era muy de día, creyendo sin duda que todo el ejército federal se hallaba á poca distancia. No convenia á los generales separatistas que los federales se hiciesen fuertes en aquella posición, y urgiales sobre todo desalojarlos cuanto antes, mas por desgracia, habíanse quedado atrás las divisiones de Hill y Anderson y se desistió del ataque. Solo algunas pequeñas columnas, precedidas de los tiradores, avanzaron contra la posición del cementerio, pero hubieron de retroceder bien pronto á fin de ponerse fuera del alcance del nutrido fuego del enemigo.

Entre tanto el general Sickles, que habia avanzado el día antes desde Taneytown á Emmitsburg, se disponia á marchar á Middleburg, en cumplimiento de una orden de Meade, cuando á las dos de la tarde del 1.º de julio recibió un despacho de Howard, espedido en Gettysburg, en el cual se le manifestaba que los federales se batian allí con fuerzas superiores, y que el general Reynolds acababa de morir, por cuya razón se necesitaba un pronto auxilio. Sickles no sabia qué hacer, pues Meade se hallaba en Taneytown, á diez millas de distancia, y el esperarle era poner en peligro á Howard, mas al fin, reflexionando que lo mas urgente era evitar un descalabro, dejó dos brigadas y dos baterías en Emmitsburg y marchó rápidamente hácia Gettysburg, á cuyo punto llegó precisamente cuando el general Howard acababa de tomar posición en la colina del cementerio. Las tropas de Hill pudieron haber molestado á Sickles en este trayecto, pues

se hallaban situadas en las colinas de la izquierda, pero los separatistas se daban sin duda por satisfechos con la victoria alcanzada poco antes.

El general Meade se hallaba en Taneytown cuando le anunciaron que acababa de trabarse un combate en Gettysburg y que el general Reynolds habia muerto. Entonces dispuso que Hancock marchara á este punto á encargarse del mando, y en efecto, á las tres y media de la tarde llegó este jefe á la colina del cementerio, adonde se acababan de retirar desordenadamente las tropas federales, perseguidas de cerca por su victorioso enemigo. Howard habia formado ya una division, y Hancock dispuso que Wadsworth se situara con el resto de sus fuerzas (solo le quedaban mil seiscientos hombres de los cuatro mil que tomaron parte en el combate de la mañana) en la colina de Culph, mientras que el general Geary con la division Slocum, que acababa de llegar, tomaba posición en una eminencia situada cerca de Round Top, Meade habia prevenido á Hancock le manifestara cuanto antes si creia que Gettysburg seria mejor punto para dar la batalla que el elegido por él en Pipe Creek, á lo cual contestó inmediatamente Hancock diciendo al general en jefe que permaneceria en su posición hasta tanto que él se presentara para juzgar por sí mismo. Habiendo llegado Slocum á las siete de la tarde, Hancock le confió el mando para volver á reunirse con Meade, el cual le dijo que estaba resuelto á dar la batalla en Gettysburg, y que habia dado las órdenes oportunas al efecto.

Durante la noche el ejército federal se concentró en este último punto, escepto la division del general Sedgwick, que se hallaba en Manchester, á treinta millas de distancia, pero inmediatamente se espidió una orden para que se pusiera en marcha hácia Gettys-

burg á fin de reunirse con todas las tropas (*).

Poco despues llegó á Gettysburg el general Meade acompañado de Hancock, y desde luego dictó sus disposiciones á fin de fortificar la posicion, para lo cual pudo disponer de toda la mañana y de una buena parte de la tarde. El general Lee entre tanto organizaba tambien sus columnas de ataque: su primera intencion no habia sido librar la batalla en aquel momento, ni mucho menos atacar á un enemigo situado en tan ventajosa posicion, pues conocia demasiado bien lo que valen las líneas atrincheradas para esponerse inútilmente. Su objeto era desembarazarse en primer lugar del rico botin recogido por Ewell en la campaña de Susquehanna, enviar al otro lado del Potomac el inmenso tren de wagoes cargados de caballos y mulas, que entonces entorpecía sus movimientos, y una vez libre de este cuidado, le seria mas fácil operar contra la posicion enemiga, ya maniobrando ó lanzándose al asalto.

Estas prudentes resoluciones, sin embargo, se olvidaron en medio de la alegría por el triunfo alcanzado el 1.º de julio, y **1863.** se resolvió atacar el dia 2, aun cuando faltaba una division de Longstreet y la de los veteranos de Pickett, que se habia quedado custodiando la línea de retirada juntamente con toda la caballería de Stuart. Este último, no obstante, recibió luego orden de marchar á Gettysburg inmediatamente. El

(*) El general Butterfield, jefe de estado mayor, asegura que Meade le ordenó redactase una orden del dia anunciando al ejército la retirada de Gettysburg, é indicando el camino que cada cuerpo de ejército debia seguir; pero Meade niega resueltamente *que fuera su intencion retirarse*. Estos dos asertos no son incompatibles hasta cierto punto, pues un general prudente debe indicar desde luego el punto de retirada, aun cuando esté resuelto á defender una posicion hasta el último trance.

orden de batalla continuó siendo el mismo que el dia anterior; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba el ala derecha, que se estendia hasta el camino de Emmitsburg, apoyada por las divisiones de Hood, Mc Laws y Pickett; el cuerpo de ejército de Hill, incluidas las divisiones de Anderson, Pender y Heth formaron el centro, y las tropas de Ewell con las divisiones de Rhodes, Early y Johnson formaron el ala izquierda, que rodeaba la posicion enemiga por la parte del Este.

La línea de los federales afectaba la forma de una herradura: el cuerpo de ejército de Sickles constituia el ala izquierda apoyada por Sykes; Hancock estaba en el centro cubriendo el frente de la colina del cementerio por la parte de Gettysburg, y las tropas de Slocum formaban la derecha, reforzadas con dos mil quinientos hombres á las órdenes de Lockwood. El general Buford tomó posicion en la retaguardia con su caballería. Meade estaba resuelto á dar una batalla decisiva, pero como aun no se habian reunido todas las tropas del cuerpo de ejército de Sedgwick, que constaba de quince mil cuatrocientos hombres, mientras que todo el ejército separatista se hallaba allí presente, no estaba en sus intereses precipitar la hora de la lucha, si bien dió orden á Slocum de comenzar el ataque por la derecha tan pronto como se completaran sus divisiones. Sin embargo, despues de haber practicado un reconocimiento, manifestó Slocum al general en jefe que el terreno por aquel punto no era favorable, y en su consecuencia se dió una contraorden. Como los separatistas no se hallaban aun tampoco preparados, pasó la mañana y todo el dia sin que ocurrieran sino algunas escaramuzas insignificantes, precursoras de la próxima batalla.

El plan del jefe confederado consistia en

amenazar á los federales por su centro, acechando una ocasion de atacarlos mas vigorosamente por los flancos, y al efecto Longstreet debia apoderarse de las alturas de Round Top, desde las cuales seria ya mas fácil asaltar las otras mas lejanas.

Á eso de las tres de la tarde, hora en que estaban ya reunidas todas las tropas de Sedgwick, y en que Sykes se corria de derecha á izquierda, en tanto que Meade reconocia las posiciones, comenzaron los separatistas á poner en ejecucion su plan, y al efecto rompióse el fuego de cañon sobre toda la línea mientras sus columnas avanzaban sobre las dos alas del ejército enemigo. Sickles, que se habia adelantado demasiado, ansioso sin duda de trabar el combate, fué atacado de frente y de flanco, y una bala de cañon le llevó una pierna á las primeras descargas; Birney, que le reemplazó en el mando, hizo tocar retirada desde luego, y aun cuando llegaban tropas de refresco para apoyarle, los federales, que cada vez iban perdiendo mas terreno, hubieron de retroceder ante los desesperados y repetidos ataques del enemigo. El general Longstreet quiso seguir avanzando sobre el cementerio, mas no tardaron en cerrarle el paso numerosas fuerzas, y á su vez se vió precisado á retroceder sin haber conseguido su principal objeto, que era apoderarse de Round Top.

Como el general Meade consideraba que esta colina era de la mayor importancia para mantener su posicion, y veia que el enemigo era casi dueño de ella, habia destacado á Hancock, que con su division contribuyó poderosamente á rechazar al enemigo, permaneciendo en la línea que Meade queria conservar á toda costa (*).

(*) El *Investigador de Richmond* publicó los siguientes detalles, facilitados por un testigo ocular que los escribió en Hagerstown, el dia 8 de julio:

Mientras sucedia esto, la retirada de la division Slocum facilitó á Ewell la oportu-

«Llegada la tarde, espidiéronse órdenes á los diversos jefes, comunicándoles instrucciones para atacar al enemigo por su centro y por su izquierda, y á eso de las cinco y media, el general Longstreet comenzó el movimiento seguido de Wilcox, la brigada de Perry y las tropas de Wright. Las dos divisiones de Longstreet encontraron á poco al enemigo cerca de Emmitsburg, donde se habian concentrado numerosas fuerzas, y despues de un breve pero encarnizado combate, desalojaronle de su posicion, rechazándole hasta la cima de la colina. Las divisiones de Mc Laws y de Hood trataron de acometer á los federales hasta en sus últimos atrincheramientos, mas á causa de ser el terreno muy accidentado y empinada la cuesta de la colina, no fué posible llegar hasta la cima, aun cuando las pérdidas del enemigo habian sido numerosas. He oido decir á varios oficiales que nunca vieron los muertos tan hacinados como lo estaban en el terreno donde tuvo lugar el combate con las tropas de Mc Laws, y muchos aseguraron que ni aun en la primera batalla de Fredericksburg hubo tanta carnicería entre los federales.

»Mientras la lucha arreciaba por la derecha, los generales Wilcox y Wright, con la division de Anderson, estrechaban al enemigo en su centro, de tal modo que le rechazaron hasta sus mismas baterías, parte de cuyos cañones cayeron en poder de los confederados. Wright acababa de barrer todo el valle con su artillería á pesar del espantoso fuego que hacia el enemigo desde las alturas de Mc Pherson. En aquel momento esta valerosa brigada trabó un terrible combate que duró quince ó veinte minutos, mas al fin, cargando impetuosamente en la pendiente de la montaña, acorraló al enemigo, que se habia hecho fuerte tras de un murallon de piedra, y le desalojó de su posicion acometiéndole á la bayoneta. Entonces los separatistas concentraron su fuego sobre las baterías federales situadas en las alturas, y una vez que se hubo conseguido apagarlas, las huestes confederadas se lanzaron á la carrera hácia la cúspide de la colina, y se apoderaron de los veinte cañones que allí se hallaban, mientras que la infantería se dispersaba en todas direcciones en el mayor desórden y confusion.

»Dueños ya los separatistas de aquel terreno, que era la llave de la posicion enemiga; habiase alcanzado al parecer la victoria, pues cada uno de los mencionados jefes conservaba los puntos conquistados despues de tan ruda refriega, y quedaba cortada la comunicacion entre las alas izquierda y derecha del ejército enemigo. Debe advertirse, sin embargo, que el triunfo no fué completo, ni el resultado tan satisfactorio como se pudiera esperar en cambio del valor heroico y del arrojo é intrepidez con que se batieron los separatistas, pero esto consistió principalmente en que parte de la division Anderson, la brigada del general Posey y la del general Mahone no avanzaron, como tenian orden de hacerlo, y de este modo, una parte de las fuerzas permaneció ociosa y fué solo mera espectadora del mas importante hecho de armas que habia tenido lugar en el conti-



nidad de atacar el ala derecha de los federales con fuerzas muy superiores, haciéndoles retroceder á una gran distancia, y poco antes de oscurecer, los separatistas acometieron tambien á Howard, consiguiendo apoderarse de un lado de la colina del cementerio, si bien no se podían obtener grandes ventajas con esto.

La noche puso fin á la batalla del 2 de julio, pero el general Lee estaba resuelto á continuar el ataque al dia siguiente, pues debía recibir el refuerzo de la caballería y de la division Pickett, al que mandó una orden para que apresurase su marcha. Despues se hicieron todos los preparativos necesarios para asaltar la posicion del cementerio; reunióse la artillería á la derecha de los confederados, en las posiciones conquistadas por Longstreet, y allí fueron á situarse asimismo las columnas de ataque. La division Pickett se colocó á la derecha, las divisiones Pettigrew y Hood á la izquierda, y las demás fuerzas se repartieron en el resto de la línea á fin de operar sobre todos los puntos á la vez.

nente. Así pues, quince ó veinte mil hombres descansaban sobre las armas, presenciando un combate tan sangriento como terrible, y siendo testigos de los desesperados esfuerzos de dos pequeñas brigadas, la de Wright y la de Wilcox, que luchaban con las numerosas masas de la infantería enemiga, bajo un fuego mortífero, sin que nadie se acercara á prestar auxilio cuando fueron tomadas las alturas. El no haber avanzado los generales Posey y Mahone para apoyar la izquierda de Wright, facilitó una oportunidad á los federales, quienes atacaron entonces con ventaja el flanco débil. Entonces pudo reconocerse que se habia perdido la jornada, y esto despues de haber alcanzado una victoria, pero debe consignarse que no se perdió porque las tropas no se batiesen con el mayor arrojo, sino porque muchas de ellas no tomaron parte en la lucha.»

Lee decia en su parte oficial:

«Despues de un encarnizado combate, el general Longstreet consiguió ocupar el terreno tan deseado; tambien Ewell se hizo dueño de algunas fuertes posiciones, y todo hacia creer que seria posible desalojar al enemigo. La batalla cesó al llegar la noche, pero resolví continuar el ataque al dia siguiente.»

De los siete cuerpos de ejército que tenia Meade á su disposicion, tres de ellos se hallaban completamente desbaratados á consecuencia del combate del dia 2; Reynolds habia muerto, Sickles, segun ya hemos dicho, estaba fuera de combate, y la pérdida entre las tropas no bajaba de veinte mil hombres, siendo de advertir que no llegaban otras fuerzas para reemplazarlos. El centro del ejército separatista ocupaba el mismo sitio donde cayera Reynolds; tambien disponia el enemigo de todo el terreno donde Howard y Sickles habian sido derrotados, y si bien es cierto que sus pérdidas fueron considerables, tenían razon en esperar que el triunfo del dia siguiente compensaria con creces sus numerosas bajas.

Meade, sin embargo, no perdió tampoco el tiempo, y si bien es cierto que no esperaba recibir refuerzos inmediatamente, contaba, sin embargo, con el cuerpo de ejército de Couch que debía llegar de Harrisburg, con objeto de atacar la retaguardia de los separatistas. Además de esto, la posicion de las colinas del cementerio era muy fuerte, y á fin de que lo fuese aun mas, se trabajó activamente en la noche del 2 al 3 y se concentraron en el punto principal todas las piezas que estaban en el ala izquierda, por cuyo medio pudieron formarse en las colinas tres órdenes de baterías cuyos fuegos podrian cruzarse perfectamente.

Al dia siguiente, 3 de julio, reinó la mayor ansiedad en las primeras horas de la mañana, mientras los separatistas **1863.** terminaban sus preparativos y colocaban sus baterías para hacer el último esfuerzo supremo, que en su concepto debía asegurarles la victoria; pero al fin, á eso de la una de la tarde dióse la señal, y los ciento quince cañones de grueso calibre, de que disponian los generales Hill y Longstreet, cruzaron sus

fuegos sobre la colina del cementerio, centro y llave de la posición de los federales, siendo de notar que en el cuartel general de Meade, situado en aquel punto, cayó una verdadera lluvia de proyectiles que causaron la muerte de varios ordenanzas del general en jefe y unos veinte caballos. Fué tan nutrido el fuego por espacio de dos horas, que el terreno de la colina estaba literalmente acribillado á balazos, y aunque los federales contestaron con sus cien cañones, como las baterías del enemigo estaban concentradas, no produjo esto mucho efecto, puesto que al poco tiempo hubo de cesar el fuego por parte de los unionistas, mientras que el de los confederados diezmaba sus filas. Entonces el general Meade dió orden de enfriar los cañones mientras la infantería se preparaba al segundo ataque, que por cierto no se hizo esperar mucho, pues á los pocos momentos, y después de unas tres horas de cañoneo, aparecieron los batallones separatistas formados en orden de batalla, precedidos de una nube de tiradores que avanzaban resueltamente hácia la colina del cementerio.

La columna derecha se componía de la división Pickett, formada en su mayor parte de veteranos de Virginia, los cuales avanzaron á su vez con un orden admirable, arrojando la metralla que los diezmaba; el camino por donde pasaron quedó cubierto de cadáveres, pero la heroica división no se detuvo por esto, y continuando impávida su marcha, no tardó en llegar á las primeras baterías, de las que se apoderó á poco, lanzándose sobre ellas con bayoneta calada. En vez de pasar adelante en la narración de esta batalla, parécenos mas oportuno copiar al corresponsal del *Investigador de Richmond*, quien describe en los siguientes términos aquella acción memorable:

«Á la división Pickett, la primera que

avanzó, apoyada su ala derecha por la brigada Wilcox, y la izquierda por la de Heth, siguió la división Pettigrew, que fué á ocupar el mismo terreno donde se hallaba Wright el día anterior. Estaba yo en una eminencia desde la cual observaba con el mayor interés todos los movimientos de los separatistas, pues ya el día antes había visto pasar á otros bravos por aquel mismo valle, y presenciado desde las alturas su lucha mortal, viéndoles volver con sus columnas destrozadas, pero limpias sus banderas. Sus intrépidos compañeros iban á empeñar en aquel momento otra sangrienta refriega, y yo comprendí que sus esfuerzos serían inútiles si las tropas que debían auxiliarles no luchaban con la bravura del león. Los confederados avanzaban siempre sobre el enemigo con mesurado paso; la brisa agitaba sus banderas al cruzar la llanura, y confieso que aun cuando he presenciado todas las grandes acciones de este ejército, nunca había visto á ninguna tropa entrar en fuego con un orden tan admirable como el de la brillante división Pickett. Á esta seguían, según ya hemos dicho, las fuerzas de Pettigrew, que acababan de desembocar del bosque para apoyar la izquierda de Pickett, y á su vez pasaron también por el valle en dirección á la colina, mas bien pronto pude observar que esta división carecía de la firmeza y de la serenidad que mostraban los soldados de Pickett, convenciéndome que no podrían sostener la tremenda lucha en que iban á empeñarse bien pronto. En efecto, la tropa de Pettigrew se componía en su mayor parte de bisoños últimamente llegados del Sur, y que á no dudarlo no habían recibido nunca el bautismo de fuego ni presenciado combate alguno, y no pude menos que desconfiar de su valor. Precisamente cuando Pickett se hallaba ya bajo el fuego del ene-

migo, nuestras baterías suspendieron el suyo; aquel fué un momento de ansiedad mortal para Pickett y sus bravos; «¿por qué no rompen de nuevo el fuego nuestros cañones?» preguntan todos á la vez; algunos esperan oírlos tronar en breve; ¡vana esperanza! nuestras baterías guardan el silencio de la muerte. Sin embargo, la intrépida division Pickett sigue avanzando siempre, á pesar del torrente de metralla que lanzan cincuenta bocas de fuego, y aquel puñado de héroes continúa impávido su marcha, contestando á su vez á las descargas del enemigo. Ya les veo llegar al camino de Emmitsburg, donde se hallan las masas compactas de la infantería unionista apostadas tras de un muro de piedra y apoyadas por su artillería, que libre ya de nuestros cañones, rompe un fuego mortífero sobre los bravos de la division separatista. Estos se detienen un momento y luego siguen avanzando; llegan por fin al muro de piedra y lo destruyen; los unionistas emprenden la fuga desordenadamente, y los artilleros enemigos abandonan sus piezas no pudiendo resistir las nutridas descargas de la division Pickett. En aquel momento veo á los generales Kemper y Armistead plantar su bandera en las obras del enemigo y oigo el grito de triunfo de los confederados que acaban de alcanzar la victoria.

»¿Qué hace entre tanto la division Pettigrew? Cuando aun resuena en mis oídos el grito de triunfo de los hijos de Virginia, dirijo mi vista hácia la izquierda, y allá en la llanura, veo que reina la mas espantosa confusion y que están completamente desbaratados los batallones de Pettigrew, rota la línea y dispersa la division, que se dirige presurosa á reunirse con la retaguardia. El intrépido Pettigrew está herido, pero aun sigue dando órdenes á sus soldados, y en vano trata de reunirlos á su alrededor. Sobrecogi-

dos de un pánico, los hombres de esta division no escuchan las amonestaciones de su jefe (*), y Pickett queda solo para contener los batallones del enemigo que se agolpan sobre él por todos los puntos á la vez. Garnett cae muerto de un balazo, y Kemper, el bravo y caballeroso Kemper es retirado del campo de batalla mortalmente herido. Las masas de la infantería enemiga son cada vez mas compactas y se aproximan rápidamente á la retaguardia de Pickett, en cuyo momento se da la orden de retirada, y los separatistas comienzan el movimiento con el mejor orden, disputando palmo á palmo el terreno. Los unionistas estrechan á sus enemigos, y muchos bravos á quienes antes respetaran las balas enemigas, cayeron entonces para no volver á levantarse mas. Armistead está herido y queda prisionero, mas en aquel crítico instante se ve avanzar al resto de la brigada de Wright, con el fin de cubrir la retirada, y entonces termina la lucha. Nuestras pérdidas en este ataque fueron muy sensibles, pero las de los unionistas, segun lo dicho por los prisioneros, fueron tambien inmensas.»

Oigamos ahora la descripcion que hace el cronista de los federales del desesperado ataque de los confederados que luchaban por conservar su posicion en el Norte:

«El dia 4 de julio habian reunido los confederados todas sus tropas para dar un gran ataque y hacer un desesperado **1863.** esfuerzo á fin de vencer de una vez nuestra obstinada resistencia. Al efecto lanzaron con-

(*) Seria no hacer justicia á un valeroso enemigo el no consignar aquí que es inexacto lo que se dice de las tropas de Pettigrew, que se batieron cuando menos con tanta bravura como sus demás camaradas, y tanto es así, que todos los oficiales menos uno quedaron muertos ó heridos en el campo de batalla. De los dos mil ochocientos hombres que entraron en fuego, solo ochocientos treinta y cinco contestaron á la lista á la mañana siguiente.

tra nosotros la flor de su ejército, confiando en la victoria, y si bien es cierto que el enemigo se apoderó por algunos momentos de nuestras líneas, era tan fuerte nuestra posición y tan mortífero el fuego, que nuestras baterías barrieron columnas enteras, y los separatistas hubieron de retirarse al fin dejando en nuestro poder numerosos prisioneros.

»Esto es lo que sucedió por punto general en toda la línea, pero la lucha fué mas encarnizada con el segundo cuerpo de ejército, en el cual se habian reunido todas las tropas veteranas, que avanzaron contra nosotros con un orden admirable. Al frente iba la brillante division Pickett apoyada por los batallones mas aguerridos de Hill, y como no bastaba á contenerla el fuego de nuestros cañones ni las descargas de la infantería, las avanzadas federales comenzaron á retirarse lentamente del camino de Emmitsburg, disputando el terreno hasta lo último. Entonces los separatistas, que habian economizado sus tiros, rompieron á su vez el fuego, mientras que la artillería cañoneaba nuestra posición.

»El general Hancock cayó á poco herido, y Gibbon, intrépido y valeroso militar que le sucedió en el mando, dió inmediatamente orden de no hacer fuego hasta que se hallara mas cerca el enemigo. Al fin llegó el momento, y entonces una terrible descarga á la que sucedieron otra y otras, sembró la muerte en las filas confederadas, pero los batallones se sucedian unos á otros, y en aquel instante, los federales, que habian hecho un supremo esfuerzo, se vieron completamente dominados sin poder resistir el ímpetu de sus contrarios, los cuales llegaron hasta los mismos cañones de los unionistas, y atacando á la bayoneta, consiguieron que los artilleros abandonasen sus piezas en el momento

en que los jefes enemigos clavaban su bandera en nuestras obras de defensa.

»Los separatistas, sin embargo, habian avanzado demasiado lejos y su temeridad debia costarles muy cara: hallábanse completamente espuestos á un fuego enfilado, y los cañones de los federales desbarataron bien pronto su línea cubriendo el suelo de cadáveres; las baterías de la colina del cementerio acabaron de decidir el éxito de la jornada.

»Las destrozadas columnas de los confederados comenzaron entonces á retroceder, mientras que la infantería unionista se lanzaba en su persecucion, mas ya no debia encontrar esta mucha resistencia, pues todo un regimiento arrojó sus armas y se rindió á discrecion, en tanto que otros destacamentos sueltos hacian lo mismo. Solo la brigada de Webb cogió ochocientos prisioneros, y la division Gibbon se apoderó tambien de otros muchos y de varias banderas.

»La dispersion era completa; la batalla habia terminado, pero tambien los federales habian sufrido considerables pérdidas, pues solo la division de Harrow tuvo cincuenta y cuatro oficiales muertos y setecientos noventa y tres individuos de tropa.

»Los separatistas habian hecho un inútil sacrificio; reunieron los dispersos restos de su ejército, y formando sus líneas abandonaron el campo de batalla. Aquello era una derrota completa, y puede decirse que por una vez habia alcanzado el ejército del Potomac una señalada victoria.»

En el informe que presentó el general Doubleday á la comision de guerra, refiriendo los pormenores del combate, decia lo siguiente:

«Á eso de las dos de la tarde el enemigo rompió un fuego tan certero con sus ciento veinticinco cañones, que en pocos momentos

hizo un espantoso destrozo, y no hubo oficial á quien no le mataran el caballo, siendo de advertir que algunos perdieron dos y tres, como me sucedió á mí. Este primer ataque me hizo comprender que se preparaba otro por la infantería, y en su consecuencia ordené á mis soldados que se protegieran lo mejor posible detrás de las rocas ó de las eminencias hasta que cesara el fuego de las baterías y se lanzase el enemigo al ataque.

»Llegado el momento, el enemigo avanzó en tres columnas con sus alas desplegadas, á fin de impedir que el grueso de las fuerzas fuese flanqueado, y entonces conocí que se dirigía á mis líneas, pero viendo que estas eran muy fuertes y estaban perfectamente fortificadas, los confederados mudaron de parecer y concluyeron por atacar á la division Hancock, que se hallaba á mi derecha. Al practicar este movimiento hubo sin duda una mala inteligencia, y como merced á esta circunstancia quedó un espacio libre entre una de las alas y el centro, mandé al general Stannard que cargase con su brigada por uno de los flancos de la columna de ataque, mientras que nuestra artillería hacia un nutrido fuego sobre su centro. Se ha dicho que algunos enemigos llegaron á tocar nuestros cañones, pero los prisioneros no lo confirman, y aseguran por el contrario que la brigada del general Stannard fué la que mas los perjudicó, pues no les era posible resistirla en la posicion que ocupaban, y hubieron de retroceder á fin de ponerse fuera de su alcance. Yo destaqué entonces dos regimientos previniéndoles atacaran á los confederados de frente, pero ya nuestra artillería hacia tales estragos en sus filas, que se vieron en la precision de tocar retirada despues de sufrir sensibles y numerosas pérdidas.

»Cinco minutos despues llegaban para reforzarme varios regimientos y baterías, mas

como no eran entonces necesarios, dispuse que se situaran convenientemente y aguardasen nuevas órdenes.»

Hé aquí, pues, cómo se ganó la sangrienta batalla de Gettysburg, en la cual fundaban sus esperanzas los separatistas, mas cuando estuvo concluida, apenas habia ya municiones disponibles, y una sola brigada componia la reserva del ejército del Potomac, pues todas las tropas se habian situado en diversos puntos, á fin de contener el furioso ataque del enemigo. Despues de esta decisiva accion, puede decirse que ya no hubo lucha; solo el general Crawford, de la division Sykes, que ocupaba á Round Top, avanzó á las cinco de la tarde, por orden de Meade, contra una batería aislada que aun seguia haciendo fuego, y apoderándose de ella, cogió doscientos sesenta prisioneros de la division Anderson, siete mil armas pequeñas y una porcion de heridos que se hallaban en poder de los separatistas.

Se ha censurado al general Meade tachándole de tímido y demasiado prudente, mas no puede negarse que su estrategia, aunque no atrevida, fué muy acertada, pues si hubiera consentido, como algunos querian, que se asaltaran las baterías de los separatistas en la cordillera del Seminario, es muy probable que le hubiesen derrotado. Tratándose de dos ejércitos igualmente resueltos y valerosos que cuentan con el mismo número de tropas, una posicion mas ó menos ventajosa decide naturalmente del éxito de la jornada en favor de unos ú otros. En esto no sucede como con las turbas armadas, que á veces triunfan por su misma audacia, pues los acometidos, comprendiendo que los que atacan no han de huir, prefieren con frecuencia abandonar la lucha. Si por su parte el general Lee hubiese atacado á Burnside en las alturas de Falmouth, es

indudable que habria sido derrotado de una manera lastimosa.

Ni tampoco se debe censurar á Meade porque no se lanzara inmediatamente en persecucion del enemigo: los muertos y heridos que acababan de caer en el campo de batalla representaban una cuarta parte de su ejército; habíanse agotado sus municiones é ignorábase cuál era la verdadera situacion de Lee. Si Meade hubiese mandado avanzar á sus tropas sobre la colina del Seminario y el enemigo le hubiera rechazado con un fuego tan espantoso como el que destruyó á los batallones separatistas en la colina del cementerio, habríasele censurado luego por muchos que no le creian dotado de suficiente valor. Meade, no obstante, cometió un error grave al encargarse del mando: ya recordaremos que se le autorizó para obrar como juzgase mas oportuno respecto á las fuerzas de French, que ocupaban las alturas de Maryland, disponiendo tambien como tuviera por conveniente de las tropas de Couch, y en este caso, una vez decidido á presentar la batalla á Lee tan pronto como le favoreciesen las circunstancias, debió haber ordenado que dichas fuerzas se uniesen con él lo mas pronto posible, por cuyo medio habria quedado completamente dueño de la situacion, y hasta le hubiera sido posible impedir la vuelta de Lee á Virginia. En vez de hacerlo así, Meade no dió orden alguna á Couch, y si bien es cierto que por consejo de Butterfield tomó los once mil hombres que ocupaban las alturas de Maryland, no lo es menos que dejó siete mil de estos en Frederick, donde permanecieron ociosos cuando tan útiles podian ser sus servicios en otra parte. Si la batalla de Gettysburg se hubiese perdido por falta de estos once mil hombres, Meade habria incurrido en la mas grave responsabilidad.

Del informe oficial de Meade aparece que en los diversos combates ocurridos en Gettysburg, y que constituyeron la batalla de este nombre, se contaron en el ejército federal dos mil ochocientos treinta y cuatro muertos, trece mil setecientos nueve heridos y seis mil seiscientos cuarenta y tres estraviados (la mayor parte de ellos prisioneros), lo que compone un total de veintitres mil ciento ochenta y seis (*), y en cambio se cogieron tres cañones, cuarenta y una banderas y trece mil seiscientos veintinueve prisioneros, muchos de los cuales estaban heridos. Además se recogieron en el campo de batalla veinticuatro mil novecientas setenta y ocho armas de todas clases, pero es de presumir que muchas de ellas habian pertenecido antes á los unionistas.

Lee no formó la lista de sus pérdidas, pero no es de creer que fueran menos numerosas que las de los unionistas (**), atendido que sus tropas se batieron en terreno descubierto mientras que los federales se protegían con sus obras defensivas. Así pues, creemos estar en lo justo, suponiendo que los confederados tuvieron diez y ocho mil bajas entre muertos y heridos, sin contar diez mil prisioneros que quedaron en poder del ejército federal.

(*) Entre los muertos se contaban los generales S. H. Weed y E. J. Farnsworth y seis coroneles, y entre los heridos los generales Gibbon, Barlow, Stannard, Webb y Paul.

(**) Al hablar sobre este punto dice el escritor Pollard:

«La division Pickett, que se halló en lo mas recio de la refriega, sufrió pérdidas tan sensibles y numerosas, que no podemos menos de consignarlas aquí porque real y verdaderamente llamaron la atención. Baste decir que todos los jefes quedaron muertos ó heridos, y de veinticuatro oficiales subalternos solo dos salieron ilesos. Los coroneles de cinco regimientos de Virginia, uno de los cuales perdió doscientos doce hombres de los doscientos cincuenta de que se componia, quedaron muertos en el campo de batalla. Además de estos, perecieron los brigadieres-generales Barksdale y Garnett, y resultaron heridos los generales Hood, Trimble, Heth, Pender, Pettigrew, Kemper, Scales, G. T. Anderson, Hampton, J. M. Jones, Jenkins, Armistead y Semmes; estos dos últimos mortalmente.

Durante los días 2 y 3 la caballería de ambos ejércitos, que parecía acechar una oportunidad para dar un golpe de mano, tuvo varios encuentros sin consecuencia, pues en realidad no hubo ningun combate formal. El día 3, el general Hood trató de efectuar un movimiento en el camino de Emmitsburg con el objeto de sorprender el ala izquierda de los federales, el punto mas débil, segun lo dicho por el general Meade, pero bastó para rechazar el ataque la brigada del general Merritt, que á su vez se proponia flanquear la retaguardia de los separatistas. De este combate, que mas bien pudiera calificarse de escaramuza, no resultó ninguna gran ventaja para unos ni otros, aunque, segun parece, una numerosa fuerza de infantería al mando de Hood no tomó parte en el ataque merced á los esfuerzos de Merritt y Farnsworth, que la entretuvieron, impidiendo que auxiliara á sus compañeros en la gran batalla de Gettysburg.

Terminada la accion, Pleasanton, el jefe de la caballería, recomendó á Meade que mandara perseguir al enemigo, pues todo inducia á creer que no solo estaba desmoralizado el ejército separatista y que empezaba á retirarse, sino que carecia de municiones. Meade, sin embargo, alegó que no estaba seguro de que el ejército hubiese emprendido la retirada, y deseando asegurarse de ello por medio de un reconocimiento, destacó á Pleasanton con alguna caballería á fin de que lo averiguara. El general Gregg, que habia estado ocupando á Chambersburg, volvió á las ocho de la mañana del 4 de julio

1863. y anunció que el camino estaba lleno de heridos y de camillas, y que á no dudarlo, el enemigo se retiraba apresuradamente; otros jefes de caballería que volvian de practicar reconocimientos semejantes, aseguraron tambien lo mismo, mas, á pesar

de esto, como el general Meade no avanzó desde luego por la línea directa de retirada, y como la conduccion de la artillería y los trenes de un gran ejército exigen mucho tiempo, no se dispersaron los piquetes separatistas hasta el dia siguiente, 5 de julio. Una division de la milicia de Couch, compuesta de unos cinco mil hombres al mando del general Smith, acababa de incorporarse con la retaguardia.

Á la mañana siguiente no quedaba ya la menor duda de que el enemigo en masa se iba retirando con la mayor celeridad posible, y entonces se dió orden de avanzar al general Sedgwick con sus divisiones á fin de perseguir á los fugitivos. Hé aquí lo que dice sobre este movimiento un testigo ocular:

«El dia 4 de julio se reconoció hasta la evidencia que el enemigo se habia pronunciado en retirada, sin que pudiera, sin embargo, asegurarse qué distancia habria recorrido ya, pues no se veía sino una escasa fuerza desde la posicion que ocupaban los federales. El general Sedgwick, que marchaba con sus tropas en persecucion del enemigo, llegó á poco á los escarpados desfiladeros de Fairfield, que son una larga cadena de montañas, y á poco se presentó un oficial subalterno del enemigo, al servicio de uno de los regimientos de Georgia, el cual dijo, sin que se le preguntase nada, que los confederados apenas tenian municiones. El punto adonde habian llegado los federales era á propósito para el ataque, pero el general Sedgwick tuvo por conveniente no avanzar mas hasta que se hubiese marchado el enemigo, y llegado el momento, los federales prosiguieron su camino á través de Boonsboro con direccion á Hagerstown. La caballería de Buford se dirigió á Funkstown, donde se hallaban apostadas algunas fuerzas separatis-

tas que abandonaron su posición sin oponer mucha resistencia. En este encuentro, los federales destruyeron varios puentes, apoderándose de algunos prisioneros. El día 10 se detuvieron las tropas unionistas para tomar algún descanso, y el día siguiente continuaron su marcha hacia las montañas del Sur. Ya cerca de Williamsport encontraron algunas avanzadas separatistas, y hubo un breve tiroteo sin resultado alguno, pues el general Sedgwick tenía orden de no empeñar una batalla formal. Entre tanto el general en jefe del ejército confederado seguía avanzando siempre sin obstáculo, y acababa de ocupar una buena posición después de una marcha feliz que no le costó sino algunos hombres y unos veinte wagones. En cambio, al llegar al río, vieron los confederados que los puentes estaban destruidos y que la corriente venía muy crecida, pero esto no era una dificultad para los que tienen que luchar á cada momento con esta clase de obstáculos, y mientras se construían algunos pontones, el jefe separatista se situó en una buena posición junto al Potomac. Esperábase que los federales atacarían inmediatamente, mas no ocurrieron sino algunas escaramuzas entre la caballería, porque, según ya hemos dicho, Meade no deseaba empeñarse por entonces en una batalla general. En su consecuencia las tropas encargadas de perseguir al enemigo tomaron posición á una milla de Hagerstown, en donde ocurrió un combate con algunas fuerzas de infantería separatista que trató, aunque inútilmente, de rechazar á sus perseguidores atacando á la caballería de Buford.

»Los federales siguieron ocupando sus posiciones dos ó tres días mas hasta que recibieron orden de acercarse mas á Hagerstown, donde se encontraron algunas obras defensivas de los confederados, pero al lle-

gar allí se supo que el ejército confederado había cruzado ya el río.»

Los días 4 y 5 de julio fueron consagrados á curar los heridos y enterrar los muertos. El general Meade estaba **1863.** satisfecho de que Lee se hubiese retirado, pero creía que se encaminaba hacia el valle de Cumberland y no al Potomac, por cuya razón resolvió marchar con el grueso de sus tropas hacia Boonsboro con el fin de cerrar el paso al enemigo. El general Sedgwick, no obstante, remitió un parte en 6 de julio anunciando que el enemigo había tomado posición en los desfiladeros de Fairfield y que se necesitarían mas tropas para desalojarle. Entonces enviáronse nuevos refuerzos á Sedgwick, mas á poco remitió éste un segundo parte anunciando que no era acertado perseguir al enemigo por el camino que seguía. Con este motivo se dió contraorden y todo el ejército se dirigió por el camino de Middletown, mientras se daba á Sedgwick la orden de unirse con el grueso de las fuerzas. Llegadas al punto últimamente citado, las tropas se detuvieron un día, continuando luego su marcha hacia el Potomac, en una de cuyas orillas había sido fortificado el general Lee convenientemente, según ya hemos indicado.

Hé aquí lo que decía el parte del general Lee acerca de su retirada:

«El ejército permaneció en Gettysburg todo el día 4 y por la noche comenzó á retirarse por el camino de Fairfield, llevándose cuatro mil prisioneros, de los cuales dos mil fueron puestos en libertad bajo palabra; los numerosos heridos que el enemigo dejó en nuestro poder después de la primera y segunda jornada, quedaron abandonados por el pronto.

»Poco pudimos adelantar aquella noche á causa sobre todo de una espantosa tormenta

que embarazaba nuestros movimientos, á pesar de que la retaguardia de la columna no abandonó su posición de Gettysburg hasta la noche del 5.

»La marcha continuó durante aquel día sin interrupción por parte del enemigo, pero cerca de los desfiladeros de Fairfield hubo un encuentro que no puede calificarse de combate formal. Una parte de nuestro tren de campaña se dirigió por el camino de Fairfield y el otro por el de Cashtown; al cruzar las montañas nos atacó la caballería enemiga por la retaguardia y pudo capturar algunos wagones, mas luego continuamos nuestra marcha hácia Williamsport sin sufrir grandes pérdidas. Cerca de este punto el general Imboden rechazó un ataque de la caballería enemiga, auxiliado por el general Stuart. Después de una fatigosa marcha, mas penosa aun por las continuas lluvias, el ejército llegó al fin á Hagerstown en la madrugada del 7 de julio.»

En efecto, el general Lee había escapado felizmente, y seguro es que cuando sus desbaratadas columnas abandonaron á Gettysburg, pocos oficiales podían imaginarse que les sería dable llegar á Virginia con toda su artillería y tren de campaña, pues era lo mas probable que al llegar al Potomac solo quedasen ya los restos del ejército separatista. Las copiosas lluvias, no obstante, que son frecuentes después de las grandes batallas, entorpecieron mas la marcha de los perseguidores que de los perseguidos, y á causa también de falta de energía ó de actividad por parte de los federales, el general Lee pudo disponer de cuatro días, los cuales le bastaron para fortificarse en Williamsport antes de que llegara el general Meade.

Pero ni para Lee, ni para su ejército habían concluido aun las fatigas y penalidades:

las tormentas que estallaron después de la batalla hicieron crecer de tal modo la corriente del Potomac, que se cubrieron todos los vados, y por otra parte el general French, que con siete mil veteranos había permanecido ocioso en Frederick, durante los grandes acontecimientos de Pennsylvania, acababa de destacar sin orden alguna, en dirección á Falling Waters y Williamsport, una fuerza de caballería que cogió prisionero al pequeño destacamento á quien confiara Lee la custodia del puente. El general separatista no tuvo pues otro remedio sino mandar construir otro, mas antes de estar concluido, Lee divisó al ejército de Meade, que se aproximaba reforzado con la división de French y parte de la milicia de Couch, que se unió con el ejército en Boonsboro.

El día 12 de julio, durante el cual los federales se ocuparon en elegir sus posiciones, el general Meade reunió su consejo de jefes y oficiales á fin de discutir la conveniencia de atacar á la mañana siguiente al enemigo. La sesión fué larga y los debates acalorados: los generales Howard, Pleasanton y Wadsworth estaban por el ataque; los generales Sedgwick, Slocum, Sykes, French y Hays, (este último sustituía á Hancock, herido en la batalla de Gettysburg), se oponían á él, y el general Meade, después de oír el parecer de todos, manifestó que él opinaba como los primeros, pues se hallaba allí para batirse y no veía una razón para no hacerlo, pero que no podía ni debía tampoco incurrir en la responsabilidad de ordenar el ataque contra el parecer de la mayoría, mucho menos contándose en esta cuatro jefes superiores de una graduación casi igual á la suya. Acaso Meade no obró con acierto en aquella ocasión, mas debe tenerse en cuenta que hacia solo dos semanas que estaba encargado del mando del ejército y por esto le pareció que

pudiera ser mas grave su responsabilidad si no hacia aprecio de la mayoría de sus consejeros. Sea como fuere, los federales no atacaron, permaneciendo ociosos todo el dia siguiente, y llegada la noche, el general Lee cruzó el Potomac sin dejar detrás de sí mas que dos piezas inservibles y algunos wago- nes deteriorados de los que pudo apoderarse el enemigo.

El dia 14 de julio una avanzada de caballería unionista, al mando del coronel Gregg, cruzó el Potomac por Harper's Ferry, y á la mañana siguiente marchó desde las alturas de Bolivar á Winchester, dirigiéndose luego á Shepherdstown, donde trabó un combate con la caballería confederada al mando de Hugo Lee. Éste obligó á los federales á retroceder hasta que ocuparon una fuerte posicion, la cual no atacaron sino una vez los separatistas, siendo rechazados despues de un reñido combate. En este encuentro resultó por ambas partes una pérdida de unos cien hombres entre muertos y heridos.

El general Meade cruzó el Potomac por Berlin, el dia 18 de julio, y pasando por Lovettsville, Union, Upperville y Salem, avanzó sobre Warrenton, ocupando así la línea del Rappahannock, abandonada por el ejército federal uno ó dos meses antes. Meade habia efectuado este movimiento antes que Lee, quien se detuvo por algunos dias cerca de Monte Bunker, y merced á esta circunstancia, el jefe unionista pudo ocupar todos los pasos de Blue Ridge, al Norte del Rappahannock, cerrando así el paso al enemigo desde el valle de Shenandoah.

Engañado Meade por los informes recibidos, esperaba presentar la batalla al enemigo en Manassas-Gap, donde la caballería al mando de Buford encontró una numerosa fuerza de separatistas, mas como llegaron en

auxilio de aquel el general Ward y la brigada Spinola, contrarestáronse las fuerzas del enemigo y se le rechazó, aunque con pérdidas considerables por ambas partes. Al general Spinola le hirieron dos veces, y tambien lo quedaron de alguna gravedad otros dos oficiales, contándose entre los muertos el general Price. Á la mañana siguiente los federales avanzaron sobre Front Royal sin encontrar enemigos, mas allí supieron que una de las brigadas de Ewell era la que habia tomado parte en el combate del dia anterior, y que la division Rhodes, que formaba la retaguardia del ejército de Lee, acababa de cruzar el valle para apoyarla. Por entonces, no obstante, no habia enemigos que combatir, y Meade perdió dos dias recorriendo Manassas-Gap, con lo cual tuvo Lee tiempo suficiente para dirigirse al Sur, flanqueando la derecha del ejército federal y apareciendo al frente de este cuando menos se esperaba.

Tan pronto como se supo que el general Lee habia marchado al Norte con todas las fuerzas que pudo reunir, el general Dix, comandante del fuerte Monroe, recibió órden de hacer una demostracion contra Richmond, auxiliado por el general Keyes, y al efecto se pusieron en marcha cinco mil hombres de todas armas á las inmediatas órdenes del general Getty. Keyes se dirigió á Baltimore, destacando antes mil quinientos ginetes con órden de destruir el puente del camino de hierro de South Anna (Ana del Sur), lo cual se hizo sin que ocurrieran mas que dos ó tres escaramuzas de poca importancia en que estuvo la ventaja de parte de los separatistas, y esto bastó para que Keyes se retirase sin empeñar ningun combate formal y sin hacer cosa alguna que valiese la pena de emprender aquella expedicion. Como Richmond se hallaba entonces

defendido tan solo por una brigada al mando de Wise, fácil hubiera sido reunir algunas fuerzas y atacar este punto con probabilidades de éxito, y á no dudarlo así lo hubiese hecho un jefe mas resuelto y mas emprendedor que el general Keyes, quien pudiendo intentar muy bien en aquella ocasion un atrevido golpe de mano, prefirió retirarse.

El dia 1.º de agosto, el general Buford cruzó el rio con su caballería por la estacion del Rappahannock é hizo retroceder á una division de Stuart hasta **1863.** Culpepper-Court-House, desde donde los federales hubieron de retroceder á consecuencia de haberse visto atacados resueltamente por sus enemigos. Las pérdidas de los unionistas en este encuentro no bajaron de ciento cuarenta hombres, de los cuales murieron diez y seis en el campo de batalla. Tambien el general Kilpatrick atravesó el rio por Port Conway, mas abajo de Fredericksburg, dispersando una escasa fuerza de separatistas que allí habia, despues de quemar dos cañoneras últimamente cogidas por los confederados en el Potomac.

El general Pleasanton atravesó asimismo el Rappahannock en 13 de setiembre por el vado de Kelly y otros, con la mayor parte de la caballería federal formada en tres divisiones á las órdenes de los generales Buford, Kilpatrick y Gregg. Estas fuerzas rechazaron á la caballería de Stuart hasta Brandy Station y Culpepper-Court-House, y cruzando acto continuo el Rapidan, cogieron dos cañones y algunos prisioneros, sin sufrir apenas pérdida alguna. El general Warren apoyaba con su division á la caballería federal, mas no tomó parte en ningun combate.

Resultando de los reconocimientos practicados que Lee habia subdividido su ejército para reforzar á Bragg en el Tennessee, el general Meade cruzó á su vez el Rappahan-

nock en 16 de setiembre, con numerosas fuerzas, y fué á situarse en Culpepper-Court-House, destacando al mismo tiempo dos cuerpos de ejército en direccion al Rapidan, que pensaba vadear al dia siguiente, cuando recibió de Washington una orden en que se le prevenia enviara parte de sus fuerzas al mando de Hooker, las cuales debian marchar á Chattanooga para prestar su auxilio al ejército que allí habia. Habiendo recibido en cambio un refuerzo poco despues, Meade ordenó al general Buford que marchara con su caballería á cubrir los vados superiores del Rapidan con el objeto de que pudiera pasar el ejército, pero al mismo tiempo el general Lee, despues de haber cruzado el rio Robertson con numerosas fuerzas, avanzaba por Madison-Court-House, y al tener conocimiento de esto el general Meade retrocedió, vadeando el Rappahannock en 11 de octubre, mientras la caballería federal, á las órdenes de Pleasanton, cubria la retirada.

El general Meade dedujo entonces que el grueso de las fuerzas enemigas se hallaba en Culpepper-Court-House, y en esta inteligencia hizo avanzar á una parte de sus tropas hasta Brandy Station mientras que la caballería de Buford se dirigia á Culpepper-Court-House, en cuyo punto el general Gregg, jefe de una de las divisiones de la derecha, anunció que los separatistas acababan de rechazarle desde Hazel hasta el Rappahannock, y que estaban cruzando por Sulphur, Springs y Waterloo con fuerzas muy numerosas. Meade retrocedió entonces rápidamente hácia el rio en 12 de octubre, dirigióse á Catlett Station, y sin perder momento marchó á Centerville, en cuyo punto se **1863.** detuvo. Mientras sucedia esto, el general Gregg era atacado y derrotado por los separatistas cerca de Jefferson, con una pér-

dida de quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

El ejército federal comenzaba á verse perseguido de cerca, especialmente por la caballería de Stuart, quien habia cogido ya una porcion de prisioneros. Es de advertir que con tal ahinco perseguia el jefe separatista al enemigo, aun cuando no contaba sino con dos mil hombres, que ya cerca de Catlett Station, y en la noche del 13 al 14 de octubre, de tal modo se adelantó Stuart inadvertidamente, que por algun tiempo se encontró en el centro de la retaguardia del ejército federal, mandada por el general Warren. Stuart se hallaba espuesto á verse cercado de un instante á otro, en cuyo caso no le quedaba otro recurso sino rendirse á discrecion ó perecer con toda su gente, mas por fortuna divisó cerca una espesura en un bosque de pinos que bordeaba el camino, y ocultándose apresuradamente con todos sus soldados, se mantuvo inmóvil en su escondite, mientras que los federales iban pasando, sin imaginar ni por asomos que tuviesen al enemigo tan cerca. Stuart, que podia oír fácilmente las palabras de los soldados y oficiales unionistas, vió luego que la retaguardia acampaba á pocos pasos de distancia, y entonces abrigó por un momento la idea de abandonar sus cañones y escapar con algunas pérdidas, pero mudando luego de parecer, eligió tres hombres resueltos, á los que equipó de modo que parecian soldados federales, confiándoles la peligrosa comision de adelantarse á la columna enemiga para anunciar al general Lee lo que pasaba, á fin de que éste enviase inmediatamente refuerzos. Durante la noche, dos oficiales unionistas que se aproximaron á la espesura, cayeron prisioneros, sin que les fuera posible dar la voz de alarma.

Al romper el dia, un lejano tiroteo anunció

á Stuart que Lee le enviaba el socorro pedido, y entonces, saliendo de la espesura, rompió un vivísimo fuego sobre la retaguardia de los unionistas, entre los cuales introdujo de tal modo la confusion, que la caballería confederada tuvo tiempo de lanzarse á escape y reunirse con el refuerzo sin sufrir ninguna pérdida.

Estas intentonas, sin embargo, no siempre salen bien: aquel mismo dia, 14 de octubre, una avanzada de Hill que habia salido de Warrenton en direccion á Broad Run á fin de acercarse á Bristow Station para sorprender la retaguardia de los federales, se disponia ya al ataque, cuando el general Warren, apareciendo por otra parte, desbarató el plan de los separatistas. Á pesar de esto, Hill, que tenia preparadas sus piezas, no quiso retroceder y se trabó el combate con el mayor denuedo, mas á poco llegaron las baterías de Brown y Arnold, y tan certeros fueron sus tiros, así como el de las divisiones de infantería de Webb y de Hays, que los confederados se vieron en la precision de huir abandonando seis cañones. La antigua brigada de Pettigrew, que llegó durante el combate, fué rechazada con pérdida de cuatrocientos cincuenta hombres que cayeron prisioneros y se retiró luego al bosque. En esta refriega tuvieron los federales doscientas bajas, incluso el coronel Mallon, que perdió la vida, y entre los separatistas contáronse á lo menos cuatrocientos, quedando el general Posey mortalmente herido. Los federales permanecieron en el campo de batalla hasta la caida de la tarde, y entonces marcharon á reunirse con el resto del ejército, cuya retirada habian cubierto tan eficazmente.

Meade se avergonzaba ya de haber emprendido la retirada, que segun dicen los separatistas, continuó hasta Fairfax-Court-

House, y hubiera retrocedido gustoso á no impedirselo la incesante lluvia, que le obligó á buscar pontones para vadear el Bull-Run. Mientras tanto los separatistas, despues de hostilizar al enemigo cuanto les fué posible, se retiraron rápidamente, destruyendo al paso las vias férreas de Orange y Alejandria, que conducen desde Bristow al Rappahannock. Antes de esto, Stuart, auxiliado por Hugo Lee, derrotó la caballería de Kilpatrick en un sangriento combate que tuvo lugar cerca de Buckland's Mills. La brigada de Custer tomó una parte muy activa en la lucha, pero el enemigo contaba con fuerzas tan superiores, que Kilpatrick se dió por contento con escapar sin grandes pérdidas. Stuart asegura que hizo doscientos prisioneros. El general Lee volvió á repasar el Rappahannock al dia siguiente, dejando á Meade en la imposibilidad de perseguirle por algun tiempo á causa de estar destruidas las principales vias férreas.

El general separatista Imboden, que con una division de caballería habia estado guardando los pasos de Blue Ridge, se aproximó á Charleston en 18 de octubre por la parte de Harper's Ferry, de cuyo punto se apoderó, cogiendo prisioneros á cuatrocientos veinticuatro hombres y una porcion de pertrechos militares y demás efectos de campaña, pero dos horas despues, y como se viese aparecer una numerosa fuerza unionista, Imboden emprendió la retirada hácia Berryville, llevándose su botin. Lee asegura que sus tropas hicieron dos mil prisioneros en los diversos encuentros ocurridos en el Rappahannock, es decir, una mitad mas que los unionistas, y si bien los muertos y heridos figuraban poco mas ó menos por la misma cifra así en unos como en otros, no puede negarse que Lee ganó la palma por su destreza, osadía é

intrepidez, en el mero hecho de obligar á Meade á retroceder hasta cerca de Washington, despues de haber obstruido sus principales comunicaciones, apoderándose además de un rico botin y numerosos prisioneros.

Picado su amor propio por el atrevimiento del enemigo, Meade pidió autorizacion para practicar un rápido movimiento hácia la izquierda á fin de apoderarse de las alturas de Fredericksburg, pero Halleck se opuso á este proyecto, y dispuso que en la madrugada del 7 de noviembre marchase Sedgwick con numerosas fuerzas á Rappahannock Station, donde los separatistas habian fortificado perfectamente la orilla Norte del rio ocupando un puente. Estas obras estaban defendidas por la brigada de Hayes, apoyada por la de Hoke, mientras que el general Lee con la division Early se hallaba en el rio, dispuesto á reforzar á su gente cuando fuese necesario. El movimiento de los federales no era fácil de ocultar, y por lo tanto Hoke hizo todos sus preparativos para recibir á sus adversarios.

Quando hubieron llegado los unionistas frente á Rappahannock Station, hicieron alto detrás de una colina, formáronse en órden de batalla, y en tanto sus avanzadas se aproximaron gradualmente al rio, donde se divisaban las obras defensivas del enemigo, que ocupaban parte de una pequeña cordillera de colinas. El general Wright y el brigadier general David Russell mandaban las fuerzas federales, y habiéndose practicado un minucioso reconocimiento, y manifestado este último jefe á su compañero que podria tomarse la fortificacion por asalto, Wright dispuso que atacaran las tropas. Dadas las órdenes oportunas, formáronse dos columnas al mando del mismo Russell, y poco despues avanzaron los federales resueltamente con bayoneta calada y sin dispa-

rar un tiro, arrostrando el mortífero fuego de los confederados. Al cabo de diez minutos llegaba un nuevo refuerzo para los unionistas, pero ya habian perdido estos diez y seis oficiales de los veintitres que llevaban, y doscientos veintitres individuos de tropa; entre los jefes hallábanse heridos gravemente el teniente coronel Harris y el mayor Wheeler, y asimismo un ayudante del general Russell. Los regimientos de Pennsylvania, no obstante, avanzaron resueltamente al asalto de la fortificacion enemiga, y al poco tiempo se hicieron dueños de ella, acorralando á los separatistas, de los cuales se rindieron á discrecion mil seiscientos. Cuatro cañones, siete banderas y dos mil armas de varias clases fueron los trofeos de la victoria; el general Hayes se rindió tambien, mas pudo escaparse luego y lo mismo hicieron dos coroneles que se arrojaron á nado. Solo dos brigadas, compuestas de tres mil hombres, bastaron para desalojar al enemigo de su posicion, y no estará demás consignar aquí que el buen éxito de aquel hecho de armas se debió principalmente al general David Russell, uno de los mas modestos y valerosos soldados del ejército del Potomac.

Á la vez que se practicaba este movimiento, la division French avanzaba hácia el vado de Kelly, y una brigada, al mando del general De Trobriand, atacó otra posicion del enemigo, cogiendo prisionero al coronel Gleason y cuatrocientos hombres, sin perder mas que cuarenta. El general Lee se retiró á Culpepper aquella misma noche y cruzó el Rapidan al dia siguiente, mientras los federales se ocupaban con la mayor actividad en reparar los desperfectos de la via férrea.

Fué opinion general entre los mas entendidos y valerosos oficiales del ejército del Norte que los federales debieron avanzar, despues del triunfo alcanzado en el Rappa-

hannock, en persecucion del enemigo, diseminado entonces en sus cuarteles de invierno, impidiendo que se concentrase y ocupara fuertes posiciones, pero Meade, con su acostumbrada prudencia, esperó hasta que se hubo compuesto el puente del Rappahannock, y viendo entonces que no se le atacaba, dió la órden de avanzar en 23 de noviembre. Esto no pudo efectuarse por haber estallado una tempestad que detuvo á las tropas por espacio de tres dias, al cabo de los cuales se puso el ejército en marcha: el general French, seguido de Sedgwick, cruzó el Rapidan por Jacob's Mill, (Molino de Jacobo); el general Warren pasó por el vado de Germania; Sykes y Newton, con dos divisiones, atravesaron por el vado de Culpepper, y Gregg, con una division de caballería, cruzó por el de Ely's, y avanzó sobre el camino de Catharpen cubriendo el flanco izquierdo de la infantería, que era el mas débil. Dos divisiones al mando de Custer y Merritt vigilaban en tanto los vados superiores del Rapidan y el tren de campaña depositado en Richardsville. En este movimiento se hallaban ocupados setenta mil hombres, á los cuales no podia oponer el general Lee sino unos cincuenta mil por hallarse aun ausente el cuerpo de ejército de Longstreet.

Hubiérase dicho, no obstante, que las tropas empezaban á perder su energía y actividad, pues el tercer cuerpo de ejército, por una mala inteligencia del general Prince, segun se dice, equivocó el camino y no llegó á Jacob's Mill hasta la caida de la tarde, y de este modo, en vez de concentrarse todas las tropas en Robertson's Tavern, en la noche del 26 de noviembre, segun lo prescribió por Meade, fué preciso esperar á **1863.** los que se habian retrasado. Así pues, no solo perdió un dia el ejército, sino que se espuso á que el enemigo descubriera su movimiento.

Los federales se pusieron de nuevo en marcha á la mañana siguiente, 27 de noviembre, y apenas hubieron llegado á Robertson's Tavern, vieron á lo lejos á las divisiones de Early, Rhodes y Johnson, del cuerpo de ejército de Ewell, que parecían dispuestas á cerrarles el paso. Warren recibió entonces orden de hacer alto y no avanzar hasta que llegase French, mas á poco se recibió un parte de éste en que manifestaba que estaba aguardando á Warren, y habiéndose enviado inmediatamente una orden para que viniera á prestar su auxilio, contestó French que el enemigo avanzaba sobre su flanco derecho por el vado de Raccoon, y que no podia hacerlo. Meade dispuso entonces que fueran varios oficiales á reiterar la orden á French, previniéndole que avanzara acto continuo y que si encontraba resistencia, que atacase con todas sus fuerzas, á fin de reunirse cuanto antes con el general Warren; pero esta vez French protestó contra la orden, alegando que este movimiento seria muy peligroso. Con estas contestaciones y enojosas dificultades se perdió un tiempo precioso, y al fin, disgustado Meade por la negativa de French, dispuso que el primer cuerpo de ejército marchase en auxilio de Warren, á quien apuraba ya el enemigo en Robertson's Tavern (*).

El quinto cuerpo de ejército avanzó en la mañana del 28 de noviembre, mientras Gregg y su division salian al encuentro de

(*) El «*Despacho de Richmond*» insertó una carta de su corresponsal, fechada el 28 de noviembre, en la que manifestaba que las pérdidas de los separatistas en aquel dia no bajaron de quinientos hombres entre muertos y heridos, añadiendo lo siguiente: «No sé á punto fijo cuáles han sido las pérdidas de los federales, pero es de creer que cuando menos son tantas como las de sus enemigos, pues se batieron con mucho valor y encarnizamiento. Segun lo dicho despues, los federales han tenido trescientas nueve bajas, pero no van incluidas en estas las de French, cuyas avanzadas estuvieron escaramuceando la mayor parte del dia.

las avanzadas de Stuart, las cuales retrocedieron sin oponer mucha resistencia, y de este modo Sikes pudo reunirse con Warren en los alrededores de Hope Clurch (Iglesia de la Esperanza). Cuando el ejército federal se hallaba ya dispuesto á comenzar el ataque, observóse que el enemigo emprendia la retirada, y habiendo avanzado entonces el segundo cuerpo de ejército á una distancia de dos millas, vió que los confederados acababan de tomar posicion en la orilla occidental de Mine Run, á cuyo punto se dirigieron numerosas fuerzas federales.

Ya podrá suponerse que la posicion elegida por el enemigo no seria mala, y aunque el Run no es mas que un riachuelo que apenas tiene dos piés de profundidad, sus orillas son en muchos sitios muy pantanosas y apenas vadeables; una suave pendiente conduce desde el Run á una pequeña cordillera cuya cima se eleva á unos cien piés sobre el nivel del Run, y en esta cordillera habian situado los separatistas sus baterías y líneas de defensa. Despues de practicar un escrupuloso reconocimiento, comprendióse que no seria oportuno atacar de frente, y en su consecuencia se dispuso que Warren avanzara con su division con objeto de entretener al enemigo por su flanco izquierdo, para que los jefes pudieran reconocer el terreno mas detenidamente y ver si seria posible dar el asalto.

Las líneas de los separatistas se fortificaron entre tanto, y habiendo anunciado el general Wright que habia descubierto un punto por donde acometer con ventaja, mientras que Warren aseguraba que habia flanqueado las líneas de defensa del enemigo, Meade resolvió atacar por todos los puntos á la mañana siguiente, con tanta mas razon cuanto que Warren tenia la mayor confianza de arrollarlo todo á su paso. El general French

no estaba, sin embargo, por aquel ataque, pero Meade persistió en su plan y envió dos divisiones mas á Warren á fin de asegurar el éxito. Los jefes de los diversos cuerpos recibieron órden de tener las baterías preparadas y de romper el fuego á las ocho de la mañana del 30 de noviembre, en cuya hora Warren haria avanzar sus columnas de ataque seguidas del cuerpo de ejército de

1863.

Sedgwick, en tanto que la caballería se limitaba á resguardar las comunicaciones.

Llegado el momento, las avanzadas federales se dirigieron á Mine Run, rechazando á las del enemigo, mientras Sedgwick, que se habia aproximado lo mas posible á las líneas de los confederados durante la noche, esperaba la señal de ataque. Pasaba no obstante el tiempo, y ya iban á dar las nueve, cuando Meade recibió un parte de Warren, manifestando que eran tan fuertes las líneas defensivas del enemigo, que no le parecia fácil apoderarse de ellas, por lo cual habia suspendido el ataque. Sedgwick recibió entonces órden de no moverse hasta que se le avisara, y Meade marchó á ver á Warren á fin de conferenciar con él y ver cuál era su situacion. El jefe unionista manifestó estar convencido de que un ataque por aquel punto seria completamente inútil, pero ya era demasiado tarde para intentarlo por el centro, y si se trataba de flanquear al enemigo por su izquierda, hacíase preciso que todo el ejército se moviera en esta direccion, abandonando su línea principal de retirada.

El general en jefe desistió pues de su proyecto, y las tropas volvieron á ocupar sus primeras posiciones, pero ya los separatistas habian comprendido por la posicion de las baterías enemigas por dónde se les pensaba atacar, y por lo tanto se apresuraron á reforzar el punto débil por todos los medios posibles.

Todos estos contratiempos hicieron reflexionar á Meade; tuvo varias conferencias con los principales jefes, y al ver que las líneas de defensa del enemigo iban siendo cada vez mas imponentes, y que atacar á los separatistas en sus formidables posiciones era esponerse á una derrota casi segura, cuyas consecuencias podian ser muy funestas, resolvió emprender la retirada. Meade dijo que habria marchado á las alturas de Fredericksburg si Halleck se lo hubiese permitido, mas lo cierto es que el general en jefe dió mas pruebas de prudencia que de valor al retirarse con su ejército por el Rapidan en la noche del 1.º al 2 de diciembre. Los separatistas no le molestaron en lo mas mínimo durante su marcha, y hé aquí cómo terminó el ejército del Potomac la campaña de 1863.

Mientras el ejército unionista llevaba á cabo las operaciones militares de que hemos dado cuenta, varios jefes recorrían con fuertes destacamentos el territorio de la Virginia Occidental, donde se organizaban continuamente expediciones con el objeto de purgar el pais de enemigos. En estas correrías no siempre alcanzaban un buen resultado los federales, y mas de un jefe perdió la vida en oscuros combates. El coronel Juan Toland, que en 13 de julio habia emprendido una expedicion á la cabeza de mil hombres, recorrió las montañas, tocando luego en varias poblaciones, siempre en busca de enemigos que combatir, mas al penetrar en Wytheville en 23 del mismo mes, hiciéronle fuego desde las casas y una bala le atravesó de parte á parte, dejándole muerto en el acto, y mortalmente herido al coronel Powell, del regimiento de Ohio. Los expedicionarios que mandaba Toland hubieron de emprender la retirada poco despues de haber recorrido cuatrocientas millas, sufriendo una pérdida de

ochenta y tres hombres y trescientos caballos.

Poco despues, el general Averill salió del condado de Randolph á la cabeza de un fuerte destacamento, y encaminándose hácia Lewisburg y White Sulphur-Springs, encontró en este último punto una fuerza de separatistas igual á la suya al mando del general Jones y del coronel Patton, los cuales habian elegido una fuerte posicion en un desfiladero protegido por elevadas montañas. Á pesar de la desventaja, Averill atacó resueltamente al enemigo y se trabó un reñido combate que duró muchas horas, hasta que el jefe unionista, cuyas municiones se agotaban ya, tuvo que tomar el partido de retirarse, dejando un cañon en poder de sus contrarios. La pérdida de los federales en esta refriega figuraba por doscientos siete hombres entre muertos y heridos, en cambio de los cuales se llevaron ciento diez y siete prisioneros.

Algun tiempo despues, el general Averill volvió á salir de Beverly con cinco mil hombres, y despues de rechazar á un destacamento de confederados á las órdenes del coronel Mudwall, atacó en 6 de noviembre al general Echols, que ocupaba una fuerte posicion en Droop, condado de Greenbrier, y á quien desalojó, no sin que mediase una encarnizada refriega, persiguiéndole luego hasta el condado de Monroe. Las pérdidas se redujeron á ciento veinte hombres, y en cambio se cogieron cien prisioneros, tres cañones y setecientas armas de todas clases; los separatistas tuvieron al menos doble número de bajas. Esta fué la última espedicion por entonces en la Virginia Occidental, pues á poco, y al terminarse la campaña, quedó el territorio completamente libre de separatistas, los cuales no era de esperar volviesen á turbar la tranquilidad del pais.

1863.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XIV.

BATALLA DE GETTYSBURG.

EXTRACTO del diario de M. X..., coronel al servicio de Su Majestad Británica, y que por orden superior presenció las operaciones de la campaña de Pennsylvania y Maryland.

JUEVES 25 DE JUNIO.—Nos despedimos de la Sra. X... y de su familia en Winchester, donde se nos había hecho la mejor acogida, y nos pusimos luego en camino con la esperanza de reunirnos con los generales Lee y Longstreet, los cuales debían cruzar el Potomac por Williamsport. Á eso de las diez de la mañana, cuando apenas habíamos recorrido algunas millas, vimos pasar cerca de nosotros á una porción de habitantes con sus ganados, que huían de Pennsylvania á consecuencia de una escursión del general Ewell; el tiempo, que había refrescado, anunciaba lluvia, y como esto nos hizo apresurar el paso, bien pronto alcanzamos á la división Mc Law, que formaba parte del cuerpo de ejército de Longstreet. Mi caballo comenzaba á fatigarse, así como también el de mi compañero Mr. Lawley, y á fin de que descansaran, desmontamos en una pradera y fuimos á ver cómo desfilaron las dos brigadas á lo largo del camino. Si mal no recuerdo, iban al mando de Semmer y Barksdale; todos aquellos soldados, naturales en su mayor parte de Georgia, de Mississippi y de la Carolina del Sur, marchaban con paso firme; su equipo era mucho mejor que el de las tropas de Johnston, y detrás de cada regimiento iban varios soldados sin armas y treinta ó cuarenta esclavos negros, los cuales llevaban camillas, reconociéndose, por la escarapela encarnada de los primeros, que pertenecían al cuerpo de sanidad militar, excelente institución, merced á la cual se cuida con la mayor asiduidad á los heridos en los combates y batallas. Á cada brigada, compuesta de dos mil ochocientos hombres, seguían unos veinte furgones, en muchos de los cuales se veía la marca U. S.; la división Mc Law se componía de cuatro brigadas, y los soldados parecían muy alegres, pues á cada momento oíanse resonar sus gritos y aclamaciones.

Á eso de las seis de la tarde llegamos á Martinsburg después de haber recorrido una distancia de veintidos millas, pero algún tiempo antes, no pudiendo ya mi caballo sostenerse, tuve que desmontar y caminar á pié un gran trecho. Martinsburg y toda aquella parte de Virginia pertenecen al Norte por sus opiniones políticas, lo cual no impidió que las mujeres aclamaran á su paso á la división Mc Law, y esto me induce á creer que al día siguiente hubiesen hecho lo mismo con las tropas del Norte.

Á tres millas más allá de Martinsburg se hallaban en tan mal estado nuestros caballos, que nos fué preciso pedir hospitalidad á un habitante de aquel punto, unionista de corazón, según nos lo hizo comprender de varios modos, y á falta de otra cosa mejor, dejamos nuestras monturas en la pradera durante la noche, lo cual era algo espuesto, pues los soldados del ejército separatista, á pesar de sus buenas cualidades, no dejan de ser muy amigos de apropiarse los caballos que encuentran, pudiendo decirse que lo tienen ya por costumbre.

VIERNES 26 DE JUNIO.—Me levanté al amanecer y quise asegurarme si nuestros caballos se hallaban en la pradera; á pesar de la lluvia, acerquéme á examinarlos y me convencí de que estaban en tan mal estado como la víspera, y como por otra parte Mr. Lawley se hallaba indispuerto y no quiso ponerse en marcha mientras lloviera, resolvimos quedarnos, con gran disgusto de nuestro patron. Sin embargo, cuando le dijimos que se le pagaría con oro, y no con papel del Sur ó *greenbacks* (*), se hizo más amable de repente y nos trajo algunos alimentos para almorzar. Entre tanto pasó la división Mc Law por delante de la casa, pero era tal la disciplina de las tropas, que no cometieron ninguna violencia.

Habiendo aclarado un poco el tiempo á eso de las dos de la tarde, volvimos á ponernos en camino, mas por desgracia

(*) Billetes de Banco de los Estados-Unidos que tienen el dorso verde.

las circunstancias no eran nada favorables para conseguir nuestro objeto: Lawley no podía apenas soportar el movimiento de su caballo, que estaba muy estropeado y había perdido una herradura, y en cuanto al mío, hallábase poco más ó menos lo mismo, pues me costó mucho trabajo salir del terreno pantanoso que debíamos recorrer. Al poco tiempo habíamos adelantado á la division Mc Law, y despues de una marcha de nueve millas y media, llegamos al fin á la orilla del Potomac hácia las cinco de la tarde: el rio es ancho y profundo por aquel sitio, y el atravesarlo nos costó un buen baño de piernas, pues no podíamos sostenerlas fuera del agua.

Apenas llegados á Williamsport, pequeña poblacion de Maryland, situada en la orilla opuesta, tuvimos el disgusto de saber que los generales Lee y Longstreet habian marchado á las once de la mañana, y por consiguiente nos vimos obligados á continuar nuestro camino hasta Hagerstown, que distaba seis millas. Bien pronto pudimos conocer las opiniones que profesaban los habitantes de aquel punto: todas las casas permanecian cerradas y hubiérase dicho que muchas se habian abandonado; algunos se acercaron á ver las tropas, mas era fácil leer en sus fisonomias el descontento que les causaba aquel espectáculo.

Á pesar de haber atravesado la ciudad no pudimos obtener noticia alguna cierta acerca de la direccion que seguian los dos generales, y ya desesperábamos de encontrar dónde alojarnos, cuando al fin, á eso de las nueve de la noche, rendidos de fatiga, entramos en la casa de un holandés, que solo á la vista del oro accedió á ser un poco tratable, pues inútil era decirle que éramos viajeros ingleses. Aun cuando habíamos recorrido diez y siete millas aquel dia, y tenia hinchados los piés, no me quité las botas porque no tenia mas par que aquel y no estaba seguro de encontrarlo en su sitio al dia siguiente.

SÁBADO 27 DE JUNIO.— Lawley estaba tan malo que le fué imposible continuar su viaje, y en su consecuencia utilicé su caballo para dar una vuelta por los alrededores antes de salir el sol. Quería yo averiguar por dónde iban los dos generales, y por fin, despues de haber recorrido ocho millas, alcancé al general Longstreet á eso de las seis y media de la mañana, en el momento que se disponia á continuar su marcha. Cuando hube dado á conocer mi nombre y circunstancias, el general y su estado mayor se apresuraron á complacerme en todo, y el primero envió al momento una camilla á Lawley á fin de que lo trajeran cuanto antes, empeñándose asimismo en que fuese su convidado durante toda la campaña. Longstreet me dijo entonces una cosa que yo ignoraba, es decir, que estábamos en Pennsylvania y en pais enemigo, habiéndoseme advertido además que por los bosques contiguos andaban muchos tiradores enemigos que disparaban sobre los rezagados, y que por esto era peligroso viajar solos como nosotros lo hacíamos.

El general Longstreet, natural de Alabama, es de estatura baja pero robusto, y tiene cuarenta y tres años; antes de la guerra era mayor de infanteria, y en la actualidad manda el primer cuerpo de ejército del Sur. Longstreet está en relaciones íntimas y continuas con el general en jefe, que le

aprecia mucho, y entre los soldados se le considera como uno de los guerreros mas valientes que tomaron parte en aquella memorable campaña.

Al hablar sobre su entrada en pais enemigo, díjome el general que aun cuando estaba en su derecho el tomar represalias y devastar el pais incendiándolo, no lo haria porque esto desmoralizaba á las tropas, perjudicando á la severa disciplina que entre ellas reinaba, y que estaba resuelto á respetar la propiedad privada.

Á las siete de la mañana volví acompañado de un ordenanza á la casa á donde habia dejado á Lawley, y despues de haberme asegurado que se trasportaria á mi compañero convenientemente, volví á reunirme con el general Longstreet, que se hallaba en las cercanias de Chambersburg, ciudad de Pennsylvania que se encuentra á veintidos millas de distancia de Hagerstown. Yo iba acompañando á la division Mc Law, y observé que desde su entrada en Pennsylvania los soldados rompian las empalizadas á cada lado del camino á fin de dejar un espacio bastante ancho para que los furgones pudieran marchar de frente: este es el único daño que vi hacer en las propiedades particulares.

Aquella parte de Pennsylvania se halla en un estado floreciente; el cultivo de las tierras es inmejorable, y la densidad de la poblacion, comparada con la del Sur, es mucho mayor: como el general Ewell se habia apoderado del ganado y de los caballos, hallábanse en aquel momento interrumpidos los trabajos del campo. Al pasar por Greencastle vimos todas las casas y ventanas cerradas; los habitantes estaban en las puertas con su traje del domingo, y miraban pasar las tropas, pero esto no parecia agradarles mucho; ni uno solo pudo quejarse de la menor violencia por parte de los soldados, pues habianse apostado de antemano en los principales edificios numerosos centinelas, cuya consigna era no permitir la entrada á los individuos de tropa bajo ningun pretexto.

Á eso de las seis de la tarde llegamos á Chambersburg, que es una ciudad bastante grande é importante: todas las casas estaban cerradas, y veíase á los habitantes en las ventanas de los pisos superiores ó en las calles, mirando con aire amenazador á las tropas confederadas, que marchaban alegremente al compás de un himno nacional.

Las mujeres, por lo general bonitas y elegantes, hacian observaciones desagradables, permitiéndose picantes epigramas; yo oí á una de ellas, que decia: «Hé ahí el ejército de Faraon que quiere atravesar el Mar Rojo!» Otras, señalando con el dedo á los andrajosos soldados del cuerpo de ejército de Hood, que tanto se habian distinguido siempre por su valor y arrojo, dejaban oír sus carcajadas burlonas, y en cierto modo, preciso es confesarlo, no les faltaba motivo para ello, pues toda aquella tropa tenia el aspecto mas miserable que se puede imaginar. Los soldados de Hood no iban vestidos como los demás; algunos llevaban á guisa de uniforme un pedazo de alfombra vieja; otros iban descalzos por haber perdido sus zapatos en los pantanos, y no exagero al decir que se asemejaban mucho á una cuadrilla de mendigos, mas á pesar de todo esto, hallábanse siempre de buen humor y tenian la mayor confianza en su jefe el

general Hood. Así pues, reíanse de las bromas y de las bur-las de las damas de Chambersburg; una de ellas que había creído de buen gusto ornar su pecho con una banderola con los colores del Norte, se hallaba á la puerta de su casa manifestando un soberano desprecio hácia los confederados que marchaban con los piés desnudos, y ya habían pasado varias compañías sin observarlo, cuando un soldado de Texas, aproximándose á la dama, le dijo: «¡Tened cuidado, señora, los bravos del general Hood son terribles cuando se trata de asaltar una fortaleza sobre la cual ondea el pa-bellon enemigo!» Al oír estas palabras, la dama creyó prudente retirarse sin contestar la menor cosa.

Colocáronse centinelas á la entrada de los principales edificios de la ciudad, prohibiéndose que nadie transitara por las calles excepto los militares de servicio. Algunos ba-tallones marcharon directamente al camino de Carlisle para establecer allí su campamento, y otros torcieron á la dere-cha al salir de la ciudad y fueron á ocupar el terreno que se halla cerca de la barrera de Gettysburg. Yo encontré á los generales Lee y Longstreet acampados á tres cuartos de legua de la ciudad.

El segundo de estos jefes me recibió afectuosamente, presentándose á los mayores Fairfax y Latrobe y al capitán Rogers, que componían el personal de su estado mayor, y también hice conocimiento con el comisario en jefe, el mayor Moses, cuya tienda de campaña debía compartir luego. Este oficial es el más alegre y divertido y el más sociable de todos los hijos de Israel á quienes he tenido el gusto de conocer en mi vida; los demás oficiales agregados al estado mayor, eran: el coronel Sorrel, el teniente coronel Manning, el mayor Walton, el capitán Gorce, y el mayor Clark. Todos eran de carácter amable y se mostraban muy obsequiosos. En cuanto á mi compañero Mr. Lawley, hallábase en manos de tres doctores, Cullen, Barksdale y Maury, los cuales vi-vían con más esplendor que los mismos generales.

El mayor Moses me dijo que tenía orden de visitar los almacenes á viva fuerza, á fin de proveerse de todo cuanto necesitaba el ejército, pero esta visita debía hacerse con carácter oficial, dando recibo de todos los efectos y articu-los que se recibieran á fin de reconocer el valor en moneda. De creer era que los propietarios de los almacenes se ha-brían apresurado á desocuparlos al acercarse el ejército del Sur, prescindiendo de que Ewell no habría dejado de apo-derarse ocho días antes de cuanto pudieran encontrar. Á pe-sar de todo esto, Moses tuvo la suerte de descubrir un car-gamento de magníficos sombreros de fieltro que estaban en una cueva y de los cuales se apoderó.

Esta mañana he oído hacer la enumeración de todas las tropas que han cruzado el Potomac, así como también de la artillería que llevan; las municiones son considerables, pues cuanto más penetre el ejército en país enemigo, me-nos fácil le será conservar las comunicaciones, y al hablar de esto, oí decir á varios oficiales del estado mayor: «En todas nuestras batallas hemos observado siempre el princi-pio de reemplazar nuestras municiones agotadas con las que cogemos al ejército enemigo.»

Desde la toma de Winchester, Ewell no había dejado de

adelantar por el territorio de Pennsylvania, enviando antes para repartir entre las demás tropas una gran cantidad de víveres y ganado, caballos, mulas y furgones; en aquellos momentos hallábase cerca de Carlisle, sujetando al país á una contribución y haciéndole sentir todo el peso de la guerra, peso tan grave para Virginia, que este Estado se halla ahora arruinado completamente. Las tropas seguían anima-das de las mejores disposiciones y llenas de confianza en el porvenir.

DOMINGO 28 DE JUNIO.—Á escepcion de los generales, no es permitido á ningún oficial ó soldado entrar en Chambers-burg sin una orden especial del general Lee, quien á duras penas la concede; algunos oficiales de elevada graduación no han podido obtenerla.

Moses ha entrado hoy en la ciudad á eso de las once de la mañana y ha intimidado á los habitantes á fin de que se den raciones de tres días para el ejército, amenazándoles con tomarlas á viva fuerza si no se las dan de buen grado. Acaban de presentarme al general Hood: es un hombre de elevada estatura, delgado, de mirada penetrante, aspecto grave y barba rubia, no tiene más que treinta y tres años y ya se le considera como uno de los mejores generales del ejército; las tropas de Texas y de Alabama le adoran y se sacrificarían gustosas por él; antes era jefe de brigada, pero ahora está al frente de una división, y suele mostrarse muy severo con sus soldados á fin de reprimir sus tenden-cias al pillaje y al saqueo.

Hacia el medio día llegué á Chambersburg y encontré á Lawley en una reducida habitación del *Hotel Franklin*, pero me costó mucho trabajo penetrar en el interior de la casa, pues todas las puertas estaban cerradas con llave y se abrían solo para las personas conocidas. Lawley había pasado el día anterior muy mal y estaba rendido de fatiga, pero ninguno parecía inquietarse por su persona. Bien pronto me ví rodeado de media docena de comadres que me diri-gieron groseros insultos, sin que bastara á contenerlas el decirles que yo era un inglés que había venido para ver y no para combatir; aquellas matronas querían que yo fuese á la fuerza un confederado ó un *Yankee*, y entonces pude comprender que esta palabra es un término despreciativo muy usado entre las gentes del Sur. La vista del oro que ofrecí cambiar por algunos billetes, produjo, no obstante, el mejor efecto en mi auditorio, y poco á poco aquellas grose-ras mujeres, ignorantes hasta el punto de creer que los habitantes de Texas son mexicanos, se mostraron más ama-bles conmigo.

Cuando hube hecho lo posible para que se dispensara á Lawley un tratamiento mejor, salí de la ciudad con el obje-to de ver dónde estaba Moses y su tropa: en vano había esperado el mayor á que le trajeran las llaves de los princi-pales almacenes de la ciudad, y al fin vióse en la precisión de valerse del hacha para abrirlos, lo cual se hizo mientras que los habitantes se paseaban por las calles con la mayor indiferencia, sin que al parecer les enojara aquella violen-cia. No se veían en la calle más soldados que los que se ocupaban en romper las puertas de los almacenes.

Al volver por la tarde á visitar á Lawley, encontré en su

habitacion á un oficial austriaco que vestia el uniforme de los húsares de Hungría; acababa de obtener una licencia, y despues de vencer mil obstáculos y dificultades, habia conseguido cruzar el Potomac y reunirse con el ejército del Sur. Como me manifestara que su intencion era vestir el uniforme diariamente, le advertí que entre los confederados se observaba la regla de no tolerar ningun distintivo en el traje, y que cuando uno la infringia, esponiase á burlas é indirectas que siempre acababan por dar lugar á escenas desagradables.

Á las seis de la tarde volví al campamento, y ya entrada la noche, ví llegar al mayor Moses, que venia de muy mal humor por no haber conseguido el resultado que esperaba de su mision. Moses, sin embargo, no habia perdonado esfuerzo alguno para encontrar viveres, sufriendo con la mayor paciencia los insultos de las damas de la ciudad, que sin el menor escrúpulo le llamaron entre otras cosas pillo y ladrón, lo cual le importaba mucho menos que el no haber encontrado nada en los almacenes, bien porque los ocupara antes el general Ewell ó por hallarse ocultas las provisiones. El bueno del mayor tuvo pues que contentarse con un poco de azúcar y *whiskey* (*), y aunque parecia desesperado, no le faltaba humor para contestar sin enojarse mucho á las picantes indirectas de sus compañeros de armas, que se complacian en hacerle repetir los epítetos que le dirigieron las damas de Chambersburg.

LUNES 29 DE JUNIO.—No hemos salido aun de Chambersburg, y el general Lee ha ordenado terminantemente que no se tomen represalias, lo cual ha producido por lo general muy buen efecto, aun cuando algunos se quejan de que no se les deje tomar una venganza que, en su concepto, es muy justa. Esto no debe estrañarse si se atiende á que un gran número de oficiales y soldados del ejército del Sur se hallaban ya arruinados completamente á consecuencia de las devastaciones de las tropas del Norte. En Chambersburg oí á un soldado decir á otro que no le gustaba permanecer en una ciudad donde se les aborrecia tanto, y por mi parte debo confesar que despues de haber visto los destrozos causados por las tropas del Norte en las ciudades del Sur, me sorprendia semejante tolerancia en los separatistas. Sin embargo, toda aquella parte de Pennsylvania que estaba poblada de holandeses, no parecia agradecer la conducta de los confederados; hubiérase dicho que no recordaban ya que las tropas del Norte habian hecho durante los dos primeros años de la guerra diez veces mas destrozo que las del Sur en el territorio enemigo. Los indigenas de Pennsylvania, de quienes ahora hablo, carecen de todo sentimiento patriótico; poco les importa una cosa ú otra con tal de que puedan sacar alguna ganancia, y abusan indignamente del Presidente Lincoln.

Por lo demás, en los ejércitos numerosos se encuentran siempre hombres de malas inclinaciones que solo desean

(*) El whiskey es una bebida espirituosa del color del aguardiente, que se hace con cebada ó avena; tiene un gusto muy parecido á la Ginebra, y es bebida muy usual en Inglaterra, pero mucho mas en Irlanda.

el saqueo y el pillaje cuando pueden entregarse á él impunemente, y si bien es imposible atender á todo, puedo decir, segun mis propias observaciones, que los jefes confederados no omitieron nada para dispensar su proteccion á las propiedades de los particulares, y por cierto que lo consiguieron de una manera admirable.

El general Longstreet se muestra por lo general muy taciturno, pero esta tarde he logrado entretenerle hablándole de Texas, donde, segun tengo entendido, residió mucho tiempo. El general me habló de varias personas conocidas suyas y parecióme que le complacia oír la narracion de mis viajes en aquel territorio.

He visto hoy á los generales Pendleton y Pickett: el primero, jefe de artillería, era alumno del colegio militar de West Point, y en tiempo de paz desempeñaba un cargo episcopal en Lexington. Para Pendleton no es incompatible una profesion con otra, y cuando se le presenta una oportunidad para echar un sermón, no deja de aprovecharla. El general Pickett, jefe de una de las divisiones del cuerpo de Longstreet, tiene el cabello largo y rizado y su carácter me parece sombrío y melancólico.

MARTES 30 DE JUNIO.—Esta mañana, antes de salir de Chambersburg, el general Longstreet me ha presentado al general en jefe: Lee es sin disputa uno de los hombres mas hermosos de su edad que he visto en toda mi vida; tiene cincuenta y seis años, es de estatura elevada, ancho de espaldas, muy bien formado y de marcial continente; sus finos y corteses modales revelan la mayor dignidad, y, en una palabra, puede decirse que es el tipo del mas perfecto caballero. No conozco hombre alguno que tenga tan pocos enemigos y sea tan generalmente apreciado, y estoy seguro que en el Sur todos dirian á una voz que Lee es el hombre que mas se aproxima á la perfeccion, pues no tiene ninguno de esos malos hábitos tan comunes en el sexo feo, como son el de fumar, beber y jurar, y sus mas declarados enemigos no han podido jamás acusarle de tener inclinacion á ningun vicio. Viste por lo general una especie de paletot largo, algo usado, de color gris, un sombrero de fieltro alto, pantalon azul y botas á la Wellington, y jamás le he visto llevar armas; las tres estrellas que se ven en el cuello del uniforme constituyen el único distintivo de su rango militar, y para acabar de hacer su retrato, réstame solo decir que monta un magnífico caballo perfectamente enjaezado, y que todo en su persona y en su traje revela el mayor aseo y limpieza.

En el antiguo ejército se le consideraba como uno de los mejores oficiales, y al principio de la guerra civil se le nombró teniente coronel del segundo regimiento de caballería. Lee era rico, pero todos sus bienes han caido en poder del enemigo; creo que desde que es general en jefe del ejército de Virginia no ha dormido una sola vez en una casa particular, pues rehusa todas las invitaciones que se le hacen por temor de que la persona que le diera hospitalidad no fuera acusada, mas pronto ó mas tarde, por haber tenido esta atencion con el jefe del ejército rebelde. Las intimas relaciones que existen entre él y Longstreet son las de dos hermanos que se aman con ternura; están juntos casi siem-

pre, y tanto es así que los oficiales y soldados de este último jefe se quejan de ello porque no pueden emprender ninguna expedición aislada como las tropas del general Ewell.

De ningún modo se puede complacer tanto á Longstreet, como ensalzando á Lee; no creo que haya en el mundo dos generales tan poco ambiciosos y egoistas como estos, pues no aspiran sino á ver terminada la guerra para ir á descansar de sus fatigas en un oscuro retiro. Stonewall Jackson, que fué hasta su muerte el jefe de la tercera división del ejército, era también uno de esos hombres ingenuos y sencillos consagrados exclusivamente al servicio de su patria. El general Lee cumple escrupulosamente con los preceptos de su religión, aunque no lo daba á conocer tanto como Jackson, que no era como él miembro de la Iglesia anglicana. El único defecto de Lee, según lo que he oído, es una excesiva amabilidad.

Esta mañana se han enviado á Chambersburg varios soldados de Texas, con orden de destruir algunos barriles de whiskey que no se podían llevar: esto era poner muy á prueba la disciplina de aquellos hombres á quienes debía resistirse el destruir su bebida favorita, en una ciudad donde entraban por la primera vez, mas á pesar de todo se condujeron como bravos, cumpliendo con su deber.

Hemos recorrido seis millas por el camino que conduce á Gettysburg, y establecido nuestro campamento cerca de un pueblecillo llamado, según creo, Greenwood; yo montaba el caballo de Lawley, pues mi amigo y el austriaco iban en la ambulancia.

Llegada la noche, me dijo el general Longstreet que acababa de saber que Hooker había caído en desgracia, y que le sustituía en el mando el general Meade; el jefe separatista había conocido á estos dos generales antes de la guerra, y me dijo que el segundo era un hombre muy respetable, pero no tan audaz como el primero. Después hablé largo rato con algunos oficiales acerca de la batalla que debía darse muy pronto en el territorio donde nos hallábamos, y no en la dirección de Harrisburg, como se creyó en un principio. Ewell, que acababa de imponer una contribución en York y Carlisle, había recibido orden de reunirse con el ejército.

He notado que aquí todos confían mucho en el porvenir. Al hacer yo la observación de que sería ventajoso en el caso de alcanzar la victoria tener preparada alguna caballería, á fin de perseguir á los desordenados batallones, quedéme sorprendido cuando me dijeron que no podía hacerse así, porque aquella no era á propósito para el caso. En efecto, los hombres del coronel Stuart, aunque excelentes cuando se trata de hacer alguna correría para cortar las comunicaciones, coger víveres, destruir las vías férreas y demás, no sirven para dar una carga en una batalla cuando las circunstancias lo exigen, y en esto no se parecen seguramente á los ginetes del ejército de Braxton Bragg. Llevan sables que no usan; sus carabinas y revolvers son las únicas armas que conocen, y cuando están á caballo tienen siempre el sable entre la pierna izquierda y la silla, lo cual les dá un aspecto algo cómico. Esto no impide que sean buenos ginetes y sus caballos son generalmente de buena raza; la in-

fantería y artillería no parecen hacer mucho caso de este cuerpo, y con frecuencia suele ser el blanco de las burlas del ejército.

MIÉRCOLES 1.º DE JULIO.—No hemos levantado el campo hasta medio día, porque todas las tropas del cuerpo de ejército del general Lee debían precedernos en dirección á Gettysburg. También debía unirse con nosotros en los alrededores de Greenwood una división de Ewell; el cuerpo de ejército de Longstreet formaba la retaguardia.

Esta mañana he trabado conocimiento con el coronel Walton, jefe que era antes de la artillería de Washington y ahora de la del cuerpo de ejército de Longstreet; es un hombre grueso que desempeñaba antes el cargo de comisario en Nueva-Orleans.

Poco después de habernos puesto en marcha, atravesamos un desfiladero rodeado de esas montañas del Sur de cimas azuladas cuya cadena corta el Potomac en Harper's Ferry; el paisaje que se desarrollaba á nuestra vista era espléndido y no pude menos de contemplarlo con admiración. Las tropas que caminaban á mi lado pertenecían al cuerpo de ejército de Ewell, y entonces vi por primera vez la famosa *Brigada de hierro*, mandada antes por Jackson; aunque á primera vista me parecieron aquellos soldados iguales á los demás, observé luego que en general eran todos de edad mas avanzada y que no había entre ellos recluta alguno; creo que, á escepción de un regimiento, todos son hijos de Virginia. Como siempre han formado parte de un destacamento aislado, no conocían al general Longstreet sino por su reputación, y muchos de ellos venían á preguntarme si el jefe que marchaba al frente de la línea era el de este nombre. Al contestar yo afirmativamente, ponían su caballo al galope á fin de ver mas de cerca el objeto de su curiosidad, bien natural en mi concepto. Esto me pareció un verdadero tributo de cariño hácia Longstreet, tratándose de soldados que acababan de hacer una penosa marcha.

Á las dos de la tarde empezaron á oírse distintamente algunas detonaciones, y aunque se repetían con mas frecuencia según avanzábamos, no me pareció que la cosa fuese grave. Un espía que iba con nosotros mostraba gran empeño en hacer saber á todos que alrededor de Gettysburg y en el pueblo había muchos enemigos. Después de la revista que acabábamos de pasar á la división Johnston, tocó su vez á la brigada de la Florida, que forma parte del cuerpo de ejército del general Hill, pero estos soldados conocían ya á Longstreet por haber servido antes á sus órdenes: á uno que acababa de ver pasar á su antiguo jefe, le oí decir estas palabras: *¡Cuando ha vuelto el viejo dogo, ruda será la jornada!*

Hácia las tres de la tarde vimos llegar algunos heridos, pero bien pronto aumentó el número de una manera sensible; los unos iban cojeando, los otros eran conducidos en camillas, y algunos, casi despojados de su uniforme, dejaban ver horribles heridas. Semejante espectáculo, tan repugnante para las personas que no están acostumbradas á él, no causa la menor impresión á los soldados, y no por ver á los heridos dejaban estos de entrar en fuego con la mas completa serenidad; en vez de entusiasmo, aquello pudiera cali-

ficarse de indiferencia. Tal es el efecto que habian producido en las tropas dos años de continuos combates.

Poco despues vi llegar un gran número de unionistas prisioneros, algunos de los cuales estaban heridos, pero parecia que ya se habian hecho amigos de los vencedores, pues observé que cambiaban entre sí el tabaco y los cigarrillos. Entre los federales vi á un coronel que tenia el rostro horriblemente desfigurado, y oi que uno de aquellos prisioneros decia á otro que le dirigia una pregunta: «Ya estamos bien arreglados para hoy.»

Á eso de las cuatro y media avistamos á Gettysburg, y poco antes nos habiamos reunido con los generales Lee y Hill, que acababan de tomar posicion en una de aquellas alturas que dan al paisaje que nos rodea un aspecto especial. Desde aquel punto veiamos al enemigo retirarse á las colinas opuestas apresuradamente en medio de los gritos de los confederados. La posicion del enemigo debia ser, á no dudarlo, muy fuerte, y me pareció que apoyaba su ala derecha en la cima de una empinada colina que se eleva á la derecha de Gettysburg.

El general Hill acaba de llegar y me ha dicho que sus dos divisiones habian empeñado un combate con el enemigo, rechazándole á una distancia de cuatro millas, despues de hacer un gran número de prisioneros y coger varias banderas. Añadió que los federales desplegaron esta vez mas energía que nunca en su resistencia, y me señaló un campo en cuyo centro se veia un solo hombre con la bandera de su regimiento. Á su alrededor se habian reunido otros soldados que se batieron desesperadamente, y cuando al fin tuvieron que huir, el abanderado se quedó el último, y se retiró lentamente, volviéndose con frecuencia hácia los separatistas que avanzaban sobre él y á quienes amenazaba con el puño. El general Hill me decia que le causaba pena ver á un hombre tan valeroso esponerse así á la muerte.

El general Reynolds, uno de los mejores jefes del ejército federal, acaba de morir en el campo de batalla: mientras estábamos hablando trajeron un parte del general Ewell, en el cual se recomendaba al general Hill que dirigiese un ataque de frente contra el enemigo, mientras que él lo haria por la derecha. Este movimiento se hizo con bastante lentitud, pero como los unionistas se habian atrincherado fuertemente, ya era demasiado tarde para combinar un ataque en regla.

Las tropas de Ewell acababan de ocupar á Gettysburg, y el pueblo estaba lleno de muertos y heridos del ejército unionista; yo subí á un árbol desde donde podian dominarse todos los alrededores, y me formé una idea de la posicion del enemigo, aun cuando los bosques de pinos me impedian ver á las tropas que ocupaban las alturas.

Ya era de noche cuando cesó el fuego por una y otra parte: yo acompañé al general Longstreet y á su estado mayor al cuartel general que acababa de establecerse en Cash-town, pequeño pueblo situado á ocho millas de Gettysburg; las tropas, diseminadas á lo largo del camino, iban á ponerse en marcha hácia las posiciones que debian ocupar al dia siguiente.

En el encuentro de este dia habianse hecho seis mil pri-

sioneros y cogido diez cañones, tomando parte en la accion veinte mil confederados y dos cuerpos de ejército del enemigo. Este era el preludio de la gran batalla del dia siguiente. Llegada la noche, y cuando estábamos cenando, el general Longstreet habló de la posicion del enemigo, manifestando entre otras cosas que era formidable, y que no dudaba se aprovecharan las horas de la noche para aumentar los medios de defensa. Los oficiales del estado mayor confiaban en la victoria, y el sentimiento general del ejército era un profundo desprecio por un enemigo á quien habia vencido tantas veces haciéndole experimentar sensibles pérdidas.

JUEVES 2 DE JULIO. — Á las tres y media de la madrugada ya estábamos todos de pié, y antes de amanecer ya habiamos almorzado; Lawley queria montar á caballo á pesar de su indisposicion, y el austriaco y yo llegamos á las cinco al mismo punto donde estuvimos la vispera; el capitán Schreiber, del ejército prusiano, que tambien me acompañaba, se subió conmigo á un árbol. Precisamente debajo de este los generales Lee, Hill, Longstreet y Hood celebraron á poco un consejo de guerra; los dos últimos llevaban su baston blanco segun la costumbre americana, y tambien vi al general Heth, que, aunque herido en la cabeza, queria asistir como espectador á la batalla del dia siguiente.

Á las siete de la mañana recorri una parte de la llanura con el general Longstreet, el cual dió sus instrucciones á la division Law designando la posicion que debia ocupar en el próximo combate. El enemigo coronaba las cercanas colinas, y entre estas y los separatistas estendianse algunos valles cultivados; la derecha de los federales se apoyaba en un cementerio, y su izquierda en una elevada roca, segun me pareció desde lejos.

Los confederados formaban un semicírculo en una linea de cinco á seis millas de estension: Ewell dirigia el ala izquierda, con su cuartel general en una iglesia de elevada cúpula, que segun creo es la de Gettysburg; Hill se hallaba en el centro y Longstreet en el ala derecha; las eminencias que se veian á nuestro lado, cubiertas de pinos hasta la cima, terminaban en una suave pendiente. En cuanto á las tropas, ocultábanse enteramente entre los árboles, pero mientras el enemigo estaba perfectamente atrincherado, los separatistas no tenian ante sí ninguna obra defensiva. Hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos de la tarde reinó un silencio de muerte, y nadie hubiera creido que miles de hombres y una numerosa artilleria iban á comenzar su obra de destruccion á una hora tan avanzada.

Solo estaban presentes dos divisiones de Longstreet y las de Law y Hood, pues la de Pickett formaba la retaguardia. Como se habia empleado toda la mañana en disponer las tropas para el ataque, yo entretuve el tiempo dando un paseo á caballo con el coronel Manning y el mayor Walton, y de paso tomamos por alimento algunas cerezas, mientras que nuestros caballos se aprovechaban tambien del abundante pasto que alli habia; despues nos bañamos en una corriente de agua cristalina, mas no sin cierto temor por mi parte, pues no ignoraba que estábamos fuera de las lineas, y por consecuencia espuestos á una sorpresa de

la caballería. Á eso de la una encontré en el camino á una porcion de prisioneros unionistas y supe que pertenecian al cuerpo de ejército de Sickles.

Á las dos de la tarde el general Longstreet me envió á decir que si queria ver bien la batalla debia subir al mismo árbol de la vispera, y siguiendo el consejo, permanecí allí en observacion en compañía de Lawley y del capitán Schreiber. Segun ya he dicho, reinó el silencio mas profundo hasta las cuatro y cuarenta y cinco minutos, y ya comenzábamos á dudar que hubiese ningun encuentro aquel dia, cuando de pronto dejóse oír en el ala derecha de Longstreet un nutrido cañoneo; poco despues rompió tambien el fuego el ala izquierda, y habiendo contestado el enemigo con igual furia, estendióse por toda la línea el estruendo de la fusilería. Eleváronse luego espesas nubes de humo que no bastaba el aire á disipar; oíanse estallar algunos obuses, y el estampido de los cañones atronaba el espacio, impidiendo que se oyeran las voces de mando de los jefes.

Apenas hubo comenzado el fuego, el general Lee fué á reunirse con el general Hill, que se hallaba bajo nuestro árbol, y allí permaneció todo el tiempo, tan pronto mirando con su anteojo como conversando con su compañero, no sin dirigir alguna vez la palabra al coronel Long de su estado mayor. Por lo general acostumbraba á sentarse solo bajo un árbol. Yo observé que mientras duró el fuego el general Lee no espidió un solo mensaje ni recibió mas que un parte: sin duda tendria por costumbre arreglarlo todo de antemano y convenirse con los jefes, autorizando á cada uno para obrar segun las circunstancias.

En lo mas fuerte del tiroteo una banda de música de los separatistas, que se habia situado entre el cementerio y nosotros, comenzó á tocar polkas y valeses, lo cual produjo un extraño efecto, como es de suponer, con el estruendo de las descargas. Á las cinco y cuarenta y cinco minutos pareció que la calma iba restableciéndose poco á poco en el ala izquierda y en el cementerio; por la derecha, las repetidas descargas nos daban á entender que la infantería de Longstreet seguía avanzando, y á juzgar por la direccion del humo, hubiérase podido creer que los separatistas ganaban terreno, pero á eso de las seis y media, la columna hizo un movimiento retrógrado. Poco despues de las siete, el general Lee recibió de Longstreet un parte con estas tres palabras: «¡Todo va bien!» Una media hora antes de la noche el fuego comenzó á disminuir en todas direcciones, cesando luego del todo.

Mas tarde supimos que el general Longstreet habia vencido al principio todos los obstáculos apoderándose de varias baterías y desalojando al enemigo de sus posiciones, mas apenas alcanzado este triunfo, el jefe separatista se habia visto en la precision de abandonar el terreno conquistado, así como tambien los cañones cogidos al enemigo, escepto tres. Las tropas habian marchado en seguida á ocupar el terreno donde se hallaba el enemigo por la mañana. Todos *sentian mucho ver al general Longstreet esponerse de la manera que lo hacia, arriesgando á cada momento su vida: hoy ha conducido él mismo á un regimiento al asalto de una batería, con el sombrero en la mano y á la cabeza de la*

columna de ataque. El general Barksdale ha muerto en el campo de batalla y Semmes está herido, pero la mayor pérdida es la del general Hood, que atravesado el hombro de un balazo desde el principio de la refriega, ha sido retirado inmediatamente del lugar del combate por algunos de sus bravos, sumidos en la mayor desesperacion. En este momento me dirijo á caballo con mi amigo Lawley al campamento del general en jefe, donde se halla Longstreet con la mayor parte de su estado mayor.

El mayor Fairfax llegó á las diez de la noche de muy mal humor, pues se veia en la precision de custodiar mil ó mil quinientos prisioneros cogidos durante el dia, y entre los cuales se hallaba un general á quien uno de sus soldados acusaba de hallarse en tal estado de embriaguez, *que habia espuesto á sus tropas al fuego de sus mismas baterías.* Semejante acusacion, sin embargo, no merece mucho crédito de parte de un hombre que se cuida poco del efecto que pueden producir sus palabras, y que no tiene inconveniente de prodigar los juramentos cuando es para servir su causa. Poco despues vimos llegar un sinnúmero de caballos y mulas, capturados segun creo por el general Stuart, el cual tuvo el atrevimiento de acercarse á la distancia de seis millas de Washington.

VIERNES 3 DE JULIO.—Á las seis de la mañana me dirigí á caballo con el coronel Manning hácia el terreno tan disputado la vispera, y que al fin pudo reconquistar el enemigo. Aun no se habian llevado todos los muertos, pues ví una porcion de ellos, y pude observar que algunos soldados respiraban aun, si bien sus heridas no dejaban la menor esperanza. Entre estos últimos ví varios unionistas cuyo uniforme se asemejaba al de los zuavos; sus ojos vidriosos y sus miradas fijas me causaron una dolorosa impresion.

Poco despues nos reunimos con el estado mayor de los generales Lee y Longstreet, los cuales se ocupaban en reconocer el terreno, tomando sus disposiciones para un nuevo ataque. Como formábamos un grupo bastante numeroso, era natural que llamásemos la atencion de los tiradores enemigos, que nos saludaron con algunas descargas dos ó tres veces; una granada prendió fuego á un edificio de ladrillo que habia en nuestras líneas y estaba lleno de heridos unionistas, los cuales, á no dudarlo, perecerian entre las llamas. El coronel Sorrell está ligeramente herido, mas no por esto ha dejado de seguir batiéndose durante todo el dia; al mayor Walton le han matado el caballo.

El plan de ataque de la vispera era muy sencillo en mi concepto; reduciase á romper primeramente el fuego de las baterías en toda la línea y hacer luego avanzar las dos divisiones de Longstreet y una parte del cuerpo de ejército de Hill. La distancia entre los cañones de los confederados y la posicion de los federales podria ser de una milla al menos; el terreno ligeramente accidentado permite que la artillería juegue libremente, y el objeto principal era flanquear este espacio para comenzar el ataque. La division *Pickett debia romper la primera el fuego y guiar á la columna entera, mientras los generales Heth y Pettigrew, del cuerpo de ejército de Hill, cooperarian en el mismo sentido. La division Pickett no constaba entonces sino de cinco*

mil hombres, pues se habian destacado dos brigadas á otros puntos.

Á medio dia el general Longstreet anunció que ya estaban tomadas todas sus disposiciones; las tropas acababan de formarse en orden de batalla, y descansaban á la sombra de los árboles; en las baterías esperábase solo la señal de romper el fuego, y entonces el general bajó de su caballo para reposar algunos instantes. El capitán Schreiber y yo montamos á caballo con el objeto de ir á buscar una posición desde donde pudiéramos presenciar el espectáculo sin estar espuestos al peligro, y despues de caminar media hora sin hallar un sitio conveniente, nos decidimos al fin por la iglesia de Gettysburg, en cuyo punto habia establecido Ewell su cuartel general. Íbamos ya á entrar en el pueblo cuando oímos de pronto repetidas detonaciones por las cuales pudimos comprender que el cañoneo que entonces comenzaba era, si cabe, mas violento que el de la víspera, y poco despues nos encontramos en medio de un fuego cruzado que nos obligó á retroceder. De repente estallaron dos obuses y la bala de uno de ellos fué á herir al oficial que nos guiaba, lo cual nos convenció de que cualquiera otra posición seria mejor que la que habíamos elegido. Un muchacho de doce años que iba en nuestra compañía, parecia gozarse de un modo diabólico en ver cómo estallaban los obuses, y cada vez que sucedia esto, lanzaba descompasados gritos de alegría. Despues no le volví á ver ni pude saber tampoco quién era.

El camino que conduce á Gettysburg se hallaba cubierto de cadáveres de los unionistas, los cuales debían hallarse allí desde muchas horas antes, á juzgar por el olor que exhalaban los cuerpos. Decidimos volver á la colina donde estábamos la víspera, pero reflexionando luego que para ver todas las peripecias del combate y juzgar mejor, era preciso aproximarnos al centro de la acción, resolví ir á situarme cerca del general Longstreet. Serían entonces las dos y media de la tarde, y despues de haber pasado por delante del cuartel general de Lee y su estado mayor, seguí caminando á través de los bosques y hácia el punto donde me parecia haber dejado á Longstreet. Á los pocos pasos encontré una porción de heridos que volvían de sus líneas de batalla, y que pedían con acento lastimero un médico; cuanto mas avanzaba, aumentábase mas el número de aquellos, y al fin llegué á un punto en donde los vi pasar á centenares. Algunos iban en angarillas, otros se apoyaban en el brazo de sus camaradas, y no pocos, en fin, eran conducidos en parihuelas y escoltados por los individuos del cuerpo de sanidad.

El combate continuaba con la misma violencia; las balas tronchaban á cada momento las ramas de los árboles bajo los cuales se cobijaban los heridos, causando á veces entre ellos no pocos destrozos; yo vi todo esto en menos tiempo del que se necesita para describirlo, y aunque me sorprendiera encontrar tantos heridos, aun no habia visto bastante para formarme una idea exacta de toda la extensión del mal. Al aproximarme al general Longstreet observé que uno de sus regimientos avanzaba en buen orden á través de los bosques para ir al ataque, y creyendo que era llega-

do el momento para verlo bien todo, dije al general, *que hubiera sentido mucho perder aquella ocasion.*

Longstreet se hallaba de pié sobre un monton de ramas de árbol y mostraba una sangre fria imperturbable; al oír lo que decia, me contestó sonriendo: «*¡Diablo! decís que no hubierais querido perder esta ocasion, pero yo os aseguro que siento mucho se haya presentado, pues el enemigo acaba de rechazar nuestro ataque! ¡Vedlo vos mismo!*»

Por la primera vez pude abarcar de una sola mirada todo el espacio comprendido entre las dos posiciones, y ví á los confederados volver lentamente y con aire triste y abatido á las líneas que ocupaban antes del combate. Sin embargo, no era allí donde se hacían mayores destrozos, sino en la retaguardia. El general me dijo que la división Pickett habia conseguido al principio desalojar al enemigo y apoderarse de sus cañones, pero que veinte minutos despues se habia visto en la precisión de retroceder, arrastrada por las tropas de Heth y Pettigrew, que se retiraban en desorden.

Apenas se concibe una sangre fria como la del general Longstreet en circunstancias tan críticas como las en que se hallaba, y amenazado por el enemigo, que hacia sus preparativos para perseguir á los separatistas. Entonces, y solo entonces, pude apreciar en su justo valor la exactitud del apodo con que designaban á este jefe los que le llamaban *bulldog* (perro de presa); las dificultades parecían exasperar á Longstreet en vez de acobardarle.

Cuando me acerqué al general, no estaba en su compañía sino el coronel Walton, pues los demás oficiales habían ido á desempeñar diferentes comisiones del servicio: poco despues llegó el general Latrobe á pié, porque le habían matado el caballo, y de lo mismo se quejaban el coronel Sorrell y el capitán Gorce. El general Longstreet adoptó inmediatamente las medidas que le parecieron mas oportunas para resistir el ataque que se esperaba y al efecto hizo avanzar algunas piezas de artillería, reuniendo á los soldados dispersos que habían abandonado sus filas. Aun me parece estar viendo al general Pettigrew, que acudía presuroso á decir á Longstreet *que le era imposible obligar á sus soldados á volver á la carga*, á lo cual respondió Longstreet: «*¡Muy bien! ¡no importa! dejad á vuestra gente donde está, pues el enemigo que viene sobre nosotros sabrá muy bien reunir la y ahorrarnos este trabajo.*» Entonces pidió de beber, y yo me apresuré á ofrecerle un poco de rom que llevaba en un frasco de plata, rogando lo admitiese en recuerdo de aquel momento. El general Longstreet se sonrió, y tuvo la satisfacción de que aceptara mi oferta, despues de lo cual expidió varias órdenes á la división Law.

Entonces fui á reunirme con el general Lee, que acababa de llegar y tomaba informes acerca de las causas del desastre sufrido. Si la conducta de Longstreet habia sido admirable, la del general Lee era á no dudarlo sublime; ocupábase en reunir á sus tropas desbandadas, trataba de animarlas con sus palabras amistosas, veíasele recorrer solo toda la línea de batalla, y siempre sereno y de buen humor, no dió señales de enojo ni de abatimiento. Lee decia por lo general á sus soldados: «*Todo se arreglará, amigos míos, mas por ahora es preciso que os reunais á fin de*

rechazar al enemigo.» Exhortaba también á los heridos á que se cuidaran ó empuñaran el fusil si aun les era posible, y ví á muchos soldados saludarle con el mayor respeto, aplaudiendo sus palabras.

Al acercarse á mí me dijo: «Coronel, hemos tenido un mal día, muy malo en verdad; pero no podíamos contar siempre como segura la victoria.» Dichas estas palabras, me aconsejó que buscara un sitio mas seguro, porque ofrecia peligro permanecer allí.

Aquel reciente descalabro no impedía al general Lee ocuparse de otras cosas mas insignificantes: así, por ejemplo, á un oficial que pegaba á su caballo porque no podia dominarle, le dijo en voz alta: «Amigo mio, es inútil que le maltrateis así; yo he tenido un caballo como el vuestro, y sé por experiencia que los golpes no sirven de nada.»

En aquel momento ví llegar al general Wilcox (el cual viste siempre un paletot y un sombrero de paja usado), que venia presuroso á dar cuenta de su brigada; el general Lee le cogió amistosamente la mano y le dijo: «No importa, general; *todo lo que ha sucedido es por culpa mia; yo soy quien ha perdido esta batalla, y ahora es preciso que me ayudeis á salir del apuro.*» Así es como el general Lee trataba de infundir valor á sus abatidas tropas, cargando con toda la responsabilidad. Era imposible verle ú oírle sin admirarle.

La posicion de los confederados era entonces verdaderamente critica, y si el enemigo hubiera sabido aprovecharse de sus ventajas no sé qué habria sucedido. El general en jefe y sus oficiales no dejaban de conocer que las circunstancias eran apuradas, pero aun cuando así fuese, no se notaba esa confusion y ese desórden que por lo regular suele notarse en un día de batalla. Á poco supimos que los generales Garnett y Armistead habian muerto, que el general Kemper estaba mortalmente herido, y que de toda la division Pickett solo se habia salvado un oficial; esta matanza tuvo lugar en el espacio de una milla cuadrada y en poco mas de una hora.

Hácia las seis de la tarde oímos ruidosas aclamaciones en la posicion enemiga, lo cual nos hizo creer por un momento que aquello era la señal de avanzar, mas al parecer tratábase tan solo de la llegada de un general á quien veíamos recorrer las filas seguido de unos treinta hombres á caballo.

Poco despues me trasladé al extremo de la linea, donde acababan de apostarse cuatro cañones rayados, pues era muy escasa la infantería: puede ser que la vista de estas piezas esplicase la poca actividad del enemigo. Al instante se acercaron á mí un sargento y una docena de artilleros, que mostraban todos la mayor confianza, á pesar de su critica situacion. Conociase que el sargento descaba ver avanzar á los unionistas para lanzarles la carga de metralla que tenia preparada, y todos sus hombres hablaban con admiracion de la division Pickett y del hecho de armas que habia llevado á cabo; cuando veian al general Lee, acostumbraban á decir: «*Tenemos la mayor confianza en nuestro viejo; el descalabro de hoy no le asustará, y no debe dudarse que el tio Roberto nos conducirá á Washington, segun lo ha prometido.*»

Cuando yo estaba hablando con los artilleros, los tiradores enemigos rompieron el fuego avanzando lentamente, y bien pronto las descargas de fusilería nos advirtieron que éramos el objeto de la atencion del enemigo y que ya era tiempo de levantar la sesion. Al momento volví grupas y me despedí de aquellos valientes.

Á las siete de la tarde poco mas ó menos, el general Lee recibió un parte anunciándole que la division del cuerpo de ejército de Ewell acababa de obtener notables ventajas en el ala derecha, y por esta razon sin duda habia cesado el fuego en el centro. Mas tarde supimos que las descargas eran de las tropas de Hood, que habiendo cercado á un escuadron de caballería enemiga, se complacian en fusilar á los soldados. Dijéronme que de cuatrocientos ginetes solo diez y ocho escaparon de la matanza.

Á las siete y media, y como ya no era de temer el ataque de los unionistas, volví á la tienda de Moses, á quien encontré lo mas abatido que imaginar se pueda, á causa de las exageradas noticias que acababan de circular. En el camino encontré muchos heridos que se mostraban muy inquietos por la suerte del general Longstreet, á quien suponian muerto, pero yo les tranquilicé sobre este punto diciéndoles que su jefe estaba sano y bueno, con lo cual todos parecieron olvidar sus propios padecimientos. Es imposible espresar con palabras la extraordinaria firmeza y resignacion con que los confederados sufrían los dolores que les causaban las heridas. Á las diez de la noche tuve la suerte de cenar con los médicos: era el primer alimento que tomaba despues de quince horas.

SÁBADO 4 DE JULIO.—Al romper el día me despertó Moses, el cual se lamentaba de que la caja, que contenia una suma considerable, habia sido robada durante la noche. Despues de buscar por todas partes, se encontró por fin en un bosque contiguo, pero la cerradura estaba rota y faltaba el dinero; al doctor Barksdale le habian robado del mismo modo, y á no dudarlo, los autores del robo serian esos desertores ó merodeadores que, en vez de entrar en fuego, solo se ocupan en saquear y se jactan luego de haber sido los héroes de las batallas.

Lawley, el austriaco y yo, fuimos, á eso de las ocho, á dar un paseo á fin de recorrer toda la linea, y no tardamos en encontrar al general Longstreet, que estaba muy alegre y del mejor humor. El enemigo acababa de enviar un parlamentario, anunciando entre otras cosas *que el general estaba herido y prisionero, pero que se le cuidaria mucho*, á lo cual contestó Longstreet inmediatamente, que estaba muy agradecido, pero que no hallándose ni herido ni prisionero, no tenia necesidad de las atenciones del enemigo, pues se bastaba á sí propio. El general Longstreet tiene ciertamente una naturaleza de hierro, y diríase que puede pasar sin alimento y sin sueño: algunos oficiales del estado mayor se quedaban literalmente dormidos al apearse de sus caballos, estenuados por la fatiga de tres días de continuo ejercicio.

Mientras que Lawley iba al cuartel general á evacuar ciertos asuntos, yo me quedé conversando con el general Pendleton, jefe de la artillería, quien me indicó el número de cañones utilizados la vispera, añadiendo que los de á doce

eran los mejores para el servicio de campaña, y asimismo me dijo que casi toda la artillería de los confederados se había cogido al enemigo, ó bien procedía de la fundición de cañones viejos de á seis capturados en la primera campaña.

Á las diez de la mañana volvió Lawley del cuartel general, anunciando que el ejército se pondría en marcha por la noche para volver á Virginia; la falta de municiones obligaba á los jefes á tomar esta medida, si bien estaban seguros de que aun les sería preciso rechazar algún ataque del enemigo porque era el aniversario del 4 de julio. Habíanse dado al efecto las órdenes oportunas para que los bagajes y todo el tren de campaña se condujeran á Cashtown, y ya se empezaba á efectuar el movimiento siguiendo el camino de Fairfield.

La división Johnson había evacuado durante la noche la posición conquistada la víspera; parece que después de haberse apoderado del cementerio había seguido ocupando este punto hasta el momento en que hubo de abandonarlo por faltarle el auxilio de la división Pender, cuyo jefe estaba herido. Á consecuencia de esto, todo el ala derecha se vió precisada á retroceder.

Á la una, poco más ó menos, comenzó á llover á torrentes y fuimos á refugiarnos á la casa de un pobre campesino de Pennsylvania que estaba llena de soldados, los cuales, muy lejos de pensar en una retirada, hablaban por el contrario de Washington y de Baltimore, como si debiesen entrar muy pronto en estas ciudades. Á las dos de la tarde fuimos al campamento del general Longstreet, que se hallaba en el camino de Fairfield.

El general habló conmigo largamente de la batalla y me dijo, entre otras cosas, que había cometido la torpeza de no concentrar suficientemente su ejército y de atacar con quince mil hombres una posición para la cual se necesitaba cuando menos el doble. El ataque se había comenzado por tres puntos á la vez, y las tropas del cuerpo de ejército de Hill, que abandonaron el terreno, eran todas bisoñas que no habían entrado nunca en fuego. Longstreet estaba seguro de que el no haber atacado al enemigo á su vez consistía principalmente en la presencia de la artillería confederada, pero que de haberlo hecho después del movimiento retrógrado, hubiera podido resultar un desastre. El general añadió que en su concepto había hecho muy bien Meade en no avanzar con sus tropas, las cuales no habrían podido resistir el espantoso fuego de la artillería.

En los tres días últimos se han cogido más de siete mil prisioneros á los federales; tres mil quinientos han sido puestos en libertad bajo palabra, y los demás han marchado á Richmond, escoltados por un destacamento de la división Pickett.

La verdadera causa del descalabro sufrido por los separatistas es debida principalmente, así esta vez como las demás, al soberano desprecio que les inspiran sus enemigos.

Hemos visto pasar durante todo el día una porción de carros, caballos, mulas y toda clase de ganado cogido en Pennsylvania, única ventaja real y positiva que se había sacado de la campaña. No pude menos de admirarme al con-

templar el inmenso botín de Ewell: el desfile de todos aquellos objetos diversos parecía interminable; no veíamos nunca el fin, y era evidente que no podríamos ponernos en camino hasta entrada la noche. Cuando empezó á estar oscuro, nos colocamos todos alrededor de una hoguera y vi los partes enviados por diferentes generales anunciando que el enemigo se retiraba: el general Law manifestaba que había visto muchos piquetes de caballería.

Todo esto, no obstante, no podía influir para que cambiase su plan el general Lee, pues necesitaba sobre todo abastecerse de víveres y municiones, porque aquella vez, contra su costumbre, no le había sido posible hacer su provisión con la del enemigo, y como por otra parte se hallaban interceptadas sus comunicaciones con Virginia, hacía preciso replegarse sobre Winchester y sus alrededores á fin de buscar todo cuanto necesitaba. Precisamente el general Milroy había dejado en dicho punto, al abandonarle precipitadamente algunas semanas antes, una considerable cantidad de provisiones, y asimismo se encontró un enorme wagon lleno de despojos de Pennsylvania, que era absolutamente preciso transportar á la opuesta orilla del Potomac.

Poco después de las nueve comenzó á llover á torrentes; Lawley y yo tuvimos la suerte de cobijarnos en la tienda de uno de los médicos, y á eso de la media noche pudimos al fin ponernos en camino.

DOMINGO 5 DE JULIO.—La noche ha sido mala; se oye el fragor de los truenos; el fulgor de los relámpagos viene á rasgar de vez en cuando la densa oscuridad de la noche; el agua cae á torrentes inundando los caminos; en algunos puntos llega el lodo hasta las rodillas, y á cada momento nos detienen los carros ó los furgones. Lástima me daba ver á los soldados que por fuerza tenían que seguirnos, y avanzábamos con tanta lentitud, que tardamos ocho horas en recorrer el mismo número de millas.

Á las ocho de la mañana hicimos alto en los alrededores de Fairfield, cerca de una montaña, y apenas habíamos empezado á encender fuego, vinieron á decirnos que íbamos á ser atacados por la caballería unionista. En efecto, de allí á poco comenzaron á silbar las balas sobre nuestras cabezas, pero no podíamos descubrir de dónde partían los tiros; media hora después nos anunciaron que el magnífico botín de Ewell acababa de ser recobrado por los federales, y esta noticia aguijoneó á los conductores de furgones de tal modo, que apretaron el paso de una manera extraordinaria.

Los tres médicos parecían decididos á no echar pié á tierra, pero hostigados por el hambre y teniendo en cuenta también que en el caso de una sorpresa del enemigo sería más fácil escaparse, resolvieron reunirse con nosotros. Poco después avanzó de frente un cuerpo de caballería confederada, y estuvo tiroteándose algún tiempo con una avanzada unionista á fin de dejar el camino libre.

Al medio día llegaron los generales Lee y Longstreet, y se detuvieron cerca de nosotros, reuniéndose luego con el general Ewell, que no tardó en presentarse también y á quien veía yo por la primera vez. Ewell es un veterano como se ven aquí pocos; de cabeza calva, nariz prominente, mirada salvaje y rostro enfermizo: como ha perdido una pierna,

suele caerse con frecuencia del caballo, y cuando se apea de este anda con muletas. Ewell era el brazo derecho de Stonewall Jackson en la pasada campaña, y le profesaba un profundo cariño, tratándole siempre con la mayor franqueza. Cuando le vi llegar estaba muy enojado por la pérdida que acababa de sufrir y no quería recibir consuelos ni aun del general Lee. Después de haberme reunido con Longstreet, monté en el caballo de Lawley, y á eso de las tres me dirigí hácia la montaña: á las cuatro llegamos á un punto donde el camino se bifurca; por una vía se va á Emmitsburg y por la otra á Hagerstown.

El mayor Moses y yo entramos luego en una casa de campo donde había algunas mujeres, dos unionistas heridos y un muerto, de resultas de la escaramuza de la mañana: uno de los pacientes tenía en la cabeza una herida horrible y el otro padecía de una contusión en la rodilla; este último, que era irlandés, me dijo que había servido en el ejército europeo de Bengala durante la revolución de las Indias, y entonces formaba parte del regimiento de caballería de Michigan, pareciéndome que estaba imbuido en todas las preocupaciones que tienen los americanos respecto á los vejámenes de los irlandeses y otras cosas parecidas. Díjome además que las tropas del Norte no tenían buenos oficiales, y que era opinión general en el ejército, que McClellan volvería á encargarse del mando.

Las mujeres que estaban en la casa eran ardientes obolionistas, y de esto pude convencerme porque al pasar el mayor Fairfax á caballo, y al informarse de si el muerto era unionista ó confederado, le contestó una de aquellas haciendo un gesto despreciativo: «¿Os parece que si fuera un rebelde estaría mucho tiempo aquí?» Á lo cual contestó el mayor Fairfax: «¿Es así cómo se espresa una mujer al hablar de un muerto que no puede hacer daño á nadie?» Al oír estas palabras, ruborizóse la interpelada y repuso que no debía tomarse en serio lo que acababa de decir.

Á las seis nos pusimos de nuevo en marcha y alcanzamos á Longstreet á las siete y media. Los soldados caminaban apresuradamente, sin que pareciese molestarles en lo mas mínimo la humedad ó el barro, é iban tan contentos como si les sonriese la fortuna; muchos de ellos llevaban un retrato de Lincoln, y lo pasaban de mano en mano burlándose de la *belleza personal* del tío Abraham.

Cuando hicimos alto para pasar la noche, aun se oían en la retaguardia las descargas de los tiradores; el general Longstreet ordenó que se preparase la cena para él y su estado mayor, pero cuando pensábamos sentarnos á la mesa, vimos que el general Law y sus oficiales se habían adelantado á nosotros y terminaban su banquete á toda prisa. Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que nos sirvieran también á nosotros, pues el posadero deseaba complacer al general, con la esperanza de que por su recomendación evitaría la destrucción de todo su mobiliario, confiscado ya por el inexorable Moses.

Mientras cenábamos entraron precipitadamente varias

mujeres exclamando: «¡Oh bondad divina, ya están matando nuestros cerdos! ¿Dónde está el general? ¿Dónde está el oficial mayor? ¡Ya nos han quitado nuestras vacas!» Á todo este diluvio de exclamaciones contestaba el general, moviendo la cabeza con aire melancólico: «¡Es verdad, señoras, es cierto; todo esto es muy enojoso seguramente, pero hace dos años que en Virginia sucedieron cosas semejantes!»

Aquella noche dormimos al raso, y ni el agua que caía á torrentes fué bastante para interrumpir nuestro sueño. No me es posible atravesar las líneas enemigas á pesar de la tregua que se nos ha ofrecido, y me hallo en una situación crítica porque se me acaba la licencia.

LUNES 6 DE JULIO.—Esta noche han robado muchos caballos y poco faltó para que el mio sufriera la misma suerte; es preciso estar muy alerta si se quieren evitar semejantes contratiempos. No nos hemos puesto en marcha hasta las seis y media, y avanzamos con mucha dificultad porque el camino está obstruido por los carros de transporte, la mayor parte de los cuales han sido recobrados de nuevo por el general Ewell.

Á las ocho y media nos detuvimos á descansar dos horas, y los generales Lee, Longstreet, Hill y Wilcox se reunieron en consejo; á medio día nos detuvimos de nuevo para comer cerezas, único alimento que tomamos aquel día desde las cinco de la madrugada hasta las once de la noche.

He visto al general Hood en su coche: tenía muy mala cara y parecía haber sufrido mucho; los médicos dudan que pueda volver á servirse del brazo. También vi al general de caballería Hampton, que tenía una herida de bala en el costado y otras dos de arma blanca en la cabeza, lo cual no le impedía estar de muy buen humor.

Un poco antes de llegar á Hagerstown, oyéronse descargas en la vanguardia, y la alarma fué tal, que por un momento se creyó que ya llegaba la caballería enemiga; algunos heridos, saltando de sus camillas, cogieron sus fusiles, que siempre llevaban al lado, y se disponían á batirse.

Después de una escaramuza que duró bastante tiempo, aunque fué insignificante, fuimos á situarnos en una colina que domina á Hagerstown, y vimos á la caballería enemiga que salía rápidamente del pueblo, perseguida por los confederados.

Por delante de nosotros pasaron á poco muchos unionistas prisioneros: uno de ellos, que era teniente de caballería, iba fumando un cigarro y se distinguía por su elegante uniforme y su cabello perfectamente cuidado; este oficial hacía un extraño contraste con los hombres de su escolta, que parecían mendigos. Á las siete de la tarde atravesamos á caballo las calles de Hagerstown, donde vimos una porción de caballos muertos y algunos soldados moribundos; á una milla mas allá hicimos alto para descansar un rato, y el general Longstreet destacó cuatro batidores á fin de que explorasen el camino por donde debía dirigirse el ejército; el jefe les mandó que volbiesen cuanto antes fuera posible para darle cuenta de lo que hubiesen visto ó oído.



CAPÍTULO XV.

1863.

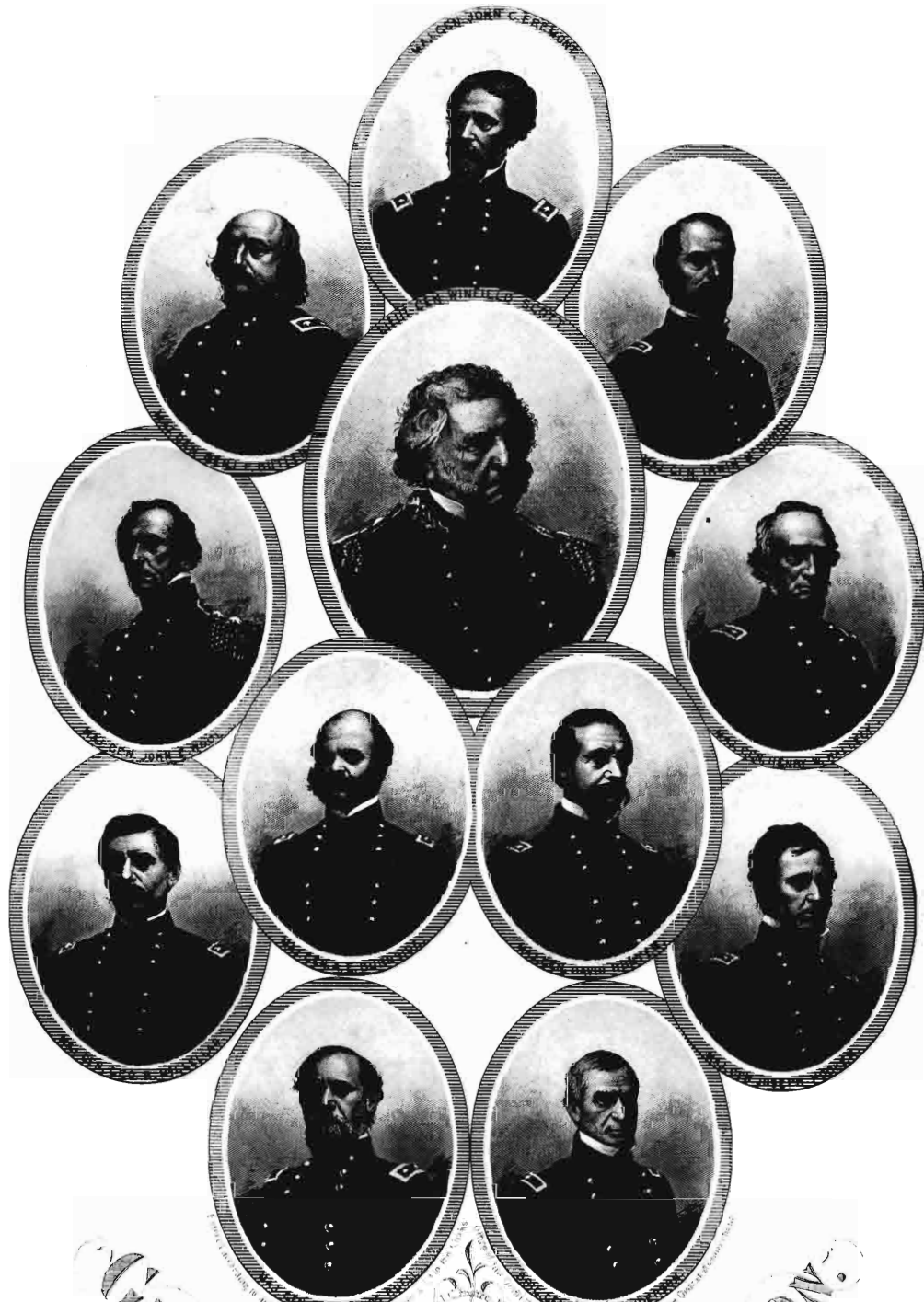
OPERACIONES MILITARES EN EL TENNESSEE.—LA CAMPAÑA DE CHATTANOOGA.

Desgraciada expedición de Morgan á Indiana y Ohio.—Es derrotado y hecho prisionero.—Su fuga.—El general Rosecrans avanza desde Murfreesboro en dirección al Tennessee.—El general Bragg en Chattanooga.—Rosecrans persigue á los separatistas.—Bragg se concentra en Lafayette y hace frente al enemigo.—Rosecrans se concentra con sus tropas.—Batalla de Chickamauga.—Derrota de Rosecrans.—Sus pérdidas.—El general Thomas reemplaza en el mando á Rosecrans.—Escursion de Pegram á Kentucky.—Escursion de Saunders al Tennessee Oriental.—Burnside cruza las montañas de Cumberland.—Knoxville.—Burnside recobra á Cumberland Gap cogiendo dos mil prisioneros.—Los separatistas avanzan contra el enemigo.—Wolford es vencido en Philadelphia.—Combate en Campbell's Station.—Burnside se retira á Knoxville.—El general Longstreet pone sitio á la plaza.—Los separatistas son rechazados con numerosas pérdidas.—Longstreet levanta el sitio.—Grant auxilia á Rosecrans.—Los generales Hooker y Slocum se retiran al Tennessee.—Escursiones de Wheeler y de Roddy.—Grant llega á Chattanooga.—Hooker cruza el Tennessee.—Combate en Wauhatchie.—Sherman llega de Vicksburg.—Granger, Hooker y Sherman atacan al general Braxton Bragg.—Hooker se apodera de Lookout Mountain.—Los separatistas son derrotados en Mission Ridge.—El boletín de Bragg.—Hooker persigue á Ringgold.—Cleburne le cierra el paso en White Oak Ridge.—Sherman y Granger marchan á Knoxville.—Pérdidas en Mission Ridge.

Hemos dejado á los generales Rosecrans y Braxton Bragg en presencia uno de otro despues de la batalla de Murfreesboro y en cuarteles de invierno, el primero cerca de la poblacion de este nombre, y el segundo en los alrededores de Tullahoma y de Shelbyville. (Vease pág. 389, tomo III). Los dos ejércitos permanecieron ociosos mucho mas tiempo del que se creía, pues no entraba en los cálculos del general confederado tomar la ofensiva, ni el jefe unionista podia tampoco atacar á las fuerzas enemigas hasta que hubiese recibido los refuerzos y municiones que esperaba, y así es que hasta el mes de junio no
1863. se puso en movimiento. Una partida de ochenta hombres, que decian pertenecer á la caballería confederada de Kentucky, habia cruzado entre tanto el Ohio, atravesando

luego por los condados de Orange, Orleans y Washington, con objeto de llevar á cabo una expedición, pero habiéndoles salido al encuentro algunas fuerzas federales al mando del mayor Clendenin, cayeron todos prisioneros sin que se escapase uno solo.

El dia 27 de junio, se puso en marcha el general Morgan á la cabeza de dos mil veintiocho hombres, saliendo de Sparta con objeto de llevar á cabo una expedición, y dirigiéndose luego hácia Cumberland, rechazó á una fuerza de caballería unionista mandada por el coronel Wolford. Despues continuó su marcha hácia Colombia, cuya poblacion fué saqueada en parte por los separatistas, á pesar de las órdenes que se dieron en contrario. Al llegar á Green River, Morgan encontró un puesto militar cuya custodia se habia confiado



GENERALES DE LA UNION

al coronel Moore, é intimó desde luego la rendición, pero el jefe unionista se negó, y en su consecuencia trabóse un combate desesperado en el que perdieron la vida once oficiales separatistas, entre los cuales se contaban el coronel Chenault y el mayor Brent; de los individuos de tropa resultaron venticinco muertos y veinte heridos, sin que los federales tuvieran mas que seis de los primeros y veintitres de los segundos.

El general Morgan hubo pues de renunciar á desalojar al enemigo, que estaba muy bien atrincherado, y sin perder tiempo marchó sobre Lebanon, de cuya defensa estaba encargado el coronel Hanson con cuatrocientos hombres. El jefe separatista intimó tambien la rendición, y habiéndose negado á ello el gobernador de la plaza, comenzó el combate, que duró siete horas, hasta que al fin los confederados, dando una carga terrible, penetraron en la ciudad, pegaron fuego á varios edificios, y entonces Hanson no tuvo mas remedio que rendirse á discreción. En esta desesperada refriega perdió la vida el teniente Tomás Morgan, hermano del general, y como acababa de saberse que se acercaba una numerosa fuerza de caballería federal, Morgan se vió precisado á ponerse en marcha inmediatamente con sus prisioneros, á los cuales obligó á recorrer diez millas en noventa minutos.

El día 7, la vanguardia de Morgan pasó por Shepherdsville y Bardstown, y al llegar al Ohio por la parte de Brandenburg capturó dos magníficos vapores federales, el *Alice Dean* y el *Mc Coombs*, que estaban allí anclados. Estos buques, que probablemente pertenecían á un particular, fueron inutilizados, despues que la columna se trasladó á la orilla opuesta del rio. El general Hobson, que con algunas fuerzas federales iba siguiendo á Morgan desde Cumberland, lle-

gó á Brandenburg precisamente cuando el jefe confederado acababa de abandonar este punto.

Morgan se internó por Corydon, Greenville y Palmira y llegó en 11 de julio á Salem, donde hizo prisioneros á trescientos cincuenta hombres de un **1863.** destacamento que habia allí apostado. Despues destruyó la via férrea, quemó un depósito de armas y mandó que se hiciera lo mismo con varios molinos y factorías, pero desistió luego mediante el pago de mil duros en dinero contante. Morgan continuó su marcha hácia Vienna, destruyendo á su paso vias férreas y líneas telegráficas; llegó á poco á Madison, é intimó la rendición de Old Vernon, mas tuvo por conveniente retirarse al ver que se habia reunido una numerosa fuerza de milicia dispuesta á oponerle una enérgica resistencia. En 13 de julió cruzó por Versailles, apoderándose á su paso de una porción de caballos y de cuanto le venia á mano; dió la vuelta por Cincinnati el día 14, y pasando luego por Miamisville, Williamsburg, Sardinia, Picketon y Jackson, tocó de nuevo en el Ohio y en la isla de Buffington, no lejos de Parkersburg, por donde Morgan pensaba retirarse sin encontrar oposición alguna.

Inútil parece decir que los espedicionarios dejaron limpios los almacenes, los graneros y las despensas de las casas, pero la columna era perseguida tan de cerca, que no tuvo tiempo para hacer mucho mas daño.

El jefe separatista marchó despues á Miami, esperó la llegada del tren, y los espedicionarios lo detuvieron fácilmente matando al maquinista é hiriendo al ingeniero; los wagones fueron quemados, y quedaron prisioneros doscientos reclutas que iban en los coches. Casi todos los días ocurría alguna escaramuza, pero la columna contaba con

demasiada fuerza para que pudieran batirla los destacamentos que habia en varios puntos, y como por otra parte los espedicionarios quemaban los puentes y obstruian los caminos, era difícil la persecucion. Sin embargo, en Chilicothe habíase ya reunido un número considerable de tropas, pero Morgan tomó la direccion contraria.

Al llegar el coronel Hobson al Ohio, calculó que la columna de Morgan se veria precisada á embarcarse otra vez, y en su consecuencia envió á buscar refuerzos á Louisville, á fin de reunir un número suficiente de cañoneras para guardar el rio. Tan pronto como se supo que Morgan se dirigia á Pomeroy ó Gallipolis, con intencion de cruzar, los habitantes se apresuraron á obstruir los caminos con troncos de árboles á fin de entorpecer los movimientos de la columna espedicionaria que al fin llegó al Ohio, despues de una penosa marcha, en 19 de junio. Morgan destacó dos compañías, que fueron recibidas por el enemigo con una nutrida descarga, pero habiendo vuelto á poco uno de sus oficiales anunciando que acababa de dispersar á una fuerza de unionistas, haciendo ciento cincuenta prisioneros, hizo sus preparativos para pasar á la orilla opuesta. En aquél momento, sin embargo, comenzaron las cañoneras á romper el fuego mientras que tres columnas de infantería avanzaban rápidamente, amenazando á las tropas de Morgan por su retaguardia y derecha; entonces se dió la orden de huir por el rio, la cual se apresuraron todos á obedecer, y tan apurado era el caso, que los espedicionarios abandonaron sus presas y sus enfermos y heridos, en número de seiscientos hombres.

Morgan y los hombres que le quedaban marcharon por la orilla del rio hasta Belleville, y una vez allí trataron de atravesar la

corriente á nado con sus caballos, pero ya entonces los generales Hobson y Shackelford les perseguian de cerca, mientras que varias cañoneras dirigidas por el general Scammon, llegaban apresuradamente. Como no era posible resistirse en aquella situacion, Morgan y sus hombres se hicieron fuertes en una elevada colina, casi inaccesible, donde el general Shackelford les intimó la rendicion. Los sitiados pidieron una hora para deliberar, pero el jefe unionista no quiso concederles mas de cuarenta minutos, al cabo de los cuales, el resto de la columna, es decir, unos mil hombres, resolvió entregarse. Morgan, sin embargo, no quiso que se le comprendiera en la capitulacion, y seguido de algunos de los suyos pudo escapar internándose en el territorio, pues por el rio no era posible la fuga por hallarse ocupado por las cañoneras, que hubieran hecho fuego, á no dudar, sobre todos los que hubiesen intentado vadear la corriente.

Morgan y sus hombres, que no tenian ya que cuidar sino de sus personas por haber abandonado sus prisioneros y sus presas, se dirigieron rápidamente hácia Mc Arthur, donde intentaron de nuevo cruzar el rio, y habiéndolo conseguido, volvieron á internarse por Eastport, encaminándose luego precipitadamente hácia Nueva-Lisboa. Cerca ya de este punto, se vieron cercados de tal modo por una numerosa fuerza de milicia y por las tropas que venian persiguiéndoles, que no tuvieron mas remedio que entregarse despues de oponer una débil resistencia, y de este modo, escepto doscientos hombres que consiguieron escapar, toda la columna de Morgan quedó aniquilada, contándose unos quinientos hombres entre muertos y heridos.

Morgan y algunos de sus oficiales fueron conducidos á Colombo, donde se les redujo á

prision despues de afeitarles la cabeza como se hace con los criminales ordinarios. No habia razon ni derecho alguno para proceder así, ni sabemos quién daria semejante órden, que seguramente no procedió del Gobierno, pero el hecho es cierto, así como tambien que los prisioneros fueron encerrados en celdas, si bien no se les obligaba á trabajar. Tratábase de formar un proceso para hacer responsables á Morgan y á los suyos de los destrozos que habian causado, y aun hubo periódicos que pedian sencillamente que se les ahorcara como á ladrones, pero cuando con mas calor se discutia sobre el partido que se deberia tomar, súpose en la mañana

del 26 de noviembre que Morgan y **1863.** seis de sus oficiales habian conseguido escaparse por un conducto subterráneo abierto por ellos mismos.

Dos de los fugitivos fueron cogidos á poco, pero Morgan y el capitán Hines se dirigieron al camino de Cincinnati, aguardaron la llegada del tren de la una de la mañana, y poco despues se hallaban muy cerca de la ciudad de este nombre, donde pudieron bajar sin ser notados de nadie. Poco despues cruzaban el Ohio por cerca de Kentucky y recibieron hospitalidad en una casa donde se dió á los fugitivos todo cuanto necesitaban. Cuando hubieron tomado algun descanso, Morgan continuó su marcha hácia el Tennessee, en cuyo punto perdió á su compañero, pero en cambio llegó muy pronto á Georgia y se halló rodeado de amigos que le felicitaban á porfía, admirando su valor é intrepidez. Algunos dias mas tarde se trasladó á Richmond, donde se le hizo la mas lisonjera acogida, causando á todos no poca admiracion sus últimas aventuras y su fuga de Colombo, y dos semanas despues marchó á la Virginia Occidental y al Tennessee para continuar sus empresas.

Segun ya hemos dicho, el general Rosecrans se vió obligado á permanecer ocioso en Murfreesboro, esperando víveres, municiones y refuerzos, hasta el mes de junio de 1863. Aunque su ejército era mas numeroso que el de Bragg, su caballería era muy inferior (*), como se habia ya probado en varias escaramuzas. Aunque el jefe unionista no perdonaba esfuerzo alguno para remediar esta falta, no podia conseguir su objeto á causa de la actividad y audacia de los expedicionarios Forrest, Wheeler y Morgan, pero cuando este último hubo marchado á efectuar su gran correría, Rosecrans consiguió reunir seis mil caballos y dió entonces la órden de avanzar.

La infantería de Bragg, compuesta de diez y ocho mil hombres, á las órdenes de Polk, ocupaba una formidable posicion en Shelbyville, donde acababan de construirse numerosas obras de defensa por tres mil esclavos procedentes de Alabama y Georgia. Además de esto, diez y ocho millas mas allá y detrás de una region montañosa, cortada por angostos desfiladeros y malos caminos, habia otro campo atrincherado en un punto conocido con el nombre de Tullahoma, y un cuerpo de ejército de doce mil hombres al mando de Hardee, ocupaba á Wartrace, cubriendo la via férrea y sus alrededores. El general Bragg habia apostado tambien una division, al mando de Buckner, cerca de Knoxville y Chattanooga, y puede decirse que le era fácil concentrar cuarenta mil hombres para una batalla mientras que Rosecrans disponia al menos de sesenta mil, si bien no era su posicion tan ventajosa como la del ene-

(*) Halleck alegaba que no envió mas caballería á Rosecrans porque sabia que no hubiera podido encontrar en aquel punto suficientes pastos, pero Rosecrans decia lo contrario, añadiendo que su caballería no podia ir á forrajear porque no contaba con suficiente fuerza para resistir un ataque del enemigo.

migo, el cual podia asegurar mejor su retirada y obtener refuerzos con mas facilidad que Rosecrans.

El 24 de junio avanzó el jefe unionista con intencion de flanquear la derecha del enemigo, concentrándose en Manchester
1863. para interceptar sus comunicaciones por Tullahoma, y obligarle á que abandonara sus fortificaciones ó aceptase la batalla en campo abierto, mas para esto era preciso engañar á Bragg, simulando un ataque por Shelbyville, por cuyo medio quedarian probablemente descubiertos los pasos de la montaña, que era por donde pensaba avanzar el jefe unionista. Desgraciadamente, el mismo dia en que se iba á efectuar este movimiento, estalló una tempestad y continuó lloviendo por espacio de *diez y siete dias* consecutivos; los torrentes se desbordaron, é inundáronse de tal modo los caminos, que una division tardó tres dias en recorrer una distancia de veintiuna millas aun cuando no encontró enemigos con quien combatir.

El ejército federal, dividido en tres cuerpos, marchaba por tres distintos caminos: el general Thomas, que mandaba el centro, se dirigió hácia Manchester, el general Crittenden, que conducia el ala izquierda, marchó sobre Mc Minnville, y el general Mc Cook, con la derecha, se encaminó á Shelbyville, mientras el general Gordon Granger, con una division de reserva apoyaba á las demás tropas. Crittenden debia marchar el último con una brigada de caballería, á las órdenes de Turchin, seguido del resto de sus fuerzas, mandadas por Stanley.

Cuando hubieron cesado las lluvias, las tropas federales comenzaron á efectuar su movimiento: Liberty fué ocupado inmediatamente por la division Johnson, mientras que la brigada de Wilder se apoderaba de Hoover, y el dia 27 estableció el general Rose-

crans su cuartel general en Manchester, á cuyo punto llegó á la mañana siguiente el general Sheridan con una parte de la division Mc Cook. El enemigo, dominado por el número, se habia visto precisado á retroceder hasta Fairfield despues de oponer alguna resistencia.

El mismo dia en que Rosecrans ocupaba á Manchester, Granger salia de Triune en direccion á Rover y Middleton, rechazando á su paso al enemigo hasta Christiana, donde llegó poco despues el general Stanley. Los separatistas, que se hallaban en Shelbyville y sus alrededores, se mantuvieron firmes por algun tiempo, mas al cabo de dos horas de inútiles escaramuzas se retiraron repentinamente, y entonces dispuso Granger que Stanley avanzara con su caballería, si bien á unas tres millas al Norte de Shelbyville habian situado los separatistas dos cañones que contuvieron á los federales. Satisfecho Granger al saber que el enemigo evacuaba la plaza, mandó dar una carga de caballería ante la que siguieron retrocediendo los confederados hasta hallarse á una milla de la ciudad; en este punto habia tres piezas de artillería apoyadas por una numerosa fuerza de infantería, pero esto no bastó para detener á Granger, que, auxiliado de Stanley, se apoderó de Shelbyville al cabo de media hora, cogiendo tres cañones, quinientos prisioneros, tres mil sacos de trigo y varios efectos de campaña. Wheeler pudo salvarse á nado por el rio Duck, pero el cuerpo de caballería que se habia formado para contener el ataque de los federales, quedó en parte destruido.

El ejército federal descansó entonces algunas horas, durante las cuales se practicaron varios reconocimientos, y entre tanto se dió orden á Wilder de avanzar sobre Decherd, previniéndole que quemase el puente del rio Elk é hiciese al enemigo cuanto daño pu-

diera por aquel punto. Wilder no consiguió destruir el puente á causa de hallarse este ocupado por una numerosa fuerza enemiga, pero inutilizó en parte la via férrea, alarmando á los separatistas de tal modo, que cuando Rosecrans maniobró con el objeto de acercarse á Tullahoma, Bragg abandonó su **1863.** posicion en la noche del 30 de junio, y tres divisiones de la infantería federal la ocuparon al dia siguiente.

Los generales Sheridan, Thomas y Turchin alcanzaron á la retaguardia separatista al otro dia cerca del rio Elk, pero iba tan crecida la corriente á causa de las últimas lluvias, que estaban cubiertos todos los vados, y cuando al fin pudo cruzar el ejército, que fué en 3 de julio, el enemigo se hallaba ya fuera de alcance.

Así pues, en solo nueve dias habia conseguido Rosecrans, sin empeñar ninguna gran batalla, espulsar á los separatistas del Tennessee central, sin perder mas de quinientos sesenta hombres, en cambio de los cuales cogió mil seiscientos treinta y cuatro prisioneros, tres cañones y varios efectos de campaña, pudiendo asegurarse que solo la actividad de Bragg y la seguridad que se tenia de que iba á abandonar el estado y sus fuertes posiciones, le salvó de mayores desastres.

Como el general Braxton Bragg podia disponer de la via férrea para transportar su artillería y tren de campaña, se retiró tranquilamente por las montañas del Cumberland y del Tennessee, cruzando las últimas por la parte de Bridgeport, donde destruyó el camino de hierro. En Washington se esperaba que Rosecrans perseguiria activamente á Bragg, pero esto no era fácil, ni aun posible, pues el ejército federal no tenia suficientes víveres, ni los habia tampoco en la estéril region ocupada por los confederados, prescindiendo de que la conduccion de aquellos en

wagones ó carros á través de escarpadas montañas, era de todo punto impracticable. Sin embargo, mientras que la infantería ligera iba en persecuimiento del enemigo y se establecian avanzadas desde Stevenson hasta Pelham, el general se situó con el grueso de sus fuerzas detrás de las montañas de Cumberland, formando una línea entre Winchester y Mc Minnville, mientras que sus ingenieros reparaban la via férrea. Aun con el auxilio de esta no le era dable á Rosecrans abastecerse de forraje y de víveres tan pronto como queria, y por lo tanto hubo de aguardar algun tiempo, pero en 16 de agosto pudo ponerse ya en marcha en direccion á Bridgeport; Mc Cook, con la caballería de Stanley, mandaba la derecha, y el cuerpo de ejército de Crittenden avanzó en tres columnas, á las órdenes de Wood, Van Cleve y Palmer, por el valle de Sequatchie y en direccion á Chattanooga.

Todos estos movimientos se llevaron á cabo con tal acierto, que bastaron cinco dias para su ejecucion, á pesar de lo escarpado del terreno y de las dificultades que ofrecia á cada paso la marcha de las tropas, pues debe advertirse que el valle de Sequatchie se halla en el corazon de las montañas de Cumberland y se estiende en un espacio de cincuenta millas.

El Tennessee, que por aquellos sitios tiene una gran estension, dista unas doscientas millas del valle, y las montañas que lo encajonan, hacen que sea mas difícil atravesarlo, pero despues de haber reunido los materiales mas precisos, construyéronse en pocos dias varios puentes, acordándose luego que Sheridan cruzara por Bridgeport, Reynolds por Shell Mond y Mc Cook por Caperton. La travesía, que comenzó el 29 **1863.** de agosto, terminó el 8 de setiembre, y reunidas de nuevo las tropas, avanzaron por



las montañas á fin de concentrarse en Trenton, en el valle de Lookout, que se estiende en la direccion Nordeste hasta mas allá de Chattanooga.

No entraba, sin embargo, en el plan del jefe unionista penetrar con numerosas fuerzas por aquel estrecho valle, y por lo tanto dispuso que solo una brigada de Crittenden siguiera aquella direccion por el paso conocido con el nombre de Nickajack, que conduce á un pueblo llamado Summertown, (Ciudad de Verano), y tambien á las calles de Chattanooga. Entre tanto el general Mc Cook avanzaria rápidamente por Frick hasta el valle llamado de Mc Lamore, que atraviesa el Chickamauga por Chattanooga.

Bragg se hallaba en un dilema, pues si bien Chattanooga ofrecia una fuerte posicion fácil de defender contra los ataques del ejército de Rosecrans, ¿qué ventajas se obtendrian de esto y qué podria hacerse, dado el caso de que el enemigo, despues de cruzar el rio, cortara las comunicaciones, ocupando luego la via férrea?

Abandonar á Chattanooga era esponerse á una censura severa, y si dividia sus tropas, fácilmente hubiera podido coparlas el enemigo y aniquilar así al ejército separatista. Braxton reflexionó pues maduramente, é hizo al fin lo que Jonhston trató de hacer, aunque demasiado tarde, cuando se hallaba delante de Vicksburg, es decir, se retiró de Chattanooga para salvar al ejército, y en la noche del 7 al 8 de setiembre se dirigió á Georgia, apostando sus divisiones á lo largo del camino que conduce desde Gordon á Lafayette, por cuyo punto era probable que pasara el ejército federal.

Rosecrans se equivocó de medio á medio, aun cuando no lo confiesa, al pensar que el enemigo trataba de escapar por Roma, y así se esplica que despues de haberse posesio-

nado Crittenden de Chattanooga en 9 de setiembre se le ordenara que, dejando de guarnicion una brigada en este punto, marchase con el resto de sus fuerzas hácia el Tennessee para perseguir al enemigo por Chickamauga, mientras que el general Thomas, apoyado por Mc Cook, iria hácia Lafayette para secundar el movimiento.

Rosecrans, pues, se llevó un solemne chasco, pues ni el general Bragg se retiraba por Roma, ni era tampoco su intencion dirigirse hácia este punto, y antes bien por el contrario, concentraba silenciosamente alrededor de Lafayette el ejército mas numeroso con que habian contado hasta entonces los separatistas en el Oeste del Alleghanies. Buckner habia sido llamado, previniéndole que abandonase inmediatamente el Tennessee Oriental; Johnson acababa de reunirse con la division Walker, y como todo estaba entonces tranquilo en Mississippi, y no peligraba Richmond, el general Lee habia destacado el cuerpo de ejército de Longstreet, que se hallaba en el Rapidan, juntamente con toda la milicia que pudo reunirse en Georgia, de modo que segun Rosecrans, el ejército de Bragg llegó á contar con noventa y dos mil hombres. Es indudable que esta fuerza era muy superior á la del ejército unionista, y debia esperarse que venciera á las tropas federales que, sin tino ni concierto, iban en busca de Bragg, como si se tratase de una caza y no de una lucha mortal con un enemigo formidable.

El dia 11 de setiembre avanzó Crittenden sobre Ringgold, destacando de avanzada la caballería de Wilder, que al llegar á Tunnel Hill (Colina del túnel), tuvo un sangriento choque con el enemigo, mientras que la division Negley marchaba á Dug y encontraba tambien á los separatistas dispuestos á cerrarle el paso. Á la mañana si-

guiente llegó la division de Baird, mas no era esta fuerza aun suficiente para atacar á los confederados, y por esto juzgaron los federales mas oportuno retirarse despues de una insignificante escaramuza. Ante el aspecto que iba tomando la lucha, Crittenden se alarmó, y con razon, al reflexionar que podrian cortarle las comunicaciones, y por lo tanto marchó con la mayor rapidez á Gordon's Mill, seguido de Wilder, que cubria su retirada, pero al llegar á Sill's encontró al enemigo, y fué forzoso sostener con él un reñido combate. Mc Cook habia flanqueado entre tanto la posicion de Bragg, dirigiéndose por Alpine, y de este modo pudo vencerse de que los separatistas, muy lejos de retirarse, se iban concentrando. Persuadido de esto y conociendo su crítica situacion, apresuró su marcha á fin de reunirse con Thomas por la izquierda, pero á causa de los rodeos que fué preciso dar, no pudo alcanzar á su compañero hasta el 17, dia en que atravesó el valle de Lookout.

El general Bragg habia tendido el lazo demasiado pronto, (*) pues si hubiese permi-

(*) Pollard ve las cosas de otro modo y su parecer es digno de tomarse en consideracion. Hé aquí cómo se explica sobre este punto:

«El dia 9 se averiguó que una columna enemiga habia cruzado la montaña de Lookout por los senderos de Stevens y Cooper. Engañado por nuestro rápido movimiento con el cual simulamos una retirada solo con el fin de concentrarnos, y engañado por las noticias que le daban los desertores que se pasaron á sus lineas, espresamente para conseguir mejor nuestro objeto, el enemigo avanzó con sus columnas para interceptarnos el paso, esponiéndose así á que le cercaran nuestras fuerzas.

»Presentábase una magnífica oportunidad que los separatistas debian aprovechar sin pérdida de tiempo, pues el cuerpo de ejército de Thomas se hallaba en Lafayette, es decir, muy cerca del punto donde el jefe confederado, teniendo concentradas todas sus fuerzas, podia envolver completamente á su enemigo. Para esto era solo necesario que el general Bragg practicase el movimiento con un cuerpo de tropas bastante numeroso: despues de sorprender á Thomas, el ejército unionista debia marchar al valle de Chatta-

tido á Thomas internarse por Dug, oponiéndole una ligera resistencia, fácil le habria sido derrotarle y hacer lo mismo despues con las demás tropas. De no hacerlo así, pudo tambien destacar á todo su ejército contra Crittenden, y una vez derrotado éste,

nooga á fin de interponerse entre la ciudad y Crittenden; una vez derrotado éste, se retrocederia hasta el valle de Wills, pasando entre la montaña de Lookout y el Tennessee para cortar la retirada á Mc Cook, y conseguido esto, solo faltaba ya marchar por la cordillera de Cumberland y caer sobre la retaguardia de Burnside, que seguramente quedaria envuelta por el enemigo.

»Era preciso no perder tiempo si se queria sacar ventaja del grave error en que habia incurrido el enemigo al creer que los confederados se retiraban, y al efecto se ordenó al general Hindman marchase con su division contra Thomas, previniéndosele que el general Hill, que se hallaba en Lafayette con la suya, iria luego á prestarle auxilio y cooperar en el ataque.

»Hill recibió la orden en la noche del 9, y contestó en seguida, manifestando que no podia practicar aquel movimiento, que el general Cleburne, jefe de una de sus divisiones, estaba enfermo; y que tanto el sendero de Dug como el de Catlet estaban cubiertos de troncos de árboles hasta el punto de no ser posible el paso.

»Á primera hora de la mañana siguiente Hindman estaba ya dispuesto para cumplir con la orden, y entonces Bragg, disgustado con la negativa de Hill, espidió inmediatamente una orden al general Buckner, previniéndole abandonara su posicion de Anderson, á fin de ejecutar el movimiento que se habia encargado primeramente á Hill.

»Hasta la tarde del 10 no se reunió Buckner con Hindman, y entonces aun no habia reconocido el enemigo su error, pues avanzaba con sus tres columnas hácia Lafayette. Para batir estas tropas aisladamente y sorprender luego á Thomas antes que el enemigo conociese su torpeza, era preciso proceder con la mayor actividad.

»El general Polk recibió orden de apoyar la retaguardia de Hindman, á quien se habia prevenido que atacara el centro del enemigo cortándole la retirada por Lafayette, y entre tanto el intrépido Cleburne, á pesar de hallarse obstruido el camino, habia marchado á Dug con tal celeridad, que al amanecer se hallaba ocupando su posicion y aguardaba solo la señal para atacar al enemigo por su flanco y retaguardia.

»Entonces Hindman comenzó á recibir partes previniéndole que avanzara, pero *ya era demasiado tarde*: el enemigo acababa de reconocer una equivocacion que pudo serle fatal, y aprovechando la tardanza de los separatistas, se retiró á los pasos de la montaña. Así pues, un movimiento que prometia tan buenos resultados, dejó de llevarse á cabo por un anacronismo, por una mala inteligencia de esas que á veces dan al traste con los planes mejor combinados.»

cortar el paso á Thomas por Chattanooga, pero cuando Negley y Bair se vieron rechazados en Dug, quedó ya descubierto el plan de los separatistas, y entonces comprendieron perfectamente los generales de la Union que no se trataba ya de dar caza al enemigo, sino de concentrarse y combatir para salvar la vida.

Lafayette dista unas veinticinco millas de la parte Sur de Chattanooga, y se halla frente á Pigeon Mountain (Montaña del Pichon), en un valle por donde corre un riachuelo conocido con el nombre de Pea Vine, cuyas aguas, siguiendo la direccion Norte, van á perderse en el Chickamauga. Á ocho ó diez millas al Norte de Lafayette hay un sendero que atraviesa dicha montaña y cruza por Chickamauga y Gordon's Mill, así como tambien por el valle de Lamore. Como el general Bragg estaba persuadido de que Thomas se hallaba en la parte superior de este valle, avanzó hácia él con intencion de flanquear el ala izquierda del enemigo, é interponerse, si era posible, entre el cuerpo de ejército de Thomas y el de Crittenden, pero este jefe, segun ya hemos visto, sospechando el plan de sus adversarios, marchó rápidamente desde Ringgold á Chickamauga, mientras que Mc Cook se dirigia tambien al valle y tomaba posicion con la mayor parte de las tropas en el camino de Lafayette y Chattanooga á seis ú ocho millas de Gordon's Mill. La division Negley vigilaba el vado de Owen, una parte del ejército de Mc Cook formaba el centro de la línea de los federales, y las tropas de Gordon Granger, que componian la reserva, estaban á dos ó tres millas de la retaguardia, cubriendo todos los caminos que conducen á Rossville.

Rosecrans se habia engañado de medio á medio, como sucediera anteriormente á otros varios generales, y en vez de advertirle el

peligro, Meade ó Halleck, anunciándole que el general Lee acababa de destacar un cuerpo de ejército, recibió noticias muy contrarias (*).

El general Minty, que mandaba la caballería en el ala izquierda, habia avanzado hasta Dalton en 15 de setiembre, y allí tuvo un choque con las avanzadas enemigas, muy cerca de la iglesia de Rockspring. Como cerca de aquel sitio se hallaba un numeroso cuerpo de ejército de los confederados, Minty fué atacado al fin por fuerzas muy superiores, á las que no le fué posible resistir, viéndose obligado á entregarse, con lo cual se comprendia que Bragg estaba reuniendo muchas tropas en la derecha para cruzar el Chickamauga por mas abajo de Gordon's Mill.

El general Rosecrans comprendia ya que el asunto era mas serio de lo que parecia en un principio, pues el ataque á Minty revelaba la intencion decidida de flanquear al ejército federal cortándole la retirada por Rossville, Chattanooga (**), ó cualquier otro

(*) Rosecrans acababa de recibir el siguiente despacho, en el cual se prueba hasta la evidencia que el Gobierno esperaba que se persiguiese á Bragg. Hé aqui en qué términos estaba concebido:

«Washington 11 de setiembre de 1863.

»Burnside ha teleografiado desde Cumberland y anuncia que está en su poder todo el Tennessee Oriental por mas allá de Loudon, así como tambien los pasos de las montañas de la Carolina del Norte. Ha marchado una numerosa fuerza de caballería hácia Atenas á fin de reunirse con vuestras tropas, y despues de haberse adoptado las medidas necesarias para evitar la vuelta del ejército de Bragg, se acordará si vuestro ejército debe avanzar hácia el Sur en direccion de Georgia y Alabama. Algunos desertores han dicho que *una parte del ejército de Bragg ha ido á reforzar á Lee*; es urgente averiguar lo mas pronto posible si es exacta la noticia.

»El comandante en jefe, *H. W. Halleck.*»

(**) Chattanooga es un pueblecillo que está situado en la orilla izquierda del Tennessee y en la embocadura del valle que lleva su nombre. Este valle, por cuyo centro se desliza un riachuelo llamado tambien Chattanooga, está formado hácia el Oeste por las montañas de Lookout, escarpados picos de dos mil cuatrocientos piés de elevacion, y hácia el

punto. El grueso de sus fuerzas se hallaba demasiado lejos para que fuera posible en el momento oponer una vigorosa resistencia, y por lo tanto, el 18 de setiembre concentró todas sus tropas mas hácia la izquierda, en tanto que Bragg, que acababa de recibir refuerzos de Virginia, se contentaba con atacar á la caballería de Minty y Wilder, situada en el puente Alexander, que fué quemado y destruido cuando los federales se retiraban al camino de Rossville y Lafayette. Todos los vados que se encuentran mas allá de Gordon's Mill se hallaban ya en poder del enemigo, que ocupaba los alrededores del rio, y llegada la noche ya tenia Bragg hechos sus preparativos de combate. Una division al mando de Hood se habia apostado en la extrema derecha del ejército separatista, pero el general Longstreet no llegó hasta el 19 para encargarse del mando de sus tropas.

Por entonces ya se hallaban los dos ejércitos beligerantes en presencia uno de otro en las dos orillas del Chickamauga; Rosecrans en la Occidental formando una línea que se estendia de la izquierda á la derecha de Gordon's Mill con sus reservas en Chattanooga y Bridgeport, donde ocupaban un espacio de ocho ó diez millas. El ejército de Rosecrans constaba de unos cincuenta y cinco mil hombres en siete divisiones á las órdenes de los generales Wood, Van Cleve, Palmer, J. J. Reynolds, R. W. Johnson, Baird y Brannan. El plan de batalla del general Bragg

venia á ser el mismo que el de Stone River, con la diferencia de que así como entonces trató de flanquear el ala derecha, ahora queria hacerlo por la izquierda, y este movimiento debian practicarlo las tropas de Virginia, auxiliadas por las fuerzas de Walker y de Buckner, en tanto que Polk atacaria el centro en Gordon's Mill. El general Hill recibió orden de proteger el flanco izquierdo de los confederados, y de atacar resueltamente á cualquiera division enemiga que intentara ir en auxilio de sus compañeros. Á la caballería de Wheeler se le encargó solamente que vigilase los pasos de la montaña del Pigeon, protegiendo al mismo tiempo la retaguardia de los separatistas. Es de advertir que desde las alturas, los batidores de Bragg observaban todos los movimientos del ejército unionista, y así pudieron ver fácilmente cómo se concentraban las tropas y qué posiciones tomaban, en tanto que á estas no les era dable ver á los confederados. Esto era una gran ventaja para el general Bragg, y así se esplica el hecho de que pudiera dirigir con mas acierto la batalla, y de que ya el dia 18 se hallara en posicion de todos los vados, escepto los de Gordon's Mill.

Polk mandaba el ala derecha de los separatistas, Hood la izquierda, y ya el primero de estos jefes se habia puesto en movimiento para flanquear al enemigo en cumplimiento de la orden de Bragg, cuando Thomas, que dirigia el ala izquierda de los federales, resolvió anticiparse, oponiéndose al paso de Polk, á cuyo efecto ordenó á Brannan que avanzase con dos brigadas hácia el puente de Reid, mientras Baird ocupaba con su division el camino de Alexander, con orden de atacar y dispersar, si era posible, á una brigada separatista que habia en aquel punto.

Á eso de las nueve de la mañana y mien-

Este por las colinas de Missionary. Estas últimas forman á su vez por el otro lado con Pigeon Mountain, el valle de Chickamauga, paralelo al primero. Al Oeste del valle de Chattanooga se estiende en la misma línea el de Wills, entre las montañas Lookout, al Este, y Sand ó Raccoon al Oeste. Al Sudeste de Chattanooga, en la vía férrea de Georgia, se halla Ringgold, á una distancia de diez y ocho millas, y despues se encuentra Dalton en el empalme del camino de hierro del Tennessee Oriental, que parte de Knoxville.

tras que Baird y Brannan practicaban el movimiento indicado, la division Palmer, del cuerpo de ejército de Crittenden, marchó en auxilio del primero de dichos jefes, y poco antes de las diez, la brigada Croxton habia empeñado el combate rechazando á la caballería de Forrest, pero auxiliada esta luego por la infantería de Ector y de Wilson, Croxton se vió á su vez en la precision de retroceder. Poco á poco fueron llegando refuerzos por una y otra parte, pero la ventaja estaba indudablemente por los confederados, quienes despues de un furioso ataque, se apoderaron de dos baterías, haciendo retroceder á sus enemigos aun cuando estos defendian el terreno palmo á palmo.

Una de las baterías que cogieron los confederados era la del regimiento de Michigan, de la que hablaba con orgullo todo el ejército, siendo de advertir que sus artilleros la profesaban un afecto que rayaba en idolatría, no solo por las muchas batallas en que prestara los mas eficaces servicios, sino porque en ninguna accion pudo apoderarse de ella el enemigo. Sin embargo, esta vez no fué posible salvar la batería, pues los separatistas dieron una carga tan impetuosa, que todos los artilleros quedaron muertos ó heridos y destrozados los caballos. El teniente Van Pelt, jefe de esta batería, no quiso separarse de ella y murió espada en mano como un héroe, haciendo frente á los batallones confederados que se precipitaban sobre el enemigo como una avalancha.

Sin embargo, poco despues llegaron en auxilio de los unionistas una division de Mc Cook y otra de Reynolds, y reforzada así el ala derecha de Baird, consiguióse rechazar al enemigo, que se retiró en desorden despues de haber sufrido sensibles pérdidas. En este encuentro perdió la vida el general separatista Preston Smith. Como la

posicion que ocupaban los confederados era de las mas fuertes, no se creyó prudente atacarla, y por lo tanto se dejó á las tropas descansar una hora.

El general Thomas comprendia perfectamente que la lucha no habia concluido aun, y por esta razon adoptó sus disposiciones, calculando que el primer esfuerzo del enemigo seria flanquear su izquierda, ocupar el camino y caer sobre su retaguardia, pero al mismo tiempo parecióle que los confederados no pensaban luchar mas aquel dia, por cuya razon dispuso que sus divisiones se concentrasen en un terreno mas ventajoso. Ya se habia dado la orden para efectuar este movimiento, cuando de pronto las divisiones confederadas de Liddell y Gist atacaron resueltamente el centro del ejército unionista, y á los pocos momentos todos los jefes tuvieron que acudir á sus puestos para rechazar al enemigo. Afortunadamente, el general Hazen, de la division Crittenden, reunió al instante veinte piezas, y situándolas en una cadena de colinas que dominaban el camino de Rossville, hizo un fuego tan certero y nutrido sobre los separatistas, que sus columnas comenzaron á retroceder apresuradamente, y de este modo se salvó la jornada.

El general Cleburne, á quien se consideraba como el Stonewall Jackson del Oeste, atacó luego á Johnson con una division del cuerpo de ejército de Hill, que llegó hasta las mismas líneas enemigas, pero la noche puso fin al combate, y ambos ejércitos se entregaron al descanso, aprovechando una de esas magníficas noches de otoño durante las cuales son tan agradables las brisas en aquella montañosa region.

Por el dia estuvo jugando algun tiempo la artillería, pero sin grandes ventajas por una parte ú otra: el general Stewart

consiguió apoderarse de tres cañones de una batería, pero se vió en la precision de abandonarlos luego.

El general Hood, encargado del ala izquierda, destacó dos divisiones á las órdenes de Law y Bushrod Johnson contra la de Davis, del cuerpo de ejército de Mc Cook, y aunque al principio la obligó á retroceder, tomando una batería, reforzados luego los federales con la division Bradley, rechazaron á su vez al enemigo y pudieron recobrar las piezas.

Á primera vista hubiérase dicho que el resultado del primer dia de lucha empezaba á ser favorable para los unionistas, pues seguian ocupando su posicion y sus pérdidas no parecian seguramente tan considerables como las de los contrarios, mas por desgracia no era esta la verdad. Los federales se veian dominados por el número; todas sus tropas menos dos brigadas habian tomado parte en la accion, y los separatistas por el contrario disponian de una numerosa reserva, prescindiendo de que durante la noche acababan de llegar tropas veteranas de refresco procedentes de Virginia, al mando de los generales Hindmand y Mc. Law, cuyas fuerzas fueron á situarse en los puntos donde se creian mas necesarias. Añadamos á esto que tambien habia venido el general Longstreet, el cual valia lo menos por una brigada, para encargarse del mando del ala derecha, y en una palabra, baste decir que los confederados contaban cuando menos con setenta mil hombres, mientras Rosecrans no disponia sino de cincuenta y cinco mil. Aun cuando el profano axioma que dice, *que Dios está de parte del mas fuerte*, no es siempre una verdad absoluta, es lo cierto que entre dos ejércitos igualmente valerosos, bien disciplinados y con iguales ventajas en la posicion, debe triunfar siempre por regla general el mas numeroso.

Durante la noche, el general Bragg dió orden á la division Breckenridge de trasladarse desde la estrema izquierda á la derecha, pues aun era su intencion flanquear al ejército unionista é interponerse entre este y Chattanooga. El general Rosecrans no perdió tampoco el tiempo: reunió á todos los jefes en su cuartel general, y despues de una larga discusion, cada uno se fué con sus órdenes é instrucciones verbales ó por escrito.

El ejército federal debería permanecer á la defensiva en el mismo punto, concentrándose, sin embargo, un poco mas hácia la izquierda: Mc Cook se encargó del ala derecha que se apoyaba en Widow Glenn, aproximándose lo mas posible al general Thomas; Crittenden se quedaria con sus dos divisiones detrás del centro de reserva; Thomas permanecería en la izquierda en las mismas líneas y siempre reforzado con las divisiones Johnson y Palmer, y Brannan se reuniria á Negley, que en su posicion de la víspera podia tambien servir de reserva en el centro. El jefe de la caballería recibió orden de cubrir la estrema derecha, en tanto que Granger formaria la reserva principal situada en el camino de Rossville.

El general Bragg, por su parte, tomaba tambien las oportunas disposiciones: dividió su ejército en dos grandes cuerpos, confiando el ala derecha á Polk, y la izquierda á Longstreet; la primera constaba de cuatro divisiones, á saber: las de Cleburne y Breckenridge, del cuerpo de ejército de Hill, otra de Polk y la de Walker, del ejército del Mississippi, y la otra se componia de ocho divisiones; las de Stewart, Preston, Bushrod y Johnson, del cuerpo de ejército de Buckner, la de Hindman, una de Polk y las de Hook y Mc Law, de Virginia. Estas últimas carecian de artillería y transportes.

Al amanecer del domingo, 20 de setiembre,

Rosecrans, seguido de su estado mayor, fué á recorrer las líneas, y como viese
1863. que la derecha de Mc Cook se habia estendido demasiado y que Davis con la reserva se inclinaba mas de lo conveniente á la derecha, así como tambien las divisiones de Crittenden, ordenó los necesarios cambios de posicion. Negley no se habia movido aun cuando el general que acababa de recorrer el ala izquierda le ordenó que enviara á Thomas su brigada de reserva, tan pronto como llegasen algunas tropas de Crittenden para reforzarle, mas no habiendo cumplido este jefe la órden que se le dió de hacerlo, con la actividad que era de esperar, pasó algun tiempo antes que Thomas recibiera de Negley, los refuerzos que necesitaba.

Ambos ejércitos permanecieron sobre las armas hasta al amanecer, pues la batalla debió de haberse empezado de una vez por un ataque de las tropas de Hill, pero el ayudante de Polk no habia encontrado á dicho jefe, y la lucha no se empeñó hasta las ocho y media. Prescindiendo de esta circunstancia, una densa niebla que se estendia por todo el valle y no dejaba ver los objetos á dos varas de distancia, imposibilitaba el ataque (*), y de este modo hubo tiempo para reforzar el cuerpo de ejército de Thomas y aumentar las obras de defensa.

Tan pronto como se hubo despejado la niebla, el general Breckenridge avanzó con su division flanqueando al ejército federal por la parte de Rossville, cuyo movimiento fueron ejecutando sucesivamente otras divisiones que estaban mas lejos, de modo que

(*) Polk dice que cuando se hallaba dispuesto para avanzar al ataque, encontró de frente á una division de Longstreet, de modo que para obedecer las órdenes recibidas le hubiera sido necesario tirar sobre sus compañeros, y en su consecuencia no tuvo mas remedio que aguardar hasta que se hizo marchar á la division, con lo cual se perdieron unas dos horas.

ya no era posible dudar que la intencion de Bragg era interponerse entre el ejército separatista y Chattanooga. Apenas Breckenridge hubo roto el fuego, una brigada de Negley fué inmediatamente á reforzar á Baird á fin de cerrar el paso á los separatistas, y como los federales empezaban ya á perder terreno, pidióse auxilio á Johnson, el cual destacó varios regimientos, pudiéndose de este modo restablecer el equilibrio, y hasta rechazar á los confederados. Breckenridge reunió á sus tropas, que empezaban á retirarse en desórden, y fué á ocupar una colina donde situó algunos cañones de grueso calibre á fin de rechazar todo ataque del enemigo en el caso de intentarlo. La division Walker, y despues las de Cheatham, Cleburne y Stewart, llegaron á poco para apoyar á Breckenridge, y á medio dia habíase generalizado el combate en toda la estension de las líneas, en medio de una espantosa carnicería, pero sin ventaja material por ninguna de ambas partes. Sin embargo, merced á la firmeza de Thomas y de sus veteranos, no consiguió Bragg interponerse con su ejército entre los federales y Chattanooga, y por esto, á no dudarle, arreció por algun tiempo la lucha, y fué mas igual, mas desesperada y mas sangrienta.

Poco despues, no obstante, el ala derecha de los federales sufría un sensible descalabro, pues habiéndose dispuesto que varias divisiones se trasladaran de la derecha á la izquierda despues de comenzada la batalla, lo cual, aunque peligroso, era de la mayor urgencia, practicóse el movimiento con fatales resultados para los unionistas. Las divisiones de Negley y Van Cleve habian recibido órden de Rosecrans de ir en auxilio de Thomas para reforzar el ala izquierda; Wood debia aproximarse á Reynolds hácia el centro, y á Davis se le previno que se uniera

con Wood, en tanto que Mc Cook se corria por la izquierda con toda la celeridad posible.

Ahora bien, semejantes movimientos han sido siempre de difícil ejecucion en el calor de una batalla, sobre todo ante un enemigo tan diestro como hábil, y en aquella ocasion el peligro creció de punto por no haberse comprendido bien las órdenes de los jefes. Wood creyó que se le mandaba apoyase á Reynolds, y en su consecuencia retiróse del centro y pasó á la retaguardia de Brannan, que se hallaba escalonado á la derecha del primero de estos jefes, y habiendo dejado así un gran hueco, el general Longstreet, que vigilaba con la mayor atencion los movimientos del enemigo, lanzó inmediatamente á toda la division Hood, apoyada por las tropas de Buckner, sobre el flanco derecho de los unionistas.

Aquella carga fué decisiva: por órden de Mc Cook disponíase Davis á llenar con tres brigadas el espacio que dejara libre la retirada de Wood, cuando la columna de ataque del general Hood se lanzó como un torrente sobre la derecha de Davis y la izquierda de Brannan, atacando al mismo tiempo á Sheridan y Crittenden por la retaguardia, por cuyo medio los separatistas aislaron cinco brigadas del resto del ejército enemigo introduciendo una espantosa confusion en sus filas. En una palabra, el ala derecha, atacada vigorosamente por su flanco, quedó literalmente destrozada, y huyó en el mayor desorden hácia Rossville y Chattanooga, perdiendo miles de hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los batallones de Longstreet eran demasiado poderosos para que fuera posible contenerlos, y hasta el mismo Rosecrans, Mc Cook y el estado mayor se vieron envueltos en aquella tremenda confusion y arrastrados como un torbellino. La division

Davis quedó derrotada, así como tambien la division Sheridan, que acudió en su socorro, y la misma suerte sufrieron las tropas de Van Cleve. Rosecrans, á quien no le fué posible reunirse con Thomas, llegó á poco á Chattanooga con objeto de tomar las disposiciones mas convenientes para sostenerse en aquel punto, con tanta mas razon cuanto que parecia inevitable la derrota; era urgente hacer un esfuerzo desesperado si se queria evitar que el ejército unionista, ó lo que de él quedara, fuese perseguido y completamente arrollado en las orillas mismas del Tennessee.

Una vez en Rossville, y merced á las acertadas medidas de Rosecrans, las líneas federales se reorganizaron un poco: Sheridan, uno de los primeros que estuvieron dispuestos, avanzó de nuevo con parte de la reserva de Granger; Davis consiguió tambien entrar despues en línea, y entonces el enemigo se detuvo.

Sin embargo, este primer descalabro no era tan grave como pudieron creer los que presenciaron la derrota y retirada de los unionistas, pues el general Thomas seguia batiéndose con mas obstinacion que nunca, aunque sus seis divisiones tenian que hacer frente, no solo á Polk, sino tambien á Longstreet, que las estrechaba por su flanco derecho. Por fortuna, las posiciones del jefe unionista eran bastante fuertes, por cuanto habia tenido cuidado de fortificarse todo lo posible en la noche anterior, construyendo barricadas de troncos de árboles y otras obras de defensa, y así, merced á su prevision y al mortífero fuego de sus tropas, consiguió rechazar varias veces al enemigo causándole numerosas pérdidas. Atacado al fin por todos los puntos á la vez, defendíase como un leon en su madriguera; el jefe separatista, continuando su maniobra de la ma-

ñana, lanzó dos divisiones sobre la derecha de Thomas, apoyada por las tropas de Brannan, que se habia apostado en la pendiente de Mission Ridge en tanto que el capitán Gaw iba reuniendo toda la artillería de la reserva, y ya iba á tomar posesion de una colina para desbordarse como un torrente sobre el enemigo, cuando llegaron á toda prisa los generales Johnson, Palmer y Reynolds para apoyar á Thomas.

El general Gordon Granger, que como ya hemos dicho, mandaba la reserva, habia sostenido varios choques con los tiradores del enemigo, pero conociendo que su presencia era mas necesaria en otro punto que en Rossville, dispuso que el coronel Steedman marchase con algunas fuerzas á practicar un reconocimiento hácia Ringgold; dejó en su puesto al coronel Mc Cook con sus brigadas, y sin perder momento, dirigióse hácia la posicion ocupada por Thomas. Apenas supo este jefe la llegada de Granger, envióle á decir que apoyara la derecha, donde el enemigo hacia cada vez mas estragos, y cumplida esta órden, arreció la lucha con mas obstinacion por ambas partes. El estampido de los cañones, el estruendo de la fusilería y los gritos de los combatientes atronaban el espacio de tal modo, que no podian oirse las voces de mando de los jefes.

Poco despues de haber llegado Granger en auxilio de Thomas, recibióse un parte anunciando que avanzaba el general confederado Hindman con toda su division, y que se dirigia sobre la derecha. El momento era crítico; Thomas no debia esperar ya mas refuerzos, y viendo que era preciso tomar una resolucion desesperada para conjurar aquel nuevo peligro, dispuso que las brigadas del general Whitaker y del coronel Mitchel dieran una carga á los confederados, mientras Steedman, cogiendo una bandera, se

puso á la cabeza de las columnas. Estas se lanzaron tan resueltamente sobre sus contrarios, que veinte minutos despues ya habia desaparecido Hindman con sus tropas; pero en este terrible choque, cayó el general Whitaker atravesado de un balazo, y de los cuatro oficiales de su estado mayor, dos quedaron muertos en el campo de batalla y los otros dos mortalmente heridos. Steedman, á quien mataron el caballo, quedó contuso á consecuencia de la caida, más no por eso abandonó su puesto; las pérdidas en este encuentro fueron considerables por una y otra parte.

Hubo entonces una pausa de media hora, durante la cual los confederados hicieron sus preparativos para atacar resueltamente por todos los puntos á la vez, y pasado este tiempo, comenzó de nuevo la lucha con mas encarnizamiento que antes; los federales iban agotando ya sus municiones, y á no ser por la llegada de Granger, muchos regimientos se hubieran visto en la imposibilidad de usar mas armas que sus bayonetas para seguir defendiéndose como lo hicieran antes.

El general Hood, herido de un balazo, habia sufrido en el mismo campo de batalla la amputacion de una pierna, pero Longstreet se acababa de encargar del mando en jefe y con él se hallaban las divisiones de Mc Laws, Preston, Breckenridge, Cleburne, Stewart, Hindman y Bushrod Johnson, é iban siendo ya tan numerosas las fuerzas confederadas, que á pesar de haber rechazado Thomas repetidos ataques, comenzó á pensar en la retirada, cuando recibió un parte del general Rosecrans, por conducto de Garfield, jefe del estado mayor, en el cual se le prevenia que abandonara su posicion y se trasladase con sus tropas á Rossville.

Á consecuencia de esta órden se mandó al general Reynolds que comenzara á practicar

el movimiento en el acto, y el general Wood se encargó de cubrir la retirada. Thomas estaba dirigiendo la maniobra cuando llegaron dos soldados para anunciarle que una numerosa fuerza de confederados avanzaba á través de los bosques, y entonces mandó á Reynolds que marchase en orden de batalla y atacara resueltamente al enemigo, lo cual se hizo con tal acierto, que media hora despues la brigada de Turchin, arrojándose sobre un cuerpo de separatistas, consiguió derrotarle y coger doscientos prisioneros.

Todas las divisiones unionistas fueron abandonando luego sucesivamente la posicion que ocupaba Thomas; las de Johnson (*) y Baird se vieron acometidas, como era de esperar, por numerosas fuerzas del enemigo y sufrieron considerables pérdidas, pero no hubo persecucion, y el ejército pudo retirarse á Rossville y á Mission Ridge (**), donde se hallaban ya las demás tropas ocu-

(*) Para disipar cualquiera duda que hayan podido tener nuestros lectores, recordaremos que tanto en el ejército federal como en el separatista habia un general del nombre de Johnson.

(**) Aunque es sabido que Bragg no persiguió á los federales, no está probado que estos no huyesen, y como sobre este punto hay muy encontrados pareceres, citaremos aquí los asertos de varios testigos oculares.

El general Hazen, al dar cuenta del último ataque de los separatistas contra el ala derecha, dice lo siguiente:

«Ya no hubo mas combate: al anoecer dispuso el general Thomas que me retirara á Rossville, lo cual hice con el orden mas perfecto, pues los piquetes del enemigo se limitaron á seguir á los nuestros, sin trabar ninguna escaramuza.»

El coronel A. Wiley, del cuerpo de ejército de Granger, despues de referir los detalles de la última carga de los separatistas contra la division Wood, se espresa de este modo:

«Seguimos en la posicion de la colina sin que el regimiento perdiera mas de una docena de hombres entre muertos y heridos en aquella parte de la accion, y tan pronto como oscureció, abandonamos nuestras posiciones para dirigirnos á Rossville, donde hicieron alto las tropas. Al dia siguiente fuimos á ocupar Mission Ridge.»

Miles, uno de los jefes de la division Steedman, del cuerpo de ejército de Granger, dice así:

pando el camino de Ringgold y el valle Dry, situado cerca del Chickamauga. Así pues, el ejército federal permaneció en sus líneas todo el dia 21 sin ser molestado, y llegada la noche, se retiró con el mayor orden á las posiciones elegidas por Rosecrans frente á Chattanooga; el general Bragg se posesionó entre tanto de la Montaña de Lookout y de Mission Ridge, desde donde podia observar las líneas del ejército enemigo, que nunca debia ocupar.

Como se ha censurado severamente al general Bragg por no haber perseguido á Rosecrans, á quien se asegura que derrotó, obligándole á retirarse á Chattanooga, parece que no estará demás reproducir aquí el extracto de la relacion de un testigo ocular al referir los pormenores de la batalla, debiendo advertir que esta relacion está escrita por un confederado. El lector nos escusará la insercion de este escrito en gracia de que prueba, que no habiéndose declarado la victoria en favor de unos ni de otros hasta una hora muy avanzada, no era posible la persecucion en aquel pais tan montañoso y cubierto de bosque sin esponerse á un grave peligro. Hé aquí, pues, cómo se espresa Mr. Reid, corresponsal de la *Tribuna de Mobila*:

«Ya el horizonte iba cubriéndose de rojizas nubes; comenzaba á declinar el dia; á la

«Los separatistas que avanzaban fueron rechazados y los perseguimos hasta que habiendo llegado nuevos refuerzos en auxilio del enemigo, nos vimos obligados á emprender á nuestra vez la retirada.

»La lucha continuó hasta el anoecer y seguimos conservando la colina, aun cuando á veces tenian que retroceder los separatistas. Al fin el general Thomas dió la orden de retirada, pero como no la recibieran los regimientos de Illinois y Ohio, que estaban en el punto mas apartado de la línea, siguieron batiéndose con sin igual denuedo, hasta que al fin recibieron el aviso y abandonaron la posicion. Con esto terminó el combate de aquel dia y dejamos el campo de batalla sin saber que tambien se retiraba el enemigo.»

escasa luz del crepúsculo iban á sucederse bien pronto las sombras de la noche, y sin embargo aun no habia terminado la sangrienta lucha. Batiéndose desesperadamente y resuelto á todo trance á conservar su posicion, el enemigo lanzó sus batallones sobre nuestra derecha, arrojando al mismo tiempo sobre las tropas un diluvio de balas y de metralla. Liddell y Gist, del cuerpo de ejército de Walker, que atacaban por quinta vez al enemigo, sufrieron un terrible fuego de enfilada por ambos flancos, el cual les obligó á retroceder, y entonces el general Polk, que habia estado dirigiendo la batalla durante todo el dia, y conteniendo á las masas concentradas del enemigo con el mayor arrojo y bravura, reunió sus fuerzas para dar el último ataque, del cual dependia el éxito de la jornada. Con su penetrante mirada observó bien pronto que la reserva de Granger avanzaba contra él, por lo cual era preciso no perder un instante, y como al mismo tiempo se recibiera un parte anunciando que el general Longstreet batia á los federales por su flanco derecho, dióse la señal y avanzaron las tropas á paso de carga hasta formar una línea paralela con la del enemigo, cuya artillería lanzaba una nube de proyectiles sobre los batallones confederados. Los generales Stovall, Gilson y Helm adelantaron, no obstante, con el orden mas perfecto, reservando su fuego hasta que se hallasen cerca de los contrarios; las nutridas descargas que hacia el enemigo desde sus barricadas de árboles y piedras detuvieron á Breckenridge por un momento, y muchos bravos, incluso el valeroso Helm, cayeron allí como otros tantos héroes para no volver á levantarse mas, pero las otras tropas siguieron adelante, arrojáronse sobre las barricadas, y al fin las tomaron á viva fuerza, sembrando la muerte y la consternacion entre sus defensores. La

division Breckenridge, cuya impetuosidad nada podia contener, se apoderó de nueve cañones y algunos centenares de prisioneros, mientras el enemigo se dispersaba desordenadamente, dejando tras sí sangrientas huellas.

»En aquel momento llegaba presuroso el intrépido Cleburne con los generales Deshler, Wood y Polk, que bien pronto empeñaron la lucha con el cuerpo de ejército de Granger, cuyos batallones comenzaron á retroceder, no pudiendo resistir el ímpetu de los separatistas. Wood y Polk tomaron una por una todas las obras defensivas de los federales, cogiendo varias piezas, tres ó cuatro banderas y quinientos prisioneros, y entre tanto, así como las furiosas olas del Océano arrollan cuanto encuentran á su paso, así las aguerridas brigadas del denodado Cheatham iban barriendo todos los obstáculos que se oponian á su marcha con irresistible impetuosidad. Este último desesperado ataque acabó de decidir el éxito de la jornada: la victoria era nuestra; el enemigo, completamente derrotado en sus flancos izquierdo y derecho y en su centro, huia presuroso hácia Chattanooga, y solo la oscuridad de la noche impidió que se le persiguiera.

»Entonces, de un extremo á otro del campamento y en toda la estension de nuestras líneas resonó un grito de triunfo, inmenso, poderoso, cuyo eco, que parecian repetir las colinas, fué á perderse en las profundidades del bosque, en tanto que los destrozados batallones de Rosecrans iban á refugiarse en su nueva posicion. La division de Polk se habia apoderado de veintiocho cañones, y la de Longstreet de veintiuno, sin contar unos ocho mil prisioneros, pudiendo asegurarse que el enemigo perdió entre muertos y heridos unos treinta mil hombres, mientras los separatistas solo tuvieron doce mil bajas.

Es notorio que los federales entraron en acción con todas sus fuerzas, incluso la reserva, de modo que no contaban con menos de ochenta mil hombres, siendo así que los confederados solo tenían cincuenta mil. En todas las campañas de Bonaparte, en Italia, no se registró nunca una acción tan sangrienta ni tan brillante victoria; fué una batalla tan desesperada como la de Arcole, aunque mucho mas decisiva en sus resultados, y nada podría sobrepujar al indomable valor y heroica intrepidez de nuestros oficiales y soldados.»

El general Bragg decia en su parte oficial lo siguiente :

«La oscuridad de la noche y la espesura del bosque impedian que se persiguiera al enemigo sin esponerse á un peligro grave, y el ejército se entregó al descanso en el mismo terreno conquistado tan valerosamente y á costa de tanta sangre.»

Esto dice bastante para los que reflexionen que las fuerzas humanas tienen un límite y que cuando un hombre ha estado batiéndose dos ó tres dias consecutivos y sufriendo toda clase de fatigas, necesita entregarse al descanso.

Lo que no se explica muy bien es que el general Bragg no tratara de sacar todo el partido posible de su victoria atacando al dia siguiente con todas sus fuerzas así á Thomas como tambien al resto del ejército federal que se hallaba aun en Rossville, con tanta mas razon cuanto que este jefe no contaba seguramente sino con unos veinticinco mil hombres, mientras Bragg debia tener muchos mas, enardecidos con su reciente triunfo y confiados en su reconocida superioridad numérica. Pollard dice que Forrest se subió á un árbol al terminar la batalla, y al ver que se retiraba todo el ejército enemigo, propuso que se le persiguiera sin tre-

gua ni descanso, mientras Longstreet mandaba á Wheeler se interpusiese con su caballería entre Rossville y Chattanooga, pero Bragg dió contraórden, alegando que habia perdido dos quintas partes de su ejército en aquella terrible lucha. Esto justifica hasta cierto punto su prudente conducta.

Las pérdidas de los federales en Chickamauga, segun el parte oficial, fueron las siguientes:

	Muertos.	Heridos.	Estraviados.	TOTAL.
Infantería y Artillería.	1,644,	9,262,	4,945,	15,851
Caballería en varios combates y escaramuzas.				500

Este total de diez y seis mil trescientos cincuenta y uno, puede aumentarse hasta veinte mil sin temor de equivocarse, no solo por la inexactitud de los partes de los diversos jefes, sino tambien por las pérdidas ocurridas desde que el ejército cruzó el Tennessee hasta que pudo concentrarse en Chattanooga. Rosecrans asegura haber cogido dos mil tres prisioneros, y admite una pérdida de siete mil quinientos, incluso dos mil quinientos de sus heridos, y dice que se apoderó además de treinta y seis piezas, veinte furgones y ocho mil cuatrocientas cincuenta armas de todas clases.

El general Bragg reconoce una pérdida de diez y ocho mil hombres, de los cuales diez y seis mil representan la cifra de los muertos y heridos, y asegura que hizo mas de ocho mil prisioneros, cogiendo cincuenta y un cañones y quince mil armas diversas (*).

(*) Entre los muertos del ejército unionista contábase el general Lytle, de Ohio, y los coroneles Baldwin, Heg, King, Alexander y Gilmer, y entre los heridos los coroneles Payne, Shackelford y Armstrong con muchos otros oficiales de distincion.

La brigada del general Helm, de Kentucky, que contaba con mil seiscientos sesenta y tres plazas, quedó reducida á cuatrocientas treinta y dos, y entre los muertos figuraba su mismo jefe. La brigada de Bate perdió seiscientos ocho hombres de los mil ochenta y cinco que tenia, y de una de

Debe tenerse en cuenta que todas las armas abandonadas en el campo de batalla por los muertos y heridos ó por los que huían eran recogidas por los vencedores, quienes las contaban como sus despojos aunque hubiesen pertenecido á sus mismas tropas, y por esta razón siempre resulta más ó menos inexactitud en las cifras oficiales.

En resumen diremos, que si Bragg supo vencer, gracias al poderoso auxilio de Longstreet, no supo aprovecharse de la victoria, ni hubiera podido hacerlo tampoco una vez perdida la ocasión, pues á los cuatro días el general Rosecrans, que temía acaso un atrevido golpe de mano, se hallaba ya ocupando otras posiciones en Chattanooga, donde acababa de formarse un campamento atrincherado, cubierto de baterías y buenas obras de defensa (*).

El general Bragg, por su parte, no contando con medios de transporte ni pontones para las marchas y maniobras, hubo de proceder en sus preparativos de ataque con la mayor lentitud, pues no era posible asaltar por el pronto las fuertes posiciones de su enemigo, de modo que probablemente iba á pasar todo el otoño sin que los ejércitos beligerantes se ocuparan en otra cosa sino en

las brigadas del Mississippi perecieron setecientos ochenta y un individuos de tropa, y todos sus oficiales, menos dos, quedaron en el campo de batalla muertos ó heridos.

(*) Al hacer el historiador Pollard sus observaciones sobre este punto, dice lo siguiente:

«En la batalla de Chickamauga se cubrió de gloria el ejército confederado, pero á esto se redujeron todas las ventajas, pues Rosecrans permaneció en posesión de Chattanooga, y por lo tanto de todo el Tennessee Oriental, donde había una considerable cantidad de carbón destinado á nuestras fundiciones, y abundaba además todo lo necesario para la vida. Era, á no dudarlo, uno de los países del mundo más á propósito para la defensa, y por sus elevadas montañas llamábase muy propiamente la Suiza de América. Así como la posición de Suiza abría la puerta á la invasión de Italia, Alemania y Francia, así la posición del Tennessee Oriental facilitaba la entrada en Virginia, la Carolina del Norte, Georgia y Alabama.»

fortificar sus líneas de defensa esperando una ocasión para empeñar nuevas batallas.

En cuanto al general Rosecrans, su Gobierno no tuvo en cuenta ni apreció en mucho el que hubiera conservado sus posiciones de Chattanooga; solo se le juzgó por las inmensas pérdidas sufridas en la última batalla y por el hecho de no haberse encontrado con Thomas en el puente donde llegó á ser decisivo el combate. Parece que además de lo dicho no había dado cumplimiento á ciertas órdenes superiores por las cuales se disponía una gran concentración en Chattanooga, y por todo esto sin duda, Rosecrans recibió en 19 de octubre una comunicación reservada relevándole del **1863.** mando, el cual resignó al otro día marchando acto continuo al Norte, precisamente al cabo de un año de su salida de Corinto.

El general Rosecrans obró así por creerlo más conveniente para el servicio, y no queriendo anunciar desde luego al ejército que se le había reemplazado, despidióse de sus tropas con la siguiente orden del día:

«Cuartel general del departamento de Cumberland.

»Chattanooga, Tennessee, octubre 19, de 1863.

»El general en jefe anuncia á los oficiales y soldados del ejército de Cumberland, que se vé en la precisión de separarse de ellos por orden del Presidente.

»El general Jorge Thomas, en cumplimiento de las últimas disposiciones del Gobierno, se encargará del mando de este ejército y departamento, y lo prevengo así al estado mayor y á todos los jefes para que desde ahora se entiendan con mi sucesor directamente.

»Al despedirme de mis hermanos de armas, oficiales y soldados, no puedo menos de darles el parabien porque su nuevo

jefe les sea ya conocido. El general Thomas está identificado con este ejército desde su organizacion; os ha conducido varias veces al combate, y podeis confiar en su reconocida prudencia, indomable valor y verdadero patriotismo, seguros de que, mediante Dios, alcanzará nuevos triunfos para nuestras armas.

»Vuestro general en jefe no duda que seguireis siendo tan leales á vuestra patria como lo habeis sido hasta aquí.

»Me apresuro á dar las mas espresivas gracias á todos los jefes de las divisiones y brigadas por la eficaz cooperacion que siempre me prestaron; con todos he contraido una deuda de gratitud que procuraré satisfacer tan pronto como se presente una ocasion para ello.

»Compañeros de armas, oficiales y soldados: os saluda y se despide de vosotros vuestro general en jefe,

» *W. S. Rosecrans.* »

Tenemos que hacer ahora una ligera digresion para dar cuenta de los movimientos del general Burnside: cuando este jefe fué relevado del mando en el Rappahannock, se le confió en 26 de marzo el departamento del

1863. Ohio, previniéndole que pasara con su ejército al Oeste, á fin de avanzar por Kentucky para librar al Tennessee Oriental de sus enemigos, pero las exigencias del servicio le obligaron á distraer sus tropas para reforzar á Grant, que se veia algo apurado en Vicksburg. Así pues, Burnside hubo de permanecer ocioso en Cincinnati, y entre tanto, algunas fuerzas de caballería separatista, al mando del general Pegram, cruzaron las montañas y el rio de Cumberland, y se dirigieron hácia la parte Sur de Kentucky, titulándose la vanguardia de un gran ejército que avanzaba á las ór-

denes del general Breckenridge con el objeto de librar á dicho Estado de sus opresores. Los separatistas hacian ostentacion de sus fuerzas, y para que estas pareciesen mas numerosas, formábanse en parada en todos los pueblos donde iban entrando, y á tal punto llegó la osadía del jefe confederado, que al fin publicó una proclama en la cual prevenia que todo aquel que no quisiera servir en el ejército de la Confederacion debería salir de Kentucky. Estas pretensiones parecieron imponer hasta cierto punto al general Carter, jefe de las fuerzas unionistas en aquel territorio, quien se habia retirado ante Pegram por la parte de Danville, abandonando el centro del Estado al saqueo y al pillaje, y es indudable que el general separatista hubiera obligado á Carter y á Wolford á cruzar el Ohio, si al llegar aquí no hubiese comenzado á retroceder con sus tropas, dando á conocer así su inferioridad numérica. Como consecuencia natural, los confederados se vieron muy pronto perseguidos por una numerosa fuerza.

La caballería de Wolford marchó contra el enemigo por la parte de Lancaster, y habiéndosele agregado á poco el general Gillmore con doscientos cincuenta ginetes, reunieron así los unionistas unos mil doscientos hombres, es decir, muchos mas de los que tenian á su disposicion los confederados, por mas que entonces aseguraran muchos lo contrario. Pegram trató de oponer alguna resistencia al principio, y su caballería, á las órdenes del general Scott, atacó la retaguardia de los federales, pero rechazada aquella vigorosamente por Wolford, despues de un breve combate, los separatistas huyeron y se les persiguió en un espacio de cinco á seis millas. Aprovechando no obstante la oscuridad de la noche, consiguieron luego cruzar el Cumberland, escapándose al Tennessee

con una pérdida de cien hombres (*) y los efectos de que se habían apoderado. Los federales tuvieron unas cincuenta bajas, pero la mayor parte fueron prisioneros que se llevó el enemigo.

Dos meses mas tarde, el general Burnside destacó una fuerza de caballería al mando del coronel Saunders, quien saliendo de Williamsburg, cruzó las montañas de Cumberland, y cuando hubo penetrado en el Tennessee Oriental, destruyó en parte la vía férrea de Lenoir, cuarenta millas mas abajo de Knoxville, é hizo otros varios desperfectos, cogiendo tres cañones, quinientos prisioneros y diez mil armas de varias clases, despues de haber pegado fuego á los depósitos de los separatistas. Las pérdidas de Saunders fueron insignificantes.

El general Burnside habia organizado ya por entonces un cuerpo de ejército de veinte mil hombres; estableció su campamento en Nelson, cerca de Richmond, el dia 16 de agosto, y poco despues, sin esperar **1863.** otro refuerzo que debia llegar pronto, marchó hácia Knoxville precisamente cuando Rosecrans se dirigia sobre Chattanooga, Burnside concentró todas sus fuerzas en Crab Orchard y marchó despues por Monte Vernon, Loudon y Williamsburg; detúvose dos dias en Chitwood, y haciendo una marcha forzada de cuarenta millas á través de las montañas, llegó á Kingston por la parte donde se unen los rios Holston y Clinch para formar el Tennessee. Desde este punto avistó ya los piquetes avanzados de Rosecrans. El ejército continuó entonces adelantando hácia Loudon con la esperanza de

(*) Gillmore asegura que los separatistas perdieron mas de trescientos hombres, pero segun el único parte que da detalles exactos de aquella refriega, aparece que las pérdidas se redujeron á diez y nueve muertos, seis heridos y sesenta y siete prisioneros.

evitar la destruccion de un puente de dos mil piés de longitud que habia sobre el Holston, mas ya estaba ardiendo cuando llegaron las tropas, y al fin, en 1.º de setiembre, entró Burnside en Knoxville, donde fué recibido con el mayor entusiasmo y afecto, pues los habitantes estaban sufriendo hacia tiempo infinitas vejaciones á consecuencia de los abusos de los confederados, sin que las violencias de estos bastaran para humillar al heróico pueblo que todo lo sufría con resignacion esperando mejores dias. Cuando las tropas de Burnside entraron en la ciudad viéronse ondear en todas las casas y edificios públicos las banderas nacionales; los habitantes se apresuraron á obsequiar á los oficiales y soldados; hubo abundantes raciones y refrescos, y las aclamaciones de unos y las lágrimas de alegría de otros daban á entender que se esperaba que la primera autoridad de la nacion no abandonaria ya al noble y heróico pueblo de Tennessee.

No dejó de estrañarse que los separatistas huyeran de todos los puntos adonde se dirigia el ejército unionista, sobre todo aquellos que era fácil conservar temporalmente por sus condiciones especiales, pues bastaba un regimiento y una batería para rechazar los primeros ataques de un enemigo. Las tropas que habia en Kingston y Knoxville huyeron de estas poblaciones, dejándolas en poder de los federales, y todo indujo á creer que el triunfo alcanzado por estos en Vicksburg y en Puerto Hudson habria desanimado al enemigo hasta el punto de hacerle desistir de la guerra, al menos en aquel territorio.

Esto era, sin embargo, un error: Buckner no retiraba sus fuerzas del Tennessee Oriental sino con el ánimo de reforzar al general Bragg para marchar contra Rosecrans, lo

cual debió haber bastado para escitar las sospechas del jefe unionista, pero Burnside no tenia mas superior que Halleck, quien no supo en qué peligro se hallaba Rosecrans hasta que ya era demasiado tarde, y además urgia recobrar el Tennessee Oriental. En su

1863. consecuencia, Burnside destacó en 5 de setiembre al general Shackleford en direccion á las montañas de Cumberland, y el mismo siguió á las tropas dos dias despues, haciendo una marcha forzada de sesenta millas en cincuenta y dos horas, por cuyo medio pudo llegar á tiempo para desalojar á los separatistas de varios puntos donde acaso se hubiesen hecho fuertes.

El general Frazier ocupaba una posicion en dichas montañas, y parecia dispuesto á defenderla á todo trance, pero su gente estaba muy desanimada, principalmente porque dos compañías de Shackleford habian pegado fuego á un molino harinero del que se utilizaban los separatistas. Cuando llegó Burn-

1863. side, es decir, el 7 de setiembre, Frazier no hizo aprecio de la intimacion de sus enemigos, pero poco despues mudó de parecer y se rindió con sus dos mil hombres y catorce cañones. Entonces la caballería federal marchó rápidamente hácia el Este, ahuyentando á su paso una escasa fuerza confederada al mando de Sam Jones, despues de haber destruido los principales puentes de la via férrea. Desde entonces quedaron dueños los unionistas del Tennessee Oriental sin haber sufrido pérdida alguna de consideracion.

El general Burnside, sin embargo, tuvo despues la poca precaucion de diseminar sus fuerzas en el territorio del Tennessee, de tal modo, que se espuso á ver cortadas sus comunicaciones por el enemigo; el 21 de setiembre, el coronel Foster fué atacado en Blue-Springs, cerca de Bristol, por Sam Jo-

nes, pero consiguió derrotarle al cabo de dos dias de obstinado combate, cogiéndole ciento cincuenta prisioneros y dejando heridos otros tantos.

El general Shackleford se situó á poco en Jonesboro con una parte de sus tropas al mando de Wilcox, ocupando la infantería á Greenville y la caballería á Rogersville, en cuyo punto fueron atacados los federales el 6 de noviembre por mil doscientos ginetes al mando del general W. Jones, el cual se apoderó de cuatro piezas, treinta y seis wagones y setecientos cincuenta prisioneros, pero lo mas estraño del caso fué que habiendo comenzado el combate antes del amanecer, hora en que no podian distinguirse bien unas tropas de otras, resultó luego que habian estado batiéndose los unionistas contra sus mismos compañeros. Aquel fué uno de los mas curiosos incidentes de la guerra, y seguramente no produjo tanta hilaridad entre los federales como entre los separatistas.

Como el ejército de Cumberland permanecia tranquilo en Chattanooga, el general Bragg resolvió aprovechar la oportunidad para atacar á Burnside, confiándose esta mision á Longstreet, y es de advertir que esto se proyectó precisamente cuando el jefe unionista tenia diseminadas sus fuerzas en varios puntos al Sur y al Oeste de Knoxville. Merced á esta circunstancia, el general Longstreet, que avanzaba silenciosa y rápidamente, pudo sorprender en 20 de **1863.** octubre un puesto militar defendido por el coronel F. Wolford, quien se vió repentinamente atacado de frente y de flanco por siete mil hombres, á los cuales contuvo por espacio de algunas horas, esperando, aunque en vano, recibir algun refuerzo. No siéndole ya posible resistir mas, Wolford se vió en la precision de emprender la retirada,

dejando en poder del enemigo su batería y treinta y dos wagones, aunque salvando la mayor parte de las tropas. En este combate pereció el mayor Delfosse, que mandaba el regimiento de Kentucky. El mayor Graham, que se hallaba á cuatro millas de Philadelphia, pudo recobrar su tren de campaña de que ya se habian apoderado los separatistas, pero habiéndole salido luego al encuentro fuerzas muy superiores, hubo de retroceder hasta Loudon despues de sufrir considerables pérdidas. En aquel encuentro cogieron los confederados seis cañones, y el número total de los prisioneros que hicieron entonces en los diversos combates y escaramuzas, segun lo dicho por el mismo Halleck, no bajaria de seiscientos cincuenta, mientras los unionistas solo cogieron ciento once.

Como el enemigo seguia avanzando resueltamente, las tropas federales comenzaron á retirarse de Lenoir y de Loudon á fin de concentrarse en Campbell Station, donde se habia ya encargado personalmente del mando el general Burnside, el cual acababa de llegar apresuradamente de Knoxville al tener noticia del peligro. El jefe unionista contaba ya con el cuerpo de ejército que servia antes á sus órdenes, y por lo tanto sus fuerzas eran tan numerosas como las de Longstreet, mas debe advertirse que una gran parte de ellas estaban aun diseminadas. El enemigo estrechaba, no obstante, de tal modo á Burnside, que no habia mas remedio que batirse ó sacrificar todo el tren de campaña, y en esta dura alternativa, eligió en 6 de noviembre

1863. una ventajosa posicion é hizo frente á sus adversarios. Como sus baterías estaban ya dispuestas y el enemigo habia dejado atrás las suyas, Burnside tuvo al principio la ventaja, mas luego llegaron tres de los separatistas, que rompieron un vivísimo fuego mientras la infantería iba esten-

diéndose en ala por derecha é izquierda con objeto de flanquear á los federales y cercarlos completamente. Entonces Burnside retrocedió hasta una colina cercana, y de nuevo hizo frente á sus perseguidores, hasta que al fin, llegada la noche, consiguió retirarse sin que se le persiguiera y fué á refugiarse en los atrincheramientos de Knoxville. Las pérdidas de los federales no bajaron de trescientos hombres, y es probable que las del enemigo fuesen mayores; aunque la lucha no fué ni sangrienta ni decisiva, pocas se vieron durante aquella guerra en que mas resaltaran las brillantes dotes y profundos conocimientos de los jefes y el valor y arrojo de los soldados.

El general Longstreet continuó la persecucion, y el dia 17 de noviembre puso sitio á la ciudad, aunque no en toda regla, por mas que fuera su intencion apoderarse de Knoxville. Durante algunos dias hubo varias escaramuzas, pero ya habia pasado el tiempo de lanzar á las masas de infantería contra formidables obras de defensa cubiertas de pesadas baterías, muy dificiles de tomar y que costaban siempre sensibles y dolorosas pérdidas, sobre todo tratándose de fortificaciones como las de Knoxville, que construidas bajo la direccion del capitan Poe, eran muy superiores. Tan pronto como los separatistas hubieron tomado posicion, tuvo lugar un breve combate en que los sitiadores consiguieron apoderarse de una colina, mas no era esta muy esencial para los sitiados, cuyas pérdidas en aquel dia no pasaron de cien hombres, entre los cuales se contaba, no obstante, el general Sanders, de Kentucky, quien perdió la vida al principio de la refriega. Las escaramuzas y los encuentros parciales sirvieron para interrumpir la monotonía de toda una semana, hasta que al fin, reforzado Longstreet con las tropas de Sam

Jones y algunas mas que llegaron de Virginia, se dió la órden de asaltar una de las obras avanzadas conocida con el nombre de Fuerte Sanders, cuyo jefe, el general Ferrero, rechazó á los sitiadores causándoles una pérdida de ochocientos hombres, incluso los coroneles Mc Elroy y Thomas, que murieron en el campo de batalla. Los federales no perdieron mas que cien hombres.

Entre tanto el general Bragg, segun ya diremos mas adelante, era derrotado por Grant en Chattanooga, y como Sherman se aproximaba con fuerzas muy numerosas, Longstreet se vió obligado á levantar el sitio y marchó rápidamente hácia Russellville (Virginia).

La pérdida de los federales en la defensa de Knoxville apenas llegó á mil hombres, mientras los confederados tuvieron, cuando menos, el doble número de bajas. Cuando se recibió la noticia de la llegada de Sherman, Burnside anunció oficialmente que se habia levantado el sitio.

Ya hemos dicho que el general Halleck comprendió que Rosecrans se hallaba en peligro cuando era ya demasiado tarde para contrarestarlo. Al saber que Longstreet habia sido destacado de Virginia con fuerzas numerosas, telegrafió á Burnside, á Hurlbut y á Grant, los cuales se hallaban respectivamente en Knoxville, en Memphis y en Vicksburg, pero desgraciadamente Grant se hallaba enfermo en Nueva-Orleans á consecuencia de una caída; Sherman recibió el parte con mucho retraso, y Hurlbut no contaba con suficientes fuerzas para auxiliar á Rosecrans, siendo el resultado de todo, que se retirara á este último el mando despues de la derrota de Chickamauga. Sin embargo, al tener noticia del desastre y como no recibiese contestacion de Grant ó de Sherman, Halleck dispuso que dos cuerpos del ejército del

Potomac, al mando de Hooker, marchasen al Tennessee central y permanecieran allí hasta nueva órden, guardando la línea de comunicaciones de Rosecrans desde Washville á Bridgeport. En cumplimiento de esta disposicion trasladáronse inmediatamente al punto indicado veinte mil hombres con toda su artillería, municiones y bagajes, y esto se hizo con tal celeridad, merced á los esfuerzos del general Mc Callum, superintendente de los caminos de hierro, y de Prescott Smith, jefe de transportes en el camino de Ohio y Baltimore, que á los ocho dias desembarcaban las tropas en las orillas del Tennessee, dispuestas ya á entrar en accion.

El general Bragg, entre tanto, habia destacado una gran parte de su caballería á las órdenes de Wheeler y Wharton, previniendo á estos dos jefes se dirigieran á Cottonport, por Chattanooga y Bridgeport, á fin de cortar las comunicaciones entre los federales y destruir las provisiones en cuanto fuese posible. Wheeler, que por lo visto estaba bien informado, se dirigió directamente al valle de Sequatchie, donde se hallaban los wagones del general Thomas en número de setecientos á mil, cargados todos de víveres y efectos militares, y apoderándose de ellos sin gran resistencia, mandó pegarles fuego inmediatamente. Apenas terminada la operacion, Wheeler se vió atacado por el coronel Mc Cook, quien tenia órden de perseguirle con tres regimientos de caballería, y aunque los federales llevaban lo mejor de la lucha, la oscuridad puso fin al combate, y durante la noche emprendieron la retirada los separatistas sin ser molestados.

Wheeler marchó entonces sobre Mc Minnville, que se halla en el centro del Tennessee, y se entregó sin lucha con una guarnicion de seiscientos hombres y varios wago-

nes y carros, los cuales sufrieron la misma suerte que los de Thomas, pero á poco llegó á este punto el general Crook con una division de dos mil ginetes, que habian perseguido á la tropa de Wharton, y como atacaran desde luego, fué preciso hacer frente á este nuevo enemigo. Wheeler, que contaba con fuerzas superiores, mandó hacer alto y estuvo batiéndose hasta que la noche puso fin á la refriega, pero sin que resultase ventaja alguna por una ni otra parte. Los confederados se encaminaron entonces hácia Murfreesboro, mas como en este punto se habian hecho fuertes los federales, continuaron su marcha hácia Warren y Shelbyville, quemando puentes, destruyendo las vias férreas y capturando en fin todos los trenes y carros que encontraban á su paso. Los expedicionarios llegaron á Farmington el 7 de

1863. octubre y allí tuvo lugar otro combate en que los separatistas fueron derrotados, merced á una batería del capitán Stokes y al arrojamiento de las tropas federales. Wheeler se retiró á Pulaski aprovechando la oscuridad de la noche, dirigióse luego al Norte de Alabama y pudo escapar cruzando el Tennessee por la embocadura del Elk, mas no sin perder dos cañones y su retaguardia, compuesta de unos setenta hombres. Los generales Thomas y Crook calculan en dos mil hombres las bajas de Wheeler, pero los federales sufrieron una pérdida mucho mayor, atendido que solo el número de sus prisioneros ascendia á dicha cifra, y además de esto valia muchos millones de duros lo que habian destruido los separatistas.

Repuesto Grant de la indisposicion que le habia tenido alejado del servicio algun tiempo, encargóse por órden de su Gobierno, en

1863. 18 de octubre, del departamento militar del Mississippi, en el cual se comprendian los del Ohio, Cumberland y

Tennessee con sus correspondientes ejércitos, pero luego propuso y obtuvo que al general Thomas se le confiara el de Cumberland, en reemplazo de Rosecrans, y al general Sherman el del Tennessee. Lo primero que hizo Grant al entrar en el desempeño de sus nuevas funciones fué espedir á Chattanooga un telégrama previniendo al general Thomas que á toda costa conservase sus posiciones, á lo cual contestó aquel jefe que lo haria así aun cuando hubiese de perecer en la demanda. Pocos dias despues, Grant marchó á Chattanooga, donde se hallaba ya el general Hooker con sus fuerzas concentradas en Bridgeport, y preparándose á disputar al general Bragg la comunicacion por el rio, atendido que la traslacion de víveres y provisiones por el valle de Sequatchie al través de las montañas causaba infinitos perjuicios, no solo por escasear á cada momento las raciones, sino porque se hacia preciso emplear cuando menos diez mil caballos en este servicio. Á tal punto llegaba el apuro ya, que á causa del mal estado de los caminos, por consecuencia de las lluvias otoñales, habria sido imposible que el ejército federal siguiera en sus posiciones una semana mas.

Al dia siguiente de su llegada á Chattanooga, Grant, acompañado de los generales Thomas y Smith, jefe de ingenieros, pasó á examinar el rio para ver cómo se podria cruzar, y entonces se acordó que Hooker pasara por Bridgeport con todas las fuerzas de que pudiera disponer, y avanzase luego sobre Wauhatchie, en el valle de Lookout, amenazando atacar á Bragg por su flanco. No se ocultó á los confederados el plan del enemigo, pero mientras su atencion se fijaba en este movimiento y en la marcha de una division que á las órdenes del general Palmer avanzaria por la orilla Norte del rio, otras tropas á las órdenes de Smith tenian

órden de cruzar por Brown's Ferry á fin de apoderarse de una línea de colinas que se halla á la entrada del valle de Lookout, estableciendo así una comunicacion entre las fuerzas que se hallaban en Chattanooga y las que estaban en Wauhatchie con Hooker.

Este último jefe cruzó el rio sin impedimento alguno el dia 26, y el 28 llegó á Wauhatchie, mientras mil ochocientos hombres de los cuatro mil que mandaba Smith, á las órdenes del general Hazen, se embarcaban, en sesenta botes, en Chattanooga, y dada la señal, remontaban el rio en la noche del 27, desembarcando poco despues en la orilla opuesta junto á Brown's Ferry, donde se posesionaron de las colinas sin mas pérdida que cuatro ó cinco heridos. Las demás tropas del general Smith, llevando consigo todo el material necesario para la construccion de puentes, habian cruzado por Moccasin sin que observara nada el enemigo, y antes de anochecer hallábanse ya en la orilla opuesta y ocupando las alturas del valle de Lookout por la parte del Sudoeste. Pocas horas despues, habiase construido ya un sólido puente que fueron á ocupar las tropas de Hooker y las de Smith, mientras que Palmer permanecia en Whiteside á fin de facilitar la comunicacion por Chattanooga. El combate no habia empezado aun, pero puede decirse que Bragg estaba ya moralmente derrotado.

El general Hooker no habia encontrado aun enemigos que combatir, como no fuera algunos piquetes ó tiradores, ni halló tampoco obstáculo alguno que se opusiera á su marcha hasta llegar á Wauhatchie, despues de haber cruzado por un desfiladero de la montaña de Raccoon que conduce á Lookout, valle de unas dos millas de estension, dominado por los elevados picos de cinco ó seis colinas de doscientos á trescientos piés de altura. Como era de suponer, el enemigo vigi-

laba atentamente todos los movimientos de los federales, pues en la posicion que ocupaba, érale fácil hasta contar el número de estos segun iban pasando los regimientos, y tanto es así, que Hooker habia perdido ya algunos hombres á consecuencia del fuego irregular de fusilería que hacian los confederados desde el bosque ó desde las eminencias. Á fin de evitar mayores pérdidas, el jefe unionista dispuso que avanzara una parte de sus tropas contra los ocultos enemigos, y cuando estos se hubieron dispersado, hizo alto la columna para pasar la noche á una milla de Brown's Ferry, en tanto que la division de Geary se estacionaba en Wauhatchie, ocupando el camino que conduce desde el vado de Kelly al valle de Lookout.

La division de Law, del cuerpo de ejército de Longstreet, tenia sus posiciones en la montaña de Lookout y observaba atentamente todos los preparativos que hacia Hooker para pasar la noche, mas no contando con bastantes fuerzas para atacar á este jefe, resolvieron los confederados sorprender á Geary, derrotándole si era posible antes de que pudiera recibir socorro alguno (*). En su consecuencia, á eso de la una de la madrugada del 29 de octubre, los separatistas cayeron sobre las tropas de **1863.** Geary despues de haber arrollado los piquetes á su paso, pero encontraron á este jefe dispuesto á recibirlos, pues aunque atacado por tres puntos á la vez, rechazó á los separatistas con un fuego mortífero, y aun seguia defendiéndose cuando llegó en su auxilio la division de Carl Schurz y la brigada de Tyndale, cuyas tropas cargaron sobre los separatistas, desalojándolos de una colina que ocupaban. Rechazados por todas par-

(*) Hooker dice que los confederados contaban con dos fuertes divisiones, y Pollard asegura que solo tenian seis regimientos.

tes á la vez, viéronse en la precision de retirarse apresuradamente despues de haber perdido ciento cincuenta y tres hombres, sin contar cien prisioneros. La oscuridad impidió que se persiguiera á los fugitivos; las pérdidas de Hooker se elevaron á cuatrocientos diez y seis hombres, incluso el general Green, herido de gravedad, y el coronel Underwood, mortalmente. En aquella refriega pereció tambien el capitan Geary, hijo del general de este nombre.

Nada pone tan á prueba el valor de los soldados como un ataque nocturno, sobre todo en un territorio que no conocen y con el cual están familiarizados sus enemigos. Las tropas de Geary eran muy inferiores en número á los separatistas, pero lejos de intimidarse, batiéronse con la mayor intrepidez, y aunque el regimiento de Ohio perdió cien hombres, poco despues de empezarse la refriega, los de Massachusetts y Nueva-York dieron una brillante carga que dominó los esfuerzos de sus antagonistas. Este primer combate era como un preludio de los que mas tarde debia sostener Hooker.

La retirada de los confederados tuvo lugar antes de que llegara el cuerpo de ejército de Howard, y por lo tanto estas tropas pudieron ocuparse luego en ahuyentar al enemigo de la montaña de Raccoon y de toda la parte Oeste del valle de Lookout. El general Bragg, que contaba con escasas fuerzas, á causa de haber destacado á Longstreet contra Burnside, no creyó prudente intentar ningun nuevo ataque, y por lo tanto permaneció tranquilo en sus atrincheramientos de Chattanooga.

Las posiciones que ocupaban los separatistas en el declive de la montaña de Lookout y en Mission Ridge, eran á no dudarlo muy ventajosas, pues para llegar á ellas habíase preciso atravesar estrechos senderos

que podian enfilarse con las baterías. A pesar de esto, el general Grant ansiaba atacar al enemigo, y por lo mismo queria enviar cuanto antes Burnside los refuerzos que éste reclamaba, pero el mal estado de los caballos que debian utilizarse para la artillería le indujo á esperar la llegada de Sherman, á quien se habia espedido un telégrama para que se pusiera en marcha con sus tropas inmediatamente. Este jefe habia destacado ya una division que, á las órdenes de Osterhaus, debia marchar á Memphis, á cuyo punto se dirigió tambien Sherman en 27 de setiembre, y al llegar á Colliersville en 11 de octubre, encontró al regimiento de Indiana, **1862.** mandado por el coronel Anthony, el cual sostenia el ataque de tres mil hombres de la caballería confederada. Sherman, que llevaba consigo algunas fuerzas, prestó su apoyo á los federales, hizo retroceder bien pronto al enemigo, y despues continuó su marcha hácia Corinto, á cuyo punto llegó aquella misma noche.

Como hacia ya tiempo que Hooker se hallaba en el Tennessee, Grant estaba impaciente por activar las operaciones de la campaña, y en su consecuencia envió un mensajero á Sherman, previniéndole que á marchas forzadas se dirigiese á Bridgeport. El jefe unionista, en cumplimiento de lo que se le ordenaba, confió el mando de la retaguardia al general Blair, avanzó hácia Rogersville, tocó luego en Fayetteville, y merced al puente de piedra que allí se encuentra, llegó á Bridgeport, pasando por Winchester y Decherd, el dia 13 de **1863.** noviembre. Una vez en Chattanooga, Grant confió á Sherman sus planes de campaña, y despues de acompañarle para que examinara las posiciones del enemigo, ambos volvieron á Bridgeport á fin de dirigir los movimientos del ejército.

Grant habia resuelto concentrar las fuerzas de Sherman en su izquierda, y por lo tanto, lo primero que se proponia era hacer creer á Bragg que iba á reunir las en la derecha, á cuyo efecto se mandó cruzar á las divisiones tan pronto como llegaban á Bridgeport y se les dió orden de avanzar por Shell Mound hácia Trenton, como para atacar la extrema derecha de Bragg. Entre tanto el resto del ejército se trasladó, con el mayor sigilo y sin ser observado del enemigo, al vado de Kelly, y pasando luego á la orilla opuesta, fué á tomar posicion á la izquierda de Thomas, el cual habia hecho ya todos sus preparativos para echar un puente sobre el rio, un poco mas allá de la ciudad. Al mismo tiempo la division de Hugo Ewing recibió orden de retirarse de Trenton y seguir á las demás tropas á la extrema derecha, pero los caminos estaban tan malos á consecuencia de las frecuentes lluvias, que la division Osterhaus permaneció donde estaba para apoyar á Hooker.

Impaciente Grant por auxiliar á Burnside, habia señalado el dia 21 para el ataque, pero Sherman no habia terminado aun sus preparativos, y Ewing, por otra parte, no pudo ocupar sus posiciones hasta el 23.

Cuando todas las tropas del Tennessee estaban ya concentradas, y cuando Grant empezaba á creer que el enemigo se retiraria, recibió del general Bragg un mensaje concebido en estos términos:

«Cuartel general del ejército del Tennessee.

»*En el campamento, 20 noviembre, 1863.*

»AL GENERAL GRANT,

comandante en jefe de las fuerzas de los Estados-Unidos en Chattanooga.

»General: como es probable que haya aun en Chattanooga habitantes pacíficos que no han de tomar parte en la batalla, me

parece que como medida de prudencia seria conveniente prevenirles se retirasen.

»Soy, general, con el mayor respeto, afectísimo y S. S.

»El general en jefe, *Braxton Bragg.*»

Semejante mensaje, que desde luego se consideró como una impertinencia, confirmó la sospecha de Grant de que su adversario trataba de alejarse de tan peligrosa vecindad, y por única contestacion á la carta de Bragg, hizo avanzar sobre la izquierda de las líneas del enemigo al general Sherman, quien franqueó el Tennessee el dia 23 por mas abajo de la embocadura del Chickamauga, y se apoderó de varios reductos en la mañana del 24. Una vez conseguido esto, construyóse bajo la direccion del general Smith un puente provisional para cruzar el Tennessee y otro en el Chickamauga, y entonces el grueso de las fuerzas de Sherman, que continuaba avanzando, tomó posicion á la izquierda del general Thomas, apoderándose de las colinas septentrionales de Mission Ridge. Todas estas operaciones se hicieron con tal prontitud, que aun cuando Bragg hubiera tratado de oponerse, es probable no lo habria conseguido, y como luego se ordenara á Granger que construyera un parapeto, destacando piquetes en todas direcciones, los federales se vieron á poco en una posicion tan fuerte, que no debian temer por el pronto ningun ataque del enemigo. En cuanto á Hooker, no tardó en escalar las pendientes occidentales de la montaña de Lookout, y de este modo, el dia 24 todo el ejército unionista se hallaba formado en línea desde la estremidad septentrional de Lookout hasta la de Mission Ridge.

Ahora bien, tratábase ya solamente de asaltar por la parte Norte la montaña de

Lookout, á fin de llamar la atencion del enemigo por aquel punto, mientras que Sherman echaba sus pontones para cruzar el Tennessee por muy cerca de la embocadura del Chickamauga, y al efecto Hooker dictó sus órdenes para avanzar. Sin embargo, no se contaba con un imprevisto obstáculo: las copiosas lluvias del 21 y 22, no solo habian inundado los puentes, sino aumentado tambien escesivamente la corriente del Lookout, de modo que no era fácil vadearlo, y en su consecuencia Hooker destacó á Geary y á Cruft en direccion á Wauhatchie, previniéndoles se situasen en la orilla derecha de este riachuelo, mientras que el resto de las tropas se ocuparia en construir otros puentes.

Una densa niebla favoreció el movimiento, que no dejaba de ser peligroso, y además de esto, medió la circunstancia de tener el enemigo tan fija su atencion en los movimientos de Hooker, que no observó á Geary, el cual pudo así cruzar el riachuelo, sin que le vieran, á las ocho de la mañana del 24 de noviembre, capturando á su paso un piquete de cuarenta y dos hombres que custodiaban un puente. Por orden de Hoeker, la brigada Gross avanzó poco despues á fin de ocupar el puente del riachuelo; Osterhaus, que acababa de llegar de Brown's Ferry, hizo avanzar á la brigada de Wood hasta situarse á media milla del sitio donde se hallaban las tropas de Gross, y allí se echó otro puente para que cruzaran todas las fuerzas. Las baterías federales se situaron en las colinas mas elevadas, de modo que se pudiera enfilear á la infantería separatista cuando saliese de su campamento de la montaña para ocupar sus líneas de defensa.

Á eso de las once de la mañana habia ya terminado Wood la construccion de su puente; las tropas de Geary acababan de empe-

ñar una escaramuza con las avanzadas enemigas, y entonces toda la artillería federal rompió el fuego, mientras que Wood y Gross, reunidos con Geary, avanzaban por el valle, arrollándolo todo á su paso y haciendo muchos prisioneros. Los unionistas persiguieron al enemigo hasta el punto de llegar á tocar sus cañones, y trepando por las quebraduras de la montaña ó deslizándose entre las malezas, asaltaron el campamento de los separatistas, obligándoles á evacuarlo apresuradamente sin lucha ni resistencia. Hooker habia dado orden de que se hiciera alto, pero nada bastaba á contener el ímpetu de los soldados, que siguieron avanzando hasta la cima de la montaña, cogiendo á su paso una multitud de prisioneros.

La oscuridad, y sobre todo una espesa niebla que, estendiéndose poco á poco, envolvió completamente la montaña, fué causa de que los federales no pudieran perseguir mas al enemigo; entonces Hooker estableció su línea de batalla á lo largo de la orilla de un precipicio, con su ala izquierda cerca de la embocadura del Chattanooga, y á eso de las cuatro, hallábase tan bien fortificado, que envió á decir al general Grant que su posicion era inespugnable.

Á las cinco y media se mandó al brigadier general Carlin que fuera con su brigada á ocupar la estrema derecha, por hallarse rendidas de cansancio las tropas de Geary á consecuencia del último combate, y aunque el enemigo atacó al anoecer á estas fuerzas, Carlin las rechazó fácilmente. Los separatistas abandonaron poco despues la montaña, dejando veinte mil raciones y el equipo de tres brigadas al dirigirse silenciosamente al valle de Chattanooga.

Sherman habia empezado á cruzar el Tennessee en la madrugada del 24 de noviembre, haciendo uso de los barcos preparados

al efecto, los cuales se deslizaron con el mayor silencio por la corriente llevando **1863.** treinta hombres cada uno, y tocaron en la orilla opuesta antes de que el enemigo se apercebiera de este movimiento. Durante la noche, se utilizó el vapor *Dunbar* y un lanchon para pasar los caballos que se necesitaban para la artillería de Thomas, y antes de que estuviese muy entrado el día, hallábanse en la orilla opuesta ocho mil hombres del cuerpo de ejército de Sherman, atrincherados de tal modo, que hubieran podido resistir cualquier ataque; al medio día Sherman mandó echar un puente sobre el Tennessee y otro sobre el Chickamauga, á fin de que pasara el resto de sus fuerzas, y á las tres y media de la tarde habíase apoderado, despues de una obstinada refriega, de la punta Norte de Mission Ridge, cerca de la via férrea, en cuyo punto se fortificó de tal manera durante la noche, que no debia ya temer nada. El coronel Long, con una brigada de la caballería de Thomas, habia cruzado mientras el Tennessee y el Chickamauga por la izquierda de los separatistas, y llegando hasta las líneas de comunicacion del enemigo, pegó fuego á Tyner's Station (Estacion de Tyner), avanzó sobre Cleveland, y pudo coger doscientos prisioneros con cien wagones, despues de destruir varios depósitos de efectos militares.

El general Thomas acabó entre tanto de reforzar sus posiciones; dispuso que el cuerpo de ejército de Howard fuera á reunirse con el de Sherman, y así, avanzando poco á poco, el ejército federal alcanzó sobre su enemigo algunas ventajas de posicion, formando al fin una línea tan compacta como resistente, y que se estendia desde el extremo Norte de la montaña de Lookout hasta el extremo Norte de Mission Ridge.

En la mañana del 25 de noviembre, Hoo-

ker abandonó la montaña de Lookout, de la que se habia desalojado antes al enemigo, y cruzó el valle de Chattanooga, **1863.** donde tuvo que detenerse tres horas por no estar aun terminada la construccion del puente, pero tan pronto como este estuvo dispuesto, Osterhaus avanzó sobre Rossville, dispersando á su paso á las avanzadas enemigas, que se hallaban en los alrededores de Mission Ridge. Tambien Hooker, Geary y Cruft se dirigieron con la artillería á este último punto, y despues avanzaron contra Bragg con el fin de atacar sus posiciones. El centro de los separatistas estaba protegido por fuertes parapetos, contruidos por los mismos unionistas en la noche y días siguientes á la batalla de Chickamauga, cuando tenian frente á sí al victorioso ejército de Bragg, y como al parecer estaban resueltos los confederados á defender su posicion, hizo avanzar una parte de las tropas, é inmediatamente se trabó un combate con las avanzadas enemigas, que fueron rechazadas, mientras las columnas de los federales se formaban en línea de batalla. Poco despues los separatistas eran desalojados sin que bastaran todos sus esfuerzos para resistir el ataque; Geary y Osterhaus cogieron una porcion de prisioneros, siendo de advertir que solo este último jefe hizo mas de dos mil. Como ya no tenia mas enemigos de frente, Hooker dispuso que las tropas vivaquearan en la nueva posicion que acababan de conquistar tan valerosamente.

El general Sherman, quien, segun ya hemos dicho, se habia ocupado en reforzar sus líneas durante la noche, recibió orden de atacar á los separatistas al amanecer, y así lo hizo, pero no habiendo conseguido apoderarse sino de una eminencia, por hallarse las demás cubiertas de bosque y malezas y protegidas con fuertes parapetos, el jefe unio-

nista tuvo que hacer nuevos preparativos, y en las primeras horas de la mañana dió la orden de avanzar á todas sus tropas.

Los generales Corce, Morgan Smith y el coronel Loomis, apoyados por dos brigadas de reserva, á las órdenes del general Juan Smith, marcharon acto continuo sobre una colina ocupada por los separatistas, que se hallaba á unas ochenta varas de sus atrincheramientos, mas cuando hubieron llegado, empeñóse una obstinada lucha que duró una hora, y en la que sufrieron los federales considerables pérdidas, pues Corce fué rechazado sin que le fuera posible tomar la posicion. El general Morgan por una parte y el coronel Loomis por otra, consiguieron alguna ventaja al atacar por los flancos, pero en cambio las brigadas de reserva del general Smith hubieron de replegarse para evitar el nutrido fuego de la artillería de los confederados. Este primer contratiempo, sin embargo, no bastó para que Sherman desistiese de su ataque, pero hubo de perder algunas horas para organizar de nuevo sus columnas, pues el general Giles Smith, y tambien Corce, se hallaban heridos, y este último de gravedad.

El general Grant estaba esperando el aviso de Hooker para dar á Thomas la orden de avanzar; como no sabia la imprevista detencion de aquel jefe, estrañábale ya no haber recibido noticia alguna, y la esperaba con impaciencia, mas al ver que Bragg debilitaba su centro para reforzar su derecha, y suponiendo que Hooker se hallaria ya cerca de Rossville, dispuso que Thomas avanzara desde luego para atacar al enemigo.

En cumplimiento de esta orden, las divisiones de Baird, Wood, Sheridan y Johnson emprendieron la marcha apoyadas por las demás fuerzas del ejército, y poco despues asaltaban la posicion del enemigo con tal

ímpetu, que no bastó á contenerles el mortífero fuego de las baterías situadas en la eminencia. Hé aquí cómo se espresaba el general Grant en su parte oficial al dar cuenta del ataque:

«Las tropas avanzaban con el mejor orden, dispersando á su paso á los piquetes, y despues de haberse detenido un momento para formar convenientemente la línea, comenzaron á subir por la colina, persiguiendo de cerca al enemigo que se retiraba. Al llegar cerca de la cima de aquella, nuestras valerosas tropas hubieron de sufrir un nutrido fuego de fusilería, y el de treinta piezas situadas allí por los confederados, pero no se vió retroceder ni á uno solo de nuestros bravos, que continuaron siempre adelante hasta apoderarse de la posicion enemiga. Á pesar del vivísimo fuego de los separatistas, nuestras pérdidas no han sido tan considerables como podia temerse, y esto solo se explica por la confusion que se introdujo en las filas de nuestros contrarios, asombrados ante la audacia de semejante ataque.

»La proximidad de la noche y la circunstancia de haberse resistido el enemigo obstinadamente al general Thomas, impidieron la persecucion inmediata, pero Sheridan marchó sin pérdida de tiempo á Mission Mills, (Molinos de la Mision).

»Vencida al fin la resistencia que oponia el enemigo á Thomas, aquel abandonó bien pronto sus posiciones, y á la media noche emprendia la retirada, mientras que nuestras tropas tomaban posesion de las fuertes posiciones de la montaña de Lookout, del valle de Chattanooga y de Mission Ridge, despues de haber cogido una infinidad de prisioneros, varias piezas y un considerable número de armas de todas clases.»

El parte del general Thomas estaba concebido en estos términos:

«Nuestras tropas avanzaron á paso de carga contra el enemigo, que, sobrecogido de un pánico, abandonó sus obras de defensa en la falda de la colina y se retiró precipitadamente á la cima, no sin que nuestros soldados dejaran de perseguirle de cerca. Poco despues la colina era atacada por seis puntos á la vez, y con tanto afan perseguian nuestras tropas á los separatistas, que muchos de estos cayeron prisioneros en sus mismas trincheras, donde se cogieron asimismo varias piezas y una considerable cantidad de municiones antes de que el enemigo tuviera tiempo de destruirlas. Despues de haberse detenido algunos momentos nuestros batallones para reorganizarse un poco, el general Sherman siguió avanzando, pero mientras los generales Wood y Baird, á los cuales se oponia una obstinada resistencia, continuaban batiéndose, hasta que ya próxima la noche, comenzó el enemigo á retirarse lentamente. Al dirigirse á Rossville, Hooker se encontró con la division de Stewart y otras tropas: el jefe de la caballería confederada, al ver amenazado su flanco, trató de escapar retirándose hácia Greysville, pero una parte de sus tropas no creyó que ofrecia la menor seguridad este punto, y por lo tanto se dispersaron en desórden en direccion opuesta. Las fuerzas de Hooker encontraron luego á los fugitivos y les obligaron á dirigirse hácia el punto donde se hallaba el cuerpo de ejército de Palmer, el cual los cogió á todos prisioneros.»

Como hasta aquí solo hemos reproducido los partes de los generales unionistas, parecenos oportuno insertar tambien el del general Bragg á fin de que nuestros lectores puedan hacer la comparacion entre los primeros y el último.

Hélo aquí:

«Cuartel general del ejército del Tennessee.
» *Dalton 30 de noviembre de 1863.*

»AL GENERAL COOPER,
ayudante inspector general en Richmond.

»Señor: el lunes 23, el enemigo avanzó con fuerzas numerosas y fué á situarse frente á nuestra línea de Missionary Ridge, aunque sin intentar nada por el pronto.

»El martes por la mañana temprano, viéronse cruzar numerosas fuerzas por el rio, por mas abajo de la embocadura del Chickamauga, y poco despues divisamos á nuestro frente los compactos batallones del enemigo. Despues de inspeccionar el ala derecha, dictando las disposiciones que me parecieron mas oportunas, me trasladé á la izquierda, donde ví que las baterías del enemigo acababan de romper el fuego contra nuestras tropas, las cuales ocupaban entonces la pendiente de la montaña de Lookout. No tardó en avanzar una fuerza numerosa á la que solo pudo oponerse la brigada de Walthall, que á pesar de su obstinada resistencia, hubo de retroceder al fin precipitadamente, sin que se comprenda por qué no apoyó á dichas fuerzas el general Stevenson, que tenia seis brigadas á su disposicion.

»Poco antes de anochecer, y viendo que habiamos perdido todas las ventajas de nuestra posicion, diéronse inmediatamente órdenes para disputar el terreno hasta conseguir que nuestras tropas pudieran retirarse atravesando el riachuelo de Chattanooga, y practicado este movimiento con el mejor éxito, concentráronse las tropas en la colina, estendiéndose hácia la derecha á fin de rechazar al enemigo por aquel punto.

»El miércoles 25 fui á recorrer la estrema derecha, cuyo jefe, el general Hardee, estaba amenazado por fuerzas considerables, mientras que se veian avanzar otras columnas á

paso de carga, de modo que nuestra izquierda y centro se hallaban en el mayor peligro, mas tan ventajosa era nuestra posicion que esperábamos poder conservarla, y al efecto se adoptaron las mas acertadas disposiciones. Entre tanto los federales habian atacado varias veces nuestra extrema derecha, pero gracias al esforzado valor de las tropas del general Cleburne, mandadas por el teniente general Hardee, fueron rechazadas con pérdidas considerables. Cerca de la colina de Rossville hay un camino que se habia mandado ocupar al general Breckenridge con dos regimientos de infantería y algunas piezas, y como se me dijera luego que algunas fuerzas del enemigo avanzaban en aquella direccion, ordené al general que practicara un reconocimiento y adoptara las disposiciones necesarias para proteger su flanco.

»Á eso de las tres de la tarde, las numerosas fuerzas que teniamos sobre nuestro centro é izquierda avanzaron en tres líneas, y habiendo roto entonces el fuego nuestros cañones, introdujose una gran confusion en las filas de los federales; poco despues menudearon las descargas de fusilería, y bien pronto pude convencerme de que el enemigo habia sido rechazado en el centro.

»Cuando estaba revistando á las tropas y animándolas para proseguir el combate, anunciáronme que el enemigo habia roto nuestra línea de la derecha y ocupado la colina: en el mismo momento dispuse que el general Bate marchara á reforzar á sus compañeros, y yo me dirigí á la retaguardia á fin de reunir á las tropas dispersas y hacerlas volver al ataque de la posicion perdida, pero las fuerzas del general Bate no eran suficientes para remediar el mal, tanto mas cuanto que algunos momentos despues supe que la extrema izquierda era tambien rechazada y que el enemigo tenia cercada comple-

tamente mi posicion. Entonces encargué á Bate que formase una segunda línea en la retaguardia, y merced á los esfuerzos de mi estado mayor, se pudo restablecer el órden.

»El teniente general Hardee dejó encargado de la extrema derecha á Cleburne y se dirigió á la izquierda apenas supo cuán encarnizado era allí el combate, pero al llegar vió que la division Anderson comenzaba á retroceder, y apenas tuvo tiempo para lanzar una parte de la division Cheatham para contener al enemigo en cuanto fuese posible. De este modo se consiguió tener en jaque por algun tiempo á los unionistas, pero entre tanto toda el ala izquierda, escepto una parte de la division Bate, fué completamente derrotada y huyó en la mayor confusion, siendo de advertir que todos los cañones se abandonaron de una manera vergonzosa. Cuantos esfuerzos hice, así como tambien mi estado mayor y otros muchos jefes, fueron de todo punto inútiles: oficiales y soldados parecian sobrecogidos de un pánico cual no he visto nunca, y pude observar que ya ninguno luchaba sino para salvar su persona, sin tener en cuenta sus deberes ni el decoro militar. En semejante estado de cosas, ordené al general Bate que fuese á cubrir el camino para asegurar la retirada de las tropas de Breckenridge, y éste y Hardee se retiraron por disposicion mia al depósito de Chickamauga. Por fortuna, acercábase ya la noche, y teniamos sobre nuestro enemigo la ventaja de conocer los caminos y el pais, y gracias á esto el resto del ejército pudo alejarse, aunque en el mayor desórden, mientras que las tropas de Bate cubrian la retirada. Llegada la noche, este jefe se retiró tambien sin que le molestara el enemigo, y lo mismo hizo el teniente general Hardee con todas las fuerzas de su mando.

»Tan pronto como hubieron cruzado todas

las tropas, destruyéronse los puentes del Chickamauga á fin de entorpecer la marcha del enemigo, si bien la corriente era vadeable por muchos puntos.

»No puede escusarse en modo alguno la vergonzosa conducta de nuestras tropas en el ala izquierda, pues su posicion era sostenible contra cualquiera columna de ataque, y la prueba es, que allí donde se opuso una vigorosa resistencia, los federales huyeron en desórden despues de sufrir considerables pérdidas. Los que llegaban á la cima de la colina estaban ya tan fatigados, por causa de los esfuerzos que hubieron de hacer al trepar, que se habria necesitado muy poco para vencerlos.

»Habiendo conseguido apoderarse de una gran parte de nuestra artillería, aprovecharonse del pánico que empezó á cundir en las filas, y valiéndose de nuestros mismos cañones, los enfilaron por izquierda y derecha de tal modo, que no era posible resistir el fuego. Si en todos los puntos de la línea hubiese sido obstinada la resistencia, es seguro que los federales no habrian podido desalojarnos. No sé aun cuáles son las tropas que primeramente huyeron, ocasionando este desastre, que es un baldon para nuestras armas, pero se abrirá la debida informacion y se hará justicia tanto á unos como á otros.

»Al llegar á Chickamauga espedí las órdenes oportunas para que el ejército se alejara del punto ocupado por un enemigo victorioso, pues urgía organizar de nuevo las tropas y prepararnos á una nueva batalla. Los unionistas nos persiguieron hasta Ringgold, pero los generales Cleburne y Gist se encargaron de cubrir la retirada, y bien pronto dejaron de molestarnos.

»Ignoro aun cuáles son nuestras pérdidas, si bien me parecen muy escasas respecto á los muertos y heridos. El jefe de artillería

me dice que los federales se apoderaron de cuarenta piezas y muchos prisioneros.

»Soy con el mayor respeto vuestro obediente servidor,

»El general en jefe, *Braxton Bragg.*»

No nos parecen exactas las apreciaciones del jefe separatista, ni menos creemos justo que desacreditara precisamente á los mismos soldados que con tanto valor y arrojo se habian batido dos meses antes en Chickamauga. La verdad es que el ejército confederado constaba solo de unos cuarenta mil hombres, mientras el general Grant disponia de setenta mil, la mayor parte de los cuales entró en accion, y esta desigualdad en el número, así como el bien combinado plan y la actividad de los jefes unionistas, esplican mas naturalmente que los asertos de Bragg, el resultado de la jornada. Toda vez que en Fredericksburg sufrieron los unionistas una derrota por la misma razon, es decir, por ser numéricamente inferiores, no habia una razon óbvia para esperar que los confederados venciesen en Chattanooga.

El general Thomas volvió directamente desde el campo de batalla á Chattanooga, á fin de activar la marcha de las tropas de Granger á Knoxville, y entre tanto Sherman y Hooker emprendieron la marcha en la madrugada del 26 de noviembre, en persecucion de las derrotadas columnas **1863.**

del general Bragg; el primero de estos jefes siguió la direccion de la estacion de Chickamauga, y el segundo la de Greysville y Ringgold. En cuanto á Palmer, habia alcanzado á la retaguardia separatista, y consiguió apoderarse de tres cañones; tambien Osterhaus, seguido de Geary y de Cruft, llegó hasta Ringgold en persecucion de los fugitivos.

En este punto habíase detenido el general

separatista Cleburne con el objeto de cubrir la retirada del ejército, y acababa de ocupar en la cordillera de White Oak una formidable posición tan fácil de defender como difícil de tomar, pues además de ser muy ventajoso el terreno, el jefe confederado había dispuesto su artillería de modo que no era fácil acercarse á sus líneas sin esponerse á sufrir sensibles pérdidas. A pesar de esto, no hubo medio de contener el ardimiento de los federales que se arrojaron resueltamente sobre la posición enemiga, decididos á tomarla. Tres veces atacaron los unionistas, y otras tantas fueron rechazados con numerosas pérdidas, y solo por la tarde, cuando llegó el tren de batir, después de cruzar el Chickamauga, resolvió Cleburne abandonar su posición y continuar la retirada. Los federales tuvieron en esta refriega sesenta y cinco muertos, y trescientos sesenta y siete heridos, mientras que entre los separatistas solo se contaron ciento treinta bajas. Hooker permaneció en Ringgold hasta el 1.º de diciembre; Sherman, con una gran parte del ejército, marchó hacia Knoxville, y entre tanto la brigada Gross volvió al campo de batalla para acabar de enterrar á los muertos. Osterhaus se situó en el valle de Chattanooga, y Geary y Cruft regresaron á su campamento del valle de Lookout.

El general Grant manifestaba en el parte que sus pérdidas en esta serie de combates, sin contar el de Burnside, en Knoxville, ascendían á setecientos cincuenta y siete muertos, cuatro mil quinientos veintinueve heridos y trescientos treinta estraviados, total cinco mil seiscientos diez y seis, y añade que cogió seis mil ciento cuarenta y dos prisioneros, de los cuales doscientos treinta y nueve eran oficiales; cuarenta piezas de arti-

llería, sesenta y nueve furgones y siete mil armas diversas (*).

Las pérdidas del general Bragg, entre muertos y heridos, fueron relativamente escasas, y esto se explica por el hecho de haberse estado batiendo los separatistas, protegidos por sus parapetos ó en la cima de elevadas colinas, donde no causó mucho daño el fuego del enemigo. Es probable que no tuvieran sino tres mil bajas, entre las cuales figura lo menos por mil el número de los prisioneros. De todos modos, el hecho es que el ejército de Bragg quedó muy mal parado á consecuencia de esta última lucha, y no se aventura mucho al suponer que terminada esta, se encontraría con unos diez mil hombres menos, á causa de las muchas deserciones y de los estraviados, debiendo tenerse en cuenta también que los separatistas perdieron mucha artillería, una considerable cantidad de víveres y un numeroso tren de campaña.

Durante el invierno no hubo ya en aquel punto ningún combate de importancia ni se trató de disputar á los federales la posición de Chattanooga.

(*) En los partes de los jefes figuraban las siguientes cifras:

Division Hooker.	960
Id. Sherman.	1,989
Id. Thomas.	3,955
Total.	6,904

En las pérdidas de Thomas se incluyen las de Granger, que, según parece, ascendían á dos mil trescientas noventa y una, aun cuando este jefe aseguró luego que no bajaban de dos mil setecientas. Sin exagerar, puede decirse que la suma total figuraría, cuando menos, por siete mil hombres.

Entre los muertos se contaban los coroneles Putnam, O'Meara y Torrence, y entre los heridos muchos oficiales de distinción.

El *Telégrafo* insertó la descripción de estos combates que hizo un corresponsal de Richmond, el cual decía que los confederados tuvieron dos mil quinientas bajas entre muertos y heridos, y que les cogieron cinco mil prisioneros.



CAPÍTULO XVI.

ARKANSAS Y MISSOURI.—LA CAMPAÑA DE 1863.

Marmaduke ataca á Springfield.—El combate de Hartsville.—Los federales, al mando de Waring, derrotan á los separatistas en Batesville Ark.—Captura del *Sam Galy*.—Fayetteville atacado por Cabell.—Marmaduke ataca á los federales en Cabo Girardeau.—Es rechazado por Mc Neil.—Coffey asalta el fuerte Blunt.—Standwatie es derrotado en Cabin Creek.—Coffey derrotado por Catherwood en Pineville.—El general Blunt vence á Cooper en Honey-Springs.—La expedición de Quantrell Arson.—Matanza en Lawrence.—El general Steele marcha á Little-Rock.—Combate en Bayou Metea.—Davidson derrota á Marmaduke en Bayou Fourche.—Price abandona á Little-Rock.—La escolta de Blunt destrozada por Quantrell.—El coronel Clayton derrota á Marmaduke en Pine Bluff.—El general Brown vence á Cabell y Coffey en Arrow Rock.—Mc Neil persigue á los confederados hasta Clarksville.—Standwatie y Quantrell rechazados por el coronel Phillips en el fuerte Gibson.—Los indios Sioux.—Matanza en Minnesota.—El general Sibley derrota á la banda del *Cuervo*, en Wood Lake.—Captura de quinientos indios.—Son juzgados por delito de asesinato.—El general Pope se encarga del mando.—Sibley y Sully persiguen á los salvajes.—El general Connor en Utah.—Shoshonees derrotado en Bear River.—Apéndice al Capítulo XVI.—Las tribus indias.—Su carácter y costumbres.—Su guerra con los unionistas.

Escepto en las ocasiones en que agitaron á Missouri las luchas políticas ó las disensiones intestinas, este Estado permaneció siempre fiel al Gobierno unionista antes y despues de la espulsion del ejército de Price por Fremont á fines de 1861; pero el elemento rebelde de su poblacion, aunque dominado á veces, mostrábase inquieto y trabajaba con actividad, merced á los esfuerzos de los emisarios y amigos de Price. Marmaduke y otros jefes, con el auxilio del gobernador Claiborne Jackson, muerto en Arkansas en 6 de diciembre de 1862, y de Tomás Reynolds, nombrado despues gobernador de la Confederacion, intrigaban en favor de la causa que defendian.

Á principios de 1863, una fuerza de separatistas compuesta de unos cuatro mil hombres, la mayor parte montados, al mando de

Marmaduke, apareció por la parte Norte de Arkansas, y evitando cuidadosamente un encuentro con el cuerpo de ejército del general Blunt, presentóse delante de Springfield, donde se hallaba el depósito de víveres y municiones de los federales. Esta importante plaza, sin embargo, se hallaba por entonces muy bien fortificada con imponentes líneas de defensa, que difícilmente hubieran podido tomar las indisciplinadas tropas de Marmaduke, y además de esto, hallábase encargado de la defensa de Springfield el general Brown, jefe de la milicia de Missouri, valeroso militar, que aun cuando no contaba al principio mas que con mil doscientos hombres de guarnicion, se vió reforzado luego con otros trescientos que salieron de los hospitales. Sin mas que estas tropas, Brown rechazó á los separatistas despues de un combate de cinco ó

seis horas, cuyo resultado fué retirarse el enemigo con una pérdida de doscientos hombres. Los federales tuvieron catorce muertos, ciento cuarenta y cinco heridos y cinco estraviados, pero entre los segundos contábase el mismo general Brown, á cuya serenidad y arrojo se debió la conservacion de Springfield.

Los confederados continuaron entonces su marcha hácia el Este, y el 10 de enero tuvieron un encuentro con el coronel **1863.** Merrill, á quien consiguieron rechazar, dirigiéndose luego sin pérdida de tiempo hácia Hartsville, á cuyo punto llegó á poco el coronel unionista con algunos refuerzos y una batería, dispuesto á disputar el paso á las tropas de Marmaduke. En efecto, poco despues se empeñó una refriega muy obstinada, pero esta vez los separatistas fueron rechazados con una pérdida de trescientos hombres, incluso el general Emmett, Mc Donald y los coroneles Porter, Thompson y Hinkley, que perdieron la vida en el combate. Los federales tuvieron setenta y ocho bajas y entre ellas siete muertos; Merrill, cuyas municiones se habian agotado, se retiró despues del combate á Lebanon, y entre tanto Marmaduke, haciendo una contramarcha, huyó hácia Arkansas antes de que pudiera reunirse una fuerza suficiente para cerrarle el paso.

En 4 de febrero apareció otra vez Marmaduke por la parte de Batesville, pero allí fué atacado por el coronel Waring, quien le persiguió con su caballería hasta el rio, **1863.** cogiendo prisionero al coronel Adams y á otros. En un combate que tuvo lugar el dia antes, habia sido derrotada tambien en Mingo, por el mayor Reeder, una partida de guerrilleros separatistas, cuyo jefe Mc Gee, perdió la vida en la pelea; y el teniente coronel Stewart, á la cabeza de ciento treinta hombres del regimiento de Illinois, con un

escuadron de la caballería de Arkansas, apresó en 28 de febrero en Van Buren el vapor *Julia Roon*, cogiendo trescientos prisioneros.

En 9 de marzo fué relevado del cargo de comandante del departamento de **1863.** Missouri el general Curtis, y se nombró en su lugar al general Schofield.

El vapor de Missouri *Sam Gaty*, capitán Mc Cloy, fué detenido en Sibley en 9 de marzo por una cuadrilla de guerrilleros mandados por Jorge Todd, quien atemorizó al piloto rodeándole con los botes en que iba su gente, y luego despojó á los pasajeros de todo su dinero y efectos de algun valor, llevando su crueldad hasta el punto de matar algunos blancos y unos veinte negros de los ochenta que habia á bordo del vapor. Los otros sesenta pudieron escaparse, pero los que cayeron prisioneros despues, sufrieron la pena de ser pasados por las armas.

Fayetteville era uno de los principales puestos militares que tenian los federales en Arkansas, y de su custodia estaba encargado el coronel Harrison, el cual fué atacado en 18 de abril por el general Cabell, **1863.** que, seguido de dos mil ginetes y dos piezas de artillería, habia cruzado rápidamente las montañas de Boston, saliendo de Ozark con objeto de atacar á su enemigo al amanecer. Despues de media hora de cañoneo, el coronel Munroe dió una carga con la caballería, pero viéndose rechazado, los separatistas tuvieron por conveniente retirarse por el mismo camino en direccion á Ozark. Como Harrison tenia muy pocos caballos, no le fué posible perseguir al enemigo; sus pérdidas se redujeron á cuatro muertos, veintiseis heridos, treinta y cinco estraviados y diez y seis prisioneros, pero él en cambio cogió cincuenta y cinco de los últimos, cincuenta caballos y muchas municiones. Pa-

rece que en este encuentro no tomaron parte mas que quinientos unionistas.

Despues de su última derrota en Batesville, el general Marmaduke marchó á Little-Rock (Roca pequeña), donde pensaba abrir una nueva campaña con el auxilio de los partidarios que allí tenia. Debemos advertir que la parte Norte de Missouri era decididamente unionista, pero la parte Sur, region muy poco poblada y que habia pertenecido tan pronto á un partido como á otro, estaba por los confederados. Hacia mediados de abril, Marmaduke salió de Little-Rock con el primer cuerpo de ejército de Price, compuesto, segun se dijo, de diez mil hombres, cifra que nos parece exagerada, y se dirigió por el Nordeste hacia Frederickton, á cuyo punto llegó en 22 de abril, continuando luego su marcha en direccion á Cabo Girardeau, gran depósito de efectos militares, de cuya custodia acababa de encargarse el general Mc Neil, que habia regresado poco antes de Bloomfield con mil doscientos hombres y seis cañones. Mc Neil vió que el teniente coronel Baumer no tenia á su disposicion para resistir al enemigo sino quinientos hombres y cuatro piezas situadas en un sencillo parapeto, y por lo tanto, lo primero que dispuso, como medida de prudencia, fué sacar el contenido de los almacenes militares y enviarlo fuera de la ciudad, hecho lo cual esperó tranquilamente al enemigo, dispuesto á oponerle una enérgica resistencia. Marmaduke, que tenia cuatro brigadas, empezó por intimar formalmente la rendicion en nombre del general Price, concediendo solo treinta minutos de plazo para obtener una respuesta, pero los federales contestaron rompiendo el fuego acto continuo sin querer entrar en esplicaciones. Aun cuando los confederados hicieron una segunda intimacion, Mc Neil no quiso que suspendiera el fuego la

artillería, y como á poco se vieran aparecer algunas cañoneras que llegaban con refuerzos para los sitiados, el jefe separatista creyó prudente retirarse hacia Arkansas despues de haber sufrido numerosas pérdidas. Inútil parece decir que los confederados destruyeron á su paso todos los puentes á fin de que no se les persiguiera, mas á pesar de esto, el general Vandever, jefe de las tropas que acababan de llegar á la plaza, dispuso que Mc Neil marchara inmediatamente en persecucion del enemigo, dando esto por resultado dos ó tres escaramuzas entre la retaguardia confederada y la vanguardia de los unionistas. Marmaduke, sin embargo, llegó al fin á San Francisco sin obstáculo alguno, y desde este punto marchó hacia Arkansas con sus prisioneros, aunque con el sentimiento de haber sufrido pérdidas mas dolorosas que los federales.

El dia 20 de mayo un cuerpo de separatistas que constaba de unos tres mil hombres, á las órdenes del coronel Coffey, atacó al fuerte Blunt, que se halla **1863.** en el territorio de los Cherokees, y cuya guarnicion al mando del coronel Phillips, solo constaba de ochocientos hombres y un regimiento de indios de la tribu de los Creeks. Estos dejaron acercar al enemigo sin dar aviso alguno, pero los separatistas, no teniendo el menor empeño en asaltar las obras de defensa, cruzaron el Arkansas y se apoderaron de todo el ganado que pastaba en la llanura. El coronel Phillips no pudo recuperar sino una pequeña parte, dando una carga de caballería, pues los Creeks no quisieron batirse ni perseguir al enemigo.

Los separatistas se apostaron luego en una fuerte posicion situada á cinco millas del fuerte, y allí les atacó resueltamente el coronel Phillips, consiguiendo desalojarlos despues de un reñido combate, pero el ene-



migo pudo huir con su botin sin perder mas que cincuenta ó sesenta hombres. En esta ocasion dió pruebas de una actividad y energía dignas de elogio.

En 1.º de julio, el coronel Williams, que con ocho mil hombres y quinientos indios, al mando del mayor Forman, custodiaba un convoy de trescientos wagones que se dirigia al fuerte Blunt, procedente de Kansas, tuvo un encuentro cerca de Cabin Creek, en el territorio indio, con un cuerpo de tropas de Texas y algunos indios mandados por Standwatie, jefe de los Cherokees. Los separatistas se batieron con mucho valor, pero como no eran mas que setecientos, y como por otra parte no opusieron los indios gran resistencia, fueron completamente dispersados. Standwatie perdió veintitres hombres, incluso el mayor Forman, herido de alguna gravedad, y los confederados dejaron en el campo de batalla cuarenta muertos y nueve prisioneros.

Habiéndose avisado al general Blunt que el fuerte de su nombre se hallaba en peligro, abandonó inmediatamente el fuerte Scott, donde se hallaba, para ir en auxilio de sus compañeros, y gracias á que recorrió ciento setenta y cinco millas en cinco dias, pudo llegar á tiempo para hacer frente al peligro. Entonces supo que el general separatista Cooper estaba en Honey-Springs, distante veinticinco millas, con seis mil hombres, aguardando un refuerzo de tres regimientos de Texas para marchar enseguida contra el fuerte. Blunt no creyó que seria prudente aguardar; parecióle mejor salir de una vez del apuro, y en su consecuencia abandonó el fuerte en la noche del 15 al 16 de julio, seguido de doscientos cincuenta ginetes, cuatro piezas y tres mil infantes; cruzó el Arkansas, rechazando á su paso á una avanzada de separatistas, y provisto de ocho

piezas mas que habia enviado á buscar, avanzó contra el enemigo, situado ventajosamente en Elk.

Á eso de las diez de la mañana del 17 de julio, Blunt formó su pequeño ejército en dos columnas, á las órdenes de los coroneles Judson y Phillips, y desplególas rápidamente de derecha á izquierda, cayó de improviso sobre el enemigo, atacándole á la vez de frente y de flanco con sin igual arrojo. Dos horas despues, los separatistas desalojados de su posicion se pronunciaban en retirada desordenadamente dejando tras sí ciento cincuenta muertos, setenta y siete prisioneros, un cañon y doscientas armas de varias clases. Blunt manifestó que sus pérdidas ascendian á diez y siete muertos y sesenta heridos.

Apenas hubo desaparecido Cooper cuando llegó Cabell con el refuerzo de Texas que esperaban los confederados, el cual constaba, segun Blunt, de unos tres mil hombres, pero el jefe de esta tropa no creyó prudente atacar, y por otra parte, los federales estaban ya muy fatigados y faltos de municiones. Blunt, sin embargo, aguardó hasta la mañana siguiente, y seguro de que el enemigo habia emprendido ya la retirada, se puso en marcha hácia el fuerte.

Batidos los separatistas en campo abierto, no por eso perdieron las esperanzas, y muy lejos de ello, resolvieron adoptar el sistema de guerrillas, á fin de hostigar en lo posible á sus enemigos con menos esposicion. El dia 13 de agosto, el coronel Catherwood, que se hallaba en Pineville **1863.** con un regimiento de caballería, fué atacado de improviso por Coffey, á quien rechazó, causándole una pérdida de doscientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Pocos dias despues, un tal Quantrell, hombre de no muy buenos antecedentes,

emprendió una expedición con mejor suerte que Coffey. Reuniendo trescientos separatistas en Blackwater, en el Missouri Occidental, á cincuenta millas de la línea fronteriza, se puso en marcha el 21 de agosto en dirección á la pequeña villa de Lawrence (Kansas), donde no se había hecho preparativo alguno de defensa porque no se temía ni remotamente un ataque. Merced á este exceso de confianza, los habitantes fueron sorprendidos en medio de su sueño; los expedicionarios acuparon todos los caminos, y todo aquel que salía de su casa armado, era muerto en el acto, lo cual bastó para que pocos pensarán en oponer la menor resistencia. La Casa de la Ciudad no contenía armas, y en su consecuencia el capitán Banks no tuvo más remedio que entregarla, confesando francamente que era un oficial de la Union y que deseaba hablar con Quantrell, quien le aseguró que no se causaría daño alguno á los que se rindieran. Á pesar de esta promesa, las cajas donde estaban los fondos públicos fueron saqueadas completamente, y lo mismo se hizo en las casas de particulares; los caballos robados sirvieron para conducir el botín, y todos los negros ó alemanes que cayeron en poder de los invasores fueron muertos sin compasión alguna. El edificio donde estaba el Tribunal de Justicia y muchas de las mejores casas fueron pasto de las llamas; diez y ocho reclutas desarmados que estaban fuera de la ciudad perecieron también á manos de aquellos verdugos, y lo mismo les sucedió á otros varios ciudadanos particulares que habían dado su dinero y cuanto tenían con la condición de que se les respetara. No obstante, los que se refugiaron en la casa de Eldridge pudieron salvarse, merced á la protección que les dispensó Quantrell: Mr. Lane, senador de los Estados-Unidos, logró escapar

sano y salvo, así como también el coronel Deitzler y otras varias personas notables; el general Collamore, que se había escondido en un pozo, murió sofocado, y lo mismo les sucedió á dos hombres que trataban de sacarle de su escondite. Por último, á las diez de la mañana quedaba terminada la obra de destrucción á que se dió principio al amanecer; á ciento cuarenta ascendía el número de víctimas sacrificadas en aquella espantosa matanza, y se incendiaron ciento ochenta y cinco edificios; los bandidos huyeron después de haber sembrado en Lawrence el luto y la desolación.

La fatalidad, ó más bien una serie de circunstancias imprevistas, fueron causa de que no se pudiera prever aquel ataque: un hombre que, anticipándose á los expedicionarios, se dirigía á Lawrence á fin de avisar á las autoridades, tuvo la mala suerte de caer de su caballo, recibiendo tales contusiones, que espiró al otro día. En la noche que precedió al día de la matanza, algunas personas que vieron pasar aquella tropa de bandidos por la parte Sur de Aubrey, dieron aviso al capitán Pike, estacionado en aquel punto, pero este oficial, en vez de perseguir al enemigo, envió un parte al capitán Coleman, que se hallaba en Santa Fé, el cual marchó con cien ginetes á reunirse con Pike para ir en seguimiento de Quantrell. Por desgracia, éste contaba con muy buenos caballos, mientras los de sus perseguidores estaban rendidos de fatiga, y cuando Pike y Coleman tenían aun que recorrer seis millas para llegar á Lawrence, la tropa de bandidos huía ya del lugar de la catástrofe. El senador Lane, seguido de un pequeño destacamento, quería atacar á Quantrell, ó cuando menos perseguirle, mas no era posible luchar contra fuerzas tan superiores, ni menos perseguir sin buenos caballos á los que el temor parecía

prestar alas, y el resultado fué que Quantrell, con sus marchas y contramarchas, ocultándose á cada momento en los bosques, pudo al fin escapar vadeando el Missouri. En la persecucion fueron cogidos ó muertos unos cien hombres, pero la mayor parte de la tropa se puso en salvo y bien pronto se perdió completamente la pista.

La rendicion de Vicksburg y Puerto Hudson, juntamente con la retirada de Johnston de la ciudad de Jackson, permitia al ejército de Grant llevar á cabo otras operaciones secundarias, y en su consecuencia, resolvióse enviar á Helena al general Steele á fin de que preparara una espedicion para apoderarse de Little-Rock. Al efecto se pusieron bajo sus órdenes seis mil hombres de todas armas, incluso quinientos ginetes, con veintidos cañones, pero poco despues se le reunió el general Davidson, que llegaba de Missouri con otros seis mil y diez y ocho piezas de artillería, de modo que Steele pudo disponer de doce mil hombres y cuarenta ca-

1863. ñones. El dia 10 de agosto se pusieron en marcha las tropas, en cuya vanguardia iba la caballería de Davidson; el 17 cruzaron el rio Blanco por la parte de Clarendon, y el 22 se practicó un reconocimiento mientras se procedia al desembarque por ser mas saludable el clima en aquel punto.

Davidson avanzó escaramuceando hasta Brownsville, abandonado el 25 de agosto por Marmaduke, quien se retiró á sus atrincheramientos de Bayou Metea, de donde se le desalojó tambien á poco, si bien no se le pudo perseguir porque tuvo la precaucion de quemar el puente.

La brigada del general True llegó á Clarendon, procedente de Memphis, el dia 19, y despues de cruzar el rio, siguió avanzando, mientras el general Steele se concentraba en Brownsville á fin de pasar por Bayou Metea,

lo cual no pudo conseguir. Esto le indujo á dirigirse hácia Arkansas, y al llegar á Ashley Mills (Molinos de Ashley), se encontró con la caballería de Davidson, que habia tenido una escaramuza con el enemigo. Steele, que llevaba consigo setecientos enfermos, lo cual entorpecía su marcha, confió á estos juntamente con su tren á la brigada de Ritter, avanzó luego sobre Arkansas y se aproximó á Little-Rock, en tanto que Davidson, apoyado por dos divisiones y otras tantas baterías, cruzaba directamente y se acercaba tambien á la ciudad por la parte Sur del rio.

Despues de haber practicado varios reconocimientos y elegido el punto por donde pasaria, Davidson echó sus puentes durante la noche del 9 al 10 de setiembre, y poco despues se hallaba en la orilla opuesta, apagando con sus baterías el fuego del enemigo. Conseguido esto, continuó su marcha hácia Little-Rock, y al llegar á Bayou Fourche, opusieronle los separatistas una enérgica resistencia, pues estaba allí la caballería de Marmaduke y una brigada de infantería con dos baterías que ocupaban una ventajosa posicion. Steele, sin embargo, avanzó por la orilla Norte del rio, y como distraia la atencion del enemigo, Davidson pudo entre tanto adelantar terreno, sin que aquel le molestara mucho, hasta tomar una posicion conveniente. Poco despues dábale la orden de atacar, y la brigada Ritter penetró en la ciudad apoyada por la caballería, que sable en mano, dispersó al enemigo en todas direcciones. Las autoridades de la capital de Arkansas entregaron entonces formalmente la ciudad, y los unionistas tomaron posesion del arsenal y de los almacenes militares, pero tuvieron el sentimiento de ver que el general Price habia mandado quemar seis vapores y destruido asimismo una considerable cantidad de materiales para la via férrea.

El general Steele entró en la ciudad por la tarde, algun tiempo despues de haberla evacuado el enemigo, que se retiró en direccion del Arkadelphia, demasiado precipitadamente para que pensarán en perseguirle. Steele dice que todas sus pérdidas durante aquella campaña no escedieron de cien hombres, á pesar de no haberla empezado sino con siete mil de los doce mil que se le confiarán, debiéndose esto á que se vió en la necesidad de distraer parte de sus fuerzas para guardar los hospitales y trenes. Las bajas por enfermedad fueron en cambio harto sensibles: Steele asegura que cogió cien prisioneros al enemigo.

El general Blunt, que seguia persiguiendo á los separatistas al mando de Standwatie y Cabell, habiales obligado á concentrarse en Perryville, en el territorio de la tribu de los Choctaws, y pronto tuvieron que abandonar tambien este punto, sin serles posible impedir que el jefe unionistase apoderara, despues de un sangriento combate, del fuerte Smith, cuya custodia se confió al coronel Johnson. Parece que Cabell tuvo la intencion de tomar parte en la defensa de Little-Rock, mas como no llegara á tiempo, reunióse con las tropas de Price que se retiraban en direccion á Rio Colorado.

El general Blunt, que habia ido á Kansas á ventilar ciertos asuntos, regresaba al fuerte Smith con una escolta de caballería, el dia

1863. 4 de octubre, cuando cerca de Baxter en el territorio de los Cherokees, fué atacado por una guerrilla de seiscientos hombres al mando de Quantrell, siguiéndose un desigual combate en el que fué aniquilada la mayor parte de la escolta, quedando muertos ó heridos unos ochenta individuos de esta, entre los que se contaba el hijo del general Curtis. El general Blunt pudo escapar con quince hombres de su guardia, librándose de

una muerte segura, merced á su valor y sangre fria. Este ataque ocurrió cerca del puesto militar conocido con el nombre de fuerte Blair, que fué atacado á las pocas horas, pero sus defensores, aunque pocos, eran tan valerosos como su jefe el teniente Pond, y rechazaron al enemigo causándole una pérdida de once muertos y muchos heridos. El general Blunt y el resto de su escolta, que habian permanecido en una pradera hasta entrada la noche, llegaron á poco al fuerte Blair.

Pine Bluff, situado en la orilla Sur de Arkansas, á cincuenta millas mas abajo de Little-Rock, se hallaba ocupado á principios de octubre por el coronel unionista Powell Clayton, y como éste no tenia á su disposicion sino seiscientos hombres y nueve cañones, Marmaduke, que estaba entonces en Princeton, á cuarenta y cinco millas de distancia, resolvió apoderarse de dicho punto. En su consecuencia, el jefe confederado, seguido de dos mil quinientos hombres y doce piezas de artillería, avanzó en tres columnas en direccion á la plaza, y llegado á ella, la bombardeó por espacio de cinco horas. No tardó en declararse un incendio en Pine Bluff, pero Powell acababa de organizar un batallon de doscientos negros, los cuales cortaron el fuego y formaron luego barricadas en las calles por si acaso llegaba á ser necesario rechazar en ellas al enemigo. Las bombas lanzadas por los separatistas destruyeron la Casa de la Ciudad y otros varios edificios, pero los sitiadores no pudieron entrar en la plaza, y á las dos

1863. de la tarde del 25 de octubre, Marmaduke emprendió la retirada despues de perder ciento cincuenta hombres entre muertos y heridos, sin contar unos treinta y tres prisioneros. Los federales tuvieron diez y siete muertos y cuarenta heridos, entre los cuales contábanse algunos negros.

Parte de las fuerzas de Cabell, quien, segun ya hemos visto, habia sido derrotado en el territorio indio por los generales Blunt y Phillips, proyectó emprender una correría por el Missouri á las órdenes de Shelby, y al efecto, abandonando la region de los Chocktaws, los expedicionarios se dirigieron hácia el Norte de Arkansas, cruzaron el rio por muy cerca del fuerte Smith, y procurando siempre evitar un encuentro con los federales, penetraron por la parte occidental del Missouri, en cuyo punto se reunieron el 1.º de octubre con el general Coffey, formando así un total de dos mil quinientos hombres. Estos avanzaron con toda la rapidez posible hácia Booneville, pero ya desde aquí comenzaron á retirarse, no solo por faltarles un refuerzo con el cual contaban, sino porque supieron que les perseguia de cerca un cuerpo de la milicia de Missouri á las órdenes del general Brown, quien, alcanzándoles al fin en 12 de octubre, cerca de Arrow Rock, les dispersó completamente causándoles una pérdida de trescientos hombres entre muertos y heridos (*).

El general Mc Neil se hallaba en San Luis cuando tuvo conocimiento de este combate, y sin perder tiempo marchó á Lebanon, desde donde, reuniendo el mayor número de fuerzas posible, se dirigió á Bolivar y Lamar, en cuyo punto esperaba cerrar

(*) El parte remitido por el general Brown dando cuenta de este combate, estaba concebido en los términos siguientes:

«San Luis 14 de octubre de 1863.

»AL GENERAL EN JEFE, HALLECK :

»Perseguidos de cerca por el general Brown, los separatistas, á las órdenes de Shelby, viéronse ayer en la precision de aceptar el combate, que fué por demás obstinado y duró cinco horas, pero el enemigo, derrotado completamente, se dispersó en todas direcciones abandonando su artillería, bagajes, muchas armas y prisioneros. Sus pérdidas en muertos y heridos son tambien considerables. Nuestras tropas persiguen á los fugitivos sin descanso.

»El mayor general, *Schofield.*»

el paso á los fugitivos, pero Shelby habia pasado ya por Humansville cuando Mc Neil llegó á este punto. El jefe unionista continuó, sin embargo, la persecucion, y al llegar á Búfalo, cerca de Clarksville, hizo algunos prisioneros, mas entre tanto los demás fugitivos cruzaron el Arkansas, y entonces Mc Neil desistió de su empeño, pareciéndole lo mas conveniente volver al fuerte Smith. En 20 de octubre fué reemplazado Blunt en el mando del ejército de la frontera por el general Mc Neil.

Standwatie y Quantrell atacaron de nuevo en 18 de diciembre al coronel Phillips, cerca del fuerte Gibson, en el territorio indio, pero por segunda vez y despues de un combate de cuatro ó cinco horas, Quantrell y los suyos fueron derrotados y se vieron en la precision de cruzar el Arkansas para ponerse fuera del alcance del enemigo.

Así terminó en aquel departamento la campaña de 1863.

No pasaremos adelante en nuestra narracion sin referir algunos pormenores acerca de la campaña que por entonces fué preciso emprender contra algunas tribus hostiles, pues así comprenderán mejor nuestros lectores el verdadero carácter de aquella guerra.

Ya en 1862 empezaba á temerse una lucha con los indios en la frontera occidental, y no pasó mucho tiempo sin que se realizaran los pronósticos de muchos en este punto. Bajo las administraciones de Pierce y Buchanan, los agentes indios, y algunos empleados del Gobierno que estaban en frecuente trato con las tribus aborígenes de las grandes llanuras, eran todos ardientes demócratas, muchos de ellos partidarios del Sur y de la esclavitud, y por esta razon principalmente fueron separados al encargarse de la presidencia Mr. Abraham Lincoln. Es probable que muchos de aquellos

funcionarios, resentidos porque se les quitaba su destino, ó guiados quizá por sus opiniones políticas, hicieron uso de su influencia entre las diversas tribus á fin de comprometerlas en la lucha que acababa de empeñar la Confederacion con el Norte; acaso fueran pocos los que obraron así, aunque esto no parece fácil de probar, pero como quiera que fuese, el hecho es que desde 1861 á 1862 comenzó á predominar cierto espíritu hostil entre los indios hasta que al fin algunas partidas de la tribu de los Sioux de Minnesota se declararon en abierta lucha. La banda del *Cuervo*, conocido jefe entre los salvajes, fué una de las que mas se distinguieron por su ferocidad al atacar en la frontera occidental varios puestos militares entre los cuales se contaban Nueva-Ulm, Cedar-City, Minn y otros puntos; tambien atacó el fuerte Ridgeley, sitiándolo por espacio de nueve dias, y en el fuerte Abercrombie, asaltado dos veces consecutivas, fueron rechazados los indios con numerosas pérdidas, mas ya habian dado muerte á mas de quinientas personas, la mayor parte mujeres y niños. El general Sibley recibió orden de marchar con numerosas fuerzas de la milicia en persecucion de los salvajes, á quienes se pudo dar alcance el 22 de setiembre en Wood Lake, (Lago del Bosque) donde el *Cuervo*, completamente derrotado, huyó en direccion á Dakota, dejando en poder de sus enemigos quinientos prisioneros, de los cuales cuatrocientos noventa y ocho fueron juzgados por un consejo de guerra. De estos se condenó á trescientos á ser ahorcados, pero el Presidente Lincoln tuvo á bien diferir la ejecucion y la mayor parte fueron puestos luego en libertad.

Llegado el verano, el general Pope se encargó del mando de aquel departamento; el general Sibley con dos mil quinientos in-

fantas, y el general Sully con un cuerpo de caballería, marcharon á Missouri á fin de proseguir las operaciones, y habiéndose separado luego estos dos jefes, el primero batió á los salvajes en Missouri Couteau, Bigmound, Dead Búffalo y Stony Lake, matando ó hiriendo á unos ciento treinta indios, mientras que Sully hacia poco mas ó menos lo mismo con otra partida que encontró en Whitestone, á la cual cogió ciento cincuenta y seis prisioneros. El resto de la banda cruzó el Missouri poniéndose fuera del alcance de sus perseguidores, y puede decirse que con esto terminó virtualmente la guerra con los Sioux, mas no sin que sufrieran los federales continuas privaciones y las mas rudas fatigas.

El general Connor, jefe de los voluntarios de California, que mandaba en Utah, recibió á poco noticia de las depredaciones que cometian los indios, y acto continuo marchó hácia Bear River (Rio de los Osos), y á pesar de haber perdido setenta y cinco hombres en el camino á causa del rigor del frio, atacó con los que le quedaban á trescientos salvajes, de los cuales mató á doscientos veinticuatro, sin tener mas pérdidas que doce muertos y cuarenta y nueve heridos. Cuatro meses mas tarde, el general Connor atravesó con la mayor parte de sus fuerzas la region Oeste de Rocky Mountains, y aunque continuó avanzando por el Norte hasta llegar á Snake River, (Rio de las Culebras), no encontró ya enemigos que combatir.

Esta campaña con los indios, aunque nada gloriosa, y muy perjudicial por el contrario, solo sirvió para debilitar la fuerza del ejército del Norte, ocasionando un gasto mas sobre los muchos que ya pesaban sobre el Gobierno, cuya situacion era bastante apurada en el año 1863.

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVI.

LAS TRIBUS INDIAS.—SU CARÁCTER Y COSTUMBRES.—SU GUERRA CON LOS UNIONISTAS (*).

Las vastas regiones de Far-West, donde se extienden esas silenciosas y verdes llanuras sin fin, en las que parece que nunca puede turbarse la tranquilidad, tenían sin embargo, á veces, al Gobierno de la Union en continua alarma.

En efecto, bien considerado, hallábase allí su primer enemigo, el primitivo propietario de aquel territorio, el indio indígena, en fin, al que se habia conseguido á veces desposeer, pero nunca dominar. Era llegado el momento en que los salvajes habian creído encontrar, despues de ver defraudadas sus esperanzas, una ocasion propicia para combatir la invasion extranjera, y sin cuidarse mucho de los motivos que encendian la guerra entre los *Rostros pálidos*, deseaban aprovechar cualquiera coyuntura para luchar contra sus enemigos. Sea por su carácter belicoso, por cálculo ó por instinto político, ó por el afan del botin, ello es que los *Pieles rojas* no podian permanecer tranquilos cuando los Yankees estaban en guerra.

Esto era muy natural: toda la historia de las colonias y de los Estados-Unidos no es mas que la de una lucha permanente entre las dos razas, la de una derrota continua de las tribus indias que defienden palmo á palmo su terreno y sus hogares, violentamente rechazadas de las costas del Atlántico hasta mas allá del Mississippi, sin dejar á su paso mas huella que sus nombres, que aun conservan ciertos rios, bahias y montañas. No habia una razon para que abandonaran al llegar al Mississippi la lucha que venian sosteniendo desde dos siglos atrás, sobre todo cuando las causas mismas de esta lucha, es decir, los progresos de la colonizacion, no era probable cesaran, y cuando los colonos se veian precisados á batirse entre si en vez de hacerlo contra los indigenas.

(*) Este interesante apéndice, tomado de la obra de Fernando Lecomte, contiene curiosos datos que servirán de complemento al presente capítulo.

Penoso es verse obligado á confesar que los americanos de los Estados-Unidos no han adelantado aun nada para obtener la solucion del problema de la coexistencia de las razas blanca y roja en aquel pais, pero una solucion digna de los elevados principios de la moral, del socialismo y del cristianismo que distinguen á la gran república. Muchos han elevado su voz en favor del negro y han conseguido que se les escuchara, pero el indio, no menos desgraciado, mas interesante tal vez porque tiene cualidades de que carece la raza africana, no ha encontrado aun en el seno de los Estados-Unidos sino muy pocos y tímidos defensores.

La opinion pública, ciega en este punto, ha intervenido en la cuestion y formulado una sentencia que al parecer se considera inapelable, y las mas elevadas inteligencias, los hombres mas generosos, demasiado amantes por desgracia de la popularidad, se prosternan ante la sentencia de las masas, en vez de demostrar que es inicua, que está dictada por ódios tradicionales que se remontan á las luchas de los primeros colonos, y que solo se tienen en cuenta los intereses puramente materiales. Esta sentencia es breve y sencilla: la raza roja debe ser exterminada; su existencia es incompatible con la civilizacion.

Muchos y respetables eclesiásticos se han adherido á esta cruel política, y admiten que, como no se sabe qué hacer con esos pobres salvajes, seria mejor destruirlos para la seguridad de los blancos. «Los indios, añaden suspirando los ministros del altar, están destinados á desaparecer para siempre; ¡se van!» Eso está dicho, está escrito, se predice en todos los tonos, y no hay medio de hacer creer lo contrario.

Por desgracia, los que así piensan no se limitan al terreno de la teoria, sino que descienden á la práctica, y en vez de encomendar á la Providencia la obra de destruccion,

se organiza esta de una manera metódica en gran escala, oficial y oficiosamente y por todos los medios posibles.

La tribu india, establecida en una buena localidad en virtud de antiguos contratos que la constituyen propietaria del terreno, no solo como indígena, sino por el derecho civil que se reconoce en los Estados-Unidos, prefiere por lo general un sitio que se halle cerca de un río, pues esto le facilita la comunicacion con otras tribus con las cuales comercia. En la actualidad, los principales establecimientos indios se encuentran á lo largo de los mil afluyentes occidentales del Mississippi y del Missouri, al Este de Rock Mountains (Montañas de Roca).

Los indios forman pueblecillos con chozas y tiendas construidas con pieles de búfalo: en el verano, los hombres van á la caza, y entre tanto las mujeres, los niños y los ancianos permanecen en sus albergues, donde se ocupan en recoger el maíz, en pescar ó en curtir las pieles traídas por los cazadores. Alrededor de los pueblecillos indios se encuentran inmensos terrenos sin dueño conocido, sin cultivo, y que parecen esperar tan solo que algunos brazos robustos vayan á descubrir las riquezas de toda clase, agrícolas y mineras, que á no dudarlo existen allí. En virtud de una ley de los Estados-Unidos, cuyo objeto es favorecer la inmigracion y la colonizacion, estos terrenos se venden á muy bajo precio, ó mas bien se ceden pagando un escaso derecho de inscripcion que viene á ser de un cuarto de duro por acre, pero el propietario ó el primero que llega, puede utilizarse de todas las praderas que no están rodeadas de una empalizada, es decir, hace pastar su ganado, siembra, recoge y construye segun le parece, pero está obligado luego á dejar aquel terreno si alguno le prueba con algun documento que tiene adquirido el derecho de propiedad sobre las tierras.

Aun cuando los conflictos civiles, en aquellos remotos confines de la civilizacion, se ventilan á veces á tiros, no son tan frecuentes las violencias como se pudiera creer, y esto consiste en que habiendo lugar para todo el mundo, el mas débil ó el mas prudente se traslada á otro punto mas lejano con su ganado y sus efectos, construye otra choza, y busca el medio de sostener mejor sus derechos.

Esta fácil colonizacion, á la que contribuye el antiguo mundo, y especialmente la Alemania y la Irlanda, hace ya treinta años, no tardó en rodear los pueblos indios. Entonces se consideró que estos eran un estorbo; entablóse la lucha ó las negociaciones de grado ó por fuerza, obligóse á los pieles rojas á trasladarse mas hácia el Oeste, y una vez allí, mediante cierta suma que se les pagaba en capital ó en rentas anuales, permitióse establecerse en terrenos destinados especialmente para las tribus. Acto continuo se les declaró legítimos y definitivos propietarios; se les dió un intendente ó *agente*, que llegó á ser mas ó menos jefe suyo, y se dió el nombre de *Reservas* á los nuevos establecimientos.

Pero como la inmigracion y la colonizacion siguieron su curso, con gran contentamiento del fisco americano, y como se multiplicaron las empresas industriales y comerciales, fué preciso trasladar á otro punto el nuevo establecimiento indio, y el calificativo de *Reserva* se convirtió en el de ciu-

dad ó pueblo para que los pieles rojas dejaran su puesto á los blancos.

Algunas *Reservas*, organizándose en mayor escala, formaron grandes pueblos, probando así que la raza roja es susceptible de civilizacion, no tanto como la blanca, pero sí lo suficiente para que no se la condene. Estas *Reservas*, muy pocas en verdad, son por lo general aquellas que han conseguido ponerse fuera del alcance de la gran corriente de la colonizacion, son aquellas cuyos individuos pueden compartir en un justo medio su actividad, entre la agricultura, á que no son nada aficionados pero cuya utilidad reconocen, y la caza que es para ellos una profesion, una pasion, una gloria.

Á la cabeza de estas *Reservas* se encuentra siempre como agente ó como jefe elegido por los indios ó por el Gobierno, un hombre á la vez piadoso é ilustrado, un hombre que sabe probar con sus hechos y con sus palabras que la civilizacion y la religion de los blancos no es por ningun concepto inferior á la suya.

Por desgracia no sucede siempre esto: hay muchos agentes que solo piensan en esplotar á los indios ó engañarlos; no pocos misioneros, mas ardientes que ilustrados, contribuyen, á pesar de sus buenas intenciones, á pervertirlos en vez de instruirlos, predicándoles verdades abstractas que la politica de rigor empleada con ellos desmiente á cada momento. Así, pues, hasta el presente, la mayor parte de las misiones que están en relacion con las agencias, no han conseguido otra cosa sino introducir entre los indios, mas bien los vicios de los blancos que sus virtudes, mas bien la supersticion que las verdaderas nociones cristianas, y tanto es así, que con frecuencia necesitan mas los blancos á los misioneros que no sus víctimas (*).

(*) Hé aqui lo que dice el general Pope sobre este punto al hablar de la campaña india de 1863 en Minnesota y Dakota:

«Los únicos blancos á quienes yo autorizaria para circular entre los indios, son los misioneros, y confio que podrá hacerse un arreglo con nuestras misiones para que tengan agentes en cada puesto militar, pero seria preciso que estos fuesen hombres prácticos que, viviendo allí con su familia, se encargaran de enseñar á los indios las artes útiles de la vida; á los hombres el cultivo de la tierra; á las mujeres la costura y las faenas domésticas, y á todos, en fin, el aseo y la decencia. Luego vendria por su órden natural la instruccion religiosa: yo creo que el principal defecto de nuestros misioneros es trastornar el programa de la educacion, deseando siempre convertir al indio en un miembro de la Iglesia, cuando aun no es mas que un salvaje. En este caso solo es el interés el que induce á las conversiones, y por esto mismo debe tenerse en cuenta que para cristianizar y para civilizar á la vez á los indios, se necesitan hombres esencialmente prácticos y de buen sentido que les enseñen desde luego á ser humanos y estudiar las artes de la civilizacion; que instruyan sobre todo á los niños, y que sepan contentarse con beneficios mas lejanos en vez de buscar inmediatos resultados á toda costa. La cuestion no es contar el número de bautismos, sino apreciar el valor de ellos.

Unos misioneros tal como yo los entiendo obtendrian incalculables beneficios para los indios y para el Gobierno, y si se presentaran en los puestos militares de la frontera, recomendaria eficazmente que se les diese en el acto alojamiento y las raciones que necesitasen.»

Debe advertirse que hablamos aquí de las mejores *Reservas* de Far-West, de aquellas donde los pieles rojas, sin abandonar completamente la vida de los bosques, han llegado á ser hasta cierto punto sedentarios é industriales. Otras tribus que no se establecieron convenientemente no pudieron ser dominadas, y no siendo posible entrar con ellas en ningun arreglo ni concluir sino tratados parciales, se las desalojó á viva fuerza del territorio que ocupaban.

Arrancadas así de sus hogares y dispersas en las llanuras, estas tribus se entregaron al brigandaje, siguiendo el ejemplo que les dieron los blancos, y se vengaron de sus enemigos en las colonias mas lejanas y entre los emigrantes que se dirigian á Rock Mountains.

Entonces fué preciso hacerlas frente, alejándolas todo lo posible, y para esto hubieron de rodearse las regiones fronterizas de una línea de puestos fortificados que sirvieron de refugio á los blancos: la lucha continuó, sin embargo, encarnizada, y mas resuelto solia ser el ataque que la defensa.

Desde el descubrimiento de las riquezas auríferas de California, de Idaho, del Colorado, de Montana, del Oregon y de Nueva-México, y despues de haberse establecido la secta de los mormones en Utah, los caminos que cruzaban las llanuras habian adquirido una gran importancia al convertirse en arterias de las principales comunicaciones, y no solo se encontraban siempre en aquellos numerosos emigrantes y trenes de mercancías, sino coches de postas de cuatro y de dos caballos que circulaban con tanta regularidad como en los demás países de Europa. Separados por una distancia de quince á veinte leguas, habia puestos militares mas ó menos fortificados, mientras que á derecha é izquierda del camino estendiase el desierto en toda su plenitud.

Á lo largo de estas vias ejercian, y aun ejercen hoy los indios hostiles, sus sangrientas represalias, entregándose en mayor ó menor escala al saqueo y al pillaje; pero bien pronto se reunieron tropas y se dispersó á los indios. Estos volvieron á empezar, batióseles de nuevo sin darles cuartel como si fuesen fieras, y despues se les impusieron tratados de alianza para que se establecieran alrededor de tal ó cual fuerte, reservándose tales ó cuales terrenos para la caza, su pasion favorita. Además de esto, se les pagó y se les paga aun hoy una renta anual para halagar su amor propio, haciéndoles creer que aun son dueños del terreno.

Pero de la vida que se observa en esos pueblecillos, formados alrededor de los fuertes por la astucia ó por la fuerza, y donde los indios no suelen tener á la vista sino malos ejemplos, no debe esperarse un progreso verdadero en su estado moral y material, y como si esto no fuera bastante, los blancos les provocan á disputas diariamente, tratan de rebajarlos y humillarlos, y dan con esto lugar á que los salvajes se rebelen contra sus pretendidos aliados al ver que se han convertido en tiranos.

Probablemente siempre sucederá así mientras el Gobierno de los Estados-Unidos no reconozca las ventajas de conceder convenientes *Reservas* á las diversas tribus indias, respetándolas luego y haciendo que las respeten rigurosamente los colonos y las autoridades territoriales. Los blancos deberian tambien probar á los salvajes nuestra superioridad

de raza y religion, teniendo mas consideraciones respecto á los vicios de estos últimos, adquiridos por seguir un mal ejemplo. Tambien seria digno del espíritu humanitario de tan noble nacion, si desea avanzar en la grandiosa obra de la civilizacion cristiana, limitarse esclusivamente á la defensa pasiva, y no ensañarse en sangrientas represalias, al menos durante una generacion, es decir, hasta que los indios vuelvan á tener confianza en la honradez y lealtad de los blancos.

Al principiarse la guerra civil, las principales tribus tenian justos motivos de queja contra el Gobierno por no haber cumplido este sus promesas, y en las tres grandes vias que atraviesan las llanuras arreciaba la lucha, cada vez mas sangrienta, sin que se pensara en otra cosa sino en la exterminacion reciproca. Por parte de los blancos, soldados y colonos, procediase por lo regular sin compasion, sin fe, sin ley, y la persecucion contra los indios se asemejaba mas bien á una caza de lobos ó de osos.

Así pues, supongamos que en un buque que remontaba el Missouri caian algunas flechas ó balas de los indios hostiles; el comandante daba entonces orden de ametrallar todos los campamentos indios que se encontraran al paso, y de este modo, el delito de uno ó dos indios era expiado por inocentes víctimas, sin beneficio para nadie, y sin otro resultado que envenenar mas el concono de los salvajes.

En 1863 un cierto capitán F., que con su destacamento se retiraba en direccion al fuerte Lamarie, perseguido por algunos indios Sioux, tuvo la ocurrencia de librarse de sus enemigos abandonando sus provisiones de pan y tocino, que envenenó con estrignina, y á consecuencia de esto pereció toda una tribu compuesta de unas veinte familias. Cierto es que se reprendió al citado capitán invitándosele á que presentara su dimision; pero al año siguiente, viósele á la cabeza de un gran convoy de emigrantes y mineros de Minnesota, y aun cuando no era mas que un simple particular, habiale hecho el Gobierno grandes concesiones que le daban mucha consideracion.

En 1864 una tribu procedente del Colorado, compuesta de cinco ó seis mil individuos, cuyos dos jefes eran el *Cuervo negro* y el *Antilope blanco*, fué á reclamar á las autoridades del fuerte Lyons la conclusion de un tratado, ofreciendo, en virtud de este, entregar varios blancos cautivos comprados á otra tribu. Cumplida su promesa, los indios se establecieron cerca del fuerte Lyons con el consentimiento, ó mas bien, por orden del gobernador del territorio y del comandante del fuerte, y no solo se portaron muy bien, sino que se proclamaban amigos de los blancos y enemigos de las tribus que aun hacian la guerra. Al principio se les trató muy bien por el comandante, que era el mayor Wynkoop, pero habiendo sido reemplazado éste por el mayor Anthony, mudaron las cosas de aspecto, pues este último empezó primero por exigir á los indios que entregasen sus armas, lo cual hicieron sin quejarse, y acabó por ordenarles que fueran á establecerse en las tierras de caza de Sand-Creek, situadas á treinta y cinco millas de distancia del fuerte Lyons, donde se les haria saber si el comandante estaba autorizado para firmar un tratado de paz con ellos.

Los indios no opusieron resistencia; diéronseles sus armas y partieron, y solo dos ó tres de ellos se quedaron en el fuerte al servicio del gobernador. Entre tanto el comandante del distrito, el coronel Chivington, se dirigía al fuerte con setecientos ginetes, voluntarios del Colorado, y dos piezas de artillería, y reforzado luego con otros ciento veinticinco hombres y dos piezas mas, que le cedió el mayor Anthony, marchó en la noche del 28 al 29 á Sand-Creek, donde se hallaba establecido el campamento de los indios, compuesto de unas ciento diez chozas.

En la mañana del 29 de noviembre fueron atacados los indios sin intimacion alguna, y á pesar de las protestas de los jefes, que izaron al momento el pabellon americano con una bandera de parlamento, como era costumbre en casos semejantes, comenzó una escena de muerte y de barbarie, en la cual hombres, mujeres y niños fueron acuchillados indistintamente. En pocos minutos todos los indios huian en la mayor confusion por la llanura, poseidos de terror; algunos que se habian escondido en las orillas del rio fueron fusilados á sangre fria á pesar de que no oponian resistencia alguna, y no contentos con matar á mujeres y niños inofensivos, los soldados cometieron actos de barbarie indignos de personas civilizadas y que la pluma se resiste á describir. Nada hicieron los oficiales para contener á su tropa, y presenciaron con la mayor indiferencia aquella escena de horror sin reprender en lo mas mínimo á los autores de ella. Aquella espantosa carnicería continuó por espacio de dos horas, y hasta que un centenar de cadáveres, la mayor parte de mujeres y niños, cubrieron aquel campo de sangre.

La narracion de este hecho está traducida testualmente del informe presentado al Congreso por Mr. Wade, uno de los hombres mas distinguidos de la Union, y que fué luego Presidente del Senado. El Gobierno, segun parece, no adoptó medidas para evitar la repeticion de semejantes violencias, y los pobres indios siguen siendo víctimas de la inhumana política que con ellos se observa.

La escusa de que no se puede combatir eficazmente á los indios sino usando de la misma ferocidad que ellos, es tan solo propia de los demás salvajes, pero no está bien en soldados que pretenden en nombre de la civilizacion que representan, tener derechos sobre los indígenas y el territorio que habitan.

Por lo dicho se comprenderá que no debia ser dificil para los confederados reclutar auxiliares en el territorio indio, si bien estos no serian sin duda muy poderosos, pues gracias al sistema de esterminio, el número total de los guerreros perdidos en aquellos inmensos desiertos, no ascenderá hoy á mas de sesenta mil hombres, que cuando están fraccionados en masas de uno ó dos mil son mas imponentes que peligrosos.

Cuando se baten, forman generalmente una cadena irregular con objeto de rodear al enemigo, pero si se trata de asaltar un fuerte, avanzan en masa hasta hallarse á un tiro de fusil de aquel, se desplegan luego en forma de abanico, se lanzan á la carrera y atacan rápidamente, saltando como panteras y lanzando ahullidos que se asemejan á los del lobo. Son malos tiradores y no conocen absolutamente la disciplina, y á pesar de su gran valor, que no consiste en verdad en batirse de frente cuando pueden hacerlo por la espalda, puede decirse de ellos lo que decia de los beduinos un ilustre general francés del ejército del África: «Cuanto mas numerosos menos son de temer.» En cambio los indios son temibles en las escaramuzas, en las emboscadas, en las sorpresas, y como guerrilleros, pues ningun europeo por astuto que fuese se podria librar de sus imprevistos ataques. Cuando forman el proyecto de quitar la vida á tal ó cual jefe, por muy valeroso que sea ó por muy escoltado que vaya, no se verá nunca libre de las flechas de los indios, que las lanzan á corta distancia con una precision y una rapidez admirables. Vemos, pues, que semejantes guerreros no servian de mucho en la gran lucha empeñada para el mantenimiento de la Union y la supresion de la esclavitud.

CAPÍTULO XVII.

1862—1863.

LAS CAROLINAS.—GEORGIA Y LA FLORIDA.—EL SITIO DE CHARLESTON.

Sitio y toma del fuerte Pulaski, por Gillmore.—La flotilla de los federales se va á pique con su cargamento en el puerto de Charleston.—El comandante Dupont recorre la costa hasta San Agustín.—Los separatistas abandonan á Panzacola y Jacksonville.—Los federales recobran la isla de Edisto.—El general Hunter ataca á Secessionville y es rechazado.—El general Brannan marcha hácia la vía férrea de Savannah.—Combates en Pocotaligo y Coosawhatchie.—Destrucción del *Nashville*.—Dupont es rechazado al atacar el fuerte Mc Allister.—Pérdida del *Isaac Smith*, cerca de Legareville.—Especiación marítima.—La *Merceditas* y el *Keystone*.—Los generales Beauregard é Ingraham declaran levantado el bloqueo de Charleston.—Dupont ataca el fuerte Sumter y es rechazado.—Operaciones secundarias.—El general Hunter y el almirante Dupont son reemplazados por el general Gillmore y el comodoro Dahlgren.—El general Gillmore se apodera de una parte de la isla de Morris.—El general Strong asalta el fuerte Wagner y es rechazado después de un sangriento combate.—Muerte del coronel Shaw.—Muerte del general Strong y del coronel Putnam.—Los separatistas abandonan el fuerte Wagner.—El comandante Stephens ataca el fuerte Sumter.—Bombardeo de Charleston.—El general Hill es rechazado en Newbern por el general Foster.—Combate en Gum Swamp.

El río Savannah, que con su principal afluente, el Tugaloo, señala el límite entre la Carolina del Sur y Georgia, sigue su curso en una distancia de trescientas millas poco más ó menos, hasta desembocar en el Atlántico, y dominando el canal de este río desde la isla de Cockspur, que tiene una milla de longitud por media de ancho, elevase el fuerte Pulaski, de veinticinco piés de altura y perfectamente construido. Este fuerte habia caído en poder de los separatistas desde el principio de la guerra, y estaba encargado de su custodia el coronel Olmstead con una guarnición de trescientos ochenta y cinco hombres y cuarenta cañones de grueso calibre que podían enfilear el río y las isletas contiguas.

Poco después de haber recobrado los federales á Puerto Real y las islas adyacentes, el general Sherman encargó al general Gill-

more que practicara un reconocimiento á fin de averiguar si sería dable apoderarse sin grandes sacrificios del fuerte, y habiéndose cumplido esta orden, Gillmore manifestó que se podía tomar situando algunas baterías de morteros en la isla de Big Tybee y en Venus Point (Punta de Venus). Sometido el plan al Gobierno de Washington, se devolvió aprobado poco después y se adoptaron las disposiciones necesarias para llevar á cabo la empresa. El coronel Rosa marchó desde luego á ocupar á Big Tybee, y poco después se levantaron algunas baterías así en este punto como en la Punta de Venus, sin más contratiempo que algunas escaramuzas de poca importancia. Todo el tren de batir, compuesto principalmente de grandes morteros, fué embarcado en los ríos New y Wright, con mucho trabajo por cierto, á consecuencia de llevar aquellas corrientes muy poca agua y

ser las orillas muy pantanosas. Apenas se hubo acabado de colocar las baterías, el vapor confederado *Ida* pasó por delante del fuerte Pulaski, y al verle, rompieron el fuego los federales, mas no habiéndose detenido el buque, continuáronse los trabajos preparatorios, y se estableció en Bird-Island (Isla de los Pájaros) otra batería que dominaba

la isleta de Cockspur. El 21 de febrero **1862.** llegaron á Tybee algunos buques con víveres, municiones y tropas, que desembarcaron inmediatamente aprovechando la oscuridad de la noche, pues estaban al alcance de los cañones del fuerte Pulaski. Con tal sigilo se hicieron todas las obras y trabajos de sitio, que la guarnicion enemiga no se apercebíó de aquellos amenazadores preparativos, en los cuales se empleó parte del mes de febrero y todo el de marzo. El general Hunter, que habia reemplazado al general Benham en el mando del distrito, visitó á los pocos dias las obras hechas en la isla de Tybee y quedó completamente satisfecho.

El dia 9 de abril hallábase todo preparado y convenientemente situadas las once baterías que se acababan de levantar; hízose al fuerte la correspondiente intimacion, que no fué escuchada, como era de suponer, y entonces el general Hunter dió la órden de romper el fuego á las ocho y media de la mañana. Pocas bombas llegaron al fuerte, pero las balas de los cañones rayados hicieron mucho efecto, reconociéndose hasta la evidencia que si el enemigo no conseguia apagar el fuego de las baterías de los federales, pronto quedaria la fortaleza convertida en un monton de ruinas. Llegada la noche, ya estaban desmontados cinco cañones de aquella sin que el fuego de los sitiados hubiese causado daño alguno á las baterías unionistas. El bombardeo continuó durante los dias 10 y 11, y en la madrugada del 12 vióse

que la brecha abierta iba ensanchándose á cada momento á pesar del certero fuego del fuerte Pulaski, en el cual se vió ondear, á eso de las dos de la tarde, una bandera blanca, con la cual quedaba ya terminado el sitio. Los sitiadores no tuvieron mas que una baja, y en el fuerte hallábanse desmontados diez cañones, contándose varios heridos, uno de ellos de mucha gravedad. Parece que la guarnicion se rindió principalmente porque varias balas del enemigo alcanzaron hasta muy cerca del polvorin, y se temia de un momento á otro una esplosion.

El buen éxito de esta empresa, que costó tan poca sangre, se debió principalmente al general Gillmore, que era á la vez un entendido ingeniero, pues el general Viele, jefe de las fuerzas de tierra, y el comodoro Juan Rodgers, de las navales, se ocuparon solo en el transporte de las tropas y el material de campaña, lo cual no dejó de ser tambien una empresa tan dificil como arriesgada si se atiende á los muchos obstáculos con que fué preciso luchar.

Trasladando ahora al lector á Charleston, daremos cuenta de las operaciones militares que entre tanto se llevaban allí á cabo.

Una numerosa flotilla, formada con todos los buques viejos que se habian recogido en varios puertos del Norte, y que se dirigia á Charleston (bloqueado entonces por la escuadra unionista), con un gran cargamento de piedra, se fué á pique el 23 de **1862.** enero, precisamente cuando entraba en el puerto, y este hecho puramente casual, levantó una tempestad de quejas y reclamaciones, principalmente por los partidarios de la Confederacion, los cuales aseguraron que el objeto de los unionistas habia sido obstruir para siempre el puerto. Semejante acusacion es absurda; lo único que se deseaba era interceptar el paso á los que trataban de

llevar auxilios á la plaza, y la prueba es que desde entonces no se ha dado nunca la menor queja de que se haya perjudicado en lo mas mínimo al pacífico comercio de Charleston.

El comandante Dupont, que mandaba la fragata de vapor *Wabash*, con otros veinte buques y seis transportes, donde iba una brigada de voluntarios á las órdenes del general Wright, salió de Puerto Real el 28 de febrero á fin de recorrer la costa hasta San Andrés y el rio Cumberland, donde se apoderó sin resistencia del fuerte Clinch, en la isla Amelia, de Fernandina, de Santa María, de Brunswick, de Darien, de la isla de San Simon, de Jacksonville y de San Agustín, en cuyo punto se recobró el fuerte San Marcos sin efusion de sangre. El general separatista Trapier no tenia á su disposicion suficientes fuerzas para oponer resistencia á los expedicionarios, pues la Florida, que contaba con una poblacion de sesenta mil almas, solo habia facilitado á la Confederacion unos diez mil que se hallaban en otros Estados.

Una parte de la escuadra de Dupont avanzó hasta la isleta de los Mosquitos, pero uno de los buques, el *Penguin*, mandado por el teniente Budd, que se alejó de los demás, fué atacado por el enemigo, con el cual sostuvo un combate que costó la vida al teniente y á otros cuatro hombres de la tripulacion, sin contar una porcion de heridos. Con esto terminó por desgracia una expedicion, cuyo objeto era recobrar la Florida, aun cuando se reconociese que seria difícil conservarla.

En la noche del 9 al 10 de mayo, el general confederado Tomás N. Jones evacuó á Panzacola despues de pegar fuego al arsenal y á los fuertes Mc Rae y Barrancas, y apenas se hubo retirado con sus tropas, ocuparon la plaza el comodoro Porter y el general Arnold, comandante del fuerte Pickens.

En 13 de setiembre salió de Puerto Real

otra expedicion de dos cañoneras y tres buques al mando del capitan Steedman, el cual recorrió la costa de la Florida, y sostuvo un combate en la embocadura del San Juan, apagando las baterías del enemigo. El general Brannan, con una fuerza de mil setecientos setenta y cinco hombres, y una flotilla de seis cañoneras mandada tambien esta vez por el capitan Steedman, repitió la visita en 30 de setiembre, creyendo que encontraría una obstinada resistencia, **1862.** pero los separatistas habian evacuado ya las obras defensivas del fuerte San Juan, abandonando nueve cañones. Brannan se apoderó pues de Jacksonville sin disparar un tiro, mas como la ciudad estaba casi desierta, no quiso dejar guarnicion en ella. El vapor *Milton*, perteneciente á los separatistas, fué tambien apresado.

En 6 de marzo de 1863, emprendió el general Saxton una expedicion con tres transportes, en los que iban tres regimientos de negros á las órdenes del coronel Thos W. Higginson, el cual fué á ocupar á Jacksonville y lo convirtió en cuartel general para los voluntarios negros. Poco despues llegaron como refuerzo dos regimientos de blancos, mas apenas hubieron desembarcado, recibióse una orden urgente del general Hunter, disponiendo que se pusieran en marcha todas las fuerzas que allí habia. Al retirarse las tropas pegaron fuego á varios edificios, y muchos habitantes que querian marcharse con aquellas y que estaban ya á bordo, fueron desembarcados y se les dejó en tierra, sin escuchar sus quejas, espuestos á la venganza de los separatistas. Aquella hermosa y antigua ciudad quedó en parte destruida, pues el fuerte viento que soplaba propagó el incendio, y fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para cortarlo. Los abandonados habitantes, muchos de los cua-

les eran verdaderos unionistas, pudieron contemplar aquella catástrofe que amenazaba envolverlos despues en un monton de ruinas; pero algunas familias consiguieron trasladarse á Hilton Head, donde se les trató con la mayor consideracion. Tambien Panzacola fué abandonada, y aun se dijo que los separatistas pegaron fuego á la ciudad, pero esto no es de creer; lo que sí podemos sacar en conclusion es que, si por entonces tenia el Gobierno unionista muchos partidarios en la Florida, los desmanes cometidos por los que fueron allí como defensores de la causa nacional, habrian bastado para que aquellos se convirtieran en enemigos.

Al regresar á Puerto Real, de su expedicion á la Florida, el comandante Dupont vió que durante su ausencia habia abandonado el enemigo sus formidables baterías de Skiddaway y Green-Islands (Islas Verdes), dejando así en poder de los federales á Warsaw y Ossibaw, mientras que el general Sherman tomaba posesion de la isla de Edisto, en la cual no quedaron mas habitantes sino algunos negros, pues todos los demás se retiraron apresuradamente, quemando antes el algodón que no pudieron llevarse. La toma del fuerte Pulaski, ocurrida poco despues, ponía á los federales en posesion de un extenso territorio, que el general Hunter y el comandante Dupont trataron luego de ensanchar con las islas de Wadmilaw y Juan. Con este fin, procedióse desde luego á practicar varios reconocimientos, se marcó con boyas el canal del rio Stono y acto continuo se dirigieron á él las cañoneras *Unadilla*, *Pembina* y *Ottawa*, para atacar al enemigo en sus posiciones. Los separatistas abandonaron las líneas de defensa al divisar la escuadrilla, y entonces esta se dirigió hácia las baterías para situarse en la confluencia del Stono y del Wappoo, es decir, á tres

millas de Charleston, cuyas elevadas torres y brillantes cúpulas se podian divisar claramente desde el extremo de los mástiles de los buques unionistas.

Pero el permitir que avanzaran tanto las cañoneras sin protegerlas con alguna fuerza de infantería, no dejó de ser una torpeza, porque esto no servia sino para que se pusiera en guardia el enemigo, dándole á conocer lo que se proyectaba. Dos semanas despues, los generales Hunter y Benham desembarcaron en la isla de Jacobo, y á los tres dias llegó de Edisto el general Wright con el resto de sus tropas. Estos movimientos irregulares en una region esencialmente hostil no podian tener buen resultado, pues á no dudarlo, disponia el enemigo de doble número de fuerzas y de buenas obras de defensa, y fué una imprudencia avanzar con tanta celeridad. Secessionville es un pueblecillo formado principalmente por las casas de campo de algunos plantadores de la isla Jacobo; en la parte Oriental de esta, á dos millas del rio Stono, el agua es salada, y hay una porcion de pantanos que forman una especie de cadena, dejando solo un estrecho sendero de tierra firme. El coronel Lamar estaba encargado de la defensa de Secessionville, que no dejaba de tener buenas obras defensivas, y contra estas avanzó el general Wright á la cabeza de seis mil hombres, si bien dispuso luego que se formara una reserva con mil quinientos. El general Isaac Stevens se encargó de dirigir el ataque, y dada la orden, avanzó á las tres y media de la madrugada del 16 de junio con tres mil trescientos treinta y siete hombres, inclusa **1862.** la artillería, y fué á tomar posicion á un tiro de fusil del enemigo con tanto sigilo y buen acierto, que hizo prisioneros á los piquetes, antes que los confederados pudieran sospechar que se hallaba tan cerca. Poco despues,

no obstante, divisó Lamar á los federales, y en el acto rompió el fuego con todos sus cañones, causando un gran destrozo en las filas enemigas.

Los unionistas estaban dispuestos á batirse con su acostumbrado valor, y con una buena direccion habria sido fácil apoderarse de las obras defensivas, pero la lengua de tierra por donde era preciso avanzar, apenas tendria doscientas varas de anchura, y como los cañones de los confederados, así como un nutrido fuego de fusilería, la barriaban en toda su estension, sin contar que las tropas estaban protegidas por un parapeto de nueve piés de altura, intentar el asalto hubiera sido sacrificar preciosas vidas sin conseguir el objeto, y por lo tanto, se dió la orden de retirada despues de perder quinientos setenta y cuatro hombres entre muertos y heridos en poco mas de media hora. Los separatistas tuvieron doscientas cuatro bajas, figurando entre los heridos el coronel Lamar y el teniente coronel Gaillard.

Aun cuando era evidente que no se podian tomar por asalto las obras defensivas del enemigo, se intentó un segundo ataque, pero así como la primera vez, fueron rechazados los federales, y entonces se retiraron definitivamente, dejando sus muertos y algunos de sus heridos en poder del enemigo, y de este modo terminó con una derrota la mal entendida expedicion del general Hunter.

Cuatro meses despues, habiendo sido reemplazado el general Hunter con el general Mitchel, dispuso este último que avanzaran algunas fuerzas desde Beaufort para cortar, si era posible, la via férrea que une á Charleston con Savannah, destruyendo asimismo los puentes que se encuentran en Pocotaligo y Coosawhatchie. Como el general Mitchel se hallaba postrado en cama, aquejado de la enfermedad de que murió poco despues, con-

fióse el mando de la expedicion al general Brannan, á cuyas órdenes se puso una fuerza de cuatro mil cuatrocientos cuarenta y ocho hombres.

Estas tropas se embarcaron en cañoneras y en transportes en la noche del 21 al 22 de octubre; dirigiéronse por Broad River (Rio Ancho), hasta la confluencia del Coosawhatchie y el Tullifinny, y una vez allí, desembarcaron para internarse en el territorio. Apenas hubieron recorrido cinco ó seis millas, trató de cerrarles el paso una escasa fuerza enemiga, que, obligada á retroceder despues de un breve combate, emprendió la retirada, quemando á su paso varios puentes, y fué á situarse en un bosque. Los federales desalojaron esta vez tambien á sus contrarios persiguiéndoles hasta Pocotaligo, donde los separatistas, á las órdenes del general Walker, se hicieron fuertes junto á un riachuelo, resueltos á oponer una vigorosa resistencia á sus enemigos. Entonces comenzó un obstinado combate, pero como ya se acercaba la noche, y por otra parte se agotaban las municiones de los federales, Brannan, que con sus cuatro mil hombres no tenia esperanzas de obtener la victoria, por lo mismo que de un momento á otro podian llegar nuevas fuerzas de Charleston ó de Savannah, se retiró prudentemente á Mackay, en cuyo punto se embarcó para volver á Hilton Head.

Entre tanto el coronel Barton remontaba el Coosawhatchie, seguido de dos cañoneras y un vapor con cuatrocientos hombres, y llegado á poca distancia del pueblo que hay junto á dicho rio, desembarcó con todas sus tropas para internarse. Al acercarse á la via férrea, vió llegar un tren que conducia algunas tropas al mando del mayor Harrison, las cuales iban en socorro de Walker, y entonces dió orden de hacer fuego, causan-

1862.

do con esto sensibles pérdidas al enemigo, pues entre los muertos se contaba el mayor Harrison. Muchos de los soldados huyeron al bosque para reunirse con otras tropas que defendían el pueblo. Barton avanzó, no obstante, con la intención de atacar, pero viendo que sus contrarios eran muy superiores en número, y que tenían tres piezas de artillería, se volvió á sus cañoneras, quemando á su paso todos los puentes. Los confederados persiguieron por algun tiempo á los fugitivos por la orilla del rio, pero los buques maniobraban muy bien, y Barton pudo llegar á Puerto Real sin contratiempo alguno y sin mas pérdidas que trescientos hombres. Parece que Walker tuvo en el combate catorce muertos, ciento dos heridos y nueve estraviados.

Á corta distancia del rio Ogeechee, que nace en la parte Oriental de Georgia, y despues de recorrer una estension de doscientas millas viene á formar una línea paralela con el Savannah, habian construido los federales una fortificacion conocida con el nombre de fuerte Mc Allister, situado muy cerca de la orilla del rio, de manera que podia cerrar el paso á cualquier buque que intentara cruzar, no solo porque las baterías dominaban una gran estension, sino porque en el canal habia varios torpedos que hacian tan peligroso como difícil acercarse á esta posicion. El buque de vapor *Nashville*, protegido por la fortaleza, esperaba una oportunidad para hacerse á la mar con un cargamento de algodón, pero impacientado al fin el comandante, y viendo que los cruceros enemigos vigilaban atentamente, armó este vapor como un buque de guerra, y de nuevo acechó una ocasion propicia para ponerse en marcha, en la confianza de que ya le seria mas fácil abrirse camino en el caso de ser atacado. El capitán Worden, comandante del *Montauck*, que no

perdía de vista al buque contrario, observó el 27 de febrero que dejaba sus aguas, y á la mañana siguiente, seguido del **1863.** *Séneca*, del *Wissahickon* y del *Dawn*, comenzó á perseguirle sin darle apenas tiempo para que se alejara de la fortaleza, y sin cuidarse de las baterías de este ni de los torpedos. Cuando estuvo á la distancia de mil doscientas varas del buque enemigo, el capitán Worden lanzó su primera andanada, aun cuando los demás buques no podian acercarse por ser muy estrecho el canal, y tal fué el acierto de los artilleros, que veinte minutos despues se pegó fuego á la Santa Bárbara del buque perseguido, quedando este del todo destrozado. Entre tanto los cañones del fuerte rompieron el fuego contra el *Montauck*, pero aunque este recibió cinco balazos, no sufrió avería alguna de consideracion, ni le hizo tampoco daño un torpedo que reventó precisamente á su lado. Los demás buques que se habian quedado en el canal salieron igualmente ilesos.

Animado el comandante Dupont con esta victoria, resolvió atacar el fuerte, y á este fin dispuso que los buques blindados *Passaic*, *Patapsco*, *Montauck*, *Ericsson* y *Nahant*, seguidos de tres goletas con morteros, marchasen al Ogeechee para ver si conseguian apoderarse de la posicion. Apenas hubo dado vista á la fortaleza, la escuadrilla se situó lo mas cerca posible, pero á causa de la estrechez del canal, el *Passaic*, que iba de vanguardia, no pudo aproximarse sino á mil doscientas varas del fuerte Mc Allister, quedando por lo tanto los demás buques á mayor distancia. En esta situacion, el *Passaic*, el *Patapsco* y el *Nahant* rompieron el fuego, que duró desde las ocho y media de la mañana hasta las cuatro de la tarde con algunos intervalos, pero como llegada la noche consiguiera el capitán Drayton, comandante

del *Passaic*, acercarse algo mas al fuerte y examinar las obras de defensa, convenciéndose que seria lo mas prudente renunciar al proyecto, y se retiró saludado por una lluvia de balas y metralla. Merced á sus bombas de trescientas cuarenta y cinco libras de peso cada una, los federales habian conseguido desmontar uno de los nueve grandes cañones de la fortaleza, pero no se obtuvo mas resultado, porque si bien los separatistas tuvieron tres bajas, esto se debió tan solo á un accidente casual, ocurrido despues del combate. El capitán Drayton no salió ileso de la refriega, pues hallándose detrás de la torre de su monitor, saltó un casco de metralla que le hirió, aunque ligeramente, en el rostro. El día 4 de marzo se retiró la escuadrilla, desistiéndose por entonces de tomar el fuerte Mc Allister (*).

Mientras sucedia esto, el vapor unionista *Isaac Smith* fué destacado al rio Stono en 30 de enero á fin de practicar un reconocimiento, y aun cuando pudo llegar hasta muy cerca de Legareville sin encontrar enemigos, no sucedió lo mismo cuando regresaba. Á cinco ó seis millas del citado punto habian levantado los separatistas tres baterías, que por estar ocultas, no pudieron observar antes los federales, y habiendo roto aquellas el fuego, el *Isaac Smith*, acribillado bien pronto á balazos, tuvo que entregarse, sin que pudiera remediarlo el comandante Mc Donouch, que acudia presuroso en auxilio del buque.

Al día siguiente de haber sido apresado el *Isaac Smith*, el general Beauregard, que

(*) *El Republicano de Savannah*, del día 12 de marzo, decia entre otras cosas lo siguiente al hablar sobre este combate:

«Las obras de defensa del fuerte quedaron muy deterioradas, y destruidas completamente las garitas de los centinelas. Dentro del fuerte, y tambien fuera, á la distancia de media milla, veianse grandes hoyos formados por las bombas y granadas de los federales. Fué providencial que no muriese ningun hombre.»

sin duda queria probar á los cónsules extranjeros en Charleston que podia hacer levantar el bloqueo cuando quisiera, dispuso que una flotilla de cinco buques, entre los cuales figuraban dos fragatas acorazadas, el *Palmetto-State*, capitán Ingraham, y la *Chicora*, comandante Tucker, atacara á la escuadra bloqueadora. Favorecidos por una densa niebla, los separatistas se aproximaron al enemigo, y en pocos instantes echaron á pique dos de sus cañoneras, la *Merceditas* y el *Keystone*, causando á otros buques averías de mas ó menos consideracion. Sin embargo, repuestos de su sorpresa los unionistas, y como quiera que aquella no era sino la vanguardia de su escuadra, reuniéronse los buques *Augusta*, *Quaker City*, *Memphis* y *Housatonic*, que se habian alejado á cierta distancia, y se dirigieron contra la flotilla confederada, pero esta fué á guarecerse detrás de los arrecifes del canal de Swash, y luego volvió á Charleston, donde el general Beauregard redactó un manifiesto concebido en los términos siguientes, y por el cual se declaraba oficialmente levantado el bloqueo:

«Charleston 31 de enero de 1863.

»Esta mañana, á las cinco, nuestras fuerzas navales, estacionadas en este puerto, han atacado á la escuadra unionista que nos bloqueaba, dispersándola completamente, despues de echar á pique dos de sus buques.

»En su consecuencia, los abajo firmados, jefes respectivamente de las fuerzas de mar y tierra de la Confederacion, declaran formalmente que el bloqueo, establecido por la Union ante Charleston y su puerto, debe considerarse como levantado desde el día 31 de enero del año de gracia de 1863.

»El general del ejército, *G. T. Beauregard*.

»El jefe de la escuadra, *D. N. Ingraham*.»

El cónsul británico en Charleston y el comandante del buque inglés *Petrel* dieron testimonio de lo ocurrido, é inmediatamente se espidió una circular por el Secretario de Estado de la Confederacion, J. P. Benjamin, á todos los cónsules extranjeros, manifestándoseles que podían considerar como abierto al comercio el puerto de Charleston. Á pesar de esto, los diversos buques á cuyos jefes se invitaba á entrar y salir libremente, no intentaron utilizarse de la oportunidad que se les ofrecia, y solo hicieron uso del permiso, aprovechando las noches mas oscuras para penetrar en el puerto ó abandonarle de una manera clandestina.

El general Foster, que se hallaba en la Carolina del Norte, habia recibido orden del comandante Dupont, previniéndole se pusiera inmediatamente en marcha á fin de cooperar en un ataque contra Charleston, y en su cumplimiento, se hizo á la vela en Beau-

fort en 2 de febrero, llevando consigo **1863.**

doce mil hombres de escelentes tropas que fueron á desembarcar en Hilton Head. El general Hunter, á quien sorprendió algun tanto la llegada de Foster, se encargó del mando de las tropas de éste, que acababa de recibir orden de ir á buscar el tren de batir al fuerte Monroe, pero como al volver Foster viese que se habia dado otra organizacion á su cuerpo de ejército, pidió permiso al general Halleck para volver á su departamento, dejando sus doce mil hombres á las órdenes de Hunter. Con este refuerzo debia emprender el comandante Dupont su ataque contra Charleston.

Los preparativos se hicieron en su mayor parte en Hilton Head, de donde fueron saliendo los buques blindados, uno á uno, tan pronto como estaban corrientes, á fin de reunirse luego en la parte Norte del rio Edisto. El dia 3 de abril se hallaba ya concen-

trada en aquel punto toda la escuadra, aguardando á que el viento fuese favorable, y en la noche del 5, el comandante Dupont, que montaba la cañonera *Jacobo Adger*, dió la orden de marcha á fin de comenzar el bombardeo sin pérdida de tiempo. Á las nueve de la mañana del dia siguiente, la flota habia cruzado ya la barra y se hallaba formada en línea á lo largo de la costa Oriental de la isla de Morris, dando vista á las mas formidables baterías de cañones rayados que pudiera darnos á conocer el arte de la guerra.

Hé aquí la lista de los buques de que se componia la escuadra:

1. *Weehawken*, capitan Juan Rodgers;
2. *Passaic*, capitan Percival Drayton;
3. *Montauck*, comandante Juan L. Worden;
4. *Patapsco*, comandante Daniel Ammen;
5. *New-Ironsides*, comandante Tomás Turner;
6. *Catskill*, comandante Jorge W. Rodgers;
7. *Nantucket*, comandante Donald M. Fairfax;
8. *Nahant*, comandante Juan Downes;
9. *Keokuk*, comandante Alejandro C. Rhind.

De estos buques, siete eran monitores ordinarios del sistema Ericson, armados cada uno de dos cañones que lanzaban proyectiles de trece á treinta y cinco libras, siendo de advertir que el *Keokuk* tenia dos torres con cuatro cañones de diez y seis; el *New-Ironsides* era una fragata de siete cañones de veinte, y uno de treinta y dos. Además figuraban como reserva las cañoneras *Canandaigua*, *Unadilla*, *Housatonic*, *Wissahickon* y *Huron*, que apoyarian á los buques en el caso de que se atacaran las baterías de la isla de Morris.

No era esto demasiado seguramente para atacar una posicion tan formidable como la de Charleston, donde el general Beauregard habia aumentado considerablemente las fortificaciones tanto por mar como por tierra.

Aquí haremos una ligera digresion para describir el puerto y las obras de defensa últimamente construidas.

El puerto de Charleston está formado por una rada natural, en cuyo extremo se vierten, formando una sola corriente, las aguas de los ríos Cooper y Ashley, y en el punto que marca su confluencia se destaca graciosamente la ciudad de Charleston. Su situación topográfica entre aquellas dos grandes corrientes navegables, se asemeja un poco á la de Nueva-York; la rada cuyo diámetro medio será de unas tres millas, está formada por dos islas que parecen aproximarse una á otra como para unirse entre sí, y desde las cuales se ve una tercera con la cual podrian formar un agradable grupo. Estas tres islas son la de Sullivan y la de Moultrie, por la parte del Norte, y por la del Sur, la de Morris, que está tocando con la casi isla de Cumming. El espacio de mar que las separa es de media milla.

En el centro del canal, poco mas ó menos, y mas hácia la rada, se halla otra isla, estrecho arrecife sobre el que se ha construido el fuerte Sumter, á tres millas y media de la misma ciudad. La barra dista unas cinco millas de la isla, y el paso principal corre entre este fuerte y la casi isla de Moultrie; Sullivan y Morris parecen replegar sus puntos extremos dentro del paso, de modo que las dos isletas de Moultrie y Cumming presentan en algunos centenares de metros dos orillas casi paralelas y muy favorables para establecer baterías que se flanquean recíprocamente. Por lo que hace á las islas, tienen unas tres millas de longitud; son estrechas, bajas, arenosas hácia el mar y pantanosas en el interior, donde se encuentran lagunas y ríos cenagosos que convierten aquella region en un desierto muy difícil de atravesar. En la direccion de la alta mar, las dos islas últimamente citadas se enlazan con otras de la misma naturaleza, entre las que se distingue principalmente la isla Folly, conti-

nuacion de la de Morris, y en sentido inverso, es decir, hácia la rada, esta última está separada por una caleta y varios pantanos de la isla Jacobo, que parece avanzar hácia el fuerte Sumter formando dos puntas. Por último, á la entrada del río Cooper se halla otra pequeña isla con un antiguo fuerte llamado de Pinkney, muy bien situado para completar los fuegos en aquel punto y cruzarlos entre sí.

Los separatistas acababan de perfeccionar las antiguas obras en todos aquellos puntos construyendo otras nuevas: en la isla de Sullivan y el fuerte Moultrie, sólida construcción de ladrillo, donde podian colocarse cuarenta y ocho cañones, habíanse formado seis baterías, y mas cerca de la ciudad veíanse otras en los reductos de Cove, de Haddrell, de Mont-Plaisant, de Hog-Island y del fuerte Pinkney, en el que habia veinticuatro piezas. Por la parte de Ashley asomaban su negra boca los cañones de las baterías de Wappoo y de la isla Jacobo, así como tambien del fuerte Johnson, recientemente armado, y el nuevo fuerte Ripley, que se eleva en el centro de un islote.

En la isla Morris, el antiguo fuerte Wagner, rodeado de bastiones, habia sido agrandado, adicionándole otro nuevo conocido con el nombre de Gregg, y en la punta de Cumming acabábanse de establecer otras tres baterías.

En cuanto al fuerte Sumter, llave de la posición, nuestros lectores le conocen ya desde el bombardeo de 14 de abril de 1861, pero debemos advertir que el general Beauregard habia reforzado aquel pentágono inmenso con algunas obras blindadas y un nuevo armamento. Las dos series de casamatas contaban con ciento treinta y cinco piezas, entre las cuales habia ocho obuses y diez cañones de á cuarenta y dos; los demás

eran de treinta y dos y veinticuatro, y tambien habia algunos morteros.

Los separatistas tomaron tambien sus disposiciones para rechazar un ataque por tierra: la isla Jacobo quedó rodeada de una línea de baterías que dominaban las avenidas de aquel terreno pantanoso, cruzando sus fuegos con las de la isla de Morris, y por la parte del Oeste, la posicion se hallaba resguardada por las líneas naturales de defensa del rio Stono, cuyas aguas dominaba el fuerte Pemberton, sólida obra de tierra y troncos de árboles, que se acababa de construir en la orilla izquierda, á la vista de la via férrea y del antiguo camino de Savannah.

Tal era en resúmen la posicion de Charleston, en la cual tenia el general Beauregard en 1863 unas cuatrocientas piezas formadas en batería, defendidas por una guarnicion de veinte mil hombres. El centro ofrecia seguramente un desarrollo demasiado vasto, pues comprendiendo las lejanas baterías de las islas de Folly y de Sullivan, contaba nada menos que una distancia de treinta millas, con sus comunicaciones entrecortadas ó interrumpidas, y ya se comprenderá que semejante posicion debia ofrecer necesariamente numerosos puntos débiles para un sitiador que dispusiese de fuerzas combinadas de mar y tierra, grandes máquinas, y todos los medios auxiliares conocidos hasta el dia.

El dia 5 de abril, segun ya hemos indicado, se hallaba ya Dupont á la vista de

1863. Charleston, y acto continuo dictó sus disposiciones de ataque espidiendo la orden siguiente :

«Á bordo del buque almirante *Adger*, 5 de abril de 1863.

» El comandante Rhind, del *Keokuk*, se encargará de sondear la barra, auxiliado

por los pilotos de la escuadra, y se previene á los oficiales procedan con la mayor prudencia al atravesar aquella.

» Los buques se formarán en línea, segun el orden prescrito, avanzando á un cable de distancia.

» La escuadra pasará por el canal principal sin contestar al fuego de las baterías de la isla Morris, á menos que se dé la señal de comenzar la accion.

» Los buques romperán el fuego contra el fuerte Sumter cuando se hallen á tiro, tomando luego posicion hácia el Norte y el Oeste del fuerte, á la distancia de ochocientas á mil varas, y asimismo cuidarán de disparar con lentitud, apuntando siempre al centro de las baterías.

» Se previene á los oficiales encarguen muy en particular á sus subordinados que no prodiguen las municiones inútilmente, haciéndoles comprender que al hacer fuego es preferible la precision á la rapidez.

» Los buques se auxiliarán entre sí, teniendo siempre presentes las señales establecidas para efectuar los diversos movimientos.

» Después de la rendicion del fuerte Sumter, es probable que el primer punto de ataque sean las baterías de la isla Morris.

» Fuera de la barra se formará la escuadrilla de reserva, que deberá prestar su apoyo á los demás buques cuando recibiere orden de hacerlo.

» El almirante de la escuadra de bloqueo,

» *Dupont.*»

Sin entrar aquí á discutir el plan adoptado por el jefe de la escuadra en aquel ataque naval, y como las reglas fundamentales del arte militar son las mismas en mar que en tierra, nos permitiremos observar que al dirigir su primer ataque contra el fuerte Sumter á través de todas las baterías de las isle-

tas y bajo el fuego cruzado de los cañones de la rada, Dupont empezaba por el fin, ó mejor dicho, por lo mas difícil. Ahora bien; parécenos que hubiera sido mejor apagar antes del todo ó en parte los fuegos de las baterías avanzadas, utilizando las tropas de desembarco en el ataque del fuerte Sumter, cuyas baterías eran, á no dudarlo, mucho mas difíciles de tomar que las de la isleta ó punta de Cumming. Pero si Dupont prefería á estos preliminares, un poco lentos, otra estrategia inspirada acaso por su gran confianza en el valor de sus marinos y en sus poderosas máquinas, debió al menos informarse si sus adversarios no contaban con otros medios de defensa que pudieran competir con los que él iba á emplear en el ataque.

Durante todo el dia 5 una densa niebla impidió á la flota avanzar, pero el 6 se puso al fin en movimiento, franqueó felizmente la barra, y los buques fueron á echar el ancla á poca distancia del faro. Como la niebla era cada vez mas densa, se aplazó el ataque hasta el dia siguiente, y en efecto, el 7 de abril, cuando empezaba á subir la marea, el *Iron-sides*, en el que habia izado su pabellon el almirante Dupont, dió la señal de marcha, y toda la escuadra enfiló entonces las aguas del canal. Los hombres se mostraban serenos y resueltos en sus casamatas submarinas, y no se oía sino el ruido regular de las máquinas y las voces de mando de los jefes. En las obras defensivas de los separatistas reinaba el mismo silencio, y hubiérase dicho que estaban desiertas, á no ver ondear orgullosamente en el fuerte Sumter la bandera de los confederados. Poco despues vióse pasar toda la línea de monitores por delante de las primeras baterías, sin que en estas se notaran señales de vida, pero no debia pasar mucho tiempo sin que encontraran resistencia los federales. Á un kilómetro de

distancia del fuerte Sumter, y hácia la parte Noroeste, el *Weehawken* (*), que iba de avanzada, se vió detenido precisamente cuando se hallaba al alcance de las baterías del fuerte Moultrie, por varias obstrucciones y un torpedo que estalló á poca distancia. Este buque se vió precisado á suspender su marcha, y á consecuencia de este contratiempo, los que le seguian tuvieron que volverse y se desbarató la línea.

Aquel era el momento previsto por los confederados y que estos esperaban impacientes para romper el fuego. Á eso de las tres de la tarde, dos cañonazos del fuerte Moultrie dieron la señal, y en el mismo momento comenzaron á tronar con un estrépito espantoso todas las baterías de los fuertes y los cañones de los buques; una nube de proyectiles batía poco despues las olas, levantando montañas de espuma, y una densa humareda, rasgada á cada momento por fugitivos relámpagos, rodeó bien pronto á los combatientes. La escuadra federal, escalonada á unos ochocientos metros del fuerte Sumter, comenzó á sentir desde un principio los efectos de aquel fuego terrible; sus artilleros no podian apuntar con tanta precision como los del enemigo, y por otra parte no era posible acercarse mas á causa de las estacadas y demás obstrucciones que cerraban el paso á la cabeza de la columna. Los fuertes Sumter y Moultrie, contra los cuales dirigian principalmente sus tiros los unionistas, eran muy sólidos, y los proyectiles de los sitiadores no les causaban mucho daño, mientras que las balas de los confederados aumentaban á cada instante las ave-

(*) Este monitor llevaba una máquina nueva, llamada del Diablo, inventada por el capitán Ericson, que servia para hacer saltar las estacadas ú otras obstrucciones que pudieran detener la marcha. Esta máquina submarina suele colocarse en la proa del buque.

rías de los buques. Al poco tiempo comenzó á disminuir el fuego de la escuadra, mientras que el de los separatistas era cada vez mas nutrido por haber empezado á jugar la artillería rayada; el *Ironsides*, que se hallaba en último término para dirigir la acción, no podía utilizar sus piezas sin esponerse á tocar á los demás monitores, y por fin, á eso de las cuatro y media, viendo el almirante Dupont que varios de los buques estaban muy averiados y que prolongar la lucha seria inútil si no desastroso, dió la orden de retirada. Entonces se concentró la escuadra, atravesó la barra y ancló á poco en el mismo sitio de la víspera.

Los destrozos habian sido inmensos, pues aunque los artilleros separatistas habian recibido orden de Beauregard de no disparar con precipitación, á fin de apuntar lo mejor posible, contáronse, sin embargo, ciento sesenta cañonazos por minuto, y tanto es así que los jefes de la escuadra federal declararon todos á una que las enormes balas del enemigo caian alrededor de los buques y sobre las cubiertas con la misma rapidez que marca los segundos el minuterio de un reloj. El *Keokuk*, uno de los buques que mas avanzaron, estaba destrozado completamente, pues llegaron á caer sobre él noventa proyectiles, de los cuales diez y nueve dieron en el casco por debajo de la línea de flotación, mientras otros acribillaron las torres dejándolas completamente inútiles. Su comandante, el capitán Rhind, tuvo que acudir á las bombas para salvarse, y por espacio de media hora sufrió el espantoso fuego del enemigo sin poder lanzarle á su vez sino tres andanadas; al fin pudo retirarse este buque convertido en una criba, y al llegar á la costa de la isla de Morris, se hundió majestuosamente entre las olas, salvándose por fortuna los hombres de su tripulación.

El *Passaic* habia recibido veintisiete balazos, de los cuales dos destrozaron su torre, desmontando uno de sus cañones, que quedó inútil, y en el *Nahant* cayeron treinta proyectiles, con la particularidad de que uno, penetrando por la torre, llegó hasta la cámara del piloto, hirió á éste y al capitán y dejó muerto al contra maestre; el *Nantucket* recibió una docena de balazos: su torre torcida, uno de sus cañones inutilizado, y algunas de las portas hechas trizas, demostraban bien á las claras cuán certera habia sido la puntería de los confederados.

Los demás buques no estaban tan averiados, y podian hacerse á la mar perfectamente, si bien era preciso acudir á la reparación lo mas pronto posible: el *Catskill* recibió veinte balazos, uno de los cuales hizo astillas la mayor parte de la proa; sobre el *Paptasco* cayeron cincuenta y cinco proyectiles, pero solo sufrió averías el timon; el *Montauck*, aun cuando fué el buque que mas tiempo sostuvo el fuego, no estaba averiado á pesar de haberle tocado las balas quince veces, y por último en el *Ironsides* cayeron sesenta y seis proyectiles, uno de los cuales arrancó una de las lanchas sujetas al costado del buque, averiando algun tanto el casco por la popa. Por su parte las balas de los cañones federales habian abierto once brechas en el fuerte Sumter, algunas de las cuales eran de tres piés cuadrados de superficie.

Lo mas notable en aquel combate tan horroroso, en el que parecia presidir el genio de la destrucción, fué que el personal, tanto entre los unionistas como entre los confederados, sufrió muy pocas pérdidas: entre estos últimos se contaron solo diez bajas, y los primeros tuvieron treinta, con lo cual quedaba probada la utilidad de los buques blindados, pues lo mismo habia sucedido un mes antes en el ataque del fuerte Mc Allis-

ter. Los tres monitores *Passaic*, *Patapsco*, y *Nahant*, haciendo uso de algunos morteros, habian deteriorado tambien en gran manera los muros del fuerte, que tenian diez metros de espesor, pero no les fué posible por falta de puntería desmontar los cañones durante un bombardeo de siete horas, á mil doscientos metros de distancia.

El almirante Dupont deseaba renovar el ataque al dia siguiente, 8 de abril, mas al ver cuantas eran las averías de los buques y despues de celebrar un consejo de guerra, desistió de su proyecto, pues no era difícil convencerse de que la plaza no se podria tomar por un golpe de mano y que seria preciso proceder metódicamente con baterías aisladas, un suficiente número de tropas de desembarco y un gran tren de batir.

Como se comprenderá, el general Hunter nada tuvo que hacer en aquel primer ataque: solo contaba con cuatro mil hombres al mando del general Seymour, que fueron desembarcados en la isleta de Lighthouse, á fin de trasladarlos despues á la isla de Morris en el caso de ser necesaria la cooperacion de estas fuerzas, y aun suponiendo que los buques hubiesen forzado la entrada del puerto, nada habria podido hacer Hunter contra el ejército, tres veces mas numeroso, de Beauregard. Las tropas de tierra solo debian emplearse en una operacion combinada contra los puestos avanzados de la plaza, y como no hubo lugar á esto, no se justifican en modo alguno las censuras contra el general Hunter, que se vió precisado á limitarse al papel de mero espectador.

Poco despues de terminada aquella accion notable en que solo jugó la artillería, el general Hunter escribió una carta á Dupont, carta que no deja de tener su interés, por ser de un testigo ocular, y que por lo mismo nos permitiremos reproducir aquí:

«Cuartel general del Sur.

»AL ALMIRANTE DUPONT,

en el New-Ironsides, delante del fuerte Sumpter.

»Almirante: sin saber aun cuál ha sido el resultado de vuestro ataque de ayer, no puedo menos de felicitaros por el arrojo que ha demostrado la escuadra de que sois digno jefe.

»Reducido á ser mero espectador de ese combate grandioso, lo único que podia hacer en favor vuestro era invocar la proteccion del Altísimo, y creed que lo he hecho con todo mi corazon, tanto por vos como por esos bravos que con la mayor calma y serenidad han avanzado sin temor hasta ponerse al alcance de un fuego concéntrico tal como no se ha visto nunca en la historia de las guerras.

»Yo doy gracias á Dios porque hayais salido sano y salvo de ese terrible combate: confieso que cuando ví al *Weehawken* precipitarse el primero hácia el fuerte Sumter, arrostrando el fuego cruzado de las baterías, me faltó la respiracion hasta que se hubo disipado el humo, pues temia que no iban á quedar vestigios del pequeño buque que servia de blanco á los cañones del enemigo.

»Al avanzar el resto de la escuadra, esperimenté este mismo temor, que acreció de punto al ver al *Ironsides* y al reflexionar cuán sensible pérdida podia sufrir la patria en el caso de sucederos una desgracia.

»Sean cuales fueren los resultados de la lucha, doy gracias á la divina Providencia por haberos protegido. Un pais no puede sucumbir cuando cuenta con hombres capaces de arrostrar los peligros como lo hizo ayer vuestra escuadra.

»Deseando que Dios conserve vuestra vida muchos años, reconocedme, almirante, como vuestro mas afectísimo y respetuoso servidor.

»El mayor general, *Hunter*.»

À esta atenta y afectuosa carta contestó el almirante Dupont con la siguiente :

«En el buque almirante *Ironsides*.

»*Puerto de Charleston 8 de abril de 1863.*

»AL GENERAL HUNTER,

jefe del departamento del Sur delante de Charleston.

»General : recibo en este momento vuestra muy atenta carta: no necesitaba yo del combate que acaba de tener lugar para estar seguro de la sincera simpatía de que acabais de darme una nueva prueba, ni se me oculta tampoco cuál habrá sido vuestro sentimiento por no haber podido cooperar en este primer ataque.

»Haré leer vuestra carta en los buques de la escuadra á fin de que todos mis subordinados sepan, como yo lo sabia hacia ya tiempo, cuánto es el profundo afecto que me profesa el comandante en jefe del departamento del Sur.

»Soy, general, vuestro muy afectísimo y obediente servidor.

»El almirante, jefe de la escuadra, *Dupont.*»

Grande fué la impresion que produjo en el Norte la primera derrota de los federales delante de Charleston, pues se tenia tal confianza en los buques acorazados y en los poderosos proyectiles de la escuadra, que todos daban como segura la destruccion total de las obras defensivas y la pronta rendicion de la ciudad. El general Dupont, como la mayor parte de los viejos marinos, no era muy partidario de los buques blindados, y el mal éxito de aquel primer ataque contra Charleston le hizo aborrecer el nuevo sistema, sin reflexionar que con mil hombres y treinta cañones no era fácil apoderarse de un puerto que podia considerarse como el mejor fortificado del mundo y donde contaba el

enemigo con fuerzas diez veces mas numerosas que las de los federales.

Los unionistas, sin embargo, lejos de renunciar á sus proyectos contra Charleston, si bien desistiendo de un ataque á viva fuerza, comenzaron entonces á operar metódicamente, á fin de asegurar el éxito de la empresa en un segundo ataque.

Durante los meses de mayo y junio se llevaron á cabo algunas operaciones de poca importancia en las cercanías de Charleston, y por lo mismo no nos detendremos en referir aquí los detalles.

En 6 de julio el general Gillmore y el comodoro Dahlgreen reemplazaron en el mando á Hunter y á Dupont, y **1863.** apenas hecho este cambio, activáronse los preparativos de ataque contra el fuerte Sumter y Charleston, pero antes de dar cuenta de las operaciones que se emprendieron, párecenos oportuno entrar en algunos detalles.

Al encargarse del departamento del Sur, el general Gillmore solo encontró una fuerza de diez y siete mil cuatrocientos sesenta y tres hombres, incluso los oficiales, si bien eran la mayor parte tropas veteranas, de las que algun tiempo antes llegaron con Foster. Ahora bien, contando con la cooperacion naval, necesitábanse cuando menos veinte mil soldados para emprender las operaciones, y en caso de un ataque imprevisto, no habrian bastado acaso veinticinco mil, pues en aquella region tan hostil donde habia tantos puntos que guardar, hacíase preciso diseminar mucho las tropas, y por lo tanto no era posible concentrar mas que unos once mil hombres para tomar la ofensiva contra un punto dado. En el parque de artillería encontró Gillmore noventa y seis piezas de todos calibres y algunos morteros que, por ser demasiado grandes, no se podian utilizar entonces. No faltaba tampoco un buen

tren de campaña y abundantes municiones. Por lo demás, las fuerzas se hallaban en posesion de todas las islas que se hallan al Oeste de Stono, incluidas las de Seabrook y Folly.

El plan de Gillmore consistia principalmente en atacar por sorpresa la parte Sur de la isla de Morris, que, segun se sabia, estaba muy bien fortificada, y una vez tomado este punto, se estableceria en él un centro de operaciones contra el fuerte Wagner, que se halla al Norte de dicha isla, á dos mil seiscientas varas del fuerte Sumter, y con una fuerte guarnicion á las órdenes del coronel Keitt. Dueños de esta fortificacion los federales, levantarian baterías á una milla del Sumter y casi á tiro del mismo Charleston, y cuando se tratara de atacar este último fuerte, calculábase que los buques de la escuadra podrian forzar el paso á fin de quitar las obstrucciones del canal, y arrostrando el fuego de las baterías de las islas Jacobo y Sullivan, llegar hasta situarse frente á la ciudad. Á fin de distraer la atencion del enemigo é impedir una concentracion de sus fuerzas para defender la isla de Morris, cuya toma consideraba Gillmore como la parte mas dificil de su programa, se destacó al general Terry con algunas fuerzas, á fin de que remontara el Stono é hiciera una demostracion contra la isla Jacobo, mientras el coronel Higginson cruzaria el Edisto para cortar la via férrea é impedir así que el enemigo recibiera refuerzos de Savannah.

Este movimiento no dió ningun buen resultado, como no fuese distraer la atencion del enemigo. El coronel Higginson, con trescientos hombres y tres piezas, se embarcó en la cañonera *Juan Adams*, y seguido de **1863.** dos transportes, remontó el Edisto en 10 de julio, pero á dos millas del puente del camino de hierro se vió precisado á detenerse tanto tiempo á causa de unas

obstrucciones que cerraban el paso, que habiendo bajado la marea, embarrancaron los dos transportes muy cerca del puente, que estaba defendido por una batería de seis cañones. Higginson, completamente batido, tuvo que retirarse, quemando uno de sus barcos que no se pudo poner á flote, pero en cambio se llevó doscientos negros.

El general Terry fué mas afortunado, pues no solo distrajo la atencion del enemigo del verdadero punto peligroso, sino que consiguió que sacara una parte de sus fuerzas de la isla Morris, donde eran muy necesarias, para trasladarlas á la isla Jacobo, donde no hacian falta alguna.

La isla de Folly, especie de playa arenosa y estrecha que bordea la costa del Atlántico por la parte Sur de Charleston, se halla continuamente inundada por las mareas, así como las demás islas contiguas; pero en el interior se encuentra un espeso bosque, y elevadas colinas formadas con la arena del mar, que impiden se pueda observar esta isla desde la de Morris. Allí se hallaba el general Vogdes, que vigilaba con la mayor atencion, y habiéndole ido á reforzar á poco el general Saxton con una parte de sus tropas, levantóse inmediatamente una batería de cuarenta y siete piezas, mientras la division del general Terry, fuerte de cuatro mil hombres, y la brigada del general Strong, compuesta de dos mil quinientos, se trasladaban tambien á la isla de Folly, aprovechando la oscuridad de la noche, á fin de no ser observados por el enemigo.

El dia 8 de julio, y tomadas ya todas las disposiciones para el ataque, el general Terry remontó el Stono con tres **1863.** mil ochocientos hombres, y fué á situarse á poca distancia de las obras defensivas de la parte Sur del rio Jacobo; otros dos mil, á las órdenes del general Strong, se embarcaron

silenciosamente en la noche del 9 de julio en algunos botes que se tenían dispuestos en el rio Folly, y marcharon en direccion á la isleta Lighthouse, donde se emboscaron detrás de una espesura, mientras que las baterías de Vogdes, situadas en la punta Norte de la isla de Folly, rompian el fuego en la madrugada del 10 juntamente con los monitores *Catskill*, *Montauck*, *Nahant* y *Weehawken*, cuyos cañones no dejaron de prestar muy buen servicio en aquella ocasion.

Despues de dos horas de tiroteo, el general Strong dió la órden de desembarcar, sin hacer aprecio del nutrido fuego de fusilería que hacian los confederados, y á eso de las nueve de la mañana, los unionistas eran ya dueños de todas las baterías que tenia el enemigo en el extremo Sur de la isla de Morris. Una parte de las tropas avanzó entonces hasta situarse á un tiro de fusil del fuerte Wagner, pero era tan intenso el calor y tal la fatiga de los soldados, los cuales habian estado sobre las armas toda la noche, que se suspendieron las operaciones por aquel dia. Once cañones de grueso calibre y otra porcion de efectos de campaña fueron los trofeos de la victoria.

Á las cinco de la mañana del dia siguiente, el general Strong condujo á sus tropas al asalto del fuerte Wagner, pero al llegar al parapeto, los confederados rompieron un fuego tan vivísimo, que obligaron á los federales á retroceder con algunas pérdidas. Las operaciones que se hicieron en esta isla no costaron á Gillmore sino ciento cincuenta bajas, mientras los separatistas, segun el parte oficial de Beauregard, perdieron trescientos hombres.

Convencido entonces de que la fortaleza era mucho mas formidable de lo que parecia, y que solo podria tomarse estableciendo un sitio regular, Gillmore reflexionó luego que

el enemigo tenia en su mano concentrar siempre en aquel punto una fuerza mucho mas numerosa que aquella de que podian disponer los sitiadores. Por otra parte, la isla era tan estrecha que impedia á los sitiadores trabajar bajo los fuegos del fuerte, pero en cambio, como los sitiados no podian hacer salidas, poco importaba que recibieran refuerzos, pues si tomaban la ofensiva, esponíanse al fuego enfilado de los buques que protegía eficazmente á las tropas de desembarco.

En la madrugada del 16 de julio fué atacado el general Terry en la isla Jacobo por una numerosa fuerza de separatistas que acababa de llegar de Virginia, y que avanzó rápidamente con la esperanza de sorprender á los federales, pero Terry estaba alerta, y con el auxilio de las cañoneras consiguió rechazar al enemigo, causándole una pérdida de doscientos hombres, mientras él no tuvo sino cien bajas. Terry marchó entonces á la isla de Morris con objeto de tomar parte en el gran ataque que se proyectaba contra el fuerte Wagner.

El bombardeo debia haber empezado al amanecer del dia 18 de julio, pero una espantosa tormenta impidió que se terminasen los preparativos, y fué preciso suspender el ataque hasta las doce y media. Desde esta hora hasta el anochecer las baterías federales arrojaron una verdadera lluvia de fuego sobre la isla, mientras los cañones de los buques lanzaban sus mas pesados proyectiles, á pesar de que en los fuertes Wagner y Sumter no dejaba de jugar la artillería ni un solo instante. Una de las balas de los federales tronchó el asta de la bandera que ondeaba en el fuerte Wagner, pero inmediatamente se lanzaron diez ó doce hombres á colocarla; los cien cañones de las baterías unionistas tronaban sin cesar, arrojando contra el fuerte sus tremendos pro-

yectiles, que levantaban nubes de arena, con las cuales habia suficiente para ahogar á los soldados. Muchos creyeron que el fuerte no resistiria tan terrible bombardeo y que, diezmada la guarnicion, acabaria por entregarse, mas por desgracia, los que así pensaron pudieron convencerse de que habian incurrido en un grave error. La guarnicion se hallaba muy tranquila, y apenas devolvia un cañonazo por cada quinientos que se le disparaban, con lo cual dejábase conocer hasta la evidencia que el enemigo reservaba sus fuerzas y sus balas para el combate que, segun toda probabilidad, debia seguir al bombardeo.

Al declinar el dia, comenzó á disminuir poco á poco el fuego de los federales hasta que al fin cesó completamente, y entonces todos los buques, excepto el *Montauck*, volvieron á su anclaje. Poco despues estalló una tormenta, tan furiosa en la tierra como en el mar, y al fugitivo resplandor de los relámpagos, que de vez en cuando rasgaban la densa oscuridad de la noche, veíase galopar á los jefes unionistas, dando sus órdenes para el próximo combate.

Las tropas federales se formaron en tres brigadas al mando del general Strong, siendo de advertir que una de ellas se componia solo de negros, á las órdenes del jóven coronel Shaw, á quien profesaba la mas profunda amistad el jefe de las fuerzas, y que tenia los mayores deseos de probar que no en vano se habia llamado á los hombres de color, los cuales, tan bien como los blancos, sabian batirse en defensa de su pais y de sus libertades. Á instancias del jóven Shaw se concedió á éste el honor de que su brigada de negros avanzase al frente de la columna de ataque, y así lo hizo en efecto, hasta tomar posicion á poca distancia del fuerte, sufriendo el fuego de tres grandes cañones que no

cesaban de lanzar sus proyectiles sobre el enemigo. Cuando ya empezaba á declinar el dia, dióse la orden de avanzar al asalto; este debió haberse dado por la mañana, pero como las baterías no estaban aun corrientes, suspendióse hasta la noche, con tanta mas razon cuanto que el general Gillmore pensaba que la oscuridad le seria favorable para preservar en parte á sus tropas de los ciertos tiros de la artillería enemiga.

Apenas se hubieron puesto en marcha los federales, las baterías de los fuertes Wagner y Sumter, así como tambien las de la isleta de Cumming, rompieron un fuego espantoso, pero aunque la distancia que las tropas tenían que atravesar era casi de media milla, la columna llegó hasta cerca del foso sin haber experimentado grandes pérdidas. En aquel momento oyéronse las nutridas descargas de fusilería que barrían completamente el foso, y cuando ya los unionistas se preparaban para asaltar el parapeto, los soldados de la guarnicion comenzaron á lanzar sobre sus enemigos granadas de mano, que sembraron la muerte entre los sitiadores. Allí cayó sin vida el coronel Shaw; el general Strong, mortalmente herido, fué retirado del lugar del combate, despues de haber visto caer tambien heridos de gravedad á los coroneles Chatfield, Barton, Green, Jackson y otros varios oficiales distinguidos. El resto de esta brigada se vió pues en la precision de retirarse conducida por el mayor Plympton, y acto continuo avanzó la segunda, que, á las órdenes del coronel Putnam, iba á intentar lo que no habia podido conseguir la primera.

Entonces se renovó el combate, que á pesar de no haber durado sino media hora, fué encarnizado y sangriento, hasta que al fin vióse caer herido de muerte al coronel Putnam, así como tambien á otros muchos ofi-

ciales que le rodeaban, y diezmadas las filas de los unionistas, también tuvo que retirarse la segunda brigada para ponerse fuera del alcance de los cañones, mientras que la guarnición del fuerte Wagner, así como también la del fuerte Sumter, lanzaban un grito de triunfo, que atronando el espacio, dominó por un momento el estampido de los cañones.

En este tremendo ataque perdieron los federales mil quinientos hombres, mientras los separatistas solo tuvieron cien bajas, siendo de notar que apenas se hicieron prisioneros por una ni otra parte. En el campo de batalla se recogieron seiscientos cadáveres, entre los cuales se hallaba el del joven coronel Shaw, hijo del eminente filántropo que hacia ya muchos años se consagraba con sus servicios y sus bienes á la causa de la emancipación de los negros.

Es evidente que la desgraciada idea de haber querido aprovechar la oscuridad para llevar á cabo semejante empresa, fué la única causa del doloroso descalabro que sufrieron los federales en la noche fatal del 18 de julio. Si el ataque se hubiese dado durante el día, de presumir es que las valerosas tropas que avanzaron hasta las mismas líneas de defensa habrían podido batirse mejor, y acaso el sacrificio de tantas víctimas hubiera sido más útil. El jefe de las fuerzas federales no conocía bien seguramente cuánta era la fuerza efectiva del fuerte Wagner en lo tocante á su posición, su armamento y el valor de las tropas que le guarnecían.

El general Gillmore hubo, pues, de renunciar á posesionarse de la posición enemiga por medio de un golpe de mano, y en su consecuencia resolvió hacer sus preparativos para establecer un sitio formal, á cuyo efecto dispuso se abriesen desde luego las paralelas, pero entre las dificultades con que se tropezaba para esto, una de ellas, y no la más

pequeña, era la estrechez de la lengua de tierra donde debían ejecutarse los trabajos de sitio, tanto más cuanto que el fuerte ocupaba toda la latitud de la isla. La circunstancia de que las baterías del fuerte Sumter, de la isleta de Cumming y de la isla Jacobo podían cruzar sus fuegos, complicaba el problema, y además de esto, era preciso tener en cuenta que la guarnición podía recibir, cuando los necesitase, refuerzos de Charleston, mientras que los sitiadores se hallaban espuestos á verse atacados de improviso por una fuerza dos á tres veces más numerosa.

Cinco días después de la dolorosa derrota del día 18, los federales habían construido ya una fuerte empalizada de doscientas varas de extensión, reforzándola por todos los medios que el arte aconseja, y también se acababa de abrir la primera paralela, donde se colocaron ocho piezas de batir y diez morteros de sitio. En 23 de julio, se abrió la segunda paralela á seiscientas varas de distancia de la primera, y en ella se situaron pesadas baterías, cuyos cañones se asestaron á los fuertes Wagner y Sumter. Á la primera paralela se llevaron después algunas piezas de á cien y de doscientos, de cuyo manejo se encargó el capitán Foxhall. Entre tanto habíase roto el fuego en la segunda paralela, á la distancia de dos millas del fuerte, cuya primera prueba costó la vida á Rodgers, comandante del *Catskill*, y poco después se situaron otras baterías á la izquierda del fuerte Sumter, las cuales contribuyeron en gran manera á vigorizar el bombardeo.

Todos estos enojosos y difíciles trabajos se hicieron, como es de suponer, aprovechando la oscuridad de la noche, lo cual no impidió que el enemigo dejara de hacer fuego, si bien no le era posible hacer tan bien la puntería. Difícil es formarse una idea de las molestias

1863.

que causaba arrastrar los cañones á través de aquel mar de arena, que ponía á prueba el valor y la resignacion de los soldados.

El general Gillmore habia resuelto establecer una batería cerca de un pantano que se encuentra al Oeste de la isla de Morris, desde cuyo punto parecíale que las balas alcanzarían á los buques estacionados en el puerto de Charleston, y al efecto dispuso que el coronel Serrell hiciera un reconocimiento á fin de ver si esto seria practicable. El pantano en cuestion estaba formado por una capa de lodo blando y negruzco, de diez y seis á diez y ocho piés de profundidad, cruzado por algunas corrientes, y que se cubria enteramente de agua al subir la marea, pero esto no ofrecia un grave obstáculo, y poco mas allá, en un punto que se halla entre las islas de Morris y Jacobo, á cinco millas del último límite de Charleston, establecióse, una vez terminados los trabajos preparatorios, lo que se llamó la *Bateria del Pantano*, protegida por un parapeto de sacos de arena, y que se consideró podría contribuir eficazmente al buen éxito del bombardeo.

Cuando todo estuvo corriente, es decir, el dia 17 de agosto, doce baterías de cañones de grueso calibre rompieron á la vez el fuego sobre los fuertes Sumter, Wagner y la isleta de Cumming, siendo de tres mil cuatrocientas veintiocho á cuatro mil doscientas noventa varas la distancia que separaba á los federales de dichos puntos. En las baterías de la segunda paralela, como mas espuestas á la artillería del fuerte Wagner, fué preciso suspender el fuego, aun cuando los buques de la escuadra prestaban un eficaz auxilio, y un fuerte viento Norte, que estuvo soplando por espacio de dos dias, fué causa de que no padeciera mucho el fuerte Sumter, en el cual los separatistas reemplazaban inmediatamente los sacos de arena

que caian con otros nuevos. Sin embargo, Gillmore dispuso que cesara el fuego del dia 23, porque consideraba, segun manifestó al mismo Halleck, que el fuerte Sumter no podía ya calificarse de obra defensiva, en razon á que se hallaba en parte demolido, desmontados algunos de sus cañones y reducidas las murallas á un monton de ruinas. Así, pues, nada podía impedir por aquella parte que se activaran las operaciones contra el fuerte Wagner: Gillmore queria que los buques forzaran el paso á fin de penetrar en el puerto, donde, en su concepto, no se podría ya oponer resistencia, pero Dahlgren no fué de este parecer, y se desistió del proyecto.

El dia 21, el general Gillmore envió un mensaje al general Beauregard, previniéndole que si los confederados no evacuaban en el término de cuatro horas la isla de Morris y el fuerte Sumter, comenzaria á bombardear á Charleston, pero como no recibiese respuesta al cabo de catorce horas, dió orden de romper el fuego con la *Bateria del Pantano*, y poco despues algunas bombas incendiarias de doscientas libras fueron á sembrar el terror en el centro de la ciudad, cuyos habitantes se entregaban al sueño. Llegada la noche, cayeron en las calles de Charleston otros quince ó veinte proyectiles.

Á las pocas horas, el general Gillmore recibió una protesta del general Beauregard, el cual calificaba de barbarie aquel bombardeo que ponía en peligro las vidas de los ancianos, de los enfermos, de las mujeres y de los niños, sin que se espusieran en lo mas mínimo los combatientes. Beauregard manifestaba además que estaba ausente de la plaza cuando llegó la intimacion; que esta no estaba tampoco autorizada con la firma, ni era posible comunicarse por escrito en menos de cuatro horas; que en semejantes casos se conceden generalmente tres dias de plazo,

y por último, que no evacuaria los fuertes, y que si se bombardeaba la ciudad, estaba dispuesto á recurrir á las represalias.

El general Gillmore no tardó en contestar, manifestando entre otras cosas que si en la intimacion faltaba la firma, este olvido involuntario carecia de importancia, puesto que el documento fué entregado por un oficial del estado mayor, y que si Beauregard estaba ausente y no habia persona que lo reemplazase, era esta una circunstancia desgraciada para la ciudad de Charleston, pero de que no se podia considerar responsable al jefe unionista. Gillmore terminaba diciendo que al general en jefe de Charleston era á quien tocaba proveer á la seguridad de los habitantes.

Este razonamiento era concluyente, pero el general Gillmore quiso mostrarse cortés, y advirtió que volveria á comenzar el bombardeo el dia 23, á las once de la mañana, es decir, dos dias despues de haberse hecho la intimacion.

Terminado este plazo, y á consecuencia de una furiosa tempestad, subieron las mareas de tal modo, que inundaron completamente los parapetos destruyendo las paralelas, pero se abrió inmediatamente otra á trescientas varas del fuerte Wagner, y solo á ciento de una colina desde la que los tiradores separatistas habian molestado mucho á los federales mientras estos se ocupaban en los trabajos de sitio. El general Terry recibió orden de apoderarse de dicha colina á viva fuerza, y habiéndolo conseguido, abrióse la quinta paralela á doscientas cuarenta varas del fuerte Wagner. El terreno en aquel punto es el que tiene menos estension, y al mismo tiempo el mas bajo de la isla; formábase solo una lengua de tierra de veinticinco varas de longitud y dos piés de altura, barrida continuamente por las olas cuando el mar estaba un

poco agitado. Al amanecer del día 27, no obstante, habiase construido una fuerte trinchera que solo distaba cien varas de las líneas defensivas del enemigo, pero entonces los federales se vieron obligados á detenerse nuevamente.

El fuego concéntrico del fuerte Warren barria en toda su estension la estrecha lengua de tierra, cruzándose con las baterías de la isla Jacobo, y por lo tanto, continuar durante el dia los trabajos de zapa era esponer á los soldados á una muerte segura, siendo igualmente peligroso hacerlo por la noche.

En su consecuencia, el general Gillmore resolvió hacer cuanto fuera posible para apagar los fuegos del fuerte, á cuyo efecto mandó que se colocaran en las paralelas y en las trincheras todos los morteros de que se pudiera echar mano, y asimismo los cañones rayados de las baterías de brecha; además de esto hizo preparar grandes fanales de luz de calcio, que tenian la doble ventaja de disipar las tinieblas y deslumbrar con su resplandor al enemigo, dejando en la oscuridad las posiciones federales. Toda la escuadra debia tomar parte en este último esfuerzo, principalmente el *New-Ironsides*, que montaba cañones cuya boca media once pulgadas.

Terminados todos los preparativos, en la madrugada del 5 de setiembre, comenzó de nuevo el bombardeo, que duró cuarenta y dos horas, ofreciendo, segun dice el general Gillmore, un espectáculo de grandiosa sublimidad. Diez y ocho morteros de sitio del sistema Coehorn, lanzaban sin interrupcion sus bombas por encima de las cabezas de los zapadores y de las demás tropas que estaban en las trincheras; trece cañones arrojaban balas de ciento, doscientas y trescientas libras contra el ángulo Sudoeste del fuerte, y el *Ironsides*, con los ocho monitores que le acompañaban, batia la fachada que daba al

mar. Durante la noche, las luces de calcio prestaron muy buenos servicios, iluminando la posicion enemiga hasta en sus menores detalles, y como á las tres ó cuatro horas se hubiese conseguido apagar en parte los fuegos del fuerte, donde no se notaban señales de vida porque la guarnicion acababa de refugiarse en la plaza de armas, los zapadores federales aprovecharon la oportunidad para avanzar sus trabajos. Solo las baterías de la isla Jacobo podian ya molestar á las tropas, pero poco despues cesaron tambien el fuego, y entonces nada se opuso á que los trabajadores de las trincheras terminaran su penoso servicio sin ser inquietados. El dia 6, coronaron por fin la contraescarpa del flancó izquierdo del bastion del Este, y entonces se dió la órden de asalto para el dia siguiente.

Habíase señalado la hora de las nueve de la mañana, y llegado el momento, Gillmore dispuso que el general Terry se encargara del mando de las tropas, las cuales se formaron en tres columnas: la primera, compuesta de dos regimientos de hombres escogidos, desembocaria por las trincheras mas avanzadas, á fin de escalar el parapeto y clavar los cañones; la segunda, que no tenia sino una brigada, recibió órden de atacar el fuerte por uno de sus flancos, y la tercera, asaltando por la fachada del Norte, se situaria frente á la batería Gregg, cubriéndose con una estensa línea de tiradores. Asimismo se dispuso que la artillería continuara el fuego hasta que las tropas hubiesen llegado al parapeto.

Segun vemos, el general Gillmore deseaba apoderarse del fuerte con toda su guarnicion, y al efecto habia tomado perfectamente sus disposiciones, pero los confederados dejaron el problema en suspenso, pues tan pronto como vieron que no habia medio de evitar el asalto, emprendieron la retirada

que ya tenian dispuesta desde mucho tiempo antes, y tal fué su celeridad, que los federales solo cogieron setenta prisioneros, diez y ocho cañones de grueso calibre en el fuerte Wagner, y siete en la batería Gregg. Estos fueron los únicos trofeos de la victoria, y es de advertir que á pesar de haberse lanzado contra el fuerte Wagner tres mil proyectiles que representaban ciento veintidos mil trescientas libras de metal, solo se encontraron inútiles tres piezas de las que se cogieron. En aquella ocasion se demostró palpablemente que los sacos de arena tienen una resistencia que escede en mucho á la del ladrillo ó de la piedra, aun cuando se trate de proyectiles tan enormes como los que se emplearon en aquella guerra.

En la noche del 8 de setiembre, una flotilla de veinticinco á treinta chalupas, de la escuadra del almirante Dahlgren, conducida por el comandante Stephens, del *Patapsco*, trató de apoderarse del fuerte Sumter por asalto. Como el jefe de la escuadra no habia comunicado á nadie su proyecto, es el caso que el general Gillmore, que tenia á su disposicion algunos barcos, comenzó á organizar al mismo tiempo una expedicion semejante por su propia cuenta, y de aquí resultó cierta desavenencia entre ambos jefes, que se dejaron llevar de una deplorable rivalidad mas bien que de una patriótica emulacion. Gillmore manifestó á Dahlgren, que seria mejor asociar las dos expediciones de cuyo mando deseaba encargarse, pero el almirante exigió, no sin razon, que se nombrase jefe al oficial mas antiguo de la escuadra, puesto que se trataba de un combate naval. Arregladas estas diferencias, marchó al fin la flotilla, y cuando estuvo delante del fuerte, desembarcaron algunas fuerzas que, al mando del comandante Williams, se acercaron al parapeto con

1863.

objeto de escalarle. Esto, sin embargo, no era tan fácil como se creyó en un principio, tanto mas cuanto que la guarnicion, al mando del mayor Elliot, estaba muy alerta, pues en el mismo momento de acercarse los espedicionarios, comenzaron á jugar las baterías que aun quedaban útiles, mientras los soldados lanzaban granadas de mano. Al cabo de un cuarto de hora, los tres primeros botes de los espedicionarios fueron destrozados completamente, y cuantos habian saltado á tierra para acometer el fuerte, es decir, unos doscientos hombres, quedaron muertos, heridos ó prisioneros. El resto de las tropas emprendió entonces la retirada sin que el enemigo tratase de impedirlo. Los defensores del fuerte no sufrieron pérdida alguna.

Los proyectiles lanzados por la *Bateria del Pantano* no llegaron á causar por fortuna daño alguno á los habitantes de Charleston, aunque habian estallado algunas bombas en la parte baja de la ciudad, y aquí diremos de paso que uno de los cañones de dicha bateria, que se cargaba con diez y seis libras de pólvora, y que lanzaba proyectiles de ciento cincuenta libras, reventó á los treinta y seis disparos, precisamente cuando el fuerte Wagner y la bateria Gregg se hallaban ya en poder de los federales, que sin pérdida de tiempo hicieron las reparaciones necesarias, fortificando de una manera formidable aquella parte de la isla. Algunos de los principales edificios de Charleston quedaron no obstante muy deteriorados, y por esto, sin duda, muchos que temieron ser víctimas del bombardeo, abandonaron la ciudad para trasladarse á otra, ó quedarse en los alrededores.

Entre tanto el fuerte Sumter, aunque en realidad no podia considerarse sino como un volcan, era un volcan dormido: sus cañones estaban desmontados, su guarnicion

oculta en lo mas recóndito, y solo cuando se supo que los confederados trataban de reparar las baterías, dispuso el general Gillmore que se rompiese el fuego contra el fuerte Sumter y la bateria Gregg. El dia **1863.** 26 de octubre comenzó pues de nuevo el bombardeo, y al poco tiempo, el famoso fuerte Sumter no era ya mas que un monton de ruinas, que iban cayendo poco á poco al mar. Desde aquel momento solo una bateria de la isla de Cumming continuó haciendo un fuego regular por espacio de algunas semanas, hasta que al fin se dió orden de que cesara aquel para dirigir en adelante todos los ataques contra Charleston. En el primer bombardeo se lanzaron contra el fuerte Sumter cinco mil nueve proyectiles que representaban un peso de unas quinientas cincuenta mil libras, siendo de advertir que la mitad de aquellos, cuando menos, dieron en el blanco, causando mas ó menos daño. No es de estrañar, pues, que al romperse el fuego por segunda vez contra este punto quedara á poco reducido el fuerte Sumter, á un informe monton de ruinas que se iban desmoronando lentamente.

El otoño y el invierno siguientes trascurrieron sin que se emprendieran otras operaciones decisivas contra Charleston: llegada la primavera, el general Gillmore recibió orden de incorporarse al ejército de Virginia, y le reemplazó otro jefe en el departamento de la Carolina del Sur.

En la Carolina del Norte no ocurría entre tanto ningun acontecimiento de importancia: el general Hill habia tratado de apoderarse de Newbern, y en 14 de marzo atacó **1863.** con algunas fuerzas y veinte cañones una obra defensiva que se halla al Norte del Neuse, pero la resistencia fué tan vigorosa, que los separatistas hubieron de retirarse, sufriendo algunas pérdidas.

En 30 de marzo, Hill atacó el fuerte Washington despues de haber levantado algunas baterías en la isleta de Rodman, punto que dominaba una gran estension del rio Pamlico. El general Foster, que acababa de llegar, contaba con una guarnicion de mil doscientos hombres, dos cañoneras y un transporte armado, á las órdenes del comandante Renshaw, y aunque se calculaba que el cuerpo de ejército de Hill constaria lo menos de veinte mil hombres y cincuenta cañones, como este jefe dejó pasar tres dias sin acometer, los federales pudieron aprovechar este tiempo para fortificarse de una manera formidable, perfeccionando sus líneas de defensa. Cuando Hill hubo terminado sus preparativos, estableció un sitio en regla, situando sus cañones en las diversas eminencias que dominaban la ciudad, y una batería en la Punta de Rodman, cuya posicion permitia á los confederados cañonear á la ciudad impunemente.

Foster trató de desalojar al enemigo de aquel punto, pero fué rechazado dos veces consecutivas y al fin tuvo que desistir de su empeño. El general Hill rompió el fuego con catorce cañones contra el fuerte Washington, y este bombardeo duró doce dias, al cabo de los cuales habian agotado ya sus municiones los unionistas, mas habiendo llegado entre tanto una flotilla de cañoneras con un refuerzo de tres mil hombres al mando del general Enrique Price, Foster ordenó á éste que marchara á tomar la batería enemiga, lo cual rehusó aquel alegando que era imposible.

Por fin, el 12 de abril llegó el capitán Hall, procedente de Rhode-Island, con refuerzo de tropas y municiones, y entonces Foster **1863.** marchó á Newbern, se puso á la cabeza de los siete mil hombres que á las

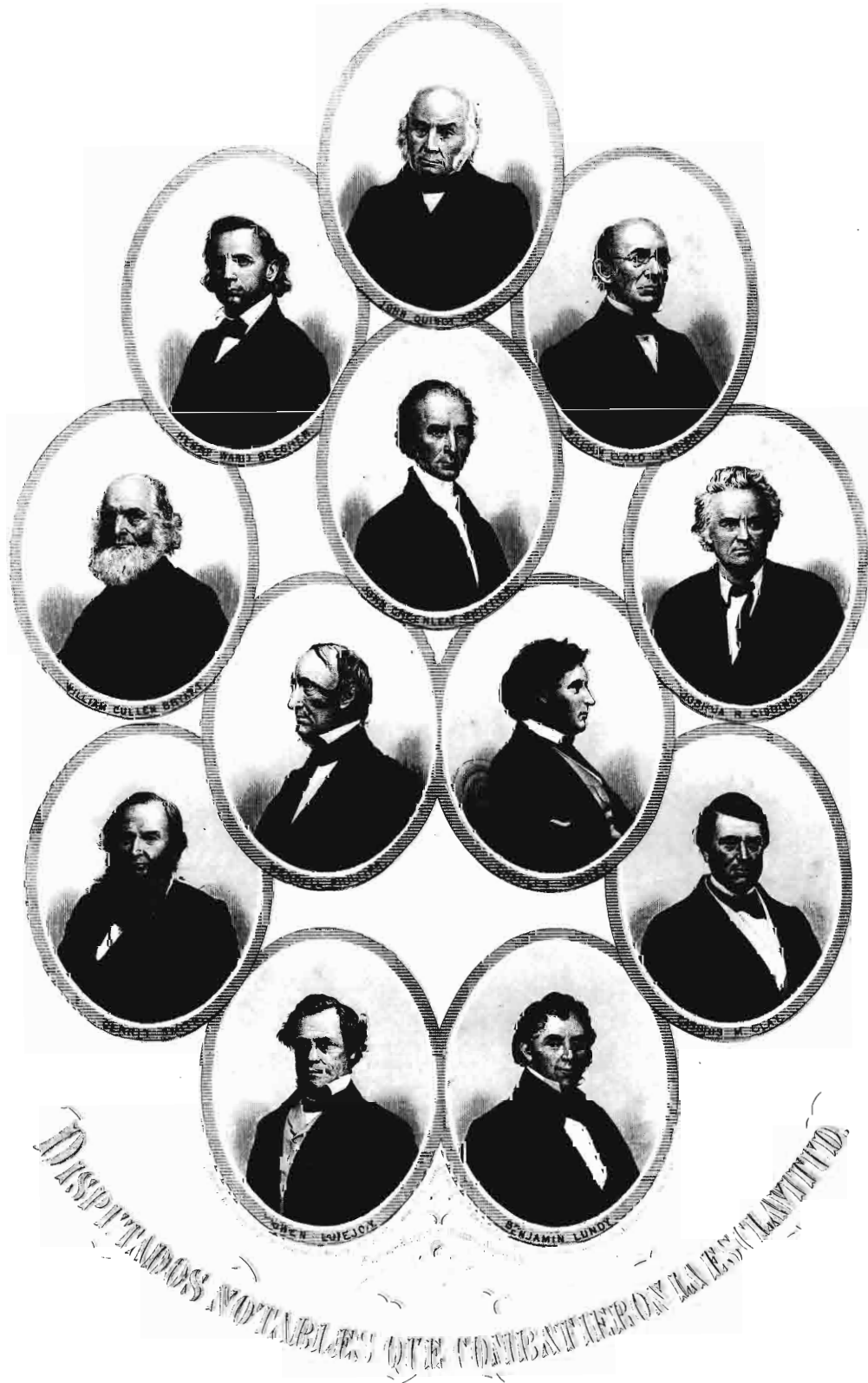
órdenes del general Palmer se hallaban en dicho punto, y uniendo á estos los tres mil de Price, atacó la posicion del enemigo en la Punta de Rodman, y consiguió desalojarle despues de un breve combate. El general Foster quiso luego perseguir á Hill, pero éste se hallaba ya demasiado lejos, y conociéndolo así el jefe unionista, desistió de su empeño. Ya se comprenderá por esto que el haberse supuesto que Hill tenia á su disposicion veinte mil hombres no pasaba de ser un error.

Poco tiempo despues organizóse una expedicion compuesta de tres regimientos á las órdenes del coronel Jones, con el objeto de apoderarse de un puesto militar que habia en Gum Swamp, á ocho millas de Kingston. El resultado fué al principio satisfactorio, atendido que se cogieron ciento sesenta y cinco prisioneros, pero el enemigo atacó luego á los federales, causándoles sensibles pérdidas, pues entre los muertos se contaba el coronel Jones.

Algunos dias mas tarde, partieron otras dos expediciones con objeto de emprender una correría que dió por resultado destruir algunas vias férreas y causar otros desperfectos de mas ó menos importancia.

El dia 13 de julio recibió el general Foster orden de trasladarse al fuerte Monroe, y ya no ocurrió ningun **1863.** hecho notable hasta que se encargó del mando el general Butler en reemplazo de aquel jefe.

Hemos dado cuenta de los principales acontecimientos de la guerra que tuvieron lugar en 1863, y llegados aquí, parécnos oportuno consagrar el capitulo siguiente á examinar la situacion interior del pais, agitado tambien por las luchas políticas en que tomaban parte todos los partidos.



CAPÍTULO XVIII.

1862—1864.

LA ESCLAVITUD.—LA EMANCIPACION DE LOS ESCLAVOS.

Opiniones del Gobierno sobre la esclavitud.—La orden del general Fremont.—Carta del Presidente.—Informe del Secretario de la Guerra Mr. Cameron.—Rectificacion del Presidente.—Carta de Mr. Horacio Greeley.—Contestacion de Mr. Lincoln.—La diputacion de Chicago es admitida en audiencia por el Presidente.—Proclama de Abraham Lincoln.—Causas á que se achacó su aparicion.—Segunda proclama del Presidente.—Emancipacion de los esclavos.—Proposicion de Mr. Lincoln.—Debates.—Se aprueba el *bill* de compensaciones.—El *bill* de Mr. Arnold.—Discusion violenta.—El *bill* de confiscacion.—La oposicion democrática.—El discurso de Juan Law.—Aprobacion del *bill* definitivo.—Educacion de los negros.—Se aprueba el *bill* de Mr. Grimes con la enmienda propuesta por Mr. Wilson.—Los negros admitidos en el ejército de la Union.—El general Hunter ordena su reclutamiento.—Interpelacion del gobernador Wickliffe.—Respuesta del general Hunter.—Se autoriza á Saxton para que arme á los negros.—El general Phelps propone su admision en el ejército.—Decreto de Jefferson Davis.—El Congreso XXXVIII.—Se aprueba el alistamiento de los negros.—Censura de los demócratas.—El gobernador Andrew organiza dos regimientos.—Nueva-York se adhiere al proyecto.—Beauregard y Jefferson Davis condenan la admision de negros en el ejército federal.—El Congreso Confederado impone la pena de muerte á los esclavos que hagan armas contra el Sur.—El Presidente Lincoln resuelve ejercer represalias.—Su orden general.—Preocupaciones contra la raza negra.—Reclutamientos.—Sus servicios y cualidades.

Al estallar la guerra civil, los hombres de la Union abrigaban la esperanza de terminarla felizmente sin alterar en lo mas mínimo los principios fundamentales que invocaban los defensores de la esclavitud, y Mr. Lincoln, mas que ninguno, mostrábase ansioso por obtener este resultado, sobre todo al ver la actitud vacilante de alguno de los Estados esclavos, especialmente de Kentucky, al que deseaba atraer á la causa de la Union por lo mismo que parecia inclinarse en favor del Sur. Tanto es así, que Mr. Seward, en un despacho dirigido á Mr. Dayton, nuevo ministro de la Union en la corte de Francia, le decia, entre otras cosas, que la guerra civil no tenia razon de ser, y que era inútil é irracional toda vez que los territorios permianecerian en el mismo Estado, fuera cual

fuese el resultado de la lucha, y que lo mismo sucederia con la esclavitud, pues los derechos de los Estados y de sus habitantes quedarian sujetos á las mismas leyes y formas de la administracion, sin que se alterasen en nada sus costumbres, sus hábitos y sus instituciones.

Todos los jefes y oficiales del ejército regular, que habian sido alumnos de West Point, abundaban en las mismas opiniones respecto á la esclavitud, como lo probó su conducta al encargarse de los respectivos mandos que se les confirió en el ejército. Solo los oficiales voluntarios fueron los que no consideraron la cuestion de la esclavitud bajo el mismo punto de vista, bien es verdad que en la sucesiva marcha de los acontecimientos de la guerra, ocurrieron diversos

casos con los esclavos que corrian á refugiarse en las líneas de los federales, casos que comenzaron luego á repetirse con tal frecuencia, que obligaron á Butler y otros jefes á dirigir consultas al Gobierno para averiguar cómo se debería proceder con los fugitivos.

Poco despues de la batalla de Bull-Run, y cuando se hubo reunido el Congreso, la opinion pública sabia ya á qué atenerse respecto á la cuestion de la esclavitud, pero iban surgiendo dificultades á cada paso y era preciso que el Gobierno adoptase alguna medida para que todos supieran de una vez á qué atenerse en tan importante punto. La orden espedita algun tiempo antes por el general Fremont, jefe del departamento militar de Missouri, en la que prevenia, «que los bienes y propiedades de toda clase de habitantes de dicho Estado, que hicieran armas contra la Union, ó tomasen una parte activa con los enemigos, quedarian confiscados para el uso público,» habia obligado al Presidente á escribir á dicho jefe, manifestándole que era preciso retirar ó modificar dicha orden por no estar conforme con el acta del Congreso aprobada en 6 de agosto de 1861; pero como los casos de esta naturaleza se repetian con mucha frecuencia, deseaba Mr. Lincoln adoptar cuanto antes una resolucion á fin de que los jefes no se estralimitaran de sus atribuciones; ni tuviesen tampoco que hacer consultas á cada paso.

El general Cameron, Secretario de la Guerra, era uno de los que insistian con mas empeño en reconocer que la esclavitud podia considerarse como el mayor enemigo de la Union, y que por lo tanto se la debia combatir sin tregua. En el informe anual que habia dirigido al Presidente algun tiempo antes, alegaba poderosas razones en apoyo de su aserto, y decia entre otras cosas lo siguiente :

«Inútil será para el Gobierno continuar la guerra ó abrigar la esperanza de combatir á sus enemigos, si no hace uso de todos los medios legales que estén á su alcance. El derecho de apoderarse de los esclavos es tan legítimo como el de tomar forraje en el campo, algodon en los almacenes, ó armas en las fábricas, pues dejar al enemigo en posesion de todo eso seria una insigne locura, como lo es tambien respetar sus esclavos, que les sirven mucho mas que el forraje, el algodon y otros efectos. Semejante política seria un verdadero suicidio nacional. Lo que ha de hacerse con los esclavos, es una cuestion que el tiempo ha de resolver, y lo único que puede asegurarse por ahora, es que el Gobierno deberá dejarlos en libertad mas tarde ó mas temprano, pues seria inútil conservarlos como prisioneros de guerra. El espíritu de propia conservacion impone al Gobierno el deber de emplear á los esclavos del modo mas conveniente para reprimir la insurreccion, restableciendo la autoridad de aquel, y si se llegare á probar que esos esclavos son capaces de tomar las armas á fin de prestar sus servicios en el ejército, convendrá equiparlos y disciplinarlos para reforzar nuestras filas.

»De todos modos, y hágase lo que quiera de ellos, claro está que el Gobierno no debe permitir que sigan por mas tiempo reducidos á la servidumbre forzosa, pues el esclavo del amo rebelde que presta sus servicios en favor de una justa causa, adquiere un título para que se le ponga en libertad y se le proteja.»

Mr. Lincoln examinó detenidamente este informe, y antes de presentarlo, sustituyó la última parte con el siguiente párrafo :

«Es una cuestion grave el resolver lo que deberá hacerse con esos esclavos abandonados por sus amos, pues su número va siendo

ya muy considerable, y es de presumir que lo será aun mucho mas. ¿Qué ha de hacerse con ellos? Entregarlos á sus amos para que luego se armasen contra nosotros y adquiriera así mayores proporciones la rebelion, no seria equitativo ni justo, tanto mas cuanto que podriamos utilizar sus servicios, disminuir así los recursos de nuestros enemigos y combatir con mas ventaja las tendencias á la insurreccion.

»El Congreso, en su superior inteligencia y sabiduría, podrá resolver, una vez terminada la guerra, lo que debe hacerse con los esclavos de los rebeldes, y es seguro que los representantes del pueblo defenderán los derechos que confiere la Constitucion del pais á los propietarios que hayan permanecido fieles al Gobierno.»

El dia 19 de agosto, Mr. Horacio Greeley escribió una estensa carta al Presidente manifestándole, entre otras cosas, que
1862. cuanto mas tiempo se tardara en atacar de frente á la esclavitud, mas se prolongaria la lucha y aumentarían los peligros para la Union, y que si no se adoptaba el medio de utilizar los servicios que podian prestar los negros durante la guerra, seria muy difícil combatir á los enemigos del Gobierno, que no dejaban de contar con poderosos elementos.

Contra lo que se esperaba, el Presidente contestó á la carta de Mr. Greeley con otra muy atenta, y sin duda con el objeto de dar á conocer sus opiniones sobre la grave cuestion que se debatía, espresándose en los siguientes términos:

«Muy señor mio: Acabo de leer vuestra carta de 19 del corriente agosto, que me habeis dirigido por conducto del *New-York Tribune*. No es mi ánimo dejar á ninguno en duda acerca de la política que me pro-

pongo seguir; mi deseo es salvar á la Union sin faltar á los principios constitucionales, y podeis estar seguro de que cuanto antes se restablezca la autoridad nacional, antes se conseguirá el objeto apetecido.

»Hay algunos que quieren conservar la Union respetando la esclavitud al mismo tiempo, y no falta quien desea desaparezcan ambas cosas si ha de faltar una de ellas, pero yo no soy de ese modo de pensar. *Mi principal objeto es conservar la Union sin atacar ni proteger la esclavitud.*

»Todo lo que yo hago en la cuestion que nos ocupa, lo hago porque creo que favorece nuestra causa, y cuando no consiento alguna cosa, es porque me parece que no redundará en beneficio de aquella.

»Trataré de corregir los errores cuando los reconozca como tales, y adoptaré nuevas medidas cuando en mi juicio sean mas oportunas para conseguir el fin.

»Os he dicho cuáles son mis opiniones, y ahora solo me resta añadir que yo desearia que todos los hombres fuesen libres.

»Vuestro afectísimo,

»*Abraham Lincoln.*»

Pocos dias despues fué á visitar al Presidente una diputacion de Chicago é Illinois, cuyo único objeto era recomendar con la mayor eficacia á Mr. Lincoln que adoptara una vigorosa política de emancipacion, alegando que esta haria muy buen efecto en Europa, y justificaria las medidas que se tomaran para proteger á los oprimidos y sofocar cuanto antes la rebelion. Mr. Lincoln recibió á los comisionados con la mayor benevolencia, dirigiéndoles un breve discurso que terminaba con estas palabras:

«Graves dificultades me han impedido hasta aquí obrar tal como deseais, y si bien no he resuelto aun publicar una proclama de-

clarando libres á los esclavos, es porque me parece indispensable estudiar muy detenidamente este asunto. Puedo aseguraros, no obstante, que me ocupo de él dia y noche porque deseo resolver la cuestion lo mas pronto posible. Por lo demás, ya os he dicho cuáles son mis opiniones, y espero apreciaréis mi franqueza en lo que vale.»

Terminada la audiencia, retiróse la diputacion ofreciendo su apoyo á Mr. Lincoln, pero antes de que hubiese tenido tiempo de llegar á Chicago para dar cuenta de su cometido á sus constituyentes, causó el mayor asombro tanto á los amigos como á los enemigos del Gobierno la siguiente proclama publicada por orden del Poder ejecutivo sin que hubiera mediado anuncio alguno ni aun en las regiones oficiales.

«Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados-Unidos y comandante en jefe del ejército y de la armada, proclamo y declaro por la presente, que así hasta aquí como en lo sucesivo se ha continuado y se continuará la guerra con el objeto de restablecer prácticamente las relaciones constitucionales entre la Union y cada uno de los Estados donde se han suspendido aquellas.

»Que es mi intencion recomendar al Congreso en la próxima legislatura que adopte una medida, cuyo objeto será conceder una compensacion pecuniaria á los Estados que, no habiendo tomado parte en la rebelion contra el Gobierno, hayan sufrido perjuicios por aceptar voluntariamente la abolicion inmediata ó gradual de la esclavitud en sus límites respectivos.

»Que para colonizar en el continente ó en otro punto á los individuos de la raza africana, previo su consentimiento y el del Gobierno, se harán cuantos esfuerzos sean necesarios.

»Que el dia 1.º de enero del año de Nues-

tro Señor de 1863, todos los individuos que se consideren como esclavos en cualquier Estado rebelde, serán declarados libres para siempre, y en su consecuencia el Gobierno ejecutivo de la Union, así como todas las autoridades militares y navales, reconocerán la libertad de dichas personas sin cometer acto alguno que pueda coartarla ó reprimirla.

»El 1.º de enero citado, el Poder ejecutivo designará por medio de una proclama cuáles son los Estados rebeldes, y si uno de estos estuviere en dicho dia representado en el Congreso por miembros elegidos por una mayoría, se entenderá, á falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelion.

»Convendrá tener presente un acta del Congreso, titulada: «Acta para introducir un artículo adicional de guerra,» aprobada en marzo de 1862, y que á la letra dice así:

«El Senado y la Cámara de Representantes de los Estados-Unidos de América, reunidos en Congreso, han resuelto que se promulguen las siguientes disposiciones como artículo adicional de guerra, y las cuales se cumplirán estrictamente.

»Seccion 1.ª Se prohíbe á todo oficial ó persona que se halle al servicio del ejército de los Estados-Unidos, emplear fuerzas de su respectivo mando para devolver los esclavos fugitivos á sus dueños. Todo oficial que desobedeciere esta orden, será sometido á un consejo de guerra y privado de su empleo.

»Seccion 2.ª Este artículo tendrá fuerza de ley desde el momento de su publicacion.

»Asimismo se tendrán presentes las Secciones 9.ª y 10.ª de un acta titulada: «Acta para reprimir la insurreccion, castigar la traicion y confiscar los bienes y propiedades de los rebeldes,» aprobada en julio de 1862, y que á la letra dice así:

»Seccion 9.^a Los esclavos de las personas que hayan tomado parte en la rebelion contra los Estados-Unidos, ó que la apoyaren de un modo cualquiera, y que abandonaran á sus dueños, refugiándose á las líneas del ejército federal, se considerarán como prisioneros de guerra, declarándoseles libres para siempre. En el mismo caso se hallan los esclavos que pidieran proteccion al Gobierno de los Estados-Unidos, ó se encontrasen en las localidades ocupadas antes por los rebeldes.

»Seccion 10.^a Se previene asimismo que á ningun esclavo que se fugase de un Estado ó territorio á otro, se le podrá privar en modo alguno de su libertad, excepto en el caso de crimen ú ofensa contra las leyes, ó á menos que el reclamante preste juramento de que aquel le es deudor de su trabajo, y que no ha hecho armas contra los Estados-Unidos de ningun modo. Se prohíbe á todo aquel que se halle al servicio del ejército ó de la armada de los Estados-Unidos, bajo la pena de perder su destino, decidir por sí sobre la validez de la queja producida ó restituir el fugitivo al reclamante.

»Y por la presente prevengo y ordeno á todas las autoridades así civiles como militares, que hagan observar y cumplan las disposiciones contenidas en este decreto.

»El Poder ejecutivo recomendará en tiempo oportuno que á todos los ciudadanos de la Union que hayan permanecido fieles al Gobierno, se les abonen daños y perjuicios por las pérdidas que sufrieran antes de restablecerse las relaciones constitucionales.

»Hecho en la ciudad de Washington el dia 22 de setiembre del año de Nuestro Señor de 1862, octogésimo séptimo de la Independencia de los Estados-Unidos.

»ABRAHAM LINCOLN.»

Se ha dicho que este documento apareció

mas pronto de lo que se esperaba, merced á las sugerencias de los embajadores de la Union en las córtes de Europa, pues se creia inminente el reconocimiento de la Confederacion, pero otros aseguran que el Presidente estaba ya resuelto á seguir esta política algunas semanas antes de publicarse la proclama. Lo mas probable es que el Presidente esperara, para publicar este documento, saber el resultado de la lucha en Maryland, la cual terminó con la batalla de Antietam.

Es de presumir que desde un principio, muchos hubieran votado por la paz, así como tambien contra la emancipacion, pero poco á poco todos fueron convenciéndose que solo podria reprimirse la rebelion atacando directamente la esclavitud. Sin embargo, bien pudiera ser que el Presidente Lincoln fuese el primero en reconocerlo así, y hubiera resuelto de antemano decretar la emancipacion arrojando todas sus consecuencias.

Abraham Lincoln no era hombre capaz de retroceder una vez tomada su determinacion, aun cuando comprendiese que no habian de ser inmediatos los resultados de su política, y así es que en el dia prefijado publicó su segunda proclama, concediendo la libertad absoluta á los esclavos. Hé aquí su contenido :

«*Considerando* que el dia 22 de setiembre del año de Nuestro Señor de 1862, se ha publicado por el Presidente de los Estados-Unidos una proclama que dice entre otras cosas lo siguiente :

»Que desde el 1.^o de enero del año de Nuestro Señor de 1863, todos aquellos detenidos como esclavos en un Estado cualquiera, ó en una parte de este, cuya poblacion se haya rebelado contra el Gobierno de los Estados-Unidos, serán declarados libres para siempre;

»Que el Gobierno de los Estados-Unidos, incluso las autoridades militares y civiles,

reconocerán la libertad de dichos individuos, cuidando de no tomar medida alguna para coartarla; que una proclama del Presidente designará en dicho día 1.º de enero; qué Estados se han declarado en abierta rebelion contra el Gobierno, y que aquel que estuviera representado en el Congreso por miembros elegidos en las elecciones por una mayoría, se entenderá, á falta de pruebas contrarias, que deja de tomar parte en la rebelion.

» Yo, Abraham Lincoln, Presidente de los Estados-Unidos, en virtud de los poderes de que estoy revestido como comandante en jefe del ejército y de la armada de los Estados-Unidos, en tiempo de rebelion armada contra la autoridad del Gobierno, y como medida de guerra conveniente y necesaria para reprimir aquella, he tenido á bien, trascurridos cien días desde la publicacion de mi primera proclama, designar hoy, primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, los nombres de los Estados ó de las partes de estos que se hallan en abierta rebelion contra el Gobierno, y son los siguientes:

» Arkansas, Texas, Louisiana (escepto las parroquias de San Bernardo, Plaquemine, Jefferson, San Juan, San Carlos, San Jacobo, Ascension, Asuncion, Tierra Buena, Lafourche, Santa María, San Martin y Orleans, inclusa la ciudad de este nombre, Mississippi, Alabama, Florida, Georgia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y Virginia, escepto los cuarenta y ocho condados conocidos con el nombre de Virginia Occidental, y los de Berykele, Accomac, Northampton, Ciudad de Isabel, York, Princesa Ana y Norfolk, inclusa la ciudad de este nombre y la de Portsmouth, para todos cuyos puntos no rige la presente.

» Y en virtud de los poderes que se me confieren, y en cumplimiento de lo dicho, orde-

no y declaro que todos aquellos que se consideren como esclavos en dichos Estados ó en cualquiera de sus partes, QUEDARÁN DESDE AHORA Y PARA SIEMPRE LIBRES. El Gobierno ejecutivo de la Union, inclusas las autoridades civiles y militares, reconocerán y mantendrán la libertad de los citados individuos.

» Y prevengo por la presente á todos cuantos así se declaren libres, que se abstengan de toda violencia, escepto en el caso de defensa propia, y asimismo les recomiendo que cuando les fuere permitido, trabajen fielmente por un jornal razonable.

» Además hago saber que los citados individuos que reunan las condiciones necesarias serán admitidos al servicio del Gobierno para formar parte de las guarniciones de los fuertes, puestos militares, estaciones ú otros puntos, así como tambien de las tripulaciones de los buques.

» Y en favor de este acto, que creo sinceramente ser de justicia, autorizado por la Constitucion, apelo al juicio de la humanidad invocando la proteccion del Todopoderoso.

» En cumplimiento de lo cual autorizo la presente con mi firma y el sello de los Estados-Unidos.

» Hecho en la ciudad de Washington en este día primero de enero del año de Nuestro Señor de mil ochocientos sesenta y tres, octogésimo octavo de la Independencia de los Estados-Unidos.

» Por el Presidente, ABRAHAM LINCOLN.

» GUILLERMO H. SEWARD, *Secretario de Estado.*

Poco tiempo antes de publicarse esta proclama, por la cual quedaba decretada terminantemente la emancipacion de los esclavos, el Presidente Lincoln, despues de haber demostrado en un mensaje especial que la cuestion de la esclavitud era la principal

causa de la guerra, proponia á las dos Cámaras del Congreso que aprobaran el siguiente acuerdo:

«El Gobierno de los Estados-Unidos concederá á todo Estado que adopte la abolicion gradual de la esclavitud una compensacion razonable por los perjuicios que se le irrogasen á consecuencia del cambio de sistema.»

Sometida esta proposicion á un Comité, á fin de que informara sobre ella, promovieron los debates consiguientes, los cuales dieron á conocer desde luego la repugnancia de los unionistas que habia en los Estados esclavos, así como tambien de todos los demócratas, á conceder compensaciones que favoreciesen la emancipacion. Mrs. Wadsworth, Mallory, Wickliffe, Crittenden y otros, combatieron la proposicion presentada por el Presidente, pero habiéndola apoyado todos los republicanos, fué aprobada al fin en la Cámara por ochenta y nueve votos contra treinta y uno. Cuando se pasó al Senado, Mr. Saulbury combatió rudamente la proposicion, apoyándole Mrs. Willey, Latham, Powell y otros, pero despues de un obstinado debate, tambien se obtuvo la aprobacion en la Cámara alta. El Presidente opinaba que esta medida daria muy buenos resultados, aunque muchos no lo creian así, fundando principalmente sus argumentos en que lo único que se habia conseguido era aumentar los ya crecidos gastos del Gobierno sin evitar con esto los males que affigian al pais desde el principio de la guerra.

En 24 de marzo de 1862, despues de organizados los nuevos territorios de Colorado, Nevada y Dakotah, prévias las correspondientes actas, que nada decian respecto á la esclavitud, Mr. Arnold, de Illinois, sometió á la Cámara un *bill* aboliendo y prohibiendo aquella en todos los territorios de la Union,

bill que fué modificado por Mr. Lovejoy y que estaba concebido en estos términos:

«ACTA PARA ASEGURAR LA LIBERTAD DE TODOS LOS INDIVIDUOS DENTRO DE LOS TERRITORIOS DE LA UNION.

» Á fin de que la libertad individual sea para siempre la ley fundamental del pais en cuanto dependa de la accion del Gobierno de los Estados-Unidos:

» *Resolvemos*: que la esclavitud ó servidumbre forzosa, en todos los casos, escepto cuando se trate del castigo de un crimen, quede suprimida desde ahora en todos los territorios de la Union ahora existentes ó que se puedan adquirir en lo futuro.»

Dificil es formarse una idea de los violentos y enojosos debates que promovió esta proposicion, combatida por todos los demócratas sin escepcion alguna; Mr. Crisfield, de Maryland, dijo que aquello era una infraccion de los derechos de los Estados y de los artículos de la Constitucion, y sobre todo, una medida que no podia menos de perjudicar gravemente á los intereses del pais, y Mr. Thomas sostuvo que el Congreso no debia aprobar la proposicion sin conceder antes compensaciones á los propietarios que hubiesen sufrido pérdidas á consecuencia de la abolicion de la esclavitud. Á pesar de los esfuerzos de la oposicion, como el partido del Gobierno era mas numeroso, y apoyaron el *bill* los principales campeones del partido republicano, se aprobó al fin por ochenta y cinco votos contra cincuenta. Cuando se pasó al Senado, el Comité respectivo, del que era presidente Mr. Browning, modificó el *bill* en la forma siguiente:

«Desde el momento en que se apruebe la presente acta, no habrá esclavitud ni servidumbre forzosa en ninguno de los territorios

de los Estados-Unidos existentes en la actualidad ó que puedan adquirirse en lo sucesivo, esceptuando el caso en que se trate de castigar un crimen.»

Despues de un breve debate, se aprobó el *bill* por veintiocho votos contra diez, y una vez firmado por el Presidente, quedó declarado como ley del país.

Respecto á la conveniencia de confiscar ó emancipar á los esclavos de aquellos que habian tomado parte en la rebelion, consideróse que este era un punto muy delicado, y no se trató de él sino muy ligeramente á fines de la legislatura de 1862; entre las diversas proposiciones que se presentaron habia una de Mr. Trumbull, el cual pedia que los esclavos de todos los que hubiesen tomado parte contra la Union fuesen declarados para siempre libres del servicio forzoso. Esta proposicion, así como todas las demás, escitó una verdadera tempestad en las Cámaras, y tan fuerte se presentaba la oposicion, y de tal modo se prolongaban los debates, que el Senado acordó al fin nombrar, para que informara, un Comité especial, cuyo presidente, Mr. Clark, modificó el *bill* de manera que solo se autorizaba al Presidente para declarar libres á los esclavos, cuyos dueños se cogieran con las armas en la mano treinta dias despues de publicarse la proclama. Mr. Davis, de Kentucky, quiso introducir una enmienda proponiendo que en vez de declarar libres á los esclavos, se vendieran y se ingresara el importe en el Tesoro, pero como solo la apoyaron siete senadores, fué desechada sin mas que un ligero debate.

Tomado de nuevo en consideracion el *bill*, renovóse la discusion con mas violencias, si cabe, que antes, y los demócratas sobre todo, que se mostraban muy tenaces, no perdonaron esfuerzo alguno para combatir el *bill*, lo

cual quiere decir que durante algunos dias hubo una verdadera lluvia de enmiendas y protestas, y se pronunciaron discursos mas ó menos elocuentes ó apasionados; citaremos solo aquí un párrafo del discurso de Mr. Juan Law, de Indiana, pues basta con él para comprender el carácter y estilo de los demás. Decia así :

«El hombre que crea posible terminar la sangrienta lucha que aflige á nuestra patria, y restablecer la Union por otros medios que los prescritos por nuestros padres en la Constitucion del país, es un loco, ó mejor dicho, es un traidor, y mereceria ser ahorcado sin formacion de causa. Aprobad esos *bills*: confiscad en virtud de ellos la propiedad de esos hombres; emancipad á sus esclavos; facilitad armas á esa canalla para que asesine á sus amos y cometa violencias con sus esposas é hijas, y presenciareis una guerra tal como no se ha visto nunca, ni en los dias mas aciagos de la revolucion francesa ni cuando ocurrieron las horrorosas escenas de Santo Domingo.»

Mr. Elliot pronunció luego un brillante discurso en defensa de los *bills*, y al fin se aprobó el llamado de *Confiscacion* por ochenta y dos votos contra sesenta y ocho.

En 23 de junio fué sometido á la aprobacion del Senado este *bill*, y despues de un breve debate, se aprobó tambien por veintiocho contra trece, y de este modo quedó decretado : 1.º Que todos los esclavos cuyos dueños hubiesen tomado parte en la rebelion, así como los que se refugiaron en las líneas de los federales, ó todos los que se encontrasen en los puntos ocupados sucesivamente por las tropas del Gobierno, serian considerados como prisioneros de guerra, declarándoseles libres de la esclavitud para siempre; 2.º Que los esclavos fugitivos no se devolverian á sus dueños cuando estos hubie-

sen tomado parte en la rebelion; 3.º Que ninguno de los que se hallaren al servicio del ejército ó de la armada podria devolver un esclavo fugitivo, bajo la pena de pérdida del empleo; y 4.º Que el Presidente quedaba autorizado para utilizar los servicios de la raza africana con el objeto de reprimir la rebelion, organizando á los esclavos de la manera mas conveniente.

El *bill* definitivo que comprendia todos estos artículos fué aprobado en la Cámara por la decisiva mayoría de ochenta y dos votos contra cuarenta y dos, y en el Senado por veintisiete contra doce, declarándose luego como ley del pais. Como quiera que el Presidente Lincoln habia recomendado en su mensaje anual que se restableciesen las relaciones diplomáticas con Hayti y Liberia,

1863. Mr. Sumner presentó, en 4 de febrero, un *bill* para llevar á cabo esta medida, el cual fué aprobado en ambas Cámaras, aunque no sin que mediaran acalorados debates.

Poco antes de decretarse la emancipacion por el Gobierno federal, no se habia adoptado medida alguna para atender á la educacion de los negros, bien fuesen libres ó esclavos, y con el objeto de remediar esta falta, Mr. Grimes, de Iowa, sometió á la *aprobacion del Senado, en 29 de abril, un bill* proponiendo se adoptasen ciertas disposiciones para proveer á la educacion de los hijos de los negros en la ciudad de Washington. Mr. Grimes manifestaba que, no bajando el número de aquellos de tres mil ciento setenta y dos en el año 1860, y como quiera que los padres pagaban treinta y seis mil duros anuales de contribucion, convendria destinar una parte de esta cantidad exclusivamente á la educacion de los hijos de los negros, y no de los blancos, como se habia estado haciendo hasta entonces.

En 30 de abril se tomó en consideracion el *bill* de Mr. Grimes, y desde luego presentáronse varias enmiendas, una **1863.** de las cuales, la de Mr. Wilson, decia así:

«Todos los individuos de color del distrito de Colombia, ó que residan dentro de los límites de Washington y Georgetown, quedarán sujetos á las mismas leyes que rigen para los blancos, serán juzgados con arreglo á ellas por los delitos que cometieren, y cuando se les declarase convictos de cualquier crimen ú ofensa, sufrirán la misma pena ó castigo que se aplica á los blancos. Todas las órdenes ó disposiciones contrarias á este decreto, se considerarán anuladas desde la publicacion del presente.»

Esta importante enmienda se tomó inmediatamente en consideracion, y se aprobó, sin mas que un ligero debate, por veintinueve votos contra siete. Mr. Lincoln firmó el *bill* el dia 21 de mayo.

Todas estas medidas fueron seguramente el primer paso en la senda del progreso, pero, á no dudarlo, el mas difícil, y poco costaria ya dar el segundo. No solo era ya un hecho consumado la emancipacion de los esclavos, sino que se reconocia en los negros iguales derechos que en los blancos al concederles la libertad, y además de esto se disponia la *creacion de escuelas para educar á sus hijos*, facilitándoles así todos los medios necesarios para marchar por la senda de la civilizacion.

Al llegar aquí, nos parece oportuno hacer una ligera digresion á fin de recordar algunos puntos de nuestra historia y referir ciertos hechos que conviene tener presentes y se relacionan con el presente capítulo.

No habrán olvidado nuestros lectores que en la primera colision ocurrida entre ingleses y americanos, que se conoció con el nombre de la *Matanza de Boston*, (Véase pági-

na 286, tomo I), un mulato esclavo de Massachusetts, conocido con el nombre de Crispus Attucks, se encargó de dirigir las turbas, y fué uno de los primeros que murieron al romper el fuego las tropas reales. En el combate de Monte Bunker, Pedro Salem, un negro que habia alcanzado su libertad, fué el que desde el parapeto mató de un tiro al mayor Pitcairn, oficial de la marina inglesa, en el momento en que aquel se lanzaba al asalto, seguido de su gente, y ya desde aquella época, los negros y mulatos comenzaron á figurar entre las indisciplinadas tropas que luchaban contra el ejército inglés, viéndose á poco algunos regimientos compuestos solo de negros. Sin embargo, como en aquella época se apreciaban en mucho los esclavos, y eran muy útiles en todas las colonias organizadas, no faltó quien censurase que se les admitiera entre las filas de la milicia, y no tardó en reconocerse que no debian figurar negros en un ejército que solo combatia por la libertad. Por esto, sin duda el Comité de Seguridad aprobó un acuerdo, por el cual se prevenia que siendo incompatible con los principios que se defendian la admision de negros en el ejército, no podrian ingresar en este sino los hombres libres, y que por lo tanto quedaban escluidos los esclavos sin escepcion alguna.

Este acuerdo no se referia á los negros y mulatos que ya hubiesen obtenido su libertad, y por lo tanto, muchos propietarios permitieron la emancipacion de algunos de sus esclavos á fin de que pudieran ingresar en las filas de los patriotas. Esto dió márgen á que se promoviese luego un debate en el Congreso; que habia ya fijado su atencion en el asunto, y Mr. Rutledge presentó una proposicion pidiendo que no se admitiera á ningun negro en los ejércitos de la patria, pero la oposicion fué tan numerosa, que se

desechó el proyecto, siendo el resultado que desde entonces, en vez de espulsar á los negros del servicio, se les recibió con mas facilidad que antes, ya como voluntarios ó sustitutos. Tanto es así, que en Virginia especialmente, llegó á ser costumbre conceder á un esclavo la libertad si se convenia en ocupar en el ejército el puesto de su amo.

En la Carolina del Sur se autorizó poco despues el alistamiento de esclavos, aunque no precisamente como soldados, sino como peones ó trabajadores; Rhode-Island resolvió seguir el ejemplo en 1778, declarando libres á los esclavos que se alistasen en el ejército, y de este modo se organizó un regimiento que dió pruebas de valor en la batalla de Rhode-Island. Massachusetts, Nueva-York y otros Estados, imitaron esta conducta punto por punto, con aplauso de los principales patriotas de la época, y es de creer que si hubiese durado algunos años mas la guerra de la Revolucion, se habria abolido la esclavitud en todo el pais. Lord Cornwallis proclamó libres durante su campaña en el Sur á todos los esclavos que quisieran seguirle, y su subordinado Tarleton se llevó consigo á una porcion de ellos. En una carta escrita por Jefferson al doctor Gordon, decíale que esta política habia costado á Virginia nada menos que treinta mil esclavos en un año, la mayor parte de los cuales murieron luego en los campamentos por haberse declarado la viruela.

La guerra de 1812 con la Gran Bretaña, fué mucho mas corta que la de la Revolucion, y no tan mortífera, mas á pesar de esto se echó mano de los negros en vez de rechazarlos, y en Nueva-York se autorizó la organizacion de dos regimientos, á los cuales se señaló la misma paga y derechos que á los blancos, pero debe advertirse que no se admitia á ningun esclavo sin prévio consenti-

miento de su amo ó de su ama, que recibían la prima de enganche en cambio de la libertad de aquel.

Por último, el general Jackson, á pesar de haberse opuesto siempre á que se admitiera á los negros en las filas del ejército, utilizó sus servicios en la famosa defensa de Nueva-Orleans, y este mismo jefe fué el primero en elogiar el valor y buena conducta de sus nuevos soldados.

Los descabros que sufrieron los unionistas en las primeras campañas, fueron causa de que no se reparara luego tanto en la elección de los medios para continuar la lucha, y el Presidente, primero, y luego el Congreso, despues de haber condenado las tendencias abolicionistas de algunos de sus generales, fueron mucho mas allá que ellos.

El general Hunter, jefe del departamento de Hilton Head, fué el primero que dispuso se organizaran regimientos de negros, despues de haber proclamado su emancipacion en todo aquel distrito militar, y esta medida dió lugar á que Mr. Wickliffe hiciera una interpelacion en la Cámara, presentando luego una proposicion concebida en estos términos :

«Acordamos que se invite al Secretario de la Guerra á contestar al siguiente interrogatorio :

»1.º ¿Es cierto que el general Hunter, jefe del departamento de la Carolina del Sur, ha organizado un regimiento de voluntarios, compuesto de negros, (esclavos fugitivos), para la defensa de la Union, nombrando un coronel y oficiales para su mando?

»2.º ¿Estaba autorizado el general Hunter para organizar y reclutar como soldados del ejército de la Union esclavos fugitivos ó cautivos?

»3.º ¿Se le ha provisto al efecto del equipo necesario?

»4.º ¿Se le han enviado por el departamento de la guerra armas para los esclavos?

»5.º Remítanse á la Cámara para su examen todas las comunicaciones y correspondencias que hayan mediado entre el general Hunter y el departamento de la guerra.»

El Secretario Mr. Stanton, se apresuró á contestar desde luego que no *se habia autorizado* al general Hunter para semejante cosa, y se negó á presentar la correspondencia, alegando que esto seria perjudicial para el bien público.

Sin embargo, algunos dias despues, es decir, el 2 de julio de 1862, remitió á la Cámara un informe del general Hunter, en el cual este jefe contestaba á las preguntas de Mr. Wickliffe en los términos siguientes:

«En respuesta á la primera pregunta, debo manifestar que en este departamento no se ha organizado cuerpo alguno de *esclavos fugitivos*, pues si bien hay un regimiento de negros, estos son libres, por haber huido sus amos del pais abandonándolo todo.

»Á la segunda pregunta tengo el honor de contestar que con arreglo á las instrucciones remitidas al general Sherman por Mr. Cameron, Secretario de la Guerra, y que luego me fueron trasladadas, estoy plenamente autorizado para admitir en las filas á cuantas personas leales se presenten ofreciendo sus servicios en defensa de la Union. Como en esas instrucciones no se hace restriccion alguna respecto á la clase ó color de los individuos que deban admitirse, deduzco que *estoy* autorizado para alistar á los esclavos fugitivos cuando se presentare alguno en este departamento de mi mando, pero debo advertir que hasta el dia no se ha dado este caso.

»Á la tercera pregunta tengo el sentimiento de contestar que no se me ha remitido equipo alguno, ni armas ni uniformes de

ninguna especie, y para mi justificacion solo puedo alegar que en las instrucciones de Mr. Cameron se me prevenia que empleara mis tropas de la manera que me pareciese mas conveniente para el mejor servicio del departamento. Al autorizármese para disponer de las tropas del modo y forma que creyese mas útil, deduje que quedaba en libertad de equipar y armar al único regimiento que se ha organizado en la Carolina del Sur.

»El proyecto de armar á los negros ha producido el mejor resultado, pues la esperiencia nos ha dado á conocer que son sóbrios, dóciles y entusiastas, y que tienen las condiciones necesarias para desempeñar los deberes de un soldado. Los negros se muestran siempre deseosos de entrar en accion, y es opinion unánime de los oficiales que les instruyen, que atendido el clima del pais, serán muy ventajosos auxiliares, tan útiles como los regimientos que emplean los ingleses en la India Occidental.

»Terminaré manifestando que, atendido que las exigencias de la campaña de la península impedirán se me envíe un refuerzo, podré organizar para fin de año un cuerpo de ejército compuesto de cuarenta y ocho á cincuenta mil de esos fieles y valerosos soldados.

»Confío que esta carta podrá servir de contestacion á Mr. Wickliffe, y entre tanto tengo el honor de ofrecerme como siempre su afectísimo,

»El general en jefe, *D. Hunter.*»

Estas contestaciones, aunque no muy satisfactorias para Mr. Wickliffe, parecieron concluyentes á la mayoría de los miembros, pero Mr. Dunlap presentó una proposicion concebida en estos términos :

«*Declaramos*: que el documento de que se dió lectura ayer, firmado por el general Da-

vid Hunter, el cual aprueba el armamento de negros, emite ideas y opiniones indignas del Congreso, que son un insulto para el pueblo americano y nuestro valiente ejército. Por este motivo, y en vista tambien del estilo descortés de Mr. Hunter, pedimos que no se tome en consideracion ese documento que merece tan solo una severa censura.»

Esta proposicion quedó sobre el tapete, y se aplazó el debate para otro dia, pero esto no impidió que otros generales de la Union se apresuraran á seguir el ejemplo de Hunter, pues como se trataba de una medida militar, y por lo tanto de la competencia del Poder ejecutivo, la Cámara, á pesar de su prevencion á los soldados negros, hubo de limitarse á tomar acta de aquella nueva medida, sin oponerse á que se llevara á efecto.

El 25 de agosto, el Secretario de la Guerra espidió una orden al general Rufo Saxton, previniéndole que procediera **1862.** al armamento de los negros que se presentaran, uniformándolos y equipándolos por regimientos, pero cuidando de no admitir por entonces en el servicio mas de cinco mil.

El general Phelps, que servia á las órdenes de Butler, dirigió por entonces tambien un informe á su jefe encareciéndole la conveniencia de adoptar una política anti-esclava, admitiendo á los negros en el servicio de las armas, con lo cual se daria en su concepto un gran paso en la senda de la civilizacion. Phelps añadia que no seria difícil organizar cincuenta regimientos que podrian utilizarse para auxiliar á los blancos, conservar el orden y combatir ciertas influencias peligrosas para la libertad, y terminaba pidiendo las armas y equipo necesarios para formar tres regimientos de negros.

El general Butler contestó á poco, previniendo á Phelps que empleara á los esclavos en cortar árboles y construir parapetos

para la defensa de las líneas, mas que de ningun modo los convirtiese en soldados, pero resentido sin duda Phelps por la negativa, replicó que él no haria nunca semejante cosa y que por lo tanto renunciaba á su cargo. Bulter no quiso consentir; hízose preciso enviar la consulta á Washington, y habiéndose conformado el Gobierno, Phelps volvió á Vermont, su residencia habitual, dejando en su campamento seiscientos negros armados y equipados.

La corriente de los acontecimientos debia, sin embargo, obligar á Butler mas tarde á recurrir á los auxiliares que en un principio no queria admitir como soldados, pues á las dos semanas, hallándose en Nueva-Orleans, se vió precisado, para salir de su peligrosa situacion, á utilizar los servicios de los negros que habia en la ciudad, y con los cuales se formó á los catorce dias un regimiento de mil hombres con sus correspondientes oficiales.

Al saberse en Richmond qué medidas habian adoptado los generales Hunter y Phelps respecto al alistamiento de los negros para formar parte de los ejércitos de la Union,

Jefferson Davis espidió en 21 de agosto un decreto previniendo que los citados generales no se considerasen ya como enemigos de la Confederacion, sino como renegados, y que en el caso de capturarse alguno de dichos jefes ó cualquiera oficial que se ocupara en organizar ó instruir á los esclavos, se le encerrase en un calabozo, no como á un prisionero de guerra, sino como un traidor que deberia sufrir la última pena cuando así lo dispusiese el Gobierno.

Ya hemos hablado de la proclama presidencial publicada en setiembre de 1862, anunciando próximas medidas para la emancipacion gradual de los esclavos en los Estados leales, así como tambien en los del Sur,

que no se hubieran sometido en 1.º de enero de 1863. Firme en su propósito Mr. Lincoln habia espedido este dia un nuevo decreto proclamando la abolicion de la esclavitud en la mayor parte de Virginia, en las Carolinas, en Alabama, en Georgia, Texas, Louisiana, (escepto algunos puntos), en Florida, Arkansas y Mississippi, y al mismo tiempo invitaba á todos los agentes civiles y militares de los Estados-Unidos á observar rigurosamente este decreto, recibiendo á los negros emancipados, que se destinarian á formar parte de la guarnicion de los fuertes ó de las tripulaciones de los buques. Recobrada así su libertad, los negros acudieron en masa á las líneas federales á ofrecer sus servicios, que se utilizaron como pareció mas oportuno, y ya veremos que no solo prestaron un eficaz auxilio al ejército, sino que se consiguió con esta medida que desaparecieran ciertas ideas y preocupaciones contra la raza negra.

Mientras en las filas del ejército unionista hubo suficientes voluntarios para llenar las bajas que iban ocurriendo, no se admitió á ningun negro ni mulato, ni menos se pensó en hacerlo mas adelante, por mas que se hubiera sentado este precedente durante la guerra de la Revolucion; pero apenas hubo terminado la desastrosa campaña de Mc Clellan contra Richmond, y cuando se pidieron á los Estados leales seiscientos mil reclutas mas para reorganizar los ejércitos de la Union, no solo se reconoció que seria inevitable decretar la quinta, sino que la cuestion de raza dejó ya de ser una barrera entre blancos y negros, y desde entonces, segun ya hemos visto, fueron admitidos en el servicio de las armas.

El dia 7 de diciembre de 1863, comenzó la legislatura del trigésimo octavo Congreso, y una vez organizada la Cámara por los ami-

gos del Gobierno, remitió el Presidente Lincoln su mensaje anual en el que trataba de todas las cuestiones de mas importancia para el pais, refiriéndose sobre todo á las medidas que debian adoptarse para la reorganizacion de los ejércitos nacionales y el alistamiento de los negros. Cuando las dos Cámaras hubieron leído el mensaje, comenzaron desde luego sus tareas, y en una de las primeras sesiones, Mr. Stevens, de Pennsylvania, presentó la siguiente proposicion:

«Todos los individuos de la raza africana de veinte á cuarenta y cinco años de edad, ya fueren ciudadanos ó no, serán alistados en los ejércitos nacionales, y cuando hayan ingresado en el servicio, se abonará á sus dueños, si los tuvieren, la suma de trescientos duros, declarándose al mismo tiempo enteramente libres á los esclavos que se hallaren en este caso.»

Mr. Boyd hizo una interpelacion para manifestar que solo deberia satisfacerse este premio á los dueños de esclavos que no hubiesen tomado parte en la rebelion, pero Mr. Webster, de Maryland, combatió el proyecto, y al fin, se acordó por sesenta y siete votos contra cuarenta y cuatro, abonar, sin escepcion alguna, el premio convenido á todo aquel que se perjudicara por la pérdida de sus esclavos. Mr. Wood, de Nueva-York, sostuvo enérgicamente que semejante medida era una infraccion palmaria de la Constitucion, mientras que Mr. Stevens insistia en que los negros, ya fuesen libres ó esclavos, debian alistarse para el servicio nacional lo mismo que los blancos. Como los debates parecian prolongarse ya demasiado, se trasladó el *bill* á un Comité de tres individuos, el cual presentó la siguiente enmienda:

«Todos los individuos de veinte á cuarenta y cinco años, ya sean ciudadanos ó no, pero que residan en los Estados-Unidos, serán

alistados desde luego para formar parte de los ejércitos nacionales, y cuando un esclavo haya ingresado en el servicio, se facilitará á su amo una certificacion abonándosele una prima de cien duros por los gastos y perjuicios que pudiera ocasionarle la pérdida del esclavo. El Secretario de la Guerra nombrará una comision en cada distrito que deberá estar representada en el Congreso, y cuyo objeto será cuidar de que se abone la suma estipulada á los dueños de los esclavos que se consideraran completamente libres desde el momento en que hayan ingresado en el servicio.»

Por un acta aprobada en la legislatura anterior, habíase acordado satisfacer á los individuos de la raza africana empleados por el Gobierno, la cantidad de diez duros mensuales, de los que debian deducirse tres para el uniforme, (á los blancos se les abonaban trece además del uniforme), y habiéndose ordenado al gobernador Andrew, de Massachusetts, que organizara algunas compañías de artilleros y de infantería para el servicio de los fuertes, abonando á los individuos dicho sueldo, este funcionario formó desde luego dos regimientos de negros, á los que se dió el nombre de 54 y 55 de Massachusetts, y los cuales se distinguieron pronto en el ejército de la Union. Cuando algun tiempo despues llegó el pagador, á quien se esperaba con ansia en el campamento, ofreció abonar sus diez duros mensuales á los negros, pero entonces estos rehusaron aceptar, alegando que no recibirian menos paga de la que se satisfacía á los demás soldados del ejército, y obstinándose en no admitir la menor rebaja. Los negros que se hallaban inútiles por sus heridas ó por sus enfermedades tomaron lo que les dió el pagador, pero al fin en vista de las repetidas representaciones hechas al departamento de la guerra por el

gobernador Andrew, que en union de otras personas demostró que los negros eran tan acreedores como los demás á la misma paga, el Gobierno de los Estados-Unidos acordó acceder á la peticion. Es de advertir que los reclamantes estuvieron un año sin cobrar solo con el fin de que se reconociese su derecho como hombres y no como negros.

Este hecho bastó para que el Congreso aprobase el acuerdo siguiente :

«Todos los individuos de color que se hallaban libres en 19 de abril de 1861, y que se hayan alistado en el ejército de los Estados-Unidos, tendrán derecho á la misma paga que se satisface á los demás individuos de tropa con arreglo á las leyes existentes.»

Desde entonces fueron organizándose nuevos regimientos de negros voluntarios, que como se verá, debian prestar muy buenos servicios, contribuyendo á que triunfara la causa del Gobierno.

Debemos consignar aquí que antes de romperse las hostilidades, habia ya resuelto el Gobierno de la Confederacion utilizar los servicios de los negros, al principio para trabajar en las fortificaciones, y mas tarde al comenzarse la guerra, para empuñar las armas. La legislatura de Virginia habia tomado en consideracion un *bill* en que se proponia el alistamiento de todos los negros libres que hubiese en el Estado, y aprobada la medida despues de algunos debates, no tardó en llevarse á ejecucion. Este hecho fué, á no dudarlo, uno de los que con mas motivo indujeron á Mr. Lincoln, á proclamar la libertad de los esclavos, y bien puede decirse que á los separatistas se debe mas que á nadie el que se estirparan, al cabo de algun tiempo, las preocupaciones que se tenian contra la raza negra.

Sin embargo, apenas apareció la proclama del Presidente Lincoln, emancipando á

los esclavos, y tuvo conocimiento de ella el Gobierno de la Confederacion, adoptáronse por este enérgicas medidas que solo podian calificarse de represalias, pues se dispuso, entre otras cosas, por el general Beauregard, prévio el consentimiento de Jefferson Davis, que todos los esclavos cogidos con las armas en la mano fueran devueltos á las autoridades de sus respectivos Estados, para que se les aplicase la ley. Además de esto, al presentar Mr. Jefferson Davis su tercer mensaje anual, trataba duramente al Presidente Lincoln, censurándole severamente por su proclama, que consideraba como una violacion manifiesta de los principios constitucionales. Para dar una idea del estilo de este documento y de las ideas que en él se vertian, nos parece oportuno copiar aquí el siguiente párrafo :

«Acaba de establecerse un órden de cosas que no puede producir sino una de estas tres consecuencias: el esterminio de los esclavos, el destierro de todo el pueblo confederado, ó la absoluta y total separacion de estos Estados, de los de la Union. La proclama del Presidente Lincoln demuestra además hasta la evidencia que su Gobierno no se cree bastante poderoso para subyugar al Sur por la fuerza de las armas, y que teme que las potencias neutrales se apresuren á reconocernos como Gobierno constituido. Ese documento es tambien una especie de advertencia al pueblo del Norte para que se prepare á una separacion que ha llegado á ser inevitable, pues ese pueblo es demasiado perspicaz para no comprender que el restablecimiento de la Union es de todo punto imposible para siempre desde el momento en que se adopta una medida incompatible con la buena armonía que en un principio existió entre el Norte y el Sur.

»Los hombres sensatos de todos los paises

podrán juzgar del efecto de esa medida en virtud de la cual algunos millones de seres humanos de una raza inferior, que hasta ahora vivían tranquilos y contentos, entregados á sus trabajos, se lanzarán en una lucha sangrienta, en una lucha de esterminio, y que mal aconsejados por nuestros enemigos, serán capaces de asesinar á sus amos cometiendo toda clase de violencias. Nuestro aborrecimiento á los que consumaron los actos mas execrables que puede recordar la historia de un hombre malvado, corre parejas con el desprecio que nos inspira la impotente cólera de nuestros enemigos, y en vista de las disposiciones adoptadas por el Gobierno de la Union, debo manifestaros que he resuelto, á menos que dispongais otra cosa en vuestra superior inteligencia, entregar á las autoridades respectivas de los Estados de la Confederacion á todos los negros que se cogieran con las armas en la mano, así como tambien á sus oficiales, debiendo ser sometidos unos y otros á la accion de un consejo de guerra para que les aplique la ley.»

Con algunas modificaciones fué aprobada la medida propuesta por Mr. Jefferson Davis, pero los principales periódicos del Sur la combatieron enérgicamente, demostrando que la Confederacion no tenia derecho para disponer así de los negros que el Gobierno de la Union empleara como soldados, y que nunca habian servido al Sur. Á pesar de las observaciones que se hicieron, el decreto expedido por el Congreso estuvo en vigor durante mucho tiempo, y esta fué la causa principal que entorpeció el canje de prisioneros entre las dos partes beligerantes, dando lugar á que murieran miles de negros en sus prisiones, en medio de los tormentos del hambre y de la miseria.

Después de un combate ocurrido en Charleston, propúsose el canje de prisioneros, y

cuando se hubo aceptado por ambas partes, los separatistas remitieron los suyos, pero se vió que entre ellos no habia ningun negro, é interpretándose esto como una falta de buena fe, el Presidente Lincoln, de acuerdo con el Gobierno, espidió la siguiente orden:

«Departamento del Poder ejecutivo.

» Washington 30 de julio de 1863.

» Es deber de todo Gobierno proteger á sus ciudadanos de cualquier clase, color ó condicion que sean, y especialmente á los que sirven en el ejército. La ley de las naciones y los usos y costumbres de la guerra, tal como se entienden en los países civilizados, no permiten que se haga distincion alguna respecto á los prisioneros, sea cual fuere su clase, y esclavizar y vender á los que no son blancos, es un acto de barbarie y un crimen impropio de la civilizacion del siglo.

» El Gobierno de los Estados-Unidos dispensará la misma proteccion á todos sus soldados sin hacer distincion entre los blancos y los negros, y si el enemigo procede á vender ó esclavizar á sus prisioneros solo por su color, se tomarán las debidas represalias por nuestra parte.

» En su consecuencia se previene que por cada soldado de la Union á quien se dé muerte contrariamente á lo que previenen las leyes de la guerra, se mandará ejecutar á uno de los separatistas, y por cada uno que se reduzca á la esclavitud, se impondrá á otro la pena de trabajos forzados, no poniéndosele en libertad hasta que el enemigo hubiese dado el ejemplo.

» ABRAHAM LINCOLN.

» Por orden del Secretario de la Guerra,

» El ayudante general, E. D. TOWNSEND.

Á pesar de adoptarse todas estas medidas que tendian á favorecer á los negros, no de-

jaban de abrigarse ciertas preocupaciones contra ellos, pero el ayudante general encargado de la organizacion de los nuevos regimientos, que estaba autorizado para nombrar á los oficiales, hizo uso de este privilegio como de un poderoso específico para desvanecer ciertos escrúpulos, pues habia muchísimos que, no pudiendo ascender en otros cuerpos, aceptaban gustosos un despacho de oficial de los negros porque así ascendian un grado sin tener que aguardar á que hubiese una vacante. No faltaba alguno, sin embargo, que hubiera creído rebajada su dignidad al aceptar una cosa semejante, pero esta invencible antipatía fué aminorándose poco á poco, aun cuando no desapareció del todo. La repugnancia que causaba al Congreso armar á los negros, á pesar de haber dado su consentimiento, los repetidos artículos de la prensa que censuraban esta medida, y la preocupacion del pueblo, fueron causa de que esta disposicion se viese tan combatida como la política que tenia por objeto emancipar á los esclavos.

Vencidas, sin embargo, las dificultades que iban presentándose á cada paso, consiguióse al fin establecer en Washington una oficina, donde debian despacharse todos los asuntos que se relacionaran con la organizacion de las nuevas tropas y el alistamiento de negros, y asimismo se creó una junta presidida por el general Silas Casey, la cual se encargó de examinar á los candidatos que aspiraban á la plaza de oficiales de los regi-

mientos. Poco despues, el departamento de la guerra espidió una órden creando en Maryland, Missouri y Tennessee varios centros dependientes del de Washington, donde podian alistarse los negros que fueran presentándose, y de este modo siguió adelante la grande obra. En diciembre de 1863 se contaban solo cincuenta mil negros alistados, y ya en fin del año siguiente habíase triplicado este número. Algunos generales unionistas los miraban con prevencion, mientras otros elogiaban su valor y buenas cualidades, y nosotros, sin hacer aquí observacion alguna, solo diremos que desempeñaron un papel muy importante, contribuyendo á poner término á la guerra. Aun cuando no tomaron parte en ninguna de las grandes batallas, prestaron útiles servicios en otras acciones secundarias y en varios sitios, especialmente en los que tuvieron lugar desde 1864 á 1865. Por su docilidad, su ejemplar obediencia, su resignacion en las fatigas de la guerra y su sereno valor en medio de los peligros, se hacian á veces superiores á los blancos, aun cuando careciesen de la inteligencia y energía de estos. En el fuerte Wagner, en Puerto Hudson, Helena, Mobila y otros puntos, se distinguieron repetidas veces, sin que al decir esto sea nuestro ánimo reconocer en ellos superioridad sobre los blancos, pero seguramente no podrán negar estos que sus nuevos auxiliares espusieron la vida valerosamente y combatieron sin igual denuedo en defensa de su pais.



CAPÍTULO XIX.

1863.

OJEADA SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA DE LA UNION.

Situacion politica interior.— Estado de los partidos.— Elecciones de 1863.— El Congreso de la Confederacion y el de la Union decretan la quinta.— Woodward la combate calificándola de inconstitucional.— Suspension del *Habeas Corpus*.— Arresto de Vallandigham.— Vallandigham es elegido candidato para el cargo de gobernador.— La Convencion democrática de Ohio pide que se le ponga en libertad.— Respuesta del Presidente Lincoln.— La prensa democrática.— El discurso del ex-Presidente Pierce.— El discurso de Seymour.— Motin en Nueva-York.— Violencias y asesinatos.— Demanda de Seymour.— Contestacion del Presidente Lincoln.— Las elecciones.— Empeñados debates.— El Gobierno apoyado por el pueblo.

Aunque no sea nuestro ánimo estendernos mucho en la narracion de los sucesos políticos, no debemos tampoco pasarlos en silencio, porque podrian hacerse falsas apreciaciones acerca de los acontecimientos militares que tuvieron lugar durante la funesta lucha que devastó los Estados de la Union. En una guerra de este género, guerra esencialmente civil, no era de esperar que los partidos dejasen de medir sus armas en el palenque político. La sangrienta derrota de los federales en Fredericksburg, y los reveses sufridos en Galveston y Chancellorsville habian desanimado mucho á los unionistas, infundiendo al mismo tiempo una gran confianza en el porvenir á sus adversarios, así como tambien á todos los amigos del Sur, tanto á los que se hallaban en el pais como en el extranjero, y todos en Europa, menos los que se inclinaban en favor del Norte, consideraban la separacion como un hecho consumado. Tanto es así, que cuando el em-

perador de Francia hizo gestiones diplomáticas en 1863 con el objeto de intervenir como mediador entre los beligerantes de América, creyóse en general que se proponia hacer un arreglo satisfactorio para que el Norte y el Sur quedaran formalmente separados.

Ya se recordará qué circunstancias contribuyeron al nombramiento de Mr. Lincoln como Presidente de la Union: los que deseaban poner un freno á los partidarios de la esclavitud, se habian dado la mano para resistirse á las exigencias del Sur, y su primera medida fué elevar al poder á un Gobierno, cuyo principal objeto seria suprimir aquella en todos los Estados.

El gran partido republicano, que triunfó con Mr. Lincoln, contaba no obstante en su seno dos fracciones principales; una de ellas, minoría ardiente en la que figuraban hombres de accion, de arraigadas convicciones y de talento, hombres que, así como los de Massachusetts, creian que la esclavitud era

un mal y un crimen tan grande, que todos los medios serian buenos para suprimirla, y por lo tanto, querian la abolicion inmediata aun cuando para ello fuese necesario recurrir á las medidas violentas. La otra fraccion, compuesta de hombres mas moderados y prácticos, se proponia el mismo objeto, pero queria obrar gradual y metódicamente dentro de la esfera de los medios legales, para lo cual aconsejaba se revisase la Constitucion por una parte, y se indemnizara á los propietarios de esclavos por la otra.

El primer acto de la reforma constitucional habia sido el nombramiento del nuevo Presidente, Mr. Lincoln, el cual pertenecia á la fraccion moderada del partido republicano, y entonces el Sur, vencido en el escrutinio, contestó por una ilegalidad flagrante, proclamando la separacion por medio de la guerra. De este modo se puso fuera de la salvaguardia de la ley, é inútil fué que la fraccion abolicionista propusiera medidas conciliatorias.

No obstante, bajo la primera impresion de los peligros que amenazarian al pais si no se evitaba aquella espantosa lucha, predominó el espíritu de union que habia presidido en las elecciones al formarse el gran partido republicano, y el Norte dejó á un lado la cuestion irritante de la esclavitud, declarando que solo combatia por el mantenimiento de la Union y de la defensa de la Constitucion.

Ya hemos dicho que los descalabros sufridos por los federales en las primeras campañas, desanimaron algun tanto á los partidarios de la Union, y en prueba de esto, baste decir que en las elecciones que se verificaron el 10 de marzo de 1863 en New-Hampshire, faltó muy poco para que el partido republicano sufriese una completa derrota. Los votos de los demócratas no habian sido nun-

ca tan numerosos como en aquella ocasion.

El dia 1.º de abril se procedió á las elecciones en Rhode-Island, y aquí triunfaron de hecho los republicanos, y eligieron sus representantes en el Congreso, pero solo por una mayoría de dos votos, lo cual no habia sucedido desde muchos años antes.

El dia 6 del mismo mes se reunieron en Connecticut para formar una Convencion los partidarios y enemigos de la guerra, y proponer los republicanos el nombramiento de Guillermo A. Buckingham para gobernador de dicho Estado, se promovieron empeñadísimos debates, por haber presentado sus contrarios, en clase de candidato, al coronel Tomás Seymour, que ya habia sido gobernador y gozaba de mucha popularidad. Seymour obtuvo un gran número de votos, y aun se le proclamó con el mayor entusiasmo para ocupar la plaza, pero el resultado fué que al fin alcanzaron el triunfo los republicanos, aunque no por una absoluta mayoría, pues Buckingham alcanzó cuarenta y un mil treinta y dos, y Seymour treinta y ocho mil trescientos noventa y cinco. Es de presumir que si este último no se hubiese mostrado tan contrario á la guerra, habria obtenido muchos mas votos, ya que no la victoria.

Durante la primera parte de 1863 no hubo elecciones en ninguno de los otros Estados libres, pero á juzgar por el resultado de aquellos en New-Hampshire, Rhode-Island y Connecticut, y por mas que el partido republicano conservara su ascendiente, no podia ponerse en duda que en general se deseaba poner término á la guerra, y mucho mas tomando por pretesto la cuestion de la esclavitud. Casi todos los que participaban de las opiniones del partido democrático, aseguraban lo que al fin llegaron algunos á creer, es decir, que los confedera-

dos, á pesar de su obstinacion en no admitir condiciones para llevar á cabo un arreglo, aceptarían al fin los medios conciliatorios para restablecer la Union despues de hacerse mútuas concesiones por una y otra parte. No faltaba, sin embargo, quien opinase que el Sur no accedería de ningun modo y que desecharía toda clase de proposiciones, en cuyo caso era preciso continuar la guerra hasta subyugarle.

El dia 16 de abril de 1862, el Congreso de la Confederacion se habia visto precisado á decretar la quinta, á la cual quedaban sujetos todos los habitantes desde la edad de diez y ocho años á la de treinta y cinco, y á la vez se aprobó un decreto disponiendo que los que se hallaban en el ejército alistados por dos ó tres años continuaran sus servicios hasta terminarse la guerra. Cuando comenzaron á multiplicarse las bajas en el ejército de la Union á consecuencia de las primeras campañas, al paso que se agotaban tambien los recursos del Tesoro, el Gobierno de Washington se vió precisado á su vez á seguir el ejemplo de la Confederacion, decretando las quintas y adoptando severas medidas por haberse visto desde luego que se trataba de entorpecer por todos los medios posibles la ejecucion de semejante proyecto. El sistema de quintas se calificó de abominable, injusto, tiránico, bueno tan solo para los Estados despóticos de la Europa, y vergonzoso en una república; el privilegio de sustituir ó redimir se consideró como una verdadera ventaja para muchos individuos, ó mas bien, como un odioso privilegio de los ricos contra los pobres (*), y se invo-

(*) Por la cantidad de trescientos duros, pagados al Gobierno, quedaba uno libre de las quintas y tambien se podia presentar un sustituto. De la quinta quedaban escludidos ciertos jefes de los departamentos ejecutivos, los jueces federales, los gobernadores de los Estados, los hijos de viuda, cuando eran únicos, ó los que teniendo á su padre acha-

caron los principios de la igualdad republicana, pero pronto se olvidaba todo esto cuando se hablaba de estender la medida hasta la raza negra.

La aprobacion del decreto de quintas promovió violentos y acalorados debates entre el partido republicano y la oposicion; las escitaciones de los demócratas acrecentaron el espíritu de hostilidad contra el Gobierno; en muchos puntos fué preciso suspender el sorteo, y hasta llegó el caso de que el Presidente hiciera una consulta jurídica en debida forma á fin de que se reconociese su derecho de decretar la quinta. En virtud de este documento se remitieron instrucciones á todas las autoridades, previniendo se procediera con el debido órden en las operaciones del sorteo y se castigase á todo aquel que tratara de oponerse á la ejecucion de esta medida. El decreto se aprobó en la Cámara por ciento quince votos contra cuarenta y nueve, y en el Senado fué desechada por treinta y cinco votos contra once una enmienda de Mr. Bayard, en la que pedia se aplazara indefinidamente la discusion del proyecto.

Cuando el Presidente dispuso que en cada distrito se nombrara una junta encargada de alistar á todos aquellos que debian entrar en el servicio, comenzó á organizarse una formidable oposicion, y un Comité compuesto de Juan Mc Cunn, de Nueva-York, y de varios magistrados demócratas, declaró que el

coso, eran el apoyo de su vejez. Tambien quedaban exceptuados aquellos jóvenes cuyas familias tenian ya dos hijos en el servicio. En esta medida se comprendia, no solo á los ciudadanos, sino tambien á los extranjeros de diez y ocho á cuarenta y cinco años que hubiesen manifestado su intencion de naturalizarse; los de veinte á treinta y cinco componian la primera clase, y todos los demás, la segunda, y se autorizaba al Presidente para que desde el 1.º de julio hiciera el sorteo de las personas que debian servir en los ejércitos nacionales por término de tres años. Todo aquel que no se presentara habiéndole tocado la suerte, se le consideraria y trataria como desertor, quedando sujeto al castigo señalado por la ley del país. **1862.**

Gobierno federal no estaba autorizado para reclutar sus ejércitos sino por medio de alistamientos voluntarios, y que solo se podía disponer de la milicia, previo el consentimiento de la autoridad del Estado. Con este motivo, el juez Woodward pronunció un notable discurso, uno de cuyos párrafos decía así :

«El gran defecto de la ley de quintas consiste principalmente en fundarse en la creencia de que el Congreso puede despojar al ciudadano, no de los derechos que goza en el Estado, pero sí de la garantía que sirve para afianzarlos. Y si se hace esto, ¿cuánto tiempo creéis que podrá durar la libertad civil entre nosotros? La Constitución de los Estados-Unidos señala los derechos del Gobierno, y los de los Estados, y así como concede al primero un ejército permanente, deja á los segundos su milicia. Esta medida es sabia y justa, pero con la actual legislación se dejan á un lado las distinciones y se trastorna todo el sistema de Gobierno en el mero hecho de convertir en ejército á la milicia de los Estados.»

Poco á poco empezó á organizarse por medio de los clubs y de los comités una oposición sistemática y vigorosa; censuráronse públicamente los actos del Gobierno, y bien pronto el partido democrático vió reforzadas sus filas en algunos Estados importantes del Norte y sobre todo en Nueva-York. Entonces muchas personas influyentes pidieron con insistencia que se entrase en negociaciones para celebrar la paz; otros combatieron enérgicamente la continuación de la guerra, exagerando las pérdidas y los sacrificios de las familias, así como la inutilidad de los esfuerzos del Norte, y no faltaron, como es consiguiente, hombres resueltos que trataron por todos los medios posibles de oponerse á la ejecución del decreto relativo á las quintas.

La situación, según vemos, iba complicándose cada vez más; hacía necesario adoptar medidas de rigor, y entre las varias que aprobó el Congreso, una de ellas autorizaba al Presidente para suspender el privilegio del *Habeas Corpus* mientras continuara la guerra, siendo el principal objeto de esta disposición castigar severamente á todos aquellos que directa ó indirectamente trataran por cualquier medio de turbar el orden ó fomentar la rebelión. Poco antes de decretarse esta medida había ocurrido un grave altercado entre la autoridad militar y los demócratas, y este hecho de que vamos á dar cuenta, produjo la mayor escitación en el departamento de Ohio.

Mr. C. Vallandigham, derrotado en las elecciones que tuvieron lugar en el Estado de Ohio en 1862, por el general Roberto Schenck, había dejado de ser miembro de la Cámara al terminar la legislatura del Congreso XXXVII, y de regreso á su país, donde los demócratas acababan de proponerle para el cargo de gobernador, organizó un Comité en el cual pronunció varios discursos escitando á los ciudadanos á que no se sometiesen á la ley de quintas. Como si esto no fuera bastante, declaró asimismo francamente que todas sus simpatías estaban en favor de la Confederación y que no podía menos de reprobar la conducta del Gobierno. El general Burnside, encargado entonces del mando de aquel departamento, publicó el día siguiente una orden general en la que decía entre otras cosas lo siguiente :

«Todos aquellos que hallándose dentro de nuestras líneas cometiesen un acto cualquiera en beneficio de los enemigos de nuestro país, serán juzgados como espías ó traidores, y probado el delito, se les condenará á muerte. En este departamento no estará permitido declarar sus simpatías en favor del ene-

migo, y los que tal hicieren, serán reducidos á prision, á fin de que se les juzgue ó se les envíe al punto donde se hallen sus amigos ó partidarios. Entiéndase bien que aquí no se tolerará la traicion, cualquiera que sea la forma en que se presente.»

Que fuera Vallandigham la causa principal de haberse publicado esta orden, es cosa que no aseguraremos, pero fácilmente se pudo comprender que él seria la primera víctima, y en efecto, tres semanas despues, es decir,

1863. el 4 de mayo, fué arrestado en su misma casa á las altas horas de la noche, acusándosele de haber pronunciado el dia antes en Monte Vernon un estenso discurso en el cual manifestó sus simpatías hácia los enemigos de la Union, emitiendo ciertas opiniones con el objeto de desacreditar al Gobierno por los esfuerzos que hacia para reprimir la rebellion del Sur.

Inmediatamente comenzó á instruirse la competente causa por el consejo de guerra, el cual condenó á Mr. Vallandigham á ser encarcelado hasta que terminara la guerra. El general Burnside dispuso entonces que se condujera al acusado al fuerte Warren, prision de Estado en el puerto de Boston, y así se hizo en efecto, pero entonces llovieron sobre el Gobierno las reclamaciones y las protestas, calificando de violenta y arbitraria la medida que acababa de adoptar y exigiendo inmediatamente se pusiese en libertad á Mr. Vallandigham. El Presidente Lincoln, despues de haber reflexionado, resolvió conmutar la prision en destierro á los Estados del Sur, y el 24 de mayo, Mr. Vallandigham fué conducido bajo pabellon parlamentario á Shelbyville (Tennessee), donde se hallaban las primeras avanzadas de los separatistas.

El proscrito del Norte fué naturalmente bien recibido por los hombres del Sur, pero no quiso que se hiciera ninguna manifesta-

cion en su favor, y al cabo de algunas semanas, consiguió que se le admitiera en un buque inglés, y fué á establecerse en el Canadá, en donde continuó escribiendo proclamas y manifiestos con el objeto de agitar las poblaciones del Norte, y principalmente la de Ohio, escitándolas contra el Gobierno federal y sus actos arbitrarios. Durante su destierro, los demócratas de Ohio, reunidos en Convencion, eligieron á Mr. Vallandigham como candidato para el cargo de gobernador de aquel Estado tan importante, y hasta se propuso que en el caso de ganarse la votacion, fueran á buscarle los hombres del partido democrático en número suficiente para resistir cualquier agresion que se intentara contra su protegido. Además de esto, la Convencion aprobó varios acuerdos por los cuales se censuraba la conducta del Gobierno, calificándola de violacion palpable de la Constitucion federal, y propuso que el Presidente y Vice-presidente de aquella, que eran ex-senadores, dirigiesen una manifestacion al Presidente, pidiéndole revocase la orden de destierro. Al otro dia se remitió á Mr. Lincoln dicho manifiesto, del cual reproduciremos dos ó tres de los principales párrafos. Hélos aquí:

«Podrá ser muy bien que las opiniones de Mr. Vallandigham difieran de las del Presidente y de su partido político, respecto á los medios de mantener los derechos constitucionales y restablecer la Union, pero esta diferencia de pareceres no prueba en manera alguna que el aludido haya faltado á sus deberes como ciudadano de América. Si un hombre amante de la Constitucion de su pais, cree en conciencia que por la naturaleza del contrato federal, no puede recurrirse á la guerra en el actual estado de cosas como medio para restablecer la Union, ¿no podrá declararlo así públicamente? Si uno cree que

una lucha cuyo objeto es someter una parte de los Estados, ó trastornar el sistema social de nuestro país no dará mas resultado que la destruccion de nuestros principios constitucionales y nuestro bienestar, ¿podrá negársele el derecho de apelar al juicio del pueblo á fin de que se cambie el sistema político por los medios legales?

»*Los infrascritos no pueden convenir con vos en el parecer que habeis emitido de que la Constitucion no es la misma en tiempo de guerra ó de revolucion armada que en tiempo de paz. La Constitucion no hace escepciones en este caso: ¿quiere decirnos el Presidente si tiene derecho alguno para introducir escepciones cuando se trata de las garantías constitucionales, aunque sea en tiempo de guerra?*

»El artículo de la Constitucion que define los diversos poderes conferidos al Congreso previene, *que el privilegio del Habeas Corpus no podrá suspenderse sino en los casos de rebelion ó invasion ó cuando la seguridad pública lo exigiere*, pero esto no tiene nada que ver con las otras garantías constitucionales de la libertad personal.»

Á este manifiesto contestó inmediatamente Mr. Lincoln en los siguientes términos:

«La insistencia con que afirmais que solo en tiempos de revolucion puede procederse de cierto modo al aplicar las leyes de justicia, me induce á contestaros con alguna estension. Tratais de demostrar que cualquiera está autorizado para oponer trabas á los que tienen el deber de combatir una rebelion gigantesca, sin que haya luego derecho de aplicarle la ley, pero debeis tener en cuenta que la misma Constitucion rechaza este principio. Las detenciones y los arrestos que se han hecho, incluso el de Mr. Vallandigham, que en nada se diferencia de los demás, deben considerarse como una medida

preventiva y no como un castigo; como un procedimiento para conservar la paz y evitar desórdenes, y la prueba es que el único castigo aplicado, se ha reducido al que es puramente incidental, á la detencion y á lo que es consecuencia de esta. El arresto de Mr. Vallandigham tuvo por objeto impedir que se perjudicase al servicio militar, y bien veis que luego se modificó la sentencia en su obsequio.

»Omitís el reconocer que un ejército es un medio constitucional para salvar á la Union y reprimir una insurreccion, y tampoco confesais que el objeto de los Estados rebeldes es separarse de los libres, interrumpiendo la buena armonía que ha reinado hasta aquí, pero esto no impide que elijais como gobernador á un hombre cuyas ideas conoceis tan bien como yo, y que combate al Gobierno solo porque este se vale de un ejército para reprimir la rebelion. Vuestra propia actitud estimula á la desercion y á la resistencia, porque haceis creer á los que faltan á sus deberes, que encontrarán en vosotros proteccion.

»Ignoro, señores, si conseguire llevar el convencimiento á vuestro ánimo, pero estad seguros que tanto los amigos como los enemigos de la Union, comprenderán perfectamente la exactitud de mi aserto.

»He concedido la libertad á Mr. Vallandigham, sin imponerle condiciones que le comprometan en nada absolutamente, respecto á lo que haga ó deje de hacer, y obro así, porque espero que á su regreso no tratará de ponerse en mal lugar con sus amigos, ni es de presumir tampoco que se vea en peligro la seguridad pública. De todos modos, debe entenderse que tanto con Mr. Vallandigham, como con los demás, he obrado y obraré siempre como lo exija el mejor servicio del país y los intereses del Gobierno.

»Con este motivo tengo el honor de ofrecerme vuestro muy afectísimo,

»*Abraham Lincoln.*»

El Presidente se veía obligado á cada momento á sostener polémicas de este género á fin de no dejar sin contestacion las muchas reclamaciones y cartas que se le dirigian: el partido democrático iba siendo cada vez mas fuerte, y arreciaba la lucha política con tanto empeño, si cabe, como la que tenia lugar en los campos de batalla. Los dias mas tristes para la República fueron, á no dudarlo, los que precedieron al 4 de julio de 1863, en que el derrotado ejército del Potomac comenzó á retirarse para cubrir á Washington y Baltimore, mientras que los descalabros sufridos en Winchester, en Fredericksburg y en Chancellorsville, acababan de hacer apurar al Gobierno el cáliz de la amargura. Durante aquellos dias de verdadero peligro, cuando los partidarios del Sur y muchos que no lo eran, esperaban á cada momento ver aparecer de pronto frente á Philadelphia y Nueva-York las victoriosas legiones del general Lee, todos los jefes del partido democrático y sus principales oradores se ocupaban en confeccionar discursos que, leídos sucesivamente, obtuvieron entusiastas aplausos, principalmente de aquellos que insistian en que era preciso á toda costa poner término á la guerra que devastaba el pais.

El ex-Presidente Franklin Pierce, entre otros oradores, pronunció en Concordia un brillante discurso, del cual copiaremos aquí algunos de los párrafos mas notables :

«La Declaracion de la Independencia, decia Mr. Pierce, fué la base de nuestra grandeza política en las dos ideas fundamentales de la libertad absoluta del pueblo americano y de la soberanía de sus respectivos Estados. Bajo esa bandera hicieron la guerra

de la Revolucion nuestros heróicos abuelos, supieron vencer, y establecieron la Union con las bases que todos conocemos, comprometiéndose á observar rigurosamente los principios constitucionales que entonces empezaron á regirnos. Sabios é ilustrados fueron los hombres que establecieron la Union, ese templo augusto bajo cuya bóveda han disfrutado tres generaciones todos los beneficios de la libertad que la Providencia puede conceder á los mortales; ese templo ante cuyos altares, tanto vosotros como yo, nos hemos inclinado con el mayor respeto, consagrándonos á defender la Constitucion que nos rige. No podreis menos de reconocer como yo, el mérito, la prevision, la sagacidad y el esquisito tacto de aquellos eminentes políticos que miraron á la sociedad como una cosa viviente y no como una vision, que comprendieron que el poder nacional consiste en la concentracion de diversas instituciones é intereses, que vieron, en fin, que la union de las partes es el elemento mas necesario de todo lo que hay de sublime en las obras del arte ó de la naturaleza. Venturoso dia fué aquel en que se proclamó por primera vez la Union, porque desde entonces aumentó la prosperidad del pais y quedó asegurado el bienestar del pueblo; acordaos de Washington, de Adams, de Jefferson, de Madison y de Jackson; aquellos eran tiempos felices, pero despues, nuestros padres comenzaron á dejarse dominar por las animosidades y espíritu de partido, y ya en la tercera generacion murió el patriotismo, sustituyendo á este las mas mezquinas pasiones. En otro tiempo nos considerábamos como la primera República del mundo; éramos queridos y respetados; los dias transcurrían felices; ningun ciudadano de América se veía espuesto á que se le desterrara ó se le arrestase por hacer uso de

sus mas preciosos privilegios; entonces no éramos testigos de una guerra espantosa, de una lucha fratricida, como la que devasta nuestro pais, sembrando el luto y la consternacion por do quiera, haciendo verter amargas lágrimas á las familias de las numerosas víctimas que riegan con su sangre los campos de batalla. ¿Cuál es la causa de este cambio? ¿Qué locura se ha apoderado de los hombres de la Union? ¿Diríase que la Providencia ha permitido que un ángel vengador escitara á unos y á otros con su espada de fuego para convertir tantos millones de virtuosos ciudadanos, que se profesaban un cariño fraternal, en seres insensatos animados de un espíritu de destruccion; diríase que luchan tan solo para convertir nuestro suelo en un informe monton de ruinas enrojecidas con la sangre de millares de víctimas! ¿Á veces trato de cerrar los ojos para no ver dolorosas escenas; quisiera no oir los lamentos que llegan hasta mí, y me pregunto si lo que ahora sucede puede ser cierto, y si los dias de feliz prosperidad de mi pais no han sido mas que una vision pasajera, un sueño dorado que nunca ha llegado á convertirse en realidad, un sueño del que ahora despertamos para ver en derredor nuestro tan solo la miseria y la desolacion! Todo esto parece imposible, pero ¡ay! inútil seria negar esta verdad desconsoladora, inútil tratar de persuadirnos de lo contrario. ¿Podriais olvidar esos dias no remotos de nuestra historia, durante los cuales llegamos á elevarnos cubiertos de gloria ante las demás naciones civilizadas, que citaban como modelo al Gobierno de nuestra gran República? Entonces se hacia solo la guerra á un enemigo extranjero, entonces no teniamos que lamentar una lucha fratricida, entonces no se atacaba á poblaciones sin defensa, ni se quemaban ciu-

dades, ni se devastaban los campos, ni se destruian las fábricas, ni se pensaba en otra cosa sino en defender los sagrados derechos de la patria, despues de haber espulsado del pais á los que inútilmente trataron de dominarnos.

» ¡Cómo ha cambiado todo! ¿Y por qué? ¿Acaso no sabeis todos la causa de tantas calamidades? ¿Ignorais por ventura que la injustificable intervencion de algunos ciudadanos del Norte en los reconocidos derechos del Sur, ha dado origen á las tribulaciones que nos aquejan? ¿No es una cosa notoria que las infracciones de la Constitucion son el principal motivo de las dolorosas calamidades por que atraviesa el pais? Antes viviamos todos en paz, reinaba entre nosotros una armonía envidiable, caminábamos rápidamente por la senda del progreso, y de pronto nos hemos detenido; ¿para qué?..... para empeñarnos en una guerra civil que horroriza á las demás naciones, para lanzarnos en una lucha sangrienta en que ha tomado parte un millon de hombres, lucha terrible y digna tan solo de las edades bárbaras, que lleva el luto, la desolacion y la muerte á los tranquilos hogares de los ciudadanos que pueblan este vasto dominio! Y no es esto todo; en aquellos Estados donde no arrecia la lucha, donde no se tocan las funestas consecuencias de este duelo mortal, donde no llegan sino como un eco el estampido del cañon, el ronco fragor de la fusilería y los lamentos de los moribundos, aun allí domina ya el despotismo militar, que ataca las libertades del pueblo en menosprecio de la Constitucion; y en este pais, donde existe la libertad del pensamiento y la palabra, en esta República, donde hemos disfrutado siempre del sufragio universal, primera base de las instituciones republicanas, en este pais, repito, usar de cualquier de esos dere-

chos, ¡ se considera ya como un crimen! . . .

» Amigos míos, todos vosotros habreis tenido que lamentar desgracias, á todos os habrán afligido penalidades que no pueden evitarse en el transcurso de la vida, pero ninguna como las que diariamente van pesando sobre nosotros en medio del gran desastre nacional de que es víctima nuestro suelo enrojecido ahora con la mas preciosa sangre de nuestros bravos ciudadanos; con la sangre de aquellos cuyos padres lucharon por su independencia. Esta guerra civil, tan funesta como inútil, agota todos nuestros recursos, acabará al fin con nuestro poderío, y esto cuando se ha demostrado que, unidos y merced al anchuroso Océano que nos separa de las demás potencias de Europa, podriamos hacer frente al mundo entero, aun cuando se armase en masa contra nosotros.

» Ahora, amigos míos, despues de oír lo que os he dicho, podriais preguntarme lo que yo haria en este terrible conflicto, y á esto contestaré que desde el principio de la lucha hasta el dia, solo he tenido mis esperanzas en la fuerza moral, y en ella se fundan aun. Cuando en la primavera de 1861 tuve el honor de dirigiros la palabra, os dije, como os digo ahora, que no he creído ni creo que puedan remediarse nuestros males apelando á las armas, y todo cuanto ha ocurrido desde entonces, me confirma mas y mas en mi opinion. La experiencia nos ha demostrado durante estos dos últimos años cuán inútiles son nuestros esfuerzos para mantener la Union por medio de la guerra, y aun cuando la victoria favorezca á los unos ó á los otros, no por eso se conseguirá el resultado apetecido. Solo por medio de agentes pacíficos podemos esperar que se restablezca la Union y quede asegurada la tranquilidad doméstica y el bienestar del pais; solo así conservaremos

nuestras libertades y nuestros derechos, único objeto con que se formó la Constitucion. Si con las gestiones de esos agentes de paz no se consiguiese una avenencia, si nada bastara para reprimir la cólera que anima á unos y á otros, si fuesen inútiles todos nuestros esfuerzos para conseguir un arreglo amistoso, entonces cada uno deberá obrar segun le dicte su conciencia, y al intentar por última vez defender nuestros derechos como pueblo libre, formaremos con nuestros corazones un gran mausoleo que será la admiracion de los amantes de la libertad, y ante el cual se inclinarán respetuosamente, como se inclinan los peregrinos ante las sagradas reliquias de la Tierra Santa.»

Bien se deja ver por el discurso que antecede, que las simpatías del orador estaban en favor de los separatistas, y para que el lector pueda comparar, parécenos oportuno copiar á continuacion una parte del discurso del gobernador Seymour, que ya por sus opiniones moderadas ó porque á ello le obligó su posicion oficial, mostróse mucho mas comedido que la mayoría de sus compatriotas, sin que por esto dejase de hacer gala de sus brillantes dotes de elocuente orador. Hé aquí cómo se espresaba:

«Hace algun tiempo que yo y mis amigos pronosticamos que amenazaban grandes peligros á la patria, pero entonces todos se rieron de nuestros temores: mas tarde, cuando ya empezaba á encapotarse el horizonte de nuestro porvenir, cuando ya se acercaba el momento en que debia oírse el estampido del cañon, anunciando el principio de una funesta y sangrienta lucha, no vacilamos un momento en suplicar á los que estaban en el poder, que hicieran todo lo posible para zanjar las diferencias entre el Norte y el Sur de una manera amistosa y sin recurrir á los extremos, pues un gran orador y eminente

político, el célebre Burke, nos había asegurado que no había revolución que no pudiera evitarse por medios conciliatorios cuando se empleaban estos oportunamente. (Aplausos.) Nuestras advertencias no fueron escuchadas, y cuando ya se entabló la lucha, de nuevo nos dirigimos á los hombres del Gobierno rogándoles que, apreciando el valor de sus adversarios, no trataran de apurar la paciencia de nuestros Estados hermanos con injustas exigencias, pero entonces se creyó que nuestras palabras eran hijas de una escesiva simpatía, y hasta no faltó quien nos tachara de traidores. Ahora bien, ya veis cómo se ha realizado nuestra profecía, ya veis cuáles son las consecuencias de no haber atendido á nuestras palabras; la sangre de nuestros valientes soldados enrojece los campos de este vasto continente; la guerra ha sembrado el luto y la consternación entre miles de familias, y á pasos agigantados nos dirigimos al borde de un abismo, en el cual caeremos irremisiblemente después de haber visto nuestra hermosa patria convertida en un vasto montón de ruinas. No solo está desgarrado nuestro país por la más sangrienta de las guerras que se hayan conocido en toda la tierra, por la lucha más espantosa que pudieran imaginar los mortales, sino que estamos divididos por los partidos políticos, que se observan y vigilan con desconfianza, como si se preparasen también á medir sus armas en un duelo mortal. Se dice por los que apoyan al Gobierno, que nosotros, los que diferimos patrióticamente y sinceramente de sus opiniones, tratamos de encubrir alguna traición y somos enemigos de nuestro país, (¡Atención! ¡atención!) y por otra parte, los hombres de la democracia creen que el Gobierno trata de despojarles de sus derechos y libertad, así como también de sus más sagradas franquicias. No necesito re-

currir al testimonio de la prensa ni al de la opinión pública para demostraros cuánta es la exasperación que anima á los partidos y cuán dispuestos se hallan á lanzarse á la palestra, y aun cuando hace algunos años se nos aseguró que esto no redundaría en perjuicio del país, ahora estamos tocando las consecuencias de esas luchas intestinas que siempre serán funestas para todas las naciones.

»Solo en un punto convienen todos para reconocer que hasta que el Norte permanezca unido, no podrá dar ningún buen resultado la guerra; hasta que se restablezca la armonía no puede asegurarse la paz; ¿y cómo ha de obtenerse esto? ¿Será acaso por medio de la coerción? Á vosotros apelo, amigos republicanos: al decir que la existencia nacional depende de la buena armonía y de la concordia, ¿creéis por ventura que esta ha de conseguirse apoderándoos de nuestras personas, infringiendo nuestros derechos, injuriándonos en nuestros tranquilos hogares, y despojándonos, en fin, de esos sagrados privilegios por los que combatieron nuestros padres y que hemos jurado conservar á costa de nuestras vidas? (Ruidosos aplausos.)

»Nosotros pedimos tan solo que nos deis lo que deseáis para vosotros mismos; que se nos conceda lo que no se niega nunca á ningún hombre libre y que se respete á sí mismo, es decir, la libertad de la palabra y el derecho de usar de todas las franquicias que confiere la Constitución á los ciudadanos de América. (Nutridos aplausos.) ¿Podreis por ventura negarnos esto? ¿No sería atacar vuestros propios derechos el obrar así? ¿No dais lugar á que estalle la revolución al decir que teneis derecho para apoderaros de nuestras personas, confiscar nuestros bienes y allanar nuestras casas? ¿No os esponeis vosotros á un peligro tan grande como aquel

con el cual nos amenazais? Acordaos de esto: la sangrienta y revolucionaria doctrina, fundada en la necesidad pública, puede proclamarse por las turbas lo mismo que por un Gobierno. (Aplausos.)

»Hoy nos vemos rodeados de tumbas; en una tierra cubierta de luto, regada con la sangre de nuestros amigos, de nuestros hermanos ó de nuestros parientes, víctimas de la mas espantosa lucha que se registra en los anales de la historia de las naciones; pero si queremos, pueden evitarse futuras calamidades, y para esto basta respetar la Constitucion y nuestras libertades, y acatar las leyes y los derechos de cada cual; recordad lo que hicieron nuestros padres en verdaderos dias de prueba cuando tuvieron que luchar contra el poder de un monarca. (Ruidosos aplausos.) Si quereis salvar el pais y asegurar vuestras libertades, comenzad por el principio, comenzad por el círculo de vuestras familias, haced que se respeten las instituciones de América, y se reconozca la inviolabilidad de vuestros privilegios, y una vez proclamados vuestros derechos, tened mucho cuidado de no usurpar los de vuestros vecinos. (Aplausos.)»

Los discursos que acabamos de copiar eran muy comedidos, comparados con los que pronunciarian otros hombres del partido democrático, pero todos ellos revelaban una creciente hostilidad contra el Gobierno federal, á quien mas ó menos embozadamente se acusaba de ser el causante de la funesta guerra que asolaba al pais.

No era solo el partido de oposicion el único que tomaba como pretesto el decreto relativo á las quintas para combatir al Gobierno; tambien la prensa democrática se valia de él como de un arma para esgrimirla contra Mr. Lincoln, y no es por lo tanto de es-

trañar que poco antes de comenzarse en Nueva-York las operaciones del primer sorteo, que se debia celebrar el dia 13 de julio, publicaran los diarios de dicho **1863.** partido estensos artículos, cuyo principal objeto era inflamar las pasiones de aquellos que no estaban dispuestos á tomar parte en la lucha, esponiéndose á toda clase de peligros y privaciones para que se pudiese continuar la guerra. Dijose entre otras cosas que nada justificaba el alistamiento, que el contingente que se pedia era excesivo, que no habria legalidad en las operaciones, y por último, que la medida adoptada por el Gobierno era á todas luces inconstitucional y atentatoria contra la libertad individual y contra los derechos de los Estados.

No es nuestro ánimo reproducir aquí todos los artículos de los periódicos en cuestion, pues esto seria demasiado largo, tanto mas cuanto que uno ó dos párrafos bastarán para que el lector forme una idea del carácter de aquellos y de las razones en que se fundaban los enemigos del Gobierno para combatir la última medida adoptada por Mr. Lincoln.

El journal of Commerce (Diario del Comercio), decia entre otras cosas lo siguiente:

«Por doloroso que sea, preciso es confesar que la guerra con todas sus funestas consecuencias, es el instrumento de que se valen á veces los hombres mal intencionados para llevar á cabo sus fines, sin apreciar en nada la sangre que se vierte ni las penas que afligen á miles de familias. Los hombres que así obran, carecen completamente de conciencia, creen que no contraen responsabilidad alguna, y solo piensan en la realizacion de sus mezquinos deseos ó interesadas miras. ¿Qué derecho tiene ningun hombre para apelar á la fuerza de las armas en un caso como el de que ahora nos ocupamos? Los que promueven una guerra civil como la que ahora

devasta los vastos Estados de este continente, son responsables ante Dios y ante los hombres de la sangre vertida y de los sacrificios hechos, y nada en el mundo puede dispensarles de esta responsabilidad.

»Algunos hombres sostienen que una vez empezada la guerra no debe ponerse término á ella hasta que la esclavitud quede abolida, pero á los que así dicen no puede considerárseles sino como asesinos; el calificativo es duro, pero es exacto. ¿Hay algo que justifique á los Estados del Norte por haber provocado una guerra en los Estados del Sur con el único objeto de abolir la esclavitud? ¡No! Esta es una lucha fratricida que no puede justificarse en modo alguno.»

El *Daily News* (Diario de noticias) se expresaba en estos términos:

«De esperar es que se adoptarán medidas para probar la constitucionalidad de la ley que arrancará de sus hogares á sesenta mil ciudadanos para obligarles á tomar parte en la espantosa é injustificable lucha que está asolando á nuestro país. Dícese que el gobernador Seymour asegura que ni el Presidente ni el Congreso tienen autorización, sin previo consentimiento de las autoridades de los Estados, para poner en ejecución un decreto como el que se acaba de aprobar bajo los auspicios del departamento de la guerra, pero Mr. Seymour añade, que en su concepto no adelantaría nada en practicar gestiones, y que por lo tanto es preferible que se resuelva esta cuestión en el Tribunal Supremo.

»La manera de hacer el sorteo en Nueva-York, es un ultraje para el pueblo, y no ha tenido ejemplo hasta aquí, pues ni siquiera ha publicado el Gobierno un manifiesto sobre este asunto, y se trata con la mayor indiferencia la cuestión de si ha de hacerse una leva de trescientos mil ó seiscientos mil hombres. Si como es de suponer, basta con la pri-

mera cifra para reorganizar el ejército de la Union, el cupo de esta ciudad no debe esceder de doce mil hombres, y en vez de esto, se piden veintidos mil, además de un cincuenta por ciento para formar la reserva. Conviene advertir que los trescientos duros que paga todo aquel que, contando con recursos, puede librarse de la quinta, no se emplean en poner un sustituto, como debería hacerse con arreglo al espíritu de la ley, sino que se destinan á otro objeto.

»El objeto evidente de los que apoyan la ley de quintas, es disminuir el número de votos democráticos en las próximas elecciones, y claro es que por este medio abriga el Gobierno esperanzas de continuar en el poder otros cuatro años. Matando demócratas, á fin de llenar luego las urnas con los votos de sus soldados ó de los negros, creen los hombres que están en el poder que podrán combatir fácilmente la oposición. Nosotros abrigamos la confianza de que se adoptarán inmediatamente medidas para impedir que se cometa un escandaloso abuso, y para que nuestro tribunal evite por cuantos medios estén á su alcance, que la ciudad de Nueva-York siga tomando parte en la guerra fratricida que está asolando á nuestro hermoso país.»

Al día siguiente de haberse publicado estos artículos, es decir, el 4 de julio, **1863.** circuló en Nueva-York clandestinamente una proclama incendiaria, anónima como es de suponer, en la cual se escitaba al pueblo á defender sus derechos y libertades, con el evidente objeto de promover una insurrección el día en que se verificaran las operaciones de la quinta. Precisamente por entonces se recibió el telégrama remitido por Meade desde el campamento de Gettysburg, pero ya los ánimos estaban muy sobrecitados, y según veremos no era fácil evitar un conflicto.

El día 13 de julio, día señalado para el sorteo de los quintos, comenzaron á formarse grupos de mal aspecto en los barrios bajos de la ciudad, y poco despues se les vió avanzar hácia el centro en direccion á Third Avenue (Tercera Avenida), en cuyo punto se hallaba el preboste en la casa núm. 46, procediendo al sorteo con los empleados necesarios delante de unas trescientas personas. Se habrian sacado ya unos cien nombres de la urna, y reinaba la mayor tranquilidad, cuando se oyó en la calle un pistoletazo y poco despues caian hechos pedazos los cristales de las ventanas, en tanto que una numerosa turba penetraba en la casa, de donde echó á los que componian el tribunal y á los demás empleados despues de rasgar todos los papeles que encontró. En pocos minutos, uno de los amotinados humedeció con trementina y aguarrás el suelo y las paredes, y bien pronto se vió el edificio rodeado de llamas; los agentes de la autoridad que trataron de oponerse, fueron apedreados por la multitud, que maltrató igualmente á Mr. Juan Kennedy, superintendente de policía, á quien reconocieron los trastornadores inmediatamente porque iba de gran uniforme. Una escasa fuerza del cuerpo de inválidos, que llegó á poco con intencion de contener el tumulto, hubo de retirarse precipitadamente, dominada por la furiosa multitud, compuesta ya de algunos miles de hombres, y lo mismo le sucedió á un fuerte destacamento de policía que trató de dispersar las turbas. Los bomberos, que tardaron algun tiempo en presentarse, y á quienes aplaudió la multitud, no hicieron esfuerzo alguno para salvar la casa donde se habia declarado el fuego, pero luego lo cortaron, si bien cuando ya se habia comunicado á otros edificios y cuando las turbas se alejaban para ir á cometer nuevos excesos en otros puntos.

La milicia de la ciudad se hallaba por lo general ausente ó retirada en el interior de Pennsylvania, y como el Gobierno no tenia á su inmediata disposicion sino una escasa fuerza, ni era suficiente la policía, aunque perfectamente organizada, para contener una insurreccion en que habian tomado parte ya lo menos diez mil hombres, los amotinados tuvieron tiempo para entregarse á toda clase de violencias. No cabe la menor duda de que el movimiento era premeditado, y difundida la noticia por toda la ciudad, no tardaron en echarse á la calle todos aquellos que temian la quinta, que detestaban la guerra ó que consideraban á los negros como la única causa de las miserias públicas, y sobre todo, de que se hubiese decretado el alistamiento forzoso. Los insurrectos consiguieron aumentar bien pronto su número presentándose ante las fábricas y grandes almacenes para exigir que suspendieran los trabajos, demanda á que por desgracia se accedió, bien fuese por temor ó por simpatía. Como es de presumir, todos los ladrones y gente perdida, escoria de la sociedad, que no suelen tener mas habitacion que las cárceles, se alegraron muchísimo de que se les presentara aquella oportunidad para ejercer su industria, tomando por pretesto el descontento popular, y todos aquellos bribones y borrachos, que eran los que se mostraban mas furiosos, se encargaron de dirigir los pasos de la multitud, que era ya muy numerosa, y que se aumentó aun mucho mas en los dos dias siguientes.

Los gritos de *¡Abajo las quintas! ¡Fuera Lincoln! ¡Mueran los negros!* resonaban por las calles á cada momento, en tanto que una nube de piedras rompía los cristales de los balcones y ventanas; los telégrafos y las vias férreas que habia dentro de la ciudad fueron destruidos sin contemplacion alguna

por aquellos malvados. Las primeras víctimas de la conmoción popular fueron los pobres negros, á quienes aborrecían de muerte los trabajadores irlandeses, que formaban una gran mayoría entre las turbas, y que les tenían declarada la guerra, porque, como mas trabajadores y mas activos, les hacían una competencia que les perjudicaba en extremo. Este antagonismo entre irlandeses y negros debía ser fatal á los últimos en una ocasión como aquella, y en efecto, todos cuantos cayeron en poder de los insurrectos fueron víctimas de su furor. Á uno de ellos que se había defendido valerosamente, le colgaron de un farol, y después le aplicaron fuego á los piés hasta que se abrasó completamente; un muchacho de unos diez años, que iba á sufrir la misma suerte, tuvo la fortuna de escaparse, y aquello se convirtió entonces en una verdadera caza de negros. Imposible parece que en pleno siglo XIX se cometieran las atrocidades y violencias de que entonces fué testigo la ciudad de Nueva-York.

El Asilo de Huérfanos, creado especialmente para los negros, que ocupaba un espacioso y magnífico edificio, cuyo valor no bajaría de doscientos mil duros con el mueblaje, sufrió la misma suerte de otros muchos; este asilo, que servía también de escuela y estaba bajo el patronato de unas señoras filantrópicas, fué rodeado por las turbas, que después de poner en dispersión á los agentes de policía, que en vano trataban de contener á los amotinados, pegaron fuego al edificio, no sin haberse apoderado antes de una porción de alfombras y camas de acero, que desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Las oficinas destinadas para el alistamiento en el distrito octavo, se hallaban en la esquina de la calle de Broadway, junto á

unos almacenes llenos de toda clase de géneros, y hácia aquel punto se dirigieron los amotinados, que pegaron fuego al edificio, como lo habían hecho ya en otras partes.

El movimiento popular, que había comenzado el 13 de julio, continuó por espacio de tres días estendiéndose hasta Brooklyn, donde los insurrectos destruyeron una magnífica máquina, cuyo valor no bajaba de cien mil duros, después de haber pegado fuego á varios edificios. Sin embargo, ya por entonces había acudido alguna tropa y un cuerpo de la milicia, de modo que, aunque hubo mas lucha que en el primer día, no fué tanta la devastación, y los amotinados, que sufrieron considerables pérdidas, comenzaron á retirarse hácia los barrios donde naturalmente podían oponer mas resistencia. Á pesar de esto, como los trenes no circulaban, ni se encontraban trabajadores para cargar los buques del puerto, el comercio estuvo paralizado durante algunos días (*).

El gobernador Seymour, que había marchado algunos días antes á Nueva-Jersey,

(*) *El Tribuno*, del 15 de julio, decía lo siguiente al dar cuenta del motín:

«Sería absurdo atribuir esta insurrección á otra cosa sino á la influencia de los separatistas: si, como algunos aseguran, proviene solo la queja de que se hacen pagar trescientos duros por un sustituto, ¿por qué se maltrata y asesina á los negros? ¿Son ellos acaso los que han decretado esta orden? ¿No son por el contrario tan pobres que les sería imposible pagar los trescientos duros? ¿Qué delito han cometido para ser víctimas de esos actos de barbarie sin ejemplo en nuestra historia? ¿De qué puede acusárseles sino de que son enemigos de la esclavitud? Desengañémonos, examinemos los hechos y fácil nos será reconocer que todo esto ha sido un movimiento en favor de Jefferson Davis y de Lee; escuchad los gritos de la multitud y las arengas de sus oradores favoritos, y oireis, repetidas á cada momento, las palabras *negros, abolición, republicanos*. Si en vez de los amigos del Sur hubieran sido los abolicionistas los amotinados, habríamos visto á la mayor parte de esas turbas declararse en contra de ellos, y es una prueba evidente que el reciente triunfo de nuestras armas es el que ha escitado sobre todo á nuestros enemigos á promover este conflicto y la resistencia á las leyes que todos debemos respetar.

volvió á la capital el martes por la tarde, y habiéndose dirigido á la Casa de la Ciudad seguido de su escolta, salió al balcon y dirigió las siguientes palabras á la multitud :

«Amigos míos: he venido aquí espresamente para saber lo que pasa y para que me digais cuáles son vuestras quejas, aun cuando supongo que se trata de la quinta. Permittedme aseguraros que soy amigo vuestro, (Aclamaciones) y como tal, creo que me profesais alguna amistad. (Sí, sí.) Yo os aseguro, amigos míos, que estoy aquí para daros una prueba de mi simpatía, (Aclamaciones) y ahora debo anunciaros que mi ayudante general ha marchado á Washington para conferenciar con las autoridades á fin de que se suspenda la quinta. (Ruidosas aclamaciones.) Entre tanto, hacedme el favor de aguardar su vuelta, y yo os prometo que haré cuanto sea posible para que no se perjudique á ninguno. Respetad las propiedades y las personas, procurando mantener el orden, y no tendreis motivo de queja; yo creo que hareis esto por mí. Deseo que os retireis como buenos ciudadanos, pues no ignorais que cuando os parezca necesario podeis reuniros otra vez; dejadlo todo á mi cuidado y yo procuraré que se respeten vuestros derechos, pero, al menos, esperad á que vuelva mi ayudante, y no molesteis á nadie ni cometais exceso alguno. Es todo cuanto os pido y espero de vosotros.»

El gobernador Seymour no debia haber ofrecido, en nuestro concepto, que se suspenderia la quinta, ni anduvo tampoco muy cuerdo al dirigir á la multitud un discurso, en el cual, si no reconocia el derecho de insurreccionarse, de quemar edificios y cazar negros, daba á entender que todo esto podria hacerse en el caso de no suspenderse el alistamiento forzoso. Seguramente los amotinados lo comprendieron así, y por lo tanto era

de temer que se repitiesen desagradables escenas al proceder de nuevo á las operaciones de la quinta.

Los insurrectos, que antes de retirarse del centro de la ciudad habian saqueado completamente el edificio, donde tenia su redaccion é imprenta el diario abolicionista, el *New-York Tribune*, siguieron cometiendo algunos abusos durante el dia 15, pero estos se limitaron á varios robos aislados, si bien la multitud asesinó á dos ó tres negros, persiguiendo á otros muchos que tuvieron la suerte de escapar con vida. Por la tarde los insurrectos hicieron frente á un destacamento de tropas al mando del capitán Putnam, el cual atacó resueltamente á las turbas con objeto de sofocar de una vez la insurreccion. En el combate que se siguió, tuvieron los amotinados trece muertos y diez y ocho heridos, quedando prisioneros veinticuatro de los suyos, mientras el capitán Putnam solo perdió dos ó tres hombres. El valor de lo destruido durante aquellos dias no bajaba de dos millones de duros.

Lo que mas efecto hizo en aquella horda de bandidos, fué la indignacion que se apoderó de la parte sensata del vecindario: todo el cuerpo de policia, tan respetable y vigoroso en la ciudad de Nueva-York, y que se habia visto maltratado los dias anteriores, quiso tomar la revancha, y secundado por un numeroso cuerpo de voluntarios, contuvo á las masas por algun tiempo, lo cual dió lugar á que llegasen varios regimientos de milicia procedentes de Pennsylvania y algunas tropas veteranas del ejército del Potomac, cuya artillería barrió bien pronto las calles, acabándose de pacificar por este medio la ciudad, despues de ocho dias de sangrientos desórdenes, que apenas se creeria pudieran ocurrir en un pais civilizado y en un siglo que llaman de las luces.

Tambien ocurrieron desórdenes semejantes en Boston, en Jersey, en Jamaica y algunos otros puntos, pero todos ellos estaban relacionados con la insurreccion de Nueva-York, siendo la ley de quintas el pretexto que se tomó para cometer toda clase de desórdenes y resistirse á la ley.

El gobernador Seymour dirigió una solicitud al Presidente en 3 de agosto, en la que, despues de pedirle que se suspendiera **1863.** la quinta por ser escesiva la cuota señalada para los distritos urbanos de su estado, se espresaba en estos términos:

«La mitad, cuando menos, de los Estados leales opina que la ley de quintas es una violacion de los principios constitucionales, y se teme en general que esta medida ha de producir graves perjuicios. No es mi ánimo combatir esa ley ni tampoco la política del Gobierno, pero, en mi concepto, convendria consultar detenidamente la opinion pública.»

Debe advertirse que el gobernador dirigió esta solicitud á Mr. Lincoln á escitacion de los demócratas que, al combatir la ley de quintas, sosténian que era preciso mantener á toda costa los derechos y soberanía del Estado, á fin de evitar que se sujetara á los ciudadanos á una quinta injusta.

El Presidente contestó al gobernador Seymour, en 7 de agosto, y despues de manifestarle que estaba dispuesto á suspender la quinta, pero solo hasta que se viera si la cuota señalada era demasiado escesiva, decíale lo siguiente:

«Yo me someteré gustoso á la decision del Supremo Tribunal cuando resuelva acerca de la constitucionalidad de la ley de quintas, pero entre tanto no puedo perder tiempo, pues estamos luchando con un enemigo que aprovecha todas las oportunidades que se le presentan para aumentar sus filas, y de este modo podrá contar muy pronto con un ejér-

cito al que seria difícil hacer frente. Yo me propongo obrar dentro del circulo de la justicia y de los principios constitucionales, y en el desempeño de las funciones de mi importante cargo, procuraré que se conserve la unidad y se respeten las leyes del pais.»

El dia 1.º de setiembre, dia fijado para la eleccion de gobernadores en varios Estados, comenzaron á organizarse los Comités, y se procedió desde luego á la **1863.** votacion. En Vermont, donde hasta entonces habian contado con una inmensa mayoría los republicanos, empezaban á ganar terreno los demócratas, mas no les fué posible conseguir la victoria, así como tampoco en California, que se declaraba en favor de la Union, ni en ninguno de los demás Estados. Llegado el mes de octubre, se procedió á segundas elecciones, que fueron mucho mas decisivas: en Pennsylvania, el gobernador Andrés Curtin, ardiente partidario de la guerra, fué propuesto por los republicanos á fin de que se le reeligiase, mientras los demócratas dieron todos sus votos á Mr. Woodward, que por el contrario opinaba por la separacion. Los debates que se promovieron con aquel motivo fueron animadísimos y decisivo el resultado, pues el gobernador Curtin quedó reelegido por una mayoría de mas de quince mil votos, restableciéndose así el ascendiente de los republicanos y del Gobierno. Para completar el triunfo, los presidentes de tres tribunales del Norte de Nueva-York reconocieron pocos dias despues, al fallar varias causas, la constitucionalidad de la ley de quintas.

El Estado de Ohio, por razon del destierro de Mr. Vallandigham, fué el palenque de una lucha mas obstinada, pues los Comités democráticos parecian dispuestos á disputar el terreno palmo á palmo. No obstante, á pesar de sus esfuerzos, y aun cuando el año

anterior llegaron á contar con una mayoría de cinco mil votos al procederse á la eleccion de gobernador, quedaron esta vez derrotados por una de *cien mil* en favor de Brouch, candidato republicano cuyo rival era Mr. Vollandigham.

En los Estados Occidentales, sobre todo en Indiana é Illinois, habian cambiado mucho las cosas, pues las legislaturas democráticas, elegidas en 1862, contaban ya con muy pocos representantes, y la de Iowa era casi del todo republicana, siendo de advertir que el gobernador habia obtenido su cargo por una mayoría de treinta mil votos. En Wisconsin, Minnesota y Michigan alcanzaron tambien la victoria los republicanos por una gran superioridad numérica en la votacion.

En los Estados del Atlántico, y muy especialmente en Nueva-York, teatro del sangriento motin de que ya hemos dado cuenta, el voto popular se declaró en favor de la Union de una manera incontestable. El gobernador Seymour, que en 1862 obtuvo una mayoría de diez mil votos, quedó vencido por Mr. Depew, que alcanzó una de treinta

mil, y lo mismo sucedió poco mas ó menos al procederse á la eleccion de representantes para la legislatura. Massachusetts y Maryland acababan de completar el triunfo al elegir solo unionistas en cinco de sus distritos, y de este modo se vió vigorosamente apoyado el Gobierno despues de resolver la cuestion de la esclavitud, decretando la emancipacion. En algunos Estados esclavos, tales como en Kentucky y Missouri, la opinion pública parecia inclinarse tambien en favor de la última medida adoptada por el Gobierno, y por punto general creíase que la esclavitud debia extinguirse al fin á pesar de cuantos esfuerzos se hicieran en contrario, porque de este modo era mas fácil conservar la integridad y derechos de la gran República.

Hecha esta ligera reseña, que bastará para dar una idea al lector de los sucesos políticos de 1863, y en la cual no podriamos extendernos mas por no permitirlo los límites de nuestra obra, continuaremos en el siguiente capítulo la narracion de los acontecimientos de la guerra.

CAPÍTULO XX.

1864.

LA GUERRA EN LA COSTA DEL ATLÁNTICO.—CAMPAÑA DEL MISSISSIPPI.

Gillmore y Seymour en la Florida.—Finnegan derrota á Seymour en Olustee.—Destruccion de las obras de defensa de los confederados.—Banks en Nueva-Orleans.—La escuadra de Porter en el Mississippi.—Toma del fuerte De Russy.—El ejército y la flota avanzan hácia Alejandria.—Banks se aproxima á Shreveport.—Derrota de las avanzadas federales en Sabine Cross-Roads.—El general Emory cierra el paso á los separatistas en Pleasant Grove.—Combate obstinado en Pleasant Hill.—Banks se retira á Grand Ecore.—Porter atraviesa el rio.—El general Banks obliga á Lee á retroceder.—Regreso del ejército y la escuadra á Alejandria.—El teniente coronel Bailey.—Los federales pierden tres buques en Dunn's Bayou.—La costa de Texas queda abandonada.—Banks se retira á Simmsport.—Combate en Mansura.—Operaciones en Rio Colorado.—Combate en Prairie d' Anne.—El general Steele entra en Camden.—Desastre en Mark's Mills.—Steele es atacado por Kirby Smith en Jenkin's Ferry.—Los federales se retiran á Little-Rock.—El general Carr derrota á Shelby en San Cárlos.—El combate de Big Creek.—La Convencion de Arkansas.—Rosecrans se encarga del mando en Missouri.—Arresto de los jefes de los Hijos de la Libertad.—Última invasion de Price.—Retirada á Rolla.—Price amenaza atacar á San Luis y se presenta delante de Jefferson-Citty.—El general Mower avanza hácia el mismo punto.—Los separatistas se apoderan de Glasgow.—Price en Lexington.—Derrotas de Blunt y de Curtis.—Pleasanton derrota á los confederados en Little Osage.—Blunt en Newtonia.—Los federales se retiran á Fayetteville Ark.

Las operaciones contra Charleston se proseguian muy lentamente desde la toma de la isla de Morris, y como el almirante Dahlgren no queria atacar la ciudad con su escuadrilla, el general Gillmore resolvió organizar con una parte de sus fuerzas una expedicion á la Florida. Consultado el Presidente, aprobó el proyecto, y en 13 de enero

1864. envió á Juan Hay, uno de sus secretarios privados, á Hilton Head á fin de que acompañara á los expedicionarios, pues tenia fundados motivos para creer que seria ya fácil atraer á la Florida al partido de la Union.

Las fuerzas de Gillmore, á las inmediatas órdenes del general Seymour, se embarcaron en 6 de febrero en veinte buques, remolcados por seis goletas; á las doce del dia

siguiente pasaron por la embocadura de San Juan, y á las cinco de la tarde ocupaban á Jacksonville sin resistencia, atendido que los pocos separatistas que habia en dicho punto huyeron precipitadamente despues de convertirlo todo en un monton de ruinas.

Á las tres de la tarde del dia siguiente, los federales, cuya vanguardia iba á las órdenes del coronel Henry, continuaron avanzando con objeto de sorprender al general separatista Finnegan, que se hallaba á ocho millas de distancia, pero este jefe se habia retirado, y los unionistas solo pudieron coger cuatro cañones y algunos prisioneros. Henry siguió adelante, y llegó á Baldwin á las siete de la mañana, en cuyo punto se apoderó de un cañon y de tres wagoes lle-

nos de víveres y efectos de campaña por valor de quinientos mil duros; en Santa María tuvo una escaramuza insignificante, y poco despues pasaba por Sanderson y Lake-City (Ciudad del Lago), pero al acercarse á la costa de Tallahassee, encontró al fin á Finnegan, aunque en una posicion demasiado fuerte para que se le pudiera atacar con ventaja, por cuyo motivo telegrafió á Seymour, que estaba en Sanderson, para que le enviara refuerzos y víveres. Habíase creído por los federales, no sabemos con qué fundamento, que Finnegan se retiraria de Lake-City aquella misma noche, aun cuando tenia á su disposicion tres mil hombres, y esta suposicion fué causa de que Seymour cometiese luego una insigne torpeza.

Gillmore, que habia acompañado á Seymour hasta Baldwin, volvió inmediatamente á Hilton Head sin sospechar ni remotamente que aquel oficial trataria de avanzar mas allá del punto que se le tenia señalado, pero tres dias despues, es decir, el 18 de febrero, admiróle en estremo recibir **1864.** un parte de Seymour, en el que le manifestaba que seguia avanzando y que seria conveniente que la escuadrilla hiciese una demostracion por el Savannah á fin de que los separatistas no recibieran refuerzos de Georgia.

Gillmore contestó en el acto, diciendo que semejante proyecto era una locura, puesto que los separatistas podrian reunir numerosas fuerzas de Georgia y Alabama, y atacar á los seis mil hombres de Seymour, que seguramente quedarian completamente derrotados, y no contento con esto, dispuso que el general Turner llevase el parte para entregarlo en propia mano. Por desgracia, cuando llegó este oficial, era demasiado tarde, pues ya en Jacksonville tuvo noti-

cia de que Seymour se estaba batiendo en Olustee.

Este jefe habia salido de Barber en la mañana del 20 de febrero, á la cabeza de cinco mil hombres, y despues de una penosa marcha de diez y seis millas, avistó la estacion de Olustee, cerca de la cual habia apostado el general Finnegan á sus tropas, cuyo flanco derecho estaba protegido por un gran pantano, mientras el izquierdo se apoyaba en un espeso bosque de pinos; tan bien estaban tomadas todas las posiciones de aquel punto, que los federales se vieron arrollados antes de que pensarán siquiera que podria oponérseles resistencia alguna.

Cierto es que los federales contaban con diez y seis piezas, mientras que Finnegan habia abandonado las suyas al emprender la retirada, mas por desgracia se tuvo la poca precaucion de aproximarlas al bosque donde se hallaban ocultas las fuerzas confederadas, y así es que la mayor parte de los artilleros cayó en poder de los tiradores enemigos, que mataron los caballos, en tanto que la infantería federal, sin formarse y sin reflexionar lo que hacia, penetraba imprudentemente en el bosque. Si los unionistas hubiesen formado su línea de batalla media milla mas lejos, haciendo jugar la artillería, habrian evitado una derrota, ya que no obtenido la victoria, pero la batería de Hamilton entró en accion bajo un nutrido fuego de fusilería, y á los veinte minutos habia perdido cuarenta caballos de los cincuenta que llevaba, de tal modo, que fué preciso retirarse dejando en el campo cuarenta y cinco muertos ó heridos y dos cañones.

La caballería del coronel Henry, apoyada por la infantería del mayor Stevens y la del coronel Hawlay, sostuvo el primer choque, pero como la mayor parte de estas tropas no

estaban bien armadas, érales muy difícil sostenerse en una posición en la que sufrían diez veces más pérdidas que el enemigo, y al cabo de hora y media de combate, comenzaron á retirarse los federales, dejando en el campo numerosos muertos y heridos; entre estos últimos contábase un coronel que lo estaba mortalmente, y otros seis ó siete oficiales de más ó menos gravedad.

Por fortuna, la columna del coronel Montgomery acudió á tiempo para contener la última carga de los separatistas, y merced á esta circunstancia, pudo evitarse una sangrienta derrota, pero este postrer esfuerzo costó la vida al coronel y á su ayudante, cuyas tropas se vieron dominadas por la superioridad numérica del enemigo. Seymour, que se había batido como un héroe, consiguió reunir entonces todas las fuerzas que le quedaban y dió la orden de retirada, que se efectuó sin contratiempo alguno. En esta refriega tuvieron los unionistas mil heridos y doscientos cincuenta muertos, y los confederados seiscientos cincuenta de los primeros y ochenta de los segundos, pero al retirarse Seymour á Jacksonville, se vió en la precisión de quemar varios carros llenos de provisiones y otros efectos por valor de un millón de duros. En vista del mal éxito de aquella desgraciada expedición, perdióse totalmente la esperanza de recobrar la Florida antes de terminarse la guerra.

Pocos desastres se contaron en la guerra tan fáciles de evitar como este, desastre que se asemejaba al sufrido por Braddock un siglo antes, y en el cual, como sabemos, no se perdió la batalla por falta de valor en nuestras tropas ni tampoco en su jefe, sino por no haberse adoptado las más acertadas disposiciones. Á este contratiempo debió el Presidente Lincoln que se le censurara severamente por haber intentado una empresa

que costó al ejército dos mil hombres, sin otro objeto que alcanzar tres ó cuatro votos más á su favor en las próximas elecciones.

Antes de pasar más adelante, volveremos á ocuparnos de las operaciones militares del general Banks, que se hallaba en Nueva-Orleans y se disponía á emprender una expedición contra Texas, recorriendo toda la costa. En 23 de enero, había recibido este jefe una orden de Halleck previniéndole que cambiase su plan de campaña y comenzara sus operaciones por Rio Colorado á fin de apoderarse de Shreveport si era posible, dispersando de paso el ejército del general Kirby Smith. Á este fin el almirante Porter debía organizar en Vicksburg una poderosa flota con suficiente número de transportes para embarcar diez mil hombres del antiguo ejército de Sherman, que á las órdenes del general Smith, remontarían el Rio Colorado con el objeto de apoderarse del fuerte De Russy. Después de esto irían á reunirse con el general Banks, que marchaba ya hácia Alejandría á la cabeza de quince á diez y siete mil hombres, mientras el general Steele, con otros quince mil, procedentes de Arkansas, se encaminaba hácia Shreveport. En otros términos: tratábase de tomar este último punto con una fuerza de cuarenta mil hombres, repartidos de tal modo, que solo con veinticinco mil hubiera podido el enemigo derrotarlos completamente cortándoles la retirada; este era uno de los muchos planes descabellados que se combinaron durante aquella guerra, y de los que resultaron á veces fatales consecuencias. Si se hubiese dispuesto que las tropas de Steele remontaran el Arkansas para ir á reunirse con las de Banks, habría sido casi seguro el éxito, pero el cuerpo de ejército del primero de estos jefes debía obrar por su cuenta, mientras que las fuerzas del general Smith no cooperaron

1864.

con las de Banks sino durante algunos dias, y de este modo no se obtuvo el resultado que era de esperar.

Banks debia haberse puesto en marcha el 7 de marzo, para estar en Alejandría el 17, pero como tenia aun que hacer en **1864.** Nueva-Orleans, confió el mandó al general Franklin, que á causa de no haber salido de la ciudad antes del 13, no llegó á su destino hasta el 25, aunque la caballería, al mando del general A. Lee, se hallaba en Alejandría desde el 19.

El almirante Porter, seguido de quince buques blindados y cuatro pequeños vapores, llegó á la embocadura del Colorado el dia 7 de marzo, en cuyo punto se le reunió el dia 11 el general Smith con diez mil hombres, y entonces la expedicion continuó su marcha hácia Simmsport, que evacuaron inmediatamente los separatistas para refugiarse en el fuerte De Russy. Nueve cañoneras de la flotilla avanzaron por el Atchafalaya, y los demás buques siguieron remontando el Colorado con direccion al fuerte De Russy, del cual se apoderó al poco tiempo Smith, cogiendo diez cañones y doscientos ochenta y tres prisioneros. Conseguido este primer triunfo, el jefe unionista avanzó cuarenta millas mas allá é hizo construir un puente, mientras que los separatistas al mando del general Walker, y cuyo número no excederia de cinco mil hombres, se retiraban por el rio despues de abandonar sus posiciones de Alejandría, cuya ciudad quedó á disposicion de los federales.

Sin embargo, entonces fué cuando se empezó á luchar con las dificultades, pues en el punto donde se hallaban los buques de la escuadra, apenas habia bastante fondo para sostenerlos, y Porter se vió en la precision de dejar atrás cinco ó seis de los mas pesados, aun cuando Banks declaró que era abso-

lutamente necesaria la cooperacion de la flota para asegurar el éxito de la empresa.

No es de estrañar, pues, que se emplearan siete ú ocho dias en hacer las maniobras para concentrar en un mismo punto los buques de la escuadra despues de haber buscado otro fondeadero, pero durante este tiempo, el general Warner, seguido de cuatro brigadas del cuerpo de ejército de Smith, sorprendió un puesto militar del enemigo en Henderson Hill, y se apoderó de cuatro cañones, doscientos cincuenta hombres y doscientos caballos.

Los obstáculos, no obstante, siguieron en aumento : el general Mc Pherson, que mandaba en Vicksburg, acababa de espedir una órden disponiendo que toda la marina del cuerpo de ejército de Smith, compuesta de unos tres mil hombres, marchara á ocupar el Mississippi; despues se dispuso que el depósito de víveres y municiones se estableciera en Alejandría, dejando en este punto una guarnicion de tres mil infantes á las órdenes del general Grover, y como no podia esperarse auxilio alguno del general Steele, los cuarenta mil hombres de Banks quedaron reducidos á la mitad, siendo de notar que una parte de esta avanzaba hácia Natchitoches sin encontrar mucha resistencia. El general A. Lee, que habia llegado á Pleasant Hill, encontró allí al enemigo con fuerzas considerables, y algunos prisioneros manifestaron que á poca distancia acababan de concentrarse numerosas tropas de Texas y Arkansas al mando del general Green, quien contaba lo menos, segun se dijo, con veinticinco mil hombres y setenta y seis piezas de artillería. Shreveport se halla á cien millas de Natchitoches : el camino directo es una especie de sendero arenoso que atraviesa un pais deshabitado, donde apenas se ve alguno que otro bosque de pinos, y el rio, que en aquella época del año debia llevar mucha

agua, apenas tenia á la sazón cuatro ó cinco piés de profundidad, por cuyo motivo hubieron de quedarse las cañoneras en un sitio llamado Grand Ecore (*).

Banks debió haberse detenido allí con tanto mas motivo cuanto que el cuerpo de ejército de Smith tenia que ponerse en marcha en cumplimiento de una orden de Grant, que necesitaba sus auxilios cuanto antes, pero Banks deseaba llegar á Shreveport á toda costa, y un encuentro ocurrido entre la brigada del coronel Gooding, compuesta de mil quinientos ginetes, y una fuerza de separatistas al mando de Harrison, que no obtuvo la mejor parte, escitó á los federales á seguir adelante.

En su consecuencia dióse la orden de avanzar hácia Natchitoches, y todas las tropas se pusieron inmediatamente en marcha: el general A. L. Lee (del ejército unionista) formaba la vanguardia con la caballería, y detrás iban dos divisiones al mando de Ransom, otra á las órdenes de Emory, y una brigada de negros, habiéndose conferido el mando en jefe de todas estas fuerzas al general Franklin. Banks salió de Grand Ecore en la mañana del 7, y llegó á Pleasant Hill antes de la noche, pero la retaguardia del ejército habia tenido que detenerse á consecuencia de haber llovido copiosamente.

Después de haber tenido un encuentro con una fuerza de separatistas, á la que obligó á retirarse hácia San Patricio, el general A. L. Lee avanzó al amanecer del día siguiente, mientras que el enemigo se concentraba en Sabine Cross-Roads, donde los generales confederados Kirby Smith, Dick Taylor, Mouton, y Green, reunieron una fuerza de veinte mil hombres. Banks llegó á la una y

media de la tarde á Sabine, donde ya estaban formados los federales en línea de batalla; las avanzadas acababan de empeñar una escaramuza, y el grueso de las fuerzas enemigas estaba oculto en el bosque que se encuentra detrás de la colina por la cual cruza el único camino de Shreveport.

Banks dispuso que una brigada del general Franklin marchara á reforzar el centro de la línea, juntamente con otra de Ransom que acababa de llegar, y se dió orden á A. L. Lee de conservar su posición, pero sin avanzar un paso. Media hora mas tarde se envió un parte á Franklin para que fuera también á reforzar el centro, pero ya entonces habian empeñado la lucha las avanzadas con tal obstinación, que bien pronto se generalizó el combate, y á poco los separatistas cayeron con tal ímpetu sobre las dos alas del ejército unionista, que no siendo posible resistirles, comenzaron los federales á retroceder mientras los confederados estendian su línea por la parte del bosque.

Á eso de las cinco de la tarde llegó Franklin con una de las divisiones del general Cameron, y entonces comenzaron á reorganizarse algun tanto las desordenadas filas de los federales, pero el enemigo no dió tiempo para nada, pues volvió al ataque á los pocos momentos arrollándolo todo á su paso, á pesar de los desesperados esfuerzos de los federales, que opusieron una vigorosa resistencia. En aquellos instantes se hallaba tan atestado el camino con los trenes del general A. L. Lee, que no era posible emprender la retirada ordenadamente, y así es que el general Ransom perdió diez cañones, y los confederados pudieron coger fácilmente mil prisioneros, entre los que se contaba el coronel Emerson. Los generales Franklin y Ransom y el coronel Robinson, quedaron heridos de alguna gravedad, y muertos otros dos

(*) Natchitoches está en el antiguo canal de Rio Colorado, abandonado hace tiempo, y Grand Ecore se hallaba en el nuevo, á cuatro millas mas allá, en dirección al Norte.

ó tres oficiales. Cuantos esfuerzos se hicieron para reorganizar los desordenados batallones de los federales y oponerlos como una barrera á los victoriosos separatistas, fueron completamente inútiles, y no hubo otro remedio sino pronunciarse en retirada. Copiaremos aquí el informe redactado por el corresponsal de la prensa de Philadelphia, que fué testigo ocular de aquella funesta derrota.

«Las fuerzas federales se hallaban en una especie de esplanada; nuestra primera línea se extendía en un estrecho sendero, y habiendo sido los primeros en atacar, fué preciso batirnos en retirada, dominados por la superioridad numérica de las tropas enemigas. No fué esto lo peor: el terreno era de tal naturaleza, que no se podía maniobrar con la artillería ni situar cañones en parte alguna sin esponerse á un grave peligro, y además de esto, las tropas ocupaban una posición muy desventajosa. La caballería formaba la vanguardia, marchaban detrás con suma lentitud los wagones cargados de bagajes, entorpeciendo los movimientos de la infantería, y de este modo no podían apoyarse unas tropas á otras, ni fué posible conseguirlo mas tarde cuando se intentó. El general Banks reconoció bien pronto cuán apurado era el caso, mas ya era tarde para poner remedio, y por lo tanto fué preciso batirse con aquellas desventajas. La division Ransom acababa de ser derrotada; la de Cameron seguía sosteniéndose donde mas reñido era el combate; el general Franklin llegaba en aquel momento al campo de batalla, y una parte de su magnífico cuerpo de ejército avanzaba resueltamente al encuentro del enemigo, mandada por el general Emory. En cuanto al general Banks, dirigía personalmente la batalla é hizo cuanto un hombre puede hacer, esponiéndose de tal modo, que casi todos los caballos de los ofi-

ciales de su estado mayor cayeron muertos ó heridos. El general Stone, jefe del estado mayor, cuyo semblante revelaba la mas profunda tristeza por la crítica posición en que se veía el ejército, estuvo constantemente al frente de las tropas, y su indomable bravura animó de tal modo á los soldados, que batiéndose estos desesperadamente, pudieron contener por mas tiempo del que se esperaba á las columnas enemigas.

»La batalla continuó, pues, cada vez mas encarnizada y sangrienta; el fuego de fusilería era espantoso, y por un momento creímos salir del apuro, pero de pronto sobrevino un percance que hizo perder la última esperanza á los jefes y á sus tropas. Yo me hallaba á caballo conversando con un amigo muy cerca del bosque, y pude ver perfectamente todo lo que sucedía.

»Una multitud de negros, algunos á pié y otros á caballo, aparecieron de pronto, huyendo en el mayor desorden y con el terror pintado en sus semblantes, y esta precipitada carrera escitaba la risa de los confederados, que se contentaban con apedrear á los negros y apalea á sus caballos como para favorecer su fuga. De repente nos vimos envueltos en una espantosa confusión, y pregunté entonces á mi amigo qué la habría motivado, pero antes de que tuviese tiempo de contestarme, nos encontramos arrollados completamente y arrastrados como un torbellino cuyo ímpetu era imposible resistir. La línea de los federales se había desbaratado completamente; el general Banks se quitó el sombrero y suplicó á sus hombres que no huyeran, mientras los oficiales de estado mayor hicieron lo mismo, pero todo fué en vano, pues los soldados no atendían ya á las órdenes de sus jefes. Entre tanto silbaban sobre nuestras cabezas las balas del enemigo; corrían los soldados

atropelladamente, y hubo un momento en que me pareció que todos íbamos á perecer en medio de aquel espantoso desórden. La retirada se convirtió en una funesta derrota, y no sirvió de nada el valor heróico con que se batian las tropas.» (*)

El general Emory, que habia seguido de cerca á Franklin y que supo bien pronto el resultado de la batalla, avanzó entonces hácia Pleasant Grove, punto que distaba cuatro millas, con objeto de ver si le era posible tomar una buena posicion para reparar en parte el desastre. Emory se situó cerca de un bosque y dispuso que el general Dwight ocupase el camino con su brigada mientras que el coronel Benedicto se colocaria á la izquierda, de modo que pudiera proteger la retirada de las fugitivas tropas de A. L. Lee y de Franklin cuando llegasen.

Apenas hubo tomado Emory estas disposiciones, vióse aparecer á los separatistas que iban persiguiendo á los fugitivos, y solo cuando estuvieron bien cerca de la nue-

va posicion de Emory, dispuso éste que se rompiera el fuego, que si bien introdujo al principio algun desórden en las filas del enemigo, no bastó para contenerle, pues avanzó resueltamente, confiado sin duda en la superioridad numérica. El combate se renovó entonces con nueva furia, mas al cabo de hora y media, empezó á oscurecer y fué preciso suspender la lucha. El general Emory, que habia rechazado varias cargas del enemigo causándole sensibles pérdidas, salvó de este modo los restos del ejército federal, y acaso tambien la flota.

Sin embargo, permanecer en aquel punto para continuar la batalla al dia siguiente, era esponerse á una segunda derrota, pues los confederados podian recibir refuerzos de un momento á otro, y no contando los federales con tropas suficientes, no les seria posible resistir. En su consecuencia el general Banks resolvió prudentemente retirarse, y así lo hizo aprovechando la oscuridad de la noche, despues de haber dado sus órdenes para que las tropas se dirigieran hácia Pleasant Hill. El general Emory se encargó de cubrir la retirada despues de haber enterrado á los muertos y recogido los heridos.

El general Smith se hallaba ya en Pleasant Hill juntamente con la brigada del coronel Dickey, y gracias á esto, pudo reunir Banks unos quince mil hombres, que habrian ascendido á veinte mil á no ser por las pérdidas sufridas en la reciente batalla. Sin perder un momento, diéronse las órdenes oportunas para que se situaran las tropas convenientemente, y una parte de ellas ocupó el camino que conduce á Shreveport, por donde se esperaba que avanzarian los confederados. No se hicieron estos esperar mucho, pero antes de atacar, tomaron tambien sus posiciones y practicaron un reconocimiento con objeto de tantee el terreno y ver qué situacion

(*) Esta batalla estuvo muy mal dirigida: los generales Banks y Franklin intentaron cargar al enemigo creyendo que en su centro no eran tan numerosas las tropas, y este error fué la causa principal de que se perdiese la jornada.

Los generales Banks y Franklin estuvieron siempre en los sitios de mas peligro, y fué un milagro que no perecieran ó quedasen prisioneros; una bala atravesó el sombrero de Banks, y le mataron el caballo cuando intentaba reunir sus dispersas tropas. La division del general Ransom y la caballeria de Lee, que formaban un total de cinco mil ochocientos hombres, se batieron desesperadamente durante algun tiempo, mas al fin hubieron de ceder, no pudiendo resistir á la superioridad del número. El general Ransom fué herido en la rodilla, pero pudo abandonar el lugar del combate antes que le fuera preciso desmontar á causa de la pérdida de sangre, y el capitan Dickey murió instantáneamente de un balazo que le atravesó la cabeza. El tren de campaña y los wagones hacian casi imposible la retirada, y á esto se debió principalmente que fueran tan sensibles las pérdidas sufridas. Casi todos los bagajes de la caballeria del general A. L. Lee, que iban en doscientos sesenta y nueve carros, cayeron en poder del enemigo juntamente con las mulas y caballos.

ocupaba el enemigo. Entre tanto el general Banks enviaba los restos de la division Ransom al camino de Grand Ecore, y la brigada de caballería del coronel Gooding practicaba un reconocimiento en el camino de Shreveport. Poco despues, una batería de los confederados rompió el fuego contra las primeras líneas de los unionistas, y habiéndose comprendido que la intencion de aquellos era rodear el ala derecha, una brigada al mando del coronel Benedicto marchó á reforzar á Smith, situándose frente al camino, de modo que al trabarse la batalla fueron estas tropas las que tuvieron que sostener el primer ataque.

Á eso de las cuatro de la tarde, pareció que se generalizaba el fuego, pero cesó de pronto; á los pocos minutos viéronse avanzar dos columnas enemigas contra el centro del ala izquierda, y cayeron con tal ímpetu sobre la brigada Emory, mandada por el coronel Benedicto, que éste hubo de retroceder poco á poco para ir á unirse con la reserva, despues de batirse desesperadamente. La primera y segunda brigada de Emory se vieron luego envueltas por el enemigo, que cargaba resueltamente sobre la derecha y el centro, pero despues de las primeras descargas, los separatistas se vieron á su vez acometidos por la reserva del general Smith, mandada por el general Mower, que obligó á su enemigo á retroceder, no sin cogérle antes dos cañones y cien prisioneros. Los regimientos de Illinois é Indiana, que atacaban por su flanco á los separatistas, se apoderaron por su parte de una batería, haciendo cuatrocientos prisioneros. La muerte del valeroso coronel Benedicto, herido dos veces, y la segunda mortalmente, al dar una carga á la cabeza de sus tropas, fué una de las pérdidas mas sensibles al obtener aquella victoria.

Que en la batalla de Pleasant Hill lucha-

ron las tropas con un valor heroico, y que la victoria costó muy cara, es cosa que no se puede dudar, pero el hecho de haber resuelto Banks retirarse inmediatamente con su ejército á Grand Ecore, ha dado lugar á que se diga por algunos que la victoria se inclinó en favor de los separatistas, lo cual seguramente no es exacto, pues el mismo Pollard, quien segun ya hemos visto, simpatiza siempre con los confederados, reconoce de hecho que el triunfo fué de los federales (*).

Parece que Banks no hubiera debido retirarse precisamente cuando sus tropas ansiaban tomar la revancha de la derrota sufrida en Sabine Cross-Roads, pero segun el jefe unionista, la falta de agua y de víveres, así como tambien de municiones, y el temor de no poderse reunir luego con la flota si retardaba sus movimientos, le obligaban á retirarse á un punto donde le fuera posible ponerse en comunicacion con aquella y reorganizar convenientemente sus tropas, dejando á los heridos en los hospitales.

(*) El corresponsal del *New-York Herald* decia lo siguiente al hablar de esta batalla :

«La brigada del coronel Benedicto fué la primera que entró en accion, y poco despues se generalizó el combate en la derecha y en el centro: la lucha era obstinada y sangrienta; sobre las tropas caía un verdadero torrente de plomo y hierro, y el estampido del cañon y el estruendo de la fusileria atronaban el espacio. La carniceria era espantosa, pues en muchos puntos los soldados se batian cuerpo á cuerpo.

«Los separatistas atacaban furiosamente por todos los puntos á la vez, pero cuando llegaron cerca del sitio donde se hallaba la reserva de Smith, dióse la órden de cargar, y entonces siete mil federales se precipitaron como una avalancha sobre sus enemigos, que en vano trataban de oponer una inútil resistencia. El coronel Benedicto, que iba á la cabeza de su brigada, cayó atravesado de cinco balazos, el último de los cuales le privó de la vida.

«La lucha fué obstinada, pero al fin alcanzaron la victoria los federales, y llegada la noche, terminó el combate.

«Quinientos prisioneros, tres banderas y una infinidad de armas diversas fueron los trofeos de la victoria. Esta batalla se consideró como una de las mas sangrientas que se habian dado hasta entonces en América.»

Las pérdidas de Banks en los combates que tuvieron lugar los días 7, 8 y 9 de abril, ascendieron á tres mil novecientos sesenta y nueve hombres, entre los cuales se contaban doscientos ochenta y ocho muertos, mil quinientos cuarenta y un heridos y dos mil ciento cuarenta estraviados ó prisioneros, siendo de advertir que en la batalla de Pleasant Hill solo constaba el ejército unionista de quince mil hombres y de veintidos mil el de los confederados. Estos no dijeron cuáles fueron sus pérdidas, mas para nosotros es muy elocuente el hecho de que Pollard y Kirby Smith guardaran silencio sobre este punto; suponiendo en cinco mil hombres las bajas del ejército de Banks, puede asegurarse que cuando menos tuvo otras tantas el ejército confederado.

Sin embargo, preciso es confesar que moralmente alcanzaron los separatistas la victoria, atendido que los federales debían renunciar por entonces á sus esperanzas, pues no les fué posible espulsar del Mississippi á sus enemigos despues de haber hecho costosos gastos en expediciones así navales como militares. Esto animó mucho á los separatistas, porque así Louisiana y Texas continuarían favoreciendo su causa, en tanto que los unionistas del Sudoeste quedaban otra vez sumidos en el abandono y la desesperacion.

Segun ya hemos dicho, el general Banks se retiró á Grand Ecore sin ser molestado, pues el enemigo tenia que fijar su atencion con preferencia en la flota de Porter, la cual habia conseguido llegar, aunque con mucho trabajo, á Springfield, donde los confederados interceptaron el paso del canal con un gran vapor, que impedia que se acercara ningun buque. Cuando Porter comenzaba las operaciones para dejar espedito el paso del canal, recibió un correo de Banks anunciándole el desastre de Sabine Cross-Roads, y en

su consecuencia resolvió al momento ponerse en marcha con su escuadrilla de cañoneras para ir en auxilio del ejército federal. Como las orillas del rio eran muy elevadas, los tiradores enemigos podian hostigar impunemente á los unionistas, y bien pronto se vió que trataban de aprovechar la oportunidad que se les presentaba. En efecto, al llegar á Coushatta, el general Harrison, seguido de mil novecientos ginetes y cuatro piezas, mandó romper el fuego contra las cañoneras, y en la mañana del 12 de abril atacaron también algunas tropas de Texas mandadas por el general Green, que tuvo la desgracia de caer á poco mortalmente herido por un casco de metralla que le destrozó la cabeza. Los separatistas llegaron á creer que con sus repetidos ataques podrian apoderarse de las cañoneras en aquel estrecho canal, pero pronto hubieron de convencerse de lo contrario, pues una certera andanada barrió completamente las orillas de aquel, dispersando de una vez al enemigo. Porter asegura que los confederados perdieron en aquel infructuoso ataque unos quinientos hombres, y tan provechosa fué la leccion, que otros cinco mil que se hallaban mas allá dispuestos á interceptar el paso á la flotilla, desistieron de su empresa al saber lo que acababa de pasar.

Al llegar á Grand Ecore, vió Porter que sus buques mayores se hallaban muy espuestos por no tener suficiente fondeadero, y mientras tomaba sus disposiciones para remediar la falta y anclarlos en otro sitio mas conveniente, el general Banks continuaba su retirada hácia Alejandría.

El día 21 de abril, la cañonera *Eastport*, que se habia alejado ocho millas con el fin de practicar un reconocimiento, comenzó á hacer agua y se sumergió al fin sin dar apenas tiempo á la tripulacion para salvarse.

Cuando Porter tuvo conocimiento de esto, dispuso que se emprendieran desde luego los trabajos necesarios para sacar el buque á flote, lo cual se consiguió al cabo de seis dias, mas como se viese que la *Eastport* estaba muy averiada, dióse la órden de pegarla fuego, lo cual se hizo despues de trasladar los cañones á otro buque.

El dia 26 aparecieron de nuevo los separatistas en la orilla derecha del rio, en número de mil doscientos hombres, y rompieron el fuego, al que contestaron las cañoneras con tal acierto, que á los cinco minutos no se veia ni un solo enemigo en aquellos alrededores, ni se presentaron ya tampoco hasta que la flotilla se hubo alejado á una distancia de veinte millas. Al llegar á un punto donde el canal forma un recodo, la cañonera *Cricket*, que iba de vanguardia, sufrió un nutrido fuego de una batería de diez y ocho piezas que tenian allí los separatistas, cuya certera puntería causó en aquella ocasion grandes destrozos. Todas las balas cayeron en la *Cricket*, desmontando uno de sus cañones; no hubo un solo artillero que no quedase muerto ó herido, y la cubierta del buque quedó bien pronto desierta. El almirante Porter, sin embargo, que estaba á bordo, se encargó inmediatamente del mando, improvisó artilleros con los negros que llevaba, hizo las veces de piloto, porque éste estaba herido, y merced á sus esfuerzos, consiguió forzar el paso que trataban de disputarle los separatistas con su batería. Las demás cañoneras hubieron de luchar con muchas dificultades para pasar tambien, y si lo consiguieron, fué merced á la calma, valor y serenidad de los jefes, pero sufrieron averías de mas ó menos consideracion. La *Hindman* recibió dos balazos en una de sus ruedas, quedando muy mal parada; quince hombres de la tripulacion de la *Julieta* fueron muer-

tos ó heridos, y la *Cricket* recibió treinta y ocho balazos, perdiendo la mitad de su tripulacion. La *Hindman* tuvo tres muertos y cuatro heridos, y la *Champion* quedó totalmente destrozada, por lo cual se le pegó fuego.

La escuadrilla federal llegó por fin á Alejandria sin haber sufrido otro contratiempo: Porter calcula que los separatistas tuvieron quinientas bajas, entre muertos y heridos, durante aquella travesía, sin que los federales perdiesen mas de cien hombres. La muerte del general Green fué muy sentida por los confederados. Al presentar el almirante Porter su informe para dar cuenta de los reveses sufridos, espresábase en los términos siguientes :

« Yo no debia vacilar en emprender el viaje en una estacion en que por lo general todos los rios están crecidos, y no podia prever que el Rio Colorado comenzara á bajar precisamente ahora lo menos dos pulgadas diarias, lo cual considero como un verdadero fenómeno, tanto mas cuanto que este rio lleva siempre mucha agua hasta mediados de junio.»

El general Banks permaneció en Grand Ecore hasta que la flota hubo adelantado una gran distancia, y entre tanto le general separatista Bee, que contaba con ocho mil hombres y diez y seis piezas de artillería, tomaba posicion cerca del rio Cane, que le servia para resguardar uno de sus flancos mientras que el otro estaba protegido por un gran pantano y un espeso bosque. Bee trataba de cerrar el paso al ejército enemigo, atacándole á la vez de frente y de flanco, mas habiendo sabido Banks que se proyectaba este movimiento, salió de Grand Ecore en la madrugada del 22 de abril, y se dirigió á marchas forzadas hácia el punto ocupado por Bee, á fin de sorprenderle de improviso.

El general Emory llegó al río el día 23 de abril con su primera división, y desde luego amenazó directamente el centro del enemigo, mientras el general Birge, con su brigada, y el coronel Fessenden, con una parte del cuerpo de ejército de Franklin, se dirigían sobre la derecha con objeto de flanquear la posición enemiga. En el combate que se siguió, quedó herido de mucha gravedad el coronel Fessenden, pero se obtuvo un éxito completo; los derrotados separatistas abandonaron sus líneas en el mayor desorden y fueron á refugiarse en el fuerte Jessup, que se halla al Sudoeste de Texas. Kirby Smith, que mandaba la retaguardia, era atacado al mismo tiempo por los federales, pero consiguió rechazarlos después de un breve combate, sin perder más de cincuenta hombres; en el centro se contaron hasta doscientas bajas, y es de creer que fueran aun mayores las pérdidas del enemigo.

Como se había recibido una orden previniendo que el general Smith volviera á su departamento, y no se podía dilatar ya por más tiempo el cumplirla, hacía inevitable emprender de nuevo la retirada, pero el río estaba tan bajo que no era posible adelantar con la flota, y hasta se temió por un momento la destrucción de esta. Solo, merced á los esfuerzos del teniente coronel José Bailey, jefe de ingenieros, que desde mucho antes preveía este obstáculo, y que por espacio de diez ó doce días se estuvo ocupando en construir una presa y en llevar á cabo otros trabajos para sacar los buques del punto en que se hallaban, se consiguió salir de aquel grave apuro. El general Mc Clelland, que con una numerosa fuerza había estado guardando durante algunos meses los puestos militares de la parte Occidental de

1864. Texas, acababa de evacuarlos por orden del general Grant, y en 29 de abril,

es decir, poco después de regresar el ejército, hizo su entrada en Alejandría. El general Fitz Henry Warren, á quien se había conferido el mando en la bahía de Matagorda, evacuó también poco después este punto, y se puso en marcha con el objeto de reforzar á Banks, pero obligado á detenerse en Marksville, por haber establecido allí los separatistas baterías formidables, retiróse al fuerte De Russy, donde no era de temer le atacase entonces el enemigo.

Al llegar el general Banks á Alejandría, encontró al general Hunter, portador de órdenes terminantes de Grant, en las que prevenía se diese por terminada la campaña de Shreveport. Banks entregó entonces varios despachos á Hunter para que los llevase á su destino, manifestándole al propio tiempo que la flota no había llegado aun, y que no se la podía abandonar hasta tanto que estuviese fuera de todo peligro.

El general Banks evacuó la ciudad de Alejandría pocos días después con ánimo de dirigirse á Simmsport por el Atchafalaya, y aquí diremos de paso que pocas horas antes de ponerse en marcha, estalló un voraz incendio en un edificio que ocupaban algunos refugiados. Á pesar de los esfuerzos que se hicieron para cortarlo, el viento que soplaba, y el haber alcanzado las llamas á una casa contigua, donde había un depósito de sustancias inflamables, fué causa de que se propagara la conflagración y quedasen destruidas una porción de casas. El general Banks había recomendado que se tomaran medidas á fin de evitar aquel desastre que siempre temió, y aun cuando así se hizo, no se pudo impedir el siniestro del que fué causa seguramente una mano culpable. Al dirigirse á Simmsport, los federales encontraron en la madrugada del día 16 de mayo, 1864. cerca de Marksville, un destacamento de la

caballería separatista, que retrocedió al momento hácia el bosque, y habiéndosele perseguido cuando estuvieron reunidas todas las fuerzas, el general Emory por la derecha, y Smith por la izquierda, flanquearon la posición del enemigo y le desalojaron despues de un breve pero reñido combate. Sin mas contratiempo, llegaron los federales á Simmsport aquella misma noche.

El Atchafalaya, que corre á muy poca distancia de dicha ciudad, tiene en este punto seiscientas varas de anchura, y como es muy profundo y no hay ningun puente para atravesar, empezóse á construir uno de barcas bajo la direccion del coronel Bailey, en cuyo trabajo se emplearon dos dias y medio. El ejército atravesó el rio sin contratiempo alguno, y aun cuando al desembarcar empuñaron los federales una escaramuza con una escasa fuerza de separatistas, fué de poca importancia. Habiéndose presentado entonces el general Canby, jefe del departamento del Mississippi, el general Banks le confió el mando del ejército, y se dirigió apresuradamente á Nueva-Orleans, mientras el general Smith volvía á su departamento.

Las operaciones del general Banks en Simmsport habian obligado á los separatistas á dejar las posiciones que ocupaban cerca del rio Marksville; gracias á esto, ya no encontró resistencia el almirante Porter, y por lo tanto pudo llegar sin novedad alguna á las aguas del Mississippi por el rio Colorado.

Cuando los federales ocupaban á Alejandría, causó algun disgusto ver que los traficantes en algodón visitaban continuamente la ciudad, merced á los permisos ó licencias concedidas por el Presidente, de modo que en aquella campaña se cometieron muchos abusos á espensas del pais y en beneficio de los particulares, pero es de advertir que ni

el general Banks ni el almirante Porter tomaron parte alguna ni apadrinaron aquellas sórdidas operaciones.

Mientras que el general Banks avanzaba hácia Alejandría, el general Steele salía de Little-Rock, á la cabeza desiete mil hombres, á fin de reunirse con el general Thayer que, con otros cinco mil, habia abandonado el fuerte Smith el dia anterior para concentrarse en Arkadelphia. Las lluvias, el mal estado de los caminos, la crecida de los rios y la falta de puentes, desconcertaron los planes de los jefes, y así es que Steele, despues de aguardar dos dias en Arkadelphia, resolvió avanzar solo con sus tropas. Al llegar á un punto llamado la Salina, la vanguardia de los federales encontró una fuerza de caballería separatista al mando de Marmaduke, que intentó varias veces, aunque inútilmente, cerrar el paso á sus enemigos; Sterling Price, con fuerzas considerables de infantería, quiso tambien entorpecer la marcha de Steele, y le atacó en Prairie d'Anne (Pradera de Ana) el dia 10 de abril, pero despues de un inútil cañoneo que duró **1864.** algunas horas, retiráronse los confederados sin intentar un segundo ataque.

Por entonces comenzó á circular la noticia de haber sido derrotado el general Banks en Louisiana, noticia que, confirmada por algunos prisioneros y espías, hizo desistir á Steele de su proyecto de perseguir á Price, y en vez de esto se dirigió á Camden, tomando la delantera al enemigo. Mientras se hallaba en este punto, los separatistas redoblaron su actividad y sus ataques de tal modo, que era preciso estar continuamente alerta para evitar una sorpresa, mas, á pesar de esto, los federales fueron acometidos tres ó cuatro veces de improviso, y tuvieron que sostener varios choques, en los que no sacaron la mejor parte, pues perdieron unos dos-

cientos cincuenta hombres, entre muertos y heridos, cuatro piezas de artillería y una considerable cantidad de víveres.

En la mañana del día 25 de abril, una parte de la vanguardia unionista, que se había adelantado á fin de practicar un reconocimiento, fué atacada en Marks Mill por la division del general confederado Fagan, que segun parece, tenia á sus órdenes seis mil hombres. En el desesperado combate que se siguió, los federales hicieron cuantos esfuerzos eran posibles para resistir al enemigo, mucho mas numeroso, pero todo fué inútil, y el teniente coronel Drake, jefe de las fuerzas, que se batió con la mayor bravura, cayó al fin mortalmente herido, mientras que sus tropas, reducidas ya á una cuarta parte de su número, hubieron de rendirse á discrecion.

Steele, que se hallaba en Camden cuando recibió la noticia de este desastre, juzgó que no seria prudente permanecer por mas tiempo en dicho punto, y así es que inmediatamente se puso en marcha, cruzó el Washita á pesar de que el agua caia á torrentes, y al llegar á Jenkins Ferry se vió atacado por numerosas fuerzas confederadas al mando del general Kirby Smith. Las brigadas de los coroneles Engelman y S. Rice tuvieron que sostener el primer choque, y á pesar de la desigualdad del número, tanto estos dos jefes como el coronel Mackay, que mandaba la retaguardia, y á quien tambien acometió el enemigo furiosamente, consiguieron rechazar tres veces consecutivas á los confederados, aunque con sensibles pérdidas por ambas partes. Las fuerzas de los separatistas eran mucho mas numerosas, pero gracias á que los federales ocupaban una posicion muy favorable para la defensa, en un bosque rodeado de estensos pantanos, se consiguió rechazar al enemigo. En este último ataque,

el coronel Garrett, á la cabeza de cuatro compañías, acabó de decidir la victoria en favor de los unionistas, y llegada la noche, pudieron estos continuar libremente su marcha sin ser molestados. En este combate solo tomó parte la infantería, atendido que no era posible arrastrar los cañones por aquel terreno tan pantanoso, donde á veces se hundian los soldados hasta la rodilla.

Cuando todo hubo terminado, y despues de haber cruzado el rio los federales, el general Kirby Smith envió un parlamentario pidiendo una tregua para enterrar á los muertos, pero no habiéndose encontrado mas que un pequeño destacamento, que se ocupaba en esta penosa tarea, los confederados le hicieron luego prisionero, y proclamaron la victoria.

En este brillante combate tuvieron los federales setecientas bajas entre muertos y heridos, y se dice que las pérdidas de los confederados no bajaron de dos mil trescientos hombres, incluso tres generales.

Habiéndose sabido que Fagan se hallaba cerca de Little-Rock, Steele se dirigió á dicho punto á marchas forzadas con el objeto de salvar los depósitos que allí habia, y á pesar del mal estado de los caminos, de las continuadas lluvias y de las privaciones sufridas por las tropas, hicieron al fin estas su entrada en la ciudad el día 21 de mayo.

Á fines de junio, el general Shelby cruzó el Arkansas por la parte de Little-Rock, y al llegar á San Carlos, tuvo un encuentro el día 27 con cuatro regimientos mandados por el general unionista Carr, quien le derrotó cogiéndole doscientos prisioneros. Los federales perdieron en esta refriega doscientos hombres, y se calculó que entre los confederados se contaban lo menos quinientas bajas. Como se supo que Marmaduke llegaba con

refuerzos en auxilio de Shelby, Carr se retiró á Clarendon, donde no temia que le atacase el enemigo.

Durante todo el mes de junio ocurrieron varias escaramuzas de mas ó menos consideracion, en una de las cuales, que tuvo lugar en Big Creek, faltó muy poco para que los federales sufriesen una gran derrota, habiéndoles salvado tan solo el oportuno auxilio que les prestó el general Carmichael. El general Brooks, que se hallaba en el citado punto, acababa de ser atacado por el general Dobbins, y despues de haberse batido durante cuatro horas, iba ya á verse precisado á rendirse, cuando la llegada de Carmichael hizo cambiar el aspecto de las cosas, y en vez de mantenerse á la defensiva, pudieron los federales atacar á su vez con ventaja. Desgraciadamente perdió la vida el coronel Brooks, así como tambien el capitán Lembké y su ayudante Pratt, y entonces los unionistas se retiraron á Helena, sin que los confederados les atacaran de nuevo, aun cuando el general Dobbins les siguió algun tiempo.

Entre tanto el general Gano sorprendia con mil quinientos hombres un puesto militar establecido cerca del fuerte Smith y de cuya custodia estaba encargado el capitán Mefford con doscientos federales. Este jefe quedó prisionero con parte de su gente, despues de haber perdido veinticinco hombres entre muertos y heridos. Como era natural, Gano se retiró antes de que pudieran llegar tropas del fuerte Smith.

Desde que los federales se habian apoderado de Little-Rock en el otoño anterior, sin que los confederados intentaran tomar de nuevo este punto, los unionistas de Arkansas estaban en la persuasion de que sus enemigos no podrian recobrar ya su ascendiente en el territorio. En su consecuencia, habíanse

reunido los principales ciudadanos, y desde luego formaron una Convencion, la cual acordó entre otras cosas suprimir la esclavitud. Además de esto, se hizo una Constitucion nueva que, sometida á la aprobacion del pueblo, se ratificó en 14 de marzo por **1864.** doce mil ciento setenta y siete votos contra doscientos sesenta y seis, habiendo elegido despues tres representantes para defender los intereses del Estado en el Congreso. Los unionistas creyeron que de este modo quedaba asegurado el triunfo de sus opiniones en el Estado de Arkansas, pero los reverses que sufrió Steele y la llegada del ejército confederado, que se apoderó de una parte del territorio, hizo perder las esperanzas á los amigos del Gobierno, los cuales se vieron en la precision de mantenerse á la defensiva para resistir los continuos ataques de la caballería confederada, que comenzó á recorrer el pais impunemente para castigar á los que llamaba *renegados y traidores á su pais*.

Esta invasion del Estado por los separatistas despues de la retirada de los federales de Camden, pudo muy bien evitarse, pero Steele no tuvo nunca por conveniente atacar de una manera decisiva á los partidarios de la rebelion, pues profesaba los principios del enemigo y simpatizaba con él en todo, menos en lo tocante á la separacion. Su poderosa influencia se empleó siempre contra la política del Gobierno respecto á emancipar los esclavos; mantenía relaciones amistosas con la aristocracia confederada del Estado, y siendo así, no debe estrañarse que el unionismo no floreciese bajo su mando, y que la caballería y las guerrillas recorriesen continuamente el territorio sin temer nada de la vigilancia de Steele ni de su celo por la causa nacional.

Aquí haremos una ligera digresion para dar cuenta de las operaciones militares que

entre tanto llevaba á cabo el general Rosecrans, á quien se acababa de conferir el mando del departamento de Missouri. En 28 de enero llegó este jefe á San Luis y supo desde luego que reinaba en el Estado la mayor agitacion á consecuencia de haber ocurrido un hecho que amenazaba turbar la tranquilidad pública. Además de los doce mil hombres de la milicia, destinados para la defensa de Missouri, contábanse en los condados Norte Occidentales unos dos mil, alistados provisionalmente, pero que, conservadores en sus simpatías, amigos de los confederados ó parientes de las familias de estos, solo se ocupaban en un servicio particular, y habia llegado el caso de que se acusara de atacar á los abolicionistas en vez de favorecerles, asegurando algunos que pensaban reunirse con el ejército de Price tan pronto como se presentara con sus tropas. Rosecrans comenzó á fijar desde luego su atencion en este grave asunto, y bien pronto se convenció de que en los grandes condados defensores de la esclavitud predominaba aun el partido separatista, y de que habia muchos hombres que aguardaban impacientes una ocasion oportuna para vengarse de los males que les habian ocasionado los unionistas. Continuando en sus averiguaciones con la mayor actividad, y merced á los numerosos espías que se pusieron en campaña para adquirir todos los informes necesarios, no tardó en saber Rosecrans que los enemigos se habian organizado perfectamente en todas partes formando dos sociedades que se conocian con los nombres de *Los Caballeros de América* y *Los Hijos de la Libertad*, y de las cuales eran jefes supremos, Sterling Price, en el Sur, y Vollandigham, en el Norte. Además de esto, averiguó que se proyectaba la invasion de Missouri, que tan pronto como se presentara Price

se le reunirian veintitres mil hombres, y que con su auxilio se trataba de tomar luego los principales puntos del Norte. No era esto todo: los agentes de Rosecrans, que no descansaban un momento, supieron asimismo que Vollandigham iba á volver muy pronto al Canadá, desde donde marcharia inmediatamente para asistir á la Convencion nacional de Chicago, y que se recibian de continuo armas y municiones para los partidarios de la Confederacion. Todo esto era demasiado grave para no adoptar cuanto antes enérgicas medidas, y por lo tanto Rosecrans espidió en el acto un parte á Washington manifestando que estaba amenazada de un gran peligro y que por lo tanto necesitaba se le enviasen refuerzos inmediatamente. Pocos dias despues llegó á Missouri el general Hunt, y habiendo recorrido la mayor parte del Estado, parecióle que los temores de Rosecrans carecian de fundamento y que no seria necesario el aumento de fuerzas.

Sin embargo, el general Rosecrans continuó en sus investigaciones, y habiendo sabido con toda seguridad que en la última sesion celebrada por una de las sociedades citadas anteriormente se habia propuesto comenzar las operaciones en San Luis, asesinando al preboste y apoderándose despues de todos los puntos militares, dispuso en el acto que se hicieran algunas prisiones, y poco despues se hallaban arrestados treinta ó cuarenta miembros de la sociedad secreta. Como uno de estos era el cónsul de Bélgica en San Luis, Rosecrans recibió bien pronto un telégrama del departamento de la guerra, previniendo que se le pusiera inmediatamente en libertad, cuya orden se negó á cumplir el jefe unionista, contestando al momento que si el Gobierno tuviera conocimiento de los hechos, no habria dispuesto semejante cosa,

pero que no tardaría en recibir un detallado informe por conducto seguro. En efecto, poco después llegó un mensajero á Washington, y enterado el Presidente de lo que pasaba, dió al momento la contraórden.

Como habia sido necesario repartir en diversos puntos las escasas fuerzas con que contaba el Estado de Missouri, Rosecrans pidió y obtuvo autorizacion para organizar diez regimientos de voluntarios por un año, á fin de salir de aquel apuro, pero cuando se estaban practicando las diligencias oportunas, ocurrió un motin en el condado el Platte, y comenzaron á circular por el territorio numerosas guerrillas que podian considerarse como las avanzadas del ejército invasor. Esto se confirmó bien pronto por el general Washburne, quien anunció á Rosecrans que Shelby se hallaba en Batesville, al Norte de Arkansas, en cuyo punto pensaba reunirse con Price. El general Smith, que se dirigia al Norte de Georgia para reforzar á Sherman, recibió órden en 6 de setiembre **1864.** de marchar inmediatamente á San Luis á fin de prestar su auxilio á Rosecrans.

El general Price penetró por la parte Sudeste de Missouri, y pasando por Bloomfield, avanzó sin encontrar resistencia hasta Pilot Knob, donde encontró una brigada de federales al mando del general H. S. Ewing, que habiendo ocupado el fuerte Davidson, hizo una obstinada resistencia, causando al enemigo una pérdida de mil hombres mientras él solo tuvo doscientas bajas. Sin embargo, como Price contaba lo menos con diez mil soldados, siendo así que Ewing solo tenia á su disposicion mil doscientos, y muy fatigados, el jefe unionista resolvió prudentemente retirarse después de rechazar dos ataques, y así lo hizo sin perder un momento, aprovechando la oscuridad de la noche, no sin clavar antes sus cañones y pegado fuego al depósito

de pólvora. Al llegar á Webster, Ewing retrocedió de pronto para seguir la direccion Norte, y pasó por Harrison, después de haber recorrido sesenta y seis millas en treinta y nueve horas, pero allí fué atacado vigorosamente por una columna al mando de Shelby, que hacia tiempo iba persiguiéndole de cerca. Aunque escaseaban sus municiones, Ewing defendió su posicion por espacio de treinta horas, hasta que, auxiliado por la caballería del coronel Beveridge, destacada por el general Mc Neil, pudo continuar su marcha en direccion á Rolla, mientras el general Shelby se retiraba sin intentar un segundo ataque.

Rosecrans permanecia entre tanto en San Luis, que era el punto mas importante si no el de mas peligro, y allí se ocupaba día y noche en reunir una fuerza suficiente para presentar la batalla á los veteranos de Price y á *Los Hijos de la Libertad*, que habian prometido solemnemente auxiliarle con todas sus fuerzas. Durante una semana ó poco mas pareció que los separatistas llevaban la mejor parte, y á esto se debió que aumentara el número de guerrillas y se cometieran infinitas depredaciones de que fueron víctimas los habitantes del Missouri central (*). Co-

(*) Poco antes de estos sucesos, habian comenzado á organizarse en el Norte de Missouri numerosas guerrillas; los agentes de los separatistas trabajaban con la mayor actividad para reclutar gente á fin de facilitar la gran invasion; las mujeres se ocupaban día y noche en hacer ropa para los confederados, y los guerrilleros cometian diariamente toda clase de abusos, ensañándose sobre todo en los partidarios de la Union. En un distrito de México, el comandante militar suministró una lista de los nombres de mas de cien personas que en el espacio de seis semanas habian sido muertas ó se habian visto precisadas á huir por ser abolicionistas. En 1.º de setiembre una partida detuvo un tren que venia del Norte de Missouri, y fusiló á veintidos soldados, la mayor parte enfermos, que se hallaban en uno de los coches; pocos dias después, esta misma partida que constaba ya de trescientos ó cuatrocientos hombres, atacó al mayor Johnson, que venia de recoger ciento veinte reclutas, y después de un breve combate fusiló á los que queda-

mo el ejército confederado contaba con mucha caballería, podía dirigirse de un punto á otro con mas celeridad que los federales, y érale fácil atacar de una vez á San Luis, Rolla y Jefferson-City, pero de no hacerlo así, y como la cuestion se reducía á ganar tiempo, no sería difícil evitar un conflicto, porque el general Mower iba á llegar de un momento á otro con cinco mil hombres de tropas veteranas y cinco regimientos de voluntarios, y también se esperaba á la milicia del Missouri Oriental, de modo que si el general Price no daba desde luego un golpe decisivo que paralizase los esfuerzos de Rosecrans, se vería obligado á huir precipitadamente para salvar su vida.

El enemigo, avanzando por Potosí, para atravesar por Meramec y Richwoods, parecía amenazar á San Luis, que distaba solo cuarenta millas, pero no era este su objeto, y sin duda debió parecerle demasiado aventurada la empresa, pues se limitó á quemar el puente de la vía férrea que cruza el Meramec, en tanto que el general Smith con cuatro mil quinientos infantes y mil quinientos caballos, le seguía con el mayor sigilo para observar todos sus movimientos. Los confederados continuaron rápidamente su marcha, y después de haber pegado fuego á dos ó tres posesiones, y destruido varios puentes, se presentaron delante de Jefferson-City, donde acababan de llegar los generales Mc Neil y Sanborn con todas las fuerzas que habían podido reunir en Rolla, y que con las de los generales Fisk y Brown, formaban un total de cuatro mil cien ginetes y dos mil seiscientos infantes. Estas tropas, aunque reciente-

mente alistadas, servirían cuando menos para la defensa de las trincheras en el caso de atacarse la plaza. Á propuesta de Fisk, convinieron los otros dos jefes en no oponer al enemigo sino una débil resistencia al cruzar el Moreau, que se halla á cuatro ó cinco millas al Este de la ciudad, después de lo cual se retirarían á las líneas de defensa, levantadas en pocos días con el auxilio de los ciudadanos.

El general Price cruzó el río después de una reñida escaramuza, y en 5 de octubre avanzó sobre la capital, desplegando una línea de batalla de tres ó cuatro 1864. millas de extensión, sin duda con el propósito de cercar la ciudad por todas partes menos por el río, pero al examinar las líneas de defensa, y cuando hubo visto que las tropas estaban preparadas á recibirle, parecióle mas prudente no atacar y se dirigió hácia el Oeste.

El día 8 de octubre, llegó el general Pleasonton para encargarse del mando de la caballería, y en el mismo momento se destacó al general Sanborn con algunas fuerzas de dicha arma á fin de que hostigase al enemigo y le entretuviera, si era posible, hasta que le alcanzase el general Smith. Sanborn atacó la retaguardia de los separatistas en Versailles, y allí supo que estos se dirigían á Booneville, mas viéndose á poco rodeado por el enemigo, retrocedió precipitadamente en dirección á California, en cuyo punto se reunió con el coronel Cutherwood y la caballería de Smith.

El general Mower, que había salido de Arkansas en seguimiento de los confederados, se detuvo en Cabo Girardeau después de recorrer trescientas millas en diez y ocho días, pero tal era el cansancio de la tropa y tan destrozados estaban los caballos por haber perdido la mayor parte de ellos las her-

ron con vida. Anderson fué reconocido luego como capitán confederado por el general Price, quien después de recomendarle que se portara bien, le dió orden para que marchara al Norte de Missouri para destruir varias vías férreas y cometer otros desperfectos.

raduras, que fué necesario enviar á pedir auxilio á Rosecrans, el cual despachó inmediatamente algunos vapores para que se embarcaran las fuerzas. La infantería llegó á poco á San Luis, y la caballería tomó la direccion de Jefferson-City para ir á reforzar á Smith.

Price entre tanto habia ensanchado la distancia entre él y sus perseguidores, y un destacamento de sus tropas, á las órdenes de Shelby, acababa de cruzar el Missouri por Arrow Rock, y avanzando sobre Glasgow, de cuyo punto se apoderó en pocas horas, hizo numerosos prisioneros. Á este atrevido golpe de mano debió seguirse una completa derrota del ejército separatista, pero Smith tuvo que detenerse en Lamine, donde el enemigo habia destruido el puente del camino de hierro, y no pudo atacar. El general Mower llegó también poco despues á este punto, y entonces Smith continuó avanzando hácia Dunksburg á fin de reunirse con Pleasanton, que continuaba su marcha hácia Warrensburg.

Los confederados parecian dispuestos á permanecer en este último punto, y al llegar la vanguardia á Lexington, empeñó una escaramuza con el general Blunt, que se hallaba allí con algunas fuerzas de Kansas, y el cual hubo de retroceder hasta Independencia. Al saber esto Rosecrans por un telégrama que se espidió, dispuso que Pleasanton marchara inmediatamente á Lexington, seguido de Smith, y así se hizo, apenas recibida la orden.

Estas disposiciones fueron por desgracia muy poco acertadas, y al adoptarlas se debió tener presente que no es muy fácil acorralar á un ejército compuesto en su mayor parte de caballería, que vive sobre el pais, y que contando con muy poca artillería, le conviene destruir todos los puentes. Sin em-

bargo, el único medio para acabar de una vez con el ejército enemigo, consistia en tomar la delantera á fin de cortarles su única retirada, y por esto son excusables hasta cierto punto las medidas adoptadas en aquella ocasion. Cuando llegó á Lexington la vanguardia de Pleasanton, á las órdenes de Mc Neil y Sanborn, el enemigo acababa de abandonar este punto, y avanzando rápidamente hácia el Oeste, sorprendió á la division Kansas en Little Blue, donde el general Curtis, encargado allí del mando, sostuvo un reñido combate, hasta que dominado por fuerzas muy superiores, se retiró á Big Blue para tomar una posicion mas ventajosa. Presumiendo Rosecrans que Curtis podria sostenerse en el punto que ocupaba, espidió una orden á Pleasanton previniéndole que destacase á Mc Neil con una sola brigada en persecucion del enemigo, y que con el resto de las fuerzas marchara á Lone Jack á fin de reunirse con Smith, que debia haber llegado ya.

Parece que estas órdenes no fueron puntualmente obedecidas, pues Pleasanton marchó con todas sus fuerzas en persecucion del enemigo, y al llegar á Little Blue, á eso de las diez de la mañana del 22 de octubre, vió que la retaguardia de este se alejaba despues de haber destruido el puente. **1864.**

En aquel momento, el general Cutherwood se apoderaba de Independencia, y Mc Neil se dirigia con su brigada á Santa Fé con el objeto de interceptar el paso al enemigo.

Á la mañana siguiente marchó Pleasanton á Big Blue, donde se hallaba el grueso de las fuerzas del enemigo, y como quiera que este parecia dispuesto á oponer una vigorosa resistencia, hiciéronse los preparativos necesarios y se trabó la accion, que duró desde las siete de la mañana hasta la una de la tarde. Confederados y unionistas se batieron con el mayor denuedo, disputándose el ter-

reno palmo á palmo, pero al fin los primeros se pronunciaron en retirada, perseguidos por las fuerzas de Pleasanton y Curtis, que llegaron hasta Santa Fé.

Smith llegó á Independencia á las cinco de la tarde con nueve mil infantes y cinco baterías, y en seguida se puso en marcha hácia Hickman con la intencion de flanquear al enemigo, pero ya era demasiado tarde, pues las contramarchas de los federales habian dejado una puerta abierta para huir, y Price era demasiado buen general para no aprovechar esta oportunidad que le libraba del riesgo de verse completamente cercado por el ejército enemigo.

El general Curtis emprendió la persecucion el 24 de octubre con sus tropas de Kansas, pero pronto dejó su lugar á

1864. Pleasanton, quien despues de una marcha de sesenta millas, alcanzó á los separatistas, ya muy entrada la noche, en *Maraides-Cygnés* (Pantano de los Cisnes), donde les atacó sin darles apenas tiempo para prepararse á la defensa. Las tropas de Price se retiraron entonces á *Little Osage*, y allí presentaron de nuevo la batalla rompiendo el fuego con ocho piezas de artillería, pero dieron los federales tan brillante carga, que se apoderaron de los ocho cañones y mil prisioneros, incluso el general *Marmaduke*, el brigadier *Cabell* y cinco coroneles. La

brigada *Sanborn*, que se habia quedado muy atrás, y que llegó á poco, continuó la persecucion, y de nuevo derrotó al enemigo cuando este intentó hacer frente, pero estaban ya las tropas tan fatigadas, que se mandó hacer alto, y entonces *Pleasanton* volvió al fuerte *Scott* para tomar algun descanso, y *Smith* se dirigió hácia *Harrisonville* con el mismo objeto.

Blunt y *Benteen* con sus brigadas, seguidos de *Sanborn*, persiguieron aun al enemigo hasta *Newtonia*, pero en este punto los separatistas, que eran mucho mas numerosos, hicieron frente, y ya iban á ser derrotados los federales, cuando llegó *Sanborn* y pudo evitar que se perdiese la jornada. Los confederados continuaron entonces su retirada por la parte de *Fayetteville* (Arkansas).

Así terminó la última invasion de los separatistas en el Missouri: *Rosecrans* asegura que las fuerzas de *Price* en aquella campaña serian de unos quince á veinticinco mil hombres, incluso los seis mil que reclutó en el Estado, y dice que perdió diez cañones, una gran parte de sus bagajes, y muchos caballos y armas de todas clases, dejando en poder de su enemigo mil novecientos cincuenta y ocho prisioneros. En cuanto á los muertos, no se pudo averiguar la cifra exacta, pero es de creer que al salir de Missouri habia perdido la tercera parte de su gente.



CAPÍTULO XXI.

1864.

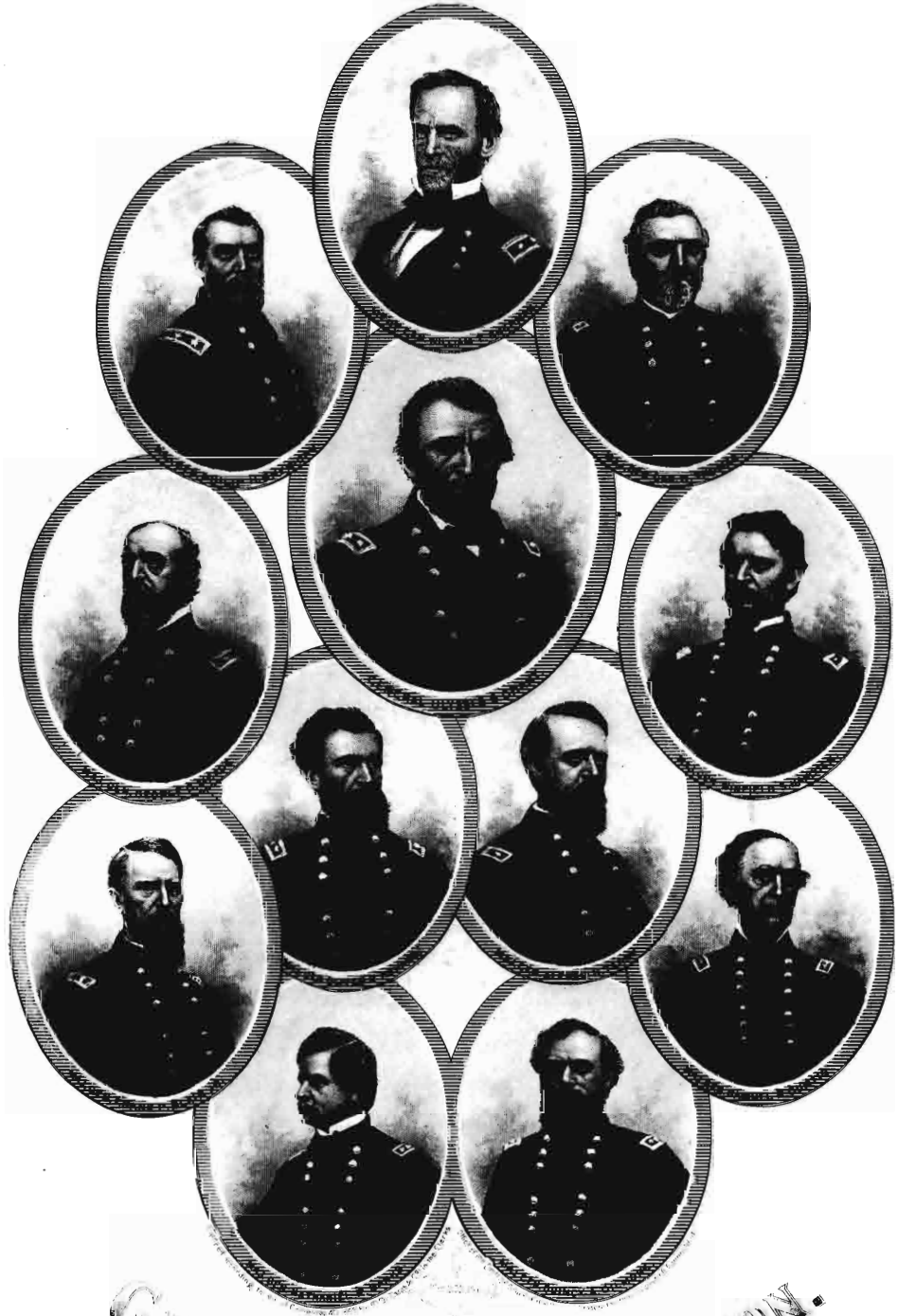
CAMPAÑA DE 1864. — OPERACIONES MILITARES CONTRA RICHMOND.

Grant obtiene el grado de teniente general de los ejércitos de la Union.—Sus opiniones acerca de la guerra.—Se encarga del mando.—Reorganizacion del ejército del Potomac.—Escursion de Kilpatrick á Richmond.—Muerte del coronel Dahlgren.—Grant cruza el Rapidan.—Batalla de Wilderness.—Muerte del general Wadsworth.—Grant avanza sobre Spottsylvania.—Combate.—Muerte del general Sedgwick.—Hancock destruye las lineas del enemigo y hace prisionero al general Johnson.—Espedicion de Sheridan á Richmond.—Muerte de Stuart.—Butler avanza por el rio Jacobo.—Smith derrota á Hill en Puerto Walthall.—Llegada de Beauregard.—Los separatistas atacan á Butler en el Jacobo.—Nuevos combates.—Primera espedicion de Kautz.—Destruccion de tres cañoneras unionistas.—Burnside es rechazado por el enemigo.—El general Lee obliga á los federales á retroceder.—Grant se dirige hácia Chickahominŷ.—Sangriento combate en Cold Harbor.—Espedicion de Sheridan á Louisa.—Guillem y Kautz marchan sobre Petersburg.—Los federales asaltan la plaza y son rechazados con numerosas pérdidas.—El general Meade avanza sobre Weldon.—Correrías de Wilson y Kautz por Burkesville.—Butler atraviesa el Jacobo.—Miles se apodera de un puesto militar en Deep Bottom.—Los generales Hancock y Gregg derrotados por los separatistas.—Warren se apodera de la via férrea de Weldon.—Hill derrota á Hancock en Reams.—Butler asalta el fuerte Harrison.—Los confederados tratan de recobrarlo.—Meade avanza sobre Hatcher's Run.—Egan derrota á Heath.—Hancock rechaza á Wade Hampton y se retira.—Pérdidas en esta campaña.—Observaciones.

El honorable Washburne, ilustre ciudadano de la Union é íntimo amigo del general Grant, habia propuesto á la Cámara, poco antes de empezarse la campaña de Richmond, que se volviese á crear el grado de teniente general de los ejércitos nacionales, concedido únicamente hasta entonces á Jorge Washington y al general Scott. (Á este último solo temporalmente.) No sin muchas vacilaciones, y despues de reflexionar detenidamente, accedió al fin la Cámara á tomar en consideracion la propuesta, pero desechó antes por ciento diez y siete votos contra diez y nueve otra del general Garfield, quien pedia se dejara el *bill* sobre el tapete, y aprobó por ciento once votos contra cuarenta y uno una enmienda de Mr. Ross, que reco-

mendaba á Ulises Grant para ocupar dicho cargo. Reunido el Senado, obtuviéronse en favor del proyecto treinta y un votos y seis en contra, habiéndose presentado luego varias enmiendas, en las cuales se proponia que no se otorgase el cargo de teniente general sino hasta la conclusion de la guerra, y que dependiese directamente del Presidente de la Union. La Cámara tuvo por conveniente desechar estas enmiendas y pasar el *bill* á un Comité, que informó de acuerdo con el parecer del Senado, resultando finalmente la aprobacion por setenta y siete votos contra cuarenta y tres. Mr. Lincoln firmó sin vacilar, y en 1.º de marzo se espidió el nombramiento, que confirmó el Senado acto continuo. Así pues, tanto el Congreso

1864.



GENERALES DE LA UNION.

como el Presidente, adoptaron esta medida, convencidos de que la importancia de las operaciones militares que iban á emprenderse, exigia que se confiase su direccion á un solo hombre, con lo cual se conseguiria la uniformidad, difícil de obtener con la intervencion del general Halleck.

No todos concedian á Grant las dotes y cualidades necesarias para desempeñar tan elevado cargo, pues aunque rayaba en los cuarenta años (*), siempre habia sido un ciudadano pacífico, apartado del teatro de la guerra; prescindiendo de esto, se contaba con verdaderos generales, tales como Meade, Buell, Mc Clellan y otros jefes de reconocida superioridad como militares y estratégicos, y aun se recordaba que varias batallas dirigidas por Grant, especialmente la de Shiloh, le habian valido una severa crítica. No obstante, Grant tenia una cualidad que apreciaba en mucho el Gobierno, y al decir esto, nos referimos á sus opiniones respecto á la guerra con el Sur. Segun Grant, para reprimir la rebelion haciase necesario proceder de una manera enérgica; aseguraba que era completamente inútil recurrir á los medios conciliatorios para restablecer la Union mientras los Estados de la Confederacion conservaran sus fuerzas de mar y tierra, y no comprendia que se pudiera acabar con aquel poderío sino por medio de sangrientas batallas en que tomaran parte numerosos ejércitos. En el último informe que habia escrito, emitiendo su opinion acerca de la guerra civil, decia lo siguiente :

« Desde que se rompieron las primeras hostilidades, comprendí que la actividad en las operaciones militares, tomando parte en ellas todas las tropas de que se pudiera echar mano, era el único medio de poner término á la guerra. Ciertamente es que el enemigo no cuenta

con tantos recursos ni puede disponer de tantas fuerzas, pero en cambio, tenemos un vasto territorio que en muchos puntos se muestra hostil al Gobierno, y nos vemos además precisados á cubrir con las tropas estensas líneas á fin de conservar libres todas las comunicaciones.

» Desde un principio abrigué la conviccion de que era imposible obtener una paz duradera y necesaria, así para la felicidad del Norte como la del Sur, hasta tanto que se combatieran las fuerzas militares que sostienen la rebelion. Por esto mismo me propuse en primer lugar, emplear el mayor número posible de tropas contra el enemigo, impidiéndole por todos los medios que estuvieran á mi alcance concentrarse para luchar con fuerzas iguales, y en segundo, privarle poco á poco de todos sus recursos y hostigarle sin tregua ni descanso hasta que no le quedara otro medio sino someterse á la Constitucion y á las leyes del pais.

» Siempre fueron mis ideas las mismas sobre este punto, y al dictar mis órdenes en las diversas campañas, me he atendido constantemente á este principio: si no he obrado con tanto acierto y buen tino como pudiera desearse, esto es cosa que podrá decirlo el pueblo, que llora la pérdida de sus parientes ó amigos, y sobre el cual pesan los gastos de la guerra. Todo lo que yo puedo alegar es que, en cuanto he hecho, he obedecido á mi conciencia, procurando siempre favorecer en lo posible los intereses de mi pais.»

El general Grant, que habia recibido un telégrama de su Gobierno, se presentó en Washington el dia 8 de marzo á fin de recibir el despacho de teniente general de los ejércitos de la Union, juntamente con las instrucciones necesarias, y al otro dia fué recibido en audiencia por el Presidente, que le dirigió, ante los miembros de

1864.

(*) Habia nacido en 27 de abril de 1822.



su Gabinete, el siguiente discurso, tan breve como espresivo:

«General Grant: agradecida la nacion por los servicios que habeis prestado, y reconociendo que aun nos queda mucho que hacer antes de terminarse esta sangrienta lucha, ha querido recompensaros con el nombramiento, por el cual se os confiere el grado de teniente general de los ejércitos de la Union, cargo que, como comprendereis, es de una inmensa responsabilidad.

»El pais confia en vos, y yo espero que el Altísimo os dispensará su proteccion: no necesito añadir, que así como la nacion, os creo acreedor á esta gracia, y que por mi parte os auxiliaré por cuantos medios estén á mi alcance.»

El general Grant contestó con el siguiente discurso, acaso el mas largo que habia pronunciado en toda su vida:

«Señor Presidente: acepto gustoso el despacho que me ofreceis, y agradezco en el alma el alto honor que se me confiere. Con el auxilio de los valerosos ejércitos que han tomado parte en tantas batallas, en defensa de la causa de nuestro pais, procuraré hacer todo lo posible para no defraudar vuestras esperanzas. Comprendo cuánta es la responsabilidad que va á peñar sobre mí, y reconozco desde luego que, si salgo airoso en mi empresa, se deberá el éxito á nuestras heroicas tropas, y sobre todo á esa Providencia que dispone del destino de los hombres y las naciones.»

Al dia siguiente apareció el decreto nombrando á Grant teniente general de los ejércitos de los Estados-Unidos: acto continuo revistó, aunque á la ligera, el ejército del Potomac, y á la mañana siguiente se puso en marcha con direccion al Oeste á fin de dictar sus disposiciones para dar principio á la gran campaña de 1864. El general Halleck

permaneció en Washington en clase de jefe de estado mayor del ejército; el general Sherman obtuvo el mando de la division del Mississippi incluso los departamentos de Ohio, Cumberland, Tennessee y Arkansas, y el general Mc. Pherson se encargó del ejército del Tennessee.

El general Grant anunció antes de marcharse que se trasladaba á su cuartel general, pues siendo jefe de todas las fuerzas de la Union, queria concentrarlas para no formar sino dos grandes divisiones, una vez combinado el plan general de la campaña decisiva. Esta nos conducirá hasta el fin de la guerra despues de una série de sangrientas batallas, de continuas escaramuzas, de brillantes ataques y prolongadas marchas, que demostraron la tenacidad y el valor de los combatientes por una y otra parte en aquella guerra titánica.

El resto de marzo y casi todo abril se emplearon en hacer varios preparativos y en reorganizar completamente el ejército del Potomac, que aun estaba bajo las órdenes de Meade. Las cinco divisiones se redujeron á tres, á las órdenes de los generales Hancock, Warren y Sedgwick; los generales Sykes, French, Newton, Kenly, Spinola y Meredith, fueron relevados y marcharon á Washington á recibir órdenes, y el general Burnside, cuyo cuerpo de ejército se acababa de aumentar en Maryland, cruzó el Potomac y fué á reunirse con Meade. De este modo las fuerzas del ejército ascendieron á mas de cien mil hombres.

Al principiár la primavera, el general Custer cruzó el Rapidan á la cabeza de mil quinientos ginetes y se dirigió luego por Culpepper y Madison hácia Charlottesville, en cuyo camino le cerró el paso una numerosa fuerza de separatistas, obligándole á retirarse hácia Stannardsville, donde tambien en-

contró una fuerza de caballería, de la que pudo alejarse despues de una insignificante escaramuza.

Esta expedicion, aunque tenia por objeto sorprender varios depósitos del enemigo y destruir algunas vias férreas, era mas bien para distraer la atencion del enemigo á fin de que no se fijara tanto en el general Kilpatrick, que saliendo de Stevensburg, cruzó el Rapidan por el vado de Ely's, dirigiéndose rápidamente por Spottsylvania á la via férrea central de Virginia, donde tuvo un encuentro con el enemigo, al que obligó á retroceder. Despues se encaminó por South Anna (Ana del Sur) á la estacion de Kilby, en el camino de Fredericksburg, y cuando hubo cortado la via, avanzó hasta hallarse á tres millas y media de Richmond, en cuyas primeras líneas de defensa se batió obstinadamente con el enemigo por espacio de algunas horas hasta que la superioridad del número de los enemigos le obligó á retirarse.

Kilpatrick acampó durante la noche á seis millas de Richmond y á dos del Chickahominy, pero á eso de las diez y media, precisamente cuando sus soldados empezaban á dormirse, los confederados rompieron el fuego con una batería de dos cañones, á lo cual siguió una carga que rechazaron los federales en pocos momentos. Sin embargo, reconocióse que aquella posicion no era muy conveniente ni ventajosa, y por esto Kilpatrick marchó con sus tropas hácia el Pamunkey, mas como no pudo cruzarlo por falta de botes, tuvo que dirigirse por la via férrea de White House, donde encontró una fuerza de caballería enviada por Butler desde el fuerte Monroe para auxiliarle y una brigada de negros que acababan de llegar con el mismo objeto. Kilpatrick habia perdido en esta expedicion ciento cincuenta hombres, cogiendo en cambio quinientos prisioneros y

muchos caballos, despues de ocasionar varios desperfectos de alguna consideracion.

El coronel Ulrico Dahlgren, jefe de otra expedicion de unos cuatrocientos ginetes, habia sido menos afortunado: despues de cruzar el vado de Ely's y alejarse algun tanto de Spottsylvania, Dahlgren atravesó los condados de Louisa y Goochland con la intencion de cruzar el Jacobo y acercarse á Richmond por la parte del Sur, mientras Kilpatrick lo hacia por el Norte, pero la corriente era demasiado profunda para que pudiera vadearse el rio, y Dahlgren ahorcó al negro que le servia de guia, creyendo que le habria engañado y alejado de la ciudad en vez de acercarle. Entonces los expedicionarios prosiguieron su marcha por la orilla Norte del Jacobo en direccion á las fortificaciones de Richmond que atacaron el 2 de marzo, pero rechazados vigorosamente, dirigiéronse hácia Hanover-
1864.
town, y viendo que Kilpatrick no se hallaba ya allí, encamináronse á King. Allí les cerró el paso, al cruzar el Mattaponny, un cuerpo de milicias cuya primera descarga fué funesta al coronel Dahlgren, quien cayó sin vida, atravesado el pecho de cinco balazos. Esto bastó para que se dispersaran los expedicionarios, y si bien pudieron escapar algunos, quedaron prisioneros lo menos ciento.

Dícese que el cadáver del coronel Dahlgren fué tratado ignominiosamente por habersele encontrado varios papeles que probaban se fraguaba una conspiracion cuyo objeto era poner en libertad á los prisioneros de Belle Isle, cerca de Richmond, y con su auxilio pegar fuego á la ciudad despues de asesinar á Jefferson Davis y á los miembros de su Gabinete. No cabe duda que lo de los papeles fué una pura invencion, y es de presumir que con ella se queria justificar la medida

que habian adoptado las autoridades confederadas, las cuales permitieron, segun se dice, colocar algunos barriles de pólvora en los subterráneos de la prision de Libby, para volar á varios miles de unionistas que se hallaban encerrados allí, en el caso de que no se consiguiese rechazar el ataque del ejército federal.

No habria sido imposible apoderarse de Richmond si Kilpatrick hubiese asaltado la ciudad resueltamente y de improviso con numerosas fuerzas, pero como no hubiera sido fácil conservarla luego, semejante empresa carecia de importancia. Si se hubiese encargado solo á Kilpatrick destruir las vias férreas, en tanto que Butler atacaba á Richmond con veinte mil hombres bien provistos de artillería, es de presumir que se habria obtenido un buen resultado, pero los jefes no creyeron oportuno arriesgarse en tan aventurada empresa. Algunas semanas antes habia tratado Butler de sorprender á Richmond, mas la evasion de un prisionero que dió el aviso al enemigo, dió al traste con el plan, pues los defensores de la plaza obstruyeron inmediatamente los caminos y fué preciso renunciar á tan atrevido golpe de mano.

El dia 4 de mayo, y hechos ya los preparativos necesarios, se puso en marcha el ejército del general Meade y cruzó el
1864. Rapidan por los vados de Germania y Ely's: Warren, seguido de Sedgwick, se detuvo en un punto llamado el Desierto, y Hancock se dirigió hácia Chancellorsville juntamente con Burnside, que iba custodiando todo el tren de campaña del ejército.

El Desierto es una especie de inmensa plataforma que se estiende entre el Rapidan y Spottsylvania, y cuyo terreno está cortado por profundos barrancos y cubierto de troncos de árboles y malezas, aun cuando hay dos ó tres caminos buenos y varios senderos

que conducen á Fredericksburg, cruzando dicha plataforma. Este terreno es esencialmente pedregoso, y por las circunstancias que hemos indicado, no hubieran podido maniobrar en él ni la artillería ni la caballería.

El ejército de Lee, siempre alerta y vigilante, ocupaba sus posiciones en la parte Oeste del Desierto, y así como Grant tenia el mayor interés en cruzar por este punto con toda la rapidez posible, sin empeñar la lucha, conveniale á Lee por todos conceptos oponerse á este movimiento. Así pues, tan pronto como los federales se pusieron en marcha, el ejército confederado, que estaba hácia la parte Norte del Rapidan, se dirigió rápidamente hácia la derecha, en sentido paralelo á la vanguardia unionista, y formó su línea de batalla á seis millas de distancia de las imponentes fortificaciones de Mine Run, que ofrecian seguro refugio en caso de un desastre. El general Lee, así como Meade, habia organizado su ejército en tres divisiones, al mando de los generales Ewell, Hill y Longstreet; el primero, que mandaba la izquierda, se hallaba junto al Rapidan; el segundo, encargado de la derecha, tomó posicion un poco mas lejos, y el tercero, que acababa de llegar de su campaña en el Tennessee, se situó á poca distancia de Charlottesville. El terreno era muy desventajoso para los federales, pero como el ejército de Grant se vió atacado de improviso, no tuvo mas remedio que aceptar el combate, pues no habiendo llegado aun Burnside con los trenes, tratar de evitar el encuentro, hubiera sido, no solo comprometer la campaña, sino tambien el ejército.

El dia en que se pusieron las tropas en marcha apenas se disparó un tiro, pues los piquetes separatistas se retiraron precipitadamente para dar el aviso á sus jefes. Entre tanto el general Warren, que mandaba

la vanguardia, tomó posición á cinco millas del vado que cruzaran poco antes Grant y Meade; el general Sedgwick se situó un poco mas allá, y Hancock, con su cuerpo de ejército, se detuvo en Chancellorsville, mientras la caballería á las órdenes de Sheridan y sus primeros oficiales Wilson y Gregg cubrían el centro y los flancos de la infantería.

El día 5 de mayo recibió Warren orden de avanzar, apoyado por Sedgwick, hácia el camino que conduce á Orange-
1864. Court-House; Hancock debía marchar en dirección á Shady Grove, y entre tanto la caballería de Sheridan practicaría un reconocimiento por la parte del Sudoeste. Estos movimientos, sin embargo, no pudieron efectuarse, atendido que el general Hill avanzó contra Warren seguido de sus tropas, mientras Ewell atacaba resueltamente á Sedgwick, obligándole á retroceder después de haber sufrido numerosas pérdidas. Así pues, la batalla comenzó antes de que los unionistas hubiesen tomado posición, y cuando sus generales creían que el enemigo no se hallaría tan cerca con numerosas fuerzas. Merced á esta circunstancia, el general Hill pudo situarse ventajosamente en una colina que se cruzaba en el camino, y allí rechazó vigorosamente á las brigadas Bartlett y Ayres, de la división Griffin. Á eso de las tres de la tarde los confederados renovaron el ataque, tratando de interponerse entre el cuerpo de ejército de Warren y de Hancock, que era su maniobra favorita: este último jefe se detuvo para tomar la derecha, en tanto que Sedgwick, aproximándose á la izquierda, destacó á la división Getty para apoyar á Warren, y poco después las cuatro divisiones de Hancock tuvieron formada su línea de batalla, muy á tiempo por fortuna, pues Hill acababa de unirse con Ewell y am-

bos atacaron á la vez con el mayor denuedo. Á eso de las cuatro de la tarde habíase roto el fuego en toda la línea, pero solo por la infantería, pues ya hemos dicho que por la naturaleza del terreno no podían emplearse los cañones ni era posible que entrase en acción la caballería. Como el general Ewell disponía de menos fuerzas que Hill, los federales consiguieron al fin rechazarle, y á causa de haber muerto el general Jones y el brigadier Stafford, Gordon se puso al frente de la división Rhodes, cargó al enemigo é hizo varios prisioneros. En este encuentro quedó herido de gravedad el general Pegram, y poco después la oscuridad de la noche puso fin á la batalla.

Ambos ejércitos se mantuvieron en sus posiciones respectivas durante la noche, y cada cual proclamaba como suya la victoria, pero seguramente con mas razón los confederados, pues causaron á sus enemigos una pérdida de cinco á seis mil hombres, sin contar mil prisioneros, mientras ellos tuvieron tan solo dos mil quinientas bajas.

El general Grant resolvió atacar de nuevo á la mañana siguiente, es decir, el 6 de mayo, con tanta mas razón cuanto que durante la noche llegó el cuerpo de ejército de Burnside, cuyas fuerzas se distribuyeron en los diversos puntos donde se creyeron mas necesarias. Sedgwick recibió orden de avanzar á las cinco de la madrugada, pero el enemigo atacó antes con intención de caer sobre el flanco derecho, defendido por las divisiones de Wright y Seymour, y esto impidió que se efectuase el movimiento de los unionistas, los cuales consiguieron, no obstante, rechazar á sus contrarios, tomando mejor posición. Era evidente que los confederados, que conocían mejor el país y podían trasladar sus fuerzas mas fácilmente de un punto á otro, trataban de desbaratar las dos alas del ejército

federal con objeto de caer luego sobre el centro con todas sus fuerzas.

El general Hancock, que se hallaba en la izquierda, avanzó á las cinco de la mañana, y á eso de las seis atacó á los confederados, haciéndoles retroceder hasta Parker's Store, pero allí se hallaba Longstreet con todas sus tropas, y á su vez obligó á los federales á emprender la retirada, y les hubiera derrotado á no llegar en aquel momento Burnside con toda su division. En este desesperado combate quedó herido de gravedad el general Longstreet, y al dar los separatistas una carga, que obligó á los federales á retirarse á sus atrincheramientos en el mayor desorden, cayó herido de muerte el general unionista Wadsworth; el general Hayes, su íntimo amigo, habia sufrido la misma suerte el dia anterior.

Mientras sucedia esto, el general Burnside marchó en auxilio de Hancock y Warren, y apenas se hubo practicado este movimiento, cuando las fuerzas unidas de Hill y Longstreet cayeron furiosamente sobre el flanco izquierdo de los federales dispersando en un abrir y cerrar de ojos á la division Stevenson. La oportuna llegada del coronel Carroll bastó para contener á los separatistas, que fueron rechazados con pérdidas considerables.

Así terminó la batalla en el ala izquierda, pero concentrándose el enemigo en la derecha cuando los jefes creian que estaba terminada la accion por acercarse la noche, cayeron de improviso como un torrente sobre las fuerzas de Gordon, y derrotaron por completo á las divisiones de Shaler y Seymour, cogiendo á este último prisionero con otros cuatro mil hombres. Hubo un momento en que se creyó que el ala derecha de los federales, si no todo el ejército, iba á quedar destruida, pero el general Sedgwick llegó á

tiempo para reforzar las líneas y pudo evitarse un desastre. Mientras los separatistas se retiraban triunfantes, reformáronse de nuevo los batallones aunque sin abandonar la posicion que ocupaban.

Á la mañana siguiente fueron á practicar un reconocimiento algunas avanzadas unionistas, pero solo encontraron alguna que otra guerrilla: era evidente que el general Lee se habia atrincherado y que deseaba que se le atacase en sus mismas líneas, mas no entraba esto en los planes de Grant, y por lo tanto mandó que avanzaran sus columnas á fin de concentrar su ejército en un campo abierto que rodea á Spottsylvania.

Las pérdidas de los federales en los sangrientos combates que tuvieron lugar en el Desierto no bajaron de veinte mil hombres, de los cuales seis mil quedaron prisioneros, siendo de sentir sobre todo la muerte del valeroso general Jacobo Wadsworth, de Nueva-York. Miembro de una familia distinguida, y aun cuando de edad demasiado avanzada para entrar en el servicio militar, habíase alistado como voluntario en el año 1861, sin mas interés que el deseo de servir á su pais. Como ayudante del general Mc Dowell, distinguióse en la batalla de Bull-Run, y á pesar de que habia vivido siempre entre el lujo y las comodidades de la vida, compartió gustoso las fatigas y penalidades de sus compañeros, acostumbándose á la vida del campamento. Elegido por los republicanos para el cargo de gobernador en 1862, no pudo aceptar por hallarse ausente, y aunque rehusó mas tarde el cargo que se trataba de conferirle, es de presumir que al fin hubiese accedido á los deseos de sus numerosos amigos. Muchos hombres se contaban en la Union que habian dado grandes pruebas de su patriotismo, pero seguramente ninguno sirvió á su pais con mas desinte-

rés, ni dió su vida con mas generosidad que el noble Jacobo Wadsworth.

Entre los heridos contábanse los generales Hancock, Getty, Gregg, Owen, Bartlett, Carrollo y Webb; este último de mucha gravedad. Los separatistas tuvieron que lamentar la muerte de los generales Jones, Albert y G. Jenkins, y entre los heridos figuraban los generales Longstreet, Pickett, Pegram, Hunter y Stafford (mortalmente): en cuanto á los individuos de tropa, sus bajas fueron mucho menos numerosas que las de los federales, pues solo perdieron ocho mil hombres.

Segun ya hemos dicho, Grant habia resuelto trasladarse á Spottsylvania, y en su consecuencia el dia 8 se mandó á Warren que se dirigiera con sus tropas hácia Alsop, por donde cruza un pequeño rio llamado el Po, pero como habia tenido que detenerse á consecuencia de hallarse ocupado el camino por las tropas confederadas, Longstreet llegó antes que él y tomó posicion cerca del rio Ny, colocando su artillería en una elevada colina desde la cual podia barrer el camino por donde tenian que avanzar los federales. Despues de un mútuo cañoneo, hizose avanzar al asalto á la division Robinson, pero fué rechazada con numerosas pérdidas, quedando su jefe gravemente herido; pocas horas despues se repitió el ataque tomando parte en él la division Griffin, y entonces se consiguió desalojar al enemigo, que dejó en el campo mil quinientos hombres.

La brigada de Miles, que fué atacada el mismo dia en el puente de Corbyn, pudo rechazar á sus enemigos, en tanto que el general Wilson penetraba con la caballería en Spottsylvania-Court-House, de donde hubo de retirarse á poco por no contar con suficientes fuerzas para hacer frente á los confederados.

Al dia siguiente, 9 de mayo, se concentraron los federales alrededor de Spottsylvania,

punto ocupado entonces por los generales Hill y Ewell: Warren iba en el centro, Hancock mandaba el ala derecha y Sedgwick la izquierda, mas antes de empezar el combate, ocurrió una sensible desgracia que causó un profundo sentimiento á los unionistas. En el momento en que Sedgwick daba sus órdenes para colocar convenientemente una batería, un diestro tirador del enemigo le atravesó la cabeza de un balazo, dejándole muerto en el acto. Sedgwick era natural de Connecticut, soltero y de cuarenta años de edad; como bravo y pundonoroso militar, apreciábanle mucho sus tropas, y le adornaban otras muchas cualidades que hicieron mas sensible su desgraciada muerte. Poco despues fué herido tambien gravemente el general Morris, natural de Nueva-York.

El general Wright se encargó, como oficial mas antiguo, del mando de la division de Sedgwick, y todo el dia 9 se empleó en reformar el órden de batalla: Warren se quedó en el centro, Hancock se encargó de la derecha, Wright pasó á la izquierda y Burnside permanecié con la reserva, cubriendo la nueva línea de retirada por la parte de Fredericksburg.

Á la caída de la tarde, el ejército federal avanzó sobre Spottsylvania, y poco despues, las dos alas extremas, mandadas por Hancock y Burnside, empeñaron con los separatistas un reñido combate en las orillas del Po. La division Barlow, que iba en la vanguardia, se vió acometida tan furiosamente por el enemigo, que hubo de retroceder con la mayor precipitacion para no quedar completamente destrozada, y en los dos ó tres ataques que dieron los unionistas, sufrieron numerosas pérdidas sin conseguir adelantar un paso. Los generales Rice y Stevenson perdieron la vida en aquel obstinado comba-

1864.

te, pero los unionistas tomaron luego la revancha atacando la primera línea defensiva de los confederados, á quienes cogieron novecientos prisioneros y varios cañones, que se abandonaron luego para no entorpecer la marcha de las tropas.

Llegada la noche, el general Grant espidió al departamento de la guerra el siguiente parte que nos parece un poco presuntuoso:

«Cuartel general del departamento; 11 de mayo de 1864, á las ocho de la mañana.

»En los diversos combates de estos seis últimos dias todas las ventajas han estado de nuestra parte.

»Las pérdidas han sido considerables tanto entre nosotros como entre el enemigo, pero creo que las de este son mas numerosas.

»Hemos hecho cinco mil prisioneros, sin que á nosotros nos hayan cogido mas que unos cuantos desertores.

»Me propongo *derrotar de una vez á los separatistas en este mismo punto, aun cuando deba permanecer aquí todo el verano.*

»El teniente general de los ejércitos de la Union,

»*Ulises Grant.*»

El resto del dia se empleó en hacer reconocimientos y algunos preparativos para renovar la lucha; el tiempo estaba lluvioso, y á la caída de la tarde se ordenó á Hancock que abandonara su posicion á media noche y se trasladase á el ala izquierda, á fin de reunirse con Wright y Burnside.

Á la mañana siguiente, la lluvia se habia convertido en una densa niebla que permitió á Hancock adelantar en dos líneas, formadas, la primera por las divisiones Barlow y Birney, y la segunda por las de Gibbon y Mott. En la trinchera mas avanzada de los separa-

tistas habia un ángulo saliente defendido por el general Johnson y sus tropas, y sobre este punto cayeron de improviso los federales, quienes se apoderaron del mismo Johnson y de casi toda su division, así como tambien del general Stewart y una de sus brigadas (*). El número de prisioneros ascendió á tres mil y se cogieron además treinta cañones.

Apenas obtenida esta victoria, Hancock escribió con lápiz á Grant el siguiente parte: «Acabo de apoderarme de treinta ó cuarenta cañones y he concluido con Johnson, que es nuestro prisionero. Voy á marchar á Early.» Al redactar este parte, el general Hancock ignoraba seguramente que ya no le faltaba mas que coger á Lee para completar la victoria, pues acababa de dividir casi al ejército separatista. Sin embargo, despues de los primeros momentos de sorpresa, los confederados se concentraron rápidamente, y persuadidos de que se hallaban en una situacion muy crítica y de que la derrota equivalia á una destruccion completa, batiéronse con el mayor ardimiento y con una irresistible impetuosidad. El general Grant habia previsto este caso, y por lo tanto destacó inmediatamente al cuerpo de ejército de Wright, así como tambien á Warren y á Burnside para que auxiliaran á Hancock, pero la posicion del enemigo era tan fuerte, que no solo pudo conservarla, sino que destacó tambien algunas fuerzas para reforzar su ala derecha. Las cargas se sucedian unas á otras rápidamente, la carnicería era espantosa,

(*) Stewart era un antiguo amigo de Hancock, quien al ver que se le presentaba entre los prisioneros, alargó la mano preguntándole afectuosamente: «¿Cómo estais, amigo Stewart?» á lo cual replicó éste con altanería: «Yo soy el general Stewart, del ejército de la Confederacion, y en circunstancias como esta, rehuso estrechar vuestra mano.»

—«Creed que en otra cualquiera no os la hubiera ofrecido,» contestó muy á tiempo Hancock.

pero todos los esfuerzos de los federales se estrellaron contra la poderosa resistencia de sus adversarios, y viendo al fin los primeros que sus ataques eran inútiles, suspendiéronlos por algun tiempo á fin de que las divisiones Cutler y Griffin fueran en auxilio de Hancock, que seguia ocupando la trinchera conquistada, aunque sin poder avanzar un paso. En vano habia tratado Lee de desalojar á los federales; los soldados luchaban cuerpo á cuerpo; hacíanse prodigios de valor por una y otra parte, é inútilmente intentaba Hancock vencer la resistencia de los separatistas, que como una muralla de bronce, le cerraban el paso impidiéndole apoderarse de la segunda trinchera. Á la caida de la tarde comenzó á llover copiosamente, mas el combate continuó hasta cerca de media noche, hora en que el general Lee emprendió la retirada, dejando á Hancock en posesion de la línea de defensa, cuya conquista le habia costado tanta sangre. Los confederados fueron á fortificarse en su línea inmediata, ocupando una posicion muy difícil de tomar.

Despues de este último combate pasaron varios dias durante los cuales no se hizo otra cosa sino marchar y contramarchar, buscando un punto débil en las líneas defensivas del enemigo, pero no se encontró ninguno.

1864. El 18 de mayo, las divisiones de Gibbon y de Barlow, apoyadas por las de Birney y Tyler, asaltaron la posicion enemiga, y esta vez, así como las otras, hubieron de retirarse los unionistas despues de sufrir numerosas pérdidas.

Al dia siguiente, sospechando que el ejército federal se corria hácia la izquierda con intencion de atacar de flanco, el general Lee destacó á Ewell contra el ala derecha de los unionistas, que era el punto mas débil, defendido por la division Tyler, que con sus

artilleros de á pié consiguió rechazar al enemigo, mas no sin que se empeñara un encarnizado combate, en el cual perdió mucha gente la division Tyler. En la noche del 20 al 21 de mayo, el ejército federal se puso en marcha con direccion á Richmond.

El general Meade manifestó en su parte oficial que sus pérdidas ascendían á treinta y nueve mil setecientos noventa y un hombres, á lo cual debia añadirse algo mas por las bajas del cuerpo de ejército de Burnside antes de su incorporacion con el ejército del Potomac. Ahora bien, si suponemos que la mitad de aquellas ocurrieron en los combates del Desierto, resulta que en Spottsylvania se perdieron lo menos veinte mil hombres. Los separatistas, protegidos por su línea de defensa, tuvieron muchas menos bajas, mas en cambio contábanse entre sus muertos los generales Daniels, Perrin y J. M. Jones.

En el Desierto habian acordado los jefes unionistas no establecer su centro de operaciones en la parte Norte del Rapidan, y trasladarlo á Fredericksburg, á cuyo punto se enviaron desde luego todos los heridos, de los cuales se encargaron al momento las sociedades de sanidad. Tambien se estableció un centro en Port Royal y otro en White House (Casa Blanca), y como cerca de estos dos sitios habia varios puestos militares, era fácil recibir los víveres y provisiones, tanto de Washington como de las grandes ciudades comerciales.

Veamos ahora lo que hacia entre tanto el general Sheridan. El dia 8 de mayo **1864.** ordenó este jefe á sus tropas que se preparasen para emprender una espedicion al dia siguiente, y en la madrugada del 9 se puso en marcha toda la caballería con direccion á Richmond y á las órdenes de Merritt, Wilson y Gregg. Despues de cruzar por North Anna, Sheridan se apoderó de la esta-

cion de Beaverdam, destruyendo tres trenes donde habia millon y medio de raciones, al paso que ponía en libertad á cuatrocientos prisioneros cogidos por los separatistas en el Desierto. Sheridan continuó su marcha hácia Richmond, y á poco fué atacado por la caballería de Stuart, pero rechazada esta fácilmente, dirigiéronse los expedicionarios hasta el puente de Ground Squirrel y se apoderaron de la estacion de Ashland el dia 14 de mayo, no sin destruir antes la via férrea y cometer otros desperfectos.

El general Stuart concentraba entre tanto su caballería en Yellow Tavern, á pocas millas de Richmond, en cuyo punto se proponía cerrar el paso al enemigo, pero lejos de conseguirlo, el atrevido jefe confederado fué mortalmente herido en el encarnizado combate que se siguió, y sus tropas tuvieron que retroceder hasta Ashland, dejando espedito el camino de Richmond. La division Custer, que llegaba en aquel momento para reforzar á los federales, atacó las primeras líneas de defensa, pero fué rechazada vigorosamente aun cuando consiguió coger cien prisioneros.

El dia 12, la columna expedicionaria cruzó el Chickahominy por Meadow-Bridge (Puente de Meadow), rechazó diversos ataques á izquierda y derecha, y despues de permanecer tres dias en Haxall, fué á reunirse con el ejército del Potomac, cruzando por White House y Hannover. Esta expedicion costó, sin embargo, al general Sheridan unos seiscientos hombres y otros tantos caballos que perecieron rendidos de fatiga ó por falta de forraje.

El general Butler por su parte, encargado de guardar el fuerte Monroe, no permaneció ocioso entre tanto, y cuando, segun lo convenido con el general Grant, recibió un considerable refuerzo de tropas á las órdenes de

los generales Smith y Gillmore, por cuyo medio llegó á tener á su disposicion en su departamento un total de cuarenta mil hombres, de los cuales lo menos treinta mil se hallaban desde luego en estado de entrar en servicio, resolvió comenzar las operaciones. La primera medida de Butler fué destacar algunas fuerzas, que embarcadas en cañoneras, debian remontar el York hasta White House con objeto de simular un ataque sobre Richmond y distraer la atencion del enemigo, mientras el general Gillmore practicaba el verdadero movimiento en cooperacion con Grant y otros jefes. Hecho esto, Butler embarcó su infantería y artillería, que componian un total de veinticinco mil hombres, y remontó el Jacobo mientras el general Kautz, con tres mil ginetes, salía de Suffolk, cruzaba el Blackwater (Rio negro) é iba á ocupar el camino de Weldon, en Stony Creek. El coronel West, á la cabeza de mil quinientos hombres, avanzó tambien á la vez desde Williamsburg, en direccion al Jacobo, por donde marchó igualmente la flotilla á las órdenes del almirante unionista Lee al dia siguiente, es decir, el dia 5 de mayo. El embarcadero de Wilson, el fuerte Powhattan y City-Point cayeron sucesivamente en poder de los federales sin la menor resistencia, y acto continuo se destacaron diez mil hombres para proteger la parte de la península que se encuentra entre el Jacobo y el Appomattox, y es conocida con el nombre de Bermuda Hundredss. El general Smith marchó á ocupar la via férrea que conduce desde Richmond á Petersburg, mas no pudiendo conseguirlo, reunióse con parte de las fuerzas de Gillmore, y el dia 7 comenzó á destruir el camino de hierro de Port Walthall despues de haber sostenido una empeñada refriega con el general Hill, en tanto que la caballería del general West vadeaba el Chickahominy é

1864.

iba á situarse frente á City-Point. Despues de destruir parte de la via férrea, Butler, á quien se habia anunciado desde Washington que el general Lee se retiraba precipitadamente hácia Richmond, temió que los confederados volviesen para atacarle con fuerzas muy superiores á las suyas, lo cual podia ponerle en un conflicto, y en su consecuencia, retiróse á sus atrincheramientos, donde aumentó sus fortificaciones para el caso de que le acometiera el enemigo. El hecho de no haber cooperado eficazmente los jefes que debian apoyarle, y el no haber ejecutado Gillmore las órdenes recibidas con tanta actividad como era de esperar, ponía á Butler en una crítica situacion.

Si este jefe hubiese marchado á Petersburg de una vez, es mas que probable que la ciudad habria caido en su poder, pues los confederados no contaban entonces con fuerzas suficientes para defenderla, y el general Lee no podria acudir á tiempo, pero se dejó escapar esta oportunidad, y, como era de suponer, no volvió á presentarse, pues avisado inmediatamente Beauregard por medio de un telégrama, se puso desde luego en marcha con todas las fuerzas que pudo reunir en Charleston á fin de tomar parte en la defensa de Richmond. Muy pronto comenzaron á llegar tropas confederadas y algunas de la Carolina del Sur, y cuando en 9 de mayo intentaron los federales cortar la via férrea, ya estaba fortificándose el enemigo. Sin embargo, la ventaja en el número estaba aun por los unionistas, y así pudieron estos destruir una parte del camino de hierro, marchando luego hácia Petersburg. Engañado Butler por las noticias recibidas de Washington, habia resuelto avanzar por el Norte; sus tropas llegaron á Proctor el dia 13 de mayo, donde el enemigo acababa de atrincherarse, y el general

Gillmore recibió orden de no atacar hasta el dia 16, pues era preciso reunir antes todas las fuerzas, muy diseminadas en aquel momento.

Sin embargo, el general Beauregard, que en concepto de Butler se hallaba aun lejos de Petersburg, estaba por el contrario muy cerca con fuerzas numerosas, y dispuesto á caer sobre el enemigo tan pronto como se presentara. En la madrugada del dia 14, precisamente cuando una densa niebla apenas permitia distinguir los objetos, y cuando aun se hallaban entregadas al reposo las tropas federales, oyóse el estruendo de la artillería enemiga, y sin dejar apenas tiempo para atender á la defensa, Beauregard atacó de frente y de flanco haciendo avanzar desde luego á la division del general Whiting:

La brigada de Heckman, la primera que trató de contener al enemigo, quedó á poco completamente derrotada, y ya los separatistas iban á caer sobre la retaguardia, cuando uno de los regimientos de Gillmore, destacado afortunadamente por Butler para reforzar la línea, acudió en auxilio de los federales y se consiguió contener al enemigo, oponiendo una vigorosa resistencia. Desconcertado entonces el general Beauregard, y no pareciéndole prudente avanzar á través de aquella densa niebla, dió orden á sus tropas de suspender el ataque por el flanco, y se dirigió contra el centro, defendido por el general Smith.

Las divisiones de Brooks y Weitzel se vieron acometidas entonces impetuosamente, pero como al avanzar no vieron los separatistas, á causa de la niebla, un alambre telegráfico que Smith habia tenido la precaucion de sujetar entre dos postes á dos ó tres piés del suelo, casi todos los soldados de la primera fila y de la segunda rodaron por tierra, in-

trodújose la confusion, y los unionistas, aprovechando la oportunidad, rechazaron fácilmente á sus enemigos.

Beauregard, no obstante, renovó sus esfuerzos para desbaratar el ala derecha, y habiendo dispuesto que una numerosa tropa diese un gran rodeo á fin de sorprender la retaguardia, Smith se vió por último obligado á retroceder. En esta refriega perdieron los federales lo menos cuatro mil hombres y los separatistas unos tres mil, pero Beauregard pudo ganar tiempo para establecer una buena línea de defensa, de donde no debia temer por el pronto le desalojaran sus adversarios. En los dias 18, 19, 20 y 21 de mayo, se dieron otros combates sin resultado decisivo, aunque con pérdidas numerosas tanto entre los unionistas como entre los confederados. El general Terry hubo de abandonar su posicion el dia 20 por no contar con fuerzas suficientes para rechazar un ataque, pero consiguió recobrarla al otro dia, y el general Kautz, que habia emprendido una expedicion para cortar algunas vias férreas, destruyó en parte las líneas de Danville, Powhattan y Chula. La flotilla, entre tanto, se ocupaba en la peligrosa tarea de recoger los torpedos que habia en el rio Jacobo, y ya uno de ellos habia destruído completamente una cañonera, poniendo fuera de combate á cincuenta hombres de la tripulacion. La misma suerte sufrieron las cañoneras *Shoshonee* y *Brewster*, pero esto se debió á un incidente casual y no á los torpedos.

La marcha del ejército de Grant desde Spottsylvania á North Anna, se efectuó admirablemente, sin sufrir pérdida alguna, y sin mas contratiempo que una escaramuza insignificante, pero como Lee ocupaba un terreno mas elevado y su posicion cubria el camino que conduce directamente á Richmond, Grant se vió en la precision de hacer

un gran rodeo y marchar por los caminos mas ocultos, lo cual no impidió que al llegar á North Anna, cerca del camino de Fredericksburg, encontraran los federales á sus enemigos ocupando una admirable posicion, y dispuestos á disputar resueltamente el paso á las columnas federales.

En la tarde del 23 de mayo, el general Warren cruzó por el vado de Jericó, **1864.** donde los separatistas tenian una escasa tropa, si bien recibieron á poco un refuerzo y atacaron á la division Griffin, que rechazó vigorosamente á los separatistas. Poco despues, no obstante, tres brigadas, á las órdenes del general Brown, repitieron el ataque cayendo de improviso sobre la division Culter é introduciendo el desórden en sus filas cuando estaba tomando sus posiciones. La columna avanzó entonces con ánimo de sorprender el ala derecha de Griffin, pero en aquel momento llegó oportunamente la brigada Bartlett, y las tropas del teniente coronel Mc Coy, que acababan de formarse en línea de batalla, rompieron un fuego tan nutrido, que los confederados retrocedieron desordenadamente, no sin dejar unos mil prisioneros en poder de sus contrarios, quienes solo tuvieron unas trescientas cincuenta bajas.

El general Hancock penetró en North Anna por el puente de Chesterfield, que se halla á una milla mas allá de la via férrea de Fredericksburg, en cuyo punto tuvo un encuentro con la division Mc Laws, del cuerpo de ejército de Longstreet, pero como esta ocupaba una posicion muy poco ventajosa, bastaron algunas piezas de artillería para desalojar á los separatistas, cuyas líneas de defensa fueron tomadas por las brigadas de Egan y Birney. Los confederados hicieron luego repetidos esfuerzos para quemar el puente, mas no pudieron conseguirlo, y habiéndose visto despues que

iban retirándose poco á poco, el general Hancock eligió su posición como lo habían hecho ya Wright y Warren en Jericó.

Así pues, creíase que podría efectuarse el paso del río sin encontrar la menor oposición, mas esta esperanza era ilusoria, pues precisamente había allí muchos vados, y como las orillas del río eran muy elevadas, el general Lee había elegido una muy fuerte posición desde la cual podía oponer un grave obstáculo á la marcha de los federales. Su ala derecha estaba protegida por profundos pantanos, la izquierda se apoyaba en un brazo del río, y el centro ocupaba el camino que conduce á North Anna. Merced á las ventajas que ofrecía esta posición, cuando Burnside se aproximó con sus tropas al río á fin de pasar á la orilla opuesta, su vanguardia, al mando de Crittenden, fué rechazada con infinitas pérdidas, y lo mismo le sucedió á Warren apenas dispuso que avanzara la división Crawford, la cual se vió en inminente peligro de quedar completamente destruida. Este contratiempo obligó á Grant á detenerse para estudiar y concertar otro plan de ataque, pero bien pronto pudo convencerse que la posición de Lee era poco menos que inexpugnable, y que solo el intentar apoderarse de ella costaría mucha sangre, acaso para no conseguir el objeto apetecido. Después de practicar minuciosos reconocimientos por espacio de dos días, acordó aplazar el ataque, y entonces el ejército federal se retiró con el mayor sigilo en la noche del 26 de mayo, cruzó el río sin contratiempo, y avanzando por el Este, volvió luego hácia el Sur, y tomó el camino de Richmond. El general Sheridan con la caballería llegó á orillas del Pamunkey después de recorrer veintidos millas; el cuerpo de ejército de Wright cruzó inmediatamente para ocupar los vados; Warren y Burnside pasaron en la ma-

ñana del 28 de mayo, y Hancock lo hizo poco después, de modo que todo el ejército se concentró en la parte Sur del Pamunkey sin sufrir pérdida alguna, y pudo establecer sus comunicaciones con White House.

El general Lee, como es de suponer, había tomado ya otra nueva posición, y su ejército cubría, así la vía férrea como el camino de Richmond, impidiendo con esto que los federales cruzaran el Chickahominy para interponerse entre él y la capital de la Confederación. El general Grant procuraba siempre sacrificar el menor número posible de soldados cuando buenamente podía hacerlo, pero llegado el momento de proceder con mano enérgica, no debían detener al jefe unionista las ventajas de la posición de su enemigo.

El mismo día en que llegaron las tropas de Burnside, es decir, el 28, se hicieron algunas demostraciones contra el enemigo, principalmente por la caballería de Sheridan, quien destacó á las brigadas de Davies, Gregg y Custer, las cuales se batieron con una fuerza de separatistas á las órdenes del general Fitzhugh Lee. En este combate tuvieron los primeros cuatrocientas bajas y ochocientas los segundos, pero puede decirse que esto sirvió de estímulo para aumentar el ardimiento de las tropas, preparándolas para otras acciones más sangrientas y decisivas. El día 29 de mayo, **1864.** la brigada del coronel Hardin fué atacada por una parte de la división Ewell á las órdenes de Rhodes, quien obligó á los unionistas á retirarse hasta el camino de Shady Grove, donde reforzados estos con la reserva del cuerpo de ejército de Warren, batieron á su vez á Rhodes y tomaron posición en Mechanicsville. Mientras sucedía esto, el general Hancock se había visto obligado, después de frecuentes escaramuzas, á

detenerse en Tolopotomy, porque en este punto estaban los separatistas muy bien fortificados; Burnside acababa de tomar posición á su izquierda en tanto que Wright se situaba á la derecha, y como de los reconocimientos practicados apareciese que no era posible atacar el enemigo de frente, acordóse flanquearle por la derecha, cruzando el Chickahominy por mas abajo de Cold Harbor, punto que se halla en la confluencia de varios caminos y del que ya se habia apoderado Sheridan el dia 31 de mayo. El general Smith recibió orden de trasladarse inmediatamente con diez mil hombres á Cold Harbor, y el general Meade dispuso que este jefe, apoyado por otras tropas, avanzara al ataque á fin de forzar si era posible el paso del Chickahominy.

El dia 1.º de junio, á las cuatro de la tarde, avanzaron resueltamente los unionistas contra las fuerzas confederadas, que **1864.** ocupaban un bosque en el cual se precipitaron las columnas, arrollando á su paso las avanzadas del enemigo que defendian la primera línea. Al acercarse á la segunda, no obstante, se encontró mucha mas resistencia, y como llegara la noche sin haber conseguido desalojar á los confederados de su posición, los federales establecieron su campamento en el terreno que acababan de conquistar á costa de dos mil hombres entre muertos y heridos. El cuerpo de ejército de Longstreet, que habia atacado el ala derecha de los unionistas el dia antes, acababa de correrse á la izquierda y tomaba posición frente al Chickahominy; Hancock recibió orden de apoyar á Wright; Warren extendió su línea á fin de ponerse en comunicación con Smith, y Burnside se retiró del centro con objeto de reforzar la retaguardia de Warren.

Estos movimientos en presencia de un

enemigo resuelto que vigila atentamente, no son siempre desastrosos, como le pareció á Rosecrans en la batalla de Chickamauga, pero nunca dejan de ofrecer peligro. Decimos esto porque al tratar Burnside de cumplir la orden que se le habia dado, si bien es cierto que era en medio del dia, el enemigo que no le perdía de vista, comenzó á perseguir la retaguardia é hizo algunos prisioneros, siendo de advertir que Warren dejó otros cuatrocientos en poder de los separatistas, y se vió muy apurado para salvarse con sus tropas. Á pesar de este percance, adoptáronse nuevas disposiciones, y los generales Grant y Meade, que acababan de llegar á Cold Harbor, resolvieron que se atacaran las líneas enemigas el dia siguiente, 3 de junio.

Los dos ejércitos se extendian en una gran parte del terreno ocupado por el ala derecha del general Mc. Clellan dos años antes: la retaguardia del centro de los confederados se apoyaba en Gaines Mill; la caballería de Sheridan se habia apostado en los caminos que conducen á White House, sin perder de vista el Chickahominy; Wilson cubria con su division el flanco derecho; Burnside apoyaba la retaguardia de Warren, y Smith, Wright y Hancock se habian corrido á la izquierda. Por lo que hace á Lee, no solo ocupaba una posición muy buena, sino que sabia perfectamente cómo sacar todas las ventajas posibles de ella, y esta cualidad, reconocida hasta por los mismos enemigos del jefe confederado, justifica hasta cierto punto que sus admiradores le proclamen como un gran genio militar.

El dia 3 de junio, al amanecer ó poco antes, avanzaron resueltamente las columnas de ataque de los federales, y **1864.** como era de esperar, fueron rechazadas con el mayor denuedo, pero hubo una terrible

matanza. La division Barlow, del cuerpo de ejército de Hancock, que estaba á la izquierda, alcanzó algunas ventajas al principio, desalojando al enemigo de su posicion, y cogiéndole tres cañones y varios prisioneros, pero faltándole apoyo, los separatistas la arrollaron luego completamente y recobraron el terreno perdido, obligando á Barlow á retroceder.

Gibbon, que estaba á la derecha de Barlow, se vió separado de éste por un pantano, pero una parte de sus tropas llegó hasta las obras de defensa de los separatistas. El coronel Mc Mahon se halló tan cerca de las trincheras, que pudo clavar su bandera en una de ellas, atrevimiento que le costó la vida, pues una bala le atravesó de parte á parte y cayó sin proferir una queja. El hecho es que los unionistas no pudieron adelantar un paso, ni conservar tampoco la ventaja que habian obtenido al principio, y como los confederados recibian continuamente refuerzos, viéronse en la dura precision de retirarse, aprovechándose de la niebla que, cada vez mas densa, no permitia á sus enemigos hostigarles.

Los ataques de Smith y Wright no fueron tan vigorosos como el de Hancock, y por lo tanto tuvo menos pérdidas. Burnside hizo avanzar dos de sus divisiones con el fin de flanquear el ala izquierda del enemigo, con la que se trabó un reñidísimo combate, y es de presumir que los federales habrian quedado vencedores, á no mediar la circunstancia de haberse suspendido ya la lucha en el centro. Esto habia sido preciso, pues veinte minutos despues de dispararse el primer tiro, contábanse ya diez mil bajas entre los federales, mientras que sus enemigos apenas habian perdido mil hombres. Tanto es así, que cuando algunas horas mas tarde remitió el general Meade una orden á los diversos

jefes, previniéndoles que atacaran por segunda vez, bien fuese en combinacion ó cada uno de por sí, los soldados se negaron á obedecer, porque *sabian* que era punto menos que imposible vencer al enemigo en aquella posicion, y nada justificaba en su concepto el inútil sacrificio de miles de vidas.

Las pérdidas de los federales en Cold Harbor ascendieron á trece mil ciento cincuenta y tres hombres, es decir, mil setecientos cinco muertos, nueve mil cuarenta y dos heridos y dos mil cuatrocientos seis estraviados, figurando entre los primeros los brigadieres Porter (*), Lewis, Morris y F. Wead, todos de Nueva-York, y seis coroneles. El general Tyler quedó herido de mucha gravedad. Entre los separatistas solo quedaron fuera de combate, de la clase de oficiales de superior graduacion, el general Doles y el coronel Lawrence, de la Carolina del Sur.

Vemos, pues, que el ejército unionista habia sufrido terribles pérdidas, mas no por esto dejó de seguir ocupando los mismos puntos, ni tampoco se vió obligado á retroceder. El general Lee, viendo que las trincheras construidas por los federales delante de sus líneas no eran muy fuertes, aventuró un ataque en la noche del 4 de junio, pero fué

(*) Pedro Porter, natural de Niágara, era hijo del general Porter, que se habia distinguido en la guerra de 1812, y fué luego Secretario de la Guerra bajo el Gobierno de Juan Quincy Adams. El brigadier Porter, que disfrutaba de todas las comodidades de la vida, entró á servir como voluntario en el ejército por un sentimiento de pundonor y delicadeza, pues, segun él dijo, debiale tanto á su pais que no podia vacilar en salir á su defensa en la hora del peligro. Cuando en 1863 se le eligió como candidato para el cargo de Secretario de Estado, alegó que no podia aceptar hasta que terminase la guerra, pues deseaba compartir la suerte de sus hermanos.

Bien puede decirse que el brigadier Porter fué uno de aquellos que empuñaron las armas impulsado por sus nobles y patrióticas ideas, y seguramente que ninguno sirvió á su pais con mas desinterés y abnegacion.

rechazado, y lo mismo le sucedió al día siguiente al intentarlo por segunda vez. En la noche del 6 de junio, los separatistas **1864.** trataron de sorprender el ala derecha que mandaba Burnside, mas no pudieron conseguirlo, y poco despues se convino un armisticio de dos horas para enterrar á los muertos y retirar los heridos.

El 7 de junio, el ala izquierda del ejército federal se extendió hasta el Chickahominy, y entre tanto Sheridan marchó con dos divisiones de caballería á fin de destruir la via férrea de la Virginia Central, lo cual consiguió despues de cruzar el Pamunkey por Aylett. Al llegar á Louisa encontró una numerosa tropa confederada que le obligó á retroceder hasta Trevilian, y en este punto empeñó un sangriento combate con otra fuerza enemiga, despues de lo cual se dirigió hácia Spottsylvania y White House, y fué á reunirse con el general Grant. Esta expedicion de Sheridan resultó menos beneficiosa de lo que se esperaba, porque el general Hunter, que debia haberse reunido con él en Gordonsville, siguió distinto camino, dejando así á Sheridan con mas enemigos de los que podia combatir, y por esta circunstancia ascendió su pérdida á setecientos treinta y cinco hombres, de los cuales trescientos quedaron prisioneros, si bien cogió casi otros tantos al enemigo. Las bajas de los confederados, entre muertos y heridos, fueron poco mas ó menos las mismas.

En vista del mal resultado de su primer ataque, el general Grant resolvió vadear el Chickahominy, y cruzar luego el Jacobo para atacar á Richmond por la parte del Sur, proyecto atrevido, especialmente porque el Gobierno de Washington no creia por ningun concepto oportuno un movimiento por el cual podria quedar la capital de la Union á merced del general Lee. En cumplimiento

de las nuevas órdenes que se espidieron, el cuerpo de ejército de Smith se embarcó en la noche del día 12 al 13 de junio para ir á reunirse con Butler; el ejército del Potomac se puso en movimiento á fin de cruzar el Jacobo; la caballería de Wilson, seguida de Warren y Hancock, pasó á la orilla opuesta del Chickahominy por Longbrigde, y lo mismo hicieron Wright y Burnside, dirigiéndose luego á Charles-City. Las tropas confederadas trataron de hostigar á los federales durante su marcha, pero sin resultado alguno, pues como habia suficientes botes y barcas, efectuóse el movimiento con la mayor rapidez y muy pronto comenzaron á tronar los cañones en las cercanías de Richmond.

El autor de este libro no presume tener mas conocimientos militares que los que puede tener todo escritor ó el aficionado á la historia; nadie le acusará seguramente de parcialidad en favor del general Grant ni de haber aplaudido siempre sus actos, admirándole hasta la exageracion, pero se ha hecho una crítica tan severa é injusta del jefe unionista al hablar de sus operaciones militares, que nos creemos en el deber de dar aquí una breve esplicacion.

Muchos han apoyado sus censuras con la siguiente pregunta: ¿Por qué el general Grant no embarcó de una vez su ejército para City-Point á fin de establecerlo allí á costa de algunos centenares de hombres, en vez de esponerse á perder cincuenta ó sesenta mil? Los que esto preguntan, no solo deben ignorar qué pérdidas sufrieron los separatistas al practicarse aquel movimiento, pérdidas que relativamente fueron tan numerosas como las de los federales, sino que desconocen tambien el hecho de que el ejército de Lee, hallándose muy apurado alrededor de Richmond, dejaba de ser un peligro para Wash-

ington. Prescindiendo de esto, dejar al ejército en el Rapidan y embarcarse para el Jacobo, equivalia á regalar al enemigo la capital de la Union con sus inmensos depósitos y almacenes militares. En cuanto al general Lee, no podia dirigirse á Washington sin abandonar á Richmond á su suerte, y debe tenerse en cuenta tambien que los diversos cuerpos del ejército federal se hubieran podido trasladar al Potomac en la mitad del tiempo que emplearian los separatistas para trasladarse á Centerville. Ya se comprenderá que Grant se puso en camino con la esperanza de derrotar completamente á Lee entre el Rapidan y el Chickahominy, y hemos visto que le fué imposible conseguirlo, pero adviértase que no habia medio de vencer los muchos obstáculos que se le presentaron, y por otra parte, lo mas urgente era batir al enemigo en una accion decisiva. Si Grant hubiese intentado, como lo esperaba Lee, avanzar por Gordonsville ó Louisa para flanquear el ala izquierda de los confederados en vez de la derecha, es casi seguro que habria tenido que emprender la retirada antes de avistar el rio Jacobo.

Hecha esta ligera digresion, reanudaremos nuestra historia.

Petersburg, poblacion importante, situada cerca de la embocadura del Appomattox, dista veintidos millas de Richmond, y es el punto de confluencia de todas las vias férreas, excepto de la de Danville, que une á la capital de la Confederacion con el Sur y el Sudoeste. Una vez tomada por los federales la ciudad de Petersburg, y contando con suficientes medios para conservarla, poca vida podia quedarle ya al Gobierno de Jefferson Davis y á su ejército, pues no les seria posible sostenerse en Richmond, pero tomar la ciudad sin tener la seguridad de quedarse en ella y combatir á Lee cuando se presentase

á recobrarla, lejos de ser útil, solo reportaria perjuicios.

Tan pronto como se hubo resuelto que el ejército de Meade cruzara el Jacobo para atacar á Richmond por la parte del Sur, el general Grant se trasladó al cuartel general de Butler á fin de reunir el mayor número de fuerzas posible y destacarlas contra Petersburg, apenas se supiese que podrian apoyar el movimiento los batallones del general Meade.

Por lo que hace á Butler, cuando el general Smith se hubo llevado la mayor parte de sus tropas para reforzar al general Meade, resolvió permanecer tranquilo en sus atrincheramientos, mas no le fué posible hacerlo, porque el puesto militar, situado en el embarcadero de Wilson, al Norte del rio Jacobo, y que defendia el general Wild con dos regimientos de negros, acababa de ser atacado por la caballeria separatista á las órdenes de Hugo Lee, el cual hubo de retroceder, mal de su grado, despues de algunas horas de combate. En 8 de junio el general Gillmore cruzó el Appomattox con tres mil quinientos hombres para dirigirse á Petersburg, mientras el general Kautz, con mil quinientos caballos, marchaba por la parte del Sur hácia el mismo punto. Al mismo tiempo dióse órden para que dos cañoneras y una batería bombardearan simultáneamente el fuerte Clinton, situado muy cerca del rio.

Esta combinacion se frustró, aun cuando se esperaba obtener un buen resultado: Gillmore avanzó en 10 de junio sin encontrar resistencia, hasta que estuvo á dos millas de la ciudad, donde dispersó algunas avanzadas enemigas, mas no quiso seguir adelante, reconociendo que no contaba con fuerzas suficientes para dar un golpe de mano, y por lo que hace á Kautz, no solo se aproximó á la ciudad, por estar

fija la atención de los confederados en Gillmore, sino que penetró en ella, si bien tuvo que salir luego precipitadamente para no quedar prisionero.

El general Grant, que se había separado del ejército del Potomac cuando este empezó á cruzar el Jacobo, se dirigió inmediatamente á Bermuda Hundreds, y dispuso que Butler mandara embarcar sin pérdida de tiempo el cuerpo de ejército de Smith, que acababa de llegar del Chickahominy, á fin de que marchara á Petersburg con toda la rapidez posible, pues se sabía que el general Hill, apoyado por la vanguardia de Lee, se hallaba ya al frente de Richmond. Smith se puso en marcha al momento, cruzó el Appomattox por un puente de barcas, y siguiendo el mismo camino que Gillmore en dirección á Petersburg, presentóse antes de la tarde del 15 de junio delante de las líneas defensivas del Noroeste, á dos millas y media del río, donde la brigada negra de Hincks cogió dos cañones al enemigo al atacar la primera línea de defensa. Aun cuando los momentos eran preciosos, el general Smith (*) determinó no atacar hasta el anochecer, y entonces destacó parte de sus fuerzas, y tuvo lugar una escaramuza en la que los federales cogieron trescientos prisioneros y diez y seis cañones, si bien por su parte tuvieron seiscientas bajas (**). Conseguida esta victoria,

(*) En su informe oficial decía el general Grant lo siguiente:

«Por razones que no me esplico ni he llegado nunca á comprender, Smith no estuvo dispuesto para atacar las líneas enemigas hasta el anochecer, ó bien no lo juzgó conveniente.»

Como Grant escribió el informe un año después de ocurrido el hecho de que hablamos, de creer es que el jefe unionista no saldrá nunca de sus dudas sobre este punto.

(**) El coronel Simon, de la caballería de Nueva-York, cayó herido de muerte cuando daba una carga á la cabeza de su regimiento. Habíase distinguido por sus servicios desde el año 1861.

y aunque la noche era muy clara porque brillaba la luna en todo su esplendor, Smith no quiso emprender movimiento alguno hasta la mañana siguiente, y para mayor fatalidad, Hancock, que llegó después de anochecido con dos divisiones que formaban la vanguardia del ejército del Potomac, resignó el mando en Smith por ser más antiguo en el servicio, y este jefe se limitó á situar parte de las tropas en la posición conquistada últimamente al enemigo. Parece también que Hancock, ya sea por la prisa del momento, ó porque tuvo que atender á mil cosas á la vez, no supo hasta las cinco de la tarde de aquel mismo día que se trataba de atacar á Petersburg, y por esto perdió algunas horas durante la mañana esperando la llegada de víveres, lo cual no hubiera hecho ciertamente si hubiese sabido cuán urgente era su presencia.

Estas vacilaciones de Smith perjudicaron sobremanera el buen éxito de la campaña, pues á las pocas horas el enemigo había recibido refuerzos considerables, y entre estos figuraban los veteranos de la vanguardia de Lee, hombres acostumbrados á no retroceder nunca. De este modo, la toma de Petersburg, que por un momento había sido inminente, quedó aplazada para otra ocasión.

Durante el día 16, Warren y Burnside reunieron la mayor parte del ejército del Potomac, pero también llegó Lee con todas las tropas de Virginia: Smith se encargó del ala derecha, estendiendo sus fuerzas hasta el Appomattox; Hancock, Burnside y Warren mandaban la izquierda, apoyada por la caballería de Kautz, y Meade, después de distribuir sus tropas, marchó á City-Point para celebrar una conferencia con Grant, y al volver á las dos de la tarde, previno á los jefes que atacaran á las seis de la mañana siguiente.

Hancock, Burnside y una parte del cuerpo de ejército de Warren avanzaron contra los separatistas, sufriendo un fuego terrible que diezmaba sus filas, y después de una noche de sangriento combate y espantosa carnicería, los federales habían ganado algún terreno, pero sus pérdidas eran enormes. La división Birney consiguió apoderarse de una eminencia, desalojando de ella á sus contrarios; Burnside, que había retrocedido al principio, ocupó luego un reducto, cogiendo cuatro cañones y cuatrocientos prisioneros, y la división Potter, rendida de fatiga por la desesperada lucha que sostuviera, fué reemplazada por la de Ledlie, que avanzó hasta situarse á milla y media de la ciudad, á la cual llegaban ya las bombas de los unionistas. Los federales, no obstante haber sido rechazados en los demás puntos, y sus pérdidas tanto en muertos como en heridos y prisioneros habían sido enormes. Los confederados, que estaban resueltos á batirse sin tregua ni descanso, atacaron luego la posición conquistada por Burnside, y arrojaron de ella á los federales, que se pronunciaron en retirada dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres.

Como la desesperada lucha empeñada en las cercanías de Petersburg había reunido en este punto á todas las fuerzas separatistas, prevínose al general Butler en **1864.** 16 de junio que marchara con Terry hácia Port Walthall á fin de apoderarse de la vía férrea, si era posible, ó de cortarla en caso contrario. Viendo Terry que la línea no estaba muy bien defendida, empezaba ya su obra de destrucción cuando se presentó Pickett, del cuerpo de ejército de Longstreet, y le obligó á retirarse precipitadamente. Grant, que preveía esto, había dado orden de enviar un refuerzo á Butler, mas por una equivocación que no se comprende, Smith

hizo alto demasiado pronto, y de este modo Terry no pudo resistir á la superioridad numérica de sus contrarios; cuando avanzó de nuevo al ataque, ya habían reforzado los confederados su línea de tal modo, que se juzgó poco menos que imposible el desalojarlos.

Creuyendo Grant que no se hallaba reunido aun todo el ejército separatista, concertó otro ataque general para el día 18, pero cuando los batidores avanzaron, vieron que el enemigo acababa de abandonar su posición para ocupar otra mas fuerte y mas cerca de Petersburg. Entonces adoptáronse nuevas disposiciones para asaltar con mas probabilidades de éxito, y á eso de las tres de la tarde, avanzaron de nuevo los unionistas: la división Martindale fué la primera que entró en fuego, y á esta siguió la de Birney y los demás jefes, mas lo único que se consiguió fué hacer algunos prisioneros á costa de sensibles pérdidas, mientras que los confederados, protegidos por sus obras de defensa, solo tuvieron algunas bajas insignificantes.

Así pues, quedó probado, á costa de una pérdida de diez mil hombres (*), que Petersburg no podía tomarse por medio de un asalto directo, y por lo tanto se dió orden á los jefes federales de atrincherarse lo mejor posible frente á la ciudad, mientras marchaban algunas tropas con el objeto de cortar la vía férrea de Weldon para apoderarse de ella si era posible.

Algunas tropas se dirigieron al camino de Jerusalem, donde un fuerte destacamento de separatistas las cerró el paso, y á la mañana

(*) Desde el día 10 al 20 de junio, solo las pérdidas de Meade ascendieron á mil ciento noventa y ocho muertos, seis mil ochocientos cincuenta y tres heridos y mil seiscientos catorce estraviados, lo que hace un total de nueve mil seiscientos sesenta y cinco. En esto no se comprenden las pérdidas de la caballería de Sheridan que se estuvo batiendo al Norte del río Jacobo.

na siguiente, todas las fuerzas se pusieron en marcha, la cual debia ser tan penosa como tardía, porque todo aquel territorio se hallaba cubierto de bosque y de malezas, y ya los confederados contaban con numerosas tropas para oponer una vigorosa resistencia. El general Hill, que vigilaba atentamente con el objeto de atacar en el momento mas oportuno, destacó una division contra el primer cuerpo de ejército de los federales, que se habia separado algun tanto del segundo, y poco despues, las columnas de Barlow, Mott y Gibbon se vieron atacadas y arrolladas por el enemigo, que obligó á los unionistas á retroceder, perdiendo muchos cañones y prisioneros. Una segunda division de Hill avanzó entonces para tomar posicion, pero no tardó en llegar Meade, y reuniendo los dos cuerpos de ejército, dió la orden de seguir adelante y pudo recobrar el terreno perdido, pues Hill no tenia á su disposicion fuerzas suficientes para oponer resistencia en campo abierto.

En la mañana del 21 de junio, continuó el ejército unionista su marcha, y no tardó en llegar la vanguardia á la via férrea de Weldon, mas apenas habian empezado las operaciones, cuando el general Hill atacó por su flanco á los tres regimientos federales que iban en aquella y los derrotó, cogiendo muchos prisioneros, y persiguiendo á los fugitivos hasta que estos se reunieron con el grueso de las fuerzas. Los unionistas perdieron en aquella ocasion unos cuatro mil hombres, la mayor parte de los cuales quedaron prisioneros, sin que con este movimiento consiguiera la menor ventaja el ejército de Grant, como no fuese el estender un poco la línea hácia el camino de hierro de Weldon.

Á la desgraciada tentativa para apoderarse de esta via férrea, siguió otro percance

no menos sensible. El general Wilson, de acuerdo con Kautz, reunió dos divisiones de caballería, compuestas de unos ocho mil hombres, y emprendió una espedicion cuyo objeto era destruir las líneas férreas de los confederados. Wilson se dirigió en primer lugar á la estacion de Reams, donde quemó el depósito, despues de haber cortado los *rails*, y marchando luego rápidamente por el camino de Lynchburg hasta un punto que dista solo quince millas de Petersburg, tocó en la estacion de Nottoway, donde inutilizó la línea en un espacio de veintidos millas, no sin dispersar antes á una fuerza de caballería separatista que trató de oponerle resistencia. El general Kautz, entre tanto, marchaba á Burkesville, y en la confluencia de esta línea con la de Danville, cometió varios desperfectos de consideracion. En Meherrin volvieron á reunirse Kautz y Wilson, y prosiguieron su obra destructora hasta llegar al puente de Roanoke, donde le salió al encuentro una numerosa fuerza que les obligó á retroceder.

Sin embargo, era preciso no perder tiempo, pues el enemigo iba reuniéndose poco á poco con la intencion de cortar toda retirada á los jefes unionistas y aniquilarlos completamente. Al llegar al camino de Weldon, Wilson y Kautz encontraron otra fuerza numerosa, y despues de un obstinado combate, tuvieron que retroceder hasta Reams, donde los federales esperaban que estaria Hancock, pero se engañaron completamente, pues en lugar del jefe unionista, salióles al paso una fuerte columna enemiga, compuesta de las brigadas de infantería de Mahone y Finnegan y de la caballería de Hampton. Wilson y Kautz trataron de abrirse paso, pero lejos de conseguirlo, quedaron derrotados completamente, perdiendo todos sus cañones, su tren de campaña, sus caballos, muchos pri-

sioneros y unos mil negros, muchos de ellos montados, que cayeron en poder de los separatistas y fueron reducidos á la esclavitud. Wilson y Kautz huyeron cada uno por su lado en direccion á Nottoway, y á duras penas pudieron llegar á las líneas que ocupaba el ejército federal frente á Petersburg. En el parte oficial que remitió luego Grant para dar cuenta de esta expedicion, decia en un párrafo lo siguiente:

«Los perjuicios causados al enemigo han compensado con creces las pérdidas sufridas, pues entre otras cosas se ha conseguido interrumpir la comunicacion con Richmond por espacio de algunas semanas.»

Podemos asegurar que no todos pensaron así, y el hecho es que pasaron muchos meses sin que Grant proyectara otra expedicion contra los confederados. En cuanto al general Lee, aseguró que Wilson y Kautz habian dejado en su poder mil prisioneros, sin contar los heridos, trece piezas de artillería y treinta wagones.

El general Butler, que habia recibido órden de echar un puente sobre el Jacobo, entre Deep Bottom y Bermuda Hundreds, llenó su cometido sin sufrir pérdida alguna, y poco despues el general Foster se situó con una brigada en el primero de dichos puntos, que dista solo diez millas de Richmond, y estaba muy cerca de las líneas de defensa que habia por la parte de Howlet's. El general Sheridan, que con su caballería se hallaba en White House, donde se retiró despues de su penosa expedicion á Gordonsville, se dirigió hácia el Jacobo en 25 de junio, y aun cuando fué atacado de improviso por el enemigo, consiguió rechazarle á costa de una pérdida de quinientos hombres, pero pudo salvar todos los cañones y el tren de campaña.

Una parte de las fuerzas del ejército se

volvió á poner á las órdenes del general Butler, y de este modo, á pesar de los reveses sufridos, estendiéronse las líneas federales por dos lados con el objeto de amenazar á Richmond por la parte del Jacobo y flanquear á Petersburg por el lado del Sur. Parece que hubiera sido mejor concentrar repentinamente todas las fuerzas contra la estensa pero debilitada línea del enemigo y romperla por donde se encontrase menos resistencia, pero sin duda el general Grant no lo creyó oportuno, si bien debió esplicar el porqué al redactar su informe. De creer es que la dura leccion recibida en Cold Harbor le haria reflexionar que debian tomarse grandes precauciones antes de atacar fortificaciones defendidas por veteranos tan bravos como los que componian el grueso del reducido pero aun formidable ejército de Lee.

Cuando las tropas hubieron tomado sus posiciones, ocurrieron al principio algunas escaramuzas frente á Petersburg, pero la mayor parte insignificantes: en una de ellas la division Stannard fué atacada por algunas fuerzas de infantería y artillería, pero rechazó al enemigo cogiéndole ciento cincuenta prisioneros; una demostracion que se hizo al dia siguiente contra Burnside tuvo poco mas ó menos el mismo resultado.

Así pasaron algunos dias, durante los que puede decirse que hubo tranquilidad, lo cual era en cierto modo necesario, porque las tropas habian estado batiéndose sin descanso por espacio de ocho semanas, sin contar que con las marchas y contramarchas hallábanse rendidas de cansancio. En este tiempo habian ocurrido entre los federales setenta mil bajas, mientras los separatistas, protegidos por sus obras de defensa, sufrieron muy pocas comparativamente. Es verdad que los unionistas recibian á cada momento refuerzos, pero estos se componian en su mayor

parte de hombres que entraban en el servicio por interés ó que no habian podido pagar la cuota exigida para poner un sustituto (*), y así es que el ejército del Potomac en 1864, aunque contaba con muchos veteranos, la mayor parte de las tropas era muy inferior á las que el general Mc Clellan llevó á la península en 1862.

El general Grant, no obstante, permaneció á la cabeza de sus tropas con ánimo resuelto, inflexible y sin dejarse abatir por los contratiempos. Despues de dar á sus soldados el descanso necesario, y viendo que el calor era intenso y que la tierra estaba tan seca, que el menor movimiento de sus soldados levantaba una nube de polvo suficiente para ahogar á hombres y caballos, dando á conocer al enemigo, siempre vigilante, cuanto se intentaba contra él, Grant quiso tentar el último esfuerzo, y en primer lugar dispuso que se construyese una via férrea para facilitar los movimientos de las tropas, así como tambien para distribuir las municiones y víveres, cuyo depósito, juntamente con el cuartel general, se hallaban en City-Point.

El general Foster entre tanto, desde sus fortificaciones de Deep Bottom amenazaba continuamente á Richmónd, al paso que reforzaba sus líneas de defensa de Bermuda Hundreds. El general Lee, á quien sin duda molestaba tener tan cerca al enemigo, intentó dos veces apoderarse de este punto, pero ambas fué rechazado fácilmente, y esto mas que todo indujo á Grant á probar suerte de nuevo. Con arreglo al nuevo plan que se habia propuesto, dispuso que se trasladara una numerosa fuerza por el Jacobo á Deep

Bottom, y efectuado este movimiento en la noche del dia 26 al 27 de julio, ordenó á Hancock que avanzara, dando un rodeo sobre las primeras líneas del enemigo, mientras Foster simularia un ataque de frente. Este movimiento se ejecutó con tal acierto, que el primer puesto avanzado de los separatistas cayó en poder de la brigada Miles, despues de coger cuatro cañones, y entonces el enemigo se retiró á Bailey, y se hizo fuerte en sus obras defensivas de Chapin's Bluff, frente al fuerte Darling.

El general Sheridan trató de apoderarse de este punto con su caballería, y con este fin se situó en una eminencia, desde la cual pensaba atacar á los confederados por la retaguardia, pero llegó la noche antes de terminar sus preparativos, y tan inminente creyó Lee el peligro por aquel punto, que destacó inmediatamente cinco divisiones de las ocho que le quedaban para conjurar el peligro. Esta era la oportunidad que esperaba Grant.

El cuerpo de ejército de Burnside tenia sus posiciones frente por frente á Petersburg, en un terreno un poco elevado, y sus líneas distaban solo unas ciento cincuenta varas de las del enemigo, en las cuales se veia un fuerte con su correspondiente guarnicion. Bajo este fuerte, y merced á estar situado cerca de un barranco oculto á la vista de las tropas de Lee, pudieron fácilmente los unionistas abrir una mina sin que se les observara y hasta sin que se sospechase el proyecto, pues de lo contrario, seguro es que se hubieran puesto los medios para evitar una catástrofe.

En la mañana del dia 30 de julio todo estaba corriente, y se dispuso pegar fuego á la mina, debiendo seguir á esto, como es de suponer, un ataque general por el punto donde mas daños hubiese causado la esplosion. Cal-

(*) Se demostró oficialmente que de los quinientos mil hombres alistados en 1864, solo ingresaron en el ejército ciento sesenta y ocho mil, por haber satisfecho los demás sus cuotas ó puesto un sustituto.

culábase que si se avanzaba á una distancia de unas cuatrocientas varas mas allá del fuerte, seria fácil apoderarse de Petersburg. Á las tres y media de la madrugada se dió orden de aplicar la mecha, pero como pasaba mucho tiempo sin que ocurriera novedad, el teniente Jacobo Douty y el sargento Enrique Rees se aventuraron en la galería y vieron que la mecha se habia apagado: volvieron á encenderla, y hora y media despues tuvo lugar la esplosion, que hizo volar el fuerte, aniquilando á los trescientos hombres que en él habia. En el mismo momento, y antes de que el enemigo volviese de su asombro, rompió el fuego la artillería unionista en toda la línea, y se dió orden de avanzar á las columnas de ataque.

Era indispensable, sin embargo, que una de estas se lanzase resueltamente por el punto donde habia ocurrido la esplosion, antes de que el enemigo se repusiese de su sorpresa, y aquí debemos consignar que precisamente en este punto, que era de la mayor importancia, se cometió una grave torpeza. Atendido que el cuerpo de ejército de Burnside habia abierto la mina, se le concedió la preferencia para formar las columnas de ataque, y no se tuvo en cuenta que estas tropas eran las menos á propósito para el caso. De las cuatro divisiones de que se componia este cuerpo de ejército, aseguraron los jefes que la de los negros era la mas conveniente para servicio tan peligroso, pero Grant no quiso dar crédito á estas palabras y dispuso que se eligiera otra, dando esto lugar á que los jefes *echaran suertes* para ver cuál seria el privilegiado. La suerte tocó al general Ledlie, precisamente el hombre menos á propósito para una empresa de tantísima importancia, é inútil nos parece añadir aquí que durante la noche no se hizo ninguno de esos preparativos que son de rigor

tratándose de ataques de semejante naturaleza.

La esplosion habia volado el fuerte, cuyos fragmentos se elevaron á doscientos piés de altura; la artillería federal acababa de romper el fuego en toda la línea, y solo faltaba que avanzara la primera columna de ataque, pero se perdieron algunos minutos, tiempo precioso, antes que la division Ledlie, apartando los obstáculos que obstruian su marcha, penetrara por el boquete que acababa de formarse á causa de la esplosion, y en el cual permanecia el enemigo sin saber qué partido tomar. Á las tropas de Ledlie siguieron otras dos divisiones de Burnside, á las órdenes de Potter y Wilcox, pero cuando todas ocuparon el cráter formado por la voladura del fuerte, lejos de avanzar compactas al ataque, y debidamente formadas, hiciéronlo en desórden, marchando las unas despues de las otras, y así se perdieron de una manera lastimosa dos horas, durante las cuales, recobrados de su sorpresa los separatistas, preparáronse á una vigorosa resistencia. Como si esto no bastara, cuando el mayor número de tropas solo podia producir confusion, Burnside destacó á la division negra, que avanzando ciegamente, cargó al enemigo, el cual preparado ya, hizo un fuego tan espantoso contra los federales, que les obligó á retroceder hasta el cráter, donde comenzó á reinar una confusion indecible; desbandáronse los soldados, solo se pensó en salvar la vida, y entre tanto las balas y las bombas de la artillería confederada, que caian como el granizo, sembraban la muerte y la desolacion, cubriendo el suelo de cadáveres. La carga de la division negra, aunque débil, dió por resultado coger algunos prisioneros, pero las demás tropas no podian retroceder ni avanzar, mientras los cañones enemigos barrian todo aquel

terreno, aumentando á cada instante el número de víctimas. Miles de soldados espusieron su vida sin vacilar para salir de aquella ratonera y volver á sus líneas, mas no era esto tan fácil, y no pocos perecieron en la demanda. Las pérdidas de los federales entre muertos, heridos y prisioneros no bajaron en aquella ocasion de cuatro mil cuatrocientos, mientras el enemigo apenas llegó á tener mil.

Este sangriento desastre no desanimó á Grant, pues á los pocos dias volvió á tomar la ofensiva comenzando las operaciones por ambos flancos. El dia 12 de agosto **1864.** previno á Hancock que marchara de nuevo contra el ala izquierda que estaba frente á Deep Bottom, y al efecto reforzó su cuerpo de ejército con las divisiones de Birney y de Gregg, inclusa la caballería de este último. Hancock trató de franquear las líneas enemigas por Bailey; Barlow marchó con dos divisiones á fin de sorprender la retaguardia, y la division Mott amenazó el frente. Birney obtuvo alguna ventaja, pues cogió cuatro cañones, pero como Barlow solo tenia una brigada, rechazóle el enemigo con facilidad. En resúmen, lo único que se adelantó con esto fué alarmar al enemigo, que reforzó inmediatamente sus líneas, y así es que cuando el dia siguiente, 16 de agosto, volvieron los federales al asalto, aun cuando tomaron al principio una trinchera cogiendo doscientos prisioneros, viéronse bien pronto obligados á retroceder, porque no se juzgó posible desalojar por entonces á los separatistas sin esponerse á una derrota casi segura.

La caballería del general Gregg, apoyada por la brigada de infantería de Miles, avanzó entre tanto sobre el camino de Charles-City, rechazando al enemigo, que trató de oponerse á su paso, pero no se adelantó mu-

cho con esto, y no pudo conseguirse que los confederados abandonasen sus líneas y aceptaran la batalla en campo abierto. El dia 20 de agosto hubo otro combate en el cual perdió Hancock unos cinco mil hombres; los separatistas no tuvieron tantas bajas, pero entre sus muertos se contaba el general Cherardie.

Lee comprendió seguramente que con aquella demostracion sobre Richmond se trataba de encubrir un ataque al extremo de sus líneas, pero vióse en la precision de reforzar la parte Norte para proteger á Richmond. Apenas hubo hecho esto, cuando Warren se dirigió hácia la via férrea de Weldon, á la cual llegó sin encontrar resistencia, y dejando en ella á la division Griffin, avanzó con Crawford y Ayres en direccion á Petersburg. Apenas hubo recorrido una milla, fué atacado por el enemigo, que desembocó por un sendero desconocido de los oficiales unionistas, á los cuales cogió doscientos prisioneros antes que volviesen de su sorpresa. Aun cuando en un principio retrocedieron los federales, hiciéronse luego fuertes, batiéndose con tal denuedo, que al fin consiguieron rechazar á sus antagonistas. Este combate costó al cuerpo de ejército de Warren unos mil hombres, pero se consiguió ocupar la via férrea de Weldon, considerada como un punto de gran importancia.

Sin embargo, aunque la posicion era buena, no estaba suficientemente protegida, y tanto es así, que antes de que se hubiera tenido tiempo de remediar la falta, avanzó Hill con una numerosa fuerza, y atacando con irresistible impetuosidad á la division Crawford, la arrolló completamente, cogiéndola dos mil quinientos prisioneros, incluso el general Hays. Gracias á la oportuna llegada de las brigadas de Wilcox y White, del cuerpo de ejército de Burnside, pudo evitarse una

sangrienta derrota, y habiéndose retirado los confederados con los trofeos de su victoria, recobró Warren el terreno perdido y reorganizó sus desbaratadas líneas. No se le ocultaba sin embargo al jefe unionista que su posición en la vía férrea de Weldon era tan comprometida como peligrosa, y bien pronto pudo convencerse de ello, pues á los

1864. tres días, es decir, el 21 de agosto, los separatistas rompieron el fuego sobre su posición con treinta cañones, y una hora después avanzó contra su centro una columna de ataque, mientras otra trataba de sorprenderle por el flanco. Pero Warren había tomado ya sus disposiciones, y gracias á esto, no solo rechazó á sus enemigos, sino que los derrotó causándoles una pérdida de mil doscientos hombres, mientras que entre los federales solo se contaron trescientas dos bajas.

Entre esta última refriega y las anteriores, tuvo Warren cuatro mil cuatrocientos cincuenta y cinco hombres fuera de combate, una mitad más que el enemigo, pero en cambio consiguió ocupar la vía férrea de Weldon.

Apenas hubo vuelto Hancock de su expedición al Jacobo, marchó inmediatamente á reunirse con la retaguardia de Warren, pero al llegar á la estación de Reams se detuvo dos ó tres días para cortar la línea por aquel punto. Cuando más ocupado estaba en esta tarea, presentáronse algunos batidores anunciando que se acercaba el enemigo con fuerzas numerosas, y en efecto, poco después las tropas confederadas atacaban á los federales resueltamente; la división Miles, la primera que contuvo el choque, rechazó al enemigo, pero entonces Hill mandó á Heth que tratara de apoderarse á toda costa de la posición, y al fin lo consiguió después de dar cuatro cargas sucesivas en una de las cuales se

apoderó de cuatro baterías. Hancock, que quería á toda costa conservar sus posiciones, dispuso que la división Gibbon avanzara inmediatamente para recobrar el terreno perdido, pero esto era más difícil de lo que parecía, y lo único que consiguió Miles, á costa de heroicos esfuerzos, fué recobrar una de sus baterías. Las tropas de Gibbon, dominadas por la superioridad numérica, hubieron de abandonar sus líneas, y cuando intentaron los unionistas seguir avanzando, hubieron de retroceder ante el nutrido fuego de sus contrarios. Aunque Hancock solo se hallaba á cuatro millas de distancia del punto ocupado por el cuerpo de ejército de Warren, no había recibido refuerzo alguno, sin duda por una mala inteligencia, y á esto principalmente se debió que tuviera que abandonar la estación de Reams después de perder dos mil cuatrocientos hombres, de los ocho mil que mandaba, además de cinco piezas de artillería y otros efectos de campaña. También Hill sufrió algunas pérdidas, pero no fueron tan numerosas. La posición de Warren era ya demasiado fuerte para que se pudiera tomar sin hacer antes grandes preparativos, y por esto se suspendieron las hostilidades por espacio de un mes, durante el cual los separatistas proyectaron y llevaron á cabo una brillante expedición por el Jacobo y Coggin's Point, donde se apoderaron de dos mil quinientas cabezas de ganado que allí tenían los federales.

Por fin resolvió Grant proseguir las operaciones, y su primera medida fué ordenar á Warren que avanzara con su cuerpo de ejército hacia el camino de Richmond, debiendo seguirle á poca distancia el general Butler, á fin de apoyarle en caso necesario. El día 29 de setiembre se puso Warren en **1864.** movimiento con cuatro divisiones, incluida la caballería de Gregg, que iba de

avanzada, y al llegar al camino de Squirrel Level, tomó dos ó tres obras de defensa que allí tenían los confederados, no sin que mediara un reñido combate, que se repitió al día siguiente y costó á los federales dos mil quinientos hombres. La nueva posición conquistada por estos se enlazó con la que ya tenían en la vía férrea de Weldon por medio de obras defensivas que formaban una estensa línea.

El general Butler cruzó entre tanto el Jacobo con su cuerpo de ejército á las inmediatas órdenes de Birney y Ord, y poco después se apoderaba de un puesto militar conocido con el nombre de Fuerte Harrison, el cual asaltó y tomó, cogiendo quince cañones y posesionándose de las trincheras del enemigo. Conseguida esta primera victoria, quiso completarla con la toma del fuerte Gilmer, situado un poco más allá, pero rechazado por el general Field, que defendía la posición, fuéle preciso desistir de su empeño después de haber perdido trescientos hombres, entre los que se contaban los generales Burnham y Ord, muerto el primero y herido el segundo de gravedad. El fuerte Harrison era una posición tan importante para Richmond, que Field resolvió recobrarlo, mas no quiso dar el asalto hasta la mañana siguiente, y poco después de amanecer destacó tres brigadas contra dicho punto, previniéndolas que atacasen por un lado mientras que el general Hooke lo haría por otro. Los separatistas acometieron tres veces, pero no simultáneamente, y esto contribuyó acaso á que fuera más fácil rechazarlos, causándoles numerosas pérdidas. Algunos días después, no obstante, tomaron la revancha, pues cayendo de improviso sobre la caballería del general Kautz, que avanzaba por el camino de Charles-City, la derrotaron y dispersaron por completo, cogiendo nueve cañones y unos quinientos prisioneros. Al

día siguiente tuvo lugar otro combate cuyo resultado fué indeciso, si bien unos y otros proclamaban como suya la victoria, sin duda porque las pérdidas habían sido poco más ó menos iguales. Butler practicó un reconocimiento el día 3 de octubre y asaltó algunas obras defensivas construidas últimamente por el enemigo, pero este las defendió con tal obstinación, que Butler desistió del ataque. **1864.**

Después de haberse pasado varios días sin más novedad que algunas sangrientas escaramuzas que tuvieron lugar alrededor del fuerte Sedgwick, conocido entre los soldados con el nombre de *Fuerte del Infierno*, el general Grant resolvió tentar otro esfuerzo, y al efecto dispuso que mientras el general Butler avanzaba por la extrema derecha, marcharan otras divisiones por los caminos de Charles-City y Williamsburg para atacar las primeras líneas de Richmond. En las fortificaciones levantadas delante de Petersburg solo debía quedar el número preciso de tropas para su defensa. En la madrugada del 27 de octubre se puso en marcha el ejército, á las órdenes de Meade, que se proponía atacar de improviso al enemigo por su flanco derecho. **1864.**

Los generales Parke y Warren avistaron á eso de las nueve de la mañana con sus respectivas fuerzas, las trincheras enemigas, que situadas á la derecha de la posición, se apoyaban en la orilla Oriental del Hatcher, y al intentar el asalto fueron rechazados vigorosamente. Entonces Warren, según lo convenido, se alejó un poco para intentar un ataque por otro punto, mientras que Hancock, á quien solo había disputado el paso del río una escasa fuerza, avanzó por Dabneys Mill, hácia la vía férrea de Lynchburg, cerca de la cual estaba la retaguardia de los separatistas. La caballería

de Gregg apoyaba el ala izquierda de Hancock. Este jefe había llegado, sin encontrar mucha oposicion, al camino de Boydton, y seguía avanzando, cuando á la una de la tarde recibió una órden de Meade previniéndole que se detuviera, y entonces supo también que no habiéndole sido posible á Parke apoderarse de la trinchera que atacaba, había dispuesto Warren que la division Crawford, reforzada con la de Ayres, cruzase el rio con objeto de marchar por la orilla Norte para atacar por otro punto al enemigo.

Crawford avanzó, segun se le había ordenado, pero con mucha dificultad, pues todo aquel territorio estaba cubierto de bosques casi impenetrables, donde se perdieron muchos soldados, mientras que hubo regimientos que se vieron separados completamente de su division. Antes de que Crawford adelantase á mucha distancia, recibió á su vez órden de Warren para detenerse, pues se acababa de hacer una consulta á Meade para saber si deberian avanzar ó retroceder las tropas, toda vez que aquel país era muy distinto de lo que se creyó al principio. Hancock no se hallaba entonces sino á una milla de distancia del ala izquierda de Crawford, mas era tan espeso el bosque, que hubiera sido imposible distinguirle ni saber tampoco qué posicion ocupaba. El caso es que cuando las divisiones de Hancock y de Crawford creian que iban á reunirse, pues les faltaba muy poco para ello, hallábanse separadas por una distancia de mil doscientas varas, precisamente cuando el general Lee acababa de destacar una fuerza numerosa para sorprender á los federales.

La division Hill, al mando de Heth, cruzó el rio con ánimo de ir al encuentro de Hancock, y siguiendo un estrecho sendero á través del bosque, pasó cerca del sitio ocupado por las tropas de Crawford, y sin ser visto,

llegó frente á la posicion de Hancock. Entonces Hill ordenó á su gente con el mayor silencio, y á poco caía de improviso sobre la division Mott, que sin ver al enemigo sufrió una nutrida descarga de fusilería. La brigada Pierce, atacada tan inopinadamente, se dispersó, dejando en poder del enemigo una batería, y por un momento creyóse que iba á tener lugar otro desastre como el de la estacion de Reams, mas por fortuna, el general Egan, que había oido las primeras descargas, acudía presuroso en auxilio de los federales, y cuando los separatistas llegaban al camino de Boydton, persiguiendo á los fugitivos de Mott, atacóles por su flanco con dos brigadas, recobró dos cañones é hizo unos mil prisioneros. Desconcertado el enemigo, emprendió la retirada precipitadamente, pero unos doscientos hombres que se dirigian en desórden hácia el rio, cayeron en las líneas de Crawford y quedaron prisioneros. Si este jefe hubiese comprendido cuál era entonces la situacion, de creer es que las pérdidas de Hill habrian sido mucho mayores.

Warren se hallaba con Meade en la retaguardia de Crawford, cuando se tuvo noticia del ataque de Hill, é inmediatamente se dispuso que el general Ayres marchara en auxilio de Hancock, mas antes de que pudiera hacerlo, había llegado la noche. Al mismo tiempo de ser atacado Hancock por su centro, el general Wade Hampton cargaba con la caballería separatista sobre su flanco izquierdo y su retaguardia, mandada por Gregg, y aun cuando hizo heróicos esfuerzos para desalojar á sus enemigos, no consiguió avanzar terreno y al fin hubo de retirarse, sufriendo numerosas pérdidas. Las bajas de Hancock en aquel dia ascendieron á mil quinientas entre muertos y heridos.

En vista de este resultado, Meade autorizó á Hancock para que se retirara ó conservase

su posición á fin de atacar á la mañana siguiente si creía poder hacerlo con auxilio de Ayres y de Crawford. Como escaseaban las municiones y no se tenía seguridad de recibir mas inmediatamente, así como tampoco de que Ayres y Crawford llegasen á tiempo con sus divisiones para comenzar el ataque, Hancock creyó lo mas prudente retirarse, y acto continuo se pusieron las tropas en marcha para ir á ocupar sus atrincheramientos delante de Petersburg, cubriendo no solo las obras defensivas que tenía Warren en la vía férrea de Weldon, sino también los caminos de Waughan y Squirrel Level (*).

(*) Dice Heth que si Hancock hubiese permanecido en su posición, le habrían atacado á la mañana siguiente quinientos mil infantes y la caballería de Hampton. Parece que la falta de municiones fué lo que le indujo principalmente á retirarse.

Así pues, mientras que se había conseguido avanzar por la izquierda á costa de grandes sacrificios, al intentarlo por la derecha y aun cuando se venció al enemigo, no se pudo adelantar un palmo de terreno. El movimiento de Butler no dió mas resultado sino distraer por algun tiempo la atención del enemigo, y esto á costa de numerosas pérdidas.

Así terminó en el año 1864 la obstinada y sangrienta campaña contra el ejército de Lee en Richmond, y aquí nos parece oportuno reproducir el siguiente cuadro, facilitado por uno de los generales del estado mayor de Grant, cuadro que no deja de ofrecer interés y en el cual figuran detalladamente las pérdidas sufridas por el ejército unionista.

ESTADO ESPRESIVO DE LAS BAJAS QUE TUVO EL EJÉRCITO DEL POTOMAC DESDE 5 DE MAYO DE 1864 hasta 1.º de noviembre del mismo año.

BATALLAS.	FECHAS.	MUERTOS.		HERIDOS.		EXTRAVIADOS.		TOTAL.
		Oficiales.	Individuos de tropa.	Oficiales.	Individuos de tropa.	Oficiales.	Individuos de tropa.	
Wilderness.....	Mayo del 5 al 12.....	269	3,019	1,017	18,261	177	6,667	29,410
Spottsylvania.....	Mayo del 12 al 21.....	114	2,032	259	7,697	31	248	10,381
North Anna.....	Mayo del 21 al 31.....	12	138	67	1,063	3	324	1,607
Cold Harbor.....	Junio del 1 al 10.....	144	1,561	421	8,621	51	2,355	13,153
Petersburg.....	Junio del 10 al 20.....	85	1,113	361	6,492	46	1,568	9,665
Id.	Junio 20 á Julio 30.....	29	576	120	2,374	108	2,109	5,316
Id.	Julio 30.....	47	372	124	1,555	91	1,819	4,008
Trincheras.....	Agosto del 1 al 18.....	10	128	58	626	1	45	868
Weldon (<i>Via férrea</i>)	Agosto del 18 al 21.....	21	191	100	1,055	104	3,072	4,543
Estacion de Reams.	Agosto 25.....	24	93	62	484	95	1,674	2,432
Peeble's Farm.....	Setiembre 30 y Octubre 1.	12	129	50	738	56	1,700	2,685
Trincheras.....	Agosto 18 al 30 Octubre...	13	284	91	1,214	4	800	2,417
Camino de Boydton.	Octubre 27 y 28.....	16	140	66	981	8	619	1,902
	Total.....	796	9,776	2,796	51,161	775	23,000	88,387

Nota.—Las cifras que aparecen en la primera línea del estado, comprenden las bajas sufridas en los varios combates que durante algunos días se dieron en Spottsylvania, y que pasaron de diez mil. Las pérdidas en Wilderness apenas llegaron á veinte mil, pero en Spottsylvania se contaron otras tantas. Estas correcciones, sin embargo, no alteran casi el total de las dos primeras cifras del cuadro.

No podemos asegurar si en el estado anterior se incluyen ó no las pérdidas de Burnside antes de incorporarse al ejército del Potomac, pero como no se comprenden las pérdidas sufridas cuando se operó en el Jacobo, puede deducirse sin temor de engañarse, que los muertos, heridos y estraviados que tuvo el ejército en 1864 al intentar la toma de Richmond, representaban la suma de cien mil. Ahora bien, teniendo en cuenta que de unos cincuenta y cuatro mil heridos y veinticuatro mil estraviados, (muchos de estos prisioneros, que obtuvieron la libertad en el mismo año), treinta mil se restablecieron ó pudieron escaparse, resulta para las pérdidas una cifra redonda de setenta mil hombres, mientras los separatistas, comprendiendo los quince mil trescientos setenta y tres prisioneros que se les hicieron, y deducción hecha de los heridos que curaron y volvieron á las filas, tuvieron cuarenta mil bajas, por mas que ellos aseguren no haber perdido tanta gente. En los desesperados y sangrientos combates que tuvieron lugar aquel año, el ejército del Potomac perdió veinticinco cañones, pero cogió en cambio treinta y dos, la mayor parte de ellos en Spottsylvania.

Los críticos de la Confederacion censura-

ron la conducta de Grant en aquella campaña, sosteniendo que era decididamente preferible la táctica de Mc. Clellan, porque el primero no sabia mas que aglomerar las fuerzas, sacrificando mas víctimas de lo que era necesario. De creer es que uno de esos genios militares que aparecen una vez en cada dos ó tres siglos, habria llevado á mejor término la empresa, así como un jefe tímido no hubiera conseguido nada, pero de todos modos no puede negarse á Grant el mérito de haber acometido una empresa tan formidable como la de tomar á Richmond. Otras campañas fueron acaso mas brillantes, pero es seguro que ninguna contribuyó mas directamente á combatir el poderío de los confederados, y en este concepto no puede menos de reconocerse el mérito de las operaciones militares que terminaron delante de Petersburg, á los cinco ó seis meses de haberse presentado el ejército unionista en las orillas del Rapidan.

Dejando al ejército del Potomac en sus cuarteles de invierno, veamos ahora cómo se sucedian en los demás teatros de la guerra los acontecimientos que iban á influir directamente en la situacion respectiva de los beligerantes.



CAPÍTULO XXII.

1864.

OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA, EN EL RAPIDAN Y EN EL MISSISSIPPI.

El general Jones sorprende un puesto militar de los federales.—Breckenridge derrota á Sigel en Newmarket.—Averill es vencido en Wytheville.—Combate cerca de la estacion de Dublin.—Victoria de Hunter en Piedmont.—Toma de Staunton.—Los federales avanzan sobre Lynchburg.—Emprenden la retirada por el Alleghanies.—El general Early obliga á Sigel á huir de Virginia.—Wallace derrotado en Monocacy.—Early amenaza á Washington y obliga á retroceder á Wright.—Averill derrotado cerca de Winchester.—Nueva victoria del general Early.—Mc Causland incendia á Chambersburg.—El coronel Stough es vencido en Oldtown.—Sheridan se encarga del mando.—Derrota de Early en Opequan y en Fisher's Hill.—Depredaciones en el valle.—Represalias.—El general Early sorprende á Crook en Cedar Creek.—Sheridan convierte la derrota en una victoria.—Pérdidas.—Escursion de Phillips á Granada.—Mc Pherson avanza desde Vicksburg.—Correría de Foster.—Sherman avanza sobre Meridian.—Combate en Yazoo.—Palmer marcha á Dalton.—Forrest se apodera de Union-City.—Es rechazado por Hicks en Paducah.—Asalto y toma del fuerte Pillow.—Matanza despues de la rendicion.—Sturgis es derrotado por Forrest en Guntown.—Smith bate á Forrest en Tupelo.—Escursion de Forrest á Memphis.—Combate en Bean's Station.—Última expedicion de Morgan á Kentucky.—Rendicion de Hobson.—Burbridge ataca á Morgan y le derrota cerca de Cynthiana.—Muerte de Morgan.—Burbridge es batido en Saltville.—Tentativa contra la isla de Johnson.

El general Grant, por el contrario de Mc Clellan, era un hombre tan infatigable como activo, y aun cuando en las operaciones contra Richmond sufrieron sus tropas frecuentes reveses, no se desanimó por esto ni dejó tampoco de persistir en realizar sus planes. Antes de hablar de ellos, no obstante, haremos una ligera digresion á fin de dar cuenta de otros hechos de armas que se llevaron á cabo en la Virginia Occidental y en la parte Norte del Rapidan.

Antes de que el general Grant se encargase del mando en jefe, habian ocurrido varias colisiones en Virginia, y la primera de ellas tuvo lugar en Jonesville, cerca del Cumberland, con el mayor Beers, que se hallaba custodiando un puesto militar, con trescientos hombres y tres piezas de artillería, cuando fué sorprendido y hecho prisionero

por el general separatista Jones, despues de una empeñada refriega, en la cual perdieron los unionistas sesenta hombres. En 1864. 30 de enero, el general separatista Hugo Lee emprendió una expedicion al Oeste de Cumberland, pero fué muy insignificante, y pocos dias despues el general Roser, destacado por Early para que hiciese una correría, sorprendió un tren que se dirigia á Petersburg, siendo el resultado apoderarse de doscientos prisioneros, noventa y tres wagones y mil doscientas cabezas de ganado. De todas las expediciones emprendidas anteriormente no se contaba ninguna tan ventajosa como esta. El dia 2 de febrero Roser sorprendió la estacion del camino de Baltimore y Ohio, que se halla á ocho millas de Cumberland, é hizo prisionero al piquete que la defendia, mas al volver á Springfield,

fué sorprendido á su vez por el general Averill, que con fuerzas muy superiores le hizo retroceder á una gran distancia, cogiéndole todos los prisioneros que llevaba y una porcion de caballos.

El coronel Gallup, uno de los jefes del departamento de Kentucky, sorprendió en 12 de febrero al coronel Ferguson, jefe de una guerra de srilleparatistas que se hallaba en Rock House, y despues de un breve combate le mató quince hombres, cogiéndole cincuenta prisioneros, incluso el mismo jefe. Por último, el general Scammon, que se hallaba en Charlestown, habia sido sorprendido algunos dias antes por el teniente Verdigan, uno de los oficiales de Ferguson, el cual le envió en clase de prisionero á Richmond con otros cuatro oficiales y veinticinco individuos de tropa que tambien cayeron en manos de los separatistas.

Segun el plan de campaña de Grant, el general Sigel debia operar en el Shenandoah y el general Crook en el Kanawha, á fin de ahuyentar á los separatistas de las cercanías de Staunton y Lynchburg. En cumplimiento de las órdenes recibidas, Sigel se puso en movimiento el dia 1.º de mayo, y al llegar á

1864. Newmarket encontró una fuerza confederada casi igual á la suya, á las órdenes de Breckenridge, el cual ocupaba una buena posicion. Despues de algunas escaramuzas de poca importancia, el jefe unionista dió la orden de atacar vigorosamente, y no pudiendo Sigel resistir el ímpetu de sus adversarios, quedó completamente derrotado, con una pérdida de setecientos hombres, seis cañones, mil armas de varias clases y una parte del tren de campaña.

El general Crook, que habia salido de Charleston al mismo tiempo que Sigel, tuvo por conveniente dividir sus fuerzas, lo cual no debió haber hecho nunca, y dispuso

que Averill marchara con dos mil ginetes á destruir las minas de plomo de Wytheville, pero precisamente se hallaba allí el general Morgan con una numerosa fuerza de caballería, y apenas hubieron llegado los federales, se vieron arrollados completamente, sin que sirvieran de nada sus esfuerzos para evitar una sangrienta derrota. Al redactar su parte oficial, el general Averill trata de demostrar que eran doblemente numerosas las tropas que le atacaron, pero como no destruyó las minas de plomo, ni tomó la ciudad ni hizo cosa alguna que valiera la pena de emprender la espedicion, déjase comprender que con este aserto trataba de atenuar el mal efecto que causara su sangrienta derrota.

El general Crook habia marchado con once regimientos, que tendrian unos seis mil hombres, hácia la via férrea de Virginia y Tennessee, y al llegar á la estacion de Dublin, salióle al encuentro una fuerza de separatistas muy inferior en número, á las órdenes del general Mc Causland, quien, á pesar de haberse batido con el mayor arrojo, fué derrotado, no sin que los federales sufriesen antes una pérdida de ciento veintiseis muertos y quinientos ochenta y cinco heridos. La via férrea quedó destruida en gran parte, mas no tardó en aparecer un refuerzo de tropas confederadas que habia destacado Morgan, y entonces Crook se retiró hácia el puente de Meadow, de modo que cuando llegó Averill á la estacion de Dublin, no encontrando á su compañero, prosiguió su marcha sin detenerse. Hé aquí cómo se frustró una vez mas, con tantas combinaciones, el movimiento concéntrico sobre el flanco de Lee: una fuerza que reunida hubiera bastado para batir á todos los separatistas que se hallaban al Oeste de Virginia, se habia diseminado de tal modo que no pudo hacer absolutamente nada.

El general Grant dispuso luego que Sigel reemplazara al general Hunter, y de nuevo se adoptó el funesto y vicioso sistema de hacer avanzar á las tropas desde puntos opuestos á fin de concentrarlas en un solo punto. El general Hunter, que habia recibido refuerzos, tomó la ofensiva desde luego, pues los frecuentes ataques de Grant obligaron á Breckenridge á retirarse con lo mas escogido de sus tropas para atender á la defensa de Richmond, en tanto que el general Jones, con una numerosa fuerza separatista, juntamente con la de Mc Causland, acudia tambien presuroso á conjurar el nuevo peligro. Los dos ejércitos beligerantes se encontraron en Piedmont, cerca de Staunton, el dia 5 de junio, siendo de advertir **1864.** que el de los federales era mas numeroso, (*) y dada la señal, se empeñó la

(*) El coronel Halpine, del estado mayor de Hunter, dice lo siguiente al hablar de esta batalla:

«Las fuerzas de uno y otro ejército eran, poco mas ó menos, iguales: el general Hunter tenia unos nueve mil hombres, y el enemigo contaba con otros tantos, los cuales ocupaban una buena posicion en una cadena de colinas en forma de herradura, protegida en parte por el bosque y por algunas barricadas hechas apresuradamente la noche anterior. El parte oficial, encontrado al registrar el cadáver de Jones, revelaba que tenia á sus órdenes seis mil ochocientos hombres de tropas regulares, y que se le habia reunido el dia antes la brigada de Vaughan, con la cual iban mil quinientos de la milicia, muchos de ellos jóvenes que no valian ni la pólvora que se iba á necesitar para matarlos; bien es verdad que la mayor parte de ellos huyeron de Staunton y Lynchburg tan pronto como supieron que se aproximaban los federales.

»Aunque las fuerzas que tomaron parte en la accion no eran muy numerosas, la lucha fué obstinada y sangrienta, y la victoria estuvo por algun tiempo indecisa: el enemigo rechazó con vigoroso impetu las repetidas cargas de nuestra infantería y caballería al mando de los generales Sullivan y Stahl, pues las divisiones de Crook y Averill no habian llegado aun, y era ya entrada la tarde cuando la brillante division del coronel Thoburne, cruzando el valle y asaltando una colina por el flanco derecho del enemigo, decidió la victoria en nuestro favor. El general Jones, jefe del ejército confederado, perdió la vida en aquella batalla, así como tambien cuatro coroneles, é hicimos unos mil ochocientos prisioneros, inclusa la inútil reserva de milicia de que ya

accion, que fué por demás obstinada y sangrienta. El general Jones cayó sin vida, atravesada la cabeza de un balazo, cuando mas arreciaba la lucha, y esta fué la señal de la derrota de los separatistas. Entre los trofeos de la victoria contábanse mil quinientos prisioneros, tres cañones y tres mil armas de todas clases, y puede decirse que con este descalabro no pudo ya el ejército enemigo oponer la menor resistencia.

El general Hunter avanzó luego hácia Staunton, donde se le reunieron los generales Crook y Averill, y todos juntos se dirigieron entonces á Lexington, muy á pesar de Grant, que esperaba estas fuerzas en Gordonsville, á cuyo punto acababa de mandar su caballería á las órdenes de Sheridan.

Las fuerzas de Hunter ascendian ya á unos veinte mil hombres, y con este ejército se puso en marcha inmediatamente con direccion á Lynchburg, principal ciudad de la antigua Virginia, de la que esperaba apoderarse muy pronto. Sin embargo, como Lynchburg es el foco de una rica y populosa region, donde existen numerosas fábricas, situada á orillas del Jacobo, y con una via férrea que comunica con Richmond y Petersburg, el general Lee, á quien convenia tanto conservar esta plaza como la de Richmond, habia cuidado de enviar numerosas tropas para guarnecerla antes de que Hunter atacase la ciudad, y hasta la víspera del dia en que se esperaba el asalto, se estuvieron recibiendo refuerzos por el ferro-carril.

Hunter, cuyas municiones empezaban á escasear, y que se veia ante una ciudad que contaba con una poderosa guarnicion, la cual podria arrollarle de un momento á otro, no tuvo otro remedio sino emprender la reti-

he hablado, apoderándonos además de dos mil ochocientas armas de todas clases. La oscuridad de la noche y la naturaleza del terreno nos impidieron perseguir al enemigo.»

rada precipitadamente, pues ya empezaba á perseguirle el enemigo, y en 22 de junio llegó á New-Castle, precisamente cuando ya se habian agotado sus víveres. **1864.** Hasta cinco dias despues no pudo obtener raciones para sus tropas, y á esto se debió que murieran muchos caballos y padecieran los soldados. Algunos habrán censurado acaso semejante retirada, pero debe tenerse en cuenta que aun cuando Hunter tuviese muchos defectos, era hombre de reconocido valor, y al retirarse por New-Castle, fué porque creyó que volver al Shenandoah directamente desde Lynchburg, seria esponer á su ejército á un grave peligro, si bien no se le ocultaba que iba á dejar á sus enemigos en libertad de obrar libremente, y que su largo rodeo por el Kanawha, el Ohio, Parkersburg, y Grafton, le impediria entrar en accion tan pronto como lo deseaba.

Los separatistas, por su parte, no dejaron de aprovechar esta oportunidad, y sin perder un momento, el general Early, jefe de los refuerzos que salieron de Richmond para proteger á Lynchburg, reunió el mayor número de tropas posible, y dirigiéndose rápidamente hácia el Norte, presentóse á poco en las orillas del Potomac. Sigel, que se hallaba en Martinsburg, se retiró á toda prisa á Harper's Ferry, dejando en poder de los separatistas un considerable número de efectos de campaña, y fué á tomar posicion en las alturas de Maryland, donde el enemigo no creyó prudente atacarle, pero destruyó una vez mas gran parte de la via férrea de Baltimore y Ohio, impuso una contribucion forzosa de veinte mil duros en Hagerstown, incendió varios edificios en Williamsport, y recorriendo los alrededores de Pennsylvania, apoderóse de una porcion de caballos y otras clases de ganado, abundantes víveres y no escasas cantidades de dinero. Este movi-

miento se efectuó con tanta destreza, y tal aparato desplegó la caballería, que aun cuando los invasores solo contaban con unos veinte mil hombres, de tal manera se exageró el número, que bien pronto cundió el pánico, y alarmando hasta al mismo Gobierno, dispuso este se reuniera inmediatamente toda la milicia de Pennsylvania, Nueva-York y Massachusetts para hacer frente al peligro.

Los separatistas sabian muy bien que el general Couch era el jefe militar de Pennsylvania, así como el general Wallace, de Maryland, y sus demostraciones contra el primero no tenian mas objeto que distraer su atencion para asegurar un golpe de mano contra el segundo, pero sospechando Wallace la intencion, reunió sus escasas fuerzas, pues la mayor parte de las tropas con que contaba operaban entonces contra Richmond, y resolvió presentar la batalla á los atrevidos invasores cerca del Monocacy, donde podria tomar una buena posicion. Es de advertir que cuando Wallace concentró sus fuerzas en Frederick, solo tendria unos tres mil hombres, entre los cuales iban cien voluntarios que nunca habian entrado en fuego. El coronel Clendenin marchó desde luego con su caballería, compuesta solo de unos cuatrocientos ginetes, en direccion á Middletown, á cuyo punto llegó el dia 7 de julio, mas habiéndole salido al encuentro el general Bradley T. Johnson á la cabeza de mil hombres, retrocedió hasta Frederick, donde, reforzado con la infantería del teniente coronel Griffin, y teniendo ya á su disposicion mil soldados, aguardó á pié firme á sus contrarios. **1864.**

Poco despues llegó Wallace á Frederick, pero no habia podido averiguar nada acerca de las intenciones del enemigo ni de las fuerzas con que contaba, pues circulaban las noticias mas contradictorias sobre este pun-

to. Así pues, un telégrama espedido por Sigel en las alturas de Maryland aseguraba que el enemigo se dirigia hácia el Norte por el camino de Pennsylvania, y un parte de Washington decia por el contrario que acababa de recibir refuerzos, de modo que no se sabia á qué atenerse con fijeza. El general Ricketts llegó luego con una batería de veteranos, pero como notase que las tropas enemigas iban siendo cada vez mas numerosas y que amenazaban atacarle por su flanco, el general Wallace evacuó á Frederick en la noche del 8 de julio y fué á tomar posicion en la orilla izquierda del Monocacy, donde ya se hallaba el general Ricketts. Si los separatistas tenian á su disposicion numerosas fuerzas é intentaban atacar á Washington, era de suma importancia entretenerlos para ganar tiempo hasta que llegase un refuerzo de Grant.

En la mañana del 9 ya habia tomado Wallace todas sus disposiciones: el ala derecha de su pequeño ejército, mandado por Tyler, cubria la línea de Baltimore; la izquierda, á las órdenes del general Ricketts, ocupaba el camino de Washington, y tambien se tomaron los puentes, destacando avanzadas en todos sentidos. La caballería del coronel Clendenin vigilaba los vados. La division Ricketts no estaba completa, y se esperaba que llegara el resto, por el ferro-carril, de un momento á otro, pero algunas horas antes avanzaron los separatistas desde Frederick, y despues de situar convenientemente sus cañones en número de diez y seis, rompieron el fuego contra los federales. Como estos solo podian disponer de seis piezas, viéronse dominados desde luego por sus enemigos, mas á pesar de esto generalizóse bien pronto el combate y llegó á ser encarnizada la lucha en el puente de Baltimore. Un numeroso cuerpo de la infantería separatista flan-

queó el ala izquierda de los federales, forzando el paso del Monocacy por un vado que se encuentra dos millas mas abajo del puente de madera que hay en el camino de Washington; á las diez y media de la mañana, otra columna avanzó en son de ataque contra la division Ricketts, y aunque este jefe habia formado con sus tropas una sola línea que se apoyaba en la orilla del rio, tal era la superioridad numérica de los confederados, que la dominaron completamente. Viendo Wallace cuán desigual era la lucha por aquel punto, envió á Ricketts dos de los cañones de Tyler, y mandó quemar al momento un puente de madera á fin de impedir que avanzara el enemigo.

La primera línea de los confederados cargó impetuosamente, pero fué rechazada despues de una sangrienta refriega, así como tambien la segunda, y aun cuando Wallace hubiera podido retirarse entonces con honor, no lo hizo porque, siendo ya cerca de la una de la tarde, hora en que debia llegar el resto de la division Ricketts, parecía fácil, con este auxilio, conservar su posicion á pesar de la superioridad numérica de sus contrarios. Sin embargo, dió la una y dieron las dos sin que llegase el espresado refuerzo ni se tuviera noticia alguna de él, y como el enemigo iba estrechando las distancias con la intencion de cargar resueltamente por todos los puntos á la vez, Wallace ordenó á Ricketts que se preparase para emprender la retirada por la parte de Baltimore, la cual se efectuó á las cuatro de la tarde.

El puente de piedra que se encuentra en aquel camino estaba ocupado por el general Brown, y como era de la mayor importancia conservar este punto, el general Tyler se dirigió á él con su reserva para encargarse del mando, seguido á corta distancia por Wallace, quien reiteró la orden de conser-

var el puente á toda costa, hasta que hubie-
ra cruzado Ricketts. El general Tyler con-
tinuó pues defendiendo la posicion hasta las
cinco de la tarde, en cuya hora, viéndose ca-
si arrollado por sus numerosos enemigos, no
tuvo mas remedio que lanzarse en el bosque,
seguido de su estado mayor, á fin de no caer
prisionero. El coronel Brown se habia reti-
rado ya, no sin sufrir algunas pérdidas, aun
cuando la persecucion no fué muy activa,
atendido que la caballería confederada del
general Johnson se dirigia en aquel mo-
mento hácia Baltimore. El resto de la divi-
sion Ricketts, esperado con tanta ansia, se
habia detenido en Monrovia, punto que dis-
taba ocho millas, y al fin llegó á tiempo para
evitar una completa derrota. Esta fuerza,
compuesta de tres regimientos, se reunió
con Wallace en Newmarket, y ayudó á cu-
brir la retirada, que terminó á doce millas
del Monocacy.

Las pérdidas de los federales en aquella ac-
cion ascendieron á noventa y ocho muertos,
quinientos setenta y nueve heridos y mil dos-
cientos ochenta y dos estraviados, total mil no-
vecientos cincuenta y nueve, y segun parece,
los separatistas solo tuvieron seiscientas ba-
jas, si bien cuatrocientos de sus heridos lo
estaban de gravedad y fueron hallados en
los hospitales de Frederick al ocupar los
unionistas la ciudad dos ó tres dias des-
pues.

La caballería de Johnson se aproximó á
Baltimore al dia siguiente, precisamente
cuando empezaba á propagarse la noticia de
que el pequeño ejército de Wallace habia si-
do aniquilado en el Monocacy. Los separa-
tistas que residian en la ciudad, aunque no
tan numerosos como en abril y julio de
1861, no se mostraban menos hostiles, y de-
seaban con ansia la llegada del ejército con-
federado, pero el general Early, despues de

permanecer algunas horas en el campo de
batalla, se dirigió hácia Washington, con-
vencido de que Baltimore, aun cuando no
contaba con una guarnicion numerosa, no
podria tomarse enseguida. Los generales
Lockwood y Morris, jefes de las tropas que
ocupaban á Baltimore, reunieron bien pron-
to algunos miles de ciudadanos leales, que
se apresuraron á ocupar todos los puntos im-
portantes y á levantar obras de defensa que
no podian tomarse fácilmente. El general
Johnson desistió, pues, de la empresa, pero
en cambio destacó una fuerza de caballería
que, á las órdenes de Gillmore, marchó al ca-
mino de Philadelphia, y al llegar á la esta-
cion de Magnolia, cometió varios desperfec-
tos despues de haber detenido el tren de la
mañana.

Las avanzadas de la caballería de Early
llegaron á Rockville en la noche del **1864.**
10 de julio, y su infantería se halla-
ba al dia siguiente á seis ó siete millas de
Washington, que se vió amenazado cuando
menos lo esperaba. El general Augur, en-
cargado de guardar las líneas de defensa de
la ciudad, practicó durante la noche un de-
tenido reconocimiento, y empeñó con las pri-
meras avanzadas enemigas un reñido com-
bate, en el cual perdió doscientos ochenta
hombres. Si en aquel momento hubiese avan-
zado Early sobre Washington á marchas
forzadas para atacar resueltamente la ciu-
dad, acaso habria caido esta en su poder á
costa de la mitad de su ejército, pero segu-
ramente no le hubiera sido fácil conservar
mucho tiempo su conquista.

Fuera cual fuese su intencion, era ya de-
masiado tarde para hacer mas de lo que hi-
zo, y conociéndolo así, resolvió retirarse por
el Potomac, llevándose sus municiones, sus
baterías y todos los caballos que pudo en-
contrar, incluso cinco mil cabezas de ganado,

de las cuales se apoderó durante su correría. Entre tanto el cuerpo de ejército del general Emory se había embarcado en Nueva-Orleans para trasladarse al fuerte Monroe, donde recibió orden de marchar á Washington, á cuya ciudad se dirigia tambien Wright para encargarse del mando, segun lo dispuesto por Grant, y es indudable que si Early no se hubiese retirado tan pronto, su ejército de quince mil hombres se habria visto arrollado por cuarenta mil unionistas. El general Wright no emprendió la persecucion con suficientes fuerzas, y así es que al cruzar el Potomac para dirigirse al Shenandoah por Leesburg, Early se volvió repentinamente contra sus perseguidores, y rechazándolos vigorosamente, les causó una pérdida de quinientos hombres. El general Wright regresó entonces á Leesburg, confió el mando al general Crook y se presentó poco despues en Washington. Averill salia entre tanto de Martinsburg con direccion á Winchester, y muy cerca de esta ciudad fué atacado por una fuerza de separatistas, á la que rechazó despues de tres horas de combate, cogiendo doscientos prisioneros y cuatro cañones, sin mas pérdida que unos ciento cincuenta ó doscientos hombres entre muertos y heridos. Al saber que se aproximaba Early, se retiraron los federales precipitadamente.

Engañado Grant por los partes que habia recibido, y suponiendo que el jefe separatista volvia á Lynchburg y Richmond, dispuso que marchase á Petersburg un numeroso cuerpo de tropas para dar un golpe de mano antes de que pudiera llegar Early. Hunter no habia regresado aun de su expedicion á causa del mal estado de los caminos, y el general Crook, jefe de las fuerzas que se hallaban en el Potomac, habíase dirigido á Harper's Ferry, y desde allí á Winchester,

donde no esperaba encontrar enemigos, pero por desgracia se engañó y su error le costó una sangrienta derrota. El general Early no se retiraba hácia el Sur, como se creyó por algunos, sino que estaba muy cerca, y al presentarse los federales el 23 de julio en el punto citado, cayeron sobre ellos los separatistas, y los derrotaron, persiguiéndolos sin descanso hasta Martinsburg, en cuya ciudad encontraron un refugio por el pronto. En esta refriega perdieron los federales mil doscientos hombres, incluso el general Mulligan (*), que murió en el campo de batalla: las pérdidas de los separatistas fueron insignificantes. Al dia siguiente hubo algun tiroteo en Martinsburg, pero como lo que queria Crook era ganar tiempo para salvar sus trenes, apenas lo hubo conseguido, se retiró á Maryland, dejando á Early en pacífica posesion de la parte Sur del Potomac desde Shepherdstown hasta Williamsport.

El jefe confederado se aprovechó muy poco de esta ventaja, pues precisamente cuando en todo el Maryland y la parte Sur de Pennsylvania cundia el pánico hasta el punto de que muchos, no creyéndose seguros, huian de estos Estados, destacó á los generales Johnson, Mc Causland y otros con unos tres mil ginetes para que hicieran una correría por el Norte. Mc Causland dió un gran rodeo y amenazó varios puntos á fin de distraer la atencion de los que pensaba atacar en realidad, y despues de haber dispersado un cuerpo de reclutas en Carlisle, llegó en 30 de julio á Chambersburg, donde no habia entonces guarnicion, y exigió mil duros en oro ó quinientos mil en papel, amenazando con incendiar la ciudad si no se accedia á su demanda. Como no se entregó el

(*) El que defendió á Lexington en 1861.

dinero en el plazo prefijado, los separatistas pegaron fuego á Carlisle, cuyos edificios quedaron en su mayor parte destruidos.

Para justificar semejante acto de vandalismo, alegaron los separatistas que lo mismo habia hecho Hunter seis semanas antes al quemar la casa del gobernador Letcher en Lexington, mas no se recordó que en cierto modo tuvieron los federales un motivo para obrar así, pues encontraron en una imprenta de dicha ciudad las pruebas de una proclama firmada por Letcher, en la cual se aconsejaba al pueblo que hiciera fuego contra las tropas de Hunter, desde las ventanas y balcones, tan pronto como se presentaran. Prescindiendo de esto, si con semejante incendio se violaban las leyes de la guerra, habiase tomado la venganza de antemano, pegando fuego á la casa de campo del gobernador Bradford, situada cerca de Baltimore, así como tambien á la de Mr. Blair, que se halla á poca distancia de Washington. Debemos consignar aquí, no obstante, que no era la costumbre de Lee proceder de este modo cuando invadian sus tropas algun punto, pues si bien es cierto que una vez incendió la fundicion de Tadeo Stevens, cerca de Gettysburg, no lo es menos que los federales hicieron lo mismo con muchas fábricas y edificios del Sur, pero por punto general, Lee daba siempre las mas severas órdenes para que no se cometieran depredaciones de ninguna especie.

Alarmado Averill por las demostraciones del enemigo, habiase retirado con dos mil seiscientos ginetes desde Hagerstown á Greencastle, y solo se hallaba á nueve millas de Chambersburg cuando Johnson y Mc Causland, con una parte de la caballería separatista, se ocupaban en saquear é incendiar aquella ciudad. Averill llegó á Chambersburg el mismo dia, poco despues

de haberse marchado los separatistas, y como estos se habian dirigido á Mc Connellstown, siguióles hasta este punto y llegó á tiempo para evitar un segundo saqueo, atacando inmediatamente al enemigo, que huyó en direccion al Potomac. Muy pronto cundió el pánico por toda la parte Sur de Pennsylvania: el general Couch, jefe de aquel departamento militar, recibió aviso de que marchaba sobre Pittsburg un gran ejército invasor, por lo cual se hicieron en esta ciudad los necesarios preparativos de defensa, y poco despues se supo que una guerrilla confederada, á las órdenes de Juan Moseby, compuesta solo de cincuenta hombres, acababa de cruzar el Potomac y sorprender la pequeña poblacion de Adams, apoderándose de varios efectos militares y algunos prisioneros.

El general Kelley, jefe del departamento de Cumberland, habia resuelto salir al encuentro de los separatistas que mandaba Johnson, y merced á su actividad, pudo alcanzarlos en Falck's Mill, donde tuvo lugar una refriega, en la cual se proclamó vencedor, pero lo cierto es que el coronel Stough, que con quinientos hombres se habia dirigido á Oldtown para cerrar el paso á los expedicionarios, fué derrotado despues de un empeñado combate y el enemigo le cogió noventa prisioneros. Poco despues llegó Averill para auxiliar á Kelley, y como los separatistas se habian retirado ya, lanzóse en su persecucion; los alcanzó cerca de Moorefield y los dispersó, cogiéndoles quinientos prisioneros, algunos cañones y muchos víveres, sin que los federales sufrieran mas que una pérdida de cincuenta hombres.

El 2 de agosto dispuso el general Grant que Sheridan se trasladase á Washington con objeto de encargarle de las operaciones militares en el Potomac y

el Shenandoah, y el 4 de dicho mes se dirigió el mismo á este último punto para adoptar las disposiciones que creyese necesarias. En la conferencia que tuvo allí con Hunter, y como este jefe manifestase que deseaba se le relevase del mando, Grant accedió al punto y se trasladó acto continuo á Harper's Ferry despues de espedir un telégrama á Sheridan, previniéndole que fuera á reunirse con él. En 28 de agosto apareció una orden nombrando al general Felipe Sheridan comandante en jefe del nuevo departamento del centro, compuesto de los de la Virginia Occidental, Washington y Susquehanna, y en razon á su nuevo cargo se le envió un refuerzo de dos divisiones de caballería, por cuyo medio llegó á contar con un efectivo de cerca de treinta mil hombres. El general separatista Early no disponia sino de veinte mil (*).

No fué culpa de Sheridan el que no se tomara la ofensiva inmediatamente despues de encargarse del mando: era preciso en primer lugar organizar convenientemente las tropas, y en segundo, habian sufrido tantos reveses los federales en aquel territorio, y eran tan de temer las consecuencias de una derrota, cuyo resultado seria una nueva invasion cuando los federales se retirasen del Jacobo, que Grant vaciló en autorizar á Sheridan para que avanzase hasta estar seguro de que este jefe comprendia bien su posicion, los deberes que le imponia su nuevo cargo y con qué fuerzas tenia que luchar.

El general Early ocupaba la orilla del Opequan, que conduce al camino de Winchester, y frente á él habia tomado sus posi-

ciones Sheridan, de modo que pudiera cubrir á Berryville. En un reconocimiento practicado por el general Wilson el dia 13 de setiembre, atacó este jefe por su flanco á la division Kershaw, cogiendo ciento setenta y uno prisioneros, incluso el coronel Hennessey, y observando Sheridan que esta primera victoria habia entusiasmado á sus tropas, resolvió abandonar su posicion y apoderarse por asalto de la de su enemigo. Como es de suponer, Early se habia fortificado lo mejor posible, y es de advertir que para acometerle debian avanzar los federales por un estrecho desfiladero encajonado entre colinas cubiertas de espeso bosque, formar luego en un pequeño valle, y lanzarse resueltamente sobre el centro, mientras que otras tropas flanquearian el ala izquierda, pues la derecha era mucho mas fuerte. De este modo, y enteramente dueños de la entrada del desfiladero, se podia muy bien cortar la retirada á las tropas del general Early.

Observando el jefe separatista que no se podia perder un momento, destacó dos divisiones contra los generales Grover y Ricketts, cuyas tropas retrocedieron en desorden, sufriendo pérdidas enormes, pues el enemigo acababa de romper el fuego con sus baterías, y los regimientos quedaron en parte destrozados, muertos muchos oficiales y completamente rotas las líneas, de tal modo, que por un momento se creyó perdida la batalla. Poco despues, no obstante, recibieron los federales un refuerzo; el general Emory llegó con tropas de refresco, reunió todas las que empezaban á desbandarse, mientras el capitán Bradbury situaba convenientemente una batería, y de nuevo se empeñó la refriega con resuelta obstinacion por una y otra parte, refriega que se convirtió luego en una sangrienta batalla que du-

(*) En 1865 estos dos generales sostuvieron por medio de los diarios una ruidosa polémica respecto al número de fuerzas de que cada uno disponia. Early aseguró que el número de sus tropas no ascendia ni á la mitad de las de Sheridan y éste sostuvo que los prisioneros cogidos por él escedian ya del total de soldados que, segun dijo Early, componian su ejército.

ró cinco horas, siendo el resultado de ella apoderarse Sheridan de la posición enemiga. Early se replegó en una colina situada á dos millas mas lejos, en la que trató de hacerse fuerte, pero como los federales se habian propuesto perseguirle sin tregua ni descanso, atacáronle otra vez y le desalojaron causándole numerosas pérdidas. En este segundo combate cogieron los unionistas setecientos prisioneros y dos cañones.

En el parte oficial remitido por el general Sheridan, manifestaba éste que sus pérdidas ascendian á tres mil hombres entre muertos y heridos, contándose entre los primeros el general David Russell, y entre los segundos los generales Mc Intosh, Chapman y Upton; en esta batalla perecieron tambien el general separatista Rhodes y el coronel Godwin. Pollard dice que los confederados tuvieron tres mil bajas, pero como se les cogieron tres mil prisioneros y cinco cañones, es de presumir que fueran mas.

El general Early, sin embargo, no se daba aun por vencido, y reuniendo otra vez todas sus tropas, fué á ocupar un punto conocido con el nombre de Fisher's Hill (Colina del Pescador), que se encuentra á ocho millas al Sur de Winchester, cerca de las montañas de Massanutten. Dos dias despues, Sheridan atacó á su enemigo en esta nueva posición, y de nuevo le favoreció la victoria, pero de una manera aun mas decisiva que en Opequan, pues cogió mil cien prisioneros y diez y seis cañones, y es de advertir que la persecucion fué tan activa, que el general Early se vió precisado á refugiarse en las montañas, donde la caballería no podia operar. Sheridan le siguió con la infantería y artillería hasta Port Republic, en cuyo punto capturó setenta y cinco wágones, mientras su caballería, al mando de Torbert, se ocupaba en destruir varios depósitos de víveres

despues de haber cortado en parte la via férrea central de Virginia.

Cuando el general Sheridan volvió al Shenandoah, dió orden de talar todos los campos que se encuentran en aquel fértil valle y se quemó todo el forraje que no pudieron llevarse las tropas, sin que se tuviera consideracion alguna con las propiedades de muchos, que no solo eran partidarios de la Union, sino que trabajaban celosamente en su favor. Para justificar esta medida, alegóse que todo lo que se hubiese dejado habria servido de botín á los separatistas, y que era preciso vengar el incendio de Chambersburg y otros abusos semejantes. Nosotros no creemos, sin embargo, que adelantara nada con esto la causa nacional, y es de lamentar que se ejercieran semejantes represalias, que debian prohibirse por las leyes de la guerra.

La siguiente carta del general Sheridan bastará para dar al lector una idea de los destrozos que se cometian y de los perjuicios que con esto se irrogaban al país.

« *Woodstouck 7 de octubre de 1864.*

»AL TENIENTE GENERAL ULISES GRANT.

»Tengo el honor de daros cuenta de mis últimas operaciones, y empiezo por manifestaros que desde ayer por la mañana he estado en Port Republic, Mount Crawford, Bridgewater y Harrisonburg, en cuyos puntos se han destruido todas las cosechas y el forraje.

»En todo el país comprendido desde Blue Ridge hasta la montaña del Norte no podrá molestarnos el enemigo, pues se halla completamente asolado. Mis tropas acaban de incendiar dos mil graneros llenos de trigo é instrumentos de labranza, setenta molinos con miles de sacos de harina, y además nos llevamos cuatro mil cabezas de ganado, sin

contar las tres mil utilizadas para el ejército. Asimismo hemos cogido una porción de caballos cuyo valor no puedo apreciar en este momento.

»La gente de aquí se va cansando de la guerra, pero hasta ahora no han tenido razón para quejarse porque han vivido siempre en la abundancia. El enemigo no ha creído sin duda prudente perseguirme; solo he visto un pequeño destacamento de caballería que se aproximó á mi retaguardia, pero se retiró muy pronto.»

Poco despues de haber remitido este parte Sheridan, el *Richmond Whig* publicó un artículo en el cual proponia se tomaran las represalias, enviando incendiarios para pegar fuego á diversas poblaciones de los Estados de la Union. Hé aquí cómo se expresaba:

«Solo hay un medio eficaz para poner coto á las atrocidades de toda especie que están cometiendo nuestros enemigos, y este consiste en incendiar una de sus principales ciudades, tales como Boston ó Philadelphia, para que así escarmienten de una vez y sepan lo que se puede hacer y se hará si persisten en continuar con su sistema. Si se nos pregunta ahora cómo podria hacerse esto, contestaremos que nada es mas fácil, pues un millon de duros bastará para reducir á cenizas la mas populosa ciudad, y seguramente que no faltará quien se encargue de llevar á cabo la empresa. Veinte hombres decididos, provistos de sus planos y todo lo necesario, y aprovechando una noche en que hiciera mucho viento, podrian pegar fuego á Boston por cien puntos á la vez, convirtiéndolo bien pronto en un mar de llamas. Es muy posible que nuestros enemigos trataran de tomar la revancha quemando á Richmond, Charleston ú otra ciudad de importancia, pero dejadles que lo hagan si se atreven á ello, pues en esto siempre les llevaremos la ven-

taja. Nueva-York vale veinte veces mas que Richmond; ellos tienen doce ciudades por cada una de las que tenemos nosotros, y en ellas está concentrada toda su riqueza. Esto no seria inmoral ni bárbaro, pues nada mas justo que defenderse con las mismas armas que el enemigo emplea para destruirnos; si él prefiere á la espada la tea del incendiario, imitémosle; si él prefiere asolar los campos y reducir las ciudades á cenizas, paguémosle en la misma moneda, y si el Poder ejecutivo no se halla dispuesto á tomar semejante medida, dejad que el Congreso delibere secretamente acerca de su conveniencia.»

Algunas semanas despues de publicado este artículo, tratóse de hacer en Nueva-York lo que en él se recomendaba, pegando fuego á varios edificios principales de la ciudad, pero afortunadamente se pudieron cortar los incendios muy pronto, y no hubo que lamentar daños de consideracion.

Batidos los separatistas en todo aquel territorio, Sheridan creyó que sus adversarios no le molestarian ya mas por el pronto, y en su consecuencia resolvió hacer una breve visita á Washington, pero se engañaba mucho, pues tan pronto como supo Early que se hallaba ausente el jefe unionista, y deseando tomar la revancha de su última derrota, empeñóse en probar fortuna de nuevo con la intencion de dar un atrevido golpe de mano. Con este objeto organizó sus batallones en el campamento que tenia cerca de Fisher's Hill, y los hizo avanzar silenciosamente en medio de la oscuridad de la noche del 18 de octubre en direccion **1864.** á Cedar Creek, posicion del enemigo, donde esperaba sorprenderlo antes de la madrugada del dia siguiente.

Los federales que estaban acampados en tres colinas unidas entre sí, no esperaban ni remotamente que se les atacara, y persua-

dido de esto Early, dividió su ejército en dos columnas con objeto de caer á la vez sobre los dos flancos. Llegar á la posición enemiga no dejaba de ser una empresa muy árdua, pues era preciso atravesar un terreno en extremo montañoso y lleno de asperezas, donde los soldados tenían que trepar á cada momento, y en el cual apenas podía marchar la caballería, sin contar de que en el caso de aperebirse los federales de aquel atrevido movimiento, habríales sido muy fácil destruir completamente al enemigo. Los separatistas, no obstante, siguieron avanzando silenciosamente y pudieron al fin aproximarse al campamento sin que se sospechara siquiera su presencia. Á eso de las dos de la madrugada, los piquetes federales creyeron oír cierto rumor, como de hombres que trepasen por la colina, y habiéndose dado el parte al momento, el general Crook se limitó á encargarse de vigilarse atentamente, no creyendo necesario que se practicara un reconocimiento. Tan descuidados estaban los federales, que muchos tenían sus armas descargadas, y aun cuando hubo un momento en que reinó cierta inquietud, no se tomó precaución alguna.

Una hora antes de amanecer, los separatistas ocuparon, sin encontrar resistencia, las posiciones que se les habia designado de antemano, y aguardaban impacientes la señal de ataque. Por algun tiempo no se percibió el menor ruido, ni nada llegó á interrumpir el silencio que reinaba en el campamento enemigo, mas apenas comenzó á despuntar la aurora, oyóse el estruendo de una descarga de fusilería, y algunos momentos despues cayeron los separatistas sobre sus descuidados enemigos. Los soldados de Early, sin detenerse á escaramucear con los piquetes, se lanzaron desde luego en las trincheras por ambos flancos antes que los asombrados

unionistas pudieran pensar en defenderse, y en un momento todo fué entre ellos confusión y zozobra, mientras que los confederados obraban con la mayor calma y como hombres que saben perfectamente á qué atenerse. Á los quince minutos la mayor parte del ejército federal empezó á dispersarse, dejando desde luego en poder del enemigo unos setecientos prisioneros, y como los separatistas conocian perfectamente el terreno, no tenían necesidad de practicar reconocimientos, y seguian siempre avanzando con increíble celeridad.

El general Emory trató, por supuesto, de reunir á los fugitivos, pero no pudo conseguirlo, pues se vió acometido á la vez por ambos flancos por fuerzas numerosas, y aun cuando llegó muy pronto la brigada de Mc Millen, seguida de otras dos, nada bastó para contener aquel torrente de enemigos que parecian multiplicarse á cada momento. Las tres divisiones del general Early, mandadas por Gordon, y que habian atacado el ala izquierda, iban desalojando á los federales de todas sus posiciones, mientras que el general Kershaw, á la cabeza de su columna, acometia el ala derecha y el centro; la resistencia fué obstinada en algunos puntos, y hubo sangrientos combates, pero poco á poco los unionistas fueron abandonando el terreno, y cuando al fin consiguió Wright encontrar una posición donde esperaba hacer frente al enemigo, vió que este empezaba á cercarla como para hacer toda retirada imposible. Entonces dióse la orden, y el ejército federal comenzó á retroceder, abandonando todas sus posiciones. Las tropas confederadas, hambrientas y rendidas de cansancio, tanto por la lucha como por su penosa marcha, permanecieron en el campamento de donde habian desalojado á sus adversarios, sin pensar en perseguirlos. Mil

doscientos prisioneros, veinticuatro cañones, un considerable número de efectos de campaña y abundantes víveres, fueron los trofeos de la victoria.

Á su regreso de Washington, Sheridan se había detenido una noche en Winchester, precisamente la misma en que tuvo lugar el atrevido ataque de los confederados, pero al despertar por la mañana, y pareciéndole percibir un rumor lejano, pidió al instante su caballo y marchó rápidamente hácia el campamento para reunirse con sus tropas. No tardó en distinguir á lo lejos la retaguardia de su ejército, que se alejaba cuando él le creía acampado, y entonces, picando espuelas á su caballo, aproximóse bien pronto al alcance de la voz, precisamente cuando el general Wright mandaba hacer alto por haber dejado de perseguirle el enemigo. El jefe unionista no reprendió á sus abatidos soldados ni dió una sola queja á sus jefes, y muy lejos de esto, acercóse á ellos y les dijo: «¡Vamos, muchachos, dad media vuelta y volvamos á nuestro campamento, que no tardaremos en desalojar á nuestros enemigos!» Estas palabras parecieron animar á las desalentadas tropas, que inmediatamente obedieron aquella amistosa orden, y cuando en el camino volvió Sheridan á decirles: «Muchachos, si yo hubiese estado aquí no hubiera sucedido esto,» todos se sintieron animados del deseo de vengar su derrota.

Sin perder un momento adoptó Sheridan sus disposiciones, y ordenó desde luego al general Emory que fuera á ocupar un espeso bosque que había á la izquierda del camino, donde los federales se fortificaron apresuradamente lo mejor posible. Al poco tiempo les atacaron allí los confederados, pero no con gran empeño, y cuando empezaban á retirarse, dióse orden de avanzar á los unionistas. Poco despues hallábanse estos ante

la posición perdida la noche anterior, rompióse el fuego, se generalizó el combate, y á la media hora, la division Gordon, la primera que sostuvo el choque, retrocedía en el mayor desorden. Entonces hubo una breve pausa, pues la artillería enemiga hacia un fuego terrible, pero Sheridan, corriendo siempre de un punto á otro, dando órdenes y adoptando las mas acertadas disposiciones, consiguió animar á sus tropas, que avanzaron resueltamente, cargaron con indecible arrojo sobre el enemigo y lograron al fin desalojarle, despues de una empeñada refriega, de la posición que había conquistado la noche anterior.

La pérdida de los federales en esta doble batalla ascendió á tres mil hombres entre muertos y heridos; en los primeros figuraba el general Bidwell y el coronel Thoburn, y entre los segundos los generales Wright, Grover y Ricketts. Las bajas de los separatistas fueron aun mas numerosas, y se les cogieron mil quinientos prisioneros, veintitres cañones, (inclusos los veinticuatro de que se apoderaron la noche anterior), mil quinientas armas de todas clases y una considerable cantidad de víveres. Así pues, el ejército del general Early quedó inutilizado para continuar por entonces su campaña, y esceptuando dos ó tres escaramuzas que tuvo la caballería separatista con la federal, no se dió ya ninguna batalla en el valle de Shenandoah. Al conseguir aquella victoria los federales, se dió el caso raro de que un ejército, derrotado completamente por la mañana, obtuviese un gran triunfo por la noche, sin haber recibido mas refuerzo que un solo hombre.

Llegados á este punto y antes de referir los detalles de la memorable campaña de Atlanta, de que hablaremos en el capítulo siguiente, daremos cuenta de algunas opera-

ciones secundarias que se llevaban á cabo en el territorio que se halla entre Virginia y el Mississippi, mientras que Sheridan combatía con los separatistas en el Shenandoah.

El 3 de febrero, el general Sherman salió de Vicksburg con cuatro divisiones, el cuerpo de ejército de Mc Pherson y una **1864.** brigada de caballería á las órdenes de Winslow, y despues de tocar en Jackson, cruzó el rio de las Perlas, avanzando luego hácia Meridian y otros puntos, donde cometió infinitos destrozos, tales como destruir vias férreas, quemar puentes, etc. El general separatista Polk, que llevaba entonces consigo las divisiones de French y Loring y la caballería de Lee, opuso al principio una ligera resistencia, pero se retiró luego á Tombigbee, conociendo que no podria luchar con ventaja con las fuerzas enemigas, que eran mucho mas numerosas. Á pesar de esto, y aun cuando los federales causaron grandes pérdidas á los separatistas, su expedicion no fué muy ventajosa, porque no contaban con suficiente caballería, debiéndose esto principalmente á que no habiendo llegado el general Hurlbut con la suya oportunamente, Sherman se vió en la precision de retroceder sin haber recorrido todos los puntos que *de-seaba.* En esta expedicion, sin embargo, solo perdieron los federales ciento setenta y un hombres y cogieron en cambio cuatrocientos prisioneros, mil refugiados y cinco mil negros.

El general Smith, entre tanto, avanzaba hácia Nueva-Albania, cerca de West Point, á la cabeza de siete mil hombres, inclusa una brigada de infantería, pero al llegar á Okolona, vió este punto ocupado por los generales Forrest, Lee y Chalmers con numerosas fuerzas, y en su consecuencia tuvo que retirarse á Memphis, mas no sin que el enemigo le persiguiera de cerca, cogiéndole

cinco cañones y unos doscientos prisioneros. Al mismo tiempo de emprender la retirada el general Smith, Sherman destacaba algunas fuerzas con objeto de apoderarse de la ciudad de Yazoo, y si bien entonces no se consiguió, esta ciudad fué tomada y ocupada poco despues por una fuerza de unionistas á las órdenes del coronel Osband. Atacado á su vez en 5 de marzo por **1864.** numerosas tropas confederadas al mando de los generales Ross y Richardson, sostuvo un desesperado combate en el cual perdió ciento treinta hombres, sin poder evitar que el enemigo se apoderase de una parte de la ciudad, aunque no consiguió posesionarse del fuerte. Al poco tiempo se recibió una orden de Vicksburg disponiendo que los unionistas evacuasen la ciudad.

En todo el territorio de la parte Sur del Tennessee tuvieron lugar durante este año varios reñidos encuentros entre separatistas y federales, y se llevaron á cabo numerosas expediciones tan pronto ventajosas para unos como para otros, pero una de las mas notables fué la del general Forrest, que á la cabeza de cinco mil hombres, avanzó en 24 de marzo sobre Union-City, donde empeñó un reñido combate con el coronel Hawkins, que guardaba la via férrea de aquel punto, y hubo de rendirse despues de oponer una vigorosa resistencia. Forrest ocupó luego á Hinckman sin el menor obstáculo, y al dia siguiente se presentó delante de Paducah, reforzado con una division que acababa de llegar de Jackson. Defendian este punto seiscientos cincuenta y cinco federales que se retiraron al momento al fuerte Anderson, y merced al auxilio de tres ó cuatro cañones que habia en el rio, pudieron rechazar dos asaltos de Forrest, que se retiró al fin dejando en el campo de batalla veinticinco *hombres entre muertos y heridos.* Sin des-

animarse por esto, Forrest volvió al Tennessee á fin de reunir mas fuerzas, pero antes se presentó delante del fuerte Pillow, que se halla á cuarenta millas mas allá de Memphis, y cuya guarnicion constaba entonces de quinientos cincuenta y siete hombres, á las órdenes del mayor Booth y del mayor Bradford. Al amanecer del dia 12 de abril, los separatistas atacaron el fuerte, y aun cuando los sitiados consiguieron al principio contenerlos con el auxilio de seis cañones, á eso de las nueve de la mañana fué muerto de un balazo el mayor Booth, y los separatistas estrechaban á sus enemigos de tal modo, que temiendo el asalto de un momento á otro, el mayor Bradford adoptó sus disposiciones para rechazar aquel último ataque si era posible. En aquel momento el general Forrest envió un parlamentario con bandera blanca, intimando la rendicion sin condiciones, y entonces Bradford mandó suspender el fuego y pidió se le concediera una hora de término para consultar con sus oficiales, á lo cual contestó el jefe separatista que solo otorgaria veinte minutos, y que pasados estos se daria el asalto sin mas aviso.

Mientras se llevaban á cabo estas negociaciones, Forrest habia hecho avanzar á todas sus tropas hasta situarlas muy cerca del fuerte en posiciones convenientes para lanzarse al asalto á la primera señal, y apenas se hubo alejado el segundo parlamentario, acometieron resueltamente las obras defensivas, en las cuales penetraron sin gran dificultad. Entonces, y á los gritos de: «¡No haya cuartel! ¡Muerte á los negros!» comenzó una espantosa carnicería, en la que unos trescientos hombres, que habian dejado ya sus armas, fueron sacrificados desapiadadamente. Los soldados, furiosos, sedientos de sangre, y olvidando por un momento la disciplina, invadieron hasta el hospital y dego-

llaron á los negros en sus mismas camas; las enfermeras negras fueron sacrificadas con sus hijos, y ni aun la noche puso fin á la carnicería, pues al dia siguiente volvió á empezar esta, siendo entonces las víctimas cuantos estaban heridos. Solo escaparon de esta matanza dos oficiales y unos cien hombres, algunos de los cuales se ahogaron al atravesar el rio: el mayor Bradford, que habia caido prisionero, fué fusilado poco despues de haber salido del fuerte. Forrest hizo cuanto le fué posible para contener á sus soldados é impedir que se cometiesen tales atrocidades, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, pues parecia que aquellos estaban dominados por una locura frenética, y sus jefes no consiguieron hacerles entrar en razon hasta que hubieron saciado su sed de sangre.

Cuando circuló la noticia de la matanza del fuerte Pillow y se refirieron detalladamente los pormenores, horrorizóronse las poblaciones del Norte, y en algunas partes se creyó que era una exageracion lo que se contaba, mas habiéndose instruido un informe, probóse el hecho hasta la evidencia. Forrest, que no podia negarlo, alegó como única justificacion, que sus soldados se enfurecieron de tal modo al ver á los negros con las armas en la mano, tratando de oponerles resistencia, que no habia sido posible á los oficiales evitar la sangrienta matanza del fuerte Pillow. Hasta se dice que algunos negros fueron enterrados vivos, pero esto no se debe achacar á barbarie, pues lo cierto es que muchos de aquellos se fingieron muertos para salvar su vida, y despues de sufrir dolores atroces sin quejarse, dejáronse arrojar en la fosa como verdaderos cadáveres, sin dar á conocer que existian hasta que empezaba á sofocarles la tierra que les echaron encima.

Despues de la toma del fuerte Pillow el

general Forrest se retiró al Mississippi, sin que entonces se le persiguiera con empeño, porque los federales no contaban con suficiente caballería, pero en 30 de abril el general Sturgis marchó hácia Bolivar con intencion de atacar al jefe separatista, lo cual no consiguió porque éste habia cruzado ya el rio Wolf y no era fácil darle alcance. Algunas semanas despues, reforzados los federales con la mayor parte del cuerpo de ejército de Smith, que habia regresado ya de su poco afortunada campaña en Rio Colorado, volvieron á Memphis en persecucion de Forrest con órden de avanzar hasta encontrarle, á fin de impedir que se uniera con el general Johnston. Á pesar de que el general Sturgis habia dado repetidas pruebas de su ineptitud, confiósele de nuevo el mando de la expedicion, que constaba de nueve mil infantes, la artillería necesaria y tres mil ginetes, mandados por el general Grierson. Sturgis cruzó con su ejército por el Tennessee Occidental y el Norte del Mississippi sin encontrar mucha resistencia, pero al llegar á Guntown, en 10 de junio, cerca de **1864.** la via férrea de Mobila, los federales divisaron á la caballería de Forrest, que retirándose precipitadamente, fué á reunirse con la infantería, la cual ocupaba una fuerte posicion en una cadena de colinas. Sturgis espidió entonces una órden disponiendo que adelantase la infantería que se hallaba á cinco ó seis millas de distancia, y cuando hubo llegado, sin tener en cuenta que los soldados estaban rendidos, no solo por su precipitada marcha, sino por el calor sofocante que hacia, mandó que avanzaran contra la posicion enemiga, sin tomar precaucion de ninguna especie. Como si esto no fuera bastante, los doscientos wagones donde iban los bagajes del ejército ocupaban á poco todo el camino, de tal modo, que no solo fué esto un

entorpecimiento para los movimientos de las tropas, sino que se les cortaba la única retirada posible. Era de suponer que atacando á los separatistas en su fuerte posicion, sin concertar antes el plan de batalla, sin formar convenientemente las tropas y sin tomar, en fin, ninguna de esas precauciones indispensables en semejantes casos, seria funesto para los federales el resultado de la lucha, y en efecto, poco despues era derrotado el ejército, y comenzó á dispersarse la infantería en el mayor desórden, dejando en poder del enemigo todo el tren de campaña y una gran cantidad de víveres y municiones. El coronel Winslow cubrió la retirada con sucaballería del mejor modo posible, mas como el enemigo perseguia de cerca á los fugitivos unionistas, estos hicieron frente antes de cruzar el Ripley, y habiéndose trabado un reñido combate, se consiguió tener en jaque al enemigo, aunque á costa de numerosas pérdidas. Desde aquel momento la persecucion dejó de ser tan activa como al principio, y aquí es de advertir que el general Sturgis no tomó medida alguna para reorganizar sus tropas ni hizo nada para reparar tan sensible desastre. En aquel combate dejaron los unionistas en poder del enemigo tres ó cuatro mil prisioneros, y entre los muertos contábanse los coroneles Humphrey y Mc Keag, ambos oficiales muy distinguidos.

Á los pocos dias de haber sufrido el ejército federal la funesta derrota cuyos pormenores acabamos de referir, organizóse otra expedicion de doce mil hombres con objeto de tomar la revancha y combatir el mal efecto que habia causado aquel desastre, encargándose del mando el general Smith. El dia 7 de julio se pusieron en marcha los federales en direccion á Tupelo, donde los separatistas habian concentrado sus fuerzas, compuestas de unos catorce mil hombres, segun se ase-

guró por algunos oficiales, y acto continuo se empeñó una obstinada accion en la que unos y otros se batieron desesperadamente, pero la victoria se decidió al fin en favor de los unionistas, que desalojaron á sus adversarios de la posicion que ocupaban. Las pérdidas por una y otra parte fueron de bastante consideracion. El general Smith no creyó prudente seguir avanzando y por lo tanto se retiró por el pronto á las cercanías

de Memphis: en 4 de agosto, se puso en marcha de nuevo con diez mil hombres, é hizo una correría por Holly-Springs, mas no encontró enemigos que combatir, pues se aseguraba que Forrest se hallaba prestando sus servicios lejos de aquel punto y no habia que pensar en buscarle por entonces. Sin embargo, esto no era cierto, y tanto es así, que mientras Smith buscaba por el Mississippi al atrevido guerrillero, éste, seguido de tres mil ginetes, se dirigia á Memphis, y en la madrugada del 21 de agosto atacó dicho punto con objeto de apoderarse de los generales Hurlbut, Washburne y Buckland, los cuales, segun el informe de los espías, se hallaban allí. Forrest no pudo coger á dichos jefes, pero en cambio hizo prisioneros á varios oficiales del estado mayor y unos trescientos individuos de tropa, sin que le fuera posible tomar la prision de Irving, donde estaban encerrados muchos separatistas, ni tampoco el fuerte, pues solo estuvo en la ciudad dos horas, durante las cuales cometió infinitos destrozos. En un breve combate que empeñó al salir de la plaza, tuvo unas doscientas bajas, y en resumen, puede decirse que la expedicion de Forrest no dió grandes resultados, lo cual no es de estrañar si se atiende á que el general Hurlbut contaba al menos con seis mil hombres, repartidos dentro y fuera de la plaza.

En el Tennessee Oriental, los guerrilleros

separatistas llevaron á cabo muchas otras expediciones con mas ó menos fortuna, pero como las mas de ellas no fueron de gran importancia, solo hablaremos aquí de la última que hizo Morgan, la cual le costó la vida. Este atrevido jefe, que hacia tiempo se ocupaba en organizar una expedicion, acababa de reunir unos dos mil quinientos hombres, y evitando cuidadosamente un encuentro con el general Burbridge, que se hallaba en el departamento de Kentucky con fuerzas numerosas, se puso en marcha seguido de su gente. Despues de tocar en Paintville, Owingsville, Flemingsburg y otros puntos, apoderóse de Mount Sterling, París, Cynthiana y Williamstown, quemando trenes, cortando vias férreas y haciendo, en fin, toda clase de destrozos sin encontrar apenas resistencia. El hecho mas notable de esta expedicion fué la captura del general Hobson, con mil seiscientos unionistas bien armados, los cuales cayeron en una emboscada dispuesta por el coronel Giltner, uno de los ayudantes de Morgan, que solo llevaba consigo trescientos hombres. Dícese que los federales apenas tenian municiones, y que por esta razon no tuvieron otro remedio sino entregarse.

El general Burbridge, que iba en persecucion de Morgan, consiguió alcanzarle al fin en Mount Sterling despues de recorrer á marchas forzadas noventa millas, pero el mismo dia de llegar los federales, es decir, el 9 de junio, el guerrillero Morgan abandonó dicho punto, y despues de mandar parte de su fuerza á Lexington, quemó el depósito de la via férrea y se dirigió precipitadamente á Franckfort y Georgetown, corriéndose luego hasta Cynthiana, donde quemó varios edificios. Muy cerca ya de esta poblacion, Burbridge alcanzó á los expedicionarios, y les atacó el dia 12 mientras estaban almorzando. Las bajas que su-

frieron los separatistas en el combate que se siguió fueron muy considerables; trescientos hombres quedaron fuera de combate y cuatrocientos prisioneros, habiéndose apoderado además los federales de mil caballos y muchos efectos de campaña; el general Hobson fué rescatado con los demás oficiales que cayeron prisioneros en Memphis, y todo esto se hizo sin que los unionistas perdieran mas de ciento cincuenta hombres. Morgan huyó á la Virginia Occidental con el resto de su gente, que por cierto no era ya de temer, mas apenas acabó de organizar su tropa, con la cual ocupó á Greenville, cuando fué sorprendido en 3 de setiembre por el general Gillem, y perdió la vida en el desesperado combate que se empeñó. El general Burbridge se habia detenido algunas semanas en Kentucky á fin de reorganizar sus fuerzas, y reunidas todas las tropas, se

dirigió hácia Saltville, cerca de Abengdon, donde le salió al encuentro un numeroso destacamento de separatistas que le obligó á retroceder, causándole una pérdida de trescientos cincuenta hombres. Burbridge emprendió la retirada por la noche, abandonando sus heridos á fin de evitar una segunda derrota. Dos semanas despues, el general Breckenridge sorprendió tambien á Gillem durante la noche, y le derrotó completamente, cogiéndole una batería, todo el tren de campaña y muchas armas pequeñas. Los federales perdieron doscientos veinte hombres y dejaron á sus enemigos enteramente dueños de la situacion.

Despues de esta espedicion no hubo ninguna otra de importancia por entonces, y por lo tanto terminaremos aquí este capítulo para ocuparnos en el siguiente de la batalla de Atlanta.

CAPÍTULO XXIII.

LA CAMPAÑA DE ATLANTA.—LA GUERRA EN EL OCÉANO.

1864.

Fuerzas respectivas de los ejércitos de Sherman y Johnston.—Hooker toma á Resaca.—Davis se apodera de Roma.—Combates en New-Hope, Church y en Dallas.—Muerte del general Polk.—Sherman asalta á Kenesaw y es rechazado con una pérdida de tres mil hombres.—El paso de Chhattahoochee.—El general Hood reemplaza á Johnston.—Rousseau derrota á Clinton.—Hood ataca á los federales y es rechazado.—Desgraciada expedición de Stoneman.—Hood ataca de nuevo á los federales y es batido por Howard y Logan.—Expedición de Kilpatrick.—Howard derrota á Hardee en Jonesboro.—Sherman entra en Atlanta.—Los habitantes reciben orden de abandonar la ciudad.—Expediciones de Pillow á Lafayette.—Jefferson Davis en Macon.—El general Hood hostiliza á Sherman.—El ataque de Allatoona.—El general Thomas se encarga de la defensa del Tennessee.—Sherman se dirige al Sur.—La escuadra de los confederados.—Sus torpedos.—Corsarios.—El *Sumter*, el *Alabama* y el *Florida*.—Apresamiento del *Chesapeake*.—El capitán Collins se apodera del *Florida*.—El gobernador Seward.—Combate del *Kearsarge* y el *Alabama*.—Farragut delante de Mobile.—Bombardeo del fuerte Morgan.—Combate naval.—Voladura del fuerte Powell.—Rendición del fuerte Gaines y del fuerte Morgan:

À instancias del teniente general Grant, el general Guillermo Sherman le sucedió en el mando del departamento militar del Mississippi, que comprendía los de Ohio, Cumberland, Tennessee y Arkansas. Cuando

1864. Sherman recibió la orden, que fué el 14 de marzo, hallábase en Memphis, é inmediatamente se trasladó á Nashville, donde encontró á Grant, el cual iba á ponerse en camino para Washington á fin de dirigir con mas acierto las operaciones militares, y especialmente las de Virginia. Por el camino, Grant y Sherman discutieron largamente acerca del plan de campaña que debía adoptarse al operar contra Richmond y Atlanta, y desde luego se convino que los puntos de partida fuesen el Rapidan y el Tennessee, y que se procediera con la mayor actividad á fin de que los ejércitos enemigos no pudieran prestarse mutuamente auxilio.

Cuando Sherman recibió sus últimas instrucciones, es decir, en 30 de abril, acordóse que la campaña empezaría en el mes de mayo siguiente, y en su consecuencia el jefe unionista dispuso que todo el ejército, compuesto de cien mil hombres de todas armas y doscientas cincuenta y cuatro piezas de artillería, abandonase desde luego sus cuarteles de invierno de Chattanooga. El ejército federal era superior al del enemigo en todo menos en la caballería, pues este último solo contaba con cincuenta mil hombres, repartidos en tres cuerpos á las órdenes de Hardee, Hood y Polk. Sherman recibía de vez en cuando refuerzos, de manera que siempre conservaba el mismo efectivo, pero segun iba luego avanzando por Georgia, la necesidad de conservar las comunicaciones, redujo en mucho el contingente de sus tropas.

El país que se encuentra entre Chattanooga

ga y el Atlanta es muy distinto del que se halla entre Washington y Richmond: todo él está cubierto de escabrosas montañas, profundos barrancos, inmensos bosques seculares en los cuales hay sitios que acaso no ha hollado nunca la planta del hombre, estrechos desfiladeros y numerosas corrientes que atraviesan algunos caminos irregulares, cortados á veces por caudalosos rios, y en derredor de todo esto se eleva una inmensa cadena de montañas que da á todo aquel pais un aspecto á la vez salvaje y pintoresco. Por aquellos sitios corre el Chattahoochee, y á ocho millas de distancia de este rio se encuentra la importante ciudad de Atlanta, punto de donde parten diversas vias férreas y que cuenta con una poblacion de veinte mil habitantes. Esta ciudad, donde hay numerosas fábricas, todas ellas de mucha importancia, habia sido fortificada por los confederados en 1863.

Al romperse las hostilidades en 1864, el ejército separatista ocupaba una fuerte posicion en Dalton, cerca de un desfiladero conocido con el nombre de Buzzard's Roost, y un poco mas allá tenian otras líneas de defensa que los federales no podian tomar por el pronto porque estaban perfectamente fortificadas. Sherman no creyó oportuno atacar de frente las posiciones y los desfiladeros de Buzzard's Roost, protegidos por fuertes trincheras, y pareciéndole que seria mucho mejor flanquear al enemigo por su izquierda, encargó al general Mc Pherson que marchara con algunas fuerzas por Ship's y Villanow y se apoderara, si era posible, de Resaca, punto que dista diez y ocho millas de Dalton, mientras que el general Schofield hostilizaria á Johnston por su flanco derecho. Mc Pherson se puso en marcha inmediatamente y llegó á Resaca sin encontrar resistencia, mas no pudo apoderarse de la

plaza, y como no era prudente permanecer en aquel sitio teniendo tan cerca al ejército de Johnston, fué á tomar posicion junto á un desfiladero que se hallaba allí cerca, donde podia hacer frente al enemigo hasta que llegaran refuerzos. Sherman, entre tanto, despues de haber encargado á Howard que con su cuerpo de ejército y alguna caballeria atacase á Dalton de frente, marchó á reunirse con Schofield, y esto obligó á Johnston á evacuar su primera posicion y á replegarse hácia Resaca. El general Kilpatrick, que avanzaba sobre este punto, persiguiendo de cerca á la caballeria confederada, fué herido gravemente de un balazo cuando ya iba á dar alcance á sus enemigos. Sherman habia creído que le seria posible hostilizar á Johnston en su retirada, pero no le fué posible, porque este jefe era dueño del mejor camino mientras los federales avanzaban con sumo trabajo.

Cuando Sherman llegó frente á Resaca, lo primero que hizo fué disponer que se echase un puente sobre el rio, y el 14 de mayo comenzó la accion, que se continuó al dia siguiente, siendo el resultado de ella que Hooker desalojara á los separatistas de todas las colinas dominantes, obligándoles á dejar sus posiciones. En la noche del 15 al 16, se replegaron mas hácia el Sur despues de quemar el puente del camino de hierro, y mientras se retiraban por el Oostenaule, el ejército federal entraba en Resaca triunfante. Sherman, que no queria dejar descansar un momento al enemigo, dispuso que todo el ejército se lanzase en su persecucion, y el 17 por la tarde la vanguardia federal alcanzó á la retaguardia enemiga, mandada por el general Hardee, en los alrededores de Adairsville, pero los separatistas solo opusieron una ligera resistencia y continuaron retirándose hácia Kingston.



Llegados á Cassville ocuparon una fuerte posicion, aparentemente con el objeto de empuñar una batalla decisiva, mas esta vez como la anterior se retiraron á favor de la oscuridad de la noche, cuidando de quemar antes todos los puentes, despues de lo cual fueron á fortificarse en Allatoona, donde el terreno era muy montañoso, y en cuyo punto se habian propuesto probablemente los separatistas oponer á sus contrarios una enérgica resistencia.

Reconociendo Sherman que sus tropas estaban muy fatigadas, dispuso que descansaran dos dias, durante los cuales se practicaron varios reconocimientos: el general Thomas recibió orden de avanzar hácia Roma, donde se hallaba el general Davis; Mc Pherson fué á tomar posicion algo mas lejos, y Schofield siguió á este último jefe para apoyar su movimiento. Johnston comprendió bien pronto cuál era el plan de su enemigo, y sin perder tiempo, adoptó sus disposiciones para desbaratarlo. El general Thomas, que marchaba sobre Dallas, encontró al llegar á Pumpkine un fuerte destacamento de la caballería confederada que trató de cerrarle el paso, aunque inútilmente, pues una sola carga de los federales bastó para rechazar á sus enemigos, pero Hooker, que mandaba la vanguardia, los encontró formados en línea de batalla un poco mas lejos, y esta vez se trabó una furiosa accion que no fué sin embargo decisiva por una ni otra parte. Entre tanto el general Hood habia ocupado una posicion muy fuerte en New-Hope Church y allí rechazó dos ataques de Hooker en los dias 25 y 26 de mayo; el 27 concentróse el ejército federal delante de este último punto, como si tuviera intencion de atacarle, pero Sherman hizo desfilar á todas sus tropas para ir á ocupar la via férrea de Ackworth, que se halla á

poca distancia de los desfiladeros de Allatoona.

Cuando empezaba á practicarse este movimiento, el general Hood, que vigilaba atentamente, atacó á su vez el dia 28 al cuerpo de ejército de Mc Pherson, que se hallaba hácia la parte de Dallas, mas por fortuna, este jefe habia cuidado de fortificarse perfectamente, y gracias á esto, no solo se resistió, sino que obligó á su enemigo á retirarse apresuradamente. El resto del ejército, que habia suspendido su movimiento, lo continuó al dia siguiente; la caballería avanzó á fin de apoderarse de todas las avenidas de Allatoona, y el 6 de junio, el grueso del ejército ocupaba ya la via férrea despues de haberse concentrado en los alrededores de Ackworth. Los separatistas se retiraron hácia Kennesaw y poco despues ocupaban una posicion imponente en Lost Mountains (Montañas Perdidas). El general Sherman, que durante aquella campaña de quince dias tuvo tiempo de observar con qué lentitud se movia su ejército de un punto á otro y cuánto trabajo costaba conducir los bagajes y los trenes, dió orden para que se reparase inmediatamente la via férrea y transformó los desfiladeros de Allatoona en un nuevo centro de operaciones, donde se construyeron varias obras de defensa, dejando además una guarnicion suficiente. Para reemplazar en el ejército activo los destacamentos que se veia precisado á escalonar en diversos puntos, Sherman hizo venir todas las tropas disponibles que habia en su departamento, y ya el 9 de junio se reunieron con él en Ackworth dos divisiones del general Blair.

El dia 10 Sherman se puso de nuevo en marcha y el 11 hallábase ya delante de las líneas enemigas, formadas con parapetos y reductos que se corrian en una estension de

1864.

dos millas poco mas ó menos. Los separatistas habian elegido admirablemente su posicion, cuyo único defecto era ocupar demasiado espacio; en las alturas veíanse numerosos vigías, que podian observar todos los movimientos de los federales; Johnston habia situado á su derecha el cuerpo de ejército de Hood, que cubria el camino de Marietta, en el centro á Polk, y á la izquierda á Hardee, cuyas tropas se apoyaban en Lost Mountains. El general Sherman formó el 12 á sus tropas en órden de batalla con intencion de atacar de una vez, sin detenerse á flanquear la posicion enemiga, y como la línea de Johnston le parecia demasiado estensa, habia resuelto cortarla por su centro, acometiendo á los separatistas por la parte donde se eleva la montaña de Kenesaw. Al efecto dispuso que se practicasen varios reconocimientos y que se rompiese el fuego con la artillería, lo cual dió lugar á que ocurriesen algunas escaramuzas de poca importancia, pero antes de trabarse formalmente la batalla, los separatistas sufrieron una sensible pérdida. El general Polk, obispo protestante de Louisiana, que mandaba uno de los cuerpos del ejército confederado, se hallaba conversando con los generales Johnston y Hardee dentro de las líneas, poco despues de romperse el fuego, cuando habiéndoles divisado el general unionista Thomson, mandó que les disparasen dos tiros, visto lo cual por los tres jefes citados, retiráronse á un sitio mas seguro. Polk, sin embargo, que estaba impaciente y deseaba presenciar mas de cerca las operaciones, volvió al mismo lugar donde se hallaba antes, y poco despues una bala de cañon le hizo completamente pedazos. El dia 15 avanzaron los federales sobre el centro del enemigo, que se retiró, casi sin combate, de sus primeras posiciones para con-

centrarse en las que tenia mas allá, pero Sherman le siguió de cerca, sin que bastara á detenerle la incesante lluvia que entorpecía á veces el movimiento de las tropas.

El dia 22 de junio se trabó una encarnizada refriega entre los cuerpos de ejército de Hooker y Hood, y el 26 dió el general Sherman la órden de acometer al dia siguiente las líneas confederadas por dos puntos á la vez, es decir, por la parte Sur de Kenesaw y por el frente de la posicion que ocupaba Mc Pher-son. Esta vez tuvo lugar el asalto formalmente, pero las dos columnas federales fueron rechazadas con pérdidas enormes, reconociéndose por esto que la posicion era casi inespugnable. Esta primera tentativa costó á los unionistas tres mil hombres entre muertos y heridos, figurando entre los primeros los generales Harker y Mc Cook, y entre los segundos el coronel Rice y otros oficiales distinguidos de elevada graduacion; los separatistas, protegidos por sus obras defensivas, solo tuvieron cuatrocientas cuarenta y dos bajas. Para justificar su ataque, decia Sherman en su informe lo siguiente :

«Despues de estudiar el terreno comprendí que no me quedaba mas alternativa sino asaltar de frente ó flanquear la posicion del enemigo. Todo ofrecia sus dificultades y peligros, pero observando que mis adversarios y hasta los mismos oficiales de mi ejército estaban en la persuasion de que yo no acometeria de frente las líneas fortificadas, y reconociendo además que un ejército valeroso no se debe limitar á una sola clase de ataque, me pareció conveniente, aun cuando no fuera mas que por el efecto moral, atacar al enemigo por el centro de sus líneas..... Hemos sido rechazados y yo acepto toda la responsabilidad, pues conozco que el ataque ha producido buenos frutos, porque no solo he demostrado al general Johnson que tenia-

mos suficiente valor para acometerle como él no esperaba, sino que nos hemos acercado tanto á los parapetos del enemigo, que ni un solo soldado podia asomar la cabeza sin grave riesgo de su vida.»

Lejos de desanimarse Sherman por el sangriento descalabro que acababa de sufrir, no se detuvo mas que el tiempo necesario para recoger los heridos y enterrar los muertos, y despues de ordenar que la caballería de Garrard ocupase la posicion de Mc Pherson,

1864. frente á Kenesaw, se puso en marcha

el 2 de julio con direccion al Chattahoochee. Esta maniobra se hizo instantáneamente aun cuando se empezó á ejecutar al anochecer, y como Johnston evacuase poco despues sus disposiciones de Kenesaw, el ejército de Sherman llegó á Marietta, pican-do la retaguardia al enemigo. El jefe unionista habia activado la persecucion, esperando sorprender á Johnston cuando cruzara el Chattahoochee, y destruir así la mitad de su ejército, pero los confederados tenian tambien una posicion muy fuerte en aquel punto y cubrieron perfectamente el paso del rio. Sherman se detuvo entonces para reconocer la posicion, y á la mañana siguiente comenzó á tirotarse con el enemigo. Como el Chattahoochee era en áquel sitio bastante profundo, y solo vadeable por uno ó dos puntos, el general Schofield recibió orden de cruzar por Power's Ferry, y pudo sorprender al destacamento que allí habia, cogiéndole un cañon. Hecho esto, se fortificó perfectamente y mandó que se echaran pontones sobre el rio, mientras Howard hacia lo mismo dos millas mas allá; entonces todo el ejército, que durante este tiempo habia hecho demostraciones sobre la derecha, se replegó sobre la izquierda para pasar el rio, y el dia 9 comenzó á cruzar el ejército por tres puntos á la vez. Al saber esto Johnston, eva-

cuó sus obras defensivas de la orilla derecha, quemó sus puentes y se replegó con el grueso de sus fuérzas en las líneas exteriores de Atlanta.

Terminado felizmente su último movimiento, Sherman concedió á sus tropas el descanso que tanto necesitaban, y antes de proseguir las operaciones, recibió la noticia de haber sido reemplazado Johnston por el general Hood.

Parece ser que la última campaña de Johnston no habia llenado las esperanzas del Gobierno de Richmond, que tachó á dicho jefe de obrar con demasiada prudencia, sin duda porque no habia batido á Sherman con un ejército que no escedia en mucho á la mitad del de su enemigo. Esta fué seguramente una medida muy desacertada, á la par que injusta, pues Johnston habia dado pruebas de poseer conocimientos muy superiores como comandante en jefe, y no puede negarse que obró con sumo acierto al defender palmo á palmo el terreno contra un ejército una mitad mas numeroso que el suyo. Johnston acababa de llegar á su base de operaciones, donde podria librar la batalla con mas ventaja que en el Tennessee, y se le debiera haber dejado terminar su plan antes de juzgarle sin apelacion y de proceder contra él tan sumariamente. Pollard dice que habia perdido diez mil hombres entre muertos y heridos y cuatro mil setecientos por otras causas, lo cual venia á ser una cuarta parte de su ejército, y que no habiéndose dado ninguna gran batalla, suponía esto, cuando menos, tratándose solo de una campaña defensiva que duraba dos meses, tanta actividad como celo. Á pesar de todo, se le relevó del mando, y Hood se encargó del ejército, que constaba entonces de un efectivo de cuarenta y un mil infantes, inclusa la artillería y diez mil caballos, lo cual formaba un total de cin-

cuenta y un mil hombres, es decir, el mismo efectivo poco mas ó menos que tenia Johnston en Dalton.

En 22 de julio fué á incorporarse á Sherman el general Rousseau con dos mil gi-

netes, y al dia siguiente se emprendieron de nuevo las operaciones. El general separatista Hood, que deseaba á toda costa justificar su reputacion de energía é intrepidez personal, habia resuelto desde luego tomar la ofensiva, y el primer resultado de esta determinacion fué un sangriento combate que tuvo lugar el dia 20 y en el cual los cuerpos de ejército de Hooker y Howard fueron atacados de improviso por los separatistas, pero no sin sostener una encarnizada lucha á que puso fin la oscuridad de la noche. Los federales perdieron en la pelea mil quinientos hombres y los confederados algunos menos. Al dia siguiente se dedicó Sherman á reconocer la posicion que ocupaba el enemigo en las alturas de Peach-tree, mas al observar que sus defensores se iban retirando de ella, dedújose que los confederados tenian intencion de evacuar á Atlanta, y entonces los unionistas avanzaron hasta hallarse á dos millas de la ciudad, donde se vieron detenidos por una imponente línea de fortificaciones, con sus reductos, trincheras, parapetos y todo aquello que se conoce en el arte de la guerra. El ejército federal estrechó entonces sus posiciones aproximándose todo lo posible á la plaza, mientras una parte de las tropas coronaba todas las alturas; el general Thomas se encargó del ala derecha, Mc Pherson de la izquierda y Schofield del centro, y la retaguardia se estendió hácia Decatur. Á eso de las doce del dia 22

de julio, y cuando se estaba acabando de colocar una batería, el general Hood atacó de improviso con numerosas fuerzas la extrema izquierda de los federales,

mas apenas se hubo roto el fuego, Mc Pherson se dirigió inmediatamente hácia el punto donde parecian ser mas cerradas las descargas, seguido de sus tropas y una parte de la reserva. Llegado al sitio en que acababa de empeñarse la lucha, el intrépido Mc Pherson cayó herido de tres balazos que le atravesaron el pecho, dejándole sin vida en el acto. Su muerte fué llorada por todo el ejército del Norte, pues aquel pundonoroso oficial, que solo contaba treinta y siete años de edad, parecia destinado, por su profundo talento y grandes disposiciones, así como por su noble carácter, á ocupar un puesto de los mas distinguidos. El general Logan le reemplazó interinamente, avanzó resueltamente con todas sus tropas y bien pronto se generalizó la batalla. Sherman dispuso que Thomas y Schofield se corriesen hácia la izquierda; el cuerpo de ejército de Polk, mandado por Stewart, que atacaba vigorosamente á los batallones de Mc Pherson, fué rechazado á su vez, y lo mismo le sucedió al general Hardee, que acometiendo de flanco y de frente, acababa de apoderarse de algunas posiciones importantes y de tres baterías, no sin dejar el campo de batalla sembrado de muertos y heridos. Así pues, los federales consiguieron rechazar el ataque, pero á costa de mucha sangre, pues tuvieron tres mil ochocientas bajas, sin contar la dolorosa pérdida que acababan de sufrir con la muerte del general Mc Pherson. Los separatistas dejaron en el campo unos mil hombres entre muertos y heridos.

El ejército federal, sin embargo, no se desanimó por este descalabro, y muy lejos de esto, se reforzó moralmente, pues acababa de probar, que aun estando lejos de su centro de operaciones, podia librar grandes batallas con bastantes probabilidades de alcanzar la victoria. Á pesar de esto, Sherman no juzgó

conveniente renovar el ataque contra imponentes líneas atrincheradas cuando podía emplear otros medios para alcanzar el triunfo, y como que para tomar las obras defensivas de Atlanta hubiera sido necesario abrir desde luego paralelas y dar sangrientos asaltos, resolvió, antes de llegar á este extremo, cercar del mejor modo posible la posición enemiga para cortar las comunicaciones.

Mientras que Sherman adoptaba varias disposiciones para llevar á cabo su plan, una numerosa fuerza confederada sorprendió en el camino de Decatur á todo un regimiento unionista, cogiéndole dos cañones, y avanzando luego hácia la vía férrea, obligó á retroceder desordenadamente á la brigada Lightburn. Empero, Sherman no estaba lejoso, y conociendo cuán importante era rechazar aquel nuevo ataque, mandó que se rompiera el fuego con algunas baterías de Schofield, y que Logan marchase á reconquistar á toda costa el terreno perdido, mientras que el general Wood iría con su división á recobrar los cañones de que se acababan de apoderar los confederados. Todas estas órdenes se ejecutaron puntualmente, y el éxito coronó los esfuerzos de los unionistas, que alcanzaron un nuevo triunfo, obligando á sus contrarios á que volviesen á sus trincheras. En esta obstinada lucha perdieron los federales unos tres mil setecientos veintidos hombres, de los cuales lo menos mil quedaron prisioneros; el general Sherman calcula que Hood tuvo unas ocho mil bajas, y entre sus muertos figuraba el general Walker, de Georgia.

Hood no parecía dispuesto á renovar la lucha inmediatamente, y por lo tanto Sherman se ocupó en hacer varios preparativos para emprender un nuevo movimiento por la derecha, pero como no quería que su gen-

te permaneciera ociosa, dispuso que parte de la caballería emprendiese una expedición con objeto de cortar las vías férreas cerca de las cuales se hallaba la retaguardia de Hood. En su consecuencia, se acordó que Stoneman marchara con su división y las de Garrard, compuestas de unos cinco mil hombres, en dirección á Mc Donough, dando la vuelta por Atlanta, en tanto que el general Mc Cook iría con sus tropas, en número de cuatro mil infantes, hácia Fayetteville, debiendo luego reunirse con Stoneman en un punto dado, cerca de Lovejoy. Estos movimientos combinados rara vez salen bien, y mucho menos cuando los jefes que los dirigen son de segunda ó tercera clase.

El general Mc Cook marchó por la orilla Oeste del Chattahoochee en dirección á Rivertown, cruzó con pontones el río, destruyó en parte la vía férrea de West Point, cerca de la estación de Palmetto, y avanzando luego hácia Fayetteville, donde capturó quinientos wagones de Hood, cogiendo doscientos cincuenta prisioneros, dirigióse á Lovejoy, en cuyo punto se hallaba el día prefijado. No obstante, como Stoneman no llegaba ni se sabía nada acerca de él, el general Mc Cook marchó por el Surdeste á Newnan, en cuyo punto le salieron al encuentro numerosas fuerzas de infantería que venían del Mississippi para socorrer á Atlanta, y esto sin contar que la caballería confederada le iba persiguiendo de cerca hacia algún tiempo. En tan crítica situación, Mc Cook no tuvo más remedio que aceptar el combate contra fuerzas muy superiores en número, y á duras penas pudo salir del conflicto dejando en poder de sus contrarios todos los prisioneros que había hecho y perdiendo quinientos hombres entre muertos y heridos, incluso el coronel Harrison, que se contaba entre los últimos.

El general Stoneman fué menos afortunado, pues no habiendo encontrado á Mc Cook dividió sus fuerzas, enviando al general Garrard á Flat-Rock á fin de cubrir su movimiento sobre Mc Donough, y marchó en distinta direccion con el resto de las tropas. Su objeto era despejar el camino de Macon, apoderarse de esta ciudad, avanzar luego hácia Andersonville, donde se hallaban prisioneros muchos soldados federales que sufrían crueles privaciones, ponerlos en libertad, armarlos convenientemente y volver luego á sus líneas por el camino que pareciese mas seguro. El proyecto era atrevido, y estaba muy bien ideado, mas para ponerle en ejecucion se hubiera necesitado un Sheridan en vez de un Stoneman, y si Sherman habia consentido en que se intentara este movimiento, fué en la inteligencia de que los dos cuerpos de ejército se concentrarian en Lovejoy, pero sin esta condicion, intentar tan atrevida empresa no pasaba de ser una locura.

El general Stoneman no tuvo sin duda en cuenta todo esto, y firme en su propósito, dirigióse á Convington cortando las vias y destruyendo los puentes que encontraba á su paso, sin intentar siquiera conservarse en la misma línea que Mc Cook para reunirse con él en Lovejoy. Cuando al fin avistó á Macon, no llevaba consigo sino tres mil hombres, y habiéndole salido al encuentro una fuerza separatista, reunida prontamente por Iverson, ni siquiera pudo cruzar el rio, lo cual le hizo abandonar su idea de marchar sobre Andersonville, con tanto mas motivo cuanto que Iverson le perseguia de cerca. Al verse en semejante apuro, Stoneman creyó que para salir de él seria lo mejor dividir sus fuerzas una vez mas, y en su consecuencia, las tres brigadas de que disponia trataron de escapar separadamente. La que iba mandada

por el coronel Adams, llegó á sus líneas y se reunió con Sherman sin sufrir apenas pérdidas; la que estaba á las órdenes del coronel Capron, atacada en medio del camino, se vió sorprendida por el enemigo y hubo de dispersarse, y por último, la brigada de Stoneman, la única que intentó oponer alguna resistencia, se rindió á sus perseguidores, capitaneados por Iverson. Es muy curioso y digno de tener en cuenta que la brigada unionista constaba de mil hombres, mientras el jefe confederado solo tenia quinientos, pero Iverson se valió de un ardid de guerra, y con tal destreza aparentó que disponia de numerosas fuerzas, que los federales se entregaron sin vacilar. Dícese que Stoneman lloró cuando supo cómo le habian engañado, pero seguramente que sus lágrimas no podían compensar la pérdida de una tercera parte de la caballería de Sherman, debida principalmente á la incapacidad del jefe y á su desobediencia.

En 27 de julio, y por orden del Presidente, encargóse del mando del ejército del Tennessee el general Howard, en **1864.** reemplazo de Hooker, quien creyéndose humillado con semejante medida, presentó su dimision, que fué aceptada. Algun tiempo despues el general Davis reemplazó á Palmer en el mando de su cuerpo de ejército, y el general Stanley ocupó la plaza de Howard.

El ejército del Tennessee se puso en movimiento en la noche del 26 al 27 de julio, y empezó á correrse desde la izquierda á la derecha con objeto de flanquear á Hood, despues de cortar todas las vias férreas que habia junto á su retaguardia. Aunque el jefe separatista lo observó todo bien pronto, llevóse á cabo el movimiento sin oposicion, y los federales habian construido ya fuertes parapetos cuando Hood atacó el ala izquier-

da de sus enemigos con desesperado arrojó. Evidentemente, tratábase de coger á Howard desprevenido, y con este fin los batallones separatistas cargaron en masa por la parte Oeste de Atlanta sobre el cuerpo de ejército de Logan, que se habia situado en una cadena de colinas, pero Howard se hallaba á poca distancia dispuesto á entrar en acción con sus tropas, y tambien Sherman vigilaba atentamente los movimientos del enemigo. Despues de un breve cañoneo, la infantería de Hood, al mando de Hardee y Lee, fué rechazada hácia el punto donde se hallaba apostado Howard, que la recibió con un vivísimo fuego, y aunque se rehizo una y otra vez, y volvió de nuevo á la carga, esto solo dió por resultado que se diezmaran sus filas, viéndose al fin en la precision de huir á la desbandada. Cuando los oficiales vieron que no podian conseguir ya que sus hombres continuaran la lucha para dejarse matar tan inútilmente, dieron la orden de retirada, despues de dejar seiscientos cuarenta y dos muertos en el campo de batalla. Sherman, que solo tuvo seiscientas bajas, asegura que Hood no contó menos de cinco mil, si bien este jefe solo admite una pérdida de mil quinientos hombres.

Con esta última refriega no debieron seguramente quedarle muchas ganas á Hood de repetir con tanta frecuencia sus ataques, pues ya no intentó ninguno, aunque la artillería rayada de los federales comenzó á cañonear la ciudad de Atlanta por diversos puntos á la vez, causando grandes destrozos. Mientras que los cañones hacian su obra, Sherman estendia rápidamente su ala derecha con auxilio de los cuerpos de ejército de Schofield y de Palmer, y así pudo prolongar su línea atrincherada hasta cerca de East Point, desde donde érale fácil dominar las vias férreas por las cuales podia recibir so-

corros Atlanta. El general Hood, que vigilaba atentamente las operaciones, estendió la línea de sus obras de defensa, pero este jefe, de carácter tenaz é impaciente, no podia limitarse á una vigorosa defensiva, y así es que despues de haber fatigado á la mitad de su infantería en inútiles ataques y repetidas cargas que solo le ocasionaron pérdidas, destacó á Wheeler con su caballería, previéndole se acercara lo posible á la retaguardia de los federales para destruir á toda costa la via férrea por donde Sherman podia recibir sus víveres y municiones. El jefe unionista habia dado ya sus órdenes para el ataque general, cuando supo que un numeroso cuerpo de caballería confederada, mandado por Wheeler, se habia aproximado á su retaguardia y acababa de capturar varios trenes, cortando la via férrea por la parte de Calhoun. Esto parecia una razon para acelerar la ofensiva, toda vez que Hood se hallaba privado de una parte de sus fuerzas, pero Sherman no lo creyó así, pues dió inmediatamente una contraorden y dispuso que el 18 de agosto marchase Kilpatrick con cinco mil ginetes, resto de la caballería federal, para destruir el camino de hierro por la parte de Fairburn, cuya operacion deberia repetir en el camino de Macon, evitando en lo posible empeñar un combate formal con el enemigo.

El general Kilpatrick salió en la noche del 18 al 19 de su campamento de Sandtown, inutilizó una parte de la via férrea de Macon por Jonesborough, derrotó á una escasa tropa de caballería al mando de Ross, y cometió otros desperfectos, pero á poco le salió al encuentro una respetable fuerza de separatistas, y retrocedió en cumplimiento de las órdenes recibidas. Entonces dirigióse hácia el Este, dió un rodeo y llegó hasta la via férrea de Lovejoy, mas el enemigo estaba ya

1864.

allí, y sin detenerse un momento, cargóle resueltamente con su caballería, hizo setenta prisioneros, cogió una batería y volvió á su campamento el dia 22. Aunque esta expedicion no producía ningun resultado ventajoso para las operaciones generales, habíase cortado por el pronto la comunicacion al enemigo, pero como este podría reparar los desperfectos en diez dias, Sherman opinó que sería lo mejor abandonar por entonces el sitio, y así lo hizo en efecto, enviando desde luego á los enfermos y heridos á su posicion atrincherada del Chattahoochee, guardada entonces por el general Slocum. Allí tenían los federales numerosas obras de fortificacion levantadas poco á poco, y que ocupaban una estension de unas diez millas. Dada la órden, todas las tropas se pusieron en marcha en la noche del 25 de agosto. Mientras que el ejército de Ohio permanecía de frente, formando una especie de cortina, las demás tropas fueron desfilando poco á poco, y el 27 por la noche, ya estaban dispuestos para reunirse los tres cuerpos de ejército; el del Tennessee se hallaba hácia la parte de Fairburn, en el camino de hierro de West Point; el de Cumberland en el centro, hácia Red Oak, y el de Ohio cerca de East Point. El dia 28 se empleó en concentrar mejor las masas hácia el centro y en destruir una gran parte de la via de West Point, y todo esto se hizo sin que Hood opusiera una formal resistencia, á pesar de que aquella era la mejor ocasion de utilizar con probabilidades de éxito la reconocida bravura á que debía el puesto que ocupaba.

El jefe separatista, á quien importaba sobre todo conservar sus comunicaciones, acababa de dividir su ejército, enviando la mitad, á las órdenes de Hardee, á Jonesborough, pues era preciso dejar en Atlanta fuerzas suficientes para defender la ciudad,

y así se comprende que los confederados no atacasen á los unionistas al practicar su último movimiento. En la madrugada del 31 de agosto, divisó Howard, que habia estado batiéndose todo el dia anterior, una numerosa fuerza enemiga, pero protegido por sus obras de defensa, permaneció á la expectativa, y poco despues era atacado vigorosamente por las tropas del general Hardee, quien calculaba que podría arrollar á su enemigo sin darle tiempo á recibir refuerzos. Howard, no obstante, ocupaba una buena posicion, sus soldados se batieron con la mayor serenidad, y despues de dos horas de carnicería, los separatistas se retiraron dejando en el campo de batalla cuatrocientos muertos y trescientos heridos. Sherman apreció las pérdidas de Hardee en dos mil quinientos hombres, y las suyas en quinientos.

El jefe unionista se hallaba con el general Thomas en Couch, ocupado en cometer algunos desperfectos, cuando el estampido de los cañones llamó su atencion y le indujo á destacar á Thomas y á Schofield en aquella direccion, dejando á la caballería de Garrard cerca de Atlanta, mientras Kilpatrick se dirigia por la orilla Oeste del Flint para cortar el camino de hierro por mas abajo de Jonesborough. El cuerpo de ejército de Davis se aproximó luego al de Howard para ponerse en comunicacion con las tropas de Kilpatrick, y efectuado este movimiento, y hechos todos los preparativos necesarios, Davis atacó las líneas enemigas que defendian á Jonesborough, de las cuales se apoderó al poco tiempo, cogiendo prisionero al general Govan con la mayor parte de su brigada y dos baterías de cuatro cañones. Inmediatamente se dió órden de avanzar á los generales Stanley y Schofield, pero los caminos estaban tan malos, que estos jefes

1864.

no pudieron entrar en acción al llegar, y á la mañana siguiente, 1.º de setiembre, ya se habia retirado Hardee con todas sus tropas. En las primeras horas, sin embargo, oyéronse ruidosas detonaciones hácia el Norte, que muy frecuentes al principio, iban disminuyendo poco á poco, y esto indicó á Sherman que ocurría alguna cosa por la parte de Atlanta. Creyóse al pronto que Slocum habria atacado al enemigo, pero esto no era probable, porque no habia orden ninguna para hacerlo y luego se supuso que el general Hood, convencido ya de que no le seria posible seguir oponiendo mas resistencia, quemaba sus almacenes y depósitos para retirarse precipitadamente. Si era esto lo que sucedia, no se necesitaba mandar por lo pronto ningun refuerzo, y en su consecuencia ordenó Sherman que se persiguiese sin tregua á la derrotada columna de Hardee. Éste se hallaba atrincherado poco despues cerca de Lovejoy con sus dos alas apoyadas en Walnut Creek y en el Flint, y como su posicion era muy fuerte, Sherman mandó que se practicaran algunos reconocimientos, pues el ataque no era cosa urgente. Cuando las tropas se ocupaban en esto, se supo que el general Hood habia volado sus polvorines, almacenes y depósitos, abandonando la ciudad de Atlanta: el cuerpo de ejército de Stewart se retiraba hácia Mc Donough, y la milicia seguia la direccion de Covington. Esta noticia se confirmó el dia 4 por un correo de Slocum, que habia penetrado en la ciudad, sin oposicion alguna, poco despues de la salida de Hood.

El primer objeto de la campaña se habia alcanzado ya; el ejército federal se puso inmediatamente en marcha, y en la noche del 5 al 7 acabó de concentrarse con el mejor orden en los alrededores de Atlanta. La ciudad se habia conquistado á muy poca

costa, y no solo era muy importante su adquisicion, sino que se habia inferido á los separatistas una pérdida de que difficilmente podrian recobrase, pues ascendia á una cantidad enorme el valor de los efectos destruidos. Es de estrañar, sin embargo, que Sherman tuviera tan pocos prisioneros cuando ocupó la ciudad y sus alrededores con sus setenta mil veteranos: si hubiera sabido en qué estado se hallaba el ejército de Hood, no le habria sido muy difícil acabar de destruirle ó apoderarse de él.

Á la toma de Atlanta no siguieron inmediatamente las operaciones activas, pues el mes de setiembre se empleó en reorganizar las tropas y en hacer diversos preparativos, siendo una de las primeras medidas establecer las líneas de comunicacion. Al mismo tiempo se levantaron nuevas obras de defensa, convirtiendo la ciudad de Atlanta en un gran puesto militar, y por una orden, fechada el 4 de setiembre, por medio de la cual queria prevenirse Sherman contra los ataques hostiles de los habitantes y mantener al mismo tiempo la mas estricta disciplina, dispuso que evacuaran la ciudad todos los que no fueran militares ó dependientes del ejército unionista, escepto los negros, que prévio el juramento de fidelidad, serian admitidos á tomar parte en los trabajos. Preveníase asimismo que todo paisano á quien se encontrara en la plaza despues de la publicacion de la orden, seria entregado al preboste para que le ocupara en las obras ó le hiciera ingresar en el ejército.

Esta medida severa, pero indispensable en aquella region para el mejor éxito de las operaciones militares, dió lugar á numerosas reclamaciones y protestas, tanto por parte de las autoridades de la ciudad como del general Hood, quien alegó que aquella era una violacion de las leyes de la humanidad y

una medida sin ejemplo en la lúgubre historia de la guerra. Esto originó una ruidosa polémica que llamó la atención general, y para dar una idea exacta de ella al lector, parécenos lo mas oportuno reproducir aquí los dos documentos siguientes: el primero, que era una carta fechada el 11 de setiembre y suscrita por las principales autoridades de la ciudad, decia así:

«Señor: los infrascritos, presidente y miembros del Consejo de la ciudad de Atlanta, únicas autoridades legales en estos momentos, tienen el honor de dirigiros la presente para rogaros con el mayor respeto, que os digneis derogar la orden por la cual se les previene que abandonen esta ciudad.

»Á primera vista era evidente que semejante medida nos causaria grandes pérdidas, mas al llegar el momento de la ejecucion, hemos podido convencernos de que sus consecuencias iban á ser funestas y causarían terribles padecimientos.

»Muchas pobres mujeres se hallan en cinta; otras tienen hijos de corta edad; los maridos de una gran parte de ellas están sirviendo en el ejército, y mientras unas dicen: ¿qué haré con mi niño enfermo? ¿quién velará sobre nosotros cuando estemos lejos? ¿qué hemos de hacer? ¿dónde iremos, sin amigos y sin hogar para refugiarnos? otras se lamentan alegando que carecen de recursos y que arrancarlas de la ciudad equivale á sumirlas en la mas espantosa miseria. Os damos cuenta de estos hechos para demostraros lo difícil que es la aplicación de esa medida. Cuando vuestro ejército avanzaba sobre Atlanta, muchas poblaciones se replegaron en esta ciudad y desde aquí se extendieron mas hácia el Sur, de modo que todas las cercanías están ya llenas de gente y no hay bastantes casas para albergar á

tantos habitantes. Se nos ha dicho que muchos se han visto obligados á buscar un refugio en las iglesias y otros edificios semejantes, y en este caso, ¿cómo es posible que encuentren donde alojarse los que están aquí, sobre todo las mujeres con sus hijos? ¿Y cómo se ha de esponer á esas pobres madres á sufrir los rigores del invierno en medio de los bosques, sin abrigo, sin subsistencia y sin amparo? Esto no es mas que una pálida imágen de las consecuencias de semejante medida: bien sabeis que los sufrimientos y los horrores no pueden espresarse por medio de palabras; la imaginación solo puede formarse una idea aproximada, y os rogamus por lo tanto que tomeis en consideración nuestra demanda. Sabiendo que los deberes que os impone vuestro mando no os dejan apenas un momento libre, vacilábamus en molestar vuestra atención sobre este asunto, mas al reflexionar que acaso no hayais meditado bien sobre este punto ni tenido en cuenta lo mucho que sufrirá esta población si se la exceptúa de las leyes de la humanidad, nos hemos atrevido á dirigiros la presente. Hasta ahora no se ha dado un caso semejante en los Estados de la Union, y no seria justo arrojar de sus hogares á esos seres inofensivos que se verán en la dura precisión de implorar la caridad pública.

»No sabemos con exactitud cuál es la cifra de la población de esta ciudad, pero estamos seguros que si se permite á estos habitantes permanecer donde se hallan, muchos de ellos podrán ir pasando sin auxilio alguno durante algunos meses, y no pocos cuentan con recursos suficientes para socorrer á sus hermanos.

»En este caso, señor, os rogamus encarecidamente que derogueis vuestra orden ó la modifiqueis de modo que sea permitido á es-

tos habitantes permanecer en sus casas, sosteniéndose con sus propios medios.

»Somos con la mayor consideracion SS. SS.

»*Jacobo M. Calhoun.*

»*E. E. Rawson.*

»*L. C. Wells.*»

El general Sherman contestó al dia siguiente lo que sigue:

«Señores: he recibido vuestra carta del 11, en la cual me pedís la revocacion de la órden por la cual se ordena á todos los habitantes que abandonen esta ciudad. He leído con la mayor atencion vuestra misiva, y creo de buena fé todo lo que me decís acerca de las penalidades que impone esta medida á la poblacion, pero no me es posible complaceros accediendo á vuestra súplica, pues esa órden, en la que comprendereis se prescinde de la cuestion humanitaria, solo tiene por objeto prepararme para luchas futuras en las cuales están comprometidos los intereses de millones de ciudadanos. Es preciso conseguir la paz no solo en Atlanta, sino en toda la América.

»Yo conozco el carácter vengativo de nuestros enemigos, y no se me oculta que podria prolongarse aun la lucha durante algunos años, pero precisamente por esto creo conveniente adoptar las métricas necesarias en tiempo oportuno. La ciudad de Atlanta, convertida en plaza de guerra, no puede seguir siendo lo que hasta aquí: esto seria incompatible, pues mientras dure este estado de cosas ya no habrá aquí ni industria, ni comercio, ni agricultura para atender á las necesidades de las familias, y mas pronto ó mas tarde se verian en la dura precision de emigrar, acosadas por la mas espantosa miseria. ¿Por qué no se han de ir hoy, puesto que se han tomado todas las disposiciones necesarias para su traslacion, y por qué esperar á que se rompa el fuego y se renueven

las escenas del mes pasado?..... No puedo discutir largamente con vosotros sobre este punto, pues para ello seria necesario daros cuenta de lo que voy á emprender, pero os aseguro firmemente que mis planes militares me ponen en el duro caso de intimar á los habitantes que abandonen la ciudad, y lo único que yo puedo hacer es ofreceros mis servicios á fin de que esta emigracion se lleve á cabo de la manera mas fácil y mas cómoda.

»Seguramente no os inspirará la guerra mas horror que á mí, pues yo la considero como una crueldad inaudita, como una lucha fratricida, y por eso mismo, los hombres que han sido causa de las calamidades que afligen al pais, merecen que caigan sobre sus cabezas todas las maldiciones de un pueblo. En cuanto á mí, como no he dado lugar á semejante guerra, conozco que hago un sacrificio mucho mayor que vosotros para obtener una paz que es imposible conseguir mientras la nacion permanezca dividida. Si los Estados-Unidos aceptasen la separacion, no creais que aun se habria acabado esto; la obra de la desorganizacion continuaria hasta que nos viéramos reducidos al estado en que se halla México, es decir, á la guerra civil permanente..... Aceptad la Union, reconoced de nuevo la autoridad del Gobierno nacional, y en vez de emplear vuestras casas, vuestras calles y vuestros caminos para las terribles necesidades de la guerra, nos vereis convertidos en protectores, en amigos fieles que os ampararán en la hora del peligro, venga de donde viniere.....

»Tanto os valdria protestar contra el rayo como apelar de las terribles necesidades de la guerra: algunas medidas son inevitables, y el único medio que les queda á los habitantes de Atlanta para obtener la paz y la tranquilidad, es poner un término á la lucha, re-

conociendo que comenzó por una iniquidad y se continúa por el orgullo. Nosotros no queremos ni vuestros negros, ni vuestros caballos, ni vuestras casas, ni vuestras tierras, ni nada, en fin, de lo que os pertenece; lo único que deseamos es que obedezcais las leyes de los Estados-Unidos, y advertid que esto lo conseguiremos aun cuando para ello fuese necesario destruir todas vuestras propiedades.

»En virtud del contrato nacional, los Estados-Unidos tenían en Georgia ciertos derechos á que no han renunciado ni renunciarán jamás: los Estados del Sur han comenzado la guerra apoderándose de los fuertes, de los arsenales, del metálico y de las aduanas mucho antes de la instalacion de Mr. Lincoln, y esto sin que entonces hubiese ni la sombra de una provocacion. Yo mismo he visto en el Missouri, en Kentucky, en Tennessee y en Mississippi miles de mujeres y de niños que huían delante de vuestros ejércitos, desesperadas, hambrientas y con los piés ensangrentados; en Memphis y en Vicksburg hemos dado alimentos á las familias de los soldados rebeldes que habiais dejado en nuestro poder y á quienes no podiamos ver sufrir, pero ahora que sois víctimas de la calamidad que aflige al país, maldecís los horrores de la guerra sin recordar que antes enviabais por el ferro-carril vuestros soldados y municiones, y vuestras balas y metralla, para destruir las moradas de miles de familias de honrados ciudadanos que solo querian vivir en paz bajo el Gobierno legado por sus antecesores. De todos modos, estas consideraciones no son ya del caso: lo que yo ambiciono es la paz, y como creo que no se puede obtener sino restableciendo la Union por medio de la guerra, combato con el único objeto de llegar cuanto antes á este resultado de una manera decisiva.

»Como quiera que sea, señores, cuando se obtenga la paz, podreis contar enteramente conmigo; entonces compartiré con vosotros hasta mi último pedazo de pan, y velaré sin descanso para defender vuestros hogares y vuestras familias contra el peligro. Ahora es preciso partir; llevaos á los ancianos y á los inválidos, cuidadles lo mejor posible; construid para ellos en un país mas tranquilo habitaciones convenientes donde puedan guarecerse de la intemperie, y esperad allí hasta que, una vez calmadas las locas pasiones de los hombres, pueda restablecerse la union y la paz y se os permita volver á ocupar vuestras antiguas moradas de Atlanta.»

Tan pronto como se hubieron hecho todos los preparativos para llevar á cabo la medida adoptada, Sherman lo puso en conocimiento del general Hood por medio de un parlamentario, proponiéndole con este objeto un armisticio de diez días, á contar desde el 12 de setiembre, para que los habitantes se trasladaran al país de Rough y Ready ó á otro punto que les conviniese mas. Hood protestó enérgicamente contra aquella medida, que calificaba de inhumana, pero aceptada al fin la proposicion, firmóse el armisticio, durante el cual todos los que quisieron ir al Sur, que fueron cuatrocientas cuarenta y seis familias, representando un total de dos mil treinta y cinco personas, se trasladaron gratis en wagoes á Rough y Ready con todo su moviliario y ropas, permitiéndose á cada familia que llevara un equipaje que no escediera de mil seiscientos cincuenta y una libras. Los que prefirieron ir al Norte fueron conducidos por el camino de hierro á Chattanooga, y es de advertir que todo este movimiento se hizo con el mayor orden, y que se tuvieron toda clase de consideraciones con los habitantes, como así consta del acta que se estendió, firmada por el mayor

Clan, del estado mayor de Hood, y por el coronel Warner, oficial de la misma clase en el ejército de Sherman.

Los confederados fueron los primeros que rompieron las hostilidades á fines de setiembre: cuando Sherman se hallaba aun en la parte Norte del Chattahoochee, una fuerza de caballería confederada, á las órdenes de Pillow, habia atacado á Lafayette, punto defendido por el coronel Watkins con cuatrocientos hombres, y poco faltó para que se apoderara de él, mas la oportuna llegada del coronel Croxton obligó á los separatistas á retirarse despues de dejar setenta prisioneros en poder de sus enemigos. Los muertos y heridos, por una y otra parte, ascendieron á unos ciento. Mientras sucedia esto, el general Wheeler, seguido de la caballería confederada, se presentaba delante de Dalton, cuya rendicion intimó, pero el coronel Leibold pudo defenderse hasta que llegó de Chattanooga el general Steedman, é hizo retroceder á los separatistas. Wheeler avanzó entonces por el Tennessee Oriental, y recorrió despues varios puntos, en cada uno de los cuales destruyó muchas propiedades, cometiendo toda clase de desperfectos durante su larga escursion, pero sus operaciones no ejercieron mucha influencia en los resultados de la campaña.

Mientras Wheeler efectuaba su correría, el general Hardee se reunia con Hood cerca de Jonesboro, y su ejército se reforzó considerablemente al poco tiempo. Jefferson Davis, que acababa de salir de Richmond con direccion á Georgia, visitó á estos dos jefes en Palmetto, y en Macon pronunció un discurso, en 23 de setiembre, notable por la franqueza de su lenguaje, pues dijo, entre otras cosas claramente, que la pérdida de Atlanta era un rudo golpe, y que el porvenir de la Confederacion era muy triste, por

mas que hubiese muchos que trabajaban con actividad en favor de la causa. El general Hood, que seguía aun en el mando, cruzó poco despues el Chattahoochee, tomó la direccion de Dallas y se dirigió rápidamente con su caballería á Big Shanty, donde destruyó una parte del camino de hierro, cortando además los hilos del telégrafo. Entre tanto la division de infantería del general French, se presentaba en 5 de octubre **1864.** delante de Allatoona, punto defendido entonces por cinco regimientos á las órdenes del coronel Tourtelotte y por el general Corse, que acababa de llegar con su brigada. Afortunadamente, Sherman á quien se habia notificado que los separatistas acababan de cruzar el Chattahoochee, destacó al general Thomas para que fuese en busca del enemigo, y dejando á Slocum en Atlanta, se puso en marcha con el grueso de su ejército en direccion al Norte, de modo que cuando French caia sobre Allatoona, hallábanse los federales á diez y ocho millas de distancia. Cuando comenzó el fuego, Sherman pudo enviar inmediatamente un parte previniendo á los defensores de Allatoona que no abandonaran la plaza de ningun modo.

Corse solo contaba con mil novecientos cuarenta y cuatro hombres, mientras French disponia de numerosas fuerzas, y así es que al momento cercó completamente la plaza, é intimó la rendicion despues de dos horas de cañoneo. El jefe unionista se negó, como es de presumir, y acto continuo lanzáronse los confederados al asalto, tratando de escalar los parapetos, donde murieron muchísimos, diezmados por el fuego de los federales. Sin embargo, sucedíanse los asaltos cada vez con mas furia y empeño, pero ya el general Cox estaba muy cerca de la playa con numerosos refuerzos, y Corse pudo sos-

tenerse hasta que recibió auxilios, si bien perdió setecientos siete hombres, y él mismo quedó herido de un balazo cuando el enemigo desistió de su empeño. Al aproximarse Cox, emprendió French la retirada, dejando en el campo de batalla doscientos y un muertos, cuatrocientos once prisioneros y ochocientos fusiles, lo cual probaba cuán encarnizada habia sido la lucha.

El general Hood, que se habia propuesto hostilizar á Sherman hasta que saliese de Georgia, se dirigió poco despues rápidamente hácia el Noroeste, obligando á dicho jefe á emprender una marcha forzada de treinta y ocho millas para salvar á Kingston. En este último punto supo que el general Hood, despues de aparentar que marchaba á Roma, acababa de cruzar el Coosa, y entonces Sherman destacó á la division Cox y á la caballería de Garrard á fin de que, vadeando el Oostenaula, hostilizaran al enemigo por su flanco cuando avanzase hácia el Norte. Mientras se practicaba este movimiento, presentóse Hood delante de Resaca é intimó su rendicion, pero Sherman habia reforzado la plaza con dos regimientos, y merced á esta circunstancia, pudo el coronel Weaver rechazar á los separatistas. Sherman no acertaba á esplicarse por qué malgastaba su tiempo en correrías el segundo ejército de la Confederacion, pero resuelto á obligarle á que aceptara una batalla formal, destacó al general Howard para que escaramuceara con el enemigo y le entretuviese, mientras que Stanley iria con su cuerpo de ejército á Villanow con objeto de atacar su retaguardia. Hood, no obstante, tenia otros planes, y por esto sin duda no encontro Howard quien le opusiera resistencia en su marcha, pudiendo así llegar á su destino antes que Stanley. Los unionistas se dirigieron entonces hácia Lafayette con la inten-

cion de sorprender la retaguardia enemiga, pero Hood empezaba á ser mas prudente, y como llevaba consigo pocos bagajes, podia marchar con doble rapidez que sus perseguidores, por cuya razon evitó fácilmente un encuentro con Sherman, y bien pronto estuvo fuera de su alcance. Al cabo de una semana comprendió el jefe unionista que la intencion de Hood habia sido hacerle salir de Georgia, y tambien supo que éste acababa de cruzar por Sand Mountain (Montaña Arenosa), evidentemente con la intencion de dirigirse al Tennessee, pero Sherman no quiso perseguir á un adversario que rehusaba la lucha, á quien no era fácil alcanzar y que podria muy bien entretenerle inútilmente por espacio de varios meses. Sherman, pues, dispuso que Stanley y Schofield marcharan á Chattanooga, y reservó para las operaciones en Georgia una sola division á las órdenes de Kilpatrick. Al general Thomas se le encomendó la defensa del Tennessee con plenos poderes para disponer de sus fuerzas como lo creyese mas conveniente, y poco despues se ordenó á Smith que fuera á reunirse con dicho jefe. Esta medida se adoptó principalmente porque, contando Hood con un ejército de treinta y cinco mil infantes y diez mil caballos, podia intentar un atrevido golpe de mano, pues evidentemente era su intencion invadir aquel territorio, pero el jefe separatista sabia muy bien que Thomas disponia de suficientes fuerzas para defenderse, y por lo tanto aplazó su proyecto limitándose á simular un ataque contra Decatur, despues de lo cual atravesó el Tuscumbia para dirigirse á Florencia. Sherman por su parte reunió todos los destacamentos que defendian las vias férreas; envió una parte de ellos á Chattanooga para reforzar la guarnicion de Tennessee, y con los demás volvió á Atlanta á fin de ocuparse

en los preparativos de la gran campaña que se iba á empezar bien pronto, y que tanto debia contribuir á poner término á la desastrosa guerra que affligia á la nacion.

Las importantes operaciones de Grant en Virginia y de Sherman en Georgia, debian completarse, segun el plan general de la campaña de 1864, con una nueva tentativa contra Mobila ó Charleston, y esta empresa se confi6 al almirante Farragut y al general Canby, jefe de las fuerzas de tierra. Antes de referir, sin embargo, cuáles fueron las operaciones navales durante aquella campaña, convendrá apuntar aquí ciertos detalles de todo punto necesarios para continuar ordenadamente la narracion de los acontecimientos.

Ya recordará el lector que el Gobierno de la Confederacion habia resuelto armar en corso el mayor número de buques posible con objeto de hacer una encarnizada guerra por mar á la marina mercante de los Estados-Unidos: el *Sumter* fué uno de los primeros corsarios del Sur que se hizo célebre por sus atrevidas empresas, y si bien es cierto que muchos de aquellos cayeron muy pronto en poder de los federales, no lo es menos que perjudicaron gravemente al comercio, sembrando el terror en los mares cuando se llegaron á conocer sus proezas, algunas de las cuales rayaban en lo maravilloso y abundaban en los interesantes episodios descritos en las novelas de Cooper. Es de advertir que los buques de los separatistas eran acogidos favorablemente en los puertos de Inglaterra y Francia, sobre todo en los de esta última nacion, y que muchos de ellos eran de construccion inglesa, sin tener de confederados mas que el pabellon y el capitan, hecho que escitó en los Estados-Unidos una grande animosidad contra la Gran Bretaña, y un sentimiento de ódio que, no estinguido aun,

podia dar lugar mas pronto ó mas tarde á graves complicaciones internacionales. Al *Sumter*, apresado por los federales poco despues de su aparicion, habia sustituido el crucero *Oreto*, que construido en los astilleros de Birkenhead, pudo hacerse al mar á pesar de las enérgicas protestas del embajador de los Estados-Unidos en L6ndres, y este buque, que cambi6 luego su nombre por el de *Florida*, comenz6 á poco á recorrer el Océano en union del *Alabama*, capitan Semmes, del que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Estos dos corsarios, que tenian órden de destruir y echar á pique todos los buques donde flotase el pabellon de los Estados-Unidos, desempeñaron su mision fielmente, pero cuidaban siempre de apropiarse todos los efectos de valor que encontraban á bordo, y como tenian la costumbre de navegar con pabellon británico y no izar el suyo propio hasta ver segura la presa, no pasaba dia sin que los federales tuvieran que lamentar un desastre mas. Como si esto no fuera bastante, apelábase á otro medio que consistia en hacer firmar á los oficiales una obligacion con garantía para el pago de cierta suma, mediante la cual se dejaria el buque en libertad, y de este modo el vapor *Ariel*, que se dirigia desde Nueva-York á Aspinwall con los pasajeros de California, fué apresado y puesto en libertad despues que el capitan se hubo comprometido á satisfacer una suma de doscientos cincuenta mil duros pagaderos al fin de la guerra.

El número de los buques mercantes capturados y destruidos por los corsarios del Sur iba aumentándose rápidamente, y el valor de los cargamentos ascendia ya á muchos millones de duros, pero no se reducía á todo esto el mal, pues el comercio se paralizó completamente y además ocasionaba un gasto inmenso tener continuamente emplea-

dos los buques de guerra para que recorrieran los mares en busca de los cruceros, cuyos jefes, hombres muy prácticos, sabían eludir los encuentros burlando la vigilancia de sus perseguidores. Este es el sistema que por espacio de muchos años se empleó contra la Union, con grave perjuicio del país y de todos aquellos que se dedicaban al comercio ó tenían en él sus intereses.

Durante 1864 aumentóse el número de los corsarios confederados con otros tres llamados el *Tallahassee*, el *Olustee* y el *Chickamauga*, los cuales, como es de suponer, hicieron cuanto les fué posible para adquirir nombradía. Calculábase que en la primera parte del año habían apresado ya los separatistas ciento noventa y tres buques, cuyos cargamentos se evaluaban en trece millones cuatrocientos cincuenta y cinco mil duros, siendo de advertir que de estos buques se quemaron todos menos diez y siete. El *Tallahassee* recorrió en agosto la costa del Atlántico y destruyó treinta y tres buques mientras el *Chickamauga* pegaba fuego á otros varios, tasados en quinientos mil duros; la *Florida* recorrió también las costas de la Union, cometiendo muchos destrozos, y en 5 de octubre penetró en Bahía, puerto del Norte del Brasil, después de haber quemado la barca *Mondamon*. Hallábase allí la corbeta de guerra de los Estados-Unidos, *Wachusett*, capitán Collins, quien comenzó á vigilar atentamente al corsario, mientras que el cónsul de la Union pedía á las autoridades brasileñas que intimaran á la *Florida* la salida del puerto, pero el gobernador de Bahía no solo rehusó acceder á semejante demanda, sino que, observando que en el *Wachusett* se hacían los preparativos de combate, exigió á su vez al cónsul la promesa de que el buque federal respetaría el puerto absteniéndose de provocar allí la lu-

cha. Así se convino bajo palabra, y para mayor precaucion, la *Florida* ancló junto á las baterías de dos buques de guerra brasileños. El capitán Morris, comandante del buque separatista, se creyó ya en perfecta seguridad, y por lo tanto permitió á los hombres de la tripulacion que saltaran en tierra, y él mismo lo hizo con algunos de sus oficiales, mas en la noche del 6 al 7 de octubre, varios botes armados del *Wachusett*, rodearon á la *Florida* y saltaron sobre el puente, donde se empeñó un reñido combate; el buque federal, que se había acercado entre tanto, disparó entonces casi á boca de jarro un cañonazo que tronchó el mástil de mesana de la *Florida*, y de este modo el corsario quedó apresado con la mitad de su tripulacion, incluso ocho oficiales.

Al tener conocimiento las autoridades brasileñas de aquella escandalosa infraccion de las leyes de la neutralidad, mandaron á su flotilla hacer los preparativos de combate, y el contra-almirante del puerto intimó al capitán Collins que volviera á su anclaje si no quería ser echado á pique. Collins prometió obedecer, pero bajo diversos pretextos halló medio de retardar la ejecucion de la orden, impidiendo primeramente al oficial brasileño que le llevaba la intimacion, el subir á bordo, y entre tanto hizo amarrar la *Florida* al *Wachusett* con una larga cadena, de modo que cuando se puso en marcha para volver, según se creyó, á su anclaje, el crucero separatista iba remolcado por el buque federal. La escuadra brasileña rompió entonces el fuego, al que tuvo al menos la cortesía de no contestar el capitán Collins, aun cuando el *Wachusett* recibió ocho balazos, y contentándose con dar todo el fuego á la máquina para redoblar la celeridad de la marcha, se puso bien pronto fuera del alcance de los buques brasileños que empezaban á darle caza.

Diremos aquí de paso que si bien con este hecho alcanzó mucha popularidad el capitán Collins, el Gobierno de Mr. Lincoln no podía menos de condenarlo, é impuso el castigo que merecía: el cónsul Mr. Wilson fué destituido y el capitán hubo de presentarse ante un consejo de guerra para dar cuenta de su conducta. Además de esto, y antes de que el Gobierno de Rio Janeiro tuviese tiempo de presentar sus quejas, resolvió el Presidente que el crucero la *Florida* fuese restituido con toda su tripulación á las autoridades de Bahía. Esta orden no se pudo cumplimentar sino en parte, pues hallándose el buque en el puerto de Hampton, sobrevino un accidente imprevisto y se fué á pique.

La *Georgia*, buque construido en los astilleros de Glasgow, y que habia salido de Greenock en abril de 1863, armándose luego en uno de los puertos de Francia, era otro de los corsarios que habia puesto en campaña la Confederacion. Despues de destruir un gran número de buques mercantes, la *Georgia* tocó en Cherburgo, luego en Burdeos, y por último hizo rumbo hácia Inglaterra, donde fué vendido el buque, segun se dijo, á un comerciante de Liverpool, por la suma de quince mil libras. Poco despues, la *Georgia* se hizo á la vela para Lisboa, pero á veinte millas de este puerto vióse detenida por la fragata unionista *Niagara*, capitán Craven, el cual apresó el buque, lo condujo directamente á Inglaterra y desembarcó á su capitán y tripulación en Dover. Este hecho suscitó una polémica entre los periódicos, mas parece que la cuestion de derecho no se discutió oficialmente ni se volvió á decir nada tampoco sobre el asunto.

Llegados á este punto de nuestra narracion, no podemos menos de hablar aquí de otro triunfo alcanzado por la Union dos meses antes de obtener una gran victoria en

Mobila, y por lo tanto vamos á dar cuenta del combate que tuvo lugar entre la corbeta federal *Kearsarge* y el famoso corsario confederado *Alabama*.

Ya hemos dicho que este buque, mandado por el capitán Semmes, habia sembrado el terror en los mares frecuentados por la marina federal, manifestando tambien cuántos esfuerzos tenia que hacer el Gobierno de los Estados-Unidos para proteger su comercio y dar caza á los cruceros á fin de evitar en lo posible las depredaciones que continuamente cometian. Despues de una feliz correría por el Atlántico, el *Alabama* habia ido á refugiarse al puerto de Cherburgo, y noticioso de esto el capitán del *Kearsarge*, que se hallaba en el puerto de Flushing, se hizo á la vela inmediatamente para buscar á su enemigo. Parece ser que el capitán Winslow, que mandaba al buque federal, ardiendo en deseos de venir á las manos de una vez, provocó desde luego al capitán Semmes, proponiéndole que saliese del puerto para batirse en alta mar, y como era tanta la reputacion de valor alcanzada por el capitán del célebre crucero, y consideraba esto como una cuestion de honor, contestó al cartel de desafío manifestando que era su intencion empeñar el combate antes de perder de vista el puerto.

Ambos buques estaban muy bien armados: sus dimensiones eran poco mas ó menos iguales, y por lo que hace á su armamento, el *Kearsarge* tenia siete cañones de gran alcance y el *Alabama* ocho, uno de los cuales era de ciento, otro de sesenta y ocho, y seis de á treinta y dos, todos rayados; la tripulación del buque federal constaba de ciento sesenta y dos hombres, incluso los oficiales, y la del crucero de ciento cincuenta, por manera que las fuerzas de ambos venian á ser las mismas, pero el *Alabama* estaba muy

cargado de carbon, de modo que sus flancos sobresalian muy poco sobre la superficie del agua. El *Kearsarge*, en cambio, tenia cubierto su casco con todas las cadenas de anclaje.

Hechos los preparativos, el capitan Semmes, despues de haber depositado en sitio seguro la caja de los fondos, salió del puerto el 19 de junio, escoltado por la **1864.** fragata imperial la *Corona*, cuyo capitan debia impedir que la lucha empezara en las aguas de la jurisdiccion francesa, y con este buque iba tambien el yacht inglés *Deerhound*, que se reservaba desempeñar en el combate un papel mas importante que el de mero espectador. Á siete millas de distancia del puerto, hallábase esperando el *Kearsarge*, y mucho antes de estar á tiro, el *Alabama* rompió el fuego disparándole tres andanadas. El capitan Winslow, no obstante, queria á toda costa abordar á su enemigo, pero este lo evitaba siempre, describiendo rápidos círculos y haciendo fuego al pasar cerca del buque contrario, que si bien se movia con mas lentitud, en cambio sus artilleros apuntaban con mas precision. Al cabo de una hora de cañoneo, el *Kearsarge* habia conseguido estrechar mucho las distancias, y entonces comenzó á disparar con metralla sobre su adversario, que recibió en un momento once balazos, uno de los cuales desmontó un cañon, hiriendo á diez y ocho hombres, mientras otro proyectil, penetrando por debajo de la línea de flotacion, destrozó completamente la máquina de tal modo, que fué preciso recurrir inmediatamente á los botes, pues el *Alabama* se vió bien pronto acribillado á balazos y se notó que empezaba á hacer agua. Prolongar la resistencia por mas tiempo no era ya posible, y en su consecuencia el capitan Semmes dió orden de arriar la bandera confederada é izar el pabellon blanco, mientras que los

hombres de la tripulacion se salvaban á nado en las embarcaciones. El comandante del *Kearsarge*, que habia mandado suspender el fuego, dispuso tambien que se echaran los botes al mar para recoger á los prisioneros y tomar posesion del buque abandonado, pero entre tanto el yacht inglés, que se habia acercado insensiblemente al lugar del combate, recogió á muchos nadadores y se alejó á todo vapor en direccion á la costa inglesa, siendo de advertir que las reclamaciones del capitan Winslow y de las autoridades americanas para que se restituyeran los prisioneros sustraídos de este modo, no fueron atendidas. En este reñido combate naval, el *Alabama* disparó trescientos setenta cañonazos, y ciento setenta el *Kearsarge*, mas este último sufrió averías de consideracion que le obligaron á entrar en Cherburgo para repararlas.

En el parte redactado por el capitan Semmes, dando cuenta del combate, léase en un párrafo lo siguiente:

«Aun cuando nos hallábamos solo á una distancia de cuatrocientas varas uno de otro, el enemigo me hizo fuego cinco veces consecutivas despues de haber arriado el pabellon, pero no seria caritativo suponer que el buque de guerra de una nacion cristiana ha obrado así intencionadamente.»

Por su parte el capitan Winslow se expresaba en estos términos:

«Cuando ví que el *Alabama* no podia resistir por mas tiempo, dí orden de disparar algunas andanadas á fin de que arriase el pabellon, pues no pude divisar en el momento si lo habia hecho ya, pero cuando observé que se acababa de izar la bandera blanca, mandé que cesara el fuego, si bien fué preciso romperlo poco despues, porque el *Alabama* nos disparó dos cañonazos. Á poco ví que echaba al mar sus botes, y vino un oficial á

decirme que el buque se rendía y que se iba á pique, como así sucedió en efecto á los veinte minutos. Entonces todos pudimos observar que el crucero iba desapareciendo lentamente entre las olas; su palo mayor, tronchado de un balazo durante el combate, acabó de romperse, y á poco solo se veía una parte de la proa sobre la superficie del agua.»

En la tripulacion del *Alabama* se contaron nueve muertos y veintiun heridos, pero dos de estos se ahogaron antes de que se les pudiera prestar auxilio. En el *Kearsarge* solo habia tres de los segundos, aunque uno de ellos mortalmente (*).

La victoria del buque federal se debió, no solo á la superioridad de sus piezas, que eran de mas alcance, sino tambien á la certera puntería de los artilleros. En cuanto á lo que se ha dicho de que el *Kearsarge* era blindado, esto no es cierto, y segun ya hemos dicho, lo único que hizo su capitán fué resguardar algun tanto los costados del buque, cubriéndolos con todas las cadenas de anclaje, principalmente con el objeto de proteger la maquinaria, y es de advertir que dos balazos del *Alabama* bastaron para que las cadenas cayesen al agua. De la tripulacion de este buque fueron recogidos sesenta y cinco hombres por el *Kearsarge*, los cuales se con-

(*) Guillermo Gowin, de Michigan, fué un héroe que mereció bien de la patria: el cirujano Browne dice, que herido al principio de la accion por un casco de metralla que le destrozó la pierna desde el pié hasta la rodilla, Gowin rehusó que le curasen, y ocultando lo mejor posible su herida, se mantuvo firme en su puesto sin consentir que ninguno ocupara su lugar. Durante el combate animó á sus compañeros asegurándoles que alcanzarían la victoria. Cuando la tripulacion lanzó un grito de triunfo, tambien se oyó la voz de Gowin, y al presentarse al fin el cirujano para examinar su espantosa herida, exclamó sonriéndose, aun cuando sufría horriblemente:—«Ya estoy satisfecho porque la victoria es nuestra, y no me importa perder la vida.» Trasladado al hospital, repitió una y otra vez estas mismas palabras y se mostró resignado y tranquilo cuando supo que se acercaba la hora de su muerte. Guillermo Gowin merece que su país le dedique un monumento.

sideraron como prisioneros de guerra, pero el capitán Semmes, con sus oficiales y algunos hombres mas, saltaron á bordo del *Lancaster*, buque inglés que se habia acercado al lugar del combate, así como otros lo habian hecho en el *Deerhound*, y segun ya hemos indicado, cuando las autoridades federales exigieron la entrega, no fué atendida su reclamacion.

Desde el principio de la guerra hasta el año 1864, el Gobierno federal habia mandado construir mas de doscientos buques y comprado unos cuatrocientos; el personal de la marina, que no constaba en 1861 sino de siete mil seiscientos hombres, habíase elevado á cincuenta y un mil quinientos, y el número de obreros en los arsenales, que dos años antes no pasaba de tres mil ochocientos cuarenta y cuatro, ascendia entonces á diez y seis mil ochocientos ochenta. Merced á este prodigioso aumento de las fuerzas navales, y gracias al buen éxito de las operaciones combinadas en Charleston, Savannah, el Mississippi, las costas de la Florida y Rio Grande, los puertos confederados sufrían un continuo bloqueo, de tal modo que en la primavera de 1864 los cruceros separatistas no tenían para refugiarse sino dos, que eran el de Wilmington y el de Mobila, donde contaban con fuertes formidables, los cuales no era fácil tomar sin grandes preparativos. Además de esto, los separatistas tenían aun á su disposicion algunos buques muy buenos, construidos en Inglaterra, y que dirigian experimentados pilotos. Destruir este último baluarte de la rebelion debia ser naturalmente el primer objeto que se propusiera el Gobierno, y por lo tanto se resolvió comenzar por Mobila, cuya descripcion haremos aquí. La ciudad de Mobila, segundo puerto del golfo, está situada en el fondo de una vasta bahía muy profunda, que cuenta veinte millas de

longitud por la parte del mar, del que está separada por la isla Dauphine y otros islotes de menor importancia; el canal principal se halla al extremo de la casi isla del Buen Socorro, conocida tambien con el nombre de Punta de Mobila, donde se eleva el fuerte Morgan, así como en la isla Dauphine se encuentra el fuerte Gaines, sólida obra defensiva del género de las de Charleston. Otro canal, situado mas al Oeste, está dominado por el fuerte Powell, y todas estas obras, incluidas dos baterías, contaban con un total de doscientos cañones, además de la flotilla de guerra, que no era de despreciar. Esta se componia del monitor acorazado el *Tennessee*, armado de dos grandes cañones de siete pulgadas de diámetro, con otros cuatro de seis, y de tres cañoneras tambien blindadas, que eran: el *Gaines*, el *Morgan* y la *Selma*, cada una de las cuales tenia cuatro piezas; el contra-almirante Buchanan, antiguo comandante del *Merrimac*, que habia sido nombrado jefe de la flotilla, montaba el *Tennessee*, buque que, segun se decia, debia eclipsar á todos los demás mónstruos acorazados que hacia tiempo surcaban los mares. Además de sus seis enormes cañones tenia un sólido espolon, y merced á esta peligrosa arma y á su fuerza escepcional de vapor, el *Tennessee* podia considerarse como un enemigo terrible, tanto mas cuanto que para defenderse podia virar de bordo con suma rapidez, gracias á su fuerte y bien construído timon. Por lo que hace á su blindaje, componíase de planchas de madera de dos ó tres piés de espesor, recubiertas de placas de hierro de dos pulgadas, sólidamente ajustadas entre sí, y por último, diremos que sus cañones podian lanzar proyectiles de noventa y cinco y hasta de ciento diez libras. Además de esto, toda la bahía estaba literalmente sembrada de torpedos.

La escuadra que tenia á su disposicion el almirante Farragut se componia de cuatro buques blindados y otros catorce sin blindar, cuyos nombres son los siguientes:

Nombre de los buques.	Comandantes.	Cañones.
<i>Hartford</i> (buque almirante).	Drayton.	20
<i>Brooklyn</i>	Alden.	24
<i>Metacombet</i>	Jouett.	10
<i>Octovara</i>	Green.	8
<i>Richmond</i>	Jenkins.	18
<i>Lackawanna</i>	Marchand.	12
<i>Monongahela</i>	Strong.	12
<i>Ossipee</i>	Leroy.	13
<i>Oneida</i>	Mullany.	10
<i>Port Royal</i>	Gherardi.	8
<i>Seminole</i>	Donaldson.	8
<i>Kennebec</i>	Mc Cann.	5
<i>Itasca</i>	Brown.	4
<i>Galena</i>	Wells.	14
<i>Tecumseh</i> } <i>Manhattan</i> } <i>Winnebago</i> } <i>Chickasaw</i> }	monitores. { Craven. Nicholson. Stevens. Perkins.	2 2 4 4
TOTAL.		178

El general Canby habia destacado por su parte al general Gordon Granger con una fuerza de cinco mil hombres, que desembarcaron á poco en la isla Dauphine para cooperar en el ataque, los cuales, sin embargo, no pudieron utilizarse por el pronto. Pollard dice que la escuadra federal contaba con doscientas bocas de fuego y dos mil ochocientos hombres.

El jueves 4 de agosto se dieron las órdenes y se comunicaron las instrucciones para el ataque, pero como no habia llegado aun el *Tecumseh*, no se puso la escuadra en movimiento hasta la madrugada del dia siguiente. Los cuatro monitores formaban la vanguardia, y con ellos iba el *Brooklyn*, provisto de un aparato para pescar los torpedos. Á eso de las siete de la mañana los federales rompieron el fuego contra el fuerte Morgan, donde se hallaba el general

1864.

Page, comandante en jefe de todos los fuertes de Mobila, pero á poco de comenzarse el combate, el monitor *Tecumseh*, que continuaba avanzando, chocó contra un torpedo, cuya esplosion abrió una gran brecha en el mismo casco del buque, con tan mala suerte, que á los pocos momentos se llenó de agua y se fué á pique con toda la tripulacion, escepto seis hombres. Este sensible contratiempo detuvo, como es de suponer, en su marcha, al resto de la flota, pero comprendiendo el veterano Farragut que no era aquel el momento de vacilar, y seguro de que el enemigo concentraria el fuego sobre el *Hartford*, reclamó para sí el puesto de honor, á la vez que el mas peligroso, adelantóse á todos los demás buques haciendo seña para que le siguiesen, y sin detenerse un momento, lanzó dos andanadas por estribor contra el fuerte Morgan, inundándole de metralla. Por fortuna no se encontraron mas torpedos y el fuego del fuerte disminuyó algun tanto, de modo que toda la escuadra llegó á la entrada de la bahía sin haber sufrido mucho, y bien pronto estuvo fuera del alcance de los cañones, aunque en presencia de la flotilla confederada, cuya artillería comenzó á jugar entonces.

El *Tennessee* disparó una andanada al *Hartford*, que contestó al momento y siguió avanzando, mas no pudiendo hacer lo mismo con el *Selma*, cuyo fuego le molestaba mucho, dispuso Farragut que el *Metacomet* se encargara de este buque, el cual fué apresado despues de una hora de combate, durante el que fué herido su capitan, P. Murphy, y otros nueve hombres, quedando muertos el teniente Comstock y cinco marineros. El *Selma* estaba armado de cuatro grandes cañones y tenia noventa y cuatro hombres de tripulacion. El *Morgan* y el *Gaines* se refugiaron bajo los cañones del fuerte, pero el

segundo estaba tan destrozado que se le pegó fuego; solo el *Morgan* pudo salvarse, gracias á su celeridad, que le permitió llegar á Mobila. Farragut creia terminada la lucha y habia dado ya órden para que anclasen casi todos los buques, pero aun quedaba un enemigo que vencer, y por cierto el mas temible de todos; aun quedaba el famoso *Tennessee*, que en aquella ocasion debia justificar una vez mas su reputacion de intrepidez é invulnerabilidad. Como un jabalí acosado por los cazadores, el *Tennessee* hacia frente á toda la escuadra de Farragut en uno de los combates mas terribles que se habian conocido desde el principio de la guerra: arrojando el fuego de sus adversarios, y ansioso de ser el primero en dar principio á la lucha, Buchanan se dirige con toda la rapidez posible sobre el *Hartford* con objeto de echarlo á pique, hiriéndolo con su espolon, pero el buque federal evita el choque, y dispara sobre su enemigo dos andanadas que no le causan el menor daño. Entonces toda la escuadra se reune y rodea al *Tennessee*, concentrando en él todo su fuego, mas ya fuese por la resistencia de su armadura, ya porque no se podia dirigir bien la puntería á causa de la espesa humareda que envolvía á todos los buques, ello es que el terrible *Tennessee* va y viene, avanza, se retira, gira en todas direcciones con increíble rapidez y parece burlarse de sus encarnizados enemigos. Esto irrita á los federales, que quieren á toda costa destruir el buque; Farragut, siempre el primero en dar el ejemplo, avanza á todo vapor sobre el *Tennessee*, pero este le ve á tiempo y evita el choque, merced á un vigoroso golpe de timon, aunque sin evitar que el *Hartford* le disparase dos andanadas casi á boca de jarro, las cuales le causaron esta vez algunas averías. En el mismo momento otros dos buques federales, notables por su veloci-



JEFFES DE LA ARMADA DE LA UNIÓN

dad, el *Monongahela* y el *Lackawanna*, se dirigen contra su temible enemigo y consiguen tocarle con sus balas, pero sufriendo ellos mismos mas averías que el monitor confederado. Poco despues avanzan el *Chickasaw* y el *Manhattan*, y situándose á pocos metros del *Tennessee*, le lanzan sus enormes proyectiles, en tanto que los demás buques no cesan de hacer fuego un solo momento. El *Lackawanna* estaba ya acribillado á balazos y algunos de los demás buques habian sufrido grandes averías, pero no era posible que aquella lucha tan desigual se prolongase mucho tiempo, y así es que cuando el *Hartford* iba á lanzarse por segunda vez contra su adversario, izóse en el *Tennessee* el pabellon blanco. Cierto es que su coraza se hallaba aun en buen estado, pero en el interior del buque habian hecho mucho daño las balas enemigas: algunas portas estaban destrozadas de tal modo, que no podian abrirse ni cerrarse; las cadenas del timon se habian hecho pedazos; la máquina no podia funcionar; las casamatas estaban ennegrecidas por el humo de la pólvora, y por último, en el puente yacian cuarenta hombres entre muertos y heridos, y entre ellos hallábase el almirante Buchanan, que habia perdido la pierna de un balazo.

Las bajas de los federales en aquel desesperado combate eran tambien muy sensibles, pues ascendian á ciento sesenta y cinco muertos y ciento setenta heridos, siendo de notar que en el *Hartford* solo, hubo veinticinco de los primeros y veintiocho de los segundos; Mullany, comandante de la *Oneida*, perdió un brazo, y casi todos los hombres de la tripulacion perecieron abrasados á consecuencia de haber estallado la caldera; los artilleros que servian las piezas sufrieron casi todos la misma suerte, y para colmo de desgracias, un enorme proyectil

lanzado por el *Tennessee*, desmontó dos cañones y su esplosion produjo un incendio que á duras penas pudo apagarse.

Esta victoria de la escuadra unionista, aunque habia costado muy cara, no dejaba de ser gloriosa para los vencedores así como tambien para los vencidos, y podia considerarse como una parte del programa de las operaciones. La flotilla confederada no existia ya, pero quedaban intactos los fuertes, y Farragut, despues de embarcar á los heridos de ambas escuadras en el *Metacomet*, dió la orden de ataque. Antes de empezar este, los separatistas evacuaron el fuerte Powell, destruyéndolo en parte luego, pero casi todos los cañones quedaron en poder de los federales; el fuerte Gaines fué bombardeado con tal acierto por el *Chickasaw*, que el coronel Anderson, su comandante, capituló á las pocas horas, y aun cuando es cierto que podia haberse sostenido mas, no quiso sacrificar inútilmente á sus hombres, una vez convencido de que no era posible resistir mucho tiempo, pues tenia que combatir á la flota por una parte y al ejército de Granger por otra. Anderson y los seiscientos hombres del fuerte Gaines quedaron prisioneros de guerra.

El general Page, comandante del fuerte Morgan, tenia muy buenas fortificaciones, y podria resistir mucho mas tiempo, mas no debia ser esto una dificultad para los federales, y así es que en la madrugada del 9 de agosto, las tropas de Granger embistieron el fuerte, mientras los buques de la escuadra cooperaban con su artillería eficazmente. Page se mantuvo firme durante un dia, y luego se rindió á discrecion, en lo cual obró acertadamente, pues no debiendo recibir refuerzos, la toma del fuerte era solo cuestion de tiempo. Antes de entregarse, sin embargo, Page clavó sus cañones y destruyó otros varios efectos de campaña.

1864.



Así cayó en poder de los federales la última fortificación de la bahía de Mobila: en cuanto al puerto, como hubiera sido muy peligroso para la flota penetrar en él, á causa de los muchos torpedos que en los alrededores tenian los separatistas, y no considerando esto además de importancia, Farragut no creyó prudente seguir adelante con las operaciones, tanto mas cuanto que la toma de los fuertes aseguraba la posesion del puerto. Con las fortificaciones de Mobila quedaron en poder de los federales ciento cuatro

cañones y mil cuatrocientos sesenta y cuatro prisioneros, y aun cuando esta última victoria costó muy cara, bien puede decirse que durante aquel año otras costaron muchas, sin producir resultados tan ventajosos ni que contribuyeran mas directamente á la terminacion de la guerra.

Terminaremos aquí este capítulo para ocuparnos una vez mas en el siguiente de los acontecimientos políticos, y hecho esto, entraremos en el último período de la guerra á que puso fin la toma de Richmond.



CAPÍTULO XXIV.

1864.

SITUACION POLÍTICA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.—LA CAMPAÑA ELECTORAL.

Ojeada retrospectiva sobre la política interior.—Kentucky y el Presidente Lincoln.—Carta del Presidente.—La Convencion nacional de Claveland.—El general Fremont es elegido Presidente.—La Convencion de Baltimore.—Sus acuerdos.—Lucha de los partidos.—Elecciones.—Estado de la Hacienda.—La deuda nacional.—Negociaciones para la paz.—La Convencion de Chicago.—El general Mc Clellan es elegido candidato para la presidencia.—Carta de Mc Clellan.—Nuevas elecciones.—Muerte del jefe de justicia Taney.—Abraham Lincoln es reelegido para el cargo de Presidente de los Estados-Unidos por una gran mayoría.—El voto popular.—Cambios en la Cámara de Representantes.—El Congreso XXXVIII.—Último mensaje del Presidente Lincoln.—Enmienda á la Constitución.—Manifiesto del Presidente.

Mientras seguian su curso las campañas de que hemos hablado en los capítulos anteriores, los hombres políticos de la Union habian empeñado en los Estados del Norte otra no menos importante que acababa de llegar á su apogeo. Nos referimos á la campaña electoral, que como saben nuestros lectores, tiene lugar cada cuatro años para nombrar Presidente de la República por medio del sufragio, pues debemos advertir, que á pesar de la espantosa guerra que affigia al pais, á nadie se le habia ocurrido que esta pudiera ser un motivo suficiente para suspender la marcha de las instituciones democráticas, ni dispensarse por una sola vez de las elecciones, con tanto mas motivo cuanto que la suspension del *Habeas Corpus* habia escitado los ánimos en medio de la borrasca política que agitaba á la Nacion. Era preciso *atravesar de nuevo por la crisis á que daría lugar la eleccion presidencial*; era necesario que la voz del pueblo se dejara oír una vez mas para espresar libremente sus opiniones, á fin que se supiera si aprobaba á desaprobaba la conducta del Presidente Lincoln. Así pues, acercábase el momento solemne de ir á las urnas; íbase á decidir de nuevo sobre el destino de la república, y bien pronto se sabria si bastaban ya los sacrificios hechos por el pais, y si se suprimiria para siempre la esclavitud, ó se reconocerian los derechos alegados por la Confederacion. Es indudable que en ninguna ocasion se habia reunido en sus comicios la nacion americana para emitir un voto tan solemne: cuando Abraham Lincoln fué elegido por primera vez, á pesar de la oposicion de los demócratas, las poblaciones de la América del Norte disfrutaban de una envidiable prosperidad, merced á una paz no interrumpida durante medio siglo, y por esto lanzábanse alegremente en lo desconocido, declarando que la guerra era imposible, y que en el caso de haber lucha, se reduciria solo á simples bravatas ó á un paseo militar; pero en 1864, las cosas habian cambiado mucho, y la situa-

cion se iba complicando de un modo grave. Los americanos conocian la guerra civil con todos sus horrores; veíase una parte del pais completamente asolada; miles de hombres habian caido en los campos de batalla; la deuda iba aumentándose de una manera espantosa; la nacion se veia amenazada de una terrible bancarota, y era llegado, en fin, el momento en que el pais debia declarar si estaba ya cansado de aquella lucha fratricida, ó si queria continuar aun vertiendo su sangre y sus millones. No es de estrañar, pues, que la cuestion electoral, que siempre producía honda agitacion en los Estados- Unidos, tuviese en 1864 mas importancia que otras veces, y en prueba de esto, basta decir que por ella hubo momentos en que se olvidó hasta la guerra misma. Ya desde el mes de enero, los políticos de oficio se habian puesto en campaña convocando asambleas preliminares y publicando periódicos ó folletos para recomendar sus candidatos, pero es evidente que de todos los nombres presentados al sufragio popular, solo un corto número entraria en suerte. Esta vez no se trataba ya, como en la mayor parte de las elecciones anteriores, de nombrar un Presidente cualquiera, un hombre que consintiese en proteger á tal ó cual partido que le hubiera elevado al poder; esta vez por el contrario, el pueblo estaba firmemente resuelto á elegir para jefe Supremo de la Union á un ciudadano eminente, cuyas dotes y conducta anterior fuesen una garantía para todos.

Segun ya hemos dicho, la atencion pública se fijó esclusivamente en la eleccion presidencial, y si bien los republicanos y aquellos demócratas que se habian visto obligados á unirse con ellos á consecuencia de la guerra, disentan respecto á reelegir á Mr. Lincoln, bien pronto se reconoció que la opinion pública estaba en favor de este último, y que

no se encontraria mucha resistencia cuando se tratase de elevarle otra vez á la silla presidencial. Sin embargo, contábanse algunos Estados donde prometia la lucha ser obstinada: Kentucky, por ejemplo, aunque unionista en el fondo, contaba en su seno con muchos partidarios de la esclavitud; no habia querido comprender que era preciso elegir entre la emancipacion ó la separacion, y por esto, cuando en cumplimiento de órdenes superiores pasaron los oficiales del Gobierno á reclutar los mozos para la quinta, prodújose cierta escitacion que obligó al gobernador Bramlette á dirigir un manifiesto al pueblo del Estado para que no cometiera violencia alguna, ni tratase de resistir á la reconocida autoridad del Presidente. Desde que ocurriera este hecho, predominaba en el Estado de Kentucky cierto espíritu de hostilidad contra la Union, que no se debilitó aun cuando el gobernador Bramlette habia ido á Washington, acompañado del ex-senador Dixon y del coronel Hodges, para protestar contra el alistamiento de los negros, y conseguir al menos que se modificase esta medida en favor de los que tenian esclavos. El Presidente se mostró dispuesto á favorecer en todo lo posible al Estado de Kentucky, y con el objeto de que se conociesen bien sus opiniones, escribió al coronel Hodges una estensa carta á fin de que todos supiesen, no solo sus ideas, sino tambien las observaciones que habia hecho en la conferencia celebrada con el gobernador Bramlette y sus amigos. Reproducimos dos ó tres párrafos que bastarán para que el lector forme una idea de este documento.

«Departamento del Poder ejecutivo.

» *Washington 4 de abril de 1861.*

»AL CORONEL HODGES.

»Muy Señor mio: habeis deseado que escriba lo que tuve el gusto de deciros verbal-

mente el otro día en nuestra conferencia, y me apresuro á complaceros, formando un extracto, en el cual repetiré poco mas ó menos lo mismo.

»Yo soy naturalmente abolicionista; si la esclavitud no es una injusticia, nada es injusto en este mundo, y no ha habido una sola vez que no diga y piense lo mismo, sin que crea que el alto puesto que ahora ocupo me dé derecho para obrar oficialmente con arreglo á mis opiniones. Cuando presté el juramento, prometí no perdonar esfuerzo alguno para proteger y defender la Constitucion, y seguramente no hubiera podido ocupar este puesto sin comprometerme á ello, ni era de esperar tampoco que yo jurase para abusar del poder, quebrantando la mas sagrada de las promesas. Al ofrecer que defenderia la Constitucion por cuantos medios estuviesen á mi alcance, contraí el deber de hacer lo mismo con el Gobierno y el pais que habia adoptado aquella como ley orgánica; ¿era acaso posible perder la nacion y salvar la Constitucion? Por ley general, debe conservarse la vida sin que padezcan los miembros; á veces, sin embargo, es preciso amputar uno de estos para salvar aquella, pero en ningun caso se dará la vida para salvar el miembro. Por esto mismo, cuando una ley es inconstitucional, y palpablemente contraria á nuestras instituciones, se debe suprimir; mi opinion ha sido siempre esta, y he obrado en consecuencia sin desviarme jamás de la misma línea de conducta.

»Cuando al principio de la guerra propuso el general Fremont la emancipacion militar, yo me opuse porque no la creí indispensablemente necesaria; cuando el general Cameron, entonces Secretario de la Guerra, indicó la conveniencia de armar á los negros, yo rehusé mi aprobacion, porque me pareció que aun no era llegado el caso de ha-

cerlo, pero mas tarde me he visto en la alternativa de perder á los Estados-Unidos ó echar mano del elemento de color, y como era de esperar, he preferido esto último, aun cuando no podia asegurar en el momento si de esta medida resultaria para nosotros una pérdida ó una ganancia. Un año de experiencia ha bastado para demostrar que con esto no se han perjudicado nuestras relaciones extranjeras, ni nuestra política interior ni nuestro ejército, el cual por el contrario ha recibido un aumento de ciento treinta mil hombres que han prestado y prestan muy buenos servicios.

»Añadiré una palabra: al decir esto, no es mi ánimo que se me juzgue como un hombre sagaz, y deseo se comprenda que los acontecimientos mismos son los que me han obligado á obrar, pues no estaba en mi mano evitarlos, ni hay hombre ni partido que pudiera prever en qué situacion íbamos á vernos despues de tres años de lucha.

»Vuestro afectísimo,

»*Abraham Lincoln.*»

La primera Convencion nacional de 1864 se reunió en Claveland el día 31 de mayo, y á ella asistieron unas trescientas cincuenta personas. Aun cuando entre estas se contaban muy pocos representantes, se eligió para candidato á la presidencia al general Juan Fremont y para la vice-presidencia á Juan Cochrane, habiéndose aprobado los siguientes acuerdos:

«1.º Se conservará á toda costa la Union federal.

»2.º Deben respetarse y obedecerse la Constitucion y las leyes de los Estados-Unidos.

»3.º Debe suprimirse la rebelion por la fuerza de las armas y sin entrar en negociaciones.

»4.º La libertad de la palabra y de la prensa, así como también el *Habeas Corpus*, se considerarán como derechos inviolables, escepto en los distritos donde se haya proclamado la ley marcial.

»5.º Siendo la rebelion la que principalmente ha puesto fin á la esclavitud, deberá adicionarse una enmienda á la Constitucion para que en lo sucesivo se prohíba la servidumbre forzosa y se reconozca en todos los hombres la igualdad ante la ley.

»6.º En todo tiempo deberá el Gobierno observar la mayor economía, pero sobre todo cuando haya guerra.

»7.º El derecho de hospitalidad, escepto en el caso de un crimen que deba ser castigado por la ley, es un principio reconocido de la libertad americana, y la violacion de él se castigará severamente.

»8.º La política nacional conocida con el nombre de *Doctrina de Monroe* ha llegado á ser admitida de hecho, y por lo tanto, el establecimiento de un Gobierno anti-republicano en este continente, por una potencia extranjera, no puede tolerarse.

»9.º La nacion debe proteger y mostrarse agradecida á los valerosos jefes é intrépidos soldados del ejército de la Union por su heróica conducta y por los servicios que han prestado en la defensa del pais.

»10. Debe prorogarse el término señalado para ocupar su cargo el Presidente, atendida la crisis por que atraviesa el pais.

»11. Se adicionará á la Constitucion una enmienda previniendo que el Presidente y Vice-presidente sean elegidos por el voto directo del pueblo.

»12. La reorganizacion de los Estados rebeldes corresponde al pueblo, y este procederá á ella por medio de sus representantes en el Congreso, sin la intervencion del Poder ejecutivo.

»13. La confiscacion de las tierras de los rebeldes y su distribucion entre los soldados es una medida de justicia.»

Al discutirse estos acuerdos hubo un empuñado debate, y el general Fremont combatió el último, que trata de la confiscacion, pero Cochrane propuso que se sometiera al Congreso sin introducir variacion alguna, y así se convino sin mas debate, dándose por terminada la sesion.

Pocos dias despues, es decir, el dia 7 de junio, se reunió otra Convencion en Baltimore, compuesta en su mayor parte de los delegados republicanos. La mision de estos era fácil: satisfechos de la direccion que el Gobierno imprimia á los negocios públicos, su principal objeto se reducía á felicitar á Mr. Lincoln por su constancia á toda prueba y por su acertada política, ofreciéndole su apoyo y proponiéndole al pueblo como candidato para ocupar por segunda vez la silla presidencial. Sin embargo, para satisfacer el voto legítimo de la nacion, que no queira dejarse gobernar sino por hombres de reconocida esperiencia, los delegados de Baltimore no creyeron oportuno reelegir para el cargo de Vice-presidente á Mr. Annibal Hamlin, á quien, sin embargo, todos respetaban por su probidad y buenos sentimientos, pero que no se distinguia por otras cualidades. En su consecuencia, dieron sus votos á Mr. Andrés Johnson, antiguo sastre, que por su amor al trabajo, buen sentido y energía, se habia elevado, como Lincoln, á la dignidad de hombre de Estado, despues de dar repetidas pruebas de patriotismo, siendo gobernador militar de Tennessee. Este nombramiento seria además un motivo de futura reconciliacion con los Estados meridionales, puesto que por su nacimiento y antiguas relaciones, el candidato á la vice-presidencia era hijo del Sur.

Abraham Lincoln, pues, podia contar como suya la victoria, pero es de advertir que no hubo unanimidad absoluta en la votacion, puesto que el Estado de Missouri designó para candidato al general Grant. Este hombre de guerra, sin embargo, tan modesto como previsor, no se dejó seducir por la esperanza de ocupar el sillón presidencial, y muy lejos de esto, no quiso que figurase su nombre en las votaciones preliminares, aconsejando que diesen sus votos á Mr. Lincoln. Terminados sus trabajos preparatorios, la Convencion de Baltimore se disolvió en la confianza de que podia darse como segura la reeleccion del Presidente.

Pocos dias despues de haberse reunido los diputados republicanos en Baltimore, Mr. Salmon Chase, Secretario del Tesoro, hombre que habia servido su destino con el mayor celo, dando repetidas pruebas de actividad y energía y de tener profundos conocimientos, presentó su dimision, que fué aceptada por mas que el Gobierno conociese que la salida de este miembro del Gabinete seria perjudicial en aquellos momentos en que mas que nunca se necesitaba la confianza del público. Mr. Chase representaba en política las opiniones de la fraccion mas avanzada del partido republicano; creíasele algun tanto ambicioso, y por mas que hubiese dado pruebas de reconocida integridad, era á veces el blanco de todas esas calumnias con que se suele atacar á un hombre que como él administraba un presupuesto de tantos millones. Chase luchó, no obstante, algunos meses contra las dificultades de su posicion, pero bien pronto se agravó la crisis financiera, los empréstitos fueron mas onerosos, la deuda se aumentó en proporciones enormes, y entonces el Secretario del Tesoro tuvo la desgraciada idea de invitar al Congreso á restringir el libre comercio del

oro, creyendo que así podria ponerse un fin á la desenfrenada especulacion de los agiotistas. Como era de esperar, el Gobierno rehusó adoptar esta medida, y como por otra parte no se creia Mr. Chase bastante fuerte para luchar contra Mr. Seward, su rival en influencia en el Gabinete, presentó su dimision en 29 de junio, precisamente **1864.** cuando las Convenciones de varios Estados emitian un voto favorable para la reeleccion de Lincoln.

Ya hemos dicho que el estado critico de la hacienda fué uno de los motivos que indujeron á Chase á presentar la dimision de su cargo, y ahora, para que se vea cuán rápidamente habia aumentado la deuda nacional, parécenos lo mas oportuno demostrarlo con el siguiente cuadro:

				Duros.
1860	Junio	30.	Total.	64.769,703
1861	»	»	»	90.867,828
1862	»	»	»	514.211,371
1863	»	»	»	1,097.274,360
1864	»	»	»	1,740.036,689
1865	Marzo	31.	»	2,423.437,001
1866	Enero	1.º	(me- nos el metálico en caja)..	2,749.491.745

Estas cifras bastan de por sí para que se comprenda que la situacion del país iba siendo cada vez mas aflictiva, sobre todo si se tiene en cuenta que, segun se acrecentaba la deuda, aumentaba el tipo de descuento de una manera escandalosa. Baste saber que en los meses de julio y agosto de 1864 estaba el cambio al sesenta por ciento, y con razon puede decirse que aquel fué uno de los mas tristes períodos, una de las mas terribles crisis por que habia atravesado el país desde el principio de la guerra.

Pocos dias despues de reunirse las Convenciones, habíanse hecho esfuerzos para entablar una negociacion, cuyo objeto seria

poner término á la guerra entre los Estados beligerantes, y con motivo de haberse recibido una carta del Canadá, fechada en 5 de julio, en la cual se manifestaba que Mrs. Clemente Clay, de Alabama, Jacobo Holcombe, de Virginia, y Jorge Sanders marcharian á Washington con el fin de tratar sobre la paz, si se les prestaba apoyo, Mr. Horacio Greeley lo puso en conocimiento del Presidente Lincoln, sometiéndolo á su consideración las condiciones bajo las cuales se podría, en su concepto, llevar á cabo un arreglo. El hecho de haber comenzado en la Carolina del Norte las elecciones para nombrar un nuevo gobernador, y la circunstancia de ser muy probable que ganase la votación Mr. Holden, candidato unionista, fueron las principales razones en que se apoyaba Mr. Greeley para demostrar que era conveniente tomar en consideración las proposiciones de paz, y para el caso de que se conformara el Presidente, remitíale el siguiente proyecto, que constaba de seis artículos:

«1.º Se restablece la Union, que deberá conservarse perpétuamente.

»2.º La esclavitud queda abolida para siempre.

»3.º Se concederá una completa amnistía por todos los delitos políticos, y asimismo se reconocerán á todos los habitantes de cada Estado sus derechos y privilegios como ciudadanos de la Union.

»4.º El Gobierno abonará cuatrocientos millones de duros en acciones del cinco por ciento á los Estados esclavos, entre los cuales se repartirá esta suma, á prorata, para compensar las pérdidas que sufrieron los ciudadanos leales por la abolición de la esclavitud. Se entiende que cada Estado tendrá derecho á la cuota cuando su legislatura esté conforme con el tratado de paz.

»5.º Los Estados esclavos tendrán re-

presentación en la Cámara, contándose los negros como parte de la población.

»6.º Tan pronto como sea posible, se reunirá una Convención nacional para rectificar el tratado que se celebrare, adicionando á la Constitución las enmiendas que se creyesen necesarias.»

El Presidente Lincoln tomó en consideración las proposiciones de su corresponsal Mr. Greeley, y creyó conveniente comisionarle para que marchase á Niágara á celebrar una conferencia con las personas de que se trataba, pero esto no produjo resultado alguno, pues habiendo manifestado luego el Presidente en una nota transmitida por su secretario privado, Mr. Hay, que no se entablaria negociación alguna hasta que fueran á Washington los agentes de la Confederación, autorizados debidamente, se frustró el proyecto por no haberse presentado aquellos en la capital. Todo esto desagradó en extremo á los que confiaban que terminaría muy pronto la guerra, y sobre todo á los separatistas y al partido de la oposición, que pudieron ver á los pocos días una carta del Presidente Lincoln concebida en estos términos:

«Departamento ejecutivo.

» *Washington 18 de julio de 1864.*

» Á QUIEN INTERESE.

» Toda proposición que tenga por objeto el restablecimiento de la paz, la integridad de la Union, la supresión de la esclavitud, y que se haga por una autoridad superior, se tomará en consideración por el Gobierno ejecutivo de los Estados-Unidos, y se discutirá detenidamente, asegurándose el apoyo necesario al portador ó portadores de ella.

» ABRAHAM LINCOLN. »

Mrs. Clay y Holcombe sacaron todo el par-

tido posible de este escrito para escitar la animosidad del Sur y la de todos aquellos que deseaban entonces celebrar una paz honrosa, llegándose hasta el punto de decir que las proposiciones de los confederados no se habian querido tomar en consideracion como era de esperar. Precisamente en aquellos dias se habian hecho por otro conducto las mismas gestiones, que dieron igual resultado. El coronel Jaques y Mr. Gillmore, de Nueva-York, habian ido á Richmond con el permiso del Presidente Lincoln, pero sin autorizacion oficial, á fin de tratar tambien sobre la paz, y habiéndoseles permitido entrar en la capital, escribieron una carta á Mr. Benjamin, Secretario de Estado, solicitando una entrevista con el Presidente Mr. Jefferson Davis. Concedida esta, los citados agentes celebraron una larga conferencia con el jefe de la Confederacion, quien, al indicarles cuál seria su ultimatum, les dijo:

«Deseo la paz tanto como vosotros, y como vosotros deploro la efusion de sangre, pero mi conciencia me dice que ni una sola gota de la que se ha vertido recaerá sobre mi cabeza. Me queda el consuelo de haber hecho todo lo posible para evitar esta guerra, pues yo la preveia hace mucho tiempo, y por espacio de doce años he trabajado dia y noche para impedirla. Bien veis que han sido inútiles mis esfuerzos. El Norte se ha dejado arrastrar por un loco estravío; no ha querido que nos gobernásemos nosotros mismos; esta ha sido la principal causa de la guerra, y ahora debe continuar hasta que haya perecido el último hombre de nuestra generacion. Entonces nuestros hijos sabrán empuñar el fusil y proseguir la lucha *á menos que reconozcáis nuestros derechos*. Nosotros no defendemos la esclavitud, nos batimos por nuestra INDEPENDENCIA, y con ella viviremos ó pereceremos en la demanda.»

Al retirarse los comisionados y cuando ya se despedian, les dirigió Mr. Davis las siguientes palabras:

«Decid á Mr. Lincoln de mi parte que siempre me hallará dispuesto á escuchar con el mayor gusto proposiciones de paz siempre que por estas se reconozca nuestra independencia. Será completamente inútil que se me dirijan en otro sentido.»

Merced á esta esplicita declaracion de Mr. Jefferson Davis, no podia ya dudarse de que la guerra continuaria hasta que se reconociera á la Confederacion como una potencia independiente ó se la destruyera por completo. El saber esto de una manera positiva equivalia á una victoria para la causa nacional, pues aun cuando los jefes separatistas habian hablado siempre en el mismo sentido, la oposicion en los Estados leales alegaba siempre que los confederados solo luchaban contra la abolicion de la esclavitud, y que fácilmente se conseguiria la paz si el partido republicano dejaba el poder.

Mientras se hacian estas inútiles gestiones para negociar la paz, los demócratas, mucho menos fuertes que los republicanos á causa de las disensiones de su partido, esperaron tanto como les fué posible antes de organizar su Convencion, sin duda porque creian que en el intervalo, sus adversarios cometerian una falta irreparable, ó bien que podrian convenir en un programa político ó en los candidatos que se deberian proponer al pueblo. Por este motivo no se reunieron en Chicago hasta el 29 de agosto los representantes de la democracia: eran los unos unionistas de buena fe, que creian sinceramente que aun seria posible restablecer la armonía entre las sociedades democráticas del Norte, y la aristocracia feudal del Sur; otros deseaban tan solo que se hiciesen nuevas tentativas en favor de la paz antes de

continuar la guerra hasta la destrucción completa de una de las partes beligerantes, y no pocos querían que á toda costa se pusiera término á la lucha, sin temer que algún día cayesen los Estados-Unidos bajo la dictadura de los plantadores del Sur y de sus amigos. Entre los representantes de opiniones tan diversas no era posible que reinase mucha cordialidad y afecto, y así es que las sesiones de la Convención fueron muy borrascosas, como podía esperarse, y el programa del partido democrático no pasaba de ser un conjunto de ideas á cual mas contradictorias. Hubo acalorados debates; se presentaron numerosos proyectos, y oyéronse discursos de cuya violencia no podría formarse una idea exacta el lector si no produjéramos uno ó dos párrafos. Mr. Burr, de Nueva-Jersey, al dirigir la palabra al auditorio, dijo entre otras cosas, lo siguiente:

«Nosotros no tenemos derecho para incendiar los campos de nuestros enemigos y saquear sus casas, pero Mr. Lincoln había hecho lo mismo después de robar miles de negros. Habíase dicho que si el Sur deponía las armas se restablecería la Unión, mas no se tuvo presente que el Sur no podía hacerlo, porque luchaba por su honor y por sus derechos. El Gobierno unionista había enviado ya dos millones de hombres á la matanza; no era fácil que Lincoln cubriese las bajas de su ejército ni por medio del alistamiento ni recurriendo á las quintas, y esto se ha hecho porque se quería evitar á toda costa que ni uno solo de los Estados de la Unión se declarase en nuestro favor.»

El reverendo Enrique Clay pronunció también un discurso por demás apasionado, y en uno de los principales párrafos espresó base en los términos siguientes:

«Por espacio de tres años, Lincoln ha estado pidiendo hombres y mas hombres, y los

ha encontrado, mas á pesar de sus numerosos ejércitos, se le ha *vencido!* Nunca se había presenciado semejante derrota; nunca se había visto tan espantosa matanza desde la destrucción de Senacherib, y sin embargo, el monstruo usurpador necesita aun mas hombres para llevar á cabo sus siniestros planes.

»Desde que el traidor y tirano ocupa la silla presidencial, los hombres de la república no se ocupan sino de la guerra; la sangre se ha vertido á torrentes, y á pesar de esto, ese monstruo no ha saciado todavía su sed inestinguible.»

Tal era el espíritu de los varios discursos que se pronunciaron en aquella Convención, y ciertamente no era de extrañar que reinase tanta efervescencia, pues entre los miembros que componían la reunión había muchos oficiales separatistas procedentes del Canadá, los cuales no perdonaban esfuerzo alguno para escitar los ánimos.

Cuando se procedió á las elecciones de candidatos para la presidencia y vice-presidencia, la mayoría designó para el primer cargo al general Mc Clellan, y para el segundo á Mr. Pendleton, el cual ganó la votación por unanimidad, siendo sus contrincantes Mr. Guthrie, Mr. Powell y Mr. Cass. Mc Clellan, que al principio no contaba sino con ciento sesenta y dos votos, obtuvo luego hasta doscientos dos, mientras su adversario, Tomás Seymour, de Connecticut, solo alcanzó veintitres. El general demócrata creyó deber aceptar el honor que le hacía el partido, pero en el manifiesto que publicó en aquella ocasión, tuvo cuidado de indicar que se separaba de una parte de los patriotas que habían contribuido á su nombramiento, alegando que no dejaría de apoyar un instante la causa del Gobierno. Terminados los trabajos de la Convención, disolvióse esta, con viniendo antes sus miembros en reunirse

de nuevo tan pronto como fuese necesario.

Hé aquí ahora la carta que escribió el general Mc Clellan al presidente del Comité que habia trabajado en su favor en las elecciones; es un documento que le concilió la estimacion de todos, hasta de sus mismos adversarios, y como documento de interés, nos parece conveniente reproducirlo:

«Orange 8 de setiembre de 1864.

» Á MR. HORACIO SEYMOUR Y OTROS INDIVIDUOS DEL COMITÉ.

» Muy señores míos: Tengo el honor de acusaros recibo de la carta por la cual me anunciais mi nombramiento por la Convencion nacional democrática de Chicago como candidato para el cargo de Presidente de los Estados-Unidos.

» No me parece necesario decirlos que no he trabajado para obtener esta candidatura, y al favorecerme con ella me alegro mucho saber que se han tenido en cuenta los actos de mi vida pública. Á los muchos servicios prestados en el ejército, tanto en tiempo de paz como de guerra, debo principalmente que se haya arraigado en mi alma el amor y el respeto á la Union, á la Constitucion y á la bandera de mi patria; este mismo sentimiento me ha guiado y me guiará siempre hasta la hora de mi muerte.

» Á mí me parece que la existencia de dos Gobiernos en esta region del globo donde flotó una vez nuestro estandarte, es incompatible con la paz, el poder y la felicidad del pueblo. El mantenimiento de la union ha sido á lo que parece la única causa de la guerra; para conservar aquella debemos combatir siempre en defensa de los principios que varias veces he proclamado cuando estaba en el servicio activo, pues de este modo la obra de reconciliacion seria mas fácil y antes recogeriamos el fruto de nuestras numerosas victorias.

» El restablecimiento de la union es y debe ser la condicion indispensable de todo arreglo, y tan pronto como parezca evidente, ó aun probable, que nuestros adversarios se hallan dispuestos á celebrar la paz en este sentido, debemos apelar á todos los recursos políticos de las naciones civilizadas, conocidos por las tradiciones del pueblo americano y que estén conformes con el honor y los intereses del pais, para asegurar una paz duradera, conservando al mismo tiempo los derechos constitucionales de cada Estado. La union es la condicion esencial de la paz; nosotros no pedimos otra cosa. Permitidme añadir que en mi concepto, tanto esa Convencion como el pueblo á quien representa, deben estar persuadidos de que si un Estado cualquiera quiere volver á la Union, será recibido inmediatamente, garantizándosele todos sus derechos constitucionales.

» Si nuestros leales y constantes esfuerzos para conseguir el objeto apetecido no diesen resultado alguno, sea entonces la responsabilidad de aquellos que siguen haciendo armas contra la union, que debe mantenerse á toda costa. Yo no podria volver á ver á mis bravos camaradas del ejército y de la flota, que han sobrevivido á tan sangrientas batallas, para decirles que los sacrificios de tantos de nuestros hermanos, muertos ó heridos en el campo del honor, han sido completamente inútiles, y que debemos abandonar la causa de esa union, por la cual hemos espuesto tantas veces nuestras vidas. Una gran mayoría de nuestro pueblo, y así el ejército como la marina verian con el mayor placer la terminacion de la guerra, pero en mi concepto, la paz no es posible sin la union.

» En cuanto á los demás puntos discutidos por la Convencion, no necesito decir que trazaré mi línea de conducta segun los principios constitucionales y las leyes que rigen

en el país; que procuraré observar la mayor economía en los gastos públicos, y que no perdonaré, en fin, esfuerzo alguno para que, impulsado nuestro país por el sentimiento nacional, procure volver á ocupar el puesto que la corresponde entre las naciones civilizadas del mundo. La situación de la hacienda, la depreciación del papel moneda y las cargas impuestas al trabajo y al capital, demuestran la necesidad de adoptar un buen sistema financiero, pues los derechos de los ciudadanos y de los Estados, así como la autoridad de la ley sobre el Presidente, sobre el ejército y el pueblo, son cosas tan sagradas en tiempo de guerra como en tiempo de paz.

»En la inteligencia de que mis opiniones son las de la Convención y las del pueblo que representa, acepto el nombramiento, y mía será toda la responsabilidad si aquel le ratifica, pero implorando la protección del Sér Supremo, y confiando en su divino auxilio, haré todo lo posible para restablecer la unión y la paz en nuestra afligida patria, y para defender sus libertades y sus derechos.

»Aprovecho esta ocasión, señores, para ofrecerme respetuosamente vuestro muy obediente servidor,

»*Mc Clellan.*»

Este hábil programa no sorprendió á los amigos íntimos del general, quien seguramente se habría comprometido si no hubiese rechazado toda complicidad de ideas con ciertos políticos que se proponían introducir la discordia entre los Estados republicanos para fundar la Confederación del Noroeste.

Cuando se supo en todo el país el resultado de la Convención, comprendió el partido democrático que esta había cometido un grave error, mientras los partidarios de Mr. Lincoln, que algunas semanas antes dudaban mucho de su reelección, dieron ya por seguro el triunfo. Pocos días después circuló por

todo el país la noticia de que Sherman había tomado la ciudad de Atlanta mientras Farragut se apoderaba de las fortificaciones de Mobile, y entonces el Presidente Lincoln publicó una proclama previniendo se cantase un Te-Deum en todas las iglesias, en acción de gracias al Todopoderoso por las victorias alcanzadas por Sherman, Farragut, Canby y los demás jefes, disponiéndose además que se hiciera una salva de cien cañonazos en todos los arsenales. Fácilmente se comprenderá á qué punto llegaría el entusiasmo del Norte con tan fausta nueva, y bien puede asegurarse que desde aquel momento, los que dudaban aun de la reelección de Mr. Lincoln la consideraron ya como un hecho consumado, mientras que por otra parte el general Mc Clellan perdió completamente las esperanzas de ocupar el sillón presidencial.

En las segundas elecciones, que comenzaron en 25 de setiembre, alcanzó también un señalado triunfo el partido republicano, pero las más importantes fueron las del Estado de Maryland, en el cual se debía admitir ó desechar la nueva Constitución por la que se suprimía la esclavitud. Aunque el partido democrático y los abolicionistas lucharon con todas sus fuerzas, no les favoreció tampoco esta vez la suerte, pues la Constitución fué aprobada por una inmensa mayoría. El general Mc Clellan obtuvo solo veintiun votos para la presidencia, y estos eran de los Estados de Nueva-Jersey, Delaware y Kentucky; los demás, es decir, doscientos doce, recayeron en favor de Lincoln y Johnson. Los únicos Estados donde la votación se dividió, casi hasta igualarse, fueron los de Nueva-York, Pennsylvania, Connecticut, Delaware, New-Hampshire, Nueva-Jersey y Oregon. Terminadas las elecciones genera-

1864.

les, resultaron para Abraham Lincoln dos millones doscientos trece mil seiscientos sesenta y cinco votos, y un millon ochocientos dos mil doscientos treinta y siete para Mc Clellan, de modo que el primero obtuvo una mayoría de cuatrocientos once mil cuatrocientos veintiocho votos; el ejército dió á Lincoln ciento diez y nueve mil setecientos cincuenta y cuatro, y á Mc Clellan treinta y cuatro mil doscientos noventa y uno, siendo por lo tanto lá diferencia de ochenta y cinco mil cuatrocientos sesenta y tres en favor del Presidente. Como era de esperar, fué preciso introducir algunos cambios en la Cámara de Representantes, y así se hizo desde luego. Algunos diputados se separaron del partido que primeramente los eligiera; otros hubieron de retirarse por no tener ya derecho á la representacion, y no pocos, en fin, abandonaron sus puestos por haberles elegido los Estados que estaban en guerra con el Gobierno.

El Congreso trigésimo octavo se reunió el dia 6 de diciembre, es decir, poco despues

de las elecciones, y al dia siguiente
1864. remitió Mr. Lincoln su último mensaje anual, en cuyo documento se trataban las cuestiones mas importantes, pero principalmente todas las referentes á la guerra. El Presidente empezaba hablando sobre las últimas elecciones, y decia lo siguiente:

«Á juzgar por el resultado de las elecciones, el mas vehemente deseo del pueblo en los Estados leales, es mantener la integridad de la Union, y en esto se muestran todos unánimes. La tranquilidad y el buen orden que ha reinado en los colegios electorales, prueban tambien hasta la evidencia lo que ahora os digo, y no solo los amigos del Gobierno, sino una gran mayoría de los diputados de la oposicion, desean que se ponga término á la lucha y que se restablezca la union de una manera permanente. Se ha

discutido mucho entre nuestros hombres políticos acerca de los medios de conseguir el objeto apetecido, pero el pueblo todo se muestra dispuesto á salir á la defensa de la causa nacional, y una prueba de ello es el voto unánime que acaba de emitir.»

Refiriéndose á las negociaciones que se habian intentado para celebrar la paz, y al manifestar que dudaba se pudiera conseguir aquella por los medios conciliatorios, expresábase el Presidente en estos términos:

«La única é indispensable condicion para poner término á la lucha, es que cese la resistencia armada contra la autoridad nacional, pero cuando esto suceda no me retractaré un punto de lo que ya he dicho acerca de la esclavitud, y por lo tanto, repitiendo la declaracion que hice el año anterior, debo manifestaros que mientras ocupe este puesto, no trataré de modificar en lo mas mínimo mi proclama sobre la emancipacion. Tampoco consentiré que vuelva á la esclavitud ninguno de los que fueron ó sean declarados libres en lo sucesivo, segun los términos de aquella ó de las actas del Congreso que se refieren á este punto. Si el pueblo, mudando de parecer, exigiera que el Poder ejecutivo redujera á la esclavitud á los que han salido de ella, seria preciso que antes eligiese otro Presidente para conseguir sus fines.

»Al manifestaros que no veo sino una condicion para celebrar la paz, solo quiero decir que la guerra cesará por parte del Gobierno cuando desistan de su empeño los que dieron principio á ella.»

Mr. Lincoln terminaba su mensaje recomendando al Congreso aprobara la enmienda constitucional relativa á la abolicion de la esclavitud, sometida á la consideracion del Senado por Mr. Anderson, en 11 de enero de 1864, y con este motivo decia:

«Sin cuestionar acerca de la sabiduría y

patriotismo de los hombres de la oposicion, me atrevo á recomendaros eficazmente esa enmienda, que en mi concepto, deberia aprobarse en la presente legislatura. La cuestion abstracta no ha cambiado en nada, y las elecciones acaban de demostrarnos hasta la evidencia, que el próximo Congreso aprobará la medida si este no lo hace. Así, pues, no siendo esto sino cuestion de tiempo, y como quiera que la enmienda habrá de aprobarse, ¿no será mejor hacerlo cuanto antes? Acabamos de saber la opinion unánime del pueblo, que por primera vez ha emitido su fallo en esta cuestion, y debe tenerse en cuenta que en una crisis nacional como la que estamos atravesando, la unidad de accion entre aquellos que se proponen un objeto comun, es una cosa muy apetecible si no absolutamente indispensable. Ahora bien, siendo el mantenimiento de la union el fin que todos nos proponemos, y reconocida la necesidad de aprobar la enmienda constitucional para conseguirlo, convendrá que resolvais este punto cuanto antes.»

Leido detenidamente en las dos Cámaras el mensaje del Presidente, acordóse desde luego tomar en consideracion la enmienda constitucional á que se referia Mr. Lincoln, y se leyó un acuerdo de Mr. Trumbull, presidente del Comité del Senado, que decia así:

«Acordamos: que se proponga á las legislaturas de los diversos Estados, como enmienda á la Constitucion de los Estados-Unidos, el siguiente artículo, que ratificado debidamente por las tres cuartas partes de dichas legislaturas, se declarará válido para los efectos á que haya lugar:

«ARTÍCULO XIII.

»Seccion 1.^a En todo el territorio de los Estados-Unidos queda prohibida la esclavitud ó la servidumbre forzosa, excepto en los

casos en que se trate del castigo de un crimen de que esté convicto el acusado.

»Seccion 2.^a El Congreso queda autorizado para poner en vigor este artículo por los medios de que dispone la legislatura.»

Acto continuo comenzaron los debates en la Cámara, pero como la oposicion no contaba con suficientes fuerzas, alcanzó la victoria el partido republicano, despues de un empeñado debate, por ciento diez y nueve votos contra cincuenta y seis; en el Senado resultó tambien una decidida mayoría, y puede decirse que esta fué la discusion mas importante que hubo en aquella legislatura (*).

Poco despues de la apertura de las Cámaras, se intentó por segunda vez entablar negociaciones para que cesaran las hostilidades: Mr. Blair, de Maryland, fué dos veces á Richmond con este objeto, prèvio el permiso del Presidente Lincoln, pero sin órden especial suya, y accediendo á sus instancias, Mrs. Stephens, Campbell y Hunter, á quienes se concedió permiso para cruzar las líneas de Grant por la parte de Petersburg, se dirigieron al fuerte Monroe, donde debia tener lugar la primera entrevista. Allí fueron recibidos por el gobernador Seward y el Presidente Lincoln, en 3 de febrero, y se celebró una larga conferencia, aun-

1865.

que sin resultado alguno, pues los comisionados de la Confederacion no estaban autorizados suficientemente para acordar la reunion de los Estados, y Mr. Lincoln no quiso convenir en nada sin esta condicion, de modo que unos y otros se retiraron sin conseguir el objeto. Al volver los comisionados á Richmond, en 6 de febrero, se celebró un gran *meeting*, presidido por el gobernador Guillermo Smith, de Virginia, y por

(*) Ratificada la enmienda por mas de las dos terceras partes de los Estados, se consideró ya como articulo de la Constitucion federal.

Jefferson Davis, el cual, despues de exhortar á todos los que pudiesen empuñar las armas á combatir á los yankees, pronunció un discurso, en uno de cuyos párrafos se expresaba en estos términos:

«En mi correspondencia con Mr. Lincoln, este funcionario, al hablarme de los Estados-Unidos y de la Confederacion, me decia siempre, *nuestro afligido pais*, pero en mis contestaciones, nunca he dejado de considerar como distinto su Gobierno y el nuestro, y lejos de consentir que nos unamos de nuevo, daria cuanto poseo en la tierra, haciendo hasta el sacrificio de mi vida, si fuese necesario, antes de sucumbir.»

En este *meeting* se dió por terminada la sesion aprobando el siguiente acuerdo:

«*Declaramos*: que todos los ciudadanos aquí presentes han oido con indignacion las condiciones propuestas por el Presidente de los Estados-Unidos para celebrar la paz con la Confederacion.»

Algunos dias despues se celebró un segundo *meeting* al que asistieron principalmente los jefes y oficiales del ejército, y en el cual se pronunciaron varios discursos por el Secretario Mr. Benjamin y otros, aconsejándose en todos ellos combatir sin tregua á los enemigos de la Confederacion. Este *meeting* se terminó tambien aprobando los dos siguientes acuerdos:

«*Acordamos declarar*: 1.º Que los acontecimientos ocurridos en el transcurso de la guerra nos obligan á proseguir la lucha para obtener nuestra independenciam, y que por lo tanto, confiando siempre con la proteccion del Todopoderoso, no depondremos las armas hasta conseguirla.

»2.º Que como contamos con recursos suficientes, no debe ponerse en duda que podremos continuar la guerra hasta el fin, y en su consecuencia encarecemos al pueblo, en el

nombre de la mas sagrada de las causas, que no economice ni su sangre ni sus tesoros para el mantenimiento de nuestra independenciam.»

Ya se comprenderá por lo dicho cuál era el espíritu que dominaba en la Confederacion, así como tambien cuán ilusorias habian sido las esperanzas de los que en un principio creyeron que se conseguiria poner término á las hostilidades, celebrando una paz honrosa. Llegados aquí, terminaremos este último capítulo de nuestra historia política con el manifiesto publicado por Mr. Lincoln en la segunda inauguracion de su Gobierno; es un documento notable por su espíritu religioso, por su elevacion y sencillez, y en el cual, al dar cuenta de los triunfos alcanzados por las armas de la Union, parece que se deja traslucir alguna cosa sombría, así como un presagio fúnebre del sangriento drama que puso fin á la existencia del Presidente Lincoln. Hé aquí el manifiesto:

«Ciudadanos: Al presentarme por segunda vez á prestar el juramento de costumbre como Presidente de la Union, no es necesario dirigiros un manifiesto tan extenso como el que tuve el gusto de ofreceros en otra ocasion, pues entonces era preciso daros á conocer mi plan político y la línea de conducta que me proponia seguir, y ahora, despues de haber desempeñado este cargo por espacio de cuatro años, durante los cuales habeis seguido paso á paso las diversas fases de la grandiosa lucha que aun absorbe la atencion pública, conoceis suficientemente mis opiniones é ideas para que pudiera decir nada nuevo.

»Los triunfos alcanzados por nuestras armas, y de los cuales depende todo lo demás, son harto notorios; creo que tanto el público como yo podèmos estar satisfechos del resultado obtenido, y aunque con grandes esperanzas de llevar á buen término la lucha, se-

ria aventurado pronosticar desde ahora cuál será el desenlace.

»Al ser elegido Presidente hace cuatro años, todos creían inminente la guerra, temíanla todos, no había quien no propusiera medios para evitarla, y cuando yo os presentaba en este mismo sitio mi manifiesto inaugural, animado de los mejores deseos de conservar la Union sin recurrir á la fuerza de las armas, circulaban en la ciudad numerosos agentes secretos que trabajaban sin tregua ni descanso para disolverla y escitar los ánimos contra la autoridad del Gobierno reconocido. Ambos partidos deseaban evitar la lucha, pero como uno de ellos la prefería mas bien que continuar en la Union, y el otro la aceptaba antes que dejarla perecer, vino la guerra con todos sus horrores y funestas consecuencias, siendo una de las principales causas de ella la cuestion de la esclavitud. Nadie esperaba seguramente que la guerra se prolongaría de tal modo, adquiriendo tan gigantescas proporciones, ni se podía anticipar tampoco que la causa de la lucha cesaría antes que la lucha misma. Todos buscaban un triunfo mas fácil á la vez que un resultado menos fundamental; todos leían la misma Biblia y elevaban sus oraciones al mismo Dios pidiéndole proteccion para combatir á sus hermanos, y pudiera parecer extraño que así se haga..... Pero no juzguemos, porque tambien á nosotros se nos ha de juzgar; el ruego de todos no debía ser atendido; ninguno ha conseguido hasta ahora su objeto, pero entre tanto acatemos

la voluntad del Todopoderoso sometiéndonos á sus altos juicios. Nuestro mas vehemente deseo es que cese cuanto antes la desastrosa guerra que aflige al país; en nuestras oraciones suplicaremos humildemente al Altísimo que nos libre de tan cruel azote, pero si Dios quiere que continúe la lucha hasta que la nacion se vea convertida en un monton de ruinas, y hasta que se haya vertido la última gota de sangre de nuestros ciudadanos, respetemos tambien su voluntad, y digamos que los juicios del Señor son justos é infalibles.

»Sin animosidad contra ninguno, mostrándonos caritativos para con todos, y fuertes con nuestro derecho, tratemos de terminar cuanto antes la obra empezada, pues solo así podremos salvar la nacion, proteger á las viudas y los huérfanos de los que perecieron en la lucha, y conservar la buena paz y armonía, no solo entre nosotros, sino con todas las demás naciones.»

El triunfo decisivo de la causa del Norte en el escrutinio, juntamente con las brillantes victorias de Sherman y de Farragut, habían dado un poderoso impulso á la grande obra que se proponía llevar á cabo el Gobierno de Lincoln. Faltaba ya muy poco para llegar al desenlace, y así es que despues de la eleccion, se emprendieron de nuevo las operaciones por mar y por tierra con la mayor actividad, segun vamos á ver en los próximos capítulos, que nos conducirán hasta el fin de la gran crisis, cuyo resultado fué la celebracion de la paz, y el restablecimiento de la Union.



CAPÍTULO XXV.

1864—1865.

LA CAMPAÑA DEL GENERAL HOOD EN EL TENNESSEE.

Última expedición de Forrest.—Ataque de Johnsonville.—Toma de Atenas.—Retirada de Hood.—Los separatistas atacan á Gordon Granger en Decatur.—Hood cruza el Tennessee por Florencia.—El general Thomas se retira á Nashville, perseguido por los confederados.—Combate en Duck River y en Spring Hill.—Schofield se detiene en Franklin.—Batalla de Franklin.—Pérdidas de los confederados.—Muerte del general Cleburne.—Batalla de Nashville.—Combate en Murfreesboro.—Hood derrotado por Thomas.—El coronel Post asalta la colina de Montgomery.—Los generales Wood y Smith se apoderan de la primera línea de defensa.—Asalto y toma de Overton Hill.—Derrota de los confederados.—Sus pérdidas.—Hood es perseguido hasta el Tennessee.—La expedición de Lyon.—Gillem derrota á Duke y á Vaughn.—Breckenridge se retira á la Carolina del Norte.—Toma de Saltville.—Capturas del general Thomas.—Hood resigna el mando.

Sherman había destacado al general Thomas con fuerzas suficientes para atender á la defensa del Tennessee, pues no sabía á punto fijo cuáles serían las intenciones de Hood, aun cuando sospechaba que sus movimientos tenían por principal objeto hacer abandonar á los federales sus posiciones para privarles de las ventajas obtenidas en la campaña de Atlanta. Sherman, sin embargo, no podía asegurar nada, y por esto autorizó á Thomas para obrar como lo tuviese por conveniente, previniéndole tan solo que si Hood penetraba atrevidamente en el Tennessee, le opusiera una vigorosa resistencia, persiguiéndole luego sin tregua ni descanso hasta arrojarle del territorio, y que si se dirigía á Atlanta se limitara á seguirle á distancia.

El general Thomas contaba cuando menos con tantas fuerzas como Hood, ó acaso mas, incluyendo las que se hallaban entre Knoxville y Memphis, pero se componían en su mayor parte de restos de brigadas y

regimientos que se habían dispersado en todo el territorio para guardar varios puestos militares, depósitos de víveres, vías férreas, etc., é impedir que las guerrillas cometiesen tantas depredaciones.

Antes de ponerse en marcha Hood, con dirección al Tennessee, destacó á Forrest con una numerosa fuerza de caballería ligera, que cruzando rápidamente el río por la parte de Waterloo, se presentó de improviso en 23 de setiembre delante de Atenas (Alabama), defendida por el coronel Campbell, quien tenía á sus órdenes seiscientos unionistas y un regimiento de negros. Cercando en el acto la ciudad, Forrest rompió el fuego contra el fuerte, después de intimar, aunque inútilmente, la rendición, pero habiendo conseguido luego celebrar una entrevista con Campbell, hízole ver que sería inútil defenderse por más tiempo, y el jefe unionista debió convencerse, puesto que entregó la plaza, precisamente media hora

antes de llegar algunas tropas para reforzar la guarnicion, las cuales fueron derrotadas despues de un breve pero reñido combate. Hecho esto, Forrest se dirigió por el Norte hácia Pulaski, y en el camino destruyó la via férrea, apoderóse de un puesto fortificado, y no dejó de escaramucear un momento hasta llegar á la ciudad citada, mas por fortuna hallábase en ella el general Rousseau, y como ocupaba una buena posicion con fuerzas numerosas, Forrest creyó mas prudente retirarse, y marchó hácia la via férrea de Chattanooga, donde los separatistas cometieron varios desperfectos. El general Rousseau, no obstante, seguia la pista á sus enemigos, y utilizando el camino de hierro de Nashville, les salió de nuevo al encuentro en Tullahoma; el general Steedman avanzaba tambien contra los separatistas despues de cruzar el Tennessee, y la division Morgan llegaba desde Atlanta para cercarlos completamente.

Todo fué inútil, no obstante, porque Forrest retrocedió, y tomando otra direccion, encaminóse á Fayetteville, en cuyo punto dividió sus fuerzas y destacó á Buford con cuatro mil hombres para que se apoderase de Huntsville mientras él iba con otros tres mil hácia Colombia. Su intencion era, á no dudarlo, tomar esta plaza, pero no la atacó porque Rousseau le seguia de cerca juntamente con el general Washburne, quien llevaba consigo tres mil caballos y mil quinientos infantes. Buford, entre tanto, intentaba apoderarse de Atenas, cuya plaza atacó en la noche del 2 al 3 de octubre, **1864.** pero rechazado vigorosamente por el teniente coronel Slade, tuvo que desistir de su empresa, y huyó precipitadamente, cruzando el Tennessee el dia 3. De un momento á otro iba á verse Forrest completamente cercado por sus enemigos; comprendiéndolo

así, inutilizó el camino de hierro en una distancia de cinco millas, dejó á sus prisioneros en libertad, bajo palabra, dirigióse rápidamente hácia Mount Pleasant y Lawrenceburg, cruzó el Tennessee por la parte de Bainbridge y pudo librarse así de sus perseguidores despues de haber causado muchos daños y cogido lo menos mil prisioneros, sin sufrir mas que algunas pérdidas insignificantes.

Mientras que Forrest terminaba felizmente su espedicion, el general Hood, que habia estado operando en la línea de comunicaciones que tenia Sherman cerca de Chattanooga, marchando luego hácia el Norte de Alabama, presentábase con fuerzas numerosas ante Decatur, donde se halla el empalme de las vias férreas que cruzan el Tennessee. Allí estaba el general Gordon Granger con numerosas tropas, y en una posicion, que no por estar muy bien fortificada dejaron de atacar los separatistas, aun cuando no tenían artillería, pero llegada la noche, se suspendió el combate, y en la madrugada del dia siguiente, 28 de octubre, hicieron los sitiados una salida con tan buena suerte, que obligaron á sus enemigos á levantar el campo cogiéndoles ciento veinte prisioneros. El ataque á Decatur habia sido simulado y con el objeto de avanzar mas hácia el Oeste, lo cual consiguieron los confederados á pesar de la enérgica resistencia que les opuso la brigada de caballería del general Croxton. Forrest por su parte, cuyas fuerzas no bajaban de diez y siete regimientos de caballería y nueve cañones, acababa de presentarse á la vista de Johnsonville, importante depósito militar de los federales, defendido por el coronel Thompson, que tenia á sus órdenes un regimiento de negros, mil hombres de otras tropas y tres cañoneras. Forrest atacó resueltamente á Johnsonville, y habiendo sido rechazado, tomó posicion para hostigar al

enemigo, mas al saber que se acercaba el general Schofield, procedente de Nashville, levantó inmediatamente el campo, no sin haber batido antes á las fuerzas de la flotilla, obligando á estas á pegar fuego á sus transportes para que no cayeran en poder del enemigo. Por desgracia, el incendio se comunicó á los almacenes de la orilla del rio y se quemaron una porcion de efectos y provisiones por valor de un millon quinientos mil duros.

No siendo ya dudoso que el general Hood, á quien se habia reunido Dick Taylor con su cuerpo de ejército, trataba de penetrar en el Tennessee, Thomas dispuso que se concentrase una parte de sus tropas en Pulaski, á fin de entorpecer mas bien que impedir la marcha de los separatistas sobre Nashville. Segun se dijo, el ejército de Hood constaba entonces de cuarenta mil infantes y doce mil ginetes, de modo que con la artillería vendria á reunir unos cincuenta y cinco mil hombres, y para oponerse á estas fuerzas, solo disponia Thomas de unos treinta mil, á las órdenes de los generales Stanley, Schofield, Hatcher, Croxton y Capron, pues las demás tropas se hallaban diseminadas en el estenso territorio de su mando, y para reunir las habia sido preciso dejar abandonados varios puestos militares de importancia. Thomas reflexionó detenidamente acerca del partido que deberia tomar, y persuadido de que si volvia á Nashville para hacerse fuerte, obligaria á Hood á concentrar su ejército, que se iria debilitando poco á poco mientras el suyo se reforzaba, optó por hacerlo así, porque era un medio mas seguro que atacar desde luego, esponiéndose á una derrota. En su consecuencia el general Thomas envió á llamar á Schofield, que se hallaba en Johnsonville, dispuso que se concentraran las tropas de Smith y la caballería de Wilson, y dió orden á Schofield para que se situara en Pulaski

á fin de vigilar atentamente los movimientos de Hood, aunque evitando en lo posible empeñar combate alguno hasta recibir refuerzos.

El dia 19 de noviembre emprendió la marcha el general Hood, y sin detenerse un momento, continuó avanzando hácia **1864.** Florencia: su ejército estaba dividido en tres cuerpos al mando de los generales Cheatham, Stewart y D. Lee, y cada uno de aquellos se componia de tres divisiones á las órdenes inmediatas de Cleburne, Loring, Bate, E. Johnson y Buford; el general Forrest formaba la vanguardia con su caballería. Por lo que hace al general Thomas, podia disponer de cinco divisiones, pero acababa de reunir otras varias fuerzas antes de comenzar la lucha, formalmente, y habia ordenado al general Schofield que abandonase su campamento de Pulaski y se replegara inmediatamente hácia Colombia. Dos divisiones, á las órdenes de Stanley, habian llegado ya á Lynnville á fin de proteger el camino de hierro por donde debian pasar los wagoes; la brigada de caballería de Capron estaba apostada en Mount Pleasant, cubriendo las cercanías de Colombia, y la guarnicion de esta ciudad se habia reforzado con una parte de la division Ruger. Cuando los separatistas se presentaron delante de Colombia, dando á conocer su intencion de cruzar por Duck River, el general Schofield se retiró apresuradamente por el rio, y al saber que el enemigo se preparaba ya á efectuar su movimiento, previno á Stanley que marchara inmediatamente á Spring Hill, á cuyo punto llegaron los unionistas á tiempo para impedir que la caballería de Forrest se apoderase de algunos trenes. Esto no se consiguió, sin embargo, sin que mediara un reñido combate, y como á poco llegasen nuevas fuerzas confederadas, viéronse los federales en la precision de retirarse para evitar una derrota.

Schofield y Ruger habian estado batiéndose todo el dia para evitar que el enemigo cruzase por Duck River, consiguiendo rechazarle siempre que lo intentó, pero llegada la noche, avanzó sobre Spring Hill, donde se hallaban acampados los separatistas. Schofield no creyó prudente trabar allí el combate, y despues de recorrer una distancia de veinticinco millas, llegó en la mañana del 30 á Franklin, en cuyo punto tomó posicion, dando órden inmediatamente para que se construyeran algunas obras defensivas en las que se proponia esperar la llegada de sus víveres y tren de campaña. El ejército de Hood habia conseguido entre tanto su objeto, pues en la noche del 29 de octubre logró dispersar á la caballería unionista que guardaba el paso del rio, y pudo atravesarlo sin otro contratiempo, de modo que poco despues se presentaba ante las líneas de los federales, resuelto á empeñar la lucha.

El general Hood creyó prudente demorar el ataque hasta que llegasen todas sus tropas, y cuando estas estuvieron reunidas, dió la órden de acometer, trabándose al poco tiempo una encarnizada refriega en la que cayó mortalmente herido á las primeras descargas el general Carter. Schofield observaba atentamente el combate desde el fuerte Granger. Debe advertirse que aunque el jefe unionista tenia á sus órdenes veinte mil hombres, una gran parte de estos se hallaba cerca del rio guardando los trenes y los bagajes, de modo que en las líneas de defensa solo habia dos divisiones, es decir, unos diez mil hombres, para contener al enemigo, si bien la posicion de los federales era muy ventajosa por todos conceptos, pues ocupaban una elevada colina muy á propósito para la defensa. Á pesar de todo, fué tan impetuosa la carga de los confederados, que las tropas de Schofield no pudieron resistir el empuje y se

vieron al momento arrolladas por sus enemigos, que como un torrente se precipitaron en las líneas, donde cogieron muchos prisioneros, dispersando á los que intentaban oponer una vigorosa resistencia. Á los pocos momentos, los unionistas comenzaron á replegarse, los confederados se apoderaron de la colina y de ocho cañones, y despues de clavar allí su bandera en señal de triunfo, preparáronse á completar la victoria persiguiendo á los fugitivos. Los unionistas huian en el mayor desórden, suponiendo que la jornada estaba completamente perdida y que lo único que podia hacerse era evitar que la derrota fuese mas desastrosa, pero en aquel momento, la brigada del coronel Opdycke, que formaba la reserva y se hallaba detrás de la colina, avanzó resueltamente contra los vencedores, conducida por su intrépido jefe. Entonces se trabó de nuevo un desesperado y sangriento combate, cuyo resultado fué recobrar de nuevo los federales las obras de defensa, que mal de su grado hubieron de abandonar los separatistas, dejando en ellas trescientos prisioneros y los cañones de que antes se apoderaran.

El haberse tomado las líneas defensivas se debió no solo á lo imprevisto del ataque, sino tambien al valor de la tropa de Opdycke y de su intrépido jefe. Exasperado mas bien que desconcertado por este contratiempo, Hood destacó fuertes columnas á fin de apoderarse otra vez de las líneas antes de que las reforzara el enemigo, pero Opdycke, semejante al genio de la guerra, acudia á todos los puntos, parecia multiplicarse y desplegó tal actividad, que rechazó á los sitiadores, alcanzando con esto una segunda victoria. Inútil parece decir que Opdycke recibió bien pronto los refuerzos que tanto necesitaba para conservar su posicion. La batalla duró hasta las diez de la noche, y el enemigo tra-

tó por último de flanquear el ala derecha de los federales, pero fué rechazado por la division Stanley, y se frustraron cuantos esfuerzos hizo para apoderarse de las líneas que poco antes estaban en su poder. Seria poco mas de la media noche cuando habiendo desistido los separatistas de su tenaz empeño, abandonaron los federales su posicion y se dirigieron á Nashville, donde podrian entregarse algunas horas al descanso las tropas que tan heroicamente se habian batido. El general Forrest trató al principio de perseguir á los federales, pero luego mudó de parecer, comprendiendo sin duda que no conseguiria nada.

Las pérdidas de los unionistas en esta mortífera refriega se redujeron á ciento ochenta y nueve muertos, mil treinta y tres heridos, entre los cuales se contaba el general Stanley, de mucha gravedad, y mil ciento cuatro estraviados; total dos mil trescientos veintiseis. El general Thomas asegura que los separatistas tuvieron al menos mil setecientos cincuenta muertos, tres mil ochocientos heridos y setecientos dos prisioneros; total seis mil doscientos cincuenta y dos. Hé aquí, sin embargo, lo que decia el general Hood en su parte oficial:

«La lucha duró hasta media noche, hora en que el enemigo tuvo por conveniente abandonar sus obras de defensa y cruzar el rio, dejando en nuestro poder sus muertos y heridos. Nunca he visto á las tropas batirse con tanto valor y denuedo; durante el dia no pude hacer uso de los cañones por no causar daño alguno á las mujeres y los niños que habia en la ciudad, pero llegada la noche, mandé preparar las piezas para continuar la accion por la mañana, lo cual no pudo efectuarse porque el enemigo se habia retirado ya. Hemos cogido mil prisioneros y varias banderas, y nuestras pérdidas en muertos,

heridos y estraviados no pasan de cuatro mil quinientos hombres. Entre los primeros se cuentan el general Cleburne y los brigadieres generales Gist, Adams, Strahl y Granbury; en la lista de los segundos figuran el mayor general Brown y los brigadieres generales Manigault, Quarles, Cockrell y Scott, y el general Gordon ha quedado prisionero. El número de muertos que ha dejado el enemigo en el campo de batalla indica que sus pérdidas han sido poco mas ó menos iguales á las nuestras. Á la mañana siguiente, y apenas estuvieron enterrados los muertos, me dirigí hácia Nashville con todas mis tropas: Forrest persiguió al enemigo sin descansar un momento.»

La muerte del general Cleburne, el Stonewall Jackson del Oeste, era ya de por sí una pérdida irreparable para los confederados: natural de Irlanda, Cleburne habia servido en el ejército inglés, y como hombre intrépido y valeroso, no encontró nunca quien le aventajara; el encarnizado combate que acababa de tener lugar privaba á Hood de una sexta parte de su fuerza con la muerte de Cleburne, que dejaba un vacío difícil de llenar.

Hasta entonces, el general Thomas habia tenido que combatir á numerosos enemigos, pero cuando en 30 de noviembre llegó Hood delante de Nashville, era el caso muy distinto: el ejército separatista no **1864.** contaba ya sino con unos cuarenta mil hombres á causa de las bajas sufridas, mientras los federales acababan de recibir un refuerzo por la llegada de las tropas de Smith, procedentes de Missouri, sin contar que otros cinco mil hombres del ejército de Sherman llegaron tambien por el camino de hierro de Chattanooga; añádase á esto la guarnicion de Nashville y una nueva division formada con voluntarios de la ciudad, y tendremos

que las fuerzas de Thomas eran ya muy superiores en número á las del enemigo, que pensaba sitiarse en una plaza perfectamente fortificada. El general Grant, que no comprendía la audacia de Hood, hallándose éste en el centro del Tennessee, abandonó su campamento del Jacobo para ir á ver por sí mismo cuál era la situación de los federales, pero en el camino recibió un telégrama y pudo convencerse de que así como Sheridan, no necesitaba Thomas de la presencia del jefe del ejército para cumplir con su deber.

Thomas, que no quería abandonar su posición de la vía férrea de Chattanooga, había dejado al general Rousseau con ocho mil hombres en el fuerte Rosecrans, en Murfreesboro, y sabido esto por los separatistas, dispuso su jefe que una división del cuerpo de ejército de Cheatham y dos mil quinientos ginetes de la caballería de Forrest atacasen un fortín que hay cerca de Overall, pero estaba defendido por el general Milroy, que tenía á sus órdenes tres ó cuatro regimientos, y los confederados hubieron de retirarse, después de sufrir algunas pérdidas. En 21 de diciembre, la caballería de Buford, que trataba de ocupar á Murfreesboro, fué rechazada **1864.** por un regimiento de infantería, y entonces se dirigió á Lebanon con el objeto de cruzar el Cumberland, lo cual no pudo conseguir porque varias cañoneras impedían el paso por aquel punto. El general Milroy salió entre tanto de Murfreesboro con siete regimientos de infantería, atacó á los confederados en Wilkeson, y les hizo retroceder, cogiéndoles doscientos siete prisioneros y dos piezas, sin sufrir más pérdidas que treinta muertos y ciento setenta y cinco heridos.

En 4 de diciembre ocupó Hood sus posiciones al Sur de Nashville, apoyándose en la colina de Montgomery, que estaba frente al centro de los federales, y solo distaba ya de

este unas seiscientas varas, mas no se trabó desde luego la lucha porque durante una semana hizo un frío tan riguroso, que los soldados de uno y otro ejército no podían apenas moverse por tener los miembros entumecidos, siendo de notar que los confederados debieron sufrir más en razón á no ser su equipo tan bueno como el de los unionistas. Por fin, el 14 de diciembre varió la temperatura, y entonces Thomas dió **1864.** orden de avanzar al día siguiente, previniendo al general Steedman que atacara al enemigo por la derecha á fin de obligarle á que se replegara hácia el centro. Llegada la hora, una densa niebla que no se disipó en todo el día, permitió á los federales adelantar sin que se pudiesen observar sus movimientos: el general Smith, con su reducido cuerpo de ejército y la caballería de Wilson, atacó acto continuo el ala izquierda de la infantería enemiga, y entre tanto la división de caballería de Johnson acometía á la de los separatistas con objeto de apoderarse de una batería situada en la orilla del Cumberland. Los federales no consiguieron su intento, pero el ataque bastó para que el enemigo evacuase su posición durante la noche.

El cuarto cuerpo de ejército, á las órdenes del general Wood, en combinación con las fuerzas de Smith, asaltaba entre tanto la colina de Montgomery, que fué tomada á pesar de la vigorosa resistencia que opusieron sus defensores, y conseguido esto, avanzó Wood con todo su cuerpo de ejército, y no tardó en hacerse dueño de toda la línea del enemigo, cogiendo varios cañones y quinientos prisioneros, con lo cual obligó al enemigo á tomar una nueva posición al pié de las colinas de Harpeth. Llegada la noche, el general Thomas reformó su línea de batalla estendiéndola hácia el Este: Schofield se en-

cargó del ala derecha, Wood de la izquierda, con la caballería; Smith del centro, y Steedman conservó su primera posición. En esta jornada cogieron los federales diez y seis piezas de artillería, mil doscientos prisioneros, muchas armas de todas clases y cuarenta wagones, sin sufrir pérdidas de consideración, y bien puede asegurarse que nunca se habían batido las tropas con tanto arrojo y buena voluntad. El ejército pasó la noche en la misma posición que ocupaba anteriormente, dispuesto á continuar el combate al otro día, y en efecto, á eso de las seis de la mañana, el general Wood persiguió á las avanzadas enemigas hasta más allá del camino de Franklin, después de lo cual continuó su marcha hácia al Sur de Nashville, hasta que se vió detenido por una nueva línea de obras defensivas levantadas durante la noche en la colina de Overton, que dista unas cinco millas de la ciudad. El general Steedman avanzaba también desde Nashville por el camino de Nolensville, con sus tropas formadas en orden de batalla á fin de apoyar los movimientos que se practicaran durante aquel día, y por otra parte el general Smith, seguido de su cuerpo de ejército, iba á tomar posición en el ala derecha, completando así la nueva línea que se trataba de formar. La caballería del general Wilson, que había pasado la noche en otra posición, fué á reunirse con Schofield, y ya al medio día había conseguido esta columna colocarse á espaldas del enemigo, estendiéndose por Granny White, uno de los principales caminos que conducen á Franklin.

Cuando se hubo efectuado este movimiento, y después de asegurarse de que todos estaban en su puesto, el general Thomas dió orden de avanzar contra el flanco izquierdo del enemigo, pues aunque este era más fuerte que el centro, el jefe unionista quería ante

todo cortar la retirada á los confederados por la parte de Franklin. Á eso de las tres de la tarde, la brigada Post recibió orden del general Wood de tomar por asalto la posición de Overton, y habiéndose prevenido lo mismo al general Steedman, dispuso éste que el coronel Morgan, jefe de una brigada negra, cooperase en el movimiento. El terreno por el cual debían avanzar las dos columnas para lanzarse al asalto estaba completamente descubierto, mas no debía detener esto á los federales, que acometieron resueltamente en medio de un espantoso fuego de fusilería, sin que les arredrase tampoco la metralla que diezmaba sus filas. Al llegar, no obstante, á la cima de la colina, un cuerpo de reserva del enemigo rompió un fuego tan mortífero sobre los sitiadores, que estos se detuvieron y acabaron por emprender la retirada, dejando un gran número de muertos y heridos en las líneas de defensa. Entonces el general Wood se ocupó en reunir sus tropas dispersas para lanzarse de nuevo al ataque, mientras los generales Smith y Schofield, secundando los esfuerzos del cuarto cuerpo de ejército, hacían avanzar á sus tropas contra las obras defensivas del enemigo, y aquella vez nada bastó para resistir á los federales, que rompieron la línea enemiga por doce puntos distintos, cogiendo todos los cañones y miles de prisioneros, entre los cuales se contaban cuatro generales. Todos cuantos pudieron escapar de aquella espantosa carnicería fueron perseguidos hasta las alturas de Brentwood, y mientras atacaban los generales Smith y Schofield, la caballería de Wilson ocupaba el camino de Granny White para cortar la retirada á los separatistas.

Completamente dispersado el enemigo y sin esperanza de rehacerse, huyó á la desbandada en la dirección del desfiladero de

Brentwood, perseguido de cerca por los unionistas, pero la noche puso fin á la lucha, y las tropas victoriosas se entregaron al descanso. En tanto que los federales perseguían á los fugitivos por el camino de Franklin, el general Wilson destacaba á las divisiones Knipe y Hatch con el objeto de que ocuparan completamente el camino de Granny White, cortando toda retirada al enemigo. Despues de recorrer una milla, estas dos divisiones encontraron un puesto fortificado donde estaba la caballería de Chalmer, á la que desalojaron los federales de su posicion, no sin que mediara un breve pero obstinado combate.

En estas dos últimas jornadas cogieron los unionistas cuatro mil cuatrocientos sesenta y dos prisioneros, incluidos doscientos ochenta y siete oficiales de todas graduaciones, apoderándose además de cincuenta y tres piezas de artillería y algunos miles de armas de todas clases. La caballería de Wilson, seguida de cerca por el cuerpo de ejército de Wood y por los generales Smith y Schofield, persiguió al resto de los fugitivos, cruzando Harpethriver, Rutherford's Creek y Dukriver, no sin gran dificultad, porque la corriente de estos rios iba muy crecida á causa de las últimas lluvias. La persecucion

no cesó hasta el 29 de diciembre, en cuyo día supo con toda seguridad Thomas que el general Hood, merced á los obstáculos naturales que habian entorpecido la persecucion, y gracias tambien á la vigorosa resistencia que opuso su retaguardia al mando de Forrest, habia conseguido cruzar el Tennessee y dirigirse á Bainbridge. Entonces Thomas mandó hacer alto y ordenó al general Steedman que marchase á Stevenson, donde se hallaba Granger con las guarniciones de Huntsville, Atenas y Decatur, las cuales debian volver á ocupar todos

los puestos militares del Norte de Alabama á fin de cruzar luego el Tennessee para cortar las comunicaciones del enemigo. Stevenson llegó á Decatur poco despues, pero allí supo que Hood se hallaba ya demasiado lejos para que pudiesen dar resultado alguno las nuevas operaciones.

Poco antes de asaltar á Nashville, Hood habia destacado al general Lyon con ochocientos ginetes y dos cañones para que destruyera la via férrea de Louisville, cerca de la cual se hallaba la retaguardia de Thomas, pero Lyon no contaba con suficientes fuerzas, ni podia por lo tanto acometer empresa alguna de importancia, y así es que se limitó á tomar á Hopkinsville, mas no tardó en verse atacado cerca de Greensburg por la brigada Lagrange, que dispersó á sus tropas el día 10 de enero, cogiéndole un cañon y algunos prisioneros. Perseguido de cerca por sus enemigos, Lyon cruzó el Tennessee con doscientos hombres, y habiendo sufrido nuevas pérdidas, refugióse á Red Hill, donde le sorprendió durante la noche el coronel Palmer, cogiéndole cien prisioneros, pero Lyon se escapó despues de rendirse, matando de un pistoletazo al centinela y desapareciendo entre la oscuridad de la noche. Este fué el último golpe que sufrió el ejército de Hood.

Terminada su campaña del Tennessee, Thomas se disponia á establecer sus cuarteles de invierno, pero no tardó en recibir comunicaciones de Washington, previniéndole que el general Grant estaba resuelto á terminar de una vez la guerra, y que por lo tanto era preciso continuar las operaciones. En su consecuencia los cuerpos de ejército de Schofield, Smith y Wilson fueron trasladados á Clifton, y el general Wood marchó á Huntsville, en el Norte de Alabama, á fin de continuar la campaña de invierno.

1865.

En tanto que Hood era batido una y otra vez por los federales, llevábanse á cabo otras operaciones en el Tennessee Oriental. Por orden de Thomas habia marchado el general Stoneman á Knoxville para encargarse allí del mando, y poco despues fué á reunirse con él el general Burbridge con todas las fuerzas que tenia disponibles. El general separatista Breckenridge, á cuyo conocimiento llegó bien pronto que tenia muy cerca al enemigo, emprendió la retirada, marchando en su persecucion el general Ammen, que acababa de llegar de Chattanooga con mil doscientos hombres. Thomas dispuso luego que Stoneman saliese tambien de Knoxville con tres brigadas de caballería á las órdenes de Burbridge y Gillem para seguir la pista á los fugitivos, á los cuales se dió alcance en Kingsport, donde se les dispersó, cogiéndoles trescientos prisioneros. En 15 de diciembre, los federales se presentaron delante de Abingdon, cuya plaza tomaron tambien sin encontrar gran resistencia. El 16 del mismo mes las tropas unionistas alcanzaron á la caballería de Vaughan en Marion, y aquí fué derrotado una vez mas el enemigo, que se dispersó en todos sentidos sin poder evitar que sus perseguidores destruyeran parte del camino de hierro, cometiéndolo otros desperfectos de consideracion.

Breckenridge habia reunido entre tanto todas las tropas que le fué posible con ánimo de atacar la vanguardia unionista, pero Stonemanle encontró cerca de Marion, y creyendo que los confederados aceptarían la batalla, tomó sus posiciones para empeñarla al dia siguiente. Breckenridge, no obstante, no creyéndose con suficientes fuerzas, se retiró por las montañas á la Carolina del Norte, sin perder mas que algunos wagones que conducian una parte de los bagajes. De este

modo quedó Saltville con sus estensas y ricas salinas, á disposicion de los unionistas, los cuales se apoderaron de aquel punto sin lucha ni resistencia. Las salinas fueron destruidas completamente, y no quedando ya enemigos que combatir en el devastado territorio del Tennessee Oriental, los generales Stoneman y Gillem volvieron tranquilamente á Knoxville mientras Burbridge se dirigia con sus fuerzas á Kentucky.

Al dar cuenta del resultado de aquella campaña, el general Thomas manifestaba en su parte que desde el 7 de setiembre de 1864 hasta el 20 de enero de 1865 habia hecho prisioneros á un mayor general, siete brigadieres, diez y seis coroneles, catorce tenientes coroneles, veintidos mayores, doscientos doce capitanes, seiscientos un tenientes, ochenta y nueve cirujanos y capellanes, y diez mil ochocientos noventa y cinco subalternos, total once mil ochocientos cincuenta y siete, sin contar mil trescientos treinta y dos individuos canjeados durante este tiempo. Además habia recibido el juramento de sumision de dos mil doscientos siete desertores del ejército confederado, y tenia en su poder setenta y dos cañones de todos calibres y tres mil setenta y nueve armas de diversas clases, cogidas al enemigo. Sus pérdidas en muertos, heridos y estraviados ascendian á diez mil hombres, es decir, una mitad menos que el ejército separatista, el cual puede decirse que habia dejado de existir cuando el general Hood, que se hallaba entonces en Tupelo, fué relevado del mando á instancia suya en 23 de enero de 1865.

Ya hemos visto cómo terminó la invasion del Tennessee, de que tanto se habia hablado, y la sangrienta campaña que debia acelerar el triunfo de la Union.

CAPÍTULO XXVI.

1864—1865.

LA GRAN MARCHA DE SHERMAN.—GEORGIA.—LAS CAROLINAS.

El ejército unionista en Atlanta.—Combate en Lovejoy.—El general Kilpatrick delante de Macon.—Slocum en Milledgeville.—Howard en Sandersville.—Kilpatrick avanza sobre Waynesboro.—Combate.—Los generales Blair y Millen.—Los federales en Statesboro.—Combate de Ogeechee.—Slocum se dirige á Louisville.—Sherman delante de Savannah.—Toma del fuerte Mc Allister.—Foster y Dahlgren.—Las tropas del general Hardee abandonan á Savannah.—Pérdidas de Sherman en Georgia.—Correspondencia con Lincoln.—Espediciones de Dana, Davidson y Grierson.—Victoria de Grierson en Egipto.—Hatch derrotado en Honey Hill.—Foster ocupa á Pocatigo.—Sherman penetra en la Carolina del Sur.—Los federales avanzan hácia Edisto.—Combate cerca de Branchville.—Kilpatrick en Aiken.—Combates en Orangeburg y en Congaree.—Rendicion de Colombia.—El incendio de Colombia.—Informe de Sherman.—El general Hardee evacua á Charleston, abandonando sus obras defensivas.—Relacion de Pollard.—Los unionistas ocupan los fuertes.—Combate en la estacion de Williston.—Sherman en Winnsboro.—Ocupacion de Fayetteville.—Hampton sorprende á Kilpatrick.—Su derrota.—Slocum es atacado por Hardee en Averysboro.—El general Johnston ataca á Slocum en Bentonville.—Combate obstinado.—Johnston abandona el campo.—Entrada de Sherman en Goldsboro.—Espedicion de Butler al fuerte Fisher.—El brulote.—Bombardeo.—Butler vuelve al Jacobo.—Descontento de Grant.—Segunda espedicion al mando del general Terry.—Ataque del fuerte Fisher.—Bombardeo por la flota.—Ataque de los marinos.—El general Ames avanza al asalto.—Desesperado combate.—Toma del fuerte.—Pérdidas.—Explosion del polvorin.—Llegada del general Schofield.—Los unionistas avanzan sobre Wilmington.—Ocupacion de la ciudad.—Combate en Town Creek.—Evacuacion del fuerte Anderson.—Retirada de Hoke.—Incendio de buques.—El ejército marcha sobre Kingston.—Upham sorprendido en Southwest Creek.—Hoke emprende la retirada.—Entrada de Schofield en Goldsboro.

Ya hemos dicho que el Gobierno de la Union habia resuelto no suspender las operaciones militares, á fin de acabar cuanto antes con la guerra, y en su consecuencia el general Sherman, despues de enviar todos sus enfermos y heridos á Chattanooga, así como tambien los bagajes que no necesitaba, y las guarniciones de los puestos militares que se hallan mas al Norte de Georgia, concentró todo su ejército, compuesto entonces de unos sesenta mil hombres de todas armas, en Roma y Kingston. Lo primero que hizo despues fué disponer que se destruyeran las vias férreas de que pudiera utilizarse el enemigo, respetando sin embargo el telégrafo, pero en 11 de noviembre, y cuando ya hubo espedido á Washington los partes que necesitaba, lo mandó cortar y

terminó los preparativos necesarios para emprender su memorable marcha.

Sherman habia formado con su ejército dos grandes divisiones: la una á las órdenes de los generales O. O. Howard, P. J. Osterhaus y F. P. Blair, y la otra mandada por los generales H. W. Slocum, Davis y Williams; la caballería, cuyo jefe era el general J. Kilpatrick, debia proteger los flancos de estas dos grandes divisiones, cada una de las cuales llevaba su tren de campaña y sus pontones para atravesar los rios. Sherman marchó primero con una division y despues pasó á inspeccionar la otra. No era de esperar que la marcha de sesenta y cinco mil hombres, bien armados y equipados, debiera interrumpirse por grandes obstáculos, mientras que Hood permaneciera en

1864.

el Norte vigilado por el general Thomas; lo único que podia temerse era encontrar resistencia en las milicias locales ó en algunas guarniciones que ocupaban puestos importantes, tales como Macon, Milledgeville ó la prision de Millen. Tambien los caminos ofrecieran acaso obstáculos por su mal estado y por las muchas corrientes de agua que se cruzaban en todos sentidos.

El dia 14 de noviembre se puso el ejército en marcha: Howard avanzó por Mc Donough, Monticello y Clinton hasta **1864.** Gordon, mientras Slocum se dirigió por Covington, Madison y Eatonton, á fin de concentrarse en Milledgeville, en cuya poblacion entró el ejército el 23 de noviembre, sin encontrar la menor resistencia. Hasta entonces, lo único que habia entorpecido la marcha de la infantería fué el mal estado de los caminos de Georgia; el general Osterhaus divisó una escasa fuerza de caballería enemiga al cruzar el rio Cotton, pero esta no intentó otra cosa sino quemar el puente, lo cual no pudo conseguir por haberlo impedido los federales. Así pues, las tropas solo se ocupaban por lo pronto en cortar las líneas férreas y en procurarse víveres, pues se habia dado orden de hacerlo así, mientras fuese posible, á fin de economizar las raciones de pan, vaca, café y azúcar que llevaban los soldados para veinte dias. Pasar los trenes por Ocmulgee y sus tributarios, y por las elevadas colinas que se encuentran mas allá, habian sido hasta entonces los únicos trabajos del ejército, que debia recorrer diariamente una distancia de quince millas.

El general Kilpatrick era el encargado de explorar el camino: seguido de Howard, habia llegado en 15 de noviembre á East Point, donde encontró alguna fuerza de caballería confederada, con la que escaramuceó, obligándola á retroceder hasta el rio Flint, el

cual atravesaron las tropas al dia siguiente por la parte de Jonesboro, siempre en persecucion del enemigo, que trató de hacerse fuerte en Lovejoy. Kilpatrick atacó inmediatamente á los separatistas en sus mismas obras de defensa, y pudo cogerles cincuenta prisioneros, en tanto que la brigada de Atkins se apoderaba de sus cañones, y poco despues los federales pasaron por Mc Donough, Monticello y Clinton, dirigiéndose en línea recta hácia Macon. En este último punto encontró Kilpatrick otra fuerza de caballería del enemigo, y no pudiendo desalojar á este de la posicion que ocupaba, por hallarse defendida aquella por artillería é infantería, limitóse á destruir un tren de wagones y á inutilizar el camino de hierro por dicho punto.

El general Howard avanzó luego hasta Oconee, seguido de toda la division, que no encontró ya por el pronto resistencia alguna, y entre tanto el general Slocum se concentraba en Sandersville, á cuyo punto llegó el 27 de noviembre. Esta division dispersó á una parte de la caballería de **1864.** Wheeler, que trataba de entorpecer su marcha, y siguiendo despues la direccion de la línea férrea, que fué inutilizada en parte, cruzó el rio Ogeechee el 28 de noviembre por la parte de Louisville, con objeto de dirigirse inmediatamente al Savannah. Los caminos y puentes, que por lo regular estaban en mal estado, iban siendo cada vez peores por los destrozos que causaba el enemigo, mientras los grandes pantanos que abundan en aquella region dificultaban á cada paso la marcha de los trenes y de la artillería, dando esto mucho que hacer á los ingenieros. En Millen, punto que se halla entre Sandersville y Savannah, hay una gran prision donde estaban encerrados hacia mucho tiempo, sufriendo crueles privaciones, algunos miles de unionistas, y deseando

Sherman ponerlos en libertad, destacó á Kilpatrick con la mayor parte de la caballería, para simular que el ejército se dirigia hácia Augusta, y con el objeto de que no sacasen á los prisioneros de Millen. Kilpatrick avanzó desde Milledgeville, por Sparta y Gibson, hasta Waynesboro, escaramuceando con la caballería de Wheeler, que al parecer no se atrevia á empeñar un combate formal, pero al llegar á este último punto supo, que alarmado el enemigo, habia sacado los prisioneros de Millen, y en su consecuencia, creyó mas prudente retroceder que seguir avanzando, pues ya no tenia objeto la marcha. Al efectuar esta retirada, Kilpatrick y su estado mayor, con solo dos regimientos, se vieron separados del resto de sus fuerzas, y aislados completamente, de tal modo, que estuvieron á punto de ser cercados por Wheeler, pero se batieron con esforzado arrojo, y pudieron reunirse con sus compañeros sin sufrir muchas pérdidas. Estrechado Kilpatrick de cerca por la caballería de Wheeler, mandó desmontar á sus ginetes, eligió una buena posicion, y formando una especie de parapeto apresuradamente, rechazó la desesperada carga del enemigo, con tanta mas facilidad cuanto que á poco llegó en su auxilio la brigada de Hunter. De este modo pudo evitar Kilpatrick una derrota y reunirse de nuevo con su division.

No nos parece necesario referir aquí minuciosamente todos los detalles de la memorable marcha del ejército de Sherman; nos limitaremos á decir, que siempre bien ordenada y dirigida, no ofreció ningun incidente de importancia; las tropas encontraron abundantes víveres, y segun hemos dicho, la caballería de Wheeler fué la única que trató de hostilizar á los federales, pues las escasas fuerzas de milicia de algunas poblaciones no podian oponer una formal resistencia. Las

principales localidades por donde pasaron los unionistas fueron Milledgeville, Andersonville, Louisville y Millen; contra Macon y Augusta se simuló un ataque para facilitar la marcha del ejército, y en el camino se reclutaron cuatro mil vigorosos negros; inutilizáronse mas de trescientas cincuenta millas de línea férrea y se destruyeron propiedades públicas y de particulares por valor de cuarenta millones de duros. Á principios de diciembre llegaron las vanguardias federales á las cercanías de Savannah, desde donde se divisaban las líneas defensivas del general Hardee, jefe de aquel departamento, y el dia 10 todo el ejército unionista se hallaba en posicion delante de la plaza, despues de una marcha feliz, durante la cual se recorrieron trescientas millas en veinticuatro dias.

No bastaba, sin embargo, llegar á la costa del Atlántico; era preciso apoderarse de un puerto ó de uno de los puestos militares que tenia el enemigo, porque nada se podia intentar por el momento contra las fortificaciones de Savannah, donde habia una guarnicion de quince mil hombres. Sherman se limitó pues, por el pronto, á interceptar todas las líneas férreas que conducian á la plaza, y á vigilar á esta de cerca, reservando para sus comunicaciones la embocadura del Ogeechee, que desaguaba en el mar á poca distancia de aquel punto. La bahía no estaba cerrada por la parte del Océano, sino por el fuerte Mc Allister, defendido por veintitres cañones, parapetos, empalizadas y todo cuanto se conoce en el arte militar. Este fuerte habia resistido ya varios ataques de la escuadra, mas por la parte de tierra ofrecia un punto débil que no tardaron en encontrar los federales. Sherman pensó, y con razon, que para apoderarse de este punto, donde solo habia dos mil hombres de guarnicion, á las órdenes del mayor Ander-

son, seria preciso acometer bruscamente sin abrir paralelas ni emplear la artillería, y al efecto dispuso que la division Hazen hiciera sus preparativos para atacar la fortaleza á la primera órden. El dia 12 por la tarde, Sherman se puso en comunicacion con los buques federales estacionados á cierta distancia de la bahía, y supo que el almirante Dahlgren y el general Foster esperaban con impaciencia órdenes para cooperar con el ejército. En la noche del mismo dia, los unionistas asaltaron resueltamente el fuerte Mc Allister, que fué tomado despues de dos horas de rudo combate, y desde aquel momento, quedando ya libre la bahía, pudieron penetrar en ella los buques de la Union. Sherman fué inmediatamente á ver á Dahlgren, y habiendo manifestado éste que no llevaba cañones de grueso calibre, enviáronse á buscar á Hilton Head treinta piezas del sistema Parrot, á fin de bombardear la ciudad sin pérdida de tiempo. En 17 de

1864.

diciembre, y cuando Sherman tuvo en su poder todo el tren de batir, se intimó al general Hardee la rendicion, pero habiéndose negado éste á escuchar proposiciones, dióse órden á Slocum para que situara convenientemente las baterías y rompiese el fuego apenas se le diese la señal. Sherman fué entre tanto á ponerse de acuerdo con Foster, que estaba en Hilton Head, para que se cortase la retirada al enemigo si intentaba retirarse á Charleston, pero al regresar, en la mañana del 21, supo que la noche anterior habia evacuado la ciudad el general Hardee con todo su ejército, cruzando luego el rio con pontones, y siguiendo la direccion de Charleston. Era de todo punto inútil pensar en la persecucion, pues seguramente Hardee se hallaria ya muy lejos, mas en cambio los unionistas entraron en la ciudad á la mañana siguiente, y vieron que el ar-

senal estaba destruido, así como tambien dos buques blindados, muchos barcos pequeños y una considerable cantidad de municiones de todas clases. Como el bombardeo no habia empezado aun, la ciudad estaba intacta, y en ella se encontró un inmenso material de guerra, ciento sesenta y siete piezas de artillería y una gran cantidad de algodón. Este rico botin, con la ciudad misma, que era uno de los mayores puertos del Sur, constituia un brillante trofeo y coronaba con un triunfo mas la marcha de Sherman á través del continente.

El ejército federal habia perdido hasta entonces, desde el primer dia que se puso en movimiento, quinientos sesenta y siete hombres, es decir, sesenta y tres muertos, trescientos cuarenta y cinco heridos, y ciento cincuenta y nueve estraviados, apoderándose en cambio de mil trescientos veintiocho prisioneros y ciento sesenta y siete cañones; y es de advertir que se gastaron muy pocas municiones, y que los sesenta y cinco mil hombres y diez mil caballos del ejército unionista encontraron suficientes víveres para alimentarse durante su marcha. Sin contar el numeroso ganado de todas clases, las gallinas, patatas, arroz y otros artículos de que se proveyó el ejército en las varias poblaciones por donde pasó, apoderóse además de cinco mil caballos y cuatro mil mulas, que se utilizaron perfectamente en el servicio nacional, y en cuanto al algodón, habíanse quemado veinte mil balas y se cogieron veinticinco mil en Savannah. Mas de diez mil negros, entre los que se contaban muchas mujeres y niños, habian sido puestos en libertad, y se les permitió que siguieran al ejército para librarles de la venganza de sus amos.

En resúmen, la gran marcha de Sherman, que obtuvo un éxito feliz, y que hubiera producido mas ventajosos resultados si se hu-

biese podido poner este ejército en combinación directa con el del Norte, merecía ser ciertamente admirada y celebrada como lo fué, pues constituía una novedad en la guerra americana. Aquella era la primera vez que un ejército tan numeroso se atrevía á separarse á tan gran distancia de una línea férrea ó de un río navegable, y á permanecer mas de un mes lejos de la línea de retirada, viviendo á costa del país.

Seguro ya de haber ahuyentado á todos sus enemigos, Sherman anunció su triunfo al Presidente con la siguiente carta:

«Permitidme que os ofrezca como aguiinaldo la ciudad de Savannah con ciento cincuenta piezas de artillería, una considerable cantidad de municiones y veinticinco mil balas de algodón.»

El Presidente contestó del modo que sigue y á correo vuelto:

«Departamento ejecutivo.

» *Washington 26 de diciembre de 1864.*

» Mi querido general Sherman: muchas, muchas gracias por vuestro regalo de Navidad; es un magnífico obsequio. Cuando os disponiais á salir de Atlanta para dirigiros á la costa del Atlántico, os confieso que estaba inquieto, ya que no alármado, pero conociendo que sabriais muy bien á qué ateneros, y recordando que si nada se arriesga, nada se gana, no quise intervenir. Ahora que habeis llevado á cabo vuestra empresa con el mejor éxito, todo el honor es vuestro, é incluyendo en cuenta la victoria del general Thomas, como en justicia se debe hacer, no hay duda que hemos obtenido un gran triunfo.

» No solo hemos dado un gran paso para conseguir el objeto apetecido, sino que acabais de demostrar al mundo que podiais dividir vuestro ejército para acometer con una

parte de él una gran empresa, dejando atrás otra para contener á vuestro principal enemigo, que era el general Hood. De este modo, los que aun dudaban de nuestro poderío podrán ver las cosas bajo su verdadero punto de vista.

» Hacedme el favor de dar las gracias en mi nombre á todos los oficiales y al ejército en general.

» Soy vuestro afectísimo,

» *Abraham Lincoln.*»

Pocos dias antes de haberse apoderado los federales de Savannah, partieron del Mississippi dos expediciones á fin de distraer la atencion del enemigo é impedir que se concentrase contra Sherman: la una, á las órdenes del general Dana, salió de Vicksburg en 25 de noviembre, y al llegar á Big Black trabó una encarnizada refriega con un numeroso destacamento del enemigo, que trató de cerrarle el paso, y al que puso en dispersion despues de una hora de lucha; y la otra, al mando del general Davidson, se dirigió desde Baton Rouge á Tangipahoa, donde cometió varios destrozos en los puentes y la vía férrea sin encontrar gran resistencia. En 27 de diciembre, y por orden de Dana, **1864.** salió de Memphis el general Grierson con tres mil quinientos ginetes y se dirigió á Tupelo para cortar la línea hasta Okolona, lo cual consiguió sin encontrar resistencia, y capturó de paso treinta y dos carros cargados de municiones destinadas para el ejército de Hood. En Okolona interceptó Grierson varios despachos del general Dick Taylor, en los que se prometian refuerzos para los confederados, y habiendo sabido además que en una estacion conocida con el nombre de Egipto, se acababa de atrincherar un destacamento enemigo, compuesto de dos mil hombres, dirigióse contra él acto continuo y le

atacó resueltamente. Cuando mas empeñado estaba el combate, llegaron dos trenes con refuerzos para los separatistas, pero Grierson se interpuso entre estos y el enemigo con quien se batia, consiguiendo rechazar al último y dispersar á los que venian en su auxilio.

El general Foster habia recibido entre tanto una órden previniéndole hiciese una demostracion en favor de Sherman, á quien se esperaba en Pocotaligo, y aun cuando no contaba sino con cinco mil hombres, marchó á Boyds Neck, en cuyo punto destacó al general Hatch para que ocupara la via férrea de Charleston y Savannah. Hatch, que no conocia bien el terreno, tuvo la mala suerte de estraviarse antes de llegar á su destino, y atacado por las avanzadas de un pequeño cuerpo de ejército que estaba atrincherado en Honey Hill, atacó resueltamente la posicion, pero sufrió una sangrienta derrota, perdiendo en el combate setecientos cuarenta y seis hombres entre muertos y heridos. Cuando Foster supo la derrota de Hatch destacó dos brigadas que marcharon á Devaux Neck, y á un tiro de fusil del camino de hierro, ocuparon una fuerte posicion, donde debia concentrarse el resto de las tropas. Allí supo Foster, en 31 de diciembre, que Sherman acababa de presentarse delante de Savannah, é inmediatamente se puso en marcha en direccion á Ogeechee, donde permaneció por órden superior hasta la retirada de Hardee, que le permitió ocupar sin resistencia las fortificaciones que tenian los confederados en Pocotaligo. Foster se disponia ya á continuar las operaciones militares bajo las órdenes de Sherman, cuando á causa de una herida que le molestaba mucho, solicitó retirarse por entonces del servicio y fué reemplazado por el general Gillmore.

El general Sherman permaneció un mes en Savannah, durante el cual se ocupó en reorganizar su ejército y hacer varios preparativos para continuar las operaciones. En 15 de enero de 1865 se embarcó todo el cuerpo de ejército de Blair para dirigirse por Hilton Head á Pocotaligo, con objeto de atacar á Charleston cuando llegase el momento, y entre tanto el general Slocum, con la caballería de Kilpatrick, se dirigia por el Savannah, en direccion á Sister's Ferry y Augusta. El general Sherman continuaba pues con su estrategia favorita, que consistia en obligar al enemigo á dividir sus fuerzas, y distraer su atencion á fin de impedirle que se concentrara para atacar al ejército unionista en aquella region inhospitalaria.

Las incesantes lluvias de la estacion habian aumentado de tal modo la corriente del rio, que este se desbordó, inundando los campos y caminos, y habiéndose roto el puente de barcas del general Slocum, fué forzoso suspender las operaciones al menos por quince dias. Por fin, cuando las aguas volvieron á su cauce, todo el ejército de Sherman se puso en movimiento, y en 1.º de febrero, los generales Slocum y Kilpatrick cruzaron el Savannah por Purysburg, y se dirigieron á Beaufort's Bridge, para simular un ataque contra Augusta, mientras la otra division del ejército marchaba rápidamente en direccion al Edisto con el objeto de flanquear á Charleston, y obligar á los separatistas á evacuar la plaza, lo cual harian indudablemente cuando se vieran amenazados de un sitio en regla.

El territorio de la Carolina del Sur es por lo general tan pantanoso, y se hallaba entonces tan cubierto de agua, que el enemigo no creia posible que el ejército de Sherman pudiese atravesar de un punto á otro, mas á pesar de esto, los confederados no perdonaron

esfuerzo alguno para aumentar las dificultades que podian oponerse á la marcha de los invasores, y no contentos con interceptar los caminos, amontonando troncos de árboles, la caballería de Wheeler se preparó á hostigar á las tropas de Sherman, en tanto que una brigada de infantería tomaba posicion cerca del Salkehatchie con el objeto de entorpecer el paso á los unionistas cuando intentaran cruzar. Todo esto no bastó sin embargo para detener á los federales, pues

el 3 de febrero, las divisiones de **1865.** Mower y Smith tomaron á viva fuerza el puente conocido con el nombre de River's Bridge, rechazando al enemigo, que se retiró á Branchville. Este combate costó á los federales diez y ocho muertos y setenta heridos, pero en cambio destruyeron todos los puentes del Edisto; el general Kilpatrick, escaramuceando con Wheeler, llegó hasta Aiken, muy cerca de Augusta, y ya el 11, todo el ejército de Sherman se hallaba ocupando la línea férrea, totalmente inutilizada, teniendo en jaque las fuerzas que cubrian dicha poblacion, así como tambien las de la guarnicion de Charleston.

En Orangeburg, que dista trece millas de Branchville, hubo luego algunas escaramuzas á causa de haber intentado los separatistas cerrar el paso á sus enemigos cuando trataban de cruzar el Edisto. Al efecto habian levantado una batería detrás de un parapeto, hecho con balas de algodón y sacos de arena, mas ya se comprenderá que esto no ofrecia suficiente resistencia, puesto que una sola carga bastó para tomar las piezas y desalojar á los separatistas. Las tropas de Sherman cruzaron pues, el Edisto, entre el estruendo de la fusilería y el estampido del cañon, mas al llegar al Congaree, encontraron de nuevo resistencia por estar el puente enfilado por la batería de un fuerte que te-

nian los separatistas cerca del rio: el general Woods, cuya division formaba la vanguardia, dispuso entonces que la brigada Stone diese un rodeo y fuera á sorprender el fuerte cruzando por un vado que habia á cierta distancia, órden ejecutada con tal acierto, que poco despues era tomada la posicion del enemigo, el cual apeló á la fuga, y por la noche todas las tropas ocupaban el puente del Congaree, que está cerca de Colombia. La segunda division del ejército, á las órdenes de Slocum, hubo de luchar con no pocas dificultades para cruzar el Savannah, cuya corriente iba muy crecida, sin contar que la caballería de Wheeler no omitió esfuerzo alguno para oponerse al paso de las tropas, pero gracias á la actividad de Kilpatrick, venciéronse todos los obstáculos, y la segunda division del ejército unionista se halló bien pronto en la orilla opuesta. Los defensores de Augusta, que temian ser atacados de un momento á otro, acababan de reunir todas las fuerzas de la milicia de Georgia para defender la plaza, mas no era este suficiente motivo para intimidar á Sherman, pues los restos del ejército de Hood no habian llegado aun, y no temiendo por lo tanto ser molestado, Slocum pudo cruzar los numerosos pantanos que rodean el Edisto, y fué á concentrarse en Lexington, cerca del Saluda, que dista pocas millas de Colombia. El general Howard llegó algunas horas despues á las orillas del citado rio, cruzó sin dificultad ninguna, y á la noche siguiente echó un puente sobre el Broad, que se halla solo á tres millas de dicha ciudad, haciendo inmediatamente sus preparativos para que se efectuara el paso de las tropas con el mejor órden al otro dia. El número de los defensores de la plaza era tan reducido, que ni remotamente podian pensar en oponer **1865.** resistencia, y así es que en la mañana del 17

de febrero el gobernador la entregó al coronel Stone, el cual dispuso que sus tropas la ocuparan militarmente. Poco despues entraron en Colombia Sherman y Howard; los habitantes circulaban por las calles, al parecer sin temor ninguno, y por lo que hace al resto del ejército, tomó sus posiciones en los alrededores de la plaza, y algunas fuerzas ocuparon el camino de Camden. Llegada la noche, no obstante, y aunque habia reinado la mayor tranquilidad durante el dia, vióse la ciudad envuelta en un mar de llamas, cuyo suceso dió lugar á que los generales Sherman y Wade Hampton se dirigieran mútuas recriminaciones, acusando el uno al otro de ser autor de aquella espantosa conflagracion. Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos, copiaremos á continuacion dos ó tres informes distintos en que se da cuenta del hecho. Hé aquí lo que decia Sherman:

«Antes de la ocupacion de la ciudad redacté algunas órdenes para el general Howard, el cual debia comunicarlas á sus tropas, y en ellas prevenia que se destruyeran los arsenales, las vias férreas, los almacenes militares, y en fin, todo aquello de que pudiera utilizarse el enemigo en perjuicio nuestro, pero cuidando muy particularmente de respetar las casas, colegios, escuelas, asilos públicos y toda clase de establecimientos de beneficencia. Yo fui el primero que cruzó el puente de barcas, y acompañado del general Howard, entré en la ciudad para ver qué aspecto presentaba: el cielo estaba despejado, pero soplaba un violento huracan; la brigada del coronel Stone habia tomado sus posiciones en la ciudad; los paisanos y los soldados transitaban por las calles, y en general, reinaba el mejor orden. El general Wade Hampton, jefe de la caballería confederada, á quien no se ocultaba que los unio-

nistas tardarian muy poco en apoderarse de la plaza, habia mandado que se sacara á la calle todo el algodón, tanto público como privado, y se quemara desde luego para evitar que cayese en manos del enemigo. En cumplimiento de esta orden, reuniéronse un sinnúmero de balas de algodón en diferentes puntos de la ciudad, é inmediatamente se empezó á cortarlo para quemarlo despues. El viento, que segun ya he dicho, era muy fuerte, hacia volar los pedazos de algodón, que parecian copos de nieve, y se quedaban algunas veces enredados en las hojas de los árboles ó penetraban en las casas; yo ví que algunas balas estaban ardiendo en el centro mismo de la ciudad, pero segun supe, pudo extinguirse el incendio, merced al auxilio que prestaron nuestras tropas. Durante el día pasó por la ciudad uno de nuestros cuerpos de ejército, y fué á ocupar el camino de Camden, mientras las demás fuerzas tomaban posicion en los alrededores de la plaza. La caballería se hallaba á dos millas de distancia.

» Antes de que los soldados pegaran fuego á ningun edificio, habíase empezado á quemar el algodón en varios puntos, segun lo mandado por Hampton, y como el viento arastraba partículas encendidas que se desprendian de las hogueras, comunicóse el fuego á varios edificios, de tal modo, que llegada la noche, no fueron suficientes para extinguirlo los esfuerzos de toda una brigada. Bien pronto llegó el resto de la division Wood para prestar auxilio, pero ya nada bastó para contener al devorador elemento, que á media noche dominaba en la ciudad, convirtiendo una parte de ella en un mar de llamas. Hasta las cuatro de la madrugada, hora en que cesó el viento, no fué posible apagar aquel terrible incendio. Yo no me retiré en toda la noche del lugar de la

catástrofe, y ví á los generales Howard, Logan, Wood y otros hacer los mayores esfuerzos para salvar las casas y proteger á las familias, que se encontraban repentinamente sin abrigo y sin amparo. Esta es la verdad del hecho, y por lo tanto, rechazo toda acusacion contra mi ejército, asegurando al mismo tiempo que á nosotros se debe la conservacion de lo que aun queda de Colombia. Así pues, el general Wade Hampton es el único responsable de ese siniestro; yo no creo que su intencion haya sido pegar fuego á la ciudad, pero fué una locura por su parte, y hasta una falta de buen criterio, adoptar una medida cuyas consecuencias podian ser funestas. Nuestros oficiales y soldados trabajaron cuanto es posible para extinguir el incendio, pero otros que no estaban de servicio, y principalmente los prisioneros á quienes pusimos en libertad al llegar á Colombia, contribuyeron sin duda á propagar las llamas, complaciéndose seguramente en la destruccion de la capital de la Carolina del Sur.»

Bien vemos por el informe que antecede, que el general Sherman no acusa á Hampton de haber querido incendiar la ciudad que ya no podia defender, así como tampoco niega que algunos de sus sôldados ó de los prisioneros pûestos en libertad, contribuyeran á estender la conflagracion. Tampoco Beauregard, que era el jefe de Hampton, y que dispuso la evacuacion de Colombia, hizo cargo alguno á Sherman, ni el mismo Pollard, que no deja de aprovechar cuantas ocasiones se le presentan para censurar á los aborrecidos *yankees*, se atreve á lanzar una acusacion contra el jefe unionista, si bien parece indicar que solo de él fué la culpa. Hé aquí cómo refiere el hecho:

«Una bandera blanca, izada en la casa de la ciudad, anunció la rendicion de Colombia:

poco despues, precedido por las bandas de tambores y por la música, con las banderas desplegadas y gran aparato militar, penetró el ejército *yankee* por la calle Mayor, dirigiéndose á la plaza del Capitolio.

»Apenas se hubo posesionado el enemigo de la plaza, comenzó una espantosa escena de saqueo y pillaje; los merodeadores y toda la chusma que seguia al ejército, invadieron al momento las calles y las casas; el que necesitaba un par de botas se las quitaba al primero que encontraba al paso; todos buscaban relojes, y á varias señoras les robaron los suyos, llegando hasta el caso de que les arrancaran los pendientes y les sacasen los anillos de las manos, valiéndose de amenazas. No hubo mueble que no se sometiera al mas escrupuloso registro para ver si se encontraban joyas ó efectos de algun valor, y hasta en los jardines, en los sótanos y en las chimeneas de las casas se revolvió y se trastornó todo con la esperanza de hallar alguna cosa escondida por los dueños. Una cuadrilla de ladrones de profesion no hubiera podido hacer mas. El reverendo Mr. Shand, uno de nuestros mas venerables sacerdotes, que se dirigia al colegio de la Carolina del Sur, conduciendo un gran cajon, el cual encerraba los efectos para el servicio divino, todos de plata maciza, fué acometido por un *yankee* y un negro, que amenazándole de muerte, le obligaron á que lo entregase.

»La conflagracion, que redujo á cenizas una parte de la ciudad, comenzó al anochecer cerca de la cárcel, y como soplaba un violento huracan, se propagaron al poco las llamas de tal modo, que ya no fué posible contener el progreso de aquel elemento devorador. Desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada ofreció la ciudad un aspecto tan grandioso como imponente; el cielo parecia adquirir poco á poco un color

rojizo cada vez mas intenso; miles de chispas volaban en todas direcciones, y el estruendo de los tabiques que se hundian ó de las paredes que se derrumbaban, infundia pavorosa tristeza. El aire era tan ardiente que parecia salir de un horno encendido; por muchas calles no se podia pasar; hombres, mujeres y niños corrian en todas direcciones aturdidos y como fuera de sí; todos los efectos que se arrojaron de las casas para salvarlos, sirvieron de pasto á las llamas ó fueron robados en el acto, y por último, vióse á muchos soldados del ejército federal, que embriagados completamente, recorrian la ciudad con teas incendiarias para pegar fuego á las casas que se habian salvado. Mas de cuatro mil ciudadanos quedaron sin hogar y sin amparo; desde la Casa de la Ciudad hasta Cotton Town, todo era un monton de ruinas ennegrecidas y humeantes, y de algunas calles de la ciudad ni siquiera quedaban restos. Despues de terminar la destruccion de Colombia, Sherman continuó su marcha hácia el Norte.»

Como la rendicion de Colombia ponía en peligro á Charleston con todos sus fuertes, el general Hardee no creyó prudente permanecer en esta última plaza, puesto que no tenía á su disposición suficientes fuerzas para oponer una formal resistencia al enemigo, pero antes de la evacuacion, hizo destruir todo cuanto en su concepto podia ser de alguna utilidad al enemigo. No habiéndose achacado esta vez á los unionistas los daños que se cometieron, copiaremos la relacion de Pollard, que servirá de pieza justificante. Hé aquí cómo se espresa:

«La rendicion de Colombia bastaba para indicar cuál sería la suerte de Charleston, y el general Hardee, viéndose flanqueado y reconociendo que era llegado el momento de reunirse con Beauregard y Cheatham para

oponer una formal resistencia á Sherman, resolvió evacuar la ciudad, que tan célebre habia llegado á ser durante la guerra y que tanto codiciaban los *yankees*, pero antes mandó se destruyera todo aquello de que podría utilizarse el enemigo.

»En su consecuencia, antes que las tropas del general Hardee abandonaran á Charleston se pegó fuego á todos los almacenes y edificios donde se tenía depositado el algodón, y aun cuando luego se hicieron jugar las bombas para evitar que se propagasen las llamas, no se pudo dominar del todo el incendio, siendo esto la causa de que padeciese mucho la parte occidental de la ciudad:

»Una terrible catástrofe aumentó los horrores de aquel siniestro: parece que algunos muchachos habian descubierto cierta cantidad de pólvora en el depósito de la vía férrea, y con la intencion de divertirse, fueron echándola poco á poco en las balas de algodón que entonces ardian, mas por desgracia dejaron caer una gran cantidad por el camino, formando sin saberlo una especie de hilo conductor que llegaba hasta el polvorin de la ciudad. Fácilmente se comprenderá cuál sería el resultado; una chispa se comunicó á la pólvora, y pocos momentos despues oyóse una espantosa explosion que pareció conmover á Charleston hasta en sus últimos cimientos. El edificio, de donde brotó un mar de llamas y de espeso humo, quedó reducido instantáneamente á un informe monton de ruinas; mas de doscientas personas murieron á consecuencia de la explosion, y luego se encontraron otros ciento cincuenta cadáveres en medio de aquel horno encendido.

»Desde el polvorin se estendió el incendio rápidamente y fué á comunicarse con otros edificios, amenazando destruir toda aquella parte de la ciudad; cuatro plazas, que comprendian el área limitada por las calles de

Chapel, Alexander y Washington, quedaron completamente reducidas á cenizas antes de que se consiguiera cortar el incendio.

»La destruccion proyectada por Hardee habia sido tan grande como se pudiera desear: todos los almacenes de algodon, depósitos, arsenales, puentes y vias férreas, así como tambien dos buques blindados y otros barcos pequeños, fueron pasto de las llamas, y además se clavaron doscientos cañones que no se pudieron llevar los separatistas.

»Los *yankees* ocuparon á Charleston el dia 18 de febrero, pero ya la ciudad estaba ennegrecida por el humo del incendio; **1865.** en todas partes se veian evidentes señales de ruina y destruccion, y el aspecto de los edificios era una prueba elocuente del heroismo del pueblo. Un corresponsal *yankee*, que habia entrado en Charleston con el ejército triunfante, describia del modo siguiente la escena que se ofreció á su vista: «No ví ni un solo edificio que no tuviera la señal de algun balazo; algunas casas estaban deshabitadas y carecian de ventanas ó de puertas por haber reventado en el interior alguna bomba; por do quiera se veian ruinas; las iglesias de San Felipe y San Miguel tenian destrozadas su media naranja, sus paredes estaban atravesadas por diversos puntos, hechas pedazos sus columnas y demolidos algunos de sus altares. Desde la calle de la Bahía hasta la de Calhoun, los proyectiles del ejército federal habian sembrado la muerte y la destruccion.»

Tan pronto como el teniente coronel Bennett, gobernador militar de la isla de Morris, recibió noticia de haber evacuado los separatistas á Charleston, despachó algunos mensajeros, previniéndoles fuerán á informarse al fuerte Moultrie acerca de la verdad del hecho; al llegar aquellos á cuarenta varas de distancia del fuerte Sumter, encon-

traron algunos músicos del ejército de Hardee, que se habian quedado atrás, los cuales confirmaron la noticia de haber sido abandonada la ciudad. Poco despues se ordenó al mayor Hennessy que marchara inmediatamente al fuerte Sumter é izase en él la bandera unionista, lo cual se hizo sin pérdida de tiempo, despues de tomar posesion de los fuertes Ripley y Pinckney, cuyos cañones se hallaban aun en muy buen estado. Á eso de las diez de la mañana del 18 de febrero, Bennett llegó á la ciudad, que aun **1865.** no habia acabado de evacuar el enemigo, y acto continuo se hizo la entrega al mayor Macbeth. Al poco tiempo llegaron algunas fuerzas unionistas, que se ocuparon activamente en apagar los fuegos, y así pudo salvarse de las llamas un magnífico arsenal y grandes cantidades de arroz que se distribuyeron entre los pobres de la ciudad. Entre tanto evacuaban los separatistas á Georgetown: el general Hardee, con doce mil hombres reunidos en la Carolina del Sur, se apresuraba á cruzar el Santee y el Pedee antes de que Sherman tuviese tiempo de atacarle, pero éste no pensaba ni remotamente en cerrarle el paso, porque se habia propuesto otro objeto muy distinto.

El general Gillmore, que mandaba entonces en la costa, manifestó en su informe que el número de cañones cogidos en Charleston y sus fuertes ascendia á cuatrocientos cincuenta, muchos de ellos de escaso calibre, y siete rayados, de construccion extranjera. Tambien se encontró una gran cantidad de municiones, ocho locomotoras y muchos wagoes, que salvados del incendio, quedaron en poder de los vencedores.

Antes de seguir adelante en la narracion de la gran marcha de Sherman, y como quiera que se haya hablado mucho de la devastacion de la Carolina del Sur por el

ejército unionista, parécenos conveniente *haber sobre este punto algunas aclaraciones,* mas para ello, y para la mejor inteligencia *del lector, forzoso será copiar tres de los* principales artículos de la orden general del día que publicó Sherman antes de ponerse en marcha, para que tanto los jefes como las tropas de su ejército supieran qué conducta deberian observar. Hé aquí cuáles eran los tres artículos citados:

«IV.—El ejército vivirá sobre el pais durante la marcha, y al efecto cada brigada organizará una partida de forrajeadores á las órdenes de uno de los mejores oficiales, el cual cuidará de que en los carros haya siempre víveres y forraje lo menos para diez dias. Se prohíbe á los soldados que no sean de estas partidas penetrar en las habitaciones ó cometer daño alguno; en cambio cuando se detenga el ejército, se les permitirá recoger legumbres así como tambien ganado, *pero sin alejarse hasta perder de vista al* ejército.

»V.—Los jefes de los cuerpos de ejército quedan autorizados para destruir los molinos, las casas, los almacenes, etc., pero se atenderán á las reglas siguientes: en los distritos en que el ejército no sea molestado, se prohíbe cometer daño alguno, pero allí donde las guerrillas entorpezcan nuestra marcha, ó donde los habitantes quemén los puentes ú obstruyan los caminos, cometiendo otros actos de hostilidad, los citados jefes de los cuerpos de ejército usarán de represalias como lo juzgaren conveniente.

»VI.—La caballería y la artillería podrán apropiarse sin escepcion alguna los caballos, las mulas y los coches de los habitantes, distinguiendo sin embargo entre los ricos, que son generalmente hostiles al ejército, y los pobres industriales, por lo regular gente pacífica que se muestra neutral. Las partidas

de forrajeadores podrán tambien coger *caballos y mulas para reemplazar los que se inutilicen, absteniéndose siempre de hacer amenazas; los oficiales darán recibos por escrito cuando se exigieren, y cuidarán de dejar á cada familia una parte razonable de su propiedad.»*

Segun era de esperar, los habitantes quemaron puentes y obstruyeron caminos, cometiendo otros actos hostiles en sus respectivas localidades, y como es de suponer, tambien las tropas, en cumplimiento de la orden recibida, usaron de represalias en mayor ó menor escala, segun el daño cometido por los partidarios de la Confederacion. Prescindiendo de esto, debe tenerse en cuenta que el mero hecho de tener que mantenerse un ejército á costa del pais, bastaba para su devastacion, pués las tropas de Sherman, semejantes á una nube de langostas, devoraban todos los comestibles, apoderándose muchas veces de lo que no era para comer. Por esto el general Sherman decia en su informe lo siguiente al hablar de las partidas de forrajeadores:

«Al desempeñar su cometido, cierto es *que ocasionaron varios daños, é hicieron algunas cosas que no debian haber hecho, pero en resúmen, puede decirse que han satisfecho las necesidades del ejército con tan poca violencia como era posible y sin ocasionar mas pérdidas que las que yo calculaba.»*

Naturalmente, á los que sufrieron en sus intereses, viéndose mas ó menos perjudicados, no les pareció la *violencia poca* ni la *pérdida pequeña*, pero á decir verdad no hubo muchas quejas respecto á los destrozos cometidos por el ejército unionista. La Carolina del Sur, por ejemplo, fué el Estado que mas sufrió, pues en aquella region la poblacion está mas diseminada que en la Georgia Central, la gente es mas pobre y

los víveres no abundan tanto como en otros puntos. Debe tenerse sobre todo en cuenta, que la Carolina del Sur habia sido la cuna de la guerra civil; los soldados sabian muy bien esto, y como era natural, inspirábaseles mas animosidad este Estado que ningun otro, por lo cual no es estraño que cometiesen allí algunos abusos. Los soldados se apoderaron de algunos relojes y joyas que, segun dijeron luego, habian encontrado escondidos en algun pantano, y aun cuando es de presumir que no fueron á buscarlos tan lejos, es lo cierto que no habrian dejado de hallar cualquier objeto de valor por muy oculto que estuviese, pues nada quedó por registrar. Algunos soldados, poco escrupulosos, organizaron partidas sueltas que, adelantándose á las columnas, exploraron el territorio en todos sentidos, trabando á veces combates de mas ó menos importancia, pero mas bien que esto, preferian saquear una casa cuando les era posible hacerlo. En una palabra, puede asegurarse que en ningun punto hubo tanta devastacion como en la Carolina del Sur, á pesar de que en este Estado no fué ni con mucho tan obstinada la lucha como en otros.

Hecha esta aclaracion, sigamos al ejército unionista en su triunfante marcha. El general Kilpatrick, seguido de una fuerza de cinco mil sesenta y ocho hombres, con una pequeña brigada y seis piezas de artillería, se habia dirigido hácia Aiken con el objeto de hacer creer al enemigo que Sherman se proponia marchar sobre Augusta, pues de este modo era de presumir que la caballería de Wheeler trataria de salirle al encuentro dejando libres los pasos del Edisto. Al efectuar este movimiento, una de las brigadas que mandaba el coronel Spencer tuvo un encuentro cerca de la estacion de Williston con seis regimientos confederados, á los que

puso en dispersion sin sufrir grandes pérdidas, pero entre tanto, la brigada de Atkins, que por orden de Kilpatrick habia marchado sobre Aiken, encontró allí á Wheeler con fuerzas numerosas, y fué derrotada aun cuando trató de oponer una tenaz resistencia. Atacado poco despues el mismo Kilpatrick por la caballería de Wheeler, la derrotó á su vez, y conseguida esta victoria, marchó apresuradamente en direccion á la línea férrea de Lexington y Augusta. En 19 de febrero cruzó el general Kilpatrick por Broad River (Rio Ancho), y se **1865.** acercó á Chesterville, donde supo que Wheeler se habia reunido con Wade Hampton y ocupaba el camino de Charlotte y Raleigh, por donde creian los confederados que pasaria Sherman. Los separatistas, no obstante, pudieron convencerse á poco de que se habian engañado, pues si bien el ala izquierda de los federales se estendia hasta Chesterville, este no era sino un movimiento simulado, y prueba de ello es que todo el ejército volvió apresuradamente hácia la derecha, cruzó el Catawba en 23 de febrero, y despues de hacer alto durante dos dias, para esperar á Slocum, que se habia retrasado algun tanto, continuó su marcha sin perder un momento. El 6 de marzo, las dos grandes divisiones se reunieron en la orilla Oriental del Gran-Pedee, y despues de haber atravesado esta corriente, el ala derecha por Cheraw, y la izquierda, con la caballería, por Sneedsboro, fueron á concentrarse en Fayetteville, á cuyo punto llegó el ejército el dia 11 de marzo, dejando al grueso del ejército enemigo hácia la izquierda. Como las continuas lluvias y los numerosos pantanos de aquella region habian retrasado la marcha de las diversas columnas del ejército unionista, creíase que el general Hardee estaria ya en Fayetteville dispuesto á oponer resis-

tencia, pero luego se supo que al acercarse la division Blair, habia emprendido la retirada despues de quemar un puente. Mientras se practicaba este movimiento, la caballería unionista y la confederada no dejaron de escaramucear un solo dia, y en uno de los diversos combates que se trabaron, Kilpatrick se vió muy espuesto á quedar prisionero.

Hampton habia conseguido enganar al general Atkins, que seguia á cierta distancia á Kilpatrick, y tomando un atajo, cayó de improviso con toda su caballería sobre este jefe y Spencer, á los que derrotó en muy poco tiempo cogiéndoles todos sus cañones. Spencer y la mayor parte de los oficiales del estado mayor de Kilpatrick quedaron prisioneros, y por casualidad pudo escapar á pié este último jefe, quien, no obstante, consiguió reunir luego á los fugitivos, y cuando el enemigo se ocupaba en saquear su campamento, cayó sobre él repentinamente, recobró las piezas y dispersó á los separatistas. Hampton hizo todos los esfuerzos posibles para apoderarse de nuevo de lo que habia ganado y perdido en tan poco tiempo, pero Kilpatrick se mantuvo firme en su posicion hasta que llegó en su auxilio el general Mitchell.

El general Kilpatrick llegó el 11 de marzo á Fayetteville, donde, segun ya hemos dicho, acababa de concentrarse el **1865.** ejército unionista. Poco despues arribaron, procedentes de Wilmington, dos buques de guerra, con noticias de la toma de aquella ciudad y de todo lo que habia ocurrido durante las seis semanas que el ejército unionista estuvo abriéndose paso á través de los numerosos pantanos y de las crecidas corrientes de la Carolina del Sur. En Colombia no habia sido posible averiguar nada á causa de la hostilidad del pueblo y del in-

endio que ocurrió, pero ya se hallaba Sherman en un punto desde donde podia comunicarse con el Gobierno y los demás generales.

Sherman se detuvo tres dias en Fayetteville, y mandó destruir desde luego el arsenal y las costosas máquinas mandadas traer algun tiempo antes de Harper's Ferry, pero no olvidó que debia conceder algun descanso á su ejército, con tanta mas razon, cuanto que habiamotivos para esperar que de un momento á otro se encontraria mas resistencia de la que ofrecieran los pantanos, las corrientes y los elementos. El general Hardee se habia puesto ya en marcha, á no dudarlo, por Savannah y Charleston, Beauregard por Colombia, Cheatham por el Tennessee, y las considerables fuerzas reunidas por estos jefes en la Carolina del Norte, juntamente con las de Bragg y Hoke, y la caballería de Wheeler y Hampton, compondrian cuando menos un ejército de cuarenta mil hombres, en su mayor parte veteranos, á las órdenes del entendido é infatigable general Johnston. Asi, pues, era llegado el momento de obrar con suma prudencia, cuidando sobre todo de que las columnas permanecieran concentradas á fin de evitar una sorpresa ó un desastre.

Fiel á su sistema favorito, Sherman destacó cuatro divisiones en 14 de marzo, escoltadas por la caballería de **1865.** Kilpatrick, previniendo á sus jefes que se dirigieran hácia la parte Norte de Averysboro, simulando un movimiento sobre Raleigh, mientras que dos divisiones de Slocum y toda el ala derecha marcharian por varios caminos en direccion á Goldsboro, que era verdaderamente el punto donde tenia intencion de concentrarse Sherman. Los caminos estaban tan malos á causa de las incesantes lluvias de la estacion, que fué preciso vencer numerosas dificultades para llevar á cabo

este movimiento. En la mañana del 16, cuando los federales se acercaban al camino que conduce á Bentonville, encontraron una fuerza enemiga de unos veinte mil hombres al mando del general Hardee, la cual ocupaba una estrecha lengua de tierra entre dos rios. La division Ward, que formaba la vanguardia, tomó inmediatamente posicion, levantó una batería, y entre tanto el general Williams dispuso que la brigada Case diera un rodeo á fin de apoderarse por sorpresa de un puesto avanzado del enemigo, lo cual se consiguió despues de un desesperado combate que costó á los separatistas doscientos diez y siete hombres entre muertos y heridos.

Para desalojar á Hardee se necesitaban mas fuerzas de las que tenia á su disposicion el general Ward, y por lo tanto se le reunieron bien pronto dos divisiones del cuerpo de ejército de Slocum, mientras que Kilpatrick concentraba su caballería á la derecha para ocupar el camino de Goldsborough. Al intentar este movimiento, los unionistas fueron atacados por la division confederada al mando de Mc Laws, pero luego se consiguió rechazar al enemigo hasta sus atrincheramientos. El combate cesó llegada la noche, y entonces, aprovechando la oscuridad, pronuncióse el enemigo en retirada, mas en vez de dirigirse por el camino de Raleigh, tomó la direccion de Smithfield. Las pérdidas de Slocum se redujeron á setenta y siete muertos y cuatrocientos setenta y siete heridos, entre los cuales se comprendian las bajas de Kilpatrick; las del enemigo fueron poco mas ó menos las mismas. La division Ward practicó luego un movimiento para hacer creer al enemigo que se trataba de perseguirle, y entre tanto el ejército continuó rápidamente su marcha hácia Goldsborough.

Creyendo Sherman que por el pronto no

habria mas combate con el enemigo, habíase trasladado á el ala derecha con el objeto de llegar hasta Goldsborough para ver á Schofield, pero de pronto llamóse la atencion el estampido de los cañonazos, y no tardó en saber que al acercarse Slocum á Bentonville le habia atacado Johnston con todo el ejército separatista. Á poco llegaron mensajeros de Schofield y de Terry, anunciando el uno, que el primero de dichos jefes se hallaba en Kingston y no llegaria á Goldsboro hasta el 21, y manifestando el otro que Terry seguia tambien avanzando. Inmediatamente se dió orden para que marcharan varias divisiones á reforzar los puntos mas amenazados.

El general Slocum se habia encontrado el 18 de marzo con la caballería de Dibrell, á la cual empezaba á perseguir, cuando cayó en medio del ejército confederado, que puso desde luego en dispersion á las dos brigadas de Carlin que formaban la vanguardia, cogiéndolas tres piezas y varios furgones. Slocum no tuvo entonces otro remedio sino permanecer á la defensiva con las cuatro divisiones que le quedaban, é hizo levantar rápidamente algunas barricadas mientras Kilpatrick entraba en accion por el ala izquierda, la cual resistió seis ataques del ejército de Johnston, causando numerosas pérdidas al enemigo. El general Johnston habia salido de Smithfield durante la noche con la esperanza de batir á Slocum antes de que éste pudiera recibir refuerzos, pero se frustraron sus esperanzas, pues al oscurecer se terminó el combate sin que los separatistas ganaran un palmo de terreno, y antes de la mañana recibió Slocum un refuerzo de dos ó tres divisiones, con las cuales podia ya hacer frente á sus adversarios. Como estos no intentaron nada, Slocum esperó la llegada de Howard, y entre tanto Johnston se atrincheró en una fuerte

1864.

posicion, que formaba una especie de triángulo cuyo vértice estaba frente á Slocum y uno de sus lados á poca distancia de Howard. Sherman se habia aproximado con mucho sigilo á la posicion enemiga, pues acababa de saber que Schofield avanzaria sobre la retaguardia tan pronto como hubiese tomado á Goldsborough, juntamente con el general Terry, que se hallaba á diez millas mas allá, y en 21 de marzo, despues de hacer una ruidosa demostracion frente al ejército separatista, la division Mower dió un rodeo con el objeto de situarse á la retaguardia del enemigo y ocupar el puente de Mill, que era la única línea de retirada. Pero Johnston no era hombre para dejarse coger tan fácilmente, y pareciéndole que no seria juicioso empeñar la batalla contra sesenta mil hombres, contando él apenas con cuarenta mil, abandonó su posicion durante la noche, dirigiéndose á Smithfield y Raleigh, y con tal rapidez, que abandonó los heridos, sin dar tampoco aviso á los piquetes.

Las pérdidas de los federales en el último combate, ascendieron á ciento noventa y un muertos, mil ciento ocho heridos y trescientos cuarenta y cuatro estraviados, total mil seiscientos cuarenta y tres; entre los separatistas hubo doscientos sesenta y siete de los primeros y se les cogieron mil seiscientos veinticinco prisioneros.

No habiendo ya enemigos que combatir por aquel punto, el ejército federal se puso en marcha hácia Goldsboro, donde descansó un poco, en tanto que el general Sherman, despues de visitar á los generales Terry y Schofield, se dirigia rápidamente á City Point

á cuyo punto llegó en 27 de marzo y **1865.** tuvo el gusto de encontrar reunidos al Presidente y á los generales Grant y Meade, los cuales celebraban una conferencia. Sherman dió cuenta de sus operaciones, y

regresó sin perder un momento á Goldsboro, donde ya se hallaba el dia 30.

No pasaremos mas adelante sin referir los acontecimientos que durante el invierno tuvieron lugar en la Carolina del Norte, y que tan señaladamente contribuyeron á poner término á la guerra.

Para aprovechar en todo lo posible el tiempo y favorecer de paso las operaciones militares de Sherman, el Gobierno de Washington habia resuelto apoderarse de Wilmington, puerto de la Carolina del Norte, el mas importante que le quedaba al Sur, y por el cual podia comunicarse con el exterior para esportar algodón en abundancia y recibir armas y municiones. Wilmington era además una plaza importante bajo el punto de vista estratégico, á causa de estar situada en una de las principales líneas férreas entre Richmond y Charleston, y por esto mismo no se ocultaba á los unionistas que una vez dueños de la plaza, podrian establecer en ella un buen centro para continuar las operaciones contra Richmond, impidiendo que su ejército se reuniese con el de Charleston y Savannah. Sin embargo, por la naturaleza de su bahía y de los pasos que conducian á ella, era casi imposible el bloqueo de Wilmington, donde los confederados, principalmente los de Richmond y Petersburg, tenian sus grandes depósitos. Además de esto, su proximidad al puerto inglés de Bermuda, permitia que á cada momento se inutilizara el bloqueo. El puente interior y la ciudad de Wilmington se hallan situados en la orilla izquierda del rio Cape Fear; la bahía, que se estiende de Norte á Sur, casi paralelamente á la costa, está cerrada por la isla del mismo nombre, y por un gran número de islotes pequeños, que por su posicion no son fáciles de vigilar sino desde el fuerte Fisher, que se eleva en la casi isla septentrional y

domina los pasos del Norte. Para apoderarse del fuerte, era de todo punto necesario un ataque combinado por mar y tierra.

Ya en el otoño de 1864, el general Grant habia propuesto á Butler que destacara á los generales Weitzel y Graham para que practicasen un reconocimiento, cuyo objeto seria reconocer la posicion del fuerte Fisher, su fuerza y los medios que podrian emplearse para el ataque con mas probabilidades de éxito. Presentado el informe por dichos oficiales, se acordó atacar el fuerte desde luego por haberse sabido que era entonces muy reducida su guarnicion. Por desgracia, no se pudo reunir hasta el mes de octubre la fuerza necesaria para llevar á cabo esta empresa, pero entonces, la concentracion de la escuadra unionista en Hampton-Roads alarmó al enemigo, que no perdió un momento en reforzar sus obras defensivas, y una vez conocido el plan y el objeto de la espedicion, pareció lo mas prudente aplazar el ataque. Entre tanto, el general Butler, entusiasmado sin duda al leer los detalles de una terrible explosion ocurrida en Inglaterra, y que habia causado inmensos destrozos á una gran distancia del lugar de la catástrofe, concibió el proyecto de llenar un barco de pólvora, y lanzarlo por la corriente contra el fuerte Fisher, calculando, no sin fundamento, que si se atacaba la plaza cuando sus defensores no se hubiesen repuesto aun de la sorpresa que les causaria la explosion, seria mas fácil apoderarse de ella. Segun costumbre, ocurrieron varias dilaciones, pues por una parte, el general Butler recibió un telégrama de Nueva-York dándole ciertas órdenes, y por otra, el general Grant tuvo que ir á Nueva-Jersey á ver á su familia y encargó interinamente del mando á dicho jefe. Cuando Butler volvió á ocupar su puesto, vió que para completar las doscientas cincuenta toneladas de pólvora

que necesitaba, le faltaban aun ciento, las cuales no se recibieron en el fuerte Monroe hasta el mes de diciembre, y así es que hasta el dia 14 no se pudo organizar la espedicion. El almirante Porter, jefe de las fuerzas navales, se hallaba aun en Beaufort el dia 16, á pesar de haberse puesto ya en marcha Butler, y los transportes y las tropas esperaban en la isleta de Masonborough, distante diez y ocho millas de Wilmington.

El general Grant no habia ordenado á Butler que marchase con la espedicion, pues pensaba confiar el mando á Weitzel, pero es indudable que hasta última hora, el general Butler, como autor del proyecto, creyó que él debia encargarse del mando y así lo hizo. El almirante Porter llegó con sus buques de guerra el dia 18, y sin perder momento, dispuso que se cargase la pólvora en el buque destinado para dar el golpe, pero habiendo hecho presente el general Butler que las tropas deberian estar dispuestas para atacar cuando hubiese ocurrido la explosion, Porter dió una contraórden inmediatamente. Parece que los separatistas no se apercibieron hasta el dia 20 de que se proyectaba un ataque, pues si bien divisaron algunos buques mas en alta mar, no creyeron que esto tuviera ninguna significacion, tanto mas cuanto que el fuerte viento que luego se levantó, obligó á los transportes federales á retirarse á Beaufort. Una furiosa tempestad impidió á los buques regresar hasta el dia 26.

El almirante Porter, que no estaba en muy buena armonía con el general Butler, no quiso aguardar la llegada de éste, que estaba en Beaufort, y resuelto á trabajar por su propia cuenta, dispuso que se acercara al fuerte Fisher el brulote que estaba ya preparado. Asemajábase este por su aspecto exterior á uno de esos buques que se

dedican al contrabando, y conducido por el comandante Rhind y algunos marinos, fué abandonado á ochocientos metros del fuerte despues de haberse preparado la mecha. Por una casualidad, un golpe de viento desvió el brulote de la direccion que llevaba, y estalló á cuatrocientos metros del fuerte sin que la guarnicion supiera de qué se trataba. El coronel Lamb, gobernador de la plaza, creyó que se habia reventado algun cañon de la escuadra unionista, y solo por los periódicos supo luego que se habia tratado de volar la fortaleza.

El almirante Porter llevaba consigo treinta y tres buques de guerra, muchos de ellos blindados, y una reserva de otros diez y siete pequeños: á las once y media de la mañana del dia 23 dió orden de avanzar á la escuadra, y poco despues comenzó el bombardeo del fuerte. El *Ironsides*, seguido del *Canonicus*, *Mahopac*, *Minnesota* y casi todos los buques mayores, rompió entonces el fuego, y con tan certera puntería, que á los setenta y cinco minutos se inutilizaron las baterías del fuerte, donde se declaró el fuego por varios puntos á causa de haberse volado el polvorin. El bombardeo duró hasta la caida de la tarde, hora en que llegó el general Butler para encargarse del mando de las tropas.

Á las siete de la mañana del dia siguiente renovóse el bombardeo, que continuó por espacio de siete horas mas, y al que no contestaban los separatistas sino con dos cañones; algunos buques se retiraron entonces de la línea, pero los monitores continuaron el fuego durante toda la noche. Poco despues desembarcaron las tropas á las inmediatas órdenes del general Weitzel, que practicó un reconocimiento á la cabeza de cuatrocientos hombres, y acercándose á ochocientos metros del fuerte, se apoderó de una peque-

ña batería avanzada, defendida por sesenta y cinco soldados.

Weitzel hizo sus observaciones, y convenido de que seria muy difícil de tomar el fuerte sin contar con suficientes tropas para establecer un sitio con toda regla, volvió inmediatamente á reunirse con Butler y le manifestó, que intentar la empresa con seis mil hombres tan solo, seria sacrificar inútilmente á sus soldados. Queriendo Butler cerciorarse por sí mismo, practicó á su vez un reconocimiento, y pareciéndole exactas las apreciaciones de Weitzel, embarcáronse de nuevo las tropas, que volvieron con Butler al *Jacobo*, dejando á la escuadra á la vista de Wilmington. Las pérdidas de los federales durante el bombardeo se redujeron á cincuenta hombres entre muertos y heridos, muchos de ellos por haber reventado seis grandes cañones del tren de batir; los separatistas tuvieron tres muertos y cincuenta y cinco heridos, y, segun dijo el mismo Butler, se les cogieron trescientos prisioneros.

El general Grant quedó muy descontento con este resultado, pues en primer lugar, no fué su intencion confiar á Butler el mando de las fuerzas, y en segundo, habíaselo indicado ya así. En rigor, no podia Grant quejarse de Butler porque Weitzel fué el primero que acordó no asaltar el fuerte, pero sí llevó á mal, y con motivo, que regresase la espedicion sin intentar nada, contrariamente á lo dispuesto en la orden dirigida á Butler con fecha 6 de diciembre, y cuyo contenido era el siguiente:

«*City Point 6 de diciembre de 1864.*

»General: el primer objeto de la espedicion, mandada por el general Weitzel, es cerrar al enemigo el puerto de Wilmington; si esto se consigue, trataremos de apoderar-

nos acto continuo de la plaza. Hay motivos para creer que se obtendrá buen éxito, pues la mayor parte de las fuerzas enemigas se ocupa ahora en buscar á Sherman por Georgia. Las órdenes que habeis dado para organizar la expedicion me parecen bien, escepto en lo referente al punto donde deben embarcarse las tropas; si estas desembarcaran cuando el enemigo se hallara aun en posesion del fuerte Fisher y de las baterías que guardan la entrada del rio, deberán atrincherarse las tropas, y con el auxilio de la escuadra, apoderarse de todos los puntos avanzados. En el caso de que el fuerte Fisher y la punta de tierra donde se eleva, cayesen en poder de nuestra gente poco despues del desembarque, podrá intentarse la toma de Wilmington por sorpresa, pero si se empleara algun tiempo en conseguirlo, veremos despues lo que debe hacerse.

»Quedais encargado de los detalles de la ejecucion, juntamente con el jefe á quien se confía el mando de las tropas, que será el general Weitzel.

»Si por una circunstancia cualquiera no se pudiera efectuar el desembarco cerca del fuerte Fisher, dispondreis que las tropas vuelvan inmediatamente á incorporarse con el ejército que opera contra Richmond.

»El teniente general, *Ulises Grant*.

»Al general Butler.»

Ahora bien, el general Weitzel no tenia conocimiento de esta orden, y por lo tanto no pudo cumplir con ella; si se le hubiese dirigido á él directamente, es indudable que, como jefe de las tropas, la habria obedecido al pié de la letra.

Cuando supo Grant que la escuadra se hallaba aun frente al fuerte Fisher, dispuesta á repetir el ataque, resolvió continuar las operaciones sin perder momento, y organi-

zando una nueva expedicion, confió el mando de ella al general Terry, el cual debia llevar consigo el tren de batir por si acaso llegaba á necesitarse. El general Sheridan recibió al mismo tiempo orden de enviar una division al fuerte Monroe para cooperar en la empresa si se creia conveniente. La nueva expedicion, compuesta en su mayor parte de las mismas tropas que fueron en la primera, salió del fuerte Monroe el dia 6 de enero de 1865, llegó el 8 á Beaufort, donde se detuvo hasta el 12 por causa del mal tiempo, y en la noche de este dia se dirigió á Wilmington, en cuyo punto desembarcó protegida por la artillería de la escuadra. Á la mañana siguiente ya habian saltado en tierra ocho mil hombres bien provistos de víveres, municiones y el tren de campaña necesario para emprender desde luego el ataque.

La primera medida del general Terry fué disponer que se levantara una fuerte linea de defensa á través de la lengua de tierra donde se eleva el fuerte Fisher, á fin de aislar á este completamente é impedir que recibiera refuerzos de Wilmington. Esto se hizo despues de haber practicado algunos reconocimientos; la primera linea se levantó á tres millas del fuerte, pero luego se estrechó mas la distancia, y las tropas tomaron una buena posicion, construyendo un fuerte parapeto que se corria desde el rio al mar. Poco despues comenzó el desembarque de los cañones, y ya á la mañana siguiente estaban corrientes las baterías, de modo que aunque el enemigo hubiese atacado entonces, se le habria opuesto una vigorosa resistencia.

Terminadas todas estas operaciones preliminares, la brigada Curtis avanzó hasta hallarse á seiscientas varas del fuerte, á fin de hacer un escrupuloso **1865.** reconocimiento, y el resultado fué resolver

que se emprendiera el ataque al día siguiente, 14 de enero.

Hasta entonces, solo los monitores habían sostenido el fuego, pero luego se dió orden de avanzar á todos los demás buques, que tomaron posición bien pronto, y haciendo jugar su artillería, apagaron el fuego de las baterías enemigas. Entre tanto, dos mil marineros, armados de cuchillos, carabinas y revolvers, habían desembarcado para cooperar en el ataque por tierra, y acababan de tomar posición á doscientas varas del fuerte, donde esperaban la señal de lanzarse al asalto. Antes de empezar este, la escuadra cambió la dirección de su fuego para cubrir la marcha de las columnas de ataque, que parecían rivalizar en celo y querían anticiparse unas á otras para ser las primeras en escalar las murallas.

Hasta entonces habían sido insignificantes las pérdidas, pero cuando las columnas de asalto estuvieron ya junto al fuerte, no pudo la escuadra continuar haciendo fuego sin esponerse á causar tanto daño á los amigos como á los enemigos, y entonces, los tiradores confederados, á quienes apenas causaban daño alguno las descargas de los cuatrocientos marinos que mas se habían acercado á la fortaleza, hicieron un fuego horroroso, lanzando una nube de metralla sobre los atrevidos sitiadores. De tal modo diezmaban las balas enemigas las filas de la primera columna de ataque, que esta se vió obligada á retroceder, precisamente cuando algunos marinos llegaban al foso y otros trepaban por el parapeto. Sin embargo, aunque rechazados los federales por una parte, habíase ganado mucho terreno, pues entre tanto la brigada del general Curtis, que avanzaba con la columna del general Terry, se pudo acercar al fuerte sin sufrir grandes pérdidas, á pesar del fuego de

enfilada de los sitiados, y después de un combate sangriento, consiguió desalojar á los que defendían la primera empalizada exterior. El general Ames, seguido de la brigada Bell, pudo entonces situarse entre el fuerte y el río, y una vez allí, atacó resueltamente una especie de reducto avanzado donde el enemigo trataba de hacerse fuerte. En este punto se trabó una lucha mortal; unos y otros se batían con el valor de la desesperación, y por un momento pareció dudosa la victoria, mas reforzados al fin los federales con la brigada de Abbott, destacada por el general Terry, consiguieron desalojar al enemigo, que se replegó en el mejor orden.

La defensa, no obstante, era por demás obstinada; hacíase preciso activar el ataque para poner término á la lucha, que ya se prolongaba demasiado, y en su consecuencia se ordenó á la escuadra que rompiera el fuego de nuevo contra aquella parte del fuerte donde acababan de concentrarse los sitiados, á fin de cortarles toda retirada é impedir que se pusieran en comunicación con una batería situada á poca distancia del fuerte. Pero no era ya posible que los confederados, perseguidos hasta sus últimos atrincheramientos, pudieran sostenerse por mas tiempo, y así es que á la media hora, en el momento de caer herido mortalmente el general separatista Whiting, rindióse el coronel Lamb con las tropas que le quedaban. Terry cogió dos mil ochenta y tres prisioneros, ciento sesenta y nueve cañones, muchos de ellos de grueso calibre, unas dos mil armas de todas clases y una inmensa cantidad de municiones y víveres. Á la mañana siguiente los confederados abandonaron el fuerte Caswell, situado al otro lado del río, así como también las estensas obras defensivas de Smithville y Reeve's Point,

que fueron destruidas, de modo que los federales alcanzaron un triunfo completo.

El general Hoke, que tenia á sus órdenes un numeroso cuerpo de tropas, habia estado observando el desembarco de las fuerzas federales á una distancia respetable de la isla, mas no se atrevió á hostilizarlas, aun cuando Bragg esperaba que lo hiciese por hábersele mandado anteriormente. Los jefes separatistas habian tratado de reforzar la guarnicion del fuerte, pero la rapidez de los movimientos de Terry y las acertadas disposiciones del almirante Porter impidieron hacerlo, y así es que Bragg y Hoke tuvieron el sentimiento de ver á sus enemigos apoderarse de aquella formidable posicion desde la cual esperaban rechazar victoriosamente á sus adversarios.

En la mañana del dia siguiente, 16 de enero, y cuando los federales y muchos marineros de la escuadra recorrian el fuerte, **1865.** enorgullecidos aun con su reciente victoria, ocurrió una catástrofe que seguramente consolaria algun tanto á los separatistas por la pérdida que acababan de sufrir. Un imperdonable descuido fué causa de que se incendiara el polvorin, y á consecuencia de la esplosion se voló el fuerte, entre cuyas ruinas se encontraron luego unos doscientos cadáveres y mas de cien heridos. Así quedó destruido uno de los últimos baluartes de la Confederacion, que á cada momento se veia mas estrechada por los ejércitos unionistas.

El general Schofield, que se hallaba aun en Clifton el dia 8 de enero, haciendo sus preparativos para dirigirse á Eastport con su cuerpo de ejército, recibió el dia 14 una orden del general Grant, previniéndole que marchara inmediatamente á Annapolis, como así lo hizo inmediatamente, dirigiéndose desde luego á Cincinnati y Alejandría, en

cuyo último punto le fué preciso detenerse algun tiempo porque se habia helado el Potomac. Por fin, en 9 de febrero, se **1865.** puso de nuevo en marcha y poco despues desembarcó cerca del fuerte Fisher, donde se hallaba el general Terry con ocho mil hombres, ocupando su primera posicion. Los confederados, al mando de Hoke, estaban en el fuerte Anderson, donde no se les habia podido atacar aun por haber manifestado Porter que no le era posible forzar el paso del rio á causa de no tener este suficiente fondeadero para los buques de su escuadra, pero como con la llegada de Schofield se reunia un ejército de lo menos veinte mil hombres, dióse inmediatamente la orden de avanzar contra el fuerte Anderson. Las divisiones de Cox y Ames llegaron bien pronto á Smithville, y reunidas allí con la brigada Moore, siguieron avanzando con objeto de rodear la posicion, y asaltarla antes de que sus defensores tuvieran tiempo de hacer nuevos preparativos de defensa. Los separatistas, no obstante, comprendiendo que no podrian resistirse por mucho tiempo, abandonaron la fortaleza en 19 de febrero, y dejaron en poder del enemigo diez piezas de artillería y muchas municiones. Al dia siguiente se hallaban ya atrincherados un poco mas lejos, pero los federales, que se habian propuesto perseguir al enemigo sin tregua ni descanso, tomaron tambien á viva fuerza la nueva posicion, apoderándose esta vez de trescientos setenta y cinco prisioneros y otras dos piezas de artillería. El general Cox marchó á la mañana siguiente en direccion á Wilmington, á cuya ciudad pensaba acercarse, cruzando el rio Cape Fear.

El general Terry no habia podido avanzar aun contra Hoke, por serle preciso conservar su posicion, pero el movimiento de flanco del general Cox fué decisivo, pues los

separatistas emprendieron la retirada despues de quemar varios vapores, incluso el *Chickamauga* y el *Tallahassee*, todo el algodon y los almacenes militares que habia en *Wilmington*, en cuya ciudad penetró el ejército unionista al dia siguiente, 22 de febrero. La toma de la plaza costó á los unionistas doscientos hombres, pero el enemigo perdió lo menos mil, y dejó en poder de los sitiadores sesenta y cinco piezas de todos calibres y un gran depósito de municiones. El general Schofield no pudo perseguir á Hoke, porque hubiera entorpecido su marcha la conduccion de los bagajes, pero tuvo la precaucion de enviar cinco mil hombres á Morehead para fortificar este punto, del que acaso trataria de apoderarse el enemigo; las divisiones de Coke y Cox se dirigieron luego

á Kinston, y Schofield marchó á Morehead, en cuya ciudad debia concentrar todas sus fuerzas para apoderarse de Goldsboro antes de que reforzaran este punto los separatistas. El general Hoke continuaba entre tanto su retirada, y despues de atravesar el Neuse, quemó el puente á fin de entorpecer la persecucion, pero los federales construyeron luego otro, penetraron en Kinston sin dificultad alguna, y el dia 20 entraban en Goldsboro sin encontrar apenas resistencia.

El resultado de esta campaña no podia ser mas satisfactorio para los unionistas, pero Grant, segun ya hemos dicho, no queria descansar un momento hasta concluir con la guerra, y así es que inmediatamente adoptó sus disposiciones para continuar la campaña, cuyo fin estaba ya muy próximo.



CAPÍTULO XXVII.

1865.

OCUPACION DE ALABAMA.—LA TOMA DE MOBILA.

Wilson en Eastport.—Los federales cruzan el Tennessee.—Derrota de Roddy en Montevallo.—Toma de Selma.—Rendicion de Montgomery.—Buford derrotado por Lagrange.—Wilson se apodera de Colombo por asalto.—Lagrange toma el fuerte Tyler.—Wilson en Macon.—Rendicion de Tuskaloosa.—Canby en Nueva-Orleans.—Los federales avanzan sobre Mobila.—Derrota de Clanton.—Asalto y toma del fuerte Español.—Ataque de Blakely.—Destruccion de las obras defensivas.—Evacuacion de Mobila.

Segun el plan general de campaña adoptado por Grant, los ejércitos de la Union debian efectuar un movimiento por el Norte y por el Sur, cuyo objeto seria recobrar el Estado de Alabama, uno de los que menos se habian devastado desde el principio de la guerra á escepcion de Texas. El general Canby, jefe del departamento militar de Nueva-Orleans, fué el encargado de dirigir las operaciones en el Sur, y las del Norte se encomendaron al general Wilson, que servia á las órdenes de Thomas y habia dado ya repetidas pruebas de ser un jefe tan entendido como valeroso.

Despues de la retirada de Hood del Tennessee, el general Wilson concentró toda su caballería en Eastport, á cuya ciudad llegó

1865. Thomas en 23 de febrero para darle sus últimas instrucciones. Habíase proyectado que una parte de las fuerzas emprendiera una espedicion por las principales

ciudades de Alabama, pero Wilson convenció á su jefe de que convendria mas llevarse toda la caballería, y como la retirada de Hood dejaba suficientes tropas disponibles en el Tennessee, Wilson se puso en marcha á la cabeza de quince mil hombres, entre los cuales solo se contaban dos mil de infantería con seis baterías de montaña. Á consecuencia de las frecuentes lluvias, la espedicion no pudo cruzar el Tennessee hasta el 18 de marzo, y la marcha fué al principio muy lenta, porque Wilson llevaba consigo numerosos bagajes y era pésimo el estado de los caminos. Esta espedicion debia regresar á los dos meses al punto de partida.

Wilson se dirigió primeramente hácia Russellville, Jasper y Elyton, pero las fuerzas se dividian de vez en cuando para volver á reunirse, pues su objeto era abarcar el mayor espacio posible, sobre todo cuando pasaran por la estensa region bañada por los

tributarios del rio Tombigbee. Wilson se proponia atacar primeramente á Colombo, Tuskalooza y Selma.

El general Forrest, comandante en jefe de las fuerzas confederadas de aquel departamento, se hallaba entonces en West Point, cerca de Colombo, de modo que Wilson, que marchaba rápidamente, pudo llegar á Elyton en 30 de marzo sin haber tenido encuentro alguno, y despues de dispersar una escasa fuerza de caballería que trataba de hostigarle, cruzó el Cahawba por Montevallo, donde acababa de concentrarse el enemigo. Las divisiones confederadas de los generales Roddy y Crossland avanzaron á poco por el camino de Selma con intencion sin duda de cerrar el paso á los unionistas, pero estos atacaron tan resueltamente, que el enemigo emprendió la retirada con la mayor precipitacion, y como no contaba con suficientes fuerzas para luchar con Wilson, fué derrotado por segunda vez cuando trató de hacerse fuerte en una posicion que ocupó luego cuatro ó cinco millas mas allá. La division Upton, que era la única que habia entrado en fuego hasta entonces, pasó la noche en un punto que dista solo quince millas de Montevallo, y á la mañana siguiente penetró en Randolph, donde sorprendió un correo, al que se le ocuparon varios despachos. Por estos se supo que Forrest se hallaba muy cerca, que el general W. Jackson se acercaba por la parte de Tuskalooza y que el general Cuxton, destacado por Wilson, seria atacado á la mañana siguiente. Tambien se averiguó que los separatistas empezaban á concentrarse rápidamente, y en su consecuencia, en vez de atacar desde luego á Tuskalooza, creyó Wilson que lo mas prudente seria aplazar esta empresa y dirigirse desde luego contra Jackson á fin de impedir que se reuniera con Forrest. Acordado este

plan, Mc Cook marchó acto continuo á Centerville, cruzó el Cahawba, y no tardó en llegar á Scottsborough, donde debia estar ya Jackson. Mc Cook encontró efectivamente á su enemigo que ocupaba una buena posicion cerca de dicho punto, pero como Cuxton no llegaba, aplazó el ataque, y despues de quemar una factoría en Scottsborough y destruir el puente de Centerville, volvió á reunirse con Wilson, que se hallaba entonces muy cerca de Selma. Este jefe se dirigia á marchas forzadas sobre dicha ciudad, dispersando á su paso pequeñas partidas de caballería enemiga, pero de pronto tuvo que hacer alto al ver que el general Forrest ocupaba una posicion muy fuerte cerca de Plantersville, con una batería de cuatro cañones, dispuesta de modo que podia barrer con su metralla el camino de Randolph, por el cual debian avanzar los unionistas. Forrest contaba con unos cinco mil hombres, la mayor parte de la division Roddy, y Wilson tenia solo á su disposicion unos seis mil, si bien eran casi todos ellos veteranos aguerridos que habian dado repetidas pruebas de su intrepidez en los combates.

El general Long fué el primero que atacó la posicion enemiga, y gracias á una brillante carga, consiguió romper la línea de los confederados mientras el teniente coronel White asaltaba la batería, de la que se apoderó sin perder mas que diez y siete hombres, entre los que se contaba el capitán Taylor, muerto de un balazo al comenzar el combate. Á poco llegó para reforzar á los federales el general Alexander, y acometiéndole á su vez al enemigo por la izquierda, le desalojó á pesar de su enérgica resistencia, obligándole á huir precipitadamente. Dos cañones y doscientos prisioneros fueron los trofeos de esta victoria, tan poco costosa como decisiva. La brigada Winslow persi-

guió á los fugitivos hasta Plantersville, que dista diez y nueve millas de Selma, mas no pudo darles alcance.

En 2 de abril dieron vista los unionistas á Selma, plaza defendida por unos siete mil hombres, pero como la mayor parte de ellos eran muchachos ó ancianos, con los cuales no se podia contar seguramente para rechazar al enemigo, Forrest se disponia ya á evacuar la plaza cuando recibió una órden de Dick Taylor, previniéndole que conservara aquel punto á toda costa.

Wilson contaba ya con unos nueve mil hombres, y despues de practicar un escrupuloso reconocimiento, dispuso que Long atacase las líneas de defensa por el centro, mientras el general Upton, con trescientos hombres escogidos daria un rodeo á fin de sorprender al enemigo por su derecha, en tanto que las demás fuerzas lo harian por la izquierda. Sin embargo, antes de que pudiera llegar á su destino, supo Long que la caballería confederada, á las órdenes de Chalmer, habia empezado á hostilizar su retaguardia, y en su consecuencia dispuso que marchase inmediatamente un regimiento para reforzar aquella. Quince minutos despues, sin querer descansar un instante, el mismo Long atacó resueltamente á la caballería de Chalmer, que se dispersó, dirigiéndose rápidamente hácia Marion. En este encuentro, el general Long cayó herido de muerte, atravesada la cabeza de un balazo, y tambien quedaron gravemente heridos los coroneles Miller, Mc Cormick y Briggs, pero en cambio se apoderaron luego de Selma los unionistas.

Perseguidas de cerca las fuerzas confederadas, habian tratado de hacerse fuertes á la entrada de la ciudad, donde rechazaron una brillante carga de la caballería, pero acometidas de nuevo por los federales, no pudieron resistir su impetuoso ataque, y bien

pronto cayó aquella en poder del ejército unionista. Treinta y dos cañones, dos mil setecientos prisioneros y varios depósitos militares fueron los trofeos de aquella victoria: Forrest, Roddy, Armstrong y unos tres mil hombres, pudieron escaparse aprovechando la oscuridad de la noche. Los vencedores, que solo habian tenido unas quinientas bajas, destruyeron el arsenal, pegando fuego despues á varios almacenes, factorías y fundiciones, y la ciudad fué completamente saqueada por las tropas. Los separatistas acababan de quemar veinticinco mil balas de algodon, y Wilson destruyó otras diez mil que encontró en un depósito.

Á consecuencia de las frecuentes lluvias de la estacion, iba entonces tan crecida la corriente del Alabama, que habia arrastrado tres veces el gran puente de ochocientos setenta piés de longitud, por el cual debian pasar las tropas, y hasta el dia 10 de abril no quedó terminada la construcción del nuevo. El general Wilson, que tenia ya hechos sus preparativos, se puso entonces en marcha sin perder un momento, y á las siete de la mañana del 12 de abril llegó á Montgomery, capital de Alabama, que acababa de evacuar Wirt Adams despues de haber quemado ciento veinticinco mil balas de algodon. La ciudad se rindió sin resistencia, y al ocuparla, destruyeron los unionistas varios vapores cargados de municiones y pertrechos militares. Sin descansar ni un solo dia, Wilson continuó su marcha en direccion á Colombo y West Point: la brigada Lagrange puso en dispersion á una escasa fuerza separatista que, á las órdenes de Buford, trataba de hostilizar á los federales, y al llegar estos á Chattahoochee, vieron que uno de los puentes mas próximos á Colombo habia sido incendiado por el enemigo. Por varios accidentes im-

previstos, la brigada del coronel Winslow se retrasó algun tanto en la marcha, pero conociendo Wilson que los momentos eran preciosos, dispuso que se atacara desde luego la ciudad, é inmediatamente avanzaron las tropas, á pesar de la metralla y del nutrido fuego de fusilería de los defensores de la plaza. El general Upton destacó dos compañías, previniendo á los jefes se apoderasen de un puente que conduce directamente á Colombo, y conseguido esto despues de un breve combate, no tardaron los unionistas en hacerse dueños de la ciudad, donde cogieron mil doscientos prisioneros, cincuenta y dos piezas de artillería, muchas armas de todas clases y una considerable cantidad de municiones, todo ello sin perder mas que veinticuatro hombres entre muertos y heridos. Los federales destruyeron un buque blindado, quince locomotoras, doscientos cincuenta wagones y ciento quince mil balas de algodón.

Despues de la toma de Colombo, la division Lagrange continuó avanzando, y á las diez de la mañana del mismo dia se hallaba ya á la vista de West Point, pero vió que el paso del Chattahoochee se hallaba defendido por el fuerte Tyler, imponente obra defensiva que ocupaba una estension de treinta y cinco varas en cuadro, y se eleva en una colina que domina los alrededores. Á la una y media de la tarde, los federales asaltaron resueltamente este fuerte por tres puntos á la vez, pero su foso, de doce piés de profundidad por diez de anchura, contuvo á los sitiadores, que durante algun tiempo estuvieron espuestos á un nutrido fuego de fusilería. Lagrange, sin embargo, no queria retroceder un paso, y habiendo dispuesto que se echaran varios puentes, cruzaron inmediatamente las tropas, y lanzándose al asalto, hiciéronse dueñas del fuerte con todos sus defensores, en número de doscientos se-

enta y cinco hombres. El general Tyler, gobernador del fuerte, perdió la vida en este combate, juntamente con diez y ocho hombres de la guarnicion. Mientras los federales atacaban esta posicion, la caballeria penetró en la ciudad, ocupó los puentes del Chattahoochee y destruyó cinco locomotoras y una porcion de coches. Á la mañana siguiente, el general Minty, que habia reemplazado á Long en el mando de sus tropas, se dirigió á Macon en tanto que Wilson marchaba por el camino de Colombo, á cuyo punto llegaron ambas columnas el dia 21, precisamente cuando comenzaba á circular la noticia de haber terminado la guerra.

El general Cuxton no llegó á Colombo hasta el dia 30, porque acometido por Jackson, cerca de Trion, y dominado por fuerzas doblemente numerosas, hubo de retirarse en direccion á Tuscaloosa, de cuya poblacion se apoderó en 5 de abril, cogiendo tres cañones y ciento cincuenta pri- **1865.** sioneros. Las tropas destruyeron además la escuela militar, las obras públicas, los almacenes y todo aquello, en fin, que tenia algun valor, pero habiendo recibido Cuxton un parte en que se le anunciaba que Wirt Adams le seguia de cerca á la cabeza de dos mil ginetes, contramarchó dirigiéndose rápidamente por Jasper y Mount Benson, á Talladega.

El general Canby, jefe del departamento de Nueva-Orleans, habia permanecido entre tanto ocioso sin poder cooperar en las operaciones militares, pues una gran parte de sus tropas tuvo que marchar al Mississippí, y otra no pequeña, á las órdenes de Gordon Granger, se hallaba en la bahía de Mobila, cuyos fuertes eran atacados entonces por el ejército unionista. Algun tiempo antes, el general Dick Taylor habia cruzado el Mississippí para encargarse del mando de las

fuerzas confederadas en Alabama, y al fin, despues de la retirada de Hood al Tennessee, Canby, que volvió á ver reunidas las tropas de su mando, pudo ya ponerse en marcha para intentar la toma de Mobila y de sus últimas fortificaciones, ocupadas entonces por los generales Taylor y Maury, quienes tendrian bajo sus órdenes unos quince mil hombres.

El general Canby contaba con un ejército, compuesto de unos veinticinco á treinta mil hombres de todas armas, y además con la eficaz cooperacion de la escuadra del almirante Porter, mandada entonces por el vice-almirante Thatcher. Los diversos cuerpos del ejército de Canby debian reunirse en la isla Dauphine á la mayor brevedad, é inmediatamente se comunicaron á los jefes sus respectivas instrucciones. La caballería, á las órdenes de Grierson, cruzó poco despues el lago Pontchartrain para dirigirse á la punta de Mobila; otro cuerpo de ejército marchó hácia la bahía de Buen Socorro; el general Steele, con una division de negros, se encaminó á Blakely, y una brigada del cuerpo de ejército de Smith se trasladó por agua á Cedar Point, en cuyo punto desembarcaron estas últimas tropas, protegidas por el nutrido fuego de la escuadra.

El general Steele no encontró en su marcha muchos enemigos que combatir: solo en Mitchell's Creek trató de cerrarle el paso un cuerpo de caballería de ochocientos ginetes, mandados por Clanton, pero una sola carga bastó para ponerlos en dispersion y los federales cogieron doscientos setenta y cinco prisioneros, incluso el mismo jefe. Los federales no volvieron á encontrar obstáculo alguno hasta llegar frente á Blakely, donde estaban perfectamente atrincherados los separatistas, y entonces se detuvo Steele y envió un

parte á Canby pidiéndole refuerzos. El general Granger no tuvo que luchar con el enemigo durante su marcha, pero en cambio llovió con tanta frecuencia y era tan malo el estado de los caminos que las tropas sufrieron muchas molestias, por lo cual se esplica que el cuerpo de ejército del general Smith, que se habia embarcado en transportes, llegara antes al punto de reunion, que era Fish-River (Rio de los peces).

1865.
Sin embargo, Grant solo se retrasó dos dias, y se emprendió la marcha hácia Mobila, el 25 de marzo.

Dos dias despues avistaban los federales el fuerte Español, el mejor de los que habia en Mobila, y sin perder un momento hicieron sus preparativos de ataque mientras el cuerpo de ejército del general Steele se unia con el de Smith para caer sobre Blakely. La flota entre tanto se dirigia hácia Howard, punto muy cercano al fuerte Español, con objeto de cooperar en el ataque y aislar á Mobila de los fuertes. Á pesar de la poca profundidad de la bahía, la escuadra logró acercarse lo suficiente para impedir que los defensores del fuerte Español pudieran causar mucho daño con su artillería, y al fin se consiguió cortar las comunicaciones de aquel con la ciudad, no sin que las cañoneras unionistas, *Metacomet* y *Osage*, quedaran completamente destruidas por la esplosion de dos torpedos, si bien se salvaron las tripulaciones. Los demás buques de la escuadra anclaron poco despues en Great Point y se dió orden de hacer los preparativos de combate.

El dia 28 de marzo, despues de haber tomado todas las disposiciones necesarias, y formadas las lineas de defensa á trescientas ó cuatrocientas varas de la posicion enemiga, los dos cuerpos de ejército, mandados por los generales Smith y Granger, establecie-

ron un sitio en regla cercando completamente el fuerte Español, y es de advertir que mientras se practicaban los primeros trabajos, sufrieron considerables pérdidas los unionistas á causa del mortífero fuego del enemigo. En la mañana del dia 30, una division del cuerpo de ejército de Granger se acercó tanto á las líneas de los confederados, que estos hicieron una salida, cargando con tal ímpetu sobre las avanzadas federales, que las hicieron retroceder, pero se alejaron tanto de su posicion, que á su vez se vieron rechazados, y hubieron de retirarse precipitadamente á sus líneas. Sin embargo, los trabajos de sitio, que continuaban con la mayor actividad, quedaron terminados el dia

1865. 8 de abril; el tren de batir estaba situado á doscientas varas del fuerte, y el resultado no podia ya ser dudoso. Los federales, segun ya hemos dicho, habian sufrido numerosas pérdidas, causadas principalmente por el fuego de algunas baterías ocultas cuya posicion no se pudo descubrir. Solo una bomba, mató ó hirió quince hombres, y otra doce, pero entonces, la escuadra unionista, que no podia acercarse lo bastante al fuerte, cruzó la barra, atacó á la flotilla confederada, compuesta de varios buques blindados, y la obligó á que se alejara de la ciudad.

Cuando todo estuvo preparado, y dada la señal, rompióse un fuego horroroso contra el fuerte Español: los grandes cañones del tren de batir, á la vez que los de las baterías y los de la escuadra, comenzaron á lanzar sus enormes proyectiles contra los sitiados, y bien pronto muchos artilleros del enemigo dejaron de servir sus piezas, pues el permanecer junto á ellas era esponerse á una muerte segura; á eso de la media noche habíase conseguido apagar el fuego de las baterías enemigas, y una hora despues tomaban posesion del fuerte los unionistas. La brigada Bar-

tram penetró en él á las dos de la madrugada del dia 9 de abril sin oposicion alguna, pues la mayor parte de la guarnicion habia huido á favor de la oscuridad de la noche. Seiscientos cincuenta y dos prisioneros, treinta piezas de artillería y una inmensa cantidad de municiones, fueron los trofeos de la victoria: los fortines Tracy y Huger, situados cerca de la embocadura del Tensaw, quedaron evacuados inmediatamente por los separatistas, despues de clavar los ocho cañones que tenian, y entonces la escuadra unionista, cuyos jefes habian podido averiguar por los prisioneros en qué puntos se hallaban los torpedos, de los cuales se recogieron treinta y cinco, pudo ya continuar su marcha y aproximarse á Mobila.

El fuerte Blakely se hallaba tambien sitiado, pero no se consiguió cortar su comunicacion con Mobila hasta que se tomaron los fuertes que habia mas allá, y tan pronto como llegó la escuadra, el general Steele formó sus columnas de ataque para lanzarse al asalto, que debia tener lugar á las cinco de la tarde del 9 de abril. El fuerte Blakely presentaba un aspecto imponente, pues en él se habian acumulado todos los medios de defensa conocidos en el arte de la guerra, y si bien no tenia mas que tres mil hombres de guarnicion, á las órdenes del general Cockrill, contaba en cambio con numerosos cañones que podian barrer con su metralla todos los puntos por donde intentara aproximarse el enemigo.

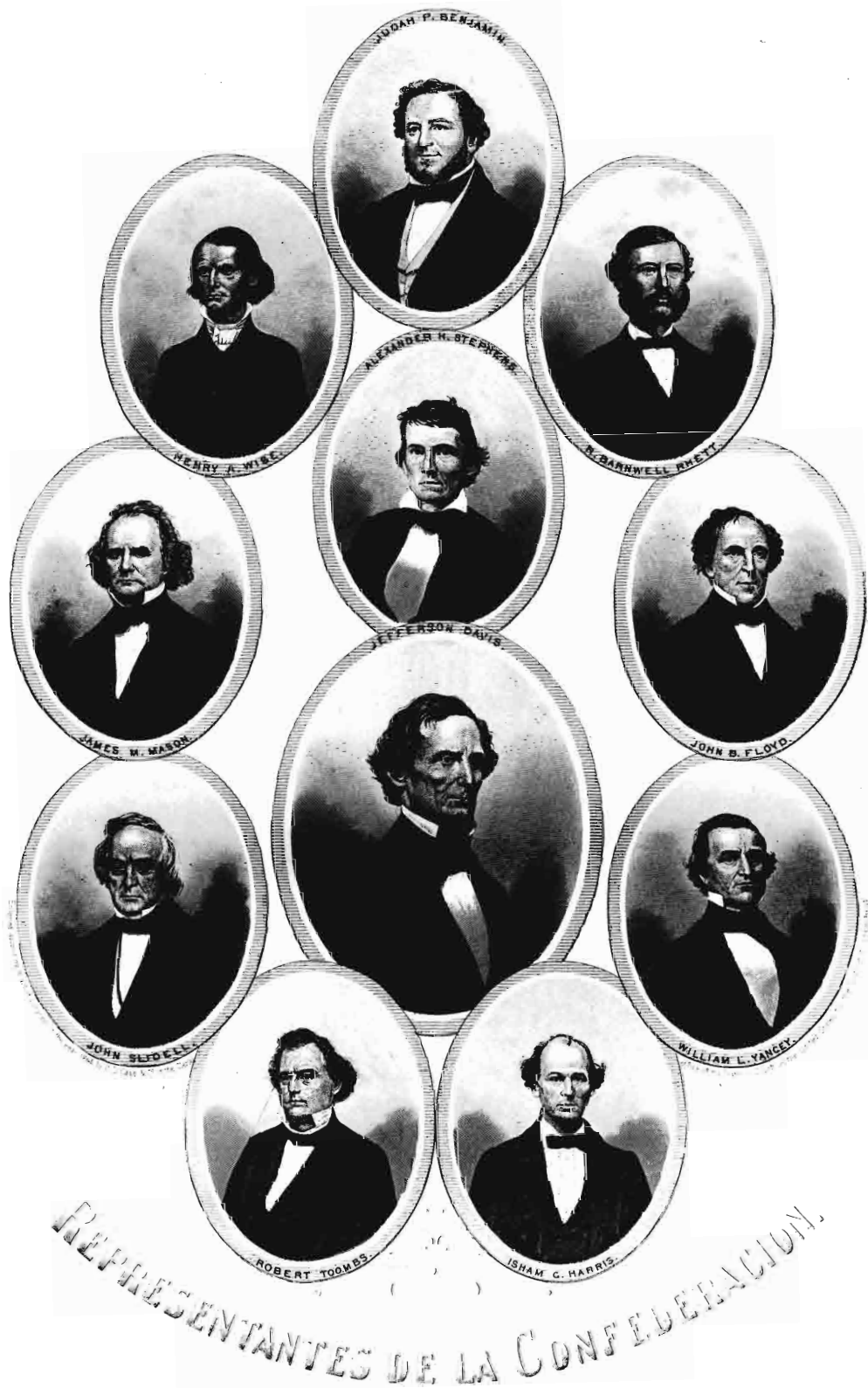
La lucha comenzó media hora despues de la prefijada, es decir, á las cinco y media de la tarde: una parte de la division Garrard, protegida por el nutrido fuego de una batería, pudo acercarse á cincuenta varas de distancia de las principales obras defensivas del fuerte, con objeto de explorar el terreno y ver por qué punto se podia atacar con

mas ventaja, pero reconociéndose que por todas partes se encontrarían las mismas dificultades, celebraron los jefes una breve conferencia, y se dió la orden de avanzar á paso de carga. Toda la division Garrard se lanzó entonces como un torrente á través de una nube de balas y metralla que sembraba la muerte en las filas de los unionistas, y por espacio de una hora lucharon estos con todas las dificultades que se oponían á su paso, y que hubiera parecido imposible vencer en medio de aquella lluvia de bombas y granadas que amenazaba aniquilar á los atrevidos sitiadores. Estos se replegaban algunas veces, y seguían avanzando luego, animados por las voces de mando de sus jefes, y al fin, despues de una hora de lucha desesperada, los federales, arrollándolo todo á su paso, llegaron hasta el foso é invadieron completamente las líneas defensivas del enemigo. Entre tanto las brigadas de Rinnekin y Gilbert daban un rodeo para ocupar la entrada del fuerte, y así pudieron hacer prisionero al general Thomas, que con mil hombres se disponía á emprender la retirada. El combate no fué tan encarnizado en el centro, donde atacaron las brigadas de los generales Dennis y Moore, mas no obstante, cuando estas tropas se hallaban solo á cuarenta varas del fuerte, se vieron espuestas al fuego de una batería de ocho cañones que causó grandes destrozos en sus filas. La victoria, sin embargo, fué comple-

ta, pues á eso de las siete de la noche, el fuerte Blakely se hallaba en poder de los federales, juntamente con tres mil prisioneros, treinta y dos piezas de varios calibres, cuatro mil armas de todas clases, diez y seis banderas y una gran cantidad de municiones. Las pérdidas de los unionistas se redujeron á mil hombres entre muertos y heridos, y entre los confederados hubo quinientas bajas.

Esta brillante victoria dejaba libre el paso del Alabama, y por lo tanto no era posible que los confederados pudieran conservar á Mobila; tanto es así, que el dia 10 comenzó á evacuar la ciudad el enemigo, y el 12 fué ocupada por las tropas del general Canby, que enarbolaron la bandera de la Union en los principales edificios, así como tambien en todos los fuertes y baterías, anunciando con esto que la Confederacion acababa de perder su último puerto, ó mejor dicho, su último baluarte. El número de cañones cogidos en la ciudad ascendia á ciento cincuenta: los grandes buques blindados, *Huntsville* y *Tuscaloosa*, habian sido destruidos por el general Maury antes de la evacuacion. Algunos dias despues se entablaron negociaciones entre los generales Canby y Dick Taylor, cuyo resultado fué la rendicion de todas las tropas confederadas que se hallaban al Este del Mississippi, bajo las mismas condiciones aceptadas por los generales Lee y Johnston.





CAPÍTULO XXVIII.

1865.

LA TOMA DE RICHMOND.—CONCLUSION DE LA GUERRA.—GRANT.—LEE.—SHERIDAN.

Breves consideraciones sobre la situacion de los ejércitos beligerantes.—Su posicion en Richmond.—Plan de campaña de Grant.—Operaciones preliminares.—El general Warren avanza hácia el Meherrin.—Espedicion de las cañoneras confederadas.—Combate en Dabney Mill.—Espedicion de Rosser á Beverly.—Captura de Kelly y Crook.—Sheridan derrota á Early en Waynesboro.—Toma de Charlottesville.—Sheridan cruza el Jacobo y se reune con Grant.—Gordon sorprende el fuerte Steedman y es rechazado al atacar el fuerte Haskell.—Rendicion de dos mil separatistas.—Ataques del general Meade.—El general Grant da orden de avanzar á las tropas.—Sangriento combate en White Oak Road.—Sheridan avanza sobre Five Forks.—Los federales se retiran á Dinwiddie.—El general Lee derrota á Warren.—Sheridan es atacado por el enemigo en Dinwiddie.—Los separatistas se replegan.—El cuerpo de ejército de Warren recibe orden de acometer al enemigo por su flanco izquierdo.—Ataque combinado.—Derrota de Pickett.—Warren es relevado del mando.—Los federales rompen el fuego contra Petersburg.—Asalto general.—Toma de los fuertes Gregg y Alexander.—El general Miles desaloja al enemigo de su posicion.—Longstreet se reune con Lee.—El general Heth es rechazado.—Muerte de Hill.—El general Lee anuncia á Jefferson Davis que es forzoso evacuar á Richmond.—Los confederados pegan fuego á la ciudad y la abandonan.—El general Weitzel penetra en la capital sin encontrar oposicion.—Captura de prisioneros.—Regocijos públicos en celebracion de la toma de Richmond.—Las elecciones de Connecticut.—Los separatistas abandonan á Petersburg.—El general Lee concentra sus tropas en Chesterfield.—Los separatistas emprenden la retirada por Amelia.—Sheridan marcha en persecucion del enemigo.—Crook ataca por su flanco al ejército de Lee y es rechazado con numerosas pérdidas. El general Custer destruye cuatrocientos wagones.—Los federales cortan la retirada al general Ewell.—Combate sangriento.—Rendicion de Ewell.—El general Ord ataca á la vanguardia de Lee en Farmville y es rechazado.—Muerte del general Read.—Lee cruza con sus tropas el Appomattox.—Situacion desesperada.—Consejo de guerra.—Grant propone la rendicion al enemigo.—Correspondencia entre Lee y Grant.—Rendicion de Lee.—Se despide de sus tropas.—Se disuelve el ejército confederado.—El Presidente Jefferson Davis se retira á Danville.

La brillante victoria alcanzada en Mobila debia acelerar naturalmente el desenlace que todos esperaban con ansia, y poner pronto término á las hostilidades, con tanta razon cuanto que la situacion de los federales era entonces tan halagüena como desesperada la de los separatistas. Los primeros contaban aun con cuatrocientos ó quinientos mil hombres de todas armas, entusiasmados por sus recientes victorias, y apoyados por el Gobierno y la nacion entera, que se mostraba resuelta á continuar la lucha hasta el fin, costara lo que costase. Los diversos cuerpos de ejército, diseminados en varios puntos, podrian concentrarse muy pronto pa-

ra dar la última batalla, y con jefes tan entendidos y populares por sus hechos de armas como Grant, Sherman, Thomas, Canby, Sheridan y Meade, podia esperarse con razon que el mejor éxito coronaria los esfuerzos de los ejércitos unionistas. El general Grant tenia cerca de Richmond y Petersburg unos cien mil hombres á las inmediatas órdenes de Meade y Ord; Sheridan contaba con mas de treinta mil; en Washington habia lo menos veinte mil; el ejército de Sherman no bajaba de sesenta mil, y Foster, Canby, Thomas, Rosecrans y otros jefes podian disponer de numerosos cuerpos de ejército, sin contar que de los cien mil hom-



bres que se hallaban en los hospitales, muchos podían ya tomar las armas é ingresar de nuevo en el servicio.

Entre los confederados, el abatimiento y la desconfianza habían sucedido al ardimiento y al entusiasmo que dominara á las tropas en un principio, y no solo era muy difícil encontrar voluntarios, sino que no se podía recurrir ya al alistamiento forzoso, y las deserciones iban siendo cada vez mas frecuentes. Los generales, tales como Lee, Johnston, Bragg, Kirby Smith, Price, Beauregard, Hardee y Early eran aun obedidos por sus tropas, pero ya no dominaba á estas el entusiasmo de otras veces, pues conociendo que sus sacrificios serian completamente inútiles, batíanse solo por el honor de su bandera y dominadas por un sentimiento de amor propio. En una palabra, el Sur había agotado sus fuerzas y sus recursos: por un momento esperó que de la campaña electoral resultaria un cambio de Gobierno, ó cuando menos, alguna escision promovida por las agitaciones políticas, pero bien pronto perdió esta última esperanza, y una vez verificado el escrutinio popular, tratábase ya solo de saber hasta qué punto aumentarían las fuerzas del Gobierno legal, que seguramente contaba ya con sobrados medios para poner término á la funesta crisis por que atravesaba el país.

El Gobierno confederado solo podía disponer de unos doscientos mil hombres, repartidos en cinco cuerpos de ejército, de los cuales el mas numeroso era el del general Lee, que ocupaba á Richmond y Petersburg con unos setenta mil soldados de todas armas, á las inmediatas órdenes de los generales Longstreet, Hill, Early, Breckenridge, Gordon y Anderson, sin contar la caballería, mandada por Hampton y F. Lee. Los demás jefes se hallaban diseminados en va-

rios puntos, con cuerpos de ejército mas ó menos numerosos, y en cuanto á Kirby Smith, hallábase perdido en las inmensas llanuras del Mississippi, precisamente cuando hubiera podido prestar muy buenos servicios en Virginia. Conocidas ya las fuerzas de los ejércitos beligerantes, solo nos resta añadir ahora cuál era la posición que ocupaban en Richmond y Petersburg al empezar las últimas operaciones militares que debían poner término á la guerra.

Desde principios de enero, las fuerzas que estaban á la vista de Richmond y Petersburg comenzaron á salir de su inacción, pues hasta entonces habían **1865.** permanecido en los cuarteles de invierno, sin contar que muchos oficiales y soldados se hallaban ausentes con licencia ó acabándose de restablecer en los hospitales. Entre tanto los unionistas habían construido numerosas obras defensivas, y su cuartel general, establecido en una vasta llanura que domina el rio, estaba convertido en un bonito pueblo de barracas con numerosas dependencias en los alrededores. En el interior del recinto se había ido formando poco á poco una verdadera ciudad, y allí estaban los hospitales, los hornos para cocer pan, los depósitos del cuerpo de sanidad, y un gran edificio de madera y piedra que servía de prisión; no faltaban tampoco algunas capillas donde se cantaba la misa los domingos y días de fiesta, siendo de advertir que los soldados tomaban parte con frecuencia en el servicio religioso. Frente á City Point veíase el rio cubierto de buques, anclados á poca distancia unos de otros, y de los cuales diez ó doce formaban el parque central de municiones, que abastecía los depósitos de City Point; en la ciudad abundaban los víveres y recursos de toda especie, pues era muy fácil la comunicación por los buques y los cami-

nos de hierro. El ejército del Potomac, siempre bajo las órdenes de Meade, con el jóven y brillante general Webb, jefe de estado mayor, constaba de cuatro cuerpos de ejército, y además de estos, hallábanse tambien allí los de *Humphreys*, *Warren*, *Wright* y *Parke*, que habia reemplazado definitivamente á *Burnside*.

El general *Lee* tenia su ejército en las mismas líneas que ya conocemos, tan estensas como siempre, ó acaso algo mas, pues se habia construido otra obra defensiva hácia la derecha del camino. Las tropas estaban á las órdenes de los generales *Hill*, *Longstreet*, *Anderson*, *Gordon*, *Beauregard* y *Early*, y en cuanto á la reserva, era muy escasa á causa de las numerosas bajas ocurridas últimamente por las continuas deserciones ó las enfermedades. Bajo el punto de vista de la comodidad, el ejército confederado distaba mucho de hallarse en una situacion tan ventajosa como la de sus enemigos, pues los víveres comenzaban á escasear, y desde la toma de *Wilmington*, la vida en *Richmond* iba siendo cada dia mas cara. La libra de pan costaba cuatro duros en papel moneda, bien es verdad que este perdía poco á poco todo su valor; la ruina amenazaba á todos, y veíanse indicios evidentes del abatimiento y desconfianza que empezaban á predominar en todas las poblaciones.

Por lo que hace al plan de campaña de *Grant*, era muy sencillo: el general *Sherman* debia permanecer en observacion delante de *Johnston*, y en el caso de marchar éste hácia el Norte para reunirse con *Lee*, le seguiria para incorporarse á su vez con el ejército del Potomac, pero si *Sherman* se veia precisado por una ú otra causa á operar activamente, se esforzaria en tomar posicion entre el ejército de *Johnston* y *Petersburg*, principalmente con el objeto de

guardar para *Grant* la línea interior. Por lo que hace á *Sheridan*, tenia orden de avanzar por el valle de *Shenandoah*, á fin de cruzar luego el *Jacobo* y destruir el canal, el acueducto y el camino de hierro, haciendo una batida por el Norte y Oeste de *Richmond*, despues de lo cual iria á reunirse con *Sherman* ó con el ejército principal, que se hallaba en la parte sur de *Petersburg*. El general *Stoneman*, seguido de un cuerpo de ejército de cuatro ó cinco mil hombres, avanzaria hasta *Virginia* é iria luego á reunirse con *Sheridan* ó *Sherman*, y por último, el general *Thomas* recibió orden de seguir á dicho jefe, dirigiéndose luego directamente hácia la *Carolina* del Norte si no se le daba ninguna contraorden.

Conocida ya la posicion respectiva de los ejércitos beligerantes, y una vez que sabemos con qué fuerzas y con qué medios contaban, veamos ahora cuáles fueron las operaciones militares que precedieron á la toma de *Richmond*.

Siendo bastante critica la situacion de los confederados, natural era que tratasen de salir de ella, y por lo tanto, apenas llegó á su noticia que la mayor parte de la escuadra federal operaba contra *Wilmington*, los jefes de *Richmond* quisieron probar suerte con sus fuerzas navales. En la noche del 23 de enero, y favorecidos por la oscuridad, los tres buques blindados *Virginia*, *Fredericksburg* y *Richmond*, seguidos de otros cinco, que conducian tres brulotes, remontaron silenciosamente el rio con objeto de atacar las baterías de *Dutch Gap*, pero á corta distancia del fuerte *Brady*, hallábase obstruido el paso por una gran cadena y otros obstáculos amontonados allí por orden del general *Butler*, y por desgracia de los separatistas, solo el *Fredericksburg* pudo seguir adelante, pues los tres buques que le

1865.

seguían embarrancar, y ya no se pudo llevar á cabo la expedición, en la cual se perdió un buque, destruido por los federales á la mañana siguiente, quedando mas ó menos averiados otros dos ó tres.

El día 4 de febrero la caballería de Gregg ocupó á Dinwiddie y avanzó luego hácia Hatcher's Run, donde tuvieron lugar varias escaramuzas de poca importancia. La caballería federal capturó un convoy, pero como no todas las fuerzas pudieron cruzar con bastante rapidez el río por haberse destruido el puente, no se intentó nada mas por entonces. El día 5 al medio día, los unionistas empeñaron un reñido combate con el enemigo, que dominado al fin por el número, emprendió la retirada, pero á la mañana siguiente volvió con numerosas fuerzas, y atacó con sin igual denuedo á la caballería de Gregg, así como también á las divisiones de Ayres y Crawford, que fueron rechazadas hasta el río, sufriendo considerables pérdidas. Enardecidos con esta victoria, los confederados acometieron al general Humphreys, que con su división se hallaba un poco mas allá de Dabney's Mill (Molino de Dabney), pero esta vez los federales opusieron tan tenaz resistencia, que el enemigo tuvo que retirarse mal de su grado para evitar una derrota. Los unionistas perdieron en estos encuentros unos dos mil hombres entre muertos y heridos, y unos mil sus adversarios, pero en cambio pudieron conservar su posición en las orillas del río.

Las fuerzas separatistas, que se hallaban en el Norte de Virginia, se habían mostrado incansables durante el invierno, pues apenas pasaba día sin que atacaran las líneas de los federales por varios puntos, de tal modo, que se hacía preciso vigilar
1865. atentamente para evitar una sorpresa. El día 11 de enero, el general Rosser,

seguido de una numerosa fuerza de caballería, se había internado por el Alleghanies en dirección á la Virginia Occidental, y penetrando en el condado de Randolph, apoderóse por sorpresa de Beverly y su guarnición, compuesta de setecientos hombres, de los cuales se escaparon luego unos trescientos. Los separatistas cogieron muchos caballos, armas y pertrechos militares, y destruyeron todo aquello que no pudieron llevarse ó que tenía poco valor. En 21 de febrero, el teniente Mc Niel, seguido de un escuadrón de caballería, entró en Cumberland á las tres de la madrugada, y cogiendo prisioneros á los generales Kelley y Crook, que se hallaban entregados al mas profundo sueño, los hizo montar á caballo y los condujo inmediatamente á Richmond. Las pérdidas sufridas en aquella ocasión, fueron de poca importancia, pero la facilidad con que se dió tan atrevido golpe de mano, revela cuando menos mucho descuido ó poca vigilancia por parte de los federales. Es muy probable que al intentar semejante empresa contarán los separatistas con el apoyo de algun traidor.

El general Sheridan, que se hallaba aun en el departamento militar del valle de Shenandoah, había recibido una orden de Grant en la que se le prevenía que inaugurase la campaña de 1865 en Virginia con una atrevida expedición, cuyo objeto sería atacar á Lynchburg y cortar las comunicaciones de los confederados, pero con la condición de enviar á Sherman algun refuerzo de caballería cuando éste lo creyera preciso. Sheridan salió de Winchester el 27 de febrero á la cabeza de diez mil hombres, todos montados, y emprendió la marcha con tal rapidez, que el 2 de marzo se hallaba ya cerca de Staunton. El general Early se había atrincherado en Waynesboro con

dos mil quinientos separatistas, y apenas lo supo Sheridan, avanzó contra el enemigo, y despues de un breve combate le derrotó y puso en dispersion, cogiéndole mil seiscientos prisioneros, once cañones, diez y siete banderas y doscientos carros cargados de municiones y víveres. Los prisioneros fueron enviados á Winchester con una escolta de mil quinientos hombres, y cuando hubo destruido en parte las vias férreas, Sheridan continuó su marcha hácia Charlottesville, de cuya plaza se apoderó tambien sin resistencia el dia 3 de marzo. Como la noticia de este movimiento habia llegado ya á Lynchburg, los separatistas hicieron sus preparativos de defensa, resueltos á oponer una vigorosa resistencia al enemigo, pero no contando Sheridan con fuerzas suficientes para atacar un punto de tal importancia, encaminóse directamente al Jacobo: sus tropas obstruyeron completamente el canal que conduce desde Scottsville á Newmarket, y asimismo inutilizaron la via férrea de Lynchburg por la parte de Amherst. Cuantos esfuerzos se hicieron á fin de tomar por sorpresa los puentes del Jacobo que hay en Duguidsville y Hardwicksville, con objeto de cruzar el rio para reunirse con las tropas de Grant, fueron completamente inútiles, no solo porque los separatistas ejercian la mayor vigilancia, sino porque era tan crecida la corriente á causa de las últimas lluvias, que no bastaban los pontones de Sherman para alcanzar la orilla opuesta. En semejante caso, hacíase preciso volver á Winchester ó dirigirse á White House para reunirse con el ala derecha del ejército de Grant, y habiendo optado por esto último, el jefe unionista pasó por Colombia en 10

1865. de marzo, destruyó cuantos puentes y líneas férreas encontró al paso, y por la orilla derecha del Pamunkey llegó

en 19 de marzo á White House, donde permanecieron las tropas cuatro dias para descansar. Sherman continuó luego su marcha, cruzó el Jacobo, y el dia 27 se hallaba ya en Petersburg, muy á tiempo por cierto para tomar parte en otras operaciones de mayor importancia.

Reconociendo claramente el general Lee que la causa de la Confederacion estaba completamente perdida si no se concentraban rápidamente todas las fuerzas á fin de dar un golpe decisivo, derrotando alguno de los cuerpos de ejército que rodeaban á Richmond, resolvió tomar la iniciativa y atacar desde luego las líneas del enemigo por la parte de Petersburg. La toma del fuerte Steedman, que se hallaba al extremo oriental de la ciudad, era de suma importancia, porque una vez dueños de aquella posicion los confederados, seria muy fácil dividir el ejército enemigo obligándole á reconcentrarse rápidamente para recobrar sus líneas y obras de defensa, y de este modo quedábales á los separatistas una puerta abierta para ir á reunirse con las fuerzas de Johnston y arrollar á Sherman antes de que pudiera recibir refuerzos. En su consecuencia, organizáronse dos divisiones á las órdenes de Gordon, y en la madrugada del 25 de marzo, asaltó este jefe el fuerte Steedman sin que los unionistas hubieran visto al enemigo ni sospecharan siquiera que se hallaba tan cerca. Tan desprevenida estaba la guarnicion y tan imprevisto fué el ataque, que antes de que se diera una sola voz de alarma invadieron los confederados la fortaleza, arrollando completamente á los que trataron de oponer resistencia; la mayor parte de los soldados quedaron prisioneros, pero otros consiguieron escaparse aunque con gran dificultad. Los separatistas se apoderaron de todos los cañones del fuerte, y asestándolos á otras

obras defensivas que se veían desde allí, se hicieron dueños asimismo de tres baterías, abandonadas á poco por sus defensores.

Por fortuna para los federales, no alcanzaron entonces otro triunfo sus enemigos, pues al atacar al día siguiente el fuerte Haskell, que estaba un poco mas allá, fueron rechazados fácilmente sin poder apoderarse de la línea de colinas que se estendian detrás de los fuertes. Por otra parte, los veinte mil hombres que Lee acababa de reunir para cooperar en el ataque, no acudieron á tiempo, y de este modo se frustró el proyecto, porque repuestos los federales de su sorpresa, acometieron á su vez la posición conquistada poco antes por el enemigo, y no pudiendo este resistir el fuego mortífero que por todas partes se le dirigia, abandonó apresuradamente el fuerte. Las pérdidas por ambas partes ascendieron á unos dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos.

No fué este el único descalabro que sufrieron entonces los separatistas: convencido el general Meade de que para intentar el ataque de los fuertes se habria visto el enemigo precisado á emplear una parte de las tropas que estaban en las líneas defensivas, hizo avanzar á su cuerpo de ejército, y con tal denuedo atacó la posición que tenían los separatistas mas allá del fuerte Steedman, que los desalojó sin gran dificultad, y de este modo, en vez de asegurar su retirada, el general Lee se encontró en una situación mas crítica aun, porque ya seria muy difícil huir hacia la Carolina del Norte.

En 24 de marzo habia dispuesto ya el general Grant que avanzaran todas las tropas el día 29 á fin de vigorizar el ataque, **1865.** no solo porque era de la mayor importancia activar las operaciones, sino porque se hacia de todo punto preciso impedir que el general Lee emprendiera la retirada por

la Carolina del Norte. En su consecuencia, el día 27, las tres divisiones que se hallaban á las orillas del Jacobo, mandadas por el general Ord, y que durante tanto tiempo habian estado amenazando á Richmond, recibieron orden de trasladarse á las líneas que daban frente á Petersburg, en tanto que los cuerpos de ejército de Warren y Humphreys cruzaron por Hatcher's Run y avanzaron luego á fin de situarse á la derecha de la posición del enemigo. Sheridan estaba en la extrema izquierda, á la cabeza de diez mil ginetes y á las inmediatas órdenes del general Grant; el cuerpo de ejército de Parke y una de las divisiones de Ord recibieron orden de guardar las líneas defensivas, y al general Benham se le confió la custodia de los inmensos depósitos de City Point.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, el cuerpo de ejército de Warren se puso inmediatamente en marcha, y durante el primer día no encontró resistencia, pero al acercarse á las líneas de los confederados, la division Griffin, que formaba la vanguardia, fué atacada vigorosamente, lo cual no impidió que se mantuviera firme en su posición, y aun rechazase al enemigo, causándole trescientas setenta bajas. Warren se atrincheró en el camino de White Oak para pasar la noche; Humphreys, que avanzaba por un camino muy montañoso, rechazando á su paso varias partidas confederadas, no habia podido atacar aun las líneas enemigas, y por lo que hace á Sheridan, acababa de llegar, sin encontrar mucha resistencia, á un punto llamado Five Forks, pero viendo que los separatistas tenían allí fuerzas demasiado numerosas para que se les pudiera desalojar, volvió á Dinwiddie. Grant, que dirigia el movimiento general desde su campamento, dispuso que Warren apoyase la caballería y se pusiera á las inmediatas órdenes de Sheridan.

Durante los días anteriores había llovido copiosamente, sin que dejase de caer agua hasta el día 31 de marzo, y de tal manera estaban inundados los caminos, que Grant creyó mas prudente suspender las operaciones por un par de días. El general Lee, no obstante, no pensaba por lo visto del mismo modo, pues no ocultándosele el peligro que le amenazaba, dejó en Richmond ocho mil hombres á las órdenes de Longstreet, y con el resto de su infantería, atravesando pantanos y lodazales, voló presuroso en auxilio del ala derecha de su ejército y sobre todo de su caballería, que apostada en Stony Creek, veíase espuesta á ser arrollada completamente por Sheridan. El general Warren habia destacado algunas avanzadas para que ocuparan el camino de White Oak, ordenando al mismo tiempo al general Ayres que marchase con una brigada para apoyar el movimiento, pero á eso de las diez y media de la mañana, el general Lee cayó de improviso sobre estas tropas, que no pudiendo resistir la impetuosidad del ataque, se desbandaron en la mayor confusion, temiéndose por un momento otro descalabro semejante al de Chancellorsville. Indudablemente se hubiera repetido á no ser por la division del general Griffin, que haciéndose fuerte en su posicion, contuvo á los batallones confederados el tiempo suficiente para que Warren reuniera sus diversas tropas y tomara á su vez la ofensiva. Á poco llegó tambien la division Miles en auxilio de los federales, y entonces, dominados á su vez por el número los separatistas, comenzaron á replegarse hácia sus atrincheramientos, no sin dejar muchos prisioneros en poder del enemigo. Los generales Miles, Mott y Hays trataron de desalojar á sus adversarios, atacando repetidas veces su posicion por diferentes puntos á la vez, mas era esta demasiado fuerte, y preciso fué

que los federales desistieran de su empeño.

El general Sheridan, que á toda costa queria sorprender el ala derecha del enemigo, habia avanzado entre tanto desde Dinwiddie á Five Forks, y mientras la infantería de Lee se batia con la de Warren, avanzó apresuradamente y pudo tomar la posicion que deseaba. Sin embargo, rechazado Lee, despues de haber derrotado á su vez á Warren, destacó á las divisiones de Pickett y Johnson en direccion á Five Forks, y cayendo de improviso estas tropas sobre la division Devin y la brigada Davies, apostadas en dicho punto, las dispersaron á la primera carga, persiguiéndolas luego hasta Dinwiddie. Devin se vió precisado á dar un gran rodeo por el camino de Boydton para ir á reunirse con Sheridan, y creyendo entonces los sēparatistas que aquel era un movimiento de retirada, continuaron la persecucion, sin tener en cuenta que de este modo se esponian á ser atacados á su vez por Sheridan, como así sucedió en efecto. Las brigadas de los generales Gregg y Gibbs cayeron de improviso sobre los separatistas, obligándoles á emprender la retirada, y de este modo Devin pudo reunirse con Sheridan. Algunas horas despues volvió el enemigo á la carga, y empeñóse de nuevo el combate, al que vino á poner fin la oscuridad de la noche; á la mañana siguiente, cuando los federales esperaban que se les acometiese de nuevo, supieron que Lee habia enviado una orden, previniendo á las tropas se retirasen para evitar una derrota, muy probable, si se veian atacadas á la vez por Sheridan y Warren.

Como se ignoraba aun en el campamento federal el resultado de la lucha, y se sabia tan solo que Sheridan se habia visto obligado á retirarse desde Five Forks á Dinwiddie, no dejaba de reinar cierta alarma. Warren, que habia recibido orden tras orden, previ-

niéndole que fuera en auxilio de Sheridan, destacó inmediatamente á la division Ayres, pero este jefe se vió detenido á orillas del rio Gravelly, porque estaba destruido el puente, y no pudo llegar á su destino hasta el 1.º de abril, precisamente cuando se alejaba el último escuadron de la caballería separatista para reunirse con el resto del ejército. Poco tiempo despues de retirarse el enemigo, incorporóse á Sheridan el general Warren, seguido de sus dos divisiones, y entonces ambos jefes siguieron avanzando hácia Five Forks. Sheridan, que se proponia atacar la posicion de los confederados por tres puntos á la vez, dispuso que el general Merritt se dirigiese con su division de caballería hácia la derecha, mientras él marcharia de frente, y Warren recibió orden de avanzar por el camino de White Oak, á fin de acometer al enemigo por su izquierda, en tanto que el general Mc Kenzie, con una escasa fuerza de caballería que acababa de llegar del Jacobo, se encargaria de cubrir el flanco derecho de Warren para evitar un ataque por el lado de Petersburg. Estas órdenes se cumplieron al pié de la letra; Mc Kenzie rechazó vigorosamente á una escasa fuerza de separatistas que trató de hostilizarle, y á poco se hallaba en las cercanías de Five Forks, dispuesto á tomar parte en el ataque combinado.

Warren, sin embargo, no habia llegado aun, y muy descontento Sheridan por semejante falta de actividad, llegó á creer que aquel jefe no deseaba cooperar en el ataque. Eran ya las cuatro de la tarde, no tardaria mucho en ponerse el sol, y en cuanto anochebiese, seria preciso suspender las operaciones, porque, sobre no conocer el pais los unionistas, era el terreno muy montañoso, y por lo tanto no quedaba otro remedio sino esperar el dia siguiente, dando lugar con esto á que el enemigo se reforzara ó se reti-

rara de sus posiciones. Sheridan, que era un leon en el campo de batalla, trató de activar los movimientos de Warren, usando de un lenguaje mas enérgico que cortés, y al fin, habiendo llegado todo el cuerpo de ejército de aquel jefe á la posicion que se le tenia designada, dióse la orden de comenzar el ataque.

La division Ayres avanzó hácia el camino de White Oak, seguida de las tropas de Crawford y de Griffin, que formaba la reserva, pero el segundo de estos jefes, que al acercarse demasiado á las líneas enemigas se vió espuesto á un fuego mortífero, se inclinó hácia la derecha para guarecerse en un bosque que bordeaba el camino, sin tener en cuenta que al separarse de la division Ayres, iba á dejar un hueco, esponiéndose á que el fuego del enemigo aislara unas tropas de otras, como así sucedió en efecto. Sheridan observaba con la mayor atencion aquel movimiento, y reconociendo que se acababa de comprometer el éxito de la jornada por la indiferencia ó ineptitud de Warren, que en su concepto no habia dirigido las tropas con el acierto y resolucion que eran de esperar, relevó del mando á dicho jefe en el acto, confiéndoselo á Griffin (*), cuya division avanzó entonces á paso de carga, mientras que Merritt atacaba al enemigo de frente con toda su caballería.

Los confederados se mantuvieron firmes é hicieron frente á sus adversarios con un valor digno de mejor causa, pero no contando sino con dos divisiones, á las órdenes de Pickett y Johnson, es decir, con la mitad del número de sus enemigos, podian considerar como segura la derrota. En pocos minutos

(*) Swinton asegura que el general Warren fué relevado del mando *despues de la accion*, pero Sheridan no lo decia así en su parte oficial. Al hacer Warren su defensa, sostuvo que no recibió la orden de Sheridan, hasta despues de terminada la batalla.

la division Ayres, que atacaba por el flanco izquierdo, se apoderó de las trincheras, cogiendo mil prisioneros; Griffin hacia otro tanto poco mas ó menos por la derecha, y Crawford, que apenas encontraba resistencia, cayó sobre el centro, y apoderándose de cuatro cañones, dió luego una vuelta para cortar al enemigo la retirada si era posible. Los separatistas, batidos en todos los puntos, huyeron en distintas direcciones desordenadamente, y la caballería les persiguió hasta mucho despues de anochecer. El número de prisioneros, sin contar las otras bajas, ascendió á cinco mil, y los unionistas perdieron mil hombres entre muertos y heridos, pero en cambio desbarataron el ala derecha del ejército de Lee. El brigadier general Winthrop, uno de los jefes federales, fué de los primeros que perdieron la vida en la refriega.

Terminada la accion, Sheridan ordenó á Griffin que fuera á tomar posicion con dos divisiones cerca de la iglesia de Gravelly, situada á pocas millas mas allá de Petersburg, principalmente con el fin de ponerse en comunicacion con el resto del ejército, en tanto que la caballería de Mc Kenzie marcharia al camino de Ford para situarse cerca del rio. Dadas estas órdenes, y aun cuando era ya de noche, dispuso Grant que las baterías levantadas frente á Petersburg rompieran el fuego inmediatamente, y á los pocos momentos comenzó el bombardeo, que anunciaba la reciente victoria de los federales. Wright, Parke y Ord, que no habian abandonado sus atrincheramientos, recibieron entonces orden de avanzar al asalto, y así lo hicieron en la madrugada del 1855. 2 de abril. Parke, á la cabeza de su cuerpo de ejército, se apoderó bien pronto de la línea exterior de las fortificaciones enemigas, mas no pudo tomar la segunda por habersele opuesto una desesperada resistencia;

Wright, que acometió por el flanco izquierdo, apoyado por dos divisiones del general Ord, lo arrolló todo á su paso, cogiendo varios cañones y algunos miles de prisioneros, y por último, otra division forzó las líneas de los separatistas por el rio, mientras los generales Ord y Gibbon se apoderaban de los fuertes Gregg y Alexander, en los cuales fundaban principalmente sus esperanzas los separatistas, para la defensa de Petersburg. El general Humphreys, con sus dos divisiones, contribuyó á vigorizar este brillante ataque.

Cuando supo Sheridan cuál habia sido el éxito de la jornada, no creyó necesario conservar á su lado tantos refuerzos, y por lo tanto dispuso que la division Miles marchara á reunirse con su cuerpo de ejército, y solo se quedó con la caballería y demás tropas de Warren. Poco despues del medio dia, el enemigo habia evacuado todas las posiciones que ocupaba al Sur de Hatcher's Run para replegarse al Oeste, en la direccion de Sutherland's Station (Estacion de Sutherland), y mientras se efectuaba esta retirada, dos fuertes columnas del cuerpo de ejército de Hill acometieron resueltamente á la division Miles. Trabóse entonces un sangriento combate, que amenazaba prolongarse y ser funesto para los unionistas, cuando llegó en auxilio de estos una division destacada por Meade y otra de Sheridan. Miles volvió á tomar la ofensiva, y esta vez los separatistas, atacados de frente y de flanco, abandonaron el campo de batalla, dejando en poder de los vencedores unos seiscientos prisioneros, su artillería y algunas banderas.

El general Longstreet, que hasta entonces no habia abandonado un momento las fortificaciones de Richmond, levantadas en la parte Norte del Jacobo, se reunió luego con

el general Lee en Petersburg, y poco despues se dió á Hill órden de acometer al enemigo para ver si era posible recobrar algunas de las obras defensivas tomadas algunas horas antes por Parke. El ataque fué tan vigoroso y resuelto, que algunas de las tropas que guardaban á City Point recibieron órden de marchar inmediatamente en auxilio de los federales, sin lo cual seguramente no habria sido muy fácil rechazar á los confederados. En esta refriega, y al practicar un reconocimiento el general Hill, cayó mortalmente herido y exhaló el último aliento en el campo de batalla. Hill era uno de los oficiales mas entendidos y valerosos del ejército de Lee.

Ya hemos dicho que las dos divisiones de Hill, que estuvieron á punto de derrotar á Miles, tuvieron luego que abandonar el campo de batalla, dominadas por el número de sus enemigos, y ahora añadiremos que al emprender la retirada aquellas tropas, siguieron la direccion del Appomattox en cumplimiento de las órdenes de Lee, al cual no se le ocultaba que no era ya posible conservar á Petersburg. Sus pérdidas ascendian lo menos á diez mil hombres, y la destruccion del ala derecha de su ejército le esponia á una derrota segura si no tomaba una pronta determinacion. En su consecuencia dispuso que las tropas evacuaran á Petersburg para replegarse sobre Danville, pues ya se habia previsto el caso por los jefes del ejército, y tanto es así, que Mr. Jefferson Davis acababa de abrir una almohada para vender todo su moviliario y seguir al ejército. En un consejo de guerra celebrado en Richmond el 29 de marzo anterior, bajo la presidencia del mismo Jefferson Davis, el general Lee y los miembros del gabinete convinieron en que no era posible defender por mas tiempo unas líneas tan

estensas, que iban prolongándose sin cesar hácia la derecha segun avanzaba el enemigo. Ciertamente es que no faltaban defensores, pues aun habia sesenta mil hombres disponibles, y además hallábase cerca el ejército de Johnson con otros cuarenta mil, pero aun con estos cien mil hombres, hubiera sido difícil sostener un sitio en regla, porque la posicion era demasiado estensa, la plaza carecia de una ciudadela central, y aquellas fuerzas no bastaban seguramente para cubrir unas líneas de defensa que desde Five Forks hasta la parte Norte de Richmond no median menos de setenta á setenta y cinco millas de longitud. Prescindiendo de esto, la guarnicion no era suficientemente fuerte para intentar la ofensiva sobre un punto cualquiera de la línea del enemigo, pues este se hallaba perfectamente atrincherado, y se corria el riesgo de sufrir una sensible derrota. Debe tenerse tambien en cuenta que la desmoralizacion habia hecho en el ejército rápidos progresos; cierto es que las tropas se sujetaban á la disciplina y atacaban con vigor al enemigo, mas cuando se veian cercadas ó en peligro, desbandábanse, y los soldados se dejaban coger por centenares y hasta por miles, como así lo probaban las masas de prisioneros conducidos diariamente á City Point. Es fama que iban los soldados tan hambrientos, que no se necesitaba guardia para evitar que se escapasen de la prision; las raciones que se les distribuian eran los mejores carceleros. En cuanto á la poblacion de Richmond, ya hemos indicado que su situacion iba siendo cada vez mas crítica: los ricos habian llegado á ser pobres, las familias acomodadas se hallaban sumidas en la mas espantosa miseria; los víveres escaseaban; no habia mas dinero que el papel moneda, el cual apenas tenia valor alguno, y, en una palabra, para

que se comprenda cuán angustiosa era para todos la situación, baste decir que un pan llegó á valer cien duros y un jamon rancio quinientos. Una caja de fósforos costaba dos duros; los demás artículos de primera necesidad se vendian á precios fabulosos, y aun así no habia víveres para todos los que querian comprar.

Teniendo en consideracion todos estos inconvenientes, el consejo de guerra confederado opinó que para prolongar la lucha no quedaba otro medio sino abandonar aquella desgraciada ciudad y retirarse al interior del pais, á una posicion mas desembarazada que Richmond, y puesto á discusion este punto, acordóse por unanimidad trasladar el Gobierno á Danville. En su consecuencia, todos los inmensos archivos del Capitolio, las prensas para hacer billetes, y los efectos de las oficinas, fueron trasladados inmediatamente á dicho punto por el camino de hierro, y al mismo tiempo se espidieron las órdenes oportunas al general Ewell, jefe de la guarnicion, para que destruyera los puentes del Jacobo, así como tambien los arsenales y los polvorines, cuando las tropas hubieran evacuado completamente la ciudad.

En la mañana del domingo, 2 de abril, precisamente á los pocos momentos de ha-

1865. berse empezado la batalla de Five Forks, el Presidente de la Confederacion, Mr. Jefferson Davis, que estaba en la iglesia, recibió un parte del general Lee, en el cual le manifestaba, que rotas sus líneas por tres puntos á la vez, y atendida su crítica situación, iba á espedir las órdenes para que se emprendiera la retirada hácia Danville en la noche siguiente. Al recibir este mensaje, Jefferson Davis, que escuchaba atentamente el sermón, no pronunció una palabra ni dió á conocer su emocion, pero

salió inmediatamente del templo, y pocos minutos despues fueron llamadas otras muchas personas que tambien se hallaban en la iglesia. Bien pronto circuló por todas partes el rumor de que el enemigo atacaba la ciudad misma; comenzó á cundir el pánico de un extremo á otro de Richmond, y á las dos ó tres horas reinaba la mayor confusion hasta en las calles mas lejanas. Llegada la noche, las llamas del incendio y el ruido de las esplosiones producidas á consecuencia de haberse pegado fuego al arsenal y á los diversos depósitos de municiones, contribuyeron á sembrar el espanto en la ciudad, que bien pronto iba á verse abandonada por todos los habitantes. Al llegar aquí, y como por mas que nos estendiéramos al hablar de la última noche que pasó el Gobierno de Jefferson Davis en Richmond, pareceria pálida nuestra descripcion, comparada con la de un testigo ocular, copiaremos á Pollard, que refiere detalladamente los principales hechos ocurridos en Richmond al abandonar los confederados el último baluarte de la rebelion. Hé aquí en qué términos se expresa:

«Hombres, mujeres y niños salian precipitadamente de las iglesias ó de las casas, anunciándose mutuamente que el enemigo estaba á las puertas de Richmond y que era preciso evacuar la ciudad. Muchos no daban crédito á semejante noticia, y al contemplar el puro azul del cielo en aquel magnífico dia de primavera, al ver que no circulaban tropas por las calles, y que nada turbaba la aparente tranquilidad de la capital de la Confederacion, parecíales imposible que á las pocas horas debiera hallarse Richmond en poder del enemigo y envuelto entre las llamas de una espantosa conflagracion!

»Sin embargo, llegada la noche, preciso fué que los mas incrédulos se convencieran:

por todas las calles comenzaron á cruzar wagones cargados de cofres, grandes cajas y toda clase de efectos que se conducian á Danville por órden del Gobierno, y todos los que vieron esto hicieron entonces sus preparativos para abandonar inmediatamente la ciudad. El precio de los vehículos subió de pronto de una manera exorbitante, y llegaron á pagarse diez, quince y hasta cien duros, en oro ó papel del Gobierno federal, por el carro mas insignificante. De repente, y como por arte de encantamiento, vióse aparecer por diversas calles una multitud de hombres, detrás de los cuales caminaban esclavos negros, llevando baules, fardos y equipajes de todas clases; el número de fugitivos era cada vez mas numeroso, y se atropellaban unos á otros por tomar la delantera para abandonar antes la ciudad. Todos los Bancos de Richmond se abrieron al momento, y los imponentes se apresuraron á sacar sus fondos, mientras los directores se ocupaban en recoger sus documentos y papeles mas importantes. Miles de duros en papel moneda fueron quemados en aquella ocasion, y cuando llegó la noche, reinaba una confusion tan espantosa en la ciudad, que ningun habitante pudo entregarse al sueño.

» El Consejo de la Confederacion se habia reunido por la tarde, y acordó que se inutilizasen todos los licores que hubiese en la ciudad, á fin de evitar los desórdenes que pudieran causar los que abusasen de las bebidas espirituosas. Á eso de la media noche comenzó la obra de destruccion, dirigida por Comités de los principales ciudadanos; muchos centenares de toneles fueron sacados á la calle, y abiertas las espitas, dejóse correr libremente el contenido; magníficas cajas llenas de botellas de toda clase de licores fueron arrojadas á la calle desde los pisos mas altos, pero en medio de toda esta destruccion

no se pudo evitar que algunos merodeadores y gentes de mal vivir se apoderasen de varios frascos y botellas, y abusasen de la bebida. Desde aquel momento comenzó á reinar el mas espantoso desórden y se cometieron toda clase de violencias; muchos almacenes fueron saqueados; á los dueños de algunas casas se les robó impunemente cuanto tenian, y los gritos y los lamentos de las víctimas contribuyeron á la confusion que reinaba en la ciudad.

» Pero aun debian aumentarse los horrores de aquella escena: el general Ewell habia espedido una órden para que se pegara fuego á las cuatro principales fábricas de tabaco de la ciudad, y aunque á última hora se organizó un Comité de ciudadanos á fin de protestar contra semejante medida, que iba á causar graves perjuicios á una parte del comercio de Richmond, no se quisieron escuchar de ningun modo las observaciones de los reclamantes, y los ciudadanos hubieron de someterse á la fuerza, aun cuando se trataba de la destruccion de sus bienes. Así, pues, los almacenes fueron quemados; los buques que habia en el puerto, entre los cuales se contaba el *Patricio Enrique*, de reciente construccion, quedaron reducidos á cenizas, y no dejó, en fin, de inutilizarse hasta el mas insignificante barco de los que se hallaban en el muelle de Richmond. Los puentes que habia fuera de la ciudad sufrieron la misma suerte: el de Danville; el de Petersburg, y el de Mayo, que se comunicaba con Manchester y servia para cruzar á la orilla opuesta del Jacobo, fueron todos pasto de las llamas.

» Por la mañana ofrecióse á la vista del espectador una escena que difícilmente se podia olvidar. El ronco fragor de los edificios que se desplomaban; el rojizo resplandor de las llamas que iluminaban la ciudad

entera; los hombres que corrian de un punto á otro, semejantes á una legion de demonios, en medio de las espesas nubes de humo que envolvian los objetos, todo, en fin, formaba un conjunto imponente que hubiera impuesto pavor al mas escéptico y que no basta nuestra pluma para describir.

»Centenares de carros cargados de tocino, harina y aguardiente, pasaban á escape por las calles para ir á reunirse con la retaguardia del ejército, y cerca de los depósitos de víveres, veíase una multitud hambrienta, de hombres, mujeres y niños, que provistos de sacos y cestas, esperaban ansiosos que se abrieran las puertas para apoderarse de todo aquello que los fugitivos no se habian podido llevar. Al rayar la aurora, abriéronse los depósitos, y lanzando un grito que atronó el espacio, penetró en ellos la multitud, que en pocos minutos hizo desaparecer las inmensas cantidades de tocino, harina y otros comestibles puestos á su disposicion por órden del Gobierno.»

Las líneas que tenian los federales frente á Richmond, por la parte Norte del Jacobo, estaban ocupadas por el general Weitzel y las divisiones de Kautz, Ashborne y Thomas, cuyos jefes debian simular repetidos ataques á fin de que, creyendo el enemigo que se iba á dar el asalto, concentrase por aquel punto sus fuerzas, mientras el resto del ejército atacaria realmente al enemigo por la parte de Petersburg. Estas instrucciones fueron cumplidas al pié de la letra, aun cuando se supo que el general Longstreet, comprendiendo sin duda la estrategia de Grant, habia marchado con parte de sus fuerzas en auxilio de Lee. Weitzel, no obstante, persistió en simular sus ataques, y á no dudarlo, estaba muy lejos de sospechar que las tropas confederadas iban abandonando poco á poco sus obras de defensa

para ir á reunirse con el resto del ejército, que se retiraba apresuradamente. En la madrugada del 2 de abril, sin embargo, y cuando la mayor parte de las tropas se hallaba entregada al reposo, el general Weitzel, que vigilaba aun atentamente, oyó el estruendo de las esplosiones que se repetian á cada momento, y habiéndole llamado esto la atencion, mandó al teniente Depeyster que subiera á la torre de señales, cuya elevacion era de setenta piés, para ver lo que pasaba. El oficial bajó al poco tiempo y manifestó que se veia un gran resplandor en la direccion de Richmond, pero que no podia asegurarse si aquel provenia ó no de un incendio. Entonces, y deseando á toda costa salir de dudas, tratóse de sorprender algun piquete del enemigo, lo cual se consiguió á eso de las tres de la madrugada, mas no se pudo con esto averiguar lo que sucedia, pues los soldados dijeron que no sabian dónde estaba su regimiento ni su jefe. El general Shepley, del estado mayor de Weitzel, dedujo entonces que los separatistas estaban evacuando á Richmond, y en efecto, media hora despues, confirmóse esta conjetura por un desertor y un negro que se presentaron en las líneas de los federales. Sin embargo, era preciso proceder con la mayor prudencia, y se creyó oportuno esperar la llegada del dia para poner á las tropas en movimiento, pues sabíase de cierto que los separatistas habian sembrado el camino de balas esplosivas y otros proyectiles inflamables, y hubiera sido muy peligroso emprender la marcha en medio de la oscuridad.

Por fin amaneció, y entonces el general Weitzel dió la órden de avanzar á todas sus tropas, que á poco invadieron las abandonadas líneas del enemigo. El jefe unionista no pudo menos de admirar aquellas obras de defensa, casi inespugnables, por su sólida é



ingeniosa construccion; todos se convencieron entonces de que el tomarlas hubiera costado mucha sangre, y desde luego se comprendió que las pérdidas de los sitiadores habrian sido al fin diez veces mayores que las de los sitiados.

Á las seis de la mañana, el general Weitzel, seguido de su estado mayor y de sus tropas, penetró en los primeros arrabales de la ciudad, iluminada aun con los resplandores del incendio, y pocos momentos despues la bandera de la Union ondeaba en el Capitolio, donde el Congreso Confederado habia celebrado sus sesiones desde el mes de julio de 1861. Entusiastas aclamaciones saludaron la aparicion de aquella insignia que anunciaba el triunfo de los unionistas. Mr. Jefferson Davis habia abandonado la ciudad el dia anterior, seguido de casi toda la oficialidad y de los miembros del Congreso, así como tambien de Mr. Guillermo Smith, gobernador de Virginia, y por lo tanto, se efectuó la ocupacion sin la menor resistencia. Muy lejos de esto, hubo seguramente muchos que recibieron á los federales como libertadores, si bien no faltarian en cambio otros que hubieran preferido ver entrar en Richmond á los federales como prisioneros de guerra.

Segun era de esperar; lo primero que se hizo fué adoptar las medidas mas oportunas para restablecer el órden: al general Shepley se le nombró gobernador, y al teniente coronel Manning preboste; cortáronse los incendios con toda la rapidez posible, y se dictaron, en fin, cuantas disposiciones parecieron mas urgentes para que la ciudad adquiriese la tranquilidad interrumpida algunas horas antes. La conflagracion habia causado grandes destrozos en Richmond, pues sin contar los almacenes y depósitos, la casa de correos, las oficinas del Tesoro, las de los principales bancos, las redacciones de los pe-

riódicos, y en fin, todos los edificios mas notables, se hallaban reducidos á un informe monton de ruinas. Las pérdidas de los particulares debian ascender tambien á muchos millones de duros, pues quedó completamente destruida una tercera parte de la ciudad; la prision de Libby, el castillo de Thunder y la fundicion de hierro de Tredegar, no sufrieron en lo mas mínimo, á pesar de hallarse situados en el punto donde mas estragos hizo el devorador elemento. Toda esta destruccion no impidió que los unionistas se hicieran dueños de un rico botin: el número de prisioneros ascendia á mil, incluso los enfermos que se hallaron en los hospitales, y además se cogieron quinientas piezas de artillería, cinco mil armas de todas clases, treinta locomotoras, trescientos carros cargados de municiones, y otros muchos efectos de campaña.

Algunas horas despues de haber ocupado el ejército la capital de la Confederacion, habia circulado ya por todo el pais la noticia de la toma de Richmond, y bien pronto la confirmaron los telégramas del Presidente Lincoln, que se hallaba entonces en City Point, y del Secretario de la Guerra, que estaba en Washington. Las oficinas públicas se cerraron inmediatamente, suspendiéronse los negocios, y todos aquellos que tenian motivos para celebrar el triunfo de la causa nacional, y que deseaban con ansia que se terminase la guerra, solo se ocuparon desde aquel momento en adquirir noticias, sin dudar por un momento que la toma de Richmond era el golpe de muerte para la Confederacion. En Nueva-York se llenaron al momento de gente todas las calles; á cada paso se encontraban animados grupos que con ávida curiosidad escuchaban atentos la lectura de los últimos despachos y telégramas que se acababan de recibir; en las

iglesias de la Trinidad y de San Pablo comenzaron á repicar las campanas alegremente, y en una palabra, diremos que en todas las grandes ciudades de la Union sucedió poco mas ó menos lo mismo. La alegría era universal, y se quiso celebrar el fausto acontecimiento con públicos regocijos, sin que nadie pensara en vengar antiguas injurias de aquellos á quienes una loca ambicion habia inducido á combatir contra la República y el Gobierno.

Precisamente el lunes, 3 de abril, era el dia señalado para las elecciones de Connecticut, uno de los Estados donde siempre se presentó mas fuerte la oposicion, pero el último triunfo de los unionistas debia asegurar tambien la victoria del Gobierno, é inútil parece decir, que tanto en Connecticut como en los demás puntos triunfó el partido republicano por una gran mayoría.

Como era de esperar, los separatistas abandonaron á Petersburg al mismo tiempo que se efectuaba la evacuacion de Richmond, y esto con tal sigilo, que los piquetes federales que se hallaban á un tiro de la ciudad no se apercibieron del movimiento, pues no hubo incendios ni esplosiones que dieran á conocer la retirada de las tropas. Los unionistas penetraron luego en Petersburg sin oposicion alguna, pero en cambio se les hizo un recibimiento muy frio, y solo los negros contestaron con alegres aclamaciones á los gritos de triunfo del vencedor.

Entre tanto, los hombres de gobierno de la Confederacion se dirigian hácia Danville, en cuyo punto pensaba concentrarse Lee con el resto de su ejército cuando se hubiese reunido con las fuerzas del general Johnston, pues de este modo se podria, cuando menos, oponer una enérgica resistencia al enemigo si persistia en la persecucion. Entonces fué cuando Grant, de cuya capacidad militar dudaban

muchos, probó de una manera irrecusable que era un entendido general, y que no en vano habia puesto en él toda su confianza el Gobierno: el jefe unionista comprendió desde luego que atacando de frente á Lee, le hubiera obligado á concentrarse antes en Lynchburg ó Danville, y como precisamente era esto lo que queria evitar, resolvió tomarle la delantera, á fin de cortar toda retirada al ejército enemigo, que no contaba ya para su defensa con los formidables atrinchamientos de Richmond ó Petersburg. El general Grant habia tomado, pues, sus disposiciones, y ya veremos luego por su resultado cuán acertadas fueron, y cuán oportunas para acabar de una vez la guerra con la Confederacion.

El ejército separatista, reducido por sus numerosas pérdidas y sus deserciones á un efectivo de treinta y cinco mil hombres á lo mas, habia llegado entre tanto á Chesterfield, y desde este punto se dirigió rápidamente hácia Amelia, donde el general Lee pensaba encontrar víveres que habia mandado pedir á Danville, pero no habiendo llegado aquellos por haberse empleado los carros para conducir á los fugitivos que abandonaban á Richmond, viéronse las fatigadas tropas privadas hasta del alimento, en un pais donde escaseaban los artículos de primera necesidad. Así pues, mientras Lee perdia dos dias en Chesterfield, esforzándose por encontrar algunos víveres para sus hambrientos soldados, Sheridan, avanzando rápidamente por el Sur de Amelia, acababa de ocupar el camino de hierro de Danville por la parte de Jetersville, despues de dispersar á su paso algunas partidas sueltas de la caballería que habia tomado parte en la batalla de Five Forks. Sheridan concentró sus tropas en Jetersville, dispuso que se atrincherase la infantería, y apoyada esta por la

caballería, preparóse á cerrar el paso á Lee, hasta que llegaran Grant y Meade, para aniquilar de una vez al ejército enemigo.

1865. Este último jefe no llegó hasta el 5 de abril, en cuyo día se hallaba aun Lee en Amelia, y á esta circunstancia se debió principalmente que los víveres recogidos en Lynchburg y Danville para el ejército separatista, fueran interceptados por los federales, que de este modo privaban á sus enemigos del socorro mas necesario.

El general Lee salió de Amelia á la caída de la tarde del día 5 y se dirigió directamente hácia Farmville, á fin de cruzar el Appomattox y ponerse, si era posible, fuera del alcance de sus perseguidores, pero segun veremos, este plan no se debia realizar. El general Davies habia alcanzado en el camino de Paine los trenes del general Lee, y despues de destruir ciento ochenta wagoes, se apoderó de cinco piezas de artillería, á pesar de que las primeras avanzadas del ejército separatista trataron, aunque inútilmente, de cercar á la caballería federal. Reforzada esta á poco por las brigadas de Gregg y Smith, obligó al enemigo á retroceder, y entonces los unionistas se retiraron á Jetersville, donde estaba ya concentrado casi todo el ejército. En la mañana del día siguiente, 6 de abril, los generales Sheridan y Meade se lanzaron de nuevo en persecucion de los confederados con mas actividad que nunca. La division Crook avanzó rápidamente hácia Deatonsville, á cuyo punto habia llegado poco antes el general Lee, y aunque éste contaba con fuerzas mas numerosas, Crook le atacó sin vacilar, solo con el objeto de entretenerle hasta que vinieran las demás tropas. El resultado no era dudoso: Crook fué rechazado desde luego, pero entre tanto llegó una division de caballería, á las órdenes de Custer, y reunidas estas fuerzas, consiguiere-

ron romper la línea de los confederados, cogiendo muchos prisioneros y diez y seis piezas de artillería. De este modo, el cuerpo de ejército del general Ewell quedó separado del de Lee, y su vanguardia se vió atacada de improviso por el coronel Stagg, en cuyo auxilio llegó á poco la division del general Seymour. Ewell opuso una vigorosa resistencia, y la infantería federal fué rechazada al principio, sufriendo pérdidas considerables, pero las fuerzas enemigas eran tan numerosas, que los intrépidos veteranos de Ewell, cercados y acosados por todos los puntos á la vez, y sin esperanza alguna de salvarse, arrojaron sus armas y se rindieron. El mismo Ewell y otros cuatro generales se hallaban entre los prisioneros, cuyo número ascendia á seis mil.

Mientras los separatistas eran batidos por este punto, el general Ord, que habia salido poco antes de Jetersville, alcanzaba á la columna del general Lee, cerca de Farmville, en el momento en que se disponia á cruzar el rio. La vanguardia de Ord, compuesta de dos regimientos de infantería y un escuadron de caballería, á las órdenes del brigadier general Teodoro Read, atacó resueltamente á los confederados con el objeto de entorpecer su marcha, y hasta intentó cortar los puentes, pero aquellos se arrojaron tan furiosamente sobre sus enemigos, que les obligaron á retroceder en el mayor desórden, causando numerosos muertos, entre los cuales se contaba el mismo Read. Este ataque retrasó algun tanto la marcha del ejército separatista, mas no impidió que Lee cruzara al día siguiente el Appomattox por Farmville, y habiendo caminado durante toda la noche, dejó muy atrás á sus perseguidores. Por desgracia para los fugitivos, los mas de ellos estaban estenuados de hambre y cansancio; los caballos caian muertos á cada paso; de

un momento á otro iba á ser necesario abandonar una parte de la artillería, y así es que mientras la vanguardia se hallaba ya á mucha distancia del rio, la retaguardia no habia cruzado aun á la orilla opuesta.

Durante la noche del 6, la mayor parte de los jefes y oficiales del ejército fugitivo se reunió para discutir acerca de su desesperada situacion, y todos convinieron unánimemente en que era preciso capitular. El general Lee no estuvo presente en aquella reunion, pero el general Pendleton se encargó de comunicarle el acuerdo de aquel consejo de guerra.

Mientras sucedia esto, el general Grant, como si quisiera evitar á Lee la humillacion de proponer condiciones para rendirse, enviaba al general confederado la siguiente carta:

«Farmville 7 de abril de 1865.

»Al general Lee:

»General: los acontecimientos de la semana última deben bastar para convenceros que seria completamente inútil seguir oponiendo resistencia en esta lucha con los restos de vuestro ejército de la Virginia del Norte. Persuadido de esto, considero como un deber evitar toda responsabilidad por la sangre que pudiera aun verterse, y por lo tanto me apresuro á proponeros la rendicion de la parte del ejército que se halla á vuestras órdenes.

»Con este motivo se ofrece respetuosamente como vuestro afectísimo servidor,

»El teniente general de los ejércitos de la Union,

»*Ulises Grant.*»

Lee recibió esta carta por la noche, precisamente cuando el general Humphreys acababa de hacer alto á cuatro ó cinco millas de Farmville, en cuyo punto se habian atrin-

cherado los separatistas levantando varias baterías que dominaban el camino de Lynchburg, de tal modo, que habria sido muy peligroso para los federales avanzar de frente al ataque de aquella nueva posicion. Humphreys trató de dar un rodeo para sorprender al enemigo por su retaguardia, mas no contando con suficientes fuerzas para esto, dispuso que el general Miles atacara por el flanco derecho mientras él trataria de distraer á Lee por el centro. Sucedió lo que era de esperar: los unionistas fueron rechazados con una pérdida de seiscientos hombres, y hubo que lamentar la muerte del brigadier general Smith y del mayor Mills, sin contar que otros varios jefes de distincion quedaron gravemente heridos. Cuando los federales volvieron á tomar posicion, era ya demasiado tarde para acometer de nuevo al enemigo, y entonces Lee, aprovechando la oscuridad, continuó su retirada, no sin enviar antes á Grant la contestacion á su carta, concebida en estos términos:

«7 de abril de 1865.

»General: he recibido vuestra carta de ayer. Aunque no estoy en un todo conforme con vuestro parecer respecto á la imposibilidad de resistirme por mas tiempo con mi ejército de Virginia, deseo no obstante como vos, evitar una inútil efusion de sangre. Así pues, antes de tomar en cuenta vuestra proposicion, tened la bondad de manifestarme cuáles serian vuestras condiciones si me rindiese con mi ejército.

»*R. Lee.*

»Al teniente general Ulises Grant.»

Á esta carta contestó en el acto el general Grant con la siguiente:

«Al general R. Lee.

»General: acabo de recibir vuestra carta

de anoche, en contestacion á la mia, y en la que me preguntais bajo qué condiciones aceptaria la rendicion del ejército de Virginia. Debo deciros, en primer lugar, que obtener la paz es mi mas vehemente deseo, pero hay una condicion en la que debo insistir principalmente, y esta es, que los oficiales y soldados que se rindan, se obliguen solemnemente á no hacer armas en lo sucesivo contra el Gobierno de la Union. Si os parece, celebraremos una conferencia, ó bien nombraré varios oficiales que se entenderán con los que elijais, en el punto que os convenga, para fijar definitivamente las condiciones bajo las cuales deberá efectuarse la rendicion del ejército de la Virginia del Norte.

»El teniente general,

Ulises Grant.»

El general Sheridan, entre tanto, continuaba la persecucion, seguido de dos divisiones de Merritt, con objeto de alcanzar á Lee antes de que pudiera llegar á Danville, pero habiéndose cometido la imprudencia de dejar al general Crook solo con parte de una division, este jefe, que á duras penas consiguió cruzar el Appomattox por muy cerca de Farmville, fué rechazado luego en dicho punto por algunas fuerzas confederadas, que cogieron prisionero al general Gregg, despues de haber derrotado completamente á sus enemigos. En la mañana del dia 8, no obstante, continuó la persecucion con mas actividad que nunca: dos cuerpos de ejército á las órdenes del general Meade, se dirigieron hácia el Norte del Appomattox, siguiendo de cerca la pista al enemigo; Sheridan marchó con su caballería en direccion á Lynchburg, y los cuerpos de ejército de Ord y de Griffin siguieron á esta última fuerza, aun cuando, como es de suponer, viéronse bien pronto separados de Sheridan por una

inmensa distancia. Cuando este jefe y Crook hubieron vuelto á cruzar el Appomattox, concentraron sus tropas en Prospect Station (Estacion de Prospect), y se dió orden á la division Merritt para que avanzara hácia el camino de Lynchburg, que dista solo cinco millas del rio, pues acababa de saberse que por allí iban á pasar cuatro trenes cargados de víveres para el hambriento ejército de Lee. Gracias á la actividad de los jefes unionistas y á las acertadas disposiciones del general Custer, se consiguió sorprender dichos trenes, y poco despues la division Devin, seguida de la de Custer, se hallaba á un tiro de fusil de la vanguardia de Lee, con la cual empeñó un terrible combate, al que puso fin la oscuridad de la noche, y en el cual perdieron los separatistas veinticinco cañones y otros muchos efectos de campaña. Sheridan, que entre tanto avanzaba rápidamente con su caballería, la situó en el único camino por donde podia pasar el ejército de Lee, y envió un parte á los generales Griffin, Ord y Grant, anunciándoles que ya era de todo punto inevitable la completa derrota del ejército enemigo. Apenas se recibió este aviso, Griffin y Ord avanzaron con todas sus tropas á marchas forzadas, **1865.**

y en la mañana del domingo 9 de abril, hallábanse ya en la estacion de Appomattox.

Acorralado, por decirlo así, el jefe de las fuerzas confederadas, y creyendo que solo la caballería de Sheridan era la que trataba de cerrarle el paso, resolvió romper la línea del enemigo con su infantería, pero antes redactó la siguiente carta para Grant:

«8 de abril de 1865.

»General: á hora muy avanzada he recibido vuestra carta de hoy en contestacion á la mia de ayer. No era mi objeto proponeros la rendicion del ejército de la Virginia del

Norte, sino preguntaros bajo qué condiciones la aceptarais, pues hablando francamente, *no creo que haya llegado el caso de rendir las armas*. Sin embargo, como la celebracion de la paz es lo que todos deseamos, quisiera yo saber si vuestras proposiciones facilitarían el medio de conseguirla. En su consecuencia, nuestra entrevista no tendría por objeto tratar de la rendicion del ejército de la Virginia del Norte, pero si vuestras proposiciones no se refieren sino á las tropas de los Estados de la Confederacion, que se hallan á mis órdenes, y puede conseguirse con esto la paz tan deseada, tendré el mayor gusto en conferenciar con vos mañana, á las diez, en el antiguo camino de Richmond y entre las líneas de ambos ejércitos.

» *R. Lee.*

» Al teniente general Ulises Grant.»

El jefe unionista se hallaba con la columna del general Meade cuando recibió esta carta, poco despues de las doce de la noche, y á la mañana siguiente, antes de ponerse en marcha para reunirse con Sheridan y Griffin, contestó en estos términos:

«9 de abril de 1865.

» General: recibida vuestra carta de ayer. Como no estoy autorizado para tratar sobre la paz, la entrevista que me proponeis para las diez de la mañana de hoy, no conduciria á nada. Os repetiré, sin embargo, general, que deseo la paz tan sinceramente como vos, y que todo el Norte se halla animado del mismo sentimiento. Fácil es de comprender bajo qué condiciones se conseguiria el objeto apetecido: deponiendo las armas, el Sur pondrá fin á la funesta lucha que deploran todos, evitando que se sacrifiquen inútilmente las vidas de miles de seres humanos, y se

destruyan lastimosamente bienes y propiedades que valen muchos millones. En la esperanza de que podrán arreglarse todas las diferencias sin hacer nuevos sacrificios, tengo el honor de ofrecerme vuestro afectísimo,

» *Ulises Grant.*

» *Teniente general de los ejércitos de la Union.*»

Sheridan se hallaba con su caballería cerca de Court-House cuando el ejército de Virginia hizo la última tentativa para romper la línea de sus enemigos y abrirse paso. El combate que entonces se trabó fué obstinado y sangriento en un principio, mas rechazados al fin los separatistas, emprendieron la retirada desordenadamente, sufriendo sensibles pérdidas. Aquel fué el último esfuerzo del valeroso ejército de Virginia. En el momento en que los federales iban á lanzarse de nuevo en persecucion del enemigo, enarboló este una bandera blanca, y poco despues llegó un parlamentario para solicitar que se suspendieran las hostilidades, atendido que entre los generales Lee y Grant estaban pendientes las negociaciones para la capitulacion. En efecto, antes de que Grant llegara al cuartel general de Sheridan, habia recibido la siguiente comunicacion:

«9 de abril de 1865.

» General: he recibido vuestra comunicacion de esta mañana en el punto que os indiqué y donde esperaba encontraros para saber cuáles serian vuestras condiciones en el caso de rendirse el ejército. Ahora me tomo la libertad de solicitar una entrevista para tratar sobre este punto en el sentido que me indicabais en la vuestra de ayer.

» *R. Lee.*

» Al teniente general Grant.»

Esta peticion era un paso mas en la via

de las negociaciones, que prometia desde luego una solucion favorable, tanto mas cuanto que el general Grant, acogiendo favorablemente la proposicion de Lee, le contestó en el acto que estaba dispuesto á conferenciar en el punto y hora que señalase. Poco despues, los dos generales se reunieron en la casa de Mr. Mc Lean, cerca de Court-House: aunque desprovista de toda especie de ceremonial, la conferencia no dejó de ser solemne; aquellos dos hombres que habian dirigido tantas batallas sin pestañear, no pudieron reprimir cierta emocion cuando al saludarse se estrecharon la mano segun la costumbre americana. Las condiciones de la capitulacion quedaron convenidas bien pronto, despues de discutidas franca y lealmente, pues no era de esperar que hombres de calidad y mérito, tales como Grant y Lee, tardaran mucho tiempo en entenderse. Las dos cartas siguientes darán á conocer al lector lo que pactaron los dos jefes de los ejércitos beligerantes:

«Appomattox Court-House,
abril 9 de 1865.

»General: conforme al contenido de mi carta de 8 del corriente, me propongo aceptar la capitulacion del ejército de la Virginia del Norte bajo las condiciones que siguen: Se harán listas por duplicado de todos los oficiales é individuos de tropa de que consta vuestro ejército, de las cuales se entregará una á la persona que yo designe, y la otra á la que tengais á bien elegir; hecho esto, los oficiales darán su palabra individual de no hacer armas contra los Estados-Unidos antes de que se verifique el canje. Cada compañía, ó jefe de regimiento, firmará una obligacion comprometiéndose á lo mismo; las armas, la artillería y los objetos pertenecientes al Estado deberán reunirse y entregarse á la co-

mision que yo designare y que se encargará de recibir dichos efectos, entendiéndose que á los oficiales les será permitido conservar sus espadas, sus caballos y sus propios bagajes, despues de lo cual tanto aquellos como los individuos de tropa podrán volver libremente á sus casas, donde no serán inquietados por la autoridad de los Estados-Unidos mientras cumplan fielmente su palabra y respeten las leyes vigentes allí donde residan.

»Aprovecho esta ocasion para ofrecerme vuestro afectísimo y atento servidor,

» *Ulises Grant.*

» Al general R. Lee.»

«Cuartel general del ejército de la Virginia del Norte.

»General: he recibido vuestra carta de hoy, en la que se fijan las condiciones de la capitulacion del ejército de Virginia, que se halla á mis órdenes, y como son esencialmente las mismas que se especificaban en vuestra comunicacion de 8 del corriente, quedan aceptadas desde luego. En este momento voy á nombrar la comision de oficiales para que se cumpla fielmente lo estipulado.

» Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo,

» *R. Lee.*»

La despedida de Lee de todas sus tropas dió lugar á una escena triste y dolorosa, pero que sin embargo, no carecia de cierta grandeza: de los brillantes y orgullosos batallones que habian inaugurado la série de sus victorias en Bull-Run, obligando luego á Mc Clellan á retirarse de Richmond; de aquel valeroso ejército que supo vencer á Burnside en Fredericksburg, que derrotó á Hooker en Chancellorsville, que estuvo á punto de batir á Meade en Gettysburg, que luchó tan heroicamente contra Grant en

Spottsylvania, en Cold Harbor, en Petersburg y en Richmond, solo quedaba ya una ruina, solo quedaban algunos batallones de los intrépidos veteranos del Sur. Parece ser que en la capitulación de Lee se comprendieron veintisiete mil hombres, pero de estos solo unos diez mil se hallaban en estado de llevar las armas, y no cabe la menor duda que les hubiera sido materialmente imposible seguir oponiendo resistencia contra el número diez veces mayor de sus enemigos. Prescindiendo de esto, los recursos de la Confederación se habían agotado ya por completo: de los ciento cincuenta mil hombres de que constaba su ejército pocas semanas antes, una tercera parte estaba ya fuera de combate, y no había dinero para alimentar y vestir á las demás tropas ni mucho menos para pagarlas. Por el contrario, los recursos de los Estados leales eran cada vez mas numerosos; el ejército, perfectamente equipado, iba reforzándose cada vez mas; en el servicio activo contábase con mas de medio millon de hombres, y otros tantos estaban dispuestos á empuñar las armas á la primera señal, de modo que para el Sur era punto menos que imposible sostener la gigantesca lucha que por tanto tiempo había estado afligiendo al país.

Cuando el general Lee se presentó por última vez á las tropas para despedirse, todos sus compañeros de armas se agolparon alrededor del jefe, ansiosos de estrechar la mano de aquel intrépido guerrero que tantas veces los había conducido á la victoria; pocos

hubo que no vertieran una lágrima de sentimiento, y el noble general, al que también embargaba la emoción, solo pudo pronunciar estas palabras: «Amigos míos: juntos nos hemos batido en defensa de nuestra causa; hemos compartido los mismos peligros, las mismas fatigas y privaciones, y por mi parte os aseguro que he hecho cuanto podía hacer por vosotros.» Á esta tiernísima escena siguió otra no menos sublime: los federales se apresuraron á dar una parte de sus raciones á los separatistas, que en su mayor parte estaban estenuados de hambre y de cansancio, pues aun no habían llegado los trenes cargados de viveres que se esperaban de un momento á otro, y de este modo, los que antes se consideraban como mortales enemigos, convirtiéronse en amigos afectuosos y se estrecharon la mano, olvidando su antagonismo y resentimientos. Poco después, la mayor parte del ejército unionista volvió á Burkesville, desde donde tenía que marchar á Petersburg y Richmond, en cuyas ciudades debía cumplirse lo pactado entre los generales Lee y Grant, y algunos días mas tarde, los separatistas volvieron á sus respectivas casas, muchos de ellos con los recursos facilitados por el mismo Gobierno, contra el cual habían combatido con un valor y arrojo dignos de mejor suerte.

El general Grant, después de haber pasado revista al ejército confederado, se puso inmediatamente en marcha á fin de reunirse con Sherman para ir al encuentro de Johnston, cuyo ejército no había capitulado aun.



CAPÍTULO XXIX.

1865.

MUERTE DEL PRESIDENTE LINCOLN.—LA PAZ.

El Presidente en City Point.—Su entrada en Richmond.—Carta á Weitzel.—Se suspende el alistamiento.—Regocijos públicos.—Aniversario de la toma del fuerte Sumter.—Asesinato del Presidente Abraham Lincoln.—J. Wilkes Booth.—Tentativa de asesinato contra el gobernador Seward.—Payne Powell.—Andrés Johnson es elegido Presidente.—Se ofrece una recompensa por la captura de Jefferson Davis y otros personajes de la Confederacion.—Escursion de Stoneman á la Carolina del Norte.—Negociaciones entre Sherman y Johnston.—El Gobierno rehusa su aprobacion.—Rendicion de Johnston y de Dick Taylor.—Se disuelve la Confederacion.—Fuga y captura de Jefferson Davis.—Proclama de general Kirby Smith.—Espedicion de Sheridan.—El general Grant se despide de sus tropas.—Licenciamiento de los ejércitos.—Observaciones.

Pocos dias antes del último combate ocurrido entre las fuerzas del general Lee y los unionistas, habíase trasladado el Presidente Lincoln á City Point, desde donde se comunicaba diariamente con Grant, y al dia siguiente de la toma de Richmond, acompañado del almirante Porter, se dirigió á Rockett, punto que dista solo una milla de la ciudad. El dia 4, y seguido siempre de Porter y algunos marinos armados de carabinas, Mr. Lincoln se trasladó al cuartel general de Weitzel, y fué á ocupar la casa que acababa de abandonar Mr. Jefferson Davis, no sin ser saludado á su paso por entusiastas aclamaciones. Los negros sobre todo se atropellaban de tal manera para ver de cerca á su libertador, que fué preciso recurrir á la fuerza armada para despejar las calles. El Presidente recorrió los principales puntos de la ciudad, y á las seis y media de la tarde regresó á City Point, pero á los dos dias presentóse de nuevo en Richmond,

acompañado esta vez de su señora, del Vicepresidente Johnson y de varios senadores y altos funcionarios del Gobierno, siendo de advertir que tambien formaban parte de su comitiva algunos hombres notables de la Confederacion, los cuales, viendo su causa perdida, deseaban naturalmente sacar el mejor partido posible de la situacion. Mr. Lincoln escuchó á estos últimos con la bondad que le caracterizaba, y siempre deseoso de complacer á los que le pedian una gracia cuando estaba en su mano hacerlo, escribió la siguiente carta al general Weitzel:

«Cuartel general de los ejércitos de la Union.

»*City Point, 6 de abril de 1865.*

»AL GENERAL WEITZEL.

»Habiéndoseme indicado que algunos de los miembros de la legislatura de Virginia, que apoyaban antes la rebelion, desean ahora reunirse en Richmond á fin de adoptar

medidas para que se retiren desde luego todas las tropas, y no se haga mas resistencia al Gobierno general, concedereis permiso y proteccion, si es necesario, á los señores que traten de reunirse con este objeto. Si por el contrario se intentase cometer algun acto hostil contra la Union, dareis aviso á los que incurran en falta, previniéndoles abandonen la ciudad, dentro del plazo que creais conveniente, bajo la pena de ser detenidos si no obedeciesen. Permitid que el juez Campbell vea esta orden, pero no la hagais pública.

» *Vuestro afectisimo servidor,*
» ABRAHAM LINCOLN. »

El mismo dia en que se rindieron las tropas de Lee, volvió el Presidente á Washington, y en 12 de abril espidió una **1865.** contraorden para Weitzel, previniéndole no concediera el permiso á que se referia su carta del dia 6, por haberse ya llenado el objeto para que se pidió. El dia antes habia publicado dos proclamas: una de ellas disponiendo se cerraran hasta nueva orden, con arreglo á la ley, ciertos puertos de los Estados de la Confederacion, y la otra, exigiendo para los buques nacionales que se hallasen en puertos extranjeros, las inmunidades y privilegios que las demás potencias se habian negado hasta entonces á conceder, bajo el pretexto de que se verian obligadas á conceder los mismos derechos á la República que á los Estados del Sur. El mismo dia 12, que era el señalado para una gran reunion que debería tener lugar frente al edificio donde estaba el departamento ejecutivo, Mr. Lincoln se presentó ante un numeroso concurso para leer un notable manifesto que no reproduciremos aquí, limitándonos á decir tan solo que en él se sometian á la consideracion del Congreso todas las cues-

tiones relativas á la representacion de los Estados del Sur en cada una de las Cámaras. Reconociase al mismo tiempo el derecho de sufragio para los negros, y pedíase que los Estados de la Confederacion volviesen á ejercer todas sus funciones y á gobernarse por sí mismos, segun las leyes de la Union y con arreglo á los principios de la integridad nacional.

Al dia siguiente espidióse en el departamento de la guerra una orden aprobada por el general Grant, que se publicó en los diarios del dia 14, y la cual disponia que se suspendieran los alistamientos, así como tambien la compra de armas, municiones y víveres. Anunciábase asimismo que se reduciria el número de jefes y oficiales, levantándose desde luego todas las restricciones que pesaban sobre el comercio. Como quiera que aquel dia era el cuarto aniversario de la rendicion del fuerte Sumter, entregado á los separatistas por el mayor Anderson, cuando ya no pudo defenderse mas, una multitud de ciudadanos leales, que habian visto con la mayor satisfaccion el término de las hostilidades y la supresion de la esclavitud, se trasladó á Puerto Real y Charleston para tener el gusto de izar sobre las ruinas de la histórica fortaleza la misma bandera que habia ondeado en ella cuando el primer bombardeo, y que se habia conservado cuidadosamente con este objeto. Ya se comprenderá cuánto era el entusiasmo de todos; hiciéronse regocijos públicos para celebrar el triunfo de las armas de la Union, que ponía fin á la desastrosa guerra que por tanto tiempo affigiera al pais, y por su parte el Presidente Lincoln, reunido con los miembros de su Gabinete, recibió en su despacho particular al general Grant, que acababa de llegar del Appomattox, y tuvo el gusto de oír de boca de su propio hijo, el capitan Roberto Lin-

coln, del estado mayor de Grant, la relacion detallada de los últimos acontecimientos que precedieron á la rendicion de Lee. El Presidente dió luego audiencia á varios hombres públicos, entre los cuales se contaban Juan Hale, nombrado recientemente ministro residente en Madrid, y Mr. Colfax, que debiendo emprender al otro dia un viaje á California y Oregon, habia ido á despedirse de Mr. Lincoln.

Terminadas todas sus importantes ocupaciones del dia, el Presidente, instado por muchos de sus amigos, resolvió ir á pasar la noche al teatro de Ford, juntamente con el general Grant, pues se habia anunciado públicamente que ambos irian á presidir la funcion, mas no habiéndole sido posible á este último asistir á la hora convenida, por ser necesaria su presencia para el despacho de ciertos asuntos del servicio, el Presidente se dirigió al teatro, á eso de las ocho de la noche, acompañado de su señora y dos amigos, y fué á ocupar el palco que se le tenia preparado de antemano. Á eso de las diez y media, en el momento en que iba á comen-zarse el tercer acto, y cuando todo el mundo fijaba su atencion en la escena, un jóven de gallarda presencia, llamado Juan Wilkes Booth, natural de Baltimore, conocido como actor, é hijo del eminente trágico inglés, Junio Bruto Booth, aprovechándose de esa libertad que tienen todos los cómicos en los teatros, penetró en el vestíbulo del palco del Presidente sin ser visto; cerró la puerta por dentro, y la aseguró por medio de una palanqueta que llevaba consigo. Hecho esto, sacó de su bolsillo una pistola y una daga, y entrando entonces de pronto en el palco del Presidente, que en aquel momento fijaba su vista en la escena, le disparó un tiro á boca de jarro. Mr. Lincoln, herido mortalmente, se inclinó sobre la barandilla, cerráronse sus

ojos y no exhaló una sola queja, siendo de advertir que durante su agonía, que no terminó hasta las siete y veintidos minutos de la mañana del dia siguiente, no recobró el conocimiento ni un solo instante. De creer es que el desgraciado Lincoln no supo que la mano de un asesino habia puesto fin á su existencia, y como no odiaba ni queria mal á nadie, nunca habia hecho caso alguno de los muchos anónimos que se le dirigian con frecuencia, amenazándole con la muerte.

Segun ya hemos dicho, la herida del Presidente era mortal, pues la bala del asesino habia atravesado el cráneo por la oreja izquierda, penetrando hasta la cavidad del ojo derecho. Al oír la detonacion, todas las miradas se dirigieron al palco: el mayor Rathbone, el único hombre que estaba con el Presidente, vió á través del humo de la pólvora á un desconocido que estaba á pocos pasos de Lincoln, y lanzándose sobre él, trató de sujetarle, pero Booth arrojó entonces su pistola, hundió la daga en el brazo izquierdo de su adversario, acercóse á la barandilla del palco gritando: *¡Sic semper tyrannis!* y saltó al escenario con la ligereza de un tigre. Al caer, no obstante, se le resbaló un pié, en cuyo momento trataron de detenerle varias personas, pero entonces, levantándose con la rapidez del relámpago, armada siempre su diestra con la daga, obligó á retroceder á los que estaban mas próximos y atravesó el escenario gritando con voz estentórea: *¡El Sur está vengado!* Antes de que nadie pensara en perseguir á Booth, salió éste del teatro por la puerta escusada, y montando en su caballo, que tenia de la brida un muchacho, lanzóse á escape en direccion al puente de Anacosta, que conduce fuera de Washington, y fué á buscar refugio en la parte Sur de Maryland, entre cuyos habitantes, por lo general partidarios



William H. Sewall.

de la esclavitud, esperaba encontrar Booth quien le ocultase por el pronto.

Que el Presidente Lincoln fué víctima de una conspiracion de los rebeldes, es un hecho probado hasta la evidencia; no así que los jefes y hombres notables de la Confederacion estuviesen complicados en el asesinato, pues se ha demostrado de una manera indudable que el mismo Booth fué el alma de aquel monstruoso complot y el único que concibió el proyecto de llevar á cabo tan abominable crimen. Booth era sencillamente uno de esos muchos jóvenes libertinos y mal educados, que infestan nuestras grandes ciudades, y que creyéndose con derecho á un título de nobleza, se dejan dominar por ciertas tendencias aristocráticas é ideas exageradas hasta el punto de creer, que emancipar á los esclavos, reconociéndoles los mismos derechos que á los blancos, es una traicion y un crimen que merecen el mas severo castigo. Por lo demás, no resultó de la causa la menor prueba de que Booth ó algunos de sus compañeros tuviesen ningun motivo de resentimiento contra Mr. Lincoln, ni que éste hubiese ofendido en lo mas mínimo á sus implacables enemigos; por lo visto, el único crimen del Presidente consistia en ser el jefe del partido que combatia la esclavitud.

Casi en el mismo momento en que Booth entraba en el teatro, un desconocido, llamado, segun se supo luego, Lewis Payne Powell, hijo de un sacerdote de la Florida, se presentaba á la puerta del Secretario Mr. Seward, que se hallaba en cama herido de gravedad á consecuencia de una caida de su carruaje, cuyos caballos se habian desbocado pocos dias antes. El portero trató de oponerse á que subiera el desconocido, quien dijo que iba á ver á Mr. Seward de parte del Dr. Verdi, pero Payne se lanzó escale-

ras arriba, llegó á la puerta de la habitacion, y al ver que un j6ven, que era el hijo del Secretario, trataba de impedirle la entrada, sacó una pistola, y con la culata di6 dos ó tres golpes en la cabeza á su adversario, tendiéndole sin sentido á sus piés. Al oír aquel ruido salió inmediatamente de su cuarto la hija de Mr. Seward, pero el asesino, sin detenerse un momento, acerc6se á la cama, y con un cuchillo hiri6 dos ó tres veces al Secretario, quien conociendo instintivamente que se trataba de asesinarle, se incorpor6 para oponer la mayor resistencia posible, si bien no podia ser mucha, porque Mr. Seward tenia un brazo roto y la mandíbula fracturada á consecuencia de la caida. Las heridas que el asesino infiri6 á su víctima en el rostro eran graves, pero no mortales, y antes de que tuviera tiempo de asestar un cuarto golpe, un inválida llamado Robinson, que hacia las veces de enfermero, detuvo el brazo del asesino, aunque no sin que éste le hiriera tambien con su cuchillo. La hija de Mr. Seward se habia asomado á la ventana, pidiendo auxilio con voz angustiosa, y entonces Payne, conociendo que los momentos eran preciosos, hizo un poderoso esfuerzo para librarse de Robinson, que le tenia sujeto, y pudo ganar la escalera. En aquel momento subia precipitadamente el mayor Augusto Seward, otro hijo del Secretario, y como tratase de cerrar el paso á Payne, éste le hiri6 con su daga; Mr. Hansell, que venia detrás y que tambien quiso detenerle, sufri6 la misma suerte, y de este modo el asesino pudo llegar á la calle, mont6 en el caballo que habia dejado á la puerta y desapareci6 á los pocos instantes.

La eleccion del Vice-presidente Johnson para el cargo de Presidente de la Union; las honras fúnebres del desgraciado Mr. Lin-

coln, tan querido de todos los ciudadanos, y á quien un asesino habia privado de la existencia, precisamente cuando el triunfo venia á coronar sus esfuerzos; el atentado contra Mr. Seward y su hijo, la fuga y captura de Booth, herido de tal gravedad por sus perseguidores, que murió pocas horas despues de ser cogido, y por último, la causa formada á Payne y á varios de sus cómplices por el consejo de guerra, son otros tantos asuntos que pasaremos por alto, no solo por ser muy conocidos, sino porque no los creemos esenciales para esta historia. Lo que no dejaremos de consignar es que el asesinato de Mr. Lincoln levantó un grito de indignacion en todo el pais, porque todos sabian muy bien que su querido Presidente era un hombre severo, sí, pero de reconocida rectitud y de nobles sentimientos. Desde un principio se mantuvo inflexible con los partidarios de la rebelion, pero estaba resuelto á mostrarse magnánimo con ellos tan pronto como se hubiese restablecido la autoridad nacional, y así lo dió á entender en el manifiesto que leyó dos dias antes de su muerte. Como era natural, el crimen de Booth escitó un ardiente deseo de venganza difícil de contener, y como por otra parte se hacia preciso castigar á todos los culpables para que quedase satisfecha la vindicta pública, el nuevo Presidente publicó una proclama en 2 de mayo, en la cual, despues de manifestar que el crimen de Booth y sus cómplices habia sido proyectado y concertado por Jefferson Davis, Jacobo Thompson, Clemente C. Clab, Beverly Tucker, Jorge N. Sanders, W. C. Cleary, y otros rebeldes y traidores al Gobierno de la Union, ofreciase una recompensa de cien mil duros por la captura de Davis y otras que variaban entre veinticinco mil y diez mil por cada uno de los individuos citados. Esta proclama jus-

tificó las sospechas que abrigaban muchos de que la Confederacion era moralmente culpable del asesinato del Presidente Lincoln, y merecia un severo castigo.

Así pues, vemos como por el orgullo insensato y el ciego fanatismo de algunos partidarios de la esclavitud, las fiestas y regocijos públicos se convirtieron en un dia de luto: las banderolas de colores, los pabellones, las guirnaldas que ornaban los buques de Washington, de Nueva-York, de Philadelphia y de otras cincuenta ciudades, fueron reemplazadas por un negro crespon; el ejército y los funcionarios públicos llevaron luto por seis meses, y todos lamentaron la trágica muerte de aquel que habia consagrado todos sus esfuerzos á servir celosamente á su pais.

Ya hemos dicho que el general Lee se habia comprometido solo á rendirse con las tropas que tenia á sus órdenes, si bien conocia que no tardarian en imitarle los demás jefes, y ahora daremos cuenta en pocas palabras de las operaciones militares que se llevaron á cabo antes de la capitulacion de Johnston, y que fueron las últimas de la guerra.

Al regresar de su espedicion de Virginia, el general Stoneman habia recibido orden de dirigirse á la Carolina del Sur para auxiliar á Sherman, pero como este jefe no necesitaba de refuerzo alguno, Grant dispuso que Stoneman marchase hácia el camino de Tennessee para destruir las vias férreas de este Estado y de Virginia. El jefe unionista cumplió fielmente las órdenes que se le habian dado, y avanzando luego hácia la Carolina del Norte, inutilizó el camino de hierro que se halla entre Danville y Greensboro. Hecho esto, Stoneman se dirigió á Salisbury, donde se hallaban acampados tres mil separatistas á las órdenes del general Gardiner,

y aun cuando éste tenia además á su disposicion catorce piezas de artillería, los federales atacaron resueltamente al enemigo y le pusieron en dispersion, cogiendo mil trescientos sesenta y cuatro prisioneros. En Salisbury destruyó el general Stoneman varios depósitos de municiones y víveres, diez mil armas de todas clases, siete mil balas de algodón y una gran parte de la via férrea, y acto continuo volvió á Jonesboro á pesar de haberle ordenado Sherman que permaneciese en la Carolina del Norte.

El dia 10 de abril, Sherman marchó con todas sus tropas en busca del general Johnston, que estaba aun en Smithfield
1865. con un ejército de cuarenta mil hombres, y al dia siguiente se hallaban los federales á la vista de dicha poblacion, pero Johnston habia emprendido ya la retirada en direccion á Raleigh, y de este modo consiguió dejar muy atrás á sus perseguidores. Sin embargo, la noticia de la rendicion de Lee indujo á Sherman á no descansar un momento hasta haber alcanzado al enemigo, y en su consecuencia dió la orden de seguir avanzando en seguimiento de Johnston á fin de obligarle á que capitulara tambien ó á que aceptase la batalla. Ya se hallaban los federales muy cerca del ejército confederado, al que pensaban dar alcance al dia siguiente, cuando recibió Sherman la siguiente comunicacion:

«En el campamento, á 14 de abril de 1865.

»AL MAYOR GENERAL W. SHERMAN,

»*Jefe de las fuerzas de los Estados-Unidos.*

»General: el resultado de las últimas campañas de Virginia ha hecho que varíe completamente el estado de los ejércitos beligerantes, y esto me induce á dirigiros la presente con el objeto de averiguar si para que evitemos la efusion de sangre tendreis

inconveniente en suspender las hostilidades. En este caso, espero comunicareis mi proposicion al general Grant, manifestándole que el objeto principal de esta medida es entablar negociaciones amistosas para terminar de una vez la guerra.

»Tengo el honor, etc.

»*J. E. Johnston.*»

Sherman contestó inmediatamente con la siguiente carta:

«En el campamento de Raleigh,
á 14 de abril de 1865.

»AL GENERAL JOHNSTON,

»*Jefe de las fuerzas confederadas.*

»General: en este momento acabo de recibir la vuestra de fecha de hoy; empezaré por deciros que estoy plenamente autorizado para suspender las hostilidades por lo que hace á nuestros respectivos ejércitos, y en su consecuencia podremos conferenciar, si lo teneis por conveniente. Yo me adelantaré mañana hasta Morrisville, y espero que permaneceréis en vuestra misma posicion hasta que nos hayamos visto.

»Yo aceptaré las mismas condiciones que las convenidas por los generales Grant y Lee en Appomattox, y además de trasladar al primero de dichos jefes vuestra comunicacion, daré orden al general Stoneman para que suspenda sus operaciones. Debo añadir que deseo sinceramente evitar al pueblo de la Carolina del Norte los perjuicios que le causaria la marcha de nuestro ejército á través de dicho Estado.

»Soy con el mayor respeto vuestro afectísimo servidor,

»*W. Sherman.*»

Remitida inmediatamente esta carta, Sherman no quiso seguir avanzando hasta ver si

recibia la contestación, pero pasó todo el día siguiente sin que llegase nada, y ya iba el jefe unionista á continuar su marcha, cuando recibió por conducto de Kilpatrick un mensaje, en el que pedia Johnston una entrevista para el día siguiente, á las diez de la mañana, en la estación de Durham. Sherman aceptó al momento, y llegada la hora, tuvo lugar la conferencia, mas el jefe unionista no supo negociar con tanto acierto como Grant, y admitió condiciones de pacificación general y de amnistía, que no debió aceptar, no solo porque no estaba suficientemente autorizado para ello, sino porque coartaban las atribuciones del poder político. Sherman tenia ya noticias del drama ocurrido en Washington, mas no creyó que este hecho podria influir para que se aprobara ó no el contrato celebrado con Johnston; sabia, además, que el malogrado Mr. Lincoln habia concedido un permiso para que pudieran reunirse algunos miembros de la legislatura de Richmond, si bien ignoraba que mediase una contraórden, y como por otra parte no tenia opiniones en contra ó en favor de la esclavitud, creyó de buena fé que su contrato con el jefe de las fuerzas confederadas seria aprobado en Washington, á cuya ciudad marchó inmediatamente el mayor Hitchcock para obtener la sancion del Presidente.

Sherman, no obstante, se engañó en sus cálculos, segun vamos á ver. Habia muchos en el Norte que tacharon á Grant de ser demasiado generoso al fijar las condiciones para la capitulacion de Lee, mas era tal la satisfaccion que espermentaban todos al ver terminada la guerra, que no se habló mas del asunto, si bien no pensó ninguno ni remotamente que una vez vencido el primer general de la Confederacion y su mas formidable ejército, se impusieran condiciones mas ventajosas á los demás jefes de las tro-

pas rebeldes, mucho menos despues del espantoso crimen que habia indignado á todo el pais en masa. No es de estrañar, pues, que al recibirse el contrato en Washington, se rechazase por todos los hombres del Gobierno y por sus partidarios, y en el informe que se redactó despues de proceder á la lectura del documento, proponíase que se desechara por las siguientes razones:

»1.^a El general Sherman no estaba autorizado para firmar el contrato, y tanto él como Johnston debian comprender que el Gobierno de la Union no aprobaria semejantes condiciones.

»2.^a Por ese contrato se reconoce al Gobierno confederado.

»3.^a Se trata de restablecer los gobiernos de los Estados, combatidos á costa de tantos sacrificios y tesoros, y se quiere depositar en ellos las armas de nuestros enemigos, que podrán utilizarse tan pronto como se hayan disuelto los ejércitos de la Union.

»4.^a Reconocida la autoridad confederada en los Estados respectivos, volveria á establecerse la esclavitud.

»5.^a El Gobierno de la Union podria incurrir en una responsabilidad, y verse obligado á pagar la deuda de la Confederacion.

»6.^a Se perjudica á los gobiernos de los Estados leales.

»7.^a Se suprimen las leyes de confiscacion, y se dispensa de toda responsabilidad á los confederados que se han hecho acreedores á un castigo por sus excesos.

»8.^a Se fijan condiciones que se han rechazado repetida y solemnemente por el Presidente Lincoln, y que son para los confederados mucho mas ventajosas de lo que pudieran esperar.

»9.^a Por ese contrato no puede asegurarse una paz duradera, y muy lejos de esto, se deja á los rebeldes completamente en

libertad para renovar sus esfuerzos y buscar medios con que combatir al Gobierno de la Union.»

El general Grant salió inmediatamente por la posta en direccion á Raleigh, para anunciar que el contrato Sherman-Johnston habia sido desechado, y que por lo tanto podian comenzarse desde luego las hostilidades. Al llegar á Morehead-City, Grant trasladó la comunicacion del Gobierno á Sherman, y éste la notificó á su vez á Johnston, manifestándole de paso por medio de una nota, que la tregua se daría por terminada á las cuarenta y ocho horas de haber recibido el aviso, si el ejército de Johnston no se rendía bajo las mismas condiciones que las convenidas con Lee. Hecho esto, dió las órdenes oportunas para que todos los jefes se dispusieran á tomar la ofensiva á la primera orden.

Grant llegó á Raleigh el dia 25 de abril, precisamente cuando acababa de recibirse
1865. otra comunicacion de Johnston pidiendo una nueva entrevista. El general Sherman, previo el consentimiento de su jefe, accedió á la peticion, y el dia 26 tuvo lugar la tercera conferencia con Johnston, cuyo resultado fué la rendicion de su ejército, bajo las mismas condiciones impuestas al de Lee. El contrato se firmó por los dos jefes, y Grant lo aprobó con su firma. De este modo desapareció del teatro de la guerra el segundo ejército de la Confederacion, y en cuanto á las fuerzas del general Taylor, que estaban en Alabama, solo diremos que habiendo comenzado las negociaciones en 19 de abril, termináronse en 4 de mayo, en cuyo dia se efectuó la rendicion en Citronelle. Las condiciones fueron esencialmente las mismas que las convenidas con Lee y Johnston, pero se adicionó el siguiente artículo:

«Los gastos de viaje y subsistencia de los oficiales y soldados despues de la rendicion se aplicarán al capítulo de gastos públicos, debiendo advertirse que solo se hará el abono hasta el punto desde donde puedan los interesados trasladarse fácilmente á sus casas.»

El comodoro Farrand hacia, al mismo tiempo, entrega al vice-almirante Thatcher de las doce cañoneras de los confederados, bloqueadas en el rio Tombigbee, y cuya dotacion se reducía á veinte oficiales y ciento diez subalternos. Las condiciones de la rendicion fueron las mismas que las impuestas á los demás jefes separatistas.

Trasladándonos ahora á Danville, veamos lo que hacia entre tanto el que aun se titulaba Presidente de la Confederacion. Mr. Jefferson Davis, segun ya hemos dicho, se habia trasladado á dicha ciudad por el camino de hierro; el dia 5 de abril,
1865. instalóse en ella con su Gabinete y los funcionarios de su Gobierno, y acto continuo publicó una proclama cuyo objeto era escitar á sus compatriotas á continuar la guerra. Hé aquí el contenido de este documento:

«Hemos entrado en una nueva fase de la lucha: no viéndonos ya precisados á emplear una parte de nuestras fuerzas en la defensa de ciudades determinadas, el ejército podrá trasladarse fácilmente de un punto á otro para combatir al enemigo poco á poco, ya que se halla lejos del centro principal de sus operaciones. Tengamos fuerza de voluntad y seremos libres.

»Animado por la confianza que me inspiran vuestro valor y energía, debo anunciaros, queridos compatriotas, que mi propósito es defender vuestra legítima causa hasta donde lleguen mis fuerzas, y estad seguros que nunca consentiré en ceder al enemigo un

solo palmo de terreno en todo el territorio de la Confederacion. Virginia, ese noble Estado, cuya fama y nombradía corre parejas con su gloriosa historia; cuyos hijos han combatido con la bravura de los héroes, y cuyas hijas se han distinguido por infinitos rasgos de valor sublime durante esta guerra, Virginia, con el auxilio de su pueblo y la proteccion de la Providencia, será defendida como hasta aquí, y no aceptaremos la paz con los infames invasores de su territorio.

»Si por la superioridad del número nos viésemos alguna vez en la precision de alejarnos de los límites de este Estado ó de otro cualquiera de los del Sur, volveremos una y otra vez, hasta que rendidos nuestros adversarios, desistan de su loco empeño de convertir en esclavos á los que nacieron para ser libres.

»Compatriotas: lejos de desanimaros, confíemos en la proteccion del Altísimo, y espereemos al enemigo con ánimo firme y esforzado corazon.

»*Jefferson Davis.*»

Espedida esta proclama, Mr. Jefferson Davis permaneció aun algunos dias en Danville, esperando con la mayor ansiedad al general Lee, ya que no la noticia de su pronta llegada, pero cuando en 10 de abril supo que el ejército de Richmond se habia rendido en Appomattox, cosa que apenas queria creer, abandonó la ciudad, dirigiéndose por el camino de hierro á Greensboro, pues ya no quedaba otra alternativa. Sin embargo, como en este último punto no encontró casa en que alojarse con la gente de su escolta, trasladóse luego por Salisburg á Charlotte, donde habiéndosele recibido con la mayor consideracion, permaneció algunos dias, hasta que alarmado por la noticia de que se

acercaba la caballería de Stoneman, dirigióse rápidamente hácia Yorkville, seguido siempre de los miembros de su Gabinete y de una escolta de dos mil ginetes. Á los pocos dias, no obstante, Jefferson Davis se vió abandonado de la mayor parte de los que le seguian; solo quedaron á su lado Mr. Reagan, último director de correos de la Confederacion, su estado mayor, y una escolta de unos cien hombres, con los cuales se dirigió mas hácia el Sur, sin duda con la intencion de reunirse á las tropas de Dick Taylor ó Kirby Smith, ó en caso de no encontrarlos, embarcarse en cualquier puerto de la costa. Mr. Jefferson Davis se habia separado de su familia para poder obrar con mas libertad, mas al saber que se habia tratado de robar á su señora, creyendo que llevaba consigo mucho oro y alhajas, fué á reunirse con ella al momento. Entonces los fugitivos se encaminaron hácia Irwinsville, á cuyo punto llegaron en 9 de mayo, precisamente cuando el teniente coronel Pritchard, destacado por el general Wilson, márchaba en aquella direccion, seguido de la caballería de Wisconsin, cuyas fuerzas iban en busca de Jefferson Davis. Estos dos jefes dieron al fin alcance á los fugitivos, á quienes sorprendieron en la madrugada del 11 de mayo, cerca del bosque de Irwinsville, cogiendo prisioneros á Mr. Jefferson Davis, su esposa, su hermana y sus hijos (*), sin que fuera posi-

(*) Se ha dicho tanto acerca de la tentativa que hizo Mr. Jefferson Davis para escaparse de manos de sus perseguidores, vestido de mujer, que nos parece oportuno consignar aqui los detalles que dió el teniente Stuart al referir el hecho, y que en nuestro juicio son completamente exactos. Hélos aqui:

«Al amanecer se oyeron algunos tiros, y creyendo que habria ocurrido un encuentro entre sus pocos defensores y algun destacamento enemigo, Mr. Jefferson Davis se dirigió apresuradamente hácia el sitio donde en su concepto se habria empeñado alguna escaramuza, diciendo antes á su señora:

ble apelar á la fuga, porque los unionistas les habian cortado la retirada. Mr. Davis fué conducido al fuerte Monroe, donde quedó rigurosamente incomunicado, su familia obtuvo inmediatamente la libertad, y Mr. Reagan, el único que habia permanecido fiel á Mr. Davis, así como tambien el Vice-presidente Stephens, arrestado á los pocos dias en Georgia, fueron encerrados en el fuerte Warren, pero á los pocos meses se les dejó libres bajo palabra.

Llegados al último capítulo de nuestra historia, solo nos resta ya dar cuenta en pocas palabras de las dos ó tres últimas operaciones militares que precedieron á la conclusion de la guerra y al licenciamiento de los ejércitos de la Union, con lo cual daremos por terminada nuestra obra.

Aunque ya habian desaparecido del teatro de la guerra los primeros generales de la

«Creo que aun me respetarán.»

»Apenas hubo dado algunos pasos, con la intencion de evitar la efusion de sangre, invocando una autoridad que ya no existia, Mr. Davis vió avanzar á varios ginetes que ocupaban todo el camino, y entonces no pudo menos de exclamar con acento de enojo: «¡Ah! ¡son federales!»

«¡Pues sois prisionero!» gritó la señora Davis, poseida de una profunda emocion.

»Pero de pronto, una idea repentina cruzó por la mente de la esposa de Mr. Jefferson, una de esas ideas que solo conciben las mujeres cuando se trata de salir de un apuro. Cogiendo una colcha, formó con ella una especie de falda: que puso á su esposo, y cubriéndole luego la cabeza y la espalda con un pañuelo de abrigo, aconsejóle que se alejara lo mas rápidamente posible, y que confiase su salvacion á la rapidez de su caballo. Conociendo Jefferson Davis que no quedaba otra alternativa, despidióse de su señora, y como estaba muy cerca del sitio donde habia depositado sus armas y su equipaje, aventuróse á probar fortuna una vez mas. Pero ya era tarde; antes de que el fugitivo diera tres pasos, vióse rodeado por sus perseguidores, y entonces el Presidente de la Confederacion no tuvo mas remedio que entregarse como prisionero. Esta es la verdad del hecho, y desde luego podemos asegurar que todo cuanto se ha dicho y escrito, asegurando que Mr. Jefferson Davis se habia disfrazado perfectamente de mujer, con vestido, enaguas, miriñaque, etc., y que solo se le descubrió por las espuelas, es de todo punto inexacto y no merece crédito alguno.»

Confederacion y sus respectivos ejércitos, todavía quedaban en Texas enemigos que combatir, y en prueba de ello, véase **1865.** la proclama que insertamos á continuación, y que en 21 de abril dirigió á sus tropas el general Kirby Smith:

«Cuartel general de Shreveport,

21 de abril de 1865.

»SOLDADOS DEL EJÉRCITO DEL MISSISSIPPI:

»La crisis de nuestra revolucion toca á su término, pues acaban de ocurrir grandes desastres. El ejército de la Virginia del Norte y su valeroso jefe han caido prisioneros de guerra, y ya solo en vosotros puede cifrar sus esperanzas nuestra nacion; solo de vosotros depende la suerte de nuestro pueblo. En estos críticos momentos os dirijo la palabra en nombre de la santa causa que tan heroicamente habeis defendido, en nombre de vuestros hogares y familias, y en nombre de este desgraciado pais cuyo porvenir está en vuestras manos. Es llegada la hora de demostrar que sois dignos de ocupar un puesto en la historia; ahora debeis probar al mundo que vuestros corazones no han desfallecido en la hora del peligro, y que hasta el último momento sereis los heroicos campeones de la sagrada causa, defendida tan gloriosamente por vuestros hermanos del Mississippi Oriental.

»En vuestras manos están los medios de resistir la invasion durante mucho tiempo; podeis abrigar la esperanza de recibir auxilio; continuad la lucha, que á no dudar, os prestarán su apoyo las naciones que simpatizan con vosotros.

»No abandoneis vuestras banderas; conservad la disciplina, y tened presente que con nuestro valeroso ejército podremos obtener condiciones que un pueblo orgulloso

puede aceptar sin humillarse. Confíad en la protección del Todopoderoso, y no dudeis que al fin conseguiremos triunfar de nuestros enemigos.

»*Kirby Smith.*»

Á los pocos días de publicarse esta proclama, y con motivo de haberse recibido la noticia del asesinato del Presidente Lincoln, hubo en Shreveport un meeting al que asistieron algunos oficiales separatistas, y se propusieron varios medios para oponer una desesperada resistencia á las numerosas fuerzas de la Union, pero, segun veremos, la causa de los confederados estaba completamente perdida; conociase que era inútil hacer mas sacrificios, y era llegado el momento de que los partidarios del Sur desistiesen al fin de una lucha, tan funesta para el pais como para sus propios intereses.

El general Sheridan, que habia ido á Nueva-Orleans para organizar una formidable expedición con objeto de recobrar á Texas, iba ya á ponerse en marcha, cuando el recto juicio y buen criterio de los habitantes de aquel Estado evitó que se prolongasen los horrores de la guerra. Mientras los jefes separatistas hacian aun sus preparativos para oponer una inútil resistencia, casi todas las tropas se desbandaron abandonando á sus oficiales, y bien pronto quedó disuelto el ejército del Mississippi. Los soldados se retiraron á sus respectivas poblaciones, perfectamente convencidos de que la causa de la Confederación estaba perdida para siempre, y de que les seria mas provechoso consagrar su inteligencia al trabajo.

El día 29 de abril habia espedido el Presidente de la Union una proclama levantando las restricciones que pesaban sobre el comercio con los Estados del Sur y el 7 de mayo se dió orden de poner en

libertad bajo palabra á todos los prisioneros de los ejércitos separatistas, que aun se hallaban detenidos, previniéndose, no obstante, que todos los que tuvieran el grado de coronel arriba prestaran antes el juramento de alianza.

El día 2 de junio espidió Grant su última orden general del día, concebida en estos términos:

«Departamento de la Guerra.

» *Washington 2 de junio de 1865.*

»SOLDADOS DEL EJÉRCITO DE LA UNION.

»Gracias á vuestro heroico patriotismo en la hora del peligro, y merced á vuestra bravura, habeis mantenido la supremacia de la Union y defendido la Constitución del pais, rechazando á la fuerza armada que queria oponerse á la ejecución de las leyes y á la supresión de la esclavitud. Merced á vosotros se ha restablecido la legítima autoridad del Gobierno, y con esto tambien se acaba de asegurar en todo el territorio de América una paz duradera que nunca se debió turbar. Vuestras penosas marchas y memorables sitios, vuestras reñidas batallas y brillantes victorias pueden competir en grandeza con los mas memorables hechos de armas que se conocen en la historia de las guerras, y podeis consideraros como el mas firme baluarte para la defensa de nuestros derechos y libertades. Obedeciendo al llamamiento de vuestro pais, abandonasteis la familia y el hogar para combatir en favor de una causa legítima; la victoria ha coronado vuestros patrióticos esfuerzos; la nación agradecida no olvidará vuestros eminentes servicios, y al retiraros del teatro de la guerra para entregaros al reposo en el hogar doméstico, no puede menos de ser una satisfaccion para vosotros el saber que habeis cumplido como leales ciudadanos y

merecido bien de la patria. Para conseguir tan glorioso triunfo, merced al que se han salvado nuestras mas sagradas instituciones, se han hecho inmensos sacrificios, pues miles de nobles patriotas han regado con su preciosa sangre los campos de batalla, pero la nacion agradecida, despues de regar con sus lágrimas las tumbas de esos héroes, honrará para siempre su memoria y será el apoyo de sus afligidas familias.

»El teniente general,

»*Ulises Grant.*»

Pocos dias despues de publicarse esta orden del dia, y á fin de introducir desde luego las economías que tanto necesitaba la nacion, comenzó el licenciamiento de las fuerzas militares en gran escala, continuándose con la mayor actividad por el ministerio de la guerra. Felices con volver á sus casas, los oficiales y soldados se convirtieron bien pronto en pacíficos ciudadanos, en industriales, agricultores ó comerciantes, y esto con gran asombro de algunos eminentes políticos que habian predicho toda clase de males cuando los quinientos mil hombres que componian los ejércitos de la Union fueran licenciados por el Gobierno. Es probable que en algunas naciones de Europa hubiera producido malas consecuencias semejante irrupcion, pero en los Estados-Unidos, donde hay un territorio inmenso y sin vida, que solo necesita brazos para cultivar la riqueza, no es fácil que produzcan trastorno alguno los movimientos de la poblacion por grandes que sean. En semejante pais, y con unas costumbres que permiten á los que ocupan la mas humilde posicion, elevarse á los primeros cargos de la República, sin que nadie se estrañe de ello, las crisis sociales de esta naturaleza son de todo punto imposibles.

El número de prisioneros que fueron pues-

tos en libertad en virtud de la orden espedita por el departamento de la guerra en 6 de mayo, ascendia á sesenta y tres mil cuatrocientos cuarenta y dos, y el de los que se retiraron á sus casas bajo palabra, procedentes de los diversos ejércitos confederados, figuraba por ciento setenta y cuatro mil doscientos veintitres, entre los cuales se contaban restos de regimientos que habian sufrido un considerable número de bajas. Es de creer que en todas las fuerzas rebeldes que se rindieron con el general Lee, no habria mas de cien regimientos de veteranos de á mil plazas cada uno. Los ejércitos de la Union contaban en 1.º de marzo con un efectivo de novecientos sesenta y cinco mil quinientos noventa y un hombres, de los cuales habia en activo servicio seiscientos dos mil quinientos noventa y tres, y ciento treinta y dos mil quinientos treinta y ocho, destinados á formar destacamentos; ciento setenta y nueve mil cuarenta y siete se hallaban en los hospitales ó ausentes con licencia; treinta y un mil seiscientos noventa y cinco habian caido prisioneros de guerra, y los diez y nueve mil setecientos diez y ocho restantes eran desertores. En 7 de agosto se habian licenciado ya seiscientos cuarenta mil ochocientos seis hombres, y en 15 de octubre ascendia esta cifra á **1865.** setecientos ochenta y cinco mil doscientos cinco. De este modo desaparecieron del teatro de la guerra los numerosos ejércitos, que animados del mejor espíritu y del mas indelible entusiasmo, habian acudido presurosos á la defensa de la República y de sus sagradas instituciones.

Terminada ya nuestra obra, podria preguntársenos qué utilidad ha reportado la guerra de los Estados-Unidos en el desarrollo y los adelantos del arte militar. La respuesta á esta pregunta no es fácil en sus

detalles, pero sí en su conjunto: los americanos han hecho grandes progresos, y esto es cosa que nadie puede negar. Sus numerosos sistemas de fusiles que se cargan por la culata, sus revolvers de nueva invencion, sus inmensos cañones rayados, sus monitores, sus diversas clases de baterías, y por último, sus puentes, sus canales militares y sus admirables telégrafos de señales, son otros tantos inventos que suponen un gran adelanto en el arte de la guerra. Respecto á estrategia, solo es de notar la gran facilidad con que se llevaron á cabo las grandes operaciones militares, combinadas por mar y por tierra. En cuanto á táctica, de lo que principalmente se puede hacer mencion es del empleo de la caballería en cuerpos numerosos, y no dejaron tambien de ser notables, durante la guerra, aquellas escursiones ó correrías, cuyo único objeto era destruir las vias férreas, sorprender puntos determinados y causar, en fin, todo el daño posible al enemigo. Por lo que hace á la organizacion de los ejércitos, á la disciplina y á las maniobras, la guerra de la separacion no ha dado á conocer nada nuevo digno de imitarse, pero en cambio ha realizado un ver-

dadero progreso en el campo de la política, de la moral y del cristianismo. Al decir esto, nos referimos á la emancipacion de los negros: á esa lucha gigantesca, que han contemplado con asombro las demás naciones, se debe la libertad de una numerosa raza de hombres, y la supresion de una esclavitud que iba á reconocerse como un dogma y á la que estaban ya sujetos cuatro millones de seres humanos.

Esa terrible y sangrienta guerra señalará, á pesar de todo, una etapa brillante en la historia de la civilizacion y del progreso del reinado de Dios en los diversos continentes. Habrá costado, es verdad, muchos millones de duros y el sacrificio de quinientas mil vidas humanas, pero en cambio, se habrá lavado el Nuevo Mundo de esa mancha y del crimen de haber tolerado la esclavitud por tanto tiempo.

De esperar es que el Gobierno americano sabrá llevar á cabo su obra y cumplir su elevada mision, sin perder de vista, sin embargo, que apaciguar las pasiones desencadenadas, es una cosa de todo punto necesaria para la reconstitucion y la prosperidad de la gran República.

FIN.



DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL GENERAL MC CLELLAN CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL
MONUMENTO FUNERARIO DE WEST POINT EL DIA 15 DE JUNIO DE 1864 (*).

Señores:

En todas las naciones hay la costumbre de consagrar ciertos dias al recuerdo de las glorias ó de las desgracias; las primeras se celebran con fiestas; para las segundas se reserva el ayuno y la oracion: si hay triunfos para los vivos y laureles para los afortunados vencedores, tambien hay funerales y lágrimas para los bravos que cayeron en el campo de batalla. Hoy nos hemos reunido para cumplir con este triste deber.

En el templo de la poesia, en la tribuna de la antigüedad, solo resuena el estrépito de las armas; parece que son preferidas las acciones de guerra á las artes de la paz, y por eso han llegado hasta nosotros los nombres de los héroes y de las víctimas. Nuestro antiguo Testamento nos refiere las nobles acciones y la muerte heroica de los patriotas judíos, en tanto que el Evangelio de nuestro divino Salvador nos describe con frecuencia numerosos rasgos de los guerreros para glorificar nuestra santa religion. Merced á estas narraciones fúnebres, se ha transmitido hasta nosotros, á través de las edades, la gloria de aquellos cuya muerte fué honrada hace muchos siglos, y aunque no conozcamos el nombre de todos los bravos que combatieron en

los campos de Marathon, en las Termópilas y en las llanuras de Palestina, no hemos olvidado sus ejemplos. Mientras el hombre esté animado de nobles sentimientos, mientras su corazon se conmueva al escuchar la narracion de los hechos gloriosos y patrióticos, esas lecciones de la antigüedad estimularán siempre á los hombres generosos y á los leales ciudadanos.

Era costumbre entre los griegos, que los padres de los mas valerosos pronunciasen la oracion fúnebre de las víctimas, triste deber que se confiaba á los hombres de Estado y á los mas elocuentes tribunos. Si un nuevo Demóstenes ó un segundo Pericles pudieran presentarse aquí en estos momentos para ocupar mi puesto, hallarian seguramente un tema digno de su elocuencia, y yo cederia gustoso mi lugar, pues no estoy aquí como orador, sino como antiguo general en jefe y afectuoso compañero de las víctimas de nuestras rudas batallas contra el extranjero y el enemigo interior, víctimas á quienes he tenido la suerte de sobrevivir. Dios sabe cuán profundo era el cariño que profesaba á esos queridos compañeros de armas, cuyos nombres vamos á inscribir en este momento, y cuyo elogio es digno de una elocuencia que estoy muy lejos de poseer.

Amigos míos: nos hemos reunido hoy para honrar á los muertos, á hermanos que estaban unidos con nosotros por los tiernos vín-

(*) Hemos creído oportuno insertar este discurso, no solo porque en él se hacen exactas apreciaciones respecto á la politica de los Estados-Unidos, sino porque contiene datos generales y biográficos referentes al ejército regular.

culos de la amistad y del cariño, y que han sacrificado generosamente su vida en aras de su patriotismo durante esta guerra tan funesta como justa y legal, puesto que su único objeto es sofocar la rebelion y evitar las fatales consecuencias de un desmembramiento. Por esto sentimos nuestras almas dominadas por las mas nobles emociones que puede experimentar el hombre: debemos enorgullecernos por haber tenido en nuestro pais tan heróicos ciudadanos; estamos tristes porque han dejado de existir, y debemos rogar á Dios que nos permita imitar sus actos y morir con tanta gloria como ellos. Estamos reunidos aquí para consagrar un cenotafio que recuerde á nuestros mas lejanos descendientes los dias nefastos de esta funesta lucha.

El monumento que veis no está destinado sino á una parte de las víctimas de la desgraciada guerra que aflige á nuestro pais, es decir, á los oficiales y soldados del ejército regular, mas no se crea por esto que estemos animados de un espíritu esclusivista, pues nadie mejor que nosotros sabrá honrar la memoria de los bravos del ejército voluntario, que cayeron á nuestro lado en los campos de batalla. Á mí es á quien toca hablar de su abnegacion y de su heroismo ante la muerte, pues han estado mucho tiempo bajo mis órdenes, y al manifestar cuánto aprecio nos merecen nuestros hermanos los voluntarios, soy el eco de los sentimientos de que está inspirado el ejército regular. Por lo que hace á nosotros, somos poco numerosos; mas bien que como ejército se nos puede considerar como una sociedad de amigos, pero nos unen los lazos de la mas tierna amistad, contraidos unos desde la infancia, cuando jugábamos á la sombra de las colinas de granito, formados los otros en una edad mas madura, cuando recorriamos las ásperas montañas y los fértiles valles de

México, ó las inmensas llanuras del Oeste. Nuestra mútua confianza, nuestra sincera amistad, nació de haber corrido juntos los mismos peligros, de haber sufrido las mismas fatigas y privaciones, de haber pasado tantas noches juntos en medio de los campamentos, y seguramente que West Point podrá recordar todo esto á las futuras generaciones. Generales y soldados, todos los que están dispuestos á morir por la patria, se sentirán siempre poseidos del respeto mas profundo hácia ese monumento, y como aquellos cuya muerte se trata de conmemorar, marcharemos con serenidad al encuentro del enemigo, sin temor á esa hora suprema que acaso encontremos en el mismo campo del honor. Tales son los lazos que nos unen, lazos de fraternidad como compañeros de armas, los mas estrechos que pueden existir entre hombres, y por lo tanto, era natural que consagrásemos este monumento á los que nos han precedido por la senda del honor que hemos de seguir mas tarde ó mas temprano.

¿Qué es ese ejército regular al cual pertenecemos? ¿Quiénes son los hombres cuya muerte merecen estos funerales? ¿Cuál es la causa por que han dado su vida?

Nuestro ejército regular ó permanente es el centro donde se conservan en tiempo de paz las tradiciones militares del pais, asi como tambien la organizacion, la ciencia y la instruccion indispensables á los ejércitos modernos; el ejército es tan antiguo como la nacion, es del mismo origen, y solo ha experimentado algunos cambios desde que se formó. Los regimientos americanos combatiéron en las orillas del San Lorenzo y del Ohio, en las márgenes del lago Ontario y del lago Jorge, en las islas de los caribes y de la América del Sur; en Louisburg, Quebec, Duquesne, Moro y Portobello demos-

traron su valor las tropas provinciales; y en esa escuela precisamente fué donde se formaron soldados como Washington, Putnam, Lee, Montgomery y Gates. Greene, Knox, Wayne y Steuben fueron los fundadores de nuestro ejército permanente, y sirviendo á sus órdenes, adquirieron nuestras tropas esa disciplina, esa firmeza merced á la que pudieron medirse con los veteranos de Inglaterra. El estudio de la historia de la revolucion, y sobre todo, las correspondencias de Washington, bastan para que reconozca el mas escéptico cuánta era la bravura de las tropas provinciales en la obra de la fundacion de nuestra Independencia y del edificio por cuya conservacion combatimos hoy.

En el año 1812 no estaba nuestro ejército bajo un pié de guerra á la altura de las circunstancias, pero se aumentó rápidamente, y esa nueva generacion de soldados no tardó en mostrarse digna de la alta mision que se le iba á confiar. En Chippewa, Queenstown, Plattsburg y Nueva-Orleans probaron su bravura nuestras tropas, pero luego vino un período de paz exterior que duró mas de treinta años, en cuyo tiempo se introdujeron varios cambios en la organizacion y la fuerza del ejército regular, á causa principalmente de las sangrientas guerras con los indios. Al combatir con las tribus del *Halcon Negro*, nuestras valerosas tropas tuvieron que luchar con un enemigo mucho mas terrible aun, que era el cólera, y los Seminolas, protegidos por sus pantanos pestilentes, desafiaron nuestros esfuerzos durante algunos años, dando esto lugar á que se presenciaran rasgos de heroismo que recuerda con orgullo nuestra historia.

La guerra con México vino á reemplazar despues á los combates contra los indios y al monótono servicio de las fronteras: por la primera vez al cabo de muchos años, el ejér-

cito regular se concentró en masa para tomar una parte muy principal en las batallas de aquella importante y obstinada lucha; en Palo Alto, Resaca, y en el fuerte Brown, solo á él se debió la victoria, y las batallas de Monterey, Buenavista, Veracruz y Cerro Gordo, así como en los demás encuentros, nadie podrá afirmar que se hubieran ganado sin el auxilio de las tropas regulares. Cuando la paz coronó nuestros triunfos en la capital del imperio de los Motezumas, el ejército se dispersó á lo largo de las inmensas fronteras, y tomó parte en una guerra tan penosa como mortífera contra los indios de las llanuras.

Trascurrieron trece años, estalló la guerra que hoy nos aflige, y el grueso del ejército fué llamado desde luego para combatir al enemigo interior, pero antes de hablaros sobre los acontecimientos actuales, no puedo menos de recordar los nombres de los bravos que por tanto tiempo fueron nuestros compañeros y que hoy ya no existen; los Taylor, los Worth, los Brady y los Brooks han dejado entre nosotros un recuerdo imperecedero.

Hay en la historia de Venecia un triste episodio que nos ha cantado la lira del poeta y reproducido el lienzo del pintor: un anciano, que habia servido celosamente durante muchos años á su pais como magistrado y como guerrero, llegó al fin á ser Dux de Venecia, y convicto de traicion poco despues, no solo sufrió la pena de muerte, sino tambien otra que iba á durar mucho tiempo. El hueco donde debia colocarse su retrato en la galeria de los Dux, se cubrió con una gasa negra, y esta gasa es la que hoy llama mas la atencion de los que van á visitar el palacio. ¡Oh! pluguiera al cielo que un negro crespón, como el que cubre el retrato de Marino Faliero hoy dia, pudiese ocultar á la



historia el nombre de aquellos que, compañeros nuestros en otro tiempo, empuñan ahora las armas para desgarrar la bandera bajo la cual habíamos combatido juntos por espacio de tantos años! Pero por denso que sea ese velo, no podrá ocultar la agonía que oprime nuestros corazones, cuando al pensar en el pasado recordemos que es preciso luchar á muerte contra los hombres que nos inspiraban el mas profundo afecto. ¿Por qué ese valor y perseverancia no han de utilizarse para combatir al extranjero, mas bien que para esta rebelion injustificable que no podria prolongarse tanto tiempo sin el talento y energía de nuestros antiguos compañeros de armas?

No me detendré en este punto: hoy debemos regocijarnos al ver terminado un grande y noble monumento que recordará nuestro glorioso pasado, honrando la memoria de nuestros compañeros y amigos. Podemos enorgullecernos al saber que estamos presididos por el héroe que aseguró la victoria en las orillas del Niágara, por aquel que, aunque general consumado, preferia siempre el olivo de paz á los sangrientos laureles de la victoria cuando esto era compatible con el honor y el deber; contra aquel, en fin, que despues de una gloriosa carrera, supo rechazar los ataques de la traicion, manteniéndose firme como una roca de granito, contra la cual van á estrellarse las tempestades del mar. En las edades futuras, cuando este monumento no sea mas que una ruina, y cuando los nombres inscritos solo recuerden antiguas leyendas, el nombre de Winfield Scott vivirá aun en la memoria de todos, como los grabados esculpidos en el monumento de los Faraones, olvidados tanto tiempo hace.

Pero hablemos del presente: durante la guerra que conmueve hoy á la nacion hasta en sus últimos cimientos, el ejército regular

ha figurado honrosamente en todas las ocasiones; muy poco numeroso para obrar por sí solo, ha tomado parte en todas las grandes batallas; sus inmensas pérdidas prueban que siempre estuvo en lo mas recio del combate, y los informes de sus jefes demuestran que ha sabido conservarse á gran altura. Mas de una victoria hemos alcanzado por sus brillantes cargas, y en la derrota, no pocas veces se ha salvado el ejército de la destruccion. Nuestras tropas pueden enorgullecerse de haber tomado parte en las batallas de México, así como en las de Manassas, Gaines Mill, Antietam, Shiloh y Gettysburg, y no les cabe menos gloria á los oficiales que murieron como héroes defendiendo la causa de su país. Los que aun viven son demasiado numerosos para que yo los nombre aquí, pues sentiria olvidar á uno solo, pero el mas hermoso episodio de la historia del ejército regular, es el ejemplo de fidelidad que dieron los soldados, cogidos á traicion en Texas y que prefirieron sufrir toda clase de privaciones y penalidades antes que violar su juramento y abandonar su bandera. La historia no ofrece un ejemplo de abnegacion mas generosa que el que dieron esos bravos al negarse á seguir á sus antiguos oficiales, que se pasaban al enemigo.

Tales el ejército regular, tales sus hechos, tales sus jefes y soldados! No es necesario hacer aquí su elogio: recorred los campos de batalla regados con su sangre, id á las heladas orillas del San Lorenzo, visitad las márgenes del Atlántico y del Pacífico, que allí encontrareis algun recuerdo mucho mas elocuente que cuanto yo pudiera deciros.

¿Por qué estamos reunidos hoy aquí? ¿No es para asistir á los funerales de uno de esos bravos? ¿No es para llorar sobre la pérdida de una de nuestras batallas? No; es para celebrar las exequias de los mas valerosos y no-

bles de nuestros conciudadanos, muertos en encarnizados combates, algunos de los cuales fueron de los mas sangrientos que recuerda la historia de las guerras. Esos héroes, cuyos nombres queremos inscribir, perpetuando su memoria, combatieron allí donde la rebelion armada asomó su hedionda cabeza, en el centro de Nueva-México, en el gran valle del Mississippi, en las llanuras de Kentucky, en las montañas del Tennessee, en medio de los pantanos de la Carolina, en las fértiles campiñas de Maryland y en los espesos bosques de Virginia; eran de todas edades, de todos grados y de todas condiciones; no es necesario, ni seria tampoco posible, formar aquí esa interminable lista mortuoria; hablaré solo de algunas de las víctimas, bien dignas de representar á las demás.

Entre los primeros en fama y nombradía, veo al héroe de veinte batallas, á Juan Sedgwick, amable y dulce como una mujer, bravo como un leon, siempre honrado, sincero y haciéndose digno del elogio de todos; fué un modelo que todos deberian imitar, y al que seguramente podrán igualarse muy pocos. En las rudas batallas que precedieron á su muerte, tuvo ocasion de dar á conocer repetidas veces sus cualidades de gran general y valeroso militar; despues de haberse escapado milagrosamente de la muerte en tantos encuentros, sucumbió al fin cuando menos lucha habia, herido por la bala de uno de los tiradores enemigos, pero murió como un héroe, con la confianza en el corazon y la sonrisa en los lábios. ¡Ah! ¡en nuestra gran nacion no hay muchos que se asemejen á Juan Sedgwick! Como él tambien, y cuando marchaba á la cabeza de su cuerpo de ejército, nos fué arrebatado el venerable Mansfield, que siempre se habia distinguido entre los demás por su destreza y sangre

fria, sobre todo en el fuerte Brown, en Monterey y en Buenavista. Reynolds y Reno, ambos jóvenes y vigorosos, que se hicieron notar en México por su temerario arrojo, y últimamente en nuestra guerra civil, eran otros dos bravos oficiales, de quienes la patria esperaba mucho, pero que Dios ha querido llamar á sí!

El general Lyon, que se hallaba en la flor de su edad, cayó tambien para no volverse á levantar, cuando marchaba al encuentro del enemigo con su reducido ejército; durante su vida dió repetidas pruebas de su valor y patriotismo.

El impetuoso Kearny y otros generales como Richardson, Williams, Terril, Stevens, Weed, Saunders, Strong y Hayes terminaron su existencia despues de una brillante carrera, en la cual se distinguieron por sus hechos de armas; el joven Bayardo, así como el Caballero *sin miedo y sin tacha*, tuvo la desgracia de morir en la flor de su edad. Sin embargo, en ningun regimiento hubo jefes mas bravos y mas heróicos que Russell, Davis, Gorre, Simons, Bailey, Putnam y Kingsbury, los cuales cayeron en el campo de batalla; eran los unos veteranos y los otros muy jóvenes en el servicio, mas no por esto dejó de ser su muerte menos sentida.

En el cuerpo de artillería tambien se cuentan numerosas víctimas: el comandante Gibbs fué el primero que pagó su tributo; Benson, Haggard y otros jóvenes, tales como Kirby y Cushing, perdieron la vida en el combate, y la misma suerte sufrieron los bravos Wagner y Cross, jefes del cuerpo de ingenieros.

Despues de consagrar un recuerdo á todos esos ilustres jefes, no debemos echar en olvido á los veteranos subalternos, compañeros de Scott en México, y que tomaron parte en cien combates contra los indios del Oeste ó de la Florida, veteranos que no te-

nian esperanzas de adquirir una gran gloria personal, pero que no por eso dejaron de dar repetidas pruebas de su bravura. En su humilde esfera, esos hombres sirvieron al pais con tanta fidelidad y patriotismo como los generales mas afamados; acaso no se leguen sus nombres á la posteridad, mas su valor y abnegacion sirvieron de ejemplo en muchas ocasiones.

Tenemos aun otra categoría de militares que se distinguieron desde el principio de la guerra, y que no por no haber muerto en el campo de batalla son menos dignos de nuestra consideracion. Hubo un Sumner, veterano intrépido y caballeresco, que contaba mas de cincuenta años de servicios, y á quien se vió repetidas veces en lo mas rudo del combate, dando sus órdenes con una serenidad que admiraba á todos. Muchas veces me habia dicho que deseaba morir con las armas en la mano, pero Dios no lo quiso así, pues fué víctima de una enfermedad que le llevó á la tumba. El valeroso Smith, ese elegante militar, á quien muchos de nosotros hemos visto en este mismo sitio, fué respetado por las balas enemigas, pero no por la enfermedad que arrebató tantos soldados á nuestro ejército.

Juan Budford, tan intrépido como sus compañeros; Mitchell, tan eminente en la ciencia; Plummer, Palmer y otros muchos, murieron tambien á causa de las dolencias contraidas en el servicio. No cerraré esta interminable lista de los mártires de mi pais sin pagar una deuda de afecto nacional, pues uno de los que han dejado de existir era digno de mi mas profunda amistad y de mi reconocimiento; era á la vez un ardiente patriota, un carácter elevado y un pundonoroso militar; era, en fin, el bello ideal del oficial de estado mayor. Me refiero á mi ayudante de campo, el coronel Colburn.

¿Podrán servir de provechosa leccion á nuestro pais todas esas muertes y esos gloriosos servicios? En nuestros dias la guerra es un arte, y es cosa que á nadie puede ocultarse, que para organizar y dirigir los ejércitos, para las combinaciones de la estrategia y para su ejecucion, es preciso poseer ciertas nociones teóricas de aquel. Contar con el éxito cuando el plan de una campaña se confia á hombres que carecen de conocimientos en el arte militar, es una cosa tan quimérica como esperar que un hábil cirujano instruya perfectamente una causa difícil.

Y ahora veamos por qué han dado su vida tantos hombres, y por qué exige aun la nacion que viertan sus hijos tanta sangre preciosa.

Despues de la guerra de la Independencia se reconoció que la Confederacion, engrandecida durante la lucha, iba á hundirse por su propio peso, pero el Gobierno central era demasiado débil; no podia hacer otra cosa sino recomendar á los diversos Estados las medidas que le parecieron mas convenientes, y no poseia suficiente autoridad en la legislatura, porque le faltaba la fuerza ejecutiva que sanciona las leyes. La influencia nacional y el respeto propio iban disminuyendo gradualmente; veíase con inquietud acercarse el momento en que nuestras instituciones demostrarian una vez mas al mundo que era imposible un Gobierno fundado sobre la libertad humana y la libertad individual; la nacion marchaba á pasos agigantados hácia el borde de un abismo, y la ruina era inminente, cuando algunos de nuestros mas sábios y nobles patriotas se reunieron, hace ya ochenta años, para buscar un remedio á los males que amenazaban destruir la grande obra de la Revolucion. Sus sesiones fueron largas y á veces tempestuosas; por un momento se pudo dudar del re-

sultado, mas al fin, en medio del conflicto que ocasionaban los opuestos intereses, á pesar de las preocupaciones de partido y del amor propio de unos y otros, ejercieron su benéfica influencia los sentimientos conciliatorios, y se formó la Constitucion por la cual nos hemos regido tanto tiempo. No se hizo en un dia, sino que fué el resultado de concienzudos trabajos, de sábias concesiones y, sobre todo, del mas puro patriotismo. Los pueblos de todos los Estados la adoptaron finalmente, aunque algunos de ellos con repugnancia, porque no era del todo lo que deseaban, si bien les pareció lo mejor en las circunstancias por que atravesaba entonces el pais. Se aceptó porque ella nos daba una forma de Gobierno, con la cual podia vivir la nacion feliz y tranquila, mientras que el pueblo respetara las leyes para evitar las calamidades que hasta entonces habian affligido á nuestra patria.

Bajo la Constitucion hemos hecho progresos que no tienen ejemplo en la historia; quedaron asegurados los derechos y libertades de los ciudadanos; vastos territorios, habitados solo entonces por los salvajes y las fieras, pasaron al dominio de la civilizacion; las artes, las ciencias y el comercio se desarrollaron en gran escala; nuestro pabellon recorrió todos los mares, y poco despues ocupábamos un lugar preferente entre las grandes naciones de la tierra. Pero bajo esa risueña superficie de prosperidad, sobre la cual bogábamos á velas desplegadas como una nave impelida por la brisa del mar, ocultábanse peligrosos arrecifes, que ahora impiden nuestra marcha é inspiran temor á los pilotos mas experimentados. Confiada en su fuerza y en su buena fortuna, la nave avanzaba siempre sin que su tripulacion escuchara los consejos de la prudencia; olvidáronse los peligros que amenazaban antes

de empezarse el viaje, y bien pronto pareció inevitable estrellarse contra las rocas. Los mismos elementos de disidencia, las mezquinas preocupaciones, los intereses particulares, las instituciones heterogéneas que hicieron tan difícil elaborar la Constitucion, amenazaron una vez mas destruirla, mas por fortuna, la nacion contaba en su seno con algunos eminentes políticos, que merced á su sabiduría y profundos conocimientos, consiguieron salvar á la República, y así se pudieron evitar durante algunos años mas los males que hoy nos afligen. El tiempo y una prolongada prosperidad hicieron olvidar las pasadas calamidades, y ya no se habló sino de conciliacion, pues la solidaridad de intereses y las mútuas concesiones habian sido la base y debian ser el apoyo de nuestro Gobierno. Desgraciadamente aparecieron á poco ciertos hombres que por sus miras ambiciosas ó por las preocupaciones de partido no tuvieron consideracion alguna con el bien público y el bien general; aquellos de ideas mas avanzadas encontraron pronto un pretesto para prescindir de las negociaciones pacíficas y de los principios constitucionales, y entonces se apeló á la guerra y se pidió la separacion de los Estados, alegando que era preciso evitar males futuros.

Prescindiendo de los sofismas y de las intrigas, la causa directa de la guerra, tal como se presentaba á los ciudadanos honrados y patrióticos del Norte, es sencillamente esta: ciertos Estados, ó mas bien, una parte de los habitantes de aquellos, han creído, ó aparentado creer, que sus derechos y propiedades iban á peligrar cuando subiera al poder cierto partido, y esto á pesar de que la Constitucion y el Gobierno ofrecian una proteccion segura contra los males temidos. Cuantos esfuerzos se hicieron para evitar un

choque fueron inútiles; se prefirió buscar la seguridad destruyendo ese Gobierno, que solo deseaba proteger á los ciudadanos, y se apeló á la fuerza armada contra las tropas que ocupaban una fortaleza nacional. Lavar ese insulto hecho á nuestra bandera; evitar la triste suerte de las repúblicas divididas de la Italia y de la América del Sur; preservar á nuestro Gobierno de la destruccion, y encerrarnos dentro de los límites del poder legal, han sido los motivos que nos obligaron á empuñar las armas.

La rebelion contra un Gobierno como el nuestro, que solo desea arreglar las cuestiones por medios pacíficos, no debe confundirse con una revolucion contra un poder despótico que rehusa dar toda clase de satisfacciones; semejante rebelion no se funda en ningun motivo justificado, y nos pone en la alternativa de destruirla ó consentir en la ruina de esta nacion. En tiempos como los que alcanzamos y con semejantes disensiones, el espíritu de partido debe convertirse en un sincero y virtuoso patriotismo, sin tener en cuenta mas que el bien del país.

Ya sabeis, amigos míos, por qué han hecho el sacrificio de su vida tantos de nuestros compañeros. ¿Habrán de ser estériles su abnegacion y patriotismo? ¿Podrán decir las generaciones futuras que nos ha faltado el vigor necesario para terminar la obra comenzada, y que despues de tan costosos sacrificios hemos vacilado en salvar la patria? ¡Librenos el cielo de semejante baldon, é infunda Dios aliento en nuestros corazones!

¡Oh, manes de nuestros héroes! ¡Almas de nuestros bravos compañeros! ¡comunicadnos vuestra indomable voluntad, y si os es permitido proteger á los que aun no han

abandonado la tierra, no nos abandoneis en medio del peligro y de las desgracias; alentad á los fuertes, sostened á los débiles, y así podrá salvarse la República y se asegurará el triunfo de nuestra bandera!

Á través de la borrasca que arrastra la nave del Estado, vemos un faro luminoso que nos infunde confianza: no puede ser que esta gran nacion haya terminado ya su brillante carrera; no es posible que nuestra estrella, radiante en otro tiempo, y que tanto nos prometia para el porvenir, deba oscurecerse ya para siempre. No dudemos que la Providencia permitirá que este país, que fué por tanto tiempo el asilo de los oprimidos, el refugio de la libertad religiosa y civil, vuelva á ocupar un lugar preferente entre las demás naciones del mundo, despues de haber dado un saludable ejemplo á los que desean marchar por la senda del progreso. No nos es permitido sondear los decretos de la Providencia, pero los comprendemos al consultar el pasado. No nos es posible tampoco penetrar los designios del Altísimo, pero toda la historia, así como la revelacion cristiana, nos prueba que esos decretos, aunque insondables, son justos. Cumplamos, pues, con nuestra mision; tengamos una confianza ilimitada en la bondad del Señor, que condujo á nuestros padres á través de los mares, y les sostuvo en medio de los peligros, aun mas grandes que los que arrostró su propio pueblo. Si cumplimos con nuestro deber y tenemos confianza en el Sér Supremo, no nos abandonará en la adversidad.

Y ahora, amigos míos, en la confianza de que Dios salvará á nuestra patria, dedicamos este monumento al honor, al patriotismo, á la abnegacion y á la memoria de nuestros bravos.

ÍNDICE DEL TOMO TERCERO.

LIBRO SESTO.

Desde el restablecimiento de la paz en 1815 hasta el fin de la administracion de Juan Quincy Adams.

1815 á 1829.

CAPÍTULO PRIMERO.

1815—1817.

FIN DE LA PRESIDENCIA DE MADISON.

Página.
Restablecimiento de la paz.—Efectos que produjo.—El convenio comercial y sus resultados.—La matanza de Dartmoor.—Guerra con Argel.—Tributo pagado al Bey.—Su conducta con los americanos.—La escuadra marcha al Mediterráneo á las órdenes de Bainbridge y Decatur.—Medidas que adoptó este último.—El Bey acepta el tratado.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—Sus recomendaciones.—Observaciones de Mr. Dallas respecto á la hacienda.—Carta de Mr. Dallas recomendando un banco nacional.—Debate.—Condiciones del nuevo banco.—*Bill* referente á la manera de pagar á los miembros del Congreso.—Descontento.—Eleccion de candidatos para Presidente y Vice-presidente.—Monroe y Tompkins.—Resultado de las elecciones.—Nuevo sistema adoptado por el Secretario del Tesoro para pagar los créditos contra el Gobierno.—El banco de los Estados-Unidos comienza sus operaciones.—Sesion del Congreso.—Último mensaje anual del Presidente.—Extracto de su contenido.—*Bill* para pagar la deuda nacional.—Observaciones de Calhoun.—Otros procedimientos del Congreso.—Fin de la carrera oficial de Madison.—Observaciones acerca de su carácter. 5

CAPÍTULO II.

1817—1819.

LOS DOS PRIMEROS AÑOS DE LA ADMINISTRACION DE MONROE.

El quinto Presidente entra en el desempeño de sus funciones.—Manifiesto inaugural.—El gabinete de

Página.

Mr. Monroe.—Principios políticos de su administracion.—Viaje del Presidente á diversos Estados.—Primera legislatura del décimo quinto Congreso.—El mensaje del Presidente.—Extracto de su contenido.—Debates en el Congreso.—Supresion de contribuciones.—Situacion del pais.—Tarifas.—Mejoras.—Discusion.—La isla Amelia y Galveston.—M^rGregor y Aury.—Mississippi entra á formar parte de la Union.—Tratados con los indios.—La guerra de Seminola.—El general Gaines.—El general Jackson marcha á la Florida.—Arbuthnot y Ambrister.—Su causa y ejecucion.—Jackson marcha á Pensacola.—La autoridad española.—Escitacion que produjo la conducta de Jackson.—El Congreso se reúne en sesion.—Mensaje del Presidente.—Quejas contra el banco de los Estados-Unidos.—Se nombra un comité para que informe.—Resultado de su investigacion.—Especulaciones y fraudes.—Se nombran nuevos directores.—El general Jackson y la guerra de Seminola.—Debates.—Illinois es admitido en la Union.—Alabama y Missouri.—Informe de Calhoun respecto á los caminos y canales.—Tratado con España y cesion de la Florida á los Estados-Unidos.—Reclamaciones. 16

CAPÍTULO III.

1819—1822.

ACONTECIMIENTOS DURANTE 1819-1822.

El Presidente visita los Estados del Sur.—La cuestion de esclavos.—Se reúne el Congreso.—El mensaje del Presidente.—La cuestion del Missouri.—Debates y personas notables que tomaron parte en ellos.—Resultado de la cuestion.—Procedimientos del Congreso.—Ley de quiebras, pensiones y venta de tierras públicas, etc.—El comodoro Decatur es

muerto en un duelo.—El cuarto censo.—Periodo critico.—El Congreso se reúne en noviembre de 1820.—Extracto del mensaje del Presidente.—La cuestion del Missouri.—Se renuevan los debates.—Esfuerzos de Clay.—Resultado de la eleccion presidencial.—Estado critico de la Hacienda.—El tratado de la Florida.—Segunda administracion de Monroe.—Jackson es nombrado gobernador de la Florida.—Sus actos.—Proclama del Presidente respecto á la admision de Missouri.—El décimo séptimo Congreso.—El mensaje del Presidente.—Investigacion acerca de la conducta de Jackson.—Se rehusa el auxilio á las fábricas del país.—El Congreso aplaza sus sesiones hasta el 8 de mayo. . .

Página.

29

CAPÍTULO IV.

1822—1825.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE MONROE.

Nuevas combinaciones politicas.—Candidatos para la Presidencia.—Convenio con Francia.—Relaciones con Inglaterra.—Se reúne el Congreso.—El mensaje del Presidente.—Actos de la legislatura.—El complot A. B.—Las cuentas del Vice-presidente Tompkins.—Espedicion de Decoudray contra Puerto-Rico.—Piratería en los mares de la India Occidental.—Medidas de Porter.—El Congreso décimo octavo.—Mensaje del Presidente.—Las repúblicas de la América del Sur.—La doctrina de Monroe.—Enmiendas á la Constitucion.—Proyectos politicos.—Caminos, canales y ley de quiebras.—Revision de las tarifas.—Debates.—Simpatías con los griegos.—Crawford elegido por el Comité.—El general Lafayette visita á los Estados- Unidos.—Recepcion entusiasta.—Lafayette recorre el país.—Honores que se le tributaron.—Conducta del Congreso.—La lucha presidencial.—Resultado de la votacion para los candidatos Andrés Jackson, Juan Q. Adams,

W. H. Crawford y Enrique Clay.—Segunda legislatura del décimo octavo Congreso.—Estado de cosas al verificarse la eleccion de Presidente.—Clay influye en favor de Adams.—Cargos que se le hicieron.—Adams es elegido Presidente por la Cámara de Representantes.—La reclamacion de Beaumarchais.—Se aplaza el Congreso.—Ojeada retrospectiva sobre la administracion de Monroe.—Elogio de J. Q. Adams.

Página.

42

CAPÍTULO V.

1825—1829.

ADMINISTRACION DE JUAN QUINCY ADAMS.

Juan Quincy Adams toma posesion del cargo de Presidente.—Extracto de su manifiesto inaugural.—El Gabinete del nuevo Presidente.—Tratado con los Creeks.—Dificultades.—Otros tratados con los indios.—Jackson es elegido por la legislatura de Tennessee.—Oposicion organizada contra el Gobierno.—El canal de Eric.—El Congreso décimo nono.—Extracto del mensaje del Presidente.—El Congreso americano en Panamá.—Ataque de la oposicion.—Resultados.—Enmiendas á la Constitucion.—Proyectos politicos.—El tratado de los Creeks.—Cuestion del aumento de jueces.—El Congreso recomienda las mejoras públicas.—Muerte de Tomás Jefferson y de Juan Adams.—Extracto del elogio de Daniel Webster.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—La gran conspiracion.—Su objeto.—Conducta de Enrique Clay.—Elecciones para miembros del Congreso.—El vigésimo Congreso.—Extracto del mensaje.—La cuestion de tarifas.—Debate acalorado.—Observaciones del senador Benton.—La lucha presidencial de 1828.—El Congreso se reúne en sesion.—Último mensaje de Mr. Adams.—Cuestion proteccionista.—Accion del Congreso.—Fin de la legislatura.—Revista critica de la administracion de Juan Quincy Adams.

52

LIBRO SÉPTIMO.

Desde la administracion de Andrés Jackson hasta la de Jacobo Buchanan.

1829 á 1857.

CAPÍTULO PRIMERO.

1829—1832.

LOS PRIMEROS TRES AÑOS DE LA ADMINISTRACION DE JACKSON.

Página.

Andrés Jackson toma posesion de la Presidencia.—Su manifiesto.—El nuevo Gabinete.—Proyectos del

Página.

Gobierno.—Economías y reformas.—Movimiento del personal de empleados.—Opiniones de Mr. Benton.—El Congreso vigésimo primero.—El mensaje del Presidente.—La cuestion de las tierras públicas.—La proposicion de Mr. Foot en el Senado.—Debates.—Discursos que se pronunciaron.—Revi-

Página.

sion de la tarifa.—Conducta del Senado respecto á los nombramientos del Presidente.—Proyecto económico.—Los indios se trasladan al territorio Oeste del Mississippi.—Cuestion del banco de los Estados-Unidos.—El quinto censo.—Se reúne el Congreso.—El mensaje.—Mejoras públicas.—Correspondencia entre Calhoun y Jackson.—Disturbios en el Gabinete.—Nombramiento de otro.—El Congreso vigésimo segundo.—El mensaje.—El Senado rehusa aprobar el nombramiento de Van Buren como ministro en Inglaterra.—Resultado del censo.—Controversia sobre la cuestion del banco.—El Senado y la Cámara aprueban los *bills* para renovar la carta del banco.—El *veto* de Jackson.—Otras cuestiones. 67

CAPÍTULO II.

1832—1837.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE JACKSON.

El cólera y sus estragos.—Guerra con los indios.—Black Hawk.—Movimiento de la Carolina del Sur contra la ley de tarifas.—Se reúne el Congreso.—Extracto del mensaje del Presidente.—Accion del Congreso respecto á la cuestion de tarifas.—El discurso de Calhoun.—La resolucion de Clayton.—Dictámen de Enrique Clay.—Debates sobre la cuestion de depósitos.—Segunda administracion de Jackson.—Su viaje al Norte.—El Presidente resuelve retirar los depósitos.—Duane rehusa dar la orden.—Taney es nombrado Secretario del Tesoro.—Se retiran los depósitos.—Escitacion.—Se reúne el Congreso.—Sus actos.—Proposicion de censura contra el Presidente por haber retirado los depósitos.—Protesta de Jackson.—Debate tempestuoso.—Conflictos y apuros del comercio.—Accion de la Cámara respecto á la carta del banco.—Debate en el Senado.—Se desecha el nombramiento de Taney.—La oposicion *whig*.—Se reúne el Congreso.—Reclamaciones á Francia.—Jackson resuelve hacer un arreglo.—Resultado.—Otras reclamaciones de las potencias europeas.—Texas y sus asuntos.—Convencion democrática en Baltimore.—Nombramiento de Van Buren.—El vigésimo cuarto Congreso.—El mensaje.—Conducta del Congreso respecto á los depósitos de los bancos.—Distribucion del sobrante de la renta.—Especulaciones y fraudes.—Discusion sobre la esclavitud.—Van Buren es elegido Presidente, y Johnson Vice-presidente.—Último mensaje de Jackson.—Fin de su administracion. 82

CAPÍTULO III.

1837—1841.

ADMINISTRACION DE VAN BUREN.

Página.

Martin Van Buren toma posesion del cargo de Presidente.—Su manifiesto inaugural.—Situacion del pais en aquella fecha.—Apuros y conflictos.—Marcha á Washington una diputacion de comerciantes.—Sesion extraordinaria del Congreso.—Las recomendaciones del Presidente.—El Congreso se reúne en diciembre.—Se discute el plan de la sub-Tesorería.—Actas de la legislatura.—La guerra de los Seminolas en la Florida.—Resoluciones en favor de la anexion de Texas.—Tentativa revolucionaria en el Canadá.—Incendio de la Carolina.—Proclama del Presidente contra los insurrectos.—Procedimientos de la última legislatura del vigésimo quinto Congreso.—La oposicion se refuerza.—Apertura del vigésimo sexto Congreso.—Los diputados de Nueva-Jersey.—Convencion *Whig* en Harrisburg.—El general Harrison es nombrado Presidente.—La Convencion democrática designa á Van Buren para este cargo.—El mensaje del Presidente respecto á la hacienda.—Buen consejo.—Se establece el Tesoro independiente.—Sus condiciones.—El sexto censo.—La eleccion presidencial.—Eleccion de Harrison.—Fin de la administracion de Van Buren. 98

CAPÍTULO IV.

1841—1845.

ADMINISTRACION DE HARRISON Y TYLER.

El general Harrison toma posesion del cargo de Presidente.—Su Gabinete.—Su muerte.—Juan Tyler es elegido Presidente.—Su manifiesto al pueblo.—Sesion extraordinaria del vigésimo séptimo Congreso.—El mensaje de Tyler.—El Secretario del Tesoro recomienda el establecimiento de un banco nacional.—Conducta del Congreso.—La sub-Tesorería.—Secrea el banco fiscal.—El *veto* de Tyler.—Consulta al Presidente.—El segundo *veto*.—Los miembros del Gabinete, escepto Webster, presentan su dimision.—Política de los *whigs* en el Congreso.—Actas de la sesion.—El Congreso se reúne en diciembre.—Proyectos para establecer el banco.—El tratado de Washington.—Sus disposiciones.—Disturbios de Rhode-Island—El Oregon.—Las elecciones.—Apertura del Congreso en diciembre de 1843.—Estado de los negocios.—Medidas que tomó Mr. Tyler respecto á la anexion de Texas.—Conducta del Congreso.—Candidatos á la Presidencia.—Resultado

de las elecciones.—Polk y Dallas.—Última legisla-
tura del Congreso.—El mensaje de Tyler.—Fin de
su administracion. 105

CAPÍTULO V.

1845—1847.

LA ADMINISTRACION DE POLK.

El Presidente Polk.—Su Gabinete.—Juan Tylor y los
asuntos de Texas.—El Oregon.—Polémicas.—El
Congreso vigésimo noveno.—El mensaje de Polk.
—Debates.—Negociaciones con Inglaterra.—El ge-
neral Taylor en el Rio Grande.—Principio de las hos-
tilidades.—Declaracion de guerra.—Nuevo *bill* de
tarifas.—Se establece la sub-Tesoreria.—Otros ac-
tos de la legislatura.—Sumario de las actas de la
segunda legislatura del vigésimo nono Congreso.—
Asuntos de México.—Plan de campaña.—Taylor en
Punta Isabel.—Batalla de Palo Alto.—Batalla de Re-
saca de la Palma.—Los mexicanos son rechazados
hasta el Rio Grande.—Taylor penetra en el Mata-
moros.—El general Santa Ana.—Apuros de Taylor.
—Avanza sobre Monterey.—Lucha sangrienta.—
Toma de Monterey.—Armisticio.—El general Wool
se pone en marcha.—Kearney y el ejército del
Oeste.—Toma de Nueva-México.—Donilhan avanza
sobre Chihuahua.—Hazañas de Fremont.—Toma de
California.—Se censura á Taylor por haber suspen-
dido las hostilidades.—Santa Ana y su ejército.—
Proyecto de ataque contra México.—Medidas de
Scott.—Taylor se detiene en Buena Vista.—Victo-
ria de Taylor.—Su regreso á los Estados-Unidos. . 114

CAPÍTULO VI.

1847—1849.

FIN DE LA ADMINISTRACION DE POLK.

El general Scott en Veracruz.—Bombardeo de la ciu-
dad y castillo.—Marcha á México.—Batalla de Cerro
Gordo.—Scott y el ejército en Perote.—La mision
de N. P. Trist.—Los mexicanos hacen esfuerzos
para defender su capital.—Planes de Santa Ana.
—Batalla de Contreras.—Armisticio de Tacubaya.
—Resultado.—Asalto de Molino del Rey y Casa
Mata.—Toma de Chapultepec.—Triunfo de las ar-
mas americanas.—Entrada en México.—El coronel
Childs en Puebla.—Es atacado por Santa Ana.—
Disensiones entre Scott y sus oficiales.—Negocia-
ciones para la paz.—Extracto del tratado de Gua-
dalupe Hidalgo.—Reflexiones sobre la guerra de
México.—Se reúne el Congreso en diciembre de
1847.—El mensaje de Mr. Polk.—Muerte de Juan
Quincy Adams.—Eleccion de candidatos para Pre-

sidente y Vice-presidente.—Taylor y Fillmore que-
dan elegidos.—Segunda legislatura del trigésimo
Congreso.—Último mensaje de Mr. Polk.—Descu-
brimiento de la region del oro.—California y Nueva-
México.—Aprobacion de actas.—Convencion de los
miembros del Sur para tratar sobre la esclavitud.
—Proyectos de comunicacion con la costa del Pa-
cífico por la via férrea.—Fin de la administracion
de Mr. Polk. 128

CAPÍTULO VII.

1849—1853.

ADMINISTRACION DE TAYLOR Y FILLMORE.

Zacarias Taylor toma posesion de su cargo.—Cereмо-
nias.—Manifiesto inaugural.—El Gabinete elegido
por el Presidente Taylor.—Estado de la politica.—
Cuestion de limites entre Texas y Nueva-México.—
Medidas adoptadas por el Presidente.—El trigési-
mo primer Congreso.—El mensaje del Presidente.
—Escitacion producida por la cuestion de la esclavitud.—Mensaje especial sobre California y Nueva-
México.—Los acuerdos de Enrique Clay.—El dis-
curso de Calhoun.—Su muerte.—El discurso de
Webster.—El Comité de los trece.—Informe de En-
rique Clay.—El *Bill omnibus*.—Debates y disturbios
en el Sud-Oeste.—Enfermedad y muerte del ge-
neral Taylor.—Millard Fillmore se encarga de la Pre-
sidencia.—Su Gabinete.—Mensaje sobre Texas y
Nueva-México.—El séptimo censo.—Espediciones
de los filibusteros contra Cuba.—Proclama del Pre-
sidente.—Espediciones de Lopez y su resultado.—
Segunda legislatura del trigésimo primer Congre-
so.—Extracto del primer mensaje de Mr. Fillmore.
—Discusiones en el Congreso.—La cuestion Hún-
gara.—Carta de Webster al caballero Hulsemann.
—Kossuth en los Estados-Unidos.—Estado de los
negocios.—La primera espedicion de Grinnell.—
La cuestion de Greytown.—Muerte de Enrique Clay.
—La cuestion de pesquerias.—Convenciones.—
Pierce y King.—Scott y Graham.—La cuestion Ga-
ray.—Muerte de Daniel Webster.—La eleccion pre-
sidencial.—Extracto de la carta de Mr. Everett.—
Se reúne el Congreso.—Extracto del mensaje.—
Accion del Congreso. Fin de la administracion de
Mr. Fillmore. 151

CAPÍTULO VIII.

1853—1857.

ADMINISTRACION DE FRANKLIN PIERCE.

Manifiesto inaugural de Franklin Pierce.—Su Gabinete.
—Muerte del Vice-presidente King.—El valle de

	<u>Página.</u>
Mesilla.—Segunda expedicion del Dr. Kane.—Otras expediciones.—Contestacion de Lord Juan Rusell á la carta de Mr. Everett.—Kostza.—El trigésimo tercer Congreso.—Extracto del mensaje del Presidente.—El <i>bill</i> del senador Douglas.—Kansas y Nebraska.—Debate en el Senado.—Política de la Cámara.—El tratado de Gadsden.—El comodoro Perry y la expedicion del Japon.—Los <i>vetos</i> de Mr. Pierce.—El coronel Kinney.—Emigracion á la Costa de los Mosquitos.—La conferencia de Ostende.—Esfuerzos en Nueva-York para reprimir la intemperancia.—Regreso del Dr. Kane de las regiones Árticas.—Su muerte.—El trigésimo cuarto Congreso.—El mensaje.—La cuestion de Kansas.—Procedimientos en el territorio.—Conflicto.—Walker y la América Central.—Detalles.—Nuevos disturbios en Kansas.—Sumner y Brooks.—Convenciones.—Eleccion de candidatos.—Buchanan y Breckenridge son elegidos Presidente y Vice-presidente.—Se reúne el Congreso.—Último mensaje de Mr. Pierce.—Observaciones de Benton.—Actos de la legislatura.—	

	<u>Página.</u>
Dred Scott.—Escitacion.—Se cierra el Congreso.—Fin de la administracion de Pierce.	173

CAPÍTULO IX.

1857—1859.

ADMINISTRACION DE JACOBO BUCHANAN.

Ceremonias que tuvieron lugar al encargarse Mr. Buchanan de la Presidencia.—Su manifiesto inaugural.—Su Gabinete.—El Senado termina sus sesiones extraordinarias.—Se reúne el Congreso.—El primer mensaje anual de Mr. Buchanan.—Negocios extranjeros.—Expedicion á Nicaragua.—Procedimientos en Kansas.—Segunda legislatura del trigésimo quinto Congreso.—El mensaje.—Relaciones con las potencias extranjeras.—El célebre discurso del senador Hammond sobre la probable separacion de los Estados del Sur.—Se reúne el Congreso.—Mensaje del Presidente.—La conspiracion de Juan Brown.—Apéndice al capítulo IX.—Estadística interesante.	197
---	-----

LIBRO OCTAVO.

Desde la administracion de Abraham Lincoln hasta la conclusion de la guerra civil.

1860 á 1865.

CAPÍTULO PRIMERO.

1860—1861.

LA SEPARACION DE LOS ESTADOS.

	<u>Página.</u>
La eleccion presidencial.—La Convencion republicana elige á Mr. Abraham Lincoln como candidato á la Presidencia.—Comités.—Elecciones.—La Carolina del Sur resuelve separarse de la Union.—Declaracion de su independendencia.—Varios funcionarios dimiten sus cargos.—Se nombran delegados para representar al Sur en Washington.—Se guarnecen algunos fuertes.—Segunda legislatura del trigésimo sexto Congreso.—Cuarto y último mensaje del Presidente Buchanan.—Observaciones sobre la crisis.—Relaciones extranjeras.—Se trata de conseguir una conciliacion.—El Comité de los diputados del Sur.—Proposiciones.—Las enmiendas de Crittenden.—El discurso de Mr. Antony.—Cunde la alarma en el Sur.—Separacion de varios Estados.—Se organiza un Gobierno.—La Constitucion federal.—Jefferson Davis es elegido Presidente de la nueva Confederacion de América.—Apéndice al capítulo I.—Las enmiendas de Crittenden.—Historia de la Carolina del Sur.	216

CAPÍTULO II.

1861.

ADMINISTRACION DE ABRAHAM LINCOLN.

	<u>Página.</u>
Viaje del nuevo Presidente á Washington.—Discurso que pronunció en Indianapolis.—Tentativa de asesinato.—Mr. Abraham Lincoln presta juramento y toma posesion del cargo de Presidente de los Estados-Unidos.—Su manifiesto inaugural.—El nuevo Gabinete.—Los representantes confederados.—Carta que dirigieron á Mr. Seward y contestacion de éste.—El general Beauregard y el mayor Anderson.—Primeras hostilidades.—Bombardeo del fuerte Sumter.—Regocijo de los separatistas.—Indignacion de los norte-americanos.—El parte del mayor Anderson.—Llamamiento á las armas.—Proclama del Presidente.—Reunion de los confederados en Montgomery.—Contestacion de algunos Estados al llamamiento del Presidente.—El teniente Jones evacua el arsenal de los federales en Harper's Ferry.—El motin de Baltimore.—Conferencia del Presidente con el mayor Brown.—El general Butler desembarca en Annapolis y recobra á Maryland.—Se abandona el arsenal de Norfolk.—Sepa-	

racion de Virginia, Tennessee, la Carolina del Norte y Arkansas.—Apéndice al capítulo II.—Biografía de Abraham Lincoln. 231

CAPÍTULO III.

1861.

PRIMERA CAMPAÑA.

Fuerzas con que contaban los Estados del Sur y los del Norte.—El ejército de Washington.—Su campamento.—El fuerte Monroe y el coronel Demmick.—El general Butler llega al fuerte Monroe.—El campamento de los confederados.—El Sur ocupa á los negros en los trabajos de fortificacion y defensa.—El general Butler se niega á devolver los esclavos fugitivos.—Ataque contra Big-Bethel.—Derrota de los federales.—Muerte del mayor Winthrop y del teniente Greble.—El general Johnston abandona su posicion de Harper's Ferry.—Patterson atraviesa el Potomac.—Las autoridades de Virginia se declaran contra la Confederacion.—Se organiza un nuevo Gobierno.—Los unionistas atacan á los confederados en Philippi.—Rendicion de Pegram.—Muerte de Carnett.—El parte del general Mc Clellan.—Derrota de Tyler y de Rosecrans.—El general Lee se encarga del mando de las tropas confederadas.—La gran batalla de Bull-Run.—Se reúne el Congreso.—El mensaje del Presidente.—Se aprueban varios *bills* referentes á la guerra.—El Congreso termina sus sesiones.—Los generales Jackson y Price establecen su campamento en Bonnevillle.—El general Lyon marcha en su persecucion.—Batalla del Wilson's Creek.—Muerte del general Lyon.—El general Fremont es nombrado jefe del Departamento Occidental.—Derrota de Mulligan.—Retirada de Price.—Se releva del mando á Fremont y se nombra en su lugar al general Hunter.—Batalla de Belmont.—Espediciones maritimas.—Toma de Hilton Read por el general Sherman.—La legislatura de Kentucky aprueba un *bill* proponiendo la separacion.—Los combates de Ball's Bluff y Dranesville.—Situacion de los beligerantes á fines de 1861. 251

CAPÍTULO IV.

1862.

SEGUNDA CAMPAÑA.—TEXAS Y NUEVA-MÉXICO EN 1862.

La traicion de Twigg.—La Convencion de Texas vota la separacion.—Canby se encarga del mando de las tropas.—La brigada Sibley.—El fuerte Craig.—Batalla de Valverde.—Muerte de Mc Rae.—Combate

de Apache.—Los confederados ocupan á Santa Fe y abandonan á Nueva-México.—Missouri y Arkansas en 1862.—Price vuelve á Missouri.—Guerrillas.—Derrota de Rains y Stein.—Toma de Millford.—Price se retira á Arkansas.—Retirada de Sigel de Betonville.—Batalla de Pea Ridges.—Los indios toman parte en la guerra.—Combates de Cache y Newtonia.—Hindman es rechazado hasta Arkansas.—Cooper derrotado en Maysville.—Batalla de Prairie Grove.—Kentucky, Tennessee y Alabama.—Batalla de Mill Springs.—Toma del fuerte Enrique.—Bombardeo del fuerte Donelson.—Fuga de Floyd y Pillow.—Rendicion de Buckner.—Retirada de Johnston.—Los confederados abandonan á Nueva-Madrid.—La isla Número Diez.—Primer sitio de Vicksburg.—Grant se dirige á Pittsburg.—Sidney Johnston avanza desde Corinto y ataca á Grant.—La batalla de Shiloh.—Las divisiones de Sherman y Mc Clernand son derrotadas.—Muerte del general Johnston.—Llegada de Buell y Lew Wallace.—Los separatistas retroceden.—Beauregard abandona á Corinto.—Halleck toma posesion de la ciudad.—Mitchel recobra á Huntsville.—Apéndice al capítulo IV.—Biografía del general Beauregard. 274

CAPÍTULO V.

1862.

CONTINUACION DE LA CAMPAÑA DE 1862.

Espedicion de Burnside á la Carolina del Norte.—Toma de la isla de Roanoke.—Rendicion de Newbern.—Toma del fuerte Macon.—Combate de South Mills.—Espedicion secreta del general Butler.—Viaje á Ship-Island.—Defensas de Nueva-Orleans.—Bombardeo de los fuertes Jackson y San Felipe.—La flota unionista trata de forzar el paso de los fuertes.—Derrota de la flotilla confederada.—El mayor Monroe.—Rendicion de los fuertes.—Patriotismo de las mujeres de Nueva-Orleans.—Rendicion de Nueva-Orleans.—Ejecucion de Mumford.—Farragut y el general Williams avanzan sobre Vicksburg.—Breckenridge ataca á Baton Rouge.—Muerte de Williams.—Los separatistas son rechazados.—Weitzel somete el pais de Lafourche.—Butler es reemplazado por Banks.—Despedida del general Butler y su manifiesto.—Apéndice al capítulo V.—Biografía del general Burnside. 298

CAPÍTULO VI.

1862.

OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA DURANTE EL AÑO 1862.

Debates sobre el plan de campaña.—Desacuerdo entre el Gobierno federal y el comandante en jefe.—Los

caminos de Richmond.—Se acuerda que el ejército federal avance por la península.—Batalla de Kernstown.—El *Merrimac*.—El *Monitor*.—Combate del *Merrimac* con el *Monitor*.—El general Mc Clellan pone sitio á Yorktown.—La batalla de Williamsburg.—Combate de West Point.—Los separatistas evacuan á Norfolk.—Quejas de Mc Clellan.—Correspondencia de Mc Clellan con el Presidente.—Combate de Mc Dowell.—El general Banks es rechazado por los separatistas.—Jackson sorprende á Front Royal.—Retirada de Jackson.—Captura del coronel Kane.—Muerte del general Ashby.—Combate de Croos-Keys.—Jackson derrota á Tyler en Port Republic (Puerto República).—Heth derrotado por Crook en Lewisburg.—Apéndice al capítulo VI.—Biografía del comodoro Foote. 316

CAPÍTULO VII.

1862.

EL GENERAL MC CLELLAN DELANTE DE RICHMOND.

El ejército federal marcha sobre Richmond.—Combate en Hanover-Court-House.—Batalla de Fair Oaks ó de los Siete Pinos.—El general Mc Clellan recibe nuevos refuerzos.—Stonewall Jackson se une á Lee.—Hill ataca el ala derecha de los federales en Mechanicsville.—Vacilaciones de Mc Clellan.—Batalla de Gaines's Mill.—Derrota de Porter.—Retirada de Mc Clellan.—El combate de Glendale.—Los separatistas atacan á los federales y son rechazados en Malvern Hill.—El general en jefe unionista se retira con su ejército á Harrison's Bar.—Hooker vuelve á Malvern.—El general Mc Clellan se retira al fuerte Monroe y embarca sus tropas para Alejandria. 335

CAPÍTULO VIII.

1862.

CAMPAÑA DEL GENERAL POPE EN VIRGINIA.

Pope es nombrado general en jefe del ejército de Virginia.—Se pone en marcha con direccion al Rapidan.—El general Banks es derrotado por Jackson en la montaña de Cedar.—Pope cruza el Rappahannock, y emprende la retirada perseguido por Jackson.—Atrevida expedicion del general Stuart.—Derrota de Scammon y de Taylor.—Llegan los refuerzos de Longstreet.—La gran batalla de Gainesville.—Derrota de Pope y su retirada á Centerville.—Jackson ataca á Kearney en Chantilly.—Muerte de los generales Stevens y Kearney.—Se retira el

mando á Pope y se confiere á Mc Clellan.—Las pérdidas de Pope en la campaña de Virginia. 352

CAPÍTULO IX.

1862.

LA INVASION DE MARYLAND.

El general Mc Clellan atraviesa el Potomac y avanza hácia Frederick.—Manifiesto del general separatista Lee.—Se descubren los proyectos del general Lee.—Tentativa para apoderarse de Harper's Ferry.—Batalla de South Mountain.—Combate de Crampton's Gap.—El general Stonewall Jackson se apodera de Harper's Ferry.—Mc Clellan y Hooker avanzan sobre Antietam.—Batalla de Antietam.—Pérdidas.—El general Lee emprende la retirada cruzando el Potomac y seguido de Porter.—Expedicion de Stuart.—Mc Clellan se dirige al Rappahannock y es relevado por Burnside.—Los generales Bragg y Kirby Smith invaden el Estado de Kentucky.—Los separatistas derrotan á Manson y Nelson en Richmond.—Bragg coge cuatro mil prisioneros en Munfordsville.—Ricardo Hawes es nombrado gobernador de Kentucky.—El general Buell avanza contra Bragg.—Batalla de Perryville.—Muerte del general Jackson.—El general Bragg emprende la retirada.—Rosecrans ataca á Price en luka.—Price retrocede hasta Ripley.—Van Dorn ataca á Rosecrans en Corinto.—Derrota de los separatistas.—Sus pérdidas.—Van Dorn es perseguido hasta Ripley. 362

CAPÍTULO X.

1862—1863.

LA CAMPAÑA DE INVIERNO DE ROSECRANS.

El general Rosecrans comienza á reorganizar el ejército.—Las correrías de Morgan.—Sorpresa de Moore en Harteville.—Las tropas avanzan hácia Nashville.—Batalla de Murfreesboro.—Retirada de Bragg.—La caballería separatista ataca la retaguardia de los federales.—Defensa de Lavergne.—Pérdidas.—Forrest es derrotado por Sullivan en Parker's Cross Roads.—Morgan se apodera de Elizabethtown.—Correrías de Carter y Wheeler.—El coronel Harding derrota á Wheeler.—Van Dorn se apodera de mil quinientos unionistas en Spring Hill.—Morgan batido por el coronel Holl en Vaught's Hill.—Gordon Granger rechaza á Van Dorn en Franklin.—Correrías de Streight en el Norte de Georgia.—Los federales derrotan á Streight cerca de Roma. 384

CAPÍTULO XI.

1862—1863.

EL SITIO DE VICKSBURG.—OPERACIONES MILITARES.

Página.

Posicion é importancia de Vicksburg.—El general Grant se pone en marcha con su ejército y avanza sobre Oxford.—Van Dorn se apodera de Holly-Springs.—Cobardía del coronel Murphy.—Grant se ve obligado á retroceder.—Hovey y Washburn.—El general Sherman se embarca con treinta mil hombres en Memphis.—Desembarco en el Yazoo.—Las cañoneras del comodoro Porter.—Sherman es rechazado por los separatistas con pérdidas considerables.—El general Mc Clelland sustituye á Sherman en el mando y se apodera del puesto militar de Arkansas.—El general Grant se encarga del mando.—Desembarco de las tropas.—Los federales tratan de abrir un nuevo canal.—Espedicion de Yazoo.—Su mal éxito.—Nuevos planes de Grant.—Operaciones marítimas.—Apresamiento de la *Indianola* por el *Webb* y la *Reina del Oeste*.—Correías de Porter y de Grierson alrededor de Vicksburg.—Porter ataca las baterías del Gran Golfo.—El general Grant se dirige hácia Bruinsburg.—Ataque simulado de Sherman.—Cruza el Mississippi por Hankinson's Ferry.—Combates en Puerto Gibson y en Raymond.—Toma del *Jackson*.—La batalla de Champion Hills.—El combate de Big Black.—El gran asalto de Vicksburg.—Los federales son rechazados.—Se activan las operaciones de sitio.—Pemberton capitula y se entrega.—Grant desaloja á Johnston de Jackson.—El combate de Milliken's Bend.—Holmes asalta á Helena y es rechazado. . . 391

CAPÍTULO XII.

1862—1863.

TEXAS Y LOUISIANA.—PUERTO HUDSON.

Operaciones en las costas.—Galveston.—Magruder se apodera de esta plaza por sorpresa.—Derrota de la flota unionista.—El desastre de Sabine Pass.—El *Alabama* apresa al *Hatteras*.—El general Banks en Nueva-Orleans.—Combate de Carny's Bridge.—Farragut cruza por delante de las baterías de Puerto Hudson.—Banks vuelve á Berwick's Bay, cruza el Mississippi y asalta á Puerto Hudson.—Ataque combinado.—Los separatistas rechazan á los sitiadores.—Banks estrecha el sitio.—Segundo ataque.—Rendición del general Gardner.—Dick Taylor sorprende á Brashear-City.—Combate de Donaldsonville.—Franklin ataca á Sabine Pass y es

rechazado.—Dana es sorprendido en Organzia Burbridge, cerca de Opelousas.—El general Banks se embarca para Rio Grande, desembarca en Brazos de Santiago y se apodera de Brownsville.—El fuerte Esperanza abandonado.—Indianola en poder de los federales.—Banks vuelve á Nueva-Orleans. 419

CAPÍTULO XIII.

1862—1863.

EL EJÉRCITO DEL POTOMAC BAJO LAS ÓRDENES DE LOS GENERALES BURNSIDE Y HOOKER.

El general Burnside se encarga del mando del ejército del Potomac.—Los federales cambian el centro de operaciones.—Burnside cruza el Rappahannock y ataca al ejército de Lee.—Derrota de los unionistas.—Vuelven á cruzar el río.—Heróico ataque en las alturas de Marye.—Escursiones de los separatistas en Virginia.—El general Burnside es reemplazado por Hooker.—Espedicion de Stoneman.—Hooker cruza el Rappahannock y avanza sobre Chancellorsville.—La gran batalla de Fredericksburg.—Los separatistas alcanzan la victoria.—Pérdidas de los federales.—Pleasanton contiene al enemigo.—Jacks on derrota al general Howard.—Muerte del general Stonewall Jackson.—Combate desesperado en Chancellorsville.—Hooker es derrotado.—Los federales se replegan.—El general Sedgwick asalta las alturas de Marye y ataca la retaguardia de los separatistas.—La orden del día del general Lee.—Segunda espedicion de Stoneman.—El general Longstreet acomete á Peck en Suffolk y es rechazado con pérdidas. 434

CAPÍTULO XIV.

1863.

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES EN EL RAPPAHANNOCK.—GETTYSBURG.

Nuevos planes de los federales en el Rappahannock.—Combate de caballería cerca de Fairfax.—Milroy es sorprendido en Winchester por los separatistas y rechazado hasta el Potomac con pérdidas considerables.—Proclama del Presidente.—Encuentros y escaramuzas en Blue Ridge.—Escursion de Jenkins á Chambersburg.—El general Lee cruza el Potomac.—Hooker y Halleck.—Hooker es reemplazado por Meade.—Despedida de Hooker.—Ewell en York.—Encuentro de las vanguardias en Gettysburg.—Muerte del general Reynolds.—Derrota de los unionistas.—Howard se detiene en Cemetery

Página.
 Hill.—Llega Sickles con refuerzos.—Hancock se encarga del mando.—Llegada de Meade.—Los dos ejércitos se encuentran.—Sickles es rechazado con pérdidas.—La batalla de Gettysburg.—La division Pickett.—Los federales son rechazados.—Lee emprende la retirada.—Pérdidas considerables.—El general Lee cruza el Potomac.—Kilpatrick derrota la retaguardia de los separatistas.—El general Meade se dirige al Rappahannock.—Combate en Manassas-Gap.—Dix avanza sobre Richmond.—Pleasanton cruza el Rapidan.—El general Lee ataca á Meade por su flanco y le obliga á retirarse á Centerville.—Hill derrotado por Warren.—El general Lee se retira por el Rappahannock.—Imboden sorprende á Charleston.—El general Russell destruye la estacion del Rappahannock y se apodera de mil seiscientos prisioneros.—Meade cruza el Rapidan.—El combate de Mine Run.—Escursion de Toland á Wytheville.—Averill marcha á Lewisburg.—Combate en Droop Mountain.—Apéndice al capítulo XIV.—Extracto del diario de M. X..., coronel al servicio de S. M. Británica. 457

CAPÍTULO XV.

1863.

OPERACIONES MILITARES EN EL TENNESSEE.—LA CAMPAÑA DE CHATTANOOGA.

Desgraciada expedicion de Morgan á Indiana y Ohio.—Es derrotado y hecho prisionero.—Su fuga.—El general Rosecrans avanza desde Murfreesboro en direccion al Tennessee.—El general Bragg en Chattanooga.—Rosecrans persigue á los separatistas.—Bragg se concentra en Lafayette y hace frente al enemigo.—Rosecrans se concentra con sus tropas.—Batalla de Chickamauga.—Derrota de Rosecrans.—Sus pérdidas.—El general Thomas reemplaza en el mando á Rosecrans.—Escursion de Pegram á Kentucky.—Escursion de Saunders al Tennessee Oriental.—Burnside cruza las montañas de Cumberland.—Knoxville.—Burnside recobra á Cumberland Gap cogiendo dos mil prisioneros.—Los separatistas avanzan contra el enemigo.—Wolford es vencido en Philadelphia.—Combate en Campbell's Station.—Burnside se retira á Knoxville.—El general Longstreet pone sitio á la plaza.—Los separatistas son rechazados con numerosas pérdidas.—Longstreet levanta el sitio.—Grant auxilia á Rosecrans.—Los generales Hooker y Slocum se retiran al Tennessee.—Escursiones de Wheeler y de Roddy.—Grant llega á Chattanooga.—Hooker cruza el Tennessee.—Combate en Wauhatchie.—Sherman llega de Vicksburg.—Granger, Hooker y Sherman atacan al general Braxton Bragg.—Hooker se apo-

Página.
 dera de Lookout Mountain.—Los separatistas son derrotados en Mission Ridge.—El boletin de Bragg.—Hooker persigue á Ringgold.—Cleburne le cierra el paso en White Oak Ridge.—Sherman y Granger marchan á Knoxville.—Pérdidas en Mission Ridge. 498

CAPÍTULO XVI.

ARKANSAS Y MISSOURI.—LA CAMPAÑA DE 1863.

Marmaduke ataca á Springfield.—El combate de Hartsville.—Los federales, al mando de Waring, derrotan á los separatistas en Batesville Ark.—Captura del *Sam Gaty*.—Fayetteville atacado por Cabell.—Marmaduke ataca á los federales en Cabo Girardeau.—Es rechazado por Mc Neil.—Coffey asalta el fuerte Blunt.—Standwatie es derrotado en Cabin Creek.—Coffey derrotado por Catherwood en Pineville.—El general Blunt vence á Cooper en Honey Springs.—La expedicion de Quantrell Arson.—Matanza en Lawrence.—El general Steele marcha á Little-Rock.—Combate en Bayou Metea.—Davidson derrota á Marmaduke en Bayou Fourche.—Price abandona á Little-Rock.—La escolta de Blunt destrozada por Quantrell.—El coronel Clayton derrota á Marmaduke en Pine Bluff.—El general Brown vence á Cabell y Coffey en Arrow Rock.—Mc Neil persigue á los confederados hasta Clarksville.—Standwatie y Quantrell rechazados por el coronel Phillips en el fuerte Gibson.—Los indios Sioux.—Matanza en Minnesota.—El general Sibley derrota á la banda del *Cuervo*, en Wood Lake.—Captura de quinientos indios.—Son juzgados por delito de asesinato.—El general Pope se encarga del mando.—Sibley y Sully persiguen á los salvajes.—El general Connor en Utah.—Shoshonees derrotado en Bear River.—Apéndice al capítulo XVI.—Las tribus indias.—Su carácter y costumbres.—Su guerra con los unionistas. . 533

CAPÍTULO XVII.

1862—1863.

LAS CAROLINAS.—GEORGIA Y LA FLORIDA.—EL SITIO DE CHARLESTON.

Sitio y toma del fuerte Pulaski, por Gillmore.—La flotilla de los federales se va á pique con su cargamento en el puerto de Charleston.—El comandante Dupont recorre la costa hasta San Agustin.—Los separatistas abandonan á Panzacola y Jacksonville.—Los federales recobran la isla de Edisto.—El general Hunter ataca á Secessionville y es rechazado.—El general Brannan marcha hácia la via férrea de Savannah.—Combates en Pocotaligo y Coosawatchie.—Destruccion del *Nashville*.—Dupont es

rechazado al atacar el fuerte Mc Allister.—Pérdida del *Isaac Smith*, cerca de Legareville.—Especiacion marítima.—La *Merceditas* y el *Keystone*.—Los generales Beauregard é Ingraham declaran levantado el bloqueo de Charleston.—Dupont ataca el fuerte Sumter y es rechazado.—Operaciones secundarias.—El general Hunter y el almirante Dupont son reemplazados por el general Gillmore y el comodoro Dahlgren.—El general Gillmore se apodera de una parte de la isla de Morris.—El general Strong asalta el fuerte Wagner y es rechazado despues de un sangriento combate.—Muerte del coronel Shaw.—Muerte del general Strong y del coronel Putnam.—Los separatistas abandonan el fuerte Wagner.—El comandante Stephens ataca el fuerte Sumter.—Bombardeo de Charleston.—El general Hill es rechazado en Newbern por el general Foster.—Combate en Gum Swamp. 546

CAPÍTULO XVIII.

1862—1864.

LA ESCLAVITUD.—LA EMANCIPACION DE LOS ESCLAVOS.

Opiniones del Gobierno sobre la esclavitud.—La orden del general Fremont.—Carta del Presidente.—Informe del Secretario de la Guerra Mr. Cameron.—Rectificacion del Presidente.—Carta de Mr. Horacio Greeley.—Contestacion de Mr. Lincoln.—La diputacion de Chicago es admitida en audiencia por el Presidente.—Proclama de Abraham Lincoln.—Causas á que se achacó su aparicion.—Segunda proclama del Presidente.—Emancipacion de los esclavos.—Proposicion de Mr. Lincoln.—Debates.—Se aprueba el *bill* de compensaciones.—El *bill* de Mr. Arnold.—Discusion violenta.—El *bill* de confiscacion.—La oposicion democrática.—El discurso de Juan Law.—Aprobacion del *bill* definitivo.—Educacion de los negros.—Se aprueba el *bill* de Mr. Grimes con la enmienda propuesta por Mr. Wilson.—Los negros admitidos en el ejército de la Union.—El general Hunter ordena su reclutamiento.—Interpelacion del gobernador Wickliffe.—Respuesta del general Hunter.—Se autoriza á Saxton para que arme á los negros.—El general Phelps propone su admision en el ejército.—Decreto de Jefferson Davis.—El Congreso trigésimo octavo.—Se aprueba el alistamiento de los negros.—Censura de los demócratas.—El gobernador Andrew organiza dos regimientos.—Nueva-York se adhiere al proyecto.—Beauregard y Jefferson Davis condenan la admision de negros en el ejército federal.—El Congreso Confederado impone la pena de muerte á los esclavos que hagan armas contra el Sur.—El Presidente Lincoln resuelve ejercer represalias.—Su orden ge-

neral.—Preocupaciones contra la raza negra.—Reclutamientos.—Sus servicios y cualidades. 569

CAPÍTULO XIX.

1863.

OJEADA SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA DE LA UNION.

Situacion politica interior.—Estado de los partidos.—Elecciones de 1863.—El Congreso de la Confederacion y el de la Union decretan la quinta.—Woodward la combate calificándola de inconstitucional.—Suspension del *Habeas Corpus*.—Arresto de Vallandigham.—Vallandigham es elegido candidato para el cargo de gobernador.—La Convencion democrática de Ohio pide que se le ponga en libertad.—Respuesta del Presidente Lincoln.—La prensa democrática.—El discurso del ex-Presidente Pierce.—El discurso de Seymour.—Motin en Nueva-York.—Violencias y asesinatos.—Demanda de Seymour.—Contestacion del Presidente Lincoln.—Las elecciones.—Empeñados debates.—El Gobierno apoyado por el pueblo 586

CAPÍTULO XX.

1864.

LA GUERRA EN LA COSTA DEL ATLÁNTICO.—CAMPAÑA DEL MISSISSIPPI.

Gillmore y Seymour en la Florida.—Finnegan derrota á Seymour en Olustre.—Destruccion de las obras de defensa de los confederados.—Banks en Nueva-Orleans.—La escuadra de Porter en el Mississippi.—Toma del fuerte De Russy.—El ejército y la flota avanzan hácia Alejandria.—Banks se aproxima á Shreveport.—Derrota de las avanzadas federales en Sabine Cross-Roads.—El general Emory cierra el paso á los separatistas en Pleasant Grove.—Combate obstinado en Pleasant Hill.—Banks se retira á Grand Ecore.—Porter atraviesa el rio.—El general Banks obliga á Lee á retroceder.—Regreso del ejército y la escuadra á Alejandria.—El teniente coronel Bailey.—Los federales pierden tres buques en Dunn's Bayou.—La costa de Texas queda abandonada.—Banks se retira á Simmsport.—Combate en Mansura.—Operaciones en Rio Colorado.—Combate en Prairie d' Anne.—El general Steele entra en Camden.—Desastre en Mark's Mills.—Steele es atacado por Kirby Smith en Jenkin's Ferry.—Los federales se retiran á Little-Rock.—El general Carr derrota á Shelby en San Carlos.—El combate de Big Creek.—La Convencion de Arkansas.—Rosecrans se encarga del mando en Missouri.—Arresto

de los jefes de los Hijos de la Libertad.—Última invasión de Price.—Retirada á Rolla.—Price amenaza atacar á San Luis y se presenta delante de Jefferson-City.—El general Mower avanza hácia el mismo punto.—Los separatistas se apoderan de Glasgow.—Price en Lexington.—Derrotas de Blunt y de Curtis.—Pleasanton derrota á las confederados en Little Osage.—Blunt en Newtonia.—Los federales se retiran á Fayetteville Ark. 603

CAPÍTULO XXI.

1864.

CAMPAÑA DE 1864.—OPERACIONES MILITARES CONTRA RICHMOND.

Grant obtiene el grado de teniente general de los ejércitos de la Union.—Sus opiniones acerca de la guerra.—Se encarga del mando.—Reorganizacion del ejército del Potomac.—Escursion de Kilpatrick á Richmond.—Muerte del coronel Dahlgren.—Grant cruza el Rapidan.—Batalla de Wilderness.—Muerte del general Wadsworth.—Grant avanza sobre Spottsylvania.—Combate.—Muerte del general Sedgwick.—Hancock destruye las lineas del enemigo y hace prisionero al general Johnson.—Espedicion de Sheridan á Richmond.—Muerte de Stuart.—Butler avanza por el rio Jacobo.—Smith derrota á Hill en Puerto Walthall.—Llegada de Beauregard.—Los separatistas atacan á Butler en el Jacobo.—Nuevos combates.—Primera espedicion de Kautz.—Destruccion de tres cañoneras unionistas.—Burnside es rechazado por el enemigo.—El general Lee obliga á los federales á retroceder.—Grant se dirige hácia Chickahominy.—Sangriento combate en Cold Harbor.—Espedicion de Sheridan á Louisa.—Gillem y Kautz marchan sobre Petersburg.—Los federales asaltan la plaza y son rechazados con numerosas pérdidas.—El general Meade avanza sobre Weldon.—Correrias de Wilson y Kautz por Burkesville.—Butler atraviesa el Jacobo.—Miles se apodera de un puesto militar en Deep Bottom.—Los generales Hancock y Gregg derrotados por los separatistas.—Warren se apodera de la via férrea de Weldon.—Hill derrota á Hancock en Reams.—Butler asalta el fuerte Harrison.—Los confederados tratan de recobrarlo.—Meade avanza sobre Hatcher's Run.—Egan derrota á Heath.—Hancock rechaza á Wade Hampton y se retira.—Pérdidas en esta campaña.—Observaciones. 622

CAPÍTULO XXII.

1864.

OPERACIONES MILITARES EN VIRGINIA, EN EL RAPIDAN Y EN EL MISSISSIPPI.

El general Jones sorprende un puesto militar de los

federales.—Breckenridge derrota á Sigel en Newmarket.—Averill es vencido en Wytheville.—Combate cerca de la estacion de Dublin.—Victoria de Hunter en Piedmont.—Toma de Staunton.—Los federales avanzan sobre Lynchburg.—Emprenden la retirada por el Alleghanies.—El general Early obliga á Sigel á huir de Virginia.—Wallace derrotado en Monocacy.—Early amenaza á Washington y obliga á retroceder á Wright.—Averill derrotado cerca de Winchester.—Nueva victoria del general Early.—Mc Causland incendia á Chambersburg.—El coronel Stough es vencido en Oldtown.—Sheridan se encarga del mando.—Derrota de Early en Opequan y en Fisher's Hill.—Depredaciones en el valle.—Represalias.—El general Early sorprende á Crook en Cedar Creek.—Sheridan convierte la derrota en una victoria.—Pérdidas.—Escursion de Phillips á Granada.—Mc Pherson avanza desde Vicksburg.—Correria de Foster.—Sherman avanza sobre Meridian.—Combate en Yazoo.—Palmer marcha á Dalton.—Forrest se apodera de Union-City.—Es rechazado por Hicks en Paducah.—Asalto y toma del fuerte Pillow.—Matanza despues de la rendicion.—Sturgis es derrotado por Forrest en Guntown.—Smith bate á Forrest en Tupelo.—Escursion de Forrest á Memphis.—Combate en Bean's Station.—Última espedicion de Morgan á Kentucky.—Rendicion de Hobson.—Burbridge ataca á Morgan y le derrota cerca de Cynthiana.—Muerte de Morgan.—Burbridge es batido en Saltville.—Tentativa contra la isla de Johnson. 652

CAPÍTULO XXIII.

1864.

LA CAMPAÑA DE ATLANTA.—LA GUERRA EN EL OCÉANO.

Fuerzas respectivas de los ejércitos de Sherman y Johnston.—Hooker toma á Resaca.—Davis se apodera de Roma.—Combates en New-Hope, Church y en Dallas.—Muerte del general Polk.—Sherman asalta á Kenesaw y es rechazado con una pérdida de tres mil hombres.—El paso de Chattahoochee.—El general Hood reemplaza á Johnston.—Rosseau derrota á Clinton.—Hood ataca á los federales y es rechazado.—Desgraciada espedicion de Stoneman.—Hood ataca de nuevo á los federales y es batido por Howard y Logan.—Espedicion de Kilpatrick.—Howard derrota á Hardee en Jonesboro.—Sherman entra en Atlanta.—Los habitantes reciben orden de abandonar la ciudad.—Espediciones de Pillow á Lafayette.—Jefferson Davis en Macon.—El general Hood hostiliza á Sherman.—El ataque de Allatoona.—El general Thomas se encarga de la defensa del Tennessee.—Sherman se dirige al Sur.—La escua-

dra de los confederados.—Sus torpedos.—Corsarios.—El *Sumter*, el *Alabama* y el *Florida*.—Apresamiento del *Chesapeake*.—El capitán Collins se apodera del *Florida*.—El gobernador Seward.—Combate del *Kearsarge* y el *Alabama*.—Farragut delante de Mobila.—Bombardeo del fuerte Morgan.—Combate naval.—Voladura del fuerte Powell.—Rendición del fuerte Gaines y del fuerte Morgan. . . . 670

CAPÍTULO XXIV.

1864.

SITUACION POLÍTICA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.—LA CAMPAÑA ELEC TORAL.

Ojeada retrospectiva sobre la política interior.—Kentucky y el Presidente Lincoln.—Carta del Presidente.—La Convencion nacional de Claveland.—El general Fremont es elegido Presidente.—La Convencion de Baltimore.—Sus acuerdos.—Lucha de los partidos.—Elecciones.—Estado de la Hacienda.—La deuda nacional.—Negociaciones para la paz.—La Convencion de Chicago.—El general Mc Clellan es elegido candidato para la presidencia.—Carta de Mc Clellan.—Nuevas elecciones.—Muerte del jefe de justicia Taney.—Abraham Lincoln es reelegido para el cargo de Presidente de los Estados-Unidos por una gran mayoría.—El voto popular.—Cambios en la Cámara de Representantes.—El Congreso trigésimo octavo.—Último mensaje del Presidente Lincoln.—Enmienda á la Constitucion.—Manifiesto del Presidente. 695

CAPÍTULO XXV.

1864—1865.

LA CAMPAÑA DEL GENERAL HOOD EN EL TENNESSEE.

Última expedicion de Forrest.—Ataque de Johnsonville.—Toma de Atenas.—Retirada de Hood.—Los separatistas atacan á Gordon Granger en Decatur.—Hood cruza el Tennessee por Florencia.—El general Thomas se retira á Nashville, perseguido por los confederados.—Combate en Duck River y en Spring Hill.—Schofield se detiene en Franklin.—Batalla de Franklin.—Pérdidas de los confederados.—Muerte del general Cleburne.—Batalla de Nashville.—Combate en Murfreesboro.—Hood derrotado por Thomas.—El coronel Post asalta la colina de Montgomery.—Los generales Wood y Smith se apoderan de la primera linea de defensa.—Asalto y toma de Overton Hill.—Derrota de los confederados.—Sus pérdidas.—Hood es perseguido hasta el Tennessee.—La expedicion de Lyon.—Gillem

derrota á Duke y á Vaughn.—Breckenridge se retira á la Carolina del Norte.—Toma de Saltville.—Capturas del general Thomas.—Hood resigna el mando. 709

CAPÍTULO XXVI.

1864—1865.

LA GRAN MARCHA DE SHERMAN.—GEORGIA.—LAS CAROLINAS.

El ejército unionista en Atlanta.—Combate en Lovejoy.—El general Kilpatrick delante de Macon.—Slocum en Milledgeville.—Howard en Sandersville.—Kilpatrick avanza sobre Waynesboro.—Combate.—Los generales Blair y Millen.—Los federales en Statesboro.—Combate de Ogeechee.—Slocum se dirige á Louisville.—Sherman delante de Savannah.—Toma del fuerte Mc Allister.—Foster y Dahlgren.—Las tropas del general Hardee abandonan á Savannah.—Pérdidas de Sherman en Georgia.—Correspondencia con Lincoln.—Espediciones de Dana, Davidson y Grierson.—Victoria de Grierson en Egipto.—Hatch derrotado en Honey Hill.—Foster ocupa á Pocotaligo.—Sherman penetra en la Carolina del Sur.—Los federales avanzan hácia Edisto.—Combate cerca de Branchville.—Kilpatrick en Aiken.—Combates en Orangeburg y en Congaree.—Rendición de Colombia.—El incendio de Colombia.—Informe de Sherman.—El general Hardee evacua á Charleston, abandonando sus obras defensivas.—Relacion de Pollard.—Los unionistas ocupan los fuertes.—Combate en la estacion de Williston.—Sherman en Winnsboro.—Ocupacion de Fayetteville.—Hampton sorprende á Kilpatrick.—Su derrota.—Slocum es atacado por Hardee en Averysboro.—El general Johnston ataca á Slocum en Bentonville.—Combate obstinado.—Johnston abandona el campo.—Entrada de Sherman en Goldsboro.—Espedicion de Butler al fuerte Fisher.—El brulote.—Bombardeo.—Butler vuelve al Jacobo.—Descontento de Grant.—Segunda expedicion al mando del general Terry.—Ataque del fuerte Fisher.—Bombardeo por la flota.—Ataque de los marinos.—El general Ames avanza al asalto.—Desesperado combate.—Toma del fuerte.—Pérdidas.—Esplosion del polvorin.—Llegada del general Schofield.—Los unionistas avanzan sobre Wilmington.—Ocupacion de la ciudad.—Combate en Town Creek.—Evacuacion del fuerte Anderson.—Retirada de Hoke.—Incendio de buques.—El ejército marcha sobre Kingston.—Upham sorprendido en Southwest Creek.—Hoke emprendé la retirada.—Entrada de Schofield en Goldsboro. 718

CAPÍTULO XXVII.

1865.

OCUPACION DE ALABAMA.—LA TOMA DE MOBILA.

Página.
Wilson en Eastport — Los federales cruzan el Tennessee.—Derrota de Roddy en Montevallo.—Toma de Selma.—Rendicion de Montgomery.—Buford derrotado por Lagrange.—Wilson se apodera de Colombo por asalto.—Lagrange toma el fuerte Tyler.—Wilson en Macon.—Rendicion de Tuscaloosa.—Canby en Nueva Orleans.—Los federales avanzan sobre Mobila.—Derrota de Clanton.—Asalto y toma del fuerte Español.—Ataque de Blakely.—Destruccion de las obras defensivas.—Evacuacion de Mobila. 740

CAPÍTULO XXVIII.

1865.

LA TOMA DE RICHMOND.—CONCLUSION DE LA GUERRA.—GRANT.—LEE.—SHERIDAN.

Breves consideraciones sobre la situacion de los ejércitos beligerantes.—Su posicion en Richmond.—Plan de campaña de Grant.—Operaciones preliminares.—El general Warren avanza hácia el Meherrin.—Espedicion de las cañoneras confederadas.—Combate en Dabney Mill.—Espedicion de Rosser á Beverly.—Captura de Kelly y Crook.—Sheridan derrotado á Early en Waynesboro. | Toma de Charlottesville.—Sheridan cruza el Jacobo y se reune con Grant.—Gordon sorprende el fuerte Steedman y es rechazado al atacar el fuerte Haskell.—Rendicion de dos mil separatistas.—Ataques del general Meade.—El general Grant da orden de avanzar á las tropas.—Sangriento combate en White Oak Road.—Sheridan avanza sobre Five Forks.—Los federales se retiran á Dinwiddie.—El general Lee derrota á Warren.—Sheridan es atacado por el enemigo en Dinwiddie.—Los separatistas se replegan.—El cuerpo de ejército de Warren recibe orden de acometer al enemigo por su flanco izquierdo —Ataque combinado.—Derrota de Pickett.—Warren es relevado del mando.—Los federales rompen el fuego contra Petersburg.—Asalto general.—Toma de los fuertes Gregg y Alexander.—El general Miles desaloja al enemigo de su posicion.—Longstreet se reune con Lee.—El general Heth es rechazado.—Muerte de Hill.—El general Lee anuncia á Jeffer-

son Davis que es forzoso evacuar á Richmond.— Los confederados pegan fuego á la ciudad y la abandonan.—El general Weitzel penetra en la capital sin encontrar oposicion.—Captura de prisioneros.—Regocijos públicos en celebracion de la toma de Richmond.—Las elecciones de Connecticut.—Los separatistas abandonan á Petersburg.—El general Lee concentra sus tropas en Chesterfield.—Los separatistas emprenden la retirada por Amelia.—Sheridan marcha en persecucion del enemigo.—Crook ataca por su flanco al ejército de Lee y es rechazado con numerosas pérdidas.—El general Custer destruye cuatrocientos wagones.—Los federales cortan la retirada al general Ewell.—Combate sangriento.—Rendicion de Ewell.—El general Ord ataca á la vanguardia de Lee en Farmville y es rechazado.—Muerte del general Read.—Lee cruza con sus tropas el Appomattox.—Situacion desesperada.—Consejo de guerra.—Grant propone la rendicion al enemigo.—Correspondencia entre Lee y Grant.—Rendicion de Lee.—Se despide de sus tropas.—Se disuelve el ejército confederado.—El Presidente Jefferson Davis se retira á Danville. 747

CAPÍTULO XXIX.

1865.

MUERTE DEL PRESIDENTE LINCOLN.—LA PAZ.

El Presidente en City Point.—Su entrada en Richmond.—Carta á Weitzel.—Se suspende el alistamiento.—Regocijos públicos.—Aniversario de la toma del fuerte Sumter.—Asesinato del Presidente Abraham Lincoln.—J. Wilkes Booth.—Tentativa de asesinato contra el gobernador Seward.—Payne Powell.—Andrés Johnson es elegido Presidente.—Se ofrece una recompensa por la captura de Jefferson Davis y otros personajes de la Confederacion.—Escursion de Stoneman á la Carolina del Norte.—Negociaciones entre Sherman y Johnston.—El Gobierno rehusa su aprobacion.—Rendicion de Johnston y de Dick Taylor.—Se disuelve la Confederacion.—Fuga y captura de Jefferson Davis.—Proclama del general Kirby Smith.—Espedicion de Sheridan.—El general Grant se despide de sus tropas.—Licenciamiento de los ejércitos.—Observaciones. 768

DISCURSO

Pronunciado por el general Mc Clellan con motivo de la inauguracion del monumento funerario de West Point el dia 15 de junio de 1864. 781



PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO TERCERO.

<u>LAMINAS.</u>	<u>PAGINAS.</u>
W. Irving.	3
Jacobo Monroe.	16
Comodoro Decatur.. . . .	34
Juan C. Calhoun.	51
Juan Quincy Adams.	52
Andrés Jackson.. . . .	67
M. Van Buren.	98
Harrison.	105
D. Webster.	108
Juan Tyler.	111
Jacobo Polk.	114
Winfield Scott.	128
Zacarias Taylor.. . . .	151
M. Fillmore.	156
Enrique Clay.	168
Franklin Pierce.. . . .	173
Jacobo Buchanan.	197
J. A. Douglas.. . . .	217
Presidente y Gabinete.	237
Abraham Lincoln.	249
H. Fremont.	272
Toma de la isla Número 10.	287
Miembros eminentes del Congreso de la Union.	298
Mayor general Burnside.	315
Combate del <i>Monitor</i> y el <i>Merrimac</i>	323

LÁMINAS.

PAGINAS.

Comodoro Foote.	334
Gobernadores eminentes de la Union.	335
Dofensores de la Union.	385
Generales de la Confederacion.	440
Generales de la Union. (Plancha 47.)	498
Diputados notables que combatieron la esclavitud.	569
Generales de la Union. (Plancha 52.)	622
Gefes de la Armada de la Union.	693
Representantes de la Confederacion.	747
W. H. Seward.	771
uevos miembros del Gabinete del Presidente y otros.	780

